

COMBATIENDO AL CAPITAL

MARCELO KOENIG



**UNA PERSPECTIVA SUDAMERICANA DEL ESTADO NACIONAL
EN LOS TIEMPOS DE LA GLOBALIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN**



de la campana

CAMPANA DE PALO

“Tu risa me hace libre me pone alas”

Miguel Hernández

“Nada grande se puede hacer sin alegría”

Arturo Jauretche

A Paula y Manu, las alegrías de de mi corazón.

A mis compañeros de militancia que pelean con alegría todos los días por la justicia social, y en particular a los samuráis de Malón que prueban que la lealtad es una virtud de peronista y que los sueños están al alcance de la mano si uno tiene la firme convicción de que lo imposible sólo tarda un poco más.

A todos los Pueblos de la Patria Grande que son el horizonte de nuestra mirada, la energía de nuestra lucha y el sustrato de nuestros sueños.

UN PROLOGO ACADEMICO

Por el Dr. Tulio Ortiz¹

Uno de los temas de nuestro tiempo es la Globalización con todas sus implicancias, económicas, políticas y culturales, dado que hoy nadie duda que limitar la Globalización a una cuestión meramente financiera es, al menos una ingenuidad.

Desde luego los problemas se originan desde la misma palabra, pues como todos saben los franceses prefieren hablar de *Universalización* para evitar el sortilegio del nombre, que no encuentra buena prensa en los que, tal vez exagerando, la identifican automáticamente con la Globalización neo liberal o con el neoliberalismo, directamente.

Creo que coincidimos en que las transformaciones del mundo no son una novedad, él viene cambiando desde que existe. La cuestión, desde nuestro punto de vista es qué incidencia han tenido estas transformaciones en el Estado moderno y, en el caso particular, en los Estados modernos periféricos latinoamericanos, como el nuestro.

Adherimos a los que sostienen que estos son resultados históricos de lo que algunos denominan la primera Globalización, como consecuencia de la cual y de la unión de factores políticos locales como la abundancia de capitales de exportación y de emigrantes, surgieron los Estados nacionales como el argentino, después de numerosos intentos fallidos. Estados que, en nuestro parecer, debieron integrarse al esquema internacional del trabajo en una relación de dependencia económica recíproca pero asimétrica.

Si fuera aplicable el esquema de Pasquino habrían de pasar los Estados nacionales por tres etapas sucesivas, la de consolidación, la participativa y la distributiva, finalmente. Luego de ella qué? Tal vez el *Estado premoderno*, producto, claro está de la actual Globalización.

Marcelo Koenig nos hace llegar un voluminoso trabajo que constituye el primer esbozo de una formidable tarea para contribuir a develar las múltiples cuestiones que encierra la realidad política y social del mundo actual, incluido nuestro Estado nación.

Es difícil calificar el trabajo de Koenig, que casi encerraría pretensiones enciclopédicas sino hubiera primado en él la investigación teórica y el ensayo (así lo denomina el autor) emanado de la reflexión de una persona comprometida con el mundo de las ideas y también de la realidad.

Da primacía a lo económico, pero sin desconocer, como varias veces expresa, la importancia de los factores políticos y culturales. Su estudio no deja casi ningún aspecto sin dilucidar, aún aquellos de filosofía política.

Afortunadamente no ha excluido el enfoque histórico pues ni el mundo actual, ni el capitalismo, ni la Globalización son compresibles sin mirar previamente al

¹ Doctor en derecho. Profesor titular de la Cátedra de Teoría del Estado y vicedecano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

pasado. En realidad, la sociedad humana hoy es consecuencia, en gran parte, de políticas por un lado y por otro, de la lógica intrínseca del sistema capitalista que necesita siglos para cambiar. Este aspecto lo tiene muy presente el autor tratando de evitar en todo momento caer en una suerte de determinismo histórico. Consciente sin duda, como muchos de su generación, que ese fatalismo derivó en errores conceptuales y prácticos.

Desde luego ve la Globalización como la siguiente etapa del capitalismo, precedido por sus antepasados (el colonialismo y el imperialismo), a los cuales analiza sin caer en dogmatismos. No obstante, nos queda la duda si, se está refiriendo o no a un fin absoluto del proceso histórico del capitalismo, lo cual es, en mi opinión algo imprevisible.

Su interés no se centra solo en la historia del capitalismo, y la primacía actual del capital financiero sino que dedica innumerables páginas y serias consideraciones al tema del trabajo, insertado en esta etapa de la evolución.

Desde luego que este análisis del trabajo lleva a su contracara, o—tal vez—pariente inexcusable, que es el mundo de la exclusión. Aquí aparecen concepciones novedosas del autor al intentar con éxito concretar la respuesta a dos desafíos que no fueron fáciles de sortear. El primero referido a lo que podemos llamar dilema ontológico que se nos presenta cuando pretendemos definir el concepto. Qué estamos diciendo cuando nos referimos a “exclusión”, mas precisamente, “exclusión de qué?”

El otro aspecto, menta lo que algunos denominan la visualización de los conceptos a través de la expresión grafica de los mismos. Esto sin duda ayuda a fortalecer la primera parte de su respuesta al desafío pero también le da un valor agregado a la obra si pensamos en una eventual aplicación al mundo de la enseñanza.

En fin, creo que Marcelo V. Koenig sale airoso de ambos convites y sigue adelante, viéndoselas con la exclusión política a la cual considera con una variable muy fuerte del mundo globalizado con su secuela de partidos agonizantes, perdidas de identidades políticas tradicionales, en fin, un “vaciamiento”, como le denomina.

El panorama que va trazando no da para un optimismo fácil, tanto en el diagnóstico del rol de los sindicatos, convertidos en prósperas empresas económicas para muchos de sus dirigentes (como advirtió Michels hace años), o en el papel de las famosas ONGs, ni por supuesto en la clase política, en general.

En realidad, como bien percibe, han quedado dos grandes contenientes en la palestra, los que el llama Grandes Empresas Transnacionales (GET) y los estados nacionales de importancia, el *Imperio*, por delante, al menos hasta ahora.

En ese universo los países dependientes o periféricos se empeñan en tratar de subsistir en la forma más decorosa posible.

Aquí aparecerá inevitable la referencia a la realidad nacional que el autor no vacila en asumir desde una perspectiva que busca dar respuesta a los desafíos nada fáciles de estos tiempos.

Koenig propone soluciones a través de la existencia del Estado nación. Su ideario parece nutrirse por *aggiornadas* ideas de una suerte de nacionalismo histórico forjista (son numerosas las citas de sus grandes espadas).

No voy a contar el final y las propuestas del joven autor pues merecen ser leídas y colocadas sobre la mesa de discusión como hipótesis plenas de atractivo. Las anima un hondo sentido de justicia pero también las guía una inteligencia, donde sagacidad y prudencia se tornan en buenas compañías.

UN PROLOGO POLÍTICO

Por Ernesto Jaureche

Creo que este prólogo me fue demandado porque Koenig debe haberme considerado poseedor del requisito hernandiano de saber no tanto por diablo como por viejo. Por lo tanto, lector, no se le ocurra esperar de estos textos una disquisición académica ni un discurso erudito. Para ello, basta con lo escrito por el autor del libro que, como precursor de su vasta práctica política y social, muestra en su obra poseer un *background* técnico—doctrinario inmensamente superior a la media de los dirigentes de su talla (y seguramente la mía misma). Tampoco me voy a proponer un desfile laudatorio de los capítulos que comprende su extenso y profundo análisis de la novedad de la globalización capitalista, sino del perfil desde donde procede a su lectura: la jauretcheana premisa “ver el mundo desde aquí”. La visión que desde nuestra aldea tenemos del universo global, entendida como cosmovisión del mundo pero también como comprensión de quiénes somos y adónde vamos los argentinos, es la principal herramienta de cualquier análisis político. Trataremos entonces de ver la globalización tal como nos tocó a nosotros, desde una casuística que nos ayude a extraer experiencias universalmente válidas. Es la subyacencia de la “universidad de la calle”, del “estaño”, como cimienta el examen del contexto mundial en que militamos y hoy militan las nuevas generaciones, lo que motiva mi intervención.

La pregunta a la que me gustaría poder responder es: ¿cómo llegaron a nuestro país y con qué efectos, aquellos postulados de la Trilateral, el Consenso de Washington y el “pensamiento único”? ¿Dónde y cómo nos golpearon la caída del muro, la globalización, la modernidad, la teoría del derrame, el individualismo salvaje, la majestad del mercado? Y, como no podría ser de otra manera, observaremos esos fenómenos históricos desde el Peronismo. Pero, ¿porqué desde el peronismo, eh!

Creo que más por fatalidad histórica que como producto de una voluntad, últimamente se impuso una política de Estado para la Cultura de masas y una Cultura de la Política que propone una reivindicación HISTORICA del peronismo; pero como algo superado, pasado, agotado, solemne, anacrónico, suave y respetuosamente desdeñado; algo común y corriente, más de lo mismo; respetable, pero trivial, innecesario, aburrido; sólo útil para enfatizar el discurso demagógico. Ocurre que si la llamada “globalización”, como concepto histórico, no tiene nada de novedoso, sí será provechoso leer mejor los sucesos que se acumularon a lo largo de las últimas generaciones y aquilatar algunas experiencias fructíferas para el presente.

¿Después del diluvio neoliberal, qué quedó del peronismo? ¿Sólo historia? Puede ser. ¿Era la política anacrónica e ineficaz cuando se desató la ofensiva global? ¿Junto a los 30 mil compañeros, destruyó el entorno ético, el piso moral, el umbral de la utopía?

Sin embargo, ¿a qué se debe que a pesar de ser negado y escarnecido por los

misimos peronistas, los destinos del país siguen debatiéndose allí dentro y del resultado de sus “internas” depende el rumbo que toma el país? Tal vez este intento nos permita acumular argumentos para entenderlo mejor: si algo murió es porque algo nació.

LOS PRECURSORES

Los peronistas somos hijos de la reacción popular que se expresó pacíficamente el 17 de octubre de 1945. Desde entonces, nos preocupa más el problema de un compatriota desocupado que satisfacer al acreedor extranjero sobre el hambre y la sed de los argentinos.

Aquel pecado de origen fue, paradójicamente, el origen de muchas virtudes. Es, así, la primer causa de la colisión entre un proyecto de raíces ancestrales con la llamada “modernidad”, que se instaló a sangre y fuego en los 70 del siglo pasado y culminó su ofensiva en los 90, cuando adquirió la denominación de “globalización”.

La violencia de los 70 no nació de un repollo. Con olvido de la violencia del sistema, se cuenta que fue creciendo desde una resistencia obrera intuitiva y espontánea que se inicia en 1955: pero dio pretexto al golpe del 24 de marzo. Tuvo, no obstante, un papel menor en esa historia.

La causa del golpe tiene que ver, antes que nada, con la necesidad de erradicar, aniquilar, desaparecer la militancia como una forma de vida. Era el paso necesario, previo a cualquier intento de estabilizar el programa neoliberal. Antes, había que borrar de la sociedad argentina todo rasgo de “la cultura del trabajo y la solidaridad”.

¿Qué representa eso en el ejercicio práctico de la militancia popular?

El gran dirigente sindical del gremio textil, Andrés Framini, decía: “Nos pasábamos el día en el sindicato Mi mujer me decía que estaba más seguro cuando estaba preso que cuando andaba por la calle”. Y era más o menos así, tal era la situación de inseguridad que se vivía durante esa etapa de resistencia. Además ello implicaba que la mujer estaba participando también. La familia formaba parte de nuestra vida militante, la incorporábamos integralmente, a veces hasta con padres y abuelos.

Para los jóvenes de aquellos albores, la clase obrera iba al paraíso, la tomábamos como paradigma de todas nuestras conductas, de nuestra moral, de nuestra ética, de nuestro proyecto político, y de nuestro objetivo de liberación. Un compañero, como un delegado de base, tenía que ser el mejor, se conocía a su familia, sus comportamientos domésticos, a sus hijos, etc. No sólo tenía que ser buen trabajador; además demostraría la conducta más solidaria para con sus compañeros.

La solidaridad como forma de supervivencia incide profundamente en la formación de la militancia revolucionaria de la época. Esta solidaridad tiene sus puntos nítidos, más altos, en la fábrica, en el lugar de trabajo político, en el frente donde uno se encuentra con la multitud. Al principio, al compañero en problemas se le hacía “una vaca” para seguir pagándole el sueldo. Todos los compañeros contribuían mensualmente. Framini vivió años clandestino o preso y los compañeros de trabajo le financiaban la familia. El salvó la casa que tenía, que le había dado Evita, porque los compañeros de trabajo le pagaban la cuota.

En las primeras épocas, el financiamiento de actividades de agitación y de propa-

ganda se hacía con dinero que se cotizaba; no había otra manera de conseguirlo. A veces se podía pelear algún mango de la administración sindical, un mimeógrafo, una resma de papel, pero no solo era una generosidad individual: fue una conducta natural de la militancia de la época.

Otro tema es el porqué en todos los programas obreros aparece el reclamo de elecciones libres y sin proscripciones: pertenece a la experiencia obrera la forma democrática para la elección de sus representantes. Se elegía al delegado y a las autoridades del sindicato, pero también al administrador de la obra social, de la mutual o de la colonia de vacaciones. El asunto era votar. Si afuera regía la proscripción del partido mayoritario, adentro se hacía el ejercicio de votar como para conservar el hábito civil. Es de la fábrica que sale a la sociedad la vocación por la democracia en la construcción de la política, en la construcción de los poderes políticos. La práctica democrática en la fábrica se verificaba aun en medio de la represión y de la proscripción más absoluta. Sobrevivía a golpes, elecciones, minorías en el poder, burocracias sindicales, lo que fuera. Y se llevaba a cabo todo el ritual de un comicio nacional: se elegía una comisión electoral, se presentaban los candidatos, se hacían papeletas con sus nombres, se habilitaba una caja vigilada por fiscales de las listas contendientes, y al fin de la hora establecida se volcaban las urnas y se realizaba el escrutinio. La democracia se refugió en el movimiento obrero. De allí salió convertida en vocación de la militancia política y marcó la impronta democrática de la lucha del peronismo. Los mayores defensores de la democracia son los trabajadores: ¿quién podía querer más la democracia?

La vocación de poder y la capacidad de construir consensos son méritos sobresalientes de la actividad política. Cuando un dirigente sindical discute salarios en una paritaria, está parado junto al capitalista en el vértice de la lucha de clases. Si se firma el convenio, superando los términos antagónicos del conflicto, se alcanza la más alta decisión de la política. Y se logra tanto por la capacidad del dirigente, como porque la disputa galvaniza una voluntad colectiva.

Vale en el caso la siguiente reflexión de Evita: *...“el peronista nunca dice yo, ese no es peronista, el peronista dice nosotros; el peronista nunca se atribuye sus victorias se las atribuye siempre al pueblo, y cuando en el movimiento hay un fracaso, los fracasos son nuestros. El peronista se debe atribuir siempre los fracasos, las victorias, en cambio, son del movimiento, o sea el pueblo”*.

Esta era la filosofía reinante en la época y desde donde el militante debía empezar a construir su espacio social. La perspectiva era clara: “la victoria de todos es mi victoria”. Las 62 Organizaciones lo tradujeron en su momento: “Si todo el pueblo argentino está mejor, los trabajadores estaremos mejor”. Con el peronismo todos ganaron: la burguesía industrial, los terratenientes, los sectores medios y los trabajadores. Se impuso la pasión por el bien común. Y esa fue la revolución. *“Ningún individuo se realiza en una comunidad que no se realiza”*, fue el paradigma.

La familia daba un espacio de formación ético y humanista, pero había otros métodos que se daban en lo que era una de las principales escuelas de militantes: la cárcel. Era el lugar donde se luchaba minuto a minuto en defensa de la dignidad humana. Cualquiera fuese el trato que se dispensara a un preso político, la relación con los carceleros, todo el tiempo, era de distancia honorífica y de estatura moral. El “yuga” era un empleado del sistema, un trabajador de la represión; el preso político era un digno ciudadano que hacía valer sus derechos. El preso era un militante tanto en su vida carcelaria como hacia el exterior, al que aportaba a través de la a veces heroica acción de los familiares.

La cárcel era el lugar en donde más se estudiaba. Y no sólo se las arreglaban para comunicarse y desarrollar cursos y seminarios, sino que los compañeros intelectuales discutían con los militantes de base, y se daba un gran intercambio de prácticas y teorías. Además, la cárcel fue un lugar de intercambios federales. Allí se conocieron militantes de todo el país casi sin quererlo, porque caían juntos compañeros de La Quiaca y de Tierra del Fuego o de Buenos Aires. Se aprendió a reconocer el país y las experiencias de cada uno de los lugares.

En lo propiamente político, eran tiempos complicados para los muchachos de “la vieja JP”. Se partió intelectualmente de los conceptos de la “comunidad organizada” y la fuerza de la militancia en las escuelas secundarias de la nacionalista-maurrasiana “Tacuara”, para muchos heredera de la UES de los tiempos de Perón. La alternativa, antagónica y dogmática, era el discurso marxista primario de la “izquierda”, que ofrecía al régimen voluntarios para romper huelgas declaradas por los gremios peronistas.

La más consistente de las estrategias para lograr el retorno del líder tenía el sello conspirativo de la relación de sindicalistas perseguidos y políticos prohibidos con oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas que añoraban el “contragolpe de Estado”. Tomistas nostálgicos de la Edad Media, convencían con su prédica al denunciar la falacia del discurso demoliberal y la conducta de partidos políticos que sostenían la ficción de un “sistema representativo” basado en la proscripción de las mayorías. Una fuerte coincidencia idiomática ayudaba a emparentar un primitivo pensamiento peronista con la “falange”, que seducía con sus arengas hispanistas coloreadas de anécdotas heroicas en la lucha por “la causa nacional-sindicalista”.

Comités del Partido Comunista, como el de Villa Devoto, se abrían esperanzados a la captura de jóvenes de todas las clases sociales; junto a estudiantes, humildes trabajadores e intelectuales que recitaban el catecismo leninista sobresalían los recios cuadros proletarios del PC, que nos explicaban “El Manifiesto...” y los rudimentos de “El Capital” con relatos inverosímiles sobre el paraíso de la “clase obrera”. Anarquistas sorelianos, ilustrados pero anacrónicos, bondadosos y melancólicos, pregonaban todavía la metodología de la “acción directa” como quien describe una vocación artística. Un trotskista ameno y genial, sumergido entre el humo de la pipa, daba charlas a los muchachos en ruedas de café de la zona Oeste del Gran Buenos Aires: el “viejo Ignacio” había participado de la Revolución Rusa y se prodigaba como un manantial de ideas y experiencias revolucionarias.

Tal era, sin pintoresquismo y a vuelo de pájaro, el panorama ideológico en que se desempeñaba el activismo de la “primera resistencia”. Pero el “avión negro” no aparecía por ninguna parte.

En las largas colas a la intemperie para entrar a la visita a las cárceles, niños y niñas, novias y esposas, maridos y jóvenes mataban el tiempo y el frío discutiendo la política sin más herramientas que ciertas intuiciones invulnerables: todos peronistas, aunque se vislumbraban diferencias que el tiempo demostró eran más que matices. La palabra “democracia” estaba tan devaluada que la superaba la opción por “la insurrección”; “liberal” tenía el doble sentido de “licencioso” y “gorila”; a “la república”, que suponía la forma, se anteponía la sustancia: “la nación”; a los “partidos políticos” se respondía desde “el movimiento”; frente a “los dirigentes”, se elevaba el “líder”; mientras se alzaban loas a “la libertad”, se contraponían las “conquistas sociales”; si la de Perón había sido la “segunda tiranía”, entonces todos somos “rosistas”. Tosco diccionario ideológico

que reflejaba la “lucha de clases” o la “colaboración social y dignificación humana” o la “derecha” y la “izquierda”.

La libertad en abstracto o el albedrío regimentado que querían imponer los educadores de la clase dominante encontró sus límites al estrellarse con la realidad: “donde hay una necesidad hay un derecho”, era el paradigma de la ferviente JP. “Un hombre que no puede ejercer esos derechos no es libre. Defender esos derechos es defender la libertad”, razonábamos.

Todo fue entonces Política, de la verdadera, cuyo sujeto –sin versos– es el hombre real y concreto de cada día; y como consecuencia –Kant dixit– lo fue una instalación natural de la razón crítica entre nosotros. Esa crítica se focalizó en el entorno social, no en la defensa de los símbolos patrios ni las tradiciones ni la instituciones; había intereses precisos que impedían a las mayorías ejercer el derecho que da la necesidad: el desempleo, los bajos salarios, la precariedad de los servicios de salud y educación, la carencia de vivienda digna y, por supuesto, la prohibición hasta de nombrar a Perón.

La lucha ya no era por distantes atributos universales del ser humano sino por el bienestar y la alegría de cada uno de nosotros y de nuestros hermanos, porque ya no pudimos ser dichosos si a nuestro lado existía sufrimiento. A la comprensión de que la libertad y la justicia eran empresas que desbordaban la energía de un hombre solo, sucedió la inevitable pregunta: ¿cómo organizar al pueblo para que alcance su destino de felicidad y grandeza? La JP ya no compraba ilusiones ni importaba teorías: desde sus primeros balbuceos, las estaba gestando.

Sólo se leían autores nacionales y le teníamos alergia a la “academia”. No era para menos. Desde las universidades, otros pensamientos políticos y la intelectualidad de izquierda, escribían sobre el “fenómeno peronista” como de los OVNIS y especulaban sobre los rumbos que tomaría La Juventud, así sin la “P”. Se trabajaba en nosotros como un investigador que busca dónde tocar para que mueva una patita la rana muerta. Andaban buscando rasgos sajones, orientales o cosacos entre nuestros genuinos cabecitas negras, sólo apreciables como sujeto político cuando actuaban acorde los cánones establecidos por ideólogos extranjeros. Si no, eran despreciables, ineptos para apreciar el modelo inventado en otras latitudes.

Los sindicatos, refugio y muchas veces fuente del activismo de la muchachada peronista, oscilaban entre el “fragote” con milicos presuntamente nacionales y populares y la amenaza del asalto a sus posiciones de poder de los “zurdos” apoyados por interventores castrenses; pero en las “comisiones internas” el debate ideológico empezaba a enriquecer a la militancia gremial. Y la militancia gremial empezaba a enriquecer a la JP: supimos de la solidaridad y las lealtades y de una democracia directa que suplantaba la democracia política que nos era vedada.

Arrinconados entre “los profetas del odio” y los apóstoles de falsos dilemas, la JP iba descifrando la dura realidad a que la confrontación social sometía a la militancia. Pero temprano, ya en 1957, empezó a romper el corset de la “colonización pedagógica” y a construir herramientas conceptuales propias.

En ese proceso sigiloso y subterráneo de construcción de una conciencia política desde la identidad nacional empezamos de pronto a sentirnos aludidos, interpretados y convocados por intelectuales que al hablar nuestro idioma –el de la Nueva Argentina de nuestros padres; el de la Patria Grande de nuestros próceres– esclarecían nuestros instintos. Así nos aparecieron los Jauretche, Cooke, Ramos, Puigros, Hernández Arregui....

Eran parte de un amplio producto sobresaliente de la inteligencia nacional emplazada a dar respuestas a la movilización política y social de “las masas”. La duplicidad de elevado nivel del debate y de empeño en la acción política resultaba en

pensadores nacionales superiores. No hubo maestros, ya que ellos mismos tenían claro que vivían una época privilegiada para la creatividad y eran protagonistas de una elaboración social de la teoría política; no eran maestros porque emularlos, ponerse a su altura, debatir como pares, era el objetivo de cualquier intelectual orgánico del campo popular; no eran maestros porque eran revolucionarios.

Allí, empezamos a ponerle nombre a las ideas: *imperialismo, conciencia nacional, ser nacional, colonialismo, liberación, socialismo*. Al poder nombrarlas, empezamos también a interpretarlas. Y al entenderlas pudimos zambullirnos con convicción en una militancia de patria o muerte para transformarlas. Lo que se inició con reflejos e intuiciones se hizo práctica consciente y necesaria de capacitación y formación.

Y fue posible sintetizar los objetivos y convertirlos en “Programas”. Es singular uno de los primeros de la JP: tenía un núcleo programático con dos tipos de demanda; concretas y simbólicas.

- 1.—Por la libertad de los presos políticos, gremiales y conexos.
- 2.—Por la inmediata convocatoria a convenciones paritarias para la discusión de los salarios de los trabajadores.
- 3.—Por la convocatoria a elecciones libres y sin proscripciones.
- 4.—Por la devolución del cadáver de Evita.
- 5.—Por el retorno incondicional de Perón a la Patria y al Poder.

Se trataba de movilizar alrededor de intereses y también de sentimientos: tres consignas reivindicativas del presente y dos simbólicas, abstractas, imposibles, utópicas, que significaban la revolución.

También se aprendió que la política se hace paso a paso y que no se trata de perseguir un ideal sino hacer posible una realidad. Una de las zoncetas grandes en estos últimos años, es la que dice: “hasta la victoria final”. La victoria final no existe, la victoria es la del día a día. La política se construye con avances por pequeños espacios; cada escalón es una victoria. Bien que al caminar hacia la utopía damos todos los rodeos a que la política nos obliga. Pero se trata de no perderse, de perseguir sin prisa y sin pausa, con perseverancia, un destino: alcanzar la utopía sería siempre el objetivo.

Después, cuando los trotskistas del “entrismo” empezaron a aportar su ideología al movimiento popular, en nuestras primitivas mentes aristotélicas, conocimos nada más ni nada menos que la dialéctica y el materialismo histórico como modo de analizar la realidad, y la conceptualización de la Burocracia. Entre esto y un cristianismo de recursos, armamos nuestra ideología. Así vinieron los programas de La Falda y Huerta Grande, y por fin, el de la CGT de los Argentinos. Desde estas nuevas convicciones, más o menos economicistas o deterministas, la llegada del neoliberalismo, sin andamiaje a la vista ni futuro, munido solamente de su cruel pragmatismo, nos iba a parecer inimaginable. Creíamos en la humanidad y en su perfeccionamiento histórico, porque el hombre, como especie, era bueno por naturaleza. Marchábamos hacia un futuro donde la ansiada paz era producto de la justicia social y la Nación una misión de redención de todos los pueblos oprimidos del mundo.

Luego vinieron los cubanos, con su más y con sus menos. Tragedia de los movimientos revolucionarios de toda América fueron las ideas del francés Régis Debray, verdaderas a través de la nueva biblia revolucionaria: el foco. Pero también, como producto de la época, “el hombre nuevo”, encarnado en la figura inmarcescible del Che Guevara. Era la globalización, sí, pero de la guerra antiimperialis-

ta. Vietnam en América, uno, dos tres. Mientras se rebelaban los argelinos y las colonias africanas, en EEUU proliferaban los movimientos contra la guerra en Vietnam, los reivindicativos de la igualdad de las razas (Poder Negro, Malcom X, y el mártir Luther King). En África nacía y moría Lumumba y se afirmaba Mandela en Sudáfrica. Era “la hora de los pueblos”, genialmente sintetizada en una consigna por Perón. La globalización, pero de la revolución.

Y la revolución iba a ser posible si se cumplían los mandatos éticos: AMAR A LOS COMPAÑEROS; DECIR LO QUE SE PIENSA Y HACER LO QUE SE DICE.

Desde tales convicciones, el neoliberalismo, la globalización y el mismo capitalismo sólo podía ser un recodo perverso de la historia.

APRENDIMOS A HACER POLITICA

La política, lejos, muy lejos, de ser una práctica esquemática o jerárquica y vertical, es el discurso crítico por excelencia. Y esta es una premisa fundante del razonamiento político. Porque la lectura crítica de la realidad hace aflorar nuestra incomodidad e inadaptación a una situación dada y de ella emanan los recursos racionales para modificarla. Es desde la política concebida como discurso crítico que empezamos a cambiar la historia.

“En la medida que una actividad promueva los intereses de un determinado grupo social y que afecte o influya en el equilibrio de fuerzas sociales y en el orden social tal como se encuentran en un determinado momento, esa actividad tiene un carácter político”, dice Martín Baró.

La política gobierna el diálogo entre el ciudadano y el gobierno, de los individuos con las instituciones; es decir, es el procedimiento para luchar por el poder. Define las relaciones sociales desde lo concreto: permite construir el debate social en la disputa por la distribución de la riqueza. La política no es retórica, es una *lucha económica*, es una contienda por la construcción de relaciones de fuerzas para la apropiación de recursos materiales. Política es todo aquello que revela el principio universal y básico de que siempre que alguien gana, alguien pierde. La respuesta básica de la política es la que da cuenta de estas preguntas: ¿Quién gana? ¿Quién pierde?

El territorio si se quiere simbólico o imaginario en el que actúa la política es el de la construcción de los destinos de la Nación. Se vuelve contingente lo material cuando imaginamos el destino humanista y el proyecto de grandeza y justicia de una Nación libre entre todos los pueblos de la tierra. Allí la ciudadanía, las agrupaciones, los partidos políticos, todas las instituciones organizadas de la ciudad y el campo, todos los hombres y mujeres del país debaten no solamente “su momento”, su subsistencia, sus situaciones particulares sino que además tratan de proyectar su práctica en procura del bienestar de sus hijos y de sus nietos. Esto es, la política nos habla también de cómo orientar las transformaciones actuales en función de un plan, del proyecto que soñamos los argentinos hacer de nuestro país.

Entonces, si el objeto de la política es el poder, la política es la construcción de relaciones de fuerzas.

“Lo que hace político un acto es su capacidad para influir en la estructura social, en las relaciones de poder y en el orden establecido, reforzándolos, modificándolos, subvirtiéndolos, imponiéndolos”, define la colombiana Maritza Montero.

Lo que hacen la Constitución, las leyes y el sistema democrático es civilizar

el debate por el reparto de la riqueza. Y en esa mediación política, los partidos tienen a su cargo la elaboración orgánica de una discusión que permite discernir entre lo deseable y lo posible, entre lo teórico y lo empírico, entre lo ético y lo pragmático, entre las intenciones y los resultados.

Así lo pensaron los constitucionalistas que escribieron numerosas versiones de normas civilizatorias a través de nuestra historia. Pero el sistema republicano que se instituyó en la Argentina no fue la respuesta a las necesidades de una organización nacional adecuada a las características del país y de su sociedad. Por el contrario, se importó la norma elaborada para otras realidades por seguir acríticamente la moda iluminista derivada de la Revolución Francesa —el “pensamiento único” de la época—, exitosa en diferentes latitudes. En palabras de Jauretche: *“Si el sombrero no entra, hay que achicar la cabeza a la medida del sombrero”*. La tragedia de la dicotomía de civilización y barbarie, que consideraba al hecho cultural propio como anticultural y se propuso construir Europa en América. Con lo que civilizar fue desnacionalizar.

Es por eso que las normas de estas llamadas “instituciones democráticas” son para nosotros en general difíciles de servir. Inevitablemente, si van en contra de la naturaleza de las cosas, la realidad, por algún lado, las va a romper.

Esa democracia formal fue dando soluciones precarias o fue violentada tanto por golpes de estado conservadores del orden existente cuanto mediante grandes movilizaciones sociales que terminaron con gobiernos y generaron los cambios más trascendentales de nuestra historia transgrediendo todos los mecanismos legales establecidos. Pero eso no negaba a la Política; por el contrario, era la apropiación popular de la Política.

El 11 de marzo de 1973 la voluntad del país real, al expresarse electoralmente, se apropió de las instituciones del país formal y burló las restricciones impuestas a la soberanía popular. Por eso en 1976 los defensores de la civilización occidental y cristiana se propusieron aniquilar a los actores de la democracia real. Y después del último genocidio que vivió nuestro país, cuando creyeron llegada la hora de dejar instalada la democracia oficial, volvió a regir el corset técnico de las instituciones y los partidos políticos recuperaron aparentemente sin riesgos su papel formal.

El debate central de la política, la disputa por el excedente económico, había perdido uno de sus protagonistas: las clases populares, privadas de un partido político a través del cual expresar y defender sus intereses.

Ese desamparo se ahondó a partir del 1987. En el proceso que se llamó “la renovación”, el peronismo se disolvió como movimiento y comenzó a parecerse cada vez más al radicalismo y los métodos y formas conservadoras. Abandonó su historia y también su representación social, vigentes desde 1946, cuando todos los partidos de estructura republicana se enfrentaron a una fuerza social organizada como movimiento y fueron derrotadas por el peronismo.

Era lógico que sucediera a ello el monólogo de los poderosos y se preparara el advenimiento del menemismo.

Como pretendía el “progresismo”, habíamos pasado de formas caudillescas, aluvionales, multitudinarias, a la Democracia Representativa. Una racionalidad que abomina de los liderazgos, de las formas de democracia directa, del asambleísmo que caracteriza las formas de democracia real que se practica en toda la América Latina. En una palabra: así como muchos creyeron que con la globalización económica estábamos entrando al Primer Mundo, en materia de organización política institucional habríamos superado “el populismo” e iríamos camino a lo que se llama “una democracia moderna”. Pero hay un pequeño olvido: esa superación y

la construcción de un modelo democrático representativo al estilo europeo o norteamericano, no se dio como resultado de la VICTORIA del pueblo: la democracia actual nació de la DERROTA social y el robo de la política.

Esa fue la democracia que los argentinos recibíamos después de una de los mayores desastres que ha sufrido el campo popular. Nos habían quitado a los 30.000 mejores cuadros políticos formados en el proceso de resistencia que fue de 1955 a 1976. Pero también esto se daba en un marco donde la llamada globalización empezaba a hacer tabla rasa con las identidades nacionales y con todas las ideologías de cambio; cuando era difícil sobreponerse a la expansión mundial del capitalismo alentada por la caída del mundo socialista; cuando la economía del mercado era un paradigma indiscutible y la globalización se presentaba como el más alto nivel de organización al que había llegado la especie humana. Todo esto caló sobre muchas de las conciencias de muchas sociedades con larga experiencia de lucha, no sólo de la argentina.

Y LLEGO LA GLOBALIZACIÓN

Fue un proceso mundial en el cual tenía cierta lógica que el sistema político perdiera sus objetivos: no había nada para discutir. Todo estaba resuelto y la política sería descartada como medio de transformación, porque las soluciones iban a venir del mercado. Ese era el mensaje que recitaban unánimemente los medios de comunicación, que replicaban todos los sectores de la intelectualidad, la academia, la investigación y la universidad, presuntos santuarios del pensamiento crítico.

Como resultado se constituyó una democracia funcional al modelo económico; que interactuaba con el sistema de dominación: la democracia reproducía los cuadros para la administración del modelo económico y el modelo económico financiaba la reproducción de cuadros políticos que los partidos creaban para sostener un sistema integrado e interactivo.

Algunos textos europeos elaborados en base a análisis de los sistemas políticos en sociedades ricas, dan letra a la confusión del clientelismo con el asistencialismo. Pero en nuestra realidad, estamos hablando de dos cosas muy diferentes. Uno, se refiere exclusivamente al funcionamiento de los partidos, devenidos en corporaciones. Otra, remite a la inmensa magnitud de la pobreza y la marginación, que demanda el auxilio eventual del Estado. El primero, evoca los penosos episodios de corrupción en el manejo de las instituciones, que sintetiza el postulado que reza: “Ante cada necesidad, nace un negocio”. La segunda, en cambio, supone el rescate en la emergencia de la tesis evitista de que a cada necesidad se corresponde un derecho y a la obligación tutelar del Estado.

El clientelismo es una relación de dependencia económica no de relación política. Genera una forma de intercambio en el cual el dirigente ofrece prebendas a cambio de adhesión política. Es una permuta de fidelidad personal y votos a cambio de protección, seguridad, a veces trabajo, muchas veces algún negocio y por supuesto la perspectiva de ascenso político. En ese modelo de construcción política no valen lealtades, participación política, ni proyecto social, ni discusión de futuro; no vale el debate ideológico. Sólo vale lo que se cotiza en numerario.

Lo fundamental, es que este sistema tiende a la destrucción de la política, porque lo primero que se quiebra en esta relación es el espíritu crítico de la militancia. Aquel que acepta vincularse al sistema político a través del clientelismo puede alcanzar algunos beneficios; y una sola cosa no podrá hacer jamás: criti-

car, disentir, diferenciarse. Está obligado a servir. Si no, se derrumba su status económico, social o de prestigio y acaba con su carrera política.

Eliminada la crítica, si la política es el discurso crítico por excelencia, queda eliminada la política de los partidos. Los partidos podrán seguir llamándose partidos políticos, pero en realidad no lo son: son meros aparatos electorales, que no es lo mismo.

Para existir, la empresa política necesita dinero, poderío empresarial, relaciones con el poder económico y una eficiente administración que de sustento a los “operadores”, “referentes” y “punteros”. En ese nuevo mundo donde se reemplazan hasta las denominaciones clásicas de los integrantes, se acabó la militancia, ahora todos son profesionales. Y cualquier actividad partidaria, será rentada. Y sus necesidades de recursos económicos serán crecientes. Y así se ingresa a otro estadio del sistema: es ilegal que un partido se convierta en una empresa que reproduce dinero para poder reproducir la política.

La necesidad de ejercer actividades ilícitas para obtener recursos con que sostener a sus clientes, y las consecuentes complicidades, debilitan las convicciones éticas y morales de los afiliados, de la cúpula hasta las bases del partido. Pero, además, una campaña electoral supone enormes inversiones. Entonces hay que acceder a mayores compromisos que a su vez cuestan mucho más dinero. Y empieza a funcionar otro nivel de financiación: la famosa Banelco, “cobrar peaje” por leyes del Congreso, acomodar funcionarios o “hacer lobbie” para las corporaciones económicas, vender favores y créditos bancarios, canjear el deslíz en alguna ley de una palabra que permita a una empresa determinada evadir impuestos a cambio de una participación, recaudar por poner una firma a un despacho, etcétera, etcétera; por plata todo vale. Y otra vez la negación de la política: “El fin justifica los medios”.

Los partidos se convierten de esta manera en maquinarias para ganar elecciones, sin más horizonte que el de los próximos comicios. Para qué “formar cuadros”, “pensar el país del futuro”, servir a sus representados o perder el tiempo en debates ideológicos.

Y ya no solamente destruyeron la política: destruyeron su propia capacidad de defender los intereses de sus representados. He ahí la famosa “crisis de representación”, y la consistente certeza de que existe complicidad entre el sistema político y los intereses de la clase dominante.

Nacido en los albores de la globalización, este sistema político gozó de excelente salud hasta los acontecimientos de fines del 2001. No fue consecuencia única de la traición dirigencial; se instaló con el mismo consenso que tuvo el proceso de incorporación de Argentina a “la modernidad”.

En un marco de libertades sin precedentes en nuestra historia, los candidatos de los partidos políticos apagan la chispa del coraje civil. Nos acostumbramos a no escuchar más la palabra “pueblo”; ahora es la “gente”, que no significa lo mismo: la palabra pueblo alude a una organización histórica de habitantes de un territorio y una cultura dados y gente es apenas un montón de individuos. Ahora decimos “cambio”, cercenando el carácter histórico del concepto “revolución”. Los peronistas perdimos hasta el uso de la palabra “justicia social”; es más moderno decir “equidad”, pero trastrocamos el concepto de dar a cada uno lo que necesita por el de otorgar lo que merece. La palabra “militancia” desapareció del lenguaje político; en algunos casos se la reemplaza por “voluntariado social”, que nada tiene que ver con la idea de “militante” o integrante de una “milicia”, que significa núcleo compacto organizado y disciplinado, dispuesto a dar su vida por un proyecto. El militante desapareció para dar lugar a esa otra concepción que lleva a la calle a pintar: “fulanito conducción”,

y que se traduce a discursos tales como el “siganme”, inspirados en la egoísta idea individual que dice “si yo gano, todos ganamos”.

Y llega a un punto tal que en las mismas celebraciones de nuestros días los mismos peronistas a veces nos traicionamos. ¿Qué es el 1º de Mayo para los peronistas?: el día de los Trabajadores, la Fiesta del Trabajo. Se desvaneció el concepto colectivo, pues en los últimos afiches que pegaron los mismos gremios se veía que decían: “Día del Trabajador”. La propia JP se traiciona: el último 17 de noviembre un afiche recuerda el “Día del Militante”, cuando toda la vida fue *el día de la militancia*.

Esta tremenda degradación de nuestra conciencia política fue entrando en nuestra cabeza en este último período sin que nos diéramos cuenta. Jauretche: “*La dependencia económica de un país se apoya en su colonización cultural*”.

“*La propaganda es a las democracias occidentales lo que la cachiporra al estado totalitario*”, afirma el lingüista Noam Chomsky: “*Fabricar consenso es producir en la población la aceptación de algo inicialmente no deseado*”, agrega. Y cita a Walter Lipmann, decano de los periodistas norteamericanos, que defendía la legitimidad de que una minoría especializada de hombres responsables que ejercen la función ejecutiva, piensen y planifiquen los intereses comunes, para proteger a la democracia del “*rebaño desconcertado cuando brama y pisotea, domesticarlo para que no se moleste en ir a votar, evitar que participe en las acciones, asegurarse que permanezca en su función de espectadores, distraerlo y hacer que dirija su atención a cualquier otra cosa*”.

Y SE VINO EL MENEMISMO

El mundo aquel que conocimos se derrumbó. Y con él también el sistema de principios y creencias sobre los que construimos nuestra vida. Pero las mayorías callaron frente a la obscenidad, frente a el surgimiento de esa élite, ajena a nosotros, dentro del peronismo. Y la clase dirigente se sumó a la tentación de los negocios.

Ya en vísperas de instalarse este marco mundial de globalización capitalista, de posmodernidad y fin de la historia y las ideologías, en la Argentina se produjo el derrumbe del primer gobierno radical postdictadura, que fracasó en la misión encomendada por la ciudadanía: administrar el ingreso a la era democrática. Como siempre, el peronismo desató todas sus furias para recuperar el poder, pero con Menem no volvieron los ideales perdidos: vino la implantación acrítica de las recetas neoliberales; el capitalismo salvaje, basado en el fundamentalismo de mercado.

La globalización no vino de arriba. Se instaló horizontalmente; la adoptó todo el mundo, nuestra gente. Como una fatalidad. Se creó la convicción de que cada uno de nosotros podía ser el elegido por el modelo. Pero también todos supimos que todo triunfo individual se iba a fundar en el saqueo a los pobres: el salario como variable de ajuste. Y que el mercado traería una nueva cultura: la del lucro y la especulación. Que reemplazaría a la del trabajo y la producción por una antropófaga pericia de supervivencia.

Los saldos de la militancia que a esta altura de los acontecimientos subsistían penosamente, se vieron obligados a modificar hasta el idioma de la política, porque un consenso ineludible y aplastante silenciaba toda voz disonante. Era la hora de “el mercado”, la de los “ganadores”. Y se rompieron todas las solidaridades. Y se desató el todos contra todos, la ley de la selva.

Vimos la transgresión, y la toleramos porque el consenso erróneo de una opinión pública manufacturada por los medios de comunicación aceptaba que **el fin justifica los medios**. Legiones de argentinos de todas las clases sociales, pero en

particular los más pobres, aceptaron esa violación ética, porque era necesaria para sacar al país de la decadencia y el caos a que lo habían llevado los radicales.

Vimos enriquecerse hasta el hartazgo a una elite. Vimos cómo entre los pobres moría la solidaridad. Vimos comprar las voluntades políticas. Vimos la construcción de complicidades. Era el precio del “progreso”. Pero ellos terminaron por quedarse con toda la política: se impuso la inmoralidad. Cuando se estaban acostumbrando a ganar se terminó la fiesta, porque se vino encima la crisis del modelo. Ahora está claro, por globalizar de esta manera, todos perdimos.

Es hora de hablar de la ética, pero también de aceptar que no supimos, no pudimos o no quisimos defender principios que hubieran humanizado el proceso de incorporación del país a la economía mundial, que hubieran evitado este final de degradación e ilegitimidad que hoy afecta también al peronismo.

Hubo una resistencia fuerte en defensa del peronismo –en el sentido amplio que adquiere el término, en tanto proyecto e imaginario, cultura y utopía– ante esa intromisión. Pero sostener un discurso digno tenía un precio demasiado elevado. Sometidos a la pobreza relativa de los no elegidos por el modelo, sostener la ética del peronismo era quedarse afuera, autoexcluidos, incluso de la posibilidad de conseguir trabajo.

El menemismo sí se pegó al modelo, y dio un primer paso: *nos ganamos el derecho a ser explotados*. ¡Feroz pragmatismo!

Una cínica humorada de esos días sostenía que una lectura menos apática del balance social de la década podría decir así: el país que antes no tenía casi caminos está cruzado de autopistas para los que tienen auto; ciertos enfermos pueden ahora acudir a la medicina prepaga, cara, pero de lo mejor; los empleados de las grandes empresas trabajan en altos edificios vidriados e inteligentes; los que pueden, hace pocos años que tienen acceso a excelentes universidades privadas; la telefonía celular que comunica a multitud de trabajadores que tienen la fortuna de estar empleados está entre las más desarrolladas del mundo; raudos aviones de reacción conectan puntos antes aislados del país, pese a que el popular ferrocarril ha desaparecido; quienes tienen el tiempo necesario concurren a enormes megamercados para hallar mejor calidad de alimentos a menor precio; aquel privilegio de acceder a un 0Km. está hoy al alcance de cualquiera que posea tarjeta de crédito; en muchos más hogares que antes se encuentran freezer de dos puertas y horno microondas, aunque a veces están vacíos; no sólo en los exclusivos country hay TV satelital; el fonobanco simplifica los trámites de los poseedores de cuentas corrientes; para los que no están colgados, abunda una energía eléctrica segura; en los chalet de cualquier zona residencial hay conexión de gas en la vereda, aunque haya barrios sin cloacas; no hay ya arbolitos ni mesas de dinero para los que tienen dólares que cambiar; los ómnibus de las grandes ciudades facilitan el ascenso de lisiados que no tienen con qué pagar el boleto; los jóvenes que tienen trabajo pueden casarse y adquirir una vivienda; miles de hombres y mujeres útiles a la sociedad que antes vegetaban en un empleo público hoy día pueden abrir un quiosco, fundirse y cagarse de hambre; etcétera, etcétera.

El neoliberalismo se apoyó en un cimientito falaz: la supremacía de la razón económica sobre la razón política. El impulso económico, el discurso del beneficio, la rentabilidad de las cosas y las personas señalaron durante toda una época las prioridades en las relaciones sociales y en la actuación de los sucesivos gobiernos. Así, el Estado (solo útil para la destrucción del tejido productivo argentino y su transformación en especulativo) fue relegado a un papel subsidiario y subalterno y la vida social fue determinada por el mercado: en definitiva, una promesa que nos sometió a vivir expectantes de un derrame que nunca llegó.

En cambio, sí se visualizó la concentración de la riqueza y, por fin, la imagen de un helicóptero en fuga marcó el desenlace de la promesa.

¿Podía “el mercado” reemplazar aquella Política que habíamos construido con sangre, sudor y lágrimas?

Ciertamente, el menemismo puso fin a un mundo que se terminaba, que venía agonizando desde 1955. Pero las grandes transformaciones ocurridas significaron dramáticas mutaciones que, como consecuencia, han cambiado también, drásticamente, las reglas de la política. La puja por la distribución de costos y beneficios de la globalización, que es el trasfondo del conflicto social presente, pasado y futuro en la Argentina, está crecientemente afectada por asimetrías que pervierten la democracia.

Se terminó con el Estado porque había que acabar con el *proteccionismo*. Y se aplicó la misma ley a todos: los tiburones pudieron comerse todas las sardinas que quisieron, a cambio de que las sardinas comieran todos los tiburones que pudieran. Al mismo tiempo, un sistema global de negociaciones inequitativo descansa sobre la base de “concesiones” supuestamente recíprocas entre países supuestamente iguales.

A esa realidad mundial, el gobierno encabezado por Menem respondió con el alineamiento automático junto a la mayor potencia económica y militar del planeta con suerte no siempre beneficiosa. Y ante problemas nacionales legítimos asumió acríticamente el recetario de fórmulas políticas aconsejado por los organismos que regulan el capitalismo mundializado. En rigor, sólo supo dar, de manera sistemática, respuestas neoliberales. Algunas de esas respuestas funcionaron; otras no. Lo innegable es que el “pensamiento único” obtuvo el diálogo y cerró el camino a la identificación de soluciones alternativas.

Pero de esos hechos el peronismo sólo ha tomado nota en términos de su incorporación a un consenso, manufacturado por el establishment económico y cultural, que atribuye al régimen mundial reinante el carácter de *civilización*; esto es, de sistema destinado a prevalecer en tanto imperativo histórico ante el que se disolvería todo interés particular.

Ese supuesto consenso en el inexorable señorío de un imaginario estadio superior de la organización humana, fundamenta la supremacía de sus soluciones neoliberales en que únicamente el “mercado” puede cumplir el papel de racionalizador de las sociedades económicamente menos desarrolladas, a las que asocia con la *barbarie*. Justificado entre nosotros en nombre de un *progresismo rivadaviano*, el sistema económico en vigor en una decena de potencias desarrolladas se extiende y *civiliza a los bárbaros* por las buenas o por las malas.

Como consecuencia de este *discurso único* no hay debate ni participación en el peronismo, que adopta “lo moderno” y excluye la exploración de otras vías; una práctica intelectual que lo distancia de los problemas del pueblo y descalifica a la organización política en tanto herramienta transformadora de la realidad. Esa ausencia de proyecto provoca el desaliento de la militancia y espanta a la juventud.

Con sus luces y con sus sombras, la década menemista dejó como saldo tres cuestiones principales a resolver:

La aplicación acrítica de soluciones neoliberales a todos los problemas argentinos de reinserción del país en el mercado mundial segó toda otra perspectiva de análisis. Este hecho, que da por tierra con el supuesto pragmatismo de la gestión Menem y, por el contrario, habla de una administración fuertemente ideologizada, no termina de ser superado por la clase política argentina.

La supremacía de la ideología –esto es lo adjetivo– sobre los temas de interés nacional –lo sustantivo– bloqueó todo debate sobre las mejores formas de defender el acervo de bienes culturales, el capital social y la hacienda de la Nación.

Esta dilapidación fue y es producto de un debate cerrado al interior de los actores del “mercado”, del que está ausente el concepto de comunidad de intereses que constituye la Nación. No hay misión histórica: ni pasado ni proyecto de país. El *pensamiento único* es un cerco ideológico que cercena nuestro futuro. No aporta respuestas para restablecer el equilibrio de los diversos y divergentes factores que componen la Nación. No permite romper el cepo que las deudas contraídas imponen al desarrollo armónico e integrado del país.

Estallada la sociedad de clases, diluida la representatividad de los partidos políticos y destruido el Estado moderador del conflicto de intereses, las nuevas redes de la relación de poder son de tan extrema complejidad que no hay alianza, ni partido, ni factor de poder que, aisladamente, pueda plantear la reconquista de los resortes de poder y su reparto con equidad.

No era creer o no creer; ¡era creer o reventar!

Se acabó la hora de los pueblos; no había donde ir.

Dispuestos a no reventar y a no desertar, se abrieron cuatro opciones:

La tentación de irse a casa y abandonar la política.

Subirse al parnaso de los puros y criticar estérilmente.

Adaptarse, hacer una rara hermenéutica de los principios peronistas para no colisionar frontalmente con el sentido común instalado.

Subirse al carro triunfal, aceptar sin cortapisas el nuevo escenario y olvidar todo lo aprendido.

COROLARIO

El corolario que deja a la experiencia argentina el periodo de predominio de las políticas económicas neoliberales es simple y evidente: **lo único que crea riqueza es el trabajo; y su contrapartida: la riqueza no crea trabajo.**

Una nación lo es en tanto tiene un proyecto; el Estado es el realizador, orientador y garante del proyecto. Una nación tiene que dominar el Estado; o no lo será.

Una identidad política se resuelve por sus proposiciones pero también por la determinación de sus adversarios: fue nuestra oposición al liberalismo económico lo que, históricamente, nos dio la entidad de sujetos en un mundo donde antes y después de la globalización prevalecerán los más fuertes en la defensa de sus intereses nacionales.

No sólo durante el ejercicio del gobierno sino durante muchos años en el llano el peronismo ocupó el lugar de la respuesta pragmática a la hiperideologizada prédica de los eternos enemigos de la Nación que propiciaban su indefensión. Y hace apenas un decenio que los peronistas adoptamos el ideario de los discípulos bastardos de Adam Smith.

El pueblo, sin el gobierno, no se libera. Ningún gobierno, sin el pueblo, podrá lograrlo. El gobierno fortalece al pueblo; el pueblo fortalece al gobierno. Nuevos bríos para ambos, en la dialéctica de una relación donde el pueblo acompaña y el gobierno responde.

Ninguna opción por la liberación apuesta, como nos había acostumbrado la política que convalidaba el régimen de dependencia, a que un partido por ser mayoritario deba contener en su seno intereses sociales antagónicos. No pasó demasiado tiempo desde que se escuchaba elogiar la capacidad política de Menem, al sumar en un solo partido político a los discípulos de Martínez de Hoz con los trabajadores desocupados de La Matanza: hasta se llegó a afirmar el disparate de que esa construcción política constituía “un inédito contrato social”, aunque apenas fue una ordenada forma de subordinación política de los vencidos.

Para que sea posible repetir el ciclo virtuoso que en la Argentina inauguró el peronismo no hace falta que resucite Keynes ni que retrocedamos a la posguerra. Hace falta sí, consolidar el lugar de las fuerzas propias y desde ahí dialogar con otros sectores e intereses, para construir los consensos sobre la Nación que representarán a la mayoría electoral.

El Movimiento Nacional y Popular no es una construcción partidaria ni un acuerdo de partidos: es un eje social y político que articula verticalmente a los intereses nacionales. Pero tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general. La posibilidad que una clase tiene para conquistar espacios en la correlación de fuerzas estará determinada por la eficacia de su accionar en pos de sus intereses intrínsecos.

El objetivo es reconciliar la ética con la política, en el convencimiento de que frente a la crisis de representación y al grave cuestionamiento de la población a la dirigencia de los partidos tradicionales en su conjunto, la única democracia es la que se convierte en social, orgánica y directa: esto es, representativa del Movimiento Nacional y Popular. Frente al poder de la fuerza, el dinero y los aparatos, la palabra debe tenerla el pueblo organizado.

Toda interpretación del “cómo sigue esto” tendrá que afincarse en nuestra historia y no en la experiencia de otros pueblos en otras latitudes, por prestigiosas que sean esas ideas. Y aquí es donde hallamos a nuestros politólogos meneando nuevamente las clásicas interpretaciones derivadas [otra vez!] del famoso dilema “civilización y barbarie”, en donde quieren “encajar” los sucesos que protagoniza el peronismo. A nuestra *intelligentzia* le cuesta mucho emanciparse de la colonización pedagógica y sigue buscando las respuestas a las cuestiones políticas argentinas en paradigmas importados, porque el peronismo ha sido siempre para ellos un partido de segunda clase. Por eso, la trampa del debate ya iniciado está en que: unos se alinean con la internacional liberal, otros con la socialdemócrata; como si no existiera ninguna otra opción.

TRAZANDO EL MAPA CONCEPTUAL DE LA GLOBALIZACIÓN.

“Tal vez estemos atravesando una transición de la misma trascendencia y profundidad que la que condujo del feudalismo al capitalismo; mientras tanto, estamos tan desorientados como los últimos feudales”

***Alfredo Eric Calcagno y
Alfredo Fernando Calcagno***

“Estamos en una época importante, en una formación donde el espíritu ha dado un salto hacia delante, ha superado su forma concreta anterior y ha adquirido una nueva. Todo el conjunto de ideas y conceptos que ha servido hasta aquí, los vínculos mismos del mundo, se disuelven y se hunden como la visión de un sueño”

George Hegel

PENSAR LOS CAMINOS.

Para comprender la exclusión social y la globalización más apropiado que buscar sólo sus causas, es adentrarnos en sus caminos; de modo que evitemos la tentación “científica” de buscar leyes universales (y con ellas las soluciones universalmente aplicables). De esta manera, es posible abordar la naturaleza multidimensional de la realidad, y sobre todo los múltiples caminos que el proceso de integración del globo puede tomar, incluso al mismo tiempo. Sabemos que en la medida en que nos desprendamos de los lastres racionalistas de nuestro pensamiento, transitando un camino más plagado de paradojas que de causalidades, con más complejidades que homogeneidades, vamos a ir aproximándonos a desenredar esta madeja de la sociedad en transición que se presenta ante nuestros ojos como confusa e incomprensible. Nuestro desafío se da, en parte, en la pretenciosa intención de hilvanar los diferentes planos, con hilos argumentales que, atraviesen la diversidad convirtiéndose en referencias espacio-temporales, que no sólo nos ayuden a explicarnos el escenario en el que actuamos, sino también sean útiles para tensar los planos y cohesionar, hasta darles coherencia en la búsqueda de un sentido colectivo, alternativo y superador del sendero único de muerte, que el capitalismo neoliberal presenta –adrede, por cierto,– como inexorable.

Basado en la comprensión de la sociedad globalizante y excluyente a partir de sus caminos, nuestra palabra no tiene aspiraciones de ser otra cosa que un mapa, una guía de ruta. Con todas las simplificaciones casi absurdas que estas contienen. Con el despropósito que significa convertir una realidad física, corpórea, compleja, entramada con sentimientos y voluntades, a los trazos gruesos de los mapas. En ellos, pequeños puntos oscuros significan ciudades enteras, realidades con contradicciones y en cambio permanente, o sea, vida. No obstante, estamos convencidos de la necesidad de guías para orientar el camino de unos caminantes (y como tales nos concebimos) cuando se han roto las viejas brújulas que sólo apuntaban al Norte. Caminantes que han decidido andar por su propio camino, aunque tengan que hacer camino al andar (como dice el poeta español Hernández) y no ir detrás del camino de otro, por más seguridad y felicidad que éste prometa, aunque más no sea para los pocos que logran acceder a él. Somos unos caminantes que buscan a tientas toparse con los límites de un nuevo espacio. Nada nos garantiza que en el lugar al que hemos de dirigir nuestros pasos podamos encontrar la verdad y la justicia. Igualmente estamos dispuestos, como caminantes que somos, a emprender la larga marcha, pues es lo que justifica nuestra existencia. Sabemos que quedarnos inmóviles, en este mundo que nos proponen los poderosos, significa la muerte.

Algunos autores como Cornelius Castoradis afirman que el problema de la condición de gran parte del pensamiento contemporáneo producido por esta civilización es que éste ha dejado de ponerla a ella misma en tela de juicio. No formular ciertas preguntas puede ser más nocivo que dejar de responder a las que ya figuran en la agenda oficial, los debates académicos, políticos, etc. Preguntas equivocadas suelen contribuir a desviar la mirada, a que no se focalice sobre los problemas que son acuciantes para tres cuartos de la humanidad. Desvíos, no siempre y necesariamente malintencionados, que se pagan con precio de sufrimiento humano. Acercarse a las preguntas que queman constituye la diferencia entre someterse al destino (ser objetos) y construirlo (ser sujetos), entre andar a la deriva y ser caminantes. Poner en discusión las premisas incuestionables de nuestro propio pensamiento, someter a la crítica a la cultura que también nos nutre, es sin duda un aporte imprescindible que debemos hacer todos los que

tenemos acceso al estudio y la elaboración de pensamiento abstracto. Algo que debemos a nuestros congéneres, pero también a nosotros mismos. Nuestro texto—pretexto busca, primordialmente, preguntar e incitar a las preguntas; sin pretensiones de formular las preguntas más brillantes, ni siquiera las correctas, para que empiecen a abrirse ante nuestros ojos los caminos de la emancipación¹.

Está en nuestra intención aportar con estas preguntas, aunque sean formuladas como aparentes certezas, para la configuración de un mapa de la comprensión un plano de los caminos por qué nos trajeron hasta aquí, cómo siguen y cuáles son las alternativas. Hemos emprendido la ardua y difícil tarea de confeccionar estos mapas pues sentimos la necesidad de dotarnos de un saber eminentemente práctico, basado en criterios de acción, más que en leyes explicativas. La acción política de los dominados y los oprimidos requiere no un fundamento abstracto de lo que “correcta” y “revolucionariamente” hacerse, sino un saber teórico-práctico que acompañe los lineamientos estratégicos de una política revolucionaria. Parafraseando a Mao, se requiere un saber de la pera mientras se la va comiendo, terminando de comprender lo que realmente es, al transformarla. Por eso mucho más importante que las respuestas a que podamos arribar (y su fundamentación erudita), es el acierto que alcancemos en la formulación de las preguntas, que nos oriente en la comprensión de las claves del proceso. **Si convenimos en que el mayor invento de la dominación es la invisibilidad de las cadenas, nuestra tarea es atender y entender dónde éstas nos aprisionan, para luego pensar en cómo nos hacemos libres sólo al tiempo que las vamos rompiendo.**

El esfuerzo que hacemos por explicar la compleja telaraña de una sociedad globalizante, que aparece envolviéndonos, tiene que ver con la convicción de que el ocultamiento de los caminos y los intereses que se esconden tras ellos es una de las condiciones de la sumisión y uno de los elementos que, como dominados, vamos interiorizando hasta hacer casi propios.

Podemos preguntarnos: ¿es realmente la globalización un nuevo sistema de dominación? y responder que está dentro de objeto de este ensayo aproximarnos a la idea de que el concepto de sistema global tiene validez y es el que resulta apropiado para el análisis de un número creciente de fenómenos que cambian con rapidez, pero responden a una lógica similar en el marco de esta sociedad en transición.

Cuando se comprende el sistema—mundo como un todo, al mismo tiempo se comprende cuales son los mecanismos mediante los cuales este concibe su perpetuación, en tanto es un sistema de dominación que necesita mantenerse en el tiempo —por la ideología, por la violencia, por la costumbre, por sus mitos y por su racionalidad propia—, pues contra sus pretensiones de perpetuación se encuentra la férrea voluntad de los Pueblos que pugnan por ser ellos mismos, es decir, por su liberación.

“La diferencia fundamental entre los sistemas sociales y naturales es que los primeros son más accesibles a la intervención humana. Es decir, la lógica del sistema sobre sus miembros no se realiza de manera absoluta, como, por ejemplo, en el sistema solar o un hormiguero, sino en forma mediada, a través del *software* cultural o la identidad de los sujetos sociales. La lógica del sistema es interpretada por los sujetos y la calidad de esta interpretación, junto con otras condiciones concretas, deciden si ejecutan la lógica sistémica por completo, en parte o si actúan en su contra. Su *praxis* es, por lo tanto, el resultado de ambos factores: la lógica sistémica y la lógica de la personalidad propia. Querer

¹ Porque estamos convencidos como Andre Gunther Frank (1978) que “la perspectiva necesaria para una ciencia de liberación útil a los colonizados del mundo, es probable que se encuentre solamente entre los colonizados mismos”.

cambiar la lógica del sistema presupone, por lo tanto, que el sujeto tenga o adquiera un *software* cultural (conciencia) que le permite a) entender claramente la lógica del sistema en sus aspectos principales; b) su propia identidad y c) las perspectivas de cambio que son objetivamente viables” (Heinz Dietrich, 2003).

La comprensión de qué es lo que hace que las cosas sean como son, aun de complejos sistemas de anegamiento de las conciencias y de doblegamiento de las voluntades, no nos sume en la impotencia sino que nos impulsa a recomenzar la lucha. Pensar, descubrir, comprender, es un paso necesario que nos alienta a entrar en acción.

No es preciso aclarar que la matriz filosófica que preside nuestro pensamiento no abreva en el pesimismo, sino más bien al contrario reconoce en la historia de la humanidad en general y de nuestra tierra latinoamericana en particular, una riqueza —no ausente de contradicciones— en la búsqueda de la libertad y la justicia, es decir, de la liberación. Nuestra visión de la historia hace viable el proceso emancipatorio y la ruptura de las cadenas. Aunque —repetimos hasta el hartazgo—, no como una consecuencia que necesariamente se produciría por alguna fatalidad escrita en leyes sociales, sino como el resultado de un propósito plenamente consciente de la voluntad humana: superar la dominación y la opresión por medio de luchas emancipadoras. En otras palabras, queremos adentrarnos en la interpretación del sistema de dominación pero sin pensarlo como un fatalismo. Compartimos las posiciones del pensador egipcio Samir Amin contra el determinismo economista (mucho más valiosas puesto que vienen de alguien que no reniega de su formación marxista). “Todo sistema social (por lo tanto también el capitalismo) es histórico, en el sentido de que tiene un comienzo y un fin, pero que la naturaleza del sistema sucesor que supere las contracciones del que lo precede no está determinada por leyes objetivas que puedan imponerse como fuerzas exteriores a las acciones de las sociedades. Las condiciones propias de un sistema en decadencia (en este caso el capitalismo mundializado y particularmente las contradicciones asociadas a la polarización que lo caracteriza) pueden superarse de maneras diferentes en virtud de la autonomía de las lógicas que gobiernan las diversas instancias de la vida social (la política y el poder, lo cultural, la ideología y el sistema de valores sociales mediante el cual se expresa la legitimidad, lo económico). Estas lógicas pueden ajustarse entre sí de maneras diferentes para dar cierta coherencia al sistema en su conjunto, de modo tal que siempre puede darse el mejor resultado y también el peor y será la humanidad quien cargue con la responsabilidad de su devenir” (Amin, 2003).

Gramsci nos aporta² una explicación interesante para comprender más acabadamente como funciona la reproducción del sistema. Para el pensador italiano esta reproducción no se da únicamente como resultado de la coerción y la aplicación de la fuerza, sino del *consenso* (en sentido ideológico). Los sistemas sociales y las estructuras de poder se afirman y prologan en el tiempo porque un conjunto social amplio expresa en la práctica cierta conformidad con el conjunto de valores y normas en que se asienta el sistema en cuestión.

² El gran aporte de Gramsci al pensamiento político fue que, partiendo del marxismo pero negando sus posiciones más reduccionistas, logró arribar a la conclusión que el sistema de dominación no se explica sólo por el control de los recursos ni por el ejercicio de la fuerza, sino además y fundamentalmente por la capacidad de las clases o naciones o sectores de lograr la aceptación de su esquema de valores y visión del mundo por las mayorías. Este elemento ideológico es fundamental para el sostenimiento del orden establecido, del bloque histórico formado por la estructura y la superestructura de la sociedad. De este modo la transformación social es imposible sin conciencia sobre las relaciones de dominación.

La permanencia de un sistema de dominación no es únicamente el resultado de la imposición coercitiva sino de su aceptación consensual. El concepto de *hegemonía*³ y de *bloque histórico* contendría éstos elementos en que se combinarían dialécticamente el consenso y la dominación –el momento del poder y el momento intelectual y moral– como constitutivos de un orden de poder determinando, y su duración, su prolongación en el tiempo (Flores Olea, 1999). Entonces si queremos aprender algo de la dominación, debemos primero abocarnos a la comprensión del largo camino va configurando el consenso alcanzado por la globalización actual.

GLOBALIZACIÓN Y PROCESO DE INTEGRACIÓN UNIVERSAL.

Pensar en el proceso de integración a nivel mundial como un fenómeno reciente es a todas luces desconocer la interacción histórica entre las sociedades. Aun sin introducirnos en el complejo tema de la filosofía de la historia podemos esbozar una visión, aunque más no sea, panorámica, del camino de la humanidad. La progresiva integración de la misma es un sendero, que lejos de linealidades, ha transitado desde que el primer hombre produjo elementos culturales. A esta integración del mundo la llamamos proceso de universalización. Pero este proceso no tiene un único y unívoco sentido. La interrelación entre las distintas personas, entre los diversos Pueblos no tiene siempre el mismo sentido hacia la integración en condiciones igualitarias o justas. Dentro de estos diversos caminos transitados desde principios de la humanidad aparece uno signado por la opresión de los más débiles. Es el camino de la negación del Otro, de la integración para el dominio. Los últimos 500 años de historia de nuestro planeta fueron testigos del más potente y dinámico de estos intentos. En el Renacimiento Europeo se inicia un camino de dominio universal al que hemos de llamar globalización en sentido amplio.

Dentro de las diversas acepciones que se le dan a este término preferimos llamar globalización en sentido amplio al proceso de europeización (Robertson, 1993) o bien de imposición de la civilización noratlántica y reservamos el término universalización para los restantes caminos posibles de la integración de la vida humana en el planeta. En un sentido similar se expresan Philippe Labarde y Bernard Maris (1999), cuando afirman: “mundialización y universalidad no van a la par, se excluirían, más bien, la una a la otra. La mundialización es la de las técnicas, la del mercado, la del turismo, la de la información. La universalidad es la de los valores, los derechos del hombre, las libertades, la cultura, la democracia”.

Creemos posible un camino de integración a partir del respeto por la diversi-

³ “El concepto [de hegemonía] proviene originalmente de la teoría militar en donde designa la capacidad de liderazgo del jefe del ejército. De ahí pasa a la teoría política, expresándose en dos corrientes distintas. En el caso de los estructuralistas, ampliamente desarrollado por Nicos Poulantzas, la hegemonía se refiere a la dominación ideológica o la capacidad para ejercerla; en la vertiente de Antonio Gramsci, en cambio, denota la capacidad de convencer, de establecer consensos y de generalizar la propia concepción del mundo, concepción que emana o que se construye justamente en el proceso de trabajo. Simultáneamente al desarrollo del concepto en la ciencia política, empieza a ser introducido en el análisis económico donde se emplea, sobre todo, para denotar situaciones de dominación, de fuerza o de poder, fundadas en la superioridad tecnológica. En los estudios sobre competitividad el término alude a la superioridad tecnológica, en los estudios sobre imperialismo el concepto se enriquece abarcando consideraciones en torno a la fuerza militar, a las estrategias publicitarias, a las fuentes de financiamiento, etc.” (Ceceña, en Red Eurolatinoamericana Celso Furtado).

dad y la particularidad tanto a nivel de los Pueblos como de las personas (Perón, 1986)⁴. En concurrencia se expresa el profesor mexicano Flores Olea “Pero la mundialización capitalista no es la única posible –tal es una de nuestras tesis centrales–, ya que es probable una mundialización o globalización democrática basada en principios comunitarios de solidaridad. A lo largo del texto comprobamos que los procesos de globalización y mundialización están cargados de valores culturales, y que expresan peculiares interrelaciones humanas, no limitadas al aspecto económico y mucho menos que significan necesariamente relaciones de subordinación, explotación o dependencia”.

La globalización en sentido amplio no es, entonces, un fenómeno reciente. Tiene, exactamente, una antigüedad de cinco siglos. Alrededor del año 1500, el desembarco de Cristóbal Colón en Guanahani⁵ y el de Vasco da Gama en Calicut determinaron un punto clave en la expansión de ultramar de las naciones de Europa. Expansión que había sido promovida desde comienzos del mismo siglo por el rey portugués Enrique el Navegante. Así bajo el liderazgo de las potencias atlánticas –España y Portugal, en primera instancia, y después, Gran Bretaña, Francia y Holanda– se formó lo que el economista argentino Aldo Ferrer llama el primer orden global, verdaderamente de alcance planetario (Ferrer, 2006). A lo que el profesor Tulio Ortiz agrega: “lo que hasta ese momento era, a nivel planetario, un sistema de regiones, pasa a convertirse en un sistema mundial se irá perfeccionando con los siglos” (Ortiz, 2003).

La integración de la humanidad ha adquirido formas diversas desde la interrelación primitiva que se daba en términos de combates y conquistas, pasando por las disputas de las rutas marítimas de intercambio de mercaderías de los “mares interiores” (como por ejemplo el mar Mediterráneo respecto de los fenicios), hasta la ruta de las sedas y las especias que vinculan las penínsulas orientales –como india– con la occidental –Europa– del inmenso continente asiático (Amin, 1998). Pero es, sin dudas, a partir de las cruzadas, donde se sientan las bases del predominio mundial europeo a través de la disputa con los, hasta entonces mucho más ricos y refinados, pueblos islámicos⁶. Este proceso de intercambio, que jamás se restringió a las mercaderías, sino que siempre constituyó un verdadero intercambio cultural (circulación de creencias religiosas, adelantos técnicos, conocimientos generales, etc.), toma un impulso que lo lleva a ser de alcance verdaderamente mundial. Sin dudas que la colonización de América, cuyo “descubrimiento” tiene mucho que ver con este intercambio que mencionábamos, es un hito fundamental. La voracidad del eurocentrismo antropológico que lo desarrolla, hace que esta integración no sea un intercambio de particularidades, sino más bien un proceso de imposición cultural y económica. A partir de entonces se empieza a difundir una denominada historia universal –confundida con la historia eurocentrista y centralizada– que se erige como marco y modelo (al tiempo que niega metódicamente a la historia del *Otro*).

Pero no debemos creer que el desarrollo de la globalización tuvo siempre el mismo ritmo ni la misma intensidad. En particular desde las últimas décadas del siglo XIX podemos comprobar grandes ciclos en los que aparecen etapas globalizantes y desglobalizantes (entendidas éstas como etapas en donde se hace más fuerte la

⁴ El libro “El Modelo Argentino para el proyecto nacional” es original de 1974.

⁵ “El mundo se encuentra en camino hacia la integración universal desde el inicio de la Modernidad y de la irrupción de América en la historia. Esta unificación en el espacio y el tiempo es llamado hoy globalización y marca una nueva conciencia mundial” (Galli, 2000).

⁶ Aprovechando las contradicciones internas, las intrigas, por ejemplo entre los sultanes, etc. ver libro “La invasión” de Maalouff (1986).

autonomía de los Pueblos). Pero, no obstante, podemos comprobar una tendencia constante hacia la “interpenetración del conjunto de las actividades económicas planetarias como parte de un proceso total de interacciones cada vez más densas (sociales, políticas, culturales, etc.) al interior del cual se desarrollan sucesivos ciclos de intensificación y repliegue de la trama transnacional cuyo eje motor han sido relaciones de dominación reproduciéndose, mutando a través de estructuras capitalistas de creciente complejidad” (Beinstein, 2000).

El último tramo del proceso de globalización se ha acelerado de tal manera que permite que la humanidad tome conciencia, es decir, comprensión del mismo (Robertson, 1993). Este último tramo al que llamaremos globalización en sentido estricto, término que hemos de utilizar para explicar las relaciones de dominación actuales. Dicho de otro modo, a efectos explicativos llamaremos globalización en sentido amplio a todo el proceso de despliegue de la civilización noratlántica y globalización a secas o en sentido estricto para designar al último tramo del proceso, en particular el que sucede a la dominación imperialista.

Con el afianzamiento y el desarrollo –en las últimas décadas– del proceso globalizante estamos asistiendo al mismo tiempo a la rigidez propia de la agonía de las culturas que acompañaron al desarrollo de la civilización europea. Agonía que se ha revelado consustancial a la intolerancia de esta civilización frente a otras diferentes, subrayada ya hace tiempo en los estudios antropológicos. vanalizada y traducida en la mentalidad progresista en el mero respeto de las diferencias superficiales (o la no discriminación en las formas), mientras se sigue negando la vida al Otro, desentendiéndose, cada vez más, de su suerte. La incapacidad de la civilización noratlántica para aceptar la validez de otras formas de vida y cultura hizo que “sus encuentros con las sociedades llamadas primitivas tuvieran lugar casi siempre con violencia (grosera o sutil) ...” –señala el francés Pierre Clastes– “En otros términos, descubrimos en el espíritu mismo de nuestra civilización la proximidad entre la violencia y la Razón...La Razón occidental reenvía a la violencia como su condición y su medio, pues lo que no es ella misma se considera en estado de pecado y cae entonces en el campo insoportable de la sinrazón...Todo ocurre como si nuestra cultura no pudiera desplegarse más que contra aquello que considera irracional”⁷.

Así fue como la civilización europea nacida en el Renacimiento y su producto económico el capitalismo, fueron conformando el carácter imperial y dominante del despliegue con fuerza mundial. Fundamentalmente porque **en la sumisión de los terceros acumularon su fuerza, no sólo en términos económicos**. No decimos que antes no hubiera sistemas de dominación que se sirvieran de las riquezas de los dominados y que sus sistemas de dominación no tuvieran su correlato económico. De hecho lo hicieron en relación a muchos pueblos vecinos desde los Incas y su Imperio del Tahuantisullo en América hasta las dinastías de China y su Imperio del Chung Kuo en Asia, pero como dice Samir Amin estos tenían “lógicas de sumisión de la vida económica a los imperativos de reproducción del orden político-ideológico, en oposición a la lógica del capitalismo que invirtió los términos (mientras en los sistemas antiguos el poder es fuente de riqueza, en el capitalismo la riqueza funda el poder)”⁸. Pero fue particularmente con Grecia y Roma, ya en

⁷ Citado por Frédéric Clairmont (1999), en Pensamiento Crítico vs Pensamiento Único.

⁸ “Los Pueblos-etnias que alcanzaron distintas formas de centralización estatal, económica, política y cultural, lograron en algunos casos integrarse en la forma superior de la sociabilidad que fue y es la nación. Tres grandes naciones antiguas abren este proceso superior del agrupamiento de los hombres en naciones: Egipto en África, China en Asia y los

Europa, donde se inicia “una nueva forma de relación colonial de explotación de los pueblos por los pueblos. Su sistema puso en evidencia por contraste que hasta entonces había existido una explotación principalmente militar que tomaba el comando político del pueblo vencido, al que sometía al saqueo, generalmente en el momento de la guerra de conquista, ya al tributo regular que se pagaba de Estado a Estado. En general, los pueblos perdían sólo su independencia política, porque el poder vencedor respetaba el autodesarrollo comunalista y sus sistemas de producción imperial. La corriente conquistadora de los hombres del mar, sobre todo los griegos y romanos, pusieron en marcha una segunda forma en que la acción política era seguida por la intervención de sus mercaderes en el proceso de autodesarrollo del vendido. Al nacer el cambio entre pueblos a través del mercado monetario, capaz de transformar en mercancía los productos, la tierra y a los hombres, que podían comprarse y venderse, surgió por primera vez en la historia una economía imperial mediterránea en donde los pueblos conectados entre sí por las flotas mercantiles entraron en una división del trabajo continental” (Astesano, 1979).

Podemos concluir que la globalización, en sentido estricto, si bien es una etapa más en el desarrollo de la globalización en tanto imposición de la civilización noratlántica y su sistema económico, el capitalismo, tiene significados y consecuencias profundas en cuanto a las formas de vida, de relación con los otros, en las formas de pensar, producir y consumir en la sociedad actual.

De hecho incluso nos preguntamos si es legítimo hablar de esta globalización como un proceso de integración universal cuanto vemos ciertas barreras que se trazan entre los hombres. En este sentido compartimos el planteo de la autora argentina Regnasco: “Existe un hecho que derriba de modo contundente la mentira de la globalización como integración mundial, este hecho es el inmenso muro de vergüenza que está construyendo el gobierno de Washington en la frontera con México. Es claro que el propio Estado imperialista que llega incluso al uso de la fuerza para garantizar la libre circulación del capital usa también esa fuerza para evitar la libre circulación de las personas, sobre todo si estas quieren migrar en búsqueda de trabajo, incluso con México que se supone que a partir de 1994 a través del Nafta es uno de sus principales socios. Ese nuevo muro es una metáfora de la sociedad actual dividido entre los poderosos del mundo y los pueblos dominados. Una metáfora de la sociedad dual: la globalización y la exclusión” (Regnasco 2000).

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA RAZÓN IMPERIAL (A MODO DE PARADA CON PRETENSIONES FILOSÓFICAS EN EL CAMINO).

La integración del mundo a partir del Renacimiento significó una paulatina incorporación de las zonas del mundo conquistado al dominio de la Razón Imperial, es decir, una asimilación acelerada y creciente al propio sistema de vida, pensamiento

Incas en América. Una etnia-pueblo conquistaba militar o culturalmente a otras etnias menores, pero no se limitaba a integrarlas en un solo Estado, en una sola centralización económica. Imponía su idioma, sus dioses, que era tanto como integrarlas a su propio pasado religioso, soldando por abajo con un mismo sistema de riego y por arriba con una cultura, a hombres que hasta entonces vivían en distintas regiones, pertenecían a etnias diversas y ocupaban diversos estratos sociales (Astesano, 1979). Estas concentraciones imperiales son hijas de la apropiación del excedente comunitario por una estructura que dio origen a las clases dirigentes militares y políticas.

y trabajo de Europa, y más luego aunque de un modo particular y subordinado, a un modo de producción (y de circulación de las mercancías y de consumo). Todo esto a pesar de las tremendas diferencias históricas y culturales entre las sociedades, cobrando por la fuerza ciertos rasgos comunes precisamente en función del régimen que las anexaba. La justificación de tal anexión se funda en el mito de sincronidad de las culturas, es decir la idea de una evolución única de la humanidad. Claro está que la Razón Imperial reservaba para sí el sitio de locomotora del progreso de la humanidad. Visto de este modo Europa no imponía su civilización sino que civilizaba al mundo⁹. Allí hay que encontrar la raíz de la idea muy sarmientina de contraponer la civilización con la barbarie, es decir, imponer la cosmovisión europea sobre cualquier tipo de manifestación de la cultura autóctona.

Esta idea fuerza de Europa como cúspide de la civilización nos permite comprender una vocación clara de “globalizar” el mundo y de extender el dominio, como un aspecto fundamental que a su vez alimentaba el fortalecimiento del poderío de esa parte del mundo. No es contradictorio, entonces que el capitalismo, es decir, el modo de organizar la producción surgido en esa civilización –por su lógica interna, por la estructura misma de su funcionamiento– naciera con la necesidad insoslayable de perseguir ilimitadamente su expansión.

Expansión e integración son, así, consustanciales a la Razón Imperial. No comprenden sólo el despliegue histórico y material de los “descubrimientos” geográficos o debiéramos decir de la conciencia general de la distribución del globo generada a partir de la conquista, sino el ensanchamiento del poder y el dominio desde el Centro del sistema sobre esos “nuevos mundos”. Esta relación respecto de la periferia –mucho más que otras consideraciones (mucho más publicitadas) de orden interno– fueron gestando las condiciones propicias para el proceso de acumulación capitalista. No es muy frecuente contar con estudios que respecto del surgimiento y encumbramiento del capitalismo otorguen verdadera importancia –como de hecho la tiene– a factores exógenos a la propia sociedad europea. En los estudios clásicos –incluidos los marxistas– el proceso de transformación de la sociedad feudal a la capitalista es ignorado sistemáticamente el rol que le cupo a la mano de obra esclava y semiesclava de África y América, y el desarrollo de su trabajo en la tierra tropical antillana que produjo, con el azúcar primero y luego con el algodón, inmensas riquezas y las materias primas necesarias para sus propietarios holandeses y fundamentalmente ingleses en su despegue industrial.

La *integración* en el campo de la Razón Imperial de las áreas periféricas resultó una de las condiciones orgánicas indispensables de la existencia y desarrollo del capital. En efecto, la *expansión* de capitalismo no es escindible de la extraordinaria expansión de la Razón moderna a la que hacíamos referencia. No sólo se trató integración económica sino, en medida no desdeñable, de la interacción de modos de vida, costumbres, y también tecnologías, etc.. Una integración que se realizó negando las diferencias, transformando a todo y a todos a imagen y semejanza de la civilización dominante –sobre todo en América–. De esta forma se va configurando la historia de una dominación, de una civilización que a pesar de ser impuesta en las tierras conquistadas, produjo finalmente variadísimos frutos, positivos y negativos; en la lucha constante de sus tendencias homogeneizadora y emancipatoria.

Otra idea fundamental que forma parte de la Razón imperial es la de Progreso, entendido como lineal e ilimitado, extensible a todas las esferas de la vida so-

⁹ Esto no sólo lo planteaban así los sectores reaccionarios europeos, también lo hacían los pensadores revolucionarios. Por ejemplo cuando Marx tiene que explicar la acción imperialista de los ingleses en la India, en algún modo la justifica dándole carácter civilizatorio.

cial, la economía, la ciencia y la tecnología, del conocimiento. Un proceso lineal, único e irrepetible, en el cual cada estadio es superior al que le precede e inferior al que le sigue. La idea de que la Edad de Oro está en el futuro y no en el pasado caracterizó a la mayor parte de los movimientos políticos y sociales hijos de la modernidad y la ilustración (Ortiz, 2003). Esta idea fue consustancial a la imposición de nuevas condiciones a los Pueblos o sectores sociales “más atrasados”. El Progreso, por el sólo devenir de la historia proporcionaría a todos bienestar y prosperidad. La idea de progreso simbolizaba el desarrollo incesante de la historia con un sentido discernible y, en cierta forma, representa la coronación –la culminación del éxito– del despliegue mismo de la Razón.

Pero, esta historia de integración del mundo a las pautas de la civilización noratlántica no es sólo historia de vencedores. Allí encontramos: conquistas y resistencias –armadas y culturales–; combinación de sistemas económicos, formas de propiedad y de producción –antiguas y modernas–; de organización del trabajo y de luchas de los trabajadores; diferentes formas de control político y de aplicación del poder; distintas vías para imponer la influencias culturales, religiosas y los nuevos valores, así como también los distintos caminos elegidos por los Pueblos para su autodeterminación...

El elemento común estructural que le fue confiriendo coherencia y unidad a todo el proceso fue la integración subordinada de las periferias y la extensión del capitalismo como sistema económico que se imponía (o los marginaba y subordinaba) a las culturas de otras naciones, demostrando su eficacia arrolladora y confirmando su vocación y capacidad de dominio global.

En síntesis, no podemos dejar de concluir en que “la historia original de la globalización es la historia de los países poderosos en proceso de expansión integrando (y eventualmente avasallando) a los más débiles¹⁰. Estos últimos, en cambio, han procurado afirmar, en distintas circunstancias históricas, la validez y vigencia de sus derechos soberanos y, a partir de esta afirmación a veces desesperada, frenar los designios imperiales de los más fuertes” (Flores Olea, 1999).

Para comprender el espíritu de esta civilización que nace en el Renacimiento europeo es conveniente profundizar un poco más nuestra digresión acerca de la Razón Imperial. El Renacimiento no se trató como plantea la historia oficial de un simple rescate idílico de la cultura griega. La apropiación de cierta racionalidad proveniente de la Hélade basada en la negación del Otro¹¹ está enmarcada en un proyecto colectivo de construcción social forjado al calor de las luchas medievales de por el predominio. Una feroz lucha de todos contra todos, entre cada uno de los innumerables y pequeños pedazos en que se fragmentó el Imperio Romano, como si fuera un espejo estallando contra el piso. La identidad europea se fue forjando en esta lucha –muchas veces sangrienta– de la que quedan como silenciosos testigos miles de castillos esparcidos por toda Europa. La idea de un desarrollo racional, que suponía el cálculo y la organización, cobró cada vez más importancia. La expansión geográfica sobre las tierras del “enemigo” se proyecta primero en relación al mundo islámico (planteado como “reconquista”, en el caso

¹⁰ “Desde la escisión griega entre bárbaros y cultos, hasta la más moderna entre desarrollados y subdesarrollados pasando por la medieval entre fieles e infieles, el proyecto europeo occidental se ha erigido como centro de una humanidad distinta y superior y, desde allí, se ha relacionado con el resto (con su pretendida periferia) generalmente por la violencia y la reducción. Proyecto que, originado en esa violencia cultural, culmina en una rebeldía también violentada y sin exterior (sin “otros”), que constituye el suelo de este presente” (Casalla, 2003).

¹¹ No debemos olvidar que fue en Grecia donde se acuñó el término bárbaro que significa bestia que no habla el propio idioma.

de España¹²). La expansión aparece como una necesidad del intercambio comercial que cada vez se hace más intenso, generando a su vez la necesidad de nuevas instituciones políticas y jurídicas a partir del agotamiento del teocentrismo medieval como cosmogonía y la organización del conocimiento sobre bases experimentales, la transformación de la producción y el surgimiento de las clases sociales en el sentido estricto del término (grupos definidos a partir de su rol en la producción). Todos estos factores exigían la construcción de una nueva idea de Razón que ordenara ese alud de nuevos acontecimientos. Era preciso elaborar una nueva guía de comprensión para andar un nuevo camino.

Aunque el tipo de Razón que se impuso no fue la única ni la primera idea de Razón que apareció. Enrique Dussel, el pensador argentino-mexicano, padre de la filosofía de la liberación, nos dice que el “sistema-mundo” que triunfó después del Renacimiento, la Razón Imperial es apenas una entre varias que se articularon. Precisamente aquella que se afirmó en el norte de Europa (Descartes escribe El discurso del método en Amsterdam, y además Leibniz, Locke, Hume, Kant, etc. pertenecen claramente al norte europeo). Distinta a la variante que fue derrotada con el emperador Habsburgo Carlos (I de España y V del Imperio Germánico) y que comprendía el rico pensamiento de los humanistas, sobre todo de origen español, del siglo XVI (de las Casas, Vittoria, Suarez). A diferencia de la versión nórdica triunfadora, este pensamiento se inclinaba hacia una interpretación del mundo con un sentido más ético, tal como se deduce de los principios del derecho internacional con base en el derecho natural que estos elaboran. Ésta idea de Razón, la derrotada, consideraba esenciales los argumentos de legitimidad moral y justicia para justificar o rechazar la conquista otras tierras.

Sin embargo, definitivamente la que se impuso fue la idea de Razón instrumental, calculadora y dominadora, aquella que caracterizó desde entonces a Occidente y “que ha significado la esencial justificación del sistema capitalista y de su expansión colonialista, imperialista y globalizadora” (Flores Olea, 1999).

En la concepción humanista de tradición de la Razón derrotada no se otorgaba a las potencias colonialistas el derecho de destruir a otras civilizaciones y de sojuzgar a otros Pueblos. La pregunta decisiva que se hacían los humanistas españoles era: “¿qué derecho tienen los países (europeos) de ocupar y destruir a otras civilizaciones?”. No es difícil concluir entonces, porque no fue ésta la Razón triunfante. Las victorias del poder expansivo militar y económico de la Europa a partir del siglo XVI impusieron su voluntad dejando atrás pero no en el olvido aquellas concepciones. De hecho fueron reapareciendo en el marco de las contradicciones internas del pensamiento crítico europeo impulsando un sentido ético en las relaciones sociales y, en menor medida, en las internacionales. E incluso podemos rastrear sus huellas más allá del Océano Atlántico, entre los numerosos sacerdotes que cuestionaron las injusticias en los hechos del sistema de Indias, tradición que también reaparece en las fundamentaciones de los procesos independentistas de Nuestra América.

La idea de Razón en la que se inscribe definitivamente la Razón noratlántica se corresponde con la necesidad de expansión del capitalismo, se funda en un criterio eminentemente instrumental y de dominio del hombre sobre la naturaleza y al final de cuentas, de dominio del hombre sobre otros hombres. El desarrollo

¹² Aunque es bueno preguntarse ¿desde cuando hablamos de España? ¿Por qué los pueblos islámicos que poblaron la península ibérica son considerados invasores mientras que los godos y visigodos que también arribaron a esas tierras años antes son considerados originarios? Estamos otra vez ante la visión eurocéntrica de la historia.

del capital, a través de las conquistas y de un intercambio comercial que se fue ensanchando en un territorio determinado, constituyendo primero los Estados-Nación en los países centrales, y al tiempo extendiéndose a los otros continentes, consolidó la idea de la superioridad europea. El individuo, sujeto exaltado de la civilización naciente¹³, utiliza el instrumento de la Razón Imperial no solamente para “conocer” y “dominar” a la naturaleza, sino también para dominar y someter a los otros sujetos más débiles. Funcionó de ese modo al interior de la propia Europa y mucho más aun respecto del mundo en su conjunto.

La idea de Razón Imperial impuso el postulado acerca de que todos los problemas podían ser resueltos utilizando argumentos demostrables, y que en esencia contenía —con la forma de la ciencia— verdades universales que podían probarse, valederas más allá del tiempo y el espacio. La objetividad teñida de pensamiento científico asienta sus reales en esta Razón Imperial eurocéntrica. Y esto incluye a las leyes inmutables de comprensión de la realidad, cuyo descubrimiento compete los que “descubren” y conquistan todas las cosas, es decir, esto vale tanto para las ciencias naturales como para la historia. Las leyes de la naturaleza, según el iluminismo, se habrían construido de una vez y para siempre en el instante de la creación, y el conocimiento racional europeo habría asumido la tarea de develar ese misterio, dejar atrás las edades oscuras, acabar con los mitos y con ellos con las sociedades “arcaicas”. En el terreno científico, el hombre elabora hipótesis, argumentos y prueba en la práctica su exactitud. En el campo histórico, el hombre construye racionalmente las instituciones que requiere, fundamentalmente el Estado (su Estado central, imperialista) en relación a fines preestablecidos.

Así nace lo que se ha dado en llamar la cultura científico tecnológica caracterizada por su índole lineal, universal y eficaz, pero fundamentalmente por su carácter imponente, en cuanto tiende a dominar cuanto encuentra a su paso (Agulla, 1999). Esta cultura científico tecnológica será uno de los factores más importantes del cambio no sólo en Europa sino en todo el sistema global. Permitirá los viajes de ultramar, volverá el mundo accesible a través de mapas cada vez más precisos; con el devenir de los siglos acarreará la reducción del espacio y del tiempo y transformará a los Estados Nación (gestados a su sombra, en los tiempos de la modernidad) (Ortiz, 2003).

Con base en sus conquistas científico-tecnológicas y en su aparato económico, la Razón Imperial ha tenido la capacidad de “universalizarse” o, en todo caso, de presentarse como camino universal. Por eso no debe sorprendernos que, en la etapa actual, con la globalización y sus aspiraciones de mundialización económica, cultural y política, la Razón Imperial se proyecte en todo su absolutismo como la única posible alcanzando su punto máximo, groseramente exagerado (casi una caricatura del refinado pensamiento hegeliano) con la postulación del fin de la historia por Fukuyama¹⁴.

Pero para no caer en interpretaciones lineales y maniqueas acompañamos la salvedad que hace el profesor Flores Olea: “Sí, es verdad, en la dialéctica liberación-subordinación de la vida individual y política (dentro del orden jurídico liberal y democrático), la sociedad ha podido avanzar y participar, ser tomada en cuenta como nunca antes, y sin embargo en las relaciones sociales en conjunto,

¹³ Donde la concepción europea del Otro aparece con toda su miseria “será en su concepción de libertad. Esta se expresa en el apotegma: “La libertad mía termina donde empieza la del otro”. De manera que allí donde aparece el otro aparece mi límite, mi precariedad. El otro emerge como resistencia a mi voluntad y, por ende, sólo en lucha contra él es posible mi libertad (o su límite)” (Casalla, 1975).

¹⁴ Tesis que el pensador nipo-norteamericano expone en su libro “El fin de la historia y el último hombre”.

incluidos los hombres y clases a los cuales se les otorgaron aquellos derechos como “inalienables” e “imprescriptibles”, los mismos continúan sumergidos en el mundo de la reificación estructural y de la explotación generalizada del capitalismo. El destino de la vida y la historia parecería condenado a caminar con una mano en el bastón de la libertad y con la otra en el estigma de la subordinación, el dominio y la explotación”. Es cierto que es la misma Razón la que se hace crítica de sí misma, con una versatilidad que le ha permitido prolongarse por tanto tiempo. Tanto en el plano de los discursos, como en el institucional, la Razón moderna denuncia las diversas formas de opresión y explotación. Aunque en ningún momento deja de considerarse a sí misma como principio de poder. “Un principio de poder que niega al otro, pero que también se niega a sí mismo, al propio sujeto. Los postulados retóricos de la razón se disipan y sólo queda su función real, el lugar supremo que asume en la jerarquía de las potestades” (Flores Olea, 1999).

Es verdad que la democracia liberal, los derechos del hombre y el respeto al individuo fueron en los dos últimos siglos palancas sobre las cuales se afirmaron luchas por la dignidad del ser humano. Es decir, importantes herramientas de las luchas emancipatorias. El rescate de la persona, de sus libertades y de su intransferible dignidad, son aportes universales de la modernidad europea; pero no hay que olvidar que ese sistema de derechos se ha puesto —y hasta concebido— como compensación de la expansión del capital. Aunque muchas veces la avidez del capitalismo se encarga de devorar sus promesas libertarias¹⁵.

Es preciso tener en cuenta, además, que la Razón Imperial no se desarrolló de la misma manera, como es obvio, en las sociedades que se aplicó por la vía de la conquista, la ocupación militar o la colonización, que en aquellas de sus tierras de origen. En este caso se trató de una evolución orgánica y estructural; en aquellos otros, de una penetración forzada y que raramente encontró en las sociedades penetradas las condiciones de un desarrollo “natural”, o en todo caso se fue logrando, a veces parcialmente, después de mucho tiempo de implantación. La única salvedad se dio sobre todo en los dominios blancos ingleses sobre todo en Norteamérica donde la implantación de la civilización no fue sólo a través de la idea y la fuerza, sino que significó el desplazamiento absoluto o casi absoluto de las poblaciones originarias. Es decir, se trata en realidad de la prolongación material de la civilización europea más allá de sus fronteras.

La Razón Imperial siempre fiel a sí misma es necesariamente una voluntad de poder, en tanto se funda en la dominación. La Razón siempre postula al eje Noratlántico, reformulado con el pomposo nombre de Occidente (un curioso occidente que no incluye a su parte Sur) como paradigma de la Civilización (en sentido general), referencia obligada del Progreso. Toda sociedad civilizada

¹⁵ “La contradicción individuo/colectivo, inherente a toda sociedad en todos sus niveles, fue superada por todos los sistemas sociales anteriores a la modernidad mediante la negación del primer término, es decir, por medio de la domesticación del individuo por parte de la sociedad. De modo tal que el individuo sólo era reconocible a través del lugar que ocupaba en la familia, el clan, la sociedad. En la ideología del mundo moderno (capitalista), los términos de la negación se invirtieron: la modernidad se afirma por los derechos del individuo, aunque estos vayan en contra de la sociedad. Esta inversión es sólo la condición previa de una liberación, su disparador. Pues al mismo tiempo libera un potencial de agresividad permanente en las relaciones entre los individuos. La ideología capitalista expresa esta realidad mediante su ética ambigua: viva la competencia; que gane el más fuerte. Los efectos devastadores de esta ideología a veces se atemperan, en parte, gracias a la coexistencia de otros principios éticos, en gran mediada de origen religiosos o heredados de formas sociales anteriores. Si estas barreras cedieran, la ideología unilateral de los derechos del individuo sólo produciría el horror” (Amin, 2003).

lo es en relación a la pauta noratlántica. De este modo no sólo lo particular se erige en universal, sino en dominador universal. Rodolfo Kusch, el filósofo argentino que más profundamente ha estudiado el pensamiento popular e indígena de Nuestra América, caracteriza a la cultura europea como esencialmente masculina¹⁶, porque hay en ella un yo dominador que —munido de su ciencia y su tecnología— actúa y modifica el mundo a su antojo. América, en cambio, es para Kusch una cultura estructuralmente femenina, donde el “estar” predomina sobre el “ser” y lo real prevalece sobre el sujeto, y en la cual estar abierto a ese juego de fuerzas encontradas es un juego dramático y sin certezas.

Pero también esta Razón es víctima de sus propias decisiones y se niega a sí misma, para finalmente caer presa de sus propias refutaciones... Haciéndose añicos contra las piedras de una realidad dura y cruel ha naufragado la idea de de Progreso. El invencible barco de un perpetuo progreso basado en los adelantos científicos y tecnológicos derramados por toda la humanidad no es más que una utopía desgastada en la actualidad. Las desigualdades y la injusticia social a escala mundial¹⁷ demostraron que las conquistas cuantitativas de la tecnología y la economía no necesariamente se traducen en transformaciones concretas para la vida de los millones de hombres y mujeres que habitan el planeta tierra, mucho menos para los más pobres.

Vemos así que son inescindibles el proceso de la globalización y el despliegue de la Razón Imperial. Nuestra crítica filosófica de la razón occidental es consecuentemen-

¹⁶ Dussel también habla del “Punto genético erótico de partida”: “La realidad interpersonal presente se muestra como portadora de una injusticia en la relación varón mujer antigua ya en varios milenios, pero actualizada por la modernidad europea (...) El varón conquistador que se “acuesta” ilegalmente con la india es el padre del mestizo y la india es su madre. El varón conquistador, encomendero, burocracia colonial primero, oligarquía criolla después, burguesía dependiente por último es el que oprime y aliena sexualmente a la mujer india, mestiza, al la mujer pobre del Pueblo. (...) El “yo conquisto” práctico, el *ego cogito* ontológicos, es el de un varón opresor...”

¹⁷ Para más del 80% de la población de la tierra, esta apropiación violenta e ilegítima de las riquezas de la tierra ha convertido en una burla la “igualdad de oportunidades” y otros “derechos humanos” enumerados en la Carta de las Naciones Unidas. Ocho de cada diez seres humanos del planeta padecen algunos de los flagelos siguientes:

- Mala alimentación, insuficiente aporte calórico, proteínico y vitamínico, debido a la subalimentación crónica. A la vez, con todas sus secuelas, elevadísima mortalidad infantil, baja expectativa de vida escasa resistencia a las enfermedades, involución genética, raquitismo, enanismo, bajo conciente intelectual.
- Otras secuelas de la miseria: enfermedades crónicas y aguas, endemias, epidemias y pandemias, insuficiente o nula atención médica y hospitalaria. Agravando aun mas el problema, destrucción irreflexiva o deliberada de las tradiciones de autoasistencia y autoayuda propias de los pueblos llamados con desdén primitivos.
- Menosprecio por las culturas no occidentales, negando la identidad de esos pueblos y su derecho a encontrar soluciones a sus problemas por caminos propios.
- Concentración de la miseria en “ghettos” (favelas, poblaciones jóvenes, barrios de emergencia, villas miseria, etc), viviendas que son tugurios, contaminación del agua, de la tierra y del aire, hacinamiento, promiscuidad, delincuencia juvenil, prostitución, propagación incontenible de la drogadicción y del sida.
- Desocupación crónica, posibilidades de trabajo muy limitadas o inexistentes para grandes sectores excluidos del progreso, angustia por la suerte propia y de toda la familia, inseguridad personal, temor permanente de perder el empleo, enfrentamientos estériles, precarización laboral, derecho al trabajo transformado en un trabajo sin derechos...
- Discriminación y marginalización crecientes, perspectivas vitales prácticamente nulas para los sectores mas desamparados y castigados de la sociedad: mujeres, niños jóvenes y viejos, para las minorías étnicas y raciales, los enfermos crónicos y los discapacitados (Prelooker, 2002).

te una crítica a su concepción etnocéntrica y excluyente, a su voluntad hegemónica sobre el mundo, a la vocación imperial y a la dominación que ha ejercido (y ejerce) sobre otras naciones. Dominación que mutó sus ropajes pero no en su voluntad de dominante. Primero fue el colonialismo, después el imperialismo, hoy la globalización. No se trata de una crítica exclusivamente teórica o académica, sino más bien una cuestión práctica que alude a una esencial dimensión de la liberación.

Por eso hacemos nuestra crítica desde nuestra situación, desde nuestro carácter de damnificados directos de esa expansión y desarrollo dominante de la Razón Imperial. Partimos de la afirmación acerca de que toda reflexión, todo discurso, toda lectura de lo real (hasta la aparentemente más abstracta como la filosófica) está situada. Esto es, sus límites le pertenecen y no le pertenecen, su objeto le es propio y también dado; su originalidad nunca es absoluta, ni tampoco su pretensión de objetividad, imparcialidad y universalidad. Y lo que es tan importante como esta afirmación, esta situacionalidad no es algo negativo, ni un defecto a superar sino muy por el contrario, es su chance, su posibilidad más originaria, su oportunidad de ser. “Toda reflexión está situada –la que investiga y la investigada, la que mira y la que es mirada– y es desde esta situación concreta como se establecen y se abordan los hechos. Se trata así de una doble situacionalidad: la del investigador frente al hecho (en el doble sentido que esta palabra tiene) y la del él con respecto a sí mismo. No hay investigadores ni hechos aislados y el problema de la búsqueda de la pureza o de la objetividad, en el sentido casi religioso con que este término es pronunciado en el credo positivista y neopositivista, es tan ingenuo como imposible. (...) Se construye (constituye, diríamos mejor dicho) la historia, porque de esta manera la situación se abre permanentemente desde sí misma hacia lo otro, que la de–forma y simultáneamente, la con–forma (o sea, la hace acontecimiento). Y el pensamiento se reencuentra con ella por asumir ese vaivén que lo expresa y lo mediatiza (es decir, lo torna estructura y palabra). De esta manera, en la situación se reencuentran la historia y el discurso, el pensamiento y lo real” (Casalla, 2003).

Es claro que esta idea de pensar situado y que nuestra crítica a la Razón Imperial y a la civilización noratlántica, nada tiene que ver con el planteo del que se ha transformado, de algún modo, en uno de los pensadores oficiales del despliegue imperialista de los últimos tiempos¹⁸. Nos referimos la línea argumental de Samuel Huntington. Su concepción de la disputa central del universo se reduce a lo que él denomina “Choque de civilizaciones”. En los hechos no es más que una burda justificación de la agresión imperialista de vastas zonas del planeta, como por ejemplo aquellas regidas por la cultura islámica, ricas en petróleo (aunque esto pareciera ser una circunstancia casual para nada relacionada).

Nuestra concepción no abrevia ni en el relativismo cultural, ni tampoco en la concepción de una universalidad abstracta, globalizada. En fondo, la idea del choque de civilizaciones relativas y su disputa por imponerle la voluntad a las otras y la universalidad particular (con centro en el eje noratlántico) son lo mismo. Una justificación de la imposición universal de una particularidad, mediante cualquier método (en general, aunque no exclusivo, la guerra) ya sea con el derecho que le

da su fuerza (“la fuerza es el derecho de las bestias”¹⁹), ya sea autoerigiéndose en universales sin más (también por obra y gracia de su poder). Lo que tienen en común estas ideas es ser el discurso de una praxis concreta y única, que consiste en incorporar a su imperio a todas las formas nacionales periféricas, negándolas en su particularidad y anexándolas al dominio de su Razón globalizante. Nosotros, en cambio, con la idea de la universalidad situada propiciamos la construcción de un ámbito respetuoso de las diferencias y las identidades de los Pueblos como totalidad abierta que se niega a vestir el uniforme del Imperio.

Como dice el filósofo argentino Mario Casalla: “Si somos capaces de pensar más allá del mito de la sincronía universal de las culturas, vamos a necesitar dar cuenta –también situada– de nuestro propio proyecto histórico y desde él abriremos al impostergable diálogo planetario. Esto porque una reflexión situada, lejos de encerrarnos en un particularismo o folclorismo cultural, nos abre desde nosotros mismos a la experiencias de una alteridad que siempre adviene desde la historia y, mucho más ahora, en que el tiempo y el espacio se han comprimido” (Casalla, 2003).

SOBRE EL ORIGEN DE LA PALABRA GLOBALIZACIÓN Y EL PENSAMIENTO ÚNICO.

En los párrafos anteriores insistimos en el proceso de integración mundial –en su vocación dominadora– que fue impulsada por la civilización noratlántica y su Razón Imperial. En su seno se fue desarrollando un sistema económico cuya vocación también es consecuentemente mundial: el capitalismo. Es que, más allá de las distintas etapas en su desarrollo, las tendencias expansivas e integradoras son inherentes al capital, lo que explica su vocación unificadora del mundo bajo su control. Es decir, la aptitud del capitalismo para la globalización aparece como un dato casi genético. Ciertamente desde su origen, desde los primeros tiempos en que surgió tal modo de producción, está inscripto en la base de su constitución la trascendencia de lo meramente nacional. En este sentido, podemos afirmar que no fue posible el surgimiento del capitalismo sino a través de una triangulación económica entre América, África y Europa. Aunque muchos pensadores no lo reconozcan²⁰ –a veces por ignorancia, otras por complicidad, otras directamente por soberbia– en el proceso de acumulación originaria en Europa intervinieron de modo determinante la práctica esclavista en África (que generaba de por sí buenas divisas para los países líderes en la trata de esclavos, Inglaterra y Holanda), el traslado de dicha mano de obra esclava para que produzca sus frutos económicos en las tropicales tierras fértiles de América, para terminar de acumular mediante el plusvalor con los proletarios –ahora sí– ingleses de las manufacturas que finalmente eran vendidas en toda Europa.

¹⁹ Así reza el título de un libro de Juan Perón.

²⁰ El historiador británico Hobsbawm, acaso conciente de su omisión, la destaca en un párrafo de su famoso “Industria e Imperio”: “Gran Bretaña se desarrolló como una pieza esencial de una economía global y específicamente como centro de aquel vasto “imperio” formal o informal sobre el que durante tanto tiempo se han apoyado sus fortunas. Sería irreal pretender escribir sobre ese país sin hacer referencia a las Indias occidentales, a la India, a Argentina, a Australia. Sin embargo, como no trato de escribir la historia de la economía mundial o la de sus sector imperial británico, mis referencias al mundo exterior a Gran Bretaña serán marginales” (Hobsbawm, 1998). El que avisa no es traidor dirán algunos, a los que habrá que responderles olvidar (omitir o sacar importancia) también es tener memoria.

¹⁸ “El discurso sobre el choque de las civilizaciones, inventado una vez más en los Estados Unidos, en el corazón de la ciudadela central de nuevo sistema imperialista, viene precisamente a responder a las exigencias de despliegue de las estrategias de la derecha nueva. Según este discurso, redactado por Samuel Huntington, que no es universitario independiente sino un funcionario al servicio del establishment, el futuro no estará regido por la lucha de clases, ni siquiera por el conflicto de las naciones, sino sencillamente, por el de las civilizaciones” (Amin, 2003).

Pero más allá de este origen internacional, sólo recientemente esa expansión ha llegado a límites extremos que la convierten en cualitativamente diferente. Este momento es la globalización en sentido estricto²¹, y en el mismo el proceso de integración y concentración del capital dan un salto importante. Este proceso de aceleración globalizante de la actualidad tiene sus antecedentes inmediatos en la creciente internacionalización de los flujos de productos, de capital y de personas en el mundo durante la segunda mitad del siglo XIX y al inicio del XX. Este proceso fue comandado por el ya industrializado Imperio Británico, que fue a su vez impulsor de la disminución de las barreras comerciales, la ausencia de controles a la movilidad internacional de capitales (que funcionó como mecanismo de ajuste del patrón oro) y el abaratamiento de los costos de transporte por tierra a partir del ferrocarril y por agua a partir del vapor. Las grandes Guerras marcan la terminación de esta fase mundializadora encabezada por Gran Bretaña, a partir de su ocaso como potencia hegemónica. Luego, a partir de la Gran Depresión, primeramente, y del estallido de la Segunda Guerra Mundial (en realidad una guerra interimperialista), el sistema capitalista entra en un período de “desglobalización” caracterizado por un férreo proteccionismo y fuertes restricciones a la movilidad del capital. No casualmente es este período el que genera el llamado Estado de Bienestar, sobre todo en los países centrales, pero también los Estados nacionales y populares de la periferia.

La hegemonía de los Estados Unidos (compartida y disputada por los soviéticos pero con clara preponderancia en el mundo capitalista), comienza al finalizar la segunda Guerra Interimperialista. La nueva ola mundializadora va a darse su tiempo, pues al principio de la posguerra se aceptan controles a los movimientos de capital —dentro del sistema de cambio fijo acordado en Bretton Woods—, así como por el consentimiento estadounidense de que la reconstrucción europea y japonesa se desarrollara en un contexto de relativo aislamiento comercial. Su despliegue va acelerando conforme se va consolidado el despegue económico de Europa y Japón, acompañada de la gradual liberalización arancelaria del comercio de mercancías en el marco de las rondas de negociación organizadas por el GATT, luego devenida en Organización de Comercio. Más allá de las idas y vueltas de éxitos y fracasos las negociaciones se orientaron siempre con un destino unívoco, la imposición de un único mercado mundial. El proceso del capital aparecía así maduro para avanzar mucho más en la unidad del mundo bajo su dominio absoluto.

En particular, la palabra globalización hace su irrupción a finales de los años

²¹ “Roberson (1993), distingue varias etapas dentro de la globalización. La primera, que es la original en la clasificación que efectúa, va desde comienzos del siglo XV hasta 1750. Y es la que otros denominan: “primera globalización”. La segunda se extiende desde esta última fecha hasta 1875 y es la incipiente o segunda globalización, como la suelen llamar algunos autores. La tercera comienza en 1875 y se extiende hasta 1925. Robertson la denomina “etapa de despegue”. La siguiente llega hasta 1969 y es conocida como “lucha por la hegemonía”. Y, finalmente, la actual que comienza en aquella época y que el autor citado llama: “etapa de la incertidumbre” (Ortiz, 2003). Otros autores como Dunning (1997), en su periodización del capitalismo, colocan directamente en 1800 el comienzo de la época imperialista, a la que llama época empresarial para distinguirla de la mercantil (estatista) anterior que comenzaría hacia 1500. Quedando así configurados los ciclos: Mercantil 1500 – 1800, Empresarial 1800 – 1875, Internacional 1875 – 1945, Multinacional 1945 – 1960, Globalizada 1960 – ¿? Aldo Ferrer habla del primer orden global hasta la revolución industrial en Inglaterra, de la segunda etapa que se extiende hasta la primera guerra mundial y después se reconfigura un proceso de desglobalización que es el hegemonizado por los EEUU luego de la segunda guerra mundial y finalmente se da en los últimos años el proceso final de globalización.

sesenta. Aparece por primera vez en dos libros: “La Guerra y la Paz en la aldea global”²² (War and Peace in the Global Village), de Marshall McLuhan y Quentin Fiore, publicado en 1969, y “Entre dos eras” (Between Two Ages, América’s Role in the Technotronic Era), de Zbigniew Brzezinski, también del mismo año.

Brzezinski, fue consejero de seguridad nacional de Jimmy Carter y uno de los fundadores de la famosa Comisión Trilateral, la primera “sociedad global” en cuanto a su alcances y sus fines. Según Brzezinski, con los productos de su industria cultural, pero también con sus técnicas, sus métodos y sus prácticas organizativas, EEUU es el único país que propone “un modelo global de modernidad”, cánones de comportamiento y valores universales. La nueva idea de ciudad y de sociedad global afirma Brzezinski, hace definitivamente caduco el concepto de “imperialismo” que se usaba para definir las relaciones de Estados Unidos —y todas las potencias hegemónicas— con el resto del mundo (esto dicho con desparpajo en plena guerra de Vietnam). La “diplomacia de los cañones” que tantos resultados le había generado a los poderosos estaba llamada a convertirse en una “diplomacia de redes”²³.

En los ochenta, la palabra globalización pasó al lenguaje de los negocios. El más conocido de sus promotores fue el profesor Theodor Levitt, director de Harvard Business Review, cuyos trabajos fueron ampliamente citados en los discursos que legitimaban las estrategias de expansión de las empresas de dimensión mundial.

“Los balances anuales de los grandes grupos de comunicación, o de publicidad, están llenos de proclamas sobre esta globalización. Es frecuente encontrarse frases como estas, verdaderas odas a la gloria de las redes: “los científicos y las tecnologías han conseguido lo que, desde hace mucho tiempo, intentaban sin éxito los militares y los hombres de Estado: el imperio global... Los mercados de capitales, productos y servicios, gestión y técnicas de fabricación son ya, todos ellos, globales por naturaleza” (Mattelart, 1999).

Más allá de análisis históricos, también es posible distinguir globalización como proceso y como “ideología” (Bernal Meza 1996). Como proceso, tal como veníamos utilizándolo, consiste en una serie de tendencias y nuevas realidades promovidas por el cambio de las condiciones materiales y de poder de la civilización noratlántica o bien, una nueva fase del sistema capitalista. Algunos autores se refieren a la globalización como ideología, porque forma parte de una interpretación del proceso que busca asimilarlo a la modernización, identificar a ésta con los requerimientos y orientaciones del capital. Esta acepción de globalización, que aparece como un fundamentalismo de mercado, es lo que el alemán Beck (1998) llama “globalismo”.

El globalismo es una ideología que se sostiene sobre el llamado “pensamiento único”, un único camino que justifica el proceso de autonomización del capital de toda restricción social y política y la imposición por sobre todas las relaciones humanas de su lógica propia: el mercado. Así, los actores y sujetos impulsores y beneficiarios de la globalización asocian a este proceso con la interpretación que racionaliza sus propios intereses objetivándolo como universales y válidos para todo el mundo (García Delgado, 1999). En última instancia se trata de un nuevo ciclo del despliegue de la Razón Imperial.

Ignacio Ramonet, director de Le Monde Diplomatique, fue uno de los primeros

²² Como dice Aldo Ferrer: “Es natural que desde los centros de poder mundial se vea al resto del mundo como una aldea global, sin fronteras. En ella los operadores financieros y las corporaciones transnacionales pretenden operar sin ingerencia alguna de los Estados Nacionales. La visión fundamentalista [de la globalización] es, de este modo, la ideología del poder en el mundo contemporáneo” (Ferrer, 1998).

²³ Citado por Armand Mattelart en Pensamiento Crítico vs. Pensamiento Único, 1999.

en utilizar el concepto de pensamiento único y lo define de esta manera: “¿Qué es el pensamiento único? La traducción en términos ideológicos con pretensión de universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en particular las del capital internacional”. Y agrega; los hombres y mujeres “se sienten atrapados, empapados en una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esa doctrina es el pensamiento único, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de opinión” (Ramonet, 1999).

Este pensamiento hace centro en el carácter avasallador, irreversible, de la mutación en curso frente a la cual toda resistencia se plantea como inviable. “Pase lo que pase, más allá de las tragedias y fracasos cotidianos, nos dicen los ideólogos neoliberales, el mundo va hacia el capitalismo integral, prospero, pleno de oportunidades para todos. Si la realidad parece desmentir esa creencia, allí están los gurús para explicarnos que nuestra lectura es falsa, demasiado apegada a las miserias cotidianas que no nos permitiría ver el futuro maravilloso” (Beinstein, 2000). El pensamiento único se expresa razonamientos como este: “la globalización es una suerte para todos; pero ¡atención!, primero es necesario volverse competitivo; esto supone sacrificios. Sea como sea no podéis escapar a esta lógica de la economía mundial; no os cerréis en defensa de arcaicas conquistas sociales” (Ramonet, 1999).

La batalla ideológica de imposición del pensamiento único es al sistema globalizado lo que el ketchup y los pepinitos a las hamburguesas de McDonald’s, un elemento repugnante pero necesario para lograr tragarse la reina de las “comidas chatarras” (en base a harina de lombriz, según dicen las malas lenguas) que simula carne, que, ¡oh! maravillas de la globalización, tiene el mismo sabor en la ciudad de Venecia, donde no hay vacas, que en plena Pampa Húmeda donde se puede comer la mejor carne del mundo.

Al ser el pensamiento único una justificación absoluta del actual desarrollo del sistema capitalista, no es de sorprender que entre sus postulados básicos esté la idea de son las empresas las que crean las únicas riquezas “verdaderas”. “A partir de ahí, el razonamiento fluye como el agua de una fuente. Sigán al guía: es necesario y legítimo que los beneficios de las empresas aumenten al máximo. Para que así sea, es necesario y legítimo que dichas empresas obtengan cuotas de mercado y, por lo tanto, mejoren su competitividad. Por consiguiente, cualquier medida que permita aumentar esa indispensable competitividad es legítima, sea cual sea su coste social. Finalmente, se ruega el Estado y la colectividad en su más amplio sentido se pongan al servicio de la competitividad así definida” (Labarde y Maris, 1999).

Es que, cuando se aborda la globalización desde las concepciones del poder hegemónico se lo presenta como una especie de fatalidad que se desencadenó a fin de siglo y que ha de signar el tiempo futuro. Se trata de afirmar, sin cesar y con tanta arrogancia como ignorancia que “no hay alternativas”, como le gustaba repetir a la señora Thatcher. Jamás se lo relaciona, y esto no es casual, con el proceso de expansión del capitalismo, con la dominación imperialista y su desarrollo. Atrás de está presentación “neutra”, en la que la globalización aparece como una consecuencia del “estrechamiento” del mundo, producto del salto de la tecnología y el desarrollo mundializado del comercio, o la explosión de la sociedad de la información, se esconde la intención de ocultar quién lo produce, es decir, de legitimar las estrategias de poder del capital.

ALGUNOS MITOS SOBRE LAS VERDADERAS CAUSAS DE LA GLOBALIZACIÓN.

Muchas de las versiones sobre las causas de la globalización se enmarcan en la visión sesgada, la intención deliberada, o la ignorancia más supina. Trataremos de ir corriendo los velos delante de tres versiones francamente mitológicas del despliegue de esta era globalizante: el desarrollo sin precedentes de la tecnología, el comercio mundial y la información.

Nadie puede ignorar que el comienzo de la etapa imperialista también estuvo signado por saltos cualitativos en lo tecnológico. Es decir, no es con la globalización que se da el primer salto tecnológico. Es más, en cada etapa de dominación podemos encontrar determinados adelantos técnicos que implicaron un salto. Pero los caminos concretos que esta forma de dominación tomó no están determinados por estos saltos tecnológicos, sino en todo caso vehiculizados a través de los mismos. Definitivamente lo que no alcanzan a explicar los avances tecnológicos es el sentido que la globalización va tomando. Quien esto sostiene no da cuenta del hecho incontestable de que los avances tecnológicos no tienen voluntad propia sino que son producto —en el marco del capitalismo— de la voluntad del capital de direccionar en un sentido determinado el camino económico social y político del mundo.

Por ejemplo “en el transcurso del siglo XIX la avalancha de innovaciones técnicas impuso una transformación radical en la producción y operación de máquinas y equipos... Varios factores fueron decisivos para la expansión de la industria de bienes de capital. Entre ellos, el perfeccionamiento de instrumentos de precisión, las piezas estandarizadas e intercambiables y el progreso de la metalurgia. (...) En los transportes los avances fundamentales fueron el ferrocarril y la navegación a vapor, sólo al final del período comenzó a tener importancia el automotor. En el terreno de las comunicaciones, el avance arranca con el telégrafo y culmina con las conexiones inalámbricas. (...) Hasta mediados del siglo XIX, la información se transmitía a la misma velocidad del traslado de las personas y las cosas. La tecnología de frontera para la transmisión de noticias era entonces la paloma mensajera. Éste constituía el medio empleado, hasta el advenimiento del telégrafo, por Paul Julius Reuter (1816–1899), fundador de la agencia de noticias que lleva su nombre” (Ferrer, 2000). Sin embargo todos estos cambios tecnológicos que “acercaron” al mundo no fueron los determinantes del sentido de la integración mundial.

Es verdad que la revolución tecnológica²⁴ —toda revolución tecnológica— transforma las estructuras de la organización del trabajo y la producción. En consecuencia ésta también afecta profundamente las formas de organización social y de los movimientos mediante los cuales se expresan los proyectos antagónicos de los Pueblos y los de los sectores dominantes, así como sus conflictos. Carlos Marx ya dio cuenta que la tendencia del capital es a darle a la producción un carácter científico. Entonces, es con la tecnología que el capital despliega al máximo su potencial expansivo. Pero el mismo Marx que advirtiera tan lucidamente cómo el desarrollo capitalista exige en forma creciente la conversión de la tecnología en el principal potencial productivo, sin embargo, no escapó a los límites de su época y en razón de su adhesión al racionalismo iluminista no aprecia que “el compromiso entre ciencia y capital responde a una misma lógica, una misma

²⁴ “El cambio histórico que introdujo la Revolución Industrial fue transformar este papel relativamente pasivo de la tecnología en el desarrollo del capitalismo convirtiéndolo en el principal instrumento del aumento de la productividad, las ganancias y la acumulación del capital” (Ferrer, 2000).

dinámica y un mismo proyecto político. En efecto, el mismo proyecto de dominio y control basado en el cálculo, la misma reducción a esquemas operativos cuantificables, el mismo criterio funcional de eficacia, están profundamente inscriptos tanto en el sistema de producción capitalista como en el proceso industrial y en el método de la tecnociencia” (Regnasco, 2000).

La mayoría de los pensadores –incluso los actuales– separan la relación y los objetivos de la tecnología y el capital. Haciendo un planteo respecto de aquella considerada como “neutra”, como el motor visible o invisible de los cambios globalizantes, herramienta de despliegue de todas las potencialidades del hombre. Así la tecnología es fechistizada, y convertida en una suerte de elixir superador de todos los problemas, ni siquiera toma en cuenta que muchos son creados por ella misma (como la contaminación ambiental, por tan sólo citar uno).

Relacionado directamente con el desarrollo de la tecnología y su mitificación, compartimos el cuestionamiento que realiza el pensador egipcio cuando afirma: “El capitalismo que acompañó a la modernidad provocó un desarrollo de las fuerzas productivas a un ritmo nunca visto antes en la historia. El potencial de ese desarrollo permitiría resolver los grandes problemas materiales del conjunto de la humanidad. Pero la lógica que rige la acumulación capitalista prohíbe que esto sea realmente así y, por el contrario, profundiza sin cesar una polarización de la riqueza a una escala nunca conocida hasta ahora en la historia universal” (Amin, 2003). Sin duda es incontrovertible que el avance tecnológico no resuelve las necesidades acuciantes de las mayorías. Por lo que es lícito preguntarse ¿al servicio de quien esta la tecnología? Determinada por su carácter excluyente, la sociedad actual reparte en este sentido también los dones del desarrollo tecnológico. Es que, en nuestro planeta, el quinto más rico de la población dispone del 80% de los recursos, mientras el quinto más pobre dispone de menos del 0,5%²⁵.

El otro gran mito es que en la actualidad el comercio se ha definitiva e irreversiblemente mundializado.

La visión fundamentalista de la globalización formula las proposiciones siguientes: a) La mayor parte de las transacciones tienen actualmente lugar en el mercado mundial y no en los mercados nacionales. b) Las principales decisiones de inversión, cambio técnico y asignación de recursos son tomadas hoy en día, por agentes que operan a escala global, a saber, los mercados financieros y las corporaciones transnacionales (Ferrer, 2006).

Para empezar hay que decir que “no más del 20% de la producción mundial de bienes y servicios transpone las fronteras nacionales. En algunos rubros la proporción es mayor. De todos modos, en promedio, alrededor del 80% de la producción mundial se vende en los mercados internos de los países”. Estas cifras que son similares e incluso menores a las que se registraron históricamente antes de la Primera gran Guerra²⁶. A esto debemos agregarle que el porcentaje del trabajo utilizado para la producción del mercado interno es aun mayor a ese 80%, alrededor de 9 de cada 10 trabajadores en el mundo trabajan para sus compatriotas²⁷. Aunque es cierto que desde 1945 hasta la actualidad, el comercio ha crecido más

²⁵ Las cifras son proporcionadas por Ignacio Ramonet, 1999.

²⁶ “La situación actual tiene antecedentes importantes en el proceso de globalización que culminó en las vísperas de la Primera Guerra Mundial. En efecto, en 1913 y en la actualidad la relación entre el comercio y el producto mundiales es semejante (alrededor del 20%). Lo mismo sucede con la participación de las inversiones privadas directas en la formación de capital fijo en el mundo (alrededor del 5% en ambos períodos)” (Ferrer, 2006).

²⁷ Estos datos son sacados de Aldo Ferrer, 2006.

rápidamente que la producción. Con fuertes oscilaciones en todo el período, en promedio, entre 1945 y 1996, el producto mundial aumentó la tasa anual del 4% y el comercio internacional el 6%. Consecuentemente, en la segunda mitad del siglo XX, el peso relativo de las exportaciones respecto del producto mundial aumento de menos del 10% al 20%” (Ferrer, 1998). Pero vemos que estas cifras, aun con su crecimiento relativo, no son tan impactantes como se plantea.

Pero incluso estas cifras hay que tamizarlas en función de la realidad actual del comercio mundial. Es decir, en la mentada etapa de la globalización la participación de los países periféricos en el comercio es menor que hace un siglo. Entre otras cosas porque en la actualidad cerca del 70% del comercio mundial se realiza al interior de la Triada, es decir, entre los Estados Unidos, Europa y Japón. El mismo origen tiene el 85% de las inversiones privadas directas de los Grupos Económicos, pero lo que es notorio además es que el 75% de las inversiones realizadas por estos se radica dentro del mismo bloque de países centrales. En lo que hace al comercio apreciado desde la perspectiva de los países periféricos hubo un retroceso. Por ejemplo, América Latina ha perdido progresivamente posiciones en el mercado mundial. La participación de las exportaciones de la región en el mundo cayó de más del 10% en 1950 a menos del 5% en la actualidad (Ferrer, 1998).

Sin embargo, como también consigna el economista argentino Ferrer: “las manifestaciones más espectaculares de la globalización se registran actualmente en la esfera virtual, es decir, en la difusión de información e imágenes a escala planetaria y en los mercados financieros. Nunca antes, en efecto, existieron redes de transmisión y procesamiento de datos en tiempo real de la magnitud y con los ínfimos costos actuales. Tampoco existió en el pasado un mercado financiero de semejante escala, en el que predominaran los movimientos de capitales de corto plazo” (Ferrer, 2006).

El último gran mito tiene que ver con la abstracta idea de la sociedad de información. Como dice el colectivo de autores cubanos “La gran zanañoria que nos pone la globalización frente a nuestras narices para llevarnos a donde le plazca así como en otros tiempos fue el “desarrollo”, entendido como camino único, hoy es la idea de que la riqueza de las naciones y de las personas se fundamenta en el conocimiento y la información. Según sus propagadores, predicadores académicos e incautos conchabados, la asimilación del conocimiento permite insertarse con éxito en la era del cambio tecnológico. El conocimiento pasa así a convertirse en una mágico “ábrete sésamo” que permite el acceso de la humanidad a la cueva maravillosa donde se guardan las riquezas” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Pero lo cierto es que la llamada Sociedad de la Información está guardada bajo siete llaves. Y su expansión mundial sólo existe para una parte pequeña proporción de la población del globo. “De los poco más de 6000 millones de habitantes que tenía el planeta a finales del 2001, menos de 500 millones se conectaban a Internet, apenas el 8% de la población mundial. La brecha entre los ricos y los pobres se acrecienta sobremanera en la era digital, entre los que tienen y no tienen acceso a una Sociedad de la Información, entendiéndose por ésta aquella que permite acceder al conocimiento, el bien que permite progresar en la economía mundial” (Almiron, 2002).

Lo único que demuestra el desarrollo de la sociedad de la información es el carácter excluyente de esta globalización. Una sociedad de la opulencia, ostentada obscenamente por los países ricos (no casualmente los que se conectan mayoritariamente a Internet), y las minorías periféricas que están conectadas. Sociedad e información de la que quedan afuera la gran mayoría de los hombres y mujeres que habitan este globo. Para que nos demos cuenta de qué estamos hablando no hace falta más que referirnos a la paradoja que en el mundo de la fibra óptica y

las computadoras de enésima generación, casi las dos terceras partes de la humanidad nunca han levantado siquiera un teléfono, para no hablar sólo del 90% que jamás se han sentado frente a una pantalla de Internet.

GLOBALIZACIÓN Y CONCENTRACIÓN DEL PODER DEL CAPITAL.

Lo cierto es que, para explicar realmente a la globalización como sistema, no se puede separarla de las fuerzas y los sectores que la impulsan y sostienen su despliegue, de la lógica propia que la desarrolla, de analizar las rupturas y continuidades del capitalismo imperialista que la precedió como sistema de dominación histórico. No es posible comprender la globalización como nueva forma del sistema de dominación de los Pueblos sino se lo relaciona con su antecedente: el imperialismo. No concebimos la historia como una serie de segmentos aislados, ni es posible reducir la globalización, como decíamos, a un fenómeno tecnológico o comercial, ni a un acortamiento de las distancias que produce efectos sobre la realidad en el plano mundial.

Si hay algo que, precisamente distingue al capitalismo actual, es que este está cambiando cualitativamente de un sistema de dominación internacional a uno global y es preciso comprender la naturaleza de este cambio.

La globalización, entendida como la **mundialización de la economía capitalista, se explica a partir de la concentración del poder del capital**, por lo tanto cualquier intento de explicarla por la revolución informática o por la natural expansión del comercio, es a todas luces incompleto, parcializado y casi siempre capcioso. La globalización, con su mundialización del mercado, no trae necesariamente el aumento de los intercambios internacionales (muchos menos intercambios realizados en términos de justicia) como quieren hacernos creer, sino y fundamentalmente la mundialización de las operaciones del capital, tanto en forma industrial como financiera. Para muestra baste un dato: más del 40% del comercio mundial está constituido por intercambios intragrupos transnacionales.

Así como existen las definiciones fundamentalistas de la globalización, que tienen como fundamento el pensamiento único también existen otras que pretenden dar una descripción general de los fenómenos sin establecer sobre ellos una mirada crítica en profundidad. Entre las definiciones más bien “neutras” (o debiéramos decir, complacientes) de la Globalización podemos encuadrar a la de Ricardo Petrella²⁸. Este la define así: “la globalización es el creciente proceso homogenizador a escala planetaria, potenciado por las innovaciones científico-tecnológicas, que afecta a todos los actores (Estado-Nación, organizaciones internacionales no gubernamentales, empresas transnacionales) y a todos los factores (político, económico, social, cultural, etc.) presentes en el sistema internacional, generando consecuencias ambivalentes: integración e incluso uniformidad, pero también conflicto por la exclusión y resistencias de los particularismos locales que enfrenta”. Está claro que esta definición meramente descriptiva abarca sus aspectos exteriores sin introducirse con el proceso dialéctico que la conforma.

Sin embargo el mismo Petrella reconoce que “el modelo neoliberal que se ha impuesto en estos últimos 20 años al conjunto de la humanidad propone una suerte de camino único o nuevas “Tablas de la Ley”, donde el mercado es aceptado casi de modo universal como el gran regulador de la vida economía y social, al que todos, individuos, empresas y sociedades, deben someterse. Las nuevas Tablas de la

Ley podrían resumirse en 1) mundialización: deberás adaptarte a la globalización actual de los capitales, mercados y empresas; 2) innovación tecnológica: deberás innovar sin cesar para reducir gastos; 3) Liberalización: apertura total de todos los mercados, que el mundo sea un único mercado; 4) Desregulación: dejarás el poder al mercado y apostarás a favor de un Estado administrador; 5) Privatización: eliminarás cualquier forma de propiedad pública y de servicios públicos, dejarás el gobierno de la sociedad a la empresa privada; 6) competitividad: deberás ser el más fuerte si quieres sobrevivir en la competición mundial” (Petrella, 1997).

También se puede incluir en este grupo de definiciones el modo como el posmodernismo explica a la globalización. Esta corriente de pensamiento, negando la existencia de grandes relatos que permitan explicar una realidad compleja y cambiante, nos invita, en concreto, a aceptar la realidad contemporánea tal como es y a ajustarse a ella con sus claros y sus oscuros. Tratando —sobre todo en sus sectores más progresistas (si el término les cabe)— de resaltar aquellos aspectos que hacen al goce de cierta libertad individual actual y al disfrute de la diversidad. Libertad vivida, claro está, desde su cómoda situación nacional y/o social.

En contraposición con las definiciones y los posicionamientos más contemplativos y conformistas, el economista de izquierda Jorge Beinstein nos da algunas pautas más realistas de lo que debemos bucear tras las asepsia definiciones formales: “Comenzaremos por señalar cinco grandes hechos subestimados, ignorados o deformados, según el caso, por la propaganda neoliberal: Primero, la escisión entre centro y periferia, que en lugar de diluirse en una nueva distribución internacional del potencial productivo se ha profundizado aún más. Segundo, la concentración empresarial global reforzando la tendencia anterior. Tercero, el agravamiento de los procesos de desigualdad y exclusión social en la periferia pero también en los países centrales. Cuarto, la crisis del Estado moderno en sus distintas versiones centrales y periféricas. Quinto, la irrupción de fenómeno de entropía: extensión global de redes mafiosas, catástrofes sanitarias, exacerbación de enfrentamiento étnicos y otra expresiones de desestructuración social” (Beinstein, 2000).

GLOBALIZACIÓN QUE ENGENDRA EXCLUSIÓN.

Aunque ya rechazamos las explicaciones lineales, es preciso aclarar que la gran revolución tecnológica no es la causa del proceso de globalización pero se constituye como el carril que permite su mejor desenvolvimiento. El capital genera el desarrollo tecnológico (en particular en campos como la informática) a partir de sus propias necesidades. En la sociedad capitalista de la posguerra, se había llegado a un límite en la reducción del costo unitario de las mercaderías que no era superable por el disciplinamiento de la mano de obra que el taylorismo lleva a su máxima expresión. Ese límite también se expresaba en lo político con la negociación social con la fuerza de producción que le era necesaria para mover el engranaje generador de riqueza. Con esto afirmamos con Gorz (1998) que “esta revolución técnica no podía ponerse en funcionamiento más que si la relación de las fuerzas sociales y la relación de fuerzas entre capital y Estado eran al mismo tiempo y de manera irresistible modificadas en favor del primero”.

Las decisiones que conforman la globalización usando como vehículo político el llamado neoliberalismo, configuran una respuesta esencialmente política al poder creciente de los trabajadores hacia los años sesenta y setenta, que se produce en el marco del equilibrio inestable de la posguerra (Estados del capi-

²⁸ Miembro del Grupo Lisboa que defiende la Globalización criticando sólo sus “excesos”.

talismo de empresa, Estados del “Socialismo Científico” y nacientes Estados periféricos en proceso de Liberación Nacional o Tercer Mundo). La usina de pensamiento de la Trilateral²⁹ expresaba en los setenta, esta preocupación del capital transnacional, como “crisis de gobernabilidad”.

La realidad es que, en la etapa actual del capitalismo globalizado y tal como se plantea a sí mismo, la producción para la satisfacción de las necesidades –tanto de las básicas como de las superfluas– requiere cada vez menos trabajo del hombre. Y correlativamente los salarios cada vez se distribuyen entre menor cantidad de personas. La otra cara de la moneda de esto es que acceder al ingreso, base de sustento de las familias, se vuelve cada vez más difícil. Por eso la exclusión es el nuevo nombre de la opresión.

El reflejo de la riqueza de los incluidos, como en un espejo distorsionado, se revela en la miseria de los excluidos. Esos son los caracteres de un sistema cada vez más cínico y despreocupado de lo humano; se extremiza la injusticia y extiende el nuevo modo de opresión. La concentración de la opulencia, tanto en las naciones como en las personas y los grandes conglomerados empresarios es la contracara de la miseria que como una gran mancha de petróleo en el mar se extiende dramáticamente destruyendo a su paso la vida, empezando por los peces más chicos, claro.

Se hace imprescindible poner luz sobre la vinculación intrínseca de la globalización y el proceso de exclusión, que muchos se limitan a describir pero pocos a explicar o que, en todo caso, lo hacen como un efecto no deseado del nuevo despliegue económico o como un exceso de un modelo particular dentro de la globalización (el neoliberalismo).

Según nuestra concepción la exclusión es una consecuencia directa de un sistema de integración mundial (globalización) que a su vez es inescindible de la concentración de capitales, sin precedentes en la historia. Una etapa a través de la cual el beneficio creció en progresión geométrica, produciendo cada vez más riqueza consumiendo cada vez menos trabajo, reduciendo cada vez más los salarios y flexibilizando las condiciones de los que aún le son necesarios, pagando cada vez menos impuestos, es decir, desfinanciando cada vez más el Estado y desentendiéndose de los costos sociales (y también ambientales) provocados.

NUEVAS CONDICIONES DE REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL
Más pertenencia al GET
Menos necesidad de trabajo
Revolución del management
Más capital especulativo
Menos capital productivo
Más tecnología

En síntesis: la exclusión como nueva forma de opresión se explica fundamentalmente a través del excedente de trabajo humano vivo producto de las nuevas condiciones de producción y reproducción del capital. Es preciso aclarar que lo específico de la **estructuración social** propia de la etapa

²⁹ En sucesivos capítulos nos referiremos al pensamiento de la Trilateral y trataremos de explicar su origen.

globalizante³⁰ es que en ella confluyan la diferenciación social –propia de la exclusión– con la desigualdad social –explotación e inequidad en la distribución de la riqueza–, siendo ambas productos de la dominación a la que son sometidos los sectores populares. Aunque es importante entender que la explotación se magnifica de tal modo que acaba jugando como un mecanismo particular de exclusión en esta sociedad dual; tema que intentaremos abordar en los próximos capítulos.

Pero como en toda sociedad compleja no es posible reducir a una simple explicación lineal el intrincado sistema de opresión. Por eso para atender a los modos concretos en que se presenta el sistema de exclusión, es preciso hablar de una triple articulación que abarca la exclusión económica –centralizada en la imposibilidad de acceso al trabajo–; la exclusión política –centralizada sobre el escamoteo de la voluntad popular mediante democracias condicionadas– y la exclusión cultural –centrada en una ruptura de la identidad propia de los sectores populares. Las consecuencias directas del sistema de exclusión de tres patas son la producción de desocupación, subocupación y precarización del empleo en el plano económico, la desmovilización e indiferencia, en el político, y el extrañamiento, es decir la imposibilidad de vivir la propia vida, con compresión de la misma, en el cultural.

Existe un vínculo directo entre la miseria y la desesperación crecientes de las mayorías populares que se encuentran virtualmente inmovilizadas, localizadas (en el sentido de atadas a un lugar) y la velocidad de circulación de una pequeña minoría móvil, verdaderamente globalizada. Esto le hace hablar al pensador europeo Zygmund Bauman de una “glocalización”. Agregando, con agudeza, que en los análisis provenientes de los países centrales o de las tierras situadas en el extremo que es beneficiario de la “glocalización” –para utilizar sus palabras–, los dos fenómenos (globalización de la minoría y localización de las mayorías) pertenecen a mundos distintos, cada uno con sus propias causas diferenciadas. “Al leer las investigaciones de numerosos académicos, nadie adivinaría que el enriquecimiento veloz y el empobrecimiento no menos rápido tienen la misma raíz, que la “inmovilización” de los miserables es un producto tan legítimo de las presiones “glocalizadoras” como las nuevas libertades ilimitadas de los triunfadores” (Bauman, 2000).

La sociedad de la exclusión no surgió de la nada sino que se fue construyendo sobre el abismo provocado por las desigualdades nacionales y sociales que supo engendrar el capitalismo imperialista e industrialista. La sociedad industrial, que en lo social era esencialmente inclusiva, trató a los que estaban afuera con respuestas de inclusión disciplinaria. Las fábricas fueron las grandes disciplinadores de masas y se correspondían a la perfección con las cárceles y los psiquiátricos, como forma de encierro de los que se quedaban afuera. En estos tiempos la tendencia se revierte y la sociedad capitalista se transforma en excluyente, la diferenciación social (la deslegitimación del afuera) se combina con la segregación territorial y la fragmentación social (Villareal, 1996).

³⁰ Es cierto que en esta transición estas nuevas formas de producción no se dan, sobre todo en los países periféricos, exentas de contradicciones. “En el caso de América Latina, la situación no podría ser más contradictoria. Conviven distintos tiempos históricos, desde la premodernidad hasta la posmodernidad. Lo que significa que el mundo del trabajo cuenta con fabricantes de *software*, en un extremo, y campesinos que utilizan su propia energía humana para mantener una mínima agricultura de supervivencia, en el otro. Dentro de esta gama, hay ocupaciones de alto uso de tecnología que emplean una proporción muy reducida de la fuerza de trabajo, mientras el sector informal de la economía, con muy bajos niveles de valor agregado e ingresos que suelen implicar situaciones endémicas de pobreza, absorbe a las masas de desempleados y en muchos países de la región asciende a la mitad o más de la población ocupada” (Hopenhayn, 2001).

Pero desde otro ángulo, la globalización es también apreciable como el instrumento del capital, para liberarse de las trabas que le impone el Estado Nacional. Así el objetivo de la acción globalizante aparece como la instalación de un mercado sin más reglas que las propias, sin más obstáculos que la competencia interna entre los oligopolios transnacionales y todo otro tipo de capital financiero. El capital aspira a realizar de esta manera su sueño al constituir un poder supremo que no admite ni compartir poder ni tener trabas de ningún tipo. Separado del mundo de la vida y de las realidades sensibles, sustituye los criterios del valor humano por el imperativo categórico de su propio crecimiento.

En la visión futurista de las fuerzas globalizantes –ideológicas, económicas y políticas–, la globalización está llamada a convertirse en un inexpugnable sistema de relaciones entre agentes económicos en el cual han perdido importancia la acción y los vínculos entre los Estados Nacionales. En este marco, en consecuencia, cuestiones como el cambio de las relaciones de poder, la justicia social u otras aspiraciones de una sociedad simplemente mejor, habrían desaparecido definitivamente. En el mundo globalizado que pretende el capital ya no hay lugar para los Estados Nacionales, sino es como garantes del libre desenvolvimiento del mercado. Es decir, como fuerzas gendarmes en los Estados Imperialistas, y como fuerzas policíacas los Estados periféricos. Tal como afirma el lingüista norteamericano Noam Chomsky, la globalización intenta “reducir a los gobiernos del Tercer Mundo a una función policial para controlar a sus clases trabajadoras y a la población superflua, mientras las transnacionales obtienen libre acceso a sus recursos, monopolizan la nueva tecnología y la inversión y la producción mundiales...” (Chomsky, 1995). Pero antes de reducirlo a tal objetivo fueron cumpliendo la tarea de desarmarlo de todas sus herramientas³¹, redefiniendo sus funciones, enajenando sus zonas económicamente apetecibles. De este modo, en la versión acabada de este sistema, los Estados Nacionales dependientes carecerían de posibilidad alguna de desarrollar estrategias viables que contradigan las expectativas y las acciones de los agentes transnacionales.

La configuración de este proceso es lo que hace pensar al colectivo de autores cubanos autores del libro “Transnacionalización y desnacionalización”³² en la globalización como “la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional, un proceso de ruptura de las barreras nacionales –economías, fronteras geopolíticas, Estados, códigos jurídicos, culturas e identidades– que obstaculizan el libre desarrollo de los monopolios transnacionales, en

³¹ “En las regiones del capitalismo periférico la globalización no sólo profundizó los procesos de transnacionalización del poder económico, sino que se tradujo en el desguace radical del Estado Social en su versión nacional–popular, el que más allá de sus limitaciones estructurales y tergiversaciones políticas, se había caracterizado por orientar su acción hacia la tarea nada fácil de producir cierta cohesión social, en un contexto de sociedades heterogéneas” (Svampa, 2006).

³² “Las categorías clave en la tarea de aprehender conceptualmente la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado son las de transnacionalización y desnacionalización: la esencia de las transformaciones que tienen lugar en el imperialismo contemporáneo se encierra por entero en el rompimiento de las barreras nacionales –económicas, políticas, ideológicas y culturales– establecidas desde la constitución histórica del capitalismo de la libre concurrencia, que obstaculizan el libre –y esclavizante– desarrollo de los monopolios y de una oligarquía financiera capaz de ejercer un férreo control sobre los hilos que mueven la economía mundial, de tomar decisiones económicas y políticas de universal acatamiento, a través de la constitución de una maquinaria de poder transnacional. No se trata propiamente de un proceso de internacionalización, sino de una transnacionalización desnacionalizadora, que excluye u obstaculiza el enriquecimiento de la cultura material y espiritual universal con el concurso de las culturas nacionales” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

beneficio de una *elite* burguesa que ha logrado apropiarse de la mayor parte de las riquezas del mundo. La concentración monopolista transnacional del capital y el poder político, la transnacionalización del monopolio y del Estado imperialista, constituye la esencia de la metamorfosis del capitalismo contemporáneo y es, al mismo tiempo, el hilo conductor que nos permite desentrañar la embrollada madeja de las globalizaciones” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Para ser más precisos, repetimos que la globalización hoy no requiere de la desaparición de todos los Estados Nacionales, es más no podría sustentarse sin ellos. En rigor lo que la globalización exige es el ejercicio del control sobre todos los Estados del mundo. Esto es: el poder privado (transnacional y empresarial) controlando y actuando por encima del poder público (nacional y colectivo). La globalización, en tanto sistema político, identifica como su enemigo íntimo al Estado–Nación; a todos los Estados Nacionales, pero sobre todo a los periféricos, que pueden ser sus enterradores (utilizando la metáfora que se usaba para aludir a la relación dialéctica entre la clase trabajadora y la burguesía).

En otras palabras se trata de la subsunción del Estado en las “fuerzas del mercado”, esto es, la privatización del espacio público y la subordinación de la política al poder e interés de los grandes grupos económicos y las empresas transnacionales (Godio, 2000).

La idea de privatización de lo público avanza desde funciones administrativas secundarias (tercerización de los servicios rentables) hasta la médula misma de la visión tradicional del Estado: hablamos de la educación, la justicia, la seguridad. “Este proceso presupone el simultáneo y progresivo debilitamiento –y eventual ocaso– del Estado Nación como eje institucional básico para la administración del poder en todas partes del planeta. Una vez que se hayan traspasado todas sus funciones a un conjunto de nuevas instituciones y estructuras supranacionales, el Estado Nación habrá dejado de tener su razón de ser, con lo que la necesidad del mismo se esfumará” (Salbuchi, 2001).

Está claro que la ideología de lo que llamamos globalismo propone, más o menos abiertamente, la privatización del poder (claro está jamás su desaparición como tanto plumífero vocifera por ahí). La aspiración política (no pocas veces la praxis concreta también) de las fuerzas globalizantes consiste en el control de todos los gobiernos que ocupan todos los Estados, a través de la imposición de modelos políticos que los dejan inermes frente a los poderes económicos. Así se explica el sostenimiento a nivel mundial de democracias meramente formales que muchas veces devienen fácilmente controlables a través del poder económico. El capital paga campañas electorales, genera corrientes de opinión pública, crea (y destruye) imágenes públicas. En síntesis, el capital escribiendo la historia (oficial) local, regional y mundial a su conveniencia. Pero como dice el Lito Nebia en su canción: “si la historia la escriben los que ganan/eso quiere decir que hay otra historia./la verdadera historia./quien quiera oír que oiga”.

Este proceso de globalización tuvo un comienzo. El modelo neoliberal fue el vehículo político concreto que adoptó este proceso de emancipación política del capital. A partir del encumbramiento de aquel como política de Estado (en los principales países capitalistas) los sectores del capital concentrado fueron imponiendo su voluntad, iniciando su proceso de emancipación, es decir, fue cobrando independencia en relación a las leyes dictadas por el poder político institucional. De este modo, el capital pugna por autonomizarse entendiendo por tal fenómeno el sólo ser sometido a sus propias y absolutas reglas de desarrollo, sin ninguna restricción fundada en nostálgicas referencias al “bien común” ni cosas por el es-

tilo, propias del poder estatal nacional, es decir, sin tener nada que transigir con sus víctimas, ni con cualquier que se plantee ser su representante.

Claramente lo expresa Samir Amin: “A través del liberalismo se expresa, en efecto, el sueño permanente del capital: gobernar unilateralmente la sociedad en todas sus dimensiones y someterla a la lógica exclusiva del beneficio máximo” y además agrega “el capitalismo es siempre liberal cuando puede serlo, es decir, mientras las relaciones de fuerza sociales no lo obliguen a adaptarse a exigencias diferentes de las que se expresan en la búsqueda del provecho inmediato e individual máximo” (Amin, 2003).

Resumiendo, podemos decir que la globalización propugna una doble emancipación del capital respecto del Estado (y su poder político institucional, que en sí mismo es de carácter consensual y por ende sometido a la negociación con las mayorías) y de la clase trabajadora, su principal antagonista histórico hoy sometida mediante el proceso de restricción del trabajo (entendido como empleo industrial asalariado).

Este doble proceso de emancipación se da en función de la nueva forma que tiene de reproducirse el capital, cuestión indispensable para acercarnos a la comprensión de la sociedad excluyente. Por un lado, requiere, como decíamos, de menor cantidad de trabajo empleo para la satisfacción de las necesidades materiales³³. Dicho de otro modo el capital requiere cada vez menos del trabajo para la producción. Esto es claramente fruto del desarrollo tecnológico y la reingeniería de organización empresarial y antes que nada de la voluntad propia del capital en su estrategia de reproducción. Pero también es importante consignar que el capital a través de un complejo sistema del que forman parte los mercados de valores (que funciona con transacciones electrónicas, todo el día todos los días) y sus “productos derivados”, los llamados fondos de inversión (que pueden o no ser reinvertidos en emprendimientos productivos) y otras formas más complejas, logra lo que siempre soñó: la capacidad de reproducirse a sí mismo, sin necesidad de pasar por la mano del hombre, es decir, por el trabajo. Sin duda que la adopción del patrón dólar y de cambio flotante (en la segunda posguerra), sumado a la decisión de comienzos de los 70 de desvincular al dólar con el oro como patrón, tiene mucho que ver en esto. Aunque a ésta cuestión como tantas otras a las que nos venimos refiriendo, deben ser objeto de un análisis en profundidad. Por ahora baste con aportar un ejemplo que sustente nuestra afirmación: las principales empresas transnacionales como por ejemplo la Siemens (uno de los Grupos Económicos de primera línea en Europa), obtienen mayores beneficios de sus colocaciones de capital financiero que de su inversión productiva. A partir de diversas cuestiones como ésta referida, podemos deducir que para el gran capital ya no es el plusvalor que genera el trabajo su única fuente de reproducción. Cuestión que no puede explicarse sólo a través de comprender la aceleración de su circuito de reproducción.

En el vínculo intrínseco entre Globalización y Exclusión se va conformando una sociedad dual. Su tendencia natural es la profundización de la polarización entre los incluidos/globalizados y los excluidos/localizados. Así sostiene Beinstein: “De ese modo se agravaron las tendencias hacia la conformación de áreas geográficas minoritarias con ascendente nivel de ingreso por habitante, desarrollo tecnológico, etc., rodeadas por espacios pobres, desestructurados. Las zonas (...) cada vez más con el aspecto de territorios ricos asediados, con predominio de poblaciones viejas, demográficamente estancadas, presionados por masas periféricas miserables mayoritariamente jóvenes y con gran ímpetu demográfico” (Beinstein, 2000). Con estos datos,

³³ Todo esto en función de cómo ha elegido repartirlo y de qué necesidades ha elegido satisfacer.

más otros tantos, hay que armar un rompecabezas que permita explicarnos el proceso de transición que vienen impulsando las fuerzas globalizantes hacia la configuración de un Mercado Único Mundial, la verdadera utopía de la globalización.

EL MOTOR DE LA GLOBALIZACIÓN Y LA RESISTENCIA DE LOS PUEBLOS.

Pero el rompecabezas de la globalización no queda completo sin referirnos al particular sujeto que ha engendrado y que se constituyó en su motor: los Grupos Económicos Transnacionales³⁴, cuyos intereses están por sobre los de los Estados Nacionales. Incluso su aspiración es estar por encima de aquellos Estados Nacionales que por su carácter imperial se constituyeron en sujetos de la anterior etapa imperialista, aunque en la transición convivan expresando una de las principales contradicciones del campo del Dominador.

Lester Thurow, uno de los futurólogos “oficiales” del sistema, dice que una de las características de la globalización es que “por primera vez en la historia humana, cualquier cosa puede hacerse en cualquier parte y venderse en todas partes [para los Grupos Económicos Transnacionales, decimos nosotros]. Eso significa fabricar cualquier componente y desarrollar cualquier actividad en el lugar del mundo donde puede hacerse más barato, y vender los productos resultantes o los servicios donde los precios y los beneficios sean más altos. Minimizar costo y maximizar ingresos es lo que significa la maximización de beneficios, el corazón mismo del capitalismo. **El apego a una parte geográfica del mundo no es parte del sistema capitalista**” [el subrayado es nuestro] (Thurow, 1996).

Demás está decir que los Grupos Económicos operan –de modo particular y relevante en esta etapa de transición hacia la construcción del mercado único mundial– sobre los países periféricos al sistema, como el nuestro, convirtiendo muchas veces a los gobiernos de turno en sus sirvientes. Esta operación se siente fuertemente en las economías debilitadas por la crisis sistemática. A modo de ejemplo podemos citar que en 1998 de las 20 empresas de mayor facturación en Argentina, sólo 5 (25%) no eran transnacionales por su origen, mientras que una década antes revestían esta condición 14 (70%). De esta forma podemos explicarnos porque las grandes empresas de nivel mundial, de financiar Golpes de Estado abiertamente (quizás el ejemplo más obvio es la United Fruit en Guatemala en 1954, o bien el de la ITT en Chile en 1973) se transforman en un pilar fundamental de las democracias condicionadas, que sustentan en todo el mundo a partir de que estas se demostraron como el mejor sistema para garantizar el cumplimiento de sus intereses.

Lo que intentamos plasmar es que la fuerza (sujeto) global más importante en el sistema capitalista globalizante, son los Grupos Económicos Transnacionales, basados en una clase capitalista transnacional (Sklair, 2006) –los verdaderos incluidos–. Son estos los verdaderos protagonistas del sistema, que marcan el ritmo de las prácticas económicas transnacionales que se reproducen en todo el mundo, que son complementarias de una práctica política transnacional que niega la democracia real y participativa, todo esto a su vez sustentado en un piso de prácticas transnacionales ideológico-culturales. Se establecería así, en la sociedad contemporánea globalizada, una dialéctica extraordinariamente interesante entre las fuerzas dominantes del capital, en su proceso de concentración de poder y, su efecto:

³⁴ En el mismo sentido aunque con terminología diferente se expresa el profesor inglés Leslie Sklair, el habla de las Corporaciones Transnacionales.

las fuerzas de resistencia de los Pueblos, una diversificación social acrecentada que tendería a negar los efectos estandarizadores del capital. En esta clave debemos entender muchas las luchas sociales, las reivindicaciones locales, regionales y nacionales, de carácter político y cultural, incluso religiosas que se multiplican y encuentran explicación, entre otros factores, en la reacción negativa y de rechazo en ocasiones violento hacia la homogeneización que impone el capital globalizado.

Como la historia no está regida por el despliegue infalible de las leyes de la economía pura, es que creemos en que la resistencia va ir encontrado el camino para expresarse en un sistema que de respuesta a las necesidades de las mayorías olvidadas y se imponga frente al modelo globalizante. En todo caso, el futuro del mundo será el resultado de estas disputas. Es el producido de las reacciones sociales de resistencia al dominio en su interacción con las tendencias que las leyes económicas expresan, el que va a determinar el rumbo de la historia. “Reacciones que a su vez definen relaciones sociales en cuyo marco operan tales leyes. Las fuerzas “antisistema” –si llamamos así a ese repudio organizado, coherente y eficaz de la sumisión unilateral y total a las exigencias de esas supuestas leyes (pues en realidad se trata de la ley de la ganancia propia del capitalismo como sistema)– modelan la historia verdadera tanto como la lógica pura de la acumulación capitalista” (Amin, 2003).

No dudamos que la civilización noratlántica y su producto económico el capitalismo están en su ocaso. O dicho en conceptos de Beinstein y Amin, esta en su fase senil. Ya no tiene nada que ofrecerle a la vasta mayoría de los habitantes de tres continentes, que a su vez representan la gran mayoría de la humanidad en su conjunto. El capitalismo globalizante, con su condena a millones de seres humanos a la exclusión, está generando el incontenible caudal potencial de sublevación que representan esas víctimas. En todo caso, el modelo neoliberal, la pretensión del capital de emanciparse, y todo el proceso globalizante no hay que verlo sino como lo que son: el “Viagra” del capitalismo senil (Amin, 2003).

En conclusión, la globalización es, en última instancia, la etapa final del capitalismo en tanto producto económico de una civilización en el fin de la historia (de su historia) que, embriagada en su marcha triunfante, deja de dar respuestas a grandes contingentes humanos, generando así sus propios bárbaros que finalmente, y en un proceso no exento de idas y venidas, de alegrías y sinsabores, han de poner fin a la expansión imperial iniciada en el Renacimiento...

BREVE RELACIÓN DE LA HISTORIA DE LA DOMINACIÓN O LA GLOBALIZACIÓN COMO ÚLTIMA ETAPA DEL CAPITALISMO.

“En este análisis el acento que pongo sobre la polarización resultante de la expansión mundial del capitalismo es de primer orden. Sin embargo, esta característica permanente de la mundialización es completamente ignorada por la ideología burguesa dominante, que sigue afirmando todavía que la mundialización es una chance, que las sociedades pueden o no aprovechar, en función de factores que les conciernen a ellos mismos. Pero lo que aparece más grave a mi juicio es que el pensamiento socialista (incluyendo el del marxismo histórico) participó, por lo menos en parte, de la ilusión del progreso posible en el marco del capitalismo. La teoría de la mundialización capitalista que propongo, cuyos ejes principales son presentados anteriormente, la planteo como sinónimo de imperialismo. El imperialismo no es entonces una etapa, ni siquiera suprema del capitalismo, constituye una característica permanente de él.”

Samir Amin

“La colonización no es un conjunto de azares, ni el resultado estadístico de miles de empresas individuales. Es un sistema...”

Jean Paul Sartre

SOBRE LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL SISTEMA DE DOMINACIÓN.

Muchas veces se ha hablado de la crisis final de un capitalismo que parece permanentemente resurgir de sus cenizas, dar una nueva vuelta de tuerca sin perder su sentido y su esencia. No pocas veces la esperanza de su caída se disfraza de pronóstico científico, viendo el capitalismo como una etapa de una evolución que ha de parir, a partir de la contradicción que tiene en sus entrañas, a la nueva sociedad. Preferimos entender al capitalismo como un producto de la imposición a nivel mundial (un proceso que denominamos globalización en sentido amplio) de los parámetros económicos de una civilización que nace en el Renacimiento Europeo. Entendida así se trata de un camino escogido en base a una determinada correlación de fuerzas, en última instancia, de poder. La permanencia o no de la situación de dominación y opresión que implica este sistema económico va a concluir sólo en la medida en que la lucha por la emancipación sea fructífera. Los avances de ésta no están científicamente predeterminados, ni mucho menos son “predecibles”. Lo único que se puede anticipar es que habrá lucha, porque la vida es lucha¹ y los Pueblos no se resignan a la muerte.

El sistema de dominación, entonces, así como tuvo su nacimiento y su desarrollo tendrá también su muerte. Pero esta no depende de fuerzas que están más allá de la sociedad misma, ni tampoco de determinantes inexorables. Son las relaciones sociales (y el poder es una relación social) las que van a determinar el curso de la historia y las diferentes opciones posibles para el futuro corresponden a los distintos desequilibrios sociales.

En este sentido y sin entrar en incoherencia podemos hablar de la globalización como última etapa del capitalismo, en tanto es la última fase a la que ha llegado un sistema —coherente y con continuidad— de dominación de los Pueblos. Está claro que con esto no negamos las crisis internas del propio capitalismo, ni sus contradicciones, y mucho menos la gravedad de éstas. De hecho, el capitalismo cíclicamente ha caído en crisis de índole y alcances diversos. Para entender la magnitud de su crisis actual es preciso tener en cuenta la existencia de casi 1000 millones de desempleados a nivel mundial y que si se pretendiera (cosa que no ocurre, sino todo lo contrario), solucionar esta situación habría que crear 2000 millones de empleos para cubrir a estos y a todos los que se van a integrar al mercado laboral hasta el primer cuarto del siglo XXI. A todo esto se le suman otros datos importantes como que casi la totalidad del aumento de la población activa mundial tiene lugar en las poblaciones más pobres de los países periféricos o del Tercer Mundo.

Pero creemos que no hay que detenerse a poner foco sólo en la crisis sino que hay que atender al proceso histórico general para comprender las verdaderas razones que la producen y la naturaleza del sistema. Siguiendo la línea de análisis histórico de la economía mundial desde el comienzo de la globalización en sentido amplio y de las relaciones internacionales de polarización y dependencia, encontramos invariablemente un mecanismo fundamental a lo largo del capitalismo: **la transferencia de riqueza de determinadas zonas del planeta (a las que llamamos periféricas al sistema) que se van empobreciendo cada vez más² hacia otras zonas (que llamamos centrales)**

¹ “La vida es lucha, el que no lucha se estanca, como el agua. Y el que se estanca se pudre” decía Raul Scalabrini Ortiz

² André Gunder Frank es uno de los pilares teóricos en la denuncia de la existencia de un brutal

que van configurando las economías más ricas del globo. El fenómeno de esta transferencia a nivel mundial se ha efectuado históricamente por diversos caminos y métodos, con “diferentes sistemas de producción y explotación: desde el colonialismo en sus variadas formas a través del tiempo, pasando por el imperialismo —específicamente capitalista—, también en sus diversas modalidades, hasta llegar a las actuales formas de la globalización que implican, en esencia, la transferencia de plusvalor de unas zonas del mundo a otras, también a través de métodos variados” (Flores Olea, 1999).

Por eso consideramos apropiado establecer un análisis histórico que marque la línea de dominación de los Pueblos signada por el capitalismo va desde el colonialismo hasta la globalización, pasando por el imperialismo.

EL COLONIALISMO, ORÍGENES Y PRIMERA FASE DEL SISTEMA DE DOMINACIÓN.

Cada cambio en el proceso de relación entre los Pueblos del mundo y aquellos que pretenden dominarlos desde el despliegue de la globalización en sentido amplio, estuvo signado por una serie de innovaciones tecnológicas y por una expansión del comercio internacional. No es de sorprender, por consiguiente, que también fuera así en el los orígenes del capitalismo cuando se fue instaurando el primer orden mundial de dominación al que denominamos colonialismo.

Ya hemos hablado de la iniciativa portuguesa que le permitió a ese país ibérico ser la vanguardia de la navegación y la conquista de nuevos territorios, aunque estos fueran tan sólo enclaves. Este proceso, que alcanzó para la circuns-navegación de África (y que se va a coronar con la llegada a América, por parte de los españoles), no hubiera sido posible sin la reformulación del diseño de las embarcaciones por las que fue emprendido. El reemplazo del trirreme helénico por la nao fue fundamental en este aspecto. Este salto tecnológico fue fundamental³, entre otros, en el proceso incipiente del colonialismo y fue desarrollado en función de los intereses expansivos europeos. No podemos dejar de lado tampoco a los cambios militares y geopolíticos que se dieron en aquel tiempo. Uno a favor de los europeos, la derrota final de los Pueblos islámicos que habitaban la península ibérica. Otro, en contra de ellos, la derrota de las fuerzas cristianas de Constantinopla, el hecho conocido como la caída del Imperio Romano de Oriente, que complicó el tránsito hacia Asia.

También se produjeron cambios económicos fundamentales para la misma época. En ellos hay que encontrar algunas de las condiciones que hicieron posible la empresa colonial. Este es el tiempo del incipiente desarrollo de la banca, es decir, del préstamo organizado de dinero con fines lucrativos. Sus fundadores serán las grandes casas italianas, hacia fines del siglo XIV. Entre sus precursores encontramos a los Médici de Florencia. Pero tanto en los principados germa-

proceso de extracción de excedentes de la periferia en particular de América Latina, que inviabilizaron su desarrollo económico. Y con esto se cuestiona profundamente el carácter progresista del capitalismo respecto del feudalismo estampado en la raíz del marxismo dogmático, por lo menos para nuestros países donde se planteaba que aun estaba pendiente la revolución burguesa.

³ “A fines del siglo XV los mejores barcos europeos eran los mejores del mundo. Fueron quizá, menos marineros y menos barloventantes que los juncos de los mares de China, pero en general, en su combinación de calidad marinera, resistencia, capacidad de transporte y poder de combate, se mostraron superiores a cualquier otra embarcación” (Parry, 1993).

nos⁴ como en Holanda e Inglaterra la actividad bancaria fue ampliamente desarrollada. Pero no sólo el surgimiento de los bancos fue determinante⁵, también se dio paralelamente un cambio decisivo en la organización de las actividades comerciales. Así aparecieron las Compañías, primero reguladas como asociación de comerciantes unidos para correr un riesgo común, y más tarde por acciones (conjunto de inversores, que pueden tomar o no parte directa en el negocio).

Pero como ya hemos aludido en el capítulo precedente, en ningún caso los cambios tecnológicos, ni los comerciales, alcanzan a explicar en profundidad ni nos dan datos claves sobre la naturaleza del sistema de dominación. A todos estos ingredientes tecnológicos y comerciales hay que agregarle para tener el cóctel completo los cambios religiosos y políticos que se fueron dando. “Considerada ahora en su conjunto, vemos que esta Revolución Comercial —inseparable de la Religiosa y del Renacimiento— deja sentada las bases económicas para el posterior desarrollo de ese proyecto histórico que Husserl —en el plano filosófico— denominó idea de Europa. Una serie de conceptos e instituciones (bancos, préstamos, compañías, industrias, monopolio, especulación) nacen con ella y signarán de manera decisiva el posterior devenir de los tiempos. Así también este proyecto moderno, rompía todo límite y se planetarizaba, exportaba su experiencia, rompía con el feudo en el orden interno, haciendo del resto del mundo su feudo y un mercado en el orden externo” (Casalla, 2003).

German Arciniegas⁶ afirma: “América libera el pensamiento europeo, lo redime (...) América hace posible a Copernico, Galileo, Descartes (...) En el destino de América, como nuevo personaje de la edad moderna, queda comprendido el haber hecho posible la aparición de esos grandes hombres, corona del Renacimiento, precursores de los tiempos que hoy vivimos (...) La Europa Moderna es, en buena medida, un producto americano; así como América fue un producto europeo”. Nadie podría negar que por la conquista de América, Europa y América cambian. Uno se constituye como centro del mundo, el otro empieza a dar origen a su identidad mestiza y al mismo tiempo es configurado su carácter dependiente.

Pero el colonialismo no fue un sistema mundial homogéneo. No todos los países fueron insertos en él del mismo modo. Existen notables diferencias entre el modelo de inserción americano y el de Asia y África. La naturaleza de este vínculo disímil con la expansión europea está fundada en razones políticas e históricas. “En Asia, los europeos se encontraron con civilizaciones no sólo más antiguas sino culturalmente reverenciadas, sobre todo en el Cercano Oriente, India y China. El contacto con otras civilizaciones, como el Islam, era secular y en permanente conflicto. En América consideraron que no había nada que reverenciar y por el contrario, crearon verdaderos sistemas ideológicos destinados a justificar la dominación” (Ortiz, 2003).

“La globalización del Primer Orden Mundial no introdujo cambios significati-

⁴ “Pero ya en el siglo XVI, en Alemania y aun en Europa, el dominio del mercado del dinero lo ejercía el banquero de los banqueros, Jacobo Fugger, cincuenta veces más poderoso que los Peruzzi y cinco veces más rico que los Medicis” (Astesano, 1979). Es precisamente la casa Fugger uno de los principales beneficiarios de la conquista y expoliación de América. Y una de las razones por las que el desarrollo capitalista no se da en España sino en otras regiones de Europa.

⁵ “El en Banco de Amsterdam nació también una operación que tendría relevante importancia en la aceleración de ese desarrollo. Allí se originó el préstamo bancario. La primera operación de esta especie se produjo cuando la Compañía de Indias Orientales, ya en competencia con la flota inglesa, recurrieron al Banco en procura de un préstamo en efectivo para construir barcos” (Vedoya 1973) así se van anudando las nuevas empresas comerciales con la incipiente banca.

⁶ Citado por Mario Casalla, 2003.

vos en la evolución de China. A fines del siglo XVIII, la mayor y más antigua de las grandes civilizaciones seguía encerrada dentro de sus propias fronteras. La presencia foránea se limitaba al enclave portugués de Macao, las incursiones de los piratas japoneses en las costas meridionales y algunos pocos misioneros cristianos. La participación china en el comercio internacional (alrededor de 1%) era insignificante para un país cuyos habitantes representaban entonces el 25% de la población y un tercio de la producción manufacturera mundial. Las exportaciones a Europa estaban compuestas por los mismos productos (sedas, porcelanas, algunas especias) que había transitado la ruta de la seda a partir de la Baja Edad Media. Con excepción de algunas armas y herramientas, los productos provenientes de Europa no podían competir con la calidad de las telas, las artesanías y las manufacturas chinas. El tráfico seguía siendo superavitario para China y los europeos seguían pagando su déficit con metales preciosos” (Ferrer, 2000).

Durante la primera etapa colonialista, la relación de dominación más profunda se dio respecto del continente americano. En la segunda etapa del colonialismo, se fue integrando al continente africano, no como tierra de producción y ocupación sino más bien como proveedora de esclavos. La franja norte de este continente se hallaba en relación directa con Europa pues era parte integrante del sistema islámico que comprendía toda la parte sur del mediterráneo. Incluso la zona de Sudan era proveedora de gran parte del oro europeo. Pero no se estableció para la época la misma relación respecto de resto del continente. Y esto se debe a que, hasta ese momento, la principal restricción a la penetración profunda de los europeos en el continente africano, particularmente al sur de desierto de Sahara fue el rigor del clima y las enfermedades tropicales, como por ejemplo la malaria, que hacia estragos entre los exploradores.

Estas diferencias en el proceso de expansión europeo hicieron de América el centro de la migración y las expediciones de conquista. Pero los europeos no se trasladaron a América para trabajar sino para aprovecharse de sus riquezas⁷. El conquistador blanco, fuere español o anglosajón (aunque se pretenda lo contrario), no estaba dispuesto a trabajar directa y personalmente en las plantaciones. No había venido para eso y consideraba un fracaso tener que hacerlo. En la América hispana esa fuerza de trabajo la encontró en el vínculo de opresión de las poblaciones originarias. En las colonias británicas de América del Norte y el caribe, en cambio, la población nativa nueva fue prácticamente exterminada. Y quienes se encargaron del trabajo productivo fueron generalmente los esclavos traídos fundamentalmente de África⁸.

Es importante profundizar el análisis crítico de la supuesta homogeneidad de la inserción de América en el sistema mundial del colonialismo. El profesor Tulio Ortiz distingue tres modelos distintos: América Latina (vale decir Hispanoamérica y Brasil), las economías de plantación (islas del Caribe) y América

⁷ “Los motivos de la colonización española los resumió Adam Smith al escribir que «todas las empresas de los españoles en el nuevo mundo, después de la de Colón, parecen haber sido ocasionadas por el mismo motivo. Fue la sagrada sed del oro, la que llevaron Ojeda, Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa al istmo de Darién, la que llevaron Cortés a México, y Almagro y Pizarro a Chile y a Perú» (Smith, 1776). Y ¿cómo se aprovecharon de las minas de oro y plata en México y Perú? Evidentemente explotando a la mano de obra indígena, y aprovechando su alta civilización y gran organización social” (Frank, 1972).

⁸ “En su lugar [de los colonos agricultores] aparecieron unos pocos, pero muy poderosos terratenientes. Sus haciendas emplearían esclavos en escalas realmente industriales, esto es, la alianza con los traficantes de esclavos y los comerciantes del azúcar, hizo que se amasaran fortunas. El tráfico de esclavos negros (más barato que los criados escriturados y menos peligrosos que los reos condenados a muerte), se extendió poco a poco por toda América” (Casalla, 2003).

del Norte. Cada uno de esos subsistemas americanos con diferentes factores condicionantes. Por ejemplo, el factor poblacional no era igual en América del Norte y en Latinoamérica. “La población estimada de ésta era de 60 millones de habitantes y bajó a alrededor de 6 millones cifra por demás elocuente. (...) al momento de la independencia la población llegaba a los 25 millones. Las causas del notable descenso poblacional se deben no sólo al maltrato dado a los indígenas sino también a la plagas producidas por los virus que los europeos trajeron consigo⁹ y frente a las cuales los naturales no tenían defensas” (Ortiz, 2003).

El resultado de la conquista fue la destrucción de las civilizaciones indígenas y su transculturización a través del cristianismo¹⁰ en Iberoamérica y la asimilación de amplios sectores indígenas y mestizos al sistema colonial como clases subalternas. La encomienda, la mita y el yanaconazgo fueron modos de –literalmente– repartir entre la población blanca a los habitantes originarios para que trabajen para ellos. La excusa la constituyó el tributo medieval que todos los súbditos debían al Rey. Los habitantes de la América española eran considerados en carácter de súbditos del monarca español y éste les concedía a los conquistadores la atribución que fueran los destinatarios de ese tributo “debido” por los indígenas. Esta fue, sin duda, una de las fuentes principales de riqueza de la América hispana. Pero la naturaleza del vínculo establecida por los españoles (producto a su vez de su impronta cristiana) devino en un cruce racial que dio lugar al verdadero nacimiento de una América que no es ni europea ni indígena. La subsistencia de un régimen colonial excluyente racial y políticamente se fue complicando cada vez más en la medida del mestizaje fundante de la identidad latinoamericana.

Otra cosa totalmente distinta fue el modelo de colonización adoptado por los ingleses. La práctica más común fue el genocidio liso y llano, sobre el cual se construyeron, por ejemplo, las colonias norteamericanas. “El racismo fundamental de los colonos anglosajones explica por qué este modelo se reprodujo en otras partes, en Australia, en Tasmania (el genocidio más perfecto de la historia) y en Nueva Zelanda” (Amin, 2003).

Pero para dar cuenta del colonialismo como sistema de dominación hay que entender la transferencia de recursos de la recientemente conquistada América hacia Europa que alcanza cifras verdaderamente escandalosas. De tal magnitud que cuesta creer que –muchas veces– no sean tenidas en cuenta a la hora de hablar del surgimiento de sistema capitalista. Es quizás el pensador alemán André Gunder Frank quien –cuestionando a aquellos que decían que las economías coloniales eran feudales–, describió la verdadera naturaleza de este proceso¹¹. Es decir, lo

⁹ “En Iberoamérica, las enfermedades importadas [muchas de ellas venéreas] por los europeos contribuyeron, en el primer siglo de la conquista, al exterminio de la mayor parte de la población nativa. Esta catástrofe demográfica y la imposición del sistema de dominación imperial sobre las civilizaciones oriundas provocaron una transformación radical de la situación preexistente” (Ferrer, 2006).

¹⁰ El cristianismo también se dio en América a través de procesos de inculturación, esto es haciéndose carne el mensaje de salvación cristiano a partir del respeto de las propias fuerzas culturales de los Pueblos dominados. Pero estas experiencias fueron significativamente menores que las otras. Acaso como mención corresponda referirnos al proceso de evangelización encarado por los jesuitas en las misiones, en el litoral argentino, uruguayo y paraguayo.

¹¹ En línea coincidente el argentino Eduardo Astesano afirma: “Los colonizadores que llegaron al trópico, enloquecidos por el deseo de enriquecimiento, se lanzaron a la producción colectiva, al trabajo combinado de muchos, a la manufactura capitalista agraria o minera, que aparecía como una encomienda, una plantación, un obraje, una estancia, un astillero, una tropa de carretas o una arria de mulas, con obreros indios o negros o guachos, al mando de capitalistas europeos o americanos que pensaban sólo en el mercado europeo.

que Frank determinó fue que “las relaciones serviles y esclavistas desarrolladas en la región fueron parte de un proyecto colonial y de la acción de fuerzas sociales y económicas comandadas por el capital mercantil financiero en pleno proceso de acumulación –que Marx considera primaria o primitiva–, esencial para explicar el origen del moderno modo de producción capitalista” (Dos Santos, 2002).

Pero no sólo entró en juego la apropiación del trabajo en la periferia, también hay que tener en consideración cuestiones no menores como por ejemplo que “América financia materialmente el desarrollo europeo, posibilita la Europa potencia mundial. Sin el descubrimiento de América, muy otra hubiera sido la historia del capitalismo europeo: Humbolt calculaba en 5.445 millones de pesos los metales preciosos que pasaron de América a Europa en tres siglos (de los cuales 4.726 millones llegaron a España¹²), entre los años 1500 y 1800 se quintuplicó en Europa la existencia de oro y se triplicó la de plata¹³. Si se tiene en cuenta que dos siglos antes del descubrimiento de América la economía europea era una economía estancada por falta de metales preciosos, se comprenderá la magnitud del aporte americano al desarrollo europeo (...) Como se advertirá entonces, no fueron sólo la fuerza pujante o el espíritu decidido de unos cuantos burgueses, o sólo las sutiles relaciones o componendas de clase, los responsables mayores del proceso de acumulación interna al proyecto imperial europeo; lejos de ello los capitales de la burguesía europea tuvieron nombres y apellidos extraños, exóticos: millones de nuevos contemporáneos los financiaron (y financian) con el sencillo costo de su propia vida” (Casalla, 2003).

Ese proceso (conocido con el nombre de acumulación primitiva u originaria), generalmente es reducido a las contradicciones internas de la sociedad europea y/o a su propia capacidad e iniciativa para la producción de riqueza. No es que neguemos la importancia en el orden interno europeo, en particular del ascenso de la burguesía como clase dominante. Pero nos parece un contrasentido, sobre todo mirando desde este lado del mundo, no comprender que ésta acumulación primaria no podría haberse producido sin el sistema colonial de explotación y transferencia desde nuestro continente hacia el continente europeo¹⁴.

Apareció así un tipo de desarrollo social, apoyado en la manufactura capitalista, donde se empleaban grandes extensiones de tierra, mucha mano de obra, enorme cantidad de animales de tiro e instrumentos de transporte, movidos por importantes masas de capital dinero. El colonizador que vino a América lo hizo como capitalista. No vino a entregar su fuerza de trabajo, sino a controlar su capital. Vino como empresario de un buen negocio. Sabía que tenía que disponer previamente de grandes recursos y sabía que otros trabajarían para él” (Astesano, 1979).

¹² Recordemos que gran parte de las inmensas cantidades de oro y plata llegadas de América a Europa no fueron a parar precisamente a España en razón de las deudas contraídas por esta respecto de las casas de prestamistas germanos y de otros países noreuropeos para financiar no sólo la conquista sino también las frecuentes campañas militares españolas por la hegemonía europea.

¹³ Un estudioso del tema el profesor Ramón Carande (1977) estima que solamente en el primer siglo de la colonización europea de América se extrajeron aproximadamente cuatrocientos mil kilos de oro y treinta y cuatro millones de kilos de plata lo cual en precios actuales correspondería a la friolera de alrededor 15 mil millones de dólares por el oro y un número similar por la plata.

¹⁴ Incluso circunstancialmente esto es reconocido por autores clásicos europeos aunque siempre de modo tangencial, como cuando por ejemplo a ello se refiere el inglés Adam Smith: “El descubrimiento de América dio origen a cambios esenciales. Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercaderías de Europa, promovió en las artes una ulterior división del trabajo y posibilitó adelantos que de otra manera nunca hubieran

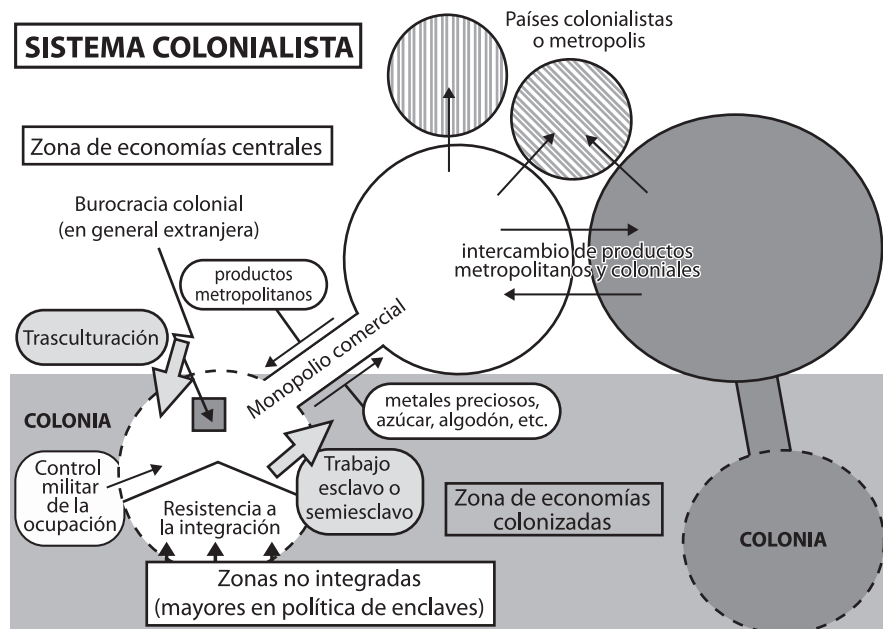
Resumiendo, podemos afirmar que gran parte de la riqueza y prosperidad que le permitieron a los europeos encumbrarse en la cima del mundo, pensándose a sí mismos como LA civilización, expandiéndose cada vez más a todas partes del globo, provienen seguramente de las sufridas espaldas de los países que fueron transformando en periféricos de su sistema de dominación a partir del siglo XV.

Veamos algunos datos significativos de este proceso: hacia 1800 Sudamérica producía el 70% del oro mundial, lo que no era de extrañar dado que, desde la llegada de los españoles a América un porcentaje muy importante de los metales de cambio tenían esa proveniencia¹⁵. Esto permite preguntarse sin eufemismos: ¿en qué medida esta situación financió directamente el desarrollo económico social y político de Europa? En su completo análisis de la historia de las doctrinas económicas, Eric Roll establece esta relación: “La afluencia de metales preciosos americanos a Europa aumentó el circulante, generando un alza en los precios que contribuyó al desarrollo del capitalismo” (Roll, 1973). En su estudio sobre la historia económica de América Latina Cardozo y Perez Brignoli (1979) afirman: “En el siglo XVI, la agricultura, como toda la vida económica, sufrió el impacto de la llegada masiva de la plata de América y del fenómeno inflacionario. El progreso del comercio y el alza de los precios produjeron cambios considerables en la vida rural. La expansión de los mercados, el desarrollo de las manufacturas fuera del sistema gremial, el crecimiento de las ciudades, garantizaron mercados para los productos agrícolas. El alza de los precios perjudicaba a los propietarios que recibían rentas fijas, pero contenía posibilidades de grandes ganancias a través de la venta y especulación de productos agrícolas (...) El resultado de ello fue la formación de una masa numerosa de mendigos, bandidos y desempleados”, trasladados del campo –que los expulsaba– a las ciudades en donde van a ser la base de reclutamiento del proletariado. El complemento de ello es el fenómeno económico que estudió Juan Carlos Vedoya (1973) que calcula que “el descubrimiento de América disminuyó el salario real hasta un 50% del nivel de los precios, pero el acoplamiento definitivo y sin trabas del Oriente al mercado europeo –para constituir un único mercado mundial– estabilizó los salarios reales entre el 50 y el 60%, evitando el descalabro económico por la enorme afluencia de metales preciosos americanos”.

Para entender cómo funcionó el sistema de dominación colonialista hay que entender un mecanismo muy simple que consiste en que cada inversión realizada por los países centrales para la conquista fue suculentamente rentable y multiplicó los beneficios para los europeos. Y esto no sólo fue así para las empresas de la conquista española. “Otro tanto les ocurrirá en las Indias Orientales. La Compañía Inglesa percibió, en sus primeros viajes a esos territorios, ganancias que oscilaron entre un 195 y un 334% y es cosa ya bastante conocida el hecho de que el mismo Vasco Da Gama retornó a Lisboa (1499) con un cargamento que pagó setenta veces el costo de la expedición y produjo un beneficio del 600%” (Casalla, 2003).

podido tener lugar... (en) Europa y creció con él el ingreso y la riqueza real de todos sus habitantes...” Smith (1776) en Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones.

¹⁵ Ya en el siglo XVI según Juan Carlos Vedoya (1973) el 41% del oro y la plata mundiales provenían del oro y la plata quintados en América. Recordemos que quintados eran los declarados oficialmente pues de ellos se pagaba un quinto a la corona.



Algunos autores (como por ejemplo Landes, 1999) sostienen incluso que, aun prescindiendo de los metales y los beneficios directos, el esquema basado en la producción del azúcar y lo que se puede llamar el sistema atlántico contribuyeron en buena medida al despegue económico de Inglaterra y su revolución industrial. Se calcula que en tres siglos fueron llevados a América unos 7 millones de esclavos (algunos llevan esta cifra al triple y además hay que calcular –para tener en cuenta la dimensión de este verdadero genocidio europeo–, que menos de un cuarto de los que partían de África llegaban a su destino americano). Es importante recordar que el sistema atlántico estaba basado fundamentalmente en la esclavitud como institución, no novedosa en la historia humana, pero sí original en su manera de asociar la esclavitud con una raza determinada (Ortiz, 2003).

Esto nos lleva necesariamente al tema esclavista sobre el que se sustentaba el sistema atlántico de la explotación del azúcar. “En los siglos XVI y XVII, este producto [el azúcar] fue el primero que dio lugar a la formación de un sistema global que vinculó a la oferta de las plantaciones con mano de obra esclava en el Caribe y el norte de Brasil al mercado de consumo europeo. En torno del azúcar se montó el negocio internacional más importante de la época, que promovió la incorporación de esclavos africanos a la explotación de las plantaciones azucareras” (Ferrer, 1998). “La contribución de los flamencos –particularmente de los holandeses– para la gran expansión del mercado del azúcar en la segunda mitad del siglo XVI, constituye un factor fundamental del éxito de la colonización del Brasil. Especializados en el comercio intereuropeo, gran parte del cual financiaban, los holandeses eran en esa época el único pueblo que disponía de suficiente organización comercial para crear un mercado de grandes dimensiones para un producto prácticamente nuevo como era el azúcar” (Astesano, 1979).

“A partir de 1640, se introdujo el cultivo de azúcar, el “oro blanco” y esto lo cambio

todo. Como dijimos, fueron los holandeses –quienes a su vez habían aprendido de los portugueses– los que les enseñaron a los colonos ingleses los métodos de cultivo y elaboración del azúcar. Rápidos como no hubo otros, también fueron quienes vendieron en Barbados los primeros equipos necesarios para triturar la caña, hervir el producido y cristalizarlo en recipientes; y más tarde les enseñaron el lavado por el cual el azúcar moreno se convierte en el blanco, de mucho más valor comercial. Nació así el oro blanco y pronto la isla se volvió tierra de monocultivo y sus múltiples plantaciones una verdadera trituradora de vidas humanas. Miles de colonos, criminales deportados, ciervos escriturados y simples esclavos, llegaban a la isla, generalmente para no volver. Lo que la Isla sí devolvía a raudales era azúcar y Europa consumía ávida e insaciablemente ese polvo blanco y finísimo que le endulzaba la vida. El valor de un acre de tierra azucarera en Barbados, era el triple que el del tabaco; Inglaterra se llenaba los bolsillos con alegría, al mismo tiempo que reforzaba su despegue capitalista: ahora producía y exportaba, lo que hasta hace muy poco compraba al Brasil, a través de intermediarios portugueses y españoles. Por eso, pasado un tiempo, Barbados exhibía orgullosa el título de la joya más brillante de la corona real. Era para Inglaterra su pequeño Potosí” (Casalla, 2003).

La producción del azúcar implicó no sólo la destrucción de la población nativa, sino también la apropiación de tal tierra, transformando el sistema agrario de las propias colonias e introduciendo una cuantiosa cantidad de esclavos. “Como Harlow¹⁶ lo señala en su *History of Barbados, 1625–1685*, citando observadores contemporáneos: “En los años durante los que se cosechó variedad de pequeños productos, la tierra estuvo ocupada por muchos asentados en pequeñas parcelas. Este sistema, común en la mayoría de las jóvenes colonias británicas, fue en parte el resultado de las mercedes originales a los primeros asentados de pequeñas parcelas [...]. De esta manera la isla tenía una clase de colonos numerosos y fuertes, que [...] fueron la columna vertebral de la colonia. Con la llegada de la industria azucarera, estas circunstancias sanas se alteraron. La economía del azúcar, para tener éxito, requiere amplias extensiones de tierra y una oferta grande de mano de obra: el sistema holandés de créditos a largo plazo dio a los más adinerados la posibilidad de conseguir ambas cosas. Pero el pequeño colono con unas pocas hectáreas y escaso capital no podía enfrentar el gran gasto inicial de poner un ingenio de azúcar”. “El Mayor Scott dijo que, después de examinar todas las actas de Barbados, encontró que desde 1643 no menos de 12.000 “buenos hombres” habían dejado la isla para otras partes, que el número de terratenientes había descendido de 11.200 pequeños propietarios en 1645 a 745 dueños de latifundios en 1667; mientras que durante el mismo período los esclavos negros habían aumentado de 5.680 a 82.023” (Frank, 1972).

Pero no creamos que solamente eran los ingleses los beneficiarios de este sistema de triangulación basado en el tráfico humano y la esclavitud, también los franceses tenían en el mismo Caribe sus zonas propias de apropiación colonialista. “Haití, [la misma tierra que hoy es uno de los países más pobres del mundo] que fue la posesión colonial europea más rica de las Américas: producía las tres cuartas partes del azúcar mundial en 1789, y ocupaba el primer lugar del mundo en producción de café, algodón y otros recursos, con lo que proporcionaba a Francia una gran riqueza, fruto del trabajo de sus 450.000 esclavos” (Chomsky, 1995).

Los ingleses introdujeron los primeros negros en sus colonias de América en Jamestown (Virginia) en 1619. Paradójicamente la esclavitud, de hecho, no funcionaba

¹⁶ Citado por Frank, 1972.

en la metrópoli. Los hombres traídos por los primeros corsarios ingleses, estuvieron primero sujetos a la llamada servidumbre limitada, una situación legal propia de los siervos europeos –un sistema similar al utilizado por los conquistadores españoles respecto de la población originaria–. No pasaría mucho tiempo sin que los ingleses diseñaran un sistema más rentable, que se completaba con los succulentos dividendos que daba el mismo tráfico de negros desde África. Viendo que en realidad ninguna ley positiva prohibía el estado de servidumbre, los ingleses fueron transitando rápidamente el camino de esa servidumbre limitada hasta transformarla lisa y llanamente en esclavitud. En este tránsito fueron protagonistas los precursores de la nacionalidad norteamericana: los colonos. Los norteamericanos se jactan del sistema de libertad y democracia del que disfrutaron desde el comienzo de los asentamientos de colonos ingleses en tierras americanas. Estos colonos podían incluso dictar sus propias leyes a través de las Asambleas Coloniales. No tardaron estas asambleas “democráticas” de hombres blancos en establecer la esclavitud como ley. De más está señalar que dichas asambleas estaban formadas por los propietarios de tierras que esperaban ansiosos a los contingentes de esclavos negros africanos. La sed del lucro, estuvo así, desde los orígenes remotos de los EEUU por encima de cualquier otra consideración...

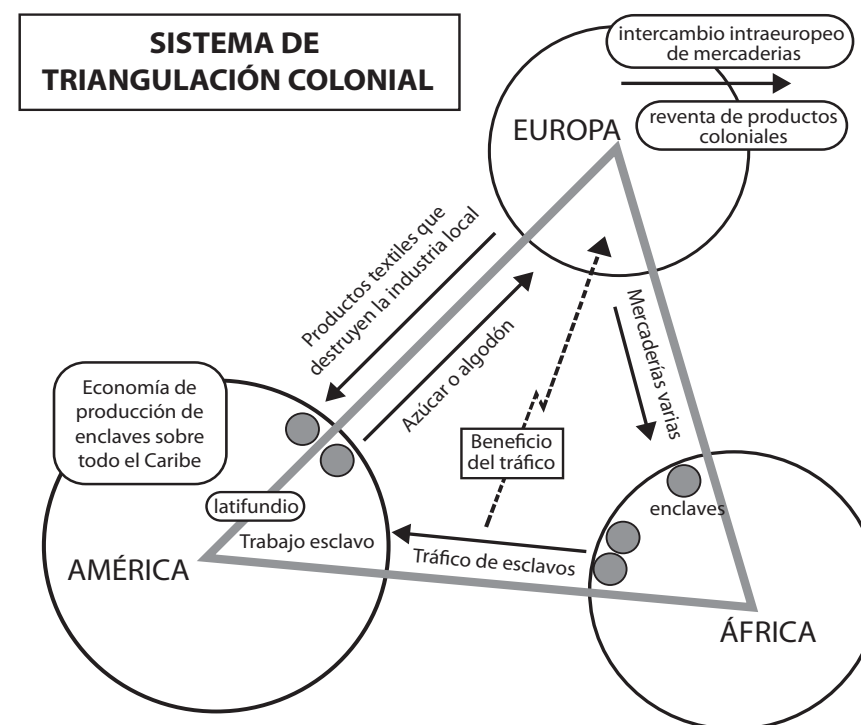
No fue el azúcar el único producto tropical que enriqueció las arcas de Inglaterra. Sin duda que otro, acaso el más importante, fue el algodón. Esta materia prima producida en el fértil suelo de América por la mano de obra esclava de África, es de trascendental importancia, pues se convirtió en la materia prima esencial del motor del proceso industrializador: la industria textil¹⁷.

Pero para el desarrollo de esta industria fue necesario que, paralelamente, el imperio británico se encargara de destruir la única industria textil de calidad conocida hasta el momento (siglo XVIII antes de la llamada primera revolución industrial). Nos referimos a la industria de la India, con cuya intermediación se habían hecho ricos los comerciantes británicos por largos años¹⁸. “La industria textil fue firmemente defendida de la competencia de las telas de algodón de la India y de las de lana, seda y lino desde el resto de Europa. Los instrumentos de política económica empleados fueron la restricción de las importaciones y el monopolio establecido para el comercio con las colonias del Caribe, América del Norte, África y Oriente” (Ferrer, 2000).

No se crea que las decisiones gubernamentales británicas de protección y fomento de la industria textil se dieron sin contradicciones. De hecho estas se contraponían con los intereses de los comerciantes, particular de la poderosa compañía de Indias Orientales. Pero como bien dice Hobsbawn: “A diferencia de otros países (como Holanda), los fines económicos de Inglaterra no respondían exclusivamente a intereses comerciales y financieros, sino también, y con signo creciente, a los del grupo de presión de los manufactureros, al principio la industria lanera de gran importancia fiscal, luego las demás. Esta pugna entre la industria y el comercio (que ilustra perfectamente la Compañía de las Indias Orientales) quedó resuelta en el mercado interior hacia 1700, cuando los productores ingleses obtuvieron me-

didadas proteccionistas contra la importaciones de tejidos de la India, en el mercado exterior”. Esta cuestión no se resolvió definitivamente sino hasta 1813 “cuando la Compañía de las Indias Orientales fue privada de su monopolio en la India, y este subcontinente quedó sometido a la desindustrialización y a la importación masiva de tejidos de algodón del Lancashire” (Hobsbawn, 1998). De este modo, la industria textil británica terminó imponiéndose como la mejor del mundo, apoyándose no en su superioridad competitiva, sino en el monopolio de los mercados coloniales subalternizados mediante la fuerza de su flota y su supremacía comercial.

La manufactura del algodón, primera que se industrializó, estaba vinculada esencialmente al comercio. Es claro que en las frías e inhóspitas tierras de Inglaterra no se podía producir ni una onza de ese producto, materia prima indispensable para la industria textil. Todo el producto bruto de algodón debía importarse de las zonas subtropicales o tropicales en que se generaba. Y a su vez, ya manufacturado, debía venderse mayormente en el exterior de Gran Bretaña, cuyo mercado interno consumía tan sólo una parte. “Desde fines del siglo XVIII ya era una industria que exportaba la mayor parte de su producción total, tal vez dos tercios hacia 1805. Este extraordinario potencial expansivo se debía a que las industrias de exportación no dependían del modesto índice natural de crecimiento de cualquier demanda interior del país. Podían crear la ilusión de un rápido crecimiento por dos medios principales: controlando una serie de mercados de exportación de otros países y destruyendo la competencia interior dentro de otros, es decir, a través de los medios políticos o semipolíticos de guerra y colonización” (Hobsbawn, 1998).



¹⁷ “El algodón fue el iniciador del cambio industrial y la base de las primeras regiones que no hubieran existido a no ser por la industrialización, y que determinaron una nueva forma de sociedad, de capitalismo industrial, basada en una nueva forma de producción, la “fábrica” (Hobsbawn, 1998).

¹⁸ “En el siglo XVIII, probablemente la mitad de la intermediación en productos provenientes del Nuevo Mundo, África y Oriente pasaba por las manos de los mercaderes británicos. Alrededor del 20% de las exportaciones británicas correspondía a las reexportaciones de azúcar, café, te, arroz y otros productos provenientes de las factorías y las posesiones coloniales” (Ferrer, 2000).

Es precisamente con el algodón y la manufactura textil donde se registra con mayor claridad el circuito de la transferencia de riquezas y el aprovechamiento del trabajo de los países periféricos por parte de las metrópolis que fue generador del desarrollo industrial europeo y al mismo tiempo fue creador de un mercado, fundamentalmente en los países centrales, que fue, a su vez, el receptor de estas mercaderías manufacturadas (aunque también lo fue el resto del mundo). Sigamos la ruta: los esclavos africanos que son arrancados de su tierra para ser llevados a América —dejando importantes ganancias a los traficantes europeos e infinidad de muertos en el camino—. Allí se desloman para servir a los terratenientes blancos que se enriquecen con su trabajo esclavo. El producto de su trabajo y la tierra como capital fijo apropiada por los colonizadores¹⁹, es enviado como materia prima —subsidiada obviamente en razón del bajo costo de la mano de obra esclava— hacia Europa. En los talleres británicos se va generando la industria que permite transformar el algodón en diversas prendas. Para ello la burguesía se apropia a través de la plusvalía del excedente del trabajo de los proletarios. Así se produce una transferencia de riquezas de orden interno, que va polarizando a su vez a las sociedades centrales. El producto de la industria textil termina el circuito vendido —otra vez generando beneficios— fundamentalmente en otros países europeos pero también en aquellos colonizados por los europeos. Por ejemplo a los terratenientes americanos que lo compran con el dinero que le producen el trabajo de sus esclavos. Pero muchas veces también estas manufacturas son colocadas en los países periféricos a punta de pistola o de *dumping* destruyendo las incipientes o tradicionales industrias textiles propias, así ocurrió —entre otras— con la industria de ponchos del norte argentino luego de la independencia.

Ya desde mediados del siglo XVIII, el comercio de esclavos estuvo principalmente asociado a la expansión de la producción algodonera en las Antillas británicas y en Virginia, Carolina (del norte y del sur) y Georgia. Los navíos y traficantes británicos controlaban la mayor parte del comercio de esclavos entre África y el Nuevo Mundo. Bristol, Glasgow y, especialmente, Liverpool eran los mayores puertos europeos para el tráfico de esclavos.

Las plantaciones de esclavos del Caribe proporcionaron la materia prima hasta que en la década de 1790 el algodón obtuvo una nueva fuente, virtualmente ilimitada, en las plantaciones de esclavos del sur de los Estados Unidos, zona que se convirtió fundamentalmente en una economía dependiente del Lancashire, zona británica de surgimiento de la industria textil por excelencia.

“El comercio bilateral [Gran Bretaña–EEUU] se expandió rápidamente y el componente más dinámico fueron las exportaciones de algodón provenientes de Virginia, las Carolinas, Georgia, Alabama, Mississippi y Louisiana, destinadas a las hilanderías de Lancashire. El vínculo entre esas regiones de ambos países fue uno de los casos más importantes de la globalización de la economía mundial de la época. Impulsó el desarrollo de las plantaciones de algodón con el empleo de mano de obra esclava y generó una extraordinaria dependencia recíproca. La invención de la desmontadora de algodón por el norteamericano Ely Whitney (1765– 1825) provocó un aumento extraordinario de la productividad. Con el método tradicional un esclavo podía producir tres kilos de fibra

¹⁹ “En las zonas libres de América, en los primeros siglos, la tierra no tuvo ningún valor social, y cuando se vendía un ingenio azucarero o una plantación de algodón, su precio estaba determinado por las mejoras (edificios, plantaciones, mano de obra esclava, etc. La tierra no era todavía capital. El comprador que traía de afuera esos medios de producción podía aplicarlos sobre otro pedazo de tierra libre” (Astesano, 1979).

por día. La desmontadora de Whitney aumentó la producción a casi 500 kilos. Los suministros de algodón de origen norteamericano representaban 2/3 de los suministros de fibra, que, a su vez, constituían 1/4 de las importaciones británicas de todo tipo de bienes. En la época, el producto generado por la industria textil algodonera representaba 1/3 del producto agregado de la industria, la construcción y la minería. A su vez, los textiles de algodón contribuían con el 50% de las exportaciones totales de Gran Bretaña” (Ferrer, 2000).

Hay un mito acerca de que lo determinante en el salto cualitativo en la producción que significó la revolución industrial no fue dado por la explotación de mano de obra esclava en las plantaciones americanas sino por la creatividad y la innovación tecnológica que aportaron los europeos, particularmente los ingleses. Las palabras del mismo autor inglés Eric Hobsbawm desmienten este mito: “La tecnología de la manufactura algodonera fue pues muy sencilla, como también lo fueron, como veremos, la mayor parte del resto de los cambios que colectivamente produjeron la revolución industrial” (Hobsbawm, 1998). Por eso, repetimos, es claro que el combustible con que funcionó la máquina de esta emergente revolución industrial inglesa la constituyeron las vidas de los hombres y mujeres africanos arrancados de sus tierras y llevados a la conquistada tierra americana.

“Inglaterra recién declaró ilegal la esclavitud en 1807, después de haberse enriquecido durante más de dos siglos, con ese horroroso tráfico de hombres. Así y todo, fue el segundo país europeo en hacerlo, precedido de Dinamarca que la abolió en 1792. Los franceses, en cambio, mantuvieron la esclavitud hasta 1848, a pesar de los buenos propósitos de su célebre Revolución de 1789, y los holandeses continuaron impávidos con el tráfico hasta 1863. (...) El mundo había cambiado, ingleses y holandeses eran competidores feroces en este tráfico humano y aun en el hipotético caso de conseguir negreros que trabajasen bajo su relativo control, su carga será saqueada ni bien atravesara el Caribe” (Casalla, 2003). Pero va a ser recién en 1833 cuando abolió definitivamente la esclavitud Inglaterra. Recordemos que en nuestro país la libertad de vientres fue decretada por la Asamblea del año 1813 y los pocos esclavos sobrevivientes fueron liberados en forma definitiva con la Constitución de 1853. Mucho más tarde lo hicieron aquellos países cuya economía estaba basada en la utilización de gran cantidad de mano de obra esclava como los EEUU, que lo hizo en 1865, Cuba en 1880 y Brasil en 1888. Es importante entender que tal abolición se realizó porque las condiciones del mercado de trabajo de la revolución industrial así lo requerían y que como antes decíamos las condiciones del tráfico habían determinado que deje de ser negocio.

La pérdida de interés por el tráfico de personas para la esclavitud no hizo que la codicia de los europeos abandonara definitivamente el continente africano. En el curso del siglo XIX se produjo un acontecimiento que trastocó la relación de esta región con las potencias colonialistas: fue el descubrimiento de la quinina, que permitió controlar la malaria. Con esto las expediciones europeas pudieron definitivamente adentrarse en el territorio del África negra.

“A partir de la progresiva desaparición del tráfico de esclavos, la inserción en el mercado mundial se desplazó hacia el llamado comercio legítimo en productos de la tierra. Especialmente en África Occidental se produjo el desarrollo de la producción de aceite y tortas de palma, goma, madera, marfil, y algodón (...) Las importaciones desde las potencias metropolitanas consistían principalmente en textiles de algodón, alcohol y bebidas, sal herramientas, tabaco, armas y pólvora. Inicialmente, la intermediación de este comercio dentro de África, como había sucedido con el tráfico de esclavos, estaba en manos de mercaderes

locales, Con la expansión de la ocupación territorial, los europeos fueron dominando la producción y el comercio exterior. (...) Las condiciones de explotación de la mano de obra africana resultaron tanto o más brutales que las existentes bajo el régimen esclavista. En el llamado Estado Independiente del Congo, bajo la soberanía del rey Leopoldo II de Bélgica, las condiciones de explotación fueron particularmente atroces. La situación se agravó a partir de fines del siglo XIX, cuando se expandió la demanda de caucho para las cubiertas de la incipiente industria automotriz y las ruedas de bicicletas. Entre 1895 y 1908 la población de la región se redujo de 20 a 10 millones de habitantes” (Ferrer, 2000).

Finalmente y en un tardío reparto colonialista las potencias convocaron a un Congreso Internacional para acordar las reglas de juego de la participación de África, evento que tuvo lugar en Berlín (1884). Allí los europeos se repartieron el continente, obviamente sin participación de ningún representante africano. Sólo subsistieron como Estados independientes Liberia y Etiopía, con menos del 5% del territorio total de África.

En síntesis, el colonialismo desde el punto de vista económico se caracterizó por la generación de enclaves y la circulación de mercaderías en beneficio comercial de las metrópolis dominantes. A su sombra creció no una burguesía sino una burocracia colonial, blanca o cipaya que garantizaba la estabilidad del dominio mercantil. El desarrollo de un mercado interno aparece recién como complemento del sistema productivo europeo y del sistema mercantil exportador (Astesano, 1979). “Los mercantilistas adoptaron la posición de que sus colonias existían exclusivamente para ellos y para su beneficio material. Este era el famoso pacto colonial... De él se derivan casi todos los elementos de la teoría mercantilista colonial: que el comercio debería ser llevado a efecto en barcos del Estado o de las colonias que pertenecían a dicho Estado, que las colonias deberían comprar todo lo que pudieren de la producción metropolitana, que las colonias no debían producir para la venta o para el comercio exterior lo que podía comprarse en la metrópolis y que las colonias deberían producir y vender solamente lo que el país metropolitano deseara” (Sunkel, 1975).

“Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la Iglesia. Estos sectores de población [...] Constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de acumulación de capital [...]. En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior [...]. De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo, siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana. Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metropoli; casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno” (Frank, 1972). Este sistema de dominación se palpa con mayor claridad en el litoral atlántico de América donde casi todos los productos consumidos, por ejemplo, en las plantaciones tanto de Norteamérica como de Brasil, eran importados. Los colonialistas generaron un mercado interno en la periferia del sistema-mundo como espacio

para colocar sus mercancías. “Los blancos usaron todos los métodos para abrir los mercados coloniales: los cañones para poder entrar, los precios para vender más barato, la moneda para hacer canjeables los productos locales. Y así lentamente, fue tejiéndose desde arriba hacia abajo, desde el blanco rico al gaucho, el indio o el negro pobre, de la costa hacia el corazón de los continentes, la red del mercado internacional para la manufactura europea” (Astesano, 1979).

Para concluir este apartado referido al colonialismo, queremos citar a Simón Bolívar²⁰. Muy pocos han sido tan claros en la definición del colonialismo como el propio Libertador que lo enfrentó con las armas en la mano, cuando expresa: “Quizás ahora más que nunca, dentro del régimen español actual, los americanos no tienen en la sociedad más papel que el de simples consumidores; pero incluso en éste están cargados con escandalosas restricciones, como estarles vedado el cultivo de frutos europeos, cuyo control monopoliza el Rey; la prohibición de instalar fábricas que ni siquiera la Península posee; las barreras aduaneras entre las distintas provincias americanas, de modo que no puedan comerciar, entenderse ni negociar entre ellas. En resumidas cuentas, ¿sabe usted cuál es nuestro destino? Campos para cultivar maíz, granos, café, caña, cacao y algodón; planicies agostadas para producir cosechas; desiertos para capturar bestias salvajes; las profundidades de la tierra para extraer oro en cantidades que nunca satisfacen a esa nación ávida. Como acabo de explicarle estamos excluidos y seamos sinceros, ausentes del universo en cuanto al gobierno y la administración del Estado concierne”²¹.

LA TRANSICIÓN DEL COLONIALISMO AL IMPERIALISMO²².

Así como tomamos fines del siglo XV como punto de nacimiento de la formación colonialista, podemos tomar simbólicamente a los primeros años del siglo XIX como el comienzo de la transición entre el colonialismo y el imperialismo como forma de dominación. Coincidimos en la periodización con el criterio del economista Aldo Ferrer, el que llama a esta transición segundo orden mundial.

“La formación del Primer Orden Mundial fue una empresa compartida por las cinco potencias atlánticas. España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra que disputaron en el transcurso de los siglos XVI, XVII y XVIII el dominio de los mares, el reparto de los territorios sometidos a la soberanía o la influencia europea y el monopolio de las rutas comerciales. En cambio, el Segundo Orden Mundial fue, durante sus inicios y gran parte de su desarrollo, una empresa reservada casi exclusivamente a Gran Bretaña” (Ferrer, 2000). Por esto último es que muchos autores se refieren a este período como el de la Pax Británica.

El crecimiento de la productividad del trabajo y de la producción de bienes y servicios registró un avance modesto entre la Baja Edad Media y esta situación tampoco fue alterada sustancialmente en los tres siglos posteriores signados por la etapa colonialista. La situación fue cambiando a partir de la llamada revolución

²⁰ La socióloga Alcira Argumedo afirma en su libro *Los Silencios y las Voces de América Latina* (1992) que nadie comprende mejor la dominación en nuestra tierra que aquellos que lucharon por acabarla.

²¹ Citado por Robert Harvey en “Los Libertadores. La lucha por la independencia de América Latina [1810–1830] Ed. RBA Océano, 2002.

²² La transición del colonialismo al imperialismo como nuevo sistema de dominación ha sido magistralmente y poéticamente retratada con la sencillez y la impronta del artista en la película *Queimada* del cineasta italiano Giglio Pontecorvo.

industrial. La brecha entre ciencia y tecnología fue desapareciendo y los nuevos conocimientos científicos tuvieron una aplicación generalizada en todas las esferas de la actividad humana. En los países centrales, la industria, la agricultura, la minería, los transportes y comunicaciones, la organización del trabajo y de la empresa fueron radicalmente transformados. Esto provocó un salto extraordinario en el crecimiento de la productividad del trabajo, modificó radicalmente la estructura productiva y sentó las bases para una nueva fase de la globalización del orden mundial, es decir, para la gestación de un nuevo sistema de dominación.

El sistema de dominación colonialista entra en crisis después de las guerras europeas napoleónicas de disputa por la hegemonía europea. En el período posterior a las referidas guerras, surgen –sobre todo en los países de la América hispana– Estados independientes. Aparece cada vez con mayor claridad la preponderancia de la potencia emergente, Inglaterra, que establecerá con estos países recién nacidas (fragmentadas muchas veces por su obra y gracia) una relación novedosa que implica el primer paso en la transformación del colonialismo en imperialismo. ¿Qué diferencia uno de otro? “En nuestro criterio lo que marca la diferencia entre uno y otro sistema se refiere a los cuatro factores fundamentales que hacen al ámbito, a los agentes, a los bienes sobre los cuales recae y al factor humano migratorio. El colonialismo tuvo como marco geográfico a América en los primeros siglos, que es lo que se denomina primera globalización, en términos de Ferrer. Algunos autores extienden ese lapso hasta 1800 y otros lo llevan mucho más adelante, hasta el año 1875. Ferrer considera que el imperialismo, en cambio, recayó sobre los países de África y Asia a partir de la segunda globalización. El agente impulsor del colonialismo fue el Estado a diferencia del imperialismo que tuvo como principal impulsor a los entes privados, fueran individuales o corporativos. Mientras que el colonialismo se interesaba, acorde con la época, en el oro y la plata y también en los frutos tropicales; el interés imperialista recayó sobre el hierro, el cobre, el manganeso e incluso el trigo. Finalmente en la época colonial no hubo inmigraciones en gran escala, cosa que ocurrió en la edad imperial y la caracterizó” (Ortiz, 2003).

En conclusión, el momento de transición, es decir, de superposición entre el colonialismo y el naciente imperialismo se da sobre la base de la revolución industrial y se manifestó en la consumación violenta del dominio y la sumisión colonial sobre los Pueblos de Asia y África, al mismo tiempo que una vuelta de tuerca en la relación con América. Con el objeto de abrir los mercados a la producción de los países centrales y apropiarse al mismo tiempo de las materias primas necesarias para sus manufacturas, los ingleses fueron expandiéndose, ya respetando la independencia de países (como por ejemplo los latinoamericanos), ya avasallando la soberanía de otros como los de Oriente.

Tomando como ejemplo la historia del Río de la Plata podemos ver que durante este período no es que Gran Bretaña no haya recurrido a la violencia para conquistar estas tierras. Ejemplo de ello fueron las fracasadas invasiones de 1806 y 1807, la exitosa apropiación de Malvinas en 1833, y un nuevo fracaso en 1845 con el bloqueo naval. En contraposición, los éxitos más rotundos de los ingleses se dieron en el área diplomática y la económica. Ejemplo de ello fueron la separación de la Banda Oriental a través de la declaración de independencia del Uruguay (1828). Pero mucho más penetrante fue el triunfo del Imperio en el área económica, ya con los primeros intentos utilizando como cabeza de playa a la oligarquía porteña, tanto como forjadora de separatismo argentino del resto de América, como también generando deuda externa mediante el empréstito con la casa inglesa Baring Bro-

thers, contraída por el presidente Rivadavia, que endeudó al país financieramente con hipoteca sobre sus tierras, sus rentas, etc. Fracasados estos intentos con la hegemonía federal, los ingleses tuvieron que esperar a la deposición de Rosas en Caseros para volver a la carga con la instrumentalización de la dependencia y alineación incondicional con el Imperio, para lo cual contaron con la complicidad y la traición de algunos federales pero también con la entusiasta colaboración de los unitarios exiliados en Montevideo. El modelo económico instaurado después de Caseros y, sobre todo, después de la batalla de Pavón, fue netamente subsidiario de los intereses políticos y económicos ingleses. Este predominio económico inglés, terminó destruyendo las nacientes industrias nacionales, defendidas desde la ley de aduanas aunque no promovidas con medidas complementarias. El contrabandismo practicado durante la colonia que hizo ricos a muchos de los más patricios habitantes de Buenos Aires tuvo su continuidad en el catecismo laico del libre comercio²³. Sus impulsores fueron los liberales nuevamente en el poder. La oligarquía se convirtió así en garante de los intereses imperialistas, al tiempo que beneficiaria de sus negocios, en desmedro de las mayorías populares. La política británica al respecto era tan clara como la expresa lord Quilatan cuando dijo: “Cuando América fabrique un sólo clavo morirá Inglaterra”²⁴. Ese predominio económico iba indisolublemente unido a su manejo del sistema bancario y de la intermediación económica internacional (desde fletes hasta monopolios de comercialización).

Esta combinación de expansionismo militar y comercial fue gestando el inmenso poderío británico, que se pensaba a sí mismo –como suele pensarse cualquier sistema de dominación– como perfecto y eterno²⁵... “Durante los cincuenta y cinco años corridos entre las derrotas francesas en los campos de batalla de Waterloo (1815) y Sedan (1870), Gran Bretaña era el único país capaz de ocupar el vacío de poder en el escenario internacional. En ese período, los territorios bajo el dominio del Imperio Británico aumentaron en 8 millones de km². Hasta la década de 1870, Gran Bretaña fue la única gran potencia que mantuvo una decidida política de expansión imperial. Después de la prohibición del tráfico esclavista, declinó su interés por las posesiones africanas proveedoras de esclavos, es decir, Gambia Sierra Leona y Costa de Oro. Pero la expansión se orientó en nuevas direcciones. (...) Una vez alcanzada la ocupación total de la India y la subordinación de sus príncipes al vasallaje, en 1876, Victoria asumió el título de emperatriz de la India. Antes se habían incorporado nuevas posesiones al Imperio: Singapur (1819), Islas Malvinas (1833), Aden (1839) y, después de la piedra guerra del opio contra China, Hong Cong,

²³ Esta doctrina del libre cambio fue el “pensamiento único” de aquella época, defendida a capa y espada no sólo por sus beneficiarios y sus socios internacionales, sino también y paradójicamente por muchos de aquellos que fueron decididamente perjudicados por ella.

²⁴ Citado por Casalla, 2003.

²⁵ En 1951 en su excelente novela “Espartaco”, Howard Fast pone en boca del general Craso la siguiente frase: “Has visto el poderío de Roma. Los caminos romanos se extienden por todo el mundo. Las legiones romanas montan guardia en los límites de la civilización y contienen a las fuerzas de la oscuridad. Las naciones tiemblan a la vista de la vara del legado, y dondequiera que haya aguas, las naves de Roma dominan los mares. Tú viste cómo los esclavos aplastaron a algunas de nuestras legiones, pero aquí en la ciudad apenas si se le prestaba atención. Hablando razonablemente, ¿es concebible para ti que unos cuantos esclavos pudieran haber derribado al más extraordinario poder que haya conocido el mundo, un poder que todos los imperios de la Antigüedad no podrán igualar? ¿Comprendes? Roma es eterna. El sistema romano es el mejor sistema que haya concebido a la humanidad y durará para siempre”. Cámbiese donde dice Roma por los poderosos de turno y es sorprendente la vigencia de este pensamiento para todos los tiempos.

en 1842. En África del Sur, se produjo la anexión de El Cabo (1815), Natal (1843), Orange (1848) y Transvaal (1877). En los dominios blancos se fueron consolidando regímenes autonómicos dentro del Imperio. La *North American Act* que confirió autonomía política al Canadá, es de 1867. Hacia la misma época se produjo el poblamiento con inmigrantes británicos de Nueva Zelanda y Australia Occidental. A mediados de la década de 1870, de los 300 millones de personas sometidas a la dominación colonial, alrededor del 90% se encontraba bajo la jurisdicción británica. La ampliación del Imperio tenía sólidas bases de sustentación: el protagonismo del capital y la empresa privada asentado en el liderazgo tecnológico-industrial y el poder naval” (Ferrer, 2000).

La verdadera fuerza motor de esta expansión que impulsó la hegemonía alcanzada por los ingleses fue la revolución industrial²⁶. Revolución que a su vez tiene sus bases —como decíamos más arriba— sobre la sangre de los esclavos africanos y la muerte de poblaciones aborígenes americanas y la apropiación de sus tierras. Es muy difícil refutar que la revolución industrial inglesa tiene su llave de arranque en el proceso de triangulación atlántica más arriba referido en relación a la industria textil. “Ninguna otra industria podría compararse con la del algodón en esta primera fase de la industrialización británica. (...) En las décadas posnapoleónicas los productos de algodón constituían aproximadamente la mitad del valor de todas las exportaciones inglesas y cuando estas alcanzaron su cúspide (a mediados de la década de 1830) la importación de algodón en bruto alcanzó el 20% de las importaciones netas totales. La balanza de pagos británica dependía propiamente de los azares de esta única industria, así como también del transporte marítimo y del comercio ultramarino en general” (Hobsbawn, 1998).

Y el vínculo del Imperio británico con los países periféricos no acabó con el origen simbolizado en la industria textil. “Detrás de la Revolución industrial inglesa está esa proyección en los mercados coloniales y subdesarrollados de ultramar y la victoriosa lucha para impedir que los demás [países europeos] accedieran a ellos, Gran Bretaña les derrotó en Oriente en 1766: las ventas británicas superaron ampliamente a los holandeses en el comercio con China. Y también en Occidente: hacia 1780 más de la mitad de los esclavos desarraigados de África (casi el doble del tráfico francés) aportaba beneficios a los esclavistas británicos” (Hobsbawn, 1998).

Con la entrada en la revolución industrial, Inglaterra se convierte en la vanguardia del capitalismo²⁷. La producción excede al consumo y el exceso debe colocarse afuera. De ahí la importancia no sólo de las colonias, que serán las primeras receptoras de esa

²⁶ “La Revolución Industrial convirtió rápidamente a Gran Bretaña en la potencia dominante en la actividad manufacturera. En 1800, la producción fabril británica representaba poco más del 10% de la producción industrial sumada de Europa y los emergentes Estados Unidos. En 1860, esa participación había aumentado a casi 1/3 y era aun mayor en las industrias de punta (Ferrer, 2000).

²⁷ “La edad de oro del libre comercio fue el resultado de ellos, con una colosal expansión del comercio, la inversión y las migraciones internacionales. Asimismo dio lugar a la especialización de Inglaterra y más tarde (a través de políticas proteccionistas) de Europa Occidental y Estados Unidos, en la fabricación de manufacturas y del resto del mundo en la producción de materias primas y artículos de primera necesidad. Esta etapa significó una nueva y decisiva etapa en la creación de las condiciones que propiciaron el desarrollo en las metrópolis y el subdesarrollo en la periferia” (Sunkel, 1975). Aunque debemos hacer respecto de esta cita la aclaración de que creemos, siguiendo a Andre Gunder Frank que el desarrollo del subdesarrollo es intrínseca a todo el sistema de dominación, incluido el colonialista. Es decir, la subordinación de las periferias es siempre intrínseca al despliegue del capitalismo en cualquiera de sus etapas.

avalancha de productos ingleses²⁸, sino también de las relaciones comerciales con los otros países de Europa. Los principales socios del Imperio británico, donde colocar las mercaderías industrializadas fueron los otros países centrales. “Las otras economías adelantadas, cada una con su propio patrón de relaciones internacionales, eran por supuesto socios comerciales de Gran Bretaña, y clientes potencialmente más importantes para sus productos que el mundo no desarrollado, puesto que eran más ricos y dependían más de la compra de productos manufacturados” (Hobsbawn, 1998).

El ministro inglés Pitt²⁹ define tajantemente, con la claridad descarnada del imperio: “Para Inglaterra: defender el comercio o perecer”. Así Inglaterra se hace defensor a ultranza del libre comercio. Esto es debido a las ventajas competitivas de Gran Bretaña en los nuevos bienes asociados a la Revolución Industrial.

Para esto hacía falta una teoría que explicara como el comercio libre beneficia a todos los países participantes. Fue el inglés David Ricardo, quien sentó los fundamentos del libre cambio. Su teoría de los costos comparativos (desarrollada en el capítulo VII de sus “Principios”) intentó demostrar cómo la división del trabajo entre los países, conforme a los costos comparativos de sus diversas producciones, aumentaba el ingreso de todos. Ricardo ejemplificó su teoría con el intercambio de vinos de Portugal por telas inglesas. El sistema de dominación contaba con la teoría económica para justificarlo.

“En cambio, en los países de desarrollo industrial tardío de la época, principalmente Alemania y los Estados Unidos, surgieron perspectivas distintas, especialmente referidas a la política comercial. La protección del mercado interno para sostener el desarrollo industrial fue propuesta como una alternativa de política al enfoque librecambista (...). En su libro Sistema Nacional de economía política, publicado en 1841, List interpretó la propuesta librecambista como una ideología al servicio de los intereses de la potencia hegemónica y no como una visión objetiva de la realidad. Realizó contribuciones sustanciales a la teoría del desarrollo al destacar la importancia de las diferencias en los niveles relativos de desarrollo para la determinación de las políticas más convenientes para cada país. Las naciones marchaban por etapas hacia una economía industrial y éste no era un proceso espontáneo sino inducido por las políticas públicas (...). En los Estados Unidos, la tesis proteccionista fue sostenida por uno de sus padres fundadores, Alexander Hamilton. En el transcurso del siglo XIX el economista Henry Charles Carey, republicano y nacionalista, defendió la protección del mercado interno para impulsar el desarrollo industrial” (Ferrer, 2000).

Una de las características propias de ese incipiente capitalismo industrialista fue la capacidad de revolucionarse a sí mismo. La estructura de la economía británica se transformó rápidamente bajo el impacto de la Revolución Industrial. De la primera etapa sustentada en la expansión de la industria textil, la revolución fue extendiéndose hacia otras ramas. Al poco tiempo las industrias que traccionaban este desarrollo eran el ferrocarril, la industria metalmecánica y la siderurgia. Progresivamente, una economía que, como el resto del mundo, se sustentaba principalmente sobre la producción agraria³⁰, fue convirtiéndose en un sistema en el

²⁸ “La economía industrial británica creció a partir del comercio, y especialmente del comercio con el mundo subdesarrollado. A todo lo largo del siglo XIX iba a conservar este peculiar modelo histórico: el comercio y el transporte marítimo mantenían la balanza de pagos británica y el intercambio de materias primas ultramarinas para las manufacturas británicas iba a ser la base de la economía internacional de Gran Bretaña” (Hobsbawn, 1998).

²⁹ Citado por Casalla, 2003.

³⁰ “A partir de la Ley de Granos en 1847, Gran Bretaña decidió sacrificar su producción primaria doméstica primaria en el altar del libre cambio y de su protagonismo industrial

cual predominaban la producción manufacturera, la construcción, y algunos servicios, fundamentalmente los financieros. Fue, probablemente, el ferrocarril la actividad que se convirtió en símbolo y fuerza motor de esta etapa de transición del colonialismo al imperialismo. Primeramente por el impulso interno que generó en Gran Bretaña. El ferrocarril no solamente revolucionó los transportes sino que además impulsó el desarrollo de las industrias siderometalúrgicas y metalmeccánicas, productoras de equipamiento ferroviario, y su sistema de comunicaciones.

Muchos autores de raíz liberal –trampa en la que caen no pocos desarrollistas– suelen reducir el surgimiento de un país o una región, como hegemónicos a causas que tienen que ver con el avance tecnológico. Sin duda que la revolución industrial fue de un alto impacto en el nacimiento del imperialismo como sistema de dominación (con sus ferrocarriles, y sus barcos de vapor, entre otros adelantos), también lo fueron la producción en serie, la electricidad y el acero (que se van a dar más adelante). Pero también existieron fundamentos ideológicos como en surgimiento del nacionalismo chauvinista en muchos países europeos que justificaba todo tipo de prepotencia imperialista, e incluso un desprecio por una gran parte de la población de la propia Europa, el sector más pobre, que para fines del siglo XIX y principios del XX eran consideradas poco menos que población excedente. Allí también hay que encontrar las causas de las grandes migraciones de las masas pobres europeas, que inundaron los países como el nuestro que los recibió con los brazos abiertos.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX Inglaterra era indiscutiblemente la cabeza del sistema mundial de dominación. En esa época, uno de los primeros economistas neoclásicos, William Jevons³¹ veía el mundo de este modo: “Las planicies de América del Norte y Rusia son nuestros trigales, Canadá y el Báltico nuestros bosques madereros, Australia nuestros rebaños de ovejas y las praderas de Argentina y el occidente de América del norte nuestros rodeos de ganado; Perú nos envía la plata, y oro de Sudáfrica y Australia fluye a Londres; los hindúes y los chinos producen trigo para nosotros y el azúcar, el café y las especias provienen de las Indias occidentales y orientales. España y Portugal son nuestras bodegas y el Mediterráneo nuestros frutales, y nuestras plantaciones de algodón que antes estaban en el sur de los Estados Unidos ahora están diseminadas en todas las tierras tropicales del globo”. Baste esta cita para desmentir a aquellos que creen que la globalización es un hecho inédito producido en los últimos años del siglo XX. El proceso de dominación tiene sus raíces en la expansión capitalista y siempre tendrá aquellos que, beneficiados con su evolución, le cantarán loas, pero también aquellos que estén dispuestos a resistirlo.

El modelo inglés de construir su riqueza en base al intercambio desigual con respecto a los países satélites de la metrópoli y no en base al crecimiento de su propio mercado interno, es sin duda un modelo histórico de la expansión globalizante actual. “Pese a su pobreza, el mercado interno podía haberse desarrollado más eficazmente, pero –sobre todo a causa del apoyo británico al comercio ultramarino– no llegó a hacerlo, con lo que se intensificó aun más su dependencia del mercado internacional. (...) Así, pues, la economía británica elaboró un modelo característico y peculiar de relaciones internacionales. Se apoyaba notoriamente en el comercio exterior, es decir, en términos amplios, en el intercambio de sus propios productos manufacturados y otros suministros y

y financiero en el orden global. Los otros países europeos, en cambio, adoptaron medias para proteger su producción primaria y la fuente de trabajo de un segmento importante de su población” (Ferrer, 2000).

³¹ Citado por Aldo Ferrer, 2000.

servicios de una economía desarrollada (capital, transporte marítimo, bancos, seguro, etc.)” (Hobsbawm, 1998). De este modo, la sociedad oligárquica inglesa prefirió un modelo de acumulación más mirando al exterior que al crecimiento de las condiciones sociales del mercado interno con el consecuente beneficio para la población. Para los capitalistas ingleses siempre fue mejor negocio comerciar con los ricos del mundo (sobre todo los situados en Europa pero también los pocos de otras latitudes). De alguna manera los ingleses fueron precursores en la lógica del sistema globalizante. El esquema es básico. Producción para ricos, apropiación de las materias primas de los países dependientes a bajo costo, explotación (o bien esclavitud) de la mano de obra tanto local como fundamentalmente internacional, y monopolios de comercialización y transporte, financiación y seguros.

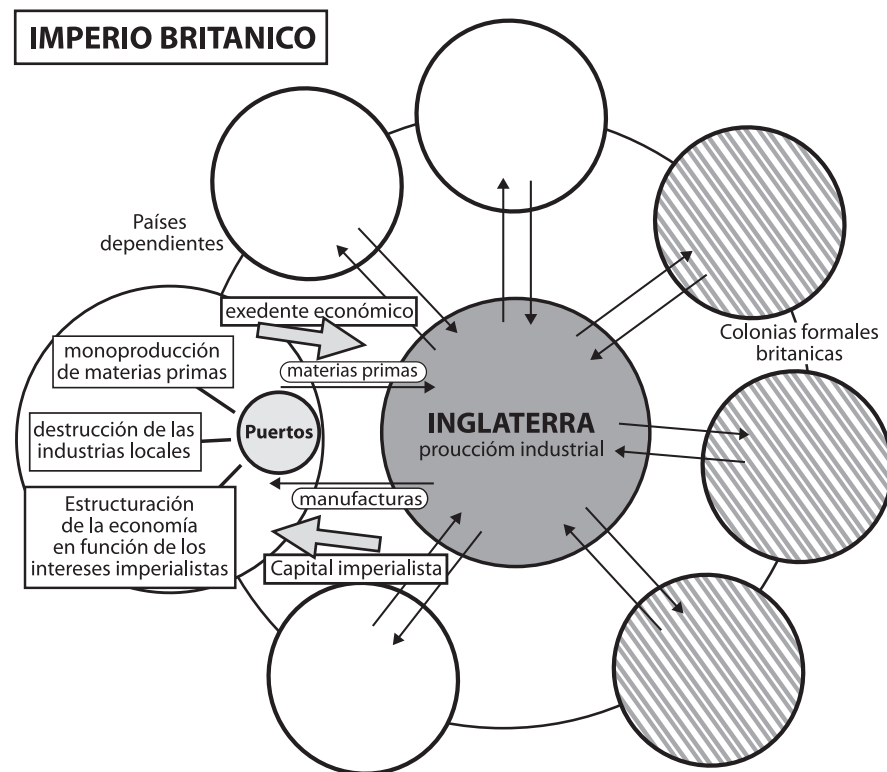
El mismo desarrollo de la expansión imperialista británica del siglo XIX puso a la ciencia, producto de la razón europea frente a la necesidad de justificarla también científicamente. Muchos economistas recurrieron entonces a las teorías elaboradas por Darwin y Wallace, sobre la selección natural y la lucha por la vida. De este modo se constituyó una corriente de pensamiento que planteaba más o menos desembodadamente la supervivencia del más apto y de su dominio sobre los más débiles, como consecuencia inexorable del orden natural. En suma: ganadores y perdedores del sistema. Según estos pensadores –cualquier coincidencia con los cultores del pensamiento único no es mera casualidad– el progreso mismo debía explicarse como consecuencia del triunfo del más apto en la lucha por la supervivencia. La caída en desgracia de los más desprotegidos contribuía al mejoramiento del conjunto de la humanidad. Fueron épocas de exaltación del mercado y la competencia. Lamentablemente, no será ésta la última vez que suene esa musiquita.

Sin embargo, y como siempre sucede pese a la negación de los liberales, el Estado también fue un protagonista clave en este proceso. “La expansión de la demanda privada fue ampliada con el aumento del gasto público, en particular, del destinado a las fuerzas armadas. Hacia mediados del siglo XVIII, 200 mil hombres estaban bajo bandera en las fuerzas de tierra y la marina de guerra contaba con más de 100 navíos. El desplazamiento de las naves de la Armada se había más que triplicado ente mediados de los siglos XVII y XVIII y, en esta última fecha, ascendía a cerca de 350 mil toneladas. El abastecimiento de estas fuerzas expandió la demanda de vestuario, alimentos, la industria naval y la construcción de cañones y otros implementos de guerra. Los contratos para el equipamiento de las fuerzas armadas establecieron uno de los negocios más provechosos y generan un estímulo importante para el desarrollo de la metalurgia y otros sectores. El complejo militar industrial tenía un peso considerable en la economía británica del período” (Ferrer, 2000). Por lo pronto también podemos llegar a la conclusión que en este rubro tampoco aporta nada novedoso la situación actual. Cuando vemos el carácter de motor de la economía de los centros imperialistas por parte del complejo militar industrial no empieza en los Estados Unidos contemporáneos sino que ya tiene sus raíces en su propia madre patria que lo parió: Gran Bretaña.

Muchas veces, el desarrollo de técnicas avanzadas de transporte, servicios financieros y de seguros eran una parte clave y suculenta de los beneficios británicos en el intercambio con los países dependientes y también con los otros. Las ventajas inglesas no podían medirse a partir de una balanza de pagos favorable en el comercio internacional. Habitualmente, esta era deficitaria respecto de muchos países, incluso de muchas colonias británicas. “Hoy en día este déficit [que tenía en la balanza de pagos considerando solamente a las exportaciones y las importaciones]

preocuparía notablemente a los gobiernos. En el siglo XIX no les preocupaba, y no sólo porque en sus primeros años no fueran conscientes de que existía semejante déficit. De hecho, los negocios “invisibles” de Gran Bretaña le procuraron un gran excedente, y no un déficit con el resto del mundo. Con toda probabilidad, la más importante de estas ganancias procedía inicialmente de su flota que alcanzó entre un tercio y la mitad del tonelaje mundial” (Hobsbawn, 1998). Hasta los primeros años de la década de 1870 las ganancias de la flota inglesa excedían los intereses y dividendos de las inversiones británicas en el extranjero. Esta fuente de ingresos, que se convirtió poco a poco en el principal medio de saldar la diferencia entre las importaciones y las exportaciones. Hacia 1870 la inversión directa ya había sobrepasado los beneficios del comercio internacional. Pero siempre ha de mantenerse entre los primeros puestos de los beneficios británicos los servicios financieros, que derivaban de la dominante posición financiera de la City londinense.

La difusión de los efectos de la revolución industrial británica y el sistema de relaciones radial que los ingleses establecían respecto de los países dominados, se fue acelerando cada vez más al final del siglo XIX. Las demandas de materias primas a escala planetaria y la introducción de sus manufacturas por vías pacíficas (económicas) o no tan pacíficas (guerras, amenazas, etc.) se vieron fomentadas por la baja sustancial de los transportes marítimos y terrestres y el desarrollo de las comunicaciones y todo esto fue acompañado por la inversión en el desarrollo de toda una infraestructura en pos de este intercambio.



No hay que creer que el proceso de transferencia de riquezas de los países depen-

dientes a las metrópolis como consecuencia de la llamada inversión directa, sobre todo en lo que a infraestructura respecta, fue de respuesta inmediata. “Las rentas procedentes del capital previamente exportado, produjeron un modesto excedente, y después de 1875, al girar los dividendos procedentes de las primeras grandes inversiones, se obtuvo un excedente cada vez más considerable. Por ello, la posición internacional de la economía británica dependió cada vez más de la tendencia a invertir o prestar en el extranjero sus excedentes acumulados. Tanto estas partidas, como el comercio británico visible, fueron vinculándose paulatinamente con el mundo subdesarrollado, en especial con aquel sector que se encontraba bajo el control efectivo económico o político de Gran Bretaña: el Imperio formal o informal” (Hobsbawn, 1998).

Una de las piedras de toque para entender la incipiente etapa imperialista es comprender el rol que tuvo la inversión directa en el proceso económico de los países dependientes. “La expansión capitalista mundial se basaba en un rol activo de los centros, que exportaban capitales hacia las periferias para modelar en ellas un desarrollo asimétrico, que pude clasificarse con justicia de dependiente o desigual. Por cierto, esas “exportaciones” permitían, a su vez, extraer el superávit proveniente del exceso de trabajo explotado en las periferias, de modo que ese “reflujo de ganancias” podía ser superior al flujo de las exportaciones de capitales” (Amin, 2003). Es decir, por un lado la mentada importación de capitales por parte de los países periféricos se convertía a largo plazo en exportación de capitales. Y el sistema económico quedaba determinado por las necesidades y los requerimientos de las potencias imperialistas. “La demanda metropolitana de materias primas y lo lucrativas que suproducción y exportación eran para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción (Frank, 1972). Esto es, una estructura económica de naturaleza esencialmente dependiente. Absolutamente incapaces de ser útil a las necesidades de las mayorías populares sin una reformulación profunda.

Tomemos en consideración la instalación del ferrocarril³², emblema de progreso y tecnología de punta de la época. Ese mismo ferrocarril que fue uno de los motores de la industrialización británica, fue una de las herramientas de domi-

³² Lo mismo podemos hacer respecto de otras “inversiones” de las más adelantadas de aquel momento. Un autor nacionalista católico argentino, Julio Irazusta, formula la siguiente pregunta: “¿Cómo se financió el desarrollo después de Caseros? ¿Con los recursos nacionales, o con el capital extranjero, según lo preconizaban los organizadores? Pues, en efecto, el desarrollo posterior a Caseros se hizo entre nosotros con recursos nacionales y no con capital extranjero. (...) Entre 1852 y 1890 la Argentina se procuró la mayoría de los elementos del progreso moderno, por sí sola; los restantes ferrocarriles que habían de integrar la red nacional (el nordeste de Entre Ríos, el central-norte de Córdoba a Tucumán, el Andino, etc.), el alumbrado a gas, los tranvías de tracción a sangre, en la capital y el interior, el puerto de Buenos Aires (...) Inicióse en 1877 un movimiento de traspaso de empresas nacionales a compañías extranjeras. Caso primero y típico o modelo de operaciones posteriores, fue la venta de la Compañía de Consumidores de Gas de Buenos Aires (que fue vendida a The Buenos Aires Gas Company Limited) junto con el convenio que aquélla tenía con la Municipalidad de la capital argentina, sin desembolsar un centavo. El pago se efectuó de este modo: la sociedad inglesa mandó imprimir acciones con títulos en inglés, por un valor igual al capital de la Compañía de Consumidores, más un paquete de acciones por cinco mil libras, para giro del negocio (porque hasta de eso carecía) y que emitió cuando tomó posesión de la fábrica que compraba tan cómodamente El único capital británico invertido en The Buenos Aires Gas Company Limited era el papel y la impresión de los títulos que se entregaron a los accionistas de la compañía porteña traspasada, más bien que vendida, a la entidad radicada en Londres. (...) Pasó en forma similar el Ferrocarril Oeste (cuya historia narrada por Scalabrini Ortiz ha quedado clásica) el de Entre Ríos, el Andino, a empresas británicas que en la mayoría de los casos no invirtieron sino el dinero necesario para promover el negocio *for promotion*”. (Irazusta 1960).

nación en países dependientes como el nuestro. No sólo porque las concesiones a las instalaciones de las empresas de transporte británicas de ferrocarriles fueron leoninas. Sino también, porque el ferrocarril transformó la realidad espacial y la conciencia de integración de nuestro país orientando su estructura hacia los puertos, principalmente a Buenos Aires³³. “Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctricas lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli” (Frank, 1972). Además, lo cual no es menor, el desarrollo del ferrocarril por parte de los ingleses no se hizo como una industria generadora de industrias tal como sucedió en la metrópoli, sino que fue desarrollado en base a equipamientos extranjeros³⁴. Por lo tanto el eslabonamiento para atrás en la cadena productiva se restringió tan sólo a la instalación de talleres de reparación y mantenimiento.

Teniendo en cuenta que las principales correas de transmisión del sistema de dominación en su incipiente etapa imperialista fueron, por un lado, la consolidación³⁵ de una tajante división internacional del trabajo impulsada desde la expansión del comercio internacional británico (y eventualmente desde su armada de guerra), pero también inversiones de capital, a las cuales Ferrer agrega las migraciones internacionales, es importante atender a como fue el impacto de las mismas en relación a los países periféricos y en particular a nuestra tierra latinoamericana. “En todos estos terrenos, América Latina ocupó una posición importante. Entre 1850 y las vísperas de la gran guerra de 1914 Iberoamérica aumentó su participación en el comercio internacional y fue destinataria de buena parte de las corrientes migratorias y de las inversiones extranjeras. En 1913 la región había recibido el 20% de las migraciones internacionales, representaba el 8% del comercio mundial y era destinataria del 20% de las inversiones de capitales internacionales” (Ferrer, 2000).

También eran importantes los números de Latinoamérica en esta etapa de impulso mundializante en relación a los de otras de las regiones periféricas. Si tomamos en consideración que gran parte (casi la mitad) de las inversiones directas extranjeras de esta época se daban entre los países centrales podemos deducir que este 20% de las inversiones de capitales representaban el 40% de las inversiones realizadas por las potencias industriales en la periferia. E inclusive, en lo que respecta al comercio internacional, las cifras son aun más elevadas. Del 8% referido en realidad se convierte en el 30% del comercio mundial con la

³³ “Los abanicos ferroviarios se apoyaban en los grandes puertos del Atlántico atados comercialmente a Europa, alcanzando con sus tentáculos a todas las praderas accesibles al vacuno, al trigo, al maíz, y al café” (Astesano, 1979)

³⁴ “Estados Unidos, Alemania, Japón y otros países de desarrollo industrial tardío en el siglo XIX instalaron la red ferroviaria (en varios casos inicialmente con capitales, equipamiento y técnicos ingleses) y, al mismo tiempo, impulsaron el desarrollo de la siderurgia, la metalmecánica y otras industrias conexas para el equipamiento, la instalación y la explotación de lo que era, entonces una actividad de frontera tecnológica” (Ferrer, 2006).

³⁵ “En el siglo XVIII, estaba ya claramente definida la división internacional del trabajo que sería establecida entre la economía británica y el resto del mundo durante el Segundo Orden Mundial. Aquella exportaba principalmente manufacturas e importaba materias primas y alimentos. En la primera mitad del siglo XIX, Gran Bretaña se convertía en el “taller del mundo” (proveedor de textiles, material de transporte, maquinarias y otras manufacturas) y principal mercado para las exportaciones de alimentos y materias primas de otros países” (Ferrer, 2000).

periferia, es decir, eliminando el comercio centro-centro³⁶.

Acaso el ejemplo más acabado de cómo funcionaba el sistema de dominación fue la Argentina del centenario. Como dice Eduardo Astesano (1979): “En el microcosmos de nuestro país, la Argentina de principios de siglo, se lo ve funcionar con claridad. Producción directa de granos y carnes, llena de riesgos a cargo de los empresarios y obreros argentinos. Control, predominantemente inglés, de toda la comercialización en su marcha hacia el mercado exterior ejercido a través del monopolio ferroviario, el sistema portuario, la marina mercante extranjera, los bancos extranjeros, las firmas cerealeras con sus elevadores de granos y los frigoríficos. La disparidad de fuerzas entre el método de producción agropecuaria nacional y el de la comercialización y financiación extranjera dio base a la exportación de un gran excedente”. Y entre medio una pretenciosa y rica oligarquía vernácula que manejaba al país como una estancia.

Pero sería incompleto nuestro análisis de esta etapa del incipiente imperialismo y la hegemonía británica en el sistema de dominación sin referirnos, aunque sea muy escuetamente, a lo sucedido en los otros continentes. Particularmente haremos hincapié en China e India en Asia y Egipto en África.

Habíamos dicho que en la etapa colonialista prácticamente los europeos restringían su relación con Asia, particularmente con China a un comercio que les era deficitario. No se produce en toda la etapa referida importantes incursiones de conquistas y colonización en el territorio del extremo oriente. Esto se debe principalmente, no tanto al respeto cultural, por una civilización varias veces milenaria y refinada, sino más bien a que la paridad de fuerzas militares no les permitían a los europeos entrometerse en China. “Mientras la artillería y las armas cortas disponibles por los contendores fueron comparables, la superioridad numérica abrumadora de las fuerzas chinas impedía cualquier intento extranjero de penetración en su territorio. En pocas décadas esta situación cambió radicalmente. La artillería liviana y los nuevos rifles producidos por la industria militar europea rompieron el equilibrio. El artillado de pequeños navíos a vapor para la navegación fluvial inauguró la llamada política de las cañoneras, naves pertenecientes a las potencias europeas que comenzaron a navegar el Yangtze y los otros grandes ríos chinos y a trastocar las relaciones de poder preexistentes” (Ferrer, 2000).

En esta época las dos guerras llamadas del opio, emprendidas por los ingleses (en la segunda aliada con Francia) contra el Pueblo chino, fueron, sin duda, todo un símbolo de la política imperialista. Comercio, ausencia de ética y de escrúpulos, poder militar, capitalismo, se conjugan para una de las operaciones más difícilmente justificables de los europeos. El opio se producía en India. Los navíos europeos introdujeron esta droga en China durante el siglo XVII y se convirtió en una calamidad nacional. “A principios del siglo XIX el 27% de los varones adultos eran fumadores de opio. Las consecuencias de la adicción sobre la salud, la organización familiar, la economía y la corrupción determinaron la prohibición de la importación de opio por decretos imperiales de 1729 y 1799, cuya principal destinataria era la *East India Co.*, británica, principal transportadora de opio entre la India y China. La respuesta de la compañía fue el aumento del contrabando camuflado como salitre. En las primeras cuatro décadas del siglo XIX, el contrabando aumento 100 veces y en 1840 alcanzaba las 15 mil toneladas anuales. En 1839, el emperador decidió reprimir el tráfico. Su delegado en la ciudad de Cantón confiscó e incineró en una ceremonia pública un cargamento de 1.400 toneladas de opio. La decisión imperial amenazaba un pingüe negocio de la *East India Co.*, que, además, saldaba el déficit del comercio en otros ítems de Gran

³⁶ Las cifras son proporcionadas por Aldo Ferrer, 2006.

Bretaña con China. William Jardiner, el más importante traficante inglés de opio, no encontró dificultad para convencer al ministro de Relaciones Exteriores, Palmerston, de que era preciso defender el libre comercio” (Ferrer, 2000).

Así fue la política británica imperialista en China. Grandes empresas que hacen grandes negocios y mueven política del gobierno imperialista, corrupción, destrucción de las poblaciones mediante el control del negocio de la droga, prepotencia militar de la potencia Imperial, cañones que garantizan los negocios de las empresas... ¿A qué nos hace acordar?

Sin duda que India ha sido la más importante posesión británica de esta época. La penetración británica fue iniciada con la instalación de la primera factoría de la compañía en Madras en 1679. En la India los ingleses encontraron una población numerosa y con una refinada civilización. Pero al mismo tiempo sus desavenencias internas y su organización deficiente la convirtieron en incapaz siquiera de resistir la invasión foránea como se hizo en China durante largos años. El territorio enorme y de recursos inmensos quedó así abierto al dominio inglés.

La precursora de esta aventura imperialista fue la *East India Co.*, quien comprendiendo rápidamente la ventaja de las armas y la diplomacia británica. Así se dejó atrás la política de factorías y asentamientos que caracterizaba a las incursiones de África, desde las cuales se traficaba con los pobladores locales. La riqueza de los hindúes combinada con la debilidad política y militar fue el acicate para una estrategia de penetración, ocupación y dominio efectivo del territorio. Utilizando muchas de las contradicciones internas de la sociedad hindú de aquel entonces, los ingleses se fueron apropiando de los recursos naturales y la explotación de aquella numerosa mano de obra. Muchos nativos se incorporaron a las fuerzas de ocupación británica, estos eran llamados sepoys (cipayos) y se convirtieron en instrumento necesario del ejercicio de la dominación británica en las bastas zonas del subcontinente. Aquellos nativos al servicio de imperialismo jamás sospecharon que su nombre habría de ser utilizado para designar a los entreguistas y vendepatria de una Nación lejana al sur de América del sur.

Como decíamos sin la colaboración de nativos seducidos por el Imperio hubiera sido muy complicada la dominación inglesa. “A principios del siglo XX, 4000 funcionarios británicos administraban un territorio de 4 millones de km² y 300 millones de habitantes, con la colaboración de 500 mil empleados y funcionarios nativos. (...) también 130 mil cipayos reclutados preferentemente entre las etnias más aguerridas (sikhs, gurkas y pathans)” (Ferrer, 2000).

A partir del siglo XIX, India se fue convirtiendo en una pieza insustituible de la corona británica, en función de tres cuestiones. Por un lado su posición geográfica, un punto clave que geopolíticamente le permitió a los ingleses el control de las rutas marítimas a Oriente tanto las que partían del mar Rojo y del golfo Pérsico, como aquellas que circunsnavagaban África por el cabo de Buena Esperanza. Por eso fue también que la presencia militar en India fue importante para la hegemonía inglesa en la cuenca Asia-Pacífico. Mucho más teniendo en cuenta que el costo cuantioso de las tropas asentadas allí era pagado con tributos por la propia colonia. Eso determinó, además que fuera la base de operaciones militar y naval desde el cual los imperialistas ingleses operaban en toda la región. Pero sin duda, lo más importante fue la participación de la India en la economía imperial. “el subcontinente era el destino de aproximadamente el 50% de las exportaciones británicas de textiles de algodón [recordemos que previamente los ingleses habían prácticamente destruido la industria local], las cuales todavía a principios del siglo XX, representaban parte principal de las exportaciones tota-

les del Reino Unido. El superávit con la India permitió a la metrópolis financiar su déficit con los Estados Unidos, Europa y América latina y, por lo tanto, sostener a la city como principal centro financiero mundial y a la libra esterlina en su posición dominante en los pagos internacionales” (Ferrer, 2000).

El caso de India es paradigmático, pues allí se dio –tampoco es la primera vez que sucede con el proceso globalizante actual– una verdadera desindustrialización de una Nación periférica. “Los instrumentos utilizados en esta estrategia de desindustrialización de la India fueron los tradicionales. En primer lugar, los impuestos sobre el comercio exterior. En 1814, las importaciones en la India de tejidos de seda, lana y algodón procedentes de Gran Bretaña tributaban un arancel de entre el 2% y el 3,5% *ad valorem*. En 1894, la tarifa aumentó al 5% pero se aplicó un impuesto igual a los productores locales. A su vez, las importaciones de algodón en bruto en Gran Bretaña estaban prácticamente exentas de impuestos... Como resultado, las exportaciones de telas indias prácticamente desaparecieron mientras las importaciones en la India de tejidos procedentes de la metrópolis aumentaron de 900 mil metros en 1814 a 1900 millones en 1890, cifra que representaba 6,4 mirlos de tela por habitante, prácticamente la totalidad del consumo interno de la India” (Ferrer, 2000).

El análisis de las relaciones económicas de la India con su metrópoli inglesa es el ejemplo más claro del funcionamiento del imperialismo. “Así pues, la India no sólo proporcionó los fondos para ser invertidos en ella misma, sino una gran parte de la renta total de las inversiones de ultramar, que proporcionó a Gran Bretaña su excedente en la balanza de pagos en el último cuarto del siglo XIX” (Hobsbawn, 1998). Por lo tanto no hace falta ser un genio para comprender el proceso por el cual al mismo tiempo que se enriquecían las arcas británicas el pueblo hindú se sumía en la más infame de todas las pobreza, con una enorme población supernumeraria, con un aparato productivo destruido y con una infraestructura económica que respondía a los intereses extractivos de la potencia insular.

A los egipcios no le fue mucho mejor. Objetivo y presa de varios intentos de la expansión Europa desde Napoleón en adelante, e incluso antes, Egipto, cuna de una de las grandes civilizaciones de la historia, sostenía su soberanía sin mayores dificultades hasta la etapa imperialista. Incluso llegó a sostener un proceso de desarrollo autónomo muy importante en la época del líder nacionalista Mohamed Alí. Después de la derrota militar y caída de Alí, se impuso a sangre y fuego la hegemonía británica. Abas I –nieto de aquel– fue quien, paradójicamente, aplicó el proceso de destrucción de la industria y el aparato productivo montado por su predecesor en función de procesos de autonomía económica y fortalecimiento del Estado. Y nosotros que creíamos que sólo en nuestro país podía pasar que la destrucción de gran parte de los logros de la estructura económica fundada durante el peronismo se destruyó invocando al mismo peronismo. Pero no, en esto también había antecedentes. Abas lejos de sostener el proyecto emancipador e industrialista de Alí, abrazó las ideas liberales del *laissez faire* y desmanteló fábricas que, carentes de apoyo, no podían sobrevivir a la apertura de las importaciones y cerró las escuelas abiertas por su abuelo.

También como en la época menemista, al principio el proceso de apertura liberal apareció como un gran éxito. Es que, “la apertura coincidió con un extraordinario aumento de la producción algodonera sobre la base las innovaciones introducidas a partir de la década de 1820. El algodón egipcio de fibra larga era el mejor. Cuando la Guerra Civil de los Estados Unidos (1861–1865) interrumpió transitoriamente las exportaciones de algodón de ese origen, Egipto se convirtió en un exportador fundamental. Las exportaciones de este producto aumentaron de 7 mil toneladas

en 1830 a 29 mil en 1860, 81 mil en 1870 y 310 mil en 1913. En este último año, el algodón contribuía con el 90% a los ingresos de exportación de Egipto. Sobre la base de las oportunidades y las demandas generadas por el algodón, se expandió la infraestructura ferroviaria, de puertos y telégrafos. El desarrollo principal residió en la construcción y apertura (1869) del Canal de Suez. (...) El aumento de los ingresos por exportaciones convirtió a Egipto en un atractivo mercado para los préstamos internacionales. La red de intermediarios financieros y el despilfarro de la Corte y de la burocracia impulsaron el endeudamiento externo. Los préstamos se convirtieron en verdaderos escándalos. A fines de la década de 1870, el país estaba irremediablemente endeudado, pese a que las exportaciones proporcionaban divisa de sobra para cubrir sus necesidades reales. Por ese entonces, los servicios de la deuda externa absorbían el 80% de los ingresos totales del fisco, incluyendo los que provenían de las regalías por la explotación del canal de Suez por una compañía británica. Finalmente, la insolvencia y el incumplimiento de la deuda externa fueron el pretexto para la ocupación de Egipto por parte de Gran Bretaña” (Ferrer, 2000). La deuda como mecanismo de saqueo y apropiación del excedente también tiene sus precedentes y no fue inventada al fines del siglo XX.

Como vemos la dominación imperialista buscaba cualquier tipo de excusa para someter a sus intereses sea por vía económica, sea por vía militar a los países periféricos e invertía importantes sumas en estructurar la economía de estos para que sirviera a sus necesidades, condicionando su desarrollo.

Alguien podrá criticar la idea que la dominación y la apropiación del excedente es inherente al desarrollo capitalista, diciendo que la acumulación primitiva de los EEUU no se generó en la lógica de la dialéctica centro periferia y usufructuando un sistema de dominación. Esta crítica es errónea. Como dice el uruguayo Vivian Trias: “La acumulación primitiva de todas las sociedades que lograron culminar exitosamente su revolución industrial por vía capitalista, es inseparable de una vigorosa expansión territorial” (Trias, 1975). Algunos autores sostienen que esta expansión, en el caso norteamericano, se configuró como una especie de intra imperialismo, es decir, dentro de sus propias fronteras. Esto también es falso. No hace falta ver el territorio de las originarias colonias inglesas para ver la magnitud de la apropiación de territorio contiguo a las mismas en el siglo XIX. Las técnicas para esta anexión fueron variadas desde la compra lisa y llana hasta la instalación de colonos, la declaración de repúblicas independientes que luego pedían agregarse a la “Unión”. Y no en todos los casos se trataba de zonas coloniales como la francesa Luisiana o la española Florida, también los hubieron de territorios robados a la República independiente de México. De hecho la mayor de las rapiñas del incipiente imperialismo norteamericano fue sobre tierras mexicanas. Un robo de un millón y medio de kilómetros cuadrados (tanto como el área que ocupan Inglaterra, Irlanda, Escocia, Francia, España, Portugal, Italia y Alemania todas juntas). Toda esta extensión norteamericana se hizo en tensión entre los esclavistas del sur y los industrialistas del norte. Y cuando la anexión de territorios alcanzó su límite desembocaron en una cruenta guerra civil de la que salieron vencedores los yanquis del norte sobre los confederados esclavistas, lo cual aceleró su desarrollo capitalista.

Pero aunque la extensión territorial encontró su propia frontera, los norteamericanos jamás renunciaron a ampliar sus dominios mediante otros métodos, operando política y económicamente sobre las incipientes Naciones de América. Que ninguna potencia europea soñara con recuperar sus colonias de América es el principio de la llamada doctrina Monroe. Resumida como “América para los americanos”, fue rebautizada por el ingenio popular como “América para los

norteamericanos”. En este marco debemos entender como fue el hecho de que la “solidaria” Nación hermana del Norte tardó más de veinte años en reconocer la independencia de las patrias en lucha de Hispanoamérica, mientras que “el siniestro aventurero William Walter desembarcó en Nicaragua en julio de 1855 y su espurio gobierno fue reconocido el 10 de noviembre de ese año. La República de Texas se independizó en 1836 y fue reconocida en 1837. Panamá se segregó de Colombia el 3 de noviembre de 1903 y fue reconocida ¡tres días después!” (Trias, 1975). Es que el llamado “destino manifiesto” de expansión de los EEUU hacia el oeste, se continuo hacia el sur, principalmente hacia Centroamérica, al que siempre consideraron su “patio trasero”. Pero Sandino y otros patriotas latinoamericanos le demostraron que no era comida que se podía comer de un bocado.

ACERCA DEL CONCEPTO DE IMPERIALISMO.

Para comprender el sistema de dominación actual, entendiendo la historia como camino, queremos poner énfasis en relacionar la globalización con su antecedente directo como forma de dominación: el imperialismo. No concebimos la historia humana como fragmentos inconexos, ni es posible tal como afirmábamos en el capítulo anterior reducir la globalización a un fenómeno tecnológico o comercial. Lo que está pasando no es consecuencia del acortamiento de las distancias que produce efectos sobre la realidad en el plano mundial, sino de las decisiones tomadas por los hombres en función de determinada correlación de fuerzas. Es por ello que consideramos necesario partir de un breve paseo por el concepto de imperialismo, que como fruto de comprensión, nos puede aportar algo a aclarar la referencia histórica que hacemos, de la cual la globalización es, según entendemos, continuidad.

Comprender el significado cabal de la palabra imperialismo requiere el esfuerzo de seguir dos huellas. Una teórica que no casualmente nos remite al pensamiento crítico europeo hasta llegar a la teoría de la dependencia elaborada fundamentalmente en el Tercer Mundo. Y otra –utilizando el método que nos propone la socióloga argentina Alcira Argumedo (1992)– haciendo hincapié en la huella emancipatoria que siguieron los conductores de los Pueblos que siempre trajo aparejado un cuestionamiento del Imperialismo y por lo tanto una concepción teórica y práctica del mismo.

En esta parte, queremos poner énfasis en la primera. Si bien el concepto de Imperio se remonta largamente en la historia, el término imperialismo, en cambio, es –paradójicamente– de cuño relativamente reciente. El mismo empieza a tener significado masivo desde la segunda mitad del siglo XIX para designar los lazos de Gran Bretaña con sus dominios imperiales (en este sentido es usado por los liberales ingleses –Gladstone en particular– para criticar la política colonial de D’Israeli). El imperialismo designa hacia el fin del siglo XIX la política expansionista europea, principalmente la británica, una forma arrogante y agresiva de nacionalismo de país central.

Aparecen en Europa las primeras teorías críticas del imperialismo, definiéndolo como un proceso esencialmente económico. Este es el marco de análisis de Hilferding, Bujarín, Rosa Luxemburgo y Lenin. El más famoso de todos estos análisis es, sin duda, por el trascendente destino político de su autor, el de Vladimir Illich (Lenin): “El imperialismo, etapa superior del capitalismo”. Este trabajo, esencialmente un documento político más que una investigación teórica, afirma que el imperialismo es la acción natural del capitalismo en su fase monopolista.

Marx ya había mostrado que la tendencia a la concentración era inherente a la

dinámica de la competencia capitalista. El filósofo alemán explica que la ley de la competencia implica que el capital se acumula de manera desigual en las diferentes empresas, lo cual lleva a una eliminación progresiva de las más débiles (una especie de darwinismo económico), engendrando necesariamente una concentración de capital y con ello la desaparición de la misma competencia en condiciones de igualdad. De esta forma se comprende la tendencia a la monopolización propia del capitalismo. A esta tendencia se le agrega el papel de los grandes bancos que refuerzan el proceso de concentración³⁷ con la existencia de un capital financiero que en la segunda mitad del siglo XIX para reproducirse necesita imperativamente convertirse en capital industrial. La organización del capital bajo la égida de los grandes bancos (asociados con los carteles, trust, etc.) lleva a un proceso de acumulación monopólica a nivel nacional. Este es un proceso a través del cual los monopolios (financiero-industriales) van a penetrar los resortes del Estado y muchas veces lo lanzan a éste —obviamente estamos hablando de los Estados centrales— a una aventura imperial (que primero es de conquista, neocolonialismo) o bien recurren a otras formas que les permitan asegurar una participación cada vez más grande en el mercado internacional, o debiéramos decir de su injerencia sobre otros mercados nacionales, de modo tal que estos se conviertan en mercados subsidiarios. Esto último es lo que ocurrió, por ejemplo, en América Latina que formalmente conservó en todo momento su independencia, pero que económicamente se convirtió en apéndice de la economía británica. Una preciada joya de la corona inglesa tal como se la calificó en el Parlamento inglés con motivo del debate por el tratado Roca-Runciman (1934)³⁸.

Explicando este proceso con más detalle, los autores clásicos socialistas afirmaban que el librecomercio regla del primer liberalismo (en el que las barreras proteccionistas eran meramente defensivas), deja paso a un proteccionismo que tiende a favorecer —no ya a aquellos sectores que no pueden competir internacionalmente— sino a los monopolios que pueden aumentar sus precios hasta el límite otorgado por los derechos de aduana. Esta ganancia produce, en parte, el excedente de capital que a su vez permite el financiamiento de aventuras militares expansionistas, así como también la conquista de mercados a través de mecanismos tales como el *dumping* (reventar la competencia nativa vendiendo a precios inferiores al costo durante un tiempo para apropiarse monopólicamente de ese mercado).

La causa de la expansión imperialista es sobre todo asegurar las ventas exteriores, colocando la sobreproducción con el objeto de elevar la tasa de beneficio (ganancias que produce el capital invertido). Pero también es importante tener en cuenta la trampa que implica la llamada “exportación de capitales” (el mayor mecanismo de apropiación de los excedentes propios de los países periféricos). El progreso técnico y el consiguiente aumento en la escala de la producción produce cada vez mayores masas de capitales y por ende este primer imperialismo que podemos denominar “conquistador” que se continúa con otro de carácter igualmente ofensivo, cuyo objetivo es proteger los intereses del capital exportado, o sea, con el fin de garantizar la seguridad de la acumulación. Ya no se trata sólo de conquistar

sino también de defender la posición y el gasto efectuado o el ahorro apropiado e invertido en estructuras que fueron necesarias en las fases posteriores.

Para algunos de estos economistas marxistas —Hobson y Hilfering—, la formación del capital financiero constituiría el paso decisivo hacia la conformación del mercado mundial capitalista. Otros iban más lejos como Kautsky y Rosa Luxemburgo, afirmando que este cambio reforzaba incluso la tesis marxista que al internacionalizarse el proceso de reproducción ampliada del capital, se desarrollaban simultáneamente las premisas materiales para el advenimiento del socialismo en escala mundial (Godio, 2000)³⁹.

Como resumen podemos tomar la clásica definición de Lenin: “1) concentración de la producción y del capital hasta un grado de desarrollo tal que ha creado los monopolios cuyo papel es decisivo en la vida económica. 2) fusión del capital bancario y del capital industrial y creación sobre la base de este capital financiero de una oligarquía financiera. 3) la exportación de capitales, a diferencia de las mercancías adquiere una importancia muy especial. 4) formación de uniones internacionales monopólicas de capitalistas que se reparten el mundo, 5) fin del reparto territorial del globo entre las mayores potencias capitalistas”.

El filósofo de origen mendocino Enrique Dussell al examinar críticamente las famosas obras de Lenin (“El imperialismo etapa superior del capitalismo”) y de Rosa Luxemburgo (“La acumulación del capital”) concluye que esos autores clásicos abordaron sólo de manera tangencial la cuestión de la “transferencia del plusvalor” de los países atrasados hacia los adelantados. Desde luego que en tales autores no falta el pleno reconocimiento del “desarrollo desigual y combinado”, de la formación de monopolios, de la fusión entre capitales nacionales e internacionales y de las formas de explotación del trabajo colonial o dependiente (Rosa Luxemburgo llegaría a mencionar el plusvalor que el capital alemán extrae de la mano de obra asiática, de Turquía específicamente, y de su realización en Alemania). “Sin embargo, al no haber recurrido explícitamente a la noción marxiana de las diferentes composiciones orgánicas del capital entre países, con la que se puede explicar con todo rigor científico y conceptual el fenómeno de la transferencia neta de plusvalor de una países a otros, se echará de menos una explicación realmente estructural, científica del fenómeno de la explotación internacional en aquellas obras”⁴⁰.

Aunque es Lenin, dentro del pensamiento clásico marxista, quien llega más lejos en la crítica de fenómeno imperialista tanto en “Las tesis de oriente” como en “El socialismo y la guerra”: En esta última afirma: “El mundo capitalista está ya repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Cuatro grandes potencias de Europa —Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania— con una población de 250 a 300 millones de habitantes y con un territorio de unos 7 millones de kilómetros cuadrados, tiene colonias con una población de casi 500 millones de habitantes y con un territorio de 64,6 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la mitad de la superficie del globo (133 millones de kilómetros cuadrados sin la zona polar)”. Sin duda una imagen clara de la dimensión del fenómeno imperialista de la época.

En realidad, la etapa de la expansión militar con impulso del sector financiero estudiada en particularidad por los pensadores clásicos del marxismo fue en rigor de verdad tan sólo un momento en un largo proceso de intercambios desiguales entre el centro y la periférica del sistema de dominación. Los prime-

³⁷ Una concentración muy fuerte que se dio para fin del siglo XIX comienzos del XX “hizo decir a Walter Rathenau, industrial alemán de primera línea y fundador de AEG, que “trescientos hombres, que se conocen personalmente, dirigen los destinos económicos de Europa y escogen entre ellos a sus sucesores”. Citado por Fredeeric Clarimont Le Monde Diplomatique edición española diciembre de 1999.

³⁸ El vicepresidente argentino Julio Argentino Roca hijo ante la firma del tratado argumentó que nuestro país “desde el punto de vista económico debía considerarse una parte integrante del Imperio británico”. Citado por Rapoport (2007).

³⁹ Estos planteos pueden ser comparados con lo que afirman los globalifóbicos que sostienen que la globalización de la dominación debe ser respondida y va a ser superada con la globalización de la resistencia.

⁴⁰ Citado por Flores Olea en “Crítica de la Globalidad”.

ros estudiosos del tema del imperialismo, como no escapaban a sus determinaciones eurocéntricas miraron al proceso desde una perspectiva exclusivamente europea por eso hicieron tanto hincapié en esta fase y no en las anteriores. En su beneficio hay que decir que fue esa la descripción que les permitía comprender y encarar la batalla política en el seno de Europa que ellos mismos estaban encarando y en la que ponían toda su atención.

Sea como fuere ya en la década de 1880, el imperialismo se había convertido en el sistema de dominación de alcance verdaderamente mundial. Bajo la hegemonía británica se mezclaban las colonias formales conquistadas a punta de pistola y las esferas de influencia, dependientes sin perder la independencia formal. Para ser rigurosos, este último sistema era más beneficioso que la conquista directa, pero la competencia de las otras potencias europeas lo impulsó a asumir muchas veces también a los británicos el viejo sistema de penetración militar. Así lo entiende también el historiador Hobsbawn: “Para Gran Bretaña esto supuso un paso atrás, ya que significaba cambiar un imperio informal sobre la mayoría del mundo subdesarrollado por el Imperio formal sobre la cuarta parte del mundo, aparte de las viejas economías satélites. Este trueque no era especialmente fácil ni tan poco apetecible. Las economías satélites realmente valiosas estaban (excepto la India) o bien más allá del control político británico —como Argentina— o bien se trataba de dominios blancos con sus propios intereses económicos que no coincidían necesariamente con los de Gran Bretaña y que exigían concesiones compensatorias para la venta de sus propios productos allí, si es que habían de entregar enteramente sus mercados a la madre patria” (Hobsbawn, 1998).

Las razones que imponían la competencia interimperialista y que determinaba que esta se hiciera en muchas partes del globo por vía militar (siempre la más costosa) era las necesidades de obtener el control de las materias primas de los sectores periféricos, que a fines del siglo XIX aparecían como estratégicos para las economías centrales. No obstante este fenómeno siguieron subsistiendo, como hemos referido, economías que conservaban formalmente su independencia pero que en realidad eran absolutamente subsidiarias de los intereses imperialistas. Entre estas podemos mencionar a las latinoamericanas, cuya incidencia en el mercado mundial no era insignificante. En el caso de algunos productos las exportaciones latinoamericanas representaban la parte principal de la exportación mundial. En 1913 la región proporcionaba el 42% de las exportaciones mundiales de maíz, el 82% de las de café y el 42% de las de cacao, el 50% de las de bananas, y el 64 % de de la carne vacuna. Para los países de Nuestra América esta época fue de desarrollo de las áreas extractivas de la economía. Tanto así que en la región entre 1850 y 1912 las exportaciones por habitante se cuadruplicaron. En la Argentina, cuyas exportaciones por habitante eran en 1912 tres veces mayores que el promedio de Iberoamérica, se multiplicaron por seis (Ferrer, 2000).

Todas estas exportaciones de América Latina se destinaban exclusivamente hacia los centros mundiales, predominantemente hacia Inglaterra y hacia la emergente potencia imperialista norteamericana (sobre todo en su “patio trasero” centroamericano). Este sistema de integración mundializada bajo la batuta de las potencias imperialistas va a tener su ciclo ascendente hasta la llamada crisis del 30. Mucho se ha escrito sobre esta crisis profunda de sobreproducción. Las estrepitosas caídas de las bolsas más importantes de los países centrales seguidas de la depresión económica, determinaron un cierre hacia adentro de muchas de las economías, iniciando un ciclo que Aldo Ferrer denomina como de desglobalización. En nuestra América eso fue beneficioso, pues se inició en muchos países un proceso de sustitución de importaciones que significó el arranque de una na-

ciente industrialización. El violento impacto de la crisis del 30 en las economías capitalistas centrales desnudó la fragilidad del sistema imperialista y sobre todo demostró que el sistema de división internacional del trabajo, construido bajo la hegemonía de las potencias industriales, era incompatible con el desarrollo económico de los países periféricos, de los que sólo gozaba de los beneficios una pequeña porción de la población ligada a las actividades extractivas, mientras que para el resto —que se encontraba excluido social y políticamente— no había lugar alguno.

Más allá de las consecuencias de la profunda crisis y la desconexión que implicó ésta para los países periféricos, el pleno despliegue de la lógica del sistema imperialista va a ser el marco en el que se desarrollan las guerras interimperialistas, fundamentalmente la I y la II Guerra Mundial, que pueden ser analizadas como el intento de las metrópolis que entraron tarde en el reparto (generalmente por ser de constitución tardía su Estado Nacional) de asegurarse su porción del mundo neocolonial, es decir, sus mercados subordinados. Así el fin de esta etapa está marcado por el enfrentamiento bélico y la derrota de algunas potencias capitalistas y el debilitamiento de otras, lo cual, además, redundó en beneficio del crecimiento relativo de los países dominados, que ganaron en autonomía. Podemos decir que toda esta etapa está caracterizada por la expansión sobre los mercados subordinados apoyada, y en la medida de, la capacidad de los recursos militares y financieros de las metrópolis. La fuerza de ocupación real, efectiva, va dando paso a una ocupación potencial (o no tanto en algunos casos como Corea, Hungría, Vietnam, Santo Domingo, Checoslovaquia, Granada, Panamá etc.) desde el llamado proceso de descolonización y del nuevo reparto del mundo (el de las conferencias de Yalta y Postdam) por las dos potencias emergentes de la Segunda Guerra: los EEUU y la URSS⁴¹.

Ahí se abre un largo período, denominado por muchos “guerra fría” en que el equilibrio de fuerzas entre las potencias una del capitalismo de empresa y otra de socialismo—realmente—existente, se mantiene de modo tal que ninguna llega a hegemonizar el poder económico y militar de modo tal de universalizar su pretensiones imperiales. En este marco y para completar el rompecabezas de la época, surgida a partir de la crisis económica y el cierre de las economías centrales, se inserta una pieza insoslayable del sistema de poder de la época constituida por los llamados países tercermundistas. Si bien menos poderosa y surgida por las fracturas que se producen a partir del choque de las dos principales, esta pata no deja de ser la más peligrosa, en cuanto a su potencialidad, para la estabilidad del sistema de dominación.

En el mundo fundamentalmente bipolar de la posguerra se recompone y redefine la dominación imperialista bajo el chantaje de la guerra nuclear entre las superpotencias emergentes. Así pudieron trasladar el eje sangriento del conflicto principalmente hacia la disputa en la periferia. Las guerras en Corea, Egipto y el propio Vietnam no son sino ejemplos de cómo habían aprendido los países he-

⁴¹ “El acuerdo de Yalta, elaborado en detalle a lo largo de una década, contaba básicamente con tres cláusulas. Primero, el mundo habría de dividirse de facto en una zona estadounidense —la mayor parte del mundo— y una zona soviética —el resto—; la línea divisoria estaría allí donde sus respectivas tropas se encontraban al terminar la Segunda Guerra Mundial. Segundo, la zona soviética, de así deseárselo, podía reducir al mínimo sus transacciones comerciales con la zona estadounidense hasta que lograr fortalecer su propia maquinaria productiva, pero lo anterior suponía por otro lado que no se esperara que Estados Unidos colaborase en la reconstrucción económica de esta zona. Y tercero, ambas partes estaban en libertad de entregarse a una vigorosa retórica recíprocamente hostil, y de hecho la estimularon, cuya función principal parecía ser la de consolidar el control político de parte de Estados Unidos y de la Unión Soviética sobre sus zonas respectivas” (Wallerstein, 2006).

gemónicos el hecho de que la guerra se disputase en sus propias tierras tenía un costo altísimo en vidas y –lo que es más importante para el sistema– en términos económicos. Por eso la disputa se enturbia bajo la definición formal de un enfrentamiento ideológico, cuyo terreno de operaciones era el mundo entero. Tanto los norteamericanos como los rusos elevaron al rango oficial esta disputa ideológica pretendidamente excluyente de terceras opciones. “Toda la historia parecía girar en torno a la disyuntiva de si el socialismo se podría imponer al capitalismo sin que este desencadenara la hecatombe atómica o si se acabaría por destruir a la humanidad por la reacción irracional de los líderes del capitalismo agonizante. (...) El primer mundo se enfrentaba con el segundo en el tablero del tercer mundo. Pero en el Tercer Mundo jugábamos nuestras propias luchas en nuestro propio tablero como podíamos, a pesar de las superpotencias” (Firmenich, 2004).

Este disfraz de lucha ideológica y el chantaje nuclear de la guerra fría no hacía más que maquillar la verdadera naturaleza de la disputa entre las potencias del Norte y no alcanzaba para eclipsar las luchas de liberación que se libraron en esta época en el Tercer Mundo. Por más que los yanquis tildaran de comunista a cualquier proceso de transformación tercermundista y los rusos acusasen de procapitalista y vendido al imperialismo cualquier proceso que no estuviera bajo su órbita.

La posguerra arrastró también, en la caída del poder de muchas potencias, la apertura de un proceso de descolonización en aquellas regiones sometidas a la ocupación directa por los países imperialistas, particularmente europeos. Los países hegemónicos emergentes, Estados Unidos y la Unión Soviética, apoyaron muchas veces de manera subrepticia algunos de estos procesos de liberación nacional en tanto se desplegaban en menoscabo de la influencia mundial de las potencias europeas. En segunda instancia estos países emergentes o periféricos –integrantes del Tercer Mundo– se convierten en el terreno por excelencia de disputa entre ambos bloques.

La gran mayoría de los países africanos, se sacuden el yugo británico, francés, belga, y portugués tras largos enfrentamientos que transcurren en los años cincuenta y principios de los sesenta. La independencia de muchos de estos países y la de otros asiáticos se resuelve dentro del marco de negociación de las Naciones Unidas, con una fuerte resistencia de Francia y sobre todo, de Portugal y España, pero con una relativa mayor flexibilidad británica (pues ésta tenía un aceitado mecanismo para dejar sus antiguas colonias bajo su sistema de influencia política y económica: el *Commonwealth*). En 1955 se celebra la Conferencia de Bandung por la independencia y el desarrollo de los países del Tercer Mundo con participantes fundamentalmente de Asia y África, que más tarde buscarían una alternativa de desarrollo diferente a la capitalista y a la socialista de economía centralizada y burocratizada; finalmente en Belgrado –capital de la Yugoslavia del Mariscal Tito– se funda en 1961 el Movimiento de Países No Alineados.

Los cambios producidos en las naciones periféricas no son, por cierto, menores, he hicieron soñar a muchos Pueblos con su liberación definitiva. La China de Mao Tse Tung postula como fundamental el principio de su independencia nacional y de su liberación, llegando incluso a cuestionar la hegemonía soviética del campo socialista. Otro tanto sucede con la India de Ghandi y los Nehru, la Indonesia de Sukarno y el Vietnam de Ho Chi Ming. En Egipto la revolución nasserista derroca a una monarquía sometida a los imperios coloniales (Gran Bretaña y Francia) y nacionaliza el Canal de Suez. Los argelinos con la conducción del F.L.N. conquistan su independencia en los años sesenta. También en América Latina se producen sucesos importantes, cuyos antecedentes fundamentales son los procesos populares de mediados del siglo XX. Y aunque sea con matices respecto de

estos, también podemos encuadrar entre los procesos liberadores de esta etapa a la revolución cubana. El carácter socialista de esta revolución tuvo una enorme repercusión para todos los Pueblos que integran la comunidad latinoamericana. Toda esta marea liberadora con sus flujos y reflujos se prolongó y se extendió geográfica y cronológicamente hasta el sur de América del sur con la Unión Popular de Salvador Allende en Chile y la primavera peronista en Argentina del 73.

Samir Amin se refiere así a los procesos nacionales y populares que se dieron en el Tercer Mundo: “es posible identificar entre estos grupos al menos un denominador común fuerte: la voluntad de construir un sistema productivo nacional, moderno, eficaz y autoconcentrado. Es por ello que todas estas experiencias chocaron permanentemente con la hostilidad de las fuerzas dominantes del capitalismo mundial, tanto en el plano económico como en el de la política internacional. Sostengo que este conflicto, inevitable, conduce a conclusiones que se imponen: que el concepto de desarrollo es un concepto crítico del capitalismo realmente existente, que el objetivo de una construcción nacional autocentrada continúa siendo insoslayable y que la ejecución de estrategias que estén al servicio de ese objetivo exige la desconexión. Y entiendo por esa palabra –probablemente mal elegida– no una autarquía absurda sino un modo de abreviar una larga perífrasis que formulé en los siguientes términos: la sumisión de las relaciones con el exterior a las exigencias de la construcción interna y no a la inversa (el ajuste unilateral a las tendencias que operan en el nivel mundial)” (Amin, 2003).

Recapitulando, el marco de la llamada guerra fría: la larga historia de enfrentamientos militares directa, en territorio propio, entre las potencias hegemónicas cede paso a otro largo período de enfrentamientos políticos y también militares de “baja intensidad” o radicados en la periferia, confrontaciones bélicas, políticas e ideológicas que están acompañados por un desarrollo sin precedentes de los mercados internos nacionales. Se produce al mismo tiempo una expansión continua, rápida, pero también desigual. Este crecimiento se manifiesta tanto en las sociedades centrales del “socialismo científico” como en las del “mundo libre”, como cada una gustaba llamarse a sí misma. Y en particular el dinamismo económico de estas últimas sobrepasa todas las previsiones. Con el impulso norteamericano la reconstrucción económica de Europa occidental es rápida y el desarrollo del sistema capitalista conoce una expansión antes nunca vista⁴².

El capitalismo en general hace su ingreso a la etapa keynesiana en la posguerra⁴³ con el fantasma de la crisis recesiva a su espalda. En esta etapa se pretende superar las cíclicas crisis recesivas mediante el fomento del consumo, transformando a la mayoría de los habitantes –por lo menos de los países centrales– en consumidores del excedente productivo. El Estado deja el rol pasivo asignado por el liberalismo clásico y comienza a intervenir en la economía. Nace así en las sociedades ricas el llamado Estado de Bienestar Keynesiano, una fiesta de los países ricos del mundo que de un modo u otro siguieron pagando los países pobres.

Cuando el capitalismo después de su crisis cíclica de la década del treinta empieza a plantearse donde va a colocar sus excedentes entonces aparece este lord inglés,

⁴² “Entre 1945 y 1970, las economías industriales, lideradas por la reconstrucción de Europa Occidental y Japón y su convergencia con la potencia líder, Estados Unidos, crecieron a tasas sin precedentes. El producto de los países avanzados aumentó al 5% anual y el ingreso per cápita al 3,5%. La expansión se reflejó en condiciones generalizadas de pleno empleo, políticas sociales activas y elevación de las condiciones de vida, en un contexto de estabilidad de precios” (Ferrer, 2006).

⁴³ Ya en EEUU estaba vigente el New Deal de Roosevelt.

quien no por generosidad y humanismo, sino para frenar el avance del socialismo cuyas variantes estaban a la sombra de Europa (con los países del llamado “socialismo científico”) pero también en función de necesidades propias del capitalismo (para lograr que la demanda no caiga provocando nuevas crisis recesivas, como la de la “gran depresión”), propone la intervención del Estado en la economía. Sugiriendo centralmente ciertos grados de incremento en la distribución de la renta, Keynes se transforma en uno de los mayores promotores del ya incipiente Estado de Bienestar. Estado que tiene sus antecedentes en la Europa continental⁴⁴.

El pensador argentino Julio Godio sugiere entender la propuesta keynesiana como una revolución que “no puede ser considerada sólo como una renovación de la teoría económica. Debe ser entendida como el ámbito de encuentro entre capitalismo desarrollado y socialdemocracia, en cuanto legitima las aspiraciones socialistas y sindicalistas de mejorar progresivamente las condiciones de vida de los trabajadores, en tanto la demanda efectiva que potencia la producción, dependía de la capacidad adquisitiva de los salarios. Pero tuvo una consecuencia aun más importante en el orden político: en tanto la disciplina laboral garantizada por los sindicatos era substancial a la regularidad del proceso de acumulación, las fuerzas socio-políticas representativas de los trabajadores podían reclamar su participación en el sistema de decisiones macroeconómicas; esto es en el Estado y a través del desarrollo del tripartismo y el diálogo social entre Estado, trabajadores y empresarios” (Godio, 2000).

Otras miradas más críticas como las del politólogo italiano Zampetti en cambio se preguntan: “¿Por qué Keynes propone una redistribución de la renta de los más ricos a los más pobres? ¿Acaso para levar la dignidad de cada individuo y, en particular, de los más indigentes? Esta no es una causa, sino a lo sumo una consecuencia. La causa de la redistribución de la renta, como hemos visto, es distinta: radica en el hecho de que los pobres tiene mayor propensión a gastar y menor propensión a ahorrar que los ricos. La transferencia de la moneda de los ricos a los pobres da mayores garantías de que sea puesta en circulación en lugar de atesorarla. Cuando más se distribuyen las rentas, más gasta la sociedad, lo cual determina un aumento cada vez mayor de la producción. Y así se evitan la depresión y el estancamiento” (Zampetti, 1990).

Una de las diferencias conceptuales profundas entre el peronismo y el keynesianismo es que es que como dice Zampetti, para este “la conformidad al principio de la limitación de la propiedad de esta propuesta de Keynes es sólo aparente, o casual. La propiedad es para Keynes un medio y no un fin...”. Es decir, no se trata de llevar a todos a la dignidad de trabajadores que se hacen propietarios en función de sus propios medios, sino que esto —en todo caso— puede ser el efecto de una política que tiene como fin evitar las crisis cíclicas del capitalismo en función de un aumento en la demanda. Otra de las diferencias fundamentales entre el modelo de Estado de Bienestar keynesiano y el nacional y popular que implementó el peronismo, es el papel que cada uno asigna al Estado. El peronismo plantea que el Estado en lo económico tiene que tener un rol activo controlando (soberanía política e independencia económica mediante) los resortes estratégicos de la economía. La acción económica del Estado por ende se tiene que dar en estos carriles. En cambio la posición de Keynes es distinta respecto de la obra pública “no le interesaba este tipo de obras. Podía tener carácter genérico como la construcción de carreteras, de oficinas de correos, de embalses, etc., para dejar así el verdadero trabajo productivo a los particulares,

⁴⁴ Fundamentalmente nos referimos al Estado de la Prusia de Bismark que fue el artífice de la unificación alemana.

o bien el Estado puede incluso emprender obras inútiles: reacuérdesse el clásico ejemplo de la excavación de hoyos con un trabajo que no ofrece utilidad alguna. Lo esencial era eliminar el estancamiento en caso de que los incentivos, como la oferta de moneda a un tipo de interés bajo, no fueran suficientes para estimular a los empresarios, para aumentar las inversiones y también para proporcionar a los individuos dinero que puedan destinar al consumo” (Zampetti, 1990).

La propuesta económica keynesiana, basada en la precedencia del consumo sobre la producción, postula, pues el Estado como dador de consumo (un Estado que no es ciertamente asistencial, pero que puede hacerse tal en un momento de crisis aguda). Es un Estado subsidiario del motor privado de la economía de mercado.

En resumen el Estado Keynesiano tiene como horizonte garantizar el consumo, es decir, generar un ingreso. En cambio el Estado peronista está basado y articulado, económica, política y hasta culturalmente en torno a la idea de trabajo. Así el Estado tiene una función clave respecto del trabajo. “Gobernar es crear trabajo” decía Perón. De este modo ni el salario se independizaba de la actividad prestada, ni el Estado dejaba en manos absolutas del mercado la actividad productiva creadora “verdaderamente” de riquezas.

Desde el punto de vista marxista un colectivo de autores cubanos califica al Estado de Bienestar keynesiano en los siguientes términos: “el sistema de respiración artificial más eficaz adaptado al capitalismo monopolista de Estado nacional fue la aplicación de las políticas keynesianas, que procuraban estimular la producción mediante una intervención estatal encaminada a provocar un aumento de la demanda. Sin dudas, la llamada revolución keynesiana constituyó una necesidad objetiva para la supervivencia del capitalismo monopolista de Estado” y después desarrollan la idea: “la expansión del capital monopolista tiene lugar sobre la base de una paz a regañadientes entre las potencias capitalistas, obligadas a solucionar sus conflictos (o, con más exactitud, a aplazar la solución violenta de sus contradicciones) sin recurrir a guerras interimperialistas y a articular un frente internacional único, bajo la égida de los Estados Unidos de América, contra los países socialistas y, en general, contra el movimiento revolucionario mundial. (...) Sin esta comprensión, en particular, no es posible explicar plenamente las razones por las cuales el capitalismo monopolista de Estado se vio compelido en la posguerra a redistribuir una parte, significativa en ocasiones, de la plusvalía global —es decir, una parte del valor producido que se le roba al conjunto de los obreros— y a poner en práctica *generosas* políticas orientadas a elevar la calificación de la fuerza de trabajo y los niveles de empleo, seguridad social, educación y salud. De conjunto con la elevación de la demanda de fuerza de trabajo y, en correspondencia, de su precio, resultantes de la expansión económica de la posguerra, y con la creciente organización y beligerancia del proletariado en los países imperialistas, la urgencia de contrarrestar la influencia en expansión de las ideas socialistas constituye el fundamento real de las modificaciones objetivas operadas en las formas de distribución de la riqueza en la sociedad burguesa y de la celebre construcción ideológica —cuyo resquebrajamiento tanto lamenta en nuestros días la izquierda política de orientación reformista— conocida desde la segunda posguerra mundial con el nombre melifluo de Estado de Bienestar mediante la cual las conquistas sociales de la clase obrera y de los movimientos por los derechos civiles son presentadas como bondades y beneficios ofrecidos voluntariamente por el capital o como atributos de un capitalismo con rostro humano” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Nosotros creemos que es imprescindible comprender la factibilidad del desarrollo del Estado de Bienestar, principalmente en función de la correlación de

fuerzas de la época. En este sentido se expresa Rifkin (insospechable de ser tendencioso en contra del capitalismo) cuando afirma: “En la primera era industrial, aquellos que controlaban el capital financiero y los medios de producción ejercían un control casi total sobre la clase trabajadora disponible para la economía productiva. Durante una época, en las décadas de la mitad del presente siglo, tuvieron que compartir una parte de este poder y de este control con la propia clase trabajadora, cuyo papel crítico en los procesos productivos le aseguró cierta influencia en las decisiones que gobiernan tanto los medios como las formas de hacer negocios y de distribuir los beneficios” (Rifkin, 1996).

Rechazamos la idea desarrollista que explica al Estado de Bienestar como la propia lógica de despliegue del capital productivo. Por el contrario, creemos que este proceso –conocido en Europa como los años dorados– que abarca desde el final de la guerra hasta la década del 70 se puede explicar en referencia a la correlación de fuerzas a las que nos hemos referido. “El período de progreso y las visiones sociales de desarrollo de la posguerra permitieron transformaciones económicas, políticas y sociales gigantescas en todas las regiones del mundo. Esas transformaciones fueron el producto de las regulaciones sociales impuestas al capital por las clases obreras y los pueblos, y no, como pretende afirmar la ideología liberal, el resultado de la lógica de la expansión de los mercados. (...) Sin el peligro que engendraba el contramodelo comunista, la democracia social de Occidente nunca hubiera podido imponer el Estado Benefactor. Por otra parte, la existencia del sistema soviético y la coexistencia que le imponía a Estados Unidos reforzó en gran medida el margen de autonomía de las burguesías del Sur” (Amin, 2003).

ALGUNOS APORTES DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA PARA COMPRENDER LA ETAPA IMPERIALISTA.

La recaudación fiscal –que se constituyó como medio de financiación del Estado de Bienestar–, tanto como el incremento del salario de los trabajadores –mayor y más justa distribución de la riqueza–, llevaron a una mayor reducción en los beneficios empresariales. A esto se le suma la independencia de la decisión adoptada por los países de la OPEP en relación al petróleo, que termina incrementando sustancialmente los costes de la energía. Así fue que los beneficios de las empresas llegaron a niveles aun más bajos a finales de la década de los años 70 y principios de los 80.

Pero al mismo tiempo y desde nuestra perspectiva latinoamericana debemos marcar que paralelamente a partir de los años 50 la diferencia tecnológica va aumentando la brecha que separa los países centrales respecto del Tercer Mundo, expresión clara del subsistente carácter polarizador del capitalismo. Para comprender esta brecha, o bien para justificarla surgen las teorías de la “modernización”⁴⁵ o del “desarrollo”, que se caracterizan por pensar la evolución de un modo único y unívoco (en nuestro país las principales figuras de esta corriente fueron Gino Germani en lo académico y Rogelio Frigerio y Arturo Frondizi en lo político). “Las teorías de la modernización [desarrollismo en

⁴⁵ El paradigma dominante en el estudio del desarrollo durante las décadas de 1950 y 1960 fue la teoría de la modernización, basada en los opuestos polares de lo tradicional y lo moderno. La idea subyacente era que, para desarrollarse, los países del Tercer y Segundo Mundo debían parecerse más a los del Primer Mundo en su economía, en su política y en su sistema de valores (Sklair, 2003).

nuestro país] del sistema global se basan en la distinción entre lo tradicional y lo moderno. La idea central de la teoría es que el desarrollo gira en torno a la cuestión de actitudes y valores (más que a los intereses materiales involucrados en el expansionismo capitalista). Las sociedades tradicionales están gobernadas por individuos tradicionalistas; aquellos que orientan su mirada al interior, no preparados para innovar e influidos por la magia y la religión; mientras que las sociedades modernas son gobernadas por individuos de mentalidad moderna, que miran hacia el exterior, ávidos de probar cosas nuevas, influidos por el pensamiento racional y la experiencia práctica” (Sklair, 2003).

Según esta teoría existen naciones o mercados nacionales que ya han realizado su proceso de desarrollo merced al aprovechamiento de sus potencialidades y otros países que todavía deben transitar por el mismo camino para alcanzarlas. Conforme este planteo la diferencia sólo existe en el grado de evolución.

En contraposición a esta teoría de la modernización o el desarrollo, que considera un único camino de desarrollo posible, aparecen los llamados teóricos de la dependencia⁴⁶, entre los que podemos citar a Samir Amin, Theodor Dos Santos, Andre Gunter Frank, Cardozo y Falletto, etc. Su principal virtud consiste en mostrar la relación entre el desarrollo de los desarrollados y el subdesarrollo de los subdesarrollados⁴⁷. Para estos pensadores “el desarrollo del centro y el subdesarrollo de la periferia son dos elementos complementarios e indisolubles de un mismo proceso que se inscribe en la estructura del sistema capitalista mundial” (Brillard y Senarilens, 1980)⁴⁸.

Si hay que rescatar un aporte de la Teoría de la Dependencia que persista en la actualidad más allá de las contribuciones concretas efectuadas en su tiempo, es más bien en la actitud, en la postura adoptada para abordar el cuestionamiento de la relación de dominación y los problemas centrales del Tercer Mundo. La clave del legado de este pensamiento hay que encontrarla en una actitud crítica frente al pensamiento predominante de los centros y cuestionamiento de su aplicación en la periferia. Esta actitud refleja un proceso de descolonización cultural. Sin duda que la forma más sutil de subordinar a la periferia a los objetivos e intereses de los países centrales, es lograr suprimir el pensamiento propio, universalizando soluciones, disfrazando, mediante el cientificismo, verdades relativas pasándolas al grado de verdades absolutas.

Los teóricos de la dependencia contemplan las causas enunciadas por los clá-

⁴⁶ “Se trata de una crítica rica y multiforme, que no sería bueno reducir a una pretendida “teoría de la dependencia”, pues este pensamiento social va a reabrir los debates fundamentales relativos al socialismo y a la transición al socialismo, como así también los referentes al marxismo y al materialismo histórico entendido como una posición que debe superar los límites del eurocentrismo que domina el pensamiento moderno” (Amin, 2003).

⁴⁷ “Los teóricos dependentistas, por lo tanto, estaban todavía tratando de contestar la cuestión que había preocupado a los marxistas desde comienzo del siglo: ¿puede el capitalismo desarrollar al Tercer Mundo? Frank y aquellos que suscribían su teoría del desarrollo del subdesarrollo, inequívocamente negaron que el capitalismo pudiera desarrollar alguna vez al Tercer Mundo. Lo mejor que podría hacer es permitir un grado pequeño de enclave de desarrollo, que solamente reprodujera la explotación del Primer al Tercer Mundo” (Sklair, 2003).

⁴⁸ Blomström y Hettne citados por Theodor Dos Santos (2003) resumen en cuatro puntos las ideas centrales de la escuela de la dependencia: “a) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados; b) el desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal; c) el subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista; d) la dependencia no es sólo un fenómeno externo sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política)” (Dos Santos, 2003).

sicos marxistas y le agregan a su vez otros importantes factores, que les sirven analizar el carácter de la relación imperialista:

a) La disparidad de las tasas de remuneración del capital. Esto significa que cuando el capital se exporta los beneficios aumentan. Esto se apoya en la ley de disminución de las tasas de beneficio en los países centrales. Estos beneficios a su vez son repatriados (alrededor del 85% en los primeros años, según algunos autores) a los países centrales, creándose así un flujo inverso de capitales de la periferia hacia el centro. Este flujo inverso supera con creces la exportación de capitales en dirección al Tercer Mundo. Dicho en buen criollo los centros del poder imperialista “se llevan siempre más plata que la que traen”... Es decir, son los países “subdesarrollados” los que sustentan parte del “desarrollo” de los desarrollados. La principal y real afluencia de capitales tiene un sentido inverso al que permanentemente se proclama.

b) La colocación del excedente productivo en nuevos mercados. Buscar en nuevos mercados nuevos beneficios es uno de los motores sustanciales del capitalismo, por lo menos en la etapa analizada. Esto se da también y de un modo considerable entre los propios países “industrializados”, lo cual es demostrado por el mayor grado de intercambio de bienes y servicios entre estos que con respecto a los periféricos. Esta progresión de intercambio consiste, fundamentalmente, en un creciente control de mercados subordinados y constituye un elemento clave del crecimiento económico a nivel mundial.

c) Las necesidades del militarismo. En la medida en que la tasa de beneficio tiende a bajar el Estado capitalista se esfuerza por sostener algunos sectores improductivos caracterizados por tasas de beneficios elevados, por ejemplo las industrias de armamentos. En efecto, los gastos militares de las grandes potencias con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial favorecieron la creación de un vasto complejo militar-industrial, es decir, una enorme coalición de intereses económicos y políticos que sostiene y fomenta –sobre todo en EEUU y Francia– por su propia dinámica las intervenciones imperialistas –bases militares, invasiones, guerras imperialistas (por ejemplo Vietnam), etc. y las guerras entre sí de los países periféricos, para poder colocar sus productos.

d) La dependencia de las metrópolis con respecto a la periferia en el campo de las materias primas. Según una mentira repetida lo suficiente (“miente, miente que algo queda”, les enseñaba Goebbels) como para parecer cierta, el “Primer Mundo” se autoabastece de materias primas. Pero esto es evidentemente falso, pues los EEUU tienen necesidad de importar, para sólo citar un par de ejemplos, más de la mitad de sus metales y de su lana. Aunque, como es obvio, el precio de estas mercaderías y otras igualmente necesarias no se fija en los países productores de las mismas, sino precisamente en aquellos que supuestamente “no las necesitan”, pero que las importan de hecho.

Los autores que analizan la relación de dependencia no se quedan en las causas sino que también intentan explicar los medios de dominio.

1) El intercambio desigual. Se define por tal a la relación resultante del hecho de que los países de la periferia exportaban hacia los países “desarrollados”, esencialmente materias primas o productos semiterminados que implicaban un grado débil de transformación e importaban los productos manufacturados o con alto valor agregado. Esta relación de injusto intercambio es considerada como la resultante de la dominación colonial del pasado que impuso a los países del Tercer Mundo una estructura económica basada en ciertas explotaciones como actividad excluyente (monocultivo, como por ejemplo el banano en Honduras, monoexplotación, como el Cobre en Chile). El carácter de la relación sume a las periferias en su

situación de dependencia, haciendo imposible la diversificación de las producciones, indispensables para el desarrollo de una estructura industrial autocentrada, al tiempo que aseguran a la metrópoli el aprovisionamiento de materias primas que necesitan para su desarrollo. Al intercambio desigual se le suma el deterioro de los términos del intercambio, esto es, de la relación entre el valor unitario medio de las exportaciones de los países dependientes y el mismo valor de sus importaciones desde las metrópolis. Es importante repetir que los precios de las materias primas jamás fueron puestos por los países productores, sino por los grandes mercados situados en los países centrales. Así el precio del trigo des rige por la Bolsa de Cereales de Chicago, aunque se produzca en la Pampa Húmeda y el Zinc que se produce en Bolivia fija su valor en las Bolsas Europeas.

También existieron doctrinas⁴⁹ críticas del deterioro de los términos del intercambio mundial dentro del marco de la concepción capitalista⁵⁰ y sus instituciones: “Una de las principales doctrinas latinoamericanas es el cepalismo, nombre que viene de CEPAL (Comisión Económica para América Latina) fundada en 1948 como organismo de las Naciones Unidas y que tuvo en Raúl Prebisch su principal animador. La doctrina cepalista se puede sintetizar diciendo que concibe al desarrollo como un factor atinente al sistema global y no como una cuestión meramente nacional, tema en el cual, a nivel mundial la desigualdad le es inherente porque existen economías centrales y periféricas con una brecha que se acentúa con el paso del tiempo. Las economías periféricas aparecen así condenadas, no al subdesarrollo, sino a una forma especial de desarrollo caracterizado por una estructura especializada y dual, a diferencia del centro que tiene una diversificación técnica y productiva. La especialización de la periferia se manifiesta en los artículos primarios o materias primas que produce y en la convivencia tecnológica entre técnicas avanzadas y técnicas arcaicas. Esta especialización en materias primas contrasta con el centro, ya que este se dedica a los productos manufacturados. Ambas diferencias, estructurales y funcionales, producen lo que se denomina el “deterioro de los términos del intercambio” que en forma acelerada mantiene e incluso amplía la brecha entre el centro y la periferia” (Ortiz, 2003).

Para entender qué es el deterioro de los términos del intercambio nada mejor que un ejemplo práctico: “Por una locomotora que Brasil pagó con 15 mil sacos de café hace 20 años, hoy en día tiene que pagar tres veces más (46 mil sacos de café). El valor de esa locomotora no se ha triplicado en esos veinte años y el valor del café no ha disminuido. Sólo cambió el precio en el mercado mundial, el cual determina la relación de intercambio entre los productos industriales, ofrecidos en su mayoría por los países ricos, y los productos naturales, ofrecidos preponderantemente por los países pobres” (Heinz Dietrich, 2003).

⁴⁹ Algunos utilizan el concepto de “backwash effect” elaborado por Myrdal y utilizado por Higgins para agrupar el conjunto de doctrinas similares propuestas por el propio Myrdal, Singer, Prebisch, Lewis, Nurkse y otros para explicar los efectos deformadores que el comercio exterior de bienes primarios ocasiona en los países exportadores de esos productos, y que generaría un proceso acumulativo divergente en el desarrollo de los países centrales industrializados en relación al de los países exportadores de productos básicos.

⁵⁰ “La CEPAL, como el ISEB en Brasil, representó el auge de la ideología nacional-desarrollista en América Latina y en todo el llamado Tercer Mundo. Era la afirmación de las clases dominantes de la región de que no aceptarían retroceder a la condición de simples exportadoras de productos agrícolas y materias primas que la caracterizó hasta la década de 1920. Ellas confiaban en el papel de la reciente industrialización de varios países latinoamericanos como fundamento de su modernización, identificando el proceso de industrialización como el desarrollo económico, social y político” (Dos Santos, 2003).

Desde la CEPAL, Raul Prebisch y sus discípulos como Celso Furtado y Aldo Ferrer no sólo plantearon esta doctrina del deterioro de los términos del intercambio, sino que, además, efectuaron propuestas, algunas de las cuales pueden rescatarse para abordar el tratamiento de los problemas de algunos problemas concretos de desarrollo de nuestros países; incluso es rescatable una perspectiva abarcadora fundada en “rechazar el fatalismo de los mercados” (Ferrer, 2006).

Arghiri Emmanuel, otro de los destacados pensadores de la teoría de la dependencia, fue más allá y elaboró una visión particular de la cuestión; si los términos del intercambio son desfavorables a la periferia es porque se trata de la periferia y no porque ésta exporte productos de base. El intercambio desigual se produce fundamentalmente por la diferente explotación de la fuerza de trabajo: “El intercambio desigual consiste entonces en cambiar una pequeña cantidad de trabajo altamente remunerado por una gran cantidad de trabajo escasamente remunerado”.

2) La exportación de capitales. La succión del excedente de los países periféricos a la que nos referimos anteriormente se da a través del mecanismo de dos tiempos. Inversión primero y remesa de utilidades después. La inversión imperial condiciona asimismo la producción de los países periféricos, pues en principio se centra en determinados sectores que le son útiles para su desarrollo a las Metrópolis, distorsionando de esta forma la posibilidad de crecimiento de la estructura productiva de los países periféricos en armonía con sus propios intereses.

3) Los organismos internacionales y las “ayudas” al Tercer Mundo. La ayuda “caritativa” se presenta en forma de préstamos, condicionados en su gasto y condicionantes para quien se compromete en ellos. La cooperación técnica y los acuerdos culturales son generalmente un disfraz de la introducción de modos de producción y de consumo de las sociedades capitalistas industriales. El manejo de la ayuda para los “países amigos” y el boicot para los que no comulgan con las formas de vida del Primer Mundo, son otro de los medios del imperialismo.

Un párrafo aparte merecen las consideraciones que formulan los teóricos de la dependencia respecto de los organismos internacionales. “La organización internacional está al servicio de los intereses colectivos que ligan entre sí a las diferentes burguesías del mundo, favoreciendo la acumulación internacional del capital y la reproducción de esta situación. También tiene por función el evitar que se desarrollen conflictos de intereses entre las formaciones sociales del centro” (Senghaas, 1973)⁵¹. La intervención posterior sistemática y metódica de organismos como el FMI y el Banco Mundial en los asuntos económicos y sociales de los países del Tercer Mundo, parecen confirmar el sentido de la crítica. En particular vamos a analizar la acción de estos organismos en la implementación del proceso de globalización (ver capítulo XII).

4) Pero el principal y más efectivo de los medios de dominación que estudian estos autores son las sociedades multinacionales. En contraposición a los desarrollistas que encontraban en la industrialización la salvación de todos los males, fue la teoría de la dependencia la que descubrió que en la medida en que esta pasaba a ser comandada por la inversión externa, de empresas multinacionales, esta perpetuaba la lógica de la polarización capitalista, tendiendo a la concentración y financierización y no a la distribución de la renta. Las multinacionales son caracterizadas como grupos no sólo industriales, sino también bancarios y financieros, que constituyen monopolios capitalistas, con capacidad de operación en diversos mercados. La actividad de las multinacionales se orienta

a aprovechar la expansión de los mercados periféricos que se generaron a partir de la desconexión producida por las guerras interimperialistas. Fundamentalmente se dirigen a quebrar el desarrollo autónomo a través de una inversión empresaria que engendra aun más dependencia. Entroncándose con el mecanismo histórico de remisión de las utilidades producidas por una inversión descriptas en el punto 2). Las multinacionales ponen la industrialización del Tercer Mundo bajo el control extranjero, lo cual agrava su dependencia, puesto que no sólo el sector de sus exportaciones está dirigido desde el exterior sino también el de sus importaciones. Las multinacionales pasan a controlar el ciclo de la producción y determinan por sí mismas el origen de su aprovisionamiento, y optan con frecuencia por importación de bienes que ellas mismas fabrican en los países centrales. A todo esto hay que sumarle la dependencia financiera, pues las producciones locales se hacen tributarias de las patentes extranjeras.

Los teóricos de la dependencia demuestran cómo la injerencia de las multinacionales contribuyó a un desarrollo relativo, desigual y dependiente de muchos mercados nacionales. Estos países, son los que han de ser llamados en “vías de desarrollo”. Es decir, cierta forma de desarrollo industrial no es incompatible con el capitalismo monopolístico, y aunque sólo sea porque las multinacionales tenían necesidad de algún nivel de prosperidad en los mercados conquistados y controlados, sin que esto alterase el sentido de la dominación.

Esas empresas multinacionales representan una nueva fase del proceso de concentración de la producción y el capital a nivel mundial. Si originalmente los monopolios se implantaron en la periferia a fin de controlar las fuentes de aprovisionamiento desde los años cincuenta tuvieron, además del objetivo de reaccionar contra las industrias nacientes en numerosos países (sobre todo de América Latina), siendo también claves como medios para burlar las barreras aduaneras y demás obstáculos no tarifarios al abrigo de los cuales se desarrollaban la incipiente industria periférica. El control de las multinacionales de la producción en los mercados tercermundistas, constituye una primera etapa de un largo proceso que va desde la internacionalización de la economía hacia una transnacionalización (integración de ciertos sectores útiles al mercado único mundial sin consideración del resto del mercado nacional). “La participación de las 200 más grandes empresas globales en el Producto Bruto Mundial pasó de 17% en 1965 a 24% en 1982, superó la barrera del 30% en 1995 llegando al 33% en 1997. La actual avalancha de fusiones y el impacto concentrador de la recesión asiática (más lo que le siguió) colocarían a esta cifra a inicios del siglo XXI en un nivel superior al 35%” (Beinstein, 2000).

Estos pensadores del Tercer Mundo, han descripto en su momento las nuevas formas del imperialismo, efectuando con sus análisis sobre las multinacionales un aporte clave para comprender el ciclo posterior, pues su desarrollo nos va a conducir a la comprensión de los Grupos Económicos Transnacionales, a los que caracterizamos como sujetos principales de la globalización⁵² en el capítulo V.

Estos mecanismos de dominación analizados, más otros que son de naturaleza interior respecto del capitalismo de los países centrales, van marcando la diferencia de potencial productivo con el bloque soviético. Esta brecha a favor de los países capitalistas centrales se fue haciendo cada vez más favorable a estos últimos. “Este distanciamiento cuantitativo permitió que las economías de mercado dominantes dieran, pese a la crisis de los 70, un gigantesco salto cualitativo tecnológico, ante el

⁵² “Los dependentistas sostienen que el sistema capitalista global operó activamente a través de las Corporaciones Transnacionales, aunque no sólo de esta manera, con el objetivo de subdesarrollar al Tercer Mundo” (Sklair, 2003)

⁵¹ Citado en el libro “El imperialismo” de Braillard y Senarilens, 1980

cual el sistema soviético no tenía repuestas eficaces, trabado por su deterioro burocrático y con menores recursos, el volumen absoluto del capitalismo central devino rápidamente desde los años 70 superioridad cualitativa” (Beinstein, 2000).

Así finalmente, nos vamos acercando a la etapa globalizadora donde se hace muy complicado encontrar una escuela de pensamiento, o un grupo de pensadores que planteen sistemáticamente la crítica al proceso de globalización desde su inserción periférica.

Para finalizar este apartado y su referencia general al sistema de dominación imperialista otra vez queremos hacer uso del recurso de citar a los militantes que combaten al sistema para avanzar en su comprensión. En este caso podemos recoger las palabras de Evita: “Es hora de decir la verdad, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Existe en el mundo naciones explotadoras y naciones explotadas. Yo no diría nada si se tratase solamente de naciones, pero es que detrás de cada Nación que somete el imperialismo hay un Pueblo de esclavo, de hombres y mujeres explotados. Y aun las mismas naciones imperialistas esconden siempre detrás de sus grandezas y de sus oropeles la realidad amarga y dura de un Pueblo sometido. El imperialismo ha sido y es la causa de las más grandes desgracias de una humanidad que se encarna en los Pueblos”⁵³.

EL FIN DEL ESTADO DE BIENESTAR.

El keynesianismo histórico había construido el Estado de Bienestar en los países centrales. Esto le permitía administrar el capitalismo concediendo poder, pero al mismo tiempo con una integración de los trabajadores, garantizada por un reparto de los beneficios de la acumulación socialmente aceptable. Este sistema fue funcional a la coyuntura con una notable eficacia, y fue motor de la aceleración del crecimiento. Pero esa concesión de poder se fundaba en tres pilares. Por un lado la creciente organización de los trabajadores, por otro lado la amenaza del contagio comunista y finalmente los procesos autonomistas de los países del Tercer Mundo.

Las tres condiciones fueron perdiendo vigencia. En la medida en que el capital comienza a reestructurar el aparato productivo, a partir de la caída del “socialismo real”, y en función de la redomesticación de las burguesías periféricas, el reparto del poder y la riqueza que ese equilibrio de fuerzas implicaba, manifestado –por lo menos en los países centrales– en el Estado de Bienestar, fue perdiendo su posibilidad de subsistencia. De este modo el keynesianismo estuvo condenado a abandonar la escena de la historia para dejar su lugar al retorno de los liberales. Lo cual finalmente se produjo a partir de los ochenta.

Es que, ese sistema de conceder poder y repartir la riqueza tenía un alto costo para el capital. Esto se manifestaba concretamente con una marcada tendencia bajista de las tasas de ganancias empresariales a fines de los sesenta. Esto “incita a los poseedores de capitales o bien a posponer directamente sus decisiones o bien, en el caso de las empresas, a renunciar a las operaciones de ampliación

⁵³ Este vínculo establecido en su discurso por Evita no es una cuestión menor. Demuestra una comprensión clara del funcionamiento del sistema de dominación que es a la vez un sistema de Estados–Naciones desiguales (imperialistas y dependientes) y un sistema de explotación de los Pueblos (eso es apropiación del excedente por sectores sociales externos y también internos), sin que se pueda separar un aspecto del otro. La expansión continua de la dominación del capital así como generó los Estados Imperialistas, fue generando también a las clases sociales subalternizadas, que no pueden comprenderse correctamente sino es a partir de su situación en el sistema–mundo.

de sus capacidades productivas ya subempleadas en beneficio de inversiones destinadas a mejorar su capacidad competitiva. Precisamente, son las empresas (en general transnacionales) que logran mejorar notablemente sus capacidades competitivas, las que están al frente del movimiento de la apertura mundial de los mercados, de la que ellas serían las primeras beneficiarias” (Amin, 2003).

Si tenemos que marcar un punto de inflexión en tanto comienzo de la etapa globalizadora debemos señalar fines de los años setenta, donde en los países centrales se inicia una revolución antikeynesiana encabezada por el monetarismo. La preocupación central de los economistas corre su eje hacia el combate contra la inflación. Esto se produce “no como resultado del *descubrimiento* teórico de los problemas que acarrea la inflación, sino más bien como expresión ideológica de las necesidades prácticas del capital en su pretensión de reconstituir sus condiciones para valorizarse a largo plazo en el contexto de la onda larga depresiva; por tanto, este fenómeno debe entenderse sobre todo como un aspecto del proceso de reestructuración del capital” (Flores Olea, 1999).

El monetarismo no sólo lanzó una cruzada contra la inflación que se devoraba sus ganancias sino también contra la intervención estatal en la economía; justificada como un combate contra cualquier mecanismo que distorsione el “libre” funcionamiento de las fuerzas del mercado, es decir, la libre autodeterminación del capital.

Al comenzar la onda larga depresiva, se desencadenan reacciones de distinto tipo –algunas objetivas (no planeadas) y, otras, producto de decisiones de política económica (subjetivas)–. Estas reacciones tienden a transformar las estructuras económicas y la sociedad en diversos aspectos. Durante la primera etapa de esos cambios a comienzos de la década de 1980–, se produce la coincidencia del estancamiento y la inflación (estañflación), lo cual permitió disminuir el valor de la fuerza trabajo; es decir, reducir los costos laborales del capital sin necesidad de disminuir en términos absolutos los salarios nominales.

Pero, sin duda, los cambios que se verificaron en las décadas del 80 y el 90 tienen sus movimientos preparatorios. En este sentido el rol cumplido por la Comisión Trilateral es de carácter fundamental. A principios de la década del 70 el norteamericano David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank, propone la creación de una organización que estreche los vínculos de cooperación entre las potencias capitalistas. A este financista norteamericano le preocupaba el deterioro relativo de las tasas de ganancias y veía en la competencia interimperialista entre las “democracias industrializadas” un factor negativo en el proceso. Con fundamento en la necesidad de complementarse entre los principales sectores oligárquicos de las tres regiones, propone la integración de un organismo que, compuesto por miembros norteamericanos, japoneses y europeos, promueva el intercambio sobre todo en el campo de las relaciones científico–tecnológicas y sus efectos comerciales. Así se da lugar a la formación de la Comisión Trilateral en julio de 1973.

La Trilateral fue concebida como una red de organizaciones discretas, prestigiosas y relativamente informales, integrada por miembros muy influyentes que interactuaban entre sí y aunaban sus sinergias. Entre los antecedentes de dicho organismo podemos citar al Council on Foreign Relations (CFR), al mismo “le cabe una posición excepcional e importante, debido a su sólida tradición y trayectoria, a la alta relevancia de sus miembros y a su fuente de prestigio dentro y fuera de los Estados Unidos. El CFR⁵⁴ fue fundado tras la Primera Guerra Mundial

⁵⁴ “El Consejo creado en la década del 20, había nucleado con anteriores a importantes miembros de los grupos privados empresariales y que como sostiene Assman (1978) “Fue ab-

en base a una serie de conversaciones mantenidas en el Hotel Majestic de París entre miembros muy puntuales de las delegaciones de Estados Unidos y de Gran Bretaña que participaban en representación de sus respectivos gobiernos en la Conferencia de Paz de París al finalizar la guerra” (Salbuchi, 2001).

“Miembros de una serie de organizaciones privadas, como el Consejo de Relaciones Exteriores y el Grupo Bilderberg, formaron parte posteriormente de la Trilateral. El grupo Bilderberg, nacido en 1954, surgió del Consejo de Relaciones Exteriores e incluyó a representantes de importantes transnacionales como ITT, ATT, General Motors, General Electric, Allien Chemical, Fiat, Mobil, Exxon, Royal Dutch, Shell, y a personajes como Rockefeller y Kissinger” (Corbalán, 2002).

La Comisión Trilateral si bien se justifica desde su propio nombre como un vínculo cooperativo a nivel internacional, es decir, entre los Estados Nación dominantes, ha significado un punto de inflexión desde que fue herramienta y facilitador de los nexos y la vinculación entre agentes individuales que forman parte de los sectores de elite a nivel mundial. A poco de andar estos lazos se fueron extendiendo incluso a las oligarquías de otros países, o sea, no sólo a aquellos pertenecientes a los países trilateralistas. Los componentes, protagonistas e impulsores, de esta Comisión transnacional y los que se van sumando a ella son los más importantes empresarios, banqueros, figuras del ámbito académico y político, periodistas prestigiosos y funcionarios encumbrados. De esta manera la Comisión Trilateral se va a configurar como la más genuina representación de los intereses del capital financiero y de producción del incipiente carácter transnacional del capital concentrado.

En función de su composición no es sorprendente que, desde la óptica de la trilateral, “comienza a advertirse una preocupación por el conflicto entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado que desbalancea el conflicto central existente entre el bloque comunistas y el capitalista”. Al respecto Brzezinski sostiene en 1975 que “hoy en día, creemos que el plano visible de la escena internacional está más dominado por el conflicto entre el mundo avanzado y el mundo en desarrollo que por el conflicto entre las democracias trilateralistas y los Estados comunistas, y las nuevas aspiraciones del Tercer y Cuarto Mundo, tomados en conjunto, representan desde mi punto de vista una amenaza mayor a la naturaleza del sistema internacional y, en definitiva, a nuestra propias sociedades y la amenaza es que se nieguen a cooperar”⁵⁵.

Tampoco es sorprendente que desde allí surgieran los primeros embates contra la propia estructura del Estado-Nación. “George Ball, miembro de la Comisión Trilateral y ex subsecretario de Estado de Estados Unidos, decía a fines de los 60: “las fronteras políticas de los Estados-Nación son demasiado estrechas y constreñidas para definir el alcance y las actividades de las empresas modernas (...) con el objeto de sobrevivir, el hombre debe usar los recursos del mundo de la manera más eficiente (...) esto solamente es posible cuando las fronteras nacionales no tiene ya un papel crítico en la definición de los horizontes económicos”⁵⁶.

Uno de los caballitos de batalla del pensamiento trilateralista fue la idea de la interdependencia, para contrarrestar de algún modo la idea de imperialismo extendida muy fuertemente en aquella época por todo el mundo. Pero el sistema de ideas de la Trilateral iba mucho más lejos. Se pretendía moldear a un mundo que aparecía

solutamente determinante en la política norteamericana desde 1920 hasta hoy. (...) Buena parte de la legislación interna de Estados Unidos fue inspirada por el Consejo a través de sus portavoces en el Congreso y en el conjunto del aparato estatal” (Corbalán, 2002).

⁵⁵ citado por Corbalán, 2002.

⁵⁶ idem anterior.

como amenazante al sistema del capital. Reformulación que impulsa en pos de su propia supervivencia que se veía amenazada por el avance de los Pueblos. Las estrategias expuestas por los trilateralistas se centran tanto sobre el disciplinamiento tanto de la fuerza de trabajo como de los Estados Nacionales y su democracia.

En definitiva podemos afirmar con la autora argentina Corbalán que “El proyecto neoliberal aplicado desde los años 80 fue el trilateralista, que es su expresión de los intereses corporativos de las transnacionales y el capital financiero. Este proyecto consiguió un importante consenso entre los países trilateralistas del capitalismo desarrollado, que se plasmó en el Consenso de Washington de 1980” (Corbalán, 2002).

Aunque la mayoría de los autores sindicaron a los gobiernos de Thatcher (1979) y Reagan (1980) como el inicio del modelo neoliberal, en realidad, le cabe al dictador chileno Augusto Pinochet el dudoso orgullo de ser el primero en impulsar este tipo de políticas. En realidad se trató de un globo de ensayo, en condiciones “químicamente puras” pues el régimen del terror impuesto por la dictadura chilena había “esterilizado” el territorio de cualquier contaminación posible. La sangre de miles de patriotas chilenos, incluido entre ellos la de Salvador Allende, estaba aun fresca. Sin oposición posible y aislada por un sistema represivo feroz el neoliberalismo hizo su entrada en la historia. “Pinochet había desarticulado la oposición de izquierda y el sindicalismo, lo cual facilitó la desregulación, el desempleo masivo, redistribución de la renta a favor de los ricos y la privatización de las empresas estatales” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Pero donde más fuerte va a prender el modelo neoliberal va a ser en los países centrales. A los ya mencionados casos norteamericano (Reagan) e inglés (Thatcher) se suman a la oleada neoliberal Alemania en el 82 y Dinamarca en el 83. Finalmente se va extendiendo al resto de Europa.

“No fueron sólo los gobiernos de derecha del Norte de Europa los que implementaron variantes del esquema neoliberal. En el sur del continente, los gobiernos socialdemócratas de Francia, España, Portugal, Italia y Grecia veían frustradas sus intenciones de reformar el capitalismo por un proceso objetivo e incontrolable de contracción, concentración y transnacionalización del capital que restringía las posibilidades de redistribuir una parte de la plusvalía global, en correspondencia con los preceptos del Estado de Bienestar” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Ya vimos cómo a fines de los años sesenta se produjo un considerable aumento de la inflación. En la década siguiente, la suba de los precios del petróleo agravó las presiones inflacionarias. De este modo, la tasa de inflación, que en los países centrales fue del orden del 3% hasta la década de 1960, aumentó a más del 12% en 1974 y se mantuvo en altos niveles hasta principios de los años ochenta. “La estabilidad de los precios se convirtió entonces en el objetivo dominante de la política económica de los países centrales. Hacia la misma época, el presidente Reagan en los Estados Unidos y la primera ministra Thatcher en el Reino Unido iniciaron programas fundados en el achicamiento del Estado, la desregulación de los mercados y la reducción de la carga impositiva para los grupos de mayores ingresos. La onda neoliberal, impulsada por las dos grandes naciones anglosajonas, se difundió en otros países. La estrategia estabilizadora fue exitosa porque logró reducir la tasa de inflación hasta los mismos niveles imperantes en la década de 1960. Pero en el plano real de la producción, la inversión y el comercio, las políticas neoliberales produjeron malos resultados. En las economías avanzadas que integran la OCDE, la tasa de crecimiento del producto cayó del 5% anual en el período 1945–1975 al 2,6% desde 1976 hasta la actualidad” (Ferrer, 1998).

Sin embargo, no se puede reducir el fenómeno neoliberal solamente a cierto

tipo de políticas monetarias. La posibilidad de instalación de este tipo de políticas reaccionarias, en la mayoría de los países, tiene su base en la involución de las relaciones sociales, cada vez más desfavorables a las clases trabajadoras y en general a los Pueblos de la periferia y cada vez más propicias al capital dominante. El neoliberalismo como punto de arranque del proyecto globalizante hay que estudiarlo en el marco del fortalecimiento del poder del capital frente a los Pueblos del mundo. En muchos análisis no se profundizan las causas de este proceso, aunque sus consecuencias aparezcan claras: la desaceleración del crecimiento, la profundización de las desigualdades sociales, el aumento de las tasas de interés, la preponderancia del capital financiero, etc.

Las políticas neoliberales son una necesidad del capital en el proceso de reformulación de las condiciones de la dominación a escala mundial. Su objetivo es concreto y no hace falta ser un genio de las ciencias económicas para comprenderlo: el alza de los márgenes de ganancia del capital. La desvalorización de la fuerza de trabajo por vía inflacionaria se convirtió en el principal mecanismo de fortalecimiento de la rentabilidad del capital en un contexto en que la exacerbada competencia propiciaba, más que la inversión, la destrucción de los capitales menos eficientes. Sin embargo, llega un momento en que los costos de la estanflación —en términos, por ejemplo, de la incertidumbre que genera para valorar adecuadamente las inversiones de largo plazo— se vuelven más elevados que sus beneficios.

En suma, la crisis de la modalidad de acumulación tayloristas—fordista—keynesiana (Flores Olea, 1999) se manifiesta en la inflexibilidad de sus componentes estructurales ante los cambios que requiere la operación del capitalismo para reconstruir sus condiciones de rentabilidad. El estancamiento del rendimiento productivo del trabajo (el fordismo—taylorismo había llegado a su techo), el aumento en los salarios reales (producto de la correlación de fuerzas antes descriptas) deviene obstáculo para la libre acumulación del capital. Se debilita la rentabilidad creciente que el capital siempre exige. El salario revela, en su doble naturaleza: deja de aparecer como el medio para la realización de la producción y las ganancias para afianzarse en su carecer de simple costo de producción. Así concebidas, las condiciones del Estado de Bienestar se tornan excesivamente “onerosas”, medida en función de los niveles insuficientes de flujos de ganancias hacia el capital.

Entonces, estas estructuras se vuelven disfuncionales para el capital por los compromisos sociales de largo plazo que implican. A esto se le suma el hecho de vislumbrar que abrir la válvula del creciente desempleo que facilita la ruptura del compromiso del Estado en términos de la reproducción de la fuerza laboral. Las condiciones estructurales que en el período expansivo de capitalismo industrial sustentaban el auge, devienen en el período recesivo, en rigidez que pone trabas a la reestructuración del capital y al restablecimiento de la acumulación apetecida por éste. Esta es la verdadera razón por la cual el Estado de Bienestar, en sus diversas variantes nacionales, se convierte en el principal objeto de ataque de las doctrinas que acompañan el surgimiento de la globalización. Dicho en otras palabras: la principal causa de la caída del Estado de Bienestar keynesiano hay que atribuírsela al hecho de no demostrarse lo suficientemente útil como vehículo del gran capital en lo económico.

Para comprender el carácter de la globalización, como etapa, es preciso distinguirla de las particularidades de su implementación. Es el funcionamiento económico propio de esta nueva fase del capitalismo y no un modelo o política determinada (ni neo—conservadora, ni neo—liberal) lo que produce cada vez más desempleo, más exclusión en general. En esta expulsión de personas del sistema productivo está la base de la sociedad dual que la globalización está engendrando.

El neoliberalismo es tan sólo el modo en que el capitalismo toma conciencia de que sus antiguas formas de dominación y disciplinamiento, tales como las cuatro paredes de la fábrica que encierran un obrero con pertenencia a un sindicato y su dependencia general de la acción del Estado, de la construcción misma del Estado de Bienestar como árbitro de la explotación, constituyen en suma, un sistema funcional pero costoso para las ambiciones del capital.

Recapitulando: queremos insistir en la tarea de preguntarnos cómo y por qué se impone este neoliberalismo, para entender de algún modo su carácter ideológicamente hegemónico en el fin de siglo. Una lectura posible se relaciona con el rechazo cada vez más extendido de ciertas consecuencias del Estado de Bienestar. Según esta óptica, el Estado providencialista había sustituido a los “ciudadanos” por “administrados” que tenían derechos sólo en la medida en que su caso individual estaba previsto en la clasificación y por la nomenclatura legal de las necesidades. El Estado burocratizado funcionaba así como desviación de las soluciones colectivas, de la comunidad, de la propia sociedad civil, para los problemas colectivos, los lazos sociales solidarios, de carácter comunitario, se iban rompiendo en función de la dominación del aparato del Estado que toma como “clientela” al individuo (García Delgado, 1999). Otros autores fundan el sustento del discurso neoliberal en los desequilibrios que provocaron una crisis inflacionaria a que fue conjurada por este⁵⁷, tal como más arriba referíamos. Otro tipo de explicaciones más abarcativas, a las que preferimos⁵⁸, pues no negamos la incidencia de las anteriores (aunque no las consideremos únicas) tiene más que ver con la lógica propia del capital en la etapa. Nos referiremos en varias oportunidades (sobre todo en el capítulo dedicado a pensar la metamorfosis del trabajo) a que el límite encontrado por el capital en su aumento del beneficio, por la expansión y el disciplinamiento, lo hace avanzar sobre los pilares del sistema de dominación anterior, es decir aquellos que soportaba el peso de la construcción del sistema: los trabajadores y el Estado Nacional, sobre todo en la periferia. No existía otra forma de romper esos límites que iniciar un complejo proceso de emancipación del capital (del que intentaremos dar cuenta en el capítulo próximo).

La nueva ideología que aparece, asume como su mandamiento fundante la exigencia de que el Estado abandone toda función económica por no corresponderle “legítimamente”. Lo cual también implica que Estado debe abandonar las funciones que desarrollaba, incluso en relación a la educación, la salud y la vivienda. La existencia y utilidad misma del Estado es puesta bajo la picota. Todas las empresas o servicios nacionalizados se privatizan y pasan a manos de su “legítimo” propietario, que en una sociedad “sana” es la “iniciativa privada”. Esto es, dicho sin eufemismos: las empresas, el capital y en particular, en los países del Tercer Mundo, los grupos económicos provenientes de los países centrales. En este marco se da la conversión del Estado a partir del abandono de toda función regulatoria, deviniendo en un simple garante del funcionamiento de las “libres” y “espontáneas” leyes del mercado. No se trata, como algunos dicen, de un Estado ausente, sino de un Estado garante del libre desenvolvimiento del capital.

⁵⁷ “La crisis del sistema financiero internacional y del petróleo potenciaron los desequilibrios internos y externos alimentaron la inflación tanto en los países desarrollados como en la mayor parte de los latinoamericanos. En ese contexto empezó a crecer la prédica neoliberal” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

⁵⁸ Como dice Mandel: “No fue la doctrina económica predominante la que cambió la realidad económica. Fue el cambio de la realidad económica lo que cambió la doctrina económica predominante”. Mandel(1980).

La dinámica de la globalización económica mundial otorga un nuevo sentido al desarrollo de las fuerzas económicas. Las pautas de repartición de la riqueza en el Estado de Bienestar (en cualquiera de las formas que este adquirió) terminaron por hartar a los económicamente poderosos. La rebelión de las elites (Lasch, 1996) consiste en una reformulación regresiva del ingreso, a partir del poder casi ilimitado que adquiere el capital. Los datos de esta rebelión se hacen más notorios si contemplamos los dos extremos de la pirámide social a nivel mundial: “El más reciente Informe sobre el desarrollo humano de la ONU señala que la riqueza total de los primeros 358 “multimillonarios globales” equivale a la suma de ingresos de los 2.300 millones de personas más pobres, o sea, el 45% de la población mundial” (Bauman, 2000).

Las distancias⁵⁹ se acrecientan de una manera tal que se produce un quiebre (no por el medio, por supuesto) que nos lleva a una sociedad dual. A eso se suma el crecimiento de los ingresos de capital de los de arriba (del orden del 10% anual en Europa y del 20% o más en Latinoamérica) que contribuye a la progresión geométrica de las diferencias.

“Según cálculos muy conservadores del Banco Mundial actualmente algo más de 1300 millones de personas disponen de un ingreso diario inferior a un dólar. Esta población en extrema pobreza creció de manera veloz en los países de Europa del Este y de la ex URSS donde pasaron de 2 millones a más de 14 millones de personas entre 1987 y 1993 o más suavemente en América latina (22% de la población en 1987, 23,5% en 1993) y en África subsahariana (del 38% al 39%). El BM establece una “segunda línea de pobreza”, que abarca a la población con ingresos menores a dos dólares diarios con lo que los porcentajes anteriores experimentan un salto impresionante; en Brasil el 10% de la población cuenta con menos de un dólar diario, pero al subir esa barrera a dos dólares se llega a más del 40%; en Honduras 47% de la población dispone de menos de un dólar diario pero el 76% dispone de menos de dos dólares; en Guatemala las cifras son respectivamente 53% y 77%; en México 15% y 40%; en Rumania 17% y 70%; en Nigeria 31% y 60%...” (Beinstein, 2000).

Pero no debemos confundirnos pensando que esta transformación reaccionaria se produce solamente en el campo –y por obra y gracia– solamente de la economía. “Los políticos se limitan a desbrozar el camino, ofreciendo, a todo el que se hallaba dispuesto a crear una fábrica, ciertos caramelos que suelen consistir en minimizar los costes políticos y sociales, sin recibir a cambio la menor garantía de una permanencia larga en el país por parte de la empresa” y esto no sólo en los países periféricos, “en Alemania, donde los ingresos por impuestos empresariales ha descendido un 50% durante los últimos 20 años, a pesar del aumento del 90% en los beneficios de las empresas” o en el propio seno del Estado norteamericano: “Las subvenciones directas a empresas superan los 75000 millones de dólares anuales en Estados Unidos, donde los estados más pobres –con mayores diferencias de rentas entre los pobres y los ricos– ofrecen las mayores cantidades. Dentro de los programas de ayuda a las empresas Ohio declaró exentas en 1996 propiedades inmobiliarias empresariales por valor de 2100 millones de dólares” (Hertz, 2002).

En este marco político y económico se acelera la tendencia a la concentración y la expansión de las empresas multinacionales de producciones industriales diferenciadas y este fenómeno también alcanza a los grandes conglomerados de servicios.

⁵⁹ Según los datos del libro Cristianismo y Exclusión Social, en la España cada vez más europeizada el 10% más rico dispone del 25% de la renta total mientras que el 10% más pobre no alcanza al 4%. Esto se agudiza aun más si atendemos a las sociedades latinoamericanas que son (reconocido por el Banco Mundial y otros organismos a los cuales no se los puede acusar “tendenciosos”, por lo menos a nuestro favor) las que tienen las mayores desigualdades del mundo en la distribución de la riqueza.

Llegamos así a la última etapa un proceso creciente y acelerado de mundialización de la economía que se explica fundamentalmente a partir de la concentración del poder en el capital y tiene como actor excluyente a los Grupos Económicos Transnacionales (GET). “La tierra, como en el siglo XV, está ahora disponible para una nueva era de conquista. En la época del Renacimiento, los Estados eran los principales actores de la expansión colonizadora. Hoy son empresas y holdings privados los que se plantean dominar el mundo, lanzan sus razas y amasan un botín inmenso. Nunca los amos de la Tierra han sido tan poco numerosos, ni tan potentes” (Ramonet, 1999)

Es imprescindible poner énfasis en el flujo de capitales, acompañado de una desregulación generalizada de su circulación prácticamente de alcance global. Esta libertad de circulación mundial del capital (contraimagen de la imposibilidad de circulación de los seres humanos –de los seres humanos pobres, claro está), se conforma como un dato insoslayable de la nueva etapa globalizante. La misma, vehiculizada por el desarrollo tecnológico de la informática y las comunicaciones, alcanza a ser realizada en tiempo real. Esto no es un dato anecdótico, ni una cuestión abstracta. Un inversor de capital financiero puede estar operando simultáneamente en los grandes mercados de valores del mundo globalizado todos los días las 24 horas del día, transmitiendo sus ordenes de compra y venta, es decir, moviendo el capital de forma permanente sin condicionamientos de espacio ni de tiempo.

Mientras tanto, la organización social del industrialismo continúa cabalgando en la fase globalizadora como el caballo del Cid con la armadura que contiene la carne muerta del héroe que aun sirve para vencer enemigos (copiando la metáfora que los postmodernos usaban para referirse a la modernidad). Así continua la centralidad del discurso del trabajo. Paradójicamente, al mismo tiempo que habla de la problemática “transitoria” del empleo, necesita la expulsión laboral como fuente de crecimiento de las ganancias, en razón del reemplazo de la fuerza de trabajo por las nuevas tecnologías o simplemente por la opción del capital de transitar por el carril de los mercados virtuales que producen succulentos dividendos. A diferencia de los tiempos en que los índices de la bolsa de valores guardaban un reflejo más o menos cierto de la prosperidad y del crecimiento de las empresas cotizantes, hoy cuando una empresa se achica despidiendo empleados sus acciones suben sistemáticamente.

Mientras que la tasa de reinversión productiva disminuye la de beneficio aumenta, mientras que los salarios (y la participación de los trabajadores en el reparto del PBI) van bajando paulatinamente a estándares anteriores al Estado de Bienestar, la distribución de las ganancias entre los accionistas y la remuneración de la casta gerencial aumenta. Es, cada vez más, a ellos a los que apunta una producción cada vez más refinada de mercaderías, cada vez más, inaccesibles para el común. Es que el cambio en la producción (del que daremos cuenta con mayor profundidad en otros capítulos) conlleva necesariamente aparejada una redefinición del consumo. Los sectores más dinámicos de la economía configuran sus beneficios en muy baja proporción de la capacidad de consumo masivo. Por eso no sólo aparece como dato central la concentración del ingreso y del capital, sino de un segmento de la población, poderoso y rico, con un horizonte de progreso propio que no necesita de las mayorías populares.

UNA POLARIZACIÓN PROPIA DE LA GLOBALIZACIÓN: INCLUIDOS Y EXCLUIDOS.

Las nuevas formas de organización económica y política ponen hoy el concepto mismo de trabajo como derecho humano en tela de juicio a escala mundial. Y

esto teniendo en cuenta que la participación en el trabajo socialmente organizado sigue siendo la clave principal del bienestar material, de la identidad personal y del reconocimiento social. Todo el sistema de derechos económicos y políticos está fundado sobre esta piedra basal. Todo el conjunto social es transfigurado a partir del desempleo masivo. El sistema parece tener una clara propuesta que se justifica a partir del prepuesto del final de la sociedad de trabajo. Cualquier alternativa que considere el pleno empleo es en la actualidad tildada de nostálgica o acusada de utopía social romántica. La aparición de las nuevas técnicas de información y comunicación, la reingeniería de la organización laboral, la desregulación del capital, el poder de las transnacionales no sólo aceleraron el ritmo productivo, sino que terminaron por debilitar el poder de los trabajadores y las naciones periféricas. El único “realismo” posible sería adaptarse a las condiciones de un mundo compuesto por una pequeña *elite* de trabajadores calificados, con alta remuneración, suficiente para suministrar las demandas del elemento oligárquico de la población.

“El mercado mundial se debate entre dos lógicas, la de la globalización y la de desmasificación generalizada. Esto conduce a la búsqueda de segmentos transnacionales, es decir, de grandes agrupaciones de individuos que comparten, más allá de las fronteras nacionales, las mismas condiciones de vida, los mismos sistemas de valores, de prioridades, de gustos, de normas: o sea mentalidades socioculturales análogas” (Mattelart, 1999). A estos segmentos transnacionalizados es a aquellos a los que nosotros llamamos, de un modo general, incluidos. Todo el resto, más de tres cuartos de la población mundial, sólo constituimos sobras...

Hans Peer Martín y Harald Schumann, especialistas en economía de Der Spiegel, calculan que, si continúa la tendencia actual, “el 20% de la (potencial) fuerza laboral global bastará para mantener en marcha la economía (sea lo que sea lo que este signifique), hecho que reduciría al otro 80% de la población laboral del mundo a la categoría de económicamente redundante” (Martín y Schumann *The global trap*, Londres, 1997 Zed Books.)⁶⁰

Así los adelantos tecnológicos, tal como máquinas dotadas de mentes malignas, parecen encerrarnos en un mundo inhóspito para las mayorías, un paraíso para las minorías. Pero nosotros, que creemos que la tecnología no es neutra sino que responde a quien la crea, podemos preguntarnos ¿Qué intereses digitan estos caminos de la evolución tecnológica? La sociedad que nos proponen... ¿Es realmente inexorable como afirman?

Mientras tanto frente la realidad incontestable de un mundo devastado se hace añicos la promesa de que la tecnología habría de expandir la felicidad por los rincones del universo. Las connotaciones y los resultados de esta “evolución” tecnológica son tan obvios y abrumadores⁶¹ que llevan a muchos a cuestionar el significado y el

⁶⁰ Citado por Zygmund Bauman, 2003.

⁶¹ “Según datos de la ONU, mientras en los países industriales el consumo ha crecido consistentemente en alrededor de 2.3% anual en los últimos 25 años, el gasto en casas-habitación en África es hoy 20% menor al gasto de hace 25 años por ese concepto. Más de 1000 millones de personas en el mundo carecen de los bienes de consumo básicos, y forman parte, además, de un deprimente cuadro de subalimentación y desnutrición. El 60% de la población carece de servicios sanitarios, 33% no tiene acceso a agua potable, 250 millones de personas carecen de vivienda mínimamente adecuada y otro tanto no cuenta con servicios de salud y tampoco tiene acceso a una educación básica. Globalmente, las personas con 20% de los ingresos más altos en el mundo gasta 86% del total de bienes privados de consumo, mientras que el 20% más pobre apenas consume 1.3%. El 25% más rico consume 45% de la carne y el pescado, 58% de la energía eléctrica y tiene a su disposición 74% de la carne y el pescado, 58% de la energía eléctrica y tiene a su disposición 74% de las líneas telefónicas. Consume también 84% de todo el papel y cuenta con 85% de los vehículos

sentido del “progreso”. Aun así, algunos de los que disfrutaban de los inmensos beneficios para pocos de la sociedad actual, los directivos de empresas, los futuristas profesionales, muchos dirigentes políticos, los dueños de los medios, tienen una visión distinta: “la era de la información apunta a una era dorada de producción ilimitada y de creciente consumo, de nuevos y más rápidos avances científicos y tecnológicos de mercados integrados y ganancias inmediata” (Rifkin, 1996).

Para los Otros, los olvidados, los dominados, los oprimidos, los explotados, los excluidos, los condenados de la tierra, existe otra lectura del proceso globalizador y de sus caminos tecnológicos. Se asemeja más a una maldición, a una de las terribles plagas del antiguo Egipto, llamada a arrasarlo con el trabajo a causa de la nueva economía global y los impresionantes avances en autonomización que eliminan del proceso económico a tantos seres humanos. El futuro, entonces, para millones de hombres y mujeres, se torna incierto. Saben que el mundo globalizado los ignora y tienden a sentir impotencia frente al sistema para reclamar un lugar donde ser felices, donde la vida valga la pena de ser vivida. Se reconocen como los extranjeros de la “aldea global”. “Apartados por los poderes fácticos, y forzados a languidecer en la periferia del proceso económico son los grupos de ciudadanos cuyo temperamento colectivo se hace tan impredecible como los cambios de aires políticos, una masa de seres humanos cuyos destinos tienden, cada vez más, hacia los disturbios y rebeliones sociales contra un sistema que les ha hecho casi invisibles”, dice Rifkin no sin participar del miedo de los verdaderamente incluidos.

Las postales del mundo actual se pueblan cada vez más de imágenes de un contraste abrumador. Las diferencias se acentúan, tanto en el plano mundial, como inclusive al interior de las naciones, de las centrales y mucho más de las periféricas. Muchas de estas diferencias, como decíamos, se acentuaron de manera creciente aunque paulatina en el último tramo del siglo XX. Los cambios que se fueron produciendo en la implementación de este nuevo sistema de dominación fueron más graduales que drásticos. Sobre la expulsión de trabajadores del aparato productivo se va conformando una sociedad que, aunque participa globalmente de la ideología del consumo, se divide en dos velocidades de acceso a los bienes y servicios.

En el centro de la escena de esta globalización están los Grupos Económicos Transnacionales. Estos, en tanto actores principales de esta etapa, van dando forma con su práctica a una clase transnacionalizada, es decir, una *elite* de alcance mundial de consumidores que, con un alto poder adquisitivo, rompen con el mito de la masividad como única forma de obtener beneficios de las empresas. En los circuitos tales como la informática la velocidad de la innovación tecnológica, provoca la obsolescencia en cortos plazos, renovando el circuito de ventas. O bien en la Industria Cultural o del Entretenimiento⁶² en la cual la segmentación y la moda tienden a acortar los tiempos, cuyo ejemplo más claro y contundente es la industria discográfica.

VERDADES Y MENTIRAS DE LA GLOBALIZACIÓN.

La globalización como sistema de dominación está en su etapa de transición. Esto permite explicar la subsistencia de fenómenos industriales y sociales propios de la etapa anterior, que parecen cuestionar la vigencia y novedad del sistema. Además, los Estados Nacionales, cuya partida de defunción ha sido expedida por

privados” (Flores Olea, 1999).

⁶² La industria del ocio cada vez más segmentada es otro ejemplo de como la diversificación de los objetos de consumo puede reemplazar al consumo masivo (Rifkin, 1996).

anticipado por los intelectuales orgánicos del sistema, siguen vivos y coleando. Ni los Estados centrales ni los periféricos han desaparecido, pese a la idea generalizada en torno a la tesis de que el capitalismo está entrando en una especie de fase global absoluta (Sklair, 2003). Pero en este sentido la globalización tiene mucho de globo y mucho de aspiración de cumplimiento por parte de sus beneficiarios.

Para completar la caracterización de esta última etapa del capitalismo queremos resaltar que el control de la mundialización de la economía se asienta sobre una serie de monopolios que Samir Amin caracteriza de la siguiente manera: “1. el monopolio de las nuevas tecnologías, 2. el monopolio de control de flujo financiero en escala mundial, 3. el de control del acceso a los recursos naturales del planeta, 4. el control de los medios de comunicación, 5. el monopolio de las armas de destrucción masiva”. Como decíamos el complejo proceso de globalización se presenta la acción confluyente, complementaria y también conflictiva del gran capital y de los Estados Centrales condicionados por aquellos. La importancia de los monopolios de naturaleza no económica citados habla de la aun subsistente importancia de los Estados Nacionales centrales o imperialistas, que tuvieron sobre sus espaldas el despliegue de la etapa de dominación anterior. En el proceso de globalización si bien no suprime su poder, el ejercicio de este se encuentra condicionado por el creciente poder de los GET. Todo esto termina por configurar un sistema complejo en el que las políticas de subordinación y deterioro del poder de los Estados Nacionales (en particular de los periféricos), que deja inermes a los Pueblos frente a la dominación.

La globalización tiene sus ficciones y sus realidades. “La progresiva apertura de las economías al exterior va a la par con el crecimiento de los intercambios internacionales”, dicen sus defensores, beneficiarios y repiten a coro cientos de miles de plumas a sueldo, académicas o periodísticas. Pero esto quizás pueda quedar del lado de los globos si nos disponemos a evaluar la magnitud y las particularidades del fenómeno. Por ejemplo, teniendo en cuenta que los intercambios internacionales, a veces como en los “mercados emergentes” de Asia, tienen más del 60%, aunque el grado de apertura de Europa es del 8%, 10% para Japón y el 12% para Estados Unidos. Y si comparamos estas cifras con los guarismos de antes de la guerra del 1914, nos surge que estos países tenían índices similares. Muchos de estos mitos los hemos desmascarado con cifras concretas, en el capítulo anterior cuando los referimos a qué se produce y qué se comercia en el mundo actual, refutando la idea que la expansión del comercio mundial es la causa de la globalización.

Sabemos que en porcentajes del PBI mundial no es mucho mayor lo que se comercia hoy en el plano en el plano internacional que lo que se ha comerciado en otras épocas. En este punto es legítimo cuestionar el nivel real de la globalización de la economía. Aunque es cierto que determinados agentes se comportan y tienden a tener una lógica que responde a los parámetros de una economía mundializada. Esto hace que los intercambios internacionales tiendan a pesar más sobre el conjunto de las economías.

Para completar la mirada debemos, también, meternos en la naturaleza de los intercambios a nivel internacional. Si atendemos a ésta, veremos que la relación se da en forma cada vez más asimétrica, desmintiendo la idea de un comercio que zanja las diferencias planetarias. Por eso debemos reafirmar que las relaciones de dominación no pueden ser entendidas como una simple y llana interpenetración de las economías, o mejor dicho, que es preciso aclarar que en la famosa “interpenetración de las economías”, parece que a algunos les toca penetrar y a otros ser penetrados. No hay frase más cínica y cuestionable que la de uno de los representantes más conspicuos del pensamiento y la acción de la oligarquía mundial, don Henry Kissinger : “Hoy todos somos dependientes. Vivimos en un mundo interdependiente. Los Estados Unidos

dependen de las bananas hondureñas tanto como Honduras depende de las computadoras norteamericanas”⁶³. La frase es tan clara que los comentarios huelgan.

Las relaciones de dependencia siempre tratan de plantear que los países subordinados no tienen otra posibilidad que aceptar su posición secundaria en el reparto de los dones mundiales. Pero también en la etapa de la globalización, al igual que antes, al igual que siempre, la situación de los distintos países tiene amplios márgenes de maniobra, aunque estos sean considerablemente diferentes según las condiciones objetivas y subjetivas de los Pueblos que se trate.

Más allá de los márgenes de autonomía es una realidad innegable que el intercambio a nivel mundial va cambiado su naturaleza y ya no obedece a las reglas de la etapa anterior. La globalización va tejiendo una compleja telaraña de personajes, GET, fondos de inversión, prácticas transnacionales, construcciones ideológicas globalistas, etc. Todos nuevos agentes son interdependientes entre sí y abarcan el conjunto del planeta. Un ejemplo de la autorreferencia de esta red globalizante es que la mayoría del intercambio internacional de mercancías son entre o intrafirmas, es decir, exportaciones/importaciones que tienen a los dos lados del mostrador a los mismos Grupos Económicos Transnacionales. A esto debemos sumarle que en estas cuestiones como en algunas otras se ha visto deteriorado el peso y el rol incluso regulatorio del Estado Nacional (las opciones políticas neoliberales de desguace del Estado no tienen consecuencias neutras). Los intercambios virtuales o de información (Internet mediante), y los capitales circulan más fácil y más rápidamente que las mercancías y en volúmenes significativamente mayores, en cuanto a la cantidad de dinero que mueven. “Las ventajas comparativas ya no son el fundamento de la inversión económica: los principales países exportadores de autos son al mismo tiempo los principales importadores: definitivamente ha quedado obsoleta la imagen de David Ricardo de una Inglaterra que cambia sus tejidos contra el vino de Portugal” (Passet, 1998).

La característica esencial de la globalización, pues, no es el comercio, el intercambio de mercaderías y servicios a nivel mundial, como dicen los neoliberales, sino la organización concentrada a nivel mundial de los grandes oligopolios transnacionales.

“Estas doscientas megafirmas para las que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hace de escudo y de promotor, abarcan el conjunto de la actividad humana: desde la industria a la banca, del comercio al por mayor al comercio al por menor, de la agricultura extensiva a todas las esferas posibles de los servicios financieros, ya sean lícitos o ilícitos. En efecto, para los grandes de la banca y de los seguros las distinciones entre dinero limpio y dinero sucio han desaparecido desde hace mucho tiempo” (Clarimont 1999 [1]).

El proceso de concentración transnacional de las empresas coloca al tejido económico global bajo el control de un reducido número de grupos económico-financieros. Mientras tanto se propala el mito de la democratización empresarial según el cual ésta avanza en función del acceso a medios de comunicación baratos y la eficacia de las nuevas tecnologías. Este es otro de los globos de la globalización. Pretender presentar a la tecnología como democratizadora es ilusorio. Pese a ello, se suele escuchar, el efecto democratizador en las comunicaciones. Por ejemplo, la reducción del precio de las comunicaciones telefónicas, en menos de siete décadas el costo de tres minutos de comunicación telefónica ente Londres y Nueva York cayó de 330 a 1 en términos reales, una comprobación similar podría realizarse con otros enlaces internacionales,

⁶³ Citado por Atilio Boron, 2002.

incluso las comunicaciones nacionales y locales tanto en los países ricos como pobres han sufrido bajas asombrosas a largo plazo. Sin embargo si se profundiza la investigación en las mismas fuentes, pero desde otra perspectiva, se puede llegar a conclusiones totalmente diferentes. Revisando la edición del año 1998 de los “Indicadores del Desarrollo Mundial” del Banco Mundial podemos observar que en 1996 los llamados países ricos o de alto ingreso con sólo el 16% de la población mundial disponían del 65% de las líneas telefónicas del planeta mientras que los países de bajo ingreso con el 56% de la población mundial sólo contaban con el 11% de las líneas telefónicas. Y además las escasas líneas telefónicas proporcionan un servicio sumamente caro a la mayor parte de habitantes de los países pobres, por el contrario para las poblaciones del Primer Mundo ese medio de comunicación es barato (Beinstein, 2000).

LA VIGENCIA DE LA DISTINCIÓN ENTRE CENTRO Y PERIFERIA DEL SISTEMA-MUNDO.

En el mundo actual, con un importante segmento del mercado mundial globalizado, lejos de zanjarse las asimetrías internacionales estas tienden a profundizarse. Las economías de los países centrales y sus bloques productivos comerciales concentran gran parte de su comercio y de sus inversiones entre ellas mismas, y aumentan el proteccionismo respecto de los países del Sur (directo o indirecto como por ejemplo los subsidios a la producción agrícola). Al mismo tiempo, expanden mediante los organismos internacionales de crédito, la OMC, etc., el credo neoliberal de “apertura total” e indiscriminada y distorsionan vía los GET las economías de los países periféricos, comprando las empresas nacionales de máxima facturación⁶⁴.

Es importante ubicar conjuntamente con este predominio económico una exigencia respecto de la periferia que es más bien de carácter ideológico. La economía de mercado y la democracia liberal, se postulan como condición de pertenencia al mundo “civilizado”. La ideología de mercado se utiliza con el fin de presionar a los países que no cumplen esas condiciones, buscando “abrirlos” a la indiscriminada inversión externa, a conveniencia de los inversionistas —que no causalmente provienen de los países centrales, que una vez más confirmarían su condición de dominadores—.

El mito de la libre competencia a escala mundial que requiere de la atracción de capitales externos para el desarrollo, configura la última cadena ideológica de sojuzgamiento de los Estados periféricos y se configura como la condición necesaria de la adopción de políticas de corte antipopular. Estas son presentadas en frecuentes ocasiones como un mal necesario, pero siempre imprescindible para el libre despliegue del capital. Entonces, se genera una competencia entre los Estados dependientes, que funciona, al mismo tiempo, como método de aplicación de la voluntad del capital. Se explican así las políticas de gobiernos dependientes como tasas de interés por encima de las internacionales, libertad amplia de remesas al exterior, exenciones de impuestos, subsidios, reducción del costo laboral o bien flexibilización laboral y supresión de los derechos de los trabajadores, etc., en síntesis, relajamiento de las condiciones del capital que configuran sistemáticamente un proceso creciente de exclusión y al mismo tiempo la profundización de las diferencias entre los países ricos y los países pobres.

Las principales inversiones de los GET se realizan en la Triada (EEUU, Euro-

⁶⁴ “Si bien el comercio no es la característica de la mundialización, la inversión directa en el extranjero (IDE) estalla. Las IDE aumentan mucho desde 1985, mientras que los intercambios exteriores progresan exactamente como el PIB mundial” (Labarde y Maris, 1999).

pa y Japón), y recién secundariamente en los países periféricos⁶⁵. Igual relación se guarda respecto del comercio mundial. Sólo las migajas del gran banquete las que reciben los hoy llamados mercados emergentes, que amenazan a los mercados centrales, tanto como el almacenero que tiene abierto las 24 horas, amenaza a un gigantesco hipermercado, que tiene a unas cuadas. Mientras tanto, los países más pobres, que no han logrado siquiera la formación de un mercado apetecible para los GET, como por ejemplo muchos Estados africanos, son los grandes excluidos de la globalización. Son como los desocupados en el interior de las naciones, no interesan a nadie, salvo para los discursos conmovidos y las actitudes “caritativas”.

Para finalizar podemos concluir que la mundialización de la economía es indisoluble de la creación de nuevos desequilibrios entre países y regiones, y entre grupos sociales; en otras palabras, nuevamente el dualismo inherente al capitalismo ahora agravado por el proceso de exclusión.

La esta altura está más que claro que creemos que en esta etapa globalizante no se puede descartar el concepto que distingue entre regiones centrales y regiones periféricas del sistema. Uno de los objetivos de la aplanadora del pensamiento único, de la ideología globalista, fue sin duda la liquidación de teorías como las del imperialismo o las de la dependencia, e incluso de las distinciones más básicas entre centro y periferia. Estas marcaban la tendencia hacia la acentuación progresiva de la brecha entre los países ricos de mundo y las naciones pobres. Tendencias que hoy, sin dudas y ante los fríos e incontrastables números, aun se siguen verificando. Según el Informe sobre el desarrollo humano de 1997 del PNUD entre 1960 y 1990 el ingreso mundial de los países más ricos (G7) se elevó de 70 a 83% en tanto que el de los más pobres disminuyó de 2.3 a 1.4%.

Las diferencias regionales, entre Norte y Sur, intentan ser maquilladas por el discurso globalista, pero también por sus versiones *light* como la expresada por Negri⁶⁶ en el libro Imperio. El discurso globalizante recurre permanentemente a la imagen de un planeta de archipiélagos hipermodernos interrelacionados incrustándose en el Norte y en el Sur, escapando al control público de Estados burocráticos y atrasados. La revolución tecnológica con centro en la informática aparece como el catalizador de la mutación en curso. El abaratamiento, mejora y difusión de la comunicación es presentado como el ins-

⁶⁵ “La antigua relación centro periferia refería al intercambio de productos primarios y manufacturas fue progresivamente sustituida por la relación centro centro en el comercio de manufacturas” (Ferrer, 2006).

⁶⁶ El mismo autor italiano Antonio Negri hace en parte una autocrítica de su libro en una entrevista en el diario La Jornada de México: “**Esta visión que ustedes describen del imperio hace suponer que no existe más la tradicional separación entre metrópoli y periferia.** Cuando se dicen estas cosas se habla de tendencias. En diversas ocasiones se ha reprochado la desvalorización del tercer mundo y de la periferia capitalista que se refleja en nuestro libro. Estoy de acuerdo con las críticas que hemos recibido, salvo en dos puntos. Uno es el de la unificación de la clase dirigente, de las *élites*. Está fuera de duda que la *élite* rusa o la del sudeste asiático, incluso las africanas que han acumulado tanto, y que han podido mandar a sus hijos a Harvard e invertir en Wall Street, forman parte de la *élite* imperial. Y dos, es verdad que aparte de todas las diferencias que es necesario hacer, hay situaciones en que la línea de separación entre países del tercer mundo y las metrópolis de las naciones avanzadas son cada vez más dentro del mundo global. Podríamos decir que son más bien verticales que espaciales; es decir, que la división del trabajo y estratificación no se encuentran solamente distribuidas sobre todo el globo, sino que son también extremadamente duras y consistentes en los puntos más altos del imperio. No creo que verdaderamente existan actualmente grandes diferencias entre el proletariado de Los Angeles y de otras ciudades del sur del mundo (Negri entrevista 2002 en La Jornada).

trumento decisivo en el proceso de disolución de las diferencias entre centro y periferia, como también de la desaparición de fronteras estatales, sociales y culturales. Proceso abierto que se intenta presentar como una irrefrenable marcha hacia la democratización global. Pero la realidad, obstinada y distante de los objetivos de esta oligarquía globalizada se empeña en demostrar que la brecha entre los países ricos y los pobres es cada vez mayor, al igual que entre las personas consideradas individualmente. El carácter polarizador en el plano nacional del capitalismo lejos de estar en su ocaso, se presenta en su apogeo.

La irrupción de las innovaciones de la tercera revolución tecnológica ha agravado las desigualdades regionales y no ha tenido efecto alguno respecto de la verdadera democracia. Las empresas transnacionales disponen de ventajas tecnológicas que les permiten desplazar a las de los países pobres, provocando en éstos pérdidas de empleos. “En los países centrales las megaempresas han ido desplazando o sometiendo velozmente a pequeñas y medianas industrias tradiciones pero también a emprendimientos nuevos que no pueden afrontar los costos (cada vez más altos) de la innovación, que carecen de la envergadura mínima necesaria para perdurar en mercados dominados por un competencia feroz. En la periferia los fenómenos convergentes de desestatización, desnacionalización y apertura a las importaciones significó desde los ochenta, pero sobre todo durante los noventa la declinación o en ciertos casos la extinción de numerosas burguesías y burocracias nacionales y la reconversión de sus sobrevivientes a formas degradadas, lumpen-burguesas, reproduciéndose como un submundo de los grandes intereses transnacionales” (Beinstein, 2000).

Ni siquiera la supuesta igualdad se verifica en el plano de la llamada era del conocimiento. En efecto, si alguien considera que el conocimiento es la base del desarrollo, tendría que reconocer también las asimetrías que se dan en este terreno y el enorme abismo entre las regiones ricas y pobres, no es circunstancial el hecho de que el 90% del gasto mundial en investigación científica y tecnológica se haga en el Norte.

Puede continuarse ilimitadamente citando ejemplos que desmientan la falacia de la caída de la distinción entre centro y periferia, en el marco de una globalización excluyente y favorable a intereses del capital concentrado. Los países más pobres, con 10% de la población mundial, participan sólo con 0.3% del comercio mundial, la mitad de su participación de hace 20 años. Los precios reales de los productos básicos en la década de 1990 han disminuido 45% respecto a sus precios de los años ochenta y el 10% respecto a sus precios más bajos después de la gran Depresión, en 1932. Los términos del intercambio, en precios constantes, se han reducido para los países menos adelantados en 50%, acumulativo en los últimos 25 años; el promedio de los aranceles con que los países centrales gravan las importaciones de los países dependientes son 30% superiores al promedio mundial. Los países de no desarrollados pierden unos 60.000 millones de dólares cada año como consecuencia de los subsidios agrícolas y de los obstáculos que enfrenta la exportación de sus textiles a los países industrializados (Flores Olea, 1999). En 1996 los países del G7 (el 12% de la humanidad) realizaban en sus territorios (el 16% de la superficie del planeta) el 66% de la producción mundial contra el 62% en 1980, si ampliamos el enfoque a los “países de alto ingreso” constataremos que pasaron del 72% en 1980 al 80% en 1996 (Banco Mundial, 1998)⁶⁷. A todo esto hay que sumarle, las prácticas proteccionistas indirectas son utilizadas por las economías centrales,

⁶⁷ Citado por Jorge Beinstein, 2000.

en contra de las menos desarrolladas, cada vez que las primeras pierden competitividad. Este proteccionismo por parte de los países ricos ha sido un factor adicional de empobrecimiento para las economías de los países periféricos lo cual contribuye a disminuir los precios de los productos provenientes de esos países y también los productos tecnológicos que se puedan desarrollar.

El proteccionismo de los países ricos no es una cuestión marginal. Uno de los mitos ya formulados es la autosuficiencia de los países centrales, pero ningún país del mundo es enteramente autosuficiente mucho menos las grandes potencias. EEUU es particularmente vulnerable en este sentido pues tiene carencia de algunos recursos valiosos y además porque sus vastas máquinas productivas utilizan mucho de todo. Metales como la mica, el manganeso, el cobalto, el aluminio, el fluor, o el platino los yanquis importan el 80% o más. La importación más significativa de los norteamericanos es sin duda el petróleo. Los EEUU importan más de la mitad de su petróleo tanto crudo como en productos refinados y uno de sus principales exportadores es la Republica Bolivariana de Venezuela, su declarado enemigo político, al cual no pueden bloquear como a la Cuba socialista, pues eso lesionaría fundamentalmente sus propios intereses y necesidades.

Más allá de la suba coyuntural de los precios del petróleo (debida entre otras cuestiones a las aventuras imperialistas norteamericanas en el golfo Pérsico) y el alza de algunos *comodity* como el precio de la Soja, que benefician objetivamente a países periféricos, lo cierto es que mirado en términos del largo plazo hoy como ayer se siguen verificando el referido deterioro de los términos del intercambio. Una prueba más de la distinción centro-periferia.

La composición misma del comercio a nivel mundial desfavorece a los países más pobres: “Antes de la Segunda Guerra Mundial, 2/3 del comercio internacional consistían en productos primarios y 1/3 en manufacturas. En las últimas décadas la citación se ha invertido. Actualmente, 2/3 del comercio mundial consisten en manufacturas, con una participación creciente de las de mayor contenido tecnológico, como los bienes de capital y productos electrónicos” (Ferrer, 1998). Es claro qué importan y qué exportan cada cual.

Otra de las diferencias entre centro y periferia es también el alcance de las medidas de desprotección de los ciudadanos, es decir, el grado de deterioro del Estado de Bienestar. “En el mundo desarrollado, en cambio, las dificultades para desmontar las conquistas de los trabajadores y la legislación de avanzada sancionada en la época de oro del estado keynesiano son mucho mayores. Pero, la imposibilidad de apelar a expedientes que faciliten la superexplotación de los trabajadores se compensa con el mayor tamaño de los mercados en sociedades en las cuales el progreso social creó una pauta de consumo de masas difícilmente disponible en los países de la periferia” (Boron, 2002).

Es importante destacar que la desigualdad entre países ricos y pobres no debe ser entendida como una diferencia de posiciones relativas al interior de una dinámica de progreso general. La fantasía de que “todos avanzan” en el marco de la globalización es también desmentida por los hechos. Esta idea de que los países periféricos y los centrales avanzan conjuntamente a partir de la innovación tecnológica es parangonable con el mito de la inclusión al interior de la sociedad excluyente. En efecto, se machaca la idea de que los excluidos, cada uno de ellos considerado individualmente, tiene la potencialidad de incluirse, pero que si no lo hacen es por su exclusiva y particular responsabilidad (con la depreciación de la autoestima que no lograrlo implica). Este argumento se repite a nivel internacional, incluyendo su versión desarrollista.

Esta nueva etapa de despliegue de la ley del valor mundializada no permite despegue alguno por la industrialización subsidiaria de los GET de los países llamados emergentes. Y esto es así, pues se crea una nueva división internacional del trabajo (desigual e injusta como todas las divisiones anteriores), en la cual las actividades de producción localizadas en las periferias subalternizadas, adquieren sentido sólo en función de su carácter de subsidiarias del capital hegemónico. Las empresas del ámbito global empiezan a construir sofisticadas plantas con las últimas tecnologías en países del hemisferio Sur, pero de este modo no es que transfieran tecnología sino que sólo usufructúan una mano de obra semiesclava y extienden sus intereses en un mercado integrado y desigual, en donde los GET son actores determinantes en la distorsión de las estructuras productivas y de organización del trabajo nacionales.

La ficción de la inclusión en el “Primer Mundo” de los países periféricos se da muchas veces mediante el expediente de una industrialización controlada y subsidiaria de los GET. Este mecanismo consiste en implantar en las zonas “subdesarrolladas” ciertas actividades, aprovechando su mano de obra barata como base para la reconversión de las zonas en base a las tecnologías de punto o al área de servicios. Estos “enclaves dinámicos”, situados en los países de la periferia (muchos de ellos radicados particularmente en Asia), están predominantemente vinculados con el mercado mundial y no con los mercados internos, por eso tienen impactos muy limitados en relación a la propia población y a la economía doméstica en términos de demanda de insumos, de generación de empleos indirectos, y de transferencias de tecnología y de *know-how*. De este modo las economías dependientes tienden a segmentarse en dos subsistemas: el “globalizado”, articulando al mercado mundial, altamente rentable, tecnificado y con la mano de obra calificada bien remunerada, mientras la otra (no calificada) en las peores condiciones (lo cual la hace “competitiva” respecto de otros sitios del mundo). Y por otro lado la economía de “cabotaje”, dependiente del mercado interno, menos rentable y tecnificada.

En síntesis, para el conjunto de la periferia la globalización significó concentración y desnacionalización económica acompañadas por la ruina de pequeñas y medianas empresas urbanas y rurales. En particular, los ajustes neoliberales produjeron el desmantelamiento de burocracias estatales, sistemas de seguridad social, empresas públicas y estructuras proteccionistas combinado con la reconversión de elites locales a negocios parasitarios. La desaparición o degradación de grupos “nacionales” de poder acompañó a la formación de nuevas configuraciones económicas bajo la hegemonía de los GET. Se produjeron enormes transferencias de ingresos hacia las empresas transnacionales y las clases acomodadas internas, todo ello acompañado por euforias consumistas centradas en bienes y servicios importados. Por ejemplo, durante el gobierno neoliberal de Menem en Argentina la paridad entre el dólar y el peso (el famoso 1 a 1) significó, entre otras cosas que entusiasmaron a los sectores medios altos y altos, un claro subsidio al consumo suntuario de artículos importados y al turismo internacional.

Resumiendo, abandonar los conceptos de centro y periferia del sistema de dominación sería un error muy grave en lo teórico. Es claro que en la actualidad los países de la periferia, con sus Estados desnudos e inermes, refuncionalizados como garantes del libre despliegue del capital en función de las políticas neoliberales, tienen las manos atadas para utilizar los instrumentos de fomento al desarrollo más elementales que un día tuvieron a su alcance –durante su despegue–, las naciones ahora industrializadas. Sin desatar esos nudos es imposible cambio alguno.

Por eso a esta globalización hay que estudiarla en su doble carácter polarizante.

Por un lado la profundización de la brecha entre países centrales y periféricos. Y por el otro hay que agregarle la responsabilidad en la generación de disparidades sociales como nunca antes: concentración extrema de la riqueza y extensión de la pobreza; inclusión, opulencia y ostentación para unos pocos y exclusión y marginación para las mayorías. La economía de la globalización viene funcionando exitosamente como una cruel máquina de explotación y exclusión, transfiriendo la riqueza de las zonas débiles del mundo a las más ricas, de los individuos más pobres de un país a los más ricos. Se origina así una concentración de riquezas en tan pocas manos como no se había visto probablemente toda en la historia de la humanidad. Esta misma situación deviene por sí misma en insostenible y debiera llamar a la reflexión incluso a aquellos que son sus beneficiarios.

No es descabellado echar mano de la siguiente metáfora para explicar la realidad: “la economía se ha vuelto loca, un tren infernal sin conductor corriendo por una vía férrea que construyen maquinalmente unos hombres, más máquinas que las máquinas, más esclavos que los esclavos, con sus cabezas vacías que nunca tienen tiempo para nada, sobre todo para pensar y menos aun para soñar” (Labarde y Maris, 1999). Mientras unos pocos imprudentes van brindando con Champagne en los vagones lujosos, sin preocuparse por el destino del tren (alimentando sólo su combustible), el conjunto de la sociedad sufre sus consecuencias. Pero ¿a dónde se dirige ese tren? ¿Quisiéramos creer que no al colapso total...

DEBILIDADES Y OPORTUNIDADES EN LA SOCIEDAD GLOBALIZANTE.

Acaso sea cierta la metáfora que utilizan el argentino Jorge Beinstein y el egipcio Samir Amin cuando afirman que esta globalización es la etapa senil del fenómeno imperialista que durante su etapa juvenil de capitalismo pujante conocieron los primeros teóricos del imperialismo. En la historia nunca debió mover tanto sus tropas, forzar las condiciones de vida, ni concentrar tanto el poder un Imperio, sino cuando estaba en su ocaso.

La globalización como todo sistema de dominación tiene los pies de barro. Por un lado se enfrenta con la resistencia de los Pueblos del mundo que se niegan a vivir en condiciones de esclavitud y marginación, y por el otro se enfrenta a sus propias contradicciones. Es que un sistema sustentado no en el trabajo humano sino en la lógica de autodesarrollo del capital es como una bicicleta debe seguir pedaleando sobre sí misma para evitar caerse. Las sucesivas crisis provocadas por el capital especulativo en la segunda mitad de los noventa nos tienen que llevar a la reflexión acerca de la vulnerabilidad de un sistema que genera tal magnitud de chispazos cada vez que rechina el motor de sus economías centrales. Aunque hasta ahora estos estallidos de la burbuja financiera hayan podido aislarse y situarse en la periferia⁶⁸. La crisis asiática no sólo arrasó con algunos de los “Tigres” que eran presentados como modelos para muchos países periféricos, sino que además de Asia del sudeste vio sumergida en ella en el mes de octubre de 1997, a Corea del Sur –undécima potencia mundial– con un alto riesgo de derivar hacia Japón –segunda economía del mundo, pero sobre todo primer acreedor del planeta (Golub, 1999).

⁶⁸ Una de las pocas excepciones va a ser la crisis del 2007 del capital especulativo inmobiliario en EEUU. Y aunque fue muy focalizada a una cuestión específica (la especulación en torno a bienes raíces) los países centrales debieron colocar enormes sumas para evitar que la misma crisis se propague a otras áreas.

Los efectos de estos vendavales financieros fueron consecuencia directa de un sistema altamente asimétrico; mientras las tasas de interés en los países de capitalismo más desarrollado disminuían para contribuir a darle liquidez al sistema mundial, las de los llamados mercados emergentes se situaban en niveles muy altos para tratar de atraer al capital financiero. En los primeros, el crédito barato seguía promoviendo la inversión productiva; en los segundos, se desincentivaba esa inversión con el crédito tan caro (Flores Olea, 1999). Pero los estallidos financieros eran el costo que debía pagar la implementación del sistema.

Sustentado en este y otro tipo de asimetrías la crisis asiática fue pasando a Rusia y más tarde a Brasil, Turquía y Argentina. Se puede argüir, que estos estallidos son inofensivos para el sistema en la medida en que sólo se producen en los países periféricos, lejos de la Triada. Pero también se puede reformular la pregunta en los siguientes términos ¿Qué pasa con el globo de la globalización si una de estas crisis hace impacto en una de las patas de la Triada? ¿Es capaz de soportar el capitalismo la caída de uno de sus centros económicos? Quien diga que la respuesta a estas preguntas es fácil, sencillamente está mintiendo.

Así como se produjo el proceso de implosión del socialismo realmente existente, también la economía de mercado o capitalismo de empresa tiene serias posibilidades de seguir la misma suerte, aunque las causas que motiven su destrucción sean otras⁶⁹. Y esto no es una advertencia voluntarista sino una posibilidad en una economía cada vez con menos sustento en la producción y el consumo de masas, y con cada vez más eje en el capital, sobre todo en su formas especulativas, es decir, un capital que es capaz de reproducirse a sí mismo sin que esto se refleje en niveles de producción material de la riqueza, sino tan sólo esas ficciones que son los papeles y los asientos informáticos que la instrumentan. Muchos de los principales “tanques de pensamiento” de los países centrales son concientes de los riesgos. Sobre todo los ligados con el Estado Nacional Imperialista. Las contradicciones entre el sector “productivo” del capital y el sector especulativo se hacen más fuertes que nunca tanto en el centro del sistema como en los sectores periféricos en donde aquel ensaya políticas de enclaves como en Oriente.

Este es el marco adecuado también para leer las aventuras bélicas de conquista imperial que han ensayado los norteamericanos en los últimos años. Afganistán y sobre todo Irak (acaso el Vietnam del siglo XXI). No sólo demuestran la bestialidad y la falta de escrúpulos (y la avidez de negocios de sus socios petroleros) que conduce la principal potencia mundial, sino que también pueden ser leída como intentos racionales de salir mediante la activación del complejo militar industrial de la crisis recesiva a la que parecía inexorablemente caer la economía norteamericana antes de los atentados del 11 de septiembre. Las guerras emprendidas por los norteamericanos después de esa fecha tienen como horizonte no sólo el control de ciertos recursos estratégicos sino también la activación económica. La industria bélica norteamericana se convierte en el sector de punta del capitalismo transnacional imperialista, en el gran centro de concentración de las fuerzas productivas, en el foco irradiador de aquellas fuerzas productivas que pueden incrementar la ganancia monopolista en la esfera empresarial.

A partir de estos atentados y las aventuras de conquista de EEUU en la globalización se fue abriendo una nueva etapa coyuntural. Fue quedando atrás la euforia y la omnipotencia de los poderosos que se expresaba en el Foro

económico Mundial de Davos⁷⁰, emblema de la globalización. Se empiezan a escuchar voces disonantes. En el centro algunos cuestionan a instrumentos claves en la aplicación del sistema globalizante como por ejemplo los organismos multilaterales de crédito, en particular el Fondo Monetario Internacional. También lo hacen importantes actores de la periferia. Hoy, Sudamérica se para de otro modo frente a la prepotencia imperialista. No sólo entierra el proyecto del ALCA, la zona de libre comercio propuesta por los yanquis para cerrar su “patio trasero” sino que en pleno corazón del imperio los latinoamericanos damos el lujo de escuchar de un presidente argentino fuertes críticas al rol que le cupo en la crisis al FMI y de un presidente venezolano un señalamiento preciso del rol que le cabe al imperialismo en esta época.

Estos y otros temas sobre la crisis del sistema vamos a abordarlos desde distintas perspectivas a lo largo de este ensayo. Sin pretensiones de predicción de la fecha de caída del capitalismo, pues como decíamos no creemos en determinismos y además como dice Samir Amin (1998) el capitalismo sabe que no puede resolver su crisis terminal por lo cual se dedica a “gestionarla”. Es decir, no tiene intenciones serias de construcción de un nuevo orden social sustentable, ni vincular seriamente a los excluidos a un nuevo proceso de integración de la producción del futuro, sino que todos son consientes que lo que pueden hacer con la crisis del capitalismo es gestionarla, estirla, perpetuar en la dominación y en la opresión de los Pueblos su continuidad. Pero vano es el intento de la noche por perpetuarse. La noche no es eterna sólo oscura.

La historia nos enseña que las crisis, así como los cambios producidos en la disputa interimperialista en el seno de los países centrales, generan modificaciones en los países dependientes o periféricos, ya sea mediante la creación de oportunidades para proyectos independentistas⁷¹, ya sea en la reformulación de las condiciones de dependencia. Además este puente no es de una sola mano, los cambios producidos en los países periféricos también generan consecuencias en los países centrales. Estas premisas nos permiten hacer una lectura esperanzada de los sucesos ocurridos, sobre todo en América del Sur en los primeros años de este nuevo siglo. Los gobiernos progresistas y populares del sur del continente americano deberán ser inteligentes y aprovechar los sucesos mundiales para poder ser artífices de la generación de una alternativa política a una globalización, que parafraseando a John William Cooke, está en estas tierras decrepita sin pasar jamás por la lozanía.

Queremos concluir este capítulo con una frase de Samir Amin que nos parece resume el espíritu del mismo: “El capitalismo no es el fin de la historia, ni siquiera el horizonte insuperable de la visión del futuro. Hasta podríamos decir, antes bien, que es un paréntesis en a historia abierto alrededor del año 1500 y que hoy urge cerrar. Basado en la sumisión de todos los aspectos de la vida social a la lógica exclusiva de la acumulación —en la versión vulgar, el triunfo de los mercados—, permitió dar un salto cualitativo en el progreso sostenido, no sólo comercial sino también político y cultural, de los ritmos de crecimiento, sin igual hasta entonces en la historia de la humanidad. El capitalismo creó todos los medios que permitirían resolver los grandes problemas de todos los Pueblos a escala mundial; pero simultáneamente la lógica que lo gobierna imposibilitó que ese potencial se utilizara de tal manera” (Amin, 2003).

⁷⁰ El Foro Económico Mundial se fundó en 1971 y se le conoce comúnmente como Davos pues (salvo en 2002) allí se reunió todos los años, juntando la más rancia aristocracia del capitalismo mundial.

⁷¹ Podemos afirmar que no es sorprendente que la independencia sudamericana fuera consecuencia de los conflictos en el centro del sistema, pero con el aditamento de que tal revolución habría de traer consecuencias, a su vez también allí (Ortiz, 2003).

REFLEXIONES Y CONJETURAS EN TORNO A LA PRETENSIÓN DE EMANCIPACIÓN DEL CAPITAL.

“No tiene mucho sentido discutir si la guerra fue planificada maligna y subrepticamente en los lujosos salones de los directorios empresariales o si su necesidad fue impuesta a los confiados y pacíficos jefes de la industria por una combinación de misteriosas fuerzas de la nueva tecnología y la nueva competitividad global; o si fue una guerra debidamente planificada y declarada con objetivos claros, o bien una serie de acciones bélicas inconexas, a veces imprevistas, provocadas en cada caso por causas del momento. Cualquiera de las dos versiones que sea la acertada (existen buenos argumentos a favor de cada una de ellas, y también lo hay para sostener que se contraponen sólo en apariencia), es muy probable que el último cuarto de siglo en curso pase a la historia como la Gran Guerra [del Capital en procura] de Independencia del Espacio. Lo que sucedió en su transcurso fue que los centros de decisión y los cálculos que fundamentan sus decisiones se liberaron consecuente e inexorablemente de las limitaciones territoriales, las impuestas por la localidad. (...) Emancipado del espacio, el capital ya no necesita una mano de obra itinerante (mientras que su vanguardia más emancipada, basada en la más avanzada tecnología, prácticamente no necesita mano de obra alguna, sea móvil o inmóvil). Y así, la presión para derribar las últimas barreras al movimiento libre del dinero y de las mercancías y la información que sirven para ganarlo, va de la mano con la presión para abrir nuevos fosos y erigir nuevos muros (llamados indistintamente leyes de inmigración o de nacionalidad) para impedir el desplazamiento de aquellos que, en consecuencia, se ven espiritual o físicamente desarraigados”

Zygmunt Bauman

EL CAPITAL PELEA POR IMPONER SU PROPIA LÓGICA.

Un mecanismo clave para la comprensión de la globalización como sistema de dominación es aquel que denominamos proceso de emancipación del capital. Con esto queremos referirnos a que, a partir de la concentración de riqueza y poder sin precedentes, aparece una serie de fenómenos en torno al capital en cuya intencionalidad está cobrar independencia en primera instancia en relación al poder político institucional (fundamentalmente del Estado Nacional), para regirse por la ley absoluta del “mercado”. El mercado es una relación social, fundamentalmente de carácter económico, pero que es parte de un sistema económico, político y cultural existente, que construye y reproduce las desigualdades y a su vez las requiere para poder reproducirse. Conceptos como competencia, eficiencia, “el mejor es el que gana”, la división de los hombre en *winners* y *losers*, maximizar las ganancias, reducir los costos de producción, flexibilizar el trabajo, privatizar, etc.... son conceptos elementales de su propia lógica expansiva, incluso más allá del terreno económico. El mercado es, en definitiva, la encarnación dinámica de una relación social injusta entre seres humanos que genera cada vez más desigualdad, principalmente en la relación capital-trabajo. El mercado es el eufemismo que usa el capital para seguir sus propias y absolutas reglas de desarrollo.

En segunda instancia, y no por ello en orden de importancia decreciente, hacemos alusión a las pretensiones del capital de autonomía respecto del trabajo y su sujeto: los trabajadores, en función de depreciar su necesidad para la producción de la riqueza. En otras palabras: lo que el capital quiere es que las reglas del mercado no estén condicionadas ni por los Estados (en tanto ámbito de disputa de las decisiones políticas), ni tampoco por el ámbito productivo (en el que se impone la disputa con la fuerza de trabajo).

El neoliberalismo, como modelo, fue la punta de lanza del capital para destruir el poder del Estado Nacional existente. En cierto sentido, todo el proceso de globalización (en sentido estricto) en su conjunto, puede ser concebido como la organización del capital, para liberarse de las trabas que le impone el Estado Nacional, el mismo que alguna vez fue funcional al crecimiento y expansión de la globalización en sentido amplio (ver desarrollo de los Estados Nacionales de Europa, capítulo 5).

Pero como decíamos, el proceso de emancipación del capital es doble; igualmente intenta alcanzar también a la relación con la clase trabajadora, su principal antagonista histórica, a la que somete mediante la amenaza del proceso de abolición final del trabajo (tal y como fue concebido hasta ahora) como empleo industrial asalariado o bien en términos del marxismo como trabajo abstracto generalizado (a este tema nos referiremos en el capítulo siguiente). Al mismo tiempo el sistema continúa manteniendo sobre éste, que ya no es accesible a las mayorías, la base de la dignidad de la persona (la estima de sí y su valoración de los otros), su sentido de pertenencia comunitaria y sus derechos sociales. Debilitando la subjetividad de los trabajadores intenta empantanar su proceso emancipatorio.

El capital aspira a fundar de este modo un Imperio que no esté atado a los límites territoriales, ni poblacionales. Su utopía es que su poder se imponga desde el exterior a los Estados y sus trabajadores territorializados, localizados. Expresamente —por lo menos según sus intenciones actuales— no recrea fuera de los Estados Nacionales un Estado Mundial (más allá de la instrumentación de ciertos Estados imperialistas como gendarmes de sus intereses). Es decir, no expresa la voluntad de

constituir un lugar político-institucional donde se expresen las disputas. Con una necesidad cada vez menor de la mano del hombre para la reproducción de la riqueza, el capital pretende situarse en un no-lugar desde el cual determinar y restringir la libertad real de las mayorías. Se conforma así, por lo menos en sus intenciones, como un poder sin sociedad, y va transformando a las sociedades nacionales existentes en sociedades sin poder, poniéndose en crisis la esencia misma del Estado soberano y cuestionando la continuidad de la vida misma de la inmensa mayoría de desposeídos que componen la población mundial, los que viven de su propio trabajo.

La hegemonía del capital encuentra su expresión en la aplicación de políticas idénticas en casi todo el globo: tasas de interés altas, reducción de los gastos públicos, desmantelamiento del Estado de Bienestar y abandono de las políticas de pleno empleo, alivio fiscal en favor de los ricos, desregulación (destrucción de las barreras de protección de las economías nacionales), privatizaciones (desmantelamiento o transferencia de las empresas del Estado a favor de los grupos empresarios), etc. Estas medidas son reflejo del cambio de poder a partir del cual se encumbran bloques hegemónicos antipopulares. Esta lógica no tiene otra explicación que no parta de los intereses del capital dominante y en particular de sus segmentos más poderosos que son, no casualmente, los que actúan a escala mundial, y los relacionados con el denominado capital financiero y especulativo. La preeminencia del bloque antipopular se cimienta con la desregulación de principios de los años ochenta, que abre el espacio mundial sin restricciones a los movimientos de los capitales. El desarrollo tecnológico ofrece al capital, en el ámbito de lo financiero, un instrumento fantástico de concentración y tratamiento de lo inmaterial. De todos los sectores de actividad, fue éste el más beneficiado por el desarrollo informático al poner en contacto permanente –noche y día–, a todas las plazas financieras del mundo, Es por ello que a su vez fue este desarrollo fue impulsado con carácter prioritario precisamente por este capital.

Subyaciendo al discurso dominante de la globalización, se esconden políticas de superación (o bien la gestión) de la crisis, que tienen por único objetivo generar salida financiera a la superproducción de capitales, para evitar lo más temido desde la aparición del cambio flotante y la hegemonía del dólar: la desvalorización generalizada, es decir, la explosión de la burbuja. En este sentido se expresa Amin: “la superproducción creciente de capitales no encuentra salidas en la expansión del sistema productivo. La existencia de un circuito autónomo de capital financiero es la marca de esta sociedad a escala mundial. Las tasas de interés altas, los cambios fluctuantes y la libertad de cambios especulativos, el déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos, la deuda externa de los países del Sur, en particular de los latinoamericanos, vinieron cumpliendo este rol” (Amin, 1998).

En este capítulo tenemos la intención analizar algunos de los mecanismos que hacen a la autoreproducción del capital. Trataremos de enunciar en forma sintética, y lo más simple posible para facilitar su comprensión, nuestra hipótesis de trabajo:

- En una primera etapa, el capital genera riqueza a través de la apropiación de lo que produce la fuerza de trabajo (tanto sea al interior de los Estados nacionales europeos como mediante la explotación del trabajo esclavo o semiesclavo en los países colonizados).
- En una segunda etapa, la del apogeo imperialista, el capitalismo de empresa genera riqueza por medio de la generación de consumidores –nuevos mercados “conquistados” (muchas veces a punta de pistola); esta etapa incluye, tan-

to al incremento del salario en su versión keynesiana, donde claramente es considerado como un subsidio al consumo, como también a la subordinación de las estructuras productivas de los países dependientes y la desigualdad del intercambio internacional (ver en este sentido lo referido en el capítulo anterior en relación a lo producido por la teoría de la dependencia).

- Finalmente nos enfrentamos con una tercera etapa en la que el capital da otra vuelta de tuerca y se deshace de gran parte de la costosa mano de obra para su reproducción haciendo uso de la tecnología, al tiempo que adquiere su posibilidad de auto-reproducirse, es decir, el capital adquiere la capacidad de producir capital. Este capital, que se mantiene únicamente por su propio movimiento, sólo puede representarse en asientos formales, pues no es posible traducirlo materialmente. Este capital especulativo o virtual adquiere un grado de autonomía que incide negativamente sobre la economía real-material generando aun mayores condiciones de dominación y opresión.

LA HEGEMONÍA DEL CAPITAL ESPECULATIVO.

Desde los comienzos del capitalismo éste se enfrentó a la necesidad de un patrón, esto es una medida de unidad, que haga factibles los intercambios a nivel internacional. Patrón significa también dueño, el que manda. Por eso no es casual que el patrón, es decir, esta medida que manda, fuera impuesta desde la oligarquía financiera británica en la época de hegemonía mundial inglesa. A esta medida con pretensiones de universalidad se la denominó patrón oro. Este noble metal escaso y con elevado costo de producción, pero al mismo tiempo extendido por todo el mundo, permitía la homogeneidad requerida para unificar el valor de las transacciones. Desde muchísimos años antes, el oro era considerado –también la plata–, como mercancía con las condiciones necesarias para desempeñarse como unidad monetaria. El oro fue elegido por sobre la plata en función de su mayor valor en relación a su peso, lo cual lo hacía preferible como reserva de valor y en lo relativo a su facilidad para ocultarlo y transportarlo. La plata en cambio, se usó para la elaboración de moneda fraccionaria, de uso popular y destinada a adquisiciones cotidianas de menor cuantía. El oro se fue convirtiendo con el transcurso del tiempo en la medida necesaria para el liberalismo que planteaba el libre juego de la oferta y la demanda como factor de estabilidad y orden. Es decir, la seguridad de que ni el exceso ni el defecto de moneda han de introducir perturbaciones en el equilibrio de los precios.

A fines del siglo XIX ya Gran Bretaña dictaba los principios rectores a los cuales deberían atenerse todos aquellos países que decidieran la adopción del patrón oro. Estos eran: a) contenido metálico de la unidad monetaria (cantidad determinada de oro y grado de pureza); b) convertibilidad de la moneda representativa (esta debía ser libre e ilimitada); c) libre acuñación y desmonetización del oro (en aquellos tiempos cualquiera podía, mediante el pago de una tasa correspondiente, acuñar moneda, el monopolio del Estado es posterior); d) libre importación y exportación de oro (dicha regla es indispensable para mantener el equilibrio y la equivalencia del oro entre todos los países que se rigen por el sistema). Con mayor o menor rigurosidad en las pautas de su aplicación, el patrón oro se mantuvo bajo el ala de la hegemonía británica hasta la crisis del 29.

Durante la depresión de los años treinta, no sólo se consolidó el declive

del Imperio británico, sino que además colapsaron el sistema multilateral de comercio y pagos y el patrón oro. Los países centrales, incluyendo a la potencia paladín del librecambio, Inglaterra, protegieron sus mercados internos, establecieron regímenes preferenciales de comercio con los países de su zona de influencia y controlaron los movimientos de capitales. Este proteccionismo y el derrumbe del comercio internacional y de los precios de los productos primarios descalabró el sistema en la periferia. En los países dependientes, particularmente en Argentina que se mostraba como una próspera neocolonia relacionada con el sistema de dominación británica, desnudó las debilidades de los países asociados al orden mundial como proveedores de alimentos y materias primas. Esta es tan sólo otra demostración de la endeblés de los modelos económicos en los países periféricos que encuentran su prosperidad únicamente en su relación con las potencias de turno, es decir, un sistema basado en las “ventajas comparativas” en la exportación y el intercambio con los centros hegemónicos, demuestra siempre sus pies de barro. “Antes de la crisis de los años treinta, el patrón oro y la libertad de los movimientos de capitales parecían también regímenes del orden natural. Los hechos demostraron que el sistema multilateral de comercio y pagos se derrumbó como un castillo de naipes bajo el impacto de la crisis de la economía real” (Ferrer, 1998).

Luego vinieron las dos guerras interimperialistas para reordenar el tablero mundial. Allí la potencia emergente del capitalismo, Estados Unidos propuso una reformulación de la economía mundial en el cual se verificaba su influencia. Los acuerdos de Bretton Woods de 1944 plasmaron la hegemonía monetaria del dólar. Se trataba de un sistema que encuadraba a las principales monedas de los países centrales respecto del dólar y a este con respecto al oro (manteniendo el vínculo entre la masa monetaria y el oro atesorado en el Fuerte Knox en Estados Unidos), un sistema de cambio al que se denominó cambios fijos (el margen de fluctuación permitido era del 1%).

El Acuerdo de Bretton Woods había establecido la libre convertibilidad a precios estables entre las monedas y de una de ellas, el dólar, con el oro a una paridad fija (35 dólares la onza). El “Gold Exchange Standard” (“patrón de cambio oro”) así definido empezó a funcionar de hecho sólo en 1958 cuando los países europeos y Japón hicieron convertibles sus monedas. El sistema establecía un claro predominio de EEUU, ya que al ser el dólar la moneda mundial de reserva, podía saldar sus déficits con sus propios billetes; los otros países desarrollados (como Alemania o Japón) engrosaban sus reservas en dólares generando emisiones monetarias potencialmente inflacionarias.

“El control de la masa de dinero mundial, el cobro de los créditos otorgados durante la guerra y la reconstrucción económica de Europa y Japón, junto con las utilidades producidas por la exportación de capitales en general, habían contribuido a provocar en Estados Unidos niveles de consumo por encima de los resultados de la producción nacional y bajos niveles de ahorro interno, al tiempo que la economía debía asumir los gastos ocasionados por la carrera armamentista y la Guerra de Vietnam. Estos factores ocasionaron los gigantescos déficits presupuestarios del gobierno norteamericano, compensados mediante el crecimiento de la emisión inorgánica de dólares y el incremento de las tasas de interés bancario. Ello provocó la avalancha inflacionaria mundial y debilitó la posición del dinero estadounidense en relación con los dineros nacionales del resto de las potencias imperialistas” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

En realidad, en los años sesenta los Estados Unidos conservan su lugar hegemónico en la economía mundial, pero su posición relativa experimenta un rápido

deterioro. Su participación en las exportaciones mundiales cae del 15,8 en 1960 al 13,7 en 1970, mientras que su participación en las importaciones crece del 11 al 12,2. En 1971 deviene negativo su saldo comercial y su saldo de intercambio de bienes manufactureros (Arceo, 2002). Sus reservas de oro se reducen velozmente y comienza a discutirse la eliminación del dólar como moneda de reserva. La cantidad de dólares en poder de no-norteamericanos había cuadruplicado a la que amparaba la reserva de oro de Fort Knox (Corbalán, 2002).

La respuesta de Estados Unidos a esta situación fue la destrucción del sistema monetario y financiero establecido en Bretton Woods. El sistema monetario de posguerra basado en los cambios fijos ya estaba agonizante, y el 15 de agosto de 1971 los norteamericanos eliminaron unilateralmente¹ la convertibilidad del dólar, lo que le permitió devaluar su moneda (10%) a fin de recuperar en parte su capacidad competitiva.

En el comienzo de la era de hegemonía del capital especulativo esta fecha es clave². Esta decisión política unilateral de abandonar el sistema establecido en la posguerra, tomada por la gestión del presidente Nixon tiene profundas implicancias en el proceso de liberalización del capital, al establecer un sistema de cambio flotante.

En rigor de verdad, aun antes se había producido el primer golpe serio a este régimen cuando en noviembre de 1967 se produjo la devaluación de la libra esterlina. La ola especulativa posterior provocó la disolución del *pool* del oro en marzo de 1968, los bancos Centrales de los países ricos dejaban de intervenir para mantener estable el precio del oro, en agosto de 1969 Francia devaluó el franco... y finalmente, como dijimos, por su parte EE.UU. dio el golpe de gracia al sistema, en agosto de 1971, cuando embargó sus reservas de oro. Esto se le agregó cuatro meses después, una devaluación del dólar seguida por una segunda devaluación en febrero de 1973 y la decisión, en marzo de ese año, de dejarlo flotar libremente. **El sistema de Bretton Woods había muerto y con él uno de los anclajes que unían a la economía monetaria y financiera con la economía real.**

Los estallidos posteriores de “eurodólares” y “petrodólares” invertidos o depositados muchas veces por los magnates de países dependientes en el sistema bancario europeo devinieron en un fenómeno de excedente de liquidez financiera en los países centrales. Esta es la continuidad de aquel proceso iniciado con la flotabilidad de las monedas. Su colocación en los países dependientes a modo de deuda integra a los sectores periféricos en el circuito de la economía especulativa a escala mundial. Como conclusión el nuevo sistema monetario, basado en la llamada “cotización flotante”, es decir, sujeta a las veleidades del mercado fue proclamado oficialmente en 1976, a través del “Acuerdo de Kingston” en vigor a partir de 1978.

El entierro definitivo de las relaciones establecidas por Bretton Woods se lleva con él una lógica: un marco en donde las tensiones macroeconómicas se resolvían básicamente en el ámbito nacional. Un marco en el que cada Estado tenía herra-

¹ “Es indiscutible que la ruptura unilateral de la paridad dólar-oro constituyó una acción de fuerza del imperialismo norteamericano, en circunstancias en que sus competidores intentaban cambiar sus reservas de dólares devaluados por oro constante y sonante de las arcas maltrechas del Departamento del Tesoro” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

² “Todo comienza en 1971, cuando Estados Unidos decide no saldar las deudas de la guerra que libran en Vietnam. Método: se suprime el sistema de Bretton Woods” (Labarde y Maris, 1999).

mientas para emplear en el plano monetario y fiscal para perseguir el pleno empleo, asegurando niveles de crecimiento de la demanda y de los procesos compatibles con el equilibrio externo; se cambió por un nuevo sistema basado en la desregulación de los mercados financieros internacionales y los tipos de cambio flexibles. La disciplina ya no la fijaba el consenso de los Estados (aunque fuera con la preponderancia de los Estados imperialistas), sino que ésta era impuesta por el mercado, por “lo privado”, es decir, por la voluntad del capital. Esto fue así, a través —por ejemplo— de la amenaza de un retiro masivo de fondos. Entonces los Estados, a fin de asegurar las condiciones de estabilidad y rentabilidad exigidas por el capital financiero, debían subordinarse a la voluntad de éste, incluso cuando ello afectase las variables reales de la economía como la cuestión del empleo, el desarrollo de la producción, los niveles de productividad, etc. De este modo es que los Estados, sobre todo los periféricos debieron atenerse a una estricta política monetaria y fiscal para controlar la inflación (gran enemiga del capital porque se lo va comiendo) y asegurar el equilibrio de las cuentas públicas (restricción del gasto público) con niveles impositivos no más elevados que en otros Estados. La competencia entre Estados por seducir al capital se vuelve una cuestión fundamental. Se trata de la sustitución de un sistema basado en acuerdos entre los Estados que otorgaba a los Estados Unidos un lugar hegemónico, pero lo sujetaba al cumplimiento de una disciplina (y que estaba orientado a la posibilidad, en cada país, de la limitación del capital financiero y la asunción del rol central dentro del bloque de clases dominante por el capital productivo con el apoyo en virtud del compromiso de garantizar el pleno empleo de la clase obrera), por otro sistema definido por los intereses del gran capital especulativo y en los hechos por el Estado Imperialista sin ataduras de ningún tipo. En el nuevo sistema, que otorga una nueva posición estructural al gran capital financiero, posibilitándole recuperar un lugar central dentro del bloque de clases dominante, la paridad de las monedas es definida por el mercado, decisivamente condicionado por la política monetaria y fiscal de la potencia hegemónica (Arceo, 2002). Porque lo que hay que tener en cuenta es que el nuevo sistema, más allá de conferirle al capital financiero una plataforma para su despliegue, no significó sino una afirmación de la hegemonía norteamericana. En efecto, las variaciones del dólar no ejercen un impacto igual sobre los productores norteamericanos al que experimentan los productores de otros países ante una alteración de la tasa de cambio de su moneda. De algún modo este nuevo sistema fue, en su comienzo, pergeñado para favorecer y fortalecer incluso la preponderancia del capital productivo norteamericano. Esto lo hizo viable, más allá de sus efectos colaterales y posteriores que van a terminar por configurar las contradicciones internas de los distintos tipos de capitalistas en el seno de la potencia imperialista.

Es que no se puede entender el conjunto de decisiones que condujeron al origen de la hegemonía del capital especulativo sin atender al proceso de pérdida de dinamismo del conjunto de las economías de los países centrales, uno de cuyos síntomas fue la declinación en el largo plazo de sus tasas reales de crecimiento anual (esto redundó en estancamiento para el Japón y una desaceleración para las economías europeas y norteamericana pero afectando de una forma u otra a todas las formaciones económicas de la tríada de países centrales). El menor dinamismo económico implicó la desaceleración de los ingresos tributarios de Estados que pasaron a implementar estrategias destinadas a sostener la demanda, reducir la inflación y apuntalar las ganancias empresarias aumentando el gasto público, realizando en ciertos casos reducciones fiscales en beneficio de las grandes empresas y frenando los costos salariales. Se impuso el rigor monetario y la liberalización financiera, que coincidían con una mayor demanda estatal de

fondos (motivada por los déficits presupuestarios), lo que hizo subir las tasas de interés. De ese modo, mejoró radicalmente la rentabilidad de las actividades financieras, hacia las que progresivamente se volcaron importantes grupos de negocios desacelerando aún más el crecimiento, desalentando las inversiones —en especial de las empresas pequeñas y medianas— y generando desocupación. El enfriamiento económico general bloqueaba las inversiones productivas, los excedentes financieros que no podían orientarse hacia aquellas quedaban disponibles para cubrir los déficits estatales. Entonces, la declinación del crecimiento generó al mismo tiempo la demanda y la oferta de títulos públicos. El círculo vicioso quedaba completo: el encarecimiento del crédito frenaba el crecimiento; esto engendraba déficits fiscales que provocaban endeudamiento público, lo que presionaba hacia arriba las tasas de interés, etc. (Beinstein, 2000).

“Es interesante contrastar estas caídas del crecimiento del producto y de la tasa de inversión en los países industriales con el aumento vertiginoso del sistema financiero y de los movimientos internacionales de capitales de corto plazo. El contraste es revelador de la desvinculación del área financiera con la económica real” (Arceo, 2002). Como vemos se trata en realidad de un mismo movimiento de restructuración del poder y la hegemonía al interior de los países centrales. Movimiento no ausente de contradicciones y disputas intestinas entre diferentes segmentos del capital, que aun se siguen llevando a cabo.

UNA EXPLICACIÓN DE LA HIPERTROFIA FINANCIERA.

Otra vez recurrimos a Samir Amin para explicar de modo general a lo que él denomina “hipertrofia financiera”. Esta “está constituida por un conjunto de fenómenos reconocibles y mensurables, no cuestionados: 1) la expansión del volumen de los mercados de capitales (conjunto de acciones, títulos de la deuda pública y títulos de las deudas privadas) a ritmos que superan ampliamente los del crecimiento: ese volumen representaba, en 1995, el 189% del PBI de la Triada; 2) la extraordinaria diversificación de los títulos negociados en estos mercados (por la invención de productos derivados multiplicados) y, conjuntamente, la explosión de lo que no puede denominarse sino operaciones de especulación financiera; 3) la financierización de empresas caracterizadas por el crecimiento de la parte que ocupan las inversiones financieras en la utilización de sus recursos y por el decrecimiento de la parte dedicada a sus inversiones físicas. En el caso de Francia, por ejemplo, la porción correspondiente a las inversiones financieras, que no superaba el 3% de la utilización de los recursos de las empresas en 1979 (contra el 78% de sus inversiones reales), pasó a abarcar el 36% en 1989 (contra el 48% de sus inversiones físicas); 4) la mundialización progresiva de la hipertrofia financiera, que se traduce en una capitalización bursátil galopante en los países llamados emergentes (Hong Kong, Singapur, Malasia), pasó de ocupar el 70% del PBI en 1983 a más del 250% en 1993” (Amin, 2003).

La hegemonía del capital especulativo³ se viabiliza en base al proceso denomi-

³ “Según los cálculos de René Passet, las transacciones financieras puramente especulativas entre monedas alcanzan la cantidad de 1,3 billones de dólares diarios, un volumen cincuenta veces mayor que el del intercambio comercial y casi igual a los 1,5 billones de dólares que suman las reservas de todos los bancos nacionales del mundo. Ningún Estado —dice Passet en conclusión— puede resistir más allá de unos pocos días las presiones especulativas de los mercados” (Bauman, 2000)

nado: “desreglamentación, descompartimentación, desintermediación”. La primera hace referencia a la pérdida de control de los Estados Nacionales de herramientas monetarias tales como Bancos Centrales. La descompartimentación permite el paso inmediato de un sector financiero a otro, de una divisa a otra, de una obligación a otra, de una moneda a un activo financiero, del corto plazo al largo plazo, de la renta fija a la renta variable, del mercado al contado al mercado a plazos, etc. Por último la desintermediación, que es un proceso que permite a los usuarios de servicios financieros satisfacer sus necesidades al margen de las instituciones y los circuitos tradicionales del crédito. Por ejemplo, cuando los Grupos Económicos Transnacionales atraviesan un período de necesidad monetaria (y no obtienen la satisfacción de sus requerimientos de liquidez a través del sistema bancario), hacen circular papeles comerciales. La globalización permite la generalización de esta práctica a partir de la cual se recurre directamente al ahorro líquido disponible en el mundo con la emisión de títulos de crédito. Y no sólo para las empresas, sino también para los Estados. “Es un fenómeno conocido como titularización. Ésta se ve ampliamente favorecida por el desarrollo desproporcionado del ahorro líquido público (bonos del Tesoro y obligaciones) destinado a financiar los déficits presupuestarios sobre todo de los países centrales. La deuda federal estadounidense se ha más que decuplicado desde 1970 y el propio servicio de la deuda produce asombrosos intereses” (Labarde y Maris, 1999). Tal como afirma Beinstein: “en 1995 sumando acciones y títulos de deudas públicas y privadas emitidas en EEUU se llegaba a una cifra que representaba el 250% de su Producto Bruto Interno, comparaciones similares nos llevaban a volúmenes del orden del 147% en el de Japón. La totalidad de “papeles” emitidos en esas tres economías se aproximaba a los 40 billones de dólares, casi el doble de la suma de sus PBI. Este desmesurado empapelamiento de la economía mundial fue el resultado de la combinación en los países de la OCDE⁴ del bajo crecimiento de las inversiones productivas (resultado de la desaceleración económica) y del elevado aumento de las colocaciones de fondos en activos financieros. Entre 1980 y 1992 la formación bruta de capital fijo creció según una tasa anual promedio del orden del 2,3% contra un 6% para los activos financieros” (Beinstein, 2000).

Pero debemos tener en cuenta que la desregulación de los mercados financieros nacionales e internacionales no es la causa real de la globalización financiera; más bien representa el reconocimiento formal a la imposibilidad de frenar la ampliación de las esferas de valor no productivas, en particular las de tipo especulativo⁵, ante la crisis estructural de rentabilidad del capital productivo en los países centrales. Así la crisis se profundiza, al descapitalizar amplios segmentos productivos del propio sistema (periferias internas y externas) mientras se hipertrofia el capital financiero.

La ola desreguladora eliminó primero los límites y las reglas con que los países centrales restringían e impedían una amplia variedad de transacciones financieras.

⁴ La Organización para la Cooperación Economía Europea, había sido creada en 1948 como un marco en el cual Estados Unidos podía distribuir ayuda para reconstruir economías de Europa Occidental destruidas por la guerra. Este cuerpo fue rebautizado Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en 1961, y sus miembros y funciones se extendieron para promover el liderazgo global de las democracias capitalistas. Tiene la reputación de un club de países ricos, aunque algunos de los llamados emergentes han sido incorporados con posterioridad como por ejemplo México.

⁵ La hipertrofia financiera aparece en el centro de la economía global, las transacciones cambiarias que llegaban a un poco menos de 20 mil millones de dólares diarios a comienzos de los 70 se habían multiplicado por 65 en un cuarto de siglo (en 1995 alcanzaban 1,3 billones de dólares) y hacia 1998 superaban los 2 billones (equivalente al 80% de la deuda externa de los países periféricos) (Beinstein, 2000).

En los últimos quince años del siglo, esta desregulación se fue extendiendo a varios países periféricos (sobre todo los “mercados emergentes”). Países como nuestras repúblicas latinoamericanas que se habían resistido en general a la libre entrada del capital extranjero al sistema financiero nacional por considerarla una cuestión estratégica, también rompen esas reglas. La eliminación de estas barreras proteccionistas fue el resultado de la fuerte presión de los países centrales. Precisamente, por ejemplo, este fue uno de los puntos más exigidos en la Ronda Uruguay del GATT⁶ por parte de EEUU y las demás potencias capitalistas.

Paso a paso, los Estados periféricos son condicionados para levantar cualquier reglamentación respecto de las transferencias y, en general sobre los movimientos de capital de cualquier tipo, entre ellos las opciones de inversión financiera (como los mercados de valores) para “atraer” capitales. Y bajo el verso tantas veces repetido de que sólo el capital es capaz de crear riqueza, se van implementando las desregulaciones que favorecen al capital financiero. Así, el capital que circula no es sólo el de largo y mediano plazo sino también los llamados capitales golondrina, es decir, aquel que tiende a huirle a los sitios que no cumplan a rajatabla sus exigencias. La desregulación de los flujos financieros mundiales ha arrasado y reestructurado a la de las actividades financieras locales en los países periféricos, en particular en los mercados llamados emergentes. De este modo, el campo de acción de los capitales especulativos, lo mismo que sus instrumentos, se ha ampliado espectacularmente.

Desde una perspectiva amplia, podemos ver que progresivamente, en función del sistema de flotación de las monedas y casi absoluta desregulación de la circulación de divisas, el capital fue conformando una burbuja que va imponiendo su lógica a los restos de la economía desarrollada aun con el marco estatal, productivo. “La globalización financiera, apadrinada por la revolución conservadora norteamericana y británica del comienzo de los años ochenta, ha autonomizado la esfera financiera, sometiendo la economía real a su lógica. Nunca fue tan grande en la historia contemporánea, incluidos los años veinte, la disociación entre el reino de los signos monetarios y la realidad económica de la que se supone es expresión. Desde 1970, el alza vertiginosa del volumen de los flujos internacionales de capitales no va acompañada por un aumento correlativo del valor de los bienes y servicios intercambiados” (Golub, 1999).

El capital financiero, a su vez, le impone su impronta al régimen capitalista: aumenta la necesidad de movimiento del propio capital. Es decir, le otorga al capital un dinamismo intensivo: cuando cesa de moverse, deja de ser capital, pues se desvaloriza. Esto favorece la creación de un circuito propio del capital especulativo, casi autónomo. La economía real y la virtual tienden a desvincularse, a seguir caminos divergentes y sus nexos comienzan a desmaterializarse. La economía simbólica (según la expresión de Peter Drucker) crece en progresión geométrica. La circulación electrónica multiplica las posibilidades de la especulación y la alta volatilidad de los mercados, real o generada, produce en corto tiempo fortunas inmensas (ver por ejemplo el caso del magnate húngaro-norteamericano George Soros).

Las nuevas tecnologías de la informática permiten transferir instantáneamente dinero y capitales desde cualquier punto del globo a otro diferente. Si tradicionalmente las transacciones monetarias se hacían “a la vista”, como movimientos en los establecimientos comerciales o a través de los bancos, en la actualidad, de acuerdo con la Reserva Federal de los EEUU, de cada seis dólares que se transfieren en el mundo, cinco se mueven de manera oculta por las redes electrónicas. Los

⁶ esta es la última ronda del GATT partir de allí se constituiría como Organización Mundial de Comercio (OMC).

suculentos capitales invertidos en el desarrollo informático han sido ampliamente recompensados por significativos ahorros en otros gastos, por ejemplo han permitido que se eliminen miles de empleos en el sistema bancario-financiero.

Fortalecido por el desarrollo de estas nuevas tecnologías se consolida la preeminencia del capital especulativo sobre los actores y fuerzas económicas aún vinculados al trabajo, y por consiguiente a relaciones de carácter social y nacional, es decir, en aquellos que se dan en el marco del Estado-Nación. Pero siempre debemos hacer la aclaración que “el cambio de la tecnología, considerada como valor de uso en el proceso de producción, no determina por sí mismo las tendencias sociales y las leyes de la reproducción del capital. Todo lo contrario, la revolución incesante de los instrumentos y procedimientos de producción (revolución tecnológica) que el capital se ve obligado a realizar de manera periódica y sistemática, no constituye en modo alguno la razón o causa de su movimiento, sino apenas la consecuencia más visible del imperativo categórico que rige su existencia: autovalorizarse de forma permanente” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Es difícil discutir que la tendencia intrínseca del capital es la producción de más capital. En todo caso, se puede discutir si la valorización del capital puede producirse fuera del ámbito del trabajo⁷. En una economía simbólica que tiende a desgajarse de la economía real o productiva sin duda que la tendencia natural del capital especulativo es a reproducirse en el ámbito financiero casi sin límites, o mejor dicho, con el último límite de la explosión de la burbuja. Sin el anclaje con la economía real, las características inherentes al capital especulativo se han exacerbado al máximo. El capital especulativo es como un cáncer de la economía capitalista y metaboliza a un ritmo cada vez más rápido.

El divulgador orgánico del sistema Alvin Toffler (1992) se refiere a este aspecto la expresión “economía intangible”, haciendo referencia a la realidad de esta economía que sólo pasa por las pantallas de las computadoras. Esta economía hipersimbólica, reconoce Toffler, no podría funcionar durante treinta segundos sin la ayuda de las computadoras⁸. La empresa transnacional particularmente inficionada por este capital puramente financiero depende por completo de la comunicación y la distribución instantánea de datos, informaciones, índices y símbolos.

Estamos ante un círculo vicioso que, por supuesto, el libre accionar de los mercados es incapaz de resolver. La valorización especulativa es expresión de la generalizada sobreacumulación del capital existente en el sistema, que a su vez es el resultado de la falta de opciones de inversión productiva suficientes con expectativas atractivas de rentabilidad. Ante este panorama los capitales se

canalizan hacia las esferas especulativas en detrimento de las productivas; pero como la riqueza no se crea en los mercados financieros, sino que proviene del trabajo desarrollado en las esferas productivas, terminan afectando de la manera negativa tanto a la ganancia productiva —a través de los costos de financiamiento— como a los salarios reales que deben sostenerse en bajos niveles para compensar los costos financieros, además de reforzar la tasa de ganancia industrial. Asimismo, las ganancias que entran en los circuitos especulativos, en la medida que no se fijan en la esfera productiva, implican la concreción de productos de inversión productiva, la renovación tecnológica de la planta productiva y el aumento en la productividad, la expansión del empleo y de la producción y, por lo tanto, contribuyen a deprimir más los mercados (Flores Olea, 1999).

“El capital financiero libra una guerra muy particular: quiere que el dinero produzca dinero y punto. Para ello necesita una economía en deflación (donde el dinero no sólo conserva su valor, sino que tiende, más bien, a aumentarlo), endeudada, donde puede recuperar un beneficio que la deuda pública hace financiar principalmente al contribuyente)” (Labarde y Maris, 1999).

Es así como el sistema sólo tiene una fuga hacia delante. “La tendencia a la especulación inherente a todo capital financiero se proyecta como la única posibilidad que se ofrece a este capital para completar su reproducción ampliada. La esfera productiva se contrae en relación con la de la circulación, y desaparece toda proporcionalidad entre una y otra” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000). El crecimiento del capital financiero-especulativo tiene un alto impacto, repercute en la economía real impidiendo la prolongación de las lógicas expansivas del consumo de las masas, características de la etapa anterior del capitalismo industrialista de tipo keynesiano.

Lo fundamental es comprender que la consecuencia directa de la hipertrofia del capital financiero-especulativo en esta etapa globalizante es un sistema que no encuentra la salida mediante el crecimiento económico productivo. Toda la maquinaria económica —y subsidiariamente también la política— se tiene que poner al servicio de una válvula de escape para el gigantesco excedente de capitales flotantes. De este modo se explican la liberalización de las transferencias internacionales de capitales, la adopción de cambios flotantes, las tasas de intereses elevadas, el gigantesco déficit de la balanza de pagos norteamericana, la bola de nieve de la deuda del Tercer Mundo, las privatizaciones y extranjerizaciones de las empresas, etc. Todas estas políticas constituyen, en conjunto, una salida perfectamente racional que se ofrece a esos capitales financieros: una huida hacia adelante en la inversión especulativa, alejando de ese modo el peligro mayor, que es el de una desvalorización masiva del excedente de capitales. Uno puede darse una idea de la enormidad de las dimensiones de este excedente comparando dos cifras: la del comercio mundial, que es del orden de los 3 billones de dólares por año y la de los movimientos internacionales de capitales flotantes que es del orden de los 80 a 100 billones, o sea, treinta veces más importante (Amin, 2003).

En un primer plano del proceso se sitúa el papel de los Estados centrales, que desde los ochenta persistieron en sus déficits fiscales lo que llevó, como decíamos antes, a los gobiernos a liberalizar los sistemas financieros, abriendo sus ofertas de títulos al capital internacional, en el que empezaron a destacarse los inversores institucionales no-bancarios (Fondos de Pensión, Fondos Comunes de Inversión), las deudas públicas se globalizan, aparecen nuevos “productos derivados” que incluían operaciones con títulos de deuda estatal. Las operaciones con títulos de las deudas públicas crecieron de manera vertiginosa paralelamente a la expansión de la masa financiera global. Las deudas públicas de los países ricos afirmaron su presencia

⁷ Según la doctrina económica marxista clásica: “La reproducción ampliada se presente en el régimen capitalista como acumulación de capital. La producción total de la sociedad no puede ser aumentada, sino en la medida en que el capital social dado es aumentado a su vez por la adición de una parte de la plusvalía que el mismo capital ha producido. La base de la reproducción ampliada es, por tanto, en el régimen capitalista, el empleo de una parte —siempre en aumento— de la plusvalía para fines productivos y no para el consumo personal de la clase capitalista ni para la tesorización” (Laurat, 1969).

⁸ “El dinero se ha vuelto imagen, capaz de aparecer, simultáneamente, en millones de pantallas alrededor del mundo. Pero en realidad, no está en ningún lado, no precisa tesoros donde guardarse, se crea y se esfuma en una dimensión intangible, donde millones de inversores, operadores, especuladores, banqueros, gerentes financieros, agentes bursátiles, analistas y funcionarios manipulan o ven manipular cifras por la megared electrónica global. Todos forman parte de una comunidad donde vecinos, colegas, socios y competidores sólo existen cuando se comunican por aquella red. Si alguien destruyese los satélites-nexos, tres cuartos de los activos financieros globales se harían polvo” (Scavo, 1996).

global como masas colosales en crecimiento permanente. El Estado norteamericano debía 1,1 billones de dólares en 1981, 2,2 billones en 1986, 3,4 millones en 1991, 4,6 billones en 1996 (Beinstein, 2000), en 1998 ya era de 5,5 billones, es decir, el equivalente a dos tercios del PBI yanki que era de 8.5 billones (Salbuchi, 2001).

Para darnos una idea de este fenómeno de empapelamiento y financierización de la economía de los países centrales, particularmente la norteamericana tomemos en cuenta que “en 1950, Estados Unidos era el principal país acreedor y sus reservas oficiales de oro y divisas ascendían a más del 40% del total mundial. Hoy es, por el contrario, el mayor deudor del mundo, y sus reservas internacionales disminuyeron al 11%” (Ferrer, 2006).

Es preciso acabar con el mito que postula que la deuda pública es una cuestión solamente de los países periféricos. La financierización como la mayoría de los procesos del capital comenzó en el centro. El pescado empieza a pudrirse por la cabeza... Al mismo ritmo que la sociedad se polarizaba entre minorías ricas incluidas y sectores crecientes de excluidos, los Estados, también en los países centrales, acumulaban deudas haciéndose cada vez más frágiles y dependientes de los vaivenes de la especulación financiera. De este proceso no se hallaban exceptuados los europeos. En 1981 la deuda pública bruta de los países de la Unión Europea alcanzaba 1,3 billones de dólares, en 1997 rondaba los 5,8 billones (4,4 veces más) mientras tanto el PBI sólo había aumentado 2,6 veces, en consecuencia la deuda que representaba un 42% del PBI en la primera fecha llegaba al 72% en la segunda⁹.

Cabe un párrafo aparte para el vertiginoso crecimiento desde la década del 70 de las deudas periféricas (que superaban los dos billones de dólares al comenzar la crisis de 1997). Esta contribuyó de manera significativa a la generación de la hipertrofia financiera global aunque debemos aclarar que su incidencia y dimensión a escala mundial es manifiestamente menor respecto del endeudamiento de los países centrales. Pero, en relación a las propias economías periféricas, sobre todo las latinoamericanas, su peso es determinante, desequilibrante, y se convierten en un factor de dependencia de primer orden, tal como intentaremos analizarlo en los próximos capítulos. La diferencia entre la deuda pública de la periferia y la de los Estados centrales, es que aquella terminó funcionando como un condicionante de las relaciones y fundante de estructura de dependencia. Podemos usar para comprender los distintos roles, salvando la diferencia, al proceso que explicamos en otra etapa de la dominación respecto de los ferrocarriles. La expansión de las redes ferroviarias en los países centrales fue motor de su desarrollo. En cambio, en los países dependientes, no sólo no generó las industrias (la mayoría de los materiales se importaba), sino que además condicionó la estructuración de la economía haciéndola funcional sólo a su faz extractiva.

Es claro que los países periféricos son mucho más vulnerables a la volatilidad de los mercados financieros globales. Además estos pagan, incluso, costos más altos que los tomadores de recursos en los países centrales. No estamos refiriéndonos a cuestiones ideológicas o de interpretación: se trata concretamente de una sobretasa (*spread*) pagada por los deudores privados y públicos, que en la periferia suele oscilar entre el 1% y el 8% (Ferrer, 2006).

En todos los casos, el endeudamiento público generó una presión usuraria sobre el asalariado a través del Estado, que sólo la creación monetaria podría aliviar. Pero eso era considerado una herejía pues, según el credo monetarista, eso genera inflación. Por lo tanto y como parte de la reestructuración los Bancos Centrales durante el comienzo de los gobiernos neoliberales perdieron el derecho a crear moneda. “Se retira de la política a los Bancos Centrales y se

produce un fenómeno de santuarización de estos bancos, poniéndolos fuera del control popular a través de los mecanismos institucionales remitiéndose el control al de los mercados financieros y monetarios” (Labarde y Maris, 1999).

Reafirmando lo dicho, en la de constitución de esta burbuja de capital financiero—especulativo resulta decisivo el proceso de empapelamiento especulativo universal mediante el aumento incesante de las deudas públicas de los países centrales, que potenció la financierización acelerada de los Grupos Económicos y la irrupción de grupos financieros que desataron una marea de negocios rápidos y de muy alta rentabilidad en la periferia (privatizaciones salvajes, proliferación de mercados de valores puramente especulativos, etc.).

Como decíamos en el capítulo anterior, si hay algo de lo que no queda duda es que en esta globalización se mantiene la distinción efectiva entre centro y periferia. Esta distinción también repercute en lo que respecta al capital especulativo. Del total de las operaciones financieras internacionales, el 90% se realiza dentro de la triada Unión Europea—Estados Unidos—Japón. “Para los centros, sus colocaciones en la periferia representan alrededor del 10% de sus operaciones financieras internacionales totales. Para la periferia, en cambio, esos recursos son parte importante de sus disponibilidades. Se estima, por ejemplo, que el retiro del 1% de las aplicaciones de los inversores instituciones representa el 1% de la capitalización de los mercados de valores de los países centrales: En cambio, en Asia representaría el 26% y en América Latina el 66%” (Ferrer, 2006).

Otra de las pautas de la subsistencia de las diferencias de funciones entre el centro y la periferia y también de la particular relación que se da entre el capital financiero y el principal Estado imperialista, la debemos encontrar en el rol que cumplen ciertas instituciones norteamericanas. En los Estados Unidos, la Reserva Federal actúa como un banco central regulador de crédito y emisor de moneda, cuyo mandato legal le impone mantener baja la inflación, altos los niveles de empleo y razonable el ritmo de crecimiento de la economía. Dispone para ello de tres mecanismos principales de control económico: nivel de los encajes bancarios, tasa de interés básica y emisión monetaria. La Reserva Federal siempre ha sido un bastión del capital financiero. En la práctica, toda modificación a esta tasa de redescuento automáticamente influye sobre los niveles de todas las tasas de interés con las que opera el sistema bancario de todo el mundo. Todo esto en función de la hegemonía subsistente del dólar a escala de la economía global. “Las decisiones de un organismo y un funcionario de la administración estadounidense (la Reserva Federal y su presidente) ejercen una influencia desproporcionada para la gravitación de Estados Unidos en la producción y el comercio mundiales. Al fin y al cabo, las inversiones de las filiales de las corporaciones estadounidenses representan sólo alrededor del 1% de la acumulación de capital fijo en el mundo. Sin embargo, las decisiones de su autoridad monetaria determinan la suba y la baja de las cotizaciones de acciones y bonos y la orientación de los movimientos de capitales financieros en la plaza global” (Ferrer, 2006). Sin duda que se trata de un poder importante, dado que el capital financiero se maneja en un universo virtual de expectativas, euforias y pánicos.

Una de las áreas donde la Reserva Federal norteamericana tiene particular incidencia es el sistema bancario. Este también tuvo un claro rol en la generación de la hipertrofia financiera. En base a las políticas desregulatorias, en realidad nuevas libertades ganadas por el capital, los bancos fueron expandiendo su capital en base al factor multiplicador. Esto es dinero que se genera a través del otorgamiento de créditos generados por los bancos multiplicando

⁹ Los datos son proporcionados por Jorge Beinstein (2000) en “La Crisis Global”.

la suma real depositada en ellos. Este dinero creado no se funda en ninguna relación con la economía de la producción, se crea literalmente de la nada y por ende puede tener efectos inflacionarios y recesivos, según el manejo que de él se haga desde el contralor de los Bancos Centrales particularmente desde la Reserva Federal. “El mecanismo de creación de crédito a través de la utilización del efecto multiplicador del sistema bancario, con su esquema de reservas fraccionales aliado al concepto de interés compuesto, permite a los bancos retener un monto mínimo en concepto de encaje de reserva, mientras generan una importante expansión financiera dentro del sistema en su conjunto, el cual aprovecha los excedentes de depósitos que no necesita retener como encaje. Así, con un capital inicial de, por ejemplo U\$S 50.000.000 un banco puede generar y expandir la masa crediticia, y por ende la masa de dinero hasta un monto de U\$S 1.000.000.000. El peligro que hoy en día corren los bancos se da para el caso de que los deudores de 6 o 7 préstamos de, digamos 10.000.000 cada uno no puedan cumplir con sus obligaciones, Entonces, el banco entraría en una situación de colapso. Si se trata de uno de los grandes bancos, se activaría una suerte de malla de protección para lograr su salvataje, pero si se trata de un banco pequeño y local, simplemente se lo deja caer” (Salbuchi, 2001).

Para que tomemos cuenta de la magnitud de ese fenómeno consideremos algunas cifras: a principios de la década de 1960, los préstamos bancarios internacionales representaban el 6,2% de las inversiones de capital fijo en el mundo. En la actualidad la relación supera el 130%¹⁰.

Los mercados de los países periféricos siempre fueron particularmente sensibles a los cambios del mercado monetario y bancario de las metrópolis. Las variaciones en la oferta y demanda de dinero y en las tasas de interés en los centros dentro del sistema bancario y fuera de él, siempre se reflejan, ampliadas, en los movimientos de fondos hacia la periferia. Cuando hay un exceso de oferta y baja la tasa de interés en aquellos, los operadores buscan mejorar su rentabilidad colocando fondos en plazas cuyos rendimientos son superiores, pero también mayores sus riesgos. La ausencia de criterios rigurosos de evaluación de riesgo indujo a un aumento imprudente de las colocaciones en países que soportaron burbujas especulativas (muchas de las cuales terminaron explotando, generando graves consecuencias también en la economía real de la que depende la vida de millones de personas).

El círculo vicioso de la hipertrofia del capital se fue completando con la transformación de ciertos sectores de la periferia, sobre todo de los llamados “mercados emergentes” en una zona de negocios rápidos de alta rentabilidad. Privatizaciones de empresas públicas, valorización acelerada de activos como inmuebles o títulos, timba en volátiles bolsas de valores, etc., que permitieron colocar gran cantidad de fondos de excedente de los países centrales. Estos rendían ganancias no sólo más altas que las generadas por actividades industriales, sino también con respecto a las actividades financieras tradicionales (más seguras, es decir, con menos riesgo pero con menos interés) en los países centrales. Ello contribuyó a la creación del mito de los “mercados emergentes”, nuevos “eldorados”, paraísos de los negocios rápidos, donde grandes fortunas se acrecentaban en muy poco tiempo. Asistimos así a la hegemonía de una economía especulativa global que fue creciendo sobre la base de permanentes transferencias desde actividades productivas de rentabilidad declinante hacia otras financieras más beneficiosas y de allí a la especulación desenfrenada con “productos derivados” —mucho más rentable

aún— para luego desembocar en negocios ilegales” (Beinstein, 2000).

El poder del capital financiero impone su lógica a partir de su capacidad de autorreproducción, la lógica especulativa puede más que las lógicas económicas productivas, **la renta aun con sus riesgos es más segura que el beneficio**. El poder financiero se autonomiza respecto de las sociedades y de la economía real e impone sus normas de rentabilidad a las empresas por ejemplo a través del *raket*¹¹, de los Fondos de Inversión y a los Estados, por miedo a las corridas y caídas de las bolsas como se fueron produciendo sucesivamente desde la crisis mexicana del 94 y la de los países del Sudeste asiático (1997).

En definitiva, los intercambios meramente especulativos de divisas, significan en el mundo según algunos autores más de dos billones y medio dólares por día¹², lo que equivale a 50 veces los intercambios de mercancías y supera ampliamente el billón quinientos mil millones de dólares a que se eleva el conjunto de las reservas de los bancos centrales en el mundo. Este capital especulativo no necesita de un territorio de pertenencia concreto (más allá que podemos situar el círculo de sus intereses directos y sus relaciones de poder en el Norte más que en los países periféricos). Aparece entonces por un lado una economía “virtual” o “simbólica” (compuesta por movimientos contables, tipos de cambios, tasas de interés, bonos, acciones, especulación con derivados, etc.) y por otro lado una economía real que convive con aquella, una economía de capitalismo industrialista clásico, pero que, en gran medida, a la vez de disputar la hegemonía, se va vinculando intrínsecamente con aquel capital especulativo.

Así vamos llegamos a una realidad de terribles consecuencias: **el capital especulativo no requiere sino en ínfima medida de la economía “real” para su crecimiento y reproducción. Esta es la lógica del capitalismo actual, más allá del abismo al que conduzca.**

El capital financiero—especulativo genera una “revolucionaria” y cruel novedad, pero que es una realidad incontestable en la economía de hoy: el acrecentamiento del capital se logra no necesariamente como producción de bienes y servicios, sino como “especulación” del mismo capital, que aprovecha su extraordinaria movilidad posible en la actualidad para obtener ganancias en operaciones que aluden a los movimientos de los recursos financieros *per se*, sin vinculación alguna con la creación de “valores de uso” y ni aun con la producción de “valores de cambio” para el mercado. Esta circunstancia, como decíamos, no puede dejar de incidir en la economía real a la que está atada la vida de miles de millones de trabajadores en todo el mundo, provocando empobrecimiento y destruyendo poder adquisitivo y niveles de vida, originando recesión y aniquilando recursos para la inversión social.

El sustento, la vía, el asiento, del despliegue del capital especulativo es la revolución informática¹³. La revolución en las comunicaciones le permitió al capi-

¹¹ Los Fondos han introducido técnicas de chantaje y extorsión al que llaman *raket*. Este consiste en comprar acciones y apretar a la empresa para que los beneficios generen un dividendo de arriba del 10%.

¹² Sirva para comparar y dimensionar el proceso de financierización que en 1986 las transacciones diarias en el mercado financiero mundial llegaban a 188.000 millones de dólares en sólo una década casi llegaron a decuplicarse (Minsburg, 1997). Veinte años después logra cifras que prácticamente lo multiplican por 15.

¹³ “especulación es sinónimo de cambios abruptos: el dinero afluye velozmente a un mercado o sector en alza y lo abandona a igual ritmo cuando baja. La tecnología acelera constantemente esos flujos, elevando volatilidad e hipersensibilidad, sobre todo en materia de futuros, opciones e instrumentos derivados involucrados. Tanta fluctuación a alta ve-

¹⁰ las cifras son proporcionadas por el economista Aldo Ferrer, 2006.

tal girar libremente. Le creó una base de sustento en donde puede multiplicarse casi sin límites, a una velocidad extrema.

En esta financierización encontramos una explicación de por qué una parte de los intereses de los GET se desterritorializa, haciéndose puramente especulativo. Aquí cabe volver a citar el ejemplo de la Siemens, oportunamente referido, mediante el cual se grafica que este grupo tiene tantas ganancias y colocaciones en la industria como en ámbito financiero. La interpenetración del capital especulativo y del “productivo” se hace, de este modo, manifiesta.

LA COMPLEJIZACIÓN DE LA MAQUINARIA ESPECULATIVA.

El proceso de autonomización del capital –o de surgimiento de la hegemonía del capital financiero– se sustenta también en la complejización y en la diversificación de la maquinaria especulativa. Así la timba financiera se multiplica en una infinidad de fuentes de especulación y beneficio. A modo de ejemplo mencionemos que en las bolsas y demás lugares donde se especula con el dinero no sólo se compran y venden acciones. Entre otras cuestiones los tipos de interés y los tipos de cambio se vuelven variables, y se crean instrumentos encargados de proteger contra estas fluctuaciones, que se vuelven asimismo objetos de riesgo, de fluctuación y de especulación: son los “futuros” o “instrumentos de cobertura”¹⁴. Evidentemente, el mecanismo se reproduce sobre sí mismo perdiendo por completo la referencia a la economía real, a la de bienes y servicios concretos, que se relaciona con lo material. En los mercados se negocian cada vez más operaciones de cobertura de riesgos sobre los productos financieros.

La ingeniería financiera aceleró ese desarrollo, fondos de pensión y de inversión, grandes bancos y otros Grupos Económicos Transnacionales encontraron en la revolución informática, como decíamos más arriba, el atajo tecnológico que les permitió crear productos financieros derivados, articular una red bursátil y cambiaria internacional operando las 24 horas del día, los 365 días del año.

Los medios de comunicación masivos, sobre todo en los países centrales, se encargaron de pintar el decorado del ansiado paraíso: un nuevo capitalismo planetario triunfante. Por eso no es de extrañar que entramparan en sus negocios también a las familias y pequeños ahorristas que se incorporan de manera directa o indirecta, a la euforia de las *elites*, aumentando la masa financiera global. De este juego participaron no sólo los consumidores de los países ricos, sino también las clases acomodadas de la periferia a través de diversos mecanismos de endeudamiento y especulación. Desde la generalización de las tarjetas de crédito hasta la participación familiar masiva en el negocio bursátil, que en Estados Unidos llegaba a fines de los noventa a proporciones inverosímiles.

Sin duda, el nivel más alto de la especulación ha sido alcanzado en la gestión de los llamados “productos financieros derivados” cuya expansión exponencial ha llevado a ciertos autores a considerarlos una tercera esfera económica y no por cierto la menos importante, sino por el contrario, la que se está convirtiendo gradualmente en la de mayor envergadura. Warde, por ejemplo, utiliza el con-

cepto de economía virtual y afirma que “la naturaleza de las relaciones entre la economía virtual (productos derivados), la economía financiera (títulos) y la economía real (producción de bienes y servicios) se ha transformado completamente. La economía financiera y la economía real se encuentran sometidas a los desórdenes de la economía virtual” (Warde, 1994).

Con el complejo desarrollo de herramientas especulativas como los productos derivados finalmente se borra toda proporcionalidad entre la económica real y efectiva y la economía imaginaria, ilusoria, falsa o ficticia, que comienza a manejarse con relativa independencia de las leyes de la producción de plusvalía, y desaparece la posibilidad de descubrir detrás de cada forma de la economía especulativa una forma económica real.

Los productos derivados no constituyen una creación de fin del siglo XX, ya existían en el siglo XIX bajo la forma de “mercados a término” (ventas de productos en una fecha y a un precio determinando de antemano), pero fue mucho tiempo después en un proceso que va desde los setenta a los noventa, cuando el sistema se expandió diversificándose niveles verdaderamente impensables, perdiendo su anclaje con la economía “real”. De operaciones basadas en “contratos a término” o “*futures*” (compromiso de compra o venta a precios predeterminados de cualquier objeto real o financiero como materias primas, acciones, etc.), “opciones” (derecho a comprar un activo a un precio y en un plazo establecidos) y “contratos de intercambio” o “*swaps*” (intercambios entre monedas diferentes, por ejemplo dólares contra libras esterlinas en una fecha establecida, intercambio de una deuda a tasa variable por otra a tasa fija, etc.) se fueron generando especulaciones sobre las especulaciones, apuestas sobre las apuestas. Con el paso del tiempo los productos derivados han ido asumiendo formas cada vez más enmarañadas articulando cadenas financieras muy complejas que enlazan divisas, acciones, materias primas, etc. todo en una misma operación. La ingeniería financiera apoyada en los avances informáticos ha permitido crear más y más insólitos “productos derivados”. “El mercado de derivados también ha crecido rápidamente. Desde principios de esta década [del noventa] hasta la actualidad sus operaciones aumentaron cuatro veces. El stock de operaciones en derivados en diciembre de 1997 ascendía a 40 billones de dólares, equivalentes a 1,5 veces el producto total de la economía mundial” (Ferrer, 2006).

“El mismo crédito puede dar lugar a transacciones –y, por lo tanto, a especulaciones o arbitrajes, según se contemple la obtención de beneficio por el beneficio, o la obtención de beneficio por una razón más o menos sana– en varios mercados. Puede tratarse como tal, puede tratarse luego en un sistema de cobertura de riesgo, luego de cobertura de cobertura de riesgo, en un amontonamiento, una irracionalidad y una anarquía sencillamente aterrorizadoras” (Labarde y Maris, 1999). De este modo, se acumulan operaciones sobre las operaciones, riesgos sobre riesgos y por ahora –mientras no estalle la burbuja– beneficios sobre beneficios. Estos succulentos beneficios que se acumulan como un castillo de naipes son en el mismo tiempo que la fortaleza que le permite seguir, la debilidad que amenaza el sistema. “Las corrientes financieras consisten principalmente en operaciones de capitales de corto plazo desvinculadas de la actividad real de producción, comercio e inversión. La variedad de instrumentos financieros se ha sofisticado y multiplicado de manera vertiginosa. El objetivo dominante de la mayor parte de las transacciones financieras internacionales es realizar ganancias especulativas. Se estima que el 95% de las operaciones de los mercados cambiarios, que asciende diariamente a alrededor de 1,3 billones de dólares,

consiste en movimientos de fondos que arbitran tasas de interés, tipos de cambio y expectativas de los mercados bursátiles” (Ferrer, 1998). “En la actualidad, se estima que la totalidad de los instrumentos financieros emitidos en el mundo –dinero circulante, depósitos a término, bonos de deuda, acciones y miles de nuevos instrumentos a futuro y de *hedging* que dan vueltas permanentemente por todos los centros financieros del mundo– totalizarían una cifra cercana a los 400 billones de dólares (o sea 400.000.000.000.000), lo que excede en muchas veces la sumatoria de todo el dinero circulante de todos los países. Estamos hablando de una cifra cuarenta veces mayor al PBI de los Estados Unidos. Claramente se trata en gran medida de dinero virtual que sólo existe en los circuitos financieros y en las computadoras de los bancos, *traders* y fondos de inversión, que detentan un poder despótico sobre todo el planeta” (Salbuchi, 2001).

En resumidas cuentas, son muchos y muy variados los índices de retribución del capital que facilitan que el capital produzca capital directamente, sin la mediación de la mercancía, sin necesidad de trabajo. Lo cual va corriendo el eje de la multiplicación del capital hacia el ámbito financiero dejando de lado –haciendo cada vez menos determinante– el proceso de producción en la acumulación del mismo.

Pero vale la pena preguntarnos: ¿Este capital especulativo es una mera ficción? ¿Es sólo aire de la burbuja; o bien, se trata verdaderamente de representación de riqueza? Si se tratara de riqueza, sería necesario que fuese capaz de cambiarse por algo real, concreto, ya sea mercancía o servicio... “Son transacciones de compra y venta de lo que no existe, en las que no se intercambian activos reales, ni siquiera símbolos de esos activos, sino, por ejemplo, los riesgos asumidos por los contratos a mediano o largo plazo que aún no han sido firmados o sólo existen en la imaginación de alguien; se ceden deudas que a su vez serán negociadas, revendidas y recompradas sin límite; se celebran contratos en el aire, a menudo de común acuerdo, sobre valores virtuales¹⁵ aun no creados pero ya garantizados, que suscitarán otros contratos, siempre de común acuerdo, referidos a la negociación de aquellos” (Forrester, 1997).

El capital financiero–especulativo, es como decíamos, parecido al equilibrio del ciclista que sólo se sostiene en tanto este pedalea. Mientras se especula y se acumula, produce la ilusión de existir. Fuera de su circuito, corre el peligro de aparecer como lo que es: datos de archivo en discos rígidos de computadoras, que pueden desaparecer con tanta facilidad como se reprodujeron.

Para entender el desproporcionado crecimiento del capital financiero sin conexión con el crecimiento de la economía real, podemos recurrir a explicaciones simples, que permitan entender la lógica de esta carrera desenfrenada. Una explicación es la llamada “Cadena de Ponzi”. El ejemplo concreto de esta Cadena de Ponzi es lo que ocurrió en Albania. Una estafa mediante una cadena de prestamos sustentada sobre un flujo continuado de dinero fresco basado en conseguir continuamente nuevos incautos. “En Albania, la estafa ascendió a 1.200 millones de dólares, tanto como el PIB. Los tres estafadores (...) ofrecían el 100% de interés frente a 3% del Banco de Albania. Método: los intereses se

¹⁵ El autor argentino Carlos Scavo pone el siguiente ejemplo: “una opción negociable no es nada en sí misma, pues sólo representa el derecho a ejercerla o no. Quien toma una opción adquiere el derecho a comprar (si es un “call”) o vender (si es un “put”) determinada cosa –acción, bono, producto básico, dinero– a precio y plazo determinados. Pero como ese derecho también es negociable, tiene un costo distinto aunque relacionada al del activo básico. De ahí que las opciones se negocien en los mercados de valores y de futuros, en los específicos para opciones o, por vía electrónica, entre particulares” (Scavo, 1996).

pagan con los capitales de los recién llegados. El nuevo incauto será pagado, a su vez, a tocateja, por un incauto más reciente. Hasta que alguien decida retirar sus billetes, capital e interés. En Albania, los pequeños ahorristas quedaron arruinados a costa de 1.600 muertos y 6.000 heridos” (Labarde y Maris, 1999).

El fenómeno de Ponzi en relación a las Bolsas y a los nuevos instrumentos financieros se materializa a través del aflujo de nuevos pequeños ahorristas que quieren actuar como los grandes. Las Bolsas y los circuitos del capital especulativo siguen siendo mercados cerrados, autorreferenciados. Por eso la otra posibilidad de explicación de la sobrevaloración está vinculada precisamente a la autoreferencia del sistema. “Los operadores son un círculo cerrado. John compra porque Tom compra porque Bill compra porque John compra. A fin de cuentas, John compra porque compra, pero cree que compra porque compran los demás. Los operadores son estorninos que se creen águilas. Eso no impide que ese círculo donde se canta “vendemos–compramos” cree valor... Es preciso admitir, pues, que los operadores bursátiles negocian otra cosa, además de las acciones que representan los beneficios esperados de las empresas. Esa otra cosa se denomina “incertidumbre”. En Bolsa se negocian fluctuaciones de tipos de interés, de monedas de los propios valores bursátiles, es decir, “porvenir”. La Bolsa crea valor mientras los operadores crean en ello, sus creencias se basan en su propia opinión, ¡realmente es algo sólido!”¹⁶.

George Soros, por nombrar un conocido financista, insinúa que él hace las tendencias pero, en realidad, es sólo un operador en el mercado, como los demás, a veces gana más (otras menos), a veces gana apostando contra la libra (otras veces corre atrás de ella), en resumen, “se halla entre la muchedumbre intentando adivinar lo que la muchedumbre va a hacer”, como decía gráficamente Keynes respecto de los corredores de bolsa.

FONDOS DE INVERSIÓN Y OTROS INSTRUMENTOS DEL CAPITAL FINANCIERO.

Como el sistema especulativo se alimenta –como lo demuestra la Cadena Ponzi– de cada vez mayor volumen de inversión y superando los límites tradicionales del sistema bancario aparecieron los “Fondos de Pensión” utilizando los ahorros de los futuros jubilados y los “Mutual Funds” o Fondos Comunes de Inversión que canalizaban dinero de origen diverso –muchas veces de las ganancias de accionistas y gerentes de los GET– hacia la compra de papeles de todo tipo en toda clase de países. En la década de 1980 estos fondos crecieron vertiginosamente pero los noventa fueron sus años de explosión¹⁷. Hacia 1988 los Fondos de Pensión de las naciones de la OCDE administraban inversiones del orden de los 3,9 billones de dólares, una década después dicha cifra se había multiplicado por 2,6 llegando a los 10,2 billones (aproximadamente un tercio del Producto Bruto Mundial)¹⁸.

¹⁶ Labarde y Maris en “Maravillas de la guerra económica”, 1999.

¹⁷ “Hacia 1980 en Estados Unidos, cuatro categorías de “inversiones institucionales” (fondos de pensión, fondos comunes de inversión, compañías de seguros y de seguros de vida) administraban activos financieros por cerca de 1,6 billones de dólares que representaban algo menos del 60% del PBI de ese país, hacia 1990 alcanzaban los 5,2 billones de dólares (95% del PBI), pero en 1993 superaban los 8 billones de dólares (125% del PBI). En Inglaterra para esa última fecha dicha cifra rondaba los dos billones de dólares, es decir el 165% de su PBI” (Beinstein, 2000).

¹⁸ Cifras citadas en Jorge Beinstein (2000).

“Los fondos de pensión, las empresas de seguro y los *mutual funds* –cuya expansión a partir de 1974 es estimulada por una ley de protección al ahorro para la jubilación que aumentó la regulación de los fondos de pensión– han experimentado un crecimiento constante durante la posguerra. Representaban ya, en 1980 el 60% del PBI de los Estados Unidos, pero apenas diez años después son equivalentes al producto, lo cual implica un cambio sustancial en la relación entre los activos bancarios y el de estas instituciones, que no realizan prestamos a las empresas o el gobierno, sino compras de títulos, lo que les permite adquirir la propiedad de un activo sin ligarse a la suerte del deudor y conservar, a la vez, una elevada liquidez. Esto ofrece a las empresas la posibilidad de financiarse mediante la emisión de obligaciones o de acciones (lo que es favorecido por la alta dispersión de la propiedad de las mismas en las grandes empresas norteamericanas) a un menor costo que el bancario y permite obtener al mismo tiempo a los inversores en los *mutual funds* retribuciones más elevadas que las ofrecidas por los bancos, lo cual explica que sean el factor desencadenante de la desregulación de los depósitos y créditos” (Arceo, 2002).

La punta de lanza especulativa de los fondos de inversión son los llamados “*hedge funds*” o “fondos de cobertura” teóricamente destinados a reducir el riesgo de los inversores a través de operaciones muy audaces y sofisticadas, en realidad su función es la de ponerse en la cresta de la ola financiera, como ocurrió por ejemplo en el marco de la crisis de Rusia con las compras de unos títulos llamados GKO (títulos de la deuda pública interna, en rublos) (Beinstein, 2000).

La canalización de los ahorros de millones de personas, trabajadores en su mayoría¹⁹, se convierte en un instrumento nuevo de concentración del capital. Los fondos de pensiones son, en la actualidad, los mayores grupos de inversión en la economía mundial. Estos fondos, con más de 5 de billones de dólares sólo en EEUU, contienen ahorros de millones de empleados norteamericanos. “Los fondos de pensiones representan el 74% de los ahorros netos individuales, alrededor de un tercio de la totalidad de las acciones de las empresas y cerca del 40% de la totalidad de los bonos de empresa en circulación. Los fondos de pensión representan cerca de un tercio de la totalidad de los activos financieros de la economía de los EEUU. Tan sólo en 1993, estos fondos realizaron nuevas inversiones por un valor comprendido entre 1 y 1,5 billones de dólares. Los activos en manos de estos fondos superan, en la actualidad, la totalidad de los activos en manos de la banca comercial de Estados Unidos, convirtiéndolos en una formidable herramienta de inversión” (Rifkin, 1996). Si la propiedad nos remite en gran medida a pequeños y medianos ahorristas, su decisión, es decir, quien maneja verdaderamente estos fondos, se concentra en una *elite* gerencial, los llamados CEO (*Chiefs Executive Officers*). Y, además, el manejo de estos Fondos se hace en el sentido de la concentración mayor de poder en sus manos. Los dueños originarios del dinero, esa inmensa masa cuyo ahorro es succionado y concentrado a través de estos instrumentos de concentración del capital, no tienen ningún nivel de decisión acerca de cómo estos son invertidos. El fenómeno llega tan lejos que muchas veces se han invertido miles de millones de dólares de los Fondos, o sea del ahorro de trabajadores, tanto en nuevas tecnologías que permiten disminuir el tiempo y la necesidad de mano de obra, procurando la eliminación de puestos de trabajo; como también comprando empresas y manejándolas de acuerdo a los apuros financieros y a los criterios de reingeniería del capital que terminan necesariamente en despidos, o sea, destruyen puestos de trabajo de aquellos cuyo dinero está siendo empleado, por lo menos parcialmente. Esta es una de las grandes paradojas de esta etapa

¹⁹ Cuantitativamente hablando estos fondos canalizan el ahorro de muchos trabajadores, aunque también es preciso aclarar que cualitativamente la composición de estos capitales está signada por la participación de otros sectores a los que no se puede considerar trabajadores, desde el accionista hasta el CEO, pasando por rentistas de diverso tipo.

globalizante: una parte de los asalariados, sobre todo en los países centrales, ha podido ahorrar gracias a un salario decente vinculado a la existencia de un Estado de Bienestar. Ese ahorro, fundamentalmente en los países anglosajones y en Japón, va hacia Fondos que tienen como una de sus funciones terminar con aquel Estado providencialista, es decir, a serruchar la rama sobre la cual están sentados precisamente esos mismos asalariados.

Para darnos una dimensión de la trascendencia de estos instrumentos de concentración del capital, tenemos que formularnos la siguiente pregunta: ¿Cuál es el peso de las reservas acumuladas en divisas de Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido o Canadá –es decir de los siete países más ricos del mundo, el llamado G7– frente al poder de los principales Fondos anglosajones y japoneses? La respuesta es clara: insignificante. A título de ejemplo, pensemos que en el importante esfuerzo financiero en favor de México (1994) para evitar que su crisis se expanda, los grandes Estados del planeta (entre ellos Estados Unidos), el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional consiguieron, conjuntamente, reunir alrededor de 50 mil millones de dólares. Una suma considerable. Pues bien, los tres primeros fondos de pensiones norteamericanos, Fidelity Investments, Vanguard Group y Capital Research and Management manejan la friolera de 500 mil millones de dólares.

Los CEOs que manejan esos fondos, concentran en sus manos un poder financiero de una envergadura impresionante, que no tiene relación con el de ningún ministro de economía o presidente del banco central de país alguno²⁰. En un mercado con muchos aspectos mundializados –en cuanto a su coordenada espacial– e instantáneo –en cuanto a la temporal–, cualquier desplazamiento intencional de estos pesos pesados puede acarrear la desestabilización de países periféricos, pero también pueden poner en vilo a países centrales (por ejemplo especulación con la Libra de la que participó Soros y que puso los pelos de punta a los ingleses).

Lo claro es que ese poder está interrelacionado, pero no se ve condicionado absolutamente (como en otras etapas) por los gobiernos de los países centrales, ya que se mueven a su antojo en el ciberespacio de las finanzas globales. Este capital puramente especulativo tiene intereses contradictorios, muchas veces, no sólo con los Estados Nacionales de los países periféricos, sino también con los centrales. Su máxima pretensión es situarse en un espacio “virtual”, es decir un “territorio” sin problemas de población, sin vínculo alguno con las negociaciones propias que le imponen los Estados y los trabajadores. Desde este lugar, desde la negación del hombre y sus contradicciones, se convierten en cada vez más en amos del Imperio de la Muerte, e instrumentalizan (o bien pretenden hacerlo) a los Estados, tanto centrales como periféricos en su propio beneficio.

EL CIRCUITO NEGRO DEL CAPITAL.

Pero el análisis de la nueva dimensión de la economía especulativa hegemónica no está completo sin una referencia al “mercado negro” o de dinero proveniente de hechos criminales o legalmente prohibidos²¹. El capital “sucio” de las mafias,

²⁰ “En diciembre de 1997 las reservas de todos los bancos centrales del mudo ascendían a 1,6 billones de dólares, la misma magnitud que las operaciones en de los mercados cambiarios de un sólo día” (Ferrer, 2006).

²¹ Para definir la magnitud del fenómeno al que nos estamos refiriendo alcanza con citar las cifras en las que se calcula la economía directamente proveniente de hechos criminales: según Jorge Beinstein se trataba de 4 billones de dólares en 1997, equivalente al 50%

fue progresivamente comportándose de forma idéntica al de los grandes Grupos Económicos. Los enfrentamientos sangrientos entre bandas de “gansters” en las calles de Chicago o los sangrientos ajustes colectivos de cuentas en Sicilia son, sin duda, una reliquia del pasado o bien pertenecen a películas de Hollywood, no pocas veces financiadas por los propios mafiosos. Las nuevas mafias, más efectivas que cinematográficas, están basadas en la violación sistemática de las normas legales y el empleo de la violencia física directa para imponer su voluntad, combinado las fuentes tradicionalmente mafiosas de ingresos (prostitución, drogas, contrabando, etc.) con la especulación financiera, la actividad industrial o comercial legal. También resulta indudablemente necesario asociar el auge del capital gansteril con la desregulación generalizada, la decadencia del Estado, la impotencia de las democracias de tipo liberal para controlar formas parasitarias, que han quebrado las barreras espaciales y temporales de los viejos procesos de acumulación y cuya velocidad las empuja hacia la depredación social sin límite alguno.

Es un secreto a voces que el capital delictivo está sólidamente imbricado en el sistema económico capitalista. La apertura de los mercados y la libre circulación de capitales lo incluye implícita y hasta explícitamente. Así se ve favorecido el incremento de las actividades ilícitas. En la dimensión mundial el circuito de economía negra se completa y realiza su “aporte” significativo al capital especulativo global. Además la preponderancia del capital especulativo que condiciona a los Estados Nacionales (sobre todo los periféricos) contribuye y está intrínsecamente vinculado con el desarrollo de esta economía “negra”.

Sin caer en cifras exageradas, proporcionadas por “teorías conspirativas”, y sólo teniendo en cuenta a los números que, conservadoramente, proporciona la Organización de Naciones Unidas, las rentas mundiales anuales de las organizaciones criminales transnacionales son del orden del billón de dólares, un importe equivalente al PBI sumado de los países de baja renta (según la categorización del Banco Mundial), que tienen tres mil millones de habitantes²². Este número, no obstante, se queda corto, pues la ONU sólo tiene en cuenta el producto del tráfico de armas y droga, contrabando de materiales nucleares, prostitución, juego clandestino, mercados negros de mercaderías y de divisas. Pero no tiene en cuenta las inversiones de capital sucio en negocios “legales”. “La expansión mafiosa de los noventa constituye un dato decisivo. El ingreso anual mundial del tráfico de drogas era evaluado por numerosos expertos a comienzos de esta década en una 500 mil millones de dólares, dicho monto ha estado aumentando de manera acelerada²³” (Beinstein, 2000).

La producción y distribución de drogas ha seguido el molde histórico de las relaciones centro-periferia. La caída del poder de compra de los productos agrícolas de zonas tropicales más tradicionales, se vio alentado el desarrollo de cultivos “ilegales” como por ejemplo la coca y la amapola. En los países periféricos, campesinos pobres realizan cosechas por las que obtienen porciones ínfimas de

del Producto Bruto Interno de los EEUU, a 2,5 veces el PBI nominal de todos los países de bajo ingreso (Beinstein, 2000).

²² Véase: Naciones Unidas, Cumbre Mundial para el desarrollo social. La globalización del crimen 1995.

²³ “Dadas las tendencias al crecimiento constatadas y el dato de ventas más probable para mediados de los 90 (u\$s 500 mil millones), sería realista fijar su nivel actual en (por lo menos) u\$s 600 mil millones, equivalente al triple de déficit comercial de Estados Unidos de 1997, al doble del PBI de las economías de África subsahariana, a un poco menos que la suma de los PBI de México y Argentina o el PBI de la Federación Rusa (BM, 1998)” (Beinstein, 2000).

los ingresos globales generados por el negocio de la droga. En los centros de distribución y consumo —fundamentalmente en los países centrales— los grupos mafiosos y sus asociados en el mundo de las finanzas se quedan con el grueso del resultado de las ventas (un 90% según la mayor parte de los expertos), ello significa que de los 600 mil millones de dólares de ventas mundiales en 1998, unos 540 mil millones quedaron en los países centrales (Beinstein, 2000).

Es esencialmente un negocio —como todos los otros negocios— que deja sus dividendos en los países ricos (de manera directa pero también por vía indirecta a través de estructuras financieras, comerciales e industriales de carácter legal). Aunque para todo el mundo, insuflado esto desde las usinas de divulgación ideológica del sistema, son los países periféricos como por ejemplo Colombia o Bolivia, los considerados “culpables” de tráfico y sufren consecuencias sociales e institucionales devastadoras (como por ejemplo servir de excusa de la intervención encubierta de los marines o asesores militares yanquis en su territorio).

El caso es que, seguir el hilo de Ariadna de cualquier red mafiosa nos lleva indefectiblemente hasta el corazón de la economía mundial, los países centrales. Allí se encuentran las conducciones estratégicas del negocio que no deben ser pensadas como bandas de gangsters con trajes de solapa ancha y un inglés hablado con acento italiano, sino como respetables señores de negocios, como cuadros superiores de los GET o de empresas financieras, políticos destacados de las democracias de los países centrales, militares de alto rango, jefes de los servicios de inteligencia o bien de fuerzas de seguridad, etc. Es que la práctica mafiosa se ha convertido en un área más, funcional e importante —por cierto— de la economía de mercado globalizada.

En efecto, este capital sucio, se “limpia”, se “recicla” a través de inversión en una variedad de actividades legales, lo cual les proporciona no sólo una cobertura para el blanqueo del dinero, sino también un medio seguro para acumular capital fuera del terreno de las actividades criminales. “Diversificación del negocio”, que le dicen. Esas inversiones son efectuadas en diversos sectores como el de la construcción de lujo, la industria del ocio, los medios de comunicación, aunque especialmente tiende a agrandar el circuito financiero²⁴.

La libre circulación de capitales construye un circuito, que se autoalimenta. Importantes fugas de dinero se producen para evadir impuestos y van rumbo a los paraísos fiscales). Algunas veces estos fondos vuelven en inversión en títulos públicos. De esta forma, puede darse, de hecho se da, que grandes evasores del Estado (defraudadores fiscales y demás yerbas) invierten en él el dinero que le han escamoteado y cobran, además, intereses. No pueden discutirse la genialidad: ¡el ladrón presta su dinero a la víctima del robo! Un sistema absolutamente perverso.

Jean Ziegler mostró con suficiente claridad el papel de la banca suiza en el lavado de narcodivisas (Zigler, 1990). En una publicación de mediados de los 90 el IFRI (Instituto Francés de Relaciones Internacionales) aludía diplomáticamente al hecho de que “las operaciones (de blanqueo) esenciales para el narcotraficante no pueden hacerse sin una cierta complicidad o complacencia por parte del sistema bancario. Los bancos de los países desarrollados han sido durante mucho tiempo poco vigilantes con respecto al origen de los fondos depositados”, para luego en forma más directa señalar que “un informe del IHESI (instituto de altos

²⁴ Otra cuestión merece ser planteada cuando se habla del tráfico de drogas: el papel de los bancos. Según un estudio de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), los beneficios de este tráfico, a escala mundial, se elevan a unos 500.000 millones de dólares por año, de los que la mitad transitan por los circuitos del sistema financiero norteamericano” (Noam Chomsky en *Le Monde Diplomatic* 1997).

estudios en seguridad interior de Francia) muestra que ciertos bancos franceses han utilizado sucursales establecidas en los “paraísos financieros” con el fin de realizar operaciones que borran el origen ilícito de capitales girados luego a filiales europeas. Podemos pensar que numerosos organismos bancarios de países desarrollados hacen lo mismo” (Beinstein, 2000).

El capital negro se funde, se hace inescindible con el “legal”, en el momento mismo, en que se deposita en el sistema financiero. “Las mafias además realizan inversiones significativas en bancos de negocios, en sociedades de intermediación financiera y en grandes gabinetes jurídicos. Para blanquear el dinero sucio, el crimen organizado utiliza a algunos de los mayores bancos a nivel mundial, así como las sociedades de inversión o las especializadas en el tráfico de divisas” (Chossudovsky, 1999).

Los paraísos fiscales esparcidos estratégicamente por todo el mundo, son los sitios donde el capital negro entra en contacto con los grandes bancos comerciales de EEUU, Europa y Japón, sus filiales locales están especializadas en el *private banking*, ofreciendo un servicio discreto y personalizado a la gestión de cuentas de alto rendimiento. A partir de allí, no hay distinción alguna. La banca internacional utiliza estos depósitos para financiar negocios a través de prestamos e inversiones legales, que a su vez se reinvierten tanto en el circuito legal como el criminal.

Al dinero sucio se accede fácilmente, en tiempo real, por transferencia electrónica (¡otra maravilla de la tecnología!) entre la casa matriz y su filiales donde son depositadas a nombre de sociedades pantalla, registradas en paraísos fiscales. Las amplias posibilidades de evasión que estos paraísos proporcionan son tan utilizadas por empresas legales como por las organizaciones criminales.

Una parte considerable del producido del mercado negro, como decíamos, es orientado hacia inversiones en los mercados financieros; en particular una parte de la deuda pública bajo forma de obligaciones y bonos del Tesoro. De este modo, algunas mafias se han convertido en acreedoras de los Estados y adquieren la facultad de ejercer mediante su injerencia en los mercados, una influencia sobre la política macroeconómica de los gobiernos.

Así el capital proveniente de ilícitos y de los negocios “legales”, el que proviene de la evasión de impuestos y el de los papeles de deuda de los Estados, el puramente especulativo y el productivo, el que proviene de las mafias y el de los GET, de fondos institucionales y las fortunas personales, circulan y se entremezclan, merced al progreso de las técnicas bancarias y de las telecomunicaciones, haciéndose indescifrable la porción que corresponde a cada uno.

En los países periféricos estas estructuras de negocios ilegales penetran fácilmente a la burocracia estatal provocando la tremenda corrupción inherente al sistema en esta etapa globalizante. La degradación institucional es así funcional a los intereses del capital.

El circuito del capital “alternativo” no constituye un fenómeno marginal. Existen más de cincuenta y cinco paraísos fiscales diseminados a lo largo y a lo ancho del mundo, por su puesto, cercanos a los grandes centros de poder. Las islas Caimán, por ejemplo, pegadas al territorio de EEUU, constituyen el quinto centro bancario mundial, con más bancos y sociedades registradas que habitantes. Pero los paraísos financieros no se restringen a islas paradisíacas del caribe y otros mares tropicales. En pleno centro de Europa y con una gama de facilidades similares a las de las islas Caimán, están Luxemburgo, las islas anglo-normandas, el principado de Mónaco, Gibraltar, la isla de Malta...Pero Suiza es sin duda uno de los circuitos bancarios preferidos, en donde más del 10% del total de las cuentas abiertas en el país lo son a personas físicas o jurídicas no residentes.

Es importante poner en claro que los paraísos fiscales no constituyen competencia para el circuito tradicional del capital, sino que ambos se complementan. Accesibles desde un terminal de computadora y operables por medio de una tarjeta de crédito o un cajero automático desde cualquier lugar del mundo, estas cuentas truchas están plenamente integradas al mercado financiero mundial. De esta forma, como decíamos, el capital se mezcla, se hace único. Los negocios legales e ilegales, financieros e industriales, delictivos o filantrópicos están cada vez más intervinclados. Las mafias invierten en asuntos legales e, inversamente, los GET canalizan recursos financieros hacia la economía criminal, a través de un sistema bancario absolutamente cómplice y beneficiario del blanqueo de dinero sucio. El poder del capital adormece las dudas sobre el origen y el destino de los fondos depositados. El secreto bancario y el anonimato de las transacciones son la garantía de unos intereses cada vez más imbricados.

Existe una relación clara e indiscutible entre la deuda pública y privada de nivel mundial, el comercio ilícito y el blanqueo de dinero negro. Esta relación se llama libre circulación del capital. Los equilibrios de esta circulación no están determinados ni por el origen ni por el destino de los fondos. Por ejemplo, después la crisis de la deuda, a comienzos de los años ochenta, el precio de las materias primas cayó, provocando una baja de las rentas de los países periféricos en general. En particular en los países del Europa del Este. Lo cual se sumó a una profunda crisis política producto del estallido implosivo del “socialismo real”. Las economías nacionales del Este se vieron determinadas por el efecto de medidas de austeridad dictadas por los acreedores internacionales, a partir de su adhesión al sistema de instituciones de Breton Woods (F.M.I., BM, etc). Esto significó: aumento de la desocupación, cierre de incipientes empresas nacionales, congelamiento de las inversiones públicas y la reducción del crédito para actividades productivas. Entonces, la economía legal entró en crisis. El desarrollo de una economía sumergida alternativa y de subsistencia en muchos de estos países del Este Europeo fue un terreno abonado para las mafias que no pocas veces devienen del anterior sistema burocrático de control del Estado, la llamada “Nomenklatura”. La caída simultánea del mercado interno nacional y el valor de las exportaciones creó un vacío en el sistema económico y por ese mismo camino la producción ilícita pasa a convertirse en el sector dominante.

En resumen, en el mundo actual existe una extrema dificultad para establecer un corte, una frontera precisa entre la economía de mercado formal (en especial las actividades financieras más rentables) y los sistemas mafiosos o de economía en negro. Bancos de primer nivel internacional que lavan narcodólares, GET muy diversificados juegan algunas fichas, donde les es posible en áreas oscuras o semioscuras lindantes con actividades clandestinas, reconocidos jefes mafiosos operando negocios legales, conforman una maraña mundial inextricable. La búsqueda de dicha línea divisoria es una tarea inútil, la separación no existe. Todo es parte de una lógica del capital depredatorio que se extiende por todas partes, impregnando todo con su olor nauseabundo.

UN ESBOZO ACERCA DE CÓMO SE REPARTE LA RIQUEZA Y CÓMO SE CONCENTRA EL CAPITAL

Es legítimo preguntarnos ¿A quién enriquece la autoreproducción del capital? o bien... ¿A dónde fue a parar la riqueza que implica el aumento de la productividad

y la reducción del costo laboral? Demás está responder que estas cuestiones no redundan en un beneficio conjunto de los sectores populares, mucho menos en las naciones periféricas. La distribución de la riqueza –en la actual correlación de poder– tiene cada vez menos en cuenta a las clases y a las naciones oprimidas. En cambio es impresionante analizar los índices del incremento de la remuneración de los detentadores del capital, ya sea en los beneficios obtenidos por accionistas, directores o inversores, o bien la remuneración de los CEO y demás puestos gerenciales y profesionales vinculados a los GET. El crecimiento desproporcionado de estos GET caracterizado como un fenómeno de concentración extrema es una de las particularidades sobresalientes del actual sistema económico mundializado.

Sólo durante la década del ochenta las principales 500 transnacionales de origen norteamericano aumentaron sus beneficios, en promedio, más de un 90%. Y obviamente la tasa de reinversión sobre emprendimientos productivos dista mucho de acercarse a la tasa de beneficio. Esa plata fue a parar en gran parte al bolsillo de la nueva oligarquía de escala mundial, una casta de personajes que no son necesariamente propietarios de las empresas. Por ejemplo, los CEOs en el año 1987 embolsaron el 60% de las ganancias de las empresas (Gorz, 1998). Según datos del mismo autor en 1994 un CEO ganaba 187 veces más que un obrero o un empleado, en una progresión creciente desde 1974 (“nada más” que 41 veces). Relación que se aumenta, de modo considerable, en los países latinoamericanos.

Una forma de apreciar lo que ganan los CEOs está dada por las suculentas indemnizaciones que estos reciben. Gilbert Amelio, fue echado por Apple tras 17 meses en la dirección de la empresa y cobro de indemnización 70 millones de dólares, Michael Ovitz, despedido por Disney a los 18 meses, cobró 90 millones (Labarde y Maris, 1999).

En la concepción y la práctica del capitalismo industrialista de la etapa imperialista, el capitalista es definido como el que destina sus bienes a la producción. La propia definición de burguesía como clase está cruzada por esta concepción en la cual se exige un rol activo en tanto propietario de los medios de producción. El capitalismo parasitario y la hegemonía del capital financiero actual no requieren de los propietarios del capital un rol activo. Ni los miembros de los directorios de las grandes corporaciones transnacionales ni los propietarios de capital financiero tienen rol alguno activo en la producción material de la sociedad. La función de estos no está vinculada con la sociedad sino con el manejo de bienes intangibles. Un pequeño círculo de personas a escala mundial va conformando una oligarquía beneficiaria de la acumulación y concentración del capital. Estos viven una vida cada vez más desgajada del resto de los mortales que siguen dependiendo del trabajo para su reproducción. Esa vida de los incluidos, basada en la opulencia y el consumo suntuario es la destinataria de gran parte de los beneficios generados. Este tipo de consumo de lujo es un pequeño motor que se demuestra capaz de mover una gran maquinaria. Pero para ello necesita de grandes cantidades de combustible (dinero constante y sonante) que le es negado a las mayorías populares.

Otra parte de los beneficios producidos por el capital liberado de ataduras por el neoliberalismo y las concentraciones producidas en su consecuencia, como fondos de inversión o pensión, fue a parar fundamentalmente a dos sitios:

En primer término a la compra y fusión de empresas que ya en la década del ochenta movían de 20 a 40 millones anualmente y en los noventa trepó a 400 a 800 millones. Lo cual constituye índice claro de la concentración del capital. Las compras y fusiones de empresas se han convertido en el principal motor de la acumulación del capital. De algún modo, tal como lo enunciara a su tiempo Marx, eso

fue una constante en la historia del capitalismo –o sea la tendencia monopólica del capital–. Lo novedoso es que nunca se había producido a un ritmo tan veloz. El ciclo comienza a mediados de los años setenta. Está en íntima relación con la expansión colosal de los flujos financieros, especulativos o no, delictivos o no, y actúa de modo determinante sobre las decisiones de inversión. Fusiones, compras y alianzas de empresas son parte de un gran proceso de concentración, en el que tienen un rol clave los grandes bancos y los fondos institucionales (de inversión y de pensiones). El capital especulativo presiona para hinchar los beneficios de los “valores de cartera”, es decir, los precios de cotizaciones de las empresas independientes del valor real de las mismas, de si tienen pérdidas o ganancias en sus balances o si están incorporando personal o expulsándolo. “El caso de Goldman Sachs, uno de los principales bancos de inversión, en primera línea mundial para la consolidación de sociedades transnacionales, es ejemplar a este respecto, Sus beneficios se duplicaron en un año, pasando de 931 millones de dólares en 1995 a 1900 millones en 1996. Aplicando sus propias recetas, ha reducido sus efectivos un 20% estos últimos años para no tener desventajas por “costes de trabajo demasiado elevados”. Lo que no le impide pagar más de 200.000 dólares de bonificación a cada uno de sus 175 asociados, además de los beneficios que logran sobre su capital” (Clairmont, 1999).

“La empresa Novartis, nacida en 1996 es el segundo gigante de la farmacia. Esta firma es el producto de la fusión entre Sandoz y Ciba-Geigy, la mayor operación de ese genero de la historia de las transnacionales. En comisiones y honorarios legales ha proporcionado unos 95 millones de dólares, que se repartieron J.P.Morgan Stanley y la Unión de Bancos Suizos. De un día para otro, la capitalización de Novartis salto de 63.000 millones de dólares a 82.000 millones. Cuando un maná semejante cae en las arcas de un pequeño puñado de financieros, ¿quien osaría hablar de crisis del capitalismo? La medalla tiene, sin embargo, su reverso: el nacimiento de Novartis ha entrañado masiva liquidación de empleos, realizadas rápidamente en nombre de las habituales “reducciones de costes” y “reestructuraciones”. De golpe, las acciones de las dos sociedades han conocido alzas sin precedentes. En un primer momento se suprimirá el 10% de la fuerza de trabajo. La miseria puede continuar avanzando, la operación se ha presentado en los medios financieros como una victoria del racionalismo del mercado (...) De 1986 a 1996 las uniones de empresas se multiplicaron a un ritmo de un 15% anual y no hay indicios de una próxima desaceleración. Si no cambian nada de aquí al 2.000, el coste acumulado de las transacciones alcanzara aproximadamente 10 billones de dólares (en comparación, el PBI en Estados Unidos, en 1996 y en precios corrientes fue de 7,6 billones de dólares). Es muy evidente que en este período, caracterizado por la deflación, la desaceleración del crecimiento, el subempleo y el endeudamiento, las sociedades transnacionales apenas tienen otros medios para promover su expansión que absorber a sus competidores, como manera de conquistar nuevos mercados” (Clairmont, 1999).

El otro lugar al cual van a parar gran parte del capital reproducido es a su reinversión en la propia burbuja, esto es a continuar haciendo girar la bicicleta especulativa. Dicho de otro modo, el destino del resultado del capital especulativo es su colocación financiera. Lo cual sólo contribuye al crecimiento de la burbuja, es decir, a la hipertrofia del sistema financiero. “Y para muestra base un botón: en los últimos 20 años este sector tuvo una sobredimensión impresionante. Entre 1982 y 1996 el índice Dow Jones pasa de 1.000 a 6.000, es decir, un crecimiento medio de 7,34% anual, el doble del crecimiento de la economía real norteamericana” (Labarde y Maris, 1999).

El proceso que impulsa la hipertrofia financiera es, ante todo, la vocación del ca-

pital por la maximización de ganancias, que puede ser atenuada pero no eliminada, ya que constituye una condición insalvable de su propia naturaleza. Además es importante aclarar que, en el marco de la lógica capitalista, toda limitación a la valorización genera, al menos en el corto plazo, el riesgo de acentuar el estancamiento en la acumulación y con ello, de contraer aun más la generación de riqueza marginal y la dimensión de los mercados, produciendo en última instancia una exclusión creciente. De ahí que las perspectivas actuales sean sumamente complejas y contradictorias para cualquier proceso emancipatorio.

En las condiciones actuales en que la especulación financiera provoca una creciente interconexión entre los momentos fundamentales del ciclo de reproducción del capital, el dinero y las finanzas no sólo constituyen los mecanismos principales de dominación, sino también los puntos más vulnerables del sistema capitalista en su conjunto: los conflictos que tienen lugar en uno de los eslabones del ciclo, repercuten de una u otra forma en los restantes, de manera tanto más devastadora cuanto mayor sea su importancia económica y cuantos menos recursos encuentren disponibles de inmediato para contrarrestar la crisis (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000). En los puntos fuertes de hegemonía capital financiero está la debilidad suprema del sistema de dominación. Pero la paradoja está en que si la burbuja revienta va a tener un impacto sobre la economía real que puede ser terrorífico. Toda la humanidad sufriendo que se beneficiaría con la desaparición de un sistema tan injusto, probablemente sería la primera en sentir las consecuencias inmediatas.

Acaso la solución no esté en reventar la burbuja especulativa sino el desafío de pincharla sin que reviente, es decir, lograr que se vaya desinflando. Todo esto en beneficio de una recomposición de la economía productiva. No es esta la política que se está desarrollando en los centros de poder mundial, sino al contrario, estos se plantean no la superación de la crisis sino la gestión de la misma, “La gestión de la crisis consiste pues en encontrar “otras salidas” a ese excedente de capitales flotantes, a fin de evitar que se desvaloricen masiva y velozmente. La solución de la crisis implicaría, en cambio, modificar las reglas sociales que gobiernan el reparto del ingreso, el consumo, las decisiones de inversión; es decir, otro proyecto social –coherente–, diferente del que se ha fundado sobre la base de la regla exclusiva de la rentabilidad” (Amin, 2003).

PENSAR LA METAMORFOSIS DEL TRABAJO.

“El trabajo satisfactorio, decente, bien pago, socialmente útil y respetable es un derecho humano, superior al derecho del capital de conseguir mayores beneficios”

Leslie Sklair

“Lejos de traer la liberación a todos, casi como una quimera paradisíaca, la desaparición del trabajo se vuelve una amenaza. Su escasez y precariedad son siniestros, porque el trabajo sigue siendo irracional, cruel y fatalmente necesario, no para la sociedad ni la producción, sino precisamente para la supervivencia de aquellos que no lo tienen, no lo pueden tener y para quienes trabajar sería la única salvación ”

Viviane Forrester

EL CONCEPTO DE TRABAJO EN LA HISTORIA.

Hemos hecho diversas menciones al trabajo y a los cambios sustanciales que este experimenta en el proceso de globalización. Es imprescindible sumergirnos más profundamente en el tema específico de las modificaciones de la cuestión laboral en esta etapa para poder comprender también las razones de la expulsión que sufren del sistema de producción una amplia franja de trabajadores. Dicho de otro modo, el trabajo en esta etapa del desarrollo del capitalismo sufre una metamorfosis de la que debemos dar cuenta para explicar el proceso de globalización/exclusión, los alcances de éste y su proyección.

Antes es necesario precisar a que nos referimos con la palabra trabajo, cuya disminución considerable en la cantidad requerida hace que algunos autores, desde posiciones diversas (como por ejemplo el norteamericano Rifkin y el francés Gorz), postulen el “fin del trabajo”. En todo caso hay que aclarar que, en principio –más allá de a qué lugar pretendan remitirnos con sus propuestas– ninguno se refiere al fin del trabajo como el fin de la “actividad humana autónoma de transformación de la materia”. Lo que está en cuestión es la desaparición –o no– de una relación de trabajo muy concreta, que es la que se da en el capitalismo industrial. Se habla así de trabajo en el mismo sentido que utiliza el término quien dice que un ama de casa no tiene trabajo. Nosotros preferimos, para referirnos al trabajo la acepción más amplia del vocablo o, si se quiere, lo entendemos en su sentido antropológico: como actividad que realiza el hombre en la transformación de la realidad que lo circunda, como actividad práctico–sensorial–intelectual por la cual el sujeto se exterioriza mediante la producción de obras (que pueden o no ser objetos), inscribiéndose con esta acción en la construcción del futuro de la comunidad. Esta actividad, al mismo tiempo que se produce va confiriendo identidad al sujeto trabajador. Preferimos utilizar “empleo”¹ para designar a la relación laboral–salarial que es propia del capitalismo² y que, por ende, es tan sólo una de las formas posibles del trabajo.

Coincidimos con Josefina Regnasco cuando afirma: “El concepto de trabajo no es unívoco. Su significación corresponde a su contextualización histórico–cultural. La forma en la que cada cultura evalúa el significado del trabajo y la técnica y el lugar de la producción entre las distintas funciones sociales dependen de instancias que desbordan los encuadres economicistas” (Regnasco, 2000). Las raíces de la concepción de la civilización nortatlántica, en cuanto al trabajo se refiere, se entroncan con dos tradiciones contradictorias pero al mismo tiempo cruzadas entre sí. Por un lado

¹ Aunque luego se verá con mayor precisión también nos referiremos a esta relación como trabajo abstracto.

² Coincidimos con Flores Olea cuando sostiene: “Aspecto esencial de la ideología (y de la ética) difundida por el sistema de producción capitalista es que los hombres y las mujeres “realizan su vocación” en el trabajo actual e impuesto que desempeñan. El “socialismo real” habría también aplicado esa noción como una manera de convencer a sus trabajadores “encadenados” de que cumplían una “tarea liberadora” de sí mismos y de la sociedad. Por lo demás, en tales socialismos se habría difundido e impuesto la idea de que la “suprema” realización consistía en trabajar esforzadamente en favor de la “patria del socialismo”. En esta misma perspectiva parecería que bastara la centralización y el control estatal de los medios de producción para que tuviera efecto la “liberación” del trabajo como trabajo no explotado o expropiado: el trabajo que desempeñaban los obreros y empujados, aun en las condiciones más deplorables, resultaba en sí mismo “liberador” y “realizador”. Hoy conocemos bien las falacias contenidas en esas nociones y no parece necesario discutir las extensamente: el trabajo impuesto y explotado también se aplicó con extrema rigidez y aun crueldad en los países del “socialismo realmente existente” (Flores Olea, 1999).

la formulación griega que profundiza la dicotomía entre el trabajo intelectual y el manual. Resaltando aquel y menospreciando este, el pensamiento griego no hacía más que reproducir las bases materiales de la sociedad esclavista constituida por las polis griegas. Los pertenecientes a la *elite* montaban su ocio especulativo sobre el trabajo de miles de hombres y mujeres esclavizados que estaban a su servicio. “En un modelo de sociedad así, la fuerza de trabajo no es un tema digno de reflexión: los esclavos, esclavos son. Los pensadores griegos desvalorizaban el trabajo manual, porque lo asociaban con los esclavos, en contraste con la alta valoración del trabajo intelectual –exaltado por Platón y por Aristóteles–, que de una u otra forma subsiste a lo largo de la historia occidental” (Hopenhayn, 2001). La impronta actual de ese pensamiento no puede dejar de notarse, por ejemplo, en aquellos que exaltan la idea de los “trabajadores del conocimiento”, en desmedro de la actividad mucho más cercana al trabajo manual que realiza la mayoría de la población.

Aunque el mundo griego, paradójicamente, es presentado –mediante una tergiversación histórica notable– como una democracia perfecta, ese desprecio por el trabajo de las mayorías tuvo importantes consecuencias en el plano político. Los que estaban subordinados económicamente a otros, “incapaces de gobernarse a sí mismos”, como dirían los filósofos atenienses, eran a su vez indignos de ejercer el gobierno de la polis. Sólo los liberados del yugo del trabajo, una pequeña oligarquía (que muchos autores calculan que no sobrepasaba el 10% de la población total de las ciudades–estado griegas) eran los únicos en condiciones de gobernar a los demás. Platón, en su gobierno ideal de la República, no plantea ninguna consideración de la necesidad de la participación de los trabajadores. Mientras que a aquellos dedicados a la contemplación (porque se los permitía la posesión de tierras y esclavos, cosa que omite decir) eran los gobernantes ideales de la polis.

Aristóteles aplica el mismo criterio cuando niega el derecho a la ciudadanía (que era mucho más que la nacionalidad incluso, en tanto era constitutiva del carácter de humano en contraposición a la barbarie) no sólo a los esclavos, sino a todos aquellos que trabajan en la producción material de la sociedad, así en su Política leemos: “Una ciudad perfecta jamás dará una ciudadanía a un artesano, la virtud del ciudadano no es propia de cualquier individuo, ni de quien solamente es libre, sino de todos los que se hallan exentos de los trabajos necesarios. Los sujetos a los trabajos necesarios, si se hallan al servicio de un hombre, son esclavos, si están al servicio del público, son artesanos y mercenarios”.

La otra tradición que cruza a la civilización europea contrastando con ésta, hace un rescate particular del trabajo. Esta tradición se manifiesta en los Pueblos de Oriente Medio. Sus textos sagrados, como por ejemplo la Biblia para los hebreos, suelen recoger el valor del trabajo y la exaltación de un Pueblo que vive de su trabajo. “Hebreos y caldeos comparten la connotación tanto ética como económica del trabajo. Éste produce en doble sentido: asegura las condiciones materiales de subsistencia y prepara las condiciones necesarias de autorrealización. Pero el Pueblo hebreo no exaltó el trabajo en sí mismo; para el hebreo uno nunca se realiza por medio del trabajo, pues éste es siempre una actividad penosa y, en lo inmediato, desgastante” (Hopenhayn, 2001).

Es por intermedio del cristianismo como esta tradición, que más allá de sus contradicciones no menosprecia sino que recoge la necesidad del trabajo en la formación del hombre, se va haciendo carne en las ideas y en las prácticas de Europa.

Hasta tanto la religión cristiana se convierte en el credo del poder, el cristianismo era la religión de los esclavos, de los pobres, de los desheredados del Imperio Romano. En alguna medida, su contenido social expresa la reacción de los oprimidos ante el individualismo romano y su desvalorización del trabajo siguiendo la línea griega,

incluso profundizándola en muchos aspectos, dándole *status* jurídico. De este modo se explica porque la comunidad cristiana originaria que era comunidad de trabajadores, condenaba éticamente a todo aquel que vivía de trabajo ajeno. Trabajar era, para el cristiano primitivo, una manera de expresar su amor al género humano mediante la entrega desinteresada inherente a la práctica de la caridad. Curiosa paradoja, donde no se trabajaba sólo para recibir algo a cambio, sino para dar.

Desde la edad media europea estas tradiciones se cruzan, se combinan, se chocan entre ellas. “A diferencia del anonimato del obrero de la sociedad industrial, el siervo y el artesano de la Edad Media se sentían reconocidos en su comunidad y podían palpar con las manos el fruto de su actividad. Su organización de trabajo –agrícola o artesanal– no sólo era su territorio seguro, sino también un marco estable y delimitado donde sabían a qué atenerse y serían valorados con la vara de su oficio” (Hopenhayn, 2001).

La expresión más clara de la segunda tradición eran los sacerdotes franciscanos. Todo esto en el marco de una Iglesia cada vez más poderosa y en estado de corrupción (desde compra de indulgencias hasta compra de los atributos cardenaliciosos o la designación de Obispos recayendo sobre hijos de las concubinas de los Cardenales y hasta de los Papas). “Los franciscanos consideraron que los frailes debían vivir del propio trabajo. La orden franciscana no era mendicante en sentido estricto, sino trabajadora y de pobreza. Condenaba la propiedad inmueble y de dinero, pero no así la de herramientas de trabajo. Limitó la apropiación a los frutos del trabajo y lo necesario para trabajar, siendo la mendicidad como un recurso último, e insertó un elemento sin precedentes: el sentido de alegría que lo acompaña, dado que el trabajo ha de emprenderse por la gloria y gracia de Dios. Esta conciliación del “sudor de tu frente” con la “alegría de tu corazón” otorgó al trabajo una connotación distinta” (Hopenhayn, 2001).

Con el renacimiento y las doctrinas mercantilistas se retoma la preeminencia de la primera tradición: el trabajo era considerado la actividad mediante la cual el éxito y el progreso son posibles y en esa medida de su valoración. Estas consideraciones que acompañaron tanto el surgimiento de la vida en las ciudades como a surgimiento de la burguesía que pugna por un reconocimiento político de su posición de motor de la economía durante largos siglos. Un párrafo aparte merece el vínculo que establece el pensador alemán Max Webber entre el surgimiento de la Reforma protestante y el espíritu del capitalismo. “El principal nexo entre el protestantismo y el espíritu del capitalismo lo establece la doctrina calvinista de la predestinación. (...) Según la doctrina de la predestinación, un pequeño grupo de elegidos entre los seres humanos esta tocado por la gracia y, con ello, goza de la vida eterna, mientras el resto está condenado de antemano a la muerte eterna. No hay frente a la predestinación, nada que el ser humano pueda hacer para alterar su destino (Hopenhayn, 2001). Y lo más grave de Calvino es que plantea que la distinción entre los elegidos y los réprobos se puede demostrar también por su éxito en los negocios. Pero está predestinación no nos lleva a cruzarnos de brazos sino, por el contrario, a un autocontrol sistemático que en todo momento nos pone ante la inexorable alternativa: elegidos o condenados. La maratón impuesta por la necesidad de conformar, a cada momento, el rango personal ante la determinación de Dios, hace de cada hombre no sólo un sacerdote para su propia conciencia, sino también un trabajador incansable y nunca del todo satisfecho. “El puritanismo posterior a Calvino fue aun más riguroso. Reprobó el descanso que facilita la riqueza, su disfrute, la sensualidad y ociosidad que hace posibles. El hombre que quiere cerciorarse de su estado de gracia aquí en la Tierra no puede darse descanso³, pues la gloria de Dios

³ “¿En qué medida subsiste hasta nuestros días esta fiebre de actividad y esta visión peyorativa del ocio, de la distinción y de la recreación? Si bien son cada vez menos los que asocian el trabajo a la gracia y a

se aumenta con obras” (Hopenhayn, 2001). Recordemos que el puritanismo en la religión que practican sectores importantes de la colonización británica en Norteamérica que emigran a nuestro continente en búsqueda de libertad religiosa.

“El ascetismo laico del protestantismo –señala Weber–, actuaba con la máxima pujanza contra el goce despreocupado de la riqueza y estrangulaba el consumo (...) en cambio, en sus efectos psicológicos, destruía todos los frenos que la ética tradicional ponía a la aspiración de la riqueza, rompía las cadenas del afán de lucro desde el momento en que no sólo lo legalizaba, sino que lo consideraba como precepto divino: la lucha contra la sensualidad y el amor a las riquezas no era una lucha contra el lucro racional, sino contra el uso irracional de aquellas”. Este se completa con el pensamiento liberal de los primeros pensadores orgánicos de la burguesía.

“En lo económico, Locke se refirió al trabajo como factor que produce riqueza, mientras en lo jurídico sería el generador de propiedad. Si para Lutero el ser humano se definía por su profesión, en la visión más mundana de Locke lo peculiar del hombre es lo que posee. El trabajo tendría sentido como la actividad mediante la cual el hombre acrecienta sus posesiones y, con ello, su ser mismo. La primacía de la propiedad individual y la idea de un orden jurídico destinado a protegerla relegan el bien común y ponen en su lugar el individualismo económico propio del capitalismo. En este marco, el trabajo seguiría valorado como medio para un fin que lo trasciende y del cual es artífice: la propiedad” (Hopenhayn, 2001).

La revolución francesa en tanto expresión de la burguesía como clase emergente no fue –como se la plantea desde la historia escolar– sólo una reacción contra los abusos de la monarquía absoluta. La burguesía cargó contra los restos de la concepción del trabajo medieval para poder construir una idea de producción acorde con las estructuras económicas de creciente poder del capitalismo. Era necesario para el desarrollo capitalista que las relaciones laborales se establecieran directamente entre patronos y obreros. Por eso la Ley de Chapelier (1791) abolió el régimen corporativo y prohibió todo tipo de derecho de asociación. Luego en el Código Civil napoleónico de 1804 se plasmaron los principios del individualismo jurídico, y el contrato de trabajo cobró fuerza de ley entre las partes. El complemento de esta constitución de la burguesía fue el Código Penal que a su vez penó las huelgas y los sindicatos. Los juristas franceses recocieron la legislación romana en cuanto a considerar el trabajo como cosa, de tal modo que unos pocos artículos del arrendamiento de obra y de servicios terminan de poner a los artesanos a merced del capital. El trabajo entendido como una libre contratación entre el propietario del capital y el dueño únicamente de su fuerza de trabajo, le dio forma a la concepción del trabajo en el desarrollo de la civilización noratlántica. Sobre los resquicios de esta concepción individualista se fue colando la otra tradición y se expresa en la recreación de las asociaciones de trabajadores y en las luchas que estos fueron librando para obtener derechos frente a la prepotencia del capital.

Pero, todo este proceso en que se fue moldeando la concepción capitalista del trabajo no fue inocuo respecto de las clases dominantes. Es decir, no tuvo sólo efectos respecto de las clases oprimidas. En efecto, en la sociedad industrial quienes hacen uso del ocio, no son las clases acomodadas sino los marginales, los segregados de las

la predestinación, son muchos más los que, consciente o inconscientemente, asocian el trabajo al bien, el ocio, a la molice, y consideran un mal uso del tiempo el que lo consagra a actividades no rentables. Esta mentalidad heredada tanto la moral calvinista como la ética mercantil. Ambas vertientes ostentan valoraciones diametralmente opuestas del trabajo (la primera lo considera testimonio de la gracia; la segunda, generador del capital), pero con efectos similares en la conciencia: que el tiempo es oro y hay que utilizarlo de manera productiva por medio de una especialización creciente” (Hopenhayn, 2001).

clases trabajadoras. No estamos ante el ocio especulativo de los griegos ni de práctica virtuosa alguna, sino de todo lo contrario: los desocupados son la última escala en la valoración social moderna. “Por un lado, la clase opulenta, lejos de ser ociosa, suele ser víctima de su propio mito: el afán ilimitado de lucro y el endiosamiento de las utilidades. Con semejante carga, por más que disponga de las posibilidades materiales para consagrarse al ocio, opta por la actividad. El espíritu competitivo que genera la economía de mercado, la difusa pero persistente herencia de la ética protestante y la mentalidad individualista y ganadora del humanismo renacentista hacen del capitalista moderno un hombre muy distinto del aristócrata clásico. El empresario de la sociedad industrial nunca deja de ser, de hecho, un hombre de trabajo, entregado a la actividad productiva, aunque sea con la mediación del capital que posee y que incesantemente trata de acrecentar” (Hopenhayn, 2001).

Mientras tanto, en las fábricas modernas y en la producción a escala el trabajo se fue convirtiendo para la mayoría de los trabajadores en cada vez más despersonalizante y mecánico. La necesidad del capital –para producir riqueza– de extraer del trabajo del hombre su excedente, hace comprensible que tergiversando gran parte de la tradición cristiana se endiose al trabajo. Hipostasiar el trabajo se convierte en una forma de extraer el máximo provecho de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo fue necesario cosificarlo, reducirlo a mera fuerza de trabajo, convertirlo en una actividad abstracta, cuantificable e instrumental, para adaptar la idea de trabajo a la modalidad de la producción masiva. Al combinar mitificación y reificación del trabajo humano, al reducirlo a mero capital humano y elevarlo a generador del progreso, la riqueza y la historia, se forjaba un concepto ambivalente y operativo del trabajo en los orígenes del capitalismo industrial.

En este movimiento complejo, el extrañamiento producido mediante el trabajo es, al mismo tiempo, el medio de integración social. El trabajo se constituye junto con el hecho de la explotación en el formador de la identidad de los que viven de su trabajo. Así, en las luchas por la reivindicación del trabajo, los trabajadores van encontrando su lugar en el conjunto social.

Marx pudo distinguir con claridad entre las tradiciones y concepciones distintas de la necesidad de trabajo cuando afirma: “El trabajo, como creador de valores de uso, como trabajo útil e indispensable para la existencia del hombre –cualesquiera sean las formas de la sociedad– es una necesidad natural y eterna para realizar el intercambio material entre el hombre y la naturaleza, y por lo tanto, para mantener la vida humana”. En cambio la relación laboral propia del capitalismo la define como aquella en que el trabajo se transforma en creador de valores de cambio. El trabajo pasa a ser en ella uno más de los valores que se intercambian en el mercado.

Quizás el concepto moderno del trabajo encuentre en Marx su exposición más explícita. El pensador alemán retoma la tradición y las explicaciones de Locke y Smith acerca de la objetivación y el trabajo como fuente de valor y del capital como trabajo objetivado, pero le agrega una explicación a la contradicción de por qué el que trabaja no es precisamente el que acumula capital. Marx define al hombre como un ser activo, dotado de fuerzas naturales, dirigidas hacia objetos externos, hacia los objetos de sus necesidades. Pero el hombre no se agota en su ser orgánico: la necesidad fundamental del hombre consiste en autoreproducir su vida en su carácter humano. El hombre se autoproduce⁴ en la medida en que produce sus medios de vida. Mediante el trabajo,

⁴ “El trabajo no es sólo producción de cosas. Mediante el trabajo, el hombre se autoproduce y produce las interacciones sociales a través de las cuales se establece una red de participación en proyectos compartidos. La forma en la que el hombre asume, interpreta y da sentido a este proceso no es algo ajeno a la constitución del proceso mismo. Si el hombre asume e interpreta su actividad desde la categoría de mercancía, no se convierte en mero productor de mercan-

el hombre se objetiva, y en el objeto se reconoce a sí mismo. No obstante, al ser el trabajo a su vez trabajo social, el mundo objetivado se estructura como el mundo de la cultura, como producto de la vida humana exteriorizada. De este modo, el hombre se autoproduce en un movimiento de ida y vuelta sobre sí, mediatizada por el trabajo, “contemplándose a sí mismo en un mundo creado por él” (Regnasco, 2000).

En la medida de la alienación los asalariados, sujetos de la relación laboral capitalista, realizan una actividad cada vez más intangible, y que es cada vez menos la exteriorización por la cual un sujeto se realiza inscribiéndose en la materialidad objetiva (Hegel). En esta relación, en modo creciente, el compromiso con lo que se produce es menor, al mismo tiempo su intelecto y sensibilidad son puestos entre paréntesis.

El filósofo latinoamericano Enrique Dussel leyendo a Marx⁵ afirma que es el trabajo concreto, la técnica que “imprime una forma”; el que produce un producto para satisfacer necesidades, que “gasta fuerza físico-biológica del trabajador y también energía espiritual”. Este trabajo vivo o concreto –capacidad de realización del ser humano– compromete asimismo su capacidad concreta de expresarse y crear objetos útiles para sí mismo y para sus semejantes (útiles en el sentido material y espiritual de la palabra). Este trabajo se transforma en las condiciones de las relaciones sociales del capitalismo, convirtiéndose la capacidad creativa del hombre en trabajo “general”, en trabajo “abstracto”, en trabajo “fungible”⁶. Particularmente, en el modo de producción del capitalismo industrial, cuando asume la forma fordista de organización del trabajo, se hace aun más notorio que la capacidad de trabajo de cada individuo es fungible, indeterminada, desvinculada de sus aptitudes particulares. En la línea de montaje, todos hacen los mismos movimientos, son intercambiables sus fuerzas de trabajo.

Como decíamos, la finalidad del trabajo en el sistema capitalista no es crear objetos destinados a satisfacer necesidades específicas, individuales o sociales, sino productos que están destinados a la circulación, al intercambio, es decir, al mercado. Entonces, el esfuerzo del hombre ya no está destinado a producir valores de uso sino valores de cambio, en y para el mercado. El resultado de ese trabajo (que se constituye a sí mismo como una mercancía más) se desvincula de la persona que lo realiza en la medida en que su acción obedece a las exigencias de una forma social de producción que le es externa y ajena: aquella que tiene por fin acumular, obtener ganancia (en última instancia, reproducir el capital). El trabajo como toda actividad humana se inscribe en el flujo de intercambios sociales a escala de toda una sociedad. El esfuerzo del trabajador se concreta en un trabajo alienado y extraño a él mismo (extrañado)⁷.

Marx sostiene, que el proceso de autoproducción del hombre mediante el trabajo se distorsiona bajo las condiciones del modo capitalista de producción. En lugar de reconocerse en el producto de su trabajo, el objeto producido se le enfrenta al trabajador como algo extraño, como un poder independiente del productor. El trabajo se enajena cuando el hombre ya no puede reconocerse en el producto. “Bajo la for-

cias. Se produce a sí mismo como mercancía y produce a las instituciones sociales como un entramado de instancias comprables y vendibles. No debería extrañar que la corrupción se instale en una sociedad reducida a su sola dimensión economía” (Regnasco, 2000).

⁵ “Hacia un Marx desconocido México”, 1988 Siglo XXI/UAM

⁶ “Todo trabajo es, por un lado gasto de fuerza humana de trabajo, en sentido fisiológico, y en esa calidad de trabajo humano igual o abstracto, crea el valor de las mercancías. Todo trabajo es, por otro lado, gasto de fuerza humana de trabajo, bajo una forma especial y encaminada a un fin y como tal, como trabajo concreto y útil, produce valores de uso (Marx, El Capital Tomo I).

⁷ Dussel prefiere la traducción del término de Marx como extrañado en lugar de alienado.

ma de producción capitalista, para Marx no solamente el producto del trabajo no pertenece al obrero sino que el sentido mismo del trabajo se invierte: en vez de ser la forma en que el hombre se autoproduce como ser humano, histórico, el trabajo se convierte en un mero medio de su existencia física” (Regnasco, 2000).

Marx proyecta el mecanismo del extrañamiento del trabajo al conjunto de la vida social: la creación de valores de cambio, fungibles y no singulares, despoja al trabajo de sus cualidades específicas y al trabajador de su personalidad profunda. El trabajo reificado, base de la producción y la reproducción del sistema, marca inevitablemente con su impronta al conjunto de las relaciones sociales en el capitalismo. Su objetivo primordial es la acumulación, su sustento es la creación de mercancías que convierte al conjunto de las relaciones sociales en otras tantas relaciones reificadas, alienadas, mistificadas y mistificantes. Lo original del planteo marxista radica en que considera que la reducción que nace con el trabajo el capitalismo hace que el conjunto de las relaciones humanas se trasmutan en relaciones entre cosas...

“El trabajo se fragmenta en dos sentidos: primero, el resultado del mismo no obedece a la intención específica y propiamente creativa del trabajador sino que le es impuesta por una voluntad, por una racionalidad externa, que lo controla y domina, lo sumerge y condiciona. El hombre se encuentra separado de los productos de su trabajo, porque estos son *para* el mercado y porque su forma y función se definen por las necesidades del mercado y no por las necesidades del productor (ni del consumidor concreto, que procura la satisfacción de necesidades individuales y sociales). La actividad del trabajador no refleja tampoco la capacidad creativa del mismo. Segundo; el trabajador no es el amo de su actividad sino apenas la parte, el fragmento de un sistema que se le impone y que él no gobierna. Así los productos de sus esfuerzos le son ajenos, están separados de él, le son indiferentes” (Flores Olea, 1999).

Marx utiliza incluso dos términos distintos para caracterizar mejor esta doble dimensión del trabajo: *work* y *labor*⁸. El primero (*work*) se realiza como expresión del trabajo concreto, que crea valores socialmente útiles. El segundo (*labor*) expresa la ejecución cotidiana del trabajo, convirtiéndose en sinónimo de trabajo alienado (Heller, 1977)⁹. El trabajo entendido como *work* expresa entonces una actividad genérico-social que trasciende la vida cotidiana. Es la dimensión dirigida hacia los valores de uso. Es el momento de prevalencia del trabajo concreto. En contrapartida, el *labor* expresa la realización de la actividad extrañada, fetichizada.

En definitiva, y volviendo a la actualidad, en cuanto creador de cosas útiles, forma de intercambio entre el hombre, como ser social, y la naturaleza, no parece posible concebir, en el universo de la sociedad humana, la extinción del trabajo socialmente necesario. En cambio, sí es posible vislumbrar la eliminación de la sociedad o bien su drástica reducción del empleo o trabajo abstracto –acción ésta naturalmente articulada con el caso de la sociedad capitalista productora de mercancías–. En otras palabras: una cosa es concebir, con la eliminación del capitalismo, también el fin del trabajo abstracto, del trabajo extrañado; otra muy distinta es concebir la eliminación, en el universo de la sociedad humana, del trabajo concreto, que crea valores de uso, y que al hacerlo, (auto)transforma a su propio creador (Antunes, 1999).

Es a esa idea de trabajo como creación que se refieren la doctrina social del cristianismo en general y el peronismo en particular, cuando afirman que el trabajo dignifica la persona humana, le da sentido a la vida.

Pero, no pocas veces bajo el poncho de la necesidad del trabajo concreto vie-

⁸ Recordemos que su obra principal El Capital la escribió en Londres.

⁹ Citada por Ricardo Antunes (1999).

ne de contrabando la defensa de la relación laboral capitalista. La continuidad de una sociedad basada en el trabajo está en íntima relación con la reformulación de las relaciones a las que venimos llamando trabajo en esta sociedad capitalista, es decir, de aquellas que producen beneficios sólo en y para el mercado.

La remuneración o salario es la contraprestación del trabajo como mercancía y por ende es uno de los elementos que caracterizan, le dan forma, a la relación laboral capitalista. Pero también y no en menor medida el trabajo/empleo es “la función socialmente identificada y normalizada en la producción y reproducción del todo social”, dicho en otros términos se trata de un empleo, oficio o profesión, que constituyen “la puesta en obra de competencias institucionalmente certificadas según procedimientos homologados” (Gorz, 1998). La homologación de las competencias, sólo en función de los intereses del mercado, es uno de los más importantes mecanismos de socialización (y de control social). El premio a lo estandarizado y el desaliento de ciertas actividades (como por ejemplo la desestimación de las vinculadas a la creación artística de carácter no individual), va encausando la energía social en función de los intereses del mercado, de los sectores sociales que lo dominan¹⁰. Con esto decimos que el reconocimiento de las actividades y las competencias es siempre político. De esto se deduce que el reconocimiento social de nuevas actividades y el respeto de la dignidad de los trabajadores que la desarrollan siempre tuvieron que ser impuestos por las luchas sociales. Por eso en la trasmutación del trabajo durante el proceso de globalización, lo que está en juego es una cuestión político-cultural en su sentido más profundo. Es imposible comprender la situación actual del trabajo sino se la vincula con el retroceso del poder de los organismos sociales y comunitarios como el movimiento obrero, del Estado Nacional en los países periféricos, el poder efectivo de la sociedad civil, etc.; en contraposición al poder del capital, sobre todo el especulativo —que es el menos relacionado con el propio mundo del trabajo—. Es indiscutible que las nuevas condiciones de trabajo son consecuencia y al mismo tiempo reafirman la hegemonía de los sectores del capital concentrado por sobre las mujeres y los hombres que viven de su trabajo.

ALGUNAS TRANSFORMACIONES RECIENTES DE LA REALIDAD DEL TRABAJO.

Para empezar a entender cómo se llega a la transformación actual, es preciso rebobinar un poco por la historia del trabajo. Sin pretensiones de efectuar una lectura profunda y extensa de las transformaciones al interior del mundo del trabajo, queremos no obstante indicar algunos elementos a los que le otorgamos carácter de relevantes. Comenzaremos haciendo referencia al fordismo, la forma en la que la industria y el proceso de trabajo se fueron conformando a largo del siglo XX. Sus elementos constitutivos fueron dados por la producción en masa, a través de la línea de montaje, con la generación de mayor cantidad de productos más homogéneos. El control de los tiempos y movimientos por el cronometro taylorista y la producción en serie fordista con el trabajo parcelado por la fragmentación de funciones; determinaron el surgimiento de unidades fabriles concentradas y verticalizadas, que terminaron por configurar al operario-masa, al trabajador colectivo fabril. Y esto termina conformando, en última instancia, también una modalidad de consumo: el consumo de masas.

A principios de siglo XX y en solamente un par de décadas, Ford generó una revolución produciendo en cantidades, al mismo costo que antes se hacía ar-

¹⁰ Está claro como nos referíamos en el capítulo anterior que el mercado no es otra cosa que una serie de relaciones sociales y en ellas hay sectores dominantes y dominados.

tesanalmente uno de los autos con el antiguo método de producción. Ford fue el primer fabricante de automóviles en masificar la producción, fundamentalmente a través de la normalización e intercambiabilidad de sus componentes y el montaje de una cadena o secuencia de producción. Este sistema lo había copiado de la forma de organizar el trabajo de los frigoríficos de Chicago.

La confluencia con el taylorismo fue acentuando la tendencia impuesta por el fordismo (producción parcializada en cuanto a su factura y estandarizada en cuanto a su consumo que alcanza carácter masivo). La organización “científica” del trabajo que propone F. W. Taylor estaba destinada a extraer del obrero el mayor rendimiento posible, reduciendo así los costos de la mano de obra, cercándolo mediante un férreo sistema de regulaciones que restringía de modo casi absoluto sus iniciativas. Esta organización “científica” se basaba en el estudio y medición de tiempos y movimientos de cada operario. Pero al mismo tiempo separaba las funciones de planeación y ejecución. Esto reducía la descalificación del obrero, convertido en un mero ejecutor e integrado prácticamente al sistema de producción como una máquina más. Mientras tanto los propietarios de los medios de producción y sus subordinados en la escala jerárquica —pero de la cúspide de la pirámide— tomaban las decisiones sobre el uso de esa gran máquina compuesta también por seres humanos. La aspiración del taylorismo, al arrebatarle al obrero el control del ritmo de su propio trabajo, fue lograr la eliminación de los tiempos muertos, incrementando espectacularmente la intensidad del trabajo durante la jornada laboral, para sacar el mayor jugo posible de cada trabajador individual.

La función creativa estaba restringida al personal jerárquico, que se planteaba como una estructura diferenciada. El taylorismo se presenta así como el disciplinamiento de tipo militar sobre un ejército de soldados proletarios, que como a los “colimbas”¹¹ permanentemente había que mantener a raya de su veleidades de rebelión, su natural tendencia a la “vagancia” y a la “ineficiencia”. La base de esta estructura radicaba en diferenciar a los que trabajan y obedecen (tropa) y los que piensan y dirigen (oficiales). El rasgo preponderante de la empresa de la época es esta estructura jerárquica. Prácticamente todos y cada uno de los organigramas tienen forma de pirámide. Los trabajadores de producción configuran la parte inferior de la estructura y los equipos de profesionales de alto nivel están en la parte superior, mientras que un director ejecutivo (generalmente también propietario) se instala en el vértice. Cada uno de los escalones de la pirámide debe justificar sus comportamientos y sus resultados ante los que se hallan en los escalones inmediatamente superiores. La información esencial relativa a producción, fluye de abajo hacia arriba en la cadena de mando, siendo procesada en cada uno de los niveles hasta que, llega hasta la persona que se halla en el vértice, quien, a su vez, usará esta información para tomar decisiones que serán transmitidas en forma de “ordenes” a los distintos escalones inferiores de la estructura, para que finalmente sean puestas en práctica en los niveles inferiores de la pirámide. Esta base de la estructura empresarial la constituyen los obreros no calificados o semicalificados, cuyo trabajo consiste en hacer y transportar cosas o realizar determinados servicios inherentes a la empresa. El fordismo, heredero directo del disciplinarismo taylorista, lo complementa en el plano microeconómico buscando incrementar el rendimiento del trabajo, con puestos fijos de labor. La cadena de montaje termina de maquinizar el ritmo de trabajo, eliminando definitivamente el tiempo individual. De este modo se obliga al trabajador al ritmo de la máquina.

¹¹ Término con el que se hacía referencia a los soldados conscriptos del servicio militar obligatorio que surge de vincular las palabras COrra LIMpie Barra.

La producción fordista anquilosa la innovación organizativa al mismo tiempo que requiere una alta innovación tecnológica. El ahorro en el tiempo, una vez que el tiempo individual está controlado y que se tiende a la eliminación de los tiempos muertos, sólo se consigue con un mayor grado de inversión en capital fijo, esto es, en el desarrollo de nuevas maquinarias. Aunque también es cierto que esta configuración productiva requiere de un aumento importante en el trabajo indirecto de planeamiento y ajuste. Los profesionales especializados (los oficiales) diseñan productos que serán realizados por trabajadores no cualificados operando con máquinas cada vez más caras; y que además tienen una sola y única aplicación en la totalidad del proceso productivo.

El carácter lineal de la banda y su ritmo fijo son al la vez su virtud y su debilidad, pues le confieren un alto grado de inflexibilidad. No obstante, a partir de ello, esta forma de producir permite obtener productos altamente normalizados en grandes cantidades, a bajo costo. En la producción fordista, la maquinaria resulta tan cara que se debe procurar, generando grandes cantidades de productos compensar sus altos costos.

Por eso es que la producción fordista presiona y exige un consumo cada vez más masivo. Sólo puede haber producción en masa si se desarrolla el “consumo de masas”. Desde esta perspectiva, se hace factible explicarnos el conjunto de particularidades que va adquiriendo el sistema capitalista de la época: aumento de los salarios reales, desarrollo del crédito al consumo, instauración de diversas formas de salario indirecto por medio de los programas públicos de seguridad social, en suma, el desarrollo del Estado de Bienestar. Podemos afirmar que la difusión de la modalidad taylorista–fordista tiene impactos beneficiosos al requerir el consumo masivo, en principio en los países centrales, pues alcanza hasta los sectores populares de estos. Distinta fue la cuestión respecto de las masas periféricas que sólo han de ir accediendo en un lento y arduo proceso al consumo generalizado en la medida en que se transforman en mercados controlados o bien en procesos de creciente autonomía nacional (que tienen, en gran medida, una lógica distinta).

La expansión del sistema keynesiano constituye un aporte clave al consumo masivo, y un espaldarazo a su vez fundamental para la consolidación de la producción de masas taylorista–fordista. “La gran expansión crediticia, iniciada en Estados Unidos desde la primera Guerra Mundial, se refuerza después de los primeros años de la Gran Depresión con la adopción, por parte de los gobiernos, de políticas de gasto público directamente inflacionistas para atenuar el desempleo masivo y crónico, cuyo objetivo central era afrontar el reto de la consolidación del socialismo como opción de lucha clasista y nacionalista” (Flores Olea, 1999).

Va a ser Keynes, quien apartándose de la teoría económica clásica dominante va a aportar, a partir de la crisis del 30, el complemento teórico necesario para el modo de acumulación capitalista de la época. La inestabilidad y la fragilidad del sistema son conjurados en función del incentivo del capital colocado en la producción, complementado con el reconocimiento de los sindicatos como una realidad objetiva del capitalismo, necesaria para su reproducción, pues contribuye a institucionalizar los conflictos impidiendo su radicalización.

Keynes plantea la promoción estatal del pleno empleo mediante la incentivación de la propensión social al consumo (a través de la redistribución progresiva del ingreso –aumentos de salario– y del gasto público –Estado de bienestar–) y del incentivo a la inversión productiva (vía disminución de las tasas de interés). Este economista inglés considera que este es el único remedio practicable para evitar las cíclicas crisis del capitalismo. Se trata básicamente de una concesión

para perpetuar las formas de dominación económicas preexistentes.

A esta altura ya podemos hablar de un verdadera modalidad de acumulación taylorista–fordista–keynesiana que cumplió un ciclo exitoso (políticamente denominado en los países centrales como Estado de Bienestar o “los años dorados”) en el que la expansión parecía ilimitada en relación a la producción material, la productividad, el empleo, y, en general, los niveles de vida de amplios sectores sociales en los países capitalistas más desarrollados, fenómeno que incluso alcanza sectores de algunas de las periferias más industrializadas.

Esta expansión continuada de los rendimientos del trabajo se expresa en el aumento del volumen de la producción por ocupado, y también en la disminución de los costos por unidad de producto. La innovación tecnológica en concurrence con la intensificación del trabajo, hicieron posible el aumento sostenido de los salarios reales, directos e indirectos, así como la expansión del consumo. Todo esto sin debilitar la rentabilidad del capital. En las regiones periféricas como América Latina, como ya dijimos este ciclo no se cumplió sino parcialmente. “En estos países la implantación de la modalidad taylorista–fordista–keynesiana, lo mismo que sus impactos económicos y sociales, estuvo circunscrita a sectores o regiones particulares; por lo mismo, los alcances de las políticas de bienestar fueron mucho más restringidos, ocasionando en muchos casos la profundización de las brechas económicas y sociales entre los sectores integrados al desarrollo capitalista y aquellos marginados. El subdesarrollo, lejos de constituir una etapa transitoria hacia el desarrollo, se reafirma como un estado de cosas con su propia lógica de reproducción dentro del funcionamiento de la economía mundial” (Flores Olea, 1999).

Si embargo, el avance de la onda larga expansiva del capitalismo se enfrentó a otros factores que terminaron erosionando la rentabilidad del capital y las expectativas de inversión productiva. Entre éstos se puede señalar la elevación relativa de algunos los precios de materias primas claves hacia los años setenta, de las que el aumento del petróleo es un claro ejemplo. El relativo fortalecimiento de las burguesías periféricas o bien de procesos nacionales y populares más complejos, también contribuyeron a ponerle límites expansión y dominación del capital. A esto se suma el techo propio de la explotación disciplinaria de la mano de obra. Todo lo cual va configurando un cuadro de estancamiento que, vinculado con la inflación arrancada por el keynesianismo, se la denominó estangflación.

En el último tramo del industrialismo fordista, las grandes empresas rompen la crisis de estancamiento (freno de la expansión que caracterizó la etapa anterior de apogeo del capitalismo industrialista) en base a dos estrategias que ponen en tela de juicio las bases mismas de la forma de organizar la producción. Estas son: la conquista de porciones de mercado suplementarias (el impulso que genera las multinacionales) y la renovación acelerada de la gama de sus producciones, la obsolescencia acelerada de sus productos, cuyo ejemplo paradigmático son los artículos electrodomésticos.

La conquista de nuevos mercados se desarrolla en la disputa encarnizada en el centro y en la medida en que existen mercados aun “vírgenes”, es decir, aun no tocados por las manos de las empresas multinacionales, también se da en el llamado Tercer Mundo. Lo cual explica de algún modo la relación que comprometía a las multinacionales con la defensa de mercados “nacionales” diferenciados, siempre en la medida en que en estos la empresa multinacional adquiriera un carácter monopolístico. La defensa de la autonomía del mercado periférico controlado acarrea un cierto nivel de bienestar para la población, si bien relativo a una parte de ella. El próximo salto se va a dar a partir de que los mercados de los países periféricos más industrializados muchas veces denominados “en vías

de desarrollo” fueron siendo copados por las distintas empresas. Comienza una puja que se hace necesario dirimir en un único mercado de orden mundial, así las mismas empresas, que antes sostenían los mercados nacionales en la periferia, se transforman en propugnadoras de el mercado mundial, y orientan la producción hacia un segmento de ese mismo mercado que le permita generar diferencias.

Es en lo referido a la necesidad de producción de mercancía (que casi inmediatamente se convierte en “vieja”), donde más profundo se hace el cuestionamiento del modo de producción fordista, pues exige a las empresas una innovación permanente y la necesidad de producir en series cada vez más cortas a costos unitarios cada vez más bajos. La ruptura con la economía de escala (que consistía en que en la medida en que producía mayor cantidad, menor era el costo de producción y mayores eran los beneficios) obliga a las empresas que quieren mantenerse a la altura de la competitividad a transformarse de modo tal que produzcan variedades crecientes en plazos cortos, en cantidades reducidas y con precios cada vez más bajos de producción. “De cuantitativo y material, el crecimiento debía volverse “cualitativo” e “inmaterial”. Los productos debían imponerse por su “imagen”, su novedad, su valor simbólico” (Gorz, 1998). En mercados virtualmente saturados –el de los países centrales, se sobreentiende– el único crecimiento viable estaba dado por el aprovechamiento de la movilidad impuesta por la moda y las diferencias de gustos de los sectores con mayores posibilidades económicas. Las grandes empresas pasan de responder a las demandas masivas de un conjunto cada vez más amplio de la población, a crear la diferencia, el matiz, oponiéndose a toda normalización, multiplicando los segmentos de consumo, los símbolos de la diferenciación social, cultural, etc. Pero la rigidez propia de la *standarización* de los gustos era el sustento mismo del fordismo. Trabajo segmentado inserto en grandes cadenas de montaje, concebidas para la producción en una gran serie de productos uniformizados, de consumo masivo, con planificación que racionalizaba la producción, que además exigía un tiempo largo para una producción nueva. En síntesis, la rigidez de la organización del trabajo (en una estructura jerárquica de tipo casi militar) sumadas a la especialización extrema de la mano de obra, son las características propias de un modo de producción que cada vez más se va revelando como impotente para dar respuesta a las necesidades de diversificación creciente.

Coriat resalta uno de las causas fundamentales del surgimiento del toyotismo: la necesidad de dar respuestas a un mercado interno que solicita productos diferenciados y pedidos pequeños, dadas las condiciones de la posguerra japonesa. “Mientras que el “método americano” tenía un éxito muy importante en los mercados mundiales de los años 50, una empresa de automóviles japonesa, intentando recuperarse de la segunda guerra mundial, empezó a experimentar con nuevas formas de organización de la producción. Se trataba de una empresa cuyos métodos eran diferentes a los de la producción en masa, puesto que estos, en definitiva, derivan de los primeros planteamientos artesanales de fabricación. La empresa japonesa era Toyota” (Rifkin, 1996).

Es el toyotismo, sistema creado por un Ingeniero japonés de nombre Ohno, el que pone en práctica este fundamento: “Los que trabajan son los mismos que piensan y no tenemos necesidad más que de la mitad de los efectivos”, como explica un gerente japonés de la fábrica Motorola de Chicago¹². Este sistema surgió como respuesta a la siguiente pregunta que se hacían los capitalistas ¿qué hacer para elevar la

¹² Citado por Gorz, 1998.

productividad cuando las cantidades a producir no pueden aumentar? Pero el nivel de autonomía obrera que supone el toyotismo debe ir de la mano indispensablemente de un sistema de disciplinamiento nuevo, que requiere la transformación de las relaciones de poder hasta entonces vigente. El rol represivo que sobre los trabajadores era ejercido por la estructura jerárquica de la empresa, deja de tener sentido. Las viejas formas jerárquicas y sus estructuras rígidas son reemplazadas por equipos multidisciplinarios que trabajan codo a codo en los puntos mismos de producción. En los nuevos modos de producción, los ingenieros de diseño, los programadores de sistemas y los trabajadores interactúan, intercambiando ideas y experiencia, poniendo en marcha decisiones colectivas directamente en la fábrica.

Para darle autonomía e ingerencia a los sectores trabajadores, el capital debía dejar la política de control represivo para pasar a una política de cooptación. O sea, para el toyotismo se hace necesario lograr que el obrero se ponga la camiseta de la empresa. Por eso, el primer paso en el camino de la implementación del nuevo sistema fue ir contra todos los niveles de organización de los trabajadores, sobre todo contra el movimiento obrero. Las empresas aprovecharon para desestructurar al sindicalismo combativo y crearon lo que se constituiría en un elemento distintivo del sindicalismo japonés de la era toyotista: el sindicalismo de empresa o sindicato–casa. Este quedaba sujeto al ideario y al universo patronal. Ese desarrollo se verifica originariamente al interior de la empresa Toyota. Esta primera fase –tal como cuenta Coriat– concluye a mediados de los años 50. Mas en la segunda fase hasta el propio sindicato de empresa termina siendo disuelto, por considerarlo poco cooperativo, y termina siendo sustituido por un nuevo sindicato inserto en el “espíritu Toyota”, dentro de la “familia Toyota”. Entonces en el año 1954 la campaña de reivindicaciones se transformó en el lema “Proteger a nuestra empresa para defender la vida” (Coriat, 1992).

Esta transformación de la subjetividad de los trabajadores fue la condición esencial para el éxito capitalista de la empresa japonesa y en particular de la Toyota. Combinando represión con cooptación, el sindicalismo de empresa recibió como contrapartida de su subordinación a los criterios de la patronal, la obtención del empleo vitalicio para una parte de los trabajadores de las grandes empresas (cerca del 30% de la clase trabajadora) y también salarios más altos, pero determinados por la productividad. Los sindicatos tienen, como en el caso de Nissan, un papel relevante en la “meritocracia” de las empresas, en la medida en que opinan con posibilidad de veto, sobre los ascensos de los trabajadores. Coriat dice, refiriéndose al sindicalismo japonés, que en varias situaciones el paso por el sindicato es una condición necesaria para ascender a las funciones de responsabilidad, sobre todo en materia de administración del personal (Coriat, 1992), lo cual hace más estrecha aun la vinculación del sindicato a la empresa.

El extrañamiento propio del toyotismo es aquel generado por el “involucramiento cooptado”, que le posibilita al capital apropiarse del saber y del hacer del trabajo en un giro, que aunque se lo intente presentar como participativo y progresista es, en realidad, mucho más totalitario y opresivo. Los obreros ahora deben comprender lo que hacen y esto trae sus riesgos. Por eso su nivel de integración a los intereses del capital debe ser casi total.

El capital está lejos de aceptar esta ruptura entre saber y hacer como una “recuperación” por parte del obrero de mayor autonomía, de la unidad posible entre planeamiento y ejecución. De ahí que los nuevos paradigmas organizacionales sean, en verdad, una refuncionalización de los principios tayloristas. El perfil ocupacional de los obreros se modifica, aunque no necesariamente se enriquece, sino que más

bien tiende a ser desnaturalizado. A través de los llamados “círculos de calidad”, aun cuando en apariencia el obrero parece convertirse en “polivalente”, en realidad sólo agrega a sus tareas de ejecución las de supervisión de su propio trabajo, transformándose así en su propio capataz. Con el toyotismo el proceso de producción se transforma en algo inteligible, el control militar es reemplazado por el Kaizen (traducido por otros como Kanban), nombre con el que se designa el arreglo y el mejoramiento continuo de los procedimientos con la colaboración por parte de los propios obreros. Para esto el trabajador debe dejar de ser una simple fuerza para adquirir facultades de diálogo con sus pares y los profesionales para resolver los nudos que representan trabas a la producción, pero para darle semejante poder primero hay que lograr que los trabajadores piensen y obren para el capital, para la productividad, bajo la apariencia de la eliminación efectiva de la brecha existente entre la elaboración y la ejecución en el proceso de trabajo. Pero, está claro que la eliminación de esta brecha es aparente, porque la decisión efectiva sobre lo producido, de qué y cómo producir, no pertenece a los trabajadores. El resultado del proceso de trabajo, corporizado en el producto, permanece ajeno y extraño al productor, preservando bajo todos los aspectos, el fetichismo de la mercancía (Antunes, 1999).

La noción de mejora continua es lo que permite a las nuevas formas de producción dar respuesta a la diversificación de la que hablamos más arriba, necesarias para responder a los límites de la productividad sin aumentar la cantidad a producir. A diferencia de los viejos métodos de gestión empresarial a la norteamericana, en los que las innovaciones no eran frecuentes y, a menudo, se reducían a una simple modificación (por ejemplo el diseño del foquito de un auto marcaba el cambio de modelo de un año a otro), la nueva forma de producción está organizada para asegurar cambio continuo y mejoras permanentes.

“Tanto en Japón como en EEUU y en Europa, las empresas que adoptaron los (o algunos) principios de la *lean production* no contratan más que obreros jóvenes, escogidos con cuidado, sin pasado sindical y en Gran Bretaña sobre todo, se les impone en el contrato de trabajo el compromiso, bajo pena de cesantía, de no hacer nunca huelga y no adherir a un sindicato que no sea el de la casa. En suma, no contratan más que obreros despojados de su identidad de clase, de su lugar y su pertenencia a la sociedad global. A cambio, se ofrecen a sus jóvenes obreros una identidad de empresa (una *corporate identity*) que tiene su origen en la cultura de la empresa, cuya simbólica elabora cada firma en muchos niveles: una formación profesional específica en la empresa; un estilo de comportamiento y un vocabulario propios de la casa; un estilo de vestimenta distintivo...”¹³ (Gorz, 1998). Un ejemplo claro de esto último es la empresa transnacional Mc Donalls que lo primero que hace, además de dotar de el uniforme a sus nuevos empleados, es darle un curso introductorio, en el cual le enseñan a manejarse con el “maclenguaje”, como ellos mismos lo llaman, metiéndolos en una cultura corporativa que a de signar sus relaciones, estableciendo entre otras cosas un régimen de intensa competencia entre sí por ser el “empleado del mes”, etc.

La empresa capitalista va captando así las voluntades de un trabajador que es previa y constantemente desligado de todo otro sentido de pertenencia. La empresa es la seguridad, aquella que requiere que para ser cobijado, el trabajador

¹³ “Los directivos japoneses decidieron, hace ya algunos años, comprometer a sus trabajadores con la finalidad de explotar por completo su trabajo tanto físico como mental, empleando para ello una combinación de técnicas de motivación y de prácticas coercitivas a la vieja usanza (...) Por un lado los trabajadores son animados a identificarse con la empresa, a llegar a la plena convicción de que es su casa y el elemento que les garantiza su seguridad” (Rifkin, 1996).

debe brindarse en cuerpo y alma. A cambio, ésta le otorga una identidad, una pertenencia, una personalidad, fundamentalmente un trabajo, a partir del cual se puede sentir persona. El vínculo con la “Gran Familia” de la Empresa pasa a transformarse en un lazo social de primera magnitud, sin el cual se cae en el abismo de la inseguridad, la desocupación, la angustia, la ausencia de futuro.

Concordamos con Coriat cuando sugiere que en un universo internacionalizado, si las técnicas japonesas fueron copiadas en todas partes, es porque corresponde a la fase actual de un capitalismo que se caracteriza por el crecimiento de la competencia, por la diferenciación y por la calidad, condiciones originales de la constitución del método ohnista. De esta manera esta verdadera revolución en las relaciones del trabajo que se inician con el toyotismo procura reformular las relaciones sociales, fisurando el reconocimiento que hacía el industrialismo clásico de las contradicciones de intereses entre el trabajo y el capital. La admisión de las relaciones de conflicto entre ambos, es la base indispensable para aceptar la necesidad de la negociación o la confrontación para su resolución. Conflicto que se iba resolviendo en función de la correlación de fuerzas entre ambas, pero que hoy intenta ser presentado intencionalmente como difuso.

En la medida que el trabajador “sólo” vendía su fuerza de trabajo, la empresa le exigía “sólo” su cuerpo, al tiempo que aquel se independizaba del resultado de su trabajo. La empresa entonces no requería del compromiso subjetivo, más que accesoriamente. “En tanto que sujeto, su pertenencia a sí mismo, a su sindicato, a su clase y a la sociedad prevalecía sobre su pertenencia a la empresa. Los derechos propios de su ciudadanía social y política prevalecían sobre los derechos del patrón de disponer de su trabajo, de sus facultades, de su persona” (Gorz, 1998). Los obreros de la forma de producción industrialista clásica aceptaban su alienación bajo ciertas condiciones, en un plano circunscrito por la acción y la negociación colectivas y por el derecho del trabajo, que es la expresión jurídica de las luchas libradas. Este conflicto y esta negociación, base de la relación capital-trabajo de la etapa, parece ir, desde una perspectiva histórica, en el sentido de una limitación cada vez más estrecha del espacio-tiempo del que el capital puede disponer para la explotación del trabajo, de las modalidades de esta explotación. Un ejemplo claro de esto es la progresiva reducción a través de la historia de la cantidad de horas de trabajo.

Otro punto esencial de ruptura con la lógica anterior, introducido por la revolución en la organización empresarial iniciada con el toyotismo es que para la efectiva flexibilización del aparato productivo, es también imprescindible la flexibilización de los trabajadores. Derechos flexibles, para poder disponer de una fuerza de trabajo en función directa de las necesidades del mercado consumidor. La nueva empresa se estructura a partir de un número mínimo de trabajadores, ampliándolos a través de las horas extras, los trabajadores temporarios, o los subcontratados, dependiendo de las condiciones del mercado. El punto de partida básico es un número reducido de trabajadores y la realización de horas extras (Antunes, 1999).

La empresa, prevalecientemente transnacional, no sólo transforma la relación que lo vincula con sus cada vez más reducidos empleados, sino que también y fundamentalmente realiza una obra de reingeniería, es decir se reestructura a sí misma. La reorganización capitalista ha originado tendencias hacia una cierta descentralización operativa de los grandes grupos económicos, tanto por lo que hace al proceso productivo como a las relaciones con proveedores y distribuidores. Esta “descentralización” de ninguna manera significa la “democratización” del capital. Alguien pudo hacer este silogismo a partir de la desconcentración espacial de los mandos y de la toma de ciertas decisiones. Por eso hay que aclarar que la

descentralización no incluye ni el planeamiento ni la toma de decisiones estratégicas, que continúan siendo patrimonio exclusivo de los que manejan el capital y de sus agentes. La función que realmente se descentraliza es la de ejecución y eventualmente las de evaluación y ajuste cotidianos de las actividades parciales que permiten el cumplimiento de los planes estratégicos. También es preciso tener en cuenta que la cesión de responsabilidades a los eslabones inferiores de las jerarquías empresariales, tanto internos como externos a las propias empresas, se acompaña por una descentralización de los riesgos y costos asociados a los errores de ejecución y evaluación. Los GET fortalecen consecuentemente su rentabilidad pues externalizan parte de sus costos, al mismo tiempo que obtienen una mayor eficiencia en la operatividad de trabajadores y empelados, lo mismo que de proveedores y distribuidores, son estos los que enfrentan la verdadera presión y ven frecuentemente reducidos sus ingresos y ponen el riesgo su estabilidad. A medida que se desciende en la cadena articulada de la transnacional hacia grupos locales controlados cada vez más se requiere trabajadores flexibilizados.

Para esto es paradigmático observar al propio grupo económico Toyota la primera empresa organizada según los cánones ohnianos: “no es más que la fábrica de montaje final que emplea solamente del 10 al 15% de la mano de obra que concurre para la fabricación del producto completo. Esta fábrica es la punta de una pirámide (*keiretsu*) asentada sobre un total de 45.000 empresas subcontratistas, cada vez más taylorizadas a medida que nos alejamos de la cima: 171 subcontratistas llamadas de primer rango; y 40.000 subcontratistas de tercer rango que ofrecen piezas a las anteriores. A medida que nos alejamos de la cima de la pirámide, bajan el nivel técnico de las empresas, los niveles de calificación requeridos y los salarios” (Gorz, 1998).

La empresa transnacional externaliza todas las actividades especializadas que otras empresas más pequeñas y localizadas pueden hacer por ella. Entonces presiona por las condiciones de precio y calidad de este producto en base a la gran cantidad que requiere. De hecho se trata de empresas controladas, si bien no necesariamente de modo económico directo, indefectiblemente desde la producción. Estas empresas subcontratistas determinadas por la gran empresa transnacional la proveen de productos de la misma calidad y a menor precio, que si ésta lo hiciera por sí misma. Las empresas subcontratistas deben soportar además las fluctuaciones de la demanda, que se traducen para el trabajador de ellas en condiciones cada vez más precarizadas (en cuanto a la estabilidad y los derechos) y taylorizadas (en cuanto a la exigencia y las condiciones de trabajo).

Teniendo en cuenta esta reestructuración de la empresa transnacional, la mano de obra activa de un país queda dividida en cinco categorías que componen el piso del embudo de la exclusión económica: el círculo más pequeño compuestos por trabajadores que se imbuyen de la “filosofía posfordista”, con alto grado de autonomía en su función, con condiciones de salario permanentes y trabajo de tiempo completo, con gran cantidad de horas adicionales. El segundo círculo: los trabajadores contratados que laboran junto a los primeros en esos momentos en que la empresa lo requiere, ya sea por la expansión de la demanda o cualquier otro motivo económico.

En tercer y cuarto lugar encontramos una gran masa de trabajadores “periféricos”, o de empresa dependiente, entre los cuales se mezclan aquellos a los cual se les respeta la estabilidad laboral mientras que se le flexibilizan las condiciones de trabajo y a ellos se agrega una porción importante de trabajadores precarios, sin ningún tipo de estabilidad, en condiciones de precarización absoluta, con salarios variables, etc. Mezclados con esta última categoría va un segmento cada vez mayor de prestatarios de servicios pretendidamente independientes,

a los que se varía en función de las necesidades de la empresa, se les paga por tiempo trabajado y generalmente están en negro. Fuera de estos, más allá del límite, está el gran ejército de los trabajadores desocupados.

TRANSFORMACIÓN DE LA PRODUCCIÓN, TRANSFORMACIÓN DEL CONSUMO, TRANSFORMACIÓN DEL TRABAJO.

Como vemos el original aporte del modelo japonés de producción fue que significó el principio de la racionalización de los procesos de producción derivado hacia procesos de reingeniería de la organización de la empresa. Estos procesos de reingeniería organizacional han llegado en la actualidad a límites mucho más allá de los originarios. El elemento común de estas nuevas formas de producción consiste en combinar nuevas técnicas de gestión y organización con elementos tecnológicos cada vez más sofisticados¹⁴ para producir cada vez más empleando menores recursos y mano de obra. Todo esto en ciclos cada vez más pequeños en función de la necesidad de reformulación del consumo, con la diversificación y con la duración cada vez más corta del producto o modelo.

Cuando los empresarios de cualquier parte del mundo implementaron los nuevos métodos de producción combinados con las nuevas tecnologías comprendieron que les permitía producir un buen volumen de mercancías y servicios con mucho menos capital, y también utilizando muchísima menos mano de obra y estructura para la producción (por ejemplo, en los últimos años se redujo considerablemente la superficie de los establecimientos productivos), y todo ello en menos tiempo. También apreciaron la importancia de reducir el plazo requerido para concebir y desarrollar nuevos productos, desde el número de horas de trabajo de la oficina de proyectos hasta su producción final. Lo cual, a su vez, tuvo un impacto trascendente en la modificación de los hábitos de consumo. En otras palabras, las alteraciones generadas en el ámbito de la producción significaron una sustancial mutación de las formas de consumo.

La interacción entre la oferta y la demanda, claro está no es simétrica pues la producción, en manos de la clase económica y políticamente dominante, es la que determina el consumo¹⁵, que en el capitalismo depende esencialmente

¹⁴ El caso de la fábrica automatizada Fujitsu Fanuc (Japón), un ejemplo de avance tecnológico, es muy esclarecedor. Más de cuatrocientos robots fabrican otros robots, durante las 24 horas. Los obreros, casi cuatrocientos, trabajando durante el día. Con métodos tradicionales serían necesarios cerca de 4 mil obreros para obtener la misma producción. Se promedia ocho robots al mes que se descomponen. La tarea central de los obreros consiste en prevenir y reparar los robots dañados, lo que origina un volumen de trabajo discontinuo e imprevisible. Hay 1700 personas más empleadas en trabajos de investigación, administración y comercialización de la empresa (Gorz, 1990). “Aunque sea un ejemplo de un país y de una fábrica, singulares, nos permite constatar que ni aun en este ejemplo de alta robotización, hubo eliminación del trabajo y sí un proceso de intelectualización de una parte de la clase trabajadora. Pero en este ejemplo atípico, el trabajador ya no transforma los objetos materiales directamente, sino que supervisa el proceso productivo con máquinas computarizadas programadas y repara los robots en caso de necesidad” (Antunes, 1999).

¹⁵ En 1857 Marx analiza puntualmente la identidad inmediata entre producción y consumo planteando en qué sentido la producción es una forma del consumo y viceversa. También expone la mutua determinación entre estos dos momentos, destacando cómo la producción, siendo la antípoda del consumo, es quien crea sus condiciones.

de las necesidades de la acumulación y valorización del capital. La modificación en los patrones de consumo está determinada por el lento crecimiento de la economía, por los procesos de redistribución regresiva del ingreso. No son las variaciones “autónomas” en los gustos de los consumidores, como quieren hacer creer los publicistas del liberalismo, las que diversifican la demanda, sino la diferenciación de la oferta, vinculada tanto a las alteraciones en la producción como a la agudización de la competencia. Multiplicar la capacidad de diversificar la oferta es la gran preocupación de los GET. En la lógica de la economía orientada hacia el consumismo, la satisfacción del consumidor debe ser instantánea, dicho esto en un doble sentido. Es evidente que el bien consumido debe causar una satisfacción inmediata, sin requerir la adquisición previa de destrezas ni un trabajo preparatorio prolongado; pero la satisfacción debe terminar en seguida, es decir, apenas pasa el tiempo necesario para el consumo. Y ese tiempo se debe reducir al mínimo indispensable. Para lograr esa reducción del tiempo, conviene que los consumidores no puedan fijar su atención ni concentrar su deseo en un objeto durante mucho tiempo; que sean impacientes, impulsivos, inquietos, en una palabra: insaciables... Es decir, que su interés se despierte fácilmente y se pierda con la misma facilidad. La cultura de la sociedad de consumo no es aprendizaje sino principalmente de olvido (Bauman, 2000). El consumismo exige que las necesidades del consumidor sean continuamente provocadas y dilatadas: no importa qué se consuma, como ya hemos observado con respecto a la producción; lo esencial es que se consuma cada vez con ciclos menores. La expansión del consumo está íntimamente ligada al proceso de disminución de la duración del valor económico de los bienes producidos, es decir, a una cada vez más rápida depreciación de estos bienes, pero también a la creciente capacidad de un círculo reducido de personas en el mundo de renovar permanentemente su consumo.

Este tipo de producción para unos pocos pero muy ricos no es la primera vez que se da en la historia. En la época preindustrial las condiciones de la producción se dieron en términos similares a las actuales. Es decir, se hacía más conveniente producir para una pequeña *élite* que para una gran masa de gente. Tal como dice el historiador inglés Hobsbawn: “Parecía más sensato vestir a las princesas con modelos *haute couture* que especular con las oportunidades de atraer a las hijas de los campesinos a la compra de medias de seda artificial. El negociante sensato, si tenía elección, fabricaría relojes joya carísimos para los aristócratas y no baratos relojes de pulsera, y cuanto más caro fuera el proceso de lanzar al mercado artículos baratos revolucionarios, tanto más dudaría en jugarse su dinero en él” (Hobsbawn, 1998).

Ese pequeño círculo de consumidores de primer nivel (y de modo similar todos aquellos que lo tienen como modelo de vida) queda cada vez más esclavo del consumo, pues si su rueda no se mueve el sistema peligra. Así el consumo se va expandiendo a todas las esferas de la vida de la oligarquía incluida.

El extrañamiento que se da en el espacio de la producción, se traslada potenciado intensamente la esfera del consumo, la esfera de la vida fuera del trabajo, haciendo del tiempo libre, en buena medida, un tiempo también sujeto a los valores del sistema productor de mercancías. El ser social que trabaja debe tener solamente lo necesario para vivir, pero debe ser constantemente inducido a querer vivir para tener o soñar con nuevos productos. Esta es la esencia de la ideología consumista (Sklair, 2003) que va a ser el sustrato cultural de la globalización¹⁶.

¹⁶ Ver el desarrollo de la idea de la ideología cultural del consumismo en el capítulo acerca de la exclusión cultural.

En síntesis, el consumidor en la sociedad de consumo debe estar en movimiento permanente, buscar y no encontrar. Mejor dicho, encontrar algo que sólo es el principio de una nueva búsqueda. Búsqueda que no es malestar sino promesa de permanente felicidad. Viajar es esperanza, llegar es casi hecho efímero. Pero es preciso aclarar, sobre todo cuando hablamos de consumismo y vemos que las grandes mayorías del globo están cada vez más distantes del consumo básico y necesario, que la sociedad de consumo les da a algunos el papel de consumidores, el rol protagónico: el de consumidores verdaderos (los únicos que son crecientemente el objeto de la oferta diversificada). Este papel sólo les cabe a aquellos que son beneficiarios de la concentración regresiva del ingreso. Nos estamos refiriendo fundamentalmente a los incluidos (un pequeño segmento de la población mundial principalmente alojado en los países centrales pero tangencialmente también en las ciudades periféricas) son los únicos satisfechos en una sociedad en la que no basta desear; para que el deseo sea realmente deseable, una auténtica fuente de placer... ese deseo debe ser satisfecho... efímeramente satisfecho.

Caracterizado el sujeto principal de la producción y la dialéctica entre producción y consumo, podemos arribar a algunas conclusiones en relación al tema. La principal consecuencia de este vínculo es que las nuevas formas de producción prestan mayor atención a las particularidades de la demanda de los estratos de población con altos niveles de ingreso que, aun siendo reducidos numéricamente, concentran un poder de compra amplio y creciente. Pensándolo desde otro ángulo: “¿Por qué las Corporaciones Transnacionales deberían producir lo que necesitan los pobres?” Se pregunta el profesor inglés Leslie Sklair. En el capitalismo como modo de producción ajeno a la planificación y orientado en función del lucro, nada hace pensar que una empresa tiene que orientar su producción hacia la satisfacción de las necesidades de las mayorías populares, salvo que la producción para estas sea lo más conveniente para el bolsillo de los capitalistas. Si el beneficio mayor se encuentra en la producción de mercancías cada vez de menos tiempo de duración para esa elite consumidora que puede pagarlas... ¿Quién no va a producir para ellas? En este sentido, la diferenciación de los productos, no sólo en términos de variedades sino de características básicas, se convierte en un requerimiento competitivo estratégico. La posibilidad de satisfacer demandas particularizadas (sobre la base de una amplia gama de variedades ofrecidas de un tipo de producto), de mejorar continuamente la calidad de los productos ofrecidos y de ofrecer nuevos productos, constituyen aspectos de competitividad básicos en los mercados de altos ingresos (Flores Olea, 1999). Por eso es que “más que invertir en investigación y desarrollo de nuevos productos para los pobres, las firmas extranjeras [los Grupos Económicos Transnacionales] invierten en la porción de productos existentes para los pudientes” (Whiting 1985)¹⁷. La revolución del marketing —que abarca producción, distribución, publicidad y comercialización— permitió el aprovechamiento de los denominados “nichos de mercado” mediante la explotación de segmentos de demanda especializados o particularizados. Para ello hubo que contar con la capacidad dinámica para modificar el volumen y las características de la producción.

El sistema se retroalimenta. Los sectores productivos de bienes y servicios para los estratos de mayor ingreso son los que se benefician de demanda más dinámica, configurándose como sectores de crecimiento de la economía. Estos sectores, han concentrado la inversión productiva y la innovación tecnológica, aunque el incremento en su eficiencia productiva no es suficiente para lograr una reducción

¹⁷ Citado por Leslie Sklair, 2003 en “Sociología del sistema global”.

cualitativa en los costos de reproducción de la fuerza laboral productiva, que sea simultánea a un aumento generalizado en sus niveles de consumo. Por lo tanto, es insuficiente para dinamizar globalmente las condiciones de valorización en los sectores productivos y, por consiguiente, para contrarrestar el poder del capital especulativo, de cuya hegemonía dábamos cuenta en el capítulo anterior.

La diferenciación de productos como estrategia activa o como adaptación pasiva, la fragmentación y segmentación de mercados, así como prácticas enfocadas a obtener beneficios monopólicos, se vuelven una necesidad competitiva estratégica para las empresas transnacionales en su faz productiva. También la tecnología fue desarrollando un rol específico en esta cuestión de la producción diversificada. Por ejemplo, vemos la aparición “con la introducción a través del control numérico, la incorporación de microprocesadores en el comando de las máquinas herramientas y el consiguiente rediseño de las mismas, de una nueva generación de medios de producción menos especializados. La máquina concebida para realizar una tarea dada en la producción en cadena de un producto específico es sustituida, gracias a las posibilidades abiertas por los microprocesadores, en una herramienta que puede ser configurada rápidamente para la realización de distintas tareas, con lo cual es posible pasar de la producción de un modelo o producto a otro y obtener altas productividades con producciones más limitadas de cada producto” (Arceo, 2002).

Para tener una visión integral sobre como se maneja el trabajo y la producción en el complejo período actual nos parece propio —por lo ilustrativo— hacer una larga cita del pensador mexicano Flores Olea a efectos de considerar la forma como se articula la relación crisis—reestructuración en los niveles metaeconómico (el de la lógica general del capitalismo como sistema económico—social), macroeconómico (referido al funcionamiento del capitalismo en diferentes espacios nacionales y en sus relaciones entre ellos), microeconómico (que alude a la acción de las empresas individuales) y mesoeconómico (que se refiere a las relaciones de las empresas con su entorno).

“En el nivel metaeconómico —el más general—, la crisis expresa el agotamiento del régimen de acumulación dominante en el sistema capitalista. La crisis del sistema se manifiesta como una onda larga depresiva, caracterizada por el lento crecimiento del producto y el desempleo crónico; bajos salarios en la economía formal y expansión geométrica de la economía informal; polarización de la pobreza y la riqueza en los niveles locales, regionales, nacionales e internacionales; aumento en los movimientos migratorios legales e ilegales; cambios en la rentabilidad relativa de las principales actividades lucrativas en favor de la especulación y en detrimento de la producción; relocalización de los aparatos productivos en todos los niveles geográficos; gran volatilidad en los circuitos monetarios y financieros.(...) Por sus efectos desiguales, en el nivel macroeconómico la crisis estructural se manifiesta por medio de crecientes “desequilibrios” entre clases y grupos sociales, fracciones y grupos de capital, sectores productivos y regiones; en el plano internacional, entre países y bloques de países. Todo lo vigente (legislación laboral y estructuras sindicales, sistemas fiscales y monetarios, regímenes comerciales y de inversión), aparecen como entes cuya rigidez estructural (por su propio carácter institucional), obstaculiza el avance de las reformas que el capital requiere para el restablecimiento de la rentabilidad. En este nivel, el neoliberalismo irrumpe como el nuevo paradigma dominante de política económica, mortalmente enfrentado al Estado keynesiano del bienestar y con un claro afán de erigir un nuevo marco institucional global que sea más funcional a la valorización del capital transformando las relaciones laborales, las relaciones socioeconómicas generales y las relaciones internacionales.(...) En el nivel microeconómico la onda larga depresiva se expresa como una reducción de la dinámica de los

rendimientos del trabajo y de la competitividad de las empresas; como la conjunción de obsolescencia técnica y rigidez de la planta productiva, además de la inflexibilidad de las formas tayloristas y fordistas para adaptarse a las nuevas condiciones tecnológicas y de los mercados. Aquí la reestructuración se ubica en el plano de los impactos de ciertas aplicaciones tecnológicas de la microelectrónica, en particular la computación y la robótica, sobre el contenido de los procesos laborales y productivos así como en nuevas formas de organización de esos procesos.(...) La crisis estructural se expresa también en un nivel mesoeconómico al poner en entredicho las formas tradicionales de control capitalista del proceso económico por medio de la vinculación de cada empresa con su entorno; es decir, con sus proveedores de insumos y materias auxiliares con sus distribuidores y compradores finales, con la fuerza laboral, con las entidades que financian la actividad productiva y con los distintos niveles de gobierno.(...) El modelo fordista clásico, que se caracteriza por la integración vertical de grandes consorcios, con jerarquías altamente formalizadas y que producen en gran escala para mercados de masas, básicamente ha dejado de ser hegemónico. En este nivel la reestructuración ha dado lugar a una gama de estructuras alternativas de interrelación empresarial más flexibles. Se detectan, al menos, el neofordismo en sus vertientes micro y macro, el toyotismo y las redes de especialización flexible. En un mismo país pueden coexistir complejos empresariales guiados por modelos de reestructuración mesoeconómica distintos, lo que explicaría los distintos grados de cohesión que muestran las propias economías nacionales en esta época. (...) En el contexto de la onda larga depresiva, la competencia no sólo se ha hecho más encarnizada, sino también más compleja. Debido a que la expansión constante de la demanda de bienes productivos masivamente se ha vuelto incierta, a diferencia de lo que ocurría durante el período de auge, la reducción de costos unitarios por el aprovechamiento de economías de escala enfrenta límites objetivos como mecanismo de competitividad. Aparecen a este nivel diversas formas innovadoras de organización de la producción (...) No obstante, debe decirse que el aprovechamiento de las nuevas tecnologías —en términos de una reducción efectiva de los costos productivos y, por consiguiente, del fortalecimiento de la rentabilidad capitalista— requiere la reorganización de los procesos de trabajo donde se utilizan esas tecnologías. En esta dirección, la flexibilización productiva ha ido acompañada por una flexibilización de las relaciones laborales, tanto en el terreno propiamente de la producción como de las formas de contratación de fuerza de trabajo. (...) Las líneas neofordistas se basan en nuevas formas de organización productiva que pueden o no requerir las nuevas tecnologías de procesamiento de la información. El *Kan-Ban* —base organizacional del toyotismo— retoma la cadena en línea fordista invirtiéndola en la medida en que la producción se organiza más bien desde el final de la cadena y de allí a su producción se organiza más bien desde el final de la cadena y de allí a su punto inicial. El principio de ordenes y coherencia, comenzando por el final, tiene el propósito de disminuir los inventarios de productos terminados y de insumos con el consiguiente ahorro del capital en circulación y del circulante; igualmente procura eliminar los defectos, errores y averías gracias al control de calidad *in situ*, además de reducir al mínimo la burocracia de supervisión y plantación, responsabilizando de las actividades de vigilancia a los obreros, con lo que en principio tiende a eliminar la separación entre planeación y ejecución típica del taylorismo. Debe decirse que el *Kan-Ban* es de flexibilidad intermedia, habiendo mostrado indudable eficiencia ante pequeñas fluctuaciones en el volumen de producción y ligeras variaciones en la calidad de los productos. (...) Las líneas neotayloristas combinan ciertas innovaciones tecnológicas como la circulación de materiales con tiempos flexibles, el control informatizado del trabajo y de la línea de producción con innovaciones organizacionales, a veces importantes pero aun regidas por los principios tayloristas, como es el caso de las redes no lineales o asincrónicas basadas

en el trabajo de ensamblaje manual y fragmentado. La dinámica de la productividad es reforzada por la administración computarizada de la circulación de los materiales en lo que se refiere a la alimentación y al despeje de los espacios de trabajo, lo que permite aprovechar al máximo el tiempo de la operación efectiva de los distintos puestos de trabajo; asimismo, la informática permite ejercer un control más preciso sobre los obreros, incrementando la intensidad del trabajo y la calidad del producto, y sobre la administración de los inventarios, reduciendo su tiempo de circulación. (...) En contraste, las líneas posfordistas de especialización flexible procuran explotar más las economías de variedad que las de escala; operan, por consiguiente, en un contexto de competencia monopolística buscando generar en mayor o menor grado rentas monopólicas. Para que las ventajas de las economías de variedad de las pequeñas y medianas empresas puedan sostenerse, deben concentrarse en la fabricación de productos de ciclos cortos u obsolescencia rápida, precisamente para impedir que las grandes empresas ingresen al mercado poniendo en práctica estrategias de economías de escala. (...) Las líneas posfordistas combinan profundas innovaciones tecnológicas, por ejemplo la automatización total mediante robots y líneas de ritmos flexibles y programables, con innovaciones organizacionales también profundas (redes internas). Estas líneas se ubican en una posición intermedia de equilibrio entre productividad y flexibilidad que, con las tecnológicas de la informática, incluso pueden “dosificarse” con cierta facilidad: cuando la autonomía y capacidad de negociación de la fuerza laboral es baja, su control se vuelve más rígido; cuando la autonomía y formal es alta, más bien se privilegia la flexibilidad. Su gran desventaja radica en que sus costos de concepción e instalación son muy elevados, lo que en un ambiente de obsolescencia acelerada le confiere una alta vulnerabilidad técnica. Por ello, aunque es verdad que bajo determinadas condiciones las configuraciones posfordistas presentan innegables virtudes, porque propician una mayor responsabilidad laboral, una mayor cooperación entre administradores y trabajadores, así como mejores condiciones de trabajo y remuneración, al parecer son difíciles de generalizar a la mayoría de las empresas, sectores y trabajadores. (...) Sobre la base de las anteriores configuraciones productivas, la reestructuración capitalista se desarrolla, en el nivel mesoeconómico, mediante cuatro diferentes modalidades básicas de control que expresan las grandes diferencias que existen en las formas y los grados de flexibilidad de las relaciones de las empresas con los demás agentes económicos de sus respectivos entornos. (...) El modelo toyotista, que también ha sido llamado ultrafordismo o fujitismo, desarrolla formas de articulación con proveedores y distribuidores verticalmente desintegradas, en el sentido desde que se fundan en jerarquías esencialmente informales y en métodos de control no directos. (...) En la base de este modelo hay un conjunto de medianas, pequeñas y microempresas que estructuralmente dependen de los consorcios líderes y sobre las que recaen –generalmente y de manera severa– los ajustes desarrollado sobre todo en Japón, aparece como la expresión mesoeconómica del *Kan-Ban*” (Flores Olea, 1999).

TECNOLOGÍA Y TRABAJO.

Es claro que la nueva base tecnológica se fue generando a partir de los intereses concretos del capital y que este ha ido conformando la transformación productiva sobre cuatro pilares: la informática, la electrónica, la robótica y las telecomunicaciones. Combinados en formas diversas, cada uno de esos elementos son el sustento del despliegue de nuevas posibilidades productivas, caracterizadas por una mayor integración y flexibilidad que permiten al capital superar el estancamiento de la productividad del trabajo (alcanzada en la fase fordista–keynesiana). En otras palabras,

el desarrollo de estas áreas específicas y otras similares potencializó el jugo que el capital le saca a la mínima cantidad necesaria del trabajo de los trabajadores mediante una diversificación estructural compleja y combinada que venimos estudiando.

En particular, la introducción de la informática significó un impulso trascendental a los nuevos modos de producción y a la nueva estructuración del trabajo. A partir de la difusión de las computadoras, la información puede ser procesada de forma horizontal, en lugar de serlo verticalmente, obviando la pirámide tradicional de la estructura empresarial, conformándose en su lugar redes que operan todas en un mismo nivel. Mediante la eliminación de las lentas subidas y bajadas de las decisiones, la información puede ser procesada con mayor velocidad gracias a la creciente capacidad de los sistemas.

Pero la informática y la robótica no sólo influyen sobre la estructura organizacional de la empresa sino directamente sobre la cuestión de la mano de obra que esta requiere en la base. Asistimos a un proceso de mecanización y semiautomatización de la industria y cada vez se va avanzando en el sentido de la automatización plena. En ciertas ramas estos avances son notables. Desarrollar la producción sin trabajo humano o con un mínimo necesario de este, sin dudas tiene un impacto en el conjunto del proceso de producción capitalista y particularmente en el mundo del trabajo.

El empleo industrial en su forma tradicional indudablemente resultó directamente puesto en tela de juicio, como consecuencia de la automatización. Pero además, conviene advertir, el impacto en el trabajo de la tecnología en áreas tales como la informática se encuentra lejos de haber producido todos sus efectos. “Algunos economistas mencionan cifras que se consideran alucinantes respecto del futuro de la industria en el sentido estricto y tradicional del término; en el año 2015, el 8% de la población activa bastará para asegurar la producción de todo lo que hoy incluimos en este rubro a escala mundial” (Calvez, 1999).

Vemos como a un ritmo vertiginoso “se produce una transformación sustancial en los medios de trabajo, por la utilización de novedosas tecnologías de la información, la ingeniería genética y las nuevas fuentes de energía, que potencian la productividad como una antes. Con respecto al objeto del trabajo se verifica una tendencia a la reducción del volumen de las materias primas y los materiales auxiliares de reserva, incluida la llamada miniaturización, que reduce cuantiosamente el consumo material por unidad de producto (lo cual ha sido denominado con el termino peregrino de “desmaterialización”) y, por consiguiente, del tiempo de producción de los medios de producción. La revolución asociada a la utilización de nuevas materias primas (nuevos materiales) produce un fuerte impacto en la división internacional del trabajo y disminuye la importancia económica de ramas y países enteros” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

El impacto que generan las nuevas tecnologías aplicadas al reemplazo de la mano de obra no puede ser minimizado y debe ser debidamente estudiado¹⁸. Si bien es cierto que el capital no puede eliminar definitivamente el trabajo vivo del proceso de creación de valores, también lo es que aumenta la utilización y la productividad del trabajo de modo que intensifica las formas de extracción del sobre trabajo en tiempo cada vez más reducido.

¹⁸ “El desempleo tecnológico no es, de ninguna manera, un fenómeno nuevo del capitalismo. Marx establece como ley de población, que es peculiar al modo de producción capitalista, la existencia de una población obrera supernumeraria, que es resultado de la innovación tecnológica inherente al proceso de acumulación de capital, así como condición general de dicha acumulación al presionar hacia la baja los costos salariales. Por su parte, Keynes concibe de manera precisa al desempleo tecnológico como un obstáculo que tiende a paralizar la expansión del capital por el insuficiente poder adquisitivo de los individuos asociado a bajos niveles de empleo y salarios” (Flores Olea, 1999).

Una cosa es la reducción del trabajo necesario para producir la riqueza a partir de un aprovechamiento intensivo del trabajo del hombre requerido en combinación con un desarrollo tecnológico y de reingeniería organizacional; y otra muy distinta es imaginar que eliminando el trabajo vivo, el capital pueda continuar reproduciéndose, como parecen plantear algunos autores, ignorando el rol histórico del trabajo o pretendiendo minimizar la importancia de los trabajadores¹⁹.

Incluso el uso de máquinas inteligentes, no implica la sustitución de los trabajadores. Su introducción, en todo caso, se vale, en principio, del trabajo intelectual del operario que, al interactuar con la máquina informatizada, acaba también por transferir parte de sus nuevos atributos intelectuales a la nueva máquina en el proceso. Se establece, entonces, un complejo proceso interactivo entre trabajo y ciencia productiva, que no puede llevar a la extinción del trabajo²⁰ o por lo menos no lleva necesariamente a ésta, como parecen plantear algunos autores. Este proceso, en realidad, lo que sí impuso al capital, fue la necesidad de encontrar una fuerza de trabajo aun más compleja, que debe ser explotada de manera más intensa y sofisticada, al menos en los ramos productivos dotados de mayor incremento tecnológico. Solamente en este segmento, no mayoritario, sino al contrario, minoritario en relación a los trabajadores a nivel mundial es factible hablar como hacen Drucker y otros pensadores oficiales del sistema de “sociedad del conocimiento”. En efecto, la interacción de trabajo, ciencia y producción, se da de un modo intenso para ciertos sectores. En ellos, la relación entre conocimiento y poder se hace visible. Aunque es un error pretender generalizar esta relación al universo de los trabajadores del mundo entero, extendiendo la categoría de trabajadores del conocimiento como lo hacen entre otros Rifkin, Drucker, Tofler, etc.

Aquellos que los futurólogos del sistema denominan “trabajadores de conocimiento”, son una porción del sector asalariado que no llega al 5% y cuenta con los ingresos equivalentes al 51% (el de menor ingreso) de la totalidad de los trabajadores con sueldo (Rifkin, 1996). Esta elite que no es nacional sino cada vez más mundial, tiene un idioma común (el inglés, *of course*), su posición es intercambiable, tanto sus puestos como su ubicación geográfica, y tienen más en común entre ellos que con aquel que vive a unas cuadras más allá de sus barrios exclusivos. El crecimiento de la importancia de los sectores sociales vinculados al “conocimiento” no es independiente de su funcionalidad respecto de las grandes concentraciones oligopólicas (sean empresariales o estatales –por ejemplo el aparato militar en el caso yanqui–).

En relación con este segmento están los empleados de las transnacionales y de las empresas compradas por los fondos de inversión que comienzan a ser tomados como capital fijo (casi inventariables como la maquinaria). Las relaciones de estos con las empresas se asemejan al vasallaje feudal. “Entre el intelecto y el capital fijo –es decir, entre el saber vivo y el saber máquina– ahora la frontera es vaga. El capitalismo posfordista hace suya la fórmula de Stalin “El hombre es el capi-

tal más precioso”. El hombre está subsumido en el proceso de producción como recurso humano, como capital humano, capital humano fijo. Sus capacidades específicamente humanas están integradas en un mismo sistema con el intelecto inanimado de las máquinas. Se vuelve *ciborg*, medio de producción en su totalidad, hasta su ser sujeto, es decir capital, mercancía, y trabajo a la vez. Y en la medida en que sus capacidades no tienen utilidad en el sistema de valorización del capital dinero, es rechazado, excluido, considerado inexistente” (Gorz, 1998).

La contracara real de esos trabajadores del conocimiento son los millones de personas que se ven expulsados del aparato productivo en razón –en principio– del despliegue tecnológico²¹. “Los efectos del desempleo tecnológico comenzaron en la base de la pirámide la mano de obra no cualificada. El trabajo manual ha quedado reducido considerablemente en el último cuarto de siglo, representando hoy algo más del 30% del proceso de producción. El resto del proceso ya está automatizado” (Rifkin, 1996). En un error de apreciación, se creyó durante mucho tiempo que la aparición de la tecnología producía de por sí la generación de nuevos empleos de más altos ingresos y mayor cualificación (por lo cual era necesario sólo tener disposición a formarse). Pero hoy el desempleo generado a partir del particular desarrollo tecnológico afecta cada vez a más sectores de la economía.

Con todo, la discusión de si aun se necesita el hombre para que trabaje la máquina es bizantina porque lo central es que, aunque se siguen necesitando –como decíamos más arriba– hombres para el trabajo, se requieren muchos menos que antes. Esto es así, porque la capacidad de producción incrementada por la tecnología a tal punto que si se utilizara el trabajo de todos la crisis de sobreproducción sería brutal. La discusión real es el trabajo de cuantos hombres alcanza para poner en funcionamiento la estructura de satisfacción de la sociedad dual creada por una oligarquía de carácter mundial y cómo se reparte esta necesidad. Por eso cuando se habla de la crisis de la sociedad del trabajo, es absolutamente necesario clarificar de qué dimensión se está hablando: si es de una crisis de la sociedad del trabajo abstracto (como sugiere Robert Kurz, 1992) o si se trata de la crisis del trabajo también en su dimensión concreta, en cuanto elemento estructurante del intercambio social entre los hombres y la naturaleza (como sostienen Offe, 1989; Gorz, 1998, entre tantos otros). O bien si se trata de una crisis del trabajo meramente coyuntural o cíclica, producto de las recurrentes crisis de sobreproducción del capitalismo como se inclinan la mayoría de los autores marxistas ortodoxos.

Aun resultando una actividad laboral heterogénea, socialmente combinada y globalmente articulada, la totalidad del trabajo sigue cumpliendo un papel en el proceso de creación de valores de cambio, tal como sostienen Antunes y otros pensadores provenientes del marxismo, pero nos preguntamos: ¿Sigue siendo central o ha tomado un valor decreciente el trabajo humano en la creación de valores de cambio tomados estos en relación al conjunto actual del mercado capitalista? Esto no pone en cuestionamiento la existencia de una clase que vive de su trabajo y la necesidad de esta de vender su fuerza de trabajo como mercancía, pero sí su nivel de incidencia en el capitalismo actual. La cuestión es cómo cambio el peso relativo del trabajo humano vivo en la composición orgánica del capital y cómo incide este cambio respecto de la relación entre la cantidad de trabajo vivo aun requerido y la población económicamente activa.... esta relación nos va a dar la medida de la

¹⁹ La disminución del factor subjetivo en el proceso de trabajo con relación a los factores objetivos o el aumento creciente del capital constante con relación al variable reduce relativamente pero no elimina el papel colectivo en la producción de valores de cambio hasta en un proceso productivo, tecnológicamente avanzado, (donde se pudiese verificar el predominio de actividades más intelectualizadas, más calificadas) aun así la creación de valores de cambio sería el resultado de esta articulación entre los trabajos vivo y muerto (Antunes 1999).

²⁰ Aun presenciando una reducción cuantitativa en el mundo productivo, (con repercusiones cualitativas), el trabajo abstracto cumple un papel decisivo en la creación de valores de cambio. Las mercancías generadas en el mundo del capital son producto de la actividad (manual y/o intelectual) que resulta del trabajo humano en interacción con los medios de producción (Antunes 1999).

²¹ “Los avances tecnológicos son, en la actualidad, tan rápidos que las compañías pueden desprenderse de más trabajadores de los que necesitan contratar para poner en marcha la tecnología o los elementos de soporte necesarios para aumentar las ventas” (Wall Street Journal, febrero de 1994). Citado por Jeremy Rifkin, 1996.

exclusión económica. Dicho de otro modo lo importante no es anunciar el fin del trabajo/empleo, sino tener en cuenta la reducción de la cantidad de trabajadores necesarios para mover la maquinaria de un capitalismo excluyente.

Y esta cantidad “necesaria” se reduce cada vez más en función de la correlación de fuerzas a escala mundial para la distribución del trabajo. Porque se puede llegar a una mirada sesgada, economisista si no se tiene en cuenta la relación de poder a la hora de definir quien se apropia del excedente de riqueza que implica el desarrollo tecnológico. Sabemos que en última instancia toda lucha económica es por la apropiación del excedente. Esta lucha se resolvió en otros tiempos, por ejemplo con la reducción de horas de trabajo en función de los adelantos tecnológicos. Hasta ahora y en la medida de las luchas nacionales y sociales llevadas a cabo por los trabajadores de cada uno de los países del mundo, se fue dirimiendo en el largo plazo –con períodos de flujo y reflujo– a favor de los que viven de su trabajo a través de la disminución creciente de las horas de trabajo o bien mejores condiciones de este. Es claro, si uno lo mira desde una perspectiva histórica, que no es el mismo –ni en condiciones, ni en cantidad de horas– el trabajo desarrollado en los últimos 100 años. Cada límite al horario trabajado no fue una graciosa concesión de los capitalistas sino fruto de un creciente poder de los trabajadores que mediante su lucha fueron distribuyendo los nuevos beneficios a través de la reducción de la cantidad de horas “necesarias”.

Las ocho horas de trabajo diario y el sábado inglés, parecían reivindicaciones utópicas para los trabajadores del siglo XIX. El incremento de la productividad –y la riqueza que genera– siempre se ha distribuido en función de la correlación de fuerzas entre los agentes del proceso productivo. Durante el apogeo del neoliberalismo, ésta comenzó a desequilibrarse con el incremento inusitado del poder del capital. He aquí uno de los motivos porque la nueva revolución tecnológica, que acompaña la globalización, no introdujo cambios favorables en reducción de las horas de trabajo y la distribución de riqueza (en ambos casos su impacto fue regresivo). La mayor productividad que esta revolución genera y la menor necesidad de mano de obra generaron una riqueza que fue a engordar los bolsillos del capital y de una *elite* asalariada, acentuando el proceso de concentración.

La reducción del tiempo de trabajo que generó la revolución tecnológica se podría haber resuelto en otro sentido, así lo refiere Alcira Argumedo, pero la disparidad de fuerzas determinó concretamente como fue esto realmente llevado a cabo. La reducción de “tiempo de trabajo humano no quiere decir personas, porque uno lo puede disminuir despidiendo al 75% de los trabajadores, que es lo que se está haciendo, bajo distintas formas de precarización, de desocupación y subocupación. Y esto pasa a ser no ya un ejercicio industrial de reserva. Por su cantidad y por su característica pasa a ser población excedente absoluta” (Argumendo, 2000).

Hablar de desempleo tecnológico es, en realidad, una falacia. Ni sobra trabajo para lo que necesita producir ni falta producto para lo que es preciso distribuir. El problema en este sentido es, como decíamos, de naturaleza político. Por un lado, la preeminencia del capital estructura la sociedad de un modo tal que son los trabajadores los que pierden en la disputa por la torta. Por otro, la fuerte injerencia de los GET orienta y estructura la producción de pocos para aun más pocos.

Para sustentar esto que decimos –que no sobra ni trabajo ni faltan productos para distribuir– no hace falta más que recurrir a la historia. Cuando se logró la jornada de ocho horas diarias de labor, se prohibió la explotación de mujeres y niños y se instituyó la jubilación, lo que se consiguió fue el pleno empleo, es decir se reordenó las barajas de modo tal que eliminando la sobre explotación

(aumentando la población con derecho social a no ser activa) y repartiendo de modo más justo las horas de trabajo, la sociedad continuó produciendo lo que tenía que producir.

El problema económico que aparentemente plantea el salto tecnológico en realidad es un problema de poder. Son sólo unos pocos –y no la población mundial en su conjunto– los que se apropian de la renta tecnológica, y estructuran a través de sus agentes una sociedad restringida y excluyente, reorganizando el trabajo necesario, no en términos abstractos sino concretamente para esa sociedad para pocos altamente opulenta y consumista que se han planteado.

Mediante las llamadas políticas de flexibilización laboral el sistema de dominación se ha propuesto reducir la cantidad de trabajo necesario y el reparto del mismo con carácter restringido, todo esto mediante el recurso de argüir el incremento de la productividad del trabajo, lo que desde una perspectiva capitalista les permite reducir los costos de producción y maximizar los beneficios. Los detentadores del capital y sus propagandizadores jamás dicen que parten de un preconceito y es que el trabajo humano socialmente necesario se compone de una determinada cantidad de puestos de trabajo, los que son concebidos como conjuntos indivisibles de jornadas de ocho horas (con sus feriados y vacaciones). Es decir, han congelado las horas de trabajo desarrolladas por el hombre en una instancia de la lucha de los trabajadores en la conquista por la justicia social. No es cierto que los puestos de trabajo sean conjuntos indivisibles de cantidad de horas/hombre de trabajo. Hace cien años los hombres trabajaban muchas más horas. Si hiciéramos las cuentas del trabajo necesario con las horas trabajadas en aquella época, probablemente la exclusión sería mayor. Por lo tanto pensar que la cantidad de horas que debe desarrollar un trabajador en su jornada es una cuestión inflexible es otra de las mentiras del capital para fundar su dominio. Más allá de mitos y preconceitos hay una verdad incontestable: si el producto total alcanza para el consumo de todos, no hay ninguna razón de la escasez de bienes y servicios producidos que impida que todos tengan un ingreso real que cubra todas sus necesidades.

Es preciso hacer un aparte para referirnos al alcance de los cambios tecnológicos en los países periféricos, que obviamente ha sido diferente a su impacto en los centrales. Empecemos por los puntos en común. La confluencia de la revolución tecnológica y el estancamiento crónico que abarcaron a todo el globo generó en el sistema en su conjunto una permanente expulsión de trabajadores del aparato productivo²². Pero el impacto de este en la periferia es mucho mayor, pues como en gran parte se trataba de economías caracterizadas por un atraso en el sector rural y extractivo, lo cual fue potencializando las diferencias de tal modo que se fueron conformando economías duales. Por un lado, una economía productiva quebrada en dos entre su porción orientada hacia la producción orientada al mercado interno en su consumo masivo –en franca decadencia y cada vez más atrasados–; y por el otro ciertos polos de desarrollo articulados con la economía a escala mundial (que en modo creciente son apropiados por los GET). A estos últimos alcanza plenamente el proceso de automatización y de incorporación de innovaciones tecnológicas que prácticamente no las diferencia del primer mundo. El predominio de los GET de esta área económica se hace casi absoluto imponiendo sus condiciones al conjunto de un mercado laboral distorsionado.

Podemos concluir que tanto en el centro como en la periferia tenemos el parti-

22

“Hasta hace poco, el orgullo de cualquier empresario era crear puestos de trabajo; hoy, ser competitivo es sinónimo de mucha tecnología y poco empleo” (Coller, 1997).

cular privilegio de asistir al proceso de agonía de la sociedad del empleo industrial tal como lo concibió el capitalismo hasta ahora. Y esto no es una declamación ideológica sino que es posible constatarlo mediante cifras concretas. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala que en 1997 había en el mundo más de 1000 millones de desempleados de fuerza útil de trabajo, cifra que ha crecido considerablemente en los últimos años. En la última década del siglo la reducción de empleos formales respecto a la década de 1960 sería de 30% en tanto que respecto a la década de 1980 esa reducción alcanzaría 20%. De hecho, en prácticamente todos los países encontramos datos sobre los “ajustes” en el empleo, no solamente en los sectores agrícola e industrial, sino también en el de servicios (OIT *The World Employment Situation*, Ginebra, 1994)²³. Vamos a dar algunos ejemplos de estas tendencias, de este múltiple proceso en el mundo del trabajo. Comencemos por la cuestión de la llamada “desproletarización” del trabajo, es decir, por la disminución del trabajo fabril, industrial. Tomemos el caso de Francia: en 1962, el contingente obrero era de 7.488.000. En 1975, ese número llegó a 8.118.000 y en 1989 se redujo a 7.121.000. Mientras en 1962 representaba el 39% de la población activa, en 1989 ese índice bajó a hasta 29,6% (Bihr, 1990; 1991, 87/108)²⁴.

Se puede decir que “en los principales países industrializados de Europa Occidental, los trabajadores efectivos, ocupados en la industria, representaban cerca del 40% de la población activa al comenzar los años 40. Hoy, su proporción se sitúa cerca del 30%. Se prevé que bajará a 20 o 25% al comienzo del próximo siglo (Gorz, 1990). Estos datos evidencian una nítida reducción del proletariado fabril, industrial, manual, en los países centrales. El mismo Andre Gorz complementa este dato consignando que aproximadamente 35 a 50% de la población activa británica, francesa, alemana y norteamericana se encuentra desempleada o desarrollando trabajos precarios, parciales. Todas estas cifras se multiplican al hablar del Tercer Mundo.

DESOCUPACIÓN Y FLEXIBILIZACIÓN DEL TRABAJO.

A nivel sociológico se hace la siguiente comprobación: el trabajo según las pautas que le fijara la revolución industrial, a saber: una actividad asalariada ejercida a tiempo pleno de manera continua durante varios decenios, hoy ya no parece constituir en los hechos –por más que lo siga siendo en los discursos– el tiempo dominante, es decir, un tiempo que estructura y polariza el conjunto de los tiempos sociales alrededor de su propia estructura (Calvez, 1999).

El trabajo/empleo “no conserva más que una especie de lugar central fantasma, en el sentido en que al amputado le duele el miembro fantasma que no tiene más” (Gorz, 1998). Esto se presenta claramente a nivel de la sociedad en su conjunto y no es causal. La trampa consiste en que desde las usinas del pensamiento globalizado nos intentan convencer de que no hay realización del hombre fuera de empleo, poniendo el centro de la disputa entre los que quedan adentro y los que quedan afuera en un trabajo que va perdiendo su dimensión cuantitativa. Esto es un aspecto cultural de la opresión que permite ir cerrando cada vez más el cerrojo de la sumisión. La dicotomía se plantea entre la valorización social y personal mediante el trabajo asalariado; o la nada, la caída, la desesperanza del no ser. Con ésta argumentación colocan en el centro de la decisión a la necesidad, –esa

que tiene cara de hereje y está dispuesta a las mayores concesiones–, de obtener algo que objetivamente es, cada vez más, para unos pocos. La identidad social, el acceso a los derechos, que sólo aparece como consecuencia del empleo, está destinado irremediablemente a ser “un bien escaso”, exclusivo para un sector de la población. Como hemos visto, la necesidad de trabajo/empleo por parte del capital para su reproducción, en esta etapa del capitalismo a nivel mundial, no volverá a alcanzar los niveles que permitieron el pleno empleo. Se generan expectativas que oportunamente se verán frustradas y se recurre al más crudo individualismo para dar razones de esta frustración, sumiendo a los que quedan afuera en la culpa por no ser exitosos. Esa culpa impregna la vida de los trabajadores desocupados y al mismo tiempo sirve de preparación para los pocos que han de ser requeridos para su explotación por parte del capital. La competencia de todos contra todos en el mercado del empleo es el sustento del poder del capital que obtiene de esta lucha su fundamento para la reducción de los salarios, el aumento de la productividad, la precarización de las condiciones de empleo, en síntesis todas las formas posibles de aumentar su beneficio, y de más está decirlo, sin intenciones de repartirlo. La oligarquía mundial que maneja el sistema ni siquiera tiene un sentido de responsabilidad en relación al conjunto social. Esto, que es una de las diferencias netas con otros sectores poderosos de otras épocas, puede ser suicida.

El número creciente de trabajadores desocupados produce varios efectos: la presencia cada vez más fuerte de los desocupados actúa como freno a las reivindicaciones salariales, con lo que los salarios reales caen o bien suben más lentamente que la productividad del trabajo lo que provoca concentración de ingresos (Beinstein, 2000) y esto a su vez genera que los activos trabajen más horas para compensar los magros salarios. De este modo, lejos de repartirse el trabajo necesario, se concentra en pocas manos. La conjunción de desempleo y bajos salarios, en distintas combinaciones, como rasgo propio del sistema capitalista en la actualidad, no es privativo únicamente de los países periféricos, sino también se da –aunque en menor medida– en los países centrales²⁵.

Pero, estos no son los únicos efectos. La exclusión económica de una cantidad importante de personas, permite al capital ir más allá, restableciendo para un sector cada vez más significativo de los trabajadores activos, las condiciones sociales del siglo XIX: los trabajadores actuales son –en muchos lugares del planeta– cada vez más comparables a los obreros de antes de que las luchas reivindicativas impusieran los derechos sociales. Las empresas, independientemente que sean de tecnológica de punta u obsoletas o que adopten las nuevas formas de producción o no, se ven paulatinamente eximidas de cargas sociales, indemnizaciones por despido, readquiriendo el derecho a modificar a su arbitrio las vacaciones, etc. En el extremo de la lógica de la precarización laboral se sitúa la externalización o tercerización que abre la perspectiva de la abolición del propio salariado, dependiente y subordinado a la empresa. La contratación externa de la mano de obra requerida se configura como el remate perfecto de la flexibilización, al poner el costo de las fluctuaciones de la demanda sobre las espaldas de terceros (la empresa pequeña y mediana, y en definitiva, en los mismos trabaja-

²³ Citados por Rifkin, 1996 en “El Fin del trabajo”.

²⁴ Citado por Antunes, 1999 en “¿Adiós al trabajo?”.

²⁵ Para cada trabajador y grupo de trabajadores la alternativa entre salarios remuneradores y empleo se ha presentado en esta época como una “ley económica absoluta: la conservación del puesto de trabajo requiere aceptar reducciones en los salarios reales; la insistencia en un salario remunerador pone en riesgo la capacidad de los empresarios para generar empleos; incluso en los países europeos muchas organizaciones sindicales han comenzado a aceptar la disminución de los salarios reales en aras de proteger las plantillas laborales (Flores Olea, 1999).

dores) convirtiendo a las condiciones del trabajo en algo “libremente” negociable entre la empresa y cada uno de sus prestatarios individuales, considerados como agentes –profesionales– absolutamente ajenos a la empresa.

En otras palabras, el trabajo aun necesario para la producción de la riqueza viene siendo sometido a embates por el proceso de globalización a efectos de adecuarlo a sus requerimientos, este proceso de adecuación es llamado “flexibilización”. La inestabilidad laboral y las precarias condiciones de vida del trabajador se retroalimentan condicionándolo a aceptar mayor variabilidad en sus funciones, ritmos más intensos y, en general, a ceder el efectivo control sobre su trabajo. La necesidad más intensa y variable de la fuerza de trabajo contratado es, adicionalmente, una de las bases innegables del deterioro de las condiciones generales que impone la flexibilización de los mercados laborales.

La disminución de la cantidad de trabajo necesario y su actual distribución sume en la exclusión económica a gran parte de los trabajadores, lo cual a su vez contribuye para confinar a la precariedad laboral a los trabajadores con empleo. En todas partes del mundo se escucha a los empresarios hablar de flexibilización y que no es otra cosa que un proceso de precarización del empleo, cuyas principales características son:

Primero. La variación del tiempo de contrato de trabajo. De la casi universalización de los contratos de trabajo por término indefinido se va derivando hacia los contratos temporales, de medio tiempo, pasantías, contratos basura, a prueba, etc. De este modo la estabilidad en el empleo pasa a ser la excepción y no la regla aun en aquellos lugares donde está garantizado por norma constitucional (por ejemplo la introducción de los contratos para empleados de los Ministerios y del Poder Judicial, en donde aunque se disfracen de otras prestaciones los contratados realizan las mismas tareas que aquellos que son efectivos). Además se crean “subempleos pagados a la mitad del salario mínimo y presentados como contratos de inserción, de cualificación o demás epítetos falaces cuando en realidad debieran bautizarse contratos de preexclusión...” (Labarde y Maris, 1999).

Flexibilización significa fundamentalmente un combate sistemático contra la estabilidad en el empleo, pugnando entre otras cosas lograr una creciente libertad en materia de despidos, a través de la eliminación de las trabas legales –derechos del trabajador– y la reducción de los montos de indemnización.

“El tipo de empleo dominante –dice Collier(1997)– pasa de ser estable a temporal. En la medida en que la demanda varía, la producción también lo hace, y también los requerimientos de la fuerza de trabajo. De ahí que en la fase de la flexibilidad aparezcan figuras laborales y funciones nuevas”. La flexibilidad tiene como inevitable complemento la precariedad, que ayuda al trabajador a “comprender” cuán flexible tiene que llegar a ser para ser merecedor del privilegio de tener trabajo.

Segundo. Parcelación de la negociación colectiva. La idea de las fuerzas globalizantes es reemplazar los grandes convenios colectivos que fijaban las reglas para un sector profesional por convenios por empresas con la debilidad consabida de la representación obrera. Y de ahí hasta el contrato de condiciones y negociación meramente individual. Movimiento que camina muchas veces de la mano con el debilitamiento de la representatividad real de los sindicatos y, por ende, la pérdida de su poder.

Tercero. Tendencia a la individualización de la relación laboral. Modificaciones del tiempo de trabajo, remuneraciones distintas por persona, etc., que sitúan en el centro no a las regulaciones generales sino una relación directa y asimétrica entre empleador y empleado. La obtención por vía legal de facilidad de libre contrato con cuestiones tales como la aplicación de las jornadas laborales o por trabajar a destajo o por obra determinada...

Cuarto. La tercerización. Esta se da cuando la empresa prescinde de gran parte de personal contratando otras empresas menores –generalmente de servicios– para que efectúen los trabajos que antes realizaba personal estable y con todos los atributos del trabajador de la empresa. Ejemplo de esta tercerización es la limpieza en los organismos públicos y privados. Otro ejemplo es el caso de los repositorios externos en los grandes supermercados, generalmente contratados por empresas de promoción que los tienen en negro y con sueldos inferiores a los del convenio (siendo que el salario a nivel del convenio de los empleados de comercio que ya es de por sí uno de los más bajos).

El resultado es la transferencia de puestos de trabajo, desde las empresas transnacionales a empresas subcontratistas más pequeñas, en ocasiones subsidiarias de las primeras; lo cual permite ahorrar costos entre otras cuestiones en la reducción de los salarios nominales y una contratación más flexible y no pocas veces en negro, es decir sin cumplir con todos los requisitos legales.

Jeremy Rifkin nos propone un ejemplo claro y concreto de como funciona esta tercerización: “las empresas crean un nuevo sistema de empleo de dos niveles. Uno de ellos correspondería a una estructura de personal de “núcleo” con empleados permanentes a tiempo completo, apoyados por grupos periféricos de trabajadores eventuales o a tiempo parcial. En la planta de distribución de Nike en Memphis, hay 120 empleados permanentes, que ganan más de 13 dólares a la hora entre salarios y subsidio, y trabajan con un grupo de empleados eventuales cuyo número oscila entre 60 y 255: Los proporciona Norrell Services, una de las agencias de trabajo temporal más importantes del país. La agencia recibe 8,50 dólares por hora por cada trabajador, dos de los cuales se quedan en Norrell Services, mientras que el resto es para el trabajador, que recibe, exactamente, el 50% de lo que recibe uno de los fijos de Nike. Esta diferencia salarial existe a pesar de que los empleados permanentes realizan el mismo tipo de trabajo que los eventuales” (Rifkin, 1996).

Este efecto de tercerización y expulsión de trabajadores se demuestra de modo lapidario si estudiamos las cifras de los GET. “Mientras que las 500 grandes multinacionales septuplican sus ventas, su nivel de empleo mundial, que oscila alrededor de 26 millones de personas, apenas ha cambiado desde los años setenta” (Hertz, 2002). Este dato se relaciona claramente con el proceso de tercerización que hacen los GET, pero sin duda esta cuestión no alcanza para explicar la realidad de una forma de producción y comercio que deja cada vez más afuera a millones de trabajadores sin perder nada de sus ganancias, por el contrario aumentándolas. A esto debiéramos agregarle lo afirmado sobre el desarrollo tecnológico en función de reemplazo de la mano de obra humana, etc.

El resultado del proceso de flexibilización es contundente: para una misma masa de capital se requieren muchos menos obreros que apenas unos años antes; por ejemplo, en los veinticinco monopolios transnacionales que dominan la esfera de las comunicaciones, por cada millón de dólares invertidos, sólo se generan ocho empleos (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

FLEXIBILIZACIÓN Y BENEFICIOS SUCULENTOS PARA EL CAPITAL.

No hay más que leer las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial para los países endeudados, para ver como esta flexibilización constituye una piedra

fundamental de la predica de los agentes de la globalización. La implementación de estas recetas de cuño neoliberal son condición de nuevos financiamientos en todo el mundo. Sin aplicación a rajatabla del programa globalizador, precarización laboral incluida, no hay “confianza de los acreedores externos” y no se generan “buenas señales” para los “mercados”. Este sigue siendo el discurso de los organismos multilaterales de crédito, aun hoy, después de sus fracasos y sus responsabilidades directas en las crisis acaecidas en muchos países periféricos.

Quizás la práctica más extendida en el plano laboral por los países dependientes en la globalización es un verdadero “*dumping social*”. Una práctica política nefasta que se justifica en el argumento de la necesidad de sostener el flujo de capitales externos. Allí donde más se dismantelan los derechos laborales y donde más se aumenta el desempleo reduciendo el gasto público, y, a la vez, se impide que los afectados se vayan a ofrecer sus servicios de trabajo a otro país, se supone que se genera un polo de atracción de inversiones extranjeras directas intensivas en mano de obra. Estas inversiones directas producen un ingreso de capitales inicial, pero en el largo plazo generan un flujo de egreso de divisas por exportaciones basadas en la mano de obra barata y en el egreso de capitales de los que nadie suele hablar.

Es en función de estos requerimientos del capital, preponderantemente planteado como requisitos de la inversión directa extranjera, que en muchos países la flexibilización se ha desarrollado tanto de hecho como de derecho. Es decir, sobre la base de la modificación de los marcos legislativos —leyes, convenios colectivos, etc.— como también de las prácticas cada vez más frecuentes que violan esas legislaciones, siendo muchas veces acatadas —y lo que es peor hasta a veces consensuadas— por trabajadores temerosos de perder su empleo. Y todo este retroceso se dio ante los ojos complacientes del inerte y cómplice de un Estado reconstruido en función de los intereses transnacionales. Un Estado que defiende a Goliat de David, es decir, que funciona como el garante no de la prosperidad de sus ciudadanos sino de los intereses empresariales transnacionales.

Las experiencias de gobierno neoliberales, tanto en los países centrales como en el resto del mundo debieran ser suficientes para entender que la descualificación del trabajo y el descenso de los salarios no son la solución al problema de la desocupación estructural... Transformar las condiciones del trabajo y la remuneración del mismo de mala en peor y de peor en menos que peor, dirige a los trabajadores hacia una exclusión creciente y no hacia la inserción laboral. El verso liberal del “costo laboral” (llamado por estas playas el “costo argentino”), la cantinela de lo pesado que son las “cargas sociales” que impiden los nuevos puestos, son evidentemente mitos fundantes de una política económico-social genocida. Durante la década del 90, en Argentina, estas cargas fueron rebajadas considerablemente y sin embargo se mantuvo constante la disminución de la cantidad de trabajo. Y una situación similar puede verificarse en todas partes de mundo. Siempre hay lugares en situaciones de mayor esclavitud para los trabajadores, perdón debiéramos decir, “de menor costo laboral”. No obstante podemos comprobar que en estos sitios el empleo no ha crecido significativamente. La amenaza constante del capital de retirarse a sitios más “convenientes”, la llamada deslocalización, no es más que un elemento de presión en manos de los GET. Mas, es evidente que el costo del trabajo no es la única variable que mide el capital a hora de decidir en donde colocarse, ni siquiera es la principal²⁶.

²⁶ “Recordemos de una vez por todas que cuando el obrero industrial en Francia cuesta 100, todo incluido, cuesta 160 en Alemania, que cuando el asalariado medio cuesta

Debemos reconocer que existe también todo un mito acerca del carácter superexplotador de las condiciones de empleo de los GET. Sin duda que las corporaciones transnacionales aprovechan sin muchos escrúpulos todas las ventajas legales e ilegales que les otorgan los Estados dependientes para maximizar sus ganancias, y dentro de estas ventajas, si les permiten hacerlo, explotan la mano de obra al máximo para sacarle el jugo. Hay zonas francas en donde los salarios mínimos no corren y está prohibida la sindicalización de los trabajadores, también hay países que hacen la vista gorda al trabajo de niños, etc. y las transnacionales se aprovechan de todo esto en su propio beneficio. Pero es un error creer que las condiciones de explotación inhumana son un componente necesario de la práctica de los GET. Muchos de ellos, no menos dañinos por las consecuencias sociales, políticas, económicas y ambientales que producen, son verdaderos modelos de empleadores, que en ocasiones pueden incluso presentar notables ventajas frente a empleadores locales. Incluso hay que dar cuenta de la tendencia de todo capital local a comportarse en cuanto al empleo de la misma forma que lo hacen los GET. Muchas veces, los propios grupos económicos transnacionales atienden seriamente a su imagen corporativa y hacen hincapié en la necesidad de la identificación del trabajador con la empresa, otorgando para tal fin beneficios complementarios que suelen ser superiores a las condiciones de empleo regular del país donde están instalados. Eso, obviamente, no minimiza su impacto sobre las economías dependientes, su estructuración de la relación de trabajo y su carácter de agentes globalizantes y creadores de exclusión económica, por el contrario, muchas veces juega un rol importante en mecanismos culturales de exclusión cultural y de ficción de inclusión de segmentos de los trabajadores.

No es una exageración afirmar que “el proceso de reestructuración, como proceso de reconstitución de las condiciones de valorización del capital, atenta integralmente de manera agresiva y aun brutal contra la clase trabajadora. Esto porque tiende a deteriorar las condiciones directas de trabajo y a incrementar el desgaste de la fuerza laboral, además de que disminuye el volumen del empleo, desestabiliza los empleos existentes y precariza las condiciones de acceso a los nuevos puestos de trabajo; finalmente, también disminuye el salario real y deteriora las condiciones de reproducción de la fuerza laboral” (Flores Olea, 1999). Incluso es posible agregar que los bajos niveles salariales y su progresiva vinculación con los rendimientos laborales individuales, la disminución de las prestaciones y de todo tipo de salario indirecto, han sido impuestos no sólo en contra de los intereses de los propios trabajadores, sino incluso de algunos segmentos empresariales más vinculados a los mercados internos. Así, se fue destruyendo gran parte de las industrias nacionales de la periferia.

LA TRANSFORMACIÓN DEL TRABAJO-EMPLEO Y EL SALARIO.

Rescapitulando: la reformulación del empleo llamada flexibilización viene acompañada de la intención de arrasar con las conquistas sociales que la clase obrera fue imponiendo en un par de siglos de luchas. La táctica predilecta del capital es indi-

100 en Francia, cuesta 122 en Alemania, que el asalariado inglés, que cuesta 60, no está más empleado en Inglaterra que su homólogo francés. Inglaterra crea menos empleos que Francia, menos que Alemania, menos que Europa; la demografía inglesa explica el escaso paro inglés, y también el cambio de denominación: el que se llamaba parado en el país que invento el Estado providencia se llama ahora “pobre” (Labarde y Maris, 1999).

vidualizar al trabajador hasta aislarlo de cualquier tipo de resolución colectiva. Y todo esto, muchas veces es acompañado de un discurso progresista de valoración de las “diferencias” y la “libertad individual”. Un discurso que carga contra la propensión burocrática de las instancias sindicales, la corrupción de las esferas estatales, etc. En la mira del capital está la negociación individual, disfrazada por cierto de su equiparación a la práctica de los grandes gerentes, que pactan con la empresa su contrato de trabajo –por supuesto que desde otras condiciones de fuerza–. Poco a poco, la relación laboral en el marco de la cual se insertaban derechos sociales es reemplazada por una relación comercial, donde rigen las reglas de mercado. De este modo se instala la competencia entre los trabajadores (y entre aquellos que tienen empleo y los que no lo tienen) en el lugar donde antes estaba la solidaridad de clase.

Los asalariados devienen cada vez más en contratados por tarea, prestatarios independientes, y esto socava el concepto mismo del trabajo en la sociedad actual. “A los prestatarios de trabajo ya no se los trata más como a miembros de una colectividad o de una profesión definidos por su estatuto público, sino como a proveedores particulares de prestaciones particulares bajo condiciones particulares. Ya no ofrecen más trabajo abstracto, trabajo en general, separable de su persona que los califica como individuos sociales en general, útiles de manera general” (Gorz, 1998). Como consecuencia, el trabajador va perdiendo su carácter de sujeto. Sus relaciones ya no son más regidas por el derecho laboral –paulatinamente en vías de extinción²⁷– que reconocía al trabajador como sujeto en la sociedad, es decir su pertenencia al conjunto social tenía preeminencia a su pertenencia a la empresa.

Con una mirada histórica podemos apreciar que el salario identificado con el trabajo obrero va sufriendo distinto tipo de mutaciones. En un primer momento se da el precio de la mercancía trabajo que alcanzaba para cubrir la subsistencia que recibían los originales proletarios, (mientras eran desposeídos de lo que producían a cambio de ese salario). Luego, aparecen salarios para labores de control, diseño y dirección, así como las actividades terciarias que se multiplican fuera y dentro del sector industrial, el salario se transforma doblemente. Por un lado, mediante un proceso de generalización (se fue extendiendo cada vez más a todos los sectores de la sociedad, y abraza desde los llamados planes sociales –de ínfimo monto para dar “respuesta inmediata” al desempleo– hasta los cuantiosos salarios de los gerentes de las corporaciones transnacionales). Por otro a través de un proceso de diferenciación (para la cual podemos recurrir al mismo ejemplo) que se acrecienta la brecha entre los distintos tipos de salario, cosa que se manifiesta sustancialmente a partir de los setenta. Esto produce el surgimiento de lo que algunos autores denominan “asalariado burgués” (Boltanski, 1982), o sea una categoría de cuadros técnicos y gerenciales, que si bien reciben salarios, estos no se rigen por la misma lógica de los salarios obreros, es decir, no están destinados a la reproducción de la fuerza de trabajo, ni tan siquiera a sustentar su consumo, y que de alguna forma constituyen, quizás más aún que la misma burguesía entendida en términos clásicos, la vanguardia de la sociedad capitalista actual. A estos CEO o cuadros de dirección empresarial, que hacen punta en el proceso de globalización, están asociadas las posiciones de prestigio y éxito social. Ya nos hemos referido a ellos al tratar la concentración del capital. Son parte fundamental de los verdaderos incluidos, es decir, los que no tienen ninguna posibilidad de quedar excluidos, pues de ellos depende la continuidad de esta sociedad.

²⁷ El mejor ejemplo de esto es en nuestro país el vaciamiento de los tribunales laborales, cuya cantidad de causas disminuyó diez veces durante los años del neoliberalismo.

Pero, la principal transformación es la que se produce en la base del empleo, que más temprano que tarde ha de modificar a la sociedad en su conjunto. Empieza a desaparecer el carácter compensador que el salariado cumplía en relación con los vínculos de explotación de la sociedad industrial tradicional. El trabajo deja de ser un intercambio, como viene siendo, para transformarse en un servicio que como su propio nombre lo indica es servir, una prestación que es debida a otro que ya no será el Señor Feudal, sino la Empresa Transnacional. Es por eso que los ideólogos del sistema no hacen más que elogiar las posibilidades y las riquezas del empleo independiente, una especie de empresario individual, sin vínculo alguno con lo que representa como un lastre del pasado: sus relaciones de solidaridad social, sean estas institucionalizadas (como los sindicatos) o no (como las solidaridades sociales, políticas, etc.).

Sintetizando podemos afirmar que con métodos sustancialmente distintos del disciplinamiento estrictamente militar del capitalismo en su etapa fordiana o capitalista industrial, los GET producen un sistema de dominación aun más totalitario. El terror ejercido por medio de la inestabilidad laboral, la precarización y flexibilidad del empleo, y la inseguridad que provoca estar fuera de sus dominios, el capital produce y reproduce las condiciones ideológicas y culturales de su dominio. Incluso al nuevo “modelo” entre los trabajadores, que algunos se empeñan en llamar “trabajadores de conocimiento”, se les exige ser autónomo y totalmente comprometido con su trabajo y con su empresa, en realidad, cada vez más un esclavo moderno. “Sean sujetos, pero al servicio del Amo cuyos derechos sobre ustedes nunca objetarán”. Esta categoría de empleados–esclavos con margen para la creatividad funcionan como los creativos publicitarios, que restringen su marco de libertad y creatividad a lo beneficioso para la Empresa. Su función es crear aquello que a la empresa le resulta útil que creen.

Los nuevos trabajadores que las grandes empresas quieren generar son una especie de *elite*, no por su capacidades, sino por su lealtad a la empresa, porque han sido seleccionados entre muchos con las mismas condiciones con el fin de encarnar una nueva ética del empleo, por medio de la cual el trabajo es un don que da la empresa (“el privilegio de pertenecer”, como rezaba el slogan comercial de la tarjeta de crédito Diners). La lealtad con la empresa, a la que se debe el derecho de “pertenencia” corre riesgo si la necesidad cada vez menor del trabajo para la producción se transforma, como sería deseable que ocurriera, en una reducción del tiempo de trabajo para todos. Las transnacionales, en contraposición, prefieren concentrar el trabajo reducido en un núcleo menor, y más devoto, de empleados, al que se le va inyectando el sentimiento de ser una elite privilegiada, que se distingue de los “perdedores”, los desocupados, los que se quedan afuera. Ante la interrogación de porqué no se distribuye el trabajo necesario actualmente para la producción entre personas que no trabajen más que 20 horas semanales, los GET y los economistas a su servicio, esgrimen el argumento que si así ocurriese los trabajadores no serían funcionales, no tendrían hacia el trabajo una actitud “correcta”, que consiste en considerarse poseedores de conocimiento, valorizándose en tanto pequeños empresarios su capital–saber y en cuanto poseedores del empleo que se merecen.

Se ve claro que la intención es romper todo tipo de lealtades de tipo social. En principio enturbando el antagonismo entre el capital y el trabajo y trasladando la confrontación a la disputa por el puesto de trabajo, es decir, de los trabajadores contra otros trabajadores precarios (contratados, temporarios, inmigrantes, etc.) y fundamentalmente con los que no tienen empleo. Así el desempleo es con-

sustancial al sistema, por su carácter disciplinador tal cual lo hacia cuando era tan sólo el “ejército industrial de reserva”, pero al mismo tiempo y por ser masivo deteriora la posesión de un sentido social de la existencia a quien lo padece (el que es excluido absoluto en lo económico), cumpliendo un rol cualitativamente diferente al que Marx le había asignado a aquel ejército de reserva²⁸.

El engranaje del sistema se ve de este modo aceitado como un mecanismo de relojería “la utilidad social de esta *elite* [de trabajadores de los GET] no puede, por eso, ser apreciada desde la perspectiva de valor de uso de su producción o del servicio ofrecido a los usuarios. Sus miembros no pueden ya creerse socialmente útiles de manera general, pues producen riqueza y desempleo en un sólo y mismo acto. Cuando más crecen su productividad y su ardor en el trabajo, más crece también el desempleo, la pobreza, la desigualdad, la marginalización social y la tasa de beneficio” (Gorz, 1998). Esta es la forma mediante la cual los empleados transnacionalizados producen y reproducen al propio sistema que los domina. Y en cuanto mayor es su identificación con la empresa, mayor es su carácter de agente de reproducción de la injusticia. Algunos autores han denunciado que la participación limitada e inducida de los trabajadores en la producción y en la resolución de problemas de la empresa los va convirtiendo cada vez más en cómplices de su propia explotación. La ficción de la libertad es la más perfecta de las esclavitudes.

En cierta forma es ésta la pauta del darwinismo social planteada por los oráculos de los economistas neoliberales: sólo sobrevivirán los más aptos, los capaces para la adaptación. Estos son los que alcancen a formarse en lo que requiere el mercado, los dispuestos a la sumisión absoluta respecto de los nuevos Amos del Universo: los Grupos Económicos Transnacionales. La renovación tecnológica que trae aparejada la necesidad de preparación por parte de los trabajadores genera más desocupación, sobre todo en los sectores más pobres. Es decir, la introducción de nuevas máquinas contribuye definitivamente a empeorar el mercado de trabajo, tanto numérica como cualitativamente, miles, millones de trabajadores se quedan afuera, al ritmo de una capacitación laboral que se hace más costosa, deteriorando las posibilidades de los de menores recursos. Este proceso agudiza la fragmentación y polarización de los ingresos según los distintos niveles de calificación y competencia.

En este punto es donde vuelven a aflorar las diferencias sociales pues la reducción a estrategias laborales individualizadas beneficia a aquellos que poseen la formación más diversificada, las mejores competencias sociales, y por sobre todo las mejores relaciones sociales (entre ellas las familiares). Los aprendizajes técnicos que son vendidos como la panacea para la obtención de nuevos trabajos son

²⁸ El rol asignado al “ejército de reserva” funcionaba tanto bajando los salarios tanto como terreno virgen donde desarrollar la reproducción ampliada del capital, es decir, la contratación de nueva mano de obra adicional correspondiente a la adquisición de nuevos medios de producción suplementarios. En cuanto a las causas de la formación de este “ejército de reserva” el marxismo clásico argumenta: “En virtud de la creciente productividad del tabjo, el trabajo vivo tiene cada día mayor captidad para producir cantidades de mercancías cada vez más grandes en tiempo cada vez más reducido. Fatalmente, por tanto, las inversiones de los capitalistas en salarios disminuyen con relación a sus inversiones en medios de producción: c (capital) aumenta con mayor rapidez que v (valor); v disminuye con relación a c. Esta modificación incedante –descubierta por Marx– de la composición cualitativa del capital, de su “estructura orgánica”, consituye la forma especifica de la acumulación del capital, esto es, de la reproducción ampliada sobre la base capitalista. E implica la formación y el crecimiento del “ejercito industrial de reserva”, de esea masa de trabajadores a los cuales el capital, cuya parte variable no cesa de sufrir una disminucion relativa, se ve incapaz de darles ocupación” (Laurat, 1969).

absolutamente secundarios respecto de cuestiones como el sistema relacional con que cuenta un individuo, y en este las diferencias sociales se magnifican.

Durante el auge del modelo neoliberal en Argentina las pocas nuevas posibilidades reales de empleo estable se daban casi todas en segmentos específicos vinculados a la alta tecnología, esto recibía el elogio de periodistas y escritores consustanciados con el sistema que se referían a la autoprofecía cumplida del desarrollo de los llamados “trabajadores de conocimiento”. Ya dijimos que, hablar de trabajadores de conocimiento, es un mecanismo tramposo que oculta tras de sí la discriminación social que verifica afuera del mercado laboral a aquellos que por cuestiones económicas no tienen acceso (y esto es la mayoría de la población) al sistema de instrucción formal. Pero también sirve para crear la ilusión que cierto tipo de estudio va a abrir mágicamente las puertas del empleo, en una versión renovada de la quimera liberal de la superación individual como fuente de la riqueza. La desocupación aumenta en proporciones contundentes en los trabajos de “baja cualificación”, es decir, para los que ya antes eran pobres (aunque con la “suerte” de estar explotados).

La recalificación de la mano de obra sólo está en condiciones de brindar empleo a un sector pequeño de la población económicamente activa, pero muchas veces es presentada falazmente como la solución a los problemas de la desocupación estructural. Muchos autores revelan su confianza en el sistema a partir de afirmar que la educación y la capacitación pueden ser utilizadas como estrategias para mejorar la igualdad de oportunidades, pero en los hechos esto no sólo no tiene sustento, más bien opera como un nuevo factor de diferenciación social, en cuanto a los recursos a los que la persona tiene para el acceso a su formación (Garcia Delgado, 1999). Sin una transformación del modelo imperante, una reestructuración del modelo productivo, y una intervención activa del Estado en la economía (rol que le niegan los neoliberales) es imposible siquiera frenar el proceso creciente de desocupación que se verifica en los países sometidos a la lógica del sistema.

Podemos afirmar que respecto de la cuestión laboral la globalización, en tanto sistema de dominación, lleva inexorablemente a una gran masa de trabajadores a una exclusión, que se caracteriza por la existencia de desempleo estructural para los más pobres, pero también por la precarización y rotación permanente de un sector creciente de la mano de obra. Todo esto contribuye a debilitar los lazos sociales de las clases trabajadoras, deteriora sus mecanismos de defensa y facilita la perdida vía legislativa (por leyes o decretos si es necesario) de los derechos del trabajo. Como si fuera poco, viene acompañado de una transferencia sin precedentes de los recursos de los más pobres a los más ricos²⁹ mediante una notoria disminución de los salarios, sea desde la perspectiva de su depreciación económica o del aumento de la cantidad de horas trabajadas sin cambio de remuneración, etc. Un ejemplo es el aumento de la productividad industrial en Argentina, que, por ejemplo entre 1991 y 1997, fue del 65% y de ello no hay rastro alguno en el salario, que permaneció congelado todo el tiempo. La consecuencia de este deterioro, es que mientras que hasta mediados de la década del 70, el salario alcanzaba a cubrir la totalidad de una canasta mínima de subsistencia, en el 2003 sólo llegaba a la mitad. Y si se toma como referencia una canasta básica utilizada en los países

²⁹ “Es posible observar que el 40% más pobre de la población económicamente activa empleada experimentó reducciones en su ingresos reales entre 1973 y 1993 mientras que el 60% superior mejoró su situación en proporción directa con su nivel de ingresos. Esta tendencia que se acentuó a lo largo de los 90s significó, a la vez, el empobrecimiento de las clases bajas y una mayor desigualdad en la distribución de la riqueza” (Beinstein, 2000).

desarrollados, el salario argentino apenas alcanza al 36% hacia fines de la era menemista (FIDE, 1998)³⁰ y con salarios medidos equiparados en dólares.

Lo cierto es que esto no es consecuencia sólo de ciertos modelos económicos particulares. La economía global en su conjunto, merced a la hegemonía del capital especulativo, las nuevas formas de producción y la alta tecnología, va a perdurar en su tendencia a ir expulsando trabajadores, en función de los condicionamientos y exigencias del capitalismo especulativo, y los intereses de los GET. Y este es el destino inexorable de todos los países periféricos que sigan las recetas ortodoxas del FMI, el Banco Mundial y todos los otros agentes de la política globalizante.

La globalización muestra sus cartas tramposas: existe en el plano del trabajo siempre y cuando se refiera al traslado de una industria manufacturera hacia un país con costos laborales inferiores, es decir que se permite y favorece sólo la globalización de la demanda de trabajo (en beneficio de los GET) facilitándose la movilidad del capital. En cambio, no existe globalización válida ni permitida a la hora de considerar la movilidad de la oferta laboral. Ya que se agudizan severas restricciones legales a los movimientos de los trabajadores desde los países con bajos salarios y pésima asistencia social hacia aquellos otros en que aun funciona el Estado de Bienestar. La migración de trabajadores del Tercer y Cuarto Mundo hacia el primero se ha llegado a convertir en muchos de estos en un problema de Estado. Muros de ignominia, leyes xenófobas de inmigración, deportaciones masivas, control militar de ingresos fronterizos son sólo algunas de las muestras de la realidad actual de los países centrales y sus brazos abiertos al resto del mundo en la quimera de un mundo sin fronteras. En consecuencia, la globalización del mercado de trabajo no permite que los excesos de demanda (o de oferta) se ajusten como se supone que sostiene la teoría económica clásica. Esto es otra constatación empírica que el libre juego de la oferta y la demanda sólo funciona si sirve a los intereses de las clases poderosas.

En el discurso del sistema, el trabajo es “un bien escaso”, lo cual supuestamente alcanza a explicar la negación del acceso de las mayorías al derecho de percibir un ingreso base de su sustento. Se oculta tras este discurso una situación real: la falta de distribución de la riqueza para la producción de la cual el capital emplea un número cada vez menor de trabajadores. Dicho así está claro que la superación de esta situación no está en esperar que por arte de la magia (económica) se produzcan “derrames” de la copa saciada de los ricos, ni nuevas “necesidades” de mano de obra asalariada, sino en una más justa distribución de la riqueza y de la carga laboral necesaria, que sólo puede ser objeto de una conquista por parte de los sectores populares que hoy se ven postergados. Yendo aún más lejos, nos preguntamos si es posible el retorno a una sociedad caracterizada por la gran masa asalariada industrial y de empleo pleno y estable, en fábricas y oficinas. Para ser realistas y no voluntaristas es imprescindible preguntarse cómo ha de conformarse una justa distribución del ingreso, aunque no alcanza con eso. También se hace insoslayable cuestionarse sobre todo cómo ha de resignificarse la cuestión del trabajo, es decir la participación de la persona en la producción material y espiritual del futuro. Existe una doble dimensión de la lucha contra el extrañamiento bajo el capitalismo: aquella que se ocupa del cuestionamiento del propio modo de producción y extracción en la plusvalía y aquella que posibilita al individuo que trabaja, utilizar su horario de no-trabajo, su tiempo

libre, con el objetivo de llevar a cabo una experiencia más llena de sentido, no cosificado por la manipulación del capital.

Sin redefinición del trabajo todo intento de lucha está condicionado, pues se pueden hacer volver atrás los relojes, pero no el tiempo. Es evidente, sin embargo, que la emancipación del trabajo no debe confundirse con el tiempo libre o liberado, aunque sí con una nueva forma de trabajo, que realice al hombre como tal, que libere el desarrollo de las personalidades. La realización y emancipación que debe ser social. Por eso no estamos de acuerdo con Gorz o con Kurz cuando afirman que la liberación del ser social pasa por la abolición del trabajo, por el reino del no-trabajo, por la “sociedad del tiempo liberado”. Se trata más bien de reformular la cuestión del trabajo como intervención del hombre en la construcción de la sociedad y como sentido de futuro, a partir de relaciones sociales más justas.

³⁰ Citado por García Delgado, 1999.

GRUPOS ECONÓMICOS TRANSNACIONALES Y ESTADO NACIONAL COMO SUJETOS POLÍTICOS EN LOS TIEMPOS DE LA GLOBALIZACIÓN.

“En el cabaret de la globalización, el Estado realiza un striptease y al final de la función sólo le queda lo mínimo: el poder de la represión. Destruída su base material, anuladas su soberanía e independencia, borrada la clase política, el Estado Nacional se convierte en un mero servicio de seguridad de las megaempresas... Los nuevos amos del mundo no necesitan gobernar en forma directa. Los gobiernos nacionales están encargados de la tarea de administrar los asuntos en su nombre”.

El subcomandante Marcos¹

“Los monopolios transnacionales representan la síntesis más perfecta, la expansión más desarrollada del capitalismo monopolista en esta fase de sus crisis general. Por tanto, las empresas transnacionales son las portadoras internacionales de todas las leyes que rigen el mundo de producción capitalista en su fase imperialista actual, de todas sus contradicciones, y son el mecanismo más eficiente con que cuenta el imperialismo para el desarrollo e intensificación del proceso de supeditación del trabajo al capital, a escala mundial

Fidel Castro².

¹ 1997 en Le Monde Diplomatic, edición cono sur.

² Fidel Castro en “La metamorfosis del capitalismo monopolista en América libre Nº 12, 1998” citado por Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000.

UNA BREVE RELACIÓN ACERCA DE LA HISTORIA DE LOS SUJETOS POLÍTICOS.

No siempre los actores sociales y políticos fueron los mismos a lo largo de la historia. Sin embargo podemos afirmar que desde que el hombre es hombre, es decir desde que desarrolla su vida en comunidad, con otros, existe un nivel de identidad al que podemos llamar primariamente Nación³ para referirnos de algún modo a esa identidad comunitaria.

Si entendemos, en principio, la Nación como la identidad colectiva comunitaria con un presente, un pasado y un porvenir común, podemos comprender como Naciones a sistemas culturales, religiosos, jurídicos, políticos, etc. en torno a los cuales desde tiempos remotos se organizaron los hombres. Está claro que el Estado-Nación no es la única estructura político-institucional, de carácter comunitario, que se dio en la historia. Las polis o Ciudades Estado (por ejemplo: Atenas, Esparta, Tebas, en la Grecia Clásica), los Imperios (Romano en Europa, Chino en Asia, Azteca en América), el Feudo (en particular en Europa pero también en otros sitios como Japón), son ejemplos de las estructuras que precedieron al Estado Nación.

Para entender la relación de la Nación con el Estado es preciso, aproximarnos primero –aunque sea someramente– al concepto de Estado y luego conjugar la relación histórica entre ambos.

Vamos a recurrir a algunas definiciones clásicas. Según Max Weber (1964⁴), el Estado es “aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima”. No es casualidad que este socialdemócrata alemán incluya la cohesión y la represión como dato fundamental del Estado.

Otro alemán, Georg Jellinek, sostiene que “la nota esencial de un Estado es la existencia de un poder del mismo. Este poder no puede derivarse de otro ninguno, sino que tiene que proceder de sí mismo y según su propio derecho. El contenido de este poder de dominación es completamente indiferente para su existencia. Allí donde haya una comunidad con un poder originario y medios coercitivos para dominar sobre sus miembros y su territorio, conforme a un orden que le es propio, allí existe un Estado” (Jellinek, 1973).

La gestación del concepto de Estado fue paralela a la idea de soberanía. Capa sobre capa se fue sedimentando un concepto fundamental de las necesidades político-organizativas del sistema económico del capitalismo naciente y el reordenamiento de los poderes nacionales en la Europa desde el final del medioevo. Así, por ejemplo, la concepción utilitaria en Hobbes (el Estado como institución en la que se concilian los egoísmos particulares), se vio consolidada en Locke, para quien la función del Estado era garantizar la propiedad privada de los individuos (Hopenhayn, 2001).

La idea de soberanía del Estado Nación se fue abriendo paso sobre la interferencia de otros poderes de la Edad Media europea como los Señores Feudales, el Imperio y la propia Iglesia. Se consolidó en la cabeza de los monarcas absolutos (más allá de las leyes según su raíz etimológica) y finalmente, a partir de la Revolución Francesa, se cristalizó en el poder de la emergente burguesía y su sis-

³ Algunos autores como el argentino Eduardo Astesano (1979) sugieren que la Nación como tal tiene existencia a partir de los grandes imperios hidráulicos.

⁴ Esta definición pertenece a su clásico libro “Economía y Sociedad”, cuya primera edición es de 1922, editado después de la muerte del pensador alemán y que resume, de algún modo, toda la llamada sociología comprensiva.

tema representativo para crear las leyes. Pues, en última instancia, quien tiene la facultad de hacer y deshacer la ley es el soberano. La soberanía estatal, de manera tradicional, ha estado asociada a la idea de un poder político supremo, exclusivo y excluyente de otros poderes, respecto de su capacidad de ordenar, a través de leyes –sean estas escritas o no–, la convivencia social en un determinado territorio, así como de ordenar sus propias actividades.

Conforme el planteo clásico que sigue el profesor Tulio Ortiz (1996) el Estado está compuesto por tres elementos: el territorio, la población y el poder⁵. El territorio no debe entenderse como el suelo, es decir, los límites y fronteras de la aplicación del poder, sino también y lo más abarcativamente el espacio geográfico que el Estado ocupa, y donde ejerce su soberanía. Este espacio abarca todos condicionantes físicos: fronteras, clima, relieve, fertilidad, tipo de producción, etc. Todos estos y otros factores tienen un importante grado de influencia en la constitución misma de un Estado. Esta concepción no sólo estática del territorio, sino más bien dinámica es el objeto de estudio de la geopolítica. Esta disciplina no goza de prestigio, pues suele asociársela con su desarrollo vinculado a algunos ideólogos de los nazis como Klaus Haushoffer, creador de la teoría del *Lebensraum* o “espacio vital”, una de las justificaciones de la expansión alemana con Hitler en el poder. Pero lo cierto es los estudios geopolíticos vienen de antes y se prolongaron después con otros autores incluso ideológicamente en las antípodas, y son fundamentales para comprender la relación entre Estado y territorio⁶.

La población es cuestión fundamental y obvia en la constitución de un Estado. En torno a este elemento sólo existen disquisiciones acerca del alcance de la palabra, si abarca tan sólo a los ciudadanos, o también a todos los habitantes del territorio, etc. Algunos autores profundizando la influencia que tiene la población sobre la constitución misma del Estado, habla de distintos acepciones de la palabra Pueblo. El constitucionalista Bidart Campos⁷ se refiere a cuatro acepciones. La primera como conjunto de habitantes. La segunda como el conjunto de los ciudadanos con derechos políticos. La tercera; el Pueblo como los más pobres (a la que critica por carecer de precisión, pero resalta su frecuente utilización en la práctica política). Y cuarta y última, el Pueblo como Nación, es decir, si entendemos a esta como pasado presente y futuro, el Pueblo constituiría el presente de la misma.

El poder como elemento del Estado es absolutamente insoslayable. Después de todo y como dice Karl Deutsch: “un Estado es una maquinaria organizada para la elaboración y ejecución de decisiones políticas y para la imposición de las leyes y reglas de un gobierno. Sus apéndices materiales no sólo lo incluyen a los funcionarios y los edificios de oficinas, sino también a soldados, cárceles y policías” (Deutsch, 1993).

Hay que considerar a la cuestión del poder no solamente como la relación de mando y obediencia lineal entre agentes del Estado y los ciudadanos. Incluso tampoco la dimensión de poder del Estado puede ser restringida a las relaciones de acceso al gobierno, sino también hay que atender a las mediaciones que convierten al Estado en una sociedad política y regulan el poder entre ésta y la sociedad civil (y a la inversa).

Pero como dice Jorge Graciarena, al Estado (como totalidad, unidad) hay que analizarlo con su historicidad (características del presente y problemas que acarrea del

pasado). La razón es que sólo a partir del conocimiento de sus orígenes y proceso de formación, se lo puede comprender como órgano supremo del poder nacional (Graciarena, 1984). En este sentido el comprometido artista plástico Ricardo Carpani (1986)⁸ establece una serie de causas del surgimiento de los Estados Nacionales (con ojos puestos en el proceso de surgimiento de los Estados Europeos). Primero: la necesidad de expansión y consolidación de un mercado unificado, centralizado, sin las barreras propias de la sociedad feudal que funcionaban como un límite al creciente intercambio. Segundo: la necesidad de concentración de la mano de obra. Tercero: la necesidad de un marco jurídico y político del intercambio económico.

Si bien aquel es el origen –europeo, por cierto– del Estado Nacional, este no habría de significar lo mismo en su desarrollo en los países periféricos al sistema configurado a partir de la expansión mundial europea. El tema de la contraposición del origen y el rol de los Estados nacionales en el centro y en la periferia habremos de desarrollarlo con mayor detenimiento en el capítulo XIII.

Lo cierto es que aparece en Europa en la línea del desarrollo de sus comunidades nacionales la idea de Patria–patrimonio común a todos⁹, superando el sentido de pertenencia a los estamentos y gremios feudales y al vínculo con los “Señores”, incluso de la pertenencia a un monarca. El conjunto de la población se siente mancomunada económica y espiritualmente. Este sentimiento se extiende generalmente sobre una zona de cierta homogeneidad cultural (aunque generalmente no van a tener el mismo idioma, pues este fue –en la mayoría de los casos– una imposición generalizada para fortalecer los lazos del Estado Nacional¹⁰) para finalmente darse una estructura jurídico–política: el Estado Nacional. El profesor mexicano Flores Olea afirma: “En realidad, el mayor impulso a la unificación del poder político bajo el monarca y la constitución de los Estados nacionales fue proporcionado por la economía y por sus incontenibles, arrolladoras tendencias, a la vez integradoras y expansivas. La extensión de los intercambios y la consolidación de los mercados nacionales fortalecen al Estado y éste, a su vez, impulsa el desarrollo económico¹¹” (Flores Olea, 1999).

Es insoslayable, en esta línea, remarcar en el Estado su carácter de “ordenador racional” a través de métodos coercitivos o bien de consenso/convencimien-

⁸ En su libro “Nacionalismo burgués, nacionalismo revolucionario” La edición original fue destruida durante el gobierno del presidente Lanusse y la obra se publicó posteriormente en España en 1976. En la edición de Contrapunto en 1986 se añaden apéndices de 1974 y 1985.

⁹ “El absolutismo, al unificar territorialmente al Estado, al centralizar la economía, al mejorar los caminos y resguardar su defensa, al unificar el derecho, etc., fue preparando el terreno para que los súbditos nacidos en lugares cercanos comenzaran a conocerse y reconocerse como pertenecientes a una unidad mayor que les era común (Ortiz, 1996).

¹⁰ Tanto es así que Samir Amin llega a afirmar que “la dimensión lingüística adquiere en los Estados–Naciones europeos una fuerza excepcional que tal vez constituyera incluso la esencia del hecho nacional en tanto que hecho social nuevo” pues el propio Estado fue “un producto moldeado en gran medida a sangre y fuego –y por el mercado–, asimilando o forzando, destruyendo idiomas y dialectos (...) El idioma nacional constituye en cierto modo su superestructura activa que actúa con eficacia para su reproducción. La lengua como medio unificador es un fenómeno propio de los tiempos modernos”.

¹¹ “El surgimiento de las naciones europeas fue correlativo al despliegue del capitalismo. La producción capitalista en expansión necesitaba una base administrativa de promoción y protección, una base jurídica que garantizara los derechos de propiedad y una política exterior para extender sus mercados. Esto no lo podía hacer dentro de una estructura feudal. El capitalismo no hubiera sido posible sin revolucionar la estructura social, política y cultural y sin la creación de los Estados nacionales modernos” (Regnasco, 2000).

to. Tal fue su función durante el transcurso de la modernidad. “El Estado era precisamente una agencia que reclamaba el derecho legítimo —poseía los recursos para ello— de formular e imponer la reglas y normas a las que estaba sujeta la administración de los asuntos en un territorio dado; reglas y normas que —se esperaba— transformaría la contingencia en determinación, la ambivalencia en *Eindutigkeit*, el azar en regularidad; en fin, el bosque primigenio en un jardín cuidadosamente planificado, el caos en orden (...) La soberanía legislativa y ejecutiva del Estado moderno descansaba necesariamente sobre el trípode de las soberanías militar, economía y cultural; dicho de otra manera, sobre el dominio estatal de recursos antes desplegados por los focos difusos del poder social, pero ahora requeridos para sustentar la institución y el mantenimiento del orden administrado por aquél. La capacidad efectiva de crear el orden era inconcebible si no se apoyaba en la aptitud para defender eficazmente el territorio contra los embates de otros modelos de orden, interiores o exteriores al reino, para equilibrar las cuentas de la *Nationalökonomie*; para reunir recursos culturales suficientes a fin de sostener la identidad y particularidad del Estado a través de la identidad de sus súbditos” (Bauman, 2000).

Hablamos del Estado como la tarea de establecer un orden social (a través del ejercicio del poder en un territorio y sobre una población). Esta tarea requiere ejercer, seleccionar, trasladar y condensar el poder social, lo cual a su vez exige recursos tales que sólo el Estado (monopolio al que se refería Webber), con la forma de un aparato burocrático jerárquico, puede reunir, concentrar y desplegar. Ese poder Estatal fundante, es ejercido, en el devenir de la historia europea de los Estados Nación, fundamentalmente por la aparición de una pujante clase social: la burguesía.

Fuerzas contradictorias, en movimientos divergentes y concurrentes, fueron dando forma en un proceso simultáneo a los Estados Nacionales europeos. Ingresantes como la tradición germana que reservaba la estructura jerárquica real sólo para los tiempos de guerra, el individualismo gestado en los países anglosajones, las tradiciones comunitaristas cruzadas por la Iglesia, los aspectos progresistas y retrógrados de la Reforma. Todos estos aspectos culturales se mezclaron con las necesidades de estructuración de un ámbito económico y social. En un proceso largo desde 1500 hasta 1900 las unidades políticas más o menos autónomas se fueron concentrando sobre territorio europeo. De unas quinientas aproximadamente pasaron a ser menos de una treintena.

Una importante vuelta de tuerca en la conformación de los Estados Nacionales hay que encontrarla en las tendencias nacionalistas de la Revolución Francesa y su consecuencia, el despliegue napoleónico. Un gran debate se generó en toda Europa, por parte de la burguesía con creciente poder, en función la violencia, los caminos y las consecuencias de la revolución burguesa en Francia, y particularmente los riesgos de movilizar al conjunto del Pueblo en función de sus intereses de clase. Estos debates y transformaciones sociales, desde punto de vista del pensamiento, se tradujeron en los alemanes, por ejemplo, en las corrientes idealistas, que se plantearon seriamente la cuestión del Estado Nacional. Se trataba de una cuestión fundamental en una Alemania que todavía no había sido unificada y se debatía en complejas disputas sin poder articularse aún en la poderosa Nación que después fue¹². Su entrada tardía

¹² “A principios del siglo XIX todas las potencias que serían protagonistas del Segundo Orden Económico Mundial eran Estados Nacionales que ejercían el dominio efectivo de su espacio territorial, con una excepción: Alemania. Este país sólo alcanzaría la unidad el 28 de enero de 1871 con la proclamación del II Reich y la coronación del rey de Prusia como Kaiser del

en el concierto de los países centrales con su Estado Nación configurado, fue después causa de no pocas de las disputas interimperialistas.

De alguna manera, la visión del idealismo alemán fue “recogiendo el enfoque kantiano de la autonomía de la voluntad y de la convergencia de la autodeterminación del individuo con el buen funcionamiento del orden social. Se instaló así una concepción orgánica de la sociedad, opuesta a la visión liberal de la sociedad como suma de individuos. El orden social surge de un proceso histórico y es en ese contexto que el individuo se realiza a sí mismo. De este modo, el ejercicio de la autonomía de la voluntad se transfiere del individuo al Estado, que es el depositario de una moral propia, superior a la individual. El Estado es la fuente de la ley moral y, por lo tanto, no está sometido a cumplirla” (Ferrer, 2000).

Los mayores exponentes de esta versión del idealismo alemán tan preocupado por la cuestión del Estado Nacional, y a su vez tan influyente en el terreno filosófico en general, fueron Johann Gottlieb Fichte (1762–1814) Y George Friedrich Hegel (1770–1831). Fichte fue Rector de la Universidad de Berlín, y estaba fuertemente impresionado por el vigor y los éxitos del Estado francés bajo la conducción de Napoleón. En sus célebres “Discursos a la Nación Alemana”, pronunciados entre 1807 y 1808, exaltó la significación del Estado como instrumento esencial de la unidad de la Nación germana. El individuo encontraba su realización en el servicio de la Patria y de “la raza”, la educación estaba destinada a exaltar el patriotismo y a recuperar la autoconfianza del Pueblo. El Estado era el ámbito de realización de cada uno y, además, tenía el sagrado deber de proteger el mercado interno y la producción doméstica contra la competencia extranjera. Fichte proponía una economía autárquica y autosuficiente, cerrada al comercio internacional. “Hegel llevó el idealismo alemán a su máxima expresión. ... El Estado es el nivel civilizatorio más alto alcanzado hasta ahora y canaliza las energías de la sociedad en un escenario de guerras, inherentes a la condición humana y a las sociedades (...) Mientras la racionalidad anglosajona vincula la libertad [individual] con la razón, en Hegel la razón es expresada por el Estado, que es el ámbito de la realización de cada uno y de la sociedad” (Ferrer, 2000).

El idealismo alemán y su carga elitista resultó así el sustento ideológico del liderazgo prusiano en la construcción de la unidad de los Pueblos germanos en el Estado Alemán. En él se conjugaron el autoritarismo de los *junkers* y de los grandes intereses industriales y financieros germanos. Las ideas filosóficas y políticas de Hegel se completan en el terreno económico con la obra del economista Friedrich List. Este propuso un sistema económico proteccionista eficaz para responder a los desafíos de la disputa entre los países centrales. “Sobre estas ideas se edificó el extraordinario desarrollo de Alemania en las últimas décadas del siglo XIX, su participación en la lucha interimperialista del mundo hasta desembocar, finalmente, en la Primera Gran Guerra del siglo XX, la derrota y disolución del II Reich” (Ferrer, 2000).

Distinta fue la realidad de los países centrales que ya tenían consolidado su Estado Nacional. Consecuentemente ni en Francia, ni el Gran Bretaña, la preocupación central estaba como en los alemanes en pensar al Estado como instrumento de la unidad nacional. Aunque sí enfrentaron la problemática de identificar los criterios para la conducción y administración del Estado. En Francia, el positivismo fue la más importante contribución teórica en la materia y ganó el respaldo de los sectores sociales hegemónicos. Este positivismo tuvo gran influencia en las oligarquías gobernantes de todo Latinoamérica en la estructuración de sus

nuevo Imperio Germánico. A partir de entonces, Alemania se convirtió en un protagonista decisivo de los acontecimientos económicos y políticos internacionales” (Ferrer, 2000).

Estados Nacionales. Recordemos que la divisa “orden y progreso” fue levantada por varias elites de América Latina, entre ellas la argentina y la brasileña.

Más allá de sus contradicciones, de sus disputas entre sí y las relaciones de dependencia generadas sobre otros países, el Estado Nación fue, sobre todo a partir de la independencia norteamericana y la revolución francesa, el gran sujeto político de la historia. Ni las fuerzas sociales, ni las económicas, ni sus idolatrades ni sus detractores, pudieron soslayar durante siglos la presencia irrefutable del Estado en el centro de la escena de las relaciones de poder de la sociedad.

El apogeo del desarrollo del Estado Nacional, fundamentalmente en Europa lo constituye el llamado Estado de Bienestar. Si bien este es un producto propio, tal como lo hemos estudiado, de una particular correlación de fuerzas a nivel mundial, esta relación particular de poder entre Estado y Pueblo tiene sus antecedentes en la conformación de los Estados Nación más tardíos, como por ejemplo el caso alemán, pero también en otros Estados de la rica Europa. Sobre este Estado de Bienestar, como condensación de las disputas de poder de la sociedad contemporánea, fueron avanzando cada vez más las luchas obreras y populares, hasta ir cambiando muchas de las relaciones de fuerza.

Según Jorge Beinstein, en el siglo XX se produjeron tres grandes fenómenos interrelacionados en torno del hecho estatal. “Primero, la llegada al nivel más alto en el desarrollo del Estado burgués, heredero de toda la historia estatal anterior, pero cuya raíz estratégica ha sido la modernización occidental. El resultado fue la constitución de formidables maquinarias de gestión asumiendo formas muy diversas (democracias parlamentarias, regímenes autoritarios, expresiones desarrolladas, copias subdesarrolladas...). Segundo, el fracaso de una tentativa muy importante de supresión–superación del capitalismo a partir de una derivación “socialista” de la cultura estatal de Occidente, la experiencia soviética puede ser vista como la implantación en una región semieuropea–semiasiática de ideas occidentales, donde el Estado asumiendo la racionalidad científica aparecía en el centro del proceso de desarrollo socialista. Tercero, la crisis universal del Estado moderno en todas sus formas (capitalistas centrales y periféricas, socialistas...)” (Beinstein, 2000).

LA TRANSFORMACIÓN DEL TRABAJO Y SU INCIDENCIA EN LA DISOLUCIÓN DEL ESTADO DE BIENESTAR.

En los capítulos anteriores hicimos referencia a la existencia de un núcleo –relativamente pequeño– de personas que son los principales beneficiarios del desequilibrado sistema, que pretende imponerse al conjunto del mundo, la globalización capitalista. En particular nos detendremos sobre las características y los determinantes de esa verdadera oligarquía mundial en el capítulo XI. Pero en esta parte es importante traer a colación la existencia y el obrar de dicha oligarquía para comprender algunas de las causas de disolución del llamado Estado de Bienestar, entendiendo este como el punto máximo de desarrollo del capitalismo industrialista en su etapa imperialista.

No es posible entender el sistema capitalista globalizante sin hacer referencia a su fuerza motor, una oligarquía global o clase capitalista transnacional, que irrefutablemente son los que dictan el ritmo de las prácticas económicas transnacionales en todo el globo, que son complementarias de una práctica política transnacional que niega la

democracia real y que a su vez genera su piso de sustentación a través de las prácticas transnacionales ideológico–culturales. Lo fundamental es que, estas prácticas implican un cuestionamiento del marco del Estado Nacional que limita su libre desarrollo.

Algunos autores encuentran en los cambios sociales y políticos de la escena mundial actual, la muerte del pacto social que expresaba el compromiso de clases propio del Estado de Bienestar. Ese Estado, producto de la sociedad industrial y el equilibrio entre el keynesianismo de los países capitalistas, el poder soviético y su maquinaria económica estatal y los procesos terceristas de carácter mixto, es cuestionado a partir de las necesidades de subsistencia y defensa de intereses de esa oligarquía transnacional. De este modo, entró en una crisis profunda. Crisis que difícilmente podía ser resuelta en beneficio de los Pueblos. Independientemente de cuáles fueron los caminos escogidos concretamente como salida de la crisis y la falacia de su inexorabilidad, el hecho nuevo es el cambio social producido. Este requiere de nuevos paradigmas para su diagnóstico, pues la caída del Estado de Bienestar en cualquiera de sus versiones arrastra consigo a la exclusión a miles y miles de personas en todo el mundo. Se trata de un camino sustentado sobre la debilidad del poder de las clases trabajadoras, y que fue más lejos, acabando por dejar a las mayorías populares prácticamente inermes, desgajando su destino de la fuerza del Estado, el lugar donde se cristalizaba la disputa social.

En el Estado de Bienestar, los derechos sociales eran concebidos como una extensión del trabajo, puesto que estos derechos se presentaban en una economía funcionando de pleno empleo, con cobertura social a la fuerza de trabajo asalariada y sus dependientes, cuyo financiamiento era compartido por los asegurados y sus empleadores. La función del Estado en ese período fue garantizar la redistribución y estabilización de los ingresos y/o niveles de consumo necesarios para asegurar la reproducción del capital en tales condiciones (García Delgado, 1998). En los países del Tercer Mundo, el Estado de Bienestar en particulares formas, había adquirido carácter intervencionista en lo económico, en función de la necesidad de desarrollo industrial (manifestado primigeniamente en la sustitución de importaciones). En la Argentina y otros países latinoamericanos, se le agrega una característica diferenciada en la redistribución del ingreso crecientemente igualitaria (el famoso 50 y 50 del peronismo), cuyos términos se hacen más claros si se estudian sus números respecto de los del resto de los países periféricos. La ampliación de los derechos sociales de los que gozó la clase trabajadora fue de la mano de cuestiones tales como el acceso a la educación (por ejemplo la quintuplicación de la matrícula universitaria en el período 1945/1955) y la universalización del sistema previsional, obviamente de carácter estatal.

Podemos reafirmar lo que venimos sosteniendo acerca que las nuevas condiciones de producción y de reproducción del capital son las parteras reales de una crisis del trabajo/empleo que descalabra el andamiaje sobre el que se estructuraba el Estado de Bienestar. Poner en el centro de los reclamos (y de los arbitrajes) al Estado, lo fue convirtiendo en cada vez más identificable y a la vez vulnerable, en tanto responsable de todo y por ende objeto de todo reclamo. El proyecto “no dicho de la Trilateral (...) [fue] “sustituir a ese ordenador [el Estado] demasiado visible y atacable por un ordenador invisible y anónimo cuyas leyes sin autor se impondrían a todos por la fuerza de las cosas como “leyes de la naturaleza”, de manera irresistible. Ese ordenador era el mercado” (Gorz, 1998).

Las formaciones sociales estatales han de correr el mismo destino que fue transitado por la reestructuración de las grandes empresas. Las enormes fábricas, propias de la producción en serie, con organización jerárquica, rígida, de tareas parce-

ladas, con un gran aparato administrativo, terminaron siendo vulnerables al poder de los obreros. Esta estructura gigante, poderosa y a la vez vulnerable, que actuaba como ordenador central, de la forma en que el Estado lo era respecto del conjunto de la sociedad, y lo que era intolerable para la oligarquía mundial: facilitaba de algún modo la combatividad de los trabajadores. Por eso el establecimiento industrial, la fábrica, es transformada paulatinamente —mediante la revolución del “*management*” que comienza con el toyotismo— en una organización descentralizada, tanto laboralmente como geográficamente a nivel mundial. Así se llega a estructuras cada vez más flexibles que coordinadas entre sí, permiten además economizar costos de producción, transformar a las grandes empresas en organismos menos vulnerables. Estas toman forma de redes, en las que el lugar en donde se produce no es necesariamente el mismo sitio en que se toman las grandes decisiones.

La llamada “crisis de gobernabilidad” al nivel del Estado no es otra cosa que el reflejo de una crisis por agotamiento de un modelo social que los poderosos, esa oligarquía mundial que maneja el capital, consideraban demasiado “costoso”, sobre todo una vez caídas las circunstancias que le dieron viabilidad. Con esta reformulación —que arranca con el modelo neoliberal en Inglaterra y EEUU— se cuestionaba treinta años de vigencia del Estado keynesiano con su intervención en la expansión de la producción y la estimulación de la demanda (subsidio al consumo), con cierta redistribución de la riqueza producida (admitida sólo en función de las amenazas existentes). Aquel modelo de capitalismo keynesiano, sin duda alguna, significaba un techo para el beneficio del capital concentrado. En el fondo, lo que termina cuestionándose no es cómo se distribuía la riqueza, sino que es algo mucho más profundo, es decir, al ordenador mismo de la sociedad del capitalismo industrialista: el propio Estado Nacional.

La expansión de la economía capitalista, a través fundamentalmente de las originarias multinacionales, iba a encontrar, desde comienzos de los años setenta, límites que las políticas —protagonizadas por el Estado— de sostén y de reactivación del crecimiento, no permitían superar. Los mercados internos nacionales (de los países centrales) estaban saturados y no justificaban nuevas inversiones. Se perdía, entonces, el crecimiento por escala. El beneficio de las empresas comenzaba una curva descendente debido a que la “productividad marginal del capital” (esto es, el crecimiento de las ganancias que procuraba una inversión adicional) tendía a cero. Es por eso que grandes corporaciones fueron fundamentales en la pugna por hacer finalizar la era del Estado de Bienestar. Y todo esto más allá de que los grupos económicos se forjaron como beneficiarios de ese Estado. Es decir, el cuestionamiento también vino de las empresas (que en su desarrollo de época denominamos multinacionales) que crecieron a la sombra del Estado Keynesiano, en función que la producción, la demanda, la productividad y las ganancias podían crecer en forma equilibrada. Pero en ese crecimiento se vislumbró un techo, lo que hizo que las corporaciones fueran por más.

Esto es parte de la explicación acerca del por qué el Estado de Bienestar, tanto en los países centrales como en los periféricos, termina siendo visto como un lastre para el capitalismo a partir de la desaparición de determinados equilibrios de poder mundial que le dieron vida. Reiteramos que fue causa fundamental, casi la condición política, del cuestionamiento del Estado de Bienestar Keynesiano, el deterioro de la amenaza de la expansión de los proyectos alternativos (la órbita soviética y los procesos de liberación nacional). Pero en cuanto a lo económico el dato principal lo constituye la desaceleración de la expansión económica, el techo demostrado por las economías de escala y los beneficios, que tendían a decrecer, lo cual impulsaba una reorganización productiva. La imposibilidad de expansión económica convivía con la influencia creciente del Estado sobre la economía (en

los países centrales principalmente, los gastos públicos alcanzaban un porcentaje cada vez más alto del producto bruto interno).

Es así que comienza a aumentarse la contradicción entre el gran Capital y el Estado. El primero busca acentuar cada vez más la brecha con un Estado del que oportunamente se sirvió, pero que ya no garantizaba su la expansión. “La planificación o concertación económica no había sido útil más que durante el período de crecimiento extensivo, en el curso de la cual la reducción de los costos unitarios se había obtenido por la producción en masa en series cada vez más importantes y en instalaciones cada vez más gigantescas. La industria, entonces, debía planificar con mucho tiempo de antelación sus inversiones y necesitaba de un Estado que planificara con mucho tiempo de antelación el avance de las infraestructuras y los servicios públicos indispensables” (Gorz, 1998).

Jeremy Rifkin (1996) le da una vuelta más de tuerca; “El cambio de una economía basada en los materiales, en la energía y en el trabajo a una basada en la información y en la comunicación reduce además la importancia del Estado—Nación como elemento decisivo para garantizar el futuro del mercado. Una de las competencias fundamentales del moderno Estado—Nación es su capacidad en el uso de la fuerza militar para disponer de recursos vitales y captar y explotar a grupos de trabajadores a nivel local e incluso global. Ahora que la energía, los recursos minerales y la mano de obra son cada vez menos importantes que la información, la comunicación y la propiedad intelectual en las estrategias de producción, no parecen necesarias las intervenciones militares masivas. La información y las comunicaciones, materias primas de la nueva economía global de alta tecnología, están más allá de cualquier tipo de límite físico. Invaden todo tipo de espacios físicos, cruzan las líneas políticas y penetran en los estratos más profundos de la vida nacional. Los ejércitos permanentes no pueden parar, ni siquiera ralentar, los acelerados flujos de información y de comunicación a través de las fronteras nacionales.” Debíamos hacer una aclaración (aunque la omisión que es explicable en atención al autor de la cita), que esas fuerzas represivas de los Estados sí sirven (o pueden llegar a servir) para mantener afuera a aquellos que no tienen acceso al banquete de los privilegiados servido por estas altas tecnologías, tanto personas como naciones enteras. Esta negación conciente, no sólo en este sino en muchos otros autores con patina más progresista, de ese rol del Estado en la actualidad termina haciendo inexplicable el rol del super Estado Imperialista norteamericano, actuando como gendarme de los intereses globalizantes.

El neoliberalismo es, como decíamos, el modelo político que llega para liberar al capital de las restricciones representadas por el Estado, condensadas en él e impuestas por la lucha social. De este modo, con el acceso al gobierno de esta tendencia en principio en EEUU (Reagan 1980) e Inglaterra (Thatcher, 1979), comienza a ponerse el Estado al servicio de la libre acumulación de las empresas, a través de la supremacía de las leyes de mercado. Y además —dato que no es menor— abre definitivamente la canilla de la libre circulación del capital financiero.

Nos podemos preguntar con el francés André Gorz: “¿Por qué había que disminuir continuamente los impuestos sobre los ingresos superiores (es decir de los competitivos), sobre los ingresos financieros, sobre los beneficios no reinvertidos?” Para concluir que la respuesta a estas preguntas no es económica sino política e ideológica. Los gobiernos se disputan el privilegio de retener en sus países o de atraer a ellos los capitales financieros que, en búsqueda de beneficios máximos inmediatos, se desplazan de un lugar a otro. “No se trata ya que los

Estados favorezcan la inversión productiva; se trata solamente de que eviten o frenen el éxodo de capitales de su territorio”. Se explica, entonces, la tendencia a reemplazar los sistemas de protección social por seguros privados y sistemas de seguridad privadas por capitalización (como las AFJP en Argentina), esto es sustituir la administración estatal de la producción social de la riqueza ejercida por el poder político, por una administración privada ejercida por el poder financiero. Si los sistemas de seguridad social no son más financiados, al margen del vaciamiento del que fueron objeto, es porque una porción cada vez más grande de la torta (del PBI) está afectada a remunerar al capital, mientras que los salarios de los trabajadores son cada vez más exigüos. Esta porción de la torta no deja de disminuir desde mediados de los setenta en todo el mundo, pero en particular en nuestro país va de alrededor del 50% (1974) a aproximadamente el 20% cuando se produjo la crisis económica de 2001¹³.

Así lo observa el sociólogo polaco Zigmunt Bauman (2005). “Las instituciones del Estado de Bienestar están siendo progresivamente dismanteladas y retiradas, mientras que se eliminan las restricciones previamente impuestas a las actividades comerciales y al libre juego de la competencia mercantil y sus consecuencias. Se van restringiendo las funciones proteccionistas del Estado, para abarcar una pequeña minoría de invalidos e incapacitados para trabajar, aunque se tiende incluso a reclasificar esa minoría, que pasa de ser un asunto de asistencia social a ser una cuestión de ley y de orden: la incapacidad de participar en el juego del mercado tiende a criminalizarse de forma progresiva. El estado se lava las manos ante la vulnerabilidad y la incertidumbre que dimanan de la lógica (o falta de lógica) del libre mercado, redefinida ahora como un asunto privado, una cuestión que los individuos han de tratar y hacer frente con los recursos que obran en su poder”. Tal como lo expresa el alemán Ulrich Beck se les exige a los individuos que busquen soluciones biográficas (individuales) a contradicciones sistémicas (sociales).

Las democracias condicionadas del modelo neoliberal vieron sus políticas limitadas por el déficit fiscal y el endeudamiento, el Estado se fue retirando de lo social y de lo productivo, adscribiendo sin discusión al poder del capital y endiosando a la reestructuración tecnológica que este impulsa, haciéndose cargo, por su parte, de llevar a cabo el proceso de flexibilización de los trabajadores y desentendiéndose de las consecuencias de la exclusión del aparato productivo de gran parte de los trabajadores.

Este modelo neoliberal fue el encargado de reestructurar los Estados –los del Primer y los del Tercer Mundo–, adecuándolos a los requerimientos del proceso de transición hacia la globalización total, en donde el Estado mismo ya no tenga razón de ser. En esta dirección hay que buscar los motivos por los cuales en los ’90 asistimos al desgüese del aparato del Estado. La crítica del viejo y obsoleto Estado, finalmente dismantelado por el neoliberalismo, jamás fue acompañada –por razones obvias– de un debate sobre la necesidad de construcción o reconstrucción de un nuevo Estado en base a intereses populares. Ejemplo de esto es que en su modelo neoliberal aparece la idea de que todas las políticas públicas de intervención en la economía no eran más que gastos que era necesario restringir. Esto fue uno de los carriles por el cual se vehiculizó el divorcio entre Pueblo y Estado, desresponsabilizando al Estado de las mayorías. Las nuevas

¹³ Desde esta fecha y particularmente durante el gobierno de Néstor Kirchner con la reapertura de los convenios colectivos se ha dado un proceso de recuperación de más de diez puntos en ese índice de la distribución de la riqueza, estando aun muy por debajo de las cifras de antes de la última dictadura militar.

teorías de las políticas sociales subsidiarias del neoliberalismo hablaban de focalización, un cierto nivel de asistencia social enfocado hacia los sectores más “vulnerables” (eufemismo para decir más pobres). Y eso es realizado con claras intenciones de aplacar la conflictividad social. Este tipo de políticas fueron implementadas en nuestro país, por el menemismo pero tuvieron antecedentes como por ejemplo las cajas PAN (Plan Alimentario Nacional) del alfonsinismo. En la década del noventa se inyectó en el gran Buenos Aires, zona con mayor nivel de exclusión y potencialidad de conflicto, la suma de más de un millón de dólares diarios a través del Fondo del Conurbano.

Es importante remarcar que lo que cambia es el criterio y función del Estado, a partir de los cuales se justifica su gasto y sostenimiento. Del carácter de mediador se pasa al de garante del mercado. Es decir, el gasto social (acompañado de suculentas sumas presupuestadas para seguridad, es decir, para mantener a raya a los excluidos) empezó a ser concebido no como un ajuste de la injusta distribución de la riqueza sino garantía de que el mercado no se verá sometido a la inestabilidad social que puede llegar a alterar sus condiciones de funcionamiento.

En esta etapa de transición del sistema globalizante nadie se plantea la extinción del Estado mismo sino una reestructuración de sus funciones. Incluso desde la perspectiva de los intereses globalizantes, y precisamente por la enorme devastación social que los mismos van causando, se hace indispensable el mantenimiento de Estado (aun los periféricos) con una relativa autonomía, capaces de administrar el conflicto en su interior, a fin de garantizar estabilidad y seguridades a los intereses del capital (Flores Olea, 1999).

ACERCA DEL PAPEL DEL ESTADO Y LOS NUEVOS SUJETOS EN EL PLANO MUNDIAL.

El Estado Nación fue la estructura política, jurídico–institucional que dominó la escena política de los últimos siglos como actor casi excluyente. Su paradoja consiste en que fue al mismo tiempo vehículo del proceso de europeización del mundo (globalización en el sentido amplio) y núcleo desde el cual se resistió –desde las Naciones periféricas y los Pueblos del mundo– ese proceso.

Hasta el advenimiento del proceso globalizador (en sentido estricto) la escena mundial era esencialmente internacional, es decir, el teatro de la **política entre Estados Nacionales** que –fuese por medio de conflictos armados, negociaciones, etc.– apuntaba, ante todo, a trazar y conservar las fronteras que separaban y encerraban el territorio con su respectiva soberanía y en todo caso la proyección de las decisiones de unos por sobre la de otros. La política internacional procuraba su sustento en el principio de la soberanía plena (aunque en ciertos casos esta era sólo formal en las condiciones de dependencia) de cada Estado Nación sobre sus propios territorios.

Con todo, en esta etapa de la globalización se hace necesario un bagaje de herramientas para categorizar correctamente el sistema, cuya lectura no puede ser restringida al fenómeno estatal–nacional. Con acierto critica el inglés Sklair cuando plantea las deficiencias de una teoría estadocentrista que define como la que “otorga una primacía teórica a los agentes y agencias del Estado como actores líderes en la mayor parte –por no decir todos– de los procesos sociales”. Y sugiere para avanzar en la superación de dicha teoría: “propongo que en este mundo contemporáneo, un mundo caracterizado por la globalización capitalista,

conviene explorar la primacía teórica en los agentes e instituciones de las prácticas transnacionales económicas, políticas y cultural-ideológicas. Identifico éstas como las corporaciones transnacionales, el capitalismo de clase y el consumismo cultural-ideológico, respectivamente” (Sklair, 2003).

¿Se puede desconocer como actores mundiales a doscientas megaempresas, que prevalecen en los mercados mundiales, registran ventas por un total combinado mayor que la totalidad de los países del planeta excepto los del G7? “Sus ingresos totales anuales alcanzan los 7,1 billones de dólares y son tan grandes como la riqueza combinada del 80% de la población mundial, cuyos ingresos apenas alcanzan los 3,9 billones. Pese a ello, estos gigantescos leviatanes de la economía mundial emplean a menos de un tercio del 1% de la población mundial” (Barlow, 1998)¹⁴.

Coincidimos plenamente con Sklair cuando plantea que para comprender acabadamente la globalización como sistema es preciso dar cuenta teóricamente de ciertos procesos que no se pueden explicar desde las categorías que sólo ponen hincapié en el Estado-Nación. Aunque no compartimos la idea de minimizar la importancia aun subsistente en este proceso de los Estados Nacionales¹⁵. En suma, al leer la relación de poder actual no se puede descartar la importancia (y aun más, descifrar el verdadero rol que tienen en la actualidad) los Estados Nacionales tanto centrales cuanto periféricos. El mundo continúa dividiéndose hoy en Estados soberanos, la mayoría de ellos con culturas nacionales relativamente unificadas, con sus sistemas jurídicos vigentes, sus economías con lógica propia que incluye a la gran mayoría de la población mundial. Por eso, es imprescindible identificar estos Estados como elementos básicos del sistema global. Ahora bien: ¿son los únicos actores? ¿Es posible explicar todos los procesos políticos y sociales a partir de las relaciones internacionales, es decir entre los distintos actores nacionales? Nosotros creemos que no. No se trata de un planteo original, generalmente esto es aceptado, pues muchas de las relaciones globales hoy no se dan sólo a través de Estados. Aunque al mismo tiempo en la mayoría de los análisis sobre el sistema mundial, o bien la perspectiva o el modelo analítico que subyace a muchos ensayos y teorías sobre la realidad actual, se suele caer en ciertos dogmatismos que restringen la capacidad de creación de herramientas nuevas. Sabemos que la creación siempre conlleva el riesgo de errores. Aunque en Latinoamérica, preferimos seguir la máxima de Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar: “o inventamos o erramos”.

El movimiento de transformación económico fue pariendo un actor preponderante en la escena mundial actual: el Grupo Económico Transnacional. Este constituye la relación de producción dominante del capitalismo de hoy. La realidad de la economía en esta etapa es que “se entrelazan diversos tipos de economía en correspondencia con las diferentes formas de propiedad existentes a saber: el capitalismo privado, el capitalismo de propiedad estatal, la economía basada en el trabajo propio (o pequeña producción mercantil) y la economía natural o de autoconsumo” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000). Estas relaciones de propiedad y esta estructura económica tienen su correlato en la

¹⁴ Citado por Borón, 2002.

¹⁵ “La retórica de los ideólogos de la globalización neoliberal no alcanza a disimular el hecho de que el 96% de esas doscientas empresas globales y transnacionales tiene sus casa matrices en ocho países, están legalmente inscritas en los registros de sociedades anónimas de ocho países, y sus directorios tiene su sede en ocho países del capitalismo metropolitano. Menos del 2% de los miembros de sus directorios son extranjeros, mientras que más del 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus “fronteras nacionales” (Borón, 2002).

coexistencia de distintos niveles y actores del poder político.

El hecho de la existencia de grandes corporaciones transnacionales y su incidencia en la economía mundial es un hecho incontrastable de la realidad, pero con esto no hay que caer en la visión ingenua o bien interesada que usa este argumento como uno de los preferidos para proclamar el fin del Estado nacional. En el discurso anti Estado confluyen alegremente los anarquistas y antiguos comunistas desencantados que se suponen críticos del sistema (por ejemplo Negri en su libro Imperio) como también los neoliberales. Muchos de estos reivindican una supuesta libertad “ciudadana” que nos brindaría el anunciado fin del Estado, pero tras este discurso anti Estado Nacional “la libertad reivindicada no es la libertad de todos, es sólo la de esas firmas, que buscan hacer prevalecer sus intereses en detrimento de los demás” (Amin, 2003).

Desbocados en sus principios anti-estadistas (que casualmente coinciden con los intereses de los neoliberales) Negri y Hart en su libro Imperio declaran solemnemente: “¡el Estado ha sido derrotado y las grandes empresas hoy gobiernan la Tierra!”. Mezclando verdades y mentiras se va construyendo el pensamiento de justificación de la dominación. Este se configura no sólo mirando las relaciones de poder desde la perspectiva de los países centrales –no obstante lo cual no da cuenta del rol del Estado imperialista– sino que, además, niega a los Pueblos oprimidos del mundo sus herramientas para luchar frente a la dominación. Y esta muerte, ya decretada según ellos, es algo irreversible: “la decadencia del Estado Nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible” y es más por si la realidad tozuda se le ocurre ir contra sus racionales proyecciones del futuro, y a alguien se le ocurriera la recuperación del Estado Nacional como herramienta emancipatoria estos autores lo condenan al fracaso de antemano, pues esta institución “conlleva una serie de estructuras e ideologías represoras y cualquier estrategia que se sustente en ella debería rechazarse por esa misma razón” (Negri y Hardt, 2002). Muchos de los autores nacidos en Latinoamérica reproducen las tesis de este tipo de pensadores europeos. Haciendo una reivindicación de los derechos civiles, la ciudadanía y la sociedad civil, suelen desconocer la propia historia de Nuestra América en la relación entre Estado y sociedad civil. Es que, siendo rigurosos con nuestra historia, veremos que la idea de sociedad civil contrapuesta y aun imponiéndole cosas al Estado no se presentó como en Europa, ni siquiera como en EE.UU. En efecto, “el acceso a los derechos ciudadanos no estuvo respaldado por un proceso social de apropiación de la ciudadanía, tal como se dio en los países e desarrollo originario. No se trata de minimizar las luchas por la expansión de la ciudadanía –que sin dudas protagonizaron nuestras sociedades–, sin embargo, no es posible ignorar que en ellas, la ciudadanía no representa una adquisición de derechos frente al Estado [proceso que sí se dio la burguesía europea] sino por el contrario, ha sido construida en buena medida *por* el Estado” (Iazzetta, 2007).

En resumen, creemos que pese a sus detractores y a los profetas de su prematura extinción, el Estado Nación es uno de los puntos de referencia para la explicación de un sistema global pero necesariamente no el único. La comprensión del sistema se hace compleja, porque muchas de las prácticas transnacionales sobre todo de los Grupos Económicos se maquillan a través de su pertenencia o mejor dicho de su origen en los países imperialistas. Todo se complejiza aun más, teniendo en cuenta que el marco jurídico sigue siendo el nacional (sea de Estados centrales o periféricos) aun para las prácticas transnacionales a las que estamos haciendo referencia

y pese a los reiterados intentos de estatutos jurídicos propios (como el AMI¹⁶) o bien sólo regirse por los regímenes de los países centrales –independientemente del lugar donde se lleva a cabo la acción– (como las cláusulas de préstamos o acuerdos económicos que establecen la jurisdicción originaria de los tribunales de EEUU).

Podemos pensar que los Estados Imperialistas, que antes disputaban su hegemonía en la lucha por territorios, luchan ahora por una cuota del mercado para sus empresas. Muchos de los gobiernos están convencidos de que su cometido principal es crear un clima que facilite los negocios de las grandes empresas. Pero al mismo tiempo, no es menos cierto que en realidad en el mercado global compiten firmas, no países. La capacidad de las empresas de sobrevivir y de crecer se da en un mundo que imaginan –al mismo tiempo que van construyendo– globalizado. En términos de mercado global piensan su aptitud competitiva fundada en su propia capacidad de organización de recursos, cambio técnico, acumulación y acceso a las oportunidades que ofrece el sistema global. Los GET están insertos en un escenario planetario y es allí donde las empresas libran una batalla de vida o muerte por el dominio de los mercados y los recursos. “La globalización ha impuesto inexorablemente un darwinismo económico en el cual sobrevive el más apto para adecuarse a las exigencias del hábitat planetario. Desarraigada de su contexto nacional, la empresa navega por sus medios en el mundial” (Ferrer, 1998). Al parecer, el papel actual del Estado Nación consiste en gran medida en proteger el sistema mundial de comercio libre y en abastecer a las empresas de infraestructuras y servicios públicos al menor costo posible, incluidos, por supuesto, los de control y disciplinamiento.

Lo cierto es que, la oligarquía transnacional –los hombres y mujeres concretos detrás de los GET–, no puede aun prescindir de los servicios de los Estados Nacionales, tanto centrales cuanto periféricos, por débiles e ineficientes que estos sean, como no podía un noble prescindir de los servicios de sus lacayos hasta para las tareas domésticas, así como de sus guardias para protegerlo de la “chusma”.

A pesar de que muchos autores se refieren a la penetración de la economía por parte de las transnacionales como avanzadas de los Estados Imperialistas, cabezas de playa de la política del Imperio, esta es una verdad a medias o bien una mentira. Se trata de un error conceptual que limita la comprensión del proceso en su relación actual. Error que se proyecta en el desacople entre los intereses económicos de los GET y los del mercado interno propio de estos países centrales. “Las implicancias del desarrollo de un proceso productivo que se despliega a nivel mundial son múltiples, pero interesa destacar, en primer lugar, que el proceso de producción pasa a desarrollarse en diversos espacios nacionales y que la mercancía es producida para su realización (su venta) en el mercado mundial. Esto significa la ruptura de la ligazón entre el gran capital productivo y el mercado interno de su país de origen. El mercado es ahora el mundo [sobre todo los ricos del mundo] y los ingresos de los asalariados solamente un costo, y no ya como en economías mucho más cerradas, donde el proceso de acumulación tiene como eje el mercado interno, un componente relevante de la demanda” (Arceo, 2002). Por eso es que se producen contradicciones difíciles de explicar en lecturas lineales. “Los intereses económicos de los grandes grupos transnacionales –escribe Miren Etxezarreta– no coinciden necesariamente con los de los capitales de su Estado de origen. Pero por otro lado,

¹⁶ El AMI fue un intento de regulación supranacional en relación, fundamentalmente, a los Grupos Económicos Transnacionales. Su propio fracaso, demuestra hasta qué punto aun no se está en condiciones de pasar por arriba de las instituciones jurídicas de los Estados Nacionales.

los Estados son necesarios para vehiculizar el poder de las instancias transnacionales en aquellos aspectos en que los grandes conglomerados empresariales no pueden ejercerlo directamente”¹⁷. “Con el objetivo de comprender la forma actual en que tiene lugar el desarrollo de los monopolios, lo importante no es determinar la procedencia nacional o multinacional del capital según las divisiones políticas convencionales, sino constatar el hecho incontrovertible de que la fuerza expansiva del monopolio lo ha hecho trascender las naciones, subordinar lo nacional a su movimiento. Tampoco favorece el cumplimiento de este objetivo la idea de que la actividad de estos monopolios tiene un carácter internacional, con lo cual, una vez más, lo nacional se afirma. Fundidos con los poderes igualmente transnacionales de los Estados imperialistas, los monopolios son portadores de un poderoso impulso hacia la superación de las naciones” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Más allá de su vínculo o relación con cada uno de los Estados Imperialistas concretos, en la oscuridad de los negocios, todos los GET son cada vez más pardos... Es decir, las diferencias nacionales existentes entre ellos no impiden la manifiesta tendencia a integrarse en la sustancia del capitalismo globalizante y no circunscribirse a las estrategias de poder de sus Estados originarios.

Otra de las cuestiones que enturbia la comprensión del proceso es que hoy también, como en otros períodos históricos, el éxito del sistema de dominación se sustenta en el poder de las armas de un Estado que se configura como potencia hegemónica. Este rol fue desempeñado –con las variantes propias del sistema– en el siglo XIX por Gran Bretaña entre el fin de la etapa colonialista y los comienzos de la imperialista, hasta que fue sucedida, fundamentalmente después de las dos guerras interimperialistas por los Estados Unidos de Norteamérica. Hoy, decíamos, sigue siendo fundamental e insoslayable el papel de los yanquis, el Estado Nacional Imperialista hegemónico, como garantes y gendarmes mundiales de los intereses transnacionales. Sin embargo, esto no debe hacer confundirnos y plantear que alcanza con una vieja teoría del imperialismo norteamericano para explicar todas las actuales condiciones de dominación en el sistema mundial.

También es importante reconocer cómo la confusión ideológica apela y emplea las perspectivas particulares de los Estados Nacionales, en forma de ideologías nacionalistas reaccionarias para desviar la crítica y la oposición al control hegemónico del sistema global por parte de nuevos actores, hacia disputas de las naciones en competencia. Eventualmente, incluso, este recurso ideológico crea rivalidades entre países vecinos donde verdaderamente no hay sino intereses confluentes y también deviene en un antiimperialismo hueco y muchas veces funcional, a los intereses de los GET.

Una visión integradora nos permite comprender que la globalización impone una nueva dinámica en la dominación. Entran en escena otros actores en roles también protagónicos. “El Estado–Nación y su soberanía sufren una doble erosión”¹⁸. Por una parte, desde afuera, las fuerzas y procesos de la transnacionalización. Por otra parte, en el interior, la descomposición económica, la disolución social, la desestabilización política, y la segmentación de las sociedades y Estados Nacionales en los niveles regionales y locales. En esta erosión del Estado y de su soberanía convergen las coordenadas externas del sistema

¹⁷ En “Globalización e intervención pública” (1998).

¹⁸ La propia ONU, producto del acuerdo de los Estados Nacionales más poderosos fortalecidos por su victoria en la guerra interimperial reconoce esta situación: “Los Estados–Nación están debilitándose en la medida que el proceso decisional deviene ya local o global” Naciones Unidas, 1994 (citado por García Delgado, 1998).

con las internas” (Kaplan, 1997)¹⁹. Y lo que es más significativo: ese Estado Nacional que fue vehículo del proceso de globalización (en sentido amplio) hoy se transforma en una traba para los sectores más dinámicos y concentrados del capital que, en consecuencia, que se proponen su desarticulación. En efecto, esta contradicción entre los Estados Nacionales aun necesarios y los cada vez más poderosos GET, se va incrementando en la medida que avanza el proceso globalizante. Comienza a aparecer, desde la óptica de los poderosos de hoy, una crítica del concepto mismo de Estado Nación, es decir, de la idea de un sistema jurídico-político, actor central del proceso histórico y por lo tanto marco en el cual con mayor o menor disgusto se desarrollaba la vida de los hombres. Desde una perspectiva marxista con impecable claridad afirma el colectivo de académicos cubanos: “El espacio histórico de la Nación, que había propiciado la acumulación originaria del capital y la conversión de la riqueza social en un inmenso arsenal de mercancías, se presentaba ahora como una camisa de fuerza para la carrera esquizofrénica en pos de una concentración cada vez mayor de la propiedad y el poder” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

El cuestionamiento del Estado Nación lleva implícita una crítica profunda de la política y también de la democracia misma, generada en su seno. “La declinación de la Nación lleva en sí la muerte de la política” afirma de modo contundente el francés Jean Marie Guehenno (1995). La instauración de la globalización como sistema no sólo recusa el principio de la soberanía de los Pueblos e ignora las exigencias de la institucionalización de una coexistencia armoniosa entre ese principio y los derechos democráticos, políticos y sociales de los individuos y de las colectividades, sino que además le da prioridad a la elaboración de un derecho internacional de los negocios (*international business law*) al que supuestamente deberían someterse todos los derechos nacionales en todas las esferas. Los proyectos ideados por misteriosos “grupos de estudios” pertenecientes a la OMC y a la OCDE (como el proyecto del Acuerdo Multilateral sobre las Inversiones ya referido) fueron y son concebidos siguiendo ese espíritu.

Aunque parezca contradictorio la globalización que cuestiona al Estado Nacional y la exclusión que lo necesita para contenerla y someterla al poder localizado, son un mismo movimiento sincrónico. Globalización y territorialización (contenida por el Estado en su carácter represivo) son procesos recíprocamente complementarios. Para decirlo más claro aun, son las dos caras de una misma moneda, un mismo proceso: el de la redistribución mundial de la soberanía, el poder y la libertad para actuar.

Las cuasi soberanías, divisiones territoriales y segregaciones de identidad que impone y promueve la globalización no significa un multilateralismo como muchos refieren, ni mucho menos una diversidad de actores en pie de igualdad conjugando su diversidad en un marco común y respetuoso. “La libertad de elección de unos es el destino cruel de otros, y puesto que los **otros** tienden a crecer en número y hundirse cada vez más profundamente en la desesperación de una vida carente de perspectivas, sería conveniente hablar de glocalización (feliz creación de Roland Robertson, que habla de la unidad indisoluble de las presiones “globalizadora” y “localizadoras”, un fenómeno que el concepto unilateral de globalización pasa por alto) y definirla como el proceso de concentración no sólo del capital, las finanzas y demás recursos de la elección y la acción efectiva, sino también –y quizá principalmente– de libertad para moverse y actuar –dos libertades que, para todos los fines prácticos, se han vuelto sinónimos–” (Bauman, 2000).

A esta altura, está claro que, en el proceso globalizador, Estados Nacionales

¹⁹ Citado por García Delgado, 1998.

continúan siendo actores de primer nivel desde la perspectiva de la dominación, asignándoles roles específicos y particulares. Prolongándose en el tiempo la división entre Estados centrales o imperialistas y periféricos o dependientes, el papel asignado a cada uno será obviamente diferente. Mientras los primeros –sobre todo los EEUU– han de constituirse como garantes políticos y militares de funcionamiento del sistema, a los otros el modelo globalizante les asigna la función de contener los conflictos sociales que se dan en su territorio. Si unos tienen roles militares en la globalización a los otros les caben funciones policíacas.

Pero, esta permanencia de los Estados Nacionales como actores no se da linealmente y sin cambios. Un ejemplo de esto es el proceso llamado de regionalización o continentalización. Se trata de un fenómeno ligado sobre todo a los capitales productivos y a los flujos comerciales. Desde la década de 1970 se percibe la tendencia a consolidar tres núcleos regionales económicos de los países centrales, diferenciados y, en diversos aspectos, con ciertos niveles de conflicto por la disputa hegemónica entre sí. En la llamada Triada, se dan la Unión Europea, los Estados Unidos (con el NAFTA y su intento que se expanda continentalmente a través del ALCA) y Japón (con su zona de influencia). Entre 85 y 90% de los bienes de alto valor agregado y de alta tecnología se producen y consumen en esas regiones, además de que participan con 80% de los flujos de inversión extranjera directa y con más del 85% de las patentes (Flores Olea, 1999). Estos números por citar tan sólo algunos nos demuestran palmariamente las asimetrías del sistema y la falacia de la existencia de estructuras de producción de vanguardia extendidas por todo el mundo.

Otros núcleos regionales también se fueron dando en la periferia. Estos fueron dando cuenta, con mayor o menor éxito, de las necesidades de la integración económica por regiones para dar respuesta a los requerimientos de la globalización. El creciente, aunque no exento de conflictos, Mercosur y el alicaído Pacto Andino, por sólo citar dos casos latinoamericanos también son procesos de integración regional. Aunque la articulación entre los países periféricos es resistida muchas veces por los centrales con propuestas que fueron desde el impulso del ALCA (Alianza de Libre Comercio de América)²⁰ –enterrado en la cumbre continental de Mar del Plata de 2005 según las palabras del Presidente venezolano Comandante Hugo Chávez–, hasta los arreglos bilaterales (con sus consabidas promesas de beneficios y amenazas de perjuicios) llamados TLC (Tratados de Libre Comercio).

Sin embargo, la tendencia no es sólo hacia integraciones regionales supraestatales. También se dieron en los últimos años procesos de fragmentación de los Estados Nacionales. Contra lo que sostienen opiniones muy difundidas (no por ello acertadas), no existe contradicción alguna entre la nueva extraterritorialidad del capital (total en lo financiero, casi total en lo comercial, muy avanzada en cuanto a la producción industrial) y la nueva proliferación de Estados soberanos débiles e impotentes, proceso este que se dio, por ejemplo, con la implosión de ciertos Estados como la Unión Soviética, Yugoslavia o Checoslovaquia, en

²⁰ El fracasado ALCA era la estrategia estadounidense para avanzar sobre el conjunto del continente americano. La alianza continental propuesta por el gobierno de Bush chocó frente a la crisis de representatividad del modelo neoliberal que fue engendrando gobiernos alternativos sobre todo en Sudamérica. En sí el proyecto del ALCA consistía en un mercado libre ampliado, como canal de expansión de los negocios, inversiones sobre todo del capital yanqui, estableciendo un control casi absoluto no sólo en el plano económico (limitando el desarrollo de los modelos productivos nacionales o regionales), sino también en el político (estableciendo un control de las democracias) y también en el plano cultural a través de la imposición del modelo norteamericano al conjunto del continente.

Europa, pero también el fomento de procesos independentistas en diversos lugares del Tercer Mundo, como por ejemplo la intentona de independizar a Santa Cruz de la Sierra en Bolivia aprovechando la crisis económica y política del 2004. La prisa por crear nuevas entidades territoriales políticamente independientes, cada vez más débiles es fomentada desde los centros de poder transnacional, muchas veces con el objetivo de apropiarse de ciertos recursos naturales o conquistar nuevos mercados exclusivos. Esto claramente no va contra la corriente de las tendencias económicas globalizadoras; la fragmentación política no es un palo en la rueda del sistema global emergente. Por el contrario, parece haber una afinidad íntima, una relación estrecha y un fortalecimiento recíproco entre la globalización de todos los aspectos de la economía y el renovado énfasis puesto sobre la fragmentación de los Estados Nacionales a partir de supuestos principios de identidad restringida y excluyente.

ALGUNOS ASPECTOS DEL PAPEL ESPECÍFICO DEL ESTADO IMPERIALISTA.

En la estrategia desplegada por la Triada con la dirección de los Estados Unidos, se asigna el objetivo de construir un mundo unipolar organizado sobre la base de dos principios complementarios: la dictadura unilateral de capital dominante de las empresas transnacionales y el despliegue de un imperio militar norteamericano al cual todas las naciones estarían obligadas a someterse²¹ (Amin, 2003).

La ideología norteamericana toma la precaución de embalar la mercancía de su proyecto imperialista en el lenguaje inefable de la “misión histórica de los Estados Unidos”, la defensa universal de la libertad y la democracia, tradición transmitida desde los orígenes por los padres fundadores, convencidos de su inspiración divina. No obstante, nosotros seguimos prefiriendo sobre los análisis sesudos de doctores e intelectuales de moda, de energúmenos con poder atómico –identificados como halcones y palomas pero igualmente imperialistas–, a las palabras proféticas de Simón Bolívar: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a América Latina de tiranía en nombre de la libertad”.

El proyecto imperialista unipolar también va generando contradicciones incluso con algunos sectores de sus socios menores de la Triada en la medida en que los va subalternizando. En efecto, muchos de aquellos que por su lógica propia pueden jugar con el capital transnacional y la hegemonía de Estado imperialista norteamericano, mientras que otros sectores pueden terminar jugando en el proyecto de un mundo multipolar como aliados de las naciones dependientes en la construcción de dicho proyecto.

No obstante, lo que hay que entender es que el sistema de dominación aunque aparezca como unipolar no significa que sea un sistema lineal. La hegemonía que ejerce EEUU, en tanto Estado Imperialista, siempre “es, necesariamente, a la vez multidimensional y relativa, y siempre está amenazada. Es multidimensional en el sentido de que no es sólo económica (productividad superior en los sectores claves de la producción, iniciativa en la invención tecnológica, peso decisivo en los intercambios comerciales mundiales, dominio de la divisa clave del sistema, etc.)

²¹ “A esta visión del mundo unipolar, es necesario oponer la de una mundialización multipolar, la única estrategia que ofrece un margen de maniobra para alcanzar un desarrollo social aceptable para las diferentes regiones del mundo y a través de ese desarrollo, una democratización de las sociedades y la reducción de los motivos de conflicto” (Amin, 2003).

sino también tanto política e ideológica (hasta cultural) como militar. Es relativa porque la economía capitalista mundial no es un Imperio–Mundo gobernado por un centro único. El centro hegemónico debe forzosamente establecer acuerdos con los demás, aunque estos últimos estén en posición de dominados, y a *fortiori* si se niegan a sumir esa posición” (Amin, 2003).

No es que no existan contradicciones y disputas en el manejo y la funcionalización de los Estados Imperialistas. Disputas que se extienden a ambos lados del Norte del Atlántico y del Pacífico. “las contradicciones intercapiatistas se expresan de manera siguiente: 1) en el terreno monetario y financiero la creación por la Unión Europea de una nueva moneda y el fortalecimiento de sus mercados financieros, o el frustrado intento de Japón de crear una asociación de países asiáticos destinada a manejar la crisis asiática de 1997, remite a estrategias nacionales destinadas a desafiar la preeminencia del dólar y de Wall Street; 2) en el ámbito de la re–regulación de las relaciones entre los Estados y el capital transnacionalizado la competencia intercapitalista se manifiesta en las distintas prioridades a que se pretende sujetar el proceso, la extensión que se acepta otorgarle y la delimitación de áreas (Europa Oriental o sus ex colonias en el caso de la Unión Europea, América Latina en el de los Estados Unidos) donde sus capitales cuentan con una situación privilegiada que les posibilita ampliar su participación en el mercado global. En este segundo nivel, que tiene como trasfondo una lucha competitiva exacerbada entre los capitales de diversas nacionalidad, donde se sitúa, en primer lugar, la estrategia norteamericana de creación del ALCA” (Arceo, 2002).

Sin embargo, es importante remarcar que el sistema de dominación no puede prescindir de la hegemonía militar de los Estados Unidos, que son el único Estado que puede ejercer las funciones indispensables de mandamás de la militarización de las intervenciones de los países centrales en los periféricos. Por supuesto, los Estados Unidos les hacen pagar a sus aliados, que ocupan posiciones subalternas –Europa y el Japón–, ese “servicio” en términos que constituyen una buena parte de sus ventajas económicas. Partiendo de este análisis, debemos llegar a la conclusión de que los conflictos intratriada no están destinados a ocupar el primer plano mientras el capital dominante transnacionalizado continúe ejerciendo los puestos de mando político, instrumentalizando en su beneficio a los Estados Imperialistas.

Entonces... ¿cuál es la acción específica que desarrolla el Estado Imperialista norteamericano? ¿Cuál es su función en el sistema? En ámbito del derecho suele repetirse una máxima: “a confesión de parte relevo de prueba”. Por eso nadie mejor que un acólito del sistema como Samuel Huntington para responder a nuestro interrogante. Este es el largo rosario de iniciativas impulsadas por Washington en los últimos años: “presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y democracia; impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; calificar a terceros países en función de su adhesión a los estándares norteamericanos en materia de derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear y de misiles y, ahora, libertad religiosa; aplicar sanciones contra los países que no conformen a los estándares norteamericanos en estas materias; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los *eslogans* del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses (...) forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir que otros

países hagan lo mismo (...) categorizar a ciertos países como estados parias o delincuentes y excluirlos de las instituciones globales porque rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos” (Huntington, 1999)²². “Entiéndase bien: no se trata de la incendiaria crítica de un enemigo del imperialismo norteamericano sino del sobrio recuento hecho por uno de sus más lucidos intelectuales orgánicos, preocupado por las tendencias autodestructivas que se derivan del ejercicio de su solitaria hegemonía en el mundo unipolar” (Boron, 2002).

Aunque es bien conocido que este no es el único aporte de este intelectual del Imperio. En su famoso libro “El choque de las civilizaciones” sienta las bases de un discurso que viene precisamente a responder a las exigencias y necesidades de las políticas imperialistas del Estado Norteamericano. Este es, en gran parte, el fundamento de las aventuras sangrientas de Mister Bush en el Medio Oriente, aunque también puede justificar otras intervenciones como la más solapada efectuada a través del Plan Colombia para tener injerencia en Sudamérica.

Según el egipcio Samir Amin el concepto utilizado por los pensadores del sistema para explicar su funcionamiento y desarrollo es el de “*global governance*”. Este puede explicarse como ejercicio global de la autoridad o, más sencillamente, control global. La *governance* en cuestión se construye sobre dos pilares. La gestión de la economía mundial ha sido confiada directamente a los GET, que son apoyadas por instituciones y organismos como la OMC o bien por los organismos multilaterales de crédito como el FMI y el Banco Mundial, etc. El segundo pilar de esta *global governance* consiste sencillamente en el despliegue militar de la OTAN (aunque de manera puramente formal, pues en realidad son las fuerzas militares de los EEUU, a los cuales se asocian casi obligatoriamente los demás países centrales miembros de la OTAN), o incluso llegando más lejos subordinando a la propia ONU que legitima el accionar imperialista. **La famosa mano invisible del mercado de Adam Smith artífice del ordenamiento del sistema no es viable sino es con la ayuda del puño visible, el Estado Imperialista norteamericano que actúa imponiendo el orden imperial** a todos aquellos Estados Nacionales que se nieguen a aceptar el proceso globalizante, la hegemonía de los GET, o bien interviene directamente a aquellos países en donde sea una necesidad estratégica de los intereses del capital.

“Es lo que el mundo necesita –la mundialización sólo funcionará si los Estados Unidos obran con la fuerza onnipotente (*almighty*, calificativo generalmente reservado a Dios) de su posición de superpotencia” y “la mano invisible del mercado no funciona nunca sin el puño invisible. Mac Donald no puede ser prospero sin la Mac Donnell Douglas que construyó el F15. El puño oculto que garantice un mundo seguro para la tecnología de Silicon Valley se llama el ejercito, la aviación, la marina y el Cuerpo de Marina de los Estados Unidos”. El autor de esta frase no es un líder antiimperialista sino Thomas Friedman, asesor de primer rango de la Secretaria de Estado Madelaine Albright²³.

Por eso nos parece una barbaridad cómplice de Hardt y Negri en su libro “Imperio” cuando negando la existencia del imperialismo afirman: “En todos los conflictos regionales de fines del siglo XX, desde Haití hasta el Golfo Pérsico y desde Somalia hasta Bosnia, los Estados Unidos fueron convocados a intervenir militarmente y estamos hablando de pedidos reales y sustanciales, no de meros trucos publicitarios destinados a calmar el disenso público estadounidense, aun cuando hubiesen

²² Huntington, Samuel 1999 “The lonely superpower”, en Foreign Affaire, Vol. 78, N° 2 (citado por Atilio Boron, 2002).

²³ Citado por Samir Amin, 2003.

sido reacios a tal intervención, los militares estadounidenses habrían tenido que responder a esos requerimientos en nombre de la paz y el orden” (Hardt y Negri, 2002). Cientos de miles de muertos en Medio Oriente refutan estas visiones negadoras del imperialismo norteamericano. Así como las resistencias heroicas de los Pueblos sometidos niegan la desaparición de la idea de Nación.

No existe nadie que seriamente pueda dudar que el aparato militar imperialista goza de excelente salud. “Contrariamente a lo que se hubiera esperado, la caída del Muro de Berlín en 1989 y el posterior ocaso del imperio soviético, lejos de conducir al desmantelamiento, aunque sea parcial, de este complejo industrial-militar, tuvo poco o ningún efecto sobre el mismo en términos económicos. Más bien sólo se produjo una reestructuración, su reingeniería, podríamos decir. (...) En materia de gastos militares, comprobamos que el presupuesto de defensa, aun bajo un gobierno como el del ex presidente Clinton, teóricamente una paloma pacifista orientada hacia los problemas domésticos del país, alcanzó la cifra record de U\$S 262.000.000.000 durante 1995. Según el International Institute for Strategic Studies, durante 1995 Estados Unidos gastó en defensa tres veces más que todos sus potenciales enemigos y países neutros combinados” (Salbuchi, 2001).

En definitiva, el rol fundamental del sistema para el Estado Imperialista es ser el puño militar “El medio principal al servicio de la estrategia elegida por Washington es la OTAN, lo cual explica que esta organización haya sobrevivido al derrumbe del adversario contra el cual había sido creada” (Amin, 2003). La opción militarista norteamericana encontró en el sistema de poder globalizado y en los caminos propios del proceso económico una renovada legitimación en el discurso antiterrorista.

La opinión popular muy difundida de que la guerra es un negocio conveniente para los traficantes de armas está un poco simplificada y es unilateral. Lo cual no niega que si se encarara una seria reducción de los gastos militares norteamericanos, el país se hundiría en una crisis al menos tan terrible como la de la década de 1930. No es disparatado interpretar que los gastos militares y las subas del precio del petróleo de las guerras producidas en la última década son algo funcional a la necesidad de contrarrestar la tendencia deflacionista (Firmenich, 2004). En efecto, los Estados Unidos sólo pudieron salir de la gran depresión de la década de 1930 mediante la activación de su industria armamentista, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Esta situación no está muy lejana de la actualidad, alrededor de un tercio de la actividad económica depende directa o indirectamente del complejo militar (una proporción que sólo la URSS había alcanzado).

No es la primera vez en la historia que una potencia imperialista recurre al gasto militar como motor de sostén de su economía. El historiador inglés Hobsbawn en su ensayo sobre la revolución industrial afirma: “La guerra (...) contribuyó aun más directamente a la innovación tecnológica y a la industrialización [inglesa]. Sus demandas no eran despreciables: el tonelaje de la flota paró de 100.000 toneladas en 1685 a una 325.000 en 1760, y tienen aumento considerablemente la demanda de cañones, aunque no de un modo tan espectacular (...) Los contratos del gobierno, o los de aquellas grandes entidades cuasigubernamentales como la Compañía de las Indias Orientales, cubría partidas sustanciosas que debían servirse a tiempo” (Hobsbawn, 1998).

El complejo militar industrial norteamericano se convirtió en los últimos años en el gran motor de la economía y ante el proceso de desaceleración primero, el estancamiento posterior en los primeros años del milenio y la amenaza de la depresión de la economía yanki, se volvió a poner fuertemente en marcha luego de los atentados del 11 de septiembre del 2001. “El atentado a las torres gemelas de Nueva York fue utilizado por los Estados Unidos para tratar de justificar su constante intención

de constituirse en gendarme del mundo. Se potenciaba así su estrategia de avance sobre el mundo asiático para controlar las reservas petrolíferas en dichos territorios y, desde allí, el dominio de la transición hacia el reemplazo de esta fuente energética. Al mismo tiempo legitimaba, ahora con base discursiva en la necesidad que los gobiernos presten su colaboración a la lucha antiterrorista, cualquier inserción militar en los países latinoamericanos” [plan Colombia] dice el sindicalista Pedro Wasiejko, Secretario de Relaciones Internacionales de la CTA²⁴.

“La operación del 11 de septiembre resulta tan oportuna para permitir el despliegue del proyecto del Pentágono en dirección a Asia Central que uno no puede dejar de preguntarse si ciertos servicios (¿la CIA? ¿el Mossad?) no prefirieron dejar que las cosas pasaran, si es que no tramaron la operación misma” (...) “Esta zona —el Golfo Pérsico y Asia Central— contiene la mayor proporción de los recursos petroleros del conjunto del planeta. ¿Podemos callar aquí la estrecha relación que mantiene la familia Bush con los intereses petroleros norteamericanos²⁵? ¿No es llamativo que la primera guerra de Bush padre fuera una guerra del petróleo (el control del Golfo “amenazado” por Irak) y que la segunda guerra —la de Bush hijo—, que apunta abiertamente a arrancarle el control de Asia central a la Rusia heredera de la difunta Unión Soviética, sea también una guerra de petróleo?” (Amin, 2003).

A esta altura, después del papelón que significó el fracaso en las excusas de las guerras imperialistas en ambos casos, tanto Afganistán (la excusa era encontrar a Bin Laden) como en Irak (la excusa era encontrar sus armas de destrucción masiva), es difícil en un análisis serio no relacionar el episodio de los atentados a las torres gemelas con la necesidad de evitar el estancamiento de la economía norteamericana.

De un modo más abarcativo podemos tomar a los hechos del 11 de septiembre, como también a las invasiones yankis del comienzo de este siglo, a los ataques sistemáticos y los abusos cometidos por Israel frente al Pueblo Palestino que lucha por su afirmación nacional, y a la injerencia de militares norteamericanos en el conflicto interno de Colombia, etc. como postales que muestran la subsistencia de los intereses imperialistas y la acción de un Estado gendarme de los intereses del gran capital como fuerza de coerción global.

Sin embargo, estos no son los únicos, ni siquiera los más importantes, conflictos represivos que genera la dominación a través de los Estados centrales en esta etapa globalizante. Un ejemplo de la función constante y cotidiana, no por eso menos represiva, de estos Estados: impedirle a los pobres de las naciones periféricas ingresar a sus ricos países. Las migraciones desde los Pueblos periféricos hacia las potencias dominantes, son acaso el más trágico espectáculo, como por ejemplo el tétrico caso producido (en noviembre de 2005) por miles de inmigrantes africanos que intentan penetrar en los enclaves que aun ocupa el Estado español al otro lado del Mediterráneo, que son para muchos de ellos la llave de entrada a Europa. Tratados como menos que animales, los pobres africanos intentan penetrar con la esperanza de escaparle al hambre y la exclusión que sufren en sus países pisando, aunque sea ilegalmente tierras europeas. Allí se estrellan contra las políticas represivas de inmigración, así como también lo hacen miles de latinoamericanos contra el infame muro trazado en la frontera entre EEUU y México.

Las gigantescas operaciones de los GET requieren del Estado no sólo para excepciona-

²⁴ En el prologo de Arceo, 2002.

²⁵ Para ver más referencias del vínculo entre la familia Bush y los grandes *trust* petroleros ver “Hitler ganó la guerra” de Walter Graziano (2005).

les (cada vez menos por desgracia) movimientos de guerra, sino que también demandan —como decíamos— la intervención permanente y cotidiana de las instituciones estatales y de su aparato militar, policial y jurídico, para garantizar una libertad plena de movimientos y sobre todo el control político de los trabajadores con empleo y también de los excluidos del sistema (y, como referíamos, de los inmigrantes que pretenden entrar).

Aunque también esta necesidad del Estado tiene aspectos que no son necesariamente represivos. Es claro que la apropiación por parte de la oligarquía mundializada de una parte importante de la maquinaria del Estado Imperialista además permite crear las bases para la utilización de sus enormes recursos, por ejemplo, en el desarrollo de la ciencia y la tecnológica en beneficio de los GET. Este proceso —que avanzó con lentitud hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial— recibió un impulso colosal durante el período de posguerra, en virtud de la reconstrucción de Europa Occidental y Japón, y del incremento de la competencia entre el capitalismo y el naciente sistema de países socialistas, con particular énfasis en la esfera militar. La carrera armamentista desatada por el imperialismo funcionó como un poderoso estímulo a la concentración de gastos en el llamado complejo militar industrial, así se financió gran parte de los más avanzados desarrollos tecnológicos.

Los GET crecen a partir de la financierización de la economía, de su cartelización —eliminando a la competencia de orden nacional e internacional— pero también en función de los enormes gastos en el terreno de la tecnología efectuados por el propio Estado al que dicen detestar. Sólo el Estado —sobre todo el gran Estado Imperialista— es capaz de sostener estos gastos altísimos en desarrollo tecnológico del que son beneficiarias las transnacionales, al ser los que le dan una salida económica. Sin ese sostén —que el discurso neoliberal siempre mantiene en silencio— y, particularmente, el sostén de los gastos militares, muchos de esos monopolios no podrían mantenerse. Existe una asociación directa entre la llamada tecnología de punta, los Grupos Económicos Transnacionales —que son quienes la usufructúan comercialmente— y el Estado Imperialista —que es quien financia la investigación— a través del Complejo Militar Industrial. Y esta relación ya viene desde hace tiempo. Según Castells desde 1986, el Departamento de Defensa absorbió el 90% del presupuesto de investigación aplicada en ingeniería eléctrica y el 88% de la investigación en informática, empleó el 30% de los matemáticos, el 24% de los físicos y el 18% de los ingenieros electrónicos²⁶.

En síntesis: La hegemonía militar de los Estados Unidos y sus aliados, en tanto Estados Imperialistas es absolutamente funcional al despliegue del proceso globalizante. Pese al autoreferido rol autoasignado de “defensor de la libertad” sin duda es hoy el principal adversario del proceso social, de la democracia y de la paz. Este proyecto liberal militar imperialista “es una utopía reaccionaria que reduce a la nada, o casi a la nada, las perspectivas de un cierto desarrollo para gigantescas regiones del mundo contemporáneo, y por ello mismo está destinado a profundizar el contraste centro/periferia tan inherente al capitalismo del mañana como al de ayer” (Amin, 2003).

También funcional, pero distinto, es el rol que les cabe a los Estados periféricos. “En la reorganización mundial del sistema imperialista que tuvo lugar bajo la égida ideológica del neoliberalismo los Estados fueron radicalmente debilitados y las economías periféricas sometidas cada vez más abiertamente, y casi sin la mediación estatal, a los influjos de las grandes empresas transnacionales y las políticas de los países desarrollados, principalmente los Estados Unidos. Este proceso no tuvo nada de natural y fue el resultado de iniciativas adoptadas en el centro del Imperio: el

²⁶ Citado por Josefina Regnasco, 2000.

gobierno de los Estados Unidos, en el papel rector acompañado por sus fieles perros guardianes (el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc.) y respaldado por la militante complicidad de los gobiernos del G7. Fue esta coalición la que forzó (en muchos casos mediante brutales presiones de diverso tipo) a las endeudadas naciones del conjunto del Tercer Mundo a aplicar las políticas conocidas como el “Consenso de Washington” y a reconvertirse en economías en consonancia con los intereses de la coalición dominante y, muy especialmente, el *primus inter pares*, los Estados Unidos” (Boron, 2002).

Aun en los tiempos del sistema de dominación imperialista, con su economía industrial, mejor dicho debido a ella, las burguesías nacionales habían contado con ciertos espacios, no disputados por el Imperio, que fueron permitiendo su reproducción como clase social. La porción del poder del Estado Nacional que les pertenecía, fue puesta en tela de juicio con el despliegue de las transnacionales y el advenimiento de la globalización. En la medida en que los GET van condicionando, reconfigurando, e imponiendo su impronta a la economía, hay menos margen de acción para estas burguesías nacionales. “La transnacionalización y desnacionalización política tiende a reducir al mínimo estos espacios locales. Hoy día, esas burguesías se encuentran en vías de absorción y destrucción por parte de la oligarquía financiera transnacional y, en consecuencia, se reducen las cuotas de poder político que pueden ejercer. Se trata de un proceso que transcurre en medio de la agudización de la competencia interimperialista por el control de las regiones subregiones, países, localidades y ramas de la industria y los servicios que reúnen los requisitos indispensables para garantizar la reproducción ampliada del capital monopolista y cuentan con tecnologías, la fuerza de trabajo y los mercados necesarios para la obtención de jugosas ganancias. Este impúdico festín, por una parte, agudiza las contradicciones entre la oligarquía financiera y las burguesías nacionales y, por la otra, provoca la estratificación y fragmentación de estas últimas, en la medida en que los restos del banquete resultan cada día menos capaces de garantizar la subsistencia de los capitales locales, obligados a competir contra los monopolios y entre sí” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

El impulso de la imposición del nuevo sistema de dominación fue generando un momento duro para los Pueblos del mundo. Así debemos entender el apogeo del neoliberalismo, el pensamiento único y el desguace de los Estados Nacionales periféricos como práctica política. La revolución tecnológica de una amplitud decisiva, conjugada con la hegemonía del bloque antipopular, dio como resultado una expulsión del sistema productivo a una gran cantidad de trabajadores, el redespliegue del imperialismo que aparecía como invencible en el terreno militar, la economía dominada por sus segmentos más volátiles y especulativos, la redomesticación de las burguesías periféricas, todo esto constituyó un cuadro de gran desasosiego para los Pueblos oprimidos y los trabajadores explotados. Pero no es menos cierto que, en la coyuntura actual, empieza a haber notorias fisuras en el sistema de dominación mundial, se resquebraja la mampostería del pensamiento único y se vuelve a pensar en muchos países periféricos la función del Estado en la economía, la contradicción entre sectores productivos y sectores meramente especulativos se acentúa por todas partes. Además, la invencibilidad militar del imperialismo yanqui parece estrellarse contra la realidad de la ocupación de Irak que amenaza con convertirse en un nuevo Vietnam. Los Pueblos sudamericanos lograron sacar fortaleza de debilidad y en el mismo seno de las democracias formales impuestas por el Imperio, fueron surgiendo gobiernos nacionales progresistas y populares, que intentan romper con algunos de los presupuestos del neoliberalismo.

Todo esto nos hace pensar en el acierto de Samir Amin cuando dice que “la erosión

de la eficiencia del Estado Nacional producida por la mundialización capitalista no es un factor determinante irreversible del futuro. Por el contrario, las reacciones nacionales a esta mundialización pueden imprimirle –para bien o para mal según las circunstancias– trayectorias imprevistas a esta expansión mundial” (Amin, 2003).

UN NUEVO ACTOR MUNDIAL: EL GRUPO ECONÓMICO TRANSNACIONAL. LA EVOLUCIÓN DE LOS GET COMO SUJETO POLÍTICO DE ESCALA GLOBAL.

La subsistencia de los Estados Nacionales, y sus diferencias entre sí, el rol particular que le cabe a los Estados imperialistas, no tienen que hacernos pensar –como afirmábamos más arriba– que nada ha cambiado y que los actores siguen siendo los mismos de siempre. Han aparecido en escena nuevos sujetos políticos con una relevancia tal, que soslayarlos, implica no dar una cuenta real del proceso del ordenamiento mundial en esta etapa. El principal de estos nuevos actores es, sin duda, el Grupo Económico Transnacional.

Cuando definíamos globalización en un sentido amplio hacíamos referencia a un proceso de expansión de la civilización noratlántica. Los sujetos que venían impulsando y conduciendo el proceso de esta expansión fueron, sin duda, los Estados Nacionales de los países centrales viviendo y desarrollándose no sólo de sus contradicciones internas, sino también en función de la apropiación del excedente de los países dependientes. El Estado Nacional Imperial es el motor principal de la globalización en sentido amplio, tanto en la etapa colonialista como en la imperialista. Los Imperios con su fuerza militar y económica fueron artífices de un camino de integración a nivel mundial que tiene una fuerte impronta de injusticia e inequidad. En la etapa de la globalización, en sentido estricto, aparecen como nuevos sujetos de impulso de esta expansión, los Grupos Económicos Transnacionales. Es decir, los intereses de las oligarquías mundiales dejan de tener sustento solamente en la fuerza de los cañones de los Estados Imperiales. Más allá de los aspectos específicos asignados la utilidad de la soberanía de los Estados Nacionales, esta comienza a ser fuertemente cuestionada desde las usinas de pensamiento transnacional. Está claro que el modelo final del proceso globalizador ve, en última instancia, al Estado como un obstáculo y no como un facilitador de la sociedad que propugna, aunque en el camino está dispuesto a servirse bien del mismo.

Los GET libran una nueva guerra de conquista del globo (como fue nueva la conquista imperialista respecto a la colonialista) para la cual instrumentalizan el poder subsidiario de un Estado desprovisto de su fuerza originaria, de esta forma los cañones imperiales aun seguirán apuntando a su enemigo (quien amenace la continuidad del sistema de dominación) y se mostrarán dispuestos a librar las batallas que las corporaciones les indiquen. Con esto se va transformando el Estado, adquiriendo nueva fisonomía, conformando su nueva funcionalidad. Esto es: ser el garante del mercado, el gendarme de la libre expoliación de los Pueblos por las transnacionales.

Es imprescindible entender que esta refuncionalización no es una caprichosa inferencia del mero crecimiento de las empresas. “La regulación económica del Estado Nación que antes agotaba íntegramente el universo de la rotación nacional del capital, va cediendo terreno a una regulación transnacional, especulativa en esencia, que escapa a su control y se presenta como una fuerza hostil que lo acota desde afuera. El fundamento de ese proceso es la vertiginosa aceleración de

la concentración de la propiedad en la forma de monopolios transnacionales, que tiene lugar, principalmente, por la vía de la fusión de capitales cada vez mayores, provenientes de diferentes matrices nacionales imperialistas, aunque también mediante la explotación intensiva del mercado mundial, el uso de mecanismos financieros orientados a perfeccionar y potenciar el proceso de extracción de plusvalía, la transformación de los Estados atrapados en la red de la deuda externa en proveedores netos de capital en relación con los centros mundiales de poder económico, la privatización de empresas públicas devaluadas de manera artificial y la fuga profusa de capitales” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

El poder que han adquirido los GET apenas se vislumbra detrás de algunos datos cuantitativamente significativos de la concentración mundial del capital: las ventas de las filiales extranjeras en todo el mundo (14 billones de dólares en 1999, 3 billones en 1980) son ahora más del doble de las exportaciones mundiales y el producto bruto asociado a la producción internacional es más o menos la décima parte del PIB mundial, en comparación con la vigésima parte en 1982.

Algunos datos indican la existencia de 63.000 empresas transnacionales matrices, con sus 690.000 filiales extranjeras. Estas están presentes en todos los países de la Tierra y cubren todas las actividades económicas, según el “Informe sobre las Inversiones en el Mundo 2000”, de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, UNCTAD. Otros datos consignan que “de las alrededor de 7.000 empresas transnacionales que había en los años sesenta –apunta Heinz Dietrich–, el número ha creció a 37.000 en la actualidad (1997). Sus ventas combinadas superan la totalidad del comercio mundial que en 1992 alcanzaba la suma de 5,8 billones de dólares. En los Estados Unidos, que tiene la mayor parte de las transnacionales, el 80 % de las mercaderías facturadas en dólares fuera del país no son exportaciones, sino ventas de empresas afiliadas, comercio intra–empresas (*intrafirm trade*), productos licenciados o vendidos a través de acuerdos de franquicias. A nivel del mercado mundial se calcula que alrededor del 40% del comercio mundial no se realiza a través de un mercado libre sino como comercio intraempresarial. En la última década, el número de países donde se cotizan acciones de las diez principales transnacionales ha aumentado de 58 a 70. Pero las transnacionales han dejado de ser meros exportadores de mercancías y servicios para crear una infraestructura mundial de producción y distribución cuyo valor calcula superior a los 2,1 billones de dólares, es decir, dos veces mayor que el PBI latinoamericano” (Heinz Dietrich, 1998).

La transnacionalización del capital ha avanzado de manera privilegiada en el caso de los flujos del capital financiero, en menor medida en los de capital comercial y de manera aun más limitada en los de capital productivo. El desarrollo desigual en la globalización de las distintas formas de capital explica las distintas velocidades del proceso globalizador y particularmente cuales son sus sectores impulsores y hegemónicos y cuales son los que van a la retranca.

Al frente del desenfrenado despliegue del capital avanza como la punta de lanza, la inversión directa, sobre todo adquiriendo empresas en funcionamiento sean estas de carácter estatal o privado. Entonces “la situación nacional–estatal de los países periféricos –entre los que se ubica la Argentina– es sustancialmente diferente a la de los países del G–7: la pérdida no se limita a la soberanía exterior, sino que incluye también pérdida de la soberanía interior por el debilitamiento del rol del Estado” (Godio, 2000). La transferencia de la propiedad nacional a manos extranjeras socava la soberanía nacional y es equiparable a una recolonización. Además de que se debilita al sector empresarial nacional, se pierde el control sobre el desarrollo económico, subordinando aun más a las burguesías nacionales. Cuando las adquisiciones se

producen a “precio de saldo” como lo fue en los corruptos gobiernos neoliberales de la región latinoamericana (cuyo paradigma son Salinas en México y Menem en Argentina), el impacto y las consecuencias son aun mayores. De este modo se consolida la hegemonía del sector transnacional en las economías periféricas.

El inicio de la bifurcación de caminos entre el gran capital y el Estado Nación debemos ubicarlo mucho antes de la instauración del neoliberalismo. El origen de los Grupos económicos Transnacionales hay que encontrarlo en los primeros movimientos de la llamada inversión directa en el extranjero²⁷. Esta constituye un cambio respecto de las prácticas capitalistas tradicionales cuyo protagonista no es ya el Estado Nacional de carácter imperialista sino las empresas privadas (aunque estas fueran oportunamente defendidas y sustentadas por el poder de fuego y disuasivo del Estado imperialista).

Este fenómeno de la inversión directa adquiere otra dimensión después de la segunda posguerra, cuando las llamadas multinacionales, es decir, las empresas del capital de los países imperialistas, abrían –mediante la inversión en el extranjero– filiales de producción en otros países (centrales o periféricos) con el objeto de acceder al mercado interno de estos. El proceso tiene una particular incidencia en las economías periféricas. “El fortalecimiento de las barreras arancelarias establecidas en las décadas de 1930 y 1940 había creado condiciones favorables para las industrias nacientes en los países en desarrollo. El capital internacional procuró entonces saltar las barreras arancelarias para invertir al interior de esos mercados protegidos y beneficiarse de sus ventajas. De esta forma, el capital internacional abandonaba su base de inversión tradicional en los sectores primario–exportadores para invertir en manufacturas volcadas hacia el mercado interno de los países dependientes y subdesarrollados” (Dos Santos, 2003).

La mayoría de estas empresas multinacionales respondían al capital norteamericano y como tales eran bancadas desde una política de Estado muy agresiva al respecto. Por aquel entonces estas corporaciones se veían restringidas por las barreras aduaneras, y el control estricto que aun ejercían los Estados Nacionales, con mayor o menor nivel de autonomía, para la circulación de los capitales.

Hasta comienzos del siglo XX, el modelo típico de inversión extranjera era el de cartera, en el cual los capitalistas privados, individualmente o través de organizaciones financieras invertían fondos en empresas extranjeras tales como ferrocarriles, minas, plantaciones, etc. y, simplemente, recogían los dividendos en la medida en que los había. Remontándonos en la línea de este tipo de empresas podemos encontrar ya en el siglo XIX los orígenes de algunas de las transnacionales actuales, fundamentalmente vinculadas a Gran Bretaña, como por ejemplo las sociedades mercantiles de los ingleses en África Occidental a las que se remonta el origen de Unilever, la Compañía de India del Este, que sentó las bases para la administración colonial británica en la India (Sklair, 2003). Pero, ésta no es de ningún modo la línea principal para rastrear a los ancestros de los GET.

No es casualidad que el proceso de surgimiento con mayor nivel de fuerza y continuidad de las multinacionales se diera en los Estados Unidos. El proceso de concentración monopólica se dio allí antes de 1900. Es claro que la inversión directa en el extranjero está ligada a la presencia de grandes empresas en mercados monopólicos u oligopólicos²⁸. Es debido a esta tendencia hacia el monopolio

²⁷ Mediante la inversión directa una empresa puede controlar a otra establecida en el extranjero e integrar las políticas de precios y de producción de esta última con sus propios planes (Hymer, 1973).

²⁸ “La lucha contra la dimensión de las empresas ya estaba completamente perdida des-

de las grandes corporaciones, tendencia que reconocen los propios liberales, que se estableció en el seno de los EEUU la política *antitrust* en nombre de la cual —en ciertos momentos— se juzgó necesario, ya recurrir a la disolución de firmas gigantes (como la Standard Oil o la American Tobacco), ya subvencionar a numerosos competidores (como en la industria del aluminio), ya impedir fusiones (tales fueron las medidas con la United Shoe Machinery y con la Internacional Business Machines) (Hymer, 1973) o bien cobrar importantes sumas a modo de multa y/o proteger de la destrucción a la competencia (como por ejemplo, recientemente, a Microsoft). Y estos no son más que sólo algunos casos de cómo se combatió y combate a esta tendencia monopólica en la legislación norteamericana, pero este combate no significa, para nada, que se haya podido lograr que las grandes corporaciones no pudieran realizar una tremenda acumulación monopólica en EEUU, que les permitió ser la vanguardia en el proceso de transnacionalización que se inició con las primeras multinacionales, es decir, con las primeras importantes inversiones directas extranjeras a fines de la década del cincuenta.

El desarrollo de empresas en otros países, fruto de la inversión directa, sólo pudo hacerse cuando las condiciones de acumulación de los monopolios u oligopolios alcanzó un nivel considerable. Poner una empresa en el extranjero tenía en sus comienzos una larga serie de dificultades. Por ejemplo, debían enfrentar a los riesgos de cambios, a las políticas nacionales discriminatorias con el capital extranjero, a la dificultad de información y de coordinación de las decisiones a grandes distancias, etc. Para compensar estas desventajas, las multinacionales debían contar con algunas ventajas especiales, que difícilmente se hallaban en los sectores competitivos. La compensación respecto de los productos y servicios nacionales se dio en aquellos rubros en que las multinacionales hallaron un privilegio de cualquier tipo, tales como la protección de patentes, de productos específicos, de mejores conocimientos tecnológicos o de mayores facilidades de financiamiento. Los privilegios obtenidos, las acciones como el *dumping* y los arreglos entre los oligopolios para mantener alto el precio de determinadas mercaderías fueron (y siguen siendo) gambetas habituales de estas empresas para eludir la “libre competencia” e ir consolidándose. Y una vez consolidadas posiciones dominantes en los mercados, las corporaciones muchas veces se convirtieron incluso en defensores de esas múltiples trabas y requisitos para que se radiquen otros capitales, defendiendo a capa y espada el aislamiento del mercado nacional, en tanto este estaba controlado por ellas.

En la medida en que todas las restricciones de carácter nacional-estatal fueron levantadas por el neoliberalismo en el poder, las empresas de multinacionales iban transformándose en transnacionales, es decir, se comenzaban a independizar de su lugar de origen y a alcanzar un desarrollo a nivel mundial, que configuraba su poder mucho más que aquel Estado en el que fueron surgiendo originariamente. El proceso de desarrollo de la transnacionalización no es otro que la pretensión de unificación del capital mundial y la mano de obra mundial dentro de un sistema entrelazado de interpenetración que altera y cuestiona el sistema de economías nacionales, que fue el carril del capitalismo en los últimos trescientos años.

Desde una perspectiva histórica, podemos afirmar que desde el comienzo de la revolución industrial la empresa ha desarrollado lo que se llama la ley del tamaño creciente. Esta tendencia se ha verificado pasando del taller a la fábrica, de ahí a la empresa nacional, de esta a la multinacional para llegar en pues del movimiento de fusión que tuvo lugar entre 1897 y 1901” afirma Mason citado por Stephen Hymer, 1973.

la actualidad al Grupo Económico Transnacional. Este crecimiento no es sólo cuantitativo sino también cualitativo y va acompañado de procesos sociales y cambios profundos en la correlación de fuerzas al interior de las sociedades.

Sin embargo, las empresas enormes o gigantes son una constante desde los inicios del comercio internacional. Ellas eran una forma de organización característica aun en el período mercantilista, cuando el comercio de enormes distancias con América, Asia y África era organizado por grandes compañías que se estructuraban por acciones, como la Hudson’s Bay Co., la Royal African Co., la East India Co., para nombrar sólo las grandes empresas inglesas de la época de la dominación colonialista.

Pero, como decíamos más arriba, no hay que rastrear en aquellas grandes compañías los orígenes genéticos de los actuales GET. Fueron como los grandes dinosaurios que alguna vez dominaron la tierra, pero que no están, de ningún, modo emparentadas con el hombre. Como los dinosaurios eran de tamaño desmesurado, tenían un cerebro pequeño, y se alimentaban con la vegetación exuberante de los nuevos mundos (las empresas que controlaban el tráfico de esclavos, las plantaciones de las antillas y la extracción de los recursos mineros eran, entre ellos, los Tiranosaurios Rex).

No cabe duda, aunque fue negado o bien relativizado, que como sostiene el canadiense Stephen Hymer “Las actividades de estos mercaderes internacionales, plantadores y mineros establecieron los cimientos de la revolución industrial, al concentrar capital en el centro metropolitano, aunque la fuerza impulsora provino de las empresas capitalistas de manufactura en pequeña escala, que en sus comienzos operaban en los resquicios de la estructura económica feudal” (Hymer, 1973). Los verdaderos precursores de las modernas corporaciones transnacionales hay que encontrarlos en esos pequeños talleres organizados en esa misma época por esa nueva clase social en asenso: la burguesía, que se desarrollaron como si fueran monitos viviendo en los tiempos de la hegemonía de los dinosaurios.

La constante reinversión de las ganancias, facilitada por las condiciones de superexplotación en el naciente capitalismo, llevó a un incremento constante en el tamaño de los capitales, posibilitando una mayor división del trabajo y creando la oportunidad de emplear la maquinaria en la producción. La evolución de la empresa de negocios desde el pequeño taller (la fábrica de alfileres de Adam Smith) hasta la empresa familiar marshalliana²⁹ no representa más que un primer paso en el desarrollo de la organización empresarial. En la década de 1870 la estructura industrial norteamericana no estaba constituida más que por un cúmulo de empresas del tipo familiar, unifuncionales y esparcidas por todo el país. Era característico de estas las empresas de negocios estar bajo el firme control de un sólo empresario o un pequeño grupo familiar, el cual era el depositario de todo el conocimiento y el que tomaba todas las decisiones. Recién hacia principios del siglo veinte, el rápido crecimiento de la economía y el gran movimiento de fusiones habían consolidado a muchas pequeñas empresas en grandes corporaciones nacionales que asumían muchas funciones a lo largo de la amplia geografía cuasi continental de los Estados Unidos.

En esta etapa se produce un nuevo salto organizativo la empresa controlada por su propietario y/o su grupo familiar cede lugar a la estructuración de la pirámide administrativa de la corporación. Gran parte de este salto fue dado y generado por el ferrocarril. Este no sólo amplió el mercado para las empresas sino que también la necesidad de administrar operaciones dispersas geográficamente condujo a las

²⁹ Alfred Marshall fue un británico autor de los estudios económicos clásicos en su versión de vulgarización a través de manuales muy difundidos hacia comienzos del siglo XX que hacían particular eje en la estructura de la empresa familiar.

compañías ferroviarias a crear una estructura administrativa que distinguía las oficinas de campo de las centrales. Aquellas para las operaciones locales y todas a su vez estaban supervisadas por las oficinas centrales. Este modelo que propugna la integración vertical del trabajo fue copiado rápidamente por las corporaciones nacionales de reciente formación, que enfrentaban problemas similares.

Las funciones de administración de empresas se subdividieron en departamentos —financiero, de personal, de compras, de manufacturación, etc.— Esta nueva división horizontal del trabajo abrió nuevas oportunidades de racionalizar la producción e incorporar los adelantos tecnológicos de la época con mayor fluidez. Se había agregado al cerebro de la empresa un sistema nervioso que, al conectar y coordinar los departamentos, le permitía desplegarse. Una de las principales cualidades de las corporaciones nacionales fue una estructura administrativa elaborada, necesaria para coordinar y controlar la producción masiva y la comercialización masiva en plantas y canales de venta geográficamente dispersos.

La inversión en innovación tecnológica enfrentó a las corporaciones a un nuevo desafío. Para hacer frente a un mercado en cambio constante, la empresa debía desarrollar una estructura multidivisional. La nueva forma fue originada por General Motors y DuPont poco después de la Primera Guerra Mundial y adoptada por la mayoría de las grandes corporaciones en el auge de la segunda posguerra. Tal como había sucedido con los otros saltos cualitativos este proceso de evolución significaba un proceso de diferenciación e integración a la vez. Las corporaciones nacionales se descentralizaban en varias divisiones, cada una vinculada a una línea de productos y caracterizada por un departamento de dirección propio. En el nivel superior se creaba una oficina general para coordinar la división y planificar la empresa como un todo.

La nueva forma adoptada por las corporaciones nacionales estaba dotada de gran flexibilidad. La estructura descentralizada le permitía ingresar en un mercado nuevo añadiendo una división nueva, y dejando sin alteración a las antiguas divisiones. Esta estructura flexible también permitía crear líneas de productos rivales en la misma industria, aumentando así su participación en el mercado al mismo tiempo que dando una sensación de competencia. La reflexión y la práctica de la organización y administración de empresas se convirtió en un campo de especialización, así el capitalismo norteamericano pasó al frente en las disputas hegemónicas frente al capital europeo, sobre todo el británico, donde siguió prevaleciendo una estructura empresarial de tipo familiar.

Las corporaciones norteamericanas comienzan a instalarse en el exterior casi al mismo tiempo en que alcanzan su integración a escala nacional en el vasto territorio de EEUU. Su estructuración les dio la capacidad organizativa para conquistar nuevos mercados y a su vez el mayor poder financiero para desarrollar dicha expansión. A fines de la década del cincuenta las grandes empresas nacionales norteamericanas se enfrentaban con las consecuencias de un proceso que el propio gobierno yanqui había contribuido a desatar: el rápido crecimiento de Europa y Japón, promovido en los años de la posguerra a efectos de fortalecer el sistema capitalista mundial, ante la “amenaza roja”³⁰. Los países europeos resurgieron de la destrucción de la guerra con

pautas de consumo y expectativas muy por debajo del patrón norteamericano. Sin embargo su productividad potencial no se hallaba tan por debajo de la norteamericana, considerando los hábitos de trabajo y niveles de especialización de la fuerza de trabajo. Podía contarse con un gran excedente si la fuerza de trabajo se organizaba y el proceso de consumo iba creciendo gradualmente. Y a su vez se iría fortaleciendo un cada vez más interesante mercado de consumo a través de las pautas del keynesianismo. La respuesta de las corporaciones yanquis fue una agresiva política de penetración en Europa la forma del establecimiento de bases de ventas y de producción³¹. En lugar de exportar productos, se comenzaron a fundar en el extranjero plantas de producción y comercialización de productos. Con este movimiento, las grandes corporaciones nacionales se convierten entonces en empresas multinacionales. Aunque es preciso aclarar que el concepto de multinacional comenzó a tener preeminencia para explicar este fenómeno recién después de la década del sesenta. La diferencia entre unas y otras es que, mientras las primeras siguen pensando en términos del mercado nacional (dentro del marco de un sólo Estado Nación y sus reglas jurídicas y económicas) y si bien sus productos pueden ser exportados a otros países estos se producen en un mismo ámbito; en cambio, las segundas, las multinacionales, desarrollan la manufactura y la comercialización en distintos países (escala internacional no mundializada), aunque con lógica en la que el centro sigue siendo el enriquecimiento y la acumulación de capital de la casa matriz, en sintonía con la política imperialista de los Estados centrales. Aunque debemos precisar con Sklair, que desde sus inicios y con creciente frecuencia “las empresas estadounidenses no siguieron dócilmente la línea de política exterior de su gobierno contra sus propios intereses” (Sklair, 2003).

También es importante resaltar que el fundamento de gran apoyo norteamericano durante esta época a sus empresas para la ampliación del establecimiento de subsidiarias³² en otros países fue la reacción ante el debilitamiento de la rentabilidad doméstica, la desaceleración de la productividad y el deterioro del contexto interno de negociación por los crecientes salarios, es decir, ante las consecuencias económicas para las corporaciones del Estado de Bienestar.

Esta estrategia se expandió con rapidez en Europa y América Latina, cuyos gobiernos abrieron sus puertas a la inversión norteamericana. Las empresas multinacionales fueron generando inversión directa comprando proveedores y también competidores en el extranjero. En efecto, algunas empresas se encontraban con que eran compradores oligopólicos de materias primas producidas en muchos países sobre todo del Tercer Mundo, y temían enfrentarse a una estatización o una monopolización de sus fuentes de abastecimiento. Mediante la inversión directa en las empresas productoras en el extranjero las empresas norteamericanas po-

estaba claramente vinculado a esta actividad económica. La política exterior estadounidense estaba basada en la necesidad de detener el avance mundial del comunismo en Europa y en cualquier otro lugar a través del desarrollo económico de áreas bajo amenaza” (Sklair, 2003).

³¹ “El desarrollo de un producto nuevo es un costo fijo; una vez erogado el gasto necesario para la invención o innovación, es algo superado para siempre. El verdadero costo de producción, por tanto, es típicamente bastante inferior al precio de venta y el límite de la producción no depende de los costos crecientes sino de la demanda creciente, debido a la saturación de los mercados. El beneficio marginal sobre los nuevos mercados extranjeros es, por lo tanto, alto, y las corporaciones tienen un fuerte interés en mantener un sistema que esparce ampliamente sus productos. Así pues, el interés de las corporaciones multinacionales en los países subdesarrollados es mayor de lo que permite sugerir el tamaño del mercado” (Hymer, 1973).

³² Entre 1950 y 1969, la inversión directa extranjera de las empresas norteamericanas se expandió a una tasa de alrededor del 10 por ciento anual. A este ritmo se había duplicado en menos de diez años (Hymer, 1973)

³⁰ “La historia de las CNT está, por supuesto, ligada a la historia de la inversión extranjera directa (IED). Aunque la IED ha sido sustancial desde el comienzo del siglo XX, realmente despegó en la década de 1950, como resultado del flujo de fondos desde Estados Unidos a Europa después de la segunda guerra mundial. Las empresas estadounidenses ya habían invertido sumas considerables en las subsidiarias europeas entre las dos guerras. Después de 1945 la IED sirvió tanto para reconstruir lo que había sido destruido como para ampliarlo. Un motivo político

dían ganar la seguridad implícita en el control de sus requerimientos de materias primas. Simultáneamente otras empresas invertían en el exterior (sobre todo en Europa³³, pero también en los países llamados por aquel entonces “en desarrollo”) para controlar las salidas en la comercialización y maximizar de tal suerte las cuasi rentas provenientes de sus descubrimientos tecnológicos y de la diferenciación de productos. La injerencia y el predominio de las filiales de empresas multinacionales en las áreas industriales más complejas de los países dependientes, tuvo además la consecuencia adicional del debilitamiento de la capacidad de estos de integrar la producción de bienes y servicios con los sistemas nacionales de ciencia y tecnología y con la oferta interna de insumos complejos (Ferrer, 2006). Sin embargo, sobre todas las cosas, la instalación de las corporaciones significó un mecanismo directo de apropiación del excedente. Como dice con claridad Salvador Lozada (1974): “Después de un rápido período, en que el inversionista extranjero recupera su inversión, la empresa multinacional suele entrar a funcionar como una formidable bomba de succión del ahorro nacional”³⁴. Incluso llegando más allá podemos consignar que generalmente el financiamiento procede de la misma sociedad “intrusada”: “Los aportes de nuevo capital son mínimos, puesto que las subsidiarias se financian en proporciones elevadísimas con recursos financieros locales, y sus remesas por utilidades, interés, pago de regalías, asistencia técnica, insumos externos, etc., representan magnitudes varias veces superiores, de tal manera que el drenaje neto de recursos es substancial (sin contar las sobrefacturaciones habituales en cada uno de los rubros de pagos al extranjero, facilitadas sobremanera por tratarse con frecuencia de transacciones nominales internas del conglomerado)” (Sunkel, 1975).

A lo largo de este camino, generalmente, incluso las inversiones de los principales grupos empresarios podían parecer menores en relación con el total del Producto Bruto Interno de la mayoría de los países en donde se asentaban, pero el gran impacto que siempre tuvieron fue porque se desarrollaron en torno a cuestiones estratégicas, como por ejemplo, a ramas particulares de las economías de los países más pobres y escasos de capital para su desarrollo capitalista.

Tal como observamos, la primera fase de este proceso de expansión se dio hacia Europa (también hacia Canadá) para aprovechar los grandes mercados de consumidores. La reacción de los empresarios europeos no fue tratar de impedir la propagación de este sistema sino más bien asociarse a él, o bien imitarlo. Así las multinacionales norteamericanas y también europeas fueron llegando a los países periféricos, beneficiándose además con los bajos costos —particularmente salariales—. Llegando entre los países periféricos, siempre primero a los de mayor desarrollo relativo, pues estos contaban con un mercado local al que abastecer, más importante que los países más pobres.

Por eso, si la vanguardia de este proceso lo constituyeron las corporaciones norteamericanas, se acoplaron rápidamente empresas europeas y japonesas. En la década de los setenta las empresas europeas, imbuidas de los métodos norteamericanos para sus propios beneficios, inician una oleada de expansión e

internacionalización hacia el sudeste asiático y América Latina, buscando sobre todo la reducción de sus costos laborales, altísimos a consecuencia del pacto social vigente a causa de su proximidad con el, por entonces, creciente sistema del “socialismo real”. También los grupos europeos pusieron proa hacia Estados Unidos. La instalación en el territorio yanqui les permitía atender a este enorme mercado eliminando costos de transporte y sorteando las barreras comerciales proteccionistas que regían en ese país. Una expansión de carácter similar se dio hacia el interior del resto de la propia Europa, con el objeto de explotar economías de escala mediante la división regional del trabajo. Recién en la década de los ochenta es que las megaempresas japonesas comienzan a establecer plantas ensambladoras en Estados Unidos y Europa como una vía para contrarrestar las barreras comerciales erigidas en su contra por esos países, según se consolidaba el éxito exportador japonés (Flores Olea, 1999).

DE LAS EMPRESAS MULTINACIONALES A LOS GRUPOS ECONÓMICOS TRANSNACIONALES.

Resumiendo, podemos decir que el proceso del desarrollo de las grandes empresas va ocurriendo en etapas sucesivas. Monopolio interno o concentración extrema, exportación de sus productos hacia otros países, establecimiento de organizaciones de ventas de los productos en el extranjero, concesión de licencias para el uso de patentes, marcas y *know how* a empresas que producen y venden sus productos, adquisición de estas u otras plantas para el establecimiento de empresas subsidiarias (propiedad de la matriz) o controladas (económicamente). Todo esto para llegar finalmente al último escalón que es la planificación de la producción y la comercialización mundializadas.

El proceso de expansión de las grandes corporaciones fue muy intenso y sostenido desde hace más de medio siglo. Todavía los años cincuenta, sesenta y setenta, las empresas multinacionales —tanto las que habían surgido mediante la fusión plena de los capitales de empresas de diversos países, como los que surgieron a través de la concertación de acuerdos entre ellas que les permitían conservar una independencia formal— enfrentaban obstáculos de la más diversa índole para su desarrollo, tales como la doble carga impositiva y los problemas derivados de las diferencias jurisdiccionales.

Una década después, estos obstáculos habían comenzado a ser derribados por la fuerza expansiva del propio camino de concentración y centralización del capital. Ello, a su vez, imprimiría un fuerte impulso a ese proceso, y contribuiría a la proliferación y el robustecimiento de las empresas que fueron deviniendo cada vez más transnacionales, en función no solamente de la composición de su capital sino también de la complejización de su estructura al incrementarse sus filiales y unidades productivas.

“La expansión transnacional de las corporaciones de los países centrales generó la internacionalización de la producción en diversos sectores, es decir, la agregación de valor en la cadena productiva a escala mundial” (Ferrer, 2006). Este proceso de transnacionalización fue dándose gradualmente. Antes de la Segunda Guerra interimperialista, ninguna de las empresas, tampoco las más grandes, había logrado el nivel de concentración y centralización del capital necesario para plantear la libre competencia más allá de las fronteras de sus naciones de origen. Es en un proceso histórico de un par de décadas que se alcanza un punto determinado del desarrollo del capitalismo, en que el proceso de concentración

³³ “En las décadas de 1950 y de 1960 muchas empresas estadounidenses crecieron tanto y tan rápido que los europeos comenzaron a hablar de la toma norteamericana de sus economías” (Sklair, 2003)

³⁴ Un ejemplo claro lo pone el mismo Lozada: “Durante el período 1950–1960, las inversiones netas en América Latina fueron de 3.172 millones de dólares, la inversiones alcanzaron a 2.026 millones de dólares y las rentas remitidas a Estados Unidos fueron de 7.568 millones de dólares. Es decir que con su inversión inicial, Estados Unidos ha obtenido un beneficio superior al 300%” (Lozada, 1974).

y centralización madura de modo tal que “permite negar la libre competencia a escala internacional, quebrantar las bases de la producción mercantil en la economía mundial y ensamblar un ciclo transnacional integral de reproducción económica que constituye una nueva etapa, cualitativamente diferenciada de la anterior, en el desarrollo de la tendencia histórica de la acumulación capitalista bosquejada por Marx en *El Capital*. El salto histórico que supone la negación de la libre competencia a escala internacional y marca la ruptura en el movimiento del capitalismo monopolista de Estado hacia la transnacionalización” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Los Grupos Económicos Transnacionales demandan espacios inconmensurablemente mayores para sus corporaciones productivas, financieras y comerciales. Hasta su llegada las empresas capitalistas habían logrado usufructuar convenientemente la división económica del mundo entre las diferentes asociaciones de capitalistas, sin necesidad de derribar las fronteras nacionales. En la nueva división económica del mundo, en sendos lados de las múltiples fronteras históricas existentes entre las naciones, funcionan los eslabones de una economía transnacional que cada vez va entrando en una relación antagónica con las regulaciones institucionales del Estado Nación. La tendencia fundamental del sistema de dominación globalizante es, entonces, a destruir, modificar y reformar todas aquellas regulaciones nacionales que entorpecen su reproducción y obstaculizan el establecimiento de un código de normas económicas, políticas y jurídicas que le permitan subordinar a su movimiento todos los tipos de economía existentes.

El despliegue en los principales mercados nacionales de las corporaciones ha sido uno de los principales instrumentos de transferencia internacional de capitales privados a largo plazo. Así las multinacionales, en su proceso de convertirse en transnacionales, realizaron con un alto grado de eficiencia, muchas veces superior a las instituciones financieras, la asignación del capital mundial (a través de la inversión directa). Esto contribuyó a su vez a su proceso de capitalización y financierización.

A esta altura nos referimos a transnacional y no a multinacional porque este último término devela la esencia de la metamorfosis en curso del sistema de dominación que se intenta imponer en la actual etapa globalizante. De la idea de cabeza de playa de las naciones imperialistas, signada por los movimientos de confrontación (interimperialista) pero también de cooperación entre ellas en el proceso de concentración y centralización del capital, fuimos pasando a procesos en los GET pasan a primer plano y que la contradicción y cooperación se dan también entre Estados y los Grupos Económicos.

Los GET fueron formando redes de producción de alcance internacional, dentro de las cuales la agregación de valor se realiza en diversas locaciones nacionales³⁵. Los costos relativos de la mano de obra, el grado de combatividad de la clase obrera, la oferta de recursos naturales, el acceso a los mercados y otros factores inducen las decisiones a la hora de organizar la producción a escala mundial. Pero sobre todo, lo determinante para esta estructuración son los recursos financieros. Las transnacionales “conciben la realización de economías de escala y de abanico de productos y su planeamiento financiero en el contexto de sus operaciones globales. Esto promueve la formación de alianzas estratégicas

³⁵ “Este nuevo actor [el GET] tiende a romper sus lazos específicos con un Estado Nacional determinado (con el desarrollo del ciclo del capital en éste). La mano de obra que explota está ubicada en las más diversas latitudes, sus ventas y sus fuentes de financiamiento están fuertemente diversificadas en el mercado mundial y su ciclo reproductivo tiende a asentarse directamente sobre la economía mundial” (Arceo, 2002)

entre las firmas, fusiones y transferencias de control; operaciones que, en algunos casos, alcanzan a miles de millones de dólares” (Ferrer, 1998).

La capacidad del desarrollo a escala global hace que, paso a paso, los GET vayan prevaleciendo sobre cualquier otra empresa no transnacional en la imposición de las reglas del juego del capitalismo actual. Su superioridad sobre el resto de las empresas descansa, en considerable medida, en su superioridad financiera que permite una cerrada hegemonía científico tecnológica, que a su vez le permitió desarrollar su capacidad de invertir colosales sumas de capital en la sustitución del trabajo manual del obrero por el trabajo mecánico y automático, en comprar la mano de obra compleja y cara de los mejores científicos e ingenieros y dedicarla a tiempo completo al perfeccionamiento técnico, a la invención y experimentación de nuevas tecnologías.

La diferencia entre la empresa multinacional y la transnacional es que aquella tiene un vínculo necesario con la producción, tal como la empresa de dimensiones nacionales, pero se va introduciendo en un mercado ajeno (colocando sus mercaderías), muchas veces apoyado por su propio Estado Nacional que se beneficia de su crecimiento y desarrollo, tanto en el plano de la economía como en el político (del poder). La multinacional va fundando sus filiales en los otros países en función sobre todo de la colocación de su producción en el mercado local. La transnacional, en cambio, si bien surge del proceso de crecimiento de las multinacionales, nace del salto cualitativo que implica el doble movimiento siguiente: el capital financiero se hace protagonista de su constitución e impulso por un lado y al mismo tiempo la adquisición de la capacidad de planificar, pensar, y desarrollar la producción y el manejo de la empresa mundialmente, no en función de criterios nacionales sino en función de los intereses particulares del desarrollo de su propio capital, es decir, una producción independizada de lo local (empleando por ejemplo el trabajo en aquellos lugares que le es más beneficioso), y también la colocación en múltiples países incluso en aquellos que no tiene filiales productivas, en función de la apertura o liberalización de los mercados.

Las filiales de los Grupos Transnacionales asumen el desarrollo de una parte del proceso productivo, siendo ensamblado el producto final de manera centralizada. La lógica que preside en este caso la organización de la producción a escala mundial no es comercial, sino industrial. Cada uno de los fragmentos del proceso productivo tiende a localizarse donde su costo absoluto es menor habida cuenta del “costo” del trabajo, la disponibilidad tecnológica, la ubicación geográfica de sus mercados y de la estructuración de sus filiales, la localización de sus fuentes de materias primas, los recursos financieros, etc. Es por eso que la producción de cada una de las filiales no reviste, estrictamente, el carecer de mercancías (sus productos no son el resultado de “trabajos útiles realizados independientemente los unos de los otros como actividades privativas de otros tantos productos independientes” (Marx en *el Capital*)³⁶. Se trata de meros elementos circulantes del capital, resultantes de la división técnica del trabajo en el proceso de producción de las empresas. Esto explica porque buena parte del “comercio internacional”, tan promocionado en su crecimiento, pasa a ser una circulación de producto en el interior de las empresas³⁷.

³⁶ Citado por Arceo, 2002.

³⁷ “La internacionalización de la producción al interior de las corporaciones transnacionales se refleja en un intenso comercio de materiales, productos finales, tecnología y servicios entre las matrices y sus filiales. El proceso es de tal importancia que se considera que alrededor de ¼ del comercio mundial consiste en relaciones intrafirma” (Ferrer, 1998).

Las transnacionales constituyen la expresión de niveles tan elevados de acumulación y concentración del capital, que su ciclo de producción y reproducción se encuentra obligado a trascender las fronteras nacionales y afianzarse sobre vastos espacios económicos y políticos globales. Las grandes masas de capital acumuladas por ellos los compelen a diversificar su actividad y, como nunca antes, a extender sus dominios a todas las ramas de la economía, incluso a los sectores terciarios e improductivos. Su imbricación con el capital financiero es de una naturaleza tal que gran parte de sus recursos provienen y son destinados también a ese circuito del capital especulativo referido en el capítulo III.

La necesidad de circulación internacional de mercancías (requerimiento del alcance mundial de la reproducción ampliada del capital) debe superar las trabas generadas por las barreras aduaneras que erigen los Estados para defender su propia producción. Así los GET se transforman en actores de primer orden en la propugnación de la “libertad” de mercados. Dicho en otras palabras, toman intervención en privar a los Estados Nacionales de sus herramientas de defensa y van procurando la libre circulación de productos y capitales a lo largo y lo ancho del globo. Así la globalización hace al impulso de intereses de los GET. De otro modo, sería imposible explicar porque en un proceso que tiene la apariencia de un desvanecimiento de las fronteras y todo se globaliza, cada vez hay más restricciones a la circulación de personas (si estas son inmigrantes, no así si son turistas dispuestos a consumir). En efecto, los GET y sus intelectuales a sueldo, defienden la libertad de circulación de capital y mercaderías, pero nada dicen de la total ausencia de libertad de movimientos de los pobres del mundo. Es más, las corporaciones siempre están ahí para pedirle a sus cuestionados Estados Nacionales Imperialistas que tomen nuevas medidas para impedir el acceso a sus paraísos a los “condenados de la tierra”.

La mundialización del proceso productivo requiere el establecimiento de un régimen de comercio liberalizado y la abstención de cualquier exigencia estatal en cuanto al grado de integración local de la producción o las características de la misma. Cualquier ingerencia del Estado a través de sus herramientas de control económico puede incidir sobre los costos, cuyo incremento no puede ser compensado, como cuando la producción se orientaba hacia el mercado interno, mediante el aumento de los precios. Además cada GET procura asegurar su derecho a implantarse en aquel territorio que le resulte más conveniente y quebrar las relaciones privilegiadas establecidas por otras corporaciones con un Estado determinado, pues éstas incrementan la capacidad competitiva de sus oponentes. “Ello no las lleva, por supuesto, a renunciar a sus propias relaciones privilegiadas con uno o varios Estados, pero las exigencias recíprocas de las distintas fracciones del capital internacionalizado terminan configurando una política tendiente a la estructuración de un mercado mundial capitalista unificado en cuanto a la libertad de acción de estas fracciones y con mínimas interferencias de los Estados, que son incitados a abandonar cualquier medida destinada a privilegiar al capital local o a una determinada fracción del capital internacionalizado por medio de acceso privilegiado a ciertos mercados, subsidios a la exportación o incentivos a la inversión” (Arceo, 2002). Aunque este principio se verifique con mucho más relatividad cuando se trata de un Estado central que cuando se refiere a un Estado dependiente.

En el panorama mundial actual de esta etapa globalizante, el nuevo actor que constituyen los GET tiene un papel específico. No por un capricho de su voluntad sino por la exigencia del capital de su reproducción ampliada. El poder de Algunos como ya dijimos elevan esa cifra al 40%.

estos protagonistas del nuevo sistema de dominación termina subordinando a los Estados Nacionales, fundamentalmente a los periféricos, para que cumplan una función concreta no ya sólo de garantizar la reproducción ampliada del capital en su conjunto —como venimos diciendo—, sino, además, gestionar la reproducción de la mano de obra en las condiciones más favorables para el capital. “El interés de este nuevo actor es constituir una economía mundial en que el gran capital tenga acceso a todas las actividades en cualquier lugar del mundo y en que todas las esferas de la vida social queden integradas al mercado. El resultado inevitable de su accionar es —dado que el capital tiene total libertad de movimientos y no así la mano de obra y que el poder de la mayoría de los Estados queda restringido a la creación de las condiciones más adecuadas para atraer al capital— una caída en el promedio de los salarios, un incremento de la concentración del ingreso y de las desigualdades regionales y nacionales, el cobro de un impuesto por los capitales a los Estados cuando éstos desean obtener su inversión y el vaciamiento de las instituciones democráticas. En la medida que una porción cada vez mayor de los resortes de decisión queda en manos de los mercados, el juego político se ve privado de sustancia real” (Arceo, 2002).

Los Grupos Económicos en la medida en que se fueron dejando atrás su etapa multinacional, es decir aquella de expansión de sus filiales respondiendo al poder económico de la casa matriz pero sobre todo al poder político del Estado Imperialista, y también en la medida en que se fueron financierizando, se colocaron en el centro de la escena económica. Este omnímodo poder económico no podía sino devenir en poder político. Las transnacionales, sujetos fundamentales de la metamorfosis integral por la cual atraviesa el modo de producción capitalista, comienzan a desplegar su poder a nivel internacional, imponiendo condiciones a los Estados Nacionales. Sus decisiones cada vez más devienen no sólo económicas sino también políticas. Amenazando, avasallando, condicionando o simplemente comprando al poder político nacional de carácter consensual, van dejando la democracia —como dice Arceo— sin sustancia real.

En definitiva, los hechos demuestran que la aparición de los GET como sujeto implica un cuestionamiento a la idea misma de Estados Nacionales cada uno con su soberanía y sus intereses particulares y sus decisiones más o menos consensuadas (o bien disputadas) popularmente. El Estado Nación, con sus restricciones jurídicas y físicas se fue demostrando como demasiado lento para reaccionar como instrumento del rápido ritmo de expansión de las fuerzas del mercado global. En contraposición los grupos económicos, por su carácter trasnacional, no se ven limitados a restricciones espaciales, en función de que no están territorialmente sujetas a la estrategia de ninguna comunidad nacional específica (ni aun a las de los Estados imperialistas). Corporaciones que son “unas nuevas instituciones casi políticas que ejercen un tremendo poder sobre gentes y lugares, debido a su control sobre la información y las comunicaciones. Su agilidad, flexibilidad y, por encima de todo, movilidad, les permite trasladar la producción y los mercados, rápidamente y sin esfuerzo, de un sitio a otro, controlando, de forma efectiva, la agenda comercial de cada país” (Rifkin, 1996).

En esta etapa de desarrollo de los GET tuvieron un rol fundamental las comunicaciones electrónicas y especialmente los vínculos de computadora a computadora (como las redes y la misma Internet), pues no solamente dieron la posibilidad de operaciones eficientes y altamente complejas en una tecnología que en sus primeros años se encontraba prácticamente sólo en manos de las corporaciones transnacionales. Estas ventajas operativas, es decir, dentro de la propia estructura de organiza-

ción y planificación de la corporación, significaron además ventajas de competitividad frente a otras empresas que no contaban con la misma tecnología.

Los Grupos Económicos norteamericanos contaban ya en la década de 1980 tres cuartas partes de volumen total de los flujos de los datos a través de las fronteras, incluyendo la transmisión, el almacenamiento y procesamiento (Sklair, 2003). Es que el control sobre el procesamiento de datos y las telecomunicaciones fue desarrollado y dominado desde sus comienzos, no es de sorprender, por empresas estadounidenses, japonesas y europeas. Es particularmente notorio que mientras que en muchas áreas como la manufacturera están globalmente más distribuidas, el dominio de los GET con base en los países centrales fuera desde el comienzo claro en el área de la información y la comunicación. Compartimos en este sentido la afirmación de la española Nuria Almiron: “La llamada Sociedad de la Información sólo existe para una parte pequeña de la población de este planeta. Principalmente para la de Estados Unidos, Europa, Japón y Australia. De los poco más de 6.000 millones de habitantes que tenía el planeta a finales del 2001, menos de 500 millones se conectaban a Internet, apenas el 8% de la población mundial” (Almiron, 2002)

He aquí en pinceladas de buena escritura un cuadro del rol de los GET como sujetos de la globalización este párrafo desarrollado por la francesa Forrester (1997): “Es una desmultiplicación vertiginosa de la cantidad de valores en todas las direcciones que pueden abarcar, dominar, duplicar sin preocuparse por las leyes y los límites que en un contexto así mundializado ellas pueden esquivar fácilmente. Sin preocuparse demasiado por los Estados, frecuentemente más pobres que ellas, empantanados, puestos en tela de juicio, acusados, las potencias económicas pueden lanzarse a la acción, más libres, más motivadas, más ágiles, infinitamente más influyentes que aquéllos, sin preocupaciones electorales, responsabilidades políticas, controles ni, desde luego, la menor solidaridad con aquellos a quines aplastan, dejando a otros la tarea de demostrar que todo se hace por su bien... y por el bien de todos, porque éste pasa, de más esta decirlo por sus propios “bienes”. Se colocan por encima de todas las instancias políticas sin necesidad de tener en cuenta ninguna ética asfixiante, ningún sentimiento. En el límite, en la más alta de sus esferas, donde el juego se vuelve imponderable, no tienen que responder por éxitos o fracasos ni jugarse por otra cosa que ellas mismas y sus transacciones, esas especulaciones sin término, ni otro fin que su propio movimiento. Los únicos obstáculos que conocen son aquellos que les oponen ferozmente sus propios pares. Pero éstos siguen el mismo camino que ellas, van hacia los mismos objetivos, y si algunos tratan de alcanzarlos antes que otros o en su lugar, eso no altera en absoluto el sistema general”.

Aunque también es cierto que, en la medida en que los GET se van convirtiendo en sujetos, en actores políticos y sociales, ya no solamente económicos, empiezan a cambiar algunos de sus comportamientos. No sólo intervienen en el diseño de políticas tanto nacionales como internacionales, sino que también procuran dar una imagen de sí mismos. En definitiva, las transnacionales necesitan estrategias de legitimación. A diferencia de la empresa del pasado, que producía y permanecía silenciosa, la empresa del sistema de dominación globalizante se invierte de una nueva autoridad que le permite tomar la palabra. “De la empresa como vehículo de la producción se pasa a la empresa como institución; de entidad productora, la empresa se forja una identidad. Es el verdadero sujeto, investido de una vocación, cuyo testimonio es la producción; Moulinex no fabrica meramente aparatos domésticos: “Moulinex libera a la mujer”. En momentos en los

que la sociedad y la política se muestran incapaces de proyectarse hacia un gran objetivo, la empresa habla de grandes valores, de progreso, de futuro” (Regnasco, 2000). El GET se transforma en productor de legitimidad. La nueva imagen creada borra con el estigma del agente económico meramente preocupado por el lucro. La globalización es la época en que las corporaciones gastan ingentes sumas en comunicar su preocupación por la sociedad, su defensa de los valores sociales y su búsqueda de excelencia. Empresas que van contra la discriminación racial, otras que repudian el calentamiento global, unas que asumen un discurso ecologista y otras una feminista, corporaciones conmovidas con las desgracias de los pobres o dispuestas a dotar de sensibilidad a los ricos, las hay de todos los gustos y colores. Pero, lo que ninguna cuestiona es la injusticia del sistema...

“A través de los símbolos de marca, la publicidad participa en la estructuración del imaginario mediante el cual la sociedad exhibe y consume su propia imagen” (Regnasco, 2000). El trabajo de legitimación de los GET, no es tanto de carácter general, sino de carácter particular, corresponde a cada empresa, e incluso a cada producto. Se trata no sólo de revertir la imagen de depredador de las empresas extrajeras mediante la humanizaron sino también la identificación del consumidor con cada marca y cada producto.

La canadiense Naomi Klein ha dedicado su libro “NO Logo” a denunciar los efectos, las prácticas y las consecuencias culturales y humanas de las marcas transnacionales. Ella da cuenta de cómo a través de las marcas los GET se van apropiando de la diversidad cultural para hacerla un succulento negocio³⁸.

LA DIFUMINACIÓN DE LA DIFERENCIACIÓN ENTRE CAPITAL PRODUCTIVO Y FINANCIERO.

En el libro “Maravillas de la guerra económica” se agrega un dato imprescindible en la definición de los GET al que ya hemos hecho referencia: “La *World Company* es un conglomerado de la industria y las finanzas que adopta, por lo general, la forma de un *holding*, pero que obedece en primer lugar a una lógica financiera” (Labarde y Maris, 1999). A medida que se desarrolla y consolida el GET, la distinción finanzas-industria se difumina. Los Grupos de origen industrial se han metido en la cuestión financiera para captar rentas, y los sectores financieros han recurrido a la compra de empresas industriales y de servicio, para chupar del asalariado en explotación donde pudieron hacerlo. Las empresas “virtuales” (los sitios en la *web*, pero que brindan servicios, tarea para la cual trabajan algunas personas) completan el círculo mezclando especulación con explotación. En la actualidad, los grupos económicos son vastos sistemas de relaciones complejas que combinan actividades industriales tradicionales, de servicios productivos y no productivos, comerciales, de financiamiento e incluso de claro tenor especulativo.

La mundialización financiera destruye la vieja y clásica distinción financiero-

³⁸ “Fue en este minado campo donde apareció el marketing de la diversidad, presentándose como la solución de todos los problemas de la expansión mundial. En vez de crear distintas campañas publicitarias para los diferentes mercados, las campañas podían vender la diversidad misma a todos los mercados a la vez. La fórmula mantenía los beneficios de la uniformidad del antiguo imperialismo cultural, pero con menos riesgo de ofender las sensibilidades locales” (Klein, 2002).

empresario, la vieja dicotomía de la economía clásica, en la que el financiero adelanta el dinero al empresario que corre el riesgo de la fabricación y la comercialización de un producto, comercialización que le permite pagar al financiero. En adelante, el grupo económico es, a la vez, financiero y empresario. Las propias empresas se convierten en intermediarios financieros. No hay ya separación tajante entre operaciones vinculadas a la producción y a las finanzas. En Japón, los *keiretsu* regulan la dualidad finanzas-industria, en Alemania lo hacen los grandes bancos. Del mismo modo que la antigua teoría del comercio internacional entre naciones va perdiendo sentido, con la nueva división internacional del trabajo es preciso desechar definitivamente la idea de que sigue subsistiendo una separación esencial entre capital financiero y capital productivo.

En realidad se trata de una la rearticulación del bloque dominante a partir de la alianza del gran capital financiero y el gran capital productivo mundializado. De este modo, el nuevo sistema de dominación está relacionado no sólo a una apropiación del excedente del capital productivo por el capital financiero –lo cual podría haber hecho surgir una conjunción de intereses común entre el capital productivo con los trabajadores–, sino también una imbricación de ambos capitales en un proceso de circulación mundializado, configurando una brutal ofensiva generalizada del capital contra las clases trabajadoras.

La financierización empresarial ha sido a la vez causa y efecto de los procesos de desaceleración económica e hipertrofia financiera, se trata de un movimiento doble, por una parte los grupos económicos transnacionales ingresaron en el campo de los negocios financieros y por otra los grupos financieros se instalaron en estructuras empresariales. Los GET encontraron en la especulación la compensación a los rendimientos insuficientes de sus actividades, este produjo un desvío creciente de fondos que afectó negativamente a la producción y al empleo (Beinstein, 2000). Los negocios especulativos, como vimos en el capítulo III, se multiplicaron y diversificaron casi al infinito; títulos de la deuda pública, acciones y otros papeles ofrecían buenas ganancias sin necesidad de esperar plazos largos. Al interior de muchos GET crecieron desmedidamente la importancia sus servicios y los departamentos consagrados al negocio financiero.

Los GET fueron generadores de grandes cantidades de capital pero también fueron demandantes en la necesidad de financiar sus operaciones tecnológicas y comerciales, cada vez más complejas y costosas, pudieron entonces acudir al mercado y aprovechar las desregulaciones para colocar acciones y obligaciones. Ello introdujo en el seno de sus directorios a representantes de grupos financieros cuya visión modificó de manera decisiva el comportamiento de los GET. A modo de ejemplo podemos analizar las siguientes cifras: “En Francia en 1979 el conjunto de empresas destinaba el 78% de sus recursos a inversiones productivas y cerca del 3% a la compra de activos financieros, hacia 1989 las proporciones habían cambiado de manera decisiva, las inversiones productivas habían bajado al 47% de los recursos y la compra de activos financieros había saltado al 36%” (Beinstein, 2000).

Para explicar la preponderancia del capital financiero en los GET, podemos ver que –muchas veces– el negocio de estos no está tanto en la producción, como en la especulación con sus propias acciones (lo que a su vez nos permite comprender la compra y venta de empresas productivas por fondos de inversión que muchas veces terminan vaciándolas y vendiéndolas o quebrándolas después que le sacaron el jugo).

El capital –esto es el capital fijo y los valores– puede entenderse de dos maneras. En términos reales, se lo define por la suma de los valores de los capitales fijos y las reservas de materias primas, de productos semiterminados y de productos ter-

minados que no entraron en el proceso de consumo. Pero también, el capital puede considerarse por el lado financiero: el valor del stock de los títulos en manos de los agentes que son sus propietarios (acciones, títulos de la deuda privada): el derecho a una ganancia cuyos puntos dependerán de la producción futura. “El término financierización hace referencia a esta dicotomía en la estimación del valor del capital y, en ese marco, a la autonomía eventual de la apreciación que haga el mercado, es decir, la bolsa de valores, del valor del stock de los títulos de su propiedad. El discurso del momento entiende, pues, por financierización la elección de modos de gestión de la decisión económica (y tras ellos de la acumulación) que se fijan el objetivo de maximizar el crecimiento del valor del patrimonio constituido por los títulos de propiedad, en lugar de elegir modos de gestión que procuren maximizar la tasa de ganancias de la empresa. Ciertamente, hay una relación entre estos dos modos de gestión, puesto que la apreciación de los títulos depende de la ganancia: pero esta relación –por el hecho de sufrir una mediación– no elimina la especificidad de un modo de acumulación singular y particular (...) La apreciación del valor del patrimonio, ¿puede ir por su lado y afirmarse independientemente de la suerte que corra la economía real? Una tasa de crecimiento del valor estimado del patrimonio superior a la de la economía conlleva necesariamente una distribución cada vez más desigual del PBI en beneficio de los ingresos de capital. (...) Durante los últimos veinte años, el valor de los patrimonios (medidos por la capitalización bursátil) ha aumentado en proporciones que no tienen ninguna relación con las correspondientes a la producción real. Pero, ¿qué fue lo que pasó realmente? Los patrones no han desaparecido. El objetivo de una tasa de crecimiento del 15% anual del valor de los patrimonios –regla de oro de quienes deciden en materia de colocaciones financieras– produjo enriquecimiento de una pequeñísima minoría y el empobrecimiento de una enorme mayoría, y a su vez encerró la acumulación en una crisis de sobreproducción/subconsumo tenaz. (...) Pero la burbuja financiera no puede inflarse hasta el infinito y, más tarde o más temprano, tiene que estallar” (Amin, 2003).

En síntesis, y para explicarlo lo más simple posible: la especulación con la valorización de las acciones y la diferencia que se puede hacer con la compra y venta de estas (amen de otras operaciones más complejas), es muchas veces más importante que el desarrollo y crecimiento mismo de la empresa que dichas acciones representan. Estos y otros particulares mecanismos son propios de los caminos de concentración del capital que permiten subsistir al despliegue casi desenfrenado del capital especulativo. Para explicar otro ejemplo nos referiremos al por qué la globalización es la era de las megafusiones y las adquisiciones transfronterizas. En el pasado las empresas crecían por despliegue, es decir, por la creación de nuevas filiales, copando nuevos mercados. Pero en la década del 90, las empresas se consolidan en superestructuras que abarcan un mercado, de dimensiones –en muchos casos– verdaderamente mundiales. El tamaño comienza a ser la clave de la supervivencia del capital concentrado. La fórmula para lograr competitividad está asociada a grandes economías de escala y a alianzas estratégicas que permitan enfrentar la incertidumbre del mercado³⁹.

Las fusiones, definidas según el informe de la UNCTAD de las Naciones Unidas, son el proceso mediante el cual los activos y las operaciones de dos empresas

³⁹ Este proceso ya era vislumbrado en sus inicios por el profesor italiano Zampetti: “Esta nueva realidad económica de la gran empresa no está ya dominada por el fin de la maximización del beneficio, sino más bien de la expansión de la empresa, aunque siempre sea necesario asegurar un beneficio para los accionistas, dando a la tecnocracia la autonomía y el poder que necesita para sobrevivir” (Zampetti, 1990).

se combinan para establecer una nueva entidad cuyo control reside en un equipo integrado por una de ellas o por ambas. “En una adquisición transfronteriza, en cambio, el control de los activos y las operaciones se transfieren de una empresa a otra (extranjera), transformándose la primera de ellas en una filial de la empresa adquiriente”. Tanto una como otra empresa puede ser privada o estatal: la privatización en la que interviene un inversor extranjero se convierte en una operación de adquisición transfronteriza. En realidad, las megafusiones no son otra cosa que la materialización de la concentración de los grandes oligopolios y monopolios, para que —en el control del mercado— estos rindan los mayores dividendos a sus accionistas. Se trata, a su vez, de una carrera desenfrenada vinculada intrínsecamente con la necesidad de salida de la hipertrofia de los capitales especulativos. Actualmente el capital se orienta preferentemente a este tipo de operaciones que a las inversiones directas en nuevas instalaciones, pues les permite acceder a activos patrimoniales con rapidez y sin mayores riesgos. Su objetivo, sin duda, es obtener la elevación inmediata de las ganancias y sobre todo el precio de sus acciones en el menor tiempo posible.

Sólo en el año 1999, se produjeron más de cien grandes fusiones y adquisiciones internacionales. Este tipo de operaciones movió, en ese año, la astronómica suma de 800.000 millones de dólares. Las tres cuartas partes de estas operaciones se efectuaron en los países centrales. Un caso de estas megafusiones fue el de las compañías petroleras estadounidenses TEXACO y Chevron, que les permitió producir 2,7 millones de barriles por día, convirtiéndose en la cuarta petrolera del mundo, luego de las también fusionadas Exxon–Mobil, Royal Dutch/ Shell, British Petroleum/ Amoco. “El tamaño de las empresas no deja de aumentar. En el primer año de nuevo milenio, Vodafone, el gigante de las comunicaciones, se fusionó con Mannesmann; el conglomerado farmacéutico Smith Kline Beecham, con Glaxo Wellcome, y America On Line, el servidor de Internet, con la empresa mediática Time Warner” (Hertz, 2002).

En lo que va del siglo, esta tendencia lejos de revertirse se fue acentuando —serían innumerables los ejemplos para demostrarlo—, confirmando las necesidades de concentración del gran capital. Mediante las fusiones se multiplica, además, el número de los GET gigantes, cuyo peso es a veces superior al de los Estados. Por poner tan sólo algunos ejemplos: la cifra de negocios de General Motors es superior al Producto Bruto Interno de Dinamarca; la de Exxon–Mobil supera el de Austria. Cada una de las 100 transnacionales más importantes vende más de lo que exporta cada uno de los 120 países más pobres del planeta. Y las 23 corporaciones más poderosas venden más de lo que exportan algunos de los más grandes países periféricos, como la India, el Brasil, Indonesia o México.

El cuadro debe completarse con las empresas que operan en el ámbito del control de flujos financieros que son hoy de envergadura mundial. Este es un dato propio de esta etapa globalizante. Hasta no hace mucho tiempo, la mayor parte del ahorro de un país sólo podía circular en el espacio —generalmente nacional— de sus instituciones financieras. Hoy ya no ocurre lo mismo: este ahorro está centralizado por la intervención de instituciones financieras cuyo campo de operaciones es ahora el mundo entero. Estas instituciones constituyen el capital financiero, el segmento más mundializado del capital. “El libre movimiento del capital financiero mundializado opera en los marcos definidos por un sistema monetario mundial basado en el dogma de la libre apreciación del valor de las divisas por parte del mercado (de conformidad con una teoría según la cual la moneda sería una mercancía como las demás) y en referencia al dólar como moneda universal de facto.

La primera de esas condiciones carece de fundamento y la segunda sólo funciona en ausencia de una alternativa” (Amin, 2003).

Al oligopolio ejercido en el campo financiero, hay que agregar el que opera en el acceso a los recursos naturales del planeta. Son inmensos los peligros que hace correr al planeta un capital sin ningún tipo de responsabilidad social en la explotación insensata de esos recursos, que se desentiende de las consecuencias sociales y ecológicas de su depredación del entorno de vida del hombre.

A estos hay que sumarles otros monopolios u oligopolios que terminan de trazar el cuadro de situación de la concentración extrema del capitalismo actual. Entre ellos los que operan en los campos de la comunicación y de los medios. Estos son poderosos a la hora de la implantación de una cultura consumista para los sectores ricos incluso de los países periféricos. Dichos medios masivos de comunicación uniformizan la cultura universal según los patrones de las sociedades de los países centrales, fundamentalmente se trata de una mundialización de la cultura en base a los parámetros de la cultura de los países imperialistas, sobre todo los norteamericanos.

Esta incluye desde el consumo de comida chatarra hasta el de películas hechas en la Meca del cine: Hollywood. La expansión del mercado de los medios modernos no se restringe en sus efectos tan sólo al plano cultural, hoy es ya uno de los principales componentes de la erosión del concepto y de la práctica de la política. Candidatos mediáticos desgastan o desnaturalizan el desarrollo de la democracia.

Finalmente tampoco queremos olvidarnos de los monopolios que operan en el terreno de los armamentos de destrucción masiva. Atrás quedaron los tiempos en que la bipolaridad del sistema actuaba como acicate pero también como límite. Hoy el principal Estado Imperialista, sus aliados, y sus empresas armamentistas son tan celosos de su monopolio que se creen con derecho a invadir a cualquier país (sobre todo si es del Tercer Mundo) que ose desarrollar la energía nuclear.

LOS GET COMO SUJETOS JURÍDICOS Y POLÍTICOS.

Los GET se paran distinto a partir del cambio de condiciones y comienzan a planear su crecimiento en base a su participación en el mercado mundial. La dimensión de la participación de estas corporaciones en el mercado mundial crece sostenidamente. Alcanzan presupuestos mayores a los de muchos países periféricos (aunque también a algunos centrales). Todo este cuadro empieza a convertirlas en un poder autónomo —si bien integrado al sistema— que opera con la misma fuerza (o más) de un Estado dentro del escenario mundial. Las empresas transnacionales han ido usurpando cada vez más roles que tradicionalmente estaban en manos del Estado. “El cambio de las relaciones entre gobierno y comercio se hace cada vez más evidente con la aparición de nuevos acuerdos internacionales de comercio que transfieren, de forma efectiva, cada vez más poder político lejos de la Nación—Estado a las empresas multinacionales. El *General Agreement on Trade and Tariffs* (GATT) [hoy Organización Mundial de Comercio], el acuerdo de Maastricht y el *North American Free Trade Agreement* (NAFTA) son un signo del cambio en los modelos de poder en la comunidad internacional. Bajo estos acuerdos de comercio, cientos de leyes que gobiernan los asuntos de las naciones—estado soberanas se han hecho potencialmente nulas e inútiles, si comprometen la libertad de las multinacionales para actuar en el libre comercio” (Rifkin, 1996).

El muchos proyectos de acuerdos internacionales, entre ellos el ALCA, el referido AMI, etc., se les asigna a los GET el carácter de sujetos de derecho inter-

nacional, amen de otras prerrogativas particulares como la prorroga de jurisdicción en beneficio siempre del –siempre más seguro para sus intereses– sistema jurídico de los países centrales.

En definitiva, las transnacionales no son meramente una forma de producción mundializada, instrumento de la acción de los Estados Imperialistas. El mismo proceso de mundialización del capital va reduciendo la independencia e incluso la viabilidad de los Estados nacionales y a su vez produce, como venimos viendo, una reformulación de roles para los Estados dentro del sistema. La vigencia de este nuevo orden mundial requiere de una nueva superestructura que viabilice su funcionamiento. Por ejemplo, es necesario asegurar el despliegue del capital mediante una legislación de carácter supranacional (por eso muchas constituciones nacionales como la nuestra en la reforma de 1994, incorporaron a los tratados internacionales con rango constitucional) que garantice los derechos de la propiedad privada –y de modo particular la propiedad intelectual– a nivel global. Este tipo de derechos hace al interés primordial de las transnacionales.

Se hace preciso aclarar algo de la relación existente entre GET y los Estados Nación imperialistas. La afirmación de que las corporaciones transnacionales tienen independencia de criterio respecto de los Estados que les dieron origen puede sonar temeraria o bien ingenua. Lo cierto es que esta independencia de criterio se verifica cada vez más en la práctica en la actualidad.

Como sostiene Leslie Sklair la mayoría de las investigaciones acerca de los GET parten aun de la lógica del “estadocentrismo”, es decir dan preeminencia a la proveniencia nacional y al juego de dependencia que consideran unilateral entre Estado imperialista y empresa transnacional. Sin embargo en la actualidad hay también ensayos que estudian a las corporaciones transnacionales “no como representativas del poder del Estado, según tiende a suceder dentro de los análisis estadocentristas, sino como independientes e incluso en ocasiones, como contrapuestas con el Estado” (Sklair, 2003).

Los Estados Imperialistas tienen también en su seno intereses divergentes y las distintas fracciones del capital se mueven entre contradicciones en la configuración del bloque hegemónico. Es así que muchas veces las transnacionales libran luchas de ocupación de otros mercados respaldadas por sus Estados Imperialistas subordinados a sus intereses, mientras que otras veces disputan con otras fracciones del capital –originarias del mismo país– comportándose como verdadero capital transnacional más allá de los intereses nacionales incluso de los Estados Imperialistas.

Hablar de las contradicciones existentes entre los GET y los Estados Imperiales que fueron en su mayoría su plataforma de desarrollo y despliegue, no quiere decir que no exista relación alguna entre las políticas imperialistas y el rol que cumplen las transnacionales a través de su práctica. Es cierto que en última instancia el poder del mercado nace también de la boca de un fusil, como diría Mao, pero se va generando su propio sistema de consensos para sostenerse, pues, como decía Napoleón nadie se puede sentar sobre una espada.

Noam Chomsky cita, por ejemplo, “un informe reciente de la revista de negocios Fortune en la que se informa que, en una encuesta practicada entre las cien más grandes empresas transnacionales de todo el mundo, la totalidad de las firmas, sin una sola excepción, reconocieron haberse beneficiado de una manera u otra de las intervenciones hechas en su favor por los gobiernos de sus países y el 20% de ellas admitió que habían evitado la bancarrota gracias a los subsidios y los prestamos de rescate que les habían sido oportunamente concedidos por

sus gobiernos” (Chomsky, 1998)⁴⁰.

Estas contradicciones que generan enfrentamiento y concurrencia entre Estados Imperialistas y las transnacionales ya era apreciable a principios de la década del setenta, cuando Stephen Hymer escribe: “La industria petrolera es un modelo. Es difícil hallar muchas diferencias en comportamiento, perspectiva e interés entre los gigantes petroleros, aunque algunos son norteamericanos, algunos son propiedad de gobiernos europeos y uno de propiedad conjunta de dos países. Esto no significa que las compañías petroleras no necesiten el apoyo de los Estados Nacionales, sino más bien que en gran medida han trascendido la nacionalidad y tratan de usar a todos los gobiernos. En lugar de dividirse el mundo en esferas de interés, como era el caso en el antiguo imperialismo, actualmente cada una esta interpenetrando en los mercados de los demás, reconoce su interdependencia y abierta o tácitamente entra en acuerdos para alcanzar objetivos comunes sobre una base global” (Hymer, 1973)⁴¹.

LA ESTRUCTURACIÓN DE LOS GET.

La transnacionalización del capital (y de la producción) se fue transformando en un imperativo de la competitividad entre los GET. La reconversión de la empresa que actúa en varios marcos jurídicos devino en núcleos estratégicos con un poder de decisión propio que no siempre coincide con los intereses de sus Estados matrices. Así la transnacional es una red que tiene que operar compatibilizando distintos mercados (financieros y de consumo). Sus nudos de producción/comercialización pueden situarse en cualquier parte del mundo, lo mismo su administración, pero generalmente su nudo estratégico, el que decide en última instancia, se sitúa en la seguridad de los países centrales⁴². Se criticará que el concepto mismo de red implica que esta no tiene centro. Pues entonces deberíamos desechar la idea de red para referirnos a las decisiones de los GET, que sí lo tienen en lo estratégico, aunque puedan carecer de este en lo que hace a los aspectos productivos (tácticos). Este es, a nuestro criterio, uno de los datos irrefutables de la persistencia de la dualidad centro–periférica del sistema, que suelen obviar la mayoría de los análisis del sistema global desde la perspectiva de los intelectuales del Norte.

Nadie puede seriamente negar que los cerebros de los GET tienen sus sedes en las principales ciudades del mundo –alojadas en Europa, Japón y EEUU–, estas son, por ende los centros de planeamiento⁴³ estratégico de las políticas transna-

⁴⁰ Citado por Boron, 2002.

⁴¹ El ejemplo de las petroleras anticipando el comportamiento de los GET no es un dato menor, ya a mediados de la década de 1970 solamente ocho compañías de petróleo compartían el 30% del mercado, es decir, ya estaban dadas las condiciones oligopólicas necesarias para dicho comportamiento.

⁴² “Las doscientas primeras [transnacionales] son conglomerados cuyas actividades planetarias cubren sin distinción los sectores primario, secundario y terciario: grandes explotaciones agrícolas, producción manufacturera, servicios financieros, comercio, etc. Geográficamente se reparten entre diez países: Japón, USA, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Suiza, Corea del Sur, Italia y Holanda” (Clairmont, 1999).

⁴³ “En las plantas, laboratorios, departamentos de diseño y publicidad y núcleos de planeamiento, decisión y financiamiento, que constituyen su cuartel general, y que se encuentra localizado en un país industrializado, la gran corporación multinacional desarrolla: a) nuevos productos, b) nuevas maneras de producir esos productos, c) las maquinarias y equipos necesarios para producirlo, d) materias primas sintéticas y productos intermedios que entran en su elaboración y e) la publicidad necesaria para crear y dinamizar sus

cionales⁴⁴. El nivel de decisión de núcleos transnacionales ubicados en la periferia sólo alcanza a la resolución de problemas locales o regionales. Este esquema se estructura hacia abajo generando un orden jerárquico propio de los grupos transnacionales y repite la estructuración (distinción centro/periferia) propia de la etapa de dominación imperialista. La especialización geográfica de cualquier lugar del mundo viene a reflejar la jerarquía de la toma de decisiones de las corporaciones y la distribución ocupacional de la mano de obra dependerá de la función que desempeñe en el sistema económico transnacional, reproduciendo así las asimetrías regionales, cuando no acentuándolas. La cantidad de empleos (también su contracara: la exclusión económica) y la calidad de los mismos está determinada por el estrato al que pertenezca una ciudad o región en ese esquema global de producción. La estructura del ingreso y de la distribución tiende a ser paralela a la estructura del *status* y la autoridad. Los ciudadanos de las ciudades capitales de los países centrales o más importantes regionalmente (en una escala descendente) tendrán los mejores empleos, con mayor poder de decisión, y recibirán las mayores tasas de remuneración consideradas en general. Es claro que los salarios de la relativamente pequeña oligarquía mundial tienden a ser más grandes cuando más grande es la nómina de gente bajo su mando. Dicho en otras palabras: cuanto más extenso es el imperio del Grupo Económico Transnacional mayor tiende a ser el ingreso de sus máximos ejecutivos o CEO.

Como decíamos, los GET entran verdaderamente en la escena mundial cuando logran dar el salto cualitativo en la planificación global de sus intereses. En otras palabras: cuando los vendedores, intermediarios y compradores son parte de la misma organización global en el sistema de cadenas de productos globales (Sklair, 2003) o bien que la producción –de los GET– tiende a estar integrada dentro de procesos de producción organizados globalmente (Dicken, 1992)⁴⁵. Lo determinante entonces, no es el lugar donde se produce o se comercializa sino la lógica global. De ese modo, las plantas fuera del territorio de origen tienden a ser controladas financieramente desde el exterior, incluso suelen ser alquiladas (ver los ejemplos de Klein (2002) para la zona asiática) y no propias –para disminuir los riesgos– y sus gerentes tienen perspectivas y miden los intereses en términos más globales que locales. Todos estos factores actúan debilitando los lazos que esas empresas tienen con las comunidades nacionales en las que están situadas. Por esta planificación global se requiere de mayor flexibilidad y estas prácticas en términos más globales que locales, por ejemplo, facilitan el cierre y su reubicación de plantas de producción si las condiciones y beneficios del capital se deterioran en un país en comparación con otros.

No obstante, sería un error considerar al GET como una estructura meramente jerárquica en donde el centro manda y la periferia obedece. Las nuevas formas de estructuración de la producción que comenzaron con la revolución organizativa iniciada en el toyotismo (que estudiamos en el capítulo anterior), sin duda ha influido en la macro-organización de las corporaciones. En este sentido no se puede seguir pensando a las transnacionales como un ejército con una única pirámide

mercados. En las economías subdesarrolladas, por su parte, se realizan las etapas de producción final de aquellas manufacturas, dando lugar a un proceso de industrialización que avanza gracias a la instalación de subsidiarias, la importación de las nuevas maquinarias e incluso el uso de las marcas, licencias y patentes correspondientes” (Sunkel, 1975).

⁴⁴ En los países de la OCDE se ubican las casas matrices del 99,5% de los GET según los datos del colectivo de académicos cubanos (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

⁴⁵ Citado por Leslie Sklair, 2003 en “Sociología del Sistema Global”.

de mando, sino más bien como una estructura multiforme, compleja y flexible con forma parecida a una red. Los vínculos de comunicación de esta red hacen que cada punto de la misma esté en relación directa con otros muchos puntos, permitiendo la comunicación horizontal así como la vertical. Este sistema más ágil y flexible⁴⁶ permite que los mensajes circulen de un punto a otro directamente en lugar de pasar necesariamente por el centro. Tampoco es cierto que se trate de un sistema multipolar. No todos los nudos de la supuesta red valen lo mismo, porque –como decíamos– esta estructura tiene siempre un centro determinante de la decisión. En todo caso se parece más que a una red a un sistema nervioso donde todos los datos terminan procesándose en el cerebro.

Los GET realizan un doble movimiento. Por un lado descentralizan el capital y la tecnología, en su movimiento de expansión. Y por otro centralizan el control a través del establecimiento de una estructura integrada de planificación global. En ésta, las distintas áreas se especializan en distintos niveles de actividad y decisión. Este doble movimiento –centralización y descentralización, diferenciación e integración– en el despliegue de un Grupo Económico Transnacional se asemeja al crecimiento de un ser humano. A medida que el niño crece aprende a mover separadamente las distintas partes del cuerpo. Esta diferenciación aumenta la variedad de actividades que puede realizar. Al mismo tiempo, la integración se produce a un nivel más alto conforme el cerebro aumenta su complejidad a fin de controlar concientemente las distintas partes independientes.

La descentralización dentro de una empresa frecuentemente no es lo contrario de centralización, sino el complemento; en efecto, la descentralización a cierto nivel, generalmente viene acompañada por la centralización a nivel superior. Con el desarrollo de las multinacionales primero y los GET como peldaño superior, se ha aumentado enormemente su capacidad para planificar a un nivel global, más alto y más abstracto, cubriendo además horizontes de tiempo más prolongados y un espacio geográfico que prácticamente no tiene límites. Esto permite, y hasta exige, una mayor flexibilidad y autonomía en los niveles inferiores. El otorgar la independencia a estos no implica una disminución en el control estratégico, sino un aumento de la flexibilidad táctica en combinación con un aumento de la capacidad de planeamiento estratégico. Inclusive en la actualidad, como ya hemos visto en capítulos anteriores los GET se manejan con producción tercerizada mediante empresas locales a las que controlan económicamente al tiempo de se desentienden de los problemas de manejo que estas acarrearán.

LAS CORPORACIONES TRANSNACIONALES Y LOS PAÍSES PERIFÉRICOS.

Con la globalización los GET se mueven en un mercado mundilizado no sólo para la colocación de sus mercancías y servicios, sino también para lo que hace a la producción. La compra de materiales y componentes para producir, es decir, los “eslabones” hacia atrás en la cadena económica, devienen importantes desde la mirada de la corporación transnacional pero alcanza un impacto fundamental si se la aprecia desde los mercados nacionales, sobre todo desde los periféricos.

⁴⁶ Los GET en la extensión de sus negocios globales dependen de la exactitud y rapidez de la información. Por eso la tecnología informática creó los canales necesarios para su desarrollo y potencialización.

No sólo porque generalmente se hace en divisas, sino también porque la medida de los eslabones tiene un impacto sobre todo en la producción industrial. El GET, que planifica globalmente, puede establecer los eslabones hacia atrás, cuando la empresa compradora, que no necesita ser extranjera ni exportadora, compra lo que necesita localmente o hacia delante cuando la empresa vendedora provee a una empresa local lo que necesita para producir algo. La situación ideal desde el punto de vista de los países receptores es cuando las empresas extranjeras efectivamente estimulan dentro de la economía local, la creación y el crecimiento de los proveedores de sus necesidades, particularmente de aquellos materiales y componentes que tiene un alto valor añadido, y cuando la producción total de las empresas extranjeras sigue dentro de la económica local para su procesamiento posterior (Sklair, 2003). Por eso es que gran parte del control estratégico de la economía no pasa por admitir o no la inversión extranjera sino por quién tiene el control de hacia donde se producen los eslabones, que son en última instancia parte fundamental del impacto real de una inversión de capital sobre la economía. Lo cual a su vez marca una diferenciación clave en la naturaleza de la inversión extranjera. En estos términos, la llave estratégica está en quién domina los eslabones finales o determinantes y hacia qué fines los orienta. La planificación global de los GET orienta sus eslabones mundialmente en función de sus propios intereses y los beneficios que puede obtener produciendo en tal o cual país, sin importarle los beneficios o perjuicios que pueda traer en el mismo, sino los costos que esa producción le acarrea.

Los GET tienden a integrar verticalmente la producción, es decir, a mantener todos los eslabones de la cadena bajo su control. Un producto está completamente integrado dentro de la decisión de un Grupo Económico, cuando este controla la producción sea por sus filiales, por sus subsidiarias o bien por su red de proveedores cautivos, o cuando los componentes o materiales intermedios que se usan son tan específicos que no existen proveedores fuera de su red. En tanto se domina desde los eslabones finales, como dijimos, y estos suelen situarse en las matrices del Norte, vemos claramente quien se lleva la mayor ventaja. Del impacto de la orientación de la cadena depende muchas veces la cantidad de trabajo disponible en un país periférico.

Otro de los planos fundamentales para apreciar las diferencias entre la relación de los GET con los países centrales y con los periféricos es el vínculo tecnológico. Uno de los tópicos frecuentemente esgrimidos desde los defensores de la acción de las grandes corporaciones económicas en los países periféricos (en este caso generalmente referidos como subdesarrollados o bien como “mercados emergentes”), es que estas introducen tecnología que es de avanzada respecto de la utilizada en la industria local. Pero aquí también se ve la persistencia de las divisiones de categorías nacionales, pues una de las características de la práctica habitual de los GET es que la llave de esta tecnología no la colocan en manos nacionales periféricas, entre otras cuestiones para que no puedan ser utilizadas en la dura disputa en otros mercados.

Un ejemplo de cómo opera la referida transferencia de tecnología y su relación con los países dependientes lo pone Leslie Sklair en los siguientes términos: “Adikibi (1983) analiza cómo las CTN [Corporaciones Transnacionales] que controlan el sector moderno de neumáticos en Nigeria producía según los estándares globales y lo hacía con un buen complemento de gerentes y técnicos nativos. No había duda de que esta gente podía producir neumáticos, pero cuando las CTN se retiraron de Nigeria durante la guerra de Biafra cesó la producción en las fábricas a causa de la forma en la cual las CTN habían organizado la división del trabajo en la planta. El personal nativo, aunque estaba perfectamente entrenado en los rasgos específicos

de su propia participación en el proceso, quedó excluido de las posiciones que daban acceso a la totalidad del proceso de producción. Por lo tanto las CTN protegieron su monopolio tecnológico mientras que parecía que transferían tecnología a la gente local. Esto no es excepcional ni poco común (véase, por ejemplo Sano 1993) ni sorprendente (Stewart 1978), a la luz de la dependencia tecnológica de la mayoría de las industrias del Tercer Mundo, y del análogo predominio tecnológico de las CTN. Para muchas CTN la protección de la tecnología es un asunto de vida o muerte corporativa. El riesgo de una acción hostil por parte de los gobiernos receptores podría aumentar sustancialmente si ellos creyeran que sus connacionales pueden manejar las plantas. Por lo tanto, muchas CTN podrían sentir que hay riesgos inherentes si capacitan demasiado bien a gerentes y técnicos locales. Tales consideraciones son pertinentes para analizar de qué modo las CTN crean “burgueses compradores” (y “proletarios compradores” en algunos casos) como elementos específicos en la clase capitalista transnacional en sus operaciones del Tercer Mundo” (Sklair, 2003).

Muchas veces las críticas a los GET desde los países periféricos se hace en su carácter de extranjeras, es decir, tienen como fundamento un nacionalismo chauvinista. Esta mirada restringida deja fuera de la crítica –para empezar– a las empresas de origen nacional que participan total o parcialmente de las prácticas transnacionales. Pero también, lo que es más importante, no tienen en cuenta que el carácter nocivo de las corporaciones no es en función del origen de su capital, sino en el condicionamiento de los hábitos económicos, culturales e incluso políticos, es decir, que no toman en cuenta el carácter globalizante de estos verdaderos agentes del proceso de globalización/exclusión.

En definitiva, mediante el control de las cadenas de producción las corporaciones transnacionales distorsionan la economía de los países dependientes. Ya en la etapa imperialista el capital extranjero reestructuraba la economía periférica conforme a sus propias necesidades (el enunciado ejemplo del trazado de las líneas del ferrocarril en nuestro país todas en dirección a los puertos), pero en esta nueva etapa la cuestión se agrava pues los grupos económicos se apropian directamente de la riqueza de los países, contando con ella en su planificación estratégica. Uno de los datos fundamentales de la realidad del mundo actual es que los GET, por ejemplo, ejercen un control sin precedentes sobre la casi totalidad de los recursos naturales a nivel planetario, y sobre la mayoría de los factores centrales en la creación de riqueza pero también en la concentración de poder⁴⁷.

Como ya dice Salvador María Lozada en su libro “Dependencia y empresas multinacionales”, de 1974, las gran corporación capitalista se han convertido “en el protagonista central de la economía contemporánea (...) no se reduce, como antes, a las grandes empresas extractivas y exportadoras de materias primas y de producción de energía, sino que se encuentran expandidas en la totalidad de los sectores más dinámicos, es decir, aquellos que suponen el condicionamiento de las restantes empresas”.

Veamos el ejemplo sostenido por el profesor inglés Leslie Sklair: “El caso de Nigeria es ilustrativo de un modelo común. En cuanto a la proporción de la economía total, la inversión de las CTN es pequeña, pero como proporción de algunas industrias, por ejemplo, la del petróleo, maquinaria y servicios financieros, es

⁴⁷ En este sentido se expresa Jorge Beinstein: “Este sistema de empresas globales ha capturado la casi totalidad de la estructura productiva avanzada, ha conseguido devorar a buena parte de las ex empresas públicas periféricas, gobierna al comercio y las comunicaciones y ha convertido a la especulación financiera en el centro de su dinámica de negocios” (Beinstein, 2000).

sustancial. En los sectores especializados, es dominante. Los estudiosos del caso de Nigeria han señalado las principales distorsiones estructurales en la economía y en la sociedad de las cuales las CTN son, al menos en parte, responsables: Por ejemplo: las propuestas para la producción local de acero y hierro, petroquímicos, maquinas, herramientas y otras cosas por el estilo son típicamente desalentadas o demoradas por las CTN que prefieren fabricar productos de consumo semilujosos que rinden ganancias más rápidas, como encaje, piezas de automóviles, etc. Este es el resultado de la gran aceptación de la industrialización como sustitución de importaciones, que implica que los sustitutos destinados a los hábitos de consumo de productos semilujosos importados y no los que satisfacen las necesidades básicas de la mayoría de la población tendrían prioridad industrial” (Sklair, 2003).

La instalación de un GET en un país periférico es generalmente celebrada con bombos y platillos y mostrada como un logro en la gestión de los dirigentes locales. Aplaudida por los grandes medios, admitida por aquellos que ven en ella la posibilidad de conseguir un trabajo, festejada por aquellos que se enriquecen individualmente haciendo de *lobbyistas* para obtener los mejores beneficios para la radicación de la empresa en ese lugar y no en otro país dependiente. Nadie parece acordarse del condicionamiento que el propio desarrollo del GET implica. Incluso muchas veces se soslaya que la instalación de un capital transnacional se trata de una adquisición transfronteriza, es decir, no la inversión y creación de capacidad productiva sino simplemente una transferencia de propiedad y control de manos nacionales a manos extranjeras. Esta transferencia suele ir acompañada del despido de trabajadores y el cierre de algunas actividades de producción, además de significar que los beneficios del nuevo propietario irán hacia el exterior en divisas. Las empresas transnacionales adquirientes, al tener la espalda que les da ser oligopolios mundiales, y contar con una tecnología (ya amortizada en los países centrales) pueden llegar fácilmente a dominar el mercado interior, y a proyectar, por su amplia capacidad financiera y tecnológica hacia otros sectores fundamentales. Y está claro que los objetivos de las GET no tienen porque coincidir con los objetivos de desarrollo de las economías receptoras, sino al contrario. Los motivos de preocupación también debieran abarcar los ámbitos social, político y cultural. Por ejemplo, la adquisición de medios de comunicación o de las actividades de esparcimiento constituye generalmente una amenaza para la cultura o la identidad nacional. Cuando las cadenas transnacionales adquieren canales de televisión suelen colocar sus “enlatados”, es decir, programas hechos no con producción y actores locales, sino para abastecer mundialmente a una red de canales por todo el globo, o bien un sector de este (los países de habla hispana en nuestro caso).

La necesaria tendencia de los GET a corroer el poder de los Estados Nacionales periféricos opera siempre en el mismo sentido pero con diversidad de formas. En general y mediante la implementación del modelo neoliberal el Estado fue despojado, como decíamos, de todos los instrumentos de política económica (monetaria, fiscal, de salarios, etc.). La paradoja es que, la única oportunidad que tienen los países de pequeñas economías para “beneficiarse” con la inversión directa extranjera, es ser permeables a las exigencias múltiples de los GET. La llamada “apertura del mercado” es condición para entrar en el circuito del capital transnacional y para esto se requiere en los países periféricos de un Estado cada vez más débil e inerte frente al poder económico transnacional. Un Estado cuya fuerza le alcance sólo para ser garante de las condiciones del capital. Un Estado que mantenga a raya cualquier tipo de amenaza contra el libre despliegue del capital transnacional.

Cuanto mayor sea la presencia de los GET en un país, es mucho más probable la distorsión de su economía y la aceleración de la transición hacia el sistema de dominación globalizante, pues con rapidez ganaran el predominio cualitativo en las industrias en las que participan. Entre ellas siempre están las industrias de más avanzada tecnología y las que proveen valiosos productos manufacturados –sobre todo para la exportación–. De esta contradicción, entre los países periféricos y los GET, la balanza en el marco del capitalismo globalizado se inclina rápidamente a favor de estas últimas por más controles y regulación que se pretenda ejercer sobre ellas. “Entonces –como afirma Leslie Sklair– para quienes deseen modernizarse existe una profecía que se cumple a sí misma respecto del éxito económico, político e ideológico-cultural de las CTN y, por ende, del proyecto capitalista global, en el Tercer Mundo. En la medida en que las CTN mantengan su posición dominante en la comercialización transnacional y en las industrias de la comunicación, las fuerzas alternativas u hostiles a la concepción del mundo de las CTN raramente podrán alcanzar un público nacional, menos aun global. Las CTN monopolizan los símbolos de la modernidad para sí mismas y para los que las apoyan. La modernidad es lo que el capitalismo global tiene para ofrecer” (Sklair, 2003).

Es preciso comprender que la irrupción de los GET como actores centrales de la globalización está sólo en su fase inicial. Desde que se inició este proceso fue, gradualmente, eclipsando el protagonismo de los Estados Nacionales, fundamentalmente en los países dependientes, pero también en los centrales. En estos también, el poder de las empresas se incrementó irrefrenablemente por medios lícitos e ilícitos, comprando conciencias y adhesiones políticas del mismo modo en que venían haciéndolo históricamente en muchos países del Tercer Mundo. A su vez estos grupos económicos se dan un proceso de concentración interno, por la tendencia ya largamente analizada del capitalismo al monopolio y por las necesidades de colocación del capital especulativo. Mediante fusiones o adquisiciones que no tienen precedentes por el carácter y por el monto los GET van fagocitándose a sí mismos y acrecentando su poder, en el proceso referido como megafusiones.

Para cuantificar y conceptualizar el poder de estos nuevos sujetos podríamos –siguiendo a Jorge Beinstein – clasificarlas en tres círculos concéntricos. “En el círculo central no más de 50 grupos representan algo menos de un quinto de PB Mundial, un segundo círculo compuesto por las 500 grandes empresas acaparando un 39% del mismo y finalmente un tercer círculo compuesto por no más de 35 mil empresas y unas 180 mil filiales cubriendo cerca de la mitad del PBM” (Beinstein, 2000). La comparación del poder económico de los GET con los Estados Nacionales se hace aun más patente si la hacemos respecto de las naciones latinoamericanas. Todo el gasto público de América Latina en 1997 equivale a la facturación agregada de sólo tres empresas multinacionales (General Motors, Ford y Mitsui). La economía brasileña, sin duda la más poderosa de la región, tiene un gasto equiparable con la facturación de Volkswagen que ocupó ese mismo año el lugar número 23 en el ranking de los GET. Nuestro país estaba bien por debajo de Philip Morris (lugar número 30 en el ranking global) e incluso por debajo de Nestlé (número 36 en el ranking global)⁴⁸.

Las comparaciones entre los presupuestos de Estados nacionales y las empresas no es una cuestión original, ya en los 60 se realizaban en las investigaciones sobre la expansión y el desarrollo de las multinacionales. Era común encontrar en ellas cuadros comparativos entre la facturación de alguna empre-

⁴⁸ Estos datos son suministrados por el economista Jorge Beinstein en su libro “La larga crisis de la economía global”.

sa super-gigante con el Producto Bruto de un pequeño país periférico. La diferencia es hoy es no sólo cuantitativa, sino cualitativa. Las comparaciones no sólo pueden hacerse respecto de pequeños países sino incluso de los poderosos del G7⁴⁹, pero en relación a los países dependientes –aun aquellos de mediano desarrollo– han trazado abismos en la diferencia, marcando una tendencia que se proyecta en progresión casi geométrica.

Los GET más grandes tienen activos y ventas anuales mucho mayores que el PBI de la mayoría de los países del mundo. “El *World Development Report* [Informe de Desarrollo Mundial] del Banco Mundial para 1994 informó que 73 de 132 países en las tablas principales tenían PBI de menos de 10 mil millones de dólares. *Global 500 Industrial Corporations* de la revista Fortune⁵⁰ (26 de julio de 1993) muestra 139 CTN con ventas anuales de más de 10 mil millones de dólares. Además, 7 compañías de servicios, 56 bancos, 30 compañías financieras, 5 instituciones de ahorro, 32 compañías de seguros, 13 distribuidoras, 4 compañías de transporte y 27 de servicios públicos solamente en Estados Unidos tienen activos superiores a 10 mil millones de dólares (Fortune, 31 de mayo de 1993). Famosas compañías como Ford, General Motors, Shell, Toyota, Volkswagen, Nestlé, Sony, Pepsico, Coca-cola, Kodak, Xerox (y muchas otras de las que la mayoría de nosotros no hemos oído hablar) tienen más poder económico a su disposición que la mayoría de los países del mundo” (Sklair, 2003).

A la vista de estos datos nos podemos preguntar: ¿Qué capacidad de decidir estrategias macroeconómicas independientes puede tener un Estado Nación de la periferia frente a estas grandes expresiones de poder concentrado? ¿En cuánto puede trazarse una estrategia independiente de crecimiento sin relacionarse con estos monstruos? ¿Tiene viabilidad un desarrollo en términos del capitalismo si sus niveles de empleo, rendimiento fiscal, crecimiento, e, incluso, la innovación tecnológica, depende de las decisiones de inversión, dentro de ese país, de las grandes empresas transnacionales?

Frente a semejante poder no es extraño que muchos se pregunten, con buenas o malas intenciones, sobre la subsistencia del Estado Nacional como ordenador social. Ante tamaña desigualdad de herramientas no sorprende que autores como el argentino Jorge Barbará sostenga “la liberación de una sujeción semejante era la nota característica de la soberanía. No deja de impactar que se llegue a sostener una virtual sustitución del Estado por las empresas, toda vez que se profetiza una delegación del Estado en favor de las empresas económicas fuertes en la misión de defender y promover el bienestar económico de la sociedad local, de tal manera que los grupos económicos multinacionales obtendrían, de esta suerte, una legitimación social histórica que, hasta el presente, el Estado ha reclamado para sí” (Barbará, 2000). Nosotros intentaremos en el último de los capítulos un esbozo de respuesta a cómo aun hoy y más allá de los mitos y realidades de la sociedad glo-

balizante es posible romper la relación de sujeción y subordinación que plantean estos conglomerados económico-financieros respecto de las sociedades nacionales dependientes. Y lo necesario que es el Estado Nación para la vida de las mayorías populares. Porque lo cierto, lo irrefutable aun para aquellos que cantan loas a la globalización es que alrededor de 9 de cada 10 trabajadores en el mundo trabajan para sus coterráneos y no para el mercado mundializado; además el 90% de la acumulación de capital real en el mundo se financia con el ahorro interno de los países. La contribución de la inversiones de las filiales de las corporaciones transnacionales a la formación de capital fijo en el mundo es inferior al 10% (Ferrer, 2006). Otra historia distinta es quién se beneficia esta acumulación y cómo se concentra el capital y el impacto que tienen en la estructura de las economías nacionales.

Siguiendo con la descripción de la configuración del sistema de poder global hoy, dadas las condiciones del proceso globalizante, lo cierto es que, en la actualidad, cada Grupo Económico Transnacional se sienta a negociar mano a mano con los Estados Nacionales (centrales o periféricos), los impuestos, las tarifas de importación y exportación, el mejoramiento de la infraestructura, etc. Muchas veces ni siquiera negocia sino que impone su voluntad lisa y llanamente. La más grande paradoja es que mayoría de los gobiernos han ido castrando sus propios instrumentos de poder desde la instauración del neoliberalismo. Esto es producto de la hegemonía ideológica y política de la globalización. Los gobiernos se encuentran aterrados ante la posibilidad de la tan temida “fuga de capitales” y la llamada deslocalización... Y esto lleva a que los GET obtengan desgravamientos impositivos, mayores condiciones de “disciplinamiento” de la fuerza laboral (flexibilización) y la reducción del salario real para que los costos comparativos inclinen la balanza de la decisión de la producción en el país (ampliando su porción del mercado mundial correspondiente). De este modo el capital ya no disputa dentro y con el Estado Nacional sino que las transnacionales han convertido, muchas veces, al Estado en su sirviente. El capital plantea así su máxima aspiración, independizándose de las contradicciones de la lucha social que expresa el Estado Nación. El Gran Capital asume, entonces, la decisión Imperial. Y pone manos a la obra en la construcción de una estructura político institucional que incluso llega al cuestionamiento de los aparatos existentes (FMI, Banco Mundial, ONU, OCDE, etc.) que aun tienen relación con la estructura de poder de los Estados Nacionales, aunque obviamente bajo la hegemonía de los países imperialistas⁵¹.

Estos organismos que fueron extremadamente útiles en la difusión del credo neoliberal y en el monitoreo y control estricto de su aplicación, sobre todo en los países periféricos, llegará un momento en que se vean superados porque responden a la vieja estructuración de poder en el seno del Imperio. Mientras tanto, “el gobierno mundial de facto tiene que consagrarse a garantizar que los recursos humanos y naturales del mundo estén a la libre disposición de los bancos y las empresas supranacionales que controlan la inversión, la producción y el comercio, con sus ope-

⁴⁹ “Mientras tanto el peso de las empresas multinacionales fue creciendo, llegando a constituir poderes económicos superiores a los de los Estados, en 1997 la totalidad del gasto público de los países del G7, aproximadamente 6,9 billones de dólares equivalía a la facturación agregada de las 165 primeras empresas globales por otra parte las 10 empresas globales más importantes facturaban aproximadamente 1,3 billones de dólares cifra equivalente al gasto público de todos los países periféricos” (Beinstein, 2000)

⁵⁰ La revista de negocios yanqui “Fortune” publica anualmente una lista de las principales corporaciones transnacionales de EEUU y del mundo en su conjunto, ordenadas en base a una variedad de indicadores. Otras fuentes hacen lo mismo, pero la denominación de “Fortune Global 500 Company” se ha impuesto como el indicador de las empresas “top” entre los GET.

⁵¹ Todas estas estructuras fueron formadas con posterioridad a la Segunda Guerra Interimperialista y reflejan la hegemonía de las potencias vencedoras de la puja. Cada una tiene sus particulares mecanismos de representar y organizar la preponderancia de los Estados Imperialistas. Por ejemplo en las Naciones Unidas, esta estructura la representan los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. En el caso del FMI, para tomar otro ejemplo, los votos en la configuración de sus decisiones se toman en proporción al capital aportado por los países, de este modo a los EEUU le alcanza con aportar tan sólo un porcentaje para controlar al organismo en conjunto con los estados europeos.

raiones protegidas del conocimiento o la intromisión popular” (Chomsky, 1995).

Esta necesidad de una nueva estructuración jurídica y política global para el futuro, no tiene que llamarnos a engaño pensando que los poderes transnacionales están planificando la construcción de un Super Estado Mundial. Las instituciones de este tipo suelen ser vistos desde los GET como un límite a su desarrollo. El nuevo sistema institucional impulsado por los GET seguramente será mucho más complejo y adaptado a la medida de su lógica de acumulación donde el gran ordenador es esa mano invisible llamada mercado, aunque requiera siempre, como decíamos, el puño visible del poder militar imperialista.

Es claro que, la intención de las fuerzas globalizantes no es instaurar un Estado único mundial. Las razones ya las expresó con claridad uno de sus precursores, el norteamericano Brzezinski: “la concreción de un único gobierno mundial no sólo evoca fuertes reacciones negativas entre aquellos que temen que semejante gobierno quitaría su soberanía a los actuales Estados Nación, sino que también resultaría en un dominio intolerable para una mayoría políticamente inmadura”. “De esta manera y con gran franqueza, Brzezinski nos aclara que de ninguna manera tendremos un gobierno mundial público regido por instituciones a las que pueden acceder los ciudadanos del mundo a través de procesos electorales abiertos como los que rigen en las actuales democracias en casi todo el mundo. Por el contrario, el gobierno mundial que tienen en mente Brzezinski y los demás planificadores del CFR y la Trilateral Comisión es algo demasiado importante para dejarlo en manos de una “mayoría políticamente inmadura”... (Salbuchi, 2001).

ESTADOS NACIONALES, GET Y ONG, IMÁGENES DE NUEVO ESCENARIO MUNDIAL.

Es prácticamente indiscutible que, por ahora, la debilidad de los Estados Nacionales y su sistema internacional es condición de la fortaleza y expansión de los GET. Aun en las instituciones interestatales –como los organismos multilaterales de crédito están determinadas en su actuar por el consenso del capital global y ejercen presiones coordinadas sobre todos los Estados para que destruyan sistemáticamente todo lo que pudiera desviar y demorar el movimiento libre del capital y limitar la libertad de mercado. “Abrir las puertas de par en par y abandonar cualquier intención de aplicar una política economía autónoma es la condición preliminar, sumisamente cumplida, para poder recibir ayuda financiera de bancos y fondos monetarios mundiales. Los Estados débiles son justamente lo que necesita el Nuevo Orden Mundial, que con frecuencia se parece a un nuevo desorden mundial, para sustentarse y reproducirse. Es fácil reducir un cuasi Estado débil a la función (útil) de una estación de policía local, capaz de asegurar el mínimo de orden necesario para los negocios, pero sin despertar temores de que pueda limitar la libertad de las compañías globales” (Bauman, 2000). Sobre esta rendición incondicional se agiganta el poder globalizante. La ideología mundializadora asigna a los Estados la función de grandes comisarias. “La cantidad y calidad de los agentes policiales de ronda, los que limpian las calles de mendigos, carteristas y ladrones, y la solidez de los muros carcelarios son factores de primera importancia para ganar la confianza de los inversores, quienes los toman muy en cuenta a la hora de decidir cuándo invierten o retiran sus fondos” (Bauman, 2000). La contradicción existente entre Gran Capital y

Estado no debe hacernos olvidar que aquel recurre a éste en cuanto sus intereses se ven amenazados. El Grupo Económico Transnacional “detesta el Estado providencia y adora el Estado subsidio y el Estado cachiporra” (Labarde y Maris, 1999). En este sentido podemos decir “El liberalismo no es la antítesis del estatismo, por cuanto no prescinde de la acción del Estado, sino que la orienta en función de los intereses de los grupos económicamente poderosos” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

Estado liberal, como todo Estado basa su funcionamiento en la protección de intereses. Todo Estado es intervencionista por naturaleza, aun cuando “deja hacer” interviene y protege a los más poderosos y la desigualdad social. El Estado requerido por la globalización interviene y protege unilateralmente los intereses de quienes manejan el “libre” mercado. En términos reales, la crisis del Estado Nación, es en alguna medida, una profunda refuncionalización del mismo en favor de los intereses del capital, con la renuncia tácita y expresa de las responsabilidades públicas del propio Estado en relación a sus intereses nacionales y al bienestar de su Pueblo mismo.

El sistema se va estructurando como una gran pelota de nieve ya lanzada, los GET que impulsan la globalización (de la cual extraerán más poder y enriquecimiento) exigen a los Estados de la periferia asumir acuerdos, normas, reglas (o desregulaciones), comportamientos, políticas económicas favorables a la extensión e integración de los mercados controlados por los poderes hegemónicos de la economía transnacional. Esta dialéctica se puede llevar puesto al Estado, en tanto genere otra estructura que le permita constituir un aparato represivo, ni un minuto antes.

A esta altura podemos afirmar que el proceso de dominación al que denominamos globalización es causa de modificaciones sustanciales en el escenario mundial. Ya no podemos seguir afirmando en el marco de la teoría clásica del imperialismo el carácter estadocéntrico de la dominación. Los actores dominantes ya no se restringen a los Estados imperiales⁵². Se produce un cambio de eje que va del Estado Nacional a los GET, en un doble movimiento de la economía nacional a la global y del ámbito de lo público al de los intereses privados. Se trata entonces de una verdadera reorganización de las relaciones mundiales. El Estado que fue actor político principal de la época moderna va dejando su lugar en el escenario a otras fuerzas (los GET) que definen ya, en gran medida, la dirección y contenido de las decisiones políticas de muchos Estados. El cuestionamiento del concepto de soberanía ya no sólo se da por la sujeción de los países periféricos respecto de los imperialistas sino también en función de estos nuevos actores en el proceso de reorganización a que nos referimos.

Los nuevos agentes de alcance mundial impregnan la economía global con su lógica, lo cual provoca una ruptura con los antiguos patrones, pues se alteran los principios de creación de riqueza, de valorización territorial, de bienestar humano. El criterio que manda ahora es el de producción de beneficios –lo más inmediatos posible– de un patrimonio financiero, es decir, la reproducción del capital en ciclos cada vez más cortos. Solamente esto mantiene a la bicicleta en funcionamiento.

Este cuadro de situación, que impulsan los GET como actores privilegiados, no queda completo sino se le agrega el papel específico desempeñado por un capital especulativo –del que hablamos en los capítulos anteriores– que se orienta a tra-

⁵² “Hoy pude decirse que las transnacionales deciden por arriba de las fronteras y sin tomarlas en cuenta, sin considerar Estados y nacionalidad; pero el Estado en su conjunto (no necesariamente los gobiernos) ofrece aún resistencia para ceder sus atributos esenciales en favor de las transnacionales. una cosa es que los poderes económicos “no tengan patria” y otra que hayan disuelto o absorbido las estructuras políticas de los Estados nacionales” (Flores Olea, 1999).

vés de análisis “científicos” producidos por expertos de bolsas, fondos de inversión, calificadoras de riesgo, organismos internacionales, o bien simplemente por gurús (los verdaderos oráculos de los sacerdotes del dios mercado). En el marco de la libre circulación del capital y la libre flotación de las monedas se ha generado un mercado mundial del dinero que también juega imponiendo restricciones a las soberanías nacionales, a través de fuertes condicionamientos a las políticas monetarias. Y sus aparatos ideológicos, sobre todo mediante la acción de los medios de comunicación masiva y muchas instituciones académicas, se encargan de difundir la idea de las ventajas de que el capital ya no sufra con los gravámenes que le imponían los Estados, marcando a este proceso de emancipación del capital como irreversible. Aun aquellos que se reservan un cierto lugar de crítica para el carácter salvaje de este capitalismo sustentan que esta situación no puede ser revertida en atención a la capacidad de fuga y de reinversión en tiempo real en cualquier parte del planeta –rasgos salientes del capital globalizado–. Así el poder del capital se presenta como condicionante respecto del de los Estados Nacionales, subordinando los Pueblos a la obediencia total bajo riesgo de perecer triturados por la maquinaria cruel del capitalismo global.

En síntesis, la transición hacia la globalización establece un nuevo sistema de relaciones a nivel mundial que si bien no suprime el poder de los Estados Nacionales de carácter imperialista, se constituye con carácter complejo, contradictorio y concurrente, con cada vez mayor poder en los GET. Un sistema complejo que se va reformulando a través de la aparición de actores subnacionales (por ejemplo ONG, grupos de pertenencia, etnicidades, regiones alentadas para generar independientismo, etc.) y transnacionales (por ejemplo los Grupos Económicos pero también organizaciones internacionales como *Green Peace* o bien organismos internacionales de Derechos Humanos como *Amnesty International*) que se van dotando de objetivos propios y medios de operación con grados crecientes de autonomía, que no siempre se expresan en lo institucional– político con formas democráticas.

En la etapa del capitalismo industrialista el Estado Nacional, era el espacio institucional donde se condensaba la articulación social. Hoy la intención de las fuerzas globalizantes es que el eje se corra hacia el “mercado” mundializado, en realidad una forma sutil de nombrar a los intereses y el sistema de poder regulatorio de los grupos de poder económico concentrado. Este corrimiento de eje explica, en parte, asuntos como la decadencia y la crisis de representatividad de los partidos políticos y los sindicatos, íntimamente vinculados con el Estado como poder institucional. También explica la aparición de innumerables ONG, el mal llamado Tercer Sector, que aparece con pretensiones de suplir a partir de las necesidades de la sociedad civil en la crisis institucional. En realidad este “Tercer Sector” (porque supuestamente está más allá del Estado y el Mercado) no pocas veces depende de iniciativas (fundamentalmente de recursos) tanto por parte del propio Estado Nacional, cuanto del “mercado” (o debiéramos decir de las empresas). Muchos GET financian infinidad de grupos y grupúsculos a los que atan, por vía económica, directa o indirectamente a sus intereses. Pero más allá de eso, es una realidad que no pocas veces estas supuestas organizaciones de la sociedad civil y más allá de las buenas intenciones de sus miembros actúan como bomberos de los incendios que provoca el proceso de exclusión creciente inherente a la globalización. El cuestionamiento del Estado Nacional como ordenador social lleva a algunos autores a cantar loas a este “Tercer Sector” como una expresión, se supone legítima de la sociedad civil. Su dependencia económica a la que hacíamos referencia y su carencia de atributos de poder que le permitan hacer frente a los

poderes hegemónicos (en el caso que no sean dependientes de estos) termina por marcar el débil aporte de muchas de estas organizaciones a la hora de formular un proyecto de justicia y equidad para una reorganización del mundo.

En realidad, es falso el dilema entre Estado y Tercer Sector como organizador de la sociedad civil. Así como también fue falsa en su momento la dicotomía entre Estado y mercado. En efecto, se trata de nociones que funcionan en ciertos aspectos con un piso común, como espacios de confluencia y confrontación de intereses particulares diferentes de grupos sociales, políticos y económicos. Como todo ámbito institucional constituyen esferas de legitimación del predominio de los más poderosos frente a los más débiles, concentración de poder político, en un caso, y económico, en el otro. “Históricamente el Estado y el mercado han sido complementarios en la consolidación del capitalismo. Su desarrollo ha sido simultáneo y sus lazos son, por consiguiente, muy estrechos. La expansión de los mercados capitalistas es inconcebible sin el impulso del poder estatal; por su parte, el Estado moderno se forma sobre la base de la constitución de los mercados internos” (Flores Olea, 1999).

Sin embargo, el Estado en tanto organizador social del capitalismo industrialista se fue convirtiendo en un complejo entramado donde las relaciones sociales no quedaron fosilizadas sino que fueron reflejo de las disputas de fuerzas sociales al interior de cada Nación. Y como hemos visto su estructura misma se convirtió en sumamente pesada de soportar para los grupos económicos concentrados y su afán infinito de ganancias. Es decir, su carácter de instancia de negociación permanente lo convirtió en un techo a las aspiraciones de los GET. El proceso de globalización es la solución que la clase capitalista transnacional encuentra para conformar un nuevo orden social más beneficioso para sus propios intereses. Estas oligarquías de carácter mundial vienen produciendo una verdadera revolución, iniciada con el neoliberalismo, que les permite negar su responsabilidad en relación a de la vida de los Pueblos, en función de la pérdida del anclaje territorial que antes condicionaba el capital.

Los GET, punta de lanza, instrumento y vanguardia organizativa de esta clase capitalista transnacional, son instituciones que carecen de cualquier atisbo de participación de los trabajadores en sus decisiones. Son estructuras en las que la democracia no existe en ninguna de sus acepciones ni siquiera en las de forma. Usan su poder a nivel mundial, su capacidad de movimientos a nivel internacional, para determinar a los Estados Nacionales, condicionando sus políticas, de tal modo que desnaturalizan el hecho democrático de decisión en las sociedades nacionales. Las consecuencias inmediatas de este proceso de la globalización redundan en beneficio directo de sus impulsores. Nadie puede negar que lo que caracteriza a este proceso es una progresión geométrica en la acumulación de la riqueza, ampliando su brecha respecto de bastos los sectores que viven cada vez más en la pobreza, absolutamente ajenos a los beneficios que produce la economía. Esto es así porque los GET, su lógica, su forma de organizar el trabajo, su influencia y condicionamiento del resto de las economías nacionales se van imponiendo. Un par de ejemplos gráficos de cómo funciona esta lógica de las transnacionales: “En septiembre de 1999, la transnacional francesa Michelin hizo un doble anuncio: que sus utilidades semestrales habían aumentado en casi el 20% y que en los próximos tres años eliminaría 7.500 puestos de trabajo. Todo un símbolo de la época” (Nun, 2000). “De 1991 a 1995, IBM despidió a 122.000 empleados y redujo en un tercio los salarios totales, con el objetivo de aumentar sus dividendos y el precio de las acciones. ¿Cuál fue el premio de tanta “prudencia”? En 1995, el precio de sus acciones y dividendos batió todas las marcas anteriores” (Hertz, 2002).

La gran concentración económica condiciona cada vez más a la democracia. Cuando son los GET los que mandan, el mercado, es decir, su lógica propia, va estableciendo un sistema de reconocimientos y castigos a los gobiernos de turno en función de la cercanía con la defensa de sus propios intereses. “*Los mercados votan todos los días*” afirma George Soros⁵³, voz en este tema de todos los especuladores financieros, “fuerzan a los gobiernos a adoptar medidas impopulares pero indispensables. En la actualidad son los mercados los que tienen sentido de Estado”. Esta idea de Soros es todo un programa de las fuerzas globalizantes.

El despliegue de las fuerzas de la globalización termina por confinar al Estado a la autorestricción de su soberanía, vía condicionamiento de la política. Los países se transforman entonces en porciones del mercado mundial, próximas a integrarse en la medida en que se armonicen y equilibren los intereses de los monopolios y oligopolios que actúan al interior de sus fronteras (nacionales o también regionales). Este tema lo abordaremos con mayor extensión al considerar la relación entre la globalización y la exclusión en los próximos capítulos. Por ahora nos basta afirmar que el ajuste entendido como adaptación del país a la porción del mercado global que le corresponde cruza obviamente la esfera del Estado. De este modo se plantea la reformulación de un Estado que pierde todas las características que le fueron identificatorias en la etapa anterior: ser centralizado burocrático, benefactor, con injerencia directa e indirecta en la economía. Y se configura un modelo de Estado empequeñecido, privatizado (en sus funciones)⁵⁴, informatizado y flexibilizado (en relación con sus empleados). De este modo el Estado ya no es pensado como la de mediación entre los que más y los que menos tienen (como en el Estado de Bienestar), ni tampoco es concebido como instrumento de integración social, sino que la función del Estado se restringe, como decíamos, a ser el gendarme del funcionamiento de las reglas del mercado, es decir, el garante del poder de los nuevos sujetos políticos que son los Grupos Económicos Transnacionales. “La fracción internacionalizada del capital productivo requiere, no sólo, como el capital financiero, un contexto internacional que posibilite su libre desplazamiento entre espacios estatales, sino también reducir a los Estados al rol de gestores de la reproducción de la mano de obra y del desarrollo de las condiciones generales de operación del capital (infraestructura, regulaciones legales destinadas a asegurar la preservación de la propiedad, estructura impositiva que no haga recaer sobre el capital los costos ligados a posibilitar la más adecuada operatoria de éste, etc.)” (Arceo, 2002).

A modo de síntesis podemos afirmar que se puede ver, en este tránsito hacia la globalización, como el sistema de dominación va dejando de ser internacional, o sea, basado en la acción y el protagonismo dominante de los Estados imperialistas, para comenzar el proceso de transformación en un sistema de dominación global. La verificación de este traspaso conlleva la existencia y creación de la política y las instituciones ideológico-culturales del capitalismo globalizado que acompañen el proceso de globalización económica que ya tienen una práctica largamente comprobable. Esta transición hacia un sistema de do-

⁵³ Citado en Pensamiento crítico vs. pensamiento único por Ignacio Ramonet (1999).

⁵⁴ “En los países periféricos las crisis del Estado se manifiesta de una manera más dramática. El incremento exponencial de los excluidos se combinó en los 90s con una avalancha de privatizaciones que desnacionalizaron la mayor parte de las empresas estatales, además las desregulaciones de todo tipo redujeron a la mínima expresión la intervención económica pública. Si ya antes de esto buena parte de los Estados periféricos disponían de un bajo poder de decisión ala ola neoliberal llevó al colapso o a drásticas reducciones a numerosas administraciones públicas” (Beinstein, 2000).

minación verdaderamente global no es un cambio que ha de realizarse de un día para otro, pero ya está lanzada en sus lineamientos generales que es preciso comprender desde la perspectiva de aquellos que nos planteamos la liberación. Las teorías que centran el análisis de la dominación exclusivamente en la existencia y la acción del Estado Imperialista, no pueden dar cuenta de algunas de las nuevas contradicciones de esta sociedad. Por eso es que hemos dedicado todo este capítulo a pensar el rol, en el sistema de dominación vigente⁵⁵, de nuevos actores como los Grupos Económicos Transnacionales, su relación con los Estados Nacionales centrales y con los Estados periféricos.

⁵⁵ Coincidimos aquí con lo planteado por el profesor Leslie Sklair: “La teoría que se propone aquí considera al sistema global primariamente como un sistema capitalista global y a sus principales fuerzas como las corporaciones transnacionales, las clases capitalistas transnacionales y la ideología cultural del consumismo. Para comprender el funcionamiento del sistema global debemos concentrarnos en las corporaciones transnacionales” (Sklair, 2003). Pero hacemos la salvedad que la vigencia de los Estados nacionales, para los cuales se debe analizar en profundidad su interacción con los GET, así como a su despliegue y desarrollo de defensa de sus intereses.

SOBRE LA RELACIÓN ENTRE GLOBALIZACIÓN Y EXCLUSIÓN.

“Nosotros, la población penitenciaria, somos la vergüenza de [Norte] América. Aquí el verdadero crimen es vuestra locura. Millones de personas en esta tierra languidecen abandonados, olvidados... La sociedad no puede emplearlos en el exterior, con lo que paga para mantenerlos encerrados, fuera de su vista, sin oportunidades de rehabilitación espiritual... Yo os digo a vosotros, vanidosos y satisfechos: tened cuidado... Nuestro número está creciendo, nuestro coste se incrementa rápidamente. Construir mayores y mejores... prisiones ya no es la solución a las razones que se esconden detrás de los problemas y de la locura. Sólo provoca que los gritos sean más fuertes y que las consecuencias finales sean más terribles para todos cuando, por fin, ocurra”.

“Life on the Shelf”, Newsweek, 2 de mayo de 1994¹

“La paradoja de nuestro tiempo es que la humanidad está cada vez más unificada y al mismo tiempo más fragmentada”.

Zbigniew Brzezinski. Entre dos eras. El rol de Norteamérica en la era tecnocrática. 1970.

¹ Citado por Rifkin (1996) en “El fin del trabajo”.

EL TRISTE ESPECTÁCULO DE LA INJUSTICIA A NIVEL MUNDIAL.

Las pruebas históricas son irrefutables, en las ancas del crecimiento estructurado sobre las bases del capitalismo globalizante necesariamente viene montado un proceso de concentración, disparidad y polarización. De este modo la etapa del capitalismo actual genera la miseria, que afecta a las cuatro quintas partes de la población de la Tierra, y que, como mancha de aceite en el mar, va haciendo imposible la vida de todo lo que toca a su paso. Esto tiene consecuencias, inclusive, para una porción de habitantes de los países del Norte orgulloso y poderoso. El espectáculo es doloroso, a casi cualquier lado a donde se dirija la mirada en este mundo. El capitalismo globalizado otorga la gloria y la opulencia para algunos pocos y hambre e injusticia para las mayorías populares, que quedan marginadas de sus beneficios. “En los países más ricos, las personas consumen cuatrocientas veces más que la gente en los países más pobres, quiere decir, que los habitantes de Suiza consumen más en un solo día que los habitantes de Mozambique en todo un año” (Heinz Dietrich, 2003). Aunque la deficiencia de este ejemplo es que las diferencias hoy existentes cada vez menos se pueden medir solamente en términos nacionales, es preciso conjugar esta variable nacional (rémorra de la dominación imperialista) con la variable propia de una sociedad excluyente y polarizante incluso al interior de las sociedades nacionales opulentas. Es decir, podemos medir también el hecho de que en la mayoría de los países, sobre todo en los dependientes, una minoría consume en un par de días lo que la mayoría de la población del mismo país consume en un año.

Ya el Informe sobre Desarrollo Humano de 1992 del PNUD, consigna que 20% de la humanidad con mayores ingresos recibe 82,7% del producto mundial; en cambio el 20% –situado en la pobreza y pobreza extrema– apenas si recibe 1,4% de ese producto. Estas tendencias polarizantes dejan de ser meros datos cuantitativos para transformarse en postales de una realidad agobiante del infierno que el proyecto globalizante procura construir aquí en la tierra, pese a la imagen de paraíso que pretenden propagar sus medios de comunicación masiva.

Estos son sólo algunas de las cifras concretas y escalofriantes del mundo al cumplirse el milenio, según un informe del PNUD insospechable de tendencioso (por lo menos en nuestro favor):

- 5.770 millones de personas habitan el planeta.
- 1.150 millones viven en el Norte, países centrales.
- 4.620 millones viven en el Sur, países pobres.
- 1.600 millones se hallan en peores condiciones que hace 15 años.
- 1.442 millones viven por debajo de los niveles de pobreza, es decir, el 25% de la población total.
- 1.300 millones de personas tienen menos de un dólar por día para vivir, 110 millones en América, 970 millones en Asia, 200 millones en África.
- 1.000 millones son analfabetos, de los cuales 600 millones son mujeres
- 1.000 millones viven sin agua potable.
- 800 millones sufren desnutrición crónica.
- 500 millones de mujeres del mundo viven en pobreza extrema.
- 200 millones de niños, menores de cinco años, están desnutridos.
- 11 millones de niños mueren al año, por desnutrición.
- 89 países están en peor situación económica que hace 10 años.

- 70 países tienen ingresos inferiores a los que tuvieron en las décadas del 60 y 70.
- En el Sur, hay un promedio de un médico por cada 6.000 personas, mientras que en el Norte es uno por cada 350 personas.

(Fuente: Informe sobre Desarrollo Humano 1998 de PNUD Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo).

Todas estas cifras lejos de ir en vías de solución, están cada día agravándose más en la desigualdad e injusticia que implican. Esto es así porque el crecimiento poblacional no es proporcional. “Según el informe del 5 de septiembre de 2002 del Instituto de Políticas de la Tierra², la población mundial, que en la actualidad asciende a 6.200 millones de personas, aumenta a un ritmo aproximado de 77 millones por años, si bien el crecimiento se distribuye de forma muy irregular. Las tasas de fertilidad en los llamados países desarrollados (es decir, el bloque de países opulentos de Occidente así como los nichos de rápida occidentalización esparcidos por otras regiones) ya han caído por debajo de la proporción mágica de 2,1 hijos por mujer, consideraba el nivel de sustitución (crecimiento cero de la población). Pero se tiende a esperar que los países en vías de desarrollo, con sus 5000 millones de personas en la actualidad, alcancen los 8200 millones de habitantes hacia el 2050. Dado que los países más pobres, como Afganistán o Angola son los que crecen más deprisa, se espera que su población se eleve hasta 1800 millones desde los 660 millones actuales” (Bauman, 2005).

No estamos hablando de números sino del estado de la vida en el mundo. No queremos acostrumbrarnos ni resignarnos a este desolado paisaje económico, político y sobre todo humano. “La indiferencia general es [para el sistema] una victoria mayor que la adhesión parcial, aunque fuese de magnitud considerable” (Forrester, 1997).

¿Acaso es este el mejor de los mundos prometido por el avance tecnológico y la globalización, tan elogiada por los medios masivos de comunicación?

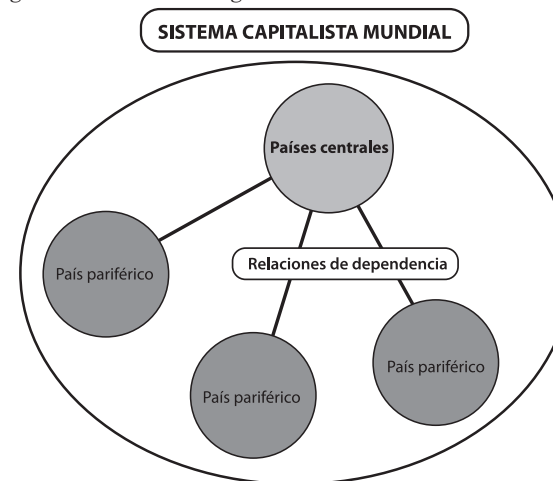
Posemos los ojos sobre nuestra tierra: “Al iniciarse el siglo XXI en América Latina viven 211 millones de pobres y 90 millones de ellos son directamente indigentes. El 35% de los hogares carece de recursos para satisfacer sus necesidades básicas y el 14% no cuenta con un ingreso que le permita llegar al mínimo alimentario. La mayor parte de esos pobres son niños y jóvenes: la mitad de los menores de 20 años son pobres. Es además la región con la distribución de ingresos más desigual del mundo en términos generales, el 10% de los hogares ricos capta una proporción del ingreso total 19 veces mayor que la que recibe el 40% de los hogares más pobres (Fuente, CEPAL)” (Casalla, 2003).

La pregunta obvia que nace de esta situación, es la que se formula el germano-mexicano Heinz Dietrich: “¿Cómo logra una minoría mundial de diez mil banqueros, capitalistas industriales y comerciales y sus políticos profesionales, excluir a la mayoría de 5,5 mil millones de seres humanos de los beneficios del trabajo, de la

² “Las naciones ricas pueden permitirse una alta densidad de población porque son “centros de alta entropía” que extraen recursos, muy en especial de las fuentes de energía del resto del mundo, y devuelven a cambio los residuos contaminantes y con frecuencia tóxicos del procedimiento industrial” (Bauman, 2005). Ejemplo más gráfico de esto son los países de Europa como Holanda (425 por km²). Por eso: “No resulta sorprendente que el Instituto de Políticas de la Tierra, al igual que tantas otras instituciones eruditas que el mundo opulento funda y financia para nuestra protección, tenga pocas dudas de que la limitación de “su” [de los países pobres] fertilidad constituye la clave para la resolución del dilema de la “superpoblación” planetaria” (Bauman, 2005). Tal la concepción de la oligarquía global: la fertilidad de los pobres del mundo ejerce una presión excesiva sobre su propio (el de los incluidos) sistema de vida. En otras palabras, “son los pobres los que pueblan en exceso nuestro planeta” piensa la oligarquía mundializada y repiten muchos idiotas a sueldo o por vocación.

educación y de la tecnología actual? Dicho de otra manera: ¿Por qué la abrumadora mayoría de los seres humanos tolera la tiranía de esa pequeña oligarquía global? La respuesta es que la *elite* ha construido un sistema de dominación, explotación y enajenación que abarca las cuatro relaciones básicas del ser humano [económicas, políticas, culturales y militares] y que va desde los dos centros de poder mundiales, los Estados Unidos y la Unión Europea, hasta los pueblos y barrios más recónditos de América Latina, África y Asia” (Heinz Dietrich, 2003).

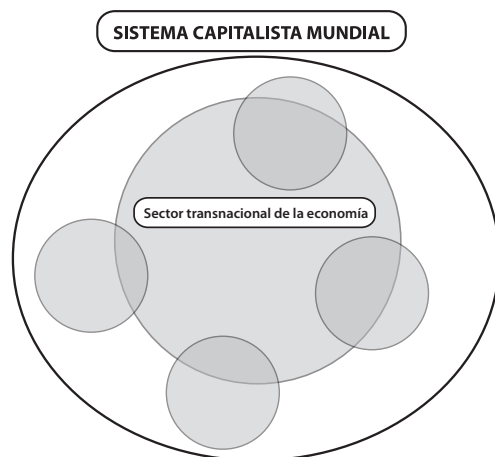
Hemos visto en el capítulo II el proceso de gestación, desarrollos y cambios del sistema de dominación iniciado en la Europa del Renacimiento. Con los teóricos de la dependencia concluimos que hay que analizar las economías nacionales de la perspectiva de un sistema-mundo para entender que el subdesarrollo de los subdesarrollados es la contracara del desarrollo de los desarrollados. De acuerdo con esta visión del fenómeno de desarrollo-subdesarrollo, la cual trata de incorporar los aspectos de dominación-dependencia, los llamados países centrales o desarrollados son aquellos donde prevalece la estructura económica, social y espacial desarrollada, mientras que las actividades, grupos sociales y regiones atrasados y marginales constituyen fenómenos excepcionales. A la inversa los llamados países subdesarrollados o dependientes son aquellos en los que prevalece el fenómeno de la marginalidad excluyente, afectado una porción apreciable de la población, de las actividades económicas y del espacio físico, presentándose por consiguiente como un problema básico, urgente y agudo, no solamente debido a su gran dimensión absoluta y relativa sino también al hecho de que grandes segmentos de la población subsisten a niveles de vida extremadamente bajos. Las actividades, sectores sociales y áreas desarrollados y modernos constituirían en cambio proporciones más o menos restringidas de estos países. Las relaciones entre ambos grupos de países pueden ser representadas gráficamente de la siguiente manera:



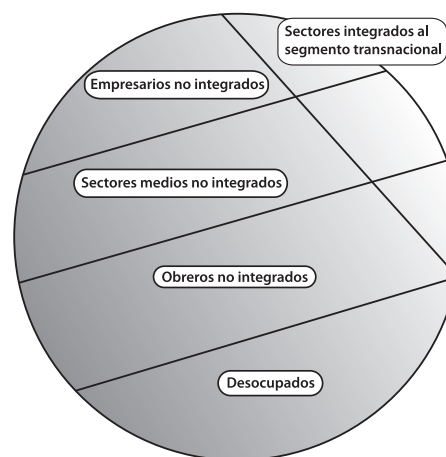
El primer nivel para desarrollar la representación gráfica del sistema capitalista mundializado es reconocer que ninguna economía nacional se da en aislamiento sino en vínculo directo (mayor o menor) con las otras economías fundamentalmente con las de los países centrales. Esto es así desde el surgimiento mismo del capitalismo como sistema mundo. Las distintas economías nacionales operan en el nivel de subsistemas del sistema capitalista mundial. Y la naturaleza del vínculo

entre las economías centrales y las periféricas es de relaciones de dependencia.

Es imprescindible dar cuenta que en la economía actual, tanto en los países centrales como en los periféricos hay una gran heterogeneidad de niveles de desarrollo, de modernidad, de ingresos. Pero para simplificar esta representación y sólo con ese propósito reduciremos la heterogeneidad a su expresión más simple, esto es a una dualidad: sectores económicos transnacionalizados y sectores marginados de la transnacionalización.



Cada economía nacional (porque el sistema absolutamente mundializado es aun una utopía liberal) tiene un sector transnacionalizado, es decir, integrado al mercado mundial y otro sector fundamentalmente relacionado con la producción y el consumo de escala nacional. De conformidad con nuestra interpretación, el sistema capitalista mundializado se compone de un núcleo central transnacionalizado, de mayor o menor importancia según se trate de un país central o de uno periférico o dependiente.



Esta estructura social deriva parte importante de su dinamismo de la influencia que recibe el segmento internacionalizado de nuestros países de los países centrales. Como se ha visto, dicha influencia se manifiesta al nivel de la estructura

productiva, por la penetración masiva y extraordinaria dinámica del conglomerado transnacional y sus subsidiarias y filiales de todo tipo; en el plano tecnológico, por la introducción en gran escala de técnicas altamente capitalizadas y ahoraradoras de mano de obra; al nivel cultural e ideológico, por una abrumadora y sistemática publicidad del modelo de la civilización consumista y la orientación en la asignación de recursos que de ahí resulta; y al nivel concreto de las política y estrategias de desarrollo, por la presión de los interés privados y públicos nacionales, extranjeros e internacionales asociados al segmento internacionalizado a favor de políticas que fomenten un desarrollo de esta naturaleza (Sunkel, 1975).

En el gráfico podemos observar que un amplio sector de la población no solamente no está integrado al sector de la economía transnacionalizada sino que además esta sencillamente afuera de la producción social. En cualquier análisis profundo de la sociedad actual, sabemos que es imposible escindir el sistema de dominación a escala mundial y sus consecuencias concretas: la exclusión creciente de los hombres y mujeres pobres del mundo. Porque como ya decía el argentino Carlos Vilas: "Cada situación de dependencia se corresponde con una determinada estructura de dominación social. Entendemos por tal al sistema de relaciones –económicas, políticas, culturales– que a partir de su posición en las relaciones de producción permite a una clase, y a una fracción dentro de ella, proponer e imponer sus objetivos e interés y sus características culturales e ideológicas al resto de la sociedad e incorporarse a partir de ese predominio, al mercado internacional" (Vilas, 1974).

Pero para sumergirnos en la relación entre globalización y exclusión es necesaria una breve recapitulación. Decíamos que el capital en su proceso de emancipación (ver capítulo III) ha adquirido una relativa capacidad de reproducirse a sí mismo, convirtiéndose el capital especulativo en una de las fuerzas motoras principales de la sociedad actual. A lo cual se añade que, en la medida en que el trabajo en la producción decrece en importancia, el factor laboral continúa su disminución de poder en proporción a los otros factores. Aunque recordando que si bien el desarrollo tecnológico ha disminuido la necesidad de trabajo humano para la producción de la riqueza, parte de este sigue siendo aún indispensable. Dicho de otro modo, aun en la actual etapa de globalización el capital tiene que hacer uso de un cierto margen de explotación del trabajo –que se convierte en superexplotación en su concurrencia con la desocupación–. La medida de este trabajo sobrante, va a ser la punta del iceberg de un fenómeno nuevo (como modo de opresión de carácter general) al que llamaremos exclusión. Excluidos se encuentran aquellos que se quedan sin trabajo (que denominaremos excluidos económicos en términos absolutos), en las puertas de acceso a tal situación se genera la condición de "vulnerabilidad" –como les gusta llamarla a los científicos sociales– o bien de exclusión potencial de una gran masa de trabajadores, cuyo futuro es incierto³. Pero no sólo la exclusión existe en términos económicos también se excluye negando, por diversos mecanismos que habremos de estudiar en los próximos capítulos, el poder (exclusión política) y

³ Congruentemente con nuestro razonamiento de la existencia de la exclusión como característica principal de la sociedad globalizada, podemos citar en este punto a R. Castel (1998) para el cual en la misma se perfilan tres tendencias "Una desestabilización de los estables: Este es el caso de los trabajadores que ocupan una posición profesional sólida y que fueron expulsados de los circuitos productivos (...) Una instalación en la precariedad, con alternancias de períodos de desempleo, de trabajo temporal, de pequeños trabajos, de recurso a la asistencia social y al "rebusque" y finalmente "La reaparición de un perfil de población que se podría calificar de "supernumerarios" debido a un déficit de lugares socialmente útiles en la actual división social del trabajo".

hasta cercenando la propia identidad en un proceso de exclusión cultural.

Nuevos sujetos aparecen en el plano mundial. Son los Grupos Económicos Transnacionales, que –cada vez más– van determinando qué, cómo y dónde se produce. El número relativo de los que se quedan afuera va a estar dado, en principio, en función de aquello que sea propicio producir en cada una de las regiones o países, entendidos como porciones del mercado mundial. Esto lo venimos analizando al estudiar la expulsión de trabajo de millones de trabajadores en función de la vía elegida de desarrollo tecnológico y la concentración de riqueza y poder (que evitan que el trabajo se reparta). “¿Cifras? Ahí van. Desde 1974, el producto interior bruto mundial, calculado en dólares constantes, valor de 1996, ha pasado de 11 a 19 billones de dólares. Por lo tanto, casi se ha duplicado. Pero no es esto lo mejor. Esta creciente riqueza se ha obtenido gracias a los progresos de la productividad vinculada a la revolución informática con un volumen de trabajo humano reducido a un tercio. Eso es, han leído perfectamente: nunca la humanidad fue tan “rica” y nunca semejante cantidad de riquezas –medidas por el rasero de los contables que nos dirigen– se produjo con tan poco trabajo” (Labarde y Maris, 1999). Está claro al no necesitar repartir mediante el trabajo esas riquezas se quedan cada vez en menos manos. La participación del 20% más pobre de la población mundial en los ingresos mundiales ha disminuido del 2,3% al 1,4% en los últimos 20 años, mientras que la participación del 20% más rico se ha incrementado del 74% (1970) al 83% (1990) (Heinz Dietrich, 2003).

EXCLUSIÓN Y TAMAÑO RELATIVO DEL MERCADO.

Nos queda agregar algunas consideraciones sobre la relación entre el Estado Nacional y el mercado. Es claro a esta altura que, al sistema de dominio mundial ya no le es útil la división del globo en países con sus respectivas soberanías, tal como veíamos en el capítulo anterior. Los GET piensan cada vez más al globo como un único mercado en el que operar. En la transición la estructura, propia de la etapa anterior, de mercados de alcance nacional –garantizados por el Estado–, es reemplazada por una división del mundo en mercados segmentados o mejor dicho por porciones del mercado global, que hoy por hoy tienen el espacio geográfico y jurídico de los viejos países (o, en delegación, el de las integraciones regionales). Esto tiene causas históricas, pues los mercados crecieron a la sombra de la producción del Estado Nación. También en razones históricas se fundan las desigualdades entre los mercados (que se formaron en el proceso general de polarización inherente al capitalismo a lo largo de toda su existencia). En esta integración de los mercados “nacionales” o regionales como parte del mercado global, el tamaño de los mismos es indicador de la subsistencia de las diferencias Norte–Sur, Centro–Periferia, y tiene su origen en la historia del colonialismo y el imperialismo, antecedentes en el sistema de dominación.

Como decíamos, el tamaño de cada uno de los mercados particulares va a estar condicionado por lo que conviene –en términos del Mercado Mundial, determinado por los intereses de los GET– producir en cada país. No es la riqueza ni natural ni social lo que importa. Esto hace que sea igual el mercado atribuible a la Argentina que el de Bélgica, aún ante la evidente desproporción del territorio y la población (que incluso aumenta en aquella mientras que la segunda tiene una tasa de crecimiento negativa). Así la determinación del tamaño de los mercados toma como punto de inicio la desproporción de índole diversa (infraestructura, calificación de la mano de obra niveles de productividad, etc.) producida en la etapa del capitalismo imperia-

lista, reproduciendo en estos términos las diferencias preexistentes. “Nos acercamos rápidamente a una encrucijada histórica en el devenir de la humanidad. Las empresas multinacionales son, en la actualidad, capaces de producir un volumen de bienes y servicios sin precedentes, con una cada vez menor fuerza laboral. Las nuevas tecnologías nos llevan a una era de producción prácticamente sin trabajadores en el preciso momento en que los niveles de población del planeta están llegando a niveles desconocidos hasta ahora. El conflicto que deberá producirse como consecuencia de las presiones derivadas de una población creciente y de unas oportunidades de empleo decrecientes definirá las características geopolíticas de la nueva economía emergente basada en las tecnologías de punta y cuyo pleno desarrollo se producirá, sin duda, en las primeras décadas del siglo próximo” (Rifkin, 1996).

En el ciclo mundializado de la valorización de capital, los segmentos dominados por los GET van condicionando el conjunto de la economía en su proceso de concentración del capital íntimamente relacionado con el crecimiento desmedido del capital especulativo. Este ciclo de producción, hoy cada vez más mundializado –en función de los intereses de las transnacionales–, deja fuera del trabajo a una gran masa de la población que se ve obligada a procurarse las condiciones indispensables para su sustento en las formas residuales o bien subordinadas de la economía remanente de la etapa del capitalismo industrialista o bien a través del asistencialismo (políticas sociales focalizadas dirán los neoliberales). Las formas residuales de producción –como bien afirma el colectivo cubano– “no se encuentran, en modo alguno, en vías de extinción, sino se hallan subordinadas orgánicamente al capitalismo monopolista transnacional” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

La exclusión va a estar dada por la medida de la población sobrante que se va a ir ajustando a la producción conveniente planificada, o mejor dicho regulada según los vaivenes del mercado, en función de los intereses y las disputas de los GET en cada mercado. En la apreciación de la conveniencia de la producción particular para cada país o región son fundamentales diversos factores tales como el acceso a tecnología y la información, los límites al capital impuestos por los gobiernos, pero también, por ejemplo, factores como el grado de desarrollo de la organización de los trabajadores que funciona como uno de los índices negativos. De este modo, el tamaño de los mercados se proyecta variable y ajustable hasta el momento de la anhelada y definitiva integración en el mercado único mundial. “Ya se sabe, las multinacionales no externalizan ni internacionalizan su producción para aumentar el bienestar de los menos afortunados, sino para reducir costes (los más pobres aceptan cobrar menos y se quejan poco, el respeto al medio ambiente no es un coste añadido porque no se respeta y los impuestos son menores). Al fin y al cabo, las empresas transnacionales no son hermanitas de caridad, sino grandes organizaciones que deben a sus accionistas (y a sus clientes, claro, pero éstos viven mayoritariamente en la parte rica del planeta)” (Almiron, 2002).

Cuando se habla del ajuste en realidad se está hablando del proceso de adecuación a la porción de mercado que le corresponde a cada país o región, es decir, a la restricción del mercado interno a los requerimientos globales. Aunque el argumento de los organismos financieros y sus repetidoras académicas para justificar la recesión y el ajuste en los países periféricos fue siempre el siguiente: “vivieron por encima de sus posibilidades, el ajuste es una vuelta a la realidad, la contracción de la demanda es un ajuste natural del mercado”. Aunque es claro que se trata de una falacia.

Tomemos un ejemplo, simplificando al máximo, para graficar como funciona el límite que determina la desocupación y la exclusión en términos económicos. Si en un país “a” conviene producir X cantidad de camiones, Y cantidad de

cereales y Z cantidad de servicios, supongamos en infraestructura hotelera. Y para todo ello se requieren de 100, 200 y 50 personas respectivamente. Entonces el tamaño de ese mercado va a estar dado por 350 personas, sólo esa cantidad tendrá acceso al consumo. Si en “a” viven 500, quiere decir que 150 de ellos van a quedar afuera, a ser excluidos. Pero si al país “a” le ocurre –como pasó concretamente en nuestro país con la fábrica de camiones IVECO de la FIAT en Córdoba–, los trabajadores se sindicalizan y reclaman por sus derechos, aumentando así el “costo laboral” (que obviamente no se mide sólo en términos de salarios), entonces el GET que produce los camiones trasladará su producción a un mercado vecino (Brasil en el ejemplo concreto) y por lo tanto el tamaño del mercado–país ha de reducirse. En el caso del país “a” queda en 250, quedando excluidos una cifra idéntica. Todo esto obviamente se da sin tener ninguna consideración respecto del costo social que tiene la expulsión de un porcentaje considerable de hombres y mujeres de la percepción del salario. Por supuesto que este mecanismo se da a través de variables mucho más complejas. Pero parafraseando a Scalabrini Ortiz cuando no se logra simplificar el razonamiento económico para hacerlo comprensible, generalmente lo que se oculta es la intención de escamotear información real, de “engrupir” a las personas.

En el marco de la globalización, las ventajas comparativas de un país –debiéramos decir de una porción de mercado–, no están ahora, como en la etapa anterior, en la abundancia (y por ende bajo costo) de la energía (el petróleo, por ejemplo), de la organización del trabajo, y de las materias primas y alimentos (puestos o no en relación con la facultad de autodeterminarlos), sino con la capacidad de uso de la información y el conocimiento técnico, que cada vez más está siendo monopolizado por los GET (García Delgado, 1999).

La inversión de capital en un país, es decir, en la porción de mercado “Argentina”, o “Corea” o “Bélgica”, no depende tampoco de la procedencia del capital, es decir, no importa que el capital tenga su origen en cualquiera de estos países. El capital se concentra a partir del uso absoluto de la propiedad de lo que invierte y los beneficios que esta inversión produce, desentendiéndose por completo de la procedencia y de las consecuencias sociales.

El grado de concentración del capital es tan desmesurado que su poder se hace enorme. En el marco de su propia lógica poco pueden hacer ante su dominio de los Estados Nacionales, como ya lo refiriéramos al estudiar la evolución de dicho capital. Por ejemplo, las reservas de divisas en poder de los Bancos Centrales de todo el mundo (incluidos los de los países de la Triada) ni siquiera alcanzan al que se intercambia diariamente en el mercado de divisas de Chicago. Los movimientos de capital especulativo y las transacciones financieras (muchísimo más grandes que las del comercio de mercancías), son la clave de los equilibrios macro–económicos que reparten la capacidad de compra sobre el mundo, influyendo sobre la determinación del tamaño del mercado. Pero esta economía–timba se escolacea con carácter cortoplacista y volátil, capaz de generar corridas y/o bancarrotas, de las que se ofrecen infinidad de ejemplos (Japón 90, México 94, los tigres de Asia 97, Rusia 98, Brasil 99, Turquía 00, Argentina 01). Estos estallidos todos fueron también un modo drástico y brutal de ajuste de las proporciones de un mercado.

“Con su acelerada tendencia a la exclusión y la marginaron social, la sociedad capitalista ha alcanzado niveles virtualmente insostenibles de superproducción de población con respecto a las demandas del capital. No se trata sólo de que el capital produce, con fuerza de ley, un desempleo creciente en el mundo del trabajo. A ellos se agrega una marginalidad crónica de carácter transnacional, que no sólo

expulsa de los confines del modo de producción capitalista a masas crecientes de población de unos u otros países capitalistas, desocupados transitoriamente en virtud de las oscilaciones del ciclo del capital, sino también a hombres y mujeres en edad laboral de todos los rincones del mundo, a comunidades humanas y Pueblos enteros, a quienes los capitalistas no están en condiciones de comprar su fuerza de trabajo” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Así la exclusión no es un accesorio, un accidente, una consecuencia impensada de la globalización. Por ello tampoco se trata de un fenómeno restringido absolutamente a la periferia. “Y viendo que el aumento del paro y la precariedad del empleo son consustanciales al aumento de la productividad perseguido por las empresas señala como novedad harto singular los veinte millones de parados y los treinta y ocho de pobres hoy presentes en Europa Occidental. A escala planetaria se cifran unos quinientos millones de personas que cuentan con una existencia más o menos cómoda y garantizada, frente a los cerca de cinco mil millones restantes, que, grosso modo, pueden considerarse náufragos de la competitividad” (Clairmont, 1999).

La exclusión económica de millones de trabajadores viene necesariamente acompañada del acrecentamiento de las condiciones de explotación del trabajo aun necesario. El fundamento de esta superexplotación, que muchas veces es nombrado como “flexibilización laboral”, es que permitiría la reducción la desocupación, lo cual no es más que otra falacia. Los índices de trabajadores fuera del aparato productivo no han sido mucho mejor en los países de gran “flexibilidad”, a pesar de todas las proclamas. “Se hace mucho caso a los 10,5 millones de empleos creados en Estados Unidos entre 1993 y 1997 –pero, ¿qué empleos?–. Si se utilizasen métodos de cálculo idénticos para todos los países, el paro norteamericano se establecería en el 9,3 % en 1989 –en lugar del 6% oficial– y, en 1996, en un 10% –en lugar del 5,2%–. Otra constatación implacable: según los países, hay más o menos desigualdades, pero creciendo de la desigualdad y de la pobreza en todas partes. En Estados Unidos, el sector del 5% más favorecido progreso del 16,5% en 1974 al 21,1 % en 1994, mientras que el de los más pobres bajó del 4,8% al 3,6%, desalentando a los menos motivados y orientándoles hacia la delincuencia. Ritmos diferentes, pero orientaciones idénticas” (Passet, 1999).

El panorama de la población económicamente activa es claro: más o menos excluidos por el trabajo, pero en todas partes del mundo una gran cantidad de expulsados del trabajo o bien reducidos a condiciones miserables.

La exclusión, como proceso de alcance mundial, no sólo deja afuera a una inmensa cantidad de personas, sino también a muchos países periféricos enteros tal como lo afirman los franceses Labarde y Maris en este descarnado párrafo: “Estos países no tienen ya interés alguno. Ni económico ni estratégico, a causa del final de la guerra fría. Son unos fardos. Menesterosos del tamaño de una Nación. ¿Qué pueden darnos? ¿Los cuernos de los últimos quince rinocerontes? ¿Café? Eso no vale ya nada. ¿Petróleo? Lo hay en todas partes. ¿Niños y niñas? Habrá que contar con la competencia de los países del Este. El único interés de esas “nuevas zonas de pobreza” (retórica del Banco Mundial) es que algún día pueden servir de vertederos. Tal vez a cambio de algunas monedas amarillas podamos soltarles nuestros residuos nucleares, ¿por qué no?” (Labarde y Maris, 1999) o bien como lo afirma con honestidad brutal el norteamericano Rifkin: **“el aumento de los niveles de desempleo debe enfrentarse a un problema más grave que el colonialismo: la irrelevancia económica. El punto crítico... es que no necesitamos lo que tienen y ellos no pueden comprar lo que nosotros vendemos”** (Rifkin, 1996).

A la exclusión y la “irrelevancia” nacional se confina por la dominación en sus nue-

vas formas globalizantes. De tal modo que se hace imposible la continuidad de un planteo humanista sin cuestionar el sistema partiendo de la conciencia del valor de todos los Pueblos y todos los seres humanos. Para su cabal comprensión, es preciso atender al hecho que la exclusión no se agota con la expulsión del aparato productivo, esta es sólo la punta del ovillo. Si tenemos en cuenta que en el capitalismo industrial los derechos de ciudadanía se derivan, en realidad, de la efectiva pertenencia al empleo, podemos vislumbrar una de las profundas dimensiones de este fenómeno.

SOBRE LOS CONCEPTOS DE EXCLUSIÓN Y MARGINALIDAD.

Para ser más precisos en el análisis del mecanismo propio de exclusión, que es la expresión social del proceso de globalización, es necesario aclarar el sentido y los alcances que damos al concepto de exclusión.

“Los primeros estudios europeos sobre la exclusión social habían aparecido en los años sesenta y setenta, en el marco de las sociedades salariales exitosas. Apuntaban a ser precisamente su mala conciencia, mostrando que todavía existían personas que quedaban fuera de las amplias redes de protección social que se habían establecido: los prisioneros, los drogadictos, los discapacitados, los enfermos mentales, etc. En buena parte de los casos, se los veía como supervivencias de un pasado que sería eliminado por el progreso. El tema perdió luego visibilidad; y cuando reingresó a la literatura de la última década, ya había cambiado su sentido. Designa desde entonces a una fuerte y generalizada crisis del lazo social y, por eso, se refiere mucho más a procesos y relaciones que a grupos particulares de individuos. Pero, sobre todo, no es una exclusión definida como residual sino que ahora se la considera un producto directo del propio orden socioeconómico de nuestros días” (Nun, 2000).

Castel (1996) define con precisión que se entiende por excluidos: “Están integrados los individuos y los grupos inscritos en las redes productoras de la riqueza y el reconocimiento sociales. Estarían excluidos aquellos que no participan de ninguna manera en esos intercambios regulados”. Entre estas dos posiciones existe un vínculo formado por una gama mayor o menor de grises.

La exclusión en sí no es un fenómeno novedoso en la historia, aunque si lo es en relación a las dimensiones que adquiere en esta etapa globalizadora. Siempre existieron excluidos, pues la negación del Otro, que lo confina a la irrelevancia, es una continuidad a lo largo del pensamiento oligárquico en la historia. Podemos mencionar recorriendo todo el mundo: un ejemplo europeo, los bárbaros para los griegos —para lo cual es menester distinguir en particular en las polis griegas entre los que se explota, es decir los esclavos, y los que quedan afuera de las fronteras de las polis—; un ejemplo asiático: los mongoles para los chinos; un ejemplo americano: los aucas para los incas, considerados poco más que simios viviendo en las condiciones hostiles de las selvas o las costas, y otro más cercano y doloroso: los indígenas para las muchas de las repúblicas sucesoras de la colonización española...

Es preciso aclarar que exclusión no es lo mismo que marginación, aunque de hecho generalmente la exclusión conduce a ciertos modos de marginalidad. Es posible caracterizar algunos rasgos particulares de los marginados a través de la historia:

Primero: su externalidad respecto de la sociedad, las relaciones patrimoniales y fundamentalmente con el trabajo cotidiano, que los condena a sobrevivir como puedan. En el pasado estos grupos más allá del robo, la conchabación tempora-

ria (lo que hoy llamaríamos “changas”) y otros rebusques, subsistían gracias a la mendicidad. La mendicidad llegó a convertirse en la gran cuestión social de las sociedades preindustriales (Castel 1996).

Segundo: la movilidad de estos grupos marginales. Las labores del campo fijaban al campesino a su tierra, al soldado las labores de fajina al cuartel, al artesano lo ataba su tienda, al mercader necesitaba estar cerca del mercado donde ofrecer su mercancía. Marginado en definitiva era quien había roto los vínculos que lo ligaban con su comunidad de origen. Es preciso distinguirlo del pobre. Este vivía en un lugar, que era el suyo. El pobre estaba integrado, era parte de la sociedad, el marginado tenía la condición de ser un extranjero en todas partes. El desarraigo territorial es, quizás, una de las cuestiones que hoy se reformulan en las nuevas formas de marginalidad.

Para dejar clara la diferencia: mientras que la marginalidad existe algún componente de descomposición y desarraigo. La exclusión, en cambio, es fruto de un proceso de expulsión social, que no implica necesariamente desarraigo ni descomposición. Es decir, el producto de un intrincado sistema social e institucional que coloca “afuera” a ciertos grupos de la población, generalmente (o por lo menos eso ocurrió hasta ahora) minoritarios.

Pero la diferencia fundamental entre exclusión y marginalidad tampoco es el desarraigo, por lo menos no el de carácter territorial. Lo que distingue uno de otra es una práctica antisocial, en el caso de la marginalidad. La exclusión pugna por la inclusión social. La marginalidad, en cambio, no pide integrarse sino desarrollar una práctica que haga crecer su poder en el margen. Práctica que se puede manifestar tanto individual como colectivamente. En efecto, no es la capacidad de organización colectiva lo que permite diferenciarlas. Existen numerosos ejemplos de sistemas de organización de la marginalidad pero ninguno tan contundente ni con tanto poder como los grupos narcos de las favelas brasileñas. Transcribimos a continuación una entrevista realizada por el Diario O Globo a Marcola líder de uno de los estos grupos, el Primero Comando Capital. Pese a su extensión, nos parece apropiada su transcripción, pues su tono desafiante y descarnado grafica mejor que ninguna explicación teórica a qué nos estamos refiriendo.

– **¿Vos sos del PCC (Primero Comando Capital)?**– *Más que eso, yo soy una señal de nuevos tiempos. Yo era pobre e invisible... ustedes nunca me miraron durante décadas... Y antiguamente era blando resolver el problema de la miseria... El diagnóstico era obvio: migración rural, desnivel de renta, pocas favelas, periferias malas. La solución que nunca venía... ¿Qué hicieron? Nada. ¿El gobierno federal alguna vez destinó presupuesto para nosotros? Nosotros sólo aparecimos en los desmoronamientos en el morro, o en las canciones románticas sobre la “belleza de los morros al amanecer”, esas cosas... Ahora estamos ricos con la multinacional del polvo. Y ustedes están muriendo de miedo... Nosotros somos el inicio tardío de vuestra conciencia social... ¿Viste? Soy culto... leo a Dante en la prisión.*

– **Pero la solución sería...**– *¿Solución? No hay más solución, chabón... La propia idea de “solución” ya es un error. ¿Ya viste el tamaño de las 560 favelas de Río? ¿Ya anduviste en helicóptero sobre la periferia de São Paulo? ¿Solución cómo? Sólo vendría con muchos billones de dólares gastados organizadamente, con un gobernante de alto nivel, una inmensa voluntad política, crecimiento económico, revolución en la educación, urbanización general; y todo tendría que ser bajo la batuta casi que de una “tiranía esclarecida”, que salte por encima de la parálisis burocráti-*

ca secular, que pasase por encima del Legislativo cómplice (¿o vos creés que las 287 sanguijuelas van a actuar? Si bobean, van a robar hasta al PCC...) y del Judicial, que impide puniciones. Tendría que haber una reforma radical del proceso penal del país, tendría que haber comunicación e inteligencia entre policías municipales, estaduales y federales (nosotros hacemos hasta tele-conferencias entre presidios...) Y todo esto costaría billones de dólares e implicaría un cambio psico-social profundo en la estructura política del país. O sea: es imposible. No hay solución.

– **¿Vos no tenés miedo de morir?** – Ustedes son los que tienen miedo de morir, yo no. Además, acá en la cárcel ustedes no pueden entrar y matarme... pero yo puedo mandar a matarlos a ustedes afuera... Nosotros somos hombres-bomba. En la favela hay cien mil hombres-bomba... Estamos en el centro de lo indisoluble, exactamente... Ustedes en el bien y yo en el mal, en el medio, la frontera de la muerte, la única frontera. Ya somos otra especie, ya somos otros bichos, diferentes a ustedes. La muerte para ustedes es un drama cristiano en una cama, en el ataque al corazón... La muerte para nosotros es la presunción diaria, tirados en una zanja... ¿ustedes intelectuales no hablan de lucha de clases, de “sea marginal, sea héroe”? Bueno, es eso: llegamos, ¡somos nosotros! Ja, ja... ustedes nunca esperaron a estos guerreros del polvo, ¿no? Yo soy inteligente. Yo leo, leí 3000 libros y leo a Dante... pero mis soldados son todos extrañas anomalías del desarrollo rengu de este país. **No hay más proletarios, o infelices, o explotados. Hay una tercera cosa creciendo ahí afuera, cultivándose en la llama, educándose en el absoluto analfabetismo, diplomándose en las cárceles, como un monstruo alienígena escondido en las márgenes de la ciudad.** Ya surgió un lenguaje nuevo. ¿Ustedes no escuchan las grabaciones hechas “con autorización de la Justicia”? Bueno, es eso. Es otro lenguaje. Estamos delante de una especie de post-miseria. Eso. La post-miseria genera una nueva cultura asesina, ayudada por la tecnología, satélites, celulares, Internet, armas modernas. Es la mierda con chips, con megabytes. Mis comandos son una mutación de la especie social, son hongos de un gran error sucio. [el subrayado es nuestro]

– **¿Qué cambió en las periferias?** – Dinero. La gente hoy tiene. ¿Ustedes creen que quien tiene 40 millones de dólares como el Beira-Mar no manda? Con 40 millones la prisión es un hotel, un escritorio... ¿Cuál es la policía que va a quemar esta mina de oro, entendés? Nosotros somos una empresa moderna, rica. Si un funcionario vacila, es despedido y tirado al microondas... ja, ja. Ustedes son el Estado quebrado, dominado por incompetentes. Nosotros tenemos métodos ágiles de gestión. Ustedes son lentos y burocráticos. Nosotros luchamos en terreno propio. Ustedes en tierra extraña. Nosotros no tememos la muerte. Ustedes mueren de miedo. Nosotros estamos bien armados. Ustedes van de tres octavos. Nosotros estamos en el ataque. Ustedes en la defensa. Ustedes tienen la manía del humanismo. Nosotros somos crueles, sin piedad. Ustedes nos transforman en superstars de cine. Nosotros los hacemos a ustedes payazos. Nosotros somos ayudados por la población de las favelas, por miedo o por amor. Ustedes son odiados. Ustedes son regionales, provincianos. Nuestras armas y productos vienen de afuera, somos globales. Nosotros no nos olvidamos de ustedes, son nuestros clientes. Ustedes nos olvidan así como pasa la violencia.

– **¿Pero qué es lo que tenemos que hacer?** – Voy a dar una avispada,

aún contra mí. ¡Agarren a los barones del polvo! Hay diputado, senador, hay generales, hay hasta ex presidentes de Paraguay en los cárteles de cocaína y armas. ¿Pero quién va a hacer eso? ¿El Ejército? ¿Con qué plata? No hay dinero ni para el rancho de los reclutas... El país está quebrado, sustentando un Estado muerto a intereses de 20% anual, y Lula todavía aumenta los gastos públicos, empleando 40 mil picaretas. ¿El Ejército va a luchar contra el PCC y el CV (Comando Vermelho)? Estoy leyendo a Klausewitz, “Sobre la guerra”. No hay perspectiva de éxito... Nosotros somos hormigas devoradoras, escondidas en las márgenes... La gente ya tiene hasta armas antitanques... Si pelotudean, van a rolar unos Stingers ahí... Para acabar con nosotros, sólo tirando bomba atómica en las favelas... Además, nosotros terminamos tirando también “unita”, de esas bombas sucias precisamente... ¿Ya pensaste? ¿Ipanema radioactiva?

– **Pero... ¿no habría solución?** – Ustedes sólo pueden llegar a algún logro si desisten de defender la “normalidad”. No hay más ninguna normalidad. Ustedes precisan hacer una autocrítica de la propia incompetencia. Pero voy a ser franco... en la buena... en la moral... Estamos todos en el centro de lo indisoluble. Sólo que nosotros vivimos de él y ustedes... no tienen salida. Sólo la mierda. Y nosotros ya trabajamos dentro de ella. Mirá acá, hermano, no hay solución. ¿Saben por qué? Porque ustedes no entienden ni la extensión del problema. Como escribió el divino Dante: “lasciate ogni speranza voi che entrate!” Perezcan todas las esperanzas ¡estamos todos en el infierno!

Si un intelectual enfrentara el desafío de describir qué es y cómo piensa la marginalidad no podría hacerlo con palabras más justas, fuertes y contundentes que Marcola.

Es el propio circuito negro del capital (ver capítulo III) el que dota de herramientas a esta marginalidad. Pero a nivel cuantitativo esta marginalidad es infinitamente menor que la exclusión. Pero... ¿Quiénes son los excluidos? En la sociedad capitalista actual donde el modelo predominante es el homo economicus quien no participa de intercambio material y simbólico es un excluido. La exclusión no es, como decíamos, un exceso ni una circunstancia no deseada del proceso de globalización que ha de equilibrarse con el tiempo. Por el contrario, son excluidos aquellos que ya no son necesarios para el capital para la producción de la riqueza.

Aunque existan resistencias a su compresión, una de las particularidades de la sociedad de la exclusión es que la existencia de los de afuera no redunde en ningún beneficio directo, económico, para los de “adentro” (ni siquiera para los de arriba). Es claro a simple vista que no gana nada el mercado cuando los expulsa del circuito de trabajo y por ende del consumo. No gana nada la economía mundial cuando deja fuera de ella a regiones enteras... entonces cabe la pregunta ¿por qué lo hace? ¿Acaso se ha vuelto loco? Quizás podamos comprender lo que ocurre si reformulamos la pregunta y la efectuamos desde los propios intereses del Imperio tal y como la hace Toffler ¿cuál es el beneficio de cargar con las masas indigentes e ignorantes ahora que ya no son útiles en términos económicos? Es decir, lo único que gana es no afrontar el costo que la estructura del Estado de Bienestar, potenciando –*contrario sensu*– los beneficios del capital. En este sentido se pregunta la periodista francesa Viviane Forrester (1997) “¿Es útil una vida que no le da ganancias a las ganancias? (...) ¿es necesario merecer la vida para tener el derecho

de vivir?” –y continua diciendo– “despierta el miedo insidioso, el pavor difuso, pero justificado, de que se tenga por superfluo a un gran número de seres humanos, incluso a la mayoría”.

Cabe la pregunta de qué pasa con el consumo que se excluye del mercado. La respuesta se puede dar en términos más o menos simples. El 20% de los más ricos del mundo dispone de los recursos para consumo tanto mayores que la “mayoría consumidora” que era la base de la estrategia keynesiana de impulso de la economía a través de mecanismos tales como el salario entendido como un subsidio al consumo. La diversificación de la producción hacia objetos cada vez más sofisticados, costosos, de obsolescencia cada vez más corta, es la consecuencia directa de esta nueva realidad (tal y como explicamos en el capítulo en que abordamos la metamorfosis del trabajo). Los sectores más dinámicos de la economía configuran sus beneficios en muy baja proporción de la capacidad de consumo masivo. Por eso no sólo aparece como dato central la concentración del ingreso y del capital, sino de un amplio sector con un horizonte de progreso propio que no necesita de una población supernumeraria.

Para aclarar aun más que entendemos por excluidos es bueno distinguirlos de los explotados, los oprimidos de la etapa anterior. Si bien coinciden en ser ambas formas de opresión del hombre, de su negación como sujeto, no constituyen el mismo modo de llevarlo a cabo. Los excluidos y los explotados coinciden en ser los desposeídos, los condenados de la tierra... pero el método por el cual se ejerce la opresión difiere en uno y otro caso. La socialización propia del capitalismo tiende a desposeer al individuo de otros atributos (identidad nacional, familiar, barrial, personal) para dejarlo reducido a su rol económico. Un individuo despojado de sus atributos se ve forzado, por las necesidades de su subsistencia a vender su fuerza de trabajo. He aquí la raíz de la explotación. Esta explotación por parte del capital es el lazo de integración del individuo a la sociedad. La expansión de las relaciones capitalistas mercantiles fueron complejizando cada vez más esa relación hasta llevarla a la categoría de la sociedad salarial complemento necesario del Estado de Bienestar. En el marco de este Estado se fueron recomponiendo y surgiendo lazos sociales, culturales y políticos entre las personas y las clases oprimidas. La sociedad globalizante actual retoma la senda más destructiva del capitalismo al recomponer la relación de poder dominante a favor de los sectores concentrados, intentando despojar al individuo de todas las solidaridades forjadas en el seno de la sociedad anterior. La ideología consumista se apropia gradualmente de todos los aspectos de la vida social y suprime, o al menos subordina, todas las relaciones sociales de las personas, resignificando el rol atribuido al ciudadano en el capitalismo más crudo convirtiéndolo en mero consumidor en el plano económico y espectador en el político. Pero las capacidades de consumo y de decisión política están determinadas por un proceso de exclusión creciente que abarca ambos aspectos. La socialización a través del mercado que permitió una prodigiosa aceleración del desarrollo de las fuerzas productivas, da otra vuelta de tuerca reduciendo cada vez más la distribución del trabajo y la propia necesidad de éste. La consecuencia es clara: millones de seres humanos quedan cada vez más excluidos de la producción del futuro.

Los excluidos son vistos sólo como una sobra desde la mirada de los incluidos. Nada tienen de útil en sí para el sistema, ni siquiera podemos decir que es clave el hecho de actuar como amenaza colectiva a los que sufren la explotación directa y la exclusión potencial. Para ello bastaría un pequeño grupo como en otras épocas. El desposeído de nuestro tiempo se caracteriza precisamente por

no tener nada útil para el mercado que determina las relaciones humanas en el capitalismo globalizado. El excluido aparece ante los ojos de la oligarquía mundializada como la negación de todo lo positivo que este encuentra en un hombre.

Muchas de las relaciones sociales en la historia (de modo particular la que Marx estudio entre las clases burguesas y proletarias) se enmarcaban en una dialéctica de contrarios, que establecía un vínculo de interdependencia (no necesariamente simétrica, mucho menos justa) entre las clases, los estamentos o los grupos. Así los esclavos se encontraban “sujetos” a sus dueños, de algún modo encadenados a ellos –esto explica también que en algunos lugares, no la mayoría por cierto, hubo esclavos a los que les asustaba perder esta condición que le proporcionaba algún “responsable” de proveerle habitación y ocupación, aun cuando estos fueran miserables (aunque es necesario aclarar que igualmente miserables eran el trabajo y la vivienda que le ofrecía a la “libertad” en el capitalismo). Así también los siervos eran dependientes de la tierra del Señor feudal y “beneficiarios” de su “protección”. Los obreros “debían” al burgués su “fuente de trabajo” mientras que este fundaba en ese trabajo su riqueza (apropiación de la plusvalía) y la misma relación se daba al interior del socialismo realmente existente, siendo el Estado y sus funcionarios que lo controlaban (Nomenklatura) quienes cumplían de alguno modo ese rol. Pero los excluidos (sin considerar entre ellos lo que denominaremos exclusión potencial) no están ligados económicamente con los incluidos. Su único vínculo es la presencia molesta, la constante amenaza, lo cual genera el proceso de segregación territorial, expresión física de la sociedad de exclusión.

DE LA EXPLOTACIÓN A LA EXCLUSIÓN COMO FORMA DE OPRESIÓN.

Para entender como la opresión por vía de la explotación deviene en exclusión tenemos que hacer un breve vuelo por la historia. Nos vemos aquí en la necesidad de repetir la salvedad de que consideramos que el cambio de las relaciones de poder entre el capital y trabajo no es fruto de un devenir inexorable del desarrollo material. Es decir, no creemos el determinismo de los caminos que toma el vínculo de los trabajadores que producen para satisfacer las necesidades (reales o ficticias) de la sociedad con los sectores dominantes que se apoderan de lo producido. Este particular que vamos a analizar, no es más que uno de los caminos posibles que tenía ante sí la humanidad, un rumbo que se fue escogiendo en base a la correlación de fuerza entre opresores y oprimidos, entre dominadores y dominados. La historia no es un devenir inevitable ni “científicamente” determinable. Hecha esta salvedad es importante recorrer algunos rasgos de este camino que se fue transitando concretamente hasta configurarse la actual relación y el horizonte hacia el cual esta se aproxima.

Tomamos como comienzo a efectos del análisis⁴ el Renacimiento Europeo, porque consideramos que allí se inicia la Civilización que impulsa el proceso de globalización en su sentido más abarcativo. Marcamos la existencia de una primera etapa mercantilista y colonialista (siglos XV al XVIII) que precede a la revolución industrial a la cual se puede considerar como compromiso social feudalismo/burguesía mercantilistas y en políticas de establecimiento de las prime-

⁴ En la clasificación de las etapas seguimos una reformulación de un análisis que hace Samir Amin (1998).

ras formas de polarización (Amin, 1998). A nivel mundial la producción militar y naval se configuran como los monopolios determinantes de la dominación, la conquista de las Américas y su conformación en periferias del sistema de la época (que se especializan en producciones particulares útiles para la acumulación del capital mercantil) y el tráfico de esclavos africanos que la acompaña y enriquece las arcas de ciertos países como Holanda e Inglaterra. Tal como vimos en el capítulo II, no es posible entender el surgimiento del capitalismo sin poner énfasis en la relación entre la acumulación originaria y la mano de obra esclava secuestrada en África y puesta a trabajar en América (a lo que debemos sumar los recursos obtenidos directamente de ésta por parte de Europa).

Pero más allá de esta triangulación atlántica, especial consideración para el actual tema merece la constitución del sistema de explotación al interior de los países centrales, que arranca en la primera revolución industrial. Los primeros obreros de las fábricas inglesas fueron los marginados, es decir, individuos completamente desarraigados, obligados a sobrevivir haciendo cualquier cosa. Son aquellos los únicos que aceptan trabajar en las más precarias condiciones y la más cruel explotación. Esto constituye una paradoja: que el nuevo modo de producción que da nacimiento a lo que conocemos por capitalismo y a su forma concreta de opresión (la explotación) se sustenta en los grupos marginados y excluidos de entonces, es decir, lo más exterior a la pirámide social de la sociedad feudal. Sin embargo, en la medida en que con sufrimiento y subordinación estos sectores marginales se van integrando como proletariado y luego con la sumatoria de la asimilación de la mano de obra campesina, ya no se puede hablar más de ellos como excluidos (Castel, 1999). Este va a ser el núcleo fundante de la clase obrera, en torno de la cual va a girar la historia hasta nuestros días. Y en sus márgenes se va a alojar un pequeño sector al que Marx llama lumen-proletariat, que es quien va a encarnar la vieja asociación directa entre miseria, crimen y asocialidad, respondiendo a su carácter marginal.

Especialmente los pobres del campo fueron, en cantidad sustancial, las víctimas del capitalismo incipiente. Estos fueron desposeídos de su forma particular de salud, de su saber, de su naturaleza y además –lo cual es crucial desde la perspectiva cultural– de su concepción del tiempo. Su relación con la naturaleza, primero de los despojos de los que fueron objeto, comienza a verificarse en los inicios mismos del capitalismo y se concreta a partir de la apropiación de la tierra, dominándola, cercándola, devastándola, todo en base a un concepto “científico” (racional e instrumental) de desarrollo en el que el valor de lucro predomina sobre la relación armónica del hombre con la naturaleza. Del mismo modo, su saber tradicional o ancestral fue descalificado por el efecto unificador y dominador de las ciencias, que se imponen por sobre cualquier otra forma de relación con el conocimiento. Así es que cualquier forma no inscrita en el racionalismo es presentada como saber primitivo, desechable.

Una segunda etapa de la globalización (en sentido amplio) basada en el contraste centros industrializados/periferia “subdesarrollada”, a quienes se rehúsa la industrialización, se extiende entre la revolución industrial hasta la crisis mundial del 29 y el fin de la segunda guerra interimperial (1800–1930/45). En esta etapa, que llamamos imperialista, se da una contraposición entre Imperio y Periferia que presenta una nueva forma de ley del valor a escala internacional. No es el resultado natural de las “ventajas comparativas” que funda la “división internacional del trabajo” (David Ricardo), ni mucho menos de la “riqueza de las naciones” (Adam Smith), invocadas por la mayoría de los economistas burgueses. Se trata de un sistema de expoliación por parte de los países poderosos, aplicado sistemáticamente

a recursos que abarcan tanto dimensiones económicas (el “libre comercio” impuesto a los socios de la nueva periferia en formación), como dimensiones políticas (las alianzas con las clases dominantes de la nueva periferia, su “aceptación” en los sistemas de “compradores” –por ejemplo el tratado Roca Runciman–, la intervención de las cañoneras en Asia y también la conquista lisa y llana en África). Estas formas de mundialización se articulan con los sistemas políticos específicos de los centros industriales y la realidad política y social que sus relaciones generan que son implementados por las revoluciones burguesas en los casos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, o bien de las unificaciones nacionales tardías que juegan el mismo papel en la constitución de los nuevos mercados nacionales adaptados (Alemania, Italia), o también de las modernizaciones de los “déspotas ilustrados” (en el caso de los Imperios Ruso, Austro-Húngaro y Japonés) (Amin, 1998). La centralidad del desarrollo interno y la acumulación de poder económico y político de la burguesía se da a partir de un sistema de fuerte transferencia de la riqueza a través de la apropiación del plusvalor. Es decir, por medio de la explotación del trabajo por parte de los propietarios de los medios de producción. El núcleo de esta relación es la fábrica o establecimiento industrial.

No es idéntico el caso de las sociedades dependientes eran confinadas a la producción primaria en función de los intereses metropolitanos. Así, por ejemplo, Argentina entre 1853 y 1943 se construyó como una sociedad esencialmente agraria y consumidora de los productos que se creaban en esas fábricas en Inglaterra. Para su instauración fue necesaria una sistemática guerra contra el gaucho y contra el indio con el doble objetivo de la apropiación y seguridad de la propiedad de la tierra y al mismo tiempo de la domesticación de la mano de obra (extensiva y no intensiva) para las faenas del campo. Esta etapa que estamos estudiando estuvo basada en la incorporación para la explotación extractiva de las grandes masas campesinas del Tercer Mundo. Estas, en general, vivían en una economía de autosubsistencia. El ejemplo del tipo de la explotación periférica es la realizada por la empresa inglesa La Forestal en el Chaco argentino. Este ejemplo es gráfico en el sentido de las condiciones casi inhumanas que se desarrollaba el trabajo de los trabajadores del campo periféricos. Los trabajadores de La Forestal no sólo eran explotados en su trabajo diario sino que además debían cambiar los vales de sus salarios en comercios que eran de propiedad de la misma empresa. De esta manera el excedente era trasladado al centro, no en beneficio de su proletariado sino más bien como acumulación de los sectores de la burguesía imperialista, que era mayoritariamente dueña de las acciones de las empresas que explotaban la mano de obra de la periferia.

Paralelamente la característica social propia del capitalismo industrialista fundamentalmente a nivel de los países centrales fue su carácter inclusivo (en el sentido de clase). Su objetivo jamás dejó de ser la apropiación del excedente económico (tanto externo como interno), pero las características propias de este periodo, constituidas por las relaciones de fuerza logradas por las clases populares fueron poniendo un bozal a los bríos desenfundados del capital.

Las industrias se fueron concentrando en las ciudades y allí fueron convocando a las personas que iba expulsando el uso de nuevas tecnologías aplicadas al campo, en reemplazo creciente de la fuerza animal por la máquina. En las ciudades a estas poblaciones migrantes las esperaban las fábricas, que fueron el gran elemento disciplinador y a través de ella la sociedad las incluye y al mismo tiempo las explota.

La última etapa entre las que preceden a la actual fase de globalización (en sentido estricto) es la que denominamos sociedad salarial o keynesiana y se desarrolla

entre 1930/45 y 1975/89. Desde la super explotación, primero en los países centrales, luego en los periféricos, propios de la etapa del surgimiento de la revolución industrial y en la medida de la industrialización de las periferias y las particulares condiciones coyunturales de los países imperialistas se fue generando el pacto social fundante del Estado de Bienestar. En este no desapareció la explotación como forma de apropiación del excedente, sino que, en todo caso, la distribución más equitativa de la riqueza ablandó sus consecuencias más directas. A todo lo cual se suma la red establecida por el propio Estado de beneficios sociales que terminan por atemperar el carácter polarizante propio del capitalismo en todas sus épocas.

Mucho se ha escrito sobre esta etapa en lo que hace al imperialismo y al carácter de la relación de dominio a nivel mundial. En los primeros capítulos inclusive hemos hecho referencia a una particular lectura a partir del dualismo propio de la guerra fría complementado con la amenaza de los procesos de liberación del Tercer Mundo. Este inestable equilibrio nos parece clave para hallar las causas de la instauración del Estado de Bienestar (tanto el keynesiano en los países capitalistas como los de distinto tipo).

Veamos en particular la naturaleza de la opresión en esta sociedad. El capitalismo industrialista se caracterizó por un marcado carácter homogenizador a través de la generalización de la relación salarial. La sociedad capitalista industrial keynesiana constituyó sin lugar a dudas una sociedad inclusora. Los de abajo, los desposeídos, bajo este sistema no eran otros que los trabajadores asalariados, que sin embargo eran poseedores de una mercancía útil, digamos indispensable, para la reproducción del sistema: su fuerza de trabajo. El papel integrador y vertebrador del empleo es el núcleo que, al mismo tiempo que fuente de la riqueza de las clases propietarias por medio de la explotación, fue también mecanismo de cohesión social. Inclusive ese proceso se da en los países periféricos. En América Latina el porcentaje de la población económicamente activa en condición de asalariada parte del 40% en los años cuarenta y llega a más del 70% en los setenta, donde comienza el punto de inflexión. Estas mismas cifras de integración económica, pero al mismo tiempo social y política, son aun mayores en regiones como Europa o EEUU. Para explicar esta diferencia debemos tener en cuenta, fundamentalmente, la negación de la industrialización a los países dependientes en la etapa precedente, aunque también se pueden agregar otros factores menores como la existencia de población campesina indígena con una fuerte resistencia a la integración a las ciudades por su impacto en la disolución de su identidad cultural. Tengamos en cuenta que en algunos países de América, como Perú y Guatemala, estos sectores constituyen una porción fundamental de la población.

La sociedad industrial-salarial esencialmente inclusiva, trató a los que estaban afuera con respuestas de inclusión disciplinaria. Las fábricas fueron los grandes disciplinadores de masas y se complementaban a la perfección con las cárceles y los hospitales psiquiátricos, como forma de encierro de los que se quedaban al margen (Villarreal, 1996). Nadie debía quedar “afuera”. Todo este proceso se va a extender hasta el advenimiento del neoliberalismo al poder y el inicio del impulso globalizante. En estos tiempos de la globalización la tendencia se revierte y la sociedad capitalista se transforma en excluyente. Se proyecta la diferenciación social a través de la deslegitimación del afuera, combinada con la segregación territorial y la fragmentación social.

El sistema va construyendo muros, reales y virtuales. Así la sociedad de la exclusión se convierte rápidamente en una sociedad que expulsa, algunas veces mediante la violencia directa. Las cárceles siguen siendo uno de los mecanismos pre-

feridos de control, pero ahora la cantidad y la naturaleza de los allí hacinados no es igual que antes. En un sentido, todo el proceso policiaco-judicial que culmina en la prisión es un rito externo y rígidamente estructurado de rechazo simbólico y exclusión física. La exclusión, en este sentido, se hace humillante con toda premeditación y alevosía; su objetivo es que el rechazado-excluido acabe por aceptar su imperfección e inferioridad social. No es casual que muchas veces las víctimas respondan violentamente. Algunos, antes que aceptar sumisamente el rechazo y convertir la expulsión del sistema en un autorrechazo, prefieren rechazar a quienes los rechazan. Este es el caldo de cultivo de la marginalidad más absoluta. El rechazado-excluido recurre a veces a la violencia como modo de incrementar su “poder de molestar”, y lamentablemente, en muchos casos la violencia individual es vislumbrada como único medio para oponer al poderío abrumador de los rechazadores-excluidos. “Esto no significa que no existan otras causas de delincuencia ni delinquentes auténticos, pero sí que el proceso de rechazo-exclusión aplicado por el medio del sistema penitenciario es parte integrante de la producción social del crimen, y que no se puede separar nítidamente su influencia de las estadísticas globales de incidencia de la criminalidad” (Bauman, 2000).

Cárceles y “loqueros” mantienen su función disciplinaria: encerrar a los de afuera, los desposeídos⁵. Pero lo cierto es hoy no pueden cumplir acabadamente con esta función. Son más los que quedan al margen de la sociedad de los que estas instituciones pueden encerrar. Por eso es que están tan abarrotadas de gente y con su capacidad desbordada. El escritor uruguayo Eduardo Galeano dice: “El sistema fabrica a los pobres y les declara la guerra. Multiplica el número de desesperados y de los presos. Las cárceles, sucursales del infierno, no alcanzan ya a contener a todos”⁶. Y como ya no alcanzan para encerrar a todos los “peligrosos” a este efecto se destinan los “guetos” para excluidos: barrios pobres, asentamientos, villas miseria, etc.

La cárcel es, sin duda, la forma más drástica de las restricciones espaciales. Pero no es más que una de las formas de la separación espacial que agrega brutalidad y rigor en el marco de un sistema que actúa generalmente con un grado mayor de sutileza. Las prisiones son un recurso casi bestial cuya función es convertirse en permanente amenaza para perpetuar la separación mutua de la sociedad dual y polarizada. La cárcel es, en parte, el muro más alto entre los muros con que la sociedad excluyente pretende someter a las mayorías populares a condiciones de extrañamiento forzado, vigiladas por fronteras espaciales rigurosamente supervisadas para mantenerlas a distancia y prohibirle el acceso comunicativo regular, manteniendo al Otro, a las masas, en carácter de extranjeros en su propia tierra.

DEL PANÓPTICO AL CONTROL PERIMETRAL.

El confinamiento espacial —el encarcelamiento con diversos grados de severidad y rigidez—, en última instancia, siempre ha sido el principal método para tratar con los sectores no asimilables de la población, difíciles de controlar y propensos a “provocar problemas”. A lo largo de la historia se han erigido innumerables barracas para los esclavos, así como para los leprosos, los locos y los forasteros étnicos o religiosos. Los que tenían permiso para salir del lugar asignado al Otro debían llevar una señal visible de su lugar asignado para que todos

⁵ Ver el caso de EEUU que encierran en sus prisiones a más del 3% de la población económicamente activa, según las cifras que se aportan Labarde y Maris, 1999.

⁶ Los Media justifican los fines (Galeano, 1999).

supieran que pertenecían al espacio del Otro. La estrella de David bordada en el pecho para los recluidos en los campos de concentración no fue el único caso. A lo largo de los siglos, la separación espacial que conduce al confinamiento forzado ha sido una reacción visceral del sistema de opresión, casi instintiva, ante todas las diferencias, en particular aquella que no se podía o deseaba integrar socialmente. En su sentido más profundo, significaba prohibir o suspender las comunicaciones y, por consiguiente, perpetuar el extrañamiento.

La tendencia actual hacia la exclusión se manifiesta en la fragmentación social, a través de lo que podríamos llamar una disciplina de control externo. Los mecanismos represivos ya no están en mantener “adentro” sino en no dejar entrar, “mantener afuera”. Ejemplo de esto es el control de ingreso que hace la policía privada de los *shoppings* y sobre todo de los *countries*. Probablemente la segregación territorial es donde más acabadamente se expresa esta tendencia a la polarización social. Del control panóptico estudiado por Bentham y Foucault se pasa a un control de visión perimetral (Villareal, 1996), control del ingreso al territorio de los incluidos, marcando un afuera que es el lugar al que deben ser confinados los desposeídos.

“Pocas imágenes alegóricas en el pensamiento social igualan el poder de persuasión del panóptico. Michel Foucault utilizó el proyecto frustrado de Jeremy Bentham para crear una metáfora eficaz de la transformación, la redistribución y el rediseño modernos de los poderes controladores. Bentham, uno de los hombres más lucidos de su época, supo despojar a los poderes de sus variados disfraces para poner al descubierto su gran tarea común: imponer la disciplina mediante la amenaza siempre real y tangible del castigo. Comprendió asimismo que, a pesar de los diversos nombres dados a las distintas maneras de ejercer el poder, la estrategia central fundamental de éste era hacerles creer a los súbditos que jamás podían sustraerse a la mirada ubicua de sus superiores y que ninguna falta, por secreta que fuese, quedaría impune” (Bauman, 2000). Foucault estudió cómo las técnicas panópticas cumplieron una función crucial en la transición desde los mecanismos de integración de base local, autovigilados, autorregulados y hechos a medida de la capacidad natural del ojo y el oído humanos (en el medioevo europeo), hasta la integración administrada por el Estado del capitalismo, de territorios demasiado vastos para el alcance de las facultades naturales. El requisito de la estructura panóptica se halla en la asimetría de la vigilancia, es decir, alguien vigila y otros son vigilados. Pero también requiere de una particular reorganización del espacio que permitiera al vigilante realizar su tarea e inculcar en el vigilado la conciencia de que ello sucede y puede suceder en todo momento. La novela de ciencia ficción “1984” de George Orwell da cuenta a través de la metáfora del “gran Hermano” del sentido de esta vigilancia social llevada hasta extremos insoportables para la libertad humana. Para cumplir con los requisitos de esta vigilancia se configuraron las grandes instituciones del capitalismo en la etapa anterior: las plantas industriales, los cuarteles y los manicomios.

Sin embargo, para comprender el proceso de exclusión de la sociedad actual es preciso encontrar una nueva imagen que supere a la fuerte metáfora del panóptico. Las nuevas formas que adquiere la opresión no pueden representarse como una versión nueva y mejorada de viejas técnicas panópticas. La mayoría de la población ya no es arrastrada a los espacios de disciplinamiento.

Algunos autores como Poster⁷ consideran que las bases de datos constituyen un superpanóptico. Las bases de datos que integran a los consumidores y no incluyen

a los más pobres marginados del consumo, tampoco pueden ser consideradas como variables de la metáfora panóptica. El propósito principal de ésta fue inculcar la disciplina e imponer patrones uniformes de conducta a los internos; el panóptico era, ante todo, un arma contra la diferencia, la elección y la variedad. En contraposición las bases de datos de consumidores promovidas por las empresas de crédito y marketing, cuyo objetivo es asegurarse de que los archivos confirmen la “credibilidad” de las personas registradas. Es más, requieren conocer y segmentar cada vez más a sus clientes y en todo caso controlar (como por ejemplo el registro llamado Veraz —una nómina de los deudores morosos—), y asegurar la fiabilidad en cuanto a la capacidad de pago, para que, aquellos que no pueden elegir sean separados antes de que se produzca el daño y se derrochen recursos. Ser incluido en una base de datos es una clave de acceso más que un disciplinamiento, es una de las condiciones para acceder al circuito de gran consumo. Las fábricas y los cuarteles, con su sistema panóptico procuraban generar trabajadores disciplinados y/o soldados, imponiendo una conducta rutinaria y monótona, siempre funcional a las necesidades del capital. La base de datos, en cambio, lo que hace es separar, marcar el límite entre los consumidores; a algunos les confiere el acceso y a otros los margina por considerarlos incapaces de participar en el juego del consumo simplemente porque en sus vidas no hay nada digno de ser registrado. Cuanto mayor es la información sobre alguien en las bases de datos, mayor es su libertad de movimientos. Mientras que la sociedad panóptica entendía que nadie podía escapar del espacio rigurosamente vigilado, la sociedad excluyente funciona por un control perimetral, un control de frontera, real y virtual, impidiendo que ningún indeseado la penetre.

La base de datos es, entonces, instrumento de selección, separación y exclusión. Conserva a los incluidos dentro del cedazo y separa a los excluidos. Mientras que aquellos son amos de un ciberespacio extraterritorial, que hace que se sientan como en casa donde quiera que vayan y que los acojan cordialmente cuando llegan como turistas; a los excluidos los priva de pasaportes y visas para ir más allá de sus territorios, les impide recorrer los lugares reservados a los elegidos del consumo.

La etapa de la globalización/exclusión nos propone un mecanismo de control indirecto, a través del confinamiento y el control del acceso que no sólo se desentiende del problema de los de “afuera” (aunque cuando estos se transforman en molestos los encierra en sus cárceles y manicomios que siguen atiborrados de pobres), sino que, al mismo tiempo, disciplina a los de adentro y abajo, mediante el pánico que les genera el caer más allá de los límites...

El sistema libra contra los excluidos una guerra de baja intensidad⁸ a través de conflictos selectivos, de diferenciación y segregación. Una multiplicidad de pequeños conflictos que intentan instalar una lucha de sector, parcializarla, o bien instalar una lucha de tribu contra tribu, de pobres contra pobres, de todos contra todos. Detrás de estos conflictos se esconde un pensamiento negador de la diferencia, propio de la exclusión cultural, que tiene su raíz profunda en la Razón Imperial.

El sistema capitalista está engendrando sus propios bárbaros, en un proceso de encierro y autoconcentración. Los bárbaros como siempre lo fueron a través de la historia, desde la mirada de los Imperios, son una especie de sub-humanos

⁸ “En el nuevo entorno caracterizado por conflictos de baja intensidad, los ejércitos y las fuerzas de policía nacionales se han hecho mucho más fuertes para poder hacer frente e incluso contener la violencia, dando paso, además, a un papel protagonista de las fuerzas de seguridad privada, que serán contratadas para garantizar la seguridad en las zonas de las clases de elite de la aldea global basada en las altas tecnologías” (Rifkin, 1996).

⁷ Citado por Zigmund Bauman en “Globalización, las consecuencias humanas” (2000).

al margen de la sociedad “civilizada”. Los más peligrosos entre los nuevos bárbaros, esa gente distinta –inferior e incivilizada según este pensamiento– se localizan al costado mismo del camino de la “civilización”. Así en las márgenes de las megalópolis, los barrios pobres se han constituido en verdaderos receptáculos de los de “afuera”. Al igual que todos los conjuntos de bárbaros en la historia, estos barrios son considerados una amenaza constante y son objeto de un control periférico, de naturaleza meramente represiva.

“Estos territorios urbanos son más o menos catastróficos según el tipo de sociedad formal que los ha engendrado, cuando se trata de países ricos abundan los desocupados viviendo de subsidios, con estructuras sanitarias o educativas degradadas, servicios de electricidad, etc., pero en la periferia, por ejemplo en las áreas marginales de Lima, del Gran Buenos Aires, Río de Janeiro, Jakarta o El Cairo nos encontramos con la más extrema pobreza, el analfabetismo abrumador, altos índices de mortalidad infantil, abundancia de tuberculosis, sida, sífilis. Si en el primer caso, el repliegue del Estado es significativo en el segundo es casi total, la ley de la selva impera sólo atenuada por sistemas de solidaridad comunitaria auto-organizados en su mayor parte, muchos de ellos nutriéndose de tradiciones culturales que la modernización no habían llegado a desestructurar” (Beinstein, 2000).

EXCLUSIÓN, SEGREGACIÓN TERRITORIAL Y LA SOCIEDAD DE DOS VELOCIDADES.

La segregación territorial adopta formas concretas. Los excluidos se agrupan territorialmente en las barriadas populares, en Argentina generalmente se da en los llamados asentamientos (que tienen origen en la toma colectiva de tierras) y villas miseria (con características habitacionales de hacinamiento), pero también en barrios que en otro tiempo fueron obreros o de clase media baja y hoy están tristemente deteriorados. Muchas de estas diferenciaciones sociales de hábitat no son nuevas, pero la característica propia de esta etapa es que se ha generado una lógica de dos países, es decir, de dos comunidades netamente diferenciadas, que tienden a no cruzarse. Lo que el sistema globalizante propone es que ya no trabajen en las mismas fábricas (de patrones y de obreros), que ya no compren en las avenidas centrales y sus “galerías” abiertas, sino en los shoppings exclusivos –incluso estratificados socialmente–, y que ya no se mezclen en la escuela primaria estatal ni en los secundarios y mucho menos en las universidades. El deterioro de la escuela pública acabó con uno de los sistemas de socialización común de diversos sectores sociales. La vida del excluido transcurre en el barrio, sin necesidad de ir al “Centro”. Sólo se sale para delinquir (ir de “caño”) –los que viven de eso–, para el trabajo –el sector que tiene empleo– y fundamentalmente para la “joda”, es decir para la diversión y esparcimiento. Diversión que, por otra parte, también esta cada vez más segmentada racionalmente –según los cánones del mercado– sobre todo a partir de la creación de la bailanta y su mercado comercial, que es la forma de obtener beneficios económicos de la diversión de los pobres, pero sin mezclar la hacienda, es decir, sin la necesidad de masificar los lugares de la cultura de los incluidos. La bailanta se constituye entonces como el lugar autorizado para que “el otro país” se divierta y que la violencia, como en las canchas de fútbol, no salpique de sangre a los incluidos, para eso existen las plateas y las populares.

“Durante mucho tiempo, el modelo de integración social existente en la Argentina se asentó en la afirmación de estilos residenciales y espacios de socialización mixtos, que apuntaban a la mezcla entre distintos sectores sociales. El marco propicio para tal modelo de integración mixta eran los espacios públicos. Si la integración social e individual es un proceso que articula relaciones horizontales (en el interior de un grupo social), con lazos verticales (con otros grupos de la estructura social), mediante diferentes marcos de socialización, es necesario reconocer que la ciudad aportaba no pocos de esos espacios públicos, entre ellos la plaza, la esquina del barrio o los patios de un colegio del Estado. Estos lugares públicos proveían al individuo de una orientación doble: hacia adentro y hacia fuera de su grupo social, y aparecían como contextos propicios para una socialización mixta y exitosa. Pese a sus diferencias y notorias disfuncionamientos, este modelo de la mixtura social continuó siendo dominante dentro del conglomerado general de las clases medias hasta mediados de los 80. (...) Ahora bien, a partir de los 90, la entrada en una sociedad excluyente tiró por la borda esta representación integradora de la sociedad argentina centrada en la primacía de lo público” (Svampa, 2006).

Una primera gran ruptura se produjo con la proliferación de *countries* y urbanizaciones privadas en las cuales el vínculo sólo se da entre sectores con un mismo status social. Cercenando el contacto con los “diferentes” la acentuación de las distancias se hizo cada vez más notable. De ser diferenciador sólo el espacio de residencia se fue creciendo hasta separar el conjunto de la vida de unos y otros. Hoy los barrios privados se promocionan con colegios, clubes y hasta universidades incluidas. Un niño rico puede pasar toda su vida sin siquiera tener contacto físico con un pobre, más allá de los empleados domésticos.

En el marco de este modelo de sociedad polarizante se dan fenómenos particulares aun al interior de los que tienen acceso al consumo. El escenario mismo en el que se desarrolla la vida social se estructura en base a la idea de incomunicación que cruza a la sociedad actual que impulsa la globalización. Por ejemplo los *shoppings* están contruidos de manera tal que mantengan a la gente en movimiento, mirando a su alrededor, entretenida constantemente por las interminables atracciones. Se trata de no alentar el detenerse, mirarse, conversar, pensar, debatir algo distinto de los objetos en exhibición, lo peor para este sector incluido –o que tiene la ficción de estarlo– es pasar el tiempo en actividades desprovistas de valor comercial...

Casi todo en el proceso de socialización de los sectores incluidos tiene un precio. Ese precio marca la línea de frontera entre sectores sociales. Una socialización que tiene un ámbito espacial de contención que no sólo abarca los *countries* y *shoppings* sino también multicines, discotecas exclusivas, colegios privados, universidades para la elite, etc. En torno a ésta se abren grandes fosos de protección, como en los castillos medievales. Del otro lado, en las antípodas el espacio de socialización es el barrio pobre, con su bailanta, con las películas pirateadas para ver en casa al mismo tiempo que se estrenan en el cine, con las escuelas públicas totalmente deterioradas y devaluadas, convertidas en comedores... y de la universidad ni hablar.

Una de las claves de cómo se estructura territorialmente la sociedad exclusiva lo constituye el tema de la seguridad. La mayoría de los barrios residenciales de medio pelo para arriba contratan agencias de seguridad privadas para controlar sus vecindarios. El bombardeo televisivo nos trata de hacer creer que este es un fenómeno puramente local, debido a “la ola de inseguridad que azota nuestro país”, pero lo cierto es que se trata de un mismo movimiento mundial. Escuchemos a un autor norteamericano “Cada vez hay más parcelas aisladas del exterior a través de un muro con una única calle de acceso que conduce al puesto

de vigilancia. Los residentes deben mostrar sus tarjetas de identificación para poder acceder a la comunidad. En otros vecindarios, los residentes literalmente han comprado sus calles a la ciudad. La proliferación de comunidades amuralladas refleja tanto la preocupación por la seguridad personal como el aislamiento del resto del municipio. Para cada vez más americanos ricos, vivir en el interior de comunidades amuralladas es una forma de preservar su posición económica y sus privilegios y de evitar compartirlos con los otros” (Rifkin, 1996).

El fantasma de la inseguridad, el miedo del Otro, va encerrando a la gente en su casa, los aísla, los incomunica respecto de la sociedad en su conjunto. El proceso de polarización y exclusión genera una sociedad de dos tiempos. La globalización es a un tiempo una redistribución de privilegios y despojos, riqueza y pobreza, recursos y desposesión, poder e impotencia, libertad y restricción. Observamos en el modelo globalizante una reestratificación mundial, en cuyo transcurso se crea una nueva jerarquía sociocultural, a una escala mundial.

La sociedad de dos tiempos va abriendo grandes brechas. La polarización se acentúa la incomunicación crece. En este marco “los sectores medios irían estrechándose, empujados por una fuerte corriente de movilidad social descendente; en medio de la vulnerabilidad, otras franjas tratarían de mantener sus posiciones sociales; mientras que, por último, un contingente menor, caracterizado por una mejor articulación con las nuevas estructuras del modelo, se vería beneficiado por el ascenso social” (Svampa, 2006).

El sistema de opresión, en tanto violencia de exclusión, fue generando una multiplicidad de resistencias que se fueron vehiculizando de los modos más diversos. El crecimiento de la violencia cotidiana del excluido se viene expresando de distintas formas. En pleno auge del neoliberalismo surgieron formas de violencia centradas en una resistencia desde los grupos de interés, de naturaleza política o casi política pero que no alcanza a ser organizada y sostenida por el conjunto del Pueblo, en tal sentido hay que interpretar el surgimiento de los cortes de ruta, piqueteros, movilizaciones juveniles, etc. Se trató de una violencia puntual y no necesariamente antisistema (por lo menos desde la mayoría de los que participaban en ella). Esta violencia contestataria, aunque se fue instalando con mucha fuerza en los medios masivos de difusión, tuvo una ingerencia marginal respecto al conjunto de la masa de los excluidos. Se trataba de una resistencia defensiva cuyos reclamos se restringían a lo reivindicativo: desde planes sociales hasta bolsones de comida. Pero, la acción reivindicativa organizada, implementada mediante la violencia y la violación de la ley (cortar una ruta es un delito federal) no fue la única manifestación de violencia por parte de los excluidos. En el otro extremo está la salida individual: el aumento de la criminalidad en sectores cada vez más jóvenes, y la depreciación de la vida humana como valor social.

“Atrapados en una espiral sin fin y sin redes de seguridad para evitar su posible caída, un creciente número de americanos desempleados o inútiles para el empleo terminarán cayendo en el crimen como única forma de supervivencia. Apartados de la gran aldea global tecnológica, tan sólo serán capaces de hallar formas de sobrevivir tomando por la fuerza aquello que se les niega por parte de las fuerzas del mercado” (Rifkin, 1996). Esta salida de la violencia individual conduce a muchos jóvenes de las barriadas directamente a la muerte.

Es innegable que los mayores niveles de exclusión desembocan en mayores niveles de marginalidad y la correspondiente inseguridad que alcanza no tanto a los incluidos (que tienen muchas veces sus sistemas de defensa bien organizados) sino a sectores medios o bien humildes (sobre todo a partir de la ruptura de códigos que produce la droga), que se encuentran indefensos ante un aparato

policial corrupto e ineficiente que el sistema requiere para controlar el acceso de los excluidos en las grandes ciudades y que muchas veces deja un amplio territorio como zona liberada para los negocios operativos de las fuerzas represivas.

El territorio urbano se convierte de este modo en el campo de batalla de una guerra continua por el espacio. Las fortificaciones construidas por la *elite* incluida y las respuestas violentas de muchos marginados se refuerzan mutuamente... y tienen como vínculo al aparato de seguridad tanto policial como privado. La paranoia de la inseguridad se instala para quedarse, para marcar los límites de la cancha. El miedo por la seguridad personal apunta a configurar un ambiente imprevisible, hostil hacia el extraño. El desconocido en la calle es un potencial merodeador. Todos se encierran, rejas, alarmas contra robo, barrios vigilados y patrullados. La sensación de inseguridad instalada es funcional a la construcción de la sociedad dual y tiene un claro fin: mantener alejados a los extraños, a los excluidos. En este sentido, la cárcel no es sino –tal como decíamos– la más drástica entre muchas medidas de diferenciación y límite. Las personas criadas en la cultura de las alarmas y la seguridad privada tienden a ser entusiastas partidarios de las condenas penitenciarias, cuanto más prolongadas, mejor. Inclusive muchas veces llegan a pedir la pena de muerte con espeluznante facilidad.

Se agita el fantasma de la inseguridad para fomentar también la guerra de pobres contra pobres, mientras se justifica el establecimiento de verdaderas fortalezas y guardias pretorianas privadas para cuidar las nuevas fronteras reales. En muchos países la cantidad de las fuerzas de la seguridad privada constituyen verdaderos ejércitos que superan en cantidad de efectivos a las fuerzas regulares del Estado.

Cuando se habla de terminar con el delito no se atiende a la raíz de la injusticia, sino que se plantea como solución el aumento del poder de la policía, la construcción de nuevas cárceles, el endurecimiento de las condenas, la reducción de la edad para ser procesado. Así la seguridad se conforma “contra” los sectores sociales excluidos (entre los cuales sólo una porción pequeña son los marginales), se instituye un sistema policial de persecución por portación de cara (esencialmente discriminatorio), y se convierte al ser pobre en un delito, resguardando de este modo la verdadera seguridad a defender por el sistema que es la de los incluidos.

Se conforman así en todo el Mundo, verdaderos Estados policiales, como por ejemplo el norteamericano. “En 1975 el país [EEUU] contaba con unos 380 mil reclusos repartidos en prisiones estatales, federales y locales, la cifra subió a 740 mil en 1985, a 1,6 millones en 1995 y a 1,8 millones en 1997. (...) A lo largo del último cuarto de siglo asistimos a la expansión acelerada del universo carcelario al interior de la sociedad más rica del mundo, el fenómeno no tiene paralelos en los otros países desarrollados ni precedentes en la propia historia de los Estados Unidos, para encontrar situaciones parecidas nos veríamos obligados a referirnos a otros sistemas represivos modernos como los regímenes fascistas o el *Apartheid* de África del Sud, aunque la diferencia de ellos la avalancha represiva norteamericana no asume abiertamente su estrategia implícita de exclusión y control, cultiva un doble discurso, es incapaz de legitimar claramente su comportamiento” (Beinstein, 2000). Vemos como el país que se autodefine como “la tierra de la libertad” no es más que uno de los más represivos Estados del mundo, y a su vez actúa como modelo de la nueva funcionalidad que en la globalización se les asigna a los Estados.

Según algunos datos, minuciosamente analizados por Nils Christie⁹, los yanquis tienen la mayor cantidad de población carcelaria por lejos (aunque Rusia fue

⁹ Citado por Bauman (2000) en “Globalización, consecuencias humanas”.

acortando la distancia rápidamente): más del 2% de la población total norteamericana se encuentra bajo el control del sistema penal¹⁰. La tasa de crecimiento de los penalizados o judicializados es impresionante. En 1979 había 230 presos por cada 100.000 habitantes, cifra que llegó a 649 el 1 de enero de 1997. En algunas regiones la proporción es mucho más alta: en el distrito de Anacostia, que concentra la población más pobre de Washington, la mitad de los hombres de entre 16 y 35 años espera juicio, cumple condena o está en libertad condicional.

No obstante, la criminalización de la pobreza no es un fenómeno meramente norteamericano. El porcentaje de la población judicializada o encarcelada aumenta también en los países periféricos. Y esta penalización tiene una íntima relación con la pobreza. Un censo de 1993 de la población carcelaria de Brasil indica que el 95% de los reclusos vivía en condiciones de extrema pobreza antes de su detención (Nun, 2000).

La economía de dos tiempos de la globalización elitiza y marginaliza el consumo, el trabajo y a la sociedad en su conjunto y es la causa profunda de la criminalización de los más diversos segmentos sociales, y la creación de verdaderos guetos de pobreza e inseguridad urbana. En la base de la sociedad de la globalización se produjo un proceso de incriminación de pobres, excluidos y minorías étnicas consideradas inferiores¹¹. En la desintegración social, que se aceleró en los 90, hay que encontrar las causas de la ampliación de la marginalidad y la delincuencia. La respuesta a ese fenómeno en todo el mundo, no fue, paradójicamente la expansión sino el repliegue del Estado de Bienestar, el desmantelamiento o la restricción de programas de asistencia a los grupos de menores recursos y el crecimiento desmesurado del Estado represivo, la proliferación de formas de control periférico para mantener a raya a los sectores de población considerados “peligrosos”.

Si la reducción de la marginalidad por la vía de la integración fue una constante en la era keynesiana, donde el Estado de Bienestar asumía (por lo menos en teoría) la responsabilidad de reparar los deterioros sociales, con la llegada al poder del neoliberalismo, cambió el enfoque. El pensamiento único clausuró la crítica al capitalismo. Este dejó de ser culpabilizado por los males que produce. La culpa fue cargada a los propios excluidos, a las víctimas del sistema. Esto significó un cambio cultural profundo. Para las elites y su área social de influencia ideológica, la más amplia libertad para desarrollar su individualismo salvaje, casi darwiniano, es decir, de supervivencia del más apto. Para las mayorías populares la dura ley dictada por aquellos, con el agravante que a partir de la ruptura de los anclajes de integración, su inestabilidad estructural les impide regirse por reglas de juego elaboradas para las clases incluidas. “El sistema excluye y culpabiliza, criminalizando al excluido, liberando de culpas a los demás, los integrados, en especial las cúpulas dominantes legitimando sus comportamientos, sus estrategias económicas y privilegios” (Beinstein, 2000).

Esta exclusión y culpabilización viene en el modelo neoliberal con un aditamento, la dinámica de ruptura de los lazos sociales y comunitarios que vehiculizaba el trabajo. Este proceso particularmente afecta a los jóvenes procedentes de los sectores medios y populares, “donde las mujeres en muchos casos

¹⁰ Según la autora europea Noreena Hertz “el 3% de la mano de obra masculina estadounidense se encuentra en prisión y la población carcelaria ha aumentado un 800% durante los últimos 30 años” (Hertz, 2002).

¹¹ “la precarización laboral y el deterioro de salarios reales afecta de manera desproporcionada a los grupos raciales y étnicos minoritarios, en primer lugar de origen africano y latinoamericano, ambos reunían en 1997 el 24% de la población de los EEUU, pero representaban el 48% de los pobres” (Beinstein, 2000).

debieron asumir la responsabilidad de buscar los recursos que aseguraran la subsistencia mínima, mediante el trabajo doméstico o la labor comunitaria” (Svampa, 2006). Es considerable como el primer nivel de participación entre las organizaciones de desocupados de fines de los noventa y principios del 2000 lo constituyeron las mujeres. A este fenómeno algunos autores aluden como la feminización de la pobreza. En esta participación juega un rol importante desde la segregación territorial, hasta la auto culpabilización de los hombres que entran muchas veces en estados depresivos al no encontrar un trabajo que le de sustento a su familia. La violencia doméstica, el alcoholismo, y otros aditamentos igualmente trágicos, terminan de configurar un cuadro poco alentador para muchos sectores excluidos para los cuales la palabra futuro dejó de tener sentido porque fueron perdiendo la esperanza.

En el marco de este proceso de exclusión, que tiene aspectos reconfiguración territorial, pero incluso también de reestructuración del poder, surgen nuevos sectores sociales heterogéneos pero uniformemente plebeyos y segregados de toda aspiración en el plano económico, político y cultural. Estas masas excluidas en función de sus carencias son objeto de prácticas ligadas al asistencialismo y al clientelismo, promovidas centralizada o descentralizada desde diferentes instancias institucionales, pero también fueron el asiento de una práctica política de resistencia que fue poniendo en jaque al neoliberalismo y que logró abrir el panorama de una salida política heterodoxa y multiforme por la cual los Pueblos se van abriendo la puerta, un poco a tientas, un poco concientemente, a los caminos de liberación.

LA SOCIEDAD EXCLUYENTE. LA LUCHA POR LA IGUALDAD Y LA LUCHA POR LA INCLUSIÓN.

En la actual sociedad de transición, la exclusión tiende a seguir la suerte de las desigualdades entre las clases sociales, por lo cual el conflicto se complejiza. El antagonismo histórico expresado en la contradicción de clases se transforma, paradójicamente a partir de la máxima extensión de la sociedad salarial-industrial cuya puja central, por la igualdad, tiene como base o piso la homogeneización producto del status de trabajadores que había adquirido la gran mayoría de la población.

En la actualidad, la movilidad (en cuanto al espacio) queda restringida a una minoría. La movilidad de alcance mundial de esta minoría conlleva la posibilidad del poder de desconectarse en un grado altísimo –inédito en términos históricos– de las obligaciones, los deberes para con el resto de su sociedad, así como de la autorreproducción de las condiciones de vida para todos; en pocas palabras, se libera del deber de contribuir a la vida cotidiana y la perpetuación de la comunidad. Aparece así, una nueva paradoja entre la naturaleza extraterritorial del poder y la territorialidad de la vida de las mayorías en su conjunto. El poder del capital, libre de ataduras, capaz de desplazarse, puede de explotar y dejar libradas a su suerte a las derivaciones de esa explotación. Sacarse de encima la responsabilidad por las consecuencias es la ventaja más codiciada y apreciada que la nueva movilidad otorga al capital –sobre todo el especulativo– el beneficio de ya no ser necesario calcular en su efectividad el costo de afrontar las consecuencias.

Esto es un hecho nuevo. El capitalismo industrialista, en el marco del Estado de Bienestar se daba una disputa que actuaba como condicionante del capital. La lucha por reducir las desigualdades fue el centro de la lucha social hasta mediados de los

setenta, es también el punto de inflexión en la extensión de la sociedad salarial. Es decir, la igualdad es una lucha enmarcada en una sociedad caracterizada por el trabajo asalariado y un acceso cada vez mayor a condiciones de vida, que facilitaban la creencia más o menos extendida en un continuo progreso social. Hoy, la problemática de la exclusión nos plantea nuevos ejes y posibilidades de fractura social. Por eso nos enfrenta a nuevos desafíos intelectuales pero fundamentalmente políticos.

La lucha por la igualdad (propia de los movimientos populares) fue tomando un lugar central –aun en los países que pugnaban por su autodeterminación–, a partir de la generalización del salariado, que en algunos casos van produciendo simultáneamente como su efecto. El crecimiento a través de la negociación de capital y trabajo alimentaba un imaginario de progreso social (avalado por logros concretos e incontrovertibles de los trabajadores). El futuro cobraba sentido, porque aparecía el impulso de la movilidad social ascendente que, aunque se niegue o sea dificultoso para los padres, estaba presente como promesa para sus hijos.

En la sociedad de la exclusión como modo de opresión, se han modificado los presupuestos básicos de esta lógica. Lo que la globalización propugna es que ya no exista la trayectoria ascendente de la sociedad salarial y por eso la cuestión de las desigualdades¹² deja su lugar central para dar paso al problema de la exclusión/inclusión social. La situación de exclusión concreta o potencial, es decir, desde el punto de vista económico el desempleo, subempleo, o distintas formas de precarización del empleo, va desplazando la lucha por corregir las desigualdades, que se expresa en la discusión por compartir los beneficios del crecimiento económico y de mejoramiento de la posición social.

Así en los años de vigencia del modelo neoliberal vemos la multiplicación de conflictos que tienen que ver con la conservación del trabajo y la reducción de aquellos que tienen objeto en las reivindicaciones salariales. El modelo neoliberal logró arrinconar a la clase obrera reduciendo su lucha por manejar su promoción social y la reducción de las desigualdades; a la lucha por manejar la incertidumbre de su situación, por refugiarse en lo que aún le quedaba. Esto explica, en alguna medida, el carácter más conservador y burocrático de la dirigencia del movimiento obrero.

Tal como explicábamos, una de las características claves de la etapa es que la producción para la satisfacción de las necesidades, requiere cada vez menos trabajo del hombre y que los salarios, que fueron perdiendo sentido como un necesario subsidio al consumo masivo, y cada vez se distribuyen entre una menor cantidad de trabajadores. Esto fue produciendo un efecto rebote y los salarios y condiciones de trabajo ante la presión masiva del gran ejército de desocupados se deterioraron considerablemente. Este proceso en su conjunto, en confluencia con las exigencias del capital para su radicación, es denominado “flexibilización” y conduce a la situación de alta vulnerabilidad que sitúa a los trabajadores con empleo en condición de exclusión potencial.

El discurso del sistema es claro: “el mercado laboral es demasiado rígido; hay que flexibilizarlo. Eso significa volverlo más sumiso y complaciente, fácil de manosear y moldear, cortar y amansar, sin que oponga la menor resistencia a lo que se hace. Dicho de otra manera, el trabajo es “flexible” en la medida en que se convierte en una suerte de variable económica que los inversores pueden excluir de sus cuentas, con la certeza de que sus acciones, y sólo ellas, determinaran su

¹² “Hoy, como hace veinte años, un joven de origen modesto tiene una posibilidad sobre diez de obtener mejor titulación que un hijo de ejecutivo. El ascensor social no sólo sigue averiado, sino que, además, quieren hacernos creer que la avería se reparará cortando el cable. ¡Aumentando las desigualdades!” (Labarde y Maris, 1999).

conducta” (Bauman, 2000). La idea de flexibilidad oculta la naturaleza del trabajo como relación social, reclamando la concentración del poder con la intención de despojar de la capacidad de resistencia a los trabajadores, a aquellos cuya “rigidez” en realidad crítica, pues precisa doblegar. La flexibilización es el nombre de la superexplotación que se da en estos tiempos de globalización.

La flexibilidad en el imaginario neoliberal se presenta como un “principio universal de la racionalidad económica”, que se aplica en la misma medida a la demanda y la oferta en el mercado laboral. Pero su contenido real es drásticamente distinto a cada lado de la divisoria. “Del lado de la demanda, flexibilidad es libertad para desplazarse hacia prados más verdes, dejando los residuos y desperdicios del campamento anterior desparramados para que los recojan los locales; sobre todo, significa libertad para pasar por alto todas las consideraciones salvo las “económicamente sensatas”. En cambio, lo que aparece como flexibilidad del lado de la demanda, rebota sobre los que ocupan el de la oferta como un destino duro, cruel, inexpugnable e inexorable: los puestos de trabajo van y vienen, aparecen y desaparecen de la mañana a la noche, se los divide y retira, en tanto las reglas del juego de contratación y despido cambian sin aviso... y es muy poco lo que pueden hacer los trabajadores y los buscadores de trabajo para detener el columpio. Por eso, para satisfacer las pautas de flexibilidad impuestas por los que hacen y deshacen las reglas –para ser flexibles a los ojos de los inversores–, la suerte de los proveedores de mano de obra debe ser lo más rígida e inflexible que se pueda. Más aún, debe ser diametralmente opuesta a “flexible”: la libertad de elegir, aceptar o rechazar, ni qué hablar de formular las reglas del juego, debe ser tallada hasta el hueso” (Bauman, 2000).

NEOLIBERALISMO Y LA REALIDAD QUE NO ENCAJA EN LOS INDICADORES MACROECONÓMICOS.

La existencia de nuevas condiciones económicas, producto del proceso de globalización excluyente, se manifestaron claramente en el modelo neoliberal mediante cuatro rupturas en los indicadores de relaciones macroeconómicas. Estos indicadores en la etapa anterior industrialista y salarial, eran una demostración palmaria del progreso social del conjunto. La naturaleza, no bien solidaria, pero sí complementaria de la sociedad capitalista del industrialismo, se demostraba en que el crecimiento económico implicaba, en gran medida, el progreso social.

Estas rupturas que demuestran que la sociedad excluyente es distinta son:

a) ruptura entre crecimiento económico y creación de nuevos empleos. Las cifras concretas del apogeo del modelo neoliberal de los noventa en nuestro país es el crecimiento del PBI y el aumento de la desocupación.

Este razonamiento sirve para explicar el crecimiento sin distribución: “Consideremos una sociedad constituida por 100 personas que ganan en un propio un peso por dada una: la sociedad descrita es perfectamente igualitaria y produce 100 pesos por año. Interpretemos ahora la globalización (en el sentido amplio que le hemos dado: comercio y revolución industrial) como una transformación que permite que sesenta personas dupliquen su ingreso pero que reduce a la mitad el ingreso de las otras cuarenta. La globalización produce un enriquecimiento desigual: incrementa las desigualdades, pero sin embargo enriquece a la sociedad en su conjunto puesto que el ingreso global pasa de 100 antes a 140 después (60 x 2 + 40 x 0,5)” (Cohen,

1998). Aunque creemos que el ejemplo que pone Cohen se queda corto en las consecuencias negativas de la sociedad globalizante. El ejemplo podría ser más cercano a la realidad si los que aumentan sus ingresos no son 60 sino apenas 20 y en vez de duplicar, multiplican por seis sus ingresos.

b) ruptura entre crecimiento económico y distribución más justa del ingreso (la concentración económica es una de las principales particularidades del crecimiento a partir de la hegemonía de los GET). Los fenómenos de concentración económica son a diferencia de lo que el argumento neoliberal dice, las verdaderas causas de una distribución de la riqueza cada vez más injusta. El capital no crea el trabajo, solamente lo explota en la medida en que este es necesario para producir la riqueza. Facilitar las condiciones para el libre desenvolvimiento de los grupos transnacionales no hace sino reducir, con la excusa de la flexibilización, las posibilidades de distribuir justamente la riqueza.

c) cambio respecto a que los beneficios del crecimiento de la economía nacional sean comunes, es decir, ruptura entre la prosperidad de los empresarios y la de los asalariados (el crecimiento de las desigualdades, no sólo los abismos de las diferencias de ingreso, sino también entre aquellos que concentran la riqueza y los que nada tienen, los desocupados, sientan las bases de una sociedad dual y sin interconexión social).

d) Todo este panorama concluye en la más absoluta desconexión entre los indicadores macroeconómicos y la realidad de la economía doméstica (el deterioro económico de los sectores populares y los sectores medios y fundamentalmente la ausencia de perspectivas en el marco de una economía que “crece”) (García Delgado, 1999).

Estas rupturas nos muestran la dificultad medir y pensar a la sociedad de la exclusión con los mismos parámetros de la anterior. La exclusión genera fenómenos propios que aun no han sido debidamente estudiados y que no son “medibles” en las formas tradicionales.

Uno de estos fenómenos es la aparición de los llamados “nuevos pobres”¹³. Estos componen un sector cuya disminución (o ausencia) del nivel de ingresos lo lleva a una situación de empobrecimiento, no obstante lo cual no presenta una situación “crítica” según las mediciones oficiales, pues pese a pertenecer al sector con ingreso por debajo de la línea de pobreza, no sufre carencias estructurales tales como la posesión de una vivienda digna y niveles personales de capacitación que le permiten disputar los últimos escalones del nivel de empleo.

“Este segmento está constituido por empleados públicos, trabajadores manuales o poco calificados, docentes, jubilados y jóvenes profesionales sin inserción clara o mal incluidos en el mercado de trabajo, expulsión del campo de sectores por tecnificación del agro, por reconversión productiva del sector privado y por reforma del Estado en el público. Constituyen aproximadamente un 20% de la población y disponen en algunos casos de trabajo estable pero en franco tren de deterioro, o sometido a amenazas de racionalización. Mientras que los pobres estructurales viven en barrios y enclaves reconocibles para todos, los nuevos pobres están dispersos y desorientados y cualquier edificio de clase media puede albergarlos, es una pobreza privada, de puertas adentro, invisible. Mientras que la pobreza tradicional implica una exclusión de todas las áreas, en la nueva po-

¹³ El empobrecimiento de los sectores medios fue estudiado por diversos autores designándolos como “nuevos pobres” especialmente por Alberto Minujin y Gabriel Kessler (1995) quienes contribuyeron a este análisis descorriendo el velo de esta verdadera caída que implicaba una pobreza vergonzante, definida como de “puertas adentro”, primordialmente urbana, etc.

breza la exclusión es relativa: hay quienes sufre la exclusión en algunas esferas de su vida social mientras que en otras están aún incluidos. Los jubilados son el símbolo más expresivo de esta nueva pobreza, ya que si no tienen hijos que se ocupen de ellos pueden caer en la marginalidad” (García Delgado, 1999).

Es una realidad que el sector de los llamados “nuevos pobres” fueron uno de los grupos más afectados por el modelo neoliberal. A diferencia de los llamados “pobres estructurales”, aquellos carecen de la capacidad de construcción de redes de contención social de tipo comunitario local aunque sí se sostienen y fortalecen muchas veces por vínculos de tipo familiar. Como generalmente las políticas asistenciales están dirigidas a los más pobres, los nuevos pobres carecen de red estatal de contención social, su propia cultura los limita al impedirles acogerse a estrategias de supervivencia (rebusques, changas, delincuencia, etc.) o a programas de empleo público de trabajo manual y físico.

Aunque más allá de estos nuevos pobres y entre el conjunto del 60% de la población de nuestro país que según las estadísticas oficiales en 2003 terminó por debajo de la línea de pobreza como resultado de la aplicación de políticas neoliberales, además confinada a la desocupación estructural, quedó aproximadamente más de un quinto de la población. Es decir un amplio sector de la población económicamente activa quedó atado en su supervivencia a movimientos de ayuda, fueran de la red clientelar, fueran solidarios o eclesiásticos y a las “changas”, sin siquiera poder acceder a empleos de tipo precario. Todas estas cifras de pobreza y desocupación en nuestro país como en otros se fueron bajando lentamente en la medida en que se fueron dejando atrás las políticas estrictamente neoliberales.

LA SOCIEDAD FRAGMENTADA Y POLARIZADA.

Así funciona esta sociedad polarizante del sistema de dominación globalizante: los usos del tiempo y el espacio son tan diferenciados como diferenciadores. La globalización divide, fragmenta y polariza, en la misma medida que une, homogeniza, por arriba a las *elites* incluidas¹⁴. Justamente con las dimensiones planetarias emergentes de los negocios, las finanzas, el comercio y el flujo de información, se pone en marcha un proceso de “localización”, de fijación a la tierra, al propio espacio, de las grandes mayorías de la población mundial. Estos dos procesos, estrechamente interconectados, introducen una tajante línea divisoria entre las condiciones de existencia de millones de hombres y mujeres ligados a la tierra, prácticamente inmóviles, por un lado, y por otro los diversos segmentos de una clase capitalista transnacional, una verdadera oligarquía móvil. En un proceso sincrónico; para los ricos, los incluidos, los dueños del mundo: la globalización de sus negocios y sus vidas, el achicamiento de las distancias, los beneficios de la tecnología y las comunicaciones. Y para los pobres, los excluidos, los olvidados: la segregación territorial, la localización, la culpabilización en términos culturales, y el despojo de toda forma de poder que habían gozado medianamente en la etapa anterior. La desterritorialización del poder de la oligarquía mundializada va de la mano con la

¹⁴ “Asimismo favorece el desarrollo de dos tendencias: por una parte, la segmentación y desintegración de los sectores de bajos recursos y por otra parte, la reintegración uniformadora por encima de las fronteras de los sectores con mayor poder económico o calificación técnica. Este movimiento de integración globalizada va configurando nuevas *elites* con mayor concentración de los intereses, ostentación del lujo y reputa de las solidaridades con el resto de la sociedad” (García Delgado, 2002).

estructuración cada vez más estricta del territorio para los pobres del mundo.

“Los procesos globalizadores incluyen una segregación, separación y marginación social progresiva. Las tendencias neotribales y fundamentalistas, que reflejan y articulan las vivencias de los beneficiarios de la globalización, son hijos tan legítimos de ésta como la tan festejada “hibridación” de la cultura superior, es decir, la cultura de la cima globalizada. Causa especial preocupación la interrupción progresiva de las comunicaciones entre las elites cada vez más globales y extraterritoriales y el resto de la población, que está localizada. En la actualidad, los centros de producción de significados y valores son extraterritoriales, están emancipados de las restricciones locales; no obstante, esto no se aplica a la condición humana que esos valores y significados deben ilustrar y desentrañar” (Bauman, 2000).

Esta dualización social no puede sino tener profundas consecuencias políticas. “La polarización a escala planetaria que provoca la acumulación mundial del capital le quita a la mayor parte de la población humana –la de las periferias del sistema– toda perspectiva de satisfacción de las necesidades que promete la modernidad y, por ello mismo, hace imposible que la práctica de la democracia se arraigue, aunque sea degradada como lo está en los centros del sistema” (Amin, 2003). Esta desaparición de la disputa democrática tiene su correlato en la refuncionalización del Estado. Este deja de ser el lugar en donde se condensan las relaciones de fuerza entre los intereses sociales para pasar a ser un mero servidor del capital. Cuando más desarticulado el Estado, más represivo y al mismo tiempo menos politizado, es decir, menos cruzado por las disputas de intereses sociales y más subordinado directamente al capital. Este sistema asegura para la oligarquía –cada vez más transnacional– un mundo de certezas y mayores privilegios, para los excluidos la incertidumbre de una localización que los sitúa cada vez más lejos de decidir su propio destino. Esta guerra librada contra los excluidos no habla sino a través de grandes palabras vaciadas de contenido. Desde la expansión de los beneficios de la tecnología, hasta la transparencia y la flexibilidad, son ideas que llenan periódicos y libros de los defensores de una globalización idílica. “Los defensores y guerreros de la transparencia no son los ideólogos del cristal sino de los vidrios espejados: de un lado, un paraíso para los *voyeurs*; del otro, una oportunidad de ver reflejada la propia y creciente miseria para aquellos cuyas defensas, desde siempre poco eficaces, han caído y ya no sirven para disuadir los ataques, tanto actuales como futuros. Los defensores y guerreros de la flexibilidad no buscan libertad de movimientos para todos, sino tan sólo una gozosa levedad del ser para algunos, levedad que redundará en un destino de intolerable opresión para otros: para algunos, el derecho a evitar las consecuencias, para otros, la obligación de afrontarlas” (Bauman, 2003).

La superación tecnológica de las distancias de tiempo y espacio al contrario de lo que suele esgrimirse tienden a hacer una importante contribución a la polarización de las relaciones sociales¹⁵. Emancipa a ciertos hombres y mujeres de las restricciones territoriales a la vez que despoja al territorio, donde otros permanecen confinados, de su valor y su capacidad para otorgar identidad. Para algunos, augura una libertad sin precedentes¹⁶ de los obstáculos físicos y una inédita capa-

¹⁵ La tecnología acentúa la brecha entre ricos y pobres porque los que pueden usarla, los ricos, se hacen cada vez más ricos con ella, mientras que los pobres, que no pueden usarla, están comparativamente cada vez más lejos de los ricos, de modo que la brecha entre ambos no hace más que aumentar si se deja a la tecnología avanzar sin intervención de ningún tipo (Almiron, 2002).

¹⁶ “Algunos podrán salir de la localidad –cualquiera que sea– a voluntad. Otros mirarán impotentes, mientras la única localidad que habitan se mueve bajo sus pies (...) Las *élites* viajan

ciudad de desplazarse y actuar a distancia. A otros los confina definitivamente a la localidad de la cual tendrán escasas posibilidades de escapar, de trasladarse. Una territorialización cuyos límites estarán vigilados, controlados, cercados.

Las consecuencias humanas y sociales de este sistema dual de segregación espacial son terribles. La separación territorial reduce, estrecha, comprime la visión del Otro: las cualidades y circunstancias individuales que tienden a aparecer vívidamente gracias a la experiencia acumulada del trato social cotidiano, rara vez aparecen cuando a éste se lo reduce o prohíbe; la tipificación reemplaza al conocimiento personal y las categorías o estereotipos sociales destinadas a reducir la variación o a negarla vuelven improcedente la singularidad. El Otro se convierte siempre en amenaza, en última instancia en enemigo.

Esta es la verdadera razón por la cual “la seguridad se convirtió, más que nunca, en el bien máspreciado para vastos sectores de la sociedad. Más aún, en este contexto, la sola posesión de seguridad tiende a convertirse en una marca de estatus, un plus que diferencia en términos de oportunidades de vida a aquellos que la poseen, en relación con los que no la poseen. Así su sola existencia revela la consolidación de diferentes categorías de ciudadanía (...) de cara a los guetos pobres donde residen los excluidos del sistema, de cara a los barrios enrejados de las clases medias empobrecidas, el acceso a la seguridad privada se convirtió en la marca por excelencia de una diferenciación social” (Svampa, 2006).

Los sectores dominantes necesitan la seguridad de ese aislamiento: una condición de inmunidad contra las intromisiones de los pobres, un aislamiento infalible, invulnerable, traducido en la imposibilidad de intromisión de los otros en sus hogares y lugares de esparcimiento. La gama de elecciones que poseen los globalizados, los incluidos, tiende a ampliarse, y al mismo tiempo se genera la incertidumbre de las mayorías excluidas, las cuales, se enfrentan a una gama más estrecha o nula. Una imagen lo hace más claro: contraponemos la dimensión global de las posibilidades de elección de inversor, frente a los límites estrictamente locales de la posibilidad de elección del “proveedor de trabajo”. Es claro que en esta asimetría subyace, a su vez, a la dominación de éste por aquél.

Pero, como la sabiduría de la historia se empeña en enseñarnos el límite perfecto, la frontera precisa, el muro infranqueable no son más que meras pretensiones de los poderosos. Los Pueblos tienden a ser como el agua, ir encontrando los resquicios por donde pasar. Y siempre pasan...

GLOBALIZACIÓN, GLOBALIFÓBICOS Y EL ESTADO NACIÓN COMO HERRAMIENTA DE LOS EXCLUIDOS.

La polarización de la sociedad globalizante, estructurada como sistema de dominación, pone en la cima a un sector cada vez más libre de las restricciones territoriales e independiente del destino del conjunto de la población. Mientras por el otro lado, un enorme contingente de personas se encuentra atado a la tierra, acaso como por el espacio y a mayor velocidad que nunca, pero la envergadura la densidad de la red de poder que tejen no dependen de esos desplazamientos. Gracias a la nueva “incorporeidad” del poder sobre todo en su forma financiera, sus dueños se vuelven extraterritoriales, aunque sus cuerpos permanezcan *in situ*. En verdad, su poder no está “fuera de este mundo”, del mundo físico donde construyen sus hogares y oficinas estrechamente custodiados, libres de la presencia de vecinos indeseados, separados de lo que pueda llamarse una comunidad local, inaccesibles para los que, a diferencia de ellos, están atados a aquélla” (Bauman, 2000).

lo estaban los siervos de la gleba en la sociedad feudal del medioevo europeo.

El discurso oficial, el que se reproduce por los medios masivos, nos muestra una máscara, un rostro adornado de la realidad globalizada, presentada como paraíso tecnológico. En contraposición con aquella, bajo las máscaras y los disfraces se encuentra el rostro cruel de la globalización real, con fuertes concentraciones de riqueza en el centro y en las *élites* periféricas, acompañadas por el predominio de un puñado de Grupos Económicos Transnacionales hiperpoderosos. Frente a ellos el duro espectáculo de la expansión de la exclusión, marginalidad, la miseria, la pobreza y también la violencia. Todas acompañadas por la declinación o quiebra de numerosos Estados Nacionales periféricos. El propio desencanto, después del entusiasmo, en torno a un planeta sin fronteras, los consumos fantasiosos y la raza emergente de los internautas, fue engendrando una resistencia aun en los países centrales. Son los llamados globalifóbicos, nombre con el que fueron bautizados desde los propios *mass media*. Esta resistencia, a veces con visos de violencia, otras con la virtualidad que facilita la existencia de Internet, pero siempre con pretensiones de global y negando lo nacional; no pone realmente en riesgo al sistema.

La verdadera crisis que poco a poco se va vislumbrando el resquebrajamiento de los modos concretos de la dominación, se halla en los Pueblos del mundo, fundamental y definitivamente en las naciones periféricas. Estas van encontrando su camino de resistencia en la recuperación del Estado Nacional como instrumento del Pueblo para enfrentar la prepotencia de la dominación. Las enormes masas de excluidos que están condenados a muerte por este sistema, se empiezan a poner de pie y hacen la promesa universal de aferrarse tozudamente a la vida. He aquí, el monstruo que ha de devorar las entrañas del sistema de dominación. En muchos lados los Pueblos vuelven a recuperar su identidad, que no está en un vago globalismo de signo contrario al neoliberal, sino en la integración universal a partir de la reafirmación de las particularidades nacionales, refundación de su propio Estado, herramienta clave para poner palos en la rueda en el carro triunfal de una globalización, frenando su vanguardia que son los GET. En la medida en que los países dependientes van rompiendo sus cadenas, esta etapa de dominación globalizada cada vez menos se puede pensar a sí misma como inexorable.

Por eso, para concluir, queremos traer una apreciación que, en base a la experiencia histórica, nos trae el profesor Robert Castel: “Pero eso no significa que ellos (los marginados, los excluidos) siempre hayan estado condenados a desempeñar un rol pasivo. Ciertamente han ocupado los cadalsos, alimentando a las hogueras, poblando las bastillas, y permitido a la justicia de los poderosos poner en escena sus ceremoniales crueles. Pero al mismo tiempo, ellos han constituido un factor esencial, y tal vez el más importante, de cambio histórico. Cuando los marginados proliferan, es la mayoría la que corre el riesgo de desviarse. La marginalidad es una masa agitada de movimientos brownianos que ejerce una presión en las estructuras estables de una sociedad, las socava, y finalmente, impone su recomposición” (Castel 1998).

APUNTES PARA ENTENDER EL NUEVO SISTEMA DE OPRESIÓN O CÓMO PENSAR LOS MODOS CONCRETOS DE LA EXCLUSIÓN DESDE LA REPRESENTACIÓN GRÁFICA.

“Los de arriba tienen la satisfacción de andar por la vida a voluntad, de elegir sus destinos de acuerdo con los placeres que ofrecen. En cambio, a los de abajo les sucede que los echan una y otra vez del lugar que quisieran ocupar (en 1975, la alta comisión de la ONU a cargo de los emigrantes por la fuerza –los refugiados– tenía bajo su cuidado a 2 millones de personas. En 1995, la cifra había trepado a 27 millones).

Zygmunt Bauman.

“la precariedad laboral afecta profundamente a quien la sufre; al convertir el futuro en algo incierto impide cualquier previsión racional y, en especial, aquel mínimo de fe y esperanza en el futuro que es preciso poseer para rebelarse, sobre todo colectivamente”

Pierre Bordieu.

PENSAR EL SISTEMA DE OPRESIÓN GRÁFICAMENTE.

Buscar categorías que nos permitan aproximarnos a la comprensión el funcionamiento del sistema de opresión nos enfrenta a nuevos desafíos. Los límites de las viejas concepciones y herramientas teóricas son enormes, al mismo tiempo que son altos los riesgos de caer en conceptualizaciones flatuas, que más que aportar a una profundización necesaria, contribuyan a la estandarización de los conceptos de moda, traspasados de autor en autor sin una reflexión crítica de su utilidad, sin contraste efectivo con la realidad.

Pensar la exclusión desde los excluidos es un desafío que, a poco de andar, nos presenta la primera dificultad conceptual. Es que, el propio término excluido, está definido no en función de sí mismo —como puede ser trabajador— sino en carácter de lo que carece, de donde se queda afuera, o bien, dicho con mayor precisión, de donde ha sido expulsado (conf. definición expuesta en el capítulo anterior). Por eso es tan importante, para analizar la sociedad excluyente, dar cuenta de los mecanismos institucionales que funcionan como generadores de exclusión, al tiempo que nos introducimos en cuales son los mecanismos de relación interna, sus contradicciones propias, etc.

Arrancar por los modos gráficos de representación de la sociedad, se nos ocurre como una de las puntas posibles para desmadejar el ovillo. Las imágenes habituales con que se representa la sociedad moderna tienen su fundamento en la concepción gráfica espacial de la pirámide. Esta pirámide se sustenta principalmente sobre el trabajo de los de “abajo”. Parece imposible representar fielmente a la sociedad actual sobre estos parámetros. No es que no exista un “abajo”, tampoco es que no exista la apropiación del trabajo, que son parte del sustento de esta categorización. La cuestión es que, además de esto, se producen otra serie de fenómenos sociales que es preciso encuadrar, interpretar, entender. La verdadera novedad que presenta esta sociedad de la exclusión es que la pirámide en su base ha reemplazado a una cantidad creciente de hombres y mujeres que la sostenían, por tecnologías de sustentación. Y con esto deja al margen de la pirámide misma a una cantidad considerable de personas.

Las relaciones entre los que aún se encuentran en el interior de la “pirámide” y los de “afuera” aparecen como conflictos de nuevo tipo. Así como también las relaciones al interior de la sociedad productora se modifican sustancialmente a causa de esta presencia “extraña” de los excluidos. En este punto cobran importancia los mecanismos de control de acceso, que esta sociedad va disponiendo paralelamente al proceso de exclusión, tal como lo analizáramos en los capítulos anteriores.

Entre las quimeras de los que verdaderamente están en la cima del “adentro” (a los que vamos indistintamente a llamar incluidos, oligarquía mundializada o clase capitalista transnacional) se planea sustentar a la cúpula de la pirámide por un sistema de elevación (en base a la tecnología) que les permita nunca jamás juntarse con aquellos que —con su esfuerzo directo— generan la producción y la riqueza. El camino de esta intención se va completando con una segregación que trae aparejada el fomento de las diversas peleas en la base entre los que aún son explotados y los que ni siquiera son tenidos en cuenta, los olvidados, los que quedan afuera. Paralelamente a la construcción de la estructura que les permita diferenciarse, los incluidos, proyectan una nueva sociedad en la que la oligarquía del mundo no “cargue” más con una masa de pobres, analfabetos y hambrientos¹...

En la sociedad capitalista del sistema de dominación imperialista marcada por la impronta industrial, la cuestión social se debatía en términos de escalar la pirá-

¹ Tal como lo sugiere Alvin Toffler, uno de los intelectuales orgánicos del sistema ob ya citada.

mide, ya sea individualmente —en el liberalismo—, o colectivamente —en los movimientos nacionales y populares—, o bien servía para que los marxistas explicaran su concepción de revolución con la idea de invertir la pirámide. En todos los casos, siempre concibiendo una base homogénea con eje en el trabajador como sujeto. Esta visión aparece vinculada a una idea de sociedad estratificada pero homogénea, donde, en todo caso, unos pocos gozan de la vida viviendo en los pisos superiores y otros muchos sufren el insoportable peso social, alojados en la base. Los lineamientos que marcan la estratificación de la sociedad capitalista industrial son de indudable índole económica. Por eso es que el reparto de la riqueza está en íntima relación con el reparto del poder. Así concebida la sociedad, la desigualdad del peso que soportan unos y otros es el núcleo de la problemática de la justicia.

Otra de las particularidades de la sociedad explicada como pirámide es que su naturaleza racional y simétrica nos permite medir sus partes. Esta sociedad es cuantificable, por lo tanto analizable en términos del pensamiento “científico”. De este modo se pueden sacar conclusiones sobre el peso de sus escalones. Por ejemplo saber que el 10% de los más ricos son propietarios del 70% de las riquezas, en tanto que el 10% más pobre no llega al 1 o 2%. Esta concepción racionalista de la sociedad estratificada es la que permite a los profesionales de las ciencias sociales trazar líneas que marcan límites: la línea de pobreza extrema o estructural, la de las necesidades básicas insatisfechas, etc., por debajo de las cuales quienes habitan la pirámide sólo lo hacen para soportar y sufrir.

La sociedad excluyente o post-industrial como le gusta llamar a muchos (aunque es una sociedad industrial donde pierde importancia la fuerza de trabajo del hombre en manos de los particulares desarrollos de la tecnología que genera el capital y la correlación de fuerzas que impone sus intereses), nos plantea ciertas preguntas nuevas y nuevos debates: ya no alcanza con plantearse quién está arriba o abajo (de la pirámide), sino fundamentalmente quién está fuera o adentro, lo cual también nos lleva a interrogarnos ¿dentro o afuera de qué?.

La forma de mirar, el lugar desde donde se mira, es el que determina la perspectiva, lo que ha de verse. No es casualidad que ni siquiera existan los términos apropiados para apreciar la realidad desde los excluidos. Están privados de la palabra, y con ella obviamente del pensamiento propio, del poder, etc. Entonces para encontrar un esquema simple y práctico, transmisible como idea—imagen vamos a arrancar con esta dificultad consiste en que el sujeto excluido está definido desde afuera.

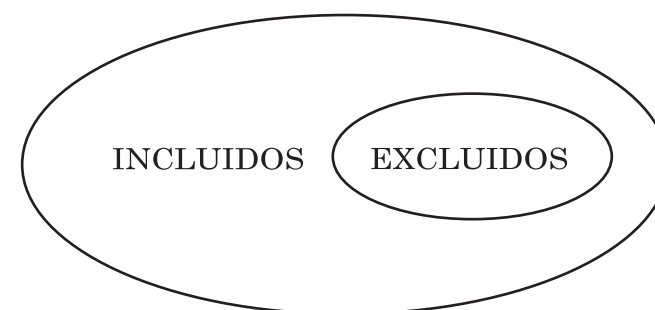
El primer paso de la expresión de un esquema gráfico de la exclusión, nos lleva a una mera enunciación de los sujetos actuantes en la nueva realidad. Se trata de una diferenciación simplista entre un afuera y un adentro.

ADENTRO / AFUERA
incluidos / excluidos

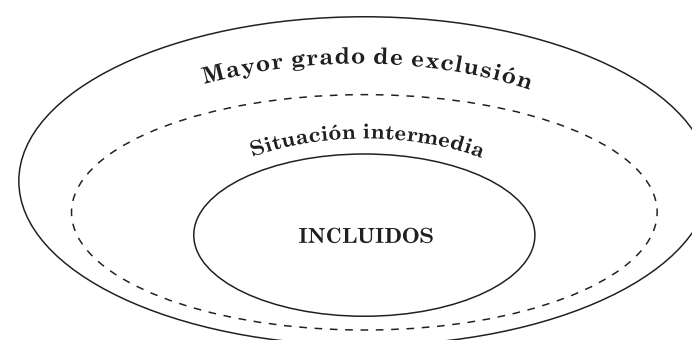
Entre ambos se traza una especie de barrera, un conjunto de complejas relaciones que impiden que los de afuera estén adentro y le garantizan a los de adentro, por lo menos a los que están más lejos del límite una permanencia que otorga libertad. Sin embargo existen muchas cuestiones de las que no pueden ser explicadas en base a este esquema, que van desde la difusa frontera existente entre uno y otro lado, pasando por el carácter dinámico de sus límites, hasta la naturaleza de la relación existente entre ambos lados de la línea divisoria. Es común encontrar entre los que usan este esquema la tendencia a reducir a la inclusión/exclusión a la cuestión de

tener o no trabajo/empleo (o bien un nivel de ingreso determinado), como si esto agotara la problemática de la sociedad actual... Incluso, este esquema sugiere una sociedad simétrica, en espejo, que aunque da cuenta de la dualidad propia de esta etapa, no permite comprender las sustanciales diferencias cuantitativas que marcan el carácter del vínculo entre ambos polos y muchas otras de sus particularidades.

El próximo grado de comprensión gráfica al cual llegamos muestra claramente el carácter de círculo cerrado que tiene la inclusión y como la exclusión lo rodea por todas partes.



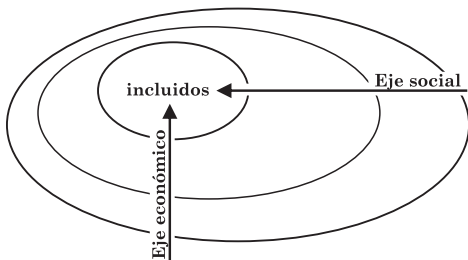
La exclusión muchas veces es analizada como contrapartida de la inclusión cayendo en una visión dicotómica marcada una línea absoluta. Si bien existe una tendencia a la polarización (inherente a cualquier etapa del capitalismo), este límite no es tan preciso en una sociedad compleja como la nuestra. La exclusión lo es en un primer análisis con respecto a ciertas cuestiones cuya posesión o acceso implica en algún sentido la inclusión. La amplia gama de estas cuestiones de posesión o acceso (riqueza, trabajo, reconocimiento social, poder, instrucción, vivienda, derechos sociales, etc.) determinan la existencia de un amplio grupo de grises o situaciones intermedias que complejizan la definición de los límites entre inclusión y exclusión. Este esquema adolece de muchos defectos idénticos que el anterior y puede —siempre en el mismo sentido— ser mejorado para explicar algunas cuestiones particulares sin modificar su sustancia.



Si ponemos al límite como una sucesión de capas que, a modo de cáscara de cebolla, van sucediéndose en distintos grados de exclusión, vamos a tener una comprensión más apropiada del tema de los matices, en la conformación de fronteras entre incluidos y excluidos. Otra de las cuestiones que nos permite observar es que no todos los excluidos tienen el mismo grado de

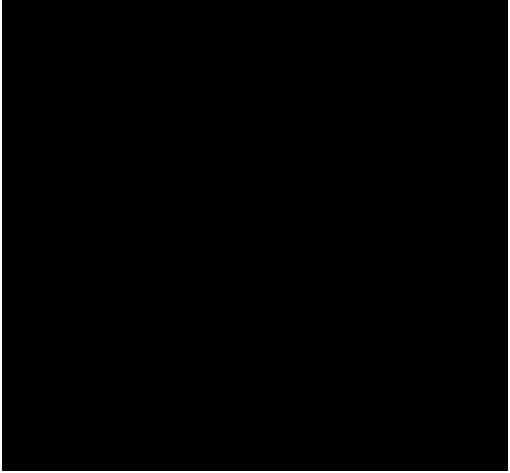
exclusión. También nos permiten ubicar al círculo de la inclusión en base a distintos ejes.

Tomemos por ejemplo dos ejes uno económico (acceso al trabajo) y uno social (condiciones de vivienda, acceso a la instrucción, etc.) lo cual nos permite ver gráficamente que los incluidos son los que están en el vértice donde se cruzan las mejores condiciones económicas con las mejores condiciones sociales. Así por ejemplo en este esquema es más fácil comprender situaciones ambiguas como la ubicación de un estudiante que, si bien tiene en función de atender al eje sociocultural mayores condiciones (aquellas que le permiten el acceso al estudio), su imposibilidad para insertarse laboralmente o bien las dificultades que se le presentan para el estudio –que en la mayoría de los casos termina expulsándolo del aparato educativo antes de completar todas sus instancias–, son sus particulares formas de exclusión. Así también dentro de los estudiantes nos permitirá marcar una diferencia de ubicación para aquellos estudiantes que deben abandonar la universidad ya sea porque le exigen más horas en el trabajo o porque no puede costearse los libros o los viajes, que a aquellos que terminan abandonando la escolarización primaria por tener la necesidad de salir a trabajar desde chicos, sea cirujeando, sea pidiendo en los trenes, etc.



Un esquema de este tipo tiene la ventaja de permitirnos ver algunos de los ejes fundamentales en torno a los cuales se verifica (se entiende) la exclusión, aunque evidentemente tiene también muchas deficiencias. La principal es que esta representación, igual que todas las anteriores que hemos repasado, tiene su eje, es decir, está pensada desde la inclusión y no desde el sujeto excluido.

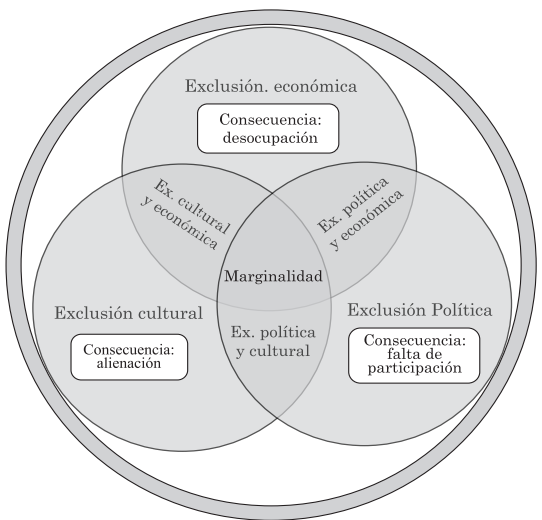
Por eso nos es necesario pensar un método de comprensión de la exclusión que haga centro en los excluidos y que nos permita al mismo tiempo dar cuenta de los principales ejes o mecanismos de exclusión, es decir de las contradicciones fundamentales que separa unos de otros. Así llegamos al siguiente cuadro:



Este cuadro nos permite apreciar los tres mecanismos principales de exclusión: el económico, el político y el cultural. Evidentemente estos no son los únicos, pero si los que pueden considerarse de una importancia tal, que sin ellos el sistema mismo de exclusión no alcanzaría a mantenerse. Para simplificar la idea de lo que entendemos por sistema, en relación a este tema, debemos consignar que hacemos referencia a un conjunto de relaciones, que modificando una de sus partes se modifica al todo, de modo que estas se requieren mutuamente para conformar ese todo.

El aro exterior corresponde a los auténticamente incluidos (el círculo cerrado en los gráficos anteriores). Estos son los que no participan, ni son afectados por ninguno de los mecanismos de expulsión de la sociedad excluyente.

Si alterar el sentido, podemos complejizar un poco más este cuadro marcando las intersecciones entre los distintos modos de exclusión. Esto nos permite explicar situaciones que aparecen como contradictorias de inclusión parcial o bien de exclusión potencial en determinadas áreas específicas.



La tendencia de la sociedad actual se expresa en una polarización mundializada que no es solamente de alcance nacional. Así los dos polos son: uno globalizado, los incluidos; otro localizado, los excluidos. Una oligarquía mundial de globalizados goza de la más amplia libertad de movimientos. En contraposición tenemos la inmovilidad forzada de los que quedan afuera. “La globalidad y la localidad adquieren, en forma creciente, el carácter de valores opuestos (y para colmo supremos), los más codiciados o rechazados, colocados en el centro mismo de los sueños, las pesadillas y las luchas de la vida. Lo más frecuente es expresar las ambiciones de la vida en términos de movilidad, libre elección de residencia, viajes, conocimiento del mundo; por el contrario, cuando se habla de miedos aparecen conceptos como confinamiento, falta de cambio, verse excluido de lugares en los que otros ingresan fácilmente para explorarlos y disfrutarlos” (Bauman, 2000).

Lo que caracteriza fundamentalmente al sector incluido, con acceso pleno, es que al mismo tiempo es quien conduce y se beneficia del sistema de exclusión. Este aro exterior de incluidos u oligarquía mundial tiene una gran circulación y velocidad internas. Esta imagen nos permite referirnos a esa movilidad y también al desarraigo

de los incluidos. Ellos viven en un mundo cada vez más cosmopolita y extraterritorial. Para ellos se desvanecen las fronteras nacionales tal como sucedió para el capital y las finanzas mundiales. En cambio, para los excluidos, se erigen los muros de controles migratorios, leyes de residencia, políticas de “aniquilación del delito” que no son otra cosa que la criminalización de la pobreza. Se vuelven más anchos y profundos los fosos que los separan de los lugares deseados, confortables, donde la globalización es un privilegio a disfrutar. Los puentes entre ambos polos sociales resultan resbaladizos y levadizos como en los castillos, sobre todo está claro que la llave de elevación está, como en los tiempos medievales, del lado de adentro.

La movilidad de la oligarquía global no es sólo una metáfora, ellos viajan a voluntad, se divierten mucho (sobre todo, si viajan en primera clase o en aviones privados), se les seduce o soborna para que viajen, se les recibe con sonrisas y brazos abiertos. En cambio los Otros, los condenados de la tierra, están situados, es decir, atados al territorio, cuando viajan lo hacen como inmigrantes o refugiados, muchas veces pagando por un espacio clandestino en la superpoblada tercera clase de un bote pestilente. Cuando estos viajan no los recibe el rostro sonriente y obsecuente de las personas que giran alrededor de los turistas, como a los incluidos. El “comité de recepción”, en cambio, está compuesto por hostiles fuerzas de seguridad que vigilan el control de acceso, se les recibe con el entrecejo fruncido, y si no tienen suerte, los delata su “espalda mojada”, los detienen y deportan apenas llegan.

La vida de la oligarquía transnacional es como la de turistas que se desplazan o permanecen en un lugar según su voluntad. Abandonan un lugar cuando nuevas oportunidades desconocidas los llaman desde otra parte. Mientras tanto la vida de los excluidos está pegada a la tierra, que no pocas veces les es negada y hostil, pero de la cual no pueden salir salvo escapando. La tierra o el desarraigo esas son las opciones. Los pobres de la tierra hoy, no son bienvenidos en ninguna parte (sobre todo en los países centrales). “Los turistas se desplazan porque el mundo a su alcance (global) es irresistiblemente atractivo; los vagabundos [los excluidos] lo hacen porque el mundo a su alcance (local) es insoportablemente inhóspito. (...) Luz verde para los turistas, luz roja para los vagabundos (inmigrantes). La localización forzada vela por la selectividad natural de las consecuencias de la globalización. La polarización del mundo y su población, fenómeno conocidos y que causan preocupación creciente, no son un palo en la rueda externo, foráneo, perturbador del proceso de globalización, sino su consecuencia. Así, el vagabundo es la pesadilla del turista; el “demonio interior” que éste debe exorcizar diariamente. La visión del vagabundo es aterradora para el turista: no le teme por lo que es sino porque puede convertirse en él. Al barrerlo bajo la alfombra –al desterrar al mendigo y al sin techo de la calle, al encerrarlo en un gueto lejano e infranqueable, al exigir su exilio o encarcelamiento– el turista trata desesperadamente, aunque en última instancia en vano, de deportar sus propios miedos” (Bauman, 2000).

El límite del acceso a este círculo de la oligarquía de carácter mundial son los tres embudos, que funcionan a través de diversos mecanismos cuya principal finalidad consiste en crear la ficción de la inclusión y fomentar la lucha por mantenerse adentro, pese a lo cual paulatinamente van cayendo hacia el lado de afuera cada vez más individuos. Sin perjuicio del desarrollo en mayor profundidad del que serán objeto en los próximos capítulos, podemos decir respecto de las instituciones de aplicación de la exclusión que **el sistema de marginación económica es instrumentado principalmente por los Grupos Económicos vinculados al mercado transnacional, que son los que determinan la economía; el sistema de exclusión política es llevado a cabo principalmente por los**

partidos políticos liberales, que monopolizan la opinión y la mediatizan la participación, que están al frente de las democracias condicionadas; y por último los medios de comunicación masiva que son, en gran medida, los encargados de aplicar el plan de exclusión cultural. Las consecuencias directas de cada una de estas formas de exclusión son: en el caso económico la desocupación y la precarización laboral con forma de sobreexplotación; en el caso político es el descompromiso social y político teñido de un escepticismo corrosivo; y finalmente en el caso cultural la alineación (categoría que se entiende aquí no tanto en su sentido originario de extrañamiento de la propia esencia, sino más bien como falsa identificación con la esencia ajena).

Bajo cada uno de estos cuellos de botella para el acceso al mundo de los poderosos, se encuentran una gran cantidad de personas que por tener empleo, inserción partidaria, etc., constituyen el debajo de la inclusión. Aunque desde otro punto de vista no sean más que excluidos potenciales. Estos embudos corresponden a la lucha por la inclusión, o bien a sectores que participan en mayor o menor medida de la ficción de la inclusión, por ejemplo, en la exclusión económica a todos los que tienen acceso a un empleo más o menos estable.

La cohesión del sistema se alimenta de las buenas intenciones, así la persistencia del imaginario de la cultura del trabajo, la ficción del ascenso social, que son propias de la sociedad industrial, son funcionales a su desarrollo. Con todo, en el camino han de quedar la mayoría de los que pelean a los codazos, cada vez más fuertes, cada vez más imprescindibles, en la medida en que se acercan a la boca del embudo.

La impulsión a la inclusión (la presión contra la boca del embudo) la constituye la cultura del consumismo. En el embudo de la exclusión/inclusión (debajo de los incluidos o límite impreciso entre el afuera y el adentro) existen diversos mecanismos de disciplinamiento social. Allí se activa la amenaza de la exclusión, que funciona como pánico de quedar afuera y como condicionante de la aceptación de situaciones de injusticias.

Es imprescindible tener en cuenta, para comprender la exclusión potencial a la que están sometidos todos los trabajadores, las desigualdades hoy existentes frente a la posibilidad de desempleo y la degradación de las condiciones de trabajo. “Los datos estadísticos muestran que los riesgos de desempleo siguen *grosso modo* la jerarquía de las categorías salariales (por ejemplo, en 1994, 21,5% de los desempleados entre los obreros no calificados, menos del 4% en los mandos” (Castel, 1998). Y otro dato particular es que la duración de la situación de desocupación es cuatro o cinco veces mayor para los obreros que para los gerentes. Los mismos indicadores siguen la precariedad (contratos provisionales, etc.) y el deterioro de la relación laboral (aumento de horas, reducción del salario, etc.)

Otros autores, aunque recurriendo a diversas denominaciones, dan cuenta de la triple situación: incluidos, excluidos potenciales y excluidos totales. En este sentido en una obra cuyo sugerente título es “Todos Entren”, los autores manifiestan: “sociedades formadas por un grupo plenamente incluido, un amplio grupo en condición de vulnerabilidad y finalmente, un sector excluido económica y socialmente (...) Las tendencias muestran que el grupo vulnerable lejos de irse incorporando al de los incluidos, ha pasado a ser característico de la conformación social de la región”².

Esto nos lleva a una digresión terminológica. El concepto de exclusión potencial que otros analistas (por ejemplo Castel, 1995³, Bustello y Minujin, 1998, etc.) denominan “vulnerabi-

² Bustello y Minujin, 1998.

³ “La integración material se vincula a la posibilidad de acceder a los bienes y servicios de consumo (inserción ocupacional), y las que se generan en el campo simbólico, la posibilidad

lidad” nos permite dar cuenta de una amplia gama de situaciones intermedias y también cambiantes de exclusión parcial, es decir, en algunos aspectos o esferas más que en otros. La deficiencia del término vulnerabilidad para aludir a la exclusión potencial se halla en dos sentidos. Por un lado los que están en este estado y los excluidos se encuentran sin un piso común, es decir, se acentúa sus contradicciones e intereses divergentes y no sus problemática común que permite unificarlos como categoría. Y por el otro lado cuando se habla de vulnerabilidad muchas veces se lo acerca más a la condición de incluidos, aunque “en riesgo”, que no necesariamente tiene un camino de exclusión delante de sí. Es decir, se lo coloca en una situación intermedia que de contar con la “protección adecuada” y la acción individual precisa, puede mantener “adentro”. Esto es, a nuestro criterio, erróneo. Las transformaciones sociales de inclusión, jamás se fundan en la acción individual, la “vulnerabilidad” no es un límite a superar. La tendencia incontrastable en todo el mundo impulsada por las fuerzas globalizantes es que, en el marco del capitalismo en su etapa actual, se transita inexorablemente de la situación potencial a la exclusión concreta y nunca hacia la inclusión. Así es como funciona este sistema. Lo cual no implica que en aquellos Estados Nacionales en los que el Pueblo va recuperando su decisión, el sistema de excluyente se revierte, o por lo menos se frena el proceso de expulsión y en la medida que se pueda superar la lógica polarizante del capitalismo se podrá ir construyendo una sociedad distinta.

Más allá de las consideraciones de tipo terminológico, en el siguiente cuadro⁴ pretendemos ordenar esquemáticamente algunas de las situaciones que dan cuenta de los tres estadios:

CUADRO

INCLUSIÓN	EXCLUSIÓN POTENCIAL	EXCLUSIÓN REAL
[situación respecto del empleo]		
empleo de alta calidad gerencias, directorios, funcionarios	mano de obra calificada y semicalificada pero empleada, trabajo precario o subempleo	mano de obra no calificada changas choreo planes de asistencia social
[condiciones de vida]		
ingresos familiares altos	ingresos familiares medios y bajos	ingresos familiares casi nulos a veces planes
amplia cobertura social	sin cobertura generalizada	ninguna cobertura social
medicina prepaga	cobertura pública a veces obra social, otras hospital público	a veces el hospital público (cuando tienen para pagar los bonos de cooperadora u otras formas de arancel que se dan en los hospitales)
acceso a todos los servicios y a la tecnología	dificultades de acceso a los servicios y a veces a la tecnología	falta de acceso a los servicios básicos

de participar y compartir el proceso de gestación y asimilación de valores sociales (inserción relacional). Una primera zona es la llamada zona de integración, caracterizada por el trabajo estable y una fuerte inscripción relacional. La zona de vulnerabilidad es la signada por la precariedad laboral y la fragilidad relacional, de desocialización o exclusión, y es donde predomina un doble desenganche: del trabajo, que se expresa en situaciones extremas de desocupación sostenida, y de las redes sociales, que se traduce en aislamiento relacional (Castel, 1995)”. Citado por Garcia Delgado, en Globalización y Estado Nacional, 1999.

⁴ Elaborado en base al que Bustello y Minujin utilizan para explicar la vulnerabilidad

[niveles de acceso educativo]		
libre acceso a la educación hasta niveles de postgrado	educación con techo en los niveles de grado (profesionales)	educación formal restringida jamás pasa la secundaria
[sistema de relaciones]		
amplia gama de relaciones sociales y económicas	reducido sistema de relaciones de sociales y económicas	ningún sistema relaciones sociales y económicas.
[situación]		
velocidad de circulación inclusión total tendencia a mayor acumulación de riquezas	estancamiento, estrangulamiento tendencia al deterioro	mero estar, tendencia a sobrevivir y apenas
Turistas acceso a viajes “ciudadanos del mundo”	acceso restringido a turismo y viajes “gasoleros” e inmigración hacia países poderosos	están localizados poco o nada se mueven de sus barrios

En el pico del embudo (el punto más alto) de la exclusión potencial económica se ubican desde los empleados de alta remuneración hasta los dueños de empresas pequeñas y medianas, orientadas principalmente al mercado interno, la gran mayoría de los pequeños productores agrarios, etc. Esta situación los determina a estar en la ambigüedad de participar de fuertes contradicciones con el sistema imperante, al tiempo que socioculturalmente se integran a las concepciones propias de los incluidos (por ejemplo se apropian del discurso de la necesidad de reducción del “costo laboral”, sin comprender que la recesión y la contracción del mercado interno afecta a sus intereses directa o indirectamente). Existe una socialización particular de ciertos sectores que viven en la ficción de la inclusión, cuyo modelo de vida es la oligarquía global. Utilizando la memorable nomenclatura de sociología criolla o “de estaño” de don Arturo Jauretche, podemos referirnos a este sector como un nuevo “Medio Pelo”, que en su condición de permanente imitador de los ricos y poderosos colocan garitas en las esquinas en remedo del sistema de guardia privada de los *countries* y pasean –en lugar de comprar– en los *shoppings* más “masivos” o bien en los hipermercados

El núcleo del embudo lo constituyen las personas cuyo trabajo está relacionado con ese tipo de empresas vinculadas al mercado interno, que constituyen la gran mayoría de los trabajadores pero que gozan de muy poca estabilidad. También abarca a una alta proporción de trabajadores del sector público. El tipo de contrato laboral (permanente o temporario, etc.) es determinante a la hora de situar a la persona más cerca o lejos de la boca del embudo de la exclusión. Algunos cuenta-propistas, del circuito formal e informal se ubican también en este sector.

Mientras más se acercan a la boca del embudo que divide la exclusión potencial de la concreta la situación de los trabajadores se hace cada vez más precaria. No sólo son generalmente los peor remunerados, también son los menos protegidos socialmente, pueden perder sin derecho al pataleo sus condiciones de trabajo (por ejemplo la pérdida de los derechos relacionados con la antigüedad por maniobras de recontractación por la misma empresa que, frente a la alternativa de quedar sin trabajo, es consentida por el trabajador) y con respecto al umbral de desempleo se reducen sus posibilidades de afrontar por un lapso de tiempo la condición de desocupado (a causa, entre otras, de la reducción de la indemnización por despido, impulsada por el capital especulativo y los GET y confirmada por vía legislativa,

por decretos o leyes). Todas estas son maravillas la flexibilización laboral, que lejos de reducir el proceso de desocupación y exclusión, lo fue empujando.

Exterior a estos embudos de inclusión ficticia o de exclusión potencial, está la exclusión lisa y llana, que tal como veíamos en algunos de los esquemas de representación gráfica que esbozamos al principio del capítulo, se va dando en distintas capas o grados.

Los efectos que sobre el trabajador tiene la flexibilidad, la amenaza del paro y la propia desocupación han sido estudiados por numerosos autores. Como dice el sociólogo francés Pierre Bordieu (1999): “la precariedad laboral afecta profundamente a quien la sufre; al convertir el futuro en algo incierto impide cualquier previsión racional y, en especial, aquel mínimo de fe y esperanza en el futuro que es preciso poseer para rebelarse, sobre todo colectivamente”. Esos efectos sobre los que sufren directamente la precariedad, afirma Bordieu, se suman a los efectos sobre quienes no han sido afectados, que se ven a sí mismos como poseedores de un frágil privilegio que pueden perder en cualquier momento. Cuando el desempleo es elevado, los trabajadores de todo tipo están a merced de los abusos patronales. Y esto no ocurre sólo en niveles de baja cualificación, sino que también afecta a profesiones más cualificadas, y sus efectos se extienden a asuntos que en principio parecen alejados de esta cuestión

Es preciso hacer una aclaración: el que está excluido potencialmente en una esfera no es necesariamente tiene el mismo *status* en todas. Existen de hecho numerosas situaciones grises. Pero ciertamente que ante ellas se multiplican las posibilidades de caer en la exclusión. Las situaciones de precariedad del hombre común frente al sistema se encadenan y potencian. Por ejemplo los problemas en el trabajo suelen repercutir en situaciones conflictivas en el ámbito de las relaciones familiares, en la autoestima, en las relaciones sociales, todo esto contribuye a crear un cuadro de alta precariedad social que conduce de un modo u otro a un mayor grado de exclusión, o a poner ésta de potencia en acto.

Ya nos hemos referido a la constitución de un sector de clase media que va cayendo en la pobreza que los cientistas sociales llaman nuevos pobres. También los nuevos pobres tuvieron su estrategia de diferenciación en el marco de la sociedad excluyente respecto a los llamados pobres estructurales. Estas se relacionaron con el aprovechamiento del capital cultural y las relaciones sociales que muchas veces le permitieron una flotabilidad de la que los viejos pobres carecieron. “Al trastocarse sus condiciones objetivas de existencia, las clases medias empobrecidas debieron desarrollar nuevas estrategias de sobrevivencia, basadas en el utilización y potenciación de competencias culturales y sociales preexistentes, para volver a vincularse con el mundo social. Un esforzado trabajo de reinclusión que conllevaría tanto un duro aprendizaje como un discurso amargo sobre las razones de su expulsión del colectivo de las clases medias. Por otro lado, para un sector de las clases medias consolidadas y en ascenso, las estrategias de inclusión en el nuevo modelo apuntaron a una búsqueda de la distancia, no sólo respecto de los sectores populares, sino de las propias clases medias empobrecidas, mediante el consumo suntuario y los nuevos estilos de vida basados en la seguridad privada” (Svampa, 2006). Esto está relacionado con el hecho que, en los sectores medios, muchas veces es en donde más se acentúa –en relación a su proceso de individuación– la idea de que la responsabilidad de la caída económica y el desempleo no está en el sistema sino que se lo lee en clave de fracaso individual.

En el centro del círculo de la exclusión existe una especie de agujero negro que denominamos marginalidad. Los excluidos entre los excluidos están en el borde de este

círculo de marginalidad entendida como un ámbito de negación del hombre, donde la muerte y la vida no tienen valor alguno... Establecemos una diferenciación en este plano porque, mientras en un lado (los excluidos) es posible convertir determinados valores e impulsos vitales de orientación colectiva en proceso de autoorganización y liberación, en el otro (los marginales) se da un nivel de destrucción del hombre incompatibles o por lo menos inservibles para cualquier proceso emancipatorio. Aunque debemos reconocer que esta frontera es imprecisa; el destino de rápida e inexorable muerte en el que caen aquellos que se instalan en el agujero negro es una realidad cotidiana y difícilmente discutible o abstracta. Son quizás, los distintos tipos de droga los que marcan el límite este agujero. No tanto en función del consumo (aunque también en relación a este, por ejemplo con la llamada “pasta base” o “paco”), sino más bien en función de la distribución. Íntimamente vinculado a ella está el “choreo” y todo tipo de actividades delictivas. El tráfico y las bandas muchas veces son las únicas propuestas de “empleo” permanente que reciben los jóvenes de las barriadas populares⁵. Este es un camino que conduce al hombre a la muerte, a la negación de sí. Ya sea por los descontroles propios de la pérdida del sentido por medio de la droga, sea en manos del gatillo fácil (o no tan fácil) de las fuerzas represivas. Después de todo ¿qué tienen parar perder sino los modelos de vida que no tienen forma de imitar? Por otro lado, es importante comprender que son esas mismas fuerzas represivas, principalmente la policía, las que manejan o consienten (usufructuando) tanto la distribución minorista de droga como el resto de las actividades delictivas del tipo del juego clandestino, prostitución, etc. que son las bases de su “caja”. Esto es un doble mecanismo basado en la destrucción y el control directo. Para el sistema, el mercado negro, por el cual circulan tanto las drogas como las armas ilegales, son tan parte del mercado como el mercado legal y tienen asimismo monopolios y oligopolios tanto a nivel macro, como ya lo hemos estudiado, como a nivel micro. Los marginales no tienen acceso al gran billete de la droga, ni del robo, solamente a los vultuos. Con el agravante de que son usados de carne de cañón, a veces como fusibles en la estadística del “combate contra la delincuencia” y la generación de la sensación de seguridad/inseguridad. No pocas veces es este sector de marginalidad utilizado para agitar el fantasma de la inseguridad, reforzando los mecanismos de miedo de clase y segregación territorial contra el conjunto de los excluidos.

Este mismo tema lo podemos ver desde otro ángulo: es más fácil controlar, eliminar, reprimir, hasta matar a aquellos excluidos que, en su ruptura con la legalidad del sistema, se enfrentan a él por la violencia individual y con objetivo de lucro personal, en un circuito controlado por las fuerzas (represivas y económicas) del propio sistema. Esta es la explicación de las muertes que se suceden todos los días, muchas sin que trasciendan demasiado, sólo a veces una mención en la crónica policial con un título catástrofe “cae abatido un malviviente” o un simple “ajuste de cuentas”. A poco de ingresar en este circuito, miles de pibes de barrio terminan con este destino trágico o bien hacinados en las cárceles que desbordan de pobres. Incorporados a un sistema carcelario, igualmente perverso, dominado por las bandas y el servicio penitenciario mediante el manejo del consumo de droga de los internos.

Si algo pinta de cuerpo entero a la marginalidad es el cuadro que presenta Forrester (1997) cuando afirma: “En ese vacío, en esa oscuridad sin fin, se encierran y se desmoronan destinos, se agotan energías, se anulan trayectorias. Aquellos cuya juventud transcurre, impotente, en esas trampas, son concientes de ello y prefieren no visualizar la continuación de sus vidas. A la pregunta, “¿Cómo te ves

⁵ “Tentación de ser los proletarios de la droga (...). Ser proletarios de algo: ¿esa es la cuestión!” (Forrester, 1997).

dentro de diez años?”, uno de ellos respondió “Ni siquiera me veo el próximo fin de semana”. Quien crea que esto es un problema de los franceses o de los europeos exclusivamente no tiene más que tomarse el trabajo de hacer la misma pregunta en cualquier esquina perdida de una villa miseria del conurbano bonaerense, donde obtendrá de los jóvenes allí sentados idéntica respuesta.

Está claro que entre las distintas capas que constituyen la exclusión no están ausentes las contradicciones. El miedo a caer más, aunque actúa a modo de eternizador de la ficción de la inclusión, es, en cierta forma, el que acentúa estas contradicciones con otros pobres en beneficio de los poderosos. Así se entiende la convivencia junto a las presiones sociales, el miedo constante que genera “el lado de afuera”. Esta es la causa de la condena a la sospecha permanente a la está sometido quien se sitúa en una capa exterior. Esta sospecha lo confina siempre al Otro a existir al margen de la ley. Así debe explicarse, por lo menos en parte, que en muchos barrios humildes se señale con el dedo “a los de la villa de al lado”... **Este doble temor, el de caer y el miedo al de afuera, es la amenaza constante de gran parte de los sectores populares y tiene efectos disciplinadores, de pasividad y desorganización, introversión y, principalmente, es una de las bases de sustento y de extensión de la cultura del individualismo.**

El conflicto específico que problematiza la exclusión generalmente se da con carácter fragmentario, parcializado, reivindicativo. Han quedado atrás los conflictos más lineales de la etapa de la pelea por la igualdad. Esto se explica por el funcionamiento de un sistema que hace que se enfrenten entre sí los distintos intereses de los sectores populares⁶ y, lo que es peor, ha logrado evitar la apropiación de las luchas por intereses colectivos, como también la comprensión de la potencialidad de la unificación de las mismas. Por eso queda debilitada la única forma de superación de estos conflictos que es unificar por hilos políticos comunicantes a su complejo entramado.

El sistema impulsa que, al interior de las distintas capas de exclusión social, las luchas personales y colectivas se den fragmentadas, inconexas, en diferentes planos. Los trabajadores con empleo luchan por mejorar sus salarios, o por lo menos para conservar su puesto. Los trabajadores sin empleo (desocupados) y los subocupados luchan por tener trabajo permanente y estable. Los que no alcanzan bancar la subsistencia de su familia pelean por encontrar los recursos para hacerlo. La clase media, caída en desgracia, que no alcanza a satisfacer sus antiguos niveles de consumo, por sustentar su nivel de vida aumentando sus ingresos incrementando su tiempo de trabajo. La mujer lucha por lograr su equiparación en los restos de la sociedad patriarcal. Los jóvenes luchan por no ser marginados. Los que son “distintos” pelean por lograr obtener su aceptación. Los “enfermos”, por no ser discriminados como seres humanos. En síntesis, las luchas por superar la exclusión/inclusión se da en diferentes planos, no pocas veces contradictorios, no pocas veces expresados en contradicciones secundarias fomentadas desde la propia sociedad excluyente (por ejemplo la lucha entre trabajadores con empleo o sin él, y los trabajadores inmigrantes de países limítrofes), mientras estas reivindicaciones no se puedan traducir a política, es decir, no confluyan en objetivos comunes, el dios mercado seguirá reinando...con su estela de muerte y olvido.

⁶ “Peleaos en la puerta de la fábrica que ni siquiera os necesitan” formulan como consigna del sistema los franceses Labarde y Maris.

SOBRE LA EXCLUSIÓN ECONÓMICA O CÓMO EL PUEBLO QUEDA AFUERA DE LA PRODUCCIÓN MATERIAL DE LA SOCIEDAD.

“En la economía de mercado el precio de la mercancía es, esencialmente, el resultado del poder de los agentes económicos. Aquel que tiene más poder, ya sea político, económico, cultural o militar, impone el precio al más débil y esto es valorado para los precios de los productos, servicios y de la fuerza de trabajo”.

Heinz Dietrich.

“La globalización neoliberal, en su orientación y en su estructura de poder actuales, no sólo no ha contribuido a erradicar la pobreza en el mundo, sino que más bien está detrás de muchas de las catástrofes económicas, sociales y humanas que afectan a una número creciente de personas. Al estar montada sobre la concentración de capitales y riqueza en unas cuantas manos y sobre la pobreza de las mayorías, sus engranajes son los del darwinismo social y de la exclusión”

Victor Flores Olea.

EXCLUSIÓN ECONÓMICA: EL PESO DE LOS GET Y LAS CONSECUENCIAS DE LA EXPULSIÓN DEL APARATO PRODUCTIVO.

Para acercarnos a la comprensión de la exclusión en tanto modo concreto de opresión interna de los Pueblos, es necesario pensar en sus particularidades, es decir, definir a la sociedad excluyente no en un escenario abstracto, sino haciendo el análisis concreto de la situación concreta. Así deberemos prestar atención a los específicos mecanismos que entraña cada una de las exclusiones principales: la económica, la política y la cultural. En este capítulo vamos a abordar la exclusión económica, si bien mucho de lo referido en los capítulos anteriores –sobre todo en los que tratamos de abordar la cuestión del trabajo y la hegemonía de los GET– bien cabría repetirlo en esta instancia, vamos a tratar de aportar otras miradas a fin de completar el cuadro de dicha exclusión.

De un modo general podemos definir a la exclusión económica como un complejo sistema mediante el cual el Pueblo no tiene decisión sobre lo que producen su fuerza de trabajo –plano individual– o su tierra –plano nacional o colectivo– y en muchos casos (tanto en la relación personal como en la nacional) ni siquiera son tendidos en cuenta para la producción. Dicho en otras palabras, a la apropiación del excedente propia del capitalismo, se conjuga acentuándose con la irrelevancia económica de grandes contingentes de hombres y mujeres, que no son tenidos en cuenta a la hora de participar en la producción material de la sociedad.

La economía en su proceso globalizante aparece condicionada a partir de la hegemonía de los GET en el plano económico. Estos no sólo ponen su impronta al conjunto social y productivo, sino que cada vez más en sus manos aparece también la decisión sobre qué se produce y para quién se produce. El modo particular en que se traduce el manejo hegemónico de la economía en manos de los GET es en una fuerte y creciente pérdida de poder por parte del factor trabajo.

Esta pérdida es consecuencia, no de leyes intangibles de la economía pura, sino fruto de la correlación de fuerzas sociales en el mundo actual. “En la economía de mercado el precio de la mercancía es, esencialmente, el resultado del poder de los agentes económicos. Aquel que tiene más poder, ya sea político, económico, cultural o militar, impone el precio al más débil y esto es valorado para los precios de los productos, servicios y de la fuerza de trabajo. La economía burguesa mistifica este hecho fundamental mediante tres ideologismos: 1. la ley de la oferta y la demanda 2 la teoría de los costos marginales y 3 la teoría del valor subjetivo” (Heinz Dietrich, 2003).

La correlación de fuerza desfavorable para los sectores populares en la globalización es responsable de una serie de prácticas a las que Sklair (2003) de modo general llama prácticas transnacionales. Estas tienen sus consecuencias inmediatas, innegables, concretas y tangibles en los índices cada vez mayores de desocupación, subocupación, sobreexplotación, flexibilización laboral, etc. En efecto, la consecuencia inmediata de la acción de las fuerzas globalizantes es la pérdida de la “neceseriedad” del trabajo (en función de lo ya enunciado en los capítulos que tratamos las nuevas condiciones de reproducción del capital y de organización de la producción). El trabajo y su mundo al perder la centralidad, pierden con ella su poder, su capacidad de negociación y, lo que es más grave, se va desdibujando su rol en la sociedad. Hecho este que algunos aceptan como irreversible y buscan paliar sus consecuencias sociales y culturales con vanas alternativas o parches

siempre insuficientes¹. Sin lugar a dudas, en un sistema en el cual sobre el trabajo se siguen centrando todos los derechos sociales, políticos y en general todo el sentido de integración social, la devaluación del trabajo crea consecuencias terribles: desintegración, exclusión, depresión, violencia familiar y social...

La globalización plantea un círculo que se retroalimenta, y del cual es imposible salir a partir de su propia lógica. Se trata de un círculo vicioso: menor poder del factor trabajo, preponderancia del capital, mayor debilitamiento de las condiciones laborales, mayor poder del capital para imponer nuevas condiciones.

Las consecuencias de este sistema son claras: por un lado la exclusión económica absoluta, la desocupación estructural de grandes contingentes de personas, pero también –y no menos importante y funcional– la subocupación y ocupación marginal, precaria o flexibilizada. Así se conjugan la pérdida del trabajo con el deterioro salarial y de las condiciones en que se desarrolla el mismo. Dicho en otras palabras la exclusión hace que amplias mayorías de la población no sean tenidas en cuenta para la producción del futuro de la sociedad, o si lo son, intervienen con su fuerza debilitada, subordinada de modo cada vez más absoluto al capital y sus detentadores.

La globalización, como proyecto de ordenamiento mundial, procura desarmar además todos los lugares sociales e institucionales desde donde se puede resistir a la implantación de su lógica excluyente. Por eso es que opera en la ruptura de los lazos nacionales y sociales. La desocupación, en particular, desvincula a estos sectores sin empleo del núcleo social institucional de carácter nacional, al cual quedan solamente ligados como reales o eventuales beneficiarios de las políticas asistencialistas o bien como víctimas de las represivas.

Por el otro lado, el sistema incide como factor de individualización. La agudización de las contradicciones en términos individuales, en el marco de una sociedad fragmentada, es un instrumento de primer orden en esta tarea. Así, junto al sector de desempleados estructurales se encuentra otra amplia franja de lo que llamamos exclusión potencial. Esta va desde todos aquellos que tienen empleo precario, como por ejemplo los llamados contratos basura, que duran apenas unos meses con un alto poder de circulación y recambio, hasta llegar a aquellos que, por que han alcanzado una inserción laboral en sectores de altos ingresos, se creen invulnerables. Sin duda que los índices de desempleo entre las personas de altos ingresos son infinitamente más bajos que los de magros ingresos, pero la vulnerabilidad en estos casos se da cruzada por otros factores, como por ejemplo en razón de la edad. Cualquiera que pierda sus inserción laboral después de los cincuenta (tanto en el segmento gerencial como en el obrero) multiplica geométricamente su posibilidad de quedar desocupado. Esto es consecuencia de los procesos de reingeniería empresarial surgidos a partir de la revolución del *management*. Las transnacionales requieren empleados cada vez más jóvenes para ir adaptándolos con mayor facilidad a su constante proceso de cambio. Una mentalidad flexible y moldeable a los intereses del capital y a las nuevas relaciones del trabajo, tienen como consecuencia el descarte de todos aquellos que a partir de cierta edad no se los considera aptos para estos cambios vertiginosos. De este modo se va trazando una lucha de cada uno contra el otro, en la que desaparecen los proyectos colectivos.

La sociedad excluyente no actúa sólo sobre las contradicciones materiales, también actúa sobre la subjetividad de los sectores trabajadores. El gran factor disciplinador en el proceso de exclusión económica sin duda es el miedo de caer en

¹ Entre estos paliativos están las más variadas propuestas de asignaciones universales e ingreso ciudadano, realizadas generalmente desde la mejor de las intenciones.

el desempleo que se genera en aquellos que aun tienen trabajo y se encuentran en una situación que es a las claras de exclusión potencial. El miedo disciplina, generando la sensación de que la salida es en términos individuales. Este miedo es el vehículo de la aceptación resignada de la precarización de las condiciones laborales, flexibilización en palabras del léxico neoliberal. El miedo empuja hacia el individualismo, a la ruptura de los lazos sociales, nacionales, etc.

LOS MONOPOLIOS Y EL CONTROL DE LA ECONOMÍA EXCLUYENTE.

Los GET son los agentes de aplicación de la exclusión económica a través de la nueva estructuración del sistema económico que ellos generan. Es claro que las transnacionales, más allá de sus aspiraciones, no controlan el conjunto de la economía. Como ya dijimos, 9 de cada 10 trabajadores producen no para el mercado foráneo sino para sus propios compatriotas. Es preciso aclarar algunas cuestiones sobre el rumbo de la reestructuración de la economía a nivel mundial y el peso que tienen en la misma los grupos transnacionales. Valga la pena esta larga cita para aclarar el tema. Esta es la manera en que lo explican los intelectuales cubanos: “En el capitalismo globalizado conviven tres tipos distintos de capital 1) el capital globalizante transnacional que funciona con dinero mundial, 2) el capital no globalizante que funciona en dinero mundial (privado y estatal) y 3) el capitalismo no globalizante privado y estatal que funciona en dineros locales. Ello supone, primero, que el capitalismo monopolista transnacional coexiste (y subordina) en el interior de los países imperialistas, con el capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial, con la economía basada en el trabajo propio e incluso, con determinadas formas de economía de autoconsumo; segundo, que el capitalismo monopolista transnacional incorpora a su rotación diversos bolsones del mundo subdesarrollado, es decir, sectores, ramas, regiones (recursos naturales, instituciones financieras, industrias, redes de acopio y distribución, comunicaciones, reservas de mano de obra barata, mercados, etc.) que por esta vía quedan virtualmente desconectados del funcionamiento de la economía –y, de manera creciente, de la política– de las naciones a las que pertenecen desde el punto de vista político-jurídico; y tercero –caso poco frecuente–, que también existen capitales transnacionales cuyo país de origen y casa matriz se encuentran ubicados en el llamado Tercer Mundo, como ocurre, por citar sólo un ejemplo con el emporio de Televisa en México. El capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial también se ubica, en lo fundamental, en los países imperialistas, aunque puede hacerlo, de manera parcial en el resto del mundo. Se trata de un considerable universo de capitales pequeños y medianos que logran sobrevivir en los intersticios del capitalismo transnacional. Tan numerosas son las pequeñas y medianas empresas capitalistas, que resulta oportuno desecher la apariencia de que, en nuestros días, se está produciendo una restauración del reino de los pequeños, de que el monopolio va siendo sustituido por la pequeña y la mediana propiedad. En primer lugar, muchas de estas empresas que parecen existir por cuenta propia, no pasan de ser apéndices, prolongaciones y unidades técnicas de los monopolios transnacionales. El capitalismo que funciona en dineros locales –y que por consiguiente está obligado a expresar el valor de sus mercancías en dinero mundial– ubicado en los países subdesarrollados, que sin bien aporta un valor exiguo al Producto Bruto Global, en virtud de su atraso tecnológico y de la consiguiente falta de productividad, se ve forzado a incorporar un número mucho

mayor de trabajadores que los empleados en los dos tipos económicos anteriores. El carácter antagónico de las contracciones internas del capital se pone de relieve con particular fuerza cuando se examina la relación existente entre el capital monopolista transnacional y el capital que funciona en dineros locales: una parte significativa de este último es absorbida por los monopolios transnacionales y pasa a ocupar una posición subordinada y dependiente con respecto a ellos, mientras el resto se ve obligado a luchar en desventaja por su supervivencia, tanto mediante fusiones como a través de un desplazamiento hacia las ramas de la industria y los servicios, cada vez más escasa, que aun no son objeto de la codicia inmediata del capital monopolista transnacional” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

De este modo podemos concluir que la incidencia de los Grupos Económicos Transnacionales se da, no sólo en las economías periféricas a las que desnaturalizan y absorben con una fuerza incontenible, sino también en las principales economías capitalistas donde su influencia se hace sentir cada vez con mayor rigor. La gran mayoría de la economía sigue manteniéndose aun con los cánones de la sociedad industrial del capitalismo clásico (el capital no monopolista que se maneja con dinero local en palabras de los cubanos); pero, en realidad, participa tanto como el capital transnacional del sistema de exclusión económica, y esto es en función de que los Grupos Económicos, en su carácter hegemónico, logran imponer mundialmente su sistema de empleo (y desempleo) al conjunto de la economía.

Para analizar estas prácticas transnacionales que constituyen a los GET en los implementadores de las nuevas condiciones del capitalismo, debemos atender al centro de su poder que radica en una serie de monopolios que le permiten controlar hoy la economía mundial. El control de la globalización de la economía se asienta sobre una serie de monopolios de carácter global que el pensador egipcio Samir Amin caracteriza de la siguiente manera: “1) el monopolio de las nuevas tecnologías, 2) el monopolio de control de flujo financiero en escala mundial, 3) el de control del acceso a los recursos naturales del planeta, 4) el control de los medios de comunicación, 5) el monopolio de las armas de destrucción masiva” (Amin, 2003).

Los saltos tecnológicos no son nuevos en la historia, pero la novedad en función del monopolio referido es que se revierte la tendencia histórica por la cual estos saltos venían produciendo hasta ahora una reducción de la jornada de trabajo. Ya hemos dicho que el incremento de la productividad y la riqueza que genera el avance tecnológico siempre se ha distribuido en función de la correlación de fuerzas entre los agentes del proceso productivo. En particular, durante la fase del neoliberalismo, ésta se comenzó a desequilibrarse con el incremento del poder del capital. Este es uno de los motivos porque la revolución informática, que es —de alguna manera— la gran revolución en la producción de nuestra época, no introdujo cambios significativos en la horas de trabajo y el excedente de riqueza —a causa de la mayor productividad, en función del adelanto tecnológico— fue a parar principalmente a remunerar el capital y a una *élite* asalariada. Es importante consignar que tampoco para los trabajadores de los países centrales se produjeron sustanciales mejoras en las condiciones laborales, ni en el nivel de incidencia de los salarios en el producto bruto interno. “Los americanos [del Norte] trabajan más horas en la actualidad que hace cuarenta años, cuando se inició la revolución tecnológico-informática. A lo largo de las últimas décadas, el tiempo de trabajos ha incrementado en 163 horas o lo que es lo mismo, un mes al año. Más del 25% de los trabajadores a tiempo completo trabajan cuarenta y nueve horas, o más por semana. La cantidad de vacaciones pagadas y de bajas remuneradas también han disminuido en las dos últimas décadas. El trabajador [norte] americano medio re-

cibe, en la actualidad, tres veces y medio menos vacaciones pagadas y días de baja laboral remunerados de lo que podía recibir a principios de la década de los años 70” (Rifkin, 1996). Cuando una civilización da saltos tecnológicos cualitativos se produce siempre una guerra de legitimidad, de carácter ideológico. Una guerra por la apropiación del excedente. Esa guerra, por ahora, viene siendo ganada por las fuerzas transnacionales y el capital. Así, las peticiones de los trabajadores relativas a las mejoras en productividad, es decir, de repartir más justamente la torta de la riqueza, en forma de salarios más altos y/o de reducción en las horas de trabajo, han sido presentadas (fundamentalmente por los medios masivos) como ilegítimas e incluso parasitarias. Los medios de comunicación han librado en todo el mundo una importante batalla de desacreditación de las fuerzas sociales, en particular del movimiento obrero. La contribución del factor trabajo a los procesos productivos es siempre minimizado respecto de la importancia del capital. Cualquier beneficio otorgado a los trabajadores es cuidadosa y planificadamente presentado como rémora del antiguo y paralizante poder que supuestamente tenían los sindicalistas en otra época. Hasta las pequeñas concesiones otorgadas son aprovechadas para demonizar al movimiento obrero y a toda forma de organización popular por considerarla contraria al desarrollo de la sociedad “moderna”.

El monopolio que tienen los GET en su vínculo estrecho con el capital financiero respecto del flujo del capital es prácticamente absoluto. Su importancia estudiada oportunamente en el capítulo tercero (sobre las pretensiones de emancipación del capital) nos permite explicarnos por qué las condiciones de subsistencia de los capitales nacionales productivos, en el marco de la libre competencia, están destinados al fracaso —en términos de esta perversa lógica capitalista globalizante— si no se asocian (subordinándose) a la lógica transnacional, si no adscriben a las prácticas transnacionales.

En tercer término, podemos consignar que el control de acceso a los recursos del planeta tiene hoy una escala de planificación mundial. Tal como vimos al analizar a los GET como sujetos de poder mundial, en un largo y complejo proceso las empresas de los países centrales fueron expandiéndose hasta transformarse en multinacionales con dos objetivos muy claros: uno nutrirse del capital (succionando la capacidad de ahorro de la sociedad intrusada), beneficiándose con la capacidad de consumo de otras sociedades y por el otro lado avanzando en el control —mediante la inversión directa— de las materias primas y las fuentes de recursos actuales o futuras que le permitieran el control integrado de toda la cadena de producción en sus propias manos. Algunos pueden creer que aludir a una planificación en lo que hace a la apropiación de los recursos naturales no es más que una teoría conspirativa. Nosotros preferimos no tragarnos las explicaciones casi ingenuas de ciertas inversiones estratégicas del capital imperialista en los países periféricos. Por ejemplo, no es un secreto para nadie que uno de los conflictos del futuro va a girar en torno al agua potable. En el mundo entero, en los próximos años tenderá a escasear este vital elemento. Sabemos que el acuífero guaraní está catalogado como una de las más grandes reservas mundiales de agua. Y además que, particularmente, existe una gran dotación de la misma en los esteros del Iberá, vinculado directamente con aquel. Entonces, cuando vemos que el millonario norteamericano Tomkins compra miles de hectáreas sobre los esteros, podemos permitirnos dudar que lo hace en función de sus declaradas intenciones ecologistas y pensar que probablemente algo tenga que ver en estas importantes inversiones la reserva de este elemento estratégico.

Respecto del control oligopólico de los medios de comunicación podemos decir que tiene una influencia decisiva en relación a la exclusión cultural, razón por la cual lo

trataremos con mayor extensión al referirnos a la misma.

El monopolio de las armas de destrucción masivas, alcanzado con la destrucción del oligopolio existente durante la guerra fría, resignifica el rol de los Estados imperialistas, por esto es que lo hemos abordado en el capítulo V al referirnos este nuevo papel que a estos les cabe. Reiteremos en esta parte, que para el libre despliegue del capital el poder militar del Estado Imperialista es indispensable, tanto como fuerza de acción concreta cuanto como amenaza potencial respecto de todos aquellos que osen cuestionar el sistema o pretendan desconectarse (según la expresión de Amin). Es, como decíamos, el puño que complementa la mano invisible del mercado.

Al interior de los países dependientes estos monopolios se concentran en un puñado de áreas específicas mediante las cuales se controla la economía periférica, condicionando las perspectivas y los comportamientos de consumo del mercado. Estas áreas que controlan los GET son:

La comercialización y distribución (ejemplo los supermercados), la información y el entretenimiento (ejemplo los multimedios), la energía y las comunicaciones (ejemplo las telefónicas), los alimentos (ejemplo las cerealeras), el manejo financiero (ejemplo las fondos de inversión y los jubilatorios).

A todo esto, debemos agregarle la instrumentalización del Estado periférico cumpliendo un rol subsidiario y complementario del manejo de los GET. Primero en el proceso de privatización llevado a cabo en el auge neoliberal, pero también en el mantenimiento de los monopolios, que tienen una justificación tratándose de empresas del Estado pero que son insostenibles –aun desde los cánones de pensamiento liberal– cuando estos monopolios caen en manos privadas. Esta subsidiariedad del Estado fue más allá del extendido entramado de corrupción y la voluntad comprada de funcionarios. Partió de la reestructuración del Estado durante el neoliberalismo a partir de condicionamientos concretos mediante las exigencias programáticas del Fondo Monetario Internacional como chantajes para firmar los acuerdos marco y también a través de los préstamos del Banco Mundial que orientaban la reformulación estatal necesaria a los intereses transnacionales (temas que vamos a tratar de abordar con mayor profundidad en el capítulo XII).

CUADRO DE SITUACIÓN GLOBAL: LA GUERRA ECONÓMICA DECLARADA POR LAS FUERZAS TRANSNACIONALES.

Como bien sostiene el profesor mexicano Flores Olea: “La globalización neoliberal, en su orientación y en su estructura de poder actuales, no sólo no ha contribuido a erradicar la pobreza en el mundo, sino que más bien está detrás de muchas de las catástrofes económicas, sociales y humanas que afectan a una número creciente de personas. Al estar montada sobre la concentración de capitales y riqueza en unas cuantas manos y sobre la pobreza de las mayorías, sus engranajes son los del darwinismo social y de la exclusión” (Flores Olea, 1999).

La fotografía que ilustra el fin de la batalla en la que triunfó el neoliberalismo es aterradora para las mayorías populares: “la parte de la renta mundial del 20% de las personas más pobres del mundo disminuyó del 2,3 en 1980 al 1,4 en 1993, mientras que la del 20% de las personas más ricas paso del 70% al 85%” (García Delgado,

1999). Estas son sólo imágenes que nos muestran quienes fueron los ganadores y los perdedores de la disputa por el poder mundial. La batalla tiene un claro ganador, pero la guerra aun continúa, toda pretensión del fin de la historia es vana... Pero para ser realistas y tener una dimensión de las actuales condiciones de dominación y opresión de los Pueblos, veamos algunos datos importantes de la batalla perdida.

La primera y más desgarradora de todas estas imágenes es que la desocupación se ha convertido en una realidad mundial. Venimos diciendo que la desocupación es el producto de las nuevas condiciones de reproducción del capital. La desocupación es una realidad innegable no sólo en los países periféricos sino también en los centrales. Con distintos tipos de maquillaje estos sufren las consecuencias devastadoras del modelo neoliberal. Las sociedades más ricas del mundo, a diferencia de las más pobres, suavizan la caída libre social que implica el desempleo. Su sistema de atemperamiento del impacto social de la desocupación es distinto en su versión europea continental y su versión anglo-norteamericana. Mientras la primera traza una red de contención a través de fuertes seguros sociales de desempleo, la versión yanqui, en cambio, favorece la precarización extrema de los trabajadores con lo cual se mantienen relativamente bajo el índice de desempleo, pues el costo del trabajador se hace relativamente menor.

“El 70% de los empleos creados en Europa lo fueron a tiempo parcial, poco cualificados y escasamente remunerados. Ese porcentaje, según Andre Gorz, habría sido del 90% en 1994 para las quinientas mayores empresas norteamericanas. No hay entonces una política de defensa de las instituciones sociales que se opondrían a una política de precarización, sino, en todas partes, una política de precarización y de flexibilidad que se enfrenta a una resistencia más o menos grande de las estructuras sociales” (Passet, 1999). Las diferencias son de grado, pero no de naturaleza: mayor o menor desempleo, pero desocupación en todas partes, precarización para los trabajadores, y en todo caso una diferencia de grado en la contención social. Los resultados son impactantes aun en el Primer Mundo: “En Francia, el número de personas privadas de empleo pasó de 2.500.000 en 1981 a 5.000.000 en 1995. En Alemania se perdieron tres millones de empleos entre 1981 y 1997, de los cuales 600.000 entre enero de 1996 y enero de 1997” (Passet, 1999). La existencia de estos pobres en los países centrales es lo que explica estallidos sociales como los producidos en noviembre de 2005 en los suburbios de París y otras ciudades de Francia, que fueron falsamente presentados como problemas de “inmigrantes”, cuando en realidad fueron protagonizados por ciudadanos franceses de una o dos generaciones, que aunque fueran muchas veces hijos de inmigrantes, su problemática concreta se refería más a su exclusión económica, social y política, que a su carácter de extra-societarios.

El modelo inglés no se queda atrás en la pérdida de empleo y el aumento de la polarización social. Los ingleses tienen los empresarios mejor pagos del mundo (una vez y media las remuneraciones francesas), los obreros peor pagados (dos veces menos que en Francia), los servicios públicos más catastróficos, un acceso a la salud malo según los cánones europeos, un nivel de alcoholismo que crece vertiginosamente, “pero... una tasa de desempleo inferior a la tasa de desempleo francés: 6,5 % frente a 12,5%. Seis puntos de diferencia. Reasignar los números de la exclusión, a todas luces no acaba con ella. Estos no son más que distintos modelos de trato de exclusión en el Primer Mundo, que aunque es significativamente menor que en el Tercero, no deja de existir en ninguno de los países centrales. Inglaterra es el país de Europa que ha creado menos empleo. Los parados ingleses desaparecen porque se han convertido en pobres,

que ni siquiera tiene valor para inscribirse en unas agencias de ejemplo que no les dan nada, porque si se tomara realmente en cuenta a la gente que desea trabajar en Inglaterra, el número de parados sería del 15%, la cuarta parte de la población activa trabaja a tiempo parcial, 7% son interinos, 1,2 millones de personas ganan menos de 3 dólares la hora” (Labarde y Maris, 1999).

En materia de modelos de exclusión de países centrales, el norteamericano es uno de los mayor inequidad. “Dejemos la desigualdad de las rentas, que va aumentando desde hace 20 años (aumento de un 22% de la renta real para el 10% de la población más rica, descenso del 21% para el 10% de la población más pobre), dejemos también el hecho de que, durante el mismo período, la relación entre el salario medio de los directores general y de los obreros pasó de 1 a 30 a 1 a 150, que los obreros estadounidenses trabajan por término medio unas 360 horas anuales más que sus camaradas franceses (y 430 más que en Alemania). Advirtamos, sencillamente, que los subsidios de desempleo pagados se sitúan entre el 20 y el 40 por ciento del salario anterior, que las jubilaciones suponen menos del 40% del salario –salario que, por otra parte, en la industria, ha caído al nivel francés– y que los interinos y los tiempos parciales son legión. Pero allí, de todos modos, no hay paro. Salvo que los parados, también allí, se han convertido en pobres que, al no cobrar subsidios, no se inscriben en ninguna parte. Y que el 2% de la población activa está en la cárcel” (Labarde y Maris, 1999). La cárcel es el principal subsidio de desempleo a la norteamericana, que –como la tierra de la “libertad” es muy generosa– incluye hotelería.

La polarización social estadounidense puesta de manifiesto de un modo catastrófico por las inclemencias del huracán Katrina en el 2005, son tan notorias que llevan a paradojas como esta: el país que gasta más por habitante en materia de salud² tiene, también, una mortalidad claramente superior a la media europea. Además, un niño que nace en Harlem o en los guetos negros pobres de Nueva Orleans tiene una esperanza de vida inferior a la de un niño que nace en Bangladesh, observa Larry Summers, ex consejero de Clinton³.

La realidad de esta etapa globalizante, aunque algunos se empeñen en negarla, es que incluso los países centrales no garantizan un nivel de desarrollo humano satisfactorio a todos sus habitantes. Sectores enteros de la sociedad quedan al margen de la aparente prosperidad económica. “En Estados Unidos, el 16% de la población –o sea una persona de cada seis– sufre de exclusión social. El número de niños sin cobertura médica satisfactoria ¡llega el 37%! En Tejas, el Estado de George Bush, llega al 46%. En la primera potencia económica del mundo, 32 millones de personas tienen una esperanza de vida inferior a los 60 años; 44 millones están privadas de toda asistencia médica; 46 millones viven por debajo de los niveles de pobreza y hay 52 millones de iletrados. En el Reino Unido, un cuarto de los niños vive por debajo de los niveles de pobreza : más de la mitad de las mujeres trabaja en condiciones precarias y, en el plano de la asistencia médica, Gran Bretaña está en la última posición en la Unión Europea, después de Grecia, Portugal e Irlanda” (Ramonet, 1999).

No podemos más apreciar lo acertado para la década siguiente, sobre todo en los países centrales, que fue la predicción de Rifkin en 1996: “En las próximas décadas, el menguante papel de los sectores públicos y empresarial terminará afectando a la vida de la clase trabajadora de dos formas. Los que estén empleados es posible

² La estructura deficiente del sistema norteamericano fue puesto de manifiesto por el cineasta Michael Moore en su película “Sicko”, un ácido documental sobre el estado de la salud pública en los Estados Unidos.

³ Citado por Labarde y Maris en “Maravillas de la guerra económica”, 1999.

que vean un recorte en su semana laboral, permitiéndoles disfrutar de tiempo libre. Muchos de los que están ya en programas reducidos de trabajo puede que estén siendo presionados por el mercado para emplear su tiempo libre en entretenimientos de masa y en consumir. Por contra, el creciente número de personas desempleadas o subempleadas caerán inexorablemente en una subclase permanente. Desesperados, muchos no tendrán otra alternativa, para sobrevivir que la de caer en una economía irregular. Algunos llevarán a cabo trabajos ocasionales a cambio de comida y alojamiento. Otros caerán en el crimen menor. El tráfico de drogas y la prostitución continuarán incrementándose a medida que millones de seres humanos, abandonados por una sociedad que ya no los necesita o que no aprecia su trabajo, intentarán mejorar su destino en la vida. Sus peticiones de ayuda en gran parte serán ignoradas, mientras los gobiernos llenan sus bolsillos y cambian sus prioridades de gasto de la creación de empleo y subsidios al refuerzo de las estructuras policiales y la construcción de más prisiones” (Rifkin, 1996).

Descrita la situación de los países centrales, que es de por sí una muestra del carácter excluyente del conjunto de la globalización capitalista, pasemos a ver la realidad de los países periféricos, sobre todo de nuestra América Latina, donde el sistema muestra su rostro más crudo.

América al sur del río Grande detenta el dudoso honor de ser la región del mundo con la distribución más desigual, incluso que Asia y África. Ya lo era en términos históricos, pero la inequidad en la distribución de la riqueza se ha incrementado más aun desde la implementación del Consenso de Washington. Paradójicamente, este período fue un período de crecimiento económico, sobre todo en los primeros años, pero ese crecimiento fue, en función de, y contribuye a, la concentración de capitales y no de la distribución de la riqueza. El crecimiento económico promedio en nuestro país entre el 91 y el 97 –poco menos del 5%– no ha tenido efecto positivo alguno ni sobre la situación de los salarios (que permanecieron congelados), ni sobre el nivel de ocupación, sino todo lo contrario. Vale entonces preguntarse quién fue el beneficiario de ese crecimiento. Si uno analiza los balances de las Grupos Transnacionales que se apropiaron de las principales empresas del Estado se puede hallar claramente la respuesta. Y a los accionistas de estas corporaciones hay que agregarle una casta gerencial, segmento del empleo de muy alta remuneración (CEO, directores, gerentes y *managers*, etc.) sobre todo los ligados a los sectores más dinámicos de la economía, liderados por las transnacionales. Las empresas del sector externo (importación–exportación), por ejemplo, son quienes aumentan desproporcionadamente su nivel de ingreso. Otro dato importante es que el aumento de la cantidad de puestos de trabajo en todo este sector es prácticamente insignificante. De este modo se amplía la brecha salarial (que es un abismo entre los incluidos y los excluidos potenciales, ni que hablar respecto de los excluidos lisa y llanamente). Sin embargo, la particularidad es que la brecha no se hace sólo en función de un corte histórico de situación socio–económica, ni está basada en el nivel de instrucción, sino que muchas veces está en relación a la pertenencia a determinado sector de la economía transnacional, es decir, al que está ligado de una u otra manera al mercado mundial, ya sea, por sí mismo, ya por compras de empresas ligadas al consumo interno (como por ejemplo los supermercados) que efectuaron los grupos económicos transnacionales. Consumo interno que no estuvo desligado del mercado internacional en los noventa pues con el dólar alto se dio –sobre todo en los sectores de mayor ingreso– una gran cantidad de consumo de importación, consumo altamente suntuario.

Si analizamos los cuadros del empleo en la Argentina del neoliberalismo podemos

observar que el único empleo nuevo que se produjo es en sectores de baja productividad, eufemismo para denominar a las tareas peor remuneradas o bien en sectores informales de la economía. La generación de trabajos bien remunerados ha sido escasa, insuficiente por demás respecto de las incorporaciones de nuevos actores a la vida económica activa. Esto marcó una fuerte tendencia al aumento de la desocupación y subocupación, a la precarización laboral y al aumento de las diferencias siderales en la distribución del salario. Esto afectó principalmente a los sectores medios y a los más humildes, y de modo particular a los jóvenes. Por ejemplo, en los años más crudos del neoliberalismo ha habido un aumento extraordinario de la marginalidad juvenil. Entre los jóvenes de 15 a 24 años, la tasa de desempleo alcanzó al 25%, y en el quintil más bajo de ingreso *per cápita*, el 44%. Jóvenes que no estudian ni trabajan y que tampoco pueden ser sostenidos por sus familias⁴, un cóctel explosivo.

“En agosto de 1999 los desocupados llegaban al 14,5 % de la población económicamente activa y los subocupados al 14,9 %. Es decir, que casi el 30% de la población en edad de trabajar tiene problemas de ocupación. Estos porcentajes abstractos tienen personas concretas detrás: se trata de 1.900.000 desocupados y 2.000.000 de subocupados. Al principio de la convertibilidad en octubre de 1991 había 6% de desocupados y 7,9% de subocupados” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003). Y estas cifras siguieron creciendo hasta el 2003. En aquellos años se incrementó notoriamente el trabajo temporario, con jornadas laborales de menos de 45 horas semanales y sin pago de cargas jubilatorias (trabajo en negro). En el incremento de esta modalidad de la fuerza de trabajo, se destacan principalmente las mujeres, las personas en edades medias, de 30 a 59 años, y los grupos con menor nivel educativo. Cuatro de cada diez desocupados eran jefes de hogar, seis de cada diez pertenecían a familias en situaciones de pobreza, siete de cada diez no tenían ninguna cobertura de seguridad, y apenas seis de cada cien cobraban un plan social o algún tipo de seguro de desempleo. La mayoría de los cuales provenían de sectores de “muy baja productividad” desplazados por la reconversión de la economía. A estos datos, para completar el cuadro de la injusticia, hay que complementarlos con el análisis de la participación de los trabajadores en el PBI. Esta descendió ya del 53% de 1974 al 18% de 1999 (según el INDEC).

La flexibilización laboral –uno de los principales efectos colaterales del alto grado de desocupación– termina en una inestabilidad del empleo que para los años de la crisis del 2001 se había convertido en prácticamente absoluta. Según datos oficiales –incluso antes de la crisis– sólo un 28% de los trabajadores argentinos tenía un empleo estable, y aun así muchos de ellos no estaban exentos del riesgo de despidos intempestivos. La competencia por los puestos de trabajo, aun por los precarios y los llamados contratos basura, iban produciendo la ruptura de los lazos de clase, cuando no la contraposición de intereses directa. Esta se constituyó como una de las causas de acentuación de la crisis de representatividad a nivel sindical, pero además, como uno de los medios de imposición del individualismo como cultura dominante.

La precarización del empleo permitió además la sobre-explotación de trabajadores inmigrantes, principalmente de países limítrofes⁵ (aunque también, y en grado

⁴ Datos extraídos de “Argentina: alternativas frente a la globalización. Pensamiento social de la Iglesia en el umbral del tercer milenio”.

⁵ En el año 2006 un trágico incendio de un taller textil de la ciudad de Buenos Aires fue una dolorosa muestra de la continuidad de las prácticas de sobre-explotación a las que son sometidos inmigrantes latinoamericanos, en el caso particular hermanos bolivianos que trabajan prácticamente como esclavos en condiciones de trabajo del siglo XIX, con una

creciente, procedentes de otros países latinoamericanos como Perú), al mismo tiempo que de sectores de excluidos que encontraron en las changas temporarias una base de sustento de su familia. Estas changas pueden ser legales o ilegales respecto de su objeto, pero siempre se llevan a cabo sin el menor respeto por los derechos del trabajador, sin aportes previsionales, sin cobertura médica, sin derecho a sindicalización, etc. Y lo que es peor, que todo es que en realidad cuentan con el consentimiento individual del empleado que –en su absoluta desesperación e indignación– no pregunta, no plantea, no cuestiona, sólo acepta en silencio cualquier propuesta de trabajo por más precario o riesgoso que sea, porque sólo allí encuentra el sustento de su familia.

Una de las particularidades de las nuevas estructuras de las familias de los barrios fue que un número cada vez mayor de personas tuvieron que apoyarse en un número cada vez menor de personas con actividad con algún ingreso, ya sea empleo estable (en el mejor de los casos), ocupación precaria o “flexibilizada”, o los llamados planes sociales, o bien en o rebusques eventuales de tiempo y remuneración escasos.

El sistema liberal tiene esta lógica perversa: si bien los trabajadores con empleo no sufren en carne propia los estragos de la desocupación, sobre ellos opera una fuerza psicológica que no sólo es de disciplinamiento, sino que va mellando la voluntad tanto como el bolsillo. El trabajador empleado, que al principio no toma conciencia de que es un desempleado en potencia, no pasa mucho tiempo sin caer en esta situación que, si bien puede tener carácter transitorio es un cachetazo de realidad que difícilmente se pueda ignorar. El carácter de precariedad que adquiere el empleo es, al mismo tiempo que un mecanismo de ordenamiento de la sociedad, una función de ruptura. Amordaza la palabra del trabajador y va juntando su silencio al de la multitud de personas que se quedan afuera. Los trabajadores informales y los trabajadores independientes no calificados (por ejemplo los albañiles no oficiales de la construcción) y otras formas de trabajo precario que son las que más han crecido durante el neoliberalismo son formas claras de exclusión potencial.

La contracara de las prácticas transnacionales fueron el crecimiento del sector informal y el ilegal de la economía, cuyo desarrollo se da en la medida en que la expulsión del aparato productivo. Así, dentro de la exclusión fue creciendo paralelamente la marginalidad. El análisis de los índices de la edad carcelaria nos demuestran que el promedio del mismo desciende en la medida en que la iniciación se hace cada vez más temprana concomitantemente con la marginalización de la vida. La negación del futuro y el valor inmedatista que le dan a su propia vida –amplios sectores juveniles populares– que piensan que de un modo u otro no va a durar mucho en esta tierra. La falta de horizontes culturales, de valoración del trabajo y la ausencia misma de toda posibilidad de acceso a un empleo digno, combinado el marco de la sociedad consumista donde se incita a tenerlo todo y ya, terminan configurando una sociedad que favorece la tendencia a una suerte de “redistribución ilegal del ingreso” que es vista como la forma (individual) de restablecer un poco la justicia. La anomia y el consumismo de la mano destruyen la cultura del trabajo y del esfuerzo. El delito le ofrece a los pibes de los barrios, un acceso a bienes que la sociedad de consumo les ostenta y les niega al mismo tiempo (García Delgado, 1999). Este es un camino de muerte, pues la sociedad opulenta se fue protegiendo cada vez más fuerte contra estos intentos individuales de apropiarse de lo que la sociedad misma les refriega por la cara. Entonces, el destino de muchos jóvenes de sectores populares ya está marcado de antemano. Parafraseando la “marcha de la bronca” de Miguel Cantilo con el as de oro (ya no con el de espada) nos domina y con el de basto entra a dar y dar...

remuneración insignificante y sin posibilidad de ejercicio de sus derechos laborales.

El resultado de la implementación de políticas neoliberales en la región es claro: injusticia social y exclusión. “En el gran Buenos Aires en 1974 los ingresos familiares del 10% más rico eran 12,7 veces más que los del 10% más pobre. Durante los 90, esta brecha se amplió considerablemente, pasando a 22,1 veces en 1991, hasta llegar a ser el ingreso del 10% más rico 32,9 veces más que el del 10% más pobre en 1999. Luego del agravamiento de las condiciones de vida producido por la crisis de 2001–2002 la brecha que había llegado a ser de 51,9 veces en 2001, en octubre de 2003 era de 41,6 veces” (Svampa, 2006).

El efecto final de las políticas económicas de ajuste fundadas en el Consenso de Washington, llevadas a cabo no sólo por las dictaduras antipopulares, sino también por los gobiernos democráticamente elegidos que los sucedieron en casi toda Latinoamérica ha sido violentamente regresivo: se han aumentado desproporcionadamente las desigualdades en un continente que ya tenía –como ya dijimos– la distribución del ingreso y de las riquezas más desigual del planeta.

UNA REFERENCIA A LAS POLÍTICAS SOCIALES O CÓMO EL PAÍS SE OCUPÓ DE SUS POBRES DURANTE EL NEOLIBERALISMO.

José Hernández decía, en el marco de la Argentina de la generación del ‘80 que se veía a sí misma como una potencia mundial, que ningún país es rico si no se ocupa de sus pobres. Veamos, entonces, la Argentina del neoliberalismo como se ocupó de sus pobres.

Dos Argentinas emergen de la injusticia instaurada en el poder desde el último cuarto del siglo XX. La globalización, adoptada como bandera del neoliberalismo, termina de configurar el marco en el que se aceleran las brechas existentes en nuestro país entre los inmensamente ricos y los cada vez más pobres. Los signos de la desintegración social se esparcen por todas partes, los pobres se fueron multiplicando a un ritmo sólo comparable con el de las ganancias de los grupos transnacionales.

La estructura de la exclusión económica no se restringe sólo al desempleo, también está íntimamente relacionada con las condiciones sociales de vida. Por eso debemos entender a la pobreza de un modo abarcativo, como conjunto de aspectos tales como la cobertura de salud de las familias, el acceso a la educación formal, a la vivienda, al régimen de seguridad social, etc., que muchos autores denominan capital social y que es fruto de la inserción en el proceso productivo de la población económicamente activa. Inserción que se fue paulatinamente perdiendo durante el neoliberalismo. Si bien pueden existir situaciones con des-niveles en esta relación, es decir, la no adecuación de la situación social con la laboral, estas tienden en el tiempo a nivelarse, a hacerse coherentes.

En Argentina el sistema institucional (instaurado fundamentalmente por el peronismo histórico) hacía las veces de contendor social a través de la inclusión laboral. La adaptación al modelo neoliberal de “competitividad y eficiencia” esbozada por el “rodrigazo”, antes incluso de la dictadura, y hecha dogma por el menemismo golpea duramente a los trabajadores en lo que hace a su tradición cultural e institucional. De este modo, la persona se ve desvinculada no sólo del trabajo sino también de sus lazos de pertenencia al sindicato y a la política. La precariedad del empleo, que se convirtió en la regla, colocando a la gran mayoría de los trabajadores dentro de la zona de exclusión potencial, también fue contribu-

yendo a la ruptura de los vínculos sociales, desalentando la participación sindical y política. La desocupación, en particular, significa algo más que perder el empleo: es también perder los lazos sociales que dan sentido de pertenencia al trabajador respecto del conjunto de la comunidad. Y en el caso de los que jamás accedieron al trabajo, significa que jamás alcancen a tenerlos, sintiéndose desarraigados.

La Argentina se fue convirtiendo, con el neoliberalismo, en una sociedad empeñada en negar toda posibilidad de futuro, en estigmatizar al que se queda afuera, al excluido, como un “perdedor”. Y esto sucedía no sólo con el desocupado sino también con aquellos que trabajaban más de 12 horas por un sueldo insignificante que no le permitía satisfacer las necesidades de sus familias. Se los fue privando incluso el orgullo de ser trabajadores que el peronismo histórico había inculcado (¡Menem lo hizo!)⁶, aunque muchos otros aportaron su cuotita de responsabilidad desde la dictadura genocida hasta Alfonsín, De la Rúa y Duhalde. No olvidemos que durante el gobierno radical que subió criticando la corrupción menemista aprobó una nueva instancia de la flexibilización con la famosa “ley Banelco”. En un hecho de corrupción manifiesto, fruto de la prepotencia verbal de los sectores del poder político puestos a trabajar para los intereses transnacionales, el Ministro de Trabajo (Flamarique) del presidente De la Rúa, dijo a los sindicalistas que para los votos en el Congreso Nacional le alcanzaba “la Banelco”, una tarjeta para extracción de dinero de los cajeros automáticos.

La única respuesta al creciente grado de exclusión social provocado por el modelo neoliberal fueron políticas sociales denominadas de focalización. ¿Cómo plantean la resolución de la cuestión social las políticas globalizantes? Es decir, ¿cómo se ocupan de los pobres? La respuesta a estas preguntas se basa en un axioma neoliberal de simple enunciación: “crecer–educar–focalizar”. Crecer se refiere al desarrollo económico (sobre todo a los índices macroeconómicos) y es el presupuesto ideológico del neoliberalismo. Se supone que el crecimiento económico facilita la acumulación que posibilita la generación de empleos y/o la financiación de la política social. En su lógica: la acumulación del capital es lo que posibilita –a través de la inversión– a los individuos acceder a un empleo productivo de calidad y de esta manera incorporarse a la economía. La cuestión social en el neoliberalismo “se refiere esencialmente al capital humano, que es un calculo individual de “retorno” de una inversión a lo largo del tiempo, basado en la estimación de los costos y beneficios involucrados” (Bustelo y Minujin 1998). La educación, siguiendo este razonamiento, es el elemento de nivelación y de corrección de las desigualdades preexistentes. El último punto que completa el esquema es el que desentraña la verdadera práctica que desarrolla el neoliberalismo con los pobres: focalizar. Los liberales globalizantes plantean que el efecto “no querido”, “colateral”, “secundario” del crecimiento económico es la producción de ciertos bolsones de pobreza. Es sobre estos sobre los cuales hay que focalizar, es decir, dirigir con mayor atención la mirada y concentrar el gasto público social. Lo cual conlleva la eliminación de cualquier tipo de subsidio a otro sector social a fin de lograr la masa de recursos que permita a estos últimos integrarse plenamente al mercado. Esto significa que los llamados servicios públicos que, de un modo u otro, brindaba el Estado de Bienestar, salud, educación, seguridad social, etc. pasan a manos del mercado, es decir, al objetivo de lucro de los entes privados (medicinas prepagas, colegios privados, a.f.j.p. en relación a la seguridad social, etc.). Sintetizando podríamos decir que la política social del neoliberalismo es como

⁶ Así decía un *spot* publicitario de la campaña política de 1999, en donde se enumeraban los “logros” del ex presidente.

una ambulancia que va recogiendo algunas de las víctimas marginales de la política económica. O bien, una especie de bombero con la función de poner agua en aquellos sectores más propicios a la combustión social y política.

Como decíamos, el presupuesto ideológico de estas políticas neoliberales era que el crecimiento de la concentración del capital generaba empleo. Esta teoría fue conocida como la teoría del derrame. Si se llenaba la copa de los ricos esta iba prontamente a desbordar en beneficio de los pobres. No hace falta ser un experto en economía para darse cuenta que a la luz de los resultados sociales y económicos de varias décadas de neoliberalismo, transitadas con mayor o menor grado de ortodoxia pero innegablemente sustentadas en los mismos principios, lo que ocurrió finalmente es que la copa de los ricos resultó ser más bien un embudo.

Una de las causas de que el único derrame fuera hacia los bolsillos de una nueva oligarquía transnacional fue la impunidad que los grandes grupos económicos tuvieron en los noventa. Esta se basaba en la lógica de nuevos beneficios y mejores condiciones para la inversión. Pero, en los hechos era uno de los mecanismos a través de los cuales se filtraba el derrame que algún día habría de ocurrir. Aunque no debemos creer que la evasión es tan sólo una particularidad argentina como se pretende machacarnos. Es, más bien, una modalidad connatural al modelo de acumulación a partir del cambio de la correlación de poder entre el capital y el Estado. Los GET son los grandes evasores en la Argentina, pero también en otras partes del mundo las mismas corporaciones también evaden. “Francia es un país donde el fraude fiscal es alucinante. Casi 200.000 millones anuales (compárense con los 3.000 millones que cobra el millón de subsidiados) ¿Quién defrauda? Los ricos. Y añadamos al deporte nacional el fraude al IVA en Europa: 400.000 millones)” (Labarde y Maris, 1999). El efecto concreto de estos monumentales mecanismos de evasión fue la desfinanciación del Estado, y por ende puso al desnudo la ineficacia incluso de sus magras políticas de focalización. En los países dependientes como el nuestro, a partir de la desfinanciación la ejecución de políticas sociales se efectuó con préstamos de organismos internacionales de crédito, fundamentalmente el Banco Mundial. Estos préstamos no sólo contribuyeron a la explosión geométrica de la deuda externa, sino que, además, fueron condicionantes de la soberanía nacional en cuanto a las políticas de relación con los sectores más humildes de su población.

Estas políticas sociales del neoliberalismo fueron la contracara de los ajustes económicos, es decir, como un complemento necesario del modelo. Muchas veces adornado por un discurso socialdemócrata y de intenciones humanitarias, la política social se constituye por la preocupación de contener a cierto sector de los excluidos (al segmento de pobreza extrema) con formas asistencialistas. El grado de desarrollo de la política focalizada se proponía como medida para establecer el grado de sensibilidad de los gobiernos. Ni la derecha ni la izquierda del sistema abordaban las cuestiones centrales: la cuestión del trabajo de los sectores populares como forma verdadera de resolución de la exclusión y la cuestión de la injusticia social existente en la distribución del ingreso. Y lo que es más grave, ninguna cuestionaba las prácticas transnacionales que llevan a acrecentar la cantidad de excluidos.

“Los programas sociales focalizados tienen un costo psicosocial definido, como es el costo de estigmatización social, y estimulan la dependencia de la población respecto de programas sociales, inhibiendo la iniciativa y creatividad de los beneficiarios para la resolución de sus problemas. Más allá de la urgencia coyuntural que legitima la implementación, con el tiempo tienden a ser eficaces en la configuración de un clientelismo político, de formas dependientes del ejer-

cicio de la ciudadanía que aseguran la pasividad, la no organización e incluso la fragmentación interna” (García Delgado, 1999). Con claridad lo expuso Mercedes Marcó del Pont (1998): “si no se logra modificar el núcleo de la política económica cuyo sesgo empuja hacia la permanente exclusión de trabajadores fuera del circuito de producción y distribución de riqueza, las políticas sociales focalizadas por más eficaces y generalizadas que sean no harán sino convalidar la cristalización de una estructura de creciente desigualdad social”.

Las políticas sociales, todas, focalizadas o generalizadas, son siempre deficitarias a la hora de cambiar las condiciones de vida de los más humildes. Pueden ser, en el mejor de los casos, como lo fueron en la ayuda social de la Fundación Evita, en tiempos del primer gobierno peronista, un complemento temporal de un cambio de estructuras económicas que garantice una justa distribución del ingreso. Dicho en otras palabras, no son las políticas sociales las que constituyen la justicia social, ésta depende de cómo se reparte la riqueza producida por la sociedad y en todo caso la ayuda social puede ser un complemento o bien un paliativo para la transición.

EXTRANJERIZACIÓN, DESTRUCCIÓN DE LA INDUSTRIA NACIONAL Y EXCLUSIÓN.

“Veamos los hechos. Hasta 1995, el proceso de privatizaciones provocó modificaciones consistentes en el avance de las asociaciones de grupos económicos nacionales con conglomerados de capital extranjero y empresas extranjeras. Este grupo, que no existían antes de las privatizaciones, concentraba en 1995 el 20% de las ventas y el 30% de los beneficios de las doscientas empresas más grandes del país. Después de 1995, cuando estaba casi agotado el proceso de privatizaciones, se produjeron importantes operaciones de compra de bancos y empresas privadas nacionales grandes por empresas extranjeras. Ahora son de propiedad extranjera la casi totalidad de los bancos privados más importantes (...) El poder económico reside ahora casi íntegramente en grupos extranjeros” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003).

En la medida en que se desarrollan los GET tienen un impacto directo cada vez más grande sobre todas las cuestiones de la económica local, por ejemplo, toman parte en el intercambio comercial internacional. Es decir, influyen en la balanza de pagos de un país. No sólo a través de las cada vez más grandes necesidades de insumos, principalmente provenientes de sus casas matrices o bien de la red de producción mundializada bajo su control, sino también a través de la tendencia a sobrefacturar esos insumos, que tiene la misma corporación en ambos lados del mostrador y que fija precios de conformidad con sus intereses particulares económicos o financieros. Fenómeno ya observado en 1974 en el libro “Dependencia y empresas multinacionales: “Debido principalmente a razones fiscales, la tendencia es en la mayoría de los casos la de mantener en el nivel más bajo posible las ganancias de la subsidiaria, ya que parte de los costos de ésta (pago de interés, regalías, transferencias de materias primas y productos intermedios) aparecen como ingreso en la empresa matriz” (Lozada, 1974)⁷.

⁷ Coincidimos también con Lozada que “No sólo la empresa multinacional tiende a sobrefacturar sus transferencias tecnológicas sino que, al disfrazar estas transferencias mediante unos pseudo contratos concertados entre la matriz y la subsidiaria, pretende que supuestos pagos hechos por la segunda a la primera se deduzcan de las ganancias sobre las cuales debe pagar impuestos” (Lozada, 1974) Recordemos que Salvador María Lozada intervino en el renombrado caso Suif-Deltac donde esto se comprobó en instancia judicial.

Consecuencias de la transnacionalización de la economía y la succión de las riquezas que produjo nuestra sociedad, vía de los GET o bien del mecanismo más simple y directo del pago de intereses de la deuda externa –que creció desmedidamente al financiar el déficit fiscal durante el modelo de la convertibilidad–, son no sólo el proceso creciente de exclusión, sino también y concomitantemente la destrucción del mercado interno y de la estructura de la industria nacional. “Con ese denominador común del fenómeno asumió características regionales diferenciadas, en América Latina la colonización de las economías por parte de las empresas globales coincidió con el desmantelamiento de los sistemas de protección social, y la destrucción de culturas productivas que sobrevivían penosamente, el Estado pasó a ser el patrimonio de los Fujimori, Bucaran, Menem, Salinas de Gortari” (Beinstein, 2000).

El estrangulamiento externo no fue la única traba macroeconomía al crecimiento: también estuvo la ausencia de la demanda agregada, vinculada al alto desempleo, los bajos salarios y jubilaciones y los sucesivos ajustes fiscales regresivos (A. y E. Calcagno, 2003). Las prácticas transnacionales llevan inexorablemente a la desaparición de la industria nacional. Existe una profecía autocumplida de denigración de la industria nacional alentada por la ideología transnacional. “Cuando más poderosa es la creencia de que la industria nacional es inferior y poco segura es más probable que realmente sea así” (Sklair, 2003). A estas prácticas se adaptó fácilmente un importante segmento de la burguesía argentina que tiene una fuerte propensión a lo rentístico por sobre lo productivo. Industriales que se apresuraban a vender los pocos negocios propios con buen nivel de rentabilidad, para sacar beneficios inmediatos y vivir de lo que produce el capital (transformado en líquido) sin tener que pasar por las vicisitudes de la producción –que es para ellos una circunstancia y no una vocación–.

En el modelo neoliberal existen, además, otros dos mecanismos adicionales de transferencia del excedente de los países dependientes hacia los centrales. Uno es la fuga de capitales. En efecto, la búsqueda de seguridad y el afán de lucro individual de los sectores más acomodados, es decir, de los miembros locales de la oligarquía global hace que estos tiendan a colocar sus fondos en el extranjero, particularmente en la Triada o en los paraísos financieros. El otro mecanismo es la llamada fuga de cerebros. Es decir, la migración de técnicos y personal competente, que formado –muchas veces en las universidades que financia el Estado Nacional– terminan utilizando sus conocimientos para beneficio absolutamente personal y ofreciéndolos principalmente en los países centrales. De ambos mecanismos son directa o indirectamente beneficiados el conglomerado financiero empresario que se expresa en los GET a nivel mundial. Ya sea que la colocación de capitales periféricos termine en el sistema bancario o bien en los fondos especulativos para reproducirse, termina siendo fuente de financiamiento de las corporaciones. Por el otro lado está claro que son las transnacionales las que generalmente absorben cuando no fomentan directamente la inmigración de la mano de obra altamente capacitada. “La empresa multinacional suele ser el órgano de captación de estos profesionales, técnicos y científicos que desde los países en vías de desarrollo emigran hacia los grandes centro sobre-desarrollados y en donde contribuyen en medida considerable a la investigación y el desenvolvimiento tecnológico” (Lozada, 1974). Para constatar que este no es solamente un fenómeno marginal consignemos que algunos autores consideran que los dólares colocados en el exterior por argentinos se elevaba en el 2001 a una cifra similar a la totalidad de la deuda externa, es decir, casi U\$S 200.000.000. No existen cifras acabadas de la cantidad y el impacto económico de los profesiona-

les emigrados antes, durante y después de la crisis del 2001, pero los recurrentes problemas migratorios de los que dieron cuenta los medios de comunicación tanto en España como en EEUU nos dan una idea de la magnitud del fenómeno⁸.

No debemos olvidar mencionar entre las causas de achicamiento del mercado a las políticas de descentralización llevadas a cabo en los 90 que han significado la cesión de competencias a provincias y municipios en el área de la política social (educación, salud, vivienda, etc.). Si bien este proceso parece como una megatendencia universal que encuentra fundamentos en la revolución tecnológica, en las demandas de la sociedad civil y en las orientaciones privatizadoras, en nuestro caso la descentralización ha estado básicamente vinculada a la crisis fiscal del Estado, a la distribución de los costos del ajuste y a la atención de la nueva cuestión social desde realidades más cercanas. La descentralización supone mayores competencias de hecho o de derecho, lo que significa mayor presión para las comunas. Con la descentralización, el Estado central fue “tirando” la crisis para abajo, hacia las provincias primero, y de estas hacia las comunas, en un proceso en donde los municipios tienen que hacerse cargo de problemas no acordes con su dimensión y sobre todo la descentralización –en realidad lejos de cumplir los objetivos deseados– lo que fue provocando es la desatención de la promoción de las economías regionales. Provincias y Municipios, sin el volumen necesario tuvieron que dar respuestas a problemas estructurales y afrontar exigencias de eficacia y eficiencia, muchas veces sin recursos o sin las capacidades técnicas y de gestión necesarias, poniendo la prioridad en ellos, la más de las veces infructuosamente. A todo ello hay que sumarle para completarle el cuadro una desnaturalizada política clientelística (una “profesionalización” de la carrera política) que también fue marcando desde los partidos mayoritarios la estructura del Estado, alejándolo de sus funciones básicas.

La destrucción de la industria nacional en general y de las economías regionales en particular, fueron decisiones concientes del neoliberalismo en el poder. La desarticulación de las vías ferroviarias, y la concentración de la producción agrícola en un puñado de *comodities*, como por ejemplo la soja, con la excusa del negocio económico (que siempre beneficia, en su parte sustancial, a unos pocos) fue desbaratando los lazos de un proyecto productivo y solidario, haciendo crecer fuertemente la exclusión económica, dejando afuera de la producción del futuro a hombres, mujeres y también a regiones enteras. En la medida en que el poder económico se fue concentrando, la exclusión fue creciendo a límites inimaginables. De esta forma la exclusión económica lejos de ser un efecto colateral hace a la esencia del proyecto globalizante de dominación.

⁸ Según los datos del diario Clarín, del 15 de julio de 2007, durante el pico de la crisis del 2001, emigraron del país aproximadamente 250.000 personas. La gran mayoría de ellas no pertenecía a sectores humildes, sino más bien a instruidas clases medias.

LA EXCLUSIÓN POLÍTICA (EL PUEBLO NO DECIDE SOBRE SU DESTINO, AUNQUE SEA TENIDO EN CUENTA –COMO FICCIÓN– PARA DECIDIR ACERCA DE SU PRESENTE).

“Todo lo que nos rodea es falso e irreal, falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron, falsas las perspectivas mundiales que nos presentan, falsas las disyuntivas políticas que nos ofrecen, irreales las libertades que los textos aseguran”.

Raúl Scalabrini Ortiz

“Ni siquiera sé si el combate contra la pobreza es lo más importante... No es la distribución de ropas y alimentos lo que corroe el carácter. Lo corroe la falta de poder sobre el propio destino.” Clyde Warrior, líder indio ponca

“La democracia es una cosa seria: existe o no existe. O se hace de tal modo que quien vota pueda de algún modo influir sobre las decisiones de la clase dirigente, o esta última se convierte en clase de oligarcas que administran un poder casi absoluto, dejando a los electores la ilusión de tener un poder del que han sido completamente despojados”

Pier Luigi Zampetti

UNA INTRODUCCIÓN A LAS DOS DIMENSIONES DE LA EXCLUSIÓN POLÍTICA.

La exclusión desde el plano político es la marginación de las mayorías populares de la decisión verdadera acerca de su destino, de la determinación de su vida concreta, esto es el vaciamiento de la democracia. O bien, desde otro plano de análisis, la negación de la política como herramienta de liberación, es decir, como hecho revolucionario, acto de ruptura con las conductas indicadas por el sistema de dominación que contribuyen a su normal desenvolvimiento y continuidad.

El proyecto de dominación globalizante no es viable sino logra la transformación del proceso de la decisión política. La globalización cuestionando el Estado Nacional, modifica a su vez los presupuestos básicos de la soberanía popular y de la democracia, en definitiva de la política tal y como la venimos entendiendo contemporáneamente. Si pensamos en el cauce que, hace más de tres siglos, ha tenido la acción colectiva (véase supra capítulo V), es difícil concebir el desarrollo de la política como instancia diferenciada de la acción en, sobre y desde el Estado Nación. No es casual que la crisis de soberanía del Estado Nacional implique una crisis del concepto de política mismo (García Delgado, 1999). Por ende, no es apresurado decir que la crisis actual de la política se produce a partir de un corrimiento en relación a quiénes son los sujetos de las decisiones y en qué marco estas se toman.

Es preciso, en este sentido, remarcar dos planos de la voluntad política en relación al sistema de dominación. El primero, al que nos hemos referido, está marcado por las limitaciones a las autonomías nacionales, a la vigencia de la decisión soberana del propio Estado Nacional. El segundo nos remite a la cuestión democrática al interior mismo de las naciones, que no es necesariamente consecuencia del primero, aunque está íntimamente relacionado.

Varias veces hemos hablado sobre la naturaleza polarizante y su efecto de subordinación sobre las periferias que tuvo la globalización en sentido amplio desde sus comienzos en el Renacimiento europeo. Pero en esta parte queremos hacer hincapié en el renunciamento de los Estados Nacionales de sus principales responsabilidades políticas a partir de los gobiernos neoliberales. Estos, consintiendo graves mutilaciones a su propia soberanía, han provocado la reducción del espacio democrático a nivel mundial. Esto trae consecuencias concretas y que no se restringen, por supuesto, a tan sólo la pérdida de protagonismo en el plano global. A partir del desdibujamiento del Estado, los países dependientes, y también los actores sociales oprimidos al interior de estos, se colocan en una situación de vulnerabilidad casi absoluta frente al poder transnacional. Dicho en otras palabras: el deterioro del Estado Nacional no tiene sólo consecuencias en lo externo, también afecta en lo interno, en la política doméstica, el grado de protagonismo, la posibilidad de decisión real de los sectores populares, mediante este mecanismo que llamamos exclusión política.

La globalización, según sostuvimos en páginas anteriores, afecta la capacidad soberana del Estado, cuestionando, por ejemplo, capacidad de dar y de derogar leyes, prerrogativa exclusiva de los países hasta el advenimiento de esta etapa. El proyecto globalizante opera intentando dividir la soberanía. El concepto de soberanía es una construcción que acompañó el proceso europeo de alumbramiento de los Estados Naciones. Ni los griegos con sus Polis, ni los Imperios de Oriente, ni tampoco los de América habían conocido un término de similares alcances. Esta idea es fruto de un proceso histórico que va del siglo XI al XVI

y surge como consecuencia de la lucha de los reyes para convertirse en monarcas absolutos. Este concepto (con raíz etimológica en la *sovrains* que tenían los barones como órgano de supremo de jurisdicción) va a ser puesto en papel por Jean Bodin en sus “Seis Libros sobre la República” (1576). Según este autor la potestad soberana es la nota cualificadota de la comunidad política e integra su definición (Ortiz, 1996). Vemos como el concepto de soberanía fue para marcar la autoridad en dos planos uno respecto de la fragmentación que implicaba el sistema feudal y otro respecto del Imperio como autoridad supranacional, por aquellos tiempos algo devaluada. Desde su raíz hasta llegar a la idea de soberanía nacional; este concepto se fue desarrollando en casi cinco siglos con aportes sustanciales de pensadores como el ya mencionado Bodin (el primero en sintetizar la experiencia práctica que ella entrañaba y definir sus atributos); Hobbes (quien la asocia a la monarquía absoluta, formulando la identidad entre legalidad y legitimidad) en el siglo XVII y posteriormente ya en el siglo XVIII tanto Rousseau (que la define como soberanía del Pueblo de carácter indelegable) como el abate Sieyès (quien ya habla de la soberanía nacional) desde su asiento en la Asamblea francesa en representación del tercer estado (hegemonizado por la burguesía) con el que identifica al conjunto de la Nación. También la soberanía, en tanto indivisible poder de la Nación, fue utilizada como idea fuerza desde los procesos de autonomía de los Pueblos en su causa de liberación. Hoy, con el empuje globalizante este concepto de soberanía es puesto en crisis.

En función de que la cuestión fundamental en la soberanía es la pregunta acerca de quién manda en última instancia, el proceso de fragmentación de ésta trae consigo el riesgo de instalar una democracia condicionada, pues su voluntad es insuficiente para dar forma a las decisiones políticas que marcar el rumbo económico y social.

Todas las constituciones de nuestra época empiezan con la proclamación de un principio que ya se han hecho solemne, majestuoso, como solemne y majestuosa se perfilaba en tiempo de la Monarquía absoluta la figura del Soberano: la soberanía pertenece al Pueblo. “Ahora bien, al margen de las declaraciones solemnes, surge inmediatamente la pregunta: ¿Es el Pueblo efectivamente soberano? ¿Está en condiciones de ejercer aquel poder que la constitución, que todas las constituciones democráticas, le reconocen?” (Zampetti, 1990).

Podemos formular la pregunta de fondo en otras palabras: ¿Qué poder tiene hoy el Pueblo enmarcado en el Estado Nación? Ese Pueblo que se expresa en el conjunto de los ciudadanos con derechos políticos, en términos formales —y en función de la extensión del derecho de voto— tiene el poder de decisión sólo en el momento que ejerce el sufragio. Creer lo contrario sería de una ingenuidad mayúscula. Lamentablemente no pierden vigencia las palabras de Rousseau en relación a la democracia en su Europa contemporánea: “El Pueblo inglés cree que es libre porque vota; en realidad, es libre sólo cuando vota, después de lo cual vuelve a ser más esclavo que antes”

En efecto, el proceso globalizante está tan marcado por la aparición de nuevos agentes en la toma de decisiones a nivel mundial, regional o local, que son pocos los autores que no reconocen que, “en el nuevo orden de cosas no hay política pública significativa a donde no intervengan actores tales como organismos internacionales, consultoras de riesgo, bancos de inversión, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, Banco Mundial, FMI” (García Delgado, 1999). El sólo hecho de la existencia de estos actores en la escena mundial es una transformación en el plano político. Obviamente ninguno de los nuevos actores, desde los mencionados organismos de crédito internacional hasta los

Grupos Económicos Transnacionales, están sometidos a ningún tipo de control político popular, ni se estructuran en base a ningún criterio democrático. Es decir, no toman en cuenta el parecer de quienes padecen sus decisiones.

La conformación de las decisiones políticas, llámense políticas públicas, orientación macroeconómica de un Estado, o bien decisiones económicas puntuales, hoy se enmarca en un conflictivo juego de poderes políticos y económicos que parecen pesar más que la voluntad democrática de los Pueblos. Repetimos las palabras del magnate especulador húngaro norteamericano George Soros: “los mercados votan todos los días”; es bueno preguntarse entonces qué clase de nueva democracia calificada significa ese voto que se impone al conjunto de la ciudadanía sin acceso a él. Estas y otras formas de elegir los caminos que propone la globalización son mecanismos en que la inclusión de unos pocos está directamente relacionada con la participación limitada, o la exclusión lisa y llana de las mayorías populares. Con este marco se acentúa aun más la necesidad de pensar en el fortalecimiento del Estado en una democracia participativa como garantía de legitimidad para contraponer los proyectos sociales con los actores transnacionales.

El impacto del pensamiento único en la política. Corrimiento del eje de la política a la economía.

Sustentado en el festejo anticipado de la victoria del capitalismo sobre el “socialismo real” aparece el llamado pensamiento único. Nos hemos referido al mismo en otras partes de este libro. Este empapa y atrapa las democracias condicionándolas, atrincherándose en su concepto de unicidad del sistema económico —la tiranía del mercado mundializado—, y del sistema político —la democracia formal representativa tal como es concebida por los países centrales—.

Alguien puede creer que las democracias son condicionadas tan sólo en los países periféricos. Esto es un error, también en la Triada, se verifican las democracias restringidas. Estas continúan manteniendo la ficción de la “soberanía del consumidor” y del “elector” que proponía la utopía liberal, sin apreciar que, los resultados de la representación política se encuentran condicionados antes y después de su decisión por organizaciones profundamente antidemocráticas en su funcionamiento interno, jerárquicas, centralizadas y coercitivas, como los GET y el capital concentrado.

Los Calcagno, en el mismo sentido marcan: “una paradoja liberal: por una parte, se afirma que el liberalismo político y económico son inescindibles y que su unidad constituye un requisito fundamental para el afianzamiento de la democracia; pero por la otra, se advierte con claridad que las empresas, que constituyen la sustancia y la razón de ser del liberalismo económico, y cuya independencia respecto de otras esferas se reclama, actúan de forma similar a las autocracias” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

No obstante, es imprescindible comprender que el discurso neoliberal no ha sido impuesto a los gobernantes por los mercados por una extraña fuerza exterior. Es preciso repetirlo aunque duela: fueron los representantes políticos, nuestros elegidos (aunque también hicieron su invalorable aporte las dictaduras en el caso latinoamericano), los que, deliberada y sistemáticamente, eligieron subordinarse a la desenfrenada voluntad de los mercados, apropiándose de este pensamiento único. Y esto se hizo en el marco de un consenso social del cual es bueno preguntarse las causas. Después de elegir el camino del desarme político, pero sólo después, descubrió la clase política —en su conjunto— su impotencia, y se rasgaron las vestiduras con la crisis de la democracia, cuyas herramientas ellos mismos bastardearon. “Los políticos alegan que los Estados nacionales poco pueden hacer ante

las fuerzas de la globalización y reconocen de este modo cuánta significación han perdido los partidos y el voto como instrumentos del cambio. Peor aun. Carentes ellos mismos de convicciones ideológicas o de propuestas de largo plazo que los sostengan y expuestos abrumadoramente por los medios a la consideración de la opinión pública, muchos de esos políticos acaban desnudando sus flaquezas y su escasa sustancia ante la mirada de todos. De ahí que cundan en la ciudadanía la sensación de falta de sentido, la alineación, el desinterés por la cosa pública – rasgos difícilmente conciliables con una democracia robusta...” (Nun, 2000).

En definitiva, “cerrando los ojos a los crecientes deterioros que su vigencia ocasiona, los políticos y empresarios de hoy, se comportan como los romanos del siglo IV d.C. frente al deterioro moral y social que culminó con la caída de su Imperio. No parecen tomar conciencia del estado cada vez más crítico en el que se encuentra la civilización de la que son expresión” (A. y E. Calcagno, 1995).

Debemos colocar dentro del proceso de la exclusión en este plano –es decir de negación de la decisión soberana nacional–, no sólo el achicamiento y desguace del Estado, sino también su ocupación por una banda “tecnocrática”, formada académicamente tanto en universidades nacionales cuanto extranjeras (en escala directamente ascendente de importancia). La apropiación y el uso del saber tecnológico presentan en las sombras de su aparente automatismo, un espacio para las decisiones de grupos reducidos en base a criterios pseudo científicos. Estas decisiones, que responden sistemáticamente –por un mecanismo ideológico casi atávico– a los grupos de poder plutocrático suelen presentarse como “objetivas” y sin alternativa. Así, por ejemplo, los economistas en el auge del neoliberalismo se presentaron como “técnicos”, y sus decisiones de naturaleza siempre política y digitadas, enmarcadas, inducidas, pergeñadas desde los grupos económicos que dominan el mercado, fueron mostradas como meras necesidades del desenvolvimiento de la economía.

“La tecnocracia, la forma de gobierno propia que desarrollan los técnicos y expertos, es en sí misma antidemocrática y elitista por definición: una aristocracia de los que saben (y de allí, eventualmente, una oligarquía sui generis en potencia), la cual se infiltra en los tres poderes constitucionales y en los rangos altos y medio altos de la administración pública, en general desde los cuarteles universitarios o empresarios” (Strasser, 1995). Esta tecnocracia estructura al Estado con su propia lógica y funciona como una telaraña de acero que envuelve y atraviesa a todo el sistema institucional. En este sentido funciona lo que Max Weber (un gran estudioso del Estado y en particular de la burocracia) definió con la metáfora de “la jaula de hierro”.

No puede minimizarse la influencia e incidencia de estos tecnócratas en todos los niveles del Estado y su impacto en la cuestión democrática. En términos reales el poder jamás se restringe a los órganos de gobierno electos popularmente. El poder es una relación y por lo tanto una práctica. Esta es llevada a cabo por un cuerpo de personas. Por ejemplo la estructura burocrática que compone el Estado propone y dispone tanto o más que el poder legislativo electo por la ciudadanía, incluso muchas veces más que el propio titular del ejecutivo (también electo por voto popular) que supuestamente los conduce. En síntesis, sostenemos que el aparato burocrático de tecnócratas, aparentemente “objetivos” ideológicamente liberales, igual que cualquiera de los grupos con capacidad de decisión, se encuentra entrelazado por intereses, compromisos, lealtades y necesidades que van incluso más allá de aquel poder político legal y legítimamente elegido que se supone debiera darle las órdenes para su ejecución. La

íntima vinculación ideológica, económica y, muchas veces, hasta social entre los tecnócratas y las corporaciones empresariales es a esta altura difícil de negar.

RELACIÓN ENTRE LA SOCIEDAD POLÍTICA Y LA ECONÓMICA, ENTRE ESTADO Y ECONOMÍA.

Como ya hemos señalado, la creciente centralidad del mercado parece condicionar fuertemente la capacidad decisoria de los Estados–Nación. El corrimiento del eje político al económico implica la conformación de una matriz socio–económica que es una vuelta de tuerca incluso en el desarrollo capitalista, pues más allá de la retórica liberal clásica, ésta nunca logró poner al mercado como principal asignador de recursos y centro exclusivo del proceso económico. Ese papel siempre tuvo que ser compartido con otros actores, con actores políticos, que fueron siempre fruto de la condensación del poder en una sociedad dada, fundamentalmente, a lo largo de los últimos siglos. El gran actor en este sentido fue el Estado Nación.

El mercado pasa así no sólo a regular la actividad económica sino que aparece con pretensiones de regular todas las relaciones sociales, esto es, la vida misma de todas las personas. El monopolio absoluto del Mercado es, debemos decirlo, una nueva versión de la utopía liberal, un “upgrade” como ellos mismo definirían sin temor ni al anglicismo ni al traslado mecánico de las concepciones de la informática a otros planos de la realidad. Y como utopía que es, aun en los tiempos de hegemonía absoluta del neoliberalismo no alcanzó a verificarse en la realidad. Sin embargo, lo que sí logró fue que el Estado, pese a continuar siendo el principal foco de decisión política, se fuera condicionando a sí mismo de tal forma que la voluntad omnimoda del mercado –como decíamos un eufemismo para hablar de las decisiones de los agentes económicos transnacionales– aparezca como imposible de ser cuestionada. Se trata, en realidad de una profecía autocumplida, en la que, el Estado no desaparece, sino que se despoja de poder resignificando sus funciones.

“Con la crisis del Estado benefactor, entra en declinación una forma de hacer política y de anudar solidaridades colectivas, que se basaba en fuertes componentes normativos asociados a las utopías sociales, a la idea de igualdad y justicia social, al Estado asegurador y a cierta credibilidad de las garantías de éxito colectivo y promesas de una nueva sociedad. Así se constituyó una particular ciudadanía social o también ciudadanía del trabajador, en el marco de un ciclo cívico–militar que, si bien generaba –en el contexto de la guerra fría– proclividades autoritarias en diversos actores, producía también solidaridades colectivas en el ámbito laboral y protección estatal, propensión al predominio de la comunidad sobre el individuo y del principio de lo estatal sobre el mercado, la importancia de las grandes corporaciones y de una forma de hacer política que determinaba una forma de comprensión de la relación público–privado desde la totalidad y desde un centro: la política” (Galli, 2000).

Es decir, es la crisis misma del Estado la que abre las puertas políticas de la primacía de la economía y el mercado, generando a su vez mayores condiciones para la dominación globalizante. Las condiciones impuestas, por ejemplo, por los organismos de crédito internacional no sólo afectaron a la política económica, sino también a la distribución del poder. Así fueron consolidando el proceso de concentración y transferencia del poder económico, y su objetivo claro fue trabajar para que sea abortada cualquier opción política y económica autónoma.

No es exagerado afirmar que durante la vigencia del neoliberalismo se estructuró un Estado en el cual la decisión de la política económica quedaba al margen de cualquier criterio democrático. Cualquiera que mire el último cuarto del siglo veinte en nuestro continente comprobará que más peso que la opinión popular tenían las exigencias que fueron estableciendo, por ejemplo, los organismos financieros internacionales. La idea sostenida por la globalización es que el Estado Nación debe dejar de ser la instancia de negociación de los distintos sectores sociales de políticas de orden general, para transformarse meramente en la garantía de seguridad para el capital concentrado. Para eso fue necesario privatizar y despolitizar áreas que previamente habían sido públicas, para reducir la posible intervención en el proceso económico de gobiernos democráticamente elegidos (el estigma del “populismo” ronda siempre como un fantasma frente a la democracia liberal). Este tipo de transformaciones que fueron llevados a cabo por el neoliberalismo implica un verdadero desarme, es decir, una pérdida de las herramientas del Estado para imponer la voluntad política sobre la de los agentes económicos. “Un ejemplo típico de una práctica cada vez más frecuente, es la creciente autonomía de los bancos centrales: con el argumento de evitar demandas “populistas”, en realidad se los aísla de la influencia y control populares que pudieran llegarle a través del gobierno” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

VACIAMIENTO DE LA POLÍTICA.

El corrimiento del eje de la política a la economía y la desnaturalización del Estado Nación, puesto al servicio del capital transnacional, explican el rol subordinado de la política. “Si la coyuntura producida por una historia concreta llega al punto de que el movimiento de la crítica social, disgregado, se ha vuelto impotente y, en consecuencia, la ideología dominante parece no tener alternativa, la democracia puede ser vaciada de todo su contenido molesto y potencialmente peligroso para el mercado. Su práctica termina siendo la de una democracia de baja intensidad. Uno puede votar libremente como mejor le plazca: blanco, azul, verde, rosa o rojo. De todos modos, eso no tendrá ningún efecto, porque la suerte del Pueblo se decide en otra parte, fuera del recinto del parlamento, en el mercado. La sumisión de la democracia al mercado (y no su convergencia) encuentra su reflejo en el lenguaje político. La alternancia (cambiar las caras para continuar haciendo lo mismo) ha reemplazado la alternativa (hacer cosas diferentes)” (Amin, 2003).

Pero, también es necesario reconocer que la crítica a los políticos de parte de diversos sectores económicos y de los medios masivos de comunicación (grupos económicos al fin), es utilizada como manera de disciplinar la política a la economía. Es decir, una especie de pretendida vacuna para evitar que cualquier decisión tomada en función de la representación democrática o en nombre del bien común pueda afectar intereses consolidados o predominantes del bloque de poder hegemónico.

Para verificar que el descrédito de los políticos no es sólo un problema latinoamericano como quieren hacernos creer desde los medios masivos de comunicación, no tenemos más que citar a la profesora de la Universidad de Cambridge Noreena Herz: “No puede sorprendernos que se apague la estrella de los políticos. Los ciudadanos perciben que la política tradicional es cada día más impotente y que los políticos no están dispuestos a defenderlos; por tanto, la abandonan en masa. (...) Mientras que en los años ochenta la democracia se expandió

por el mundo como forma predominante de gobierno, imbuida de legitimidad y demandando un apoyo masivo, durante los noventa cayó en casi todas partes la participación electoral, al tiempo que disminuía la afiliación a los partidos y las encuestas situaban la consideración que merecen los políticos por debajo de la valoración de los vigilantes de aparcamiento. (...). Los bajos índices de participación electoral, la pérdida de confianza y una corrupción cada vez más visible han contribuido a extender la sensación de que la política es inoperante. En la práctica, es como si los dos términos de la ecuación electoral hubieran renunciado a la democracia ante la sospecha de que, en realidad, las elecciones no producen ningún cambio importante. En un mundo en que los Estados demuestran ser menos eficaces que las empresas, la confianza en los gobiernos representativos ha descendido al nivel más bajo de la historia” (Hertz, 2002).

Aunque existe un debate acerca de si el desprestigio de la dirigencia política es de la misma naturaleza en los países centrales, lo cierto es que esta en la periferia es innegable¹. Más allá de esta discusión, lo concreto es que el desprestigio de la clase política se hace funcional al nuevo poder de los GET. Por ejemplo, en Argentina, la imposibilidad de garantizar la estabilidad del sistema que tuvieron todos los anteriores regímenes de democracia restringida en Argentina (58–62 y 63–66, frutos ambos de la proscripción de las mayorías populares expresadas en el peronismo) o la propia inestabilidad del proceso legítimamente democrático iniciado en el 73, fueron siempre una justificación suficiente de los grupos económicos cuestionar la utilidad de estos, alegando el “vacío de poder”. Fueron también la vía expedita para gobiernos militares que tuvieron, incluso desde el punto de vista del régimen la misma fragilidad. Ahora, en cambio, el capital transnacional pretende ejercer una presión determinante frente a gobiernos lo suficientemente débiles como para adecuarse a las imposiciones, sin necesidad de cambios bruscos de esta institucionalidad devaluada pero sostenible.

Condicionada por la reestructuración del poder, basada en su desprestigio, la decisión política debe restringirse “a negociar continuamente con los grandes grupos económicos nacionales y extranjeros, para los cuales este régimen aparece por ahora como más confiable que tantas dictaduras militares que terminaron por revelarse arbitrarias, inconsultas y difíciles de controlar. Uno de los parámetros principales de esta negociación es la separación tajante entre la económica y la política, conforme a los cánones del neoliberalismo. De acuerdo con la supuesta e inviolable lógica de la economía, los gobiernos están obligados, por ejemplo a darle una prioridad absoluta al pago de sus enormes deudas externas y/o internas y acatar las indicaciones (y las condicionalidades) del FMI o del

¹ Según una opinión no debemos trasladar lo que ocurre en nuestras tierras al sistema político de los países centrales (hacerlo implicaría caer en el defecto que les criticamos a los intelectuales primermundistas y a sus epígonos periféricos). Según esta postura, el funcionamiento de la democracia en particular en la Triada es sustancialmente diferente al del resto del mundo. En este sentido Heinz Dietrich sostiene: “Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre la democracia plutocrática del Primer Mundo y la del Tercer Mundo. La primera cuenta con el apoyo mayoritario de la población y su clase dominante ostenta, por ende, el carácter de clase dirigente. En el Tercer Mundo es clase dominante, y nada más” (Heinz Dietrich, 2003). Una opinión en contrario parece ser la del pensador egipcio Samir Amin cuando sostiene: “también aquí es elocuente el caso de los Estados Unidos. No hay partidos Demócrata y Republicano. Julios Nyerere decía, no sin ironía, que se trataba de dos partidos únicos. Bella definición de la democracia de baja intensidad. A fin de cuentas, entendida como tal por las clases populares de los Estados Unidos, que, como es de público conocimiento, no votan porque saben –y con razón– que no sirve para nada” (Amin, 2003).

Banco Mundial, independientemente de cualquier compromiso que hayan asumido con los votantes, aun de las necesidades más urgentes de estos. Es decir que, no sólo nos hallamos ante una democracia representativa que se asume sin mayores reparos como el gobierno de los políticos sino que, en este caso, se trata de políticos que, en general y so pretexto de las exigencias de la globalización o del temor a la fuga de capitales, aceptan sumisamente los pesados condicionamientos que les imponen las fuerzas económicas dominantes” (Nun, 2000).

Sin embargo, no se trata sólo de condicionamientos coyunturales de tipo ideológico a tal o cual gobierno de turno. El nuevo Estado, desguzado por el neoliberalismo y reestructurado conforme los intereses oligárquicos, marca el rumbo de la continuidad del proceso neoliberal más allá de los avatares electorales. Los centros decisorios gubernamentales y los sectores dirigenciales de los partidos políticos se quedan encorsetados además de por el desprestigio masivo, por una estructura jurídica a la que no dudamos en calificar –utilizando el concepto que usó don Arturo Jauretche para referirse a una situación similar en la década infame–: un verdadero estatuto legal del coloniaje. Ir rompiéndolo depende de una fuerte decisión política, de constancia y paciencia para ir desmadejando su estructuración legal y de un fuerte respaldo popular para ir sorteando los obstáculos que a cada paso han de poner los nichos de privilegio.

De modo tal que viene siendo fácil para los Grupos Económicos y otros intereses oligárquicos e imperialistas, a través de sus elementos en los medios de comunicación de atacar a cualquier medida que no responda a sus intereses o que tibiamente responda a un anhelo de justicia social básica de medida electoralista y nostálgica, aislacionista en relación al mundo actual, no adecuada a los tiempos que corren, los tiempos de la “inexorable” globalización.

Mas, el hecho de ser utilizados muchas veces como chivo expiatorio no exime de responsabilidad de la consolidación del modelo dependiente a la llamada clase política. Las representaciones electorales mayoritarias que históricamente –sobre todo en nuestro país– se convirtieron en herramienta idónea de expresión de la voluntad popular fueron perdiendo sustantividad, lo que verifica en una creciente pasividad respecto del acto comicial mismo, que en otras épocas era impensable. Este proceso sin duda es responsabilidad de una clase política venal y divorciada de los intereses populares, más que atenta a su inclusión económica individual que a los sufrimientos del Pueblo. Concomitantemente, junto con los problemas de deterioro de las condiciones sociales (proceso de exclusión económica) de la mayoría de la población se hace indisimulable la elevación del nivel de vida de la dirigencia política (proceso de inclusión), lo cual fue aumentando la crisis del delgado vínculo que unía a representantes y representados. Muchas veces se hace hasta obsceno observar la ostentación de las grandes fortunas personales que amasaron los principales dirigentes políticos en los últimos años. La aspiración económica individual de inclusión se constituyó muchas veces en determinante para comprender de qué lado se paró gran parte la dirigencia política a la hora de defender intereses.

En resumen, a nadie escapa que en los últimos años del siglo las redes de la influencia, intereses transnacionales y negocios fueron elaborando por adelantado, en modo creciente, decisiones económicas y políticas que luego fueron firmadas como propias por los gobiernos de las democracias condicionadas. En la medida en que el hombre común fue percibiendo que su voto tenía cada vez menos influencia sobre el funcionamiento de la economía y de la política, el ejercicio del sufragio fue dejando de generarle el entusiasmo de otros tiempos. Esta sensación que amplía la brecha entre sus posibilidades de decisión y la de ciertos actores, fue pesando

en su perspectiva de futuro. Es que en el marco de las democracias de baja intensidad, cruzadas por el credo neoliberal, es muy fuerte la percepción popular que no hay poder para contraponer a la voluntad omnímoda del capital. Esto puede llevar a una sensación colectiva de aparente derrota y desazón, tal como parecía encontrarse la sociedad argentina previa a la pueblada del 20 de diciembre del 2001². Pero también, hay que tener en cuenta que, de algún modo, la contracara de la ostentación del poder globalizante es la creciente conciencia de la exclusión política. Y los Pueblos tarde o temprano hacen tronar su escarmiento...

El sistema de democracias condicionadas ha instalado mecanismos institucionales que, aunque basados en la representación, parecen acentuar cada vez más la distancia entre el Pueblo y aquellos que tienen la tarea de gobernarlo, aun cuanto estos han sido elegidos por aquel, en los hechos se piensan a sí mismos más como garantes de una gobernabilidad que se logra ofreciendo seguridades al capital y otros agentes de la globalización. En los ámbitos políticos a esto se lo llamó el teorema de Baglini cuando más alto se asciende en la escala de gobierno más se distancia el político de los intereses del Pueblo³.

DEMOCRACIAS CONDICIONADAS Y LA TEORÍA DE LA REPRESENTACIÓN.

La separación entre el Pueblo y sus dirigentes que se materializa en la exclusión política de la actual etapa globalizante se conforma de alguna manera como la culminación de un proceso largo que se inicia con la representación como mecanismo de justificación política del gobierno.

“La doctrina de la representación. Se fue elaborando a partir de la Edad Media cuando se daba la dualidad entre Rex y Regnum. Este último tenía su organismo político en las llamadas Cortes o estados Generales, en donde la representación era por estamentos (clero, nobleza y burguesía). Por ende, los representantes de los mismos, llevaban a dichas asambleas poderes (cahiers), repletos de instrucciones sobre lo que tenían que hacer o pedir. Tal fue el origen del denominado mandato imperativo, que tiene su fuente en el derecho privado romanista y que, en el fondo es un convenio en el cual mandante y mandatario tienen derechos y obligaciones reciprocas, principalmente el segundo que deben celebrar determinado tipo de actos jurídicos. Estos actos, por una ficción jurídica, son imputables al mandante que se hace responsable de los mismos. (...) Cuando se produce la gran ruptura y –Sieyes mediante– se elabora la doctrina de la soberanía nacional, según la cual los mandatarios representan a la Nación y no a intereses sectoriales, se recurre a una ficción mayor aun: la del mandato representativo o doctrina de la repretación, que posibilitaría al órgano representativo actuar por su cuenta invocando la repretación de la Nación. Y esto es así, porque al no poder expresarse ella por ser una persona colectiva, solamente le da a los representantes el mandato de repre-

² Recordemos que en los comicios de octubre de 2001 fue muy fuerte el voto castigo a la clase política que se manifestó desde el altísimo abstencionismo hasta el llamado voto “Clemente”, poniendo en la urna en lugar de las boletas dibujos de personajes de caricaturas.

³ Se lo llama teorema de Baglini porque el diputado radical Raul Baglini fue quien lo formuló como si fuera una gran sentencia universal. Mariano Grondona, el periodista oficial del menemismo, lo plantea de este modo: “que cuando mas se acerca un político al poder más se modera y más va dejando de lado sus viejas ilusiones”, esta es la versión neoliberal, la versión popular es que en la media en que se acerca al poder traiciona sus principios históricos.

sentarla y por lo tanto, de hablar y hacer a nombre de ella” (Ortiz, 1996).

“Sólo téngase en cuenta que, al discurrir la democracia de directa a indirecta y volverse representativa, la teoría democrática declinó el mandato popular imperativo, que en la práctica imposibilitaba materialmente el ejercicio continuado y efectivo del gobierno indirecto sobre grandes territorios y poblaciones; pero en cuanto quiso de algún modo mantener siquiera ficticiamente la representación legítima de un todo único e invocó para ello a la Nación [Sieyes y su noción de soberanía], colocada ahora en el lugar del demos, no hizo sino independizar desde la doctrina misma a los sectores dirigentes y/o la clase política o lo que en cada caso sea y como se llama: la Nación sólo pudo ser interpretada por representantes de ella” (Strasser, 1995).

La burguesía con su disputa de poder estableció un régimen de representación política que la pone en el centro de la escena⁴. “Esta clase o estado se coloca al principio con cierta preponderancia junto a los otros dos estados, que se habían reservado el papel de representar a la comunidad. En un segundo tiempo llega incluso a sustituirlos y se afirma como la única clase representativa del país. Creo que es precisamente aquí donde nace la distinción entre derechos civiles, que se conceden a todos los ciudadanos, y derechos políticos⁵, que se reservan a los que pertenecen a la clase burguesa en cuanto representativa de toda la colectividad y de cuyos derechos civiles se hacen garante” (Zampetti, 1990).

Es decir, a partir de este momento el núcleo gobierno se hace representativo en el sentido referido, los individuos deben limitarse a atribuir, mediante el voto, su confianza a quienes deberán tomar las decisiones, pero no son ellos los que tienen que decidir. Todas las Cartas Magnas actuales tienen una cláusula similar al artículo 22 de nuestra Constitución, que establece: “el Pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes”. He aquí consagrada jurídicamente la teoría de la representación, que –en última instancia– no es otra cosa que una forma más o menos sutil de mantener al margen de los asuntos públicos a las mayorías populares. “Nuestros regímenes democráticos son claros herederos de la visión del gobierno representativo que consagró la Constitución de los Estados Unidos⁶, la cual buscó

⁴ Las revoluciones burguesas inauguraron la idea del constitucionalismo. Esto es la ley impuesta como límite a la acción de los poderosos. Las libertades, los derechos y las garantías actuaron de modo defensivo ante el poder. Esto también significaba un límite a la voluntad popular en el sentido que esta “tiene algunos límites prefijados –y estos, de suyo, empapan tanto con contornean su imperio–. La soberanía de este modelo es bicéfala, invisiblemente, o mayoría y Constitución en un sólo cuerpo” (Strasser, 1995). La orientación burguesa de la incipiente democracia europea le dio su fisonomía defensiva. Es lógico, surgiendo como antagonismo contra el poder absoluto de los monarcas, la democracia apareció como defensiva de los derechos, libertades sobre todo civiles –fundamentalmente económicas– de los ciudadanos. Sin embargo, es imprescindible entender que en este principio democratizador en sentido defensivo posibilitó también el crecimiento, los avances y las aspiraciones de una democracia en términos reales, efectivos, participativos. Por eso no es contradictorio afirmar que los liberales democráticos fueron en los países centrales expresión del progresismo de su época, aunque generalmente se restringieran al orden interno, sin cuestionar las condiciones ni el ejercicio de la dominación colonialista e imperialista.

⁵ Recordemos que en los tiempos de la revolución francesa el sufragio era censatario. Es decir, sólo votaban los propietarios que figuraban en el censo.

⁶ “De ahí la conocida paradoja que resume el politólogo francés Bernard Manin: “los gobiernos democráticos contemporáneos han evolucionado a partir de un sistema político que fue concebido por sus fundadores en oposición a la democracia” [ver los debates en Filadelfia de los padres de la patria norteamericanos como Hamilton o Madison “la voz pública, pronunciada por los representantes del pueblo resulte más acorde con el bien público que si fuera pronunciada por el pueblo mismo”] Para ser más precisos, el liberalismo se democratizó mediante la incorporación del sufragio universal como su casi único elemento democrático, pero manteniendo la

en forma deliberada que la economía quedara a salvo de los cambios políticos⁷. Esto significa que, librado a sí mismo, el mecanismo del que habla Shumpeter es parte de un engranaje que funciona con mucha eficacia para perpetuar (y no para modificar sustantivamente) el orden establecido” (Nun, 2000).

A esta concepción de democracia la ha desarrollado con claridad meridiana uno de los precursores del neoliberalismo: el austriaco Shumpeter. Según este intelectual europeo la democracia es el gobierno de los partidos, núcleos de la elite entre los que tiene que optar la gran masa del Pueblo. “Tradicionalmente suele creerse, dice Shumpeter⁸, que en una democracia el electorado define y decide las controversias políticas primero y designa después a un conjunto de representantes para que se ocupen de implementar tales decisiones. Está hablando, en esencia, de la visión que antes denominé gobierno del Pueblo. Sin embargo, añade, salvo casos excepcionales, en la práctica las cosas nunca suceden así. Por el contrario, la secuencia se invierte: primero se elige a los representantes y son éstos quienes luego se encargan de resolver las controversias y de tomar las decisiones”. Conforme a este razonamiento, la comunidad se divide siempre en un núcleo relativamente pequeño de dirigentes políticos y en una gran masa de ciudadanos, con una franja intermedia de militantes que operan como nexo. Los dirigentes (y sus asesores y sus técnicos) se organizan en partidos que reclutan militantes y que elaboran plataformas que después le proponen al electorado; y a éste solamente se lo convoca a optar entre ellas. Claro que no es la única vía por la cual las preferencias populares entran en el modelo. También lo hacen a través de la propia competencia entre los dirigentes, que se ven obligados a adecuar sus programas a estas preferencias para conseguir ganarse el favor de los votantes (Nun, 2000).

Este modelo de democracia shumpeteriano funciona de un modo similar a de la lógica de la economía de mercado. Los partidos vienen a ser las empresas que les ofrecen sus productos a ciudadanos que se comportan como si fueran consumidores. Estos no disponen de dinero sino de votos. “Pero en la óptica shumpeteriana no se trata de una mercado de competencia perfecta sino oligopólica, tanto por su alto grado de concentración como por la medida en que, inevitablemente, las preferencias del público acaban siendo siempre manipuladas. (...) a la vez, sus juicios tan negativos sobre el electorado hacía que a primera vista no se entienda por qué supone que los votantes estarán en condiciones de intervenir válidamente en esa competencia. Cabe una sola respuesta a esto, y no es demasiado sólida: se requeriría una menor dosis de racionalidad para elegir a los dirigentes, que para decidir las políticas a aplicar. Es ciertamente la solución por la que opta Shumpeter, para quien “la democracia significa tan sólo que el Pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarle”. De ahí que, según él, el método democrático no sea más que un “sistema institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha competitiva por el voto del Pueblo” (Nun, 2000).

Shumpeter no se anda con vueltas según su perspectiva la democracia no es el gobierno del Pueblo sino de los políticos. Esto explica además que estos se pro-

mayor parte de los marcos institucionales que le eran propios” (Nun, 2000).

⁷ Madison en “El Federalista” dice: “Los gobiernos populares son propensos al peligroso vicio de la violencia facciosa, desconsideran el bien común, la inestabilidad, la injusticia, la confusión, son sus enfermedades mortales. En las democracias populares, las decisiones de gobierno responden a mayorías que abruman al resto de la sociedad, que sacrifican a las minorías, son contrarias a los derechos privados y la seguridad de las personas” (citado por Strasser, 1995).

⁸ Citado por José Nun (2000).

fesionalicen, transformándose en especialistas. “Como en el caso de cualquier otra profesión, quienes la practican desarrollan entonces sus propios intereses, el principal de los cuales consiste en seguir ejerciéndola y en mantenerse en el poder una vez que llegan a él” (Nun, 2000).

Esta concepción schumpeteriana, no sería de trascendencia alguna o a lo sumo de una más de la utopías liberales desde la consolidación de la burguesía como clase en Europa, sino fuera porque este es el estilo y la idea de democracia que desde las usinas de la globalización proponen para uniformar a todo el mundo en su sistema de gobierno.

La naturaleza de la democracia excluyente que el globalismo impone en todas partes del mundo hace que el gobierno deje de tener como horizonte el crecimiento de la decisión popular y la profundización del autogobierno. Por el contrario, esta democracia de baja intensidad restringe la tarea política a los políticos o funcionarios y pone —en el mejor de los casos— en sus manos una tarea específica que es el mantenimiento de las libertades y las garantías, entroncando con la tradición defensiva de la democracia liberal burguesa. “Uno de los propósitos de dicha tarea es el cumplimiento de aquellos fines garantistas; lo demás, el resto de la tarea, es decir, gobernar y administrar Estado y país más allá de eso, queda al criterio y arbitrio de la clase gobernante, o lo en definitiva sea y como se llame. Una clase que, con la ciudadanía o el demos, democráticamente hablando, no tiene ahora otra relación más que la de ganar su opinión y, en particular, su voto, según lo que manda el primer principio de la democracia. Pero, conquistar el favor del electorado no es de ningún modo igual a hacerse representativa de él, auténticamente representativo de su parecer, su voluntad o su interés, si es que existen. Es únicamente ganar el derecho de representarlo, de tomar su lugar, el lugar de gobierno que tenía en la idea de autogobierno, de ser su comisionista” (Strasser, 1995).

En los años noventa las democracias condicionadas patrocinadas por las oligarquías transnacionales parecían extenderse por cada rincón de Nuestra América. La democracia en Latinoamérica en términos históricos se fue articulando entre dos tradiciones diferentes. Por un lado la mejor tradición liberal, constituida por el imperio de la ley, la defensa de los derechos y el respeto de la libertad individual, etc. Es decir, el contenido de crítica al despotismo de los sectores liberales revolucionarios que originados en Europa fueron expandiendo sus ideas sobre todo en el proceso de nuestra emancipación del Imperio Español. Y por otro lado la tradición popular cuya lógica es la del gobierno efectivo de las mayorías a través del verdadero ejercicio de la soberanía popular, conjugada inescindiblemente con la idea de justicia social distributiva en lo económico (Amalvy, 2004). Esta otra forma de democracia popular, se expresó fuertemente en el siglo XIX en los caudillos federales, a cuya organización militar, la montonera, con justicia llamó Arturo Jauretche “el sindicato del gaucho”. Una vez consolidados los Estados Nacionales latinoamericanos, y sobre todo pensando en nuestro país, podemos afirmar que por los poros de la tradición democrática liberal se fue filtrando la democracia popular. Con posterioridad y pese a los cálculos de la oligarquía que promulgó la ley Sáenz Peña (que sentó las bases de la democracia formal), logró llevar a Hipólito Yrigoyen a la primera magistratura. Esta democracia popular alcanzó su pináculo en nuestro país con el peronismo. Acaso por eso desde la academia se lo calificó despectivamente de populismo⁹.

Sobre todo a partir del fin de la última dictadura militar (1976–1983) se produjo

⁹ Ernesto Laclau es un pensador argentino que vive en Londres y dedicó gran parte de su obra a resignificar la categoría de populismo y en gran medida a justificar la práctica de las democracias populares. Ver “La razón populista” (2005).

un desequilibrio entre ambas y fruto de la dominación globalizante se fue vaciando el contenido de la democracia popular para que solamente prevalezcan los procedimientos de la formal. Mediante complejos mecanismos se fueron intentando tapar los resquicios por donde aquella filtraba. Fue así que se dio paso a una democracia de baja intensidad entroncada por el concepto schumpeteriano más crudo, una democracia representativa, donde no es el gobierno del Pueblo o voluntad general sino el gobierno de los políticos como actividad casi profesional que se legitima eventualmente a través del voto que funciona de acuerdo a la tradición espartana de aplaudir¹⁰ (Nun, 2000) a quien se elige entre los sectores gobernantes de la oligarquía... En el sistema democrático neoliberal, estos políticos ni siquiera son el verdadero sujeto de las decisiones políticas, puesto que ellos mismos son objeto de manipulación con el pretexto de las exigencias de la globalización, el temor de la fuga de capitales, etc. y por ende terminan (sin resistencia alguna por cierto) aplicando sumisamente los condicionamientos que les imponen las fuerzas económicas.

En última instancia, se produce lo profetizado por el politólogo italiano Zampetti: “la clase política instrumentaliza el sufragio universal, reduciéndolo: la clase económica, producto de una instrumentalización interna del sistema económico, instrumentaliza a su vez a los instrumentalizadores políticos. La trampa ha funcionado. El Estado ha quedado aprisionado, a merced de quienes lo han capturado y que hoy invocan ser liberados de su prisionero” (Zampetti, 1990).

De este modo la democracia, de un vehículo fuerte de transformación —particularmente en nuestro país que tuvo que ser suprimida frecuentemente por las dictaduras o bien proscribas las mayorías—, fue deviniendo inofensiva. La democracia de baja identidad, propugnada por las usinas del pensamiento neoliberal, el Departamento de Estado norteamericano y las empresas transnacionales, llegó finalmente a nuestras playas allá por los años ochenta, pasado el furor por la recuperación de la democracia electoral en 1983.

Sincrónicamente, como suele suceder, en los cuatro puntos cardinales de América Latina, se fueron imponiendo este tipo de democracias devaluadas, sin de participación popular. Esto no fue una casualidad sino algo pensado desde hace tiempo por los intelectuales orgánicos del sistema transnacional.

“Pienso en las advertencias de Huntington¹¹ y de otros acerca de los presuntos peligros que implicaba una participación excesiva del Pueblo en la política. Con mucha más razón cabría plantear ahora el problema inverso (sobre el que nada dijeron), esto es, la pérdida creciente de confianza de los votantes en un régimen sedicentemente representativo en el cual las elecciones cuentan cada vez menos debido a que los grandes capitalistas y sus grupos de presión tienen una participación desmesurada en las decisiones públicas” (Nun, 2000).

La referencia que hace el politólogo argentino José Nun tiene relación con do-

¹⁰ “Es que, en Esparta, el poder estaba en manos de una *élite* pero los miembros del consejo de la ciudad eran nombrados mediante un procedimiento que anticipaba en alguna medida lo que después sería la elección de representantes a través del sufragio en muchas democracias modernas. Los candidatos desfilaban ante los ciudadanos reunidos en asamblea (cuyo número no pasó nunca de unos 9 mil) y estos vivaban o no según sus preferencias. En un recinto adyacente, evaluadores imparciales registraban en tabletas escritas la intensidad de los aplausos y de los gritos que recibían los postulantes...” (Nun, 2000).

¹¹ En 1975 se publicó un estudio que resultaría muy influyente. Había sido encargado por la Comisión Trilateral, lo firmaban tres expertos reconocidos, el más importante era Samuel Huntington. Ya su título era elocuente: “La crisis de la democracia. Informe sobre la gobernabilidad de las democracias”.

cumentos elaborados por Samuel Huntington ya en la década de los setenta a instancias de la Comisión Trilateral. Preocupados —plena época de la derrota norteamericana en Vietnam— estos miembros fundadores de la oligarquía mundial que confluían en la Comisión encargaron el análisis de la democracia en Estados Unidos a un intelectual orgánico del sistema, Huntington (quien luego se hará más conocido a partir de su teoría del “Choque de las Civilizaciones” que justifica ideológicamente el avance imperialista ante los países productores de petróleo islámicos). Las conclusiones a las que llega este nefasto personaje son interesantes. Considera que en Norteamérica y en el mundo hay una suerte de “exceso de democracia” y recomienda cierta moderación para dos planos: afirma que la democracia es sólo uno de los caminos para la constitución de la autoridad y ésta no es necesariamente el único camino de aplicabilidad universal (lo que nos permite comprender porque en los setenta el Departamento de Estado norteamericano fue la fuente de sustento de cuanta dictadura hubo en Latinoamérica). La fundamentación para esto fue que en muchas situaciones el reclamo de pericia, experiencia y especialmente talento puede exceder la preextensión de la democracia como un camino de constitución de la autoridad. Y como se ve este argumento es el mismo que se pudo utilizar con posterioridad en el neoliberalismo para la “profesionalización” de la política, es decir, un eufemismo para referirse al vaciamiento de la democracia, debilitando la política y poniendo la decisión en manos de “técnicos” aparentemente impolutos pero que en realidad respondían a rajatabla a los mandatos imperiales. En segundo término, y mucho más interesante, sostiene Huntington que la operación efectiva de un sistema político democrático requiere algunas dosis de apatía y el no desarrollo de algunas iniciativas de individuos y grupos. Para ello recordaba que en el pasado toda sociedad democrática había tenido población marginada en mayor o menor medida, y ésta no tuvo activa participación en política. Dicho en buen criollo: la defensa irrestricta de una concepción elitista de la democracia, o en otras palabras, la condición de triunfo de una democracia adecuada al propio Imperio está en la no participación de las masas.

Los planteos de Huntington y la Trilateral se fueron plasmando en un Estado desarmado y refuncionalizado por las fuerzas transnacionales: una democracia condicionada en sus decisiones. Este marco fue engendrando una política vacía, cada vez con menos participación popular.

La política, vaciada de contenido, se restringe a una lucha por cargos y prebendas personales. Aparece diluida la disputa de intereses sociales concretos en ese marco institucional viciado, pues se coloca fuera de la discusión al interés hegemónico. Las posiciones políticas expresadas por los partidos políticos que se avienen a jugar al juego que propone esta democracia meramente formal no se basan siquiera en la confrontación de ideas en base a la lectura de la realidad, mucho menos de la pelea argumental en defensa de los intereses sociales que se representan. De esta forma el discurso político vaciado y viciado tienen tan sólo como eje a una opinión pública medida en función de encuestas, que no son más que una fotografía sesgada de relaciones puntuales —que parten de la voluntad de los monopolios de comunicación—, y toman en cuenta al hombre con un patrón abstracto de individuo que consume política (lógica idéntica del funcionamiento del mercado, es decir, la idea de democracia shumpeteriana). De este modo, se explica que en la política institucional de las democracias de baja intensidad —tanto en el debate parlamentario cuanto en la disputa entre los partidos— fue desapareciendo el conflicto social e ideológico. “La democracia se encuentra atribulada por los dilemas que plantea su viabilidad en la situación actual de América Latina.

El planteo reside pues en el progresivo vaciamiento de contenidos y propósitos, a resultas del cual la democracia latinoamericana quedaría convertida en una mueca monstruosa de sí misma, como un reseco cascarrón cuya majestuosidad simbólica sería insuficiente para ocultar su tremenda oquedad” dice con precisión el politólogo Atilio Borón para fines del siglo XX.

Una de las consecuencias claves del vaciamiento de la política es el apartamiento del hombre común de la política¹², del aumento de la apatía y la indiferencia respecto de los procesos electorales en los que estas democracias condicionadas se expresan. Tal y como lo pedía la Trilateral por la boca de Huntington. En síntesis, se produce distanciamiento entre sistema político y el colectivo social. La defección de la política y una crisis de expectativas respecto de un mundo mejor asociado a la misma, es sin duda uno de los principales motivos de la falta de expectativa en la participación, el hecho de casi dos décadas de democracias de baja intensidad caracterizadas por la concentración de la riqueza, y la exclusión social.

“Cuando disminuye el interés de la población por el mundo de la política, aumenta la desconfianza en los representantes y se limita la afiliación a los partidos, los políticos necesitan más que nunca de la influencia de fuerzas externas para ganar o retener el apoyo del electorado, ningún sector externo influye tanto como los medios de comunicación. Una editorial favorable o una aparición en el telediarios equivale a una comunicación gratuita con miles e incluso millones de personas a través de un medio que para muchos votantes es más fiable que la propaganda pagada” (Hertz, 2002). Se produce así el ciclo de retroalimentación entre la exclusión política, el poder creciente de los GET, y una clase política cómplice cada vez más transnacionalizada en su cúpula.

DOS CONCEPTOS DE DEMOCRACIA.

Para profundizar la perspectiva política de la exclusión es preciso penetrar los mecanismos que permiten el funcionamiento sin mayores sobresaltos de esta democracia condicionada. No alcanza con afirmar que este tipo de democracias son promovidas y bancadas desde el Departamento de Estado de la principal potencia imperialista y de otros diversos centros de poder mundial. No es suficiente con afirmar que es la forma más conveniente y sustentable para que los grupos empresarios, tanto de carácter local como transnacional, incrementen la concentración de la riqueza. No es la primera vez que existe la confluencia entre estos intereses (ejemplo de ello fueron las dictaduras militares de la etapa anterior en Latinoamérica) y que sin embargo jamás consiguieron estabilizarse. Su fragilidad era tan grande que terminaban cediendo a la apertura democrática a pesar del riesgo mismo que esta implicaba en su permeabilidad a la instalación de los intereses populares.

La cuestión democrática siempre fue históricamente una cuestión central en relación a la expresión de los intereses populares. Es decir, las libertades electorales ponían en riesgo el continuismo de los intereses dominantes. Por eso escamotear la democracia fue una constante en nuestra tierra latinoamericana. Allí

¹² “La democracia representativa resulta funcional a los sectores dominantes que por esa razón la han asumido exhibiéndola como expresión de la voluntad popular que vulneran. Es que al quedar vaciada la representatividad que se invoca, se ha transformado en el escudo político de los intereses minoritarios que la usufructúan, generando el escepticismo de la opinión pública” (Cerletti, 2003).

debemos encontrar la causa de la proliferación y permanencia de las dictaduras militares complacientes con el imperialismo. Si queremos penetrar en la razón profunda de las democracias condicionadas tenemos que desentrañar por qué esta verdad histórica pareció contradecirse en los últimos años con la práctica de una democracia en sentido formal que no sólo no ponía en cuestionamiento los intereses dominantes, sino paradójicamente los fortalecía.

La consolidación para fin de siglo del modelo neoliberal globalizante en el marco de las complacientes democracias formales sólo fue generando en los países centrales una resistencia desarticulada y juvenil, a la que los medios de comunicación llamaron “globalifóbica”. Aunque en los países periféricos esta resistencia fue más fuerte y persistente, lamentablemente no se trató de una resistencia expresada colectivamente por el conjunto de los Pueblos, como un proyecto aglutinante y alternativo; de confrontación y a la vez de propuesta de construcción de una sociedad distinta. No obstante, esta resistencia –más allá de sus limitaciones– fue dando sus frutos y la democracia real otra vez se va abriendo paso por los intersticios de una democracia formal que quiere aprisionarla. En el terreno concreto sobre todo en Latinoamérica actual se verifica una disputa concreta entre dos conceptos de democracia¹³. “El objeto del primer modelo [de democracia] es naturalmente la participación directa del demos en el gobierno de sí mismo, al efecto en el gobierno del Estado. En términos ideales, no hay aquí mediaciones, excepto las materialmente necesarias e inevitables (al fin de cuentas, éste también es un orden, que entonces precisa de suyo un mínimo de reglas y de autoridades, las vallas para la anarquía y el caos. El autogobierno no es desgobierno; como todo tipo de gobierno, implica mando y obediencia, y es el régimen del autogobierno posible del todo). (...) El objeto del segundo modelo es, lógicamente, según el diseño de esa ingeniería nueva que es la democracia indirecta, no ya la participación sino la representación de la ciudadanía en el gobierno del Estado. Pero también para que esa representación pueda existir, y además porque la democracia nueva está empapada por el liberalismo, es el garantizamiento jurídico a los mismos ciudadanos (y en su caso a todos los habitantes) de sus libertades y derechos reconocidos” (Strasser, 1995).

En síntesis, la contradicción se da entre una democracia procedimental, puramente de forma, que es concebida contracara complementaria del mercado. Y una democracia real, de contenido, en la que la política no es ajena a lo que le sucede al conjunto del Pueblo. Es decir, a mayor deterioro de las condiciones de vida populares, esta última concepción –que es la nuestra– considera que hay niveles menores de democracia. Estas dos formas distintas de concebir a la democracia no se excluyen entre sí, pero no son idénticas. De hecho sobre las trabas y las trampas de la democracia formal debe hoy ir abriéndose paso la democracia real. Eso creemos nosotros.

La primera, la democracia formal, es la que propone universalmente la globalización. A esos procedimientos se refieren con la palabra democracia los po-

deres imperiales y en ella se enraíza la exclusión política. La globalización está dispuesta a tolerar sólo este tipo de democracia sobre todo en la medida en que es funcional a sus intereses concretos.

Según el norteamericano Robert Dahl (1991) las condiciones de la democracia (por supuesto que sólo de la formal) son: “1) la elección de los funcionarios por el voto; 2) realización de elecciones libres, limpias y frecuentes; 3) que todos los adultos puedan votar; 4) que la mayor parte de los adultos puedan ser elegidos para desempeñar una función pública; 5) la libertad de expresión; 6) el acceso a la información alternativa y 7) la autonomía de las asociaciones (incluidos los partidos políticos y grupos de interés)”. En esta definición están contenidos los elementos formalmente “correctos” de las nuevas democracias que se fueron instalando (no sin presión transnacional) en la mayoría de los países del globo. El alcance del concepto de democracia de la mundialización se restringe a eso.

Heinz Dietrich hace un aporte a la caracterización de este tipo de democracia: “El grado de democracia formal en un sistema social puede evaluarse en términos de la existencia y el funcionamiento efectivo de las siguientes instituciones, entendidas por el liberalismo político burgués como constitutivas: 1. La división de poderes (Montesquieu); 2. La constitución (Carta Magna), con una clara definición formal democrática de los poderes, derechos y obligaciones de las entidades colectivas e individuales de la Nación, el reconocimiento a la soberanía del Pueblo como única fuente de legitimidad de las autoridades estatales y, por consiguiente, el derecho al tiranicidio, 3. Un sistema formal democrático de elección de los representantes políticos de la Nación, desde el nivel municipal hasta el federal, mediatizado por partidos políticos; 4. El parlamento como representante de la soberanía del poder popular; 5. Una estructura federativa de Estado; 6. La existencia de medios de comunicación que no son propiedad del Estado; 7. El libre acceso o/y usufructo de la propiedad privada y la protección de la misma; 8. El Estado de derecho, incluyendo la protección de minorías; 9. La dicotomía constitutiva entre la esfera privada y la esfera pública” (Heinz Dietrich, 2003).

En las democracias formales de cuño shumpeteriano el elemento “democrático” clave lo constituye la competencia electoral. La democracia es restringida a que el Pueblo tenga la oportunidad de elegir entre los hombres y mujeres –propuestos por los partidos políticos habilitados a tal efecto– para gobernarle. La existencia de partidos formalmente reconocidos, la competencia entre dirigentes y las elecciones periódicas son ser los ejes del sistema y a ello debe restringirse la participación ciudadana. Lo único que importa es que a través del voto, el Pueblo autorice –legitimando– cada tantos años a quienes se encargarán de decidir por él.

Uno de los puntos clave de la concepción formal de la democracia es que el sistema electoral es concebido como el garante y el límite de la participación de las mayorías en los asuntos públicos.

“El sistema político de los Estados occidentales se expresa en el régimen liberal-democrático, a través del cual el poder político recibe su legitimación del cuerpo electoral. Éste, de limitado que era, se ha extendido enormemente hasta comprender a todos los ciudadanos mayores de edad” (Zampetti, 1990). El nivel en el que opera la contradicción entre democracia formal y democracia real es producto de la confrontación de fuerzas entre sectores populares y oligárquicos. Por eso es importante entender que la ampliación de la base democrática se fue haciendo paulatinamente en la mayoría de los países europeos y americanos, sin tremendas

¹³ El ensayista Heinz Dietrich le agrega un tercer concepto. “La democracia como una propiedad (característica) de los sistemas sociales puede concebirse en tres dimensiones: 1) la social, entendida como la calidad de vida material, 2) la formal, definida como el conjunto de determinadas reglas generales de poderes, derechos y obligaciones de las diversas entidades que componen el sistema; 3) la participativa, entendida como la decisión real de los asuntos públicos transcendentales por parte de la mayorías de la sociedad, con la debida protección de las minorías (Heinz Dietrich, 2003). Nosotros creemos, particularmente, que tanto la primera (democracia social) como la tercera (participativa) son concurrentes, es decir, en los términos actuales la una no se puede dar sin la otra. Es por eso que nos limitamos a enunciar sólo dos conceptos de democracia.

sacudidas, pero no sin lucha por la obtención de reivindicaciones democráticas¹⁴. Originariamente el voto se restringía sólo a los hombres propietarios, sólo estos eran considerados ciudadanos¹⁵. “El sufragio censatario [con base en el censo de propiedad], que establece una diferenciación entre los ciudadanos, es el reconocimiento de la *leadership* de la clase burguesa y de la función que ésta está llamada a desempeñar en la sociedad. Y puesto que los burgueses son los propietarios, es decir, los que han adquirido bienes con su trabajo; en otros términos, los propietarios activos, el derecho de voto representa el reconocimiento del derecho de propiedad; mejor dicho, expresa el derecho de propiedad. Es importante —afirmaba Stuart Mill— que la asamblea que vota los impuestos generales y locales sea elegida exclusivamente por quienes pagarán una parte de estos impuestos” (Zampetti, 1990). La extensión ulterior de los derechos democráticos a otras personas que no fueran ciudadanos/propietarios no fue el producto espontáneo del desarrollo capitalista ni la expresión de una exigencia de este último. Muy por el contrario, esta extensión fue conquistada progresivamente¹⁶ por las víctimas del sistema: la clase obrera y, más tarde, las mujeres; es el resultado de luchas contra el sistema.

¹⁴ “Bajo el pabellón de la lucha contra el igualitarismo democrático, que “sobrecarga al Estado” y le obliga a recaudar impuestos y destinar fondos para los más diversos programas sociales que, supuestamente, serían mejor empelados por el “sector privado de la economía”, los poderes transnacionales exigen una “moderación de la democracia” que, por un parte, apuntale el gobierno de las elites y, por otra, estimule la parte del resto de la población, a través de una “reducción de las expectativas” de los pobres y las clases medias. Detrás de estas exigencias se oculta el reconocimiento —hecho explícito alguna vez por la Comisión Trilateral— de que toda “sociedad democrática” necesita de una población marginal que no participe en la política de forma activa. Cuanto más vasta y diversa sea esta población, más efectivos será el funcionamiento de la democracia burguesa. No es casual que la oligarquía financiera, a la que los pueblos tuvieron que arrancarse a sangre y fuego el derecho al sufragio universal sea hoy la gran promotora y defensora del sistema de gobierno basado en “elecciones libres” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

¹⁵ “Los pensadores de la época de la Ilustración eran más exigentes que el común de nuestros contemporáneos vulgares. Aquellos se habían planteado la doble pregunta del porque de esta convergencia [entre democracia y mercado] y de sus condiciones. Al primer interrogante, respondían lo que les inspiraba su concepto de razón, denominador común de los modos de gestión preconizados aquí y allá. Si los hombres son razonables, los resultados de sus elecciones políticas no pueden sino tonificar los resultados que el mercado produce a su lado. Con la condición, por supuesto, de que se reserven los derechos democráticos a los únicos seres dotados de razón, es decir, a ciertos hombres, pero o a las mujeres (que, como se sabe, sólo son sentimentales e irrazonables) ni, evidentemente, a los esclavos, los pobres y los desposeídos (los proletarios), que sólo obedecen a sus instintos. La democracia sólo puede ser censataria, reservada a aquellos que son simultáneamente ciudadanos y empresarios. Fácilmente se comprende que es muy probable que las decisiones electivas de estos señores siempre —o casi siempre— estén de conformidad con sus intereses capitalistas” (Amin, 2003).

¹⁶ El Dr. Tulio Ortiz hace el siguiente cuadro de la evolución del sufragio en los países centrales: En Inglaterra: 1832 sufragio censatario (votan los propietarios). 1867: se amplía el cuerpo electoral de tal modo que en la práctica el voto se convierte en universal masculino. 1872 se implanta el sufragio secreto. 1883 control de fondos electorales. 1884 pone en pie de igual al campo y a la ciudad, lo cual le daba el voto a los trabajadores agrícolas. 1918 voto femenino (30 años como mínimo de edad). El voto masculino se hace verdaderamente universal pues se suprimen ciertos requisitos censatarios insignificantes que aun subsistían. 1928 la mujer puede votar desde los 21. En Francia “1815/1848 El voto fue calificado censatario. Lo mismo para los candidatos que debían reunir requisitos de edad e ingresos altos. 1848/1851 Se estableció el voto secreto y universal. 1851/1870 Eh el II imperio se lo mantuvo, pero con modificación en cuanto a las formas de representación en las cámaras. 1875 se estableció el voto universal que perdura desde entonces (Ortiz, 1996).

Tal como reconocen algunos científicos políticos no sospechosos de “revolucionarios”, la extensión de las democracias condicionadas son formas de gobierno propias de la globalización. “Así como el número de democracias ha aumentado, su calidad parece decrecida, ganando lugar los bien fundados lamentos de nuevas democracias que han degenerado dentro de meras democracias “electoralistas” o “delegativas”. Si no totalmente defectivas democracias con dominios de reserva para el privilegio de elites sin *accountability* [responsabilidad]” (Offe, 1998)¹⁷.

En contraposición con este concepto de democracia se pronuncia el escritor Eduardo Galeano: “Habrá que inventar un diccionario nuevo para el próximo siglo. La que se denomina “democracia universal” no tiene prácticamente nada de democrática, al igual que el pretendido socialismo real no tenía prácticamente nada de socialista. Nunca la distribución de los panes y los peces fue tan anti-democrática; hay para todos, pero pocos son los que comen de ellos y los cuatro quintos de la humanidad deben pagar la factura del despilfarro de los elegidos. El orden de los poderosos, consagrado por la sociedad de consumo, transforma a los débiles en rehenes dominados por el miedo” (Galeano, 1999).

La restricción de la participación popular al voto como ejercicio de la opción (en contraposición a la elección verdadera) no es más que la traducción política de la ficción de la libertad de decisión del consumidor en el mercado. De este modo la verdadera decisión política tanto como la económica se concentra en manos de unos pocos. “Desde la visión del neoliberalismo el ciudadano se equipara con el cliente, el usuario, interesado en la libertad de realización y sus posibilidades en el mercado y aspira solamente al disfrute de los bienes y servicios de la sociedad de consumo” (Galli, 2000).

Más allá de esta concepción de la política cruzada por el mercado, es imprescindible remarcar que es tan frágil este concepto de defensa irrestricta incluso de esta democracia formal en la boca de los poderosos del mundo que “si, en determinadas circunstancias, las mayorías logran elegir un gobierno verdaderamente popular y democrático, la clase dominante no duda en desconocer sus propias reglas y preparar hasta golpes de estado. El control de la decisión política (y en última instancia de la democracia toda) en manos de los actores principales de la globalización hace que generalmente no se pongan trabas a las organizaciones políticas, incluso a las revolucionarias. Confían en los obstáculos estructurales a una alternativa genuina al modelo neoliberal globalizante. Aunque el imperialismo jamás va a descartar actuar como ya lo ha hecho en el pasado valiéndose de golpes militares cuando la cosa se les desmadraba. Lo hicieron, por nombrar dos casos fuera de nuestro país, en 1973 en el Chile socialista de Salvador Allende recurriendo a la conjunción de Grupos Económicos Transnacionales como la ITT y sectores de las fuerzas armadas pro-norteamericanos. Y lo volvieron hacer 20 años después, repitiendo el modelo, contra el también elegido democráticamente Comandante Hugo Chávez Frías. En la Venezuela Bolivariana, una conjunción de intereses entre una burguesía transnacionalizada, el imperialismo y los GET intentaron un golpe usando a un sector de las fuerzas armadas y la policía. Pero esta vez la inmediata reacción del Pueblo venezolano y un sector nacionalista de sus fuerzas armadas hizo que el golpe fuera fallido, acaso mostrando que ya no hay lugar en Sudamérica para dictaduras títere al estilo de las décadas pasadas. Todo esto sin perjuicio que demostró cual es el comportamiento de los Estados Imperialistas gendarmes de la globalización respecto de la “democracia”, pues estos no sólo instigaron el golpe, sino que además fueron los primeros en reconocer al espurio gobierno del empresario Carmona (nos referimos a la España de Aznar y a los EEUU de Bush).

¹⁷ Citado por García Delgado, 1999.

En síntesis, el sistema de gobierno que propone la globalización, se manifiesta en un modelo único de democracia: las democracias liberales electoralistas, sustentadas en una concepción formal e instrumental. Esto conlleva de algún modo el triunfo de la “libertad ciudadana” por sobre “la autodeterminación de los pueblos”, es decir, por sobre la “libertad de los pueblos”. El sistema representativo liberal se caracteriza por que otorga la posibilidad de elegir “libremente” entre las limitadas ofertas partidarias a quienes han de decidir en lugar del Pueblo. Estos representantes no pueden ser cambiados hasta que no finalicen su mandato (mandato que no es tal, pues sino se ajusta el mandatario a las reglas del mandante igualmente no puede ser removido, independizándose así la voluntad del primero respecto del segundo). Según las palabras del propio padre, o bien abuelo, del neoliberalismo, el ya citado Shumpeter, la razón de ser del sistema electoral consiste en garantizar el acceso equitativo y la rotación de las diferentes fracciones de la elite, al poder del Estado, todo esto sin permitir la participación real del Pueblo. En las democracias formales sólo puede optarse entre el restringido menú que ofrecen los partidos para el ejercicio del gobierno pero no es posible decidir por la vida¹⁸, o sea por el acceso concreto a la educación el trabajo, la vivienda digna, etc. (todas estas cuestiones son sólo regidas por el mercado).

En otras palabras, existen una serie de elecciones que estas democracias formales quisieran excluir del menú de opciones: elegir construir la identidad siendo parte de los de afuera de la cultura globalizada, única, mercadocrática. De hecho, el temor más grande de estas democracias restringidas es que por sus grietas se filtre la posibilidad de negar el propio sistema de dominación y optar por el camino propio y autónomo de construcción de nuestra identidad colectiva como Nación. Y esto es lo que viene pasando poco a poco en Nuestra América en los últimos años.

Porque conviene aclarar que lo que nosotros proponemos no es defenestrar la democracia formal en alas del ensalzamiento de una democracia real de carácter ideal. Por el contrario, la idea es que la democracia real debe partir de los límites de la democracia formal para ir desarrollándose. Esto no es lo mismo que lo que repetidamente se escucha en ámbitos periodísticos, académicos y políticos: “los defectos de la democracia se corrigen con más democracia”. Esto es cierto cuando se confronta la democracia con las salidas autoritarias militares que ya no tiene más plafón para realizarse en nuestro continente —como acaso lo haya demostrado el caso venezolano—. En otras palabras, para dar el salto cualitativo que implica pasar de la democracia formal a la real no alcanza con mantener todo en el marco y los encorsetamientos de los procedimientos. Sólo la participación popular real y concreta en defensa de sus intereses nacionales puede desequilibrar la balanza para pegar ese salto cualitativo. No es que no haya más alternativas que conformarse con una democracia formal, con una política vaciada y viciada, caracterizada por la exclusión de las mayorías populares de la política ... Por eso, repetimos hay que forzar los límites de una democracia formal, para que, partiendo de ésta podamos ir conquistando una democracia real.

Pero también es cierto que más allá de las filtraciones, la dinámica propia de la democracia formal afecta al orden democrático real, al desprestigiar y vaciar de poder a órganos representativos, que quedan reducidos a un simple juego de formas complacientes con la sociedad dicotómica de la exclusión económica y la opulencia.

¹⁸ En la concepción liberal de la democracia formal se elige sólo personas y se dejan fuera del campo de las decisiones políticas a nivel popular a una gran cantidad de asuntos que se ponen en manos de “especialistas” o “técnicos”, por esta vía se cuele el pensamiento único y la formación política neoliberal que tienen muchos de estos “profesionales” del gobierno (Nun, 2000).

Sin duda que las asimetrías en el acceso a bienes tales como salud, educación, cultura, vida económica, seguridad, etc. ponen en cuestionamiento no sólo a las democracias condicionadas sino a la democracia toda, e incluso más allá a la política misma. Y todo esto contribuye, como decíamos, a la desesperanza y va en desmedro de la participación popular. Es decir, la práctica misma, con su carácter subordinada a la economía de la política es un mecanismo de desacreditación de ésta, terminándose de conformar así un complejo mecanismo de exclusión política.

Pensar los caminos de cómo se supera la exclusión política que le pone el techo a esta democracia formal, es uno de los aspectos centrales que nos planteamos. Como dice el profesor mexicano Flores Olea recogiendo la idea de democracia real: “La democracia no es sólo para elegir representantes con apego a derecho sino para decidir el contenido de las políticas y su dirección. De ahí que la democracia deba ponerse al servicio real de la sociedad y no fungir únicamente como mediación conveniente al servicio de intereses particulares. Tal exploración sobre las posibilidades de una democracia radical, de innegables consecuencias prácticas y políticas, nos parece aspecto esencial de estudio” (Flores Olea, 1999).

En última instancia como dice el lingüista norteamericano Noam Chomsky contraponiendo los dos conceptos de democracia: “un sistema es democrático cuando ofrece posibilidades de que la generalidad de la población juegue un papel significativo en la administración de los asuntos públicos” (Chomsky, 1995). En cambio para la democracia formal “la sociedad es democrática cuando imperan los procesos empresariales sin interferencias de la chusma inoportuna. (...) Permitir que la generalidad de la población tenga alguna influencia sería un desastre para los que controlan el poder y el privilegio” (Chomsky, 1995). En definitiva, lo que define en su esencia a un régimen democrático auténtico es el concepto de soberanía popular. Ningún mecanismo institucional, ninguna estructura del Estado, ni las Constituciones mismas pueden funcionar por encima o legitimarse al margen de ese concepto, a menos que se acepte entonces que el régimen en cuestión dejó de ser una auténtica democracia. Y el concepto de soberanía popular contiene un principio inviolable: la legitimidad del poder surge sólo de la voluntad del Pueblo. Sin tomar en cuenta el desarrollo concreto de la vida de un Pueblo ningún régimen político merece el nombre de democracia. No existe nada que defina mejor el ejercicio de la verdadera soberanía popular que la participación del Pueblo en política de modo directo.

La democracia real es la opción no sólo por el principio de la soberanía popular sino por el mayor ejercicio directo posible, efectivo y no mediado de la misma. En otras palabras, el autogobierno del pueblo, que es por definición la democracia, se constituye de delegativa en participativa en la medida en que los sectores populares se apropien de la política, interviniendo de modo creciente en la disputa del poder político y que todas las decisiones fundamentales pasen por la opinión o la voluntad mayoritaria del conjunto del Pueblo. La justificación ideológica o doctrinaria de la democracia participativa se funda en la política entendida como disputa de intereses concretos o bien como dice el profesor Strasser: “Los principales argumentos del democratismo tratan de la superioridad racional y moral del juicio colectivo por sobre el de unas u otras minorías” (Strasser, 1995).

La reconstrucción de la democracia y de la política como herramienta de liberación, no sólo reclaman reflexiones en orden al plano material concreto, sino también sino también en orden al plano ético —tales como los requerimientos derivados de la dignidad de la persona humana o de la solidaridad que impone el sufrimiento ajeno—. Pero también implica grados de creación que permitan ima-

ginar todos los mecanismos posibles para que esa participación se desarrolle, se haga lo más efectiva posible. He aquí una verdadera reflexión sobre una democracia, no sólo como forma sino como contenido; ¿Qué significa hoy la soberanía popular? ¿Es posible o aceptable un sistema político democrático que permanentemente deteriore las condiciones de vida del soberano? ¿Cómo se puede contrarrestar aquellos intereses, que no son los del Pueblo, pero manejar las decisiones de estas democracias formales? ¿Cómo es posible superar los límites de la teoría de la representación para ir caminando hacia una democracia más directa?

DEMOCRACIA FORMAL Y EXCLUSIÓN POLÍTICA.

La globalización se propuso encerrar la democracia entre cuatro paredes. La democracia debía salir de los espacios públicos, como la Plaza, en donde el Pueblo puede manifestarse. “Esta es una de las razones que explica la escasez de demanda de espacios privados–públicos, y el hecho de que los pocos que existen estén vacíos casi todo el tiempo condiciona su reducción e incluso su desaparición. Otra razón para que los espacios públicos tiendan a desaparecer es la flagrante carencia de importancia de todo lo que ocurre en ellos. Si suponemos por un momento que sucede algo extraordinario, y los espacios privados–públicos [la plaza] se llenan de ciudadanos deseosos de debatir sobre sus valores y de discutir las leyes que los guían... ¿dónde encontrarían la agencia [organización–grupo político] suficientemente poderosa como para llevar a cabo sus resoluciones? Los poderes más fuertes circulan o fluyen, y las decisiones más decisivas se toman en un espacio muy distante del ágora o incluso del espacio público políticamente institucionalizado; para las instituciones políticas de turno, esas decisiones están fuera de su ámbito y fuera de su control” (Bauman, 2003). El verdadero poder siempre tratará de permanecer a una distancia segura de la política, y la política será impotente para hacer lo que se espera de ella: exigir a todas y cada una de las formas de asociación humana la transformación que camine hacia la instauración de un mundo más justo y solidario.

El sistema globalizado de democracia es un modelo que incluye a las clases subordinadas en la esfera política, sólo muy parcialmente. Para expresarlo crudamente, el sistema capitalista global tiene muy poca necesidad de las clases subordinadas en esta esfera. Pasa una cuestión similar a la que sucede en el plano de la producción. En las democracias formales, los partidos deben ser capaces de concitar la atención de las masas en el momento del voto –no importa si votan tan sólo unos pocos (recordemos en la mayoría de las democracias occidentales el voto no es obligatorio y sólo vota un porcentaje del total del padrón) –sobre el restringido menú de candidatos que ellos proponen y que los medios masivos de comunicación instalan como opciones.

Se pueden escuchar diversas respuestas acerca de los mecanismos sobre los que se sustentan estas democracias condicionadas, aunque todas ellas fragmentarias, parcializadas. Así, algunos encuentran una de las claves en la hegemonía ideológica de los grupos de poder concentrado en esta globalización. El monopolio absoluto de la palabra, se proyecta a todas partes de mundo. Los medios producen “la verdad” (como los equipos de producción “producen” los programas en los canales de televisión o en la radio). Haciendo hincapié en el aparato cultural de dominación y su perfeccionamiento, esta posición deduce de la mentada hegemonía cultural, la exclusión política y la fragmentación de los conflictos sociales en su representación de intereses popula-

res y su imposibilidad de condensarse en poder político en el Estado.

Algunos autores –de matriz marxista– ponen de relevancia el nivel de la estructura económica y su reflejo necesario en la política. La existencia en el plano estructural de organismos excluyentes como los GET no puede dejar de reproducirse en el plano político de forma similar.

Existe también una explicación que mezcla lo político y lo económico. Así como la extensión del sufragio¹⁹ se va dando en Europa a partir de la extensión del consumo de este modo las democracias occidentales fueron alcanzando su techo. Y a partir del cuestionamiento sobre el costo del Estado de bienestar keynesiano las oligarquías de los países centrales comenzaron a modelar el proyecto de sociedad excluyente. Por eso es que se fue construyendo un modelo de democracia de baja intensidad en donde ni siquiera funcionaba la identidad y el paralelo entre consumidor y elector. Al restringir el acceso al consumo, deja sin sustento a la democracia formal pues en ésta se manifiesta el claro retroceso de los sectores populares que no puede ser ocultado bajo la alfombra. Con la exclusión económica de amplios sectores del Pueblo su ficción de decisión política se hace más débil. La democracia ya no está atada al crecimiento de los derechos sociales y políticos como arrancó desde el sufragio censatario, sino que ahora puede convertirse en cómplice del conculcamiento de derechos sociales.

Otro nivel de explicación lo podemos hallar en la segregación territorial de la que son objeto los excluidos, a la que ya hemos hecho referencia en otros capítulos. Ésta rompe la coherencia y cohesión regional y nacional y social del excluido, provocando un divorcio entre la política y la vida concreta de las personas, entre persona y comunidad, o bien individuo y sociedad, como se prefiera.

Pero sin duda, existen también explicaciones que se centran en variables y mecanismos puramente políticos de sustentación de esta democracia de minorías. Algunos mecanismos ya son viejos por estas playas, tales como la cooptación de estructuras que expresan la continuidad visible de antiguas instancias de movimientos populares. Sin entender la desnaturalización del movimiento nacional y popular y el *aggiornamento* de una dirigencia dispuesta a cualquier concesión con tal de mantenerse en el poder, es difícil comprender cuales fueron los alcances de la implementación del modelo neoliberal en nuestro país.

Otras posiciones de análisis dan cuenta de mecanismos igualmente políticos, pero más innovadores, que se montan sobre discursos que maquillan el posibilismo con una reivindicación de mayores cuotas de democracia formal o bien solamente con “transparencia”. En nombre de una supuesta “ética republicana”, esta variante, canaliza a la disidencia progresista y “bien pensante” y lamentablemente muchas veces también genera expectativas en los sectores medios progresistas. Generalmente se presenta como discurso opositor, de crítica permanente a los mecanismos ejecutivos de la sociedad política, aunque siempre termina sucumbiendo a las reglas y procesos generales de estos cuando alcanza puestos ejecutivos de gobierno (el ciclo del Frepaso en este caso fue paradigmático, de opositor hipercrítico al menemismo terminó siendo el sustento de la también neoliberal Alianza y, aun más, la llave del regreso a la cartera de Economía del fundamentalista neoliberal Domingo Cavallo).

¹⁹ Desde el restringido derecho censatario al voto hasta el sufragio universal el voto se ha ido extendiendo cada vez más. Pero se produjo un desfase pues la propiedad (pertenencia a esa clase burguesa motor de los cambios) no se extendió en la misma forma que el voto. “el sistema representativo se basa en una ficción, o bien ha dejado de ser tal, ha modificado completamente su naturaleza (Zampetti, 1990).

En un nivel más profundo, hay que hablar de toda una operación para vaciar de contenido la democracia a escala mundial, conforme la necesidad expresada por la Trilateral. Para fundamentar conceptualmente esta democracia formal y condicionada, fue menester construir el fundamento de la no participación popular en la política. Esta tiene dos vertientes principales: por un lado se plantea la corrupción intrínseca del poder: el poder siempre corrompe. Teoría que no es nueva, por cierto, pues viene desde la oligarquía inglesa y es magistralmente expresada por Shakespeare en sus obras, siguiendo el itinerario de las tragedias griegas. Los medios de comunicación masiva, con sus incesantes denuncias, con las caídas en desgracia de uno u otro funcionario del propio sistema, van contribuyendo en realidad más que a la conciencia colectiva de la corrupción, a la instalación de este concepto de poder corrupto.

La conducta de una clase política venal, tal como decíamos, convierte a la política misma en el chivo expiatorio de todos los males. En un proceso complejo que tiene dos consecuencias principales. Por un lado, se desresponsabilizan del sistema de opresión sus principales agentes: los GET. Es decir, culpando a los políticos de todos los males se exime de culpa y cargo a los gerentes, los funcionarios de organismos internacionales, los tecnócratas, y los comunicadores sociales a su servicio, ninguno de los cuales accede por voto democrático a sus sitios de decisión. Al mismo tiempo que niega a la política, a toda política, aun a la que pretende ser utilizada como herramienta de liberación y se la muestra generalmente como el lugar de la corrupción...

“Crece la impresión de que los políticos son impotentes, ineficaces y poco honrados, y de que los gobiernos, obsesionados con asuntos políticos internos de escasa relevancia, sumidos en la corrupción, anclados en conceptos anticuados de autoridad y dominación por los hombres de negocios, son incapaces de cumplir sus promesas. Apenas se distingue ya la incompetencia de la corrupción, al tiempo que, hoy en un país mañana en otro, no deja de descubrirse la participación de políticos importantes en todo tipo de corruptelas” (Hertz, 2002)

Paralelamente, se argumenta que la no participación se basa en las características “apáticas” e “indolentes” del Pueblo que “nos toco en desgracia”. Este planteo, que tampoco es nuevo, se funda en concepciones profundamente elitistas, fomenta la destrucción de la autoestima de los sectores populares. Según ella el Pueblo no está “preparado” para actuar en política, es decir, de pertenecer al círculo de los políticos, que es un subconjunto de los ricos y famosos. Su opinión no cuenta, por no estar debidamente ni informados (por los medios masivos) ni formados (en la academia). ¡Como si esta formación e información les sirviera a aquellos que la tienen para decidir correctamente en términos políticos o traer soluciones a los males del país en su conjunto! Así la política es presentada como una profesión casi privativa del Hombre Único, el modelo (que niega las diferencias) el varón, blanco, adulto, rico, racional, educado, etc. Sólo este tipo de personas aparece como la que puede llegar al éxito también en el plano político. Y el falaz argumento de su justificación es: ¿no son aquellos hombres exitosos en la política y los negocios? Esto a su vez también sirve para confirmar la corrupción ¿No son aquella clase política, detentadora del poder el ejemplo mismo de la corrupción? Un círculo vicioso del que va siendo muy difícil salir.

“Cuando la sociedad vivencia que las cúpulas partidarias, las dirigencias, la clase política, los elegidos, no tienen ninguna o muy escasa afinidad con ella, no atienden sus demandas, no guardan lealtad al compromisos que el rol a su cargo les implica asumir, y en cambio, priorizan en ellos otros interés que no son los que la sociedad

ambiciona que les gestionen a su nombre, que le defiendan y que le promuevan, hay crisis o hasta ausencia de representatividad. Y esto no se remedia con normas, sino con conductas propias de la cultura política” (Amalvy, 2004).

Algunos autores consideran que esta crisis de representatividad no es tanto un desajuste de la relación entre representantes y representados, sino más bien un desfasaje entre el pensamiento y la práctica global de gran parte de la dirigencia política y la naturaleza pegada a lo local en la que subsisten los excluidos. Por el contrario, en su estudio relativamente reciente sobre la “sociedad informática” en ciernes, Manuel Castells sugiere que, mientras el capital fluye libremente, la política sigue siendo irremediamente local. La velocidad de movimiento del capital hace del poder real algo extraterritorial. Se podría decir que, al ser las instituciones políticas existentes cada vez más incapaces de regular la velocidad del movimiento de capitales, el poder está cada vez más alejado de la política; esa circunstancia da cuenta al mismo tiempo de la apatía política creciente del progresivo desinterés del electorado en todo aquello que sea “político” —a no ser por los jugosos escándalos protagonizados por las estrellas políticas de turno— y del desvanecimiento de las expectativas de que la salvación provenga de los edificios gubernamentales, sean quienes fueren sus actuales o sus futuros ocupantes. “Lo que se hace o puede hacerse en los despachos de gobierno tiene cada vez menos consecuencias sobre los problemas con los que los individuos deben enfrentarse día a día” (Bauman, 2003).

LOS PARTIDOS POLÍTICOS COMO AGENTES DE LA APLICACIÓN DE LA EXCLUSIÓN POLÍTICA.

Lo que terminó de poner en cuestionamiento, durante el apogeo neoliberal, la confianza misma de la política en su primacía, fue la nueva correlación de fuerzas en favor de un esquema reaccionario, es decir, la hegemonía en ese modelo económico del capital financiero. La relación misma de fuerzas propias del proceso de globalización entre la economía y la política, hace a la debilidad de esta. La política se alimenta de subjetividad, su subordinación la deja inerme. Esta mella en la subjetividad no puede dejar de tener un fuerte impacto sobre los instrumentos o vehículos de la política, como por ejemplo los partidos políticos.

La globalización, tal como afirmábamos en los capítulos anteriores, se relaciona con el proceso de emancipación política del capital. La pretensión de este de cobrar independencia en relación a las leyes dictadas por el poder político institucional, para lo cual requiere no sólo de la destrucción del Estado Nacional como agente económico, sino también socavar su legitimidad como expresión de lo colectivo. Para ello no escatimó esfuerzos, comprando dirigentes, condicionando políticas, etc. La mayoría de los dirigentes políticos cuyo poder institucional se vio mermado y en franco retroceso frente al capital decidieron entonces adaptarse y ponerse al servicio del capital convalidando sus reglas. Y esto tuvo un resultado concreto: el conflicto social —tanto el que hace a la distribución de la riqueza como el nuevo conflicto que tiene que ver con la inclusión social— empezó a hacerse a un lado, a desaparecer del centro del debate político institucional. La exclusión política se fue conformando en la media en que se reproducía un sistema en donde la gobernabilidad se basa en la marginación de las mayorías populares de la decisión verdadera acerca de su futuro. Las democracias formales consienten tan sólo una participación restringida

al voto para elegir a los que gobiernan y este mecanismo, que en otro tiempo fue herramienta de imposición de la voluntad popular, fue reducido por el neoliberalismo a un mero acto que no alcanza para decidir el proyecto de país. En esto jugaron un claro papel como agentes de exclusión los partidos políticos. Estos no fueron ajenos a este escamoteo de la voluntad popular sino los aplicadores del sistema de exclusión en este plano, más allá (y a veces en función) del empedrado de buenas intenciones, como –según el dicho popular– está el camino del infierno.

Hay una cuestión medular que el neoliberalismo cambió en los partidos políticos: los protagonistas de los partidos son cada vez más figuras individualmente consideradas, no líneas internas de interpretación de la realidad ni siquiera de debate intestino. En las “internas” de los partidos sólo aparecen “líneas” que sólo se inventan al efecto de la elección, que expresan individuos y acuerdos entre ellos, más que tendencias o posicionamientos. No es que carezcan de ideología, sino que deliberadamente son liderazgos mediáticos sin construcciones colectivas.

Volvemos acá a la teoría de la representación llevada al extremo en el que los representantes se divorcian de la voluntad popular. Pero como sabemos, representar significa etimológicamente ser el espejo, la imagen de un objeto; sabemos que los espejos devuelven las imágenes al revés, en este caso es tal al revés que cuesta reconocerla o bien se trata del famoso espejo opaco. Los partidos políticos debieran ser el instrumento de la transformación de la voluntad popular en la voluntad del Estado. Sin embargo, muchas veces son tan sólo la plataforma de despegue de figuras o bien el sistema de relaciones que permite el acceso al poder a un pequeño grupo de individuos, incluyéndolos en las prácticas constitutivas de la oligarquía global. Esto a su vez es condicionado por medio de una serie de vínculos con el poder económico. Los partidos políticos terminan configurando un entramado complejo que contribuye a conformar una burbuja en la cual se encierra una clase política, cada vez más distanciada de la realidad y los intereses de los excluidos y cada vez más consustanciada con los requerimientos del capital, materializados concretamente en los influyentes *lobbyistas*.

La individualización –acompañada de la profesionalización– de la política hizo que de la política oficial y electoralista desaparezcán los verdaderos conflictos sociales. “Una de las columnas de la democracia liberal radica en la noción de que las leyes nacen de la lucha de opiniones y argumentos, no de intereses” (Heinz Dietrich, 2003). Entonces se fue profundizando la distancia entre la dirigencia política y los temas que problematiza y los problemas reales y concretos de los hombres y mujeres del Pueblo. Este divorcio empuja aquella al juego permanente de roscas y contraroscas, un juego cupular permeable a la corrupción y sensible a responder a los intereses de los *lobbys*, que se mueven como peces en el agua en estas burbujas de lógica propia. Contracara de esto es que –a partir de la pérdida de la política como herramienta de lucha– la sociedad civil queda a merced del “libre juego” de las fuerzas del mercado, que no es otra cosa que indefensa ante la ausencia de instrumentos de acción colectiva, frente al embate de los poderosos económicamente.

La particularidad de estas democracias delegativas es que los partidos en lugar de desempeñar la función de correa de transmisión de la voluntad popular, “se han convertido en máquinas de reducción del sufragio universal a sufragio limitado. Quien ejerce el poder no es ya el elector, sino el partido que delega a sus propios representantes para que garanticen el ejercicio del poder, del mismo modo que los propietarios privados delegaban en el Estado liberal a sus propios representantes para que garantizarán el ejercicio de su poder” (Zampetti, 1990). Así como la extensión del sufragio universal fue correlativo con la extensión económica del

modelo capitalista incluyente, el desarrollo en base la fase actual de la sociedad excluyente va configurando una política cada vez más restringida a la expresión de los intereses de los incluidos. La sociedad industrial capitalista, constituida por la sociedad de consumo se fue expandiendo, la misma suerte corrió el proceso democrático, sobre todo el en llamado Primer Mundo. Cuando se transforma el modo de producción y consumo en detrimento del pleno empleo, aparece la necesidad de la restricción de la participación del Pueblo en las decisiones, siendo esto un retroceso en el terreno democrático de carácter universal.

El rechazo de los sectores populares a los partidos –y de modo general a la política– tiene su base en el papel que se les ha asignado a estos en las democracias representativas de baja intensidad. En estas modalidades formalistas de democracia, los partidos juegan un papel particularista, sirven como aparato de poder de una *elite* o un conjunto de líderes, en detrimento de los objetivos liberadores para los cuales fueron creados en un momento histórico determinado. Los partidos, en las democracias condicionadas, dejan de ser asociaciones ideológicas y se convierten en expresión de intereses particulares sin proyección colectiva/nacional. Estos partidos, se presentan bajo el peor aspecto, el de asociaciones de poder, sin contenido ni proyecto político explícito, aunque ideológicamente son muchas veces funcionales al capitalismo neoliberal.

Por lo demás, sus dirigentes reflejan frecuentemente la inflexible “ley de hierro” de los partidos políticos, que burocratiza a los funcionarios y los moldea política y psicológicamente para el asenso a toda costa (las *elites* descritas por Wilfredo Pareto y Gaetano Mosca). Según se ha observado, los políticos profesionales de los partidos se ven fácilmente envueltos en problemas de corrupción y manejo turbio de fondos y prebendas, entre promesas incumplibles de campaña y la deficiente acción concreta de los gobiernos. Años de práctica neoliberal ha generado un desprestigio de los partidos políticos que no se ha evitado casi en ningún lugar del globo.

Es verdad que la categoría de representación política parece inevitable en las sociedades complejas; la idea de una democracia directa y no “mediada” por representantes es, por lo pronto, presentada como remota y fuera de lugar. Sin embargo, la separación de los representantes de sus bases electorales y la frecuente utilización de los puestos de representación como plataformas para el enriquecimiento individual y otras combinaciones políticas, y la distancia que se establece entre los compromisos electorales y la real actuación de los representantes en función, se han sumado para originar una creciente desconfianza política respecto a la representación. Los políticos profesionales, que se convierten en patrones de los partidos políticos, son además los que se benefician de los condicionantes aportes del capital que van marcando las distancias cada vez más grandes entre los intereses del “representante” y el “representado” de tal manera que terminan configurando dos voluntades que van por vías diferentes, siendo las del representante las de la fuerza globalizante, es decir, la de los intereses de la perpetuación de la clase capitalista transnacional, o sea la reproducción de la sociedad excluyente.

Castoriadis²⁰ describe descarnadamente la situación en los dispositivos neoliberales: “los políticos son impotentes (...) Ya no tienen un programa. Su único objetivo es seguir en el poder. Los cambios de gobierno –o incluso de sector político– no implican una divisoria de aguas, sino, en el mejor de los casos, apenas una burbuja en la superficie de una corriente que fluye sin detenimiento, monótonamente, con oscura determinación, en su propia dirección, arrastrada

²⁰ Citado por Zygmund Barman, 2000 en “Globalización, consecuencias humanas”.

por su propio impulso. Un siglo atrás, la fórmula política del liberalismo era la ideología desafiante y audaz del gran salto hacia adelante. Hoy es tan sólo una autodisculpa de su derrota: Este no es el mejor de los mundos posibles sino el único que hay. Además, todas las alternativas son peores si se las lleva a la práctica. El liberalismo de hoy se reduce al simple credo de “no hay alternativa”. Si se desea descubrir el origen de la creciente apatía política, no es necesario buscar más allá. Esta política premia y promueve el conformismo. Y conformarse bien podrá ser algo que uno puede hacer sólo; entonces, ¿para qué necesitamos la política para conformarnos? ¿Por qué molestarnos si los políticos, de cualquier tendencia, no pueden prometernos nada, salvo lo mismo? (Bauman, 2003).

LOS PARTIDOS MEDIÁTICOS QUE REEMPLAZAN A LOS PARTIDOS DE MASAS.

En la medida en que la política es vaciada ideológicamente y los políticos se apropian de los partidos como plataformas de despliegue individual, es lógico que la práctica política dependa de las encuestas y la exposición mediática pase a ser de primer orden en la construcción de un prestigio político. De este modo es como los medios masivos de comunicación —que permanentemente hostigan a los dirigentes políticos, convirtiéndolos, como decíamos, en chivo expiatorio de todos los males—, se transforman en fundamentales en el proceso político. Paradójicamente, estos medios fomentan un discurso sobre la necesidad de mejores dirigentes políticos, al tiempo que alientan y fomentan la frivolidad y la transgresión como estereotipos a seguir. Además, difícilmente los medios masivos rescaten lo positivo de los gobernantes que actúan con corrección, porque desde un criterio comercial no se considera lo bueno como noticia.

Los medios, sobre todo la TV, se ponen en el lugar de espacio privilegiado para denunciar y para generar la agenda de debate de la sociedad. Al mismo tiempo que simplifican y banalizan todos los temas, buscan culpables e inocentes, en una visión maniquea con objeto de generar una participación inducida, generalmente circunscripta a la mera opinión.

Mientras el poder del neoliberalismo y su lógica destructiva fue creciendo, más grande se fue haciendo la importancia de los medios masivos en la política. “El poder mediático, en vez de ser un medio equilibrador del poder político, se ha erigido en sí mismo como un verdadero poder. En particular, la televisión ha pasado a ser la referente central y condicionante del poder político en general y, también, la que domina el accionar de los otros medios masivos de difusión” (Rodríguez Villafañe, 2000).

Los gobiernos nacionales de Sudamérica enfrentados a este dilema de la incidencia de los medios —sobre todo de la televisión— y a la naturaleza condicionante de los mismos, ha optado por diversas estrategias, en realidad más bien suterfugios para intentar superar las encerronas de los *mass media*. Entre ellos podemos destacar por lo novedosas dos tácticas de comunicación directa que usan la televisión como medio soporte. Una es la del venezolano Hugo Chávez, que mediante su programa “Hallo Presidente” expone su apreciación cotidiana de la realidad eludiendo someterse a la agenda que le proponen los medios de su país, la mayoría en manos recalcitrantemente opositoras. El otro ejemplo es el presidente argentino Néstor Kirchner que fue rechazando las conferencias de prensa donde el eje lo ponían los medios, haciendo charlas con motivo de una obra de gobierno

u otro acto de gestión. Con este mecanismo de comunicación más directa, el eje es la política concreta que desarrolla el gobierno y no la orientación que los propios oligopolios mediáticos le dan a la llamada “opinión pública”. Es claro que tanto una como otra táctica son presentadas por los interesados —los medios masivos— como una falta de respeto a la opinión pública o un atentado a la libre expresión democrática, etc. todas expresiones de una oquedad manifiesta. Es sabido que los grupos económicos que manejan los medios masivos siempre que hablan de la “libertad de prensa” la confunden, adrede, con la “libertad de empresa”.

Durante el apogeo del neoliberalismo, estos mismos medios solían presentarse a sí mismos ante los ciudadanos como los foros reales de debate, aunque nunca dejaron de girar sobre sus propias demandas y su criterio comercial. No olvidemos la terrible y nefasta influencia que tuvieron en otras épocas ciertos programas “políticos”, que jugaban una posición abierta a favor del neoliberalismo y el desgace del Estado. Quizás en esto el paradigma lo constituyen Bernardo Neustad y Mariano Grondona, dos periodistas que fueron mudando camisetas superficiales —militares, radicales, menemistas, etc.—, pero siempre manteniendo una línea uniforme y coherente en la defensa de los intereses del capital. El peso político de estos programas televisivos era decisivo (lo cual no sólo está demostrado por el altísimo *rating* que estos ostentaban, sino también por la desesperación de todos los políticos de ir a dichos programas —no pocas veces pagando para ello—). Hoy, que algunas cosas van cambiando, pues los dos periodistas estrella del neoliberalismo no sólo han perdido su otrora poderosa influencia, sino que además han perdido “el aire” —es decir, los programas en los canales masivos— y por lo tanto deben conformarse con seguir haciendo su daño (cada vez más insignificante por cierto) desde programas de cable.

La hegemonía política del neoliberalismo acompañó el monopolio del espacio público-político en manos de los medios de comunicación masiva. Mas, el lugar de mediadores políticos los medios lo fueron perdiendo (aunque es una ingenuidad pensar que han perdido del todo) sobre todo a partir de la crisis de diciembre de 2001 y los asesinatos del Puente Pueyredon. En el caso de estos últimos, después de culpabilizar a las víctimas (los piqueteros Kosteki y Santillán), finalmente aparecieron las fotos que desmentían tan infamia²¹. Los medios entonces no pudieron más que publicarlas desacreditándose a sí mismos y también a la clase política en su conjunto que había repetido la versión mediática.

Cuando el debate se corre de lo institucional a la televisión, los intereses que están en juego —económicos y también políticos— cumplen su papel. Aunque también es cierto que no pocas veces las personas buscan en los medios lo que no puede obtener de la clase política: una respuesta a su clamor de justicia o por lo menos un poco de atención a este.

La intelectual argentina Beatriz Sarlo²² afirma con certeza que en la década de los 90 “se formuló por primera vez abiertamente que un partido político podía tener una débil estructura territorial si la compensaba con la fuerte atracción mediática de sus dirigentes; por primera vez se pensó que era posible hacer política desde la televisión de modo casi exclusivo y que los políticos antes que convencer a sus bases partidarias y, en círculos cada vez más amplios, a simpatizantes y ciudadanos independientes, debían ganarse la voluntad del público sin otra inter-

²¹ Recordemos que el diario Clarín al día siguiente de la masacre de Avellaneda usó el equivoco título de “la crisis se cobró otras dos muertes” y se referían en su interior al “enfrentamiento entre piqueteros”. Sólo días después no pudieron más que poner en su portada las fotos que revelaban que Darío Santillán fue fusilado a sangre fría por la policía.

²² en la Revista Debate N° 66.

mediación que la pantalla televisiva”. A partir de la instauración de esta realidad a la que hace referencia Sarlo, con timidez en los 80 y con desparpajo en los 90 las encuestas de opinión se convierten en el instrumento por excelencia para diseñar las políticas, sobre todo las campañas políticas electorales. Las candidaturas antes de ser lanzadas se “midan”, a quien mejor le da en las encuestas se convertirá finalmente en el candidato. Beatriz Sarlo continua diciendo: “los movimientos de la opinión, tal como los encuestadores aseguran que aparecen en las encuestas, subrayar la hegemonía de los medios de comunicación y del mercado simbólico. En ese mercado, la fama es una cualidad mensurable por encuestas”.

A partir de estas condiciones de impacto de la política mediática, los partidos políticos necesitan recaudar ingentes sumas de dinero. No hace falta ser un especialista en la materia para saber lo condicionante que es recurrir a grupos económicos para que puedan financiar las costosas campañas²³. Y esto es debido a que la falta de distinciones ideológicas claras, sólo puede suplirse por medio del gasto y las estrategias de mercadotecnia.

En síntesis, la reducción de la política a la disputa mediática tiene todo tipo de contraindicaciones. Sobre todo que la política se hace cada vez más cara. Y quien tiene para contribuir a ella es el gran capital transnacional, deseoso siempre de aportar agua para su molino. “Naturalmente que cuando las empresas transnacionales participan – su participación se hace imprescindible en el contexto de campañas publicitarias millonarias– contribuyendo con tal o cual político con posibilidades no se meten para dar algo a cambio de nada. De hecho compra derechos e influencias a cambio de ingentes cantidades de dinero” (Hertz, 2002).

Sin embargo, el impacto de la política mediática no se siente sólo en las influencias y condicionamientos económicos, sino que también se puede apreciar en otros planos. En el político se reduce la importancia y la trascendencia de los militantes políticos en las estructuras partidarias. También se corre el eje del planeamiento mismo de las campañas políticas de un discurso diseñado por militantes, con el objetivo de traducir, por medio de la propaganda política, los posicionamientos del partido o movimiento, se pasa al *advertising* o publicidad política, diseñada por profesionales a sueldo. Estos movimientos acarrear el desinterés por la inserción social del partido, por el fomento de la discusión política por la prensa partidaria, por las unidades de base a la manera de células, comités o unidades básicas, por el debate en congresos o asambleas destinadas a discutir cuestiones programáticas. Esto termina en la sustitución del contacto personal entre compañeros, correligionarios o camaradas; por el vínculo unidireccional existente entre el anunciante por TV y sus receptores. “Si prolongáramos esas líneas de tendencia hasta sus últimas consecuencias, los partidos políticos se transformarían en instituciones vacías, sin más contenido que sus manifestaciones mediáticas. Pasarían a estar integrados por “operadores” o relacionistas políticos, recaudadores de fondos, expertos en *marketing* y *advertising* dedicados a “fabricar” y preservar la imagen de un candidato o funcionario” (Muraro, 1998).

“¿Cómo abordan el problema los políticos? Desesperados por atraer un voto que reafirmará su legitimidad, se vuelven al mundo de los negocios para que les provea de instrumentos. Encuestadores, asesores de imagen y especialistas en publicidad como James Caville, Staley Greenberg y Philip Gould –el equipo que ayudó a Clinton en su victoria electoral de 1992 y que después ha trabajado en

²³ “La política actual es cara, se gestiona como una empresa y necesita fuertes inversiones de capital, y sobre todo depende más que nunca de la comunicación masiva a través de los medios y la publicidad” (Hertz, 2002).

Alemania, el Reino Unido e Israel– asesoran a los políticos en su búsqueda de votantes. De Iberoamérica a Europa, India o Australia... aumenta el número y la influencia de los asesores profesionales de los medios. Allí donde la estrategia electoral dependía antes de los líderes de los partidos, se recurre ahora a los profesionales de los medios, y se confía en los estudios de grupos reducidos de personas con el perfil sociológico idóneo” (Hertz, 2002).

Estados Unidos solamente cuenta con 7.000 consultores políticos que facturan arriba de mil millones de dólares. Uno de ellos es “Dick” Morris (asesor de la campaña presidencial del presidente De la Rúa). Estos asesores saltan sin ponerse colorados de un partido a otro, a modo de afirmación del “fin de las ideologías”. No es un fenómeno privativo de los yanquis también en Francia ocurren estas cosas: “Jacques Pilhan, especialista en “escritura mediática” ha pasado sin esfuerzo alguno del papel de consejero de François Mitterrand al de consejero de Jacques Chirac” (Halimi, 1999). Con esta forma de hacer política –que requiere fundamentalmente que las masas no participen en ella–, el dirigente político de tener como meta ser un estadista, tiene como modelo ser un gran hombre de imagen pública. El gran conductor como espejo en el cual reflejarse es reemplazado por la figura política mediática que recurre a cualquier medio para incrementar su popularidad y, por ende, su poder, un verdadero gerente de los recursos provistos por terceros, un inversor prudente de su cuota de prestigio. Así vemos a los políticos en campaña paseando de un programa de televisión o radio a otro, contestando sobre los requerimientos más absurdos, rayando permanentemente en el ridículo, con tal de participar en algún programa con unos cuantos puntos de *rating*.

Una de las formas de hacerse sentir del impacto de lo mediático en la política es en la construcción del discurso. No sólo por el miedo al discurso inconveniente aunque realista, sino también porque se pone la moderación como regla, la neutralidad ideológica como pauta, y sobre todo porque se hacen concesiones varias al modo –principalmente– televisivo de la comunicación con las masas. El comunicólogo Heriberto Muraro es claro sobre este tipo de consecuencias de la política mediática. “Naturalmente, al recurrir a los medios –específicamente a los medios privados que cobran altos precios por cada segundo de publicidad emitida– los dirigentes políticos están obligados a aceptar el lenguaje telegráfico y visual de sus anfitriones. No más extensos discursos cargados de apelaciones a la Patria, de argumentaciones jurídicas o económicas complicadas. Apenas veinte segundos para presentar al candidato y una reseña breve de sus posiciones, o para efectuar un ataque puntual a alguno de sus contendientes” (Muraro, 1998).

En definitiva, los votantes se convierten en consumidores de prestigios políticos televisivos que bien administrados se han de hacer acreedores de su capital que son los votos. Incluso pasa que el discurso se uniformiza anquilosado en la media de los consumidores de productos (en los que pone especial atención el mensaje televisivo), pues son su sustento mediato a través del impacto que tiene la publicidad en su consumo. Este discurso político uniformizado apunta fundamentalmente a la clase media (García Delgado, 1999), del mismo modo en que lo hace la publicidad televisiva, según las reglas del *marketing*. De hecho, “entramos en un período en donde lo político en sí también se transforma en mercado. Los hombres políticos venden programas, y como buenos comerciantes, apuntan al espacio más solvente del mercado, el segmento central de una clase media cuyos humores y expectativas examinan cuidadosamente” (Cohen, 1998).

Pero, el discurso político de los dirigentes partidarios no es más que uno entre los que aparecen en los medios masivos de comunicación. Nunca el más impor-

tante, pues siempre aparece como sospechado, viciado por el pecado original de la corrupción intrínseca a los que disputan el poder. Esta sospecha jamás alcanza a los verdaderamente poderosos Grupos Económicos, estos habitualmente se sirven de “los medios de comunicación para radicalizar posturas polarizadas, denigrar a los enemigos, simplificar al máximo a los problemas y elegir el que esté más de moda, en vez de optar por causas difíciles de defender” (Hertz, 2002). El oligopolio mediático y su articulación con los GET va más allá del condicionamiento del discurso. Reserva para sí la confección de la agenda, es decir, de la temática a tratar y de los tiempos, mientras que muestra sus posicionamientos como propios de la “opinión pública”. Los multimedios pueden determinar el orden de prioridades e instalar problemáticas que en su mayoría no responden a las necesidades reales de la sociedad, en su conjunto y que jamás coinciden con los intereses de los excluidos. “Los medios concentrados también aparecen como grupos *multimedia* que articulan intereses empresariales, conforman negocios múltiples y oligopolizan la comunicación” (García Delgado, 1999).

En líneas generales, existen dos corrientes principales para analizar el impacto de los *mass media* en la política. La primera se acerca a teorías conspirativas que plantean la manipulación que hacen los medios del pensamiento político de las masas. Sin embargo, “otros investigadores de la videopolítica orientaron sus teorías en una dirección diametralmente opuesta a la de los críticos de la manipulación. Consideran que la supuesta trivialidad de las modernas campañas pre-electorales por TV promueve la apatía de los ciudadanos y el desprestigio de los dirigentes partidarios” (Muraro, 1998). Ambas líneas que aparecen como contradictorias pueden leerse en –realidad como concluyentes. Si volvemos a recordar las recomendaciones de la Trilateral, la conspiración y la manipulación pueden ser leídas justamente no como una inducción positiva de ciertas conductas, sino precisamente como la voluntad de promover la indiferencia colectiva, indispensable según Huntington para la gobernabilidad.

LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA POLÍTICA.

La “profesionalización” de la política es otro de los factores que contribuye a la crisis de representatividad y finalmente a la exclusión política. Justificada a partir de las necesidades del mejoramiento de la gestión es un concepto de eficiencia (en desmedro de la legitimidad), propio de lo económico, la política comienza a confundirse con la tecnocracia y aparecen como una “carrera” competitiva, restringida a unos cuantos escogidos –que pueden acceder a ella por sus vínculos (tanto sociales cuanto políticos)– y sus posibilidades de capacitación/especialización.

De este modo se redefine el sujeto de la participación política. El político profesional rentado y con dedicación exclusiva, sin relación con la vida cotidiana del trabajo, es decir, que vive de la política y no de su trabajo, se contrapone con el militante, vocacional, no profesionalizado, laburante y/o estudiante pero siempre en vínculo directo con las instancias colectivas de la vida cotidiana.

“A medida que la política se tecnifica, el espacio de la democracia se disuelve. Efectivamente, es imposible democratizar un saber cada vez más cerrado y fragmentario” (Regnasco, 2000). Así se materializa la exclusión política a partir de la profesionalización de la actividad. “Los políticos, personas que se supone operan profesionalmente dentro del espacio público (allí tienen sus cargos, o más bien denominan “público” al espacio donde tienen sus cargos, casi nunca están bien preparados

para enfrentar esta invasión de intrusos; y dentro del espacio público, cualquiera que no tenga el tipo de cargo adecuado, y que aparezca allí en una ocasión ni calculada ni preparada y sin invitación, es, por definición, un intruso” (Bauman, 2003).

La profesionalización de la política es “otro gran paso en la interminable tarea de reducir los procesos democráticos a formas vacías, impidiendo cualquier intromisión de los “intrusos ignorantes y entrometidos”, que no sólo no participan en la actividad pública, que no es de su incumbencia, sino que además no tienen prácticamente la menor idea de las políticas que determinarán sus vidas” (Chomsky, 1995).

La exclusión en términos políticos implica la necesidad de poner fuera del espacio público a esos intrusos, a todos aquellos que no sean parte del ámbito “profesionalizado” de una burocracia política que vive del Estado y se piensa a sí misma como **LA** política y **EL** poder. Infinidad de otras formas de participación política, como la movilización y organización popular son menospreciadas, tanto desde las fuerzas políticas partidarias cuanto desde el sector del Estado sobre el que se efectúa algún reclamo. El recurso de la profesionalización visualiza como fuera del específico ámbito de la política a todo tipo de organización popular de base. La política, en todo caso, es reducida a una práctica de interactuar entre “los políticos profesionales” que son el poder y la sociedad civil o bien el “tercer sector”, es decir, lo que no es ni el mercado ni el Estado, y que tiene un rol secundario en el reparto de la tragedia de la sociedad neoliberal. Lo que está por debajo de la pirámide de “los políticos” y se relaciona de modo directo con sus eslabones más bajos, es visto como un objeto a instrumentalizar, cuando no como una carga o rémora de estructuras del pasado.

La profesionalización de la política con su consecuente acumulación individual de dinero y prestigio, en confluencia con la necesidad de grandes sumas para intervenir en las campañas electorales no sólo generan la vinculación de los partidos y dirigentes políticos profesionales con los medios masivos de comunicación, sino también directamente con los grupos económicos. Esta interpenetración subordinante entre poder económico y poder político no sólo se da en los países periféricos, también se da en los centrales. Como muestra baste un par de ejemplos: “Existen 5 empresas Mitsubischi entre las doscientas primeras [transnacionales], cuya cifra de ingresos sumada sobrepasa los 320.00 millones de dólares. Esas entidades en el seno del imperio Mitsubishi, aunque tienen un alto grado de autonomía, están estratégicamente imbricadas las unas en las otras en materia de administración, de precios, de comercialización y de producción. Cabe decir lo mismo respecto de sus redes comunes económicas, políticas y de espionaje. Tienen por agente político al Partido Liberal Demócrata [de Japón], del que el 37% de sus gastos de funcionamiento provienen del imperio Mitsubishi. (...) La expansión planetaria de Daewo es bastante sintomática de la potencia de los *chaebols*, los conglomerados coreanos. Los activos de los treinta primeros *chaebols* crecieron de 223.000 millones de dólares en 1992 a 367.000 millones de dólares en 1996 y representan más de las cuatro quintas partes del PBI surcoreano. Más aun, los cuatro primeros –Daewo, Sandgong, Samsung y Hyundai– se reparten la mitad de esos activos. Al igual que en Japón, en Corea del Sur no hay una línea de separación bien definida entre los *chaebols* y el Estado. A las subvenciones públicas habría que añadir la represión feroz sobre la clase obrera y la liquidación de los derechos humanos. Todos los políticos, sin excepción, así como los miembros de la alta jerarquía militar son accionistas de primera fila que se sientan en los consejos de administración de las grandes empresas. En la cofradía de los *chaebols*, todo el mundo se conoce y se casa entre sí. ¿Quién no se acuerda de la frase del gran industrial alemán Walter Rathenau

en 1909: “trescientos hombres que todos se conocen, dirigen los destinos de Europa y cooptan entre sí a sus sucesores?” (Clairmont, 1999).

La íntima vinculación entre el capital y la política liberal no se restringe a la relación con las grandes empresas, también el capital en negro, producto de los negocios ilegales, parte del circuito del capitalismo actual, está en relación directa con el aparato político profesionalizado. “En varios países de América Latina, los carteles de la droga han invertido en el aparato del Estado y se han integrado en los partidos políticos establecidos. El reciente escándalo en torno al Partido Liberal en Colombia ha revelado que la campaña electoral para la elección del presidente Ernesto Samper se habría beneficiado de contribuciones financieras sustanciales del cartel de Cali” (Chossudovsky, 1999).

Sea por vía de la financiación de campañas (por parte de cualquier tipo de capital) o bien por medio de presiones o “gratificaciones” directas en un sistema institucionalizado como el de los lobbistas, el sistema político en las democracias restringidas que se proponen como modelo mundial cada vez se encuentra más condicionadas por los poderes transnacionales²⁴. “¿Qué es, en efecto Washington hoy?” —se pregunta el francés Gughemo y responde— “Unas decenas de comités de funcionarios, unos centenares de parlamentarios, unos millares de *staffers* y, sobre todo, treinta mil *lobbistas*. Esta última cifra no refleja una simple inflación burocrática: expresa la alteración fundamental sobrevenida en el proceso de decisión de la mayor democracia moderna”.

Esta estructura no puede sino afectar centralmente a la democracia. “Se habla, entonces, de una democracia pluralista, de una poliarquía, y de un pluralismo democrático. Sin embargo, el caso no es el de una variedad de asociaciones intermedias que actúan para y en interés público, sino el de una malla cerrada de poder que en su interior y sólo en su interior muestra desde la articulación de interés hacia una competencia abierta cuando no una contienda declarada entre organización y super asociaciones sectoriales/privadas, representativas de grupos económicos y sociales con una capacidad de decisión o de influencia muy marcados; o en otras palabras, el caso de una democracia técnicamente intra-oligárquica y pro-oligárquica, en el viejo sentido aristotélico de la palabra, cuyo funcionamiento, encima de ello, muestra en papeles decisivos o de hecho excluyentes, a sus propias cúpulas” (Strasser, 1995).

LOS MECANISMOS DE SELECCIÓN DE DIRIGENTES Y LEGITIMIDAD POLÍTICA EN LAS DEMOCRACIAS CONDICIONADAS.

²⁴ En particular el argentino Salbuchi analiza el funcionamiento del sistema en EEUU: “Veremos que una parte determinante de esta *elite* que utiliza a los *lobbies* como una de sus tantas herramientas de influencia proviene, precisamente, del CFR que en rigor de verdad es una especie de organización madre *lobbista* que ha alimentado a otras organizaciones análogas y complementarias. Dentro del poder ejecutivo nacional, puestos claves como lo son la presidencia o vicepresidencia del ejecutivo, las Secretarías (ministerios) de Estado, Tesoro, Comercio, Justicia y Defensa, la representación (embajada) ante las Naciones Unidas, la jefatura del Consejo Nacional de Seguridad, la dirección de la CIA (agencia de inteligencia) y el gobernador del Banco de la Reserva Federal (banco central), entre otros, quedan sistemáticamente reservado para miembros del CFR y de sus organizaciones hermanas. Y ello no sólo es así hoy, sino que lo es desde hacia casi ocho décadas” (Salbuchi, 2001).

La estructura interna de la mayoría de los partidos liberales es un excelente complemento del sistema de exclusión política. “Las maquinarias políticas, en general, funcionan en el sentido de la exclusión; el acceso a los mecanismos de decisión de los partidos (en especial, la designación de candidatos) y a los medios de comunicación masivos, está muy restringido; y la oportunidad de optar entre candidatos suele estar demasiado espaciada en el tiempo. De allí que la democratización de los partidos políticos sea esencial para el funcionamiento del sistema; ello comprende tanto la elaboración programática y el modo de designación de los candidatos, como su independencia con respecto al poder económico; asimismo, debe controlarse la forma de su financiación, para que una vez llegados al gobierno no se conviertan en ejecutores de la voluntad de quienes pagan las campañas políticas” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

La oligarquización de la estructura partidaria, el manejo clientelístico de las bases, los sistemas de cooptación e instrumentalización de las legítimas organizaciones sociales, hacen que los partidos se transformen paulatinamente en estructuras vacías de militancia de sectores populares y el principal motor que los impulsa en su articulación con la sociedad es su capacidad de chequera. O sea, la capacidad de asignación de recursos públicos (o bien privados) para el enriquecimiento individual de los participantes. Así la indiferencia es generada a partir del vaciamiento de sentido de la política.

Muchos de los partidos de raigambre popular sólo conservan una cáscara vacía, rémora de su pasado de movilización y organización de base territorial. Hoy más bien se han convertido en grupos de referencia que usufructúan los recursos del Estado y que actúan como plataforma de despegue de líderes políticos individuales, con buen manejo de medios, o bien con un buen equipo de asesoramiento de imagen y propaganda (casi debiéramos decir directamente publicidad). El anclaje social e ideológico va desapareciendo cada vez más y los grandes partidos se van configurando más como un sistema de relaciones personales, que pueden contener intereses diversos y personajes diversos.

Uno de los modos en que se manifiesta el carácter oligárquico de los partidos agiornados al neoliberalismo es el internismo. La lucha feroz por los cargos que justifica todas las prácticas (y las “inversiones”) hace que el candidato que pierda no tenga siquiera intenciones de participar en la campaña general. Es decir, la inversión de esfuerzo y dinero se da hasta el momento en que se oficializan las listas de candidatos. Los perdedores no aportan después de este momento nada para la victoria de su propio partido, porque no tienen con sus vencedores ningún proyecto real en común.

La nueva estructura de los partidos políticos se configura a partir de lealtades (circunstanciales). Estas lealtades se manifiestan siempre hacia arriba, jamás hacia las bases, a las que existe una remisión sólo a título de coto privado. La pirámide de la estructura partidaria se conforma con una constelación de “referentes” individuales en la cúpula y en torno a ella los cuadros auxiliares devenidos de organizadores en “operadores” políticos. Estos trabajan para los primeros en la media en que estos “pagan” (sea mediante contratos o bien con cargos políticos, etc.). Hacia abajo este sistema se repite, con más movilidad de un lado a otro, porque los punteros políticos transformados en microoperadores ni siquiera conservan la lealtades que en otras épocas los caracterizaban. El sistema de elección de grandes candidatos se va oligarquizando en la medida en que la política se hace mediática y que la participación en ciertos niveles sin un respaldo de capital se hace imposible. Mientras tanto, hacia los puestos inferiores, la definición se da en función del sistema de relaciones individual sin consideración del desarrollo de la construcción política en un territorio. Los referentes pelean los espacios en cargos electorales de sus operadores y

microoperadores en la medida en que no le dificulten su propia proyección.

Se verifica de este modo la enunciada ley de hierro de la oligarquía formulada por Michels²⁵. Con la particularidad que ésta se da cada vez más fragmentada en la base. Los partidos políticos se van cerrando cada vez más a la participación popular al mismo tiempo que sus decisiones se alejan de los debates públicos para encerrarse en las cuatro paredes de las “mesas chicas” y los conciliábulos varios. Esta es también la forma en que se afirma las críticas a los partidos liberales formuladas para la misma época de Michels por el italiano Mosca: “cuando decimos que los votantes eligen empleamos un lenguaje inexacto. La verdad es que el representante se ha elegido a sí mismo por intermedio de los votantes... o sus amigos lo han elegido. El sufragante siempre opta entre los pocos candidatos que han presentado los partidos que por su definición son minorías organizadas”²⁶. E insistimos en remarcar que estos mecanismos no sólo afectan a la punta de la pirámide organizacional de los partidos, sino a todo el conjunto de la política.

En nuestro país, las estructuras de los grandes partidos fueron perdiendo socialmente el prestigio que tenían, en un proceso acelerado desde el 83. Esta crisis de legitimidad partidaria es también en alguna medida producto de las pautas del proceso globalizante y está fundamentalmente relacionada con que los tradicionales partidos de masas argentinos (UCR y PJ) crecientemente se van convirtiendo en partidos *massmediáticos*. También lo son, incluso de modo mucho más contundente, los partidos creados en los últimos años, desde el Frente Grande hasta el ARI en la centro izquierda, hasta el PRO y Recrear en la derecha liberal. La práctica política ha desplazado a los militantes vocacionales por los rentados y al mercantilizar su lógica, al tener que hacerse todo en nombre de alguna contraprestación económica, los punteros (antiguo método de articulación –si bien mediatizado– con la sociedad) tampoco garantizan ahora la participación popular, operando entre círculos de convencidos o bien de necesitados dispuestos a un intercambio de favores. Esto pone en evidencia, con carácter gradualmente creciente, los límites de esas estructuras partidarias, no sólo para lograr resultados electorales (léase votos), sino también para gestionar políticas sociales con algún tipo real de compromiso de los grupos sociales involucrados lo que contribuye a los candidatos a desprenderse de la “opinión” de la estructura partidaria y a “profesionalizar” cada vez más política. Así describía esta situación el padre Galli: “la consolidación democrática lleva, a diferencia de otras etapas de la vida política de nuestro país, a que toda la población esté políticamente incluida y pueda participar pero, a la vez, a que la política se haya elitizado mediante la constitución de una clase política autorreferenciada y profesional. Se desarrolla, entonces, una política cupular que se comunica con los electorados vía medios y encuestas. Una democracia política encerrada en espacios restringidos y cerrados, mientras se lleva a cabo un implacable desmantelamiento de la democracia social” (Galli, 2000).

El carácter de la participación política con interés económico, fundamentada en lo individual, configura la base de una pirámide que culmina en la cúspide con niveles de corrupción antes impensados para la política, aunque hay que reconocer ésta jamás estuvo exenta absolutamente de este tipo de miserias. Esta

²⁵ “La conocida ley de hierro de la oligarquía de Michels, según la cual la democracia intrapartidaria es poco menos que imposible, no apuntaba a idealizar el fascismo –al cual terminó adhiriendo ese autor– sino a criticar a la burocracia política y sindical que a comienzos de siglo manejaba discrecionalmente a los partidos socialistas de la segunda internacional” (Muraro, 1998).

²⁶ Citado por Tulio Ortiz, 1996 en “Política y Estado”.

forma de hacer política cambió, como no podía ser de otra manera, la forma de verla desde los sectores medios y populares, de concebirla como una herramienta de cambio (como se pensaba en los 60 y los 70), a vislumbrarla como un instrumento de enriquecimiento (generalmente de otros, para la mayoría no participante). Esto provoca un repudio a toda forma de poder que se expresa de dos formas distintas en los distintos estratos sociales, como aprovechamiento utilitarista de la relación clientelística desde los más pobres, y como escepticismo cínico desde los sectores medios, sobre todo los jóvenes.

En la medida en que la democracia se restringe, cuando se habla de poder se lo reduce a su aspecto político institucional, que, como decíamos, no refleja el real conflicto social. Al mismo tiempo en que se lo relaciona con procesos de creciente corrupción intrínseca del sistema. Así concebida la política no puede dejar de ser algo negativo. Entonces la política, como mero poder, deja de ser concebida como un instrumento de cambio social (o al menos de negociación) para transformarse en objeto de repudio, de denuncia, provocando el distanciamiento de las masas respecto de ella.

Es claro que con las democracias condicionadas, el Pueblo, como ya dijimos, no define con la política la continuidad o el cambio de su vida. Por eso la relación con la misma cambia respecto de otras épocas. La opción electoral termina siendo vista como la decisión sobre quiénes son los grupos políticos que acceden a cierta cantidad de recursos económicos –utilizables, claro está, para beneficio propio– que instalaran a muchos de sus miembros en la categoría de los incluidos... La profecía de la democracia schumpeteriana es de este modo autocumplida. Así, los intereses populares aparecen cada vez más débilmente representados. En cambio de los sistemas de relaciones de las estructuras políticas pasan a primer plano. Esto se siente en toda la línea de relacionamiento de los partidos desde los que disputan cargos ministeriales y negocios de gran tamaño que los transforman en millonarios en un puñado de años²⁷, hasta aquellos que se benefician consiguiendo algunas migajas (subsídios, bolsones de comida, planes sociales, etc.) por su relación con determinada estructura partidaria. Los partidos, terminan así, transformándose en agentes de distribución de los favores del Estado. Gaetano Mosca planteaba hace más o menos un siglo que la clase política “monopoliza el poder y disfruta de los beneficios que derivan de ese monopolio”. Esto lejos de refutarse parece cada vez comprobarse con más fuerza. Claro está, que la naturaleza de los beneficios de uno y otro extremo de la estructura partidaria los hace sustancialmente diferentes. Los de arriba, cuando ellos llegan a puestos directivos o de decisión en el Estado se les facilita su vinculación con los Grupos Económicos dominantes, instalando así el poder privado en el manejo de los intereses públicos. Haciendo que el funcionariado tanto a nivel nacional como internacional sea una puerta giratoria con los puestos gerenciales de las grandes empresas. En cambio a los de abajo cada vez los hace más dependientes de las dádivas del sistema, y por ende los coloca en una situación de mayor exclusión potencial. No se trata solamente, como algunos afirman, de un usufructo político (clientelístico) –que, aunque existe, no es lo determinante en la relación– sino un vínculo complejo, a través del cual se producen identidades sociales dependientes de los poderes del Estado –aspecto productivo del poder institucional– (Villareal, 1996). En función de

²⁷ Esto no es una particularidad de la periferia. En muchos países centrales como en EEUU esto está en parte institucionalizado a través de los *lobbys*. Tomemos un ejemplo de cómo funciona la cadena económica de favores entre las decisiones políticas y los intereses del capital. “Los 61 Senadores que han mantenido las subvenciones de las azucareras habían recibido una media de 13.473 dólares cada uno del *lobby* del azúcar; los que votaron en contra sólo habían recibido 1.461 dólares por Senador” (Halimi, 1999). Y esto es tan sólo el dinero oficializado que aparece en la superficie...

está producción de identidad dependiente se legitima la participación limitada, sustento básico de la exclusión política. La nueva construcción mediáticamente personalista de los partidos políticos niega (aunque la mantenga a veces en el discurso) a las tradiciones políticas transformadoras, en el sentido que ya no se basan en la misma relación de lo público con lo privado, como una totalidad abarcativa en base a conceptos como pueden ser la Nación o la clase, una forma de hacer política que asignaba importancia a la participación directa, la representación como mandato del colectivo a través de un vínculo estrecho entre representantes o conductores y representados o bases, construido en base a una relación de intereses sociales (García Delgado, 1999).

CRISIS DE LA REPRESENTATIVIDAD DEL MOVIMIENTO OBRERO Y LA PÉRDIDA DE SU PODER HISTÓRICO DE NEGOCIACIÓN. LOS SINDICATOS Y SU PAPEL EN LA EXCLUSIÓN POLÍTICA.

Las transformaciones en el mundo del trabajo, de la que dimos cuenta en capítulos anteriores no puede sino tener un fuerte impacto en la configuración del poder político de las organizaciones de los trabajadores. “La flexibilización de la unidad fabril, la desconcentración de la producción, la arrasadora desregulación de los derechos del trabajo, los nuevos patrones de gestión e involucramiento de la fuerza de trabajo, como los Círculos de Control de Calidad, experimentados en Japón –realidad una participación del hacer y el saber del trabajo, bajo el comando manipulador del capital de nuestros días, llevando el extrañamiento del trabajo (en el sentido marxista) a su límite– todo eso, hecho bajo un “incuestionable” domino de la productividad y de la modernidad social, terminó afectando la forma de ser del proletariado fabril, tradicional, la clase que vive del trabajo se metamorfoseó” (Antunes, 1999). Si con esta transformación no fuera suficiente, la crisis afectó también directamente a la subjetividad del trabajo, su conciencia de clase, modificando sus dañados órganos de representación, de los que son expresión fundamental los sindicatos. Por el modelo neoliberal estos “fueron forzados a asumir una acción cada vez más defensiva, cada vez más aislada a la inmediatez, a la contingencia, retrocediendo en su ya limitada acción de clase en el universo del capital. Turbados como estaban, gradualmente fueron abandonando sus rasgos anticapitalistas, dejando de preservar la jornada de trabajo reglamentada, los demás derechos sociales ya conquistados y mientras más avanza la revolución técnica del capital, luchan por defender el más elemental y defensivo de los derechos de la clase trabajadora, sin el cual su sobrevivencia está amenazada: el derecho al trabajo, al empleo” (Antunes, 1999).

Es evidente que las nuevas formas de la producción y el impacto directo del modelo neoliberal generaron una transformación de la lucha gremial, por ejemplo, al reducir el impacto de su acción de mayor perjuicio económico: la huelga. Más allá del cambio en cuanto al abandono de lo cuantitativo como método de reducción del precio unitario de la mercancía, también las nuevas tecnologías permitieron a la dirección de las empresas seguir haciendo funcionar plantas enteras con dotación mínima. El tiempo de las grandes fábricas ya pertenece al pasado, eso también contribuye a la pérdida de este tipo de herramientas de lucha que, consecuentemente, reduce el peso en la negociación de las entidades sindicales.

Esta situación lleva a más de un sindicato a la asimilación lisa y llana, en va-

riación que va desde convertirse en empresario (un ejemplo claro en nuestro país es el sindicato nacional de Luz y Fuerza que devino accionista de varias centrales eléctricas) hasta la alineación incondicional con el poder de turno, intentando obtener a través de una desgastada representatividad algunas concesiones políticas que parecen negarse a través de la confrontación y la lucha contra los intereses contrapuestos del capital. En la lógica perversa del neoliberalismo, la victoria del capital sobre el trabajo aparece como inevitable, incontrastable, sin posibilidad de discusión ni disputa. La negociación de los trabajadores se da siempre en términos de retroceso, se hace conservadora, jamás se pelea por más, siempre por no perder alguno de los derechos ya obtenidos en viejas luchas²⁸. Muchas veces la dirigencia de los trabajadores fue incapaz de aprehender la amplitud y la dimensión de la crisis del capitalismo. La situación desfavorable fue de tal relevancia que parecía que la práctica de los sindicatos se iba reduciendo a retroceder a un nivel anterior asemejándose a un individuo que aunque parezca que camina hacia delante, en realidad descende de espaldas una escalera, sin vislumbrar el último escalón y menos aun el tamaño de la caída. Actuando cada vez más bajo un prisma institucional, distanciándose de los movimientos sociales autónomos, el sindicalismo se sumió en una brutal crisis de identidad. Una tendencia pronunciada de estas transformaciones en el ámbito sindical es la tendencia que el brasileño Antunes denomina “neocorporativa”. Se trata de una vuelta de tuerca sobre el propio gremialismo, que procura solamente “preservar los intereses del proletariado estable, vinculado a los sindicatos, en perjuicio de los segmentos comprendidos por el trabajo precario, mercerizado, parcial, etc., a los que denominamos subproletariado. No se trata de un corporativismo estatal, (...) sino de un corporativismo de asociación, atado casi exclusivamente al universo de categorías cada vez más excluyente y parcializado que se agrava frente al proceso de fragmentación de la clase trabajadora, en lugar de buscar nuevas formas de organización sindical, que articulen a los distintos y amplios sectores” (Antunes, 1999).

Una creciente tendencia a la burocratización e institucionalización anquilosada de las entidades sindicales va carcomiendo lentamente, sin prisa pero sin pausa, su legitimidad social. En la medida en que se fueron constituyendo como organismos defensivos devinieron incapaces para desarrollar y desencadenar una acción de articulación social que en otro tiempo lograron cumplir. No obstante también es cierto, lo dicho respecto de los partidos políticos en relación con los medios masivos. En efecto, los sindicatos son también chivos espiatorios de todos los males del país. En este caso la campaña es feroz contra la acción sindical, personificada generalmente en sus principales referentes. Lamentablemente, al igual que con los partidos, la corrupción de algunos dirigentes, la miopía de la mayoría, y la impotencia de los mejor intencionados, no hace más que contribuir a la campaña de desprestigio orquestada desde el sistema. Este desprestigio no sólo hace mella sobre la credibilidad de los gremialistas, sino que afecta a la misma acción y afiliación sindical. El porcentaje del índice de afiliación de los trabajadores a sus respectivos gremios, es, en Argentina, por lejos la más baja desde la década del treinta. Y algo parecido ocurre en los países centrales.

Aunque para no caer en la generalización, también es cierto que gran parte de la resistencia al modelo neoliberal fue llevada a cabo por esta mermada fuerza del

²⁸ Por eso es que las disputas reivindicativas y los convenios colectivos firmados al alza (más de 600) en todo el período de gobierno en nuestro país de Néstor Kirchner no son síntomas de debilidad y convulsión social sino por el contrario son fuertes indicios del abandono de las políticas neoliberales, que primaron en la Argentina del último cuarto del siglo pasado.

movimiento obrero tanto en nuestro país como en Europa. Si no queremos ser injustos en la caracterización de las transformaciones de la organización gremial de los trabajadores es preciso hacer un análisis de la composición y la rama de producción o servicio y su relación con el capital, para comprender la subsistencia o no de su fuerza en la confrontación. Una primera mirada nos lleva a apreciar que los gigantescos gremios otrora hegemónicos que requerían de gran mano de obra no cualificada (como por ejemplo la UOM) han visto reducida su base de modo significativo y cualitativamente su poder se ha ido reduciendo de modo significativo. Debemos entender que esto no pasó sólo en la Argentina por las características propias de la corriente burocrática, vanderista²⁹, que se apropió de la dirección del gremio metalúrgico u otras situaciones similares. En EEUU, más allá de las direcciones economistas, se produjo un deterioro similar con base en la evolución de la producción. En este sentido Rifkin, en “El fin del Trabajo” afirma: “Al final, las fuerzas tecnológicas que arrasaron la economía terminaron siendo un enemigo demasiado poderoso al que enfrentarse. Con su importancia debilitada por las diversas olas de innovación tecnológica así como por las pérdidas sufridas como consecuencia de la competencia foránea, las centrales sindicales de trabajadores de “cuello azul”³⁰ iniciaron su histórico retroceso hasta llegar a la situación actual en la que no son más que una sombra de su, en algún momento, preeminente papel desempeñado en la vida económica” (Rifkin, 1996).

CRÍTICA DE LAS LLAMADAS NUEVAS FORMAS DE PARTICIPACIÓN: ONG, TERCER SECTOR, MOVIMIENTOS SOCIALES.

Ante la crisis de representatividad política y sindical, muchos estudiosos han puesto los ojos en otro tipo de organizaciones de la sociedad civil. Pretender que a este tipo de organizaciones no llega ni se van a ver afectadas por la crisis es, sin dudas, un error grosero.

Específicamente en nuestro país se hizo muy fuerte la reivindicación de la sociedad civil y sus experiencias organizativas al margen y aun contra el Estado, a partir de la trágica experiencia de la dictadura: el espacio social fue visto como el de la vida y la resistencia frente al terror. Estas esferas de resistencia como otras muchas, ya a partir del 83, frente a una democracia condicionada y restringida, se fueron constituyendo a partir de instancias que se desarrollan por afuera de las estructuras políticas representativas existentes. En particular, estamos pensando en el caso de los organismos defensores de los derechos humanos, los cuales, en su mayor parte, fueron estructurándose a partir de iniciativas personales, provenientes de familiares o de amigos de las víctimas. Madres, Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares y más recientemente Hijos fueron algunos de los organismos de derechos humanos que plantearon permanentemente sus reclamos cuestionando la impunidad como pilar fundamental del neoliberalismo. Es decir, poniendo en cuestión al Estado estructurado por la dependencia globalizante a través de un reclamo de memoria de las luchas y justicia para los caídos.

²⁹ En alusión a Augusto Timoteo Vandor, dirigente gremial metalúrgico, Secretario General de la UOM y figura prominente del sindicalismo colaboracionista de los años sesenta.

³⁰ Se refiere a los obreros no calificados.

Pero más allá de estas luchas y de su justicia, algunos autores³¹ aprovechan para ir más allá llevando su crítica del Estado neoliberal a todo tipo de Estado, es decir, a la institución estatal misma. La caída en desgracia del poder del Estado es para ellos un conveniente avance en el proceso de abolición del Estado Nación. “La otra cara de la globalización, el retroceso del Estado y el avance del Mercado es la emergencia de la sociedad civil”³². Se hace un culto del supuesto fortalecimiento de la sociedad civil como emergencia del deterioro de las diversas formas de representación social y política que se expresan de un modo u otro en el Estado. Sin tener en cuenta que existe una profunda correspondencia, o mejor, osmosis, entre sociedad civil y sociedad política. Pensar el Estado y las organizaciones de los trabajadores tan sólo como rémora del pasado impuesta de arriba hacia abajo es desconocer la naturaleza de los mismos, su evolución histórica tanto en el Primer Mundo como en los países periféricos.

El concepto mismo de las organizaciones de la sociedad civil es un concepto en debate, que refleja una realidad por demás contradictoria y ambigua. ¿Tiene validez esa división de la realidad en tres ámbitos concurrentes, el Estado, el mercado y la sociedad civil? ¿Qué significa y qué implica la propuesta del “Tercer Sector”? ¿Estamos hablando de un espacio de libertad y solidaridad, o de una mera práctica de contención de aquellos que el modelo socioeconómico condena a la exclusión? Cuestiones que deben ser dilucidadas, para no caer en un discurso vacío.

“La importancia de la sociedad civil ha sido remarcada por diversos autores como principio democrático y de lucha por derechos. Pero este consenso no deja de hacer referencia a una realidad muy diversa, heterogénea y desigual. Por lo tanto, existe la posibilidad de que la sociedad civil sea resignificada tanto desde perspectivas funcionales al mercado, de ruptura con anteriores formas de participación y antipolíticas, como por el contrario, democráticas y con alguna vinculación con anteriores experiencias emancipadoras. Así, el tercer sector puede aparecer como elemento democratizador del espacio público, favoreciendo la autonomía y la libertad ciudadana, o como un espacio de contención y procesamiento de la desresponsabilización creciente del Estado”³³.

La dimensión de la sociedad civil es una cuestión planteada desde los inicios de la modernidad europea, en particular por los teóricos del contractualismo (Hobbes, Locke, Rousseau) pero también por el liberalismo de Smith. Otros pensadores como Hegel e incluso Marx y posteriores pensadores marxistas como Gramsci también hicieron hincapié en este concepto. Todos le atribuyeron dis-

³¹ El extremo de esto lo constituyen los pensadores llamados situacionistas. Esta corriente que se construye a partir del discurso de pensadores ex marxistas de los países centrales como Holloway o Negri, pero que tiene sus repetidoras locales como el “Colectivo Situaciones”, llegó a tener una considerable influencia en los tiempos de la crisis del 2001 sobre todo en las Asambleas barriales y en algunos grupos piqueteros como el MTD Anibal Verón.

³² La cita es del libro “Argentina: alternativas frente a la globalización. Pensamiento social de la Iglesia en el umbral del tercer milenio”. Pero esta idea no sólo se plantea desde el pensamiento social cristiano. Progresistas de diversos pelaje, en comunidad con ex revolucionarios desorientados por las caídas de sus referencias políticas en particular de Moscú, junto con nacionalistas arrepentidos de sus pecados de juventud, terminan planteando cosas similares encandilados por incipientes formas de organización social que parecían florecer como hongos en después de la lluvia del neoliberalismo.

³³ Esta crítica aparece en el mismo libro “Argentina: alternativas frente a la globalización. Pensamiento social de la Iglesia en el umbral del tercer milenio”, prácticamente contradictoria con la cita anterior, nos da una idea de la dificultad para aprehender en toda su dimensión la idea de la que estamos hablando.

tintos significados, relacionados íntimamente con los conflictos de la época: legitimación del Estado, nacimiento del capitalismo, lucha de clases, etc. Pero ya para fines del siglo XX, e íntimamente relacionada con el surgimiento del neoliberalismo aparece una corriente que asimila la sociedad civil con lo que denomina “Tercer Sector” en contraposición con el Estado, en tanto expresión de las relaciones políticas; y el Mercado, de las económicas.

“Por una parte, surge una corriente, notablemente influenciada por el pensamiento [norte] americano de los ‘80, preocupada por la institucionalización del Tercer Sector, en lo que denomina la revolución solidaria, con una visión que retrotrae al filantropismo del siglo XIX. Al mismo tiempo, sostiene que la sociedad civil, en los últimos cuarenta años de historia argentina, habría crecido amparada o, más aún, colonizada por el Estado, ya que éste impidió la diferenciación entre lo social y lo estatal... mediante una extrema labilidad de la esfera de lo privado, y un intenso sentido de lo colectivo (cuando no corporativo). Bajo esta concepción, el individuo se habría visto cercado por la lógica de lo político en detrimento de su esfera individual, ya que las opciones públicas eran de carácter holístico. De este modo, sostiene esta corriente, el individuo sólo podía hacerse oír en tanto se lo permitiesen las lógicas partidarias y movimientistas, de manera que sus propias aspiraciones quedaban subsumidas a esta realidad” (De Piero, 2000).

“Actualmente, con el resurgimiento del liberalismo, se puede decir que la afirmación de la sociedad civil ha adquirido una interpretación muy especial. Se la presenta –al menos, en ciertos sectores– con un acento muy anti–estatista, bastante cercano a un estado de supuesta naturaleza pura, sin mediaciones que interfieran en el libre juego de los intereses particulares, significado prácticamente opuesto al que acuñaron los pensadores modernos recién señalados. En definitiva, esta particular versión de la sociedad civil lleva a la proclamación de un Estado mínimo y a la exaltación de una amplia libertad, sobre todo para la economía. (...) A nuestro entender, la corriente del Tercer Sector es, en los hechos, un modo de expresar la versión liberal de la sociedad civil. Así como la sociedad civil es un ámbito más amplio que las ONGs, del mismo modo las organizaciones sociales constituyen un entramado mucho más extenso y variado que el Tercer Sector. En este sentido, la concepción del Tercer Sector es un reduccionismo que piensa la estructuración del cuerpo social en tres ámbitos: Estado, mercado y sociedad civil. Esta última, precisamente, según esta nueva ingeniería social, pasa a denominarse Tercer Sector. Uno de los problemas, aquí, es que a los tres sectores se los presenta ingenuamente como si fueran tres dimensiones equiparables, de igual poder y representación, cuando, más bien, habría que hablar de un Estado mínimo en retroceso, de una sociedad civil supuestamente en proceso de consolidación y de un mercado ciertamente dinámico y pujante. La sociedad posindustrial, de cualquier modo, parece ser mucho más compleja que este esquematismo tripartito” (Mealla, 2000).

A lo dicho hay que agregarle, que además este Tercer Sector como ámbito de la acción es legitimado e idealizado como más eficiente y menos corrupta que las órbitas estatales, estableciendo una mejor relación con los beneficiados. Se trata de una nueva forma de desprestigio de la cuestión del poder y por ende una vuelta de tuerca en el proceso de negar la participación popular en política o por lo menos buscar encorsetarla en carriles inofensivos para el *status quo*. Según esta concepción, las ONG vienen a cumplir un rol como agentes de políticas públicas, suplantando al Estado. Y esto es una consecuencia directa de la desarticulación del Estado de Bienestar. “El gran impulso que esta tendencia ha obtenido lo de-

muestra el apoyo y fomento que organismos como el Banco Mundial³⁴ o el Banco Interamericano de Desarrollo le han brindado” (De Piero, 2000).

Si se restringe la participación al entramado de las ONG suele perderse de vista la construcción de un proyecto colectivo que exprese los intereses del conjunto de la comunidad. Muchas veces las acciones reivindicativas parcializadas, legitimadas en el concepto liberal de la sociedad civil distorsionan los reclamos sociales, los parcializan. Tomemos ejemplo que pone la autora inglesa Hertz: “en vez de beneficiar a todos, el activismo del consumidor y el accionista puede acabar beneficiando a los que disfrutaban de mayor poder adquisitivo o más posibilidades de cambiar sus hábitos de consumo con relativa facilidad. Es una forma de protesta que beneficia a la clase media; una expresión de las insatisfacciones de la burguesía. Para los pobres y los excluidos de la sociedad, para los que no tienen acceso a los bienes y los servicios porque no se lo permiten ni sus ingresos ni su crédito, estas protestas no siempre constituyen una salida” (Hertz, 2002).

En muchos casos, son los mismos gobiernos neoliberales que han desguazado al Estado, los encargados de convocar a las ONG, para suplir los vacíos dejados por su obra destructiva. Todo esto justificado por cooptados intelectuales progresistas que justifican tal delegación en el pretexto de que dichas organizaciones son más eficientes y económicas, y tienen un vínculo más estrecho con los sectores afectados.

Esta concepción ha sido criticada aun por aquellos que no buscan sacar los pies del plato. El llamado “banquero de los pobres” Muhamad Yunus (2006) afirma que generalmente los organismos que se ocupan de la pobreza (entre ellas las ONG) no hacen más que quedarse con una parte importante del dinero destinado a la ayuda social. Un ejército de teóricos, técnicos, personal administrativo, sociólogos, trabajadores sociales, etc., etc. deben ser alimentados con las magras (en el Estado neoliberal) asignaciones presupuestarias para atender a políticas sociales.

A esto además hay que agregarle que en la mayoría de las veces los numerosos grupos del llamado “Tercer Sector” que desempeñan funciones incluso muy legitimadas socialmente (verbigracia las ONG que han asumido la representación de la lucha ecológica), lo cierto es que carecen de mandato democrático, se concentran demasiado en las prioridades de sus miembros o de sus líderes y se empeñan en imponer sus valores sin ninguna consideración de los valores del Otro. Algunos, no todos, defienden derechos de los excluidos. Pero aun estos, por lo general se restringen a problemas concretos de su incumbencia particular y no se creen obligados a nada más... “Si bien existen bastantes ONG muy críticas respecto a las políticas sociales actuales, también es verdad que otras muchas, con tal de conseguir un subsidio o la ayuda de una empresa, hacen una total prescindencia del contexto, de las intenciones de los donantes y del origen de esos fondos, que podrían ser los responsables de los problemas que se pretenden solucionar. (...) Planteadas así las cosas, el Tercer Sector no pasa de ser, en realidad, un neofilantropismo muy asistencial, una beneficencia remozada, muy asociado a campañas de recaudación de fondos que encuentran en la pretendida construcción de imagen de las empresas y en la figuración social algunos motivos importantes. Los necesitados pasan a ser clientes, y muchas ONG son o terminan siendo consultoras encubiertas que postulan en las licitaciones de los programas sociales oficiales” (Mealla, 2000).

Más allá de todas las críticas, no cabe duda de que las diversas formas de asociacionismo (asociaciones civiles, fundaciones, mutuales, cooperativas) son

³⁴ “El giro del BM está reflejado, por ejemplo, en documentos como “cooperation between the World Bank and the NGOs”, 1994; a su vez, el BID tiene, desde este mismo año, un programa destinado al “Fortalecimiento de la Sociedad Civil” (Mealla, 2000).

sumamente provechosas para la salud general del cuerpo social. En efecto tales organizaciones surgen de la búsqueda de caminos de participación. Incluso muchas de estas ONG se hallan vinculadas a organizaciones o movimientos que impulsan modelos alternativos de desarrollo de la población más necesitada. Por lo tanto, creemos que un rechazo de las ONG en bloque no sería justo ni conveniente porque, a la larga, esto también beneficia a la referida desmovilización.

No obstante podemos afirmar, en resumen, que las organizaciones sociales, fundamentalmente entre ellas las denominadas ONG, como formas de organización concreta que en nuestro país se dan bajo las figuras jurídicas de la Asociación y la Fundación, también pueden constituirse en agentes de primer orden de la exclusión política, en la medida en que contribuyen a sacar del centro al poder en la discusión social y política.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES.

Mezclado con estas ideas del Tercer Sector (cuya usina ideológica es fundamentalmente EEUU), están no sólo una concepción casi anarquista de la sociedad civil y la exaltación de sus posibilidades, sino también la emergencia de nuevas realidades de organización concreta del Pueblo. No es casualidad tampoco que ante la refuncionalización neoliberal del Estado y la pretensión omnímoda del Mercado de abarcar todas las relaciones humanas, hayan surgido formas de organización social que no tengan que ver ni con uno ni con otro. El problema que se presenta con todas estas organizaciones de la sociedad civil, incluso con aquellas que legítimamente expresan intereses de sectores sociales excluidos, es que, al no plantear directamente la cuestión del poder, es decir, al negar la política como herramienta de transformación, muchas de ellas terminan siendo funcionales o bien mediante el mantenimiento del *status quo* o bien en función de la realización de cambios cosméticos para sostener el sistema de opresión.

Así entendida, la sociedad civil presupone –implícitamente o no–, una gran desconfianza hacia los partidos políticos y los sindicatos, que serían –según esta concepción– expresiones anacrónicas y meros nidos de corrupción. El descrédito de políticos y sindicalistas –lamentablemente confirmado por innumerables casos– deja, sin embargo, el camino allanado a la voracidad e inescrupulosidad de los no menos corruptos poderes económicos. El cuestionamiento y desinterés por las mediaciones políticas, como si fueran innecesarias es una ingenuidad que abre paso a una dictadura mayor, como es la tecnocracia supuestamente neutral y a los intereses económicos más poderosos que precisamente exigen la eliminación de trabas de cualquier tipo.

Pero también es cierto que es un dato objetivo que la participación –luego de la larga etapa protagonizada por los partidos políticos y los sindicatos– parece empezar a correrse hacia los nuevos movimientos sociales. Existen lecturas contradictorias que dan cuenta de este proceso. El nuevo modelo de organización de sectores excluidos (desechadas incluso aquellas formas que son puramente funcionales) puede leerse desde la perspectiva que enunciábamos anteriormente que echa por tierra las aspiraciones de transformación al desechar la cuestión del poder. Aunque, es posible una segunda lectura, en la cual “la sociedad civil no es considerada como el espacio del altruismo en contraposición a la política, ámbito de la perversión. En tanto se manifiesten intereses contrapuestos, cualquier espacio es un espacio de conflicto más o menos explícito. Ni se trata tampoco de que ella venga a sustituir la ineficiencia del Estado o las imperfecciones del mercado.

Porque la sociedad civil –como señala Bustelo– no deja de reproducir las características históricas de nuestro país” (De Piero, 2000).

Desde las usinas del pensamiento imperial, con conciencia de la falencia que implica el omitir el planteo de la cuestión del poder por parte de las organizaciones sociales, aparece el concepto de empoderamiento como sucedáneo para paliar dicha debilidad. Muchos autores europeos y latinoamericanos con buenas intenciones se sirven de esta idea para redefinirla a favor del desarrollo de las organizaciones populares, más allá de cual haya sido la cuna de su surgimiento. Así por ejemplo la argentina Maristela Svampa dice: “El termino empoderamiento (*empowerment*, en inglés), actualmente ocupa un lugar relevante en el discurso de las ONG y de diferentes organizaciones sociales. Designa “el proceso mediante el cual los individuos obtienen control de sus decisiones y acciones relacionadas con su salud, expresan sus necesidades y se movilizan para obtener mayor acción política, social y cultural para responder a sus necesidades, a la vez que se involucran en la toma de decisiones para el mejoramiento de su salud y la de la comunidad” (*WHO Health promotion glossary*, 1998). Se refiere al proceso de autodeterminación por el cual las personas o comunidades ganan control sobre su propio camino de vida. Se trata de un proceso de concientización (tomar conciencia de todos los factores que influyen sobre la vida de las personas) y liberación (ganar poder de decisión sobre su propio destino)” (Svampa, 2006).

Lo que es difícil de discutir es que la existencia de los llamados nuevos movimientos sociales –más que como novedad de una sociedad que busca la diferencia como base de su reclamo–, aparecen como canales de demanda o de expresión frente a nuevas realidades, pero fundamentalmente ante la saturación y desgaste de las instituciones y estructuras de representación existentes. La legítima organización popular se va abriendo paso por donde puede y el anquilosamiento de estructuras políticas y el vaciamiento de las mismas no han de detenerla. Las pretensiones de eternidad de cualquier sistema de dominación son siempre quimeras, también lo son las de cualquier sistema institucional de representación.

“Sin embargo, es necesario introducir matices sobre el carácter unívocamente funcional que asume la autoorganización comunitaria. En este sentido, es bueno recordar que la realidad nunca discurre linealmente, pues si la demanda de autoorganización colectiva es, por un lado, un imperativo impulsado desde arriba con claros objetivos de control social, tan es cierto que ha sido y sigue siendo el resultado de las luchas desde abajo (esto es, una expresión de la creación y recomposición de lazos sociales). Un ejemplo de ello ha sido el surgimiento de organizaciones de desocupados, a partir de 1996–97” (Svampa, 2006).

En nuestro país, durante los últimos años de la década del 90, surgen algunas de las experiencias más ricas de movimientos sociales, consideradas incluso objeto de estudio al nivel mundial. Se trata de por un lado la efímera experiencia de las asambleas barriales (surgidas, en realidad, después de la pueblada del 2001 y perimidas casi en su totalidad un par de años después) y, por el otro lado, la experiencia anterior, más larga y consecuente, de los movimientos de trabajadores desocupados, al que desde los medios de comunicación se impuso el nombre de piqueteros. Como bien dice Svampa, este movimiento fue “constituido fundamentalmente por grupos políticos (esto no los descalifica, muy por el contrario establece la realidad de una construcción social de cara a los más necesitados por militantes que no se adaptaron al vaciamiento de la política y a su transformación en una estructura de negocios) que desarrollan organización en la masa de desocupados. Esta es consecuencia del quiebre del modelo industrial y se expande con la profun-

dización de las políticas neoliberales. Los piquetes concurren en una línea política similar al sindicalismo, es decir, reivindicativa, sin embargo, las herramientas de lucha sindical tales como las huelgas, los quites de colaboración, etc. que directamente actúan sobre el ciclo productivo, eran absolutamente inidóneas para la pelea que debían librar los desocupados. Por eso y recurriendo a un término ya existente en las luchas del movimiento obrero como el piquete, los desocupados actúan con el corte de ruta que lo que hace es pegar sobre las lógicas de intercambio y circulación de mercaderías propias de un sistema del que han sido excluidos. De esta manera el piquete no sólo hace a los desocupados visibles en una sociedad que tiende a negarlos sino que además marca el camino de la reapropiación del espacio público y la ruptura con la lógica de la política mediática. Los cacerolazos van a ser la expresión de esa clase media que también se está quedando afuera del escenario político ante la traición del partido en que se fueron centrando sus expectativas como clase: el radicalismo. El pésimo gobierno del Dr. De la Rúa, terminó por enterrar el vínculo entre sectores progresistas de la clase media y la UCR como partido. Los cacerolazos y las asambleas barriales, fenómenos de las grandes ciudades crecieron como hongos en el proceso entre diciembre del 2001 y fines del 2002, y fueron incluso precedidos por el alto nivel de abstencionismo y voto negativo en las elecciones de octubre de 2001. Finalmente estas se fueron diluyendo, no sólo por el aparateo sufrido en manos de los partidos de la izquierda dogmática, sino también por la propia inoperancia del horizontalismo y la falta de una estrategia de poder concreto. En esto último las propuestas de los situacionistas, seguidores del británico Holloway, de italiano Negri y del norteamericano Hardt, fueron particularmente causantes de este fracaso” (Svampa, 2006). El filósofo José Pablo Feiman mucho más embelesado con este proceso, particularmente el de las asambleas llegó a sostener: “El Pueblo se nuclea en asambleas y desde ese nucleamiento ejerce la democracia sin mediaciones. De esta forma el Pueblo denuncia que la política representativa ha devenido en oligarquía política traicionando el mandato democrático que se le había confiado (...) estas asambleas surgen ante una situación de irrepresentatividad. La política se ha privatizado y se ha convertido en un cuerpo no permeable a las bases sociales que le dieron mandato” (Feiman “Filosofía de la Asamblea Popular, página 12 febrero de 2002). Pero más allá de su acertada crítica a la a una desgastada representación política (que las hizo crecer) la realidad se encargó de marcar los límites del asambleismo. El horizontalismo como práctica política, lejos de dar frutos, fue frustrando a aquellos que participaron de la embriaguez de sus ilusiones. La negación de la política condujo a buenas y legítimas intenciones hacia un fracaso contundente.

Distinta es la historia de las organizaciones piqueteras. Cuando los piqueteros, los desocupados organizados, irrumpieron en la historia fue para negar la globalización, fue para decir, entre otras cosas, que aquello que las rutas y las autopistas simbolizan: crecimiento, velocidad, conectividad, no formaba parte de sus vidas. Por el contrario su presencia en ellas representó claramente a aquellos que quedaban excluidos de todo ese mundo globalizado, aquellos que estaban más allá, a la vera, del camino, aferrados a la tierra, localizados. La presencia de los movimientos sociales con eje en la reivindicación del trabajo fue fundamental en el proceso de desgaste del modelo neoliberal.

Empero los movimientos de desocupados, las asambleas, las protestas del sindicalismo que no arrió las banderas históricas, todos en conjunto no pudieron, ni supieron, nacionalizar los conflictos sociales de modo tal de crear alternativas válidas de poder. “Pero esta protesta, que surge de una parte del sector públi-

co (en permanente ajuste, por administraciones desfinanciadas, por reducciones presupuestarias), así como de la parte real de la economía (pequeños y medianos productores rurales y urbanos ahogados por las tasas de interés y precios de servicios), no terminan de agregarse en un movimiento con suficiente fuerza capaz de cuestionar el rumbo económico que afecta a todos, sino que más bien, en todo caso, llega apenas a lograr que se difieran o redefinan las medidas sectoriales que los afectan. Es esta inorganicidad, junto con la falta de respuestas de fondo, lo que nos pone siempre al borde de la explosión social” vaticinaba el sacerdote y militante Carlos María Galli (2000) un año antes del estallido del 20 de diciembre.

Así como también podría esgrimirse, como contrapartida, que la atención de las reivindicaciones particulares de los distintos sectores sociales es funcional al proceso de fragmentación social provocado por el neoliberalismo. Svampa en su libro “La sociedad excluyente”, no deja de formularse correctamente ciertas preguntas sobre las posibilidades de estos movimientos sociales, fundamentalmente de las organizaciones de desocupados. Ella afirma críticamente: “la cuestión de la potencialidad que encierran las redes territoriales y el trabajo comunitario es una discusión abierta y no exenta de complejidades. Es cierto que desde las agencias multilaterales y los organismos oficiales la invocación de estas formas de participación basadas en la autoorganización colectiva apuntan al desarrollo de una ciudadanía de baja intensidad (para utilizar libremente una expresión de Guillermo O’Donnell), cuya funcionalidad con el nuevo esquema de dominación no puede ser soslayada” (Svampa, 2006).

No obstante no dudamos en afirmar que, no ya las acciones del llamado “tercer sector” y todo lo que ello implica, sino aquellos sectores específicos de la sociedad civil que se organizan en torno a reivindicaciones concretas, son prácticas generadoras de nueva legitimidad. Muchas veces ésta fue creando las condiciones políticas para procesos de transformaciones posteriores que no son continuidad lineal de sus prácticas, aunque sí son —en parte— su consecuencia. Los movimientos sociales como organizaciones populares muchas veces expresan claramente un compromiso político que los partidos devenidos instrumentos de las prácticas transnacionales no pudieron o no pueden claramente expresar. Estos se ven, en gran medida, encerrados en los límites de las democracias condicionadas. “En un mundo en que la ideología compite con los helados y las políticas de los partidos dominantes apenas pueden distinguirse, no existen ningún beneficio aparente en el cambio de gobierno. Es entonces cuando las protestas plantean agendas políticas que los partidos no ofrecerían jamás a su electorado” (Hertz, 2002).

El sistema de dominación promueve la concentración y transnacionalización del poder político y la fragmentación y dispersión de todas las clases y sectores sociales dominados por una oligarquía mundializada. Los partidos políticos terminan apartándose de los reclamos sociales pues se autoimponen el rol de ser garantes de la gobernabilidad. “Las teorías de la gobernabilidad y la doctrina neoliberal no sólo comparten sus orígenes, sino también sus propósitos, constituyen momentos orgánicos de un mismo proceso de profundización del divorcio existente entre el poder real y las mediaciones políticas del Estado burgués, aunque diversas corrientes políticas de centroizquierda se propongan, de manera retórica o utópica, la construcción de un proyecto de gobernabilidad democrática no neoliberal e incluso antineoliberal en los marcos del capitalismo” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

El deterioro de la política representativa institucional se hace evidente y la ausencia de alternativa política hace que la participación estalle en una infini-

dad de fragmentos que se componen por movimientos sociales, organizaciones de voluntariado, barriales, de genero, etc. que representan a enormes sectores sociales que no se sienten contenidos ni tampoco expresados por los partidos, ni por los sindicatos, que apuntan a cuestiones puntuales justas e incluso fundamentales, pero que no alcanzan a realizarse a sí mismas en la medida que no son capaces de disputar el poder en el marco social nacional e internacional. Aunque también es cierto que el proceso de participación en instancias colectivas limitadas, puntuales, no niega ni la posibilidad ni la necesidad de una referencia política, esto es, de poder en el sentido estricto, sino que pese a darse en tensión respecto de la política se puede dar también en complementariedad con un movimiento de liberación encarnado en las masas populares.

Por los vacíos que dejan las prácticas políticas tradicionales –muchas veces conformando un sistema excluyente de la participación popular–, es que van penetrando las prácticas de los movimientos sociales reivindicativos. La centralidad está en la crisis de representación política que genera la domesticación de las formas de organización específicamente política. Crisis, debemos decirlo, a la que tampoco escapa los propios movimientos sociales en la medida en que se van institucionalizando.

Esto se debe a que la crisis de la representación es una crisis de institucionalidad. La legitimidad de la democracia esta puesta en tela de juicio. No es un problema de los “políticos”, ni siquiera es un producto del desgaste del ejercicio del poder por ciertos sectores. Tampoco alcanza con relacionar la crisis con el cuestionamiento de la teoría de la representación. Es imprescindible introducirnos en la cuestión de la relación entre el conflicto general y político que expresaban estas instituciones y los nuevos escenarios y conflictos sociales. De este modo podemos afirmar que esta crisis pone de manifiesto el retardo de la expresión política de la nueva realidad social. La política, así como todo el conjunto de la estructura jurídica del Estado, sigue aferrada a la vieja sociedad salarial. Es natural que esté en crisis, los derechos sociales, así como los políticos (derechos de acción y de organización colectivos) siguen fundados en un trabajo/empleo cada vez más escaso o precario en la medida en que la economía se organiza con la impronta del capital transnacional. “Pero, desde el momento en que es fuente de derechos y por lo tanto de ciudadanía, el empleo mismo aparece como un derecho que, en virtud del principio de igualdad de los derechos, debe ser accesible a todos los ciudadanos. La utilidad (o inutilidad) social del propio trabajo está trascendida por la normatividad jurídica de su forma empleo. El derecho al trabajo está reivindicado sobre todo como un derecho político de acceder a la ciudadanía social y económica. Mientras sea así, las actividades que se aparten de la norma del trabajo regular y de tiempo completo serán percibidas como inferiores, como tendientes a privar al ciudadano de la plenitud de sus derechos, a negarle derechos y ventajas de las que disfrutaban las personas normalmente empleadas” (Bustello y Minujin, 1998). Por eso vemos que en líneas generales la redefinición del trabajo nos lleva necesariamente a la reformulación de la política, de la cuestión del poder. Dejar afuera del empleo a importantes contingentes de hombres y mujeres desarticula la construcción de poder de la sociedad de hoy. Así como el cambio del rol del Estado Nacional tiene un fuerte impacto en la política también los cambios que se dan en lo concerniente al trabajo impactan de modo particular constituyendo una parte clave de la exclusión política. Del mismo modo pensar la liberación significa no sólo repensar la cuestión nacional en los marcos de este sistema de dominación y marcar el cambio de la emancipación, sino también atender a replantearnos el trabajo como articulador social.

LA CUESTIÓN DEMOCRÁTICA COMO CUESTIÓN CENTRAL EN EL PROCESO DE LA LIBERACIÓN.

Si alguien se propone seriamente contemplar el panorama social que produce el sistema de dominación globalizante no puede más que advertir la polarización y la desigualdad llevadas a su máxima potencia. Estas desigualdades hacen trizas el discurso de aquellos que pregonan la expansión de la democracia mundial. “Las desproporciones son enormes, y por ello no pueden pasar inadvertidas para la ideología democrática. No es posible una democracia distraída o negligente, porque se trata, ni más ni menos, de la subsistencia de millones de seres humanos. Algunos datos nos pueden ayudar a comprender las urgencias. Según el Informe sobre Desarrollo Humano de 1998 del PNUD, a escala universal, la quinta parte más rica de la población mundial: consume el 45% de toda la carne y el pescado, y la quinta parte más pobre, el 5%; consume el 58% del total de la energía, y la quinta parte más pobre, menos del 4%; tiene el 74% de todas las líneas telefónicas, y la quinta parte más pobre, el 1.5%; consume el 84% de todo el papel, y la quinta parte más pobre, el 1.1%; posee el 87% de la flota mundial de vehículos, y la quinta parte más pobre, menos del 1%” (Barbará, 2000).

Todos estos no son datos meramente económicos. Esto es también consecuencia de la exclusión política, es decir, del reparto del poder a escala mundial. Cuando el poder se concentra en manos de unos pocos nada puede frenar a las fuerzas polarizantes del mercado en el marco del capitalismo. Se produce un deterioro de los anteriores ámbitos de solidaridad política que estaban en íntima relación con la cultura del trabajo. Aparece así una sensación de desentendimiento absoluto de la identificación con la decisión en el ámbito nacional. El divorcio, la brecha, entre la clase política y los excluidos, se acrecienta cada vez más, produciendo tendencias a los localismos, a configurar grupos de referencia de contacto directo. Sobre estas rupturas de vínculo con lo colectivo los analistas dependientes fundan sus argumentos postmodernistas caracterizando, como Lipovsky, a nuestro tiempo como la era del vacío, como pérdida de todo tipo de valores comunitarios, disolución de las homogeneidades, una pérdida del nosotros nacional, un ocaso (que auguran definitivo) de todo tipo de nacionalismo. No cabe duda que este tipo de razonamientos inductivos y poco dialécticos que toman la realidad como una fotografía y aprecian desde una óptica particular y socialmente situada, adolecen de intención de dar las respuestas necesarias para la continuidad de la vida, de la vida concreta de cada uno de los hombres y mujeres que viven de su trabajo. Desde una perspectiva, que contenga los intereses de los excluidos, es claro que este desentendimiento de la política no tiene tanto que ver con la negación de lo nacional como colectivo comunitario, sino con la destrucción de su vínculo con las clases poderosas que paso a paso se van transnacionalizando. También y fundamentalmente significa una ruptura cultural con la sociedad globalizada. Quizás se adecue mucho más la metáfora de la patria víbora de Marechal, en la que esta vieja piel política se va desprendiendo irremediabilmente, pero al tiempo se va produciendo la nueva piel en contacto directo con la carne social.

Las causas de la exclusión política –y la crisis de representación que ésta conlleva– no hay que buscarlas solamente en el divorcio de intereses entre la clase política y el Pueblo, ni en la adecuación del aparato institucional a los requerimientos de los nuevos actores del poder mundial, sino también en los efectos

psicológicos que provoca la situación de injusticia social sobre aquellos Pueblos que no logran abrirse camino en el marco de las democracias condicionadas. Esta fue claramente la situación de nuestro país antes de diciembre de 2001. La democracia en nuestro país históricamente siempre vino asociada a períodos de mayor justicia social. Sin duda que el proceso de exclusión económica impacta de modo determinante en la crisis de representatividad. Históricamente en la Argentina los procesos de democratización (por ejemplo con el yrigoyenismo y el peronismo) vinieron acompañados de una mejora en lo social para los sectores populares, la integración política y la económica marchaban de la mano, de mismo modo lo hacían la proscripción de las mayorías en lo político y el deterioro de los derechos sociales. “Es la primera vez que el proceso democrático queda asociado a experiencias de distribución negativa del ingreso, de exclusión y sin demasiadas expectativas de reingreso” decía el politólogo García Delgado en 1999, analizando el proceso democrático iniciado en 1983.

Los procesos políticos abiertos en casi toda Sudamérica a partir de este siglo XXI parecen paulatinamente ir revirtiendo esta tendencia, aunque plantear que se ha logrado escapar del sistema de exclusión política es temerario. Todavía existen numerosas barreras que debemos derribar para alcanzar un sistema democrático efectivo que se constituya como expresión del conjunto del Pueblo sin dejar excluidas a las mayorías.

Tendrán que librarse aun muchas luchas para que la democracia que se ha conseguido no lo sea sólo formalmente, sino que se trate de una democracia social, sustancial, participativa que se extienda también al ámbito económico; para promover el papel propio (aun político, de un modo distinto de hacer política) de la sociedad civil como interlocutora del Estado, a fin de que aquélla consiga encontrar las mediaciones políticas para influir en éste. La incorporación al Estado como expresión concentrada del poder de una sociedad, de los conflictos sociales, la reconfiguración del mismo, llevará un largo tiempo. La destrucción y la refuncionalización que produjo el neoliberalismo llevó más de dos décadas, nada nos hace pensar que la construcción de una sociedad más democrática se puede hacer de la noche a la mañana. Además, tenemos que tener en cuenta que acompañando a la modificación de las relaciones de poder se deberá dar la transformación de las relaciones sociales que imperan en el marco de la economía globalizada de hoy. Este es un primer requisito indispensable para alcanzar una vida mejor en la que las necesidades humanas generales se antepongan realmente a los intereses particulares. Se impone entonces la urgencia de una democracia más profunda que abra las puertas a las transformaciones apuntadas.

Si queremos pensar en una democracia real o participativa, donde la soberanía popular sea más que pura forma y la democracia sea también, además de política, económica y social, no debemos descartar ninguna de las formas de articulación de la sociedad con el poder, entendiendo que partidos y organizaciones populares como movimientos sociales, son todas formas diferenciadas de representación válidas y necesarias.

Por eso es que en el proceso de liberación nacional debemos ir construyendo un proyecto democrático. Porque no existe la democracia válida para todos los tiempos y los lugares. Existe la democracia real respecto del hombre concreto histórico y situado. En este sentido es clara la definición simple y categórica del General Perón acerca de la democracia en el sentido de que es “el sistema en que el gobierno hace lo que el Pueblo quiere”. Y como el Pueblo no es una abstracción sino una realidad concreta que se va construyendo a sí misma cotidianamente, la

democracia aparece no atada a determinadas formas sino en base a la fuente de su legitimidad: la voluntad popular. Entonces, la medida de la democracia que debemos construir no son las formas que ésta tenga, sin perjuicio de que, como en cualquier proceso de transformación, se deberán escoger diversos modos de institucionalización de las estructuras democráticas. Sin embargo, lo esencial es que en los escenarios en que se decide no estén carentes de participación popular.

La superación del problema de la exclusión tiene su arista eminentemente política. Se trata de redefinir los ejes articuladores de una sociedad incluyente, una nueva forma de relación del hombre con su propia actividad que transforma la realidad. Una comunidad que desplace la producción del lazo social individualista y competitivo del mercado hacia las relaciones de solidaridad recíproca. Es decir, un sitio donde cada uno pueda ganar su lugar en el mundo y su estima en base a actividades desplegadas en los espacios públicos no necesariamente vinculados con el mercado. Se trata de una reformulación del concepto mismo de trabajo. Sin esta reformulación es imposible concebir un ejercicio real de los derechos políticos que, al revés de como piensan los liberales, la participación no debe restringirse sino fomentarse también en el ámbito económico, y este es un poderoso vínculo de integración social. No creemos que pueda haber un sistema que sea democrático en lo político y autocrático y concentrado en lo económico.

“Pareciera que las categorías de la democracia liberal tradicional no alcanzan para satisfacer las demandas que plantea la situación de los Estados en un mundo globalizado. En otras palabras, la democracia representativa, que funcionaba legitimando el poder soberano estatal según la idea de una autoridad construida a partir de la libertad de sufragio de los ciudadanos, ya no es suficiente” (Barbará, 2000). Bajo los parámetros de las democracias de baja intensidad no es ya la comunidad la que se expresa en la organización, sino que es la organización la que se comprime a la comunidad e impide la participación y restringe la decisión popular. En definitiva la cosa es como dice el italiano Zampetti, refiriéndose a la democracia real y participativa: “La democracia es una cosa seria: existe o no existe. O se hace de tal modo que quien vota pueda de algún modo influir sobre las decisiones de la clase dirigente, o esta última se convierte en clase de oligarcas que administran un poder casi absoluto, dejando a los electores la ilusión de tener un poder del que han sido completamente despojados” (Zampetti, 1990). “La democracia es un concepto moderno en el sentido de que define la modernidad misma (...) La modernidad en cuestión nació pues con el capitalismo, y la democracia que produjo es, como el resto, limitada, tan limitado como lo es el capitalismo mismo: En sus formas históricas burguesas –aunque sean las únicas conocidas y practicadas hasta el momento–, esta democracia no constituye más que una etapa. Ni la modernidad ni la democracia han llegado al termino de su desarrollo potencial” (Amin, 2003).

La democracia formal, cuyo monopolio reclama la globalización, es insuficiente –como ha quedado demostrado en los últimos veinte años de práctica– para establecer un sistema de justicia social de alcance mundial. Se hace imperiosa la construcción de otro tipo de democracia que supere la exclusión política que la primera ha generado. Las diferencias entre estos dos tipos de prácticas son profundas. La democracia delegativa ha esmerilado la política por afuera (a través de los lobbistas y la financiación de campañas costosas) y por adentro (por medio de un vaciamiento de militancia de las estructuras partidarias tradicionales, reconfigurándolas como pirámides de favores económicos o bien como redes clientelistas). La democracia formal con sus reglas (una vez que la elección determinó a un ganador, se espera que el electorado se retire de la política activa y deje trabajar a

sus representantes, hasta la próxima elección) fomenta la delegación y la ausencia de participación popular. “Si bien la actividad extraparlamentaria usualmente es legal, es raro que sea estimulada y sólo cuando se convierte en violenta se le presta atención en los medios masivos” (Sklair, 2003).

La democracia participativa está basada en el concepto de que el Pueblo no deje la actividad política y participe en la construcción no sólo electoral, sino también de los posicionamientos permanentes de las fuerzas políticas ante los problemas concretos. El control efectivo del Pueblo sobre la acción de gobierno es un requisito fundamental para una democracia más profunda. Ello no se garantiza tan sólo con recurrir a mecanismos constitucionales o jurídicos tales como el plebiscito, el *recall* o la revocatoria, el presupuesto participativo, etc. Todos estos pueden ser buenos en sí y contribuir con una democracia fortalecida, pero es en vano si no logran llenarse de la participación social.

“Así aunque la democracia participativa tiene necesidad de parlamentos (o de cuerpos similares), el soberano es siempre el Pueblo. Por lo tanto, se necesitan cuerpos subparlamentarios elegidos para que actúen como canales de comunicación (en ambas direcciones) y de toma de decisiones entre la gente y su gobierno. Una democracia de este tipo tiene ciertas características: informes frecuentes de los delgados ante la gente, representaciones de la opinión popular ante los responsables de las decisiones, gobierno abierto y referendos sobre cuestiones importantes” (Sklair, 2003). Y cuando decimos grupos que canalizan la participación no nos restringimos a los partidos políticos. Es, pues, evidente que el Pueblo no está constituido únicamente por los individuos sino también por los grupos. Ello es así porque los grupos no son más que la manifestación de la capacidad, de la actividad y de los intereses de las personas. Dentro de estos grupos naturales de organización u organizaciones libres del Pueblo, incluimos, por supuesto, a los movimientos sociales, incluso a las ONG que no son subsidiarias del pensamiento transnacional. Estos no deben concebirse desde el punto de vista político, como de ordinario se hace, estáticamente, como si fueran instituciones jurídicas anquilosadas, sino dinámicamente, y como tales se manifiestan los grupos en la interacción social. “Por estas razones afirmo que el Pueblo no es, sino que se hace. Y se hace en la medida en que se entiende dinámicamente, no ya estáticamente. En otros términos, podría también afirmar que existe una concepción estática del Pueblo, si se le considera en su ser o mejor en el interés de sus componentes, y una concesión dinámica del mismo, si se le considera desde el punto de vista de la actividad de sus miembros. La primera concepción del Pueblo es la base del sistema representativo, la segunda es la base del sistema participativo. Pero así como el actuar no anula el ser, sino que lo supone, así el sistema participativo no anula sino que supone el representativo” (Zampetti, 1990). De este modo, “los derechos democrático-formales son una condición imprescindible y necesaria, pero no suficiente, para la sociedad democrática del futuro, no deben sustituirse, sino ampliarse hacia los derechos sociales participativos” (Heinz Dietrich, 2003). Pero el gran desafío de hoy de las democracias de los países periféricos no es sólo ser capaz de generar una estructura de participación, sino partiendo de está inclusión política, dar vuelta la tortilla de las desigualdades y asimetrías sociales, y revertir la tendencia excluyente y polarizante del capitalismo globalizante. Sin la reversión de estas tendencias concretas que se sufrieron en las últimas décadas, el futuro mismo de la democracia está en juego. Y hablamos no sólo de la real sino también de la formal. Pues es tarea más que difícil consolidar procesos democráticos en contextos marcados por la pobreza, la desigualdad, y la injusticia, en

los que los regímenes económicos de acumulación vigentes fomentan la dualidad social, mientras se desprotegen a los excluidos mediante una retirada estratégica del Estado del escenario de la sociedad (Nun, 2000). En última instancia, la política democrática es un conjunto de problemas o bien situaciones que requieren de soluciones a través de la conformación de una voluntad colectiva que, una vez tomada como acción concreta, como camino elegido, se convierte en vinculante para el conjunto de la comunidad. Cuando esta decisión se conforma de modo participativo, cuando se incluye a las mayorías populares el proyecto democrático se apropia de los resortes institucionales del Estado Nación y a través del mismo se plasma en la realidad, se convierte así en instrumento de los intereses del Pueblo y no expresión de otros intereses de grupos minoritarios. Por eso el marco de la política sigue siendo hoy el Estado Nacional. Esta es la dimensión específica de la resolución de los problemas, más allá de que esta resolución se relaciona directamente, como siempre lo hizo, con un sistema internacional, hoy global, en el que se manifiestan también otros intereses divergentes o concurrentes.

Lo político refiere a las dos dimensiones, la nacional y la global, la interna y la externa, en la que se expresan los antagonismos que son inherentes a las disputas de intereses en la configuración de la decisión, intereses en donde se cruzan relaciones sociales e ideología pero también relaciones de carácter personal. **La exclusión política es, de algún modo, un complejo mecanismo a través del cual se garantiza la preeminencia de los intereses transnacionales por sobre los de los Pueblos, a través de una democracia condicionada, con una política vaciada y viciada.** “La política no existe como simple resultante de los intereses privados. Supone ideales, principios y proyectos que sobrepasan todos los contratos particulares. Si se abandona esta perspectiva y se reduce la política a una función de mercado –en el que se determina el peso de los intereses enfrentados–, el espacio político queda seriamente amenazado, pues no hay mercado que pueda fijar el valor del interés nacional y delimitar el espacio de la solidaridad (...) En ausencia de un proyecto común, de principios compartidos y reconocidos por todos como superiores a los intereses particulares, la tendencia es, para cualquier grupo, llevar lo más lejos posible sus propios intereses. La dinámica de este conflicto de interés obedece a una lógica unidimensional, un enfrentamiento en el que la voluntad de poder de cada individuo, de cada empresa o *lobby* no conoce otro límite que la voluntad de poder que se le opone. En este juego cada poder intenta llegar al extremo de su poder” (Regnasco, 2000).

Queremos culminar el capítulo sobre la exclusión política citando a Heinz Dietrich en su libro “Democracia Participativa y Liberación Nacional”, donde lucidamente plantea el horizonte de la lucha democrática afirmando: “La democratización del sistema burgués es equivalente a su negación, porque su carácter predominante plutocrático es incompatible con la democracia real en lo político, económico, cultural y militar. La democracia real es el fin de la civilización del capital. (...) El sujeto prometeico se vuelve obstáculo y peligro para el capitalismo global, porque entiende lo que es y lo que podría ser. Ve que el sistema le roba la vida y reacciona frene al robo. Y en la media en que se agudiza la contradicción entre la abundancia material del nuevo milenio, las restricciones de la democracia formal y las necesidades y anhelos del sujeto, incrementa la disposición de la gente a luchar por un cambio cualitativo. Y al no poder democratizar la economía ni la democracia burguesa, la conclusión del sujeto será obvia: la necesidad de otra civilización” (Heinz Dietrich, 2003).

LA EXCLUSIÓN CULTURAL O COMO SE ESCAMOTEA LA IDENTIDAD DE LOS PUEBLOS.

“El packaging global crea deseos globales”

Leslie Sklair.

“La dependencia cultural es que la gente de nuestro país tiene que cepillarse los dientes tres veces al día, aunque no tengan qué comer”

Elizabeth Cardova¹

“Pero es la guerra. Económica, política, ideológica, cultural, afectiva: siendo el mercado un totalitarismo omnívoro, devora glotonamente cualquier cosa, la mastica y la escupe en forma de producto y beneficio”

Labarde y Maris

¹ Citada por Leslie Sklair (2003) en “Sociología del sistema global”.

EMPEZANDO A PENSAR LOS PLANOS DE LA EXCLUSIÓN CULTURAL.

Entendemos por exclusión cultural a un proceso mediante el cual se niega, se escamotea, se impide la expresión libre de la propia identidad. Dicho en otras palabras, ni los Pueblos ni cada persona considerada individualmente pueden convertirse en sujetos, afirmar su propia identidad, ni es tenido en cuenta su aporte para la integración cultural universal. Esta integración entonces, cobra forma de sumisión o subordinación y se hace en base a un el modelo único global de sociedad y de individuo, que toma como paradigma a la cultura individualista, anglosajona, blanca, machista, negadora del Otro y sobre todas las cosas mercantilista. El mecanismo mediante el cual se integra a esta “inclusión” cultural es el consumismo, entendiendo como tal la ideología que acompaña al capitalismo globalizante y que es intrínseco a sus métodos de comunicación y relación entre las personas y las cosas en la actualidad.

Si hablamos de exclusión cultural, un párrafo particular merece la cuestión de la identidad cultural entendida colectivamente como identidad nacional. Aunque algunas referencias ya hemos hecho en el marco del capítulo que trata específicamente la aparición de nuevos sujetos en el plano mundial y la cuestión nacional; y otras reflexiones trataremos de abordar en el último capítulo. La identidad cultural de los sujetos sociales, de las comunidades, grupos y naciones, se funda en la memoria de sucesos o hazañas pasadas recogidas por la tradición, pero también en las gestas y hechos trascendentes del presente. Se trata de una identidad histórica y cultural que se presenta como “excepcional”, como la primera marca de la personalidad y el carácter de los sujetos. Como es claro, el problema radica en que la identidad y la cultura, por definición, no son nunca idénticas a sí mismas, sino el resultado de un enjambre de combinaciones y contaminaciones que fueron configurando esa personalidad, sus distinciones y diferencias (Flores Olea, 1999). Mucho más si tomamos en cuenta el componente mestizo de nuestra conformación cultural en América, al que en el caso de nuestro país se completó y enriqueció, produciendo nuevas oleadas de sincretización con el aporte de los inmigrantes de distintas partes de Europa, en particular de las áreas más pobres de España e Italia y en los últimos años con otra oleada de nuevos aportes provenientes de migrantes de los países limítrofes.

La riqueza y el despliegue de las naciones, entendidas como identidades, definidas como particularidades de la cultural universal, como baldosas del rico y variopinto mosaico de la humanidad, eso es lo que sistemáticamente niega la globalización. Pero el proceso globalizante no tiene el oscuro privilegio de ser demasiado innovador en esta materia. De algún modo los últimos quinientos años de dominación colonialista e imperialista, tuvieron mucho de exclusión de las culturas de los Pueblos dominados.

Algunos pensadores –muchos de ellos con barniz progresista– celebran el ocaso de las culturas nacionales y hablan de “hibridación cultural”. La tan cacareada “hibridación”, entendida como relajamiento de las particularidades universales (valga la contradicción) es proclamada como la derrota definitiva de los “fundamentalistas” que defienden las identidades nacionales. Sin embargo, la realidad dista de dar crédito a tal victoria proclamada por la visión posmoderna de un mundo globalizado culturalmente. Nosotros creemos que no es posible reducir a

la mentada “hibridación” la complejidad y las contradicciones del mundo contemporáneo. El posmodernismo, no es más que una de las muchas descripciones posibles de la realidad actual, no hace más que expresar las vivencias de la casta de los globales, muchos de los cuales viven en países centrales (aunque otros muchos piensan desde ellos aunque no vivan allí). Los planteos posmodernos no alcanzan ni a explicar ni mucho menos a expresar otras vivencias que también integran la escena de la dominación globalizante. En la explicación de este sistema—mundo, como en muchas otras etapas de la historia, aun parece ausente la voz de los que no tienen voz, la voz de las mayorías, la voz de los excluidos, la voz de los que están —como dice Zygmund Bauman (2000)— localizados irremediabilmente y siguen produciendo su cultura, le pese a quien le pese, en términos nacionales.

Los Pueblos, en abierta confrontación contra lo que el sistema de dominación pretende de ellos, se resisten a abandonar, pese a los años de martilleo del neoliberalismo, lo que Paul Ricoeur llama “el sueño despierto de un grupo histórico”, es decir, el núcleo ético—mítico que constituye el fondo cultural de una Nación. El nudo cultural de la globalización como sistema consiste en deslegitimar las Naciones, como modos de resistencia y producción cultural, al mismo tiempo que exalta el comportamiento estandarizado mundialmente en base a la lógica del mercado que se da en los grandes conglomerados urbanos, similar sino idéntico en todo el mundo, en definitiva, un comportamiento de individuos anónimos que funcionan con prescindencia del lugar en el que están situados, a través de prácticas transnacionalizadas y transnacionalizantes. De este modo, se le da una especial significación a la idea de humanidad, afirmando que el sentido, la opción, la particularidad cultural son meras justificaciones inventadas para polarizar el control del funcionamiento, como afirma Foucault (Azucuy 1996). Esto configura una concepción preñada de consecuencias negativas sobre todo para los Pueblos periféricos.

La globalización impacta sobre las culturas nacionales con su impresionante carga de uniformización y transculturización. Las culturas nacionales van resistiendo como pueden, a veces atrincheradas en tradiciones, contraponiendo respuestas fragmentarias, dispersas, *cuasi* individuales incluso, al proyecto de reorganización de las relaciones sociales, aceleradas desde los nuevos y poderosos sistemas de comunicación. Estas respuestas en la medida en que han sido desprovistas de la fuerza del Estado o que contaron con un Estado debilitado, desguasado —cuando no directamente hostil—, han tomado la forma de resistencias, de adaptaciones, de reapropiaciones y se han teñido, sobre todo, de una fuerte nostalgia. Sin embargo, las particularidades culturales nacionales en cualquier rincón del globo lejos de estar muertas, dan pelea a la uniformización neoliberal. Se observa, en muchas partes, un retorno a las culturas particulares, a las tradiciones, al territorio, un renacimiento de elementos de particularidad que a veces se degeneran como reacción en xenofobias y fundamentalismos, pero que en la mayoría de los casos son más producto de la necesidad vital de los Pueblos excluidos culturalmente de su propia autoafirmación. El vínculo indestructible de los excluidos de la globalización con la localidad es fuente de producción en el largo plazo de pautas culturales propias, ya nuevas, ya tradicionales, que están llamadas naturalmente a confrontar con la cultura consumista que el sistema ha conseguido que penetre también en los sectores populares, sobre todo de las grandes ciudades.

El proceso fluctúa entre la transculturización, la asimilación y el mestizaje y la resistencia lisa y llana. La particularidad de la cultura de masas actual es la enorme mezcla de las culturas masificantes y las tradiciones culturales populares (Mattelart, 1999). El bombardeo cultural y la colonización de medios tales como

la TV contribuye a la construcción de un escenario donde se muestra la tendencia natural de los Pueblos periféricos a desviar, a dar la vuelta, a resignificar los instrumentos de homologación, y a mestizar estos elementos enriqueciendo su propia identidad. Como ejemplo podemos tomar lo sucedido con el llamado rock nacional en nuestro país. Hoy nadie puede dudar que la producción de lo que llamamos rock nacional configura una particularidad propia de la Argentina, una música que identifica a muchos sectores, sobre todo jóvenes, y que además rompe —muchas veces— el molde de la rebeldía controlada y el consumo inducido de música producida en los países centrales, y enlatada por las grandes transnacionales discográficas.

Podemos constatar cierto paralelo entre la exclusión a nivel social, es decir, hacia el interior de las sociedades y la exclusión cultural que se vino dando entre las naciones. Si bien la expansión europea a partir del renacimiento ha ido integrando territorialmente al mundo en su conjunto, no podemos dejar de lado que dicha inclusión fue hecha en base a los parámetros culturales eurocéntricos, es decir, subordinando y excluyendo las culturas dominadas. Así la cultura eurocéntrica se planteó a sí misma como “la civilización” de carácter universal² mientras el resto de las identidades culturales de los Pueblos fueron entendidas como la barbarie, los salvajes, el Otro al que había que negar, que esconder, o incluso matar para avanzar hacia “el progreso”.

La exclusión cultural al interior de los países en los tiempos de la globalización sigue este esquema pero lo profundiza más aun. De hecho, sólo toma como civilizado a una porción de la cultura del Norte dominador. Y esto es a la cultura mercantil. Es decir, tiende a extender el carácter de las relaciones comerciales al conjunto de las relaciones sociales. De este modo, por ejemplo, la cultura de la competencia está llamada a destruir —por “obsoleta”— a la cultura de la solidaridad, que no genera ni evolución ni riqueza.

No es la primera vez, como decíamos, que el sistema de dominación presenta la cultura del “Centro” de su dispositivo como el “progreso” (en una lectura lineal y acumulativa del tiempo) y ni tampoco que presenta a la tecnología como el modo de evolución de la humanidad (algo que vino haciendo de un modo u otro desde el comienzo del capitalismo). Acaso sea novedoso lo contundente, excluyente y brutal del planteo de su pensamiento único, en términos de colocar en situación de ridículo o nostálgico todo pensamiento crítico. Sobre estas bases sienta el sustento de su hegemonía que se presenta de un modo tan absoluto que cualquiera que pretenda cuestionar el sentido de su desarrollo aparece como un retrogrado o un obstáculo contra el progreso. Y encima, todavía está fresca la suerte corrida por aquellos que disputaban al modo como se presentaba la idea progreso capitalista (aun sin cuestionar al núcleo filosófico de la civilización eurocéntrica en sí misma). Los socialismos “reales” demostraron con su implosión la imposibilidad de superar tecnológicamente al capitalismo. La confrontación en el campo del desarrollo de la producción que le planteó el “socialismo científico” al capitalismo en algún momento estuvo en verdadera disputa, por ejemplo en la llamada carrera espacial en los tiempos del Sputnik (satélite soviético, primero en girar sobre la órbita de la tierra), la perra Laika (primer ser vivo en el espacio) o los primeros astronautas soviéticos (a los que para diferenciarse los llamaban cosmonautas). Pero, finalmente, esta disputa se dirimió en favor del capitalismo de empresa, capitaneado por los EEUU. La derrota de la Unión Soviética, y con

² Como ya decía hace muchos años respecto de la cultura europea don Arturo Jauretche: “Sólo por la victoria en esta contienda evitaremos que, bajo la apariencia de valores universales, se sigan introduciendo como tales los valores relativos sólo a un momento histórico o a un lugar geográfico. Su apariencia de universalidad surge exclusivamente del poder de expansión universal que les dan los centros donde nacen”

más precisión la caída del Muro de Berlín, son tomados como hechos simbólicos de comienzo de la preponderancia absoluta del capitalismo, inicio de lo que Ignacio Ramonet³ dio en llamar “pensamiento único”⁴, que no es otra cosa que la manifestación de la extrema soberbia de la civilización noratlántica.

El pensamiento único es la ideología que impide al mundo apartarse de la senda trazada por la globalización excluyente. Se trata un ideologismo globalizado culturalmente, que se puede traducir como el creer que las mejores prácticas invariablemente son las que tienen relación con el sistema capitalista global. Esta nueva colonización cultural tiene como parámetro la medida del mercado, es decir, la reducción de toda cuestión a una medición del costo y beneficio. Podemos definir que el parámetro general del **pensamiento único es la expansión de la lógica de mercado a todo tipo de relación humana**.

La imposición del modelo cultural de mercado se sustenta en la idea de que el progreso de la humanidad tiene un sólo y único sentido. Idea que se ha visto fortalecida en las últimas décadas del siglo XX por el fracaso de alternativas visibles. Siempre la proclamación de un modelo único de progreso, aunque se fundamente desde un supuesto interés “progresista”, aunque recite su fe en la evolución universal, está escondiendo la preponderancia de ciertos valores, de ciertas culturas, de los puntos de vista de ciertas culturas, e intereses también de índole económica. Entonces así termina por justificar la imposición a los Otros —a los dominados—, de esos intereses que le son ajenos. Este es, sin duda, el sustento de un sistema de exclusión cultural.

El mercado global como modelo económico, político pero también cultural, se concibe a sí mismo como una totalidad homogénea. A todo y a todos parece ser aplicable la lógica del mercado. Su consigna es clara: cualquier cosa o persona que no está dentro del mercado no existe. Esta es la base de negación del Otro. La globalización cultural no conforma una instancia complementaria del proceso de globalización económica, sino que constituye un aspecto imprescindible de la misma⁵. Tras la globalización, entendida como dominación económica, subyace la imposición y socialización de signos, códigos, valores, atribuciones de sentido, etc. La homogenización cultural es uno de los fundamentos de un modo de comunicación entre actores diseminados en el mundo. Aquí emerge claramente la necesidad que el capitalismo globalizante tiene de colonizar territorios culturales, preparando las condiciones para su extensión e instalación.

Así para que se expanda la práctica económica y política transnacional, la cultura globalizante debe impregnar todos los vínculos sociales, contaminándolos con la idea de competitividad. Pero, la competitividad y el consumismo se disfrazan, presentándose como un canto de ampliación de la libertad, de la autonomía

³ Uno de los libros en que el pensador europeo desarrolla este concepto es en el libro “Pensamiento Crítico vs. Pensamiento Único”, 1999.

⁴ La crítica literaria y ensayista francesa Viviane Forrester, en su libro “El horror económico”, le atribuye la expresión pensamiento único a Jean François Kahn.

⁵ “Hay muchos que sostienen que la clave del control hegemónico en cualquier sistema social yace no en la esfera económica ni en la política, sino en el terreno de la cultura e ideología. Aquellos para los que esta idea es novedosa pueden quedar sorprendidos al descubrir que los escritos y la práctica de un marxista y militante comunista fueron en gran medida responsables de la tendencia presente de esta visión entre los pensadores radicales. Antonio Gramsci, quien pasó la mayor parte de su vida adulta en la cárcel bajo Mussolini, elabora las conclusiones de Marx de que las ideas que gobiernan una época son las ideas de sus clases dominantes, para crear una teoría de la hegemonía y una teoría de clase de intelectuales cuya función en cualquier sociedad letrada es propagar o desafiar esas ideas líderes” (Sklair, 2003).

individual, al pensar cada individuo como “ese ser especial único e irrepetible”. Los bienes, servicios y las “opciones” para ese ser único, que es el consumidor, se vuelven ostensiblemente más universales. Sin embargo, entre otras cosas, lo que el discurso globalizante omite plantear es que no se posibilita a todos las condiciones para su acceso. Es como un banquete al que todos son invitados, pero en el cual pocos pueden sentarse a la mesa (García Delgado, 1999).

“Una de las paradojas más turbadoras de la mundialización es que acarrea, simultáneamente, la uniformización del mundo (el bazar cultural mundializado, Coca-Cola, Dinastía y los amores de Estefanía de Mónaco, el inglés reducido a cincuenta palabras, pongamos cien) y un aislamiento de los hombres” (Labarde y Maris, 1999).

La creación de nuevos mercados “virtuales” a través de las redes cibernéticas, y de la posibilidad de transportación (de personas, bienes y servicios) en tiempos increíblemente cortos entre puntos muy lejanos del globo, son novedades de estos tiempos de globalización. Sólo los posmodernos festejan las nuevas tecnologías como medios “libres” que instauran una era de diversidad cultural. Para nosotros está claro que este enjambre entrelazado de información y comunicaciones tiende a la creación de un sólo y único mundo cultural, es decir, a la instauración de psicologías, valores, conductas, reglas de comportamiento, preferencias, valores ideológicos y formas culturales, que propugnan la homogeneización del planeta, sin tener en cuenta —del mismo modo que lo hace respecto de la naturaleza— la pérdida de la diversidad cultural universal.

La tan elogiada “interactividad” de los nuevos medios es, por lo menos una exageración; sería más correcto hablar de un medio interactivo “unidireccional”. Generalmente los académicos (muchos de ellos miembros de la nueva oligarquía global y otros que repiten lo que estos dicen por su aspiración de estar incluidos), defienden, en su descripción del nuevo mundo, los adelantos tecnológicos de los que gozan y las nuevas capacidades de comunicación e interacción. Internet y las redes de acceso tecnológico no son medios “interactivos” para todos, y es difícil pensar que lo sean en un mundo que no resuelve (sino que cada vez aumenta) el problema del hambre y las enfermedades de tres cuartos de la población del globo. “Los que obtienen acceso deben realizar su elección dentro del marco fijado por los proveedores, que los invitan a gastar tiempo y dinero en la elección entre los muchos paquetes que ofrecen. En cuanto al resto, relegado a la red de televisión satelital o por cable, sin la menor pretensión de simetría entre ambas casas de la pantalla, su destino es la observación lisa y llana” (Bauman, 2000).

En la interacción (unidireccional y restringida) que nos propone la cultura globalizada, los más miran a los menos. Las minorías, objetos de las miradas, son los famosos. Estos famosos son la parte más exhibicionista y obscena de la oligarquía global. Pertenecen al mundo de la política, el deporte, la ciencia o el espectáculo, o son célebres especialistas. Más allá de su proveniencia, los famosos exhibidos ponen en exhibición el mundo de la *élite* global: un mundo cuyo rasgo particular es precisamente la cualidad de ser observado por muchos, y en todos los rincones del globo; de ser global en su cualidad de ser observado (Bauman, 2000). Un mundo de personajes que transmiten su propia cultura, sus valores, su forma de relacionarse, su *modo de vida*.

De esta forma, en la globalización mediática se produce una triple articulación. Por un lado están los actores: los ricos, los famosos, los que son los *protagonistas*. Por otro lado los *expectantes*, que son los que miran y todavía se sienten adentro, aunque ven como va escaseando su poder y su riqueza y su posibilidad de protagonismo (estos corresponden a los que encuadrábamos como exclusión potencial). Finalmente están los *espectadores* (estos son los excluidos reales), a los que sólo les está permitido mirar

y empaparse en la ficción de la vida de los otros, de los protagonistas.

Al cuadro de la armonía mediática de la nueva aldea global es preciso agregarle un dato: la presencia constante del hambre, la desocupación, la precarización laboral, el empleo informal, mezclados con guerras, catástrofes naturales, descalabros ecológicos, etc. Estos actúan a modo de disciplinadores de las masas. Y al mismo tiempo producen un clima de distensión y relajación en los actuales protagonistas de la historia (los que se muestran y también los otros). Los medios contribuyen a presentar estos flagelos de la humanidad como hechos inexorables, y pretenden negar la existencia de cualquier fuerza capaz de vertebrar una alternativa que se oponga a su plan de enriquecimiento —que es a su vez el empobrecimiento de las grandes masas populares—. Esta sensación de ausencia que los medios masivos intentan configurar, alimenta también el sentido de impunidad y eternidad que tienen los incluidos. Este clima se completa con el encantamiento de los sectores expectantes, que siguen bailando al son del ritmo de los encantadores de serpientes que componen esa oligarquía mundial, y encima pensando que la música es fruto de su libre elección...

En definitiva, este es el modelo propuesto por la sociedad mundializada: unos pocos gozan del banquete consumista, algunos están ahí expectantes nutriéndose de las sobras y muchos son meros invitados sin acceso a la mesa. No obstante, la realidad siempre se empeña en hacer pasar la historia, aunque pretendan detenerla, aunque declaren solemnemente su fin (Fukuyama, 1992). Este sistema de dominación cultural que parece muy compacto, hace agua por los cuatro costados. Suena más bien al festejo descontrolado del pequeño núcleo de oligarcas que viajaban en primera clase a bordo del Titanic. Por lo pronto tiene un montón de consecuencias directas “no deseadas” que rompen la armonía de la “pax globalizada”.

El antropólogo polaco Wojciech Burszta⁶ reflexiona sobre algunos de estas consecuencias, que contradicen el rol pasivo que otorgan a las masas los agentes culturales de la globalización: “las antiguas periferias evidentemente siguen su propio camino, se burlan de lo que dicen los posmodernos sobre ellas. Y éstos son más bien impotentes frente a la realidad del activismo islámico, la fealdad de los barrios marginales en México DF o incluso el negro acuchillado frente a una casa vacía en el South Bronx. Son márgenes enormes, y no se sabe qué hacer con ellos... Bajo la delgada película de los símbolos, rótulos y servicios globales, hierve la caldera de lo desconocido, que no nos interesa gran cosa y sobre la cual tenemos poco para decir”. En esta cita, el término periferias se entiende en un sentido genérico, se refiere no a los países periféricos, sino a lo que nosotros llamamos excluidos. Son esos espacios infinitamente numerosos que quedan afuera de “símbolos, rótulos y servicios globales”. Esta periferia excluida se extiende de modo amenazante en torno de los enclaves pequeños, extraterritoriales en sus pretensiones, pero físicamente muy fortificados, de la oligarquía globalizada. Porque más allá de su voluntad, estos círculos de incluidos no alcanzan situarse fuera del territorio y por ende se ven en la necesidad de protegerse y aislarse en fortalezas. En la imposibilidad de la extraterritorialidad y la necesidad de ese aislamiento reside parte de su debilidad.

La modificación de la comprensión espacio/tiempo, va generando una sociedad dual en lo económico, pero también una sociedad de dos velocidades, dos concepciones culturales, que implica además un fenómeno de consecuencias aun impensadas: la una ruptura creciente de la comunicación entre las *élites* (in-

cluidas) y el *populus* (excluido)⁷. Entre los dos mundos sedimentados en ambos polos, en lo alto y en lo bajo de la jerarquía emergente de la globalización, crecen enormes diferencias; al mismo tiempo que crece la incomunicación entre ambos. Para los incluidos, el mundo de los globalmente móviles, el espacio ha perdido sus cualidades restrictivas y se atraviesa fácilmente en sus dos versiones, la real y la virtual. Se han convertido en turistas del mundo, cada vez menos trabajo/esfuerzo y más recursos para gastar. Para el otro mundo, el de los excluidos, el de los que están sujetos a su tierra, casi nada es globalización casi todo es localización. Para estos está fijado un destino de inmovilidad. ¡Y pobre de aquellos que pretendan desafiarlo migrando a otros lugares! Están impedidos de desplazarse y por ello deben soportar los cambios que sufra la localidad a la cual están atados. El espacio real se cierra. Esta clase de privación se vuelve aún más ingrata ante la exhibición ostentosa, a través de los medios de comunicación, de la conquista del espacio y la accesibilidad virtual de las distancias que siguen siendo inalcanzable en la realidad no virtual (Bauman, 2000).

La extensión de la cultura mercantil ha convertido a los dos polos de la dualidad social en consumidores. Unos, los incluidos, consumen como turistas, los otros —la mayoría— como mendigos. Estos en realidad son consumidores defectuosos. Los mendigos/excluidos difícilmente podrán pagar el alto costo que implica elegir, su potencial para el consumo es tan limitado como sus recursos. Su precaria condición social los sitúa sólo en el margen del consumo, como decíamos más arriba, puede sólo consumir —en el mejor de los casos— las migas del banquete de los incluidos. Por eso su sola existencia se torna molesta para la oligarquía mundial. Están presentes para recordar un pesado mundo de injusticia. Socavan el orden y la armonía de un nuevo mundo globalizado. Son los extranjeros indeseables de la aldea global. Son aguafiestas por su mera presencia, son arena en las ruedas aceitadas de la sociedad de consumo, aportan cada vez menos a la prosperidad de una economía basada en un consumo de *elite*, ni siquiera son todos necesarios para producir lo que esta oligarquía global consume. Son, en su mayoría, inútiles en el único sentido concebible de la palabra “utilidad” en una sociedad de consumidores. Son candidatos naturales a la marginalidad, a convertirse en chivos expiatorios de todos los males: la inseguridad, la falta de voluntad para trabajar, pasto del clientelismo político... Muchas veces —sobre todo en los sectores medios empobrecidos— su crimen no es otro que el de querer ser como los incluidos... a la vez que carecen de los medios para realizar sus deseos.

LA DESLEGITIMACIÓN DE LOS EXCLUIDOS.

Uno de los aspectos fundamentales de la exclusión cultural consiste en un complejo sistema de deslegitimación (pérdida de autoridad y sentido de su palabra) de la identidad de los excluidos (Villareal, 1996). Sobre este desprecio de su vida misma se legitima el sistema que los deja afuera⁸. Comenzando por el tema de la memoria, que pretende ser prolijamente cortada y limada por los efectos de una cultura de

⁷ De algún modo esta dualidad es propia del desarrollo cultural de la civilización noratlántica. “La pretendida universalidad de la cultura no sirve sino para encubrir una cualidad cultural básica: cultura imperial y cultura popular. El Pueblo entiende y vive la cultura como su cultura, mientras que el opresor concibe su cultura como *la* cultura” (Ardiles, 1975).

⁸ La lógica del mercado en materia cultural ha desmoronado cualquier presunción de autonomía y esfuerzo por observar “con los propios ojos” (Flores Olea, 1999).

⁶ Citado por Zygmund Bauman (2000), en “Globalización, las consecuencias humanas”.

la inmediatez y la subsistencia. La desaparición de ciertos símbolos históricos que otorgaban coherencia a las luchas (a las victorias e incluso a las derrotas) del pasado con las luchas del presente, es notoria en los sectores populares y muchas veces una versión transformada de viejas lealtades es liza y llanamente una herramienta de escamoteo de la voluntad y una forma de utilización política.

El bombardeo informativo es uno de los artífices de la fragilización de la cultura popular. La globalización en su práctica cultural instala a las personas en un permanente presente, disuelve la memoria y se concentra en el acontecer inmediato, en el cálculo y la conducta de corto plazo, en la sucesión de hechos azarosos⁹, que carecen de una referencia organizadora. Las tradiciones parecen entonces naufragar en el oleaje de lo último y más nuevo... “La aceleración disuelve la historicidad e instauro la instantaneidad. La temporalidad deja de ser un transcurrir que conserva un sentido para disgregarse en una serie de datos cuyo interés no perdura más allá del tiempo de su emisión. No se puede organizar la memoria en una continuidad significativa, y por lo tanto no puede estructurarse una identidad, ni personal ni cultural. Esta tendencia tiene su manifestación más ostensible en el *videoclip*, una sucesión vertiginosa y deslumbrante de imágenes que son olvidadas con la misma rapidez con la que se perciben” (Regnasco, 2000).

En efecto, la reducción del espacio que entraña la globalización tiene su consecuencia directa en la abolición del paso del tiempo. Los incluidos viven en un presente perpetuo, atraviesan una sucesión de episodios higiénicamente asilados, tanto del pasado como del futuro. Están constantemente ocupados y siempre escasos de tiempo, porque cada momento es inextensible, una experiencia idéntica a la del tiempo “colmado hasta el borde” (Bauman, 2000). Los excluidos, en cambio, están aplastados bajo el poder de un tiempo abundante, innecesario e inútil, en el cual no tienen nada que hacer. En su tiempo “no pasa nada”. No lo controlan, pero tampoco son controlados por él, a diferencia de sus antepasados, que marcaban sus entradas y salidas en las fábricas, los cuarteles o en los manicomios, siempre sujetos a un ritmo impersonal del tiempo del reloj. El rol que la cultura dominante asigna sobre todo a los desocupados, excluidos económicos, es el de matar el tiempo a la vez que éste los mata lentamente.

También tenemos que tomar en consideración que la cultura de la práctica solidaria se va resquebrajando con el crecimiento de la marginalidad (muy vinculada con la droga) en sus diferentes aspectos que tienen que ver siempre con la destrucción del hombre, tomando forma de anomia. Estas pérdidas y otros tantos deterioros socavan la cohesión comunitaria que se construye en base a unas pautas y una lucha compartidas y unas prácticas de vida social y política que servían de cemento social. La gran ausencia de proyecto colectivo por medio de la demonización de la política y su mercantilización quita el sentido de unidad comunitaria, minando los lazos con todo lo que remitía a lo popular o colectivo, más allá de lo próximo, inmediato. De este modo, se entrelazan la exclusión cultural y la política.

En definitiva, el sistema de valores propio de los excluidos es planteado como

⁹ Una de las consecuencias de la referida cultura de la inmediatez es que “Se precipita también la gente sobre el juego, lo aleatorio, el azar gastando centenares de miles de millones cada año en España o en Francia. Sólo el mérito no basta para triunfar, estima el etnólogo Christian Bromberger. El juego de azar implica tratar de seducir a la fortuna en una sociedad que ha perdido sus bases de certidumbre colectiva. En una sociedad en la que el paro golpea ciegamente, incluso a los más preparados, el juego es el único medio para esperar una inflexión del destino. Y en este período de crisis, la felicidad se presiente como una magnitud que se extingue” (Ramonet, 1999).

un lastre. La implementación de la exclusión en el campo cultural se da como una operación de pinzas. Por un lado el modelo cultural único como parámetro y por otro una serie de acciones sobre la información para la conformidad y la instalación en las miserias (por ejemplo los *reality shows*) que son profundamente desmoralizadores y deslegitimantes. Se trata de mostrar los límites de los sectores populares no como límites a superar sino como barreras infranqueables, fijas, naturales.

La “hibridación cultural” de los globalizados, los incluidos, los turistas del mundo, puede ser vivida como una experiencia de libertad, pero la reducción a la impotencia cultural de los locales, los excluidos, ni siquiera puede ser vivida como tal, porque se funda en la descalificación de sus propios valores. Sin embargo, la deslegitimación del Otro no es nueva y está en la base del racismo (por ejemplo en el racismo argentino respecto de los “cabecitas negras”, ya desde la generación del 80 calificados sistemáticamente como “vagos”). La paranoia ampliamente difundida por el bombardeo informativo, actúa por un lado minando la idea de autovaloración y por otro fomentando la fragmentación social. La segregación se multiplica, transformando incluso en antagonistas a las diferentes capas de excluidos (por ejemplo: el barrio humilde respecto de la villa que tiene a unas cuadras). Esta segregación se manifiesta también en el desprecio y el miedo que se materializa en la persecución del “sospechoso” por su aspecto físico. Con esta lógica actúan los organismos de seguridad, haciendo uso de un sistema penal, que más allá de su institucionalización liberal garantista tiene una ejecución de tipo lombrosiano.

Si a todo esto le sumamos el efecto nocivo de difusión de la cultura individualista y de la expansión a la esfera privada de la lógica del mercado instaurada por los medios de comunicación de masas, termina por configurarse un cuadro de deterioro de los vínculos relacionales que caracterizaban históricamente a los sectores populares. El individualismo introducido por la dominación cultural globalizante tiene un objetivo claro: se trata de generar una crisis de valores profunda que produce una suerte de indiferencia “inducida” sobre lo social y colectivo.

El núcleo filosófico del mecanismo de exclusión cultural consiste en que, al mismo tiempo que se cierran para las mayorías el acceso al trabajo, se sigue colocando al empleo asalariado como centro de la expectativa, de la autovaloración que cada hombre tiene de sí mismo. La cultura del trabajo, profundamente arraigada en nuestro Pueblo de la mano del peronismo, era una fuerte malla de contención ante la marginalidad. Era la fuente de orgullo personal del trabajador, que lo convertía en constructor de la propia vida y de la comunidad toda. No obstante, esta valoración cultural fue perdiendo fuerza y vigencia ante el bombardeo incesante de más de un cuarto de siglo de gobiernos neoliberales, cuya consecuencia directa fue la expulsión del trabajo de gran parte de la población económicamente activa. Y con la expulsión del aparato productivo de muchas personas, ha caído en desgracia concomitantemente la posibilidad de compartir expectativas de jerarquización social, deteriorando los lazos comunitarios, enterrando la expectativa de movilidad social ascendente.

En síntesis, el poder del sistema se manifiesta en relación a los excluidos no sólo, como creen muchos analistas progresistas, en su aspecto represivo (por ejemplo persecución de la pobreza a través de su vinculación con el delito u otras formas de violencia más sutiles pero igualmente efectivas hacia los excluidos), con control de proceso de su autoorganización (por ejemplo, cooptación de dirigentes), persecución a dirigentes populares (judicialización de la protesta), etc., sino también y fundamentalmente por controles ideológicos o mecanismos de formación del “consenso”. El complejo mecanismo de exclusión cultural funciona legitimando las acciones de los poderosos y deslegitimando —muchas veces desde el deber ser, otras del escepti-

cismo irónico o del fatalismo desesperanzador— las acciones y las propuestas críticas al sistema. Finalmente la dominación cultural opera también a través del llamado aspecto “productivo” del poder (Villareal, 1996) que valga la redundancia produce procesos de individualización, segregación cultural y aislamiento, en un marco de ficción democrática de acceso tanto al poder como al consumo.

LA IDEOLOGÍA CULTURAL DEL CONSUMISMO

En la cultura dominante, el consumidor (categoría a la que no todos pueden acceder) ocupa el lugar filosóficamente central que tenía el trabajador. El consumidor se convierte así en un elemento central del proceso de legitimación. No se trata de un consumidor cualquiera, sino de un “consumidor soberano”, capaz de “elegir libremente en un mercado libre”. En su lucha contra cualquier forma de control (estatal) del mercado y de sus actores, el neoliberalismo exalta la “libertad”, sancionando la representatividad del consumidor¹⁰ en una “democracia de mercado”. En intencional confusión se equipara el poder de la oferta y la demanda, resaltando el poder de los “consumidores” y “usuarios”. Pero más allá de la trampa que esta equiparación conlleva, lo importante de destacar son las consecuencias culturales de la lógica consumista. El consumismo —en tanto ideología fundante del consumidor— no sólo significa inducción de valores (individualistas y posesivos), sino que, a la vez, rompe la estructura de acción colectiva, fortaleciendo la acción individual y la competencia sobre la cooperación. Y fundamentalmente modifica el esquema de solidaridad social vinculado históricamente al mundo del trabajo.

Es por eso que consideramos que un instrumento formidable en el proceso de dominación cultural es aquel que puede caracterizarse como la difusión de la “ideología cultural del consumismo¹¹” (Sklair, 2003). En la sociedad globalizante, como decíamos, se observa el pasaje de la centralidad que antes tenía el trabajador al consumidor. Este nuevo modelo—arquetipo social de ciudadano se caracteriza por una orientación centrada en la adquisición de bienes, la exhibición y ostentación como elementos centrales de la identidad. La ideología cultural del consumismo proclama, literalmente, que el significado de la vida se encuentra en lo que se tiene, las cosas que posee hacen lo que el individuo es. Consumir, por lo tanto, es tener entidad, es estar vivo, y para permanecer completamente vivo se debe consumir continuamente. Por eso es que no parece entonces tan desatinado este párrafo irónico de dos autores franceses: “Se creía que [con la globalización] el planeta iba a convertirse en una aldea, se ha convertido en una feria. Todo se compra y todo se vende, sin consideración alguna por las circunstancias particulares, sin más preocupación que la del interés” (Labarde y Maris, 1999).

El modelo cultural que se impulsa y a la vez es motor de la globalización capitalista esta fundado en ese consumismo. Es más, el hombre globalizado aparece enmarcado culturalmente en una “sociedad de consumo”. Con esta expresión no nos referimos a la obviedad de que todos los miembros de la sociedad consumen; todos los seres humanos, en realidad todos los seres vivos, consumen desde el inicio de los

tiempos. Lo decimos en el sentido que el modelo social anterior, el del capitalismo industrialista, era una “sociedad de producción”. Esa sociedad utilizaba a sus miembros, principalmente a las mayorías, como productores/trabajadores y soldados; la formación que les daba, la “norma” que les asignaba y les instaba a seguir, obedecía al deber de cumplir esas funciones. Cada uno debía ser capaz de cumplirlas, y se disciplinaba para hacerlo. Pero en el modelo globalizante, el sistema de dominación ya prácticamente no necesita ejércitos industriales y fuerzas militares de masas (que también tienden a ser reemplazadas por los cuerpos de *elite*). En cambio, lo que sí requiere, indispensablemente, es de consumidores. Y aunque no dota a todos de la capacidad de consumir, en función del camino escogido por el capital en la relación de producción, es sin duda el modelo de consumidor, el arquetipo cultural de esta sociedad globalizante. La formación que brinda la sociedad contemporánea a sus miembros está dictada, ante todo, por el deber de cumplir la función de consumidor (Bauman, 2000) y hacia allí se encamina el centro de su disciplinamiento, que es sustancialmente distinto del de la sociedad que le precedió.

Así la dimensión cultural de la opresión aparece, a primera vista, como un mecanismo distinto de la exclusión política y económica. Aparentemente parecería como que la voluntad del sistema es incluir a todos los sectores sociales en la lógica del consumo. Pero en realidad se trata de un doble movimiento por un lado el capitalismo global bombardea las resistencias culturales de la sociedad en su conjunto avanzando con la persuasión del impulso de consumo, incluso más allá de las necesidades concretas. Y por otro lado es el mismo sistema el que deja fuera del consumo masivo a las grandes mayorías, en un mecanismo de verdadera exclusión. Con lo cual se establece una contradicción entre una inducción a consumir cada vez más y centrar en ese consumo la propia valoración y la restricción que amplias capas de la población tienen respecto de este consumo. Las consecuencias son claras: la imposibilidad de consumo se traduce culturalmente en desmedro de la autovaloración de los sectores populares.

La restricción del consumo de las mayorías tiene su justificación en la ya referida revolución del *marketing*. Lo que ésta desarrolló, fundamentalmente fue una nueva forma de producción y de consumo. La demanda ya no es despersonalizada y masiva sino personalizada y específica. De este modo, la producción se hace valorando el objeto único, aquel que —se supone— expresará al sujeto. Las nuevas formas de producción —que estudiamos en los primeros capítulos— permiten ahora producir ese objeto único con la mera combinación de módulos *standardizados*, con variantes hechas de conformidad con los deseos y aspiraciones de los distintos segmentos del mercado (que por cierto no son tan pocos ni tan exclusivos al considerar todos los componentes de cada segmento en un mercado de carácter mundial de consumo). Así cada consumidor entra en la ficción que el producto ha sido especialmente diseñado para él o al menos para ese grupo selecto a quien pertenece. En esta ficción de exclusividad tiene un rol fundamental la publicidad, a la que nos referiremos más abajo.

En este marco se desarrolla la ideología del consumismo, que funciona como el combustible necesario para que el motor del capitalismo excluyente funcione. Por eso es imprescindible dar cuenta de cómo funciona esta ideología. A diferencia de lo que entendemos nosotros por consumo, es decir, la satisfacción de necesidades materiales o espirituales por parte de las personas; para el consumismo nada podría ser más amenazador que el hecho de que la gente se declarase satisfecha con lo que posee. En el proceso consumista, las posesiones son relativizadas, empequeñecidas por las exhibiciones llamativas y demasiado ostensibles

¹⁰ Muchos sectores, incluso progresistas, proclaman la fuerza del consumidor y sus posibilidades de marcarle el rumbo incluso a las empresas, mediante acciones de boicot, etc.

¹¹ “La ideología cultural del consumismo es el combustible que empuja el motor del capitalismo global. El conductor es la clase capitalista transnacional. Pero el vehículo mismo es la poderosa corporación transnacional” (Sklair, 2003).

de los bienes de la oligarquía mundial: los ricos se tornan objetos de adoración universal y estos a su vez adoran a los objetos. Como muchas veces ha pasado en la historia de la humanidad, el becerro de oro está en el centro de la escena.

Esos verdaderos sacerdotes de este culto –que son los miembros de la oligarquía mundializada–, tienen como principales seguidores a aquellos que participan de la ficción de la inclusión, es decir los excluidos potenciales. Aunque su camino generalmente se haga cuesta arriba y que se ponga en duda su acceso al consumo generalizado. “Los estratos medios de la sociedad tienden a pauperizarse. La suerte de los estratos mayoritarios es aún peor. Mientras tanto, ha aparecido en los países “avanzados” y en los estratos superiores y medios del Tercer Mundo una “sociedad tecnoburocrática de malconsumo teledirigido”, en la cual los consumidores compran sumisamente, mientras su bolsillo lo permite todo lo que les señalan los cerebros mediocres pero malignos que dirigen las empresas multinacionales. Sus placeres son efímeros y manejados por control remoto. Y eso no es todo. El placer que experimentan los consumidores al comprar algún bien o servicio se multiplica cuando saben que muchos otros quedarán marginados de su consumo. A este placer diferencial se refiere la etiqueta “exclusivo”, aplicada a ciertos artículos. Esa palabra proviene de excluir” (Prelooker, 2002).

La sociedad capitalista industrialista exhibía como héroe para la adoración general y patrón de emulación universal al “*self-made man*”, el hombre que al triunfar por su propio esfuerzo individual constituía el ejemplo vivo de los efectos beneficiosos de la adhesión estricta y tenaz a la ética del trabajo y la razón. El objeto de adoración en la sociedad globalizante es la ostentación de la riqueza misma, la que asegura un tren de vida siempre cambiante y con acceso a todo lo nuevo. Lo único que importa es lo que uno puede tener o a donde tiene acceso¹², no lo que se deba hacer ni lo que se ha hecho.

La regla del juego consumista no es tanto la avidez de obtener y poseer, ni la de acumular riqueza en el sentido material y tangible, sino la emoción de una sensación nueva e inédita, que se verifica en el consumo mismo. Los consumidores son, ante todo, acumuladores de sensaciones; son coleccionistas de cosas sólo en un sentido secundario, como subproducto de lo anterior. Los adelantos en la tecnología de las comunicaciones sirven para mantener despierto y alerta al consumidor. Es preciso exponerlo constantemente a nuevas tentaciones para que permanezca en un estado de excitación perpetua; y más aún, de constante suspicacia y de insatisfacción permanente (Bauman, 2000).

De hecho, la sociedad de consumo pone la identidad en el tener, pero en un tener efímero que siempre es búsqueda de lo nuevo que nunca termina de satisfacer. Por eso la exclusión del consumo es, en este marco, la negación de la identidad. Cortar el acceso al consumo de las grandes mayorías es ponerlas fuera de la identidad tal como es concebida por la sociedad actual. Esta es parte de la trampa de la exclusión cultural. En realidad, construimos nuestra identidad como autoafirmación y en el autoconocimiento de los límites propios, en relación al Otro y también a lo que nos es negado. Sin identidad–autoafirmación, fundada en el ser y no en el tener, no se puede dar respuesta a la exclusión cultural.

El consumismo como ideología niega la identidad de las mayorías en la medida en que las compele a incorporación a la moda y a la utilización –o aspiración de lograrlo– de las tecnologías avanzadas y “novedosas”. No es relevante nuestra ignorancia frente a los procesos que les dieron vida, sino la circunstancia de

que debemos sumarnos devotamente a su resultado, consumiéndolas, o convirtiendo ese consumo potencial en objetivo de vida. Por eso la publicidad, se refiere no únicamente a la capacidad real de adquirir y poseer los objetos que propone, sino que penetra y condiciona también las aspiraciones o metas de la vida –que van conformando la forma de vida–. Así el sistema demuestra su crueldad e indiferencia respecto de aquellos muy alejados de la capacidad específica de consumir, sean individuos o Pueblos enteros.

LA CREACIÓN DE UN AMBIENTE PARA EL CONSUMISMO.

La ideología del consumismo no es una teoría, sino una construcción cultural, una forma de vivir, que impone una forma particular de consumo a escala mundial, de productos suntuarios, pero principalmente también de los otros. El consumismo como forma de vida requiere de la creación de ámbitos en los que el consumidor se mueva como pez en el agua. Sin duda que uno de estos ambientes que facilitan el consumo es el centro comercial, o como se lo conoce –por un nombre en inglés– país en nuestro: el *shopping*. El centro comercial ha venido a jugar en todo el mundo un papel central simbólica y substantivamente¹³. Como Crawford (1992) argumenta en “*The world in a shopping mall*”¹⁴, la fusión de la arquitectura de la concentración de los locales comerciales con la de la cultura del parque temático se ha convertido en el símbolo clave y en el punto de referencia espacial clave para el capitalismo de consumo globalizado. Un ambiente consumista es cuidadosamente diseñado y controlado, se combina con espacios nominalmente públicos en espacios que en realidad son privados y están estructurados para esa lógica.

No es posible entender a la cultura del consumo sino es a partir de la idea de seducción. La seducción remodela la sociedad, multiplica y diversifica las ofertas, ofrece el consumo a la carta, sustituye la austeridad por el goce de esa aspiración constante de realización de los deseos. El modelo de sociedad que propone la globalización es liviano (“*ligh*”), suave (“*soft*”), modulado en función de motivaciones individuales, siempre cambiantes, siempre corriendo detrás de objetos. Los lazos sociales devienen efímeros. Una ética personal sustentada en el hedonismo se refleja en un individualismo consumista, que pone al otro (a cualquier otro) en segundo lugar. Los tentaculares emporios informáticos y massmediáticos junto a los oligopolios de la comercialización constituyen vectores orientadores del pensamiento y las prácticas consumistas de vida de la oligarquía mundial, que son mostradas como ejemplo a seguir por todos (los que puedan).

Tras la máscara de libertad, sensualidad y flexibilidad, no es difícil encontrar su contracara. La sobremultiplicación de elecciones crea la ilusión de autonomía irrestricta, pero la realidad es que el hombre está cada vez más dependiente. La presión en favor de un consumismo de lujo y *status*, impulsado por los aparatos publicitarios, refuerza la exclusión, la desigualdad, marca las diferencias y, a la

¹³ Aunque hay ciertamente un gran contraste entre las ciudades decadentes del Primer Mundo y los deslumbrantes centros comerciales estallando de productos que las rodean, es en las parte más pobres del Tercer Mundo donde este contraste se da en su estado más puro. Los centros comerciales del Tercer Mundo abastecen principalmente las necesidades y deseos de los ejecutivos extranjeros de las CTN y a oficiales y elementos de las clases capitalistas locales transnacionales” (Sklair, 2003).

¹⁴ Citado por Leslie Sklair, 2003 en “Sociología del sistema global”.

¹² El norteamericano Rifkin le dedicó un libro a este tema: “La era del acceso”.

postre contribuye a la desarticulación social. Las presiones en favor de un consumo (y de una producción) dirigida a los pocos, tal como propone la globalización, transforma la riqueza potencial del planeta en pobreza para las mayorías y en devastación para el ecosistema. Cuando esta lógica se impone, prevalece el derroche sin medición de consecuencias, las disparidades en el consumo real profundizan la pobreza y la exclusión de las mayorías populares.

El consumismo reproduce, sigue el camino de la polarización social.

El proceso polarizante de la sociedad consumista tiene anclaje en la unificación y desregulación de la economía mundial. Se amplía y fortalece en el círculo vicioso de desigualdad-pobreza-consumismo-destrucción del medio ambiente. La economía globalizada, al tiempo que tiende a integrar los mercados mundialmente, origina nuevas desigualdades e injusticias sociales, y extiende la destrucción del medio ambiente planetario. En ese sentido, la globalización no sólo significa comercio, inversiones y mercados financieros integrados mundialmente; también integra a los consumidores, es decir, les impone imágenes, formas de vida y valores que corresponden a los intereses del capital y que generalmente entran en flagrante contradicción con los valores y formas de vida de las comunidades locales, regionales o nacionales (Flores Olea, 1999).

Se establece la contradicción (y al mismo tiempo se marca la jerarquía) entre la cultura del consumismo y la cultura que viene signando las relaciones interpersonales, a la que están definitivamente aferrados los sectores excluidos, que es más afectiva que racional, más popular que elitista, más local que global, más nacional que cosmopolita, más pasional que calculadora.

Pero aclaramos hasta el cansancio que no debemos confundir la extensión cada vez más abarcadora del mensaje consumista con la extensión del consumo real de las masas, sobre todo en el Tercer Mundo. El sedimento del bombardeo consumista de los medios no es el acceso de todo el mundo al consumo, sino la difusión cada vez más extendida de la ideología cultural del consumismo, aun entre aquellos entre los que los productos que anuncia la publicidad no están a su alcance o que ni siquiera se espera que algún día puedan comprarlos. Por eso es que la mirada crítica de la sociedad de consumo hecha desde los países dependientes se presta a algunas confusiones. No hay que confundir a la necesidad de los países periféricos de expandir su consumo, sobre todo el de los sectores más humildes para satisfacer sus necesidades concretas (siempre postergadas), con la adopción del modelo consumista que nos propone la globalización cultural.

El otro camino, el que necesitan los Pueblos dependientes, implica el consumo para satisfacción de las necesidades, sin despilfarro, con respeto de la justicia social y el medio ambiente. Este sólo puede ser seguido afirmando los propios valores, la tradición histórica y la personalidad cultural de los Pueblos. Frente a la homogenización externa de las prácticas de vida que están contenidas en productos, mensajes y formas de la ideología cultural del consumismo, es posible afirmar la diferencia como genuina universalidad, y sostener el valor de la singularidad como contrapartida a la globalización de las mercancías, de las campañas publicitarias, de los valores y formas organizativas que se han fraguado en los países centrales. En cualquier proceso de liberación resulta esencial poner en sintonía los patrones de consumo con la propia cultura para que mañana el desarrollo social y personal sea más consistente y pleno.

LA CULTURA GLOBALIZANTE, INDUSTRIAS CULTURALES, COMIDA CHATARRA Y OTRAS FORMAS DE transculturización.

Los artistas, los pensadores y los innovadores han vivido casi siempre en las intermediaciones del poder y la riqueza. Esto ocurrió indefectiblemente en los grandes Imperios situados en América (Incas, Mayas y Aztecas), en Asia (Mesopotamia, India y China) y también en África (Egipto). Todos estos –en la construcción de un super Estado que no distinguía entre la vida pública y privada–, concentraban fuertemente el poder del conjunto social en un gran hombre (para usar la palabra sumeria). Es lógico, en consecuencia, que pusiera al arte –al cual le daban gran importancia pues estaba en íntima relación con la adoración religiosa– bajo el ala del Palacio o del Templo. Los europeos tampoco escaparon a la regla. En su Antigüedad clásica (Grecia y Roma), o en el Renacimiento, con el Absolutismo y con la Ilustración, siempre se han hallado los portadores de la erudición y productores de creaciones culturales singulares al lado de los reyes, príncipes o dignatarios de la Iglesia. En el siglo XIX pareció romperse ese círculo acaso con el romanticismo, cuando se generalizó la vida bohemia y los artistas asumieron un punto de vista muy subjetivo y de rechazo (e inclusive de desprecio) frente a las instancias del poder político y económico. Probablemente ocurrió así porque aun no se habían formalizado los canales propios que restablecieran los circuitos entre la nueva sociedad industrial y el comercio capitalista y la creación artística y cultural. Sin embargo, podemos decir que ya en el siglo XX y mucho más en los albores del siglo XXI los bienes tradicionales de la cultura (literatura, música, escultura, arquitectura, pintura) han sido absorbidos paulatina o más aceleradamente por las exigencias del mercado, religando definitivamente poder y creación cultural. Este es un hecho: la abundancia de galerías y *dealers* de arte, representantes de escritores, agentes musicales, discográficas y especialistas en relaciones públicas, órganos de todo tipo de publicidad que además se valen de los medios masivos para difundir los “productos”, sugieren la arrolladora penetración del mercado en la venta de las creaciones artísticas y, en buena medida, en su producción (Flores Olea, 1999). En los tiempos que corren, la rebeldía misma es enlatada para venderla como un buen negocio, que siempre beneficia a las poderosas transnacionales. Aun cuando el propio sistema sea cuestionado, criticado –o hasta insultado sin fundamento– por el producto cultural, sea cual fuere este, en la medida en que se incluya por los canales de comercialización, el sistema se beneficia de aquel producto en la media contribuye a afirmar la cultura del consumismo.

Hoy, el producto de las industrias culturales, tiene un destino ineludible: el consumo de masas cada vez más globalizado, el mercado mundial; es decir, se trata esencialmente de bienes culturales estandarizados y por tanto aptos para el amplio consumo, para el entusiasmo, gusto y entretenimiento de numerosos consumidores. Divididos por “nichos” de mercado –para hablar en el lenguaje del *marketing*– cada consumidor tiene la producción específica que le corresponde, que crea/satisface sus propios deseos. Productos no creados para expresar la verdad del creador (el arte es “la verdad en acto” decía Heidegger), sino fabricados para ser vendidos en abundancia, para complacer y satisfacer los gustos (efímeros, cambiantes) del consumidor. Estos bienes o productos deben coquetear con la moda, es más, definen la moda misma. Se trata de productos sin el propósito de comunicar al consumidor una verdad o experiencia humana, sino “producidos” (en serie para el segmento del mercado mundial que satisfacen) con el fin

de agradar y entretener, sin finalidad pedagógica y de transformación espiritual, sino, al contrario, cuyo destino consiste en lograr su venta masiva, y cuyo éxito se mide no por la calidad sino por la cantidad, por los *ratings* de su aceptación (Flores Olea, 1999).

El resultado de la mercantilización del arte hace que lo singular se desvanezca y disuelva en una generalidad amorfa y sin personalidad: es el triunfo de lo idéntico y de las igualdades sin distinción. La unificación del mundo es un trofeo del mercado y de los medios masivos de comunicación, que han impuesto sus estilos “universalmente” aceptados. Los productos de las industrias culturales también están orgánicamente arreglados para ser consumidos (para agotar inmediatamente su función y ser desechados), y no para suscitar concentración reposada, goce permanente. Por eso se les ha llamado con acierto industrias “del entretenimiento”.

Naturalmente, la globalización estimula consecuentemente las tendencias al oligopolio de las industrias culturales. Por ejemplo, en los últimos años resulta impresionante la fusión¹⁵ de los gigantes del entretenimiento audiovisual y de su difusión por satélite, combinado con la información. Hoy nadie puede dudar que los *films* globalizantes, los *videoclips* musicales, las industrias de difusión por radio y televisión están cada vez más relacionadas orgánicamente y están dominadas por los intereses de las transnacionales. Por ejemplo, en lo que hace a las películas; esta concentración de intereses se da en la llamada Meca del cine: Hollywood. Allí se producen en realidad sólo una pequeña fracción del total mundial de películas y programas de televisión, pero el manifiesto control de las transnacionales de origen yanqui sobre la comercialización y distribución hace que éstas tengan una enorme presencia en las pantallas del Tercer Mundo.

“En la aventura de irradiación planetaria de los “valores” de la civilización capitalista, el imperialismo se sirve de su producción artística y literaria, traducida a todos los idiomas, de sus centros culturales en todos los continentes, sus monopolios discográficos y cinematográficos, sus poderosas agencias publicitarias y de noticias, su gigantesca maquinaria de radiodifusión y sobre todo, del pequeño gran dictador de la llamada conciencia de masas de la postguerra, la televisión, criatura genuina y símbolo por excelencia de la nueva etapa de dominación ideológica del capital monopolista” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Pero la imposición cultural no sólo se relaciona con las industrias culturales o del entretenimiento. Otra de las industrias decisivas para la difusión de la ideología cultural del consumismo es la comida rápida procesada, también llamada comida chatarra (no precisamente por su alto contenido nutricional). Esta comida cuyo ícono principal ha sido la hamburguesería Mac Donald’s se ha difundido con notable velocidad en el Primer Mundo y se extendió con rapidez también en los llamados países emergentes y se está acelerando su aparición en muchos de los países más pobres del mundo, pero en los que hay, como siempre, una pequeña minoría con acceso al consumismo.

¹⁵ “Otro ejemplo del éxito de estas fusiones de la comunicación y el espectáculo es el caso de Robert Murdoch, magnate australiano propietario de un centenar de periódicos y de varios canales de televisión y radio en el Reino Unido, dueño además del Sun y del Times, con sus versiones dominicales News y Sunday Times, y representante del consorcio News Corporation (con una cifra de negocios de 10.000 millones de dólares). En el Reino Unido controla también la British Sky Broadcasting (TV por cable, con 6 millones de suscriptores). Además, en los Estados Unidos controla las ediciones Harper Collins (550 millones de dólares de ganancias en 1995), el cotidiano New York Post, un buen número de revistas (entre ellas TV Guide), la sociedad de producción de películas para la pantalla y la televisión XX Century Fox, así como varias cadenas de cable e información” (Flores Olea, 1999).

La transnacional del “payaso”, ya se ha convertido en todo un símbolo del capitalismo globalizante en lo cultural¹⁶. Expandida mundialmente mediante el método de las franquicias, las cadenas de comida rápida se expanden transculturizando los consumos a nivel mundial. Una mirada superficial podría asegurar que su éxito se basa en la preferencia por la comida chatarra norteamericana por sobre los productos locales. Pero hay que tener cuidado, el proceso de imposición cultural que conlleva la práctica alimentaria de las comidas rápidas no se restringe a la cuestión de las hamburguesas (de dudosa proveniencia) y ríos de salsa kechup al gusto yanqui. “Satisfacer gustos locales no necesariamente socava la filosofía administrativa de la estandarización global si el producto mismo tiene una imagen suficientemente fuerte” (Sklair, 2003).

El impacto significativo de las franquicias del tipo de Mac Donald’s es cultural, y se relaciona con su vínculo con la definición de los tiempos libres de familia y secundariamente los efectos en la reconceptualización de las costumbres de alimentación.

Comidas chatarra, consumos uniformes de las industrias culturales tales como películas, series televisivas, publicidades *standarizadas* mundialmente, etc., etc. todo esto va conformando un modelo de consumidor global. Modelo que impacta directamente sobre la forma de vida de la oligarquía global e indirecta y simbólicamente sobre otras capas de la población. Así va avanzando la uniformización de la cultura, en donde toda diferencia se pierde y la riqueza cultural de la particularidad es desechada. Un ejemplo: en la revista Fortune, basándose en una investigación en la que la agencia publicitaria BSB Worldwide filmó habitaciones de adolescentes de veinticinco países, Tully afirma que “los adolescentes en casi todas partes compran una gama común de productos” (Tully, 1994)¹⁷. Según un informe de la PNUD¹⁸ existen los “adolescentes mundiales” —unos 270 millones de jóvenes de 15 a 18 años de edad en 40 países—, que habitan un “espacio mundial”, un mundo único de cultura pop, empapándose de los mismos videos y música y constituyendo un mercado enorme para las zapatillas, las camisetas y los pantalones de marca fabricados por transnacionales. “Las multinacionales de las marcas pueden hablar mucho de diversidad, pero el resultado visible de sus actos es un ejército de adolescentes clónicos que penetran —uniformados, como dicen los fabricantes— en el centro comercial global. A pesar de adoptar la imaginería poliétnica, la globalización comercial no desea la diversidad; todo lo contrario. Sus enemigos son las costumbres nacionales, las marcas locales y los gustos característicos de cada región” (Klein, 2002).

En realidad, desde el punto de vista económico, tanto como antropológico, la dinámica de la cultura mundializada se explica a partir de una dialéctica de la uniformización y de la diferenciación. Por un lado la propia constitución de la cultura mundial implica una cierta masificación de la producción. Aunque también, por el otro, la propia dinámica de la cultura globalizante promueve un gran nivel de diferencia. En definitiva en la medida en que la diferencia tenga condiciones de producir un efecto (sobre todo en términos económicos) esas expresiones particulares se van a ir insertando en el sistema mundial. Por el contrario en la medida en que las particularidades regionales, nacionales, locales se vayan apartando de los patrones mundiales del consumismo serán progresivamente marginados (Herscovici, 2000).

La globalización, transnacionalizando y profundizando los mecanismos de sujeción en una escala sin precedentes, intenta asegurar la disciplina del sistema

¹⁶ Por eso es que se constituyó también como referencia mundial de la resistencia el campesino francés que entró con su tractor a un local de Mac Donald’s.

¹⁷ Citado por Leslie Sklair, 2003 en “Sociología del sistema global”.

¹⁸ Citado por Jorge Edmundo Barbará, 2000.

mundial y su inviolabilidad. Su eficaz mecanismo se asienta en su capacidad de producción para cada sector en particular, estandarizándolo por segmentos de mercado. La consecuencia directa del proceso de transculturización es no sólo la pérdida de la identidad propia, sino también un proceso de domesticación de los sectores dominados. En efecto, el consumo incentivado –concurrente muchas veces con la imposibilidad de consumir– instala a las mayorías donde están, es decir, en el lugar del dominado, el oprimido, el negado. La distracción que proporcionan las industrias culturales instrumentalizado por las transnacionales adormece entonces la capacidad crítica, organizativa y solidaria que pudieran albergar las masas o por lo menos indiscutiblemente empantanar su desarrollo.

En su mensaje de recreación va inmerso otro, el verdaderamente importante para el mantenimiento de la situación: resulta inútil luchar por la transformación del estado de cosas prevaleciente, del *status quo*; por consiguiente, más vale invertir el tiempo libre en distracción y entretenimiento. Eso es disfrutar de la vida: entregarse a los placeres efímeros del consumo.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO EL GRAN AGENTE TRANSCULTURIZADOR.

El proceso de mercantilización de la cultura es una de las piedras fundamentales sobre las que se apoya el impulso del sistema de dominación globalizante. El vehículo difusor del pensamiento único, el medio natural en el que se despliega la exclusión cultural son los grandes grupos económicos que controlan los negocios de la comunicación.

La cifra de negocios de las industrias mundiales de la comunicación, fue de 1000 millones de dólares en 1995, duplicándose hacia el fin de siglo ocupando alrededor de 10% de la economía mundial (Flores Olea, 1999). Ese brutal ritmo de expansión denota la importancia que tienen para el capital los medios masivos de comunicación y por supuesto los suculentos negocios que generan.

Bagdikian (1989) caracteriza a aquellos que controlan este sistema de comunicación mundializado como los “*lores* de la aldea global”. Ellos ofrecen sus productos (una relativamente indiferenciada masa de noticias, información, ideas, entretenimiento y cultura popular de masas) a un público que se expande de manera rápida y finalmente, al mundo entero. Bagdikian¹⁹ sostiene que los límites nacionales pierden cada vez más su sentido cuando los actores principales (cinco grupos en el momento en el que él estaba escribiendo) luchan por el control total en la producción, distribución y comercialización de lo que llamamos bienes “ideológico–culturales” del sistema capitalista global (Sklair, 2003).

En gran parte del mundo, sobre todo del mundo urbano, los hombres y mujeres pasan gran parte de su tiempo frente al televisor. Debido a ello, el mecanismo de socialización predominante²⁰ de hoy pasaron a ser los medios masivos. Por su intermedio es que muchas personas van configurando sus deseos y preferencias. La llegada directa al hogar lo hace un medio de socialización poderosísimo, sumándose y aun superando a otros agentes tradicionales de socialización, como la familia, la escuela, la Iglesia, etc. La particularidad que tienen los medios

¹⁹ Citado por Leslie Sklair, 2003.

²⁰ En términos althusserianos: el predominante Aparato Ideológico del Estado.

respecto de otros agentes tradicionales es que mientras que en estos la participación y la interacción en la definición de contenidos es posible, en tanto de trata de espacios culturales donde se puede dar de un modo u otro la participación popular, en los grandes multimedios esta participación está negada, y los contenidos y las definiciones de programación se dan no sólo con un criterio comercial sino además definidas por un pequeño núcleo de personas.

Los productores de TV u otros medios usan como pretexto que ellos no hacen sino aquello que el público les demanda. Esto es una falacia. En primer término no se puede poner al receptor en la categoría de crítico de espectáculos que determina el contenido de las programaciones. En segunda instancia, aunque no por ello menos importante es cierto, además, que “un género de comunicación no sólo es el producto de las demandas de su público, también contribuye a moldear los patrones estéticos de los receptores” (Muraro, 1998).

La influencia de los medios de comunicación en la construcción de valores y desvalores es creciente, porque éstos constituyen una de las principales fuerzas operantes del proceso de globalización. Su capacidad para informar al momento y en tiempo real, los constituye en los verdaderos mediadores de la opinión de la sociedad, ubicándose en el lugar privilegiado que tenían en la etapa anterior la educación, los partidos políticos y los gremios. Estos *multimedia* se fueron transformando en verdaderos constructores de la agenda pública y determinantes a la hora de la elaboración de sentido común.

En su libro *Transnacionales y el Tercer Mundo* (1983), Armand Mattelart identifica la etapa actual del aparato transnacional de producción de bienes culturales, conceptualizándola en términos de “industrias culturales”. Las industrias culturales contemporáneas, que abarcan todo, desde la televisión hasta la publicidad pasando por el turismo, sostiene Mattelart, intentan transformar al público global en consumidores de productos transnacionales mediante la difusión de un conjunto de nociones de fácil consumo, como desarrollo, comunicación, organización, vida cotidiana, etc. (Sklair, 2003). Esto explica por qué cada vez más se desarrollan estas industrias que influyen en los modos de actuación social, viéndose apoyadas en las crecientes inversiones de la industria del ocio y la comunicación. Y a través de estos se va dando el proceso de mercantilización de la cultura.

La disponibilidad casi universal de los medios de comunicación social se alcanzó vertiginosamente en poco más de medio siglo a través primero de la radio a transistores (producidos cada vez más baratos), luego se agregaron los aparatos de televisión, que ahora inundan totalmente los países centrales, casi todos los países periféricos urbanos, y que están comenzando a penetrar profundamente en las zonas rurales de la mayoría de los países del mundo. De la mano de esta explosión de las comunicaciones ha llegado la posibilidad de la extensión global del mercado a través de los medios masivos globales. La posibilidad de hacer llegar la noticia de sus productos o servicios a cualquier parte del mundo, este es sueño de cualquier mercader a lo largo de la historia (junto con la posibilidad de trasladar las mercancías casi con la misma facilidad hasta el último punto del planeta).

La televisión, como decíamos antes, se ha convertido en el gran agente transculturizador de nuestra época²¹. El modelo de exportación –a través de los medios

²¹ El sedimento que deja la producción televisiva actúa como mecanismo de legitimación del sistema globalizante. Su forma particular de exclusión es marginar al que piensa diferente –el disenso sólo se da en los términos en que les es funcional, aprovechable económica o políticamente– de este modo sólo tienen cabida en la televisión aquellos que o coinciden con el pensamiento dominante o superficializan la palabra de modo tal que cualquier

audiovisuales— de pautas de vida, fundamentalmente norteamericanas, encuentra uno de sus antecedentes en la concentración de la industria cinematográfica de Hollywood en la década de 1920. La manera en que esto se llevó a cabo es un caso paradigmático de las interrelaciones entre las esferas económica, política e ideológica—cultural, estructuradas por los intereses económicos de quienes poseen y controlan la industria y los canales a través de los cuales sus productos son comercializados y distribuidos (Sklair, 2003). La concepción de los medios que subyacen en la lógica de las producciones hollywoodenses se fundamenta en la existencia de un único mercado masivo a nivel mundial, al igual que, más tarde, las teorías de la estandarización global de la producción y comercialización.

Los saltos cualitativos en la tecnología de las comunicaciones fueron los que han permitido la difusión de una cultura globalizante minando las defensas de la estructura cultural del Estado Nacional. Esta cultura globalizante toma, fundamentalmente, como modelo la forma de vida norteamericana. El desarrollo de la televisión como medio de masas por excelencia ha tenido un inconmensurable impacto. Las transmisiones televisivas son, sin dudas, el principal agente de difusión de la cultura del consumismo, que se ha llevado puestos muchos valores y proyectos colectivos. Es posible hacer una lectura de la conocida frase de Marshall McLuhan, “el medio es el mensaje”, que confirme que no hay tecnologías indiferentes para la vida. El fuerte impacto que las tecnologías de la comunicación tienen en la vida cotidiana, en la familia, en la política, es innegable. Es posible preguntarnos ¿Cuál es el alcance de esta influencia? ¿de qué manera las tecnologías modifican la relación del hombre con el trabajo, el tiempo libre, el arte, los valores culturales y sus gustos? Sin duda que las respuestas a algunas de estas preguntas se encuentran en marcar la direccionalidad de los grandes medios masivos en el sentido de negar (más allá incluso de su propio discurso dominante) la participación popular y mucho más la organización popular y estimular la concentración del poder con carácter excluyente.

La afirmación ya citada de MacLuhan, es más comprensiva de lo que pudiera parecer a primera vista. La idea no alude simplemente al hecho de que el medio a través del cual se transmite el mensaje determina la forma y sustancia de la información, sino al hecho más importante de que todo el entorno cultural, en cada época, se condiciona por los instrumentos principales que se utilizan no únicamente para la transmisión de las ideas sino para la creación y creatividad humana misma (Flores Olea, 1999).

Así entendido la discusión sobre los productos culturales de los medios masivos no es una cuestión de nacionalismo chovinista, que acepta como bueno todo lo producido fronteras adentro y como negativo lo realizado más allá de los límites del país. Hay quienes condenarían todos los productos culturales de los Estados Unidos, por el sólo hecho de su proveniencia. Así como hay muchos que los adoptarían, por el mismo hecho, sin criticarlos. Este no es el eje correcto de la discusión. Todos los países dependientes están sometidos al bombardeo constante de los mensajes de los medios norteamericanos (también lo están otros países del Primer Mundo), la cuestión central es que estos, así como también muchos de los que se generan desde los propios países, ensalzan las virtudes del consumismo capitalista diariamente y con un alto nivel de intensidad. Es cierto que “el equilibrio entre la comunicación de los medios masivos de origen extranjero/estadounidense y los de origen local en áreas claves se inclina hacia el primero, y los mensajes de los medios masivos originados en el Tercer Mundo discrepancia queda diluida o es presentada en una forma casi ridícula.

prácticamente nunca llegan a ser expuestos en Estados Unidos o en otros países desarrollados” (Sklair, 2003). Pero también lo es que, muchas veces, las producciones de la industria cultural “nacional”, suelen reproducir la misma lógica.

Esta lógica de mercantilización de la cultura traslada mecánicamente las reglas de la oferta y la demanda a los bienes culturales. Así como el neoliberalismo propone la falacia de la libre competencia, encarnada en individuos libres que eligen libremente, esto se reproduce de forma similar: “Dejemos a la gente mirar lo que quiera. Dejémosla libre para valorar. Confiemos en su sentido común; la única sanción que se aplique a un producto cultural debe ser el éxito, o el fracaso, en el mercado. Sin embargo, [este razonamiento] comporta aspectos perversos: mientras se concentra unilateralmente sobre la libertad del consumidor de descodificar programas u otros productos culturales de cualquier origen, se liquida a bajo precio el problema de la desigualdad de los intercambios en un mercado de flujos que sigue siendo profundamente desigual. ¿Puede la libertad del telespectador reducirse a la libertad de descifrar los productos de una industria que es hegemónica en el mercado? ¿No debería concebirse como libertad de leer los productos culturales no hegemónicos comenzando por los propios?” (Mattelart, 1999).

Si no nos fijamos bien, la idea de un consumidor “conciente” de lo que consume, con libertad y dissentimientos absolutos, puede llevar directamente a legitimar la subordinación cultural de determinados Pueblos o culturas. Esta idea fue sistemáticamente combatida desde los años sesenta, como fundante del “imperialismo cultural”. El auge ideológico neoliberal arrasó con las teorías que marcaban las desigualdades también en el campo cultural. Recuperar una lectura crítica del desigual intercambio cultural nos enfrenta a dilemas como delimitar dónde comienza un localismo “fundamentalista” y cerrado y dónde termina la defensa de la exigencia de conservar la diversidad cultural, como medio de acceso al enriquecimiento de la creación universal (Mattelart, 1999).

La historia contemporánea se desarrolla dentro de tensiones entre la globalidad estandarizada que imponen los medios de comunicación y las industrias culturales en general, y el tiempo—espacio fragmentado de los que aun están afeerrados a la tierra²², los localizados, que van reproduciendo, creando y recreando su propia cultura. Tal tensión es apenas la vertiente cultural de la dialéctica dominación—emancipación, que de manera implícita (muchas veces también explícita) define las conductas culturales, sociales y políticas de nuestros días.

Una herramienta fundamental de la transculturización dominante es la mundialización de la información. La información como producto de mercado, procesa la realidad acentuando el impacto de ciertos fenómenos, saturando al consumidor²³, vanalizando los acontecimientos, creando por saturación o por vanalización la imposibilidad de asimilar la información por parte de las personas que la reciben. Muchas veces los medios saturan de información para generar la incomprensión (Azucuy 1996). “Las mismas imágenes repiquetea en las pantallas de espectadores de Buenos Aires, de Londres, de Río de Janeiro o de Nueva Delhi. Evidentemente estas son digeridas de modo diferente por un público disímil culturalmente.

²² Desde el aspecto etimológico la cultura está en relación directa con la tierra (por ejemplo tiene la misma raíz que la palabra cultivar).

²³ “La comunicación, primera superstición de los tiempos presentes, se nos propone como algo susceptible de regularlo todo, en particular los conflictos en el seno de la familia, la escuela, la empresa o el Estado. Sería la gran pacificadora. No obstante, empieza a sospechase que su propia abundancia es causa de una nueva forma de alienación y que, en lugar de liberar, sus excesos aprisionan la conciencia” (Ramonet, 1999).

Desde fines del siglo XX, la proporción de las imágenes e informaciones autónomas (producidas por una cadena local para un público local) no ha hecho sino disminuir proporcionalmente” (Ferro, 1999). Lo mismo que ocurre, aunque en menor medida con la prensa escrita y en menor escala aun, se da el caso de la radio (acaso por eso es el medio que muchas veces más acompaña a los sectores populares).

Para un servicio de televisión nacional o grupo periodístico de un país dependiente, generalmente es más económico en costos utilizar el material proveniente (tanto en lo audiovisual como en lo escrito) de los países centrales, que establecer y financiar sus propias fuentes o utilizar otras (regionales o de otros países periféricos) tan pobremente dotadas como ellas. Lo importante para el formato informativo transnacional es ser los primeros en informar, en adelantarse a los demás, de ser posible mediante una imagen chocante o un suceso escandaloso, que “venda”. En ellos, la última información es siempre más importante que la anterior, produciéndose un deliberado trastrocamiento de la jerarquía de la información. La lógica de coctelera informativa no es una consecuencia impensada, sino que esta en la base de una concepción cultural globalizante. La información es así el bombardeo que los grandes medios transnacionales de comunicación seleccionan cotidianamente para minar la capacidad crítica de las masas. La llamada opinión pública no es más que la opinión de los grupos multimedia que saturan la televisión, la prensa gráfica y las radios. Frente a la sobreabundancia de información, propia del formato global de la noticia, cabe preguntarnos “¿cómo se informan los informadores? E incluso: ¿están verdaderamente informados? Esas imágenes que recibimos de Somalia, ¿las facilitan periodistas realmente familiarizados con el mundo árabe e islámico? La cuestión se plantea de forma muy distinta para la prensa escrita: ¿comprueba como es debido?, ¿cómo selecciona su información y, sobre todo, cómo la dispone?” (Ferro, 1999).

Aun la propia información nacional, que se relaciona de modo esencial con la vida cotidiana de la gente se va adaptando vía los oligopolios informativos (que toman como modelo a la CNN o a otras cadenas transnacionales) a la lógica informativa globalizante. La información se ha convertido en una mercancía y es tratada como tal. Interesa a los medios sólo la información que vende, aunque en ello se descarte información esencial para hacer honor a la verdad o bien que se plantee contribuir a la construcción o la armonía de la comunidad.

Se produce, en la lógica transnacional de la información, un reduccionismo de la realidad política, social y cultural: lo que no pasa por los medios no existe. La señal informativa del mulimedios Clarín, Todo Noticias (TN) lo definía casi con desparpajo en una propaganda televisiva de su noticiero: “la realidad no es inabarcable a lo sumo se puede condensar en 29 pulgadas”.

Todo esto que estamos refiriendo respecto de la formas y contenidos de la difusión mundial de la información nos conduce lógicamente a pensar que “la transnacionalización de las noticias no es una consecuencia mecánica de la presunta transnacionalización de los medios, sino un proceso complejo que acompaña la transnacionalización de la economía y de la política” (Sklair, 2003). En definitiva, los GET de la información, generalmente, producen noticias y los medios locales (de capital transnacional o nacional, lo mismo da) las distribuyen, las reproducen. Pero además, porque esto no se produce en un contexto aislado de la realidad de la dominación económica, hay que tener en cuenta que los intereses de los grupos transnacionales no se expresan sólo por el origen de la información. Los GET controlan el sistema de las industrias culturales —de las que la información es un

aspecto clave— a través de la manipulación de la esfera económica, principalmente por intermedio de la publicidad. Los medios locales muchas veces necesitan de la publicidad de las transnacionales para sobrevivir por eso se hacen permeables, cuando no directamente reproductores, de los intereses de estas.

Es interesante hacer el ejercicio de penetrar en el discurso propio de la transnacionalización informativa. En particular la de los noticieros diarios. Más allá de su tendencia al cambalache que junta las recetas de cocina, los sucesos policiales, los desastres mundiales, las notas sobre los precios en los mercaditos minoristas y las opiniones atinadas de opinólogos profesionales sobre temas variados, el discurso de los noticieros puede leerse atendiendo a pautas ideológicas más profundas. A modo de ejemplo, en función de no extendernos demasiado con el tema podemos referirnos a cómo tratan a los desastres sean de carácter nacional o social. “El espectáculo de los desastres según lo presentan los medios también apoya y refuerza la indiferencia ética cotidiana en otros sentidos, además de descargo los sentimientos mal acumulados. Su efecto a largo plazo es que la parte desarrollada del mundo se rodea con un cordón sanitario de falta de compromiso, erige un Muro de Berlín global; toda la información que viene de allá afuera se refiere a guerras, asesinatos, drogas, saqueos, enfermedades contagiosas, refugiados y hambre; es decir, a algo que nos amenaza” (Bauman, 2000).

Los nuevos informativos terminan por configurar un mundo virtual. La velocidad e inmediatez del mensaje, la indiferenciación progresiva entre lo virtual y lo real se ha enseñoreado de los medios de comunicación. Podría hablarse de la transformación de la realidad en una mezcla de algunas verdades con grandes mentiras interesadas. Fue sin dudas todo un impacto, sobre todo para los europeos, el escándalo de descubrir como falsas algunas imágenes pasadas por los medios “serios” de la guerra del Golfo. Pero en la mayoría de las veces el velo sigue oculto y la consternación y el descrédito por la mentira pasan en el fragor de la vertiginosidad informativa.

Como dice Baudrillard²⁴, los *mass media* constituyen el aparato estratégico donde se invierte la realidad y se crea el simulacro. “La sociedad recibe una perpetua andanada de mensajes informativos y publicitarios que, literalmente, cubren todo lo imaginable y aun van más allá, excitando y provocando la imaginación”. Los operadores propugnan el monopolio de todo el suelo cultural y el manejo de todas las variantes del seudo conocimiento (Azucuy 1996). “Es la escena del simulacro —sigue Baudrillard—, el espacio donde la informática, la televisión y la publicidad nos ofrecen un mundo en el que las cosas ya no son ni verdaderas ni falsas”.

LA PUBLICIDAD COMO PUNTA DE LANZA DEL DESARROLLO DE LA IDEOLOGÍA CULTURAL DEL CONSUMISMO.

Los medios de comunicación desempeñan muchas funciones para el capitalismo global²⁵. Entre ellos acelerar la circulación de las mercancías o los productos

²⁴ Citado por Azucuy 1996.

²⁵ Pero también debemos coincidir con Leslie Sklair cuando afirma que “la nueva tecnología acelera el proceso de transnacionalización, pero también permite nuevas formas de comunicaciones alternativas. Estas pueden ser definidas solamente en los términos del polo nacional/popular contra la transnacionalización. Es un error grave definirlos en los términos mismos de la comunicación (tamaño, técnica, política), porque raramente pueden vencer a los medios en su propio juego. El punto es encontrar espacio para las

materiales, lo cual reduce el tiempo entre la producción y el consumo. Es clave notar el aporte que hacen en la progresiva y sistemática dilución de los límites entre la información, el entretenimiento y la promoción de productos. Este tipo de prácticas potencian la ideología consumista transformando todos los medios de comunicación y sus contenidos en oportunidades de vender ideas, productos, en definitiva, valores. Es decir, la función primordial de los medios consiste en imponer la visión consumista del mundo. Además es importante consignar, que cada vez más los medios masivos, que penetran en todos los hogares, comienzan a inculcar la ideología dominante desde la más temprana edad. Para comprender de qué estamos hablando, no hace falta más que ver las señales de clave exclusivas para los niños, que emiten las 24 horas, en las que se suceden una tras otra publicidades específicamente dirigidas a los pequeños.

La publicidad es el instrumento mediante el cual la mercancía se convierte en objeto de consumo²⁶. “Para constituirse como objeto de consumo, el objeto debe convertirse en signo, operación que se produce a través de las marcas. El principal activo de una empresa no es tanto su patrimonio industrial sino la imposición de una firma²⁷. El capital se reproduce cada vez más a costa de lo imaginario (Baudrillard, 1995). Porque la firma y la marca son fundamentales, las empresas gastan enormes sumas en su propia imagen corporativa²⁸. Las empresas moldean la imagen que quieren que el consumidor tenga de ellas. Quizás como afirma Klein (2002) lo que realmente ha cambiado en los últimos años respecto de las marcas es que estas intentan no sólo ser reconocidas sino precisamente asociarse con determinadas actividades o estilos de vida. Yendo incluso más allá, “la creación más moderna de las marcas es poner a la cultura anfitriona en un segundo plano y hacer que la marca sea la estrella”²⁹.

Con frecuencia, quieren presentarse ante la sociedad mundial no como los pulpos que son, sino como comprometidas con valores sociales. “En 1997, Coca-Cola calculó un aumento del 490% de sus ventas en los 450 hipermercados Wal-Mart con motivo de una campaña de seis semanas a favor de las Madres contra la conducción en estado de embriaguez, a las que donó una parte de los ingresos. (...) La ventaja de la contribución a las causas sociales sobre el pago de impuestos estriba en que, en el primer caso, el público tiene una idea más exacta del destino de los fondos. Cuando el consumidor percibe que una empresa se compromete con una buena causa, mejora su concepto de ella, acepta de mejor grado la posible subida

comunicaciones antihegemónicas” (Sklair, 2003).

²⁶ “Tal vez la función de la publicidad se vuelve más política que económica, más catequística que promocional” (Forrester, 1997).

²⁷ La canadiense Naomi Klein ha hecho en su libro “NO logo, el poder de las marcas” un interesante estudio sobre el tema de la reestructuración empresarial en torno de las marcas. “Con la manía de las marcas ha aparecido una nueva especie de empresario, que nos informa con orgullo de que la marca X no es un producto sino un estilo de vida, una actitud, un conjunto de valores, una apariencia personal y una idea” (Klein, 2002).

²⁸ “La caprichosa información de los medios se contrarresta con el continuo fluir de la información de las empresas, que gastan más que nunca en fabricar una imagen positiva de sí mismas” (Hertz, 2002).

²⁹ “La ostentación frontal de la marca aplicándola a los paisajes urbanos, a la música, a la pintura, al cine, a las celebraciones comunitarias, a las revistas, a los deportes y a las escuelas (...) convierte al logo en el centro de todo lo que toca: no es sólo un agregado ni una asociación feliz de ideas, sino la atracción principal” (Klein, 2002). Un ejemplo notorio de ello son los grandes eventos musicales denominados y reconocidos no por los artistas que en ellos participan, sino por las marcas que los organizan como el Pepsi Rock o el Personal Fest.

de los precios y tiende a elegir sus productos o sus tiendas. En consecuencia, se consolidan las marcas, se mejora la imagen empresarial y se generan ventas. No puede extrañarnos, pues, que la relación entre las ventas y las causas sociales se haya triplicado en los diez últimos años, y que más del 85% de las empresas estadounidenses dispongan de una estrategia de mercadotecnia social” (Hertz, 2002).

El discurso publicitario encubre complejas estrategias de legitimación, que al mismo tiempo manifiestan y ocultan el sistema de poder implícito en la dinámica productiva. Pero es también “a partir de un sistema de signos, símbolos y metáforas sociales por las que el consumo adquiere, no sólo sentido, sino carácter imperativo” (Regnasco, 2000). He aquí la función imprescindible de la publicidad. Los gastos en publicidad en el mundo están aumentando a ritmos bastante más rápidos que los de la población o las inversiones, particularmente en los países llamados emergentes. Según algunos cálculos conservadores, el gasto mundial en publicidad es mayor de 500.000 millones de dólares anuales. En ese contexto, los viejos hábitos sociales se colapsan y cambian las aspiraciones y patrones de consumo. El mismo informe de la ONU ya citado habla sobre “los nuevos jóvenes entre 15 y 18 años de 40 países que habitan el espacio global (alrededor de 270 millones) y que tienen los mismo gustos y cultura, que oyen la misma música, que ven los mismos videos, que calzan los mismos zapatos y que visten las mismas camisetas y pantalones” (Flores Olea, 1999).

En todas las sociedades periféricas la comida chatarra, las bebidas gaseosas, los cigarrillos, los remedios, los automóviles, los productos personales o domésticos y los relacionados con el ocio o entretenimiento generan la mayor parte de sus ganancias gracias a la publicidad. Y al mismo tiempo sus publicidades son, en general, las que más se relacionan con mostrar un modelo de vida que se acerca al ideal transnacional. Aunque también es cierto que en un mismo movimiento deja afuera de la posibilidad concreta de consumo y con ello de la práctica concreta del consumismo a las grandes mayorías que carecen de recursos para integrarse a este circuito.

Gramsci sostuvo en 1930 que la conciencia colectiva, o el sentido común, está desordenada y es inconsistente, a pesar de que está dirigida por la ideología dominante, “la ideología dominante de nuestros tiempos es el consumismo y su fuerza particular puede derivar del hecho de que ayuda a ordenar los elementos desordenados de la conciencia colectiva” (Janus, 1988). La publicidad es un superlenguaje en el que lo esencial es lo que asociado con los productos, y no los productos mismos, antes incluso del uso del lenguaje (Baudrillard, 1995). La publicidad es un lazo vital entre las relaciones sociales y materiales, que transforma a los productores en consumidores, a los capitanes de la industria en capitanes de la conciencia (Sklair, 2003).

Nadie puede hoy seriamente negar la influencia de los aparatos publicitarios en la conformación de estos hábitos de vida y consumo que expresan claramente la orientación transnacional dominante de la economía contemporánea. Estos aparatos generalmente apuntan a competir dentro de la fracción más alta de ingresos (menos del 20% de la población mundial) y producir los objetos y servicios que interesan a ese estrato, entre los cuales están aquellos que componen la oligarquía mundial y marcan las tendencias. Mientras tanto se agudiza el desinterés y el olvido de las reales necesidades del restante 80% de las personas que habitan nuestro planeta. Estas son las reglas economía globalizada, concentrada y excluyente, profundamente darwinista y discriminatoria. A través de sus instrumentos como la publicidad lo que origina no sólo es la destrucción y el deterioro de los valores humanos, distorsionando los fines de la vida, sino que es causa del agotamiento de los recursos y de la ruina del medio ambiente, poniendo al servicio de la oligarquía global los avances excepcionales de la tecnología contemporánea.

Es importante no responder al desafío que plantea la publicidad cayendo en la trampa de moralizar, condenando al infierno a los consumidores y predicando el camino de un ascetismo extremo o planteando que los sectores populares se salvan porque consumen poco. La mayoría de la gente de los países dependientes estaría muy feliz de tener la oportunidad de compartir el estilo de vida hegemónico, animado por el espíritu del consumismo, compartiendo en gran medida una cultura que alienta a satisfacer algo más que nuestras necesidades biológicas, sobre todo en la media en que estas se ven insatisfechas. Aunque es cierto que todo consumismo, debido al carácter inducido de muchas “necesidades”, está controlado por fuerzas externas (donde la publicidad juega un factor fundamental). En el triunfo último del consumismo, los deseos se convierten en sinónimo de necesidades. Por eso la crítica del consumismo no puede partir de su propia lógica, ni la de los deseos de la mayoría.

La publicidad ha pasado a ser para el sistema de producción transnacional un componente de primera necesidad en los productos. Tomemos por ejemplo la industria farmacéutica que invierte en investigación y desarrollo más los costos de pruebas y la definitiva fabricación de sus productos, mucho menos de lo que gasta en publicidad. Comparada con la mayoría de las otras industrias, la industria farmacéutica se destaca por su relación extremadamente alta entre los gastos publicitarios y las ganancias por ventas. Pero lo más importante no es el peso de la publicidad en la cifra de negocios de los productos farmacéuticos, sino precisamente como ésta actúa imponiendo “necesidades” de consumo ficticias. El núcleo del asunto es que la publicidad vende productos desarrollados e investigados en base, no a las necesidades y enfermedades concretas de los países periféricos que las consumen sino en base a los específicos problemas de salud detectados en los países centrales. Veamos el claro ejemplo que pone Leslie Sklair (2003): “El tratamiento de la diarrea, la principal causa de muerte en la mayoría de los países del Tercer Mundo y especialmente peligrosa para los niños. En algunos lugares del Tercer Mundo, las farmacias suelen recomendar rutinariamente antibióticos y medicamentos antidiarreicos caros. En la mayoría de los casos (aunque no en todos, por su puesto), esto es completamente innecesario y hasta puede ser peligroso. Un notable ejemplo son las hidroxiquinolinas, algunas de las cuales fueron abandonadas en Estados Unidos a mediados de la década de 1970, pero que continúan a la venta en muchos países del Tercer Mundo. El mejor tratamiento para la diarrea, reconocido universalmente por los profesionales de la salud, es una simple solución de rehidratación (agua hervida, azúcar y sal) que la mayoría de la gente puede prepararse a bajo costo, aun en condiciones de privación sustancial. Ciertamente, esto no es muy conveniente para los intereses financieros de corto plazo de las firmas locales, para las CTN [Corporaciones Transnacionales] que producen fármacos innecesarios ni para las farmacias que las venden que se sepan mucho esas cosas” (Sklair, 2003). Otro ejemplo interesante que nos plantea es que “en Noruega al comienzo de la década de 1980, había acerca de mil fármacos de marca disponibles para recetar, mientras que en la India había alrededor de 15.000. E India no es de ninguna manera la única del Tercer Mundo” (Sklair, 2003).

Es claro, además, que la solución de este grave problema no es el reemplazo de los grandes GET farmacéuticos por productores de medicamentos locales. Un estudio de la industria farmacéutica turca, en la cual comparten el mercado compañías de origen turcos con los GET, demuestra que en los aspectos más importantes las grandes industrias farmacéuticas, sean locales o extranjeras, actúan de forma parecida. De forma semejante se ocupan en mayor media de la producción de aquellos fármacos

que no proveen cura para las principales causas de muerte del país (Kirim, 1986)³⁰. De una manera similar se comportan los laboratorios latinoamericanos más allá de su contradicción de intereses comerciales con los laboratorios transnacionales.

La publicidad es, también, la base de sustento de la elección de productos no esenciales de gran prestigio, relativamente caros, convirtiéndose de este modo en la sustancia vital de la que se nutre el nuevo sistema de producción que describimos en los primeros capítulos. Es precisamente la contradicción inherente a estos productos de lujo masivo (generalmente producidos por los GET) lo que simboliza el proceso de expansión y referenciación de la globalización, que cada vez más se extiende y alcanza a las cabezas de las oligarquías locales, que actúan a modo de ejemplo visible del resto de la población, a la que excluyentemente se le niega el acceso a tales bienes.

Una de las paradojas de la publicidad, herramienta base de la ideología consumista, es que juega por un lado en la domesticación de la *elites*, poniéndole todo el tiempo nuevos objetivos a alcanzar en una carrera frenética de consumo. Y al mismo tiempo juega un rol en la transculturización de las mayorías populares, generando expectativas de un consumo que de ningún modo puede ser satisfecho por el capitalismo globalizante y excluyente. Por un lado aparece la imposición de la práctica de crear y satisfacer, en las oligarquías mundiales, necesidades inducidas independientemente del lugar en el que se hallen situadas. Y por otro con una gran masa de pobres a los que les está negado el acceso al consumo, pero no la expectativa de consumo. Para combinar ambas la publicidad es el principal (aunque no el único) canal a través del cual se transmite la ideológica del consumismo. La publicidad, se presenta a sí misma generalmente como una práctica educativa o, al menos, informativa. De ahí su gran efecto.

Las agencias transnacionales de publicidad están cada vez más presentes en los países periféricos. Ya sea a través de filiales, de empresas locales de publicidad prestigiosas asociadas a las grandes corporaciones, o bien con agencias que procuran imitar sus prácticas. Las transnacionales de la publicidad producen directamente muchos anuncios publicitarios en los países del Tercer Mundo de sus clientes (generalmente GET), pero también a través de sus empresas controladas o dependientes que manejan las cuentas locales de los mismos GET, enmarcados en una estrategia global de comercialización.

De acuerdo con Noreene Janus (1988)³¹, alrededor de 1980 más de la mitad de los grandes ingresos de las Agencias de Publicidad Transnacionales provenían del exterior, con un mercado latinoamericano que se expandía rápidamente. Brasil, México y la Argentina estuvieron y están en lo más alto de los veinte mercados publicitarios. Janus sostiene que “los estilos de vida promocionados en la publicidad, incluyen agendas implícitas y explícitas para las relaciones sociales, la acción política y el cambio cultural” El aumento de la pauta publicitaria no es tanto un indicador de nivel de desarrollo —como suelen tomarlo muchos sociólogos— sino de un particular tipo de desarrollo, ligado a la ideología consumista. El crecimiento de las grandes agencias transnacionales es también un índice de la transnacionalización de los medios masivos nacionales y su transformación en el canal más idóneo de transculturización. La clave de las Agencias Transnacionales de Publicidad no es simplemente vender productos en los países periféricos, sino que lo más importante es que están diseñando cambios sociales, políticos y culturales para asegurarse un nivel de consumo que es “la base material para la promoción de la cultura global estandarizada” (Janus, 1988).

³⁰ Citado por Leslie Sklair, 2003 en “Sociología del sistema global”.

³¹ Idem anterior.

OTROS MECANISMOS FUNCIONALES A LA DEPENDENCIA CULTURAL.

Nos queda fuera del marco de este ensayo, analizar el rol que cumple la educación formal en el proceso de reproducción de la dependencia cultural. La escuela, como símbolo, reproduce generalmente las contradicciones sociales de una sociedad polarizante de dos velocidades. Un sistema educativo obsoleto e instalado en un mar de nuevas necesidades a las cuales no está llamado a transformar, sino en el mejor de los casos a asistir, tiene su principal defecto en lo que alguna vez fue considerada su virtud: la formación enciclopedista que no forma el pensamiento crítico, sino que prepara para la adaptación.

En este nuevo marco globalizante muchas veces la escuela en los países dependientes tampoco es del todo útil para el sistema pues no prepara para el consumo, sino que exalta valores muchas veces vacíos –como en sus desviaciones enciclopedistas– pero otras veces ligados profundamente con las vivencias nacionales y populares.

En función de ello no es raro que la Escuela fuera sumida por el neoliberalismo en un lamentable deterioro. En los años 90 asistimos en nuestro país, concomitantemente con el apogeo del neoliberalismo y la sociedad excluyente, a un proceso de polarización de las calidades educativas según se atiende a los ricos o a los pobres. Muchas de estas Escuelas para pobres terminaron siendo utilizadas como mecanismo de contención social o bien de distribución de alimentos a través de comedores escolares, etc. Estas son algunas de las postales de la Escuela a fines del siglo XX y principios del corriente, en la que ésta, la más de las veces sirve de estacionamiento para los chicos y jóvenes. Y todo esto más allá de las buenas y esforzadas intenciones de muchos docentes que trabajan desde las fisuras de un sistema educativo fosilizado, aportando su cuota afectiva y a veces también formadora del pensamiento crítico.

Ni siquiera la Escuela y la instrucción formal a todos los niveles cumplen un rol en la tan referida por los pregoneros del sistema, como Peter Drucker, “sociedad del conocimiento”. Lo real es que deterioradas las condiciones de estudio en función de la polarización social, las clases populares ven como el conocimiento escapa para arriba. La educación “de excelencia” se hace paga. La Universidad Pública gradúa miembros fundamentalmente de los sectores medios, medios altos, la formación de primer nivel se remite a los postgrados, que son pagos.

Muchos sectores, incluso bien intencionados docentes se atrincheran en la defensa de la educación tal como está. Es cierto que pocas alternativas quedaban contra el avance neoliberal en este área. Otra cosa distinta es creer que las instituciones educativas tal cual están sirven aunque sea mínimamente para un proyecto de liberación.

Frente a un sistema de educación formal, abstracto y pseudo universalista; sistema que frecuentemente soslaya el sustrato cultural latinoamericano e ignora la relación cultura–educación–pensamiento situado–proyecto de crecimiento autónomo; asoma con más fuerza aun la “cultura de masas televisiva”. La pantalla de la televisión ejerce una influencia decisiva también sobre la educación: desinforma, induce, sugiere, modeliza, determina los gustos, logra la aceptación de lo insustancial, lo grotesco, lo chabacano, lo procaz, uniformiza, propone prototipos de consumo, caricaturas, recorta la realidad a esquemas, adormece, aliena. A su modo transmite una concepción del hombre y de la vida. “A estos procesos

[de redefinición de subjetividad] hay que sumar las consecuencias que tuvo la expansión de las industrias culturales en el proceso de socialización de las clases populares, en la medida en que esas industrias fueron portadoras de nuevos modelos de subjetivación que no estarían anclados ni en relación al trabajo ni en la conciencia política peronista, sino más bien en la pura identificación con nuevas pautas de consumo” (Svampa, 2006).

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES SOBRE LA EXCLUSIÓN CULTURAL.

Siguiendo a Julio De Zan (1975) podemos distinguir dos niveles de cultura. “1) la base o fuente está en la *praxis* y en la experiencia histórica de un Pueblo que va configurando en los hombres una determinada actitud fundamental frente a la existencia, constituida por una especial comprensión del mundo, es decir, una forma de comprenderse y valorarse a sí mismos, a los otros y a la naturaleza, comprensión que determina las relaciones entre estos tres términos (...) 2) El segundo nivel está constituido por los diversos sistemas (...) La esfera completa del segundo nivel es la expresión o realización que aquel *ethos* ha alcanzado en cada etapa de la historia de esa cultura; por su mediación el *ethos* se objetiva, adviene a la comprensión para sí mismo y para otros Pueblos”. Así como existen dos niveles de la cultura, hay también dos niveles de penetración en la dominación cultural que son excluyentes en la medida en que provocan el desplazamiento de la cultura popular originaria. “1) Cuando un Pueblo es privado de sus formas culturales viendo destruidas sus instituciones tradicionales; cuando el sistema de valores y de pautas que regían y orientaban su vida pierden toda eficacia en la nueva situación y pasan a ser sustituidos por nuevas reglas y símbolos que le son extraños; el propio Estado pasa a estar “ocupado” por una *elite* gerencial desarraigada, enteramente ajena al proyecto político del Pueblo. El Pueblo no se reconoce ya en ninguna de las formas imperantes, ni en el Estado, ni en las instituciones, ni en las demás expresiones culturales. Entonces la cultura propia de ese Pueblo, privado de todas sus formas de objetivación, se reduce a una cultura del silencio, una cultura muda, que ya no habla, ni para sí ni para los otros. 2) El nivel más profundo de la expropiación o enajenación cultural acontece cuando un Pueblo ve deformado su modo de ser hasta perder su identidad, cuando el *ethos* que lo caracterizaba se debilita y se pierde, ya sea por la deculturación que sigue a su avasallamiento y esclavización, ya sea por la introyección insensible de valores y actitudes que son el reflejo de la metrópoli dominante, o mejor dicho, de su proyecto modernizador” (De Zan, 1975).

De esta forma frente a la dominación cultural se genera un lucha silenciosa (o no) y cotidiana como forma de resistencia del dominado. “La cultura popular, que no es sino el momento más auténtico de la cultura nacional y tiene como su negación (pro introyección del sistema opresor) la cultura de masas, se va gestando en América Latina en función de una lucha antioligárquica. Ante la burocracia hispánica primero, ante la oligárquica nacional después, ante el liberalismo antes y posteriormente ante una burguesía, principalmente gerencial y la cultura imperial” (Dussel, 1975) y ahora también frente a los GET y al proceso de transnacionalización mediante la difusión del impulso consumista.

Todos los instrumentos más fuertes y penetrantes de la dominación cultural, es decir, los medios masivos más importantes: radio, televisión, cine, audio y video,

revistas y diarios y por supuesto Internet, se han expandido en forma espectacular en los países periféricos. A partir de estos canales se tejen lazos de dependencia. Sin embargo, no están absolutamente bajo el control de los GET, aunque en su mayoría jueguen con esa lógica. El sólo hecho de su existencia no implica la infalibilidad del control cultural. Es imprescindible tener en cuenta que todo modelo social está conformado por un sistema complejo de controles, de adhesiones y conformismo, pero también es necesario recordar que siempre aparecen los inconformismos y las resistencias del hombre de Pueblo sujeto de las tentativas de sometimiento.

Es más, cada vez que se adopta la cultura del consumismo, y se somete a ella a los sectores populares, aquellos que no pueden responder económicamente a las exigencias de esta ideología van finalmente desarrollando formas de resistencia, que no implican la negación del consumo, ni mucho menos una construcción alternativa al consumismo, pero que sí pueden constituirse como la base de sustento para la difusión de propuestas culturales, políticas y económicas que partan de la afirmación de su propia identidad como Pueblo.

La investigación del egipcio Zayed demuestra que “las personas no son drogados culturales que obedecen sin pensar las instrucciones de un orden social explotador, aun cuando esas instrucciones sean eficaces en un nivel subliminal. La gente, especialmente la gente pobre del Tercer Mundo, adopta la ideología cultural del consumismo por razones fácilmente comprensibles. En algunas circunstancias, es la única opción razonable para ellos desde el punto de vista económico. A menudo, quizás siempre, es una trampa, pero que no penetra a causa de la estupidez ni siquiera de la ignorancia, sino por falta de alternativas viables. Es una trampa similar a la de los campesinos que alimentan a sus hijos hambrientos con el maíz para sembrar. No tienen alternativas” (Sklair, 2003).

La ideología del consumismo se justifica a sí misma afirmando que el capitalismo global produce y vende lo que la gente quiere consumir, sea el modelo de vida norteamericano, los gurús hindúes, los chocolates europeos, las telenovelas brasileñas, el ecologismo, las hamburguesas de lombriz de Mac Donallds o las hamburguesas de cordero vendidos en la cadena Wimpy de Nueva Delhi con aire acondicionado. Pero es posible preguntarnos ¿son estas necesidades naturales, culturales o impuestas? ¿Qué pasa con todos aquellos que son excluidos del consumo al que son bombardeados? ¿Se puede resistir al aparato publicitario de creación de necesidades, y en última instancia al consumismo? Está claro, pues así ha sido siempre la historia de la lucha de los Pueblos contra la dominación, que siempre hay otro camino que es negado por los poderosos. Ese otro camino siempre empieza por la resistencia y por la afirmación de la propia cultura y valores sociales. Y también es claro que no será la clase capitalista transnacional la que organice esa resistencia... Jamás los medios de comunicación masiva no darán ningún puntapié inicial para el cambio social. Es más, en la medida de sus posibilidades y a partir de su propia naturaleza, harán todo lo posible o bien para ningunear cualquier proceso de transformación o bien para hacerlo aparecer tangencialmente en el proceso de bombardeo informativo, entremezclado con cuestiones superficiales o con discursos complacientes.

Mientras los medios masivos de comunicación, en forma directa o indirecta, es decir, mediante presiones comerciales, se encuentren bajo el poder de los Grupos Económicos Transnacionales, es difícil pensar cómo va a ser que un proyecto nacional de liberación encuentre espacios en ellos, en cualquiera de los medios, radial, televisivo o gráfico, para su expresión. No obstante, las contradicciones propias del capitalismo –también es cierto– crean condiciones para que por las

grietas de un sistema no controlado, ni planificado cabalmente pueda colarse mucho del mensaje alternativo, aunque más no sea en espacios secundarios. Crear los propios medios masivos de expresión se hace entonces un imperativo estratégico. Y en esto el Estado tiene un rol central que cumplir. La comunicación pública en todos los niveles, pero sobre todo el televisivo y el radial debe ser reformulada para cumplir un papel preponderante en la defensa de los intereses populares y en la reconstrucción de una identidad cultural propia³².

En lo sustancial, toda resistencia verdadera a la cultura consumista tendrá que partir de la propia práctica y vivencia de la identidad cultural del Pueblo. Dicen con acierto los autores cubanos: “mediante la fragmentación y la segmentación de la comunicación, se intenta alejar a los consumidores–electores de cualquier acción socialmente significativa, se pretende que los Pueblos piensen a sus dominadores y se piensen a sí mismos a través del prisma de las agencias transnacionales de prensa, cine, radio y televisión. Sin embargo, a diferencia de lo que se intenta hacer creer, el plan de domino ideológico transnacional resulta incapaz de borrar de la faz de la tierra los modos de comunicación alternativos propios de los Pueblos y el uso contestatario que éstos hacen de su cultura, sus valores y sus tradiciones, la persistencia en la rebeldía popular a pesar del autoritarismo de las relaciones comunicativas, de las técnicas y estrategias de manipulación y trivialización utilizadas, y de las campañas desmovilizadores desatadas” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

La identidad de una cultura está ligada a las manifestaciones de la vida y es para cada Pueblo la expresión de sus valores propios. Identidad es, así, unidad–en–continuidad de un complejo que no niega lo externo sino que los asimila mestizándolo, apropiándose de lo que le sirve. Así la identidad cultural pasa a ser como una mirada propia, que debe orientar y humanizar el crecimiento de un Pueblo y su desarrollo económico. Incorporar la diferencia que nos enriquece, con capacidad para generar una relación con lo distinto desde el despliegue de un diálogo explorador de coincidencias, pero respetuoso de las divergencias. El desafío de una interculturalidad que no se agota en el ámbito interno de la Nación, sino que crece ponderadamente hacia la región, el continente y el mundo en su totalidad. Pero, esta interculturalidad propuesta es lo contrario de la transculturización a través de la ideología del consumismo que nos impone el sistema de dominación.

La universalidad de lo humano siempre se da en contextos históricos concretos y contextualizados, constituyendo lo que denomina una universalidad situada. Se trata de no desconocer la peculiaridad de las culturas particulares, como tampoco de rechazar los elementos y aportes universales presentes en la cultura proveniente de países centrales (tampoco el de otros periféricos), rechazo este último que podría llevar a posturas aislacionistas y chovinistas. Esto no implica negar el conflicto implícito en la dominación cultural, sino enfatizar la necesidad de una superación dialéctica de dicha relación hacia la concreción de una comunicación profunda entre culturas distintas. Cada cultura abarca la totalidad de lo humano, pero desde una perspectiva contextuada que nunca es absoluta y por ello necesita de las otras. Sin embargo, la mutua fecundación y enriquecimiento intercultural de perspectivas no se logran por mera suma ni por totalización dialéctica, mucho menos por la imposición de una sobre otra, sino por comunicación entre culturas (Ameigeiras, 2000). “Defender lo diverso,

³² Por ejemplo en el caso de las radios de baja frecuencia la sociedad civil tiene su palabra aunque las políticas públicas tienen un rol fundamental, en la medida en que dejen de perseguir para pasar a legalizar a las radios comunitarias y darse una política hacia ellas.

disfrutar el arte, vivir espacios de ocio no comercializado, defender la cultura como excepción respecto al puro mercado, es actualmente tan necesario y, probablemente, tan subversivo como la asunción de una responsabilidad pública y social en materia de cultura” (Ramonet, 1999).

UNA MIRADA SOBRE LA OLIGARQUÍA MUNDIAL Y LAS PRÁCTICAS TRANSNACIONALES.

“Para que el club de los hombres ricos pueda gobernar el mundo con eficacia en función de los intereses de sus miembros, hay que mantener a la chusma en el lugar que le corresponde: en el Sur, hambrienta y reprimida, en el propio país, aislada y distraída”

Noam Chomsky.

“...viajará más a menudo en un avión fabricado por una de las pocas cadenas que domina la industria aérea civil; ocupará un cuarto de hotel subcontratado o propiedad de, o administrado por la filial local de una de las pocas cadenas que dominan la industria hotelera global; alquilará un automóvil, en una agencia de una de las firmas internacionales que dominan el negocio del alquiler de autos y pagará por todo con una de las tarjetas de crédito emitidas por las pocas Corporaciones Transnacionales que controlan las finanzas personales globales. En la mayoría de los países, el viajero podrá ver programas de televisión y filmes de origen hegemónico, podrá comprar bienes de marcas hegemónicas y generalmente andará por ahí usando el inglés, el idioma hegemónico. El viajero estará también expuesto a ser bombardeado con la publicidad de productos de consumo global por las filiales locales de las agencias transnacionales de publicidad”.

Leslie Sklair.

¿QUIÉNES SON LOS BENEFICIARIOS DEL SISTEMA DE GLOBALIZACIÓN Y EXCLUSIÓN?

En el sistema global se genera una doble polarización. Además de subsistir la división entre países centrales y periféricos, también traza una brecha creciente entre una oligarquía transnacionalizada y los distintos sectores populares de los países, sobre todo, la gran mayoría de excluidos de los países periféricos. Es decir, cada vez se hace más tajante una divisoria entre “a) un complejo de actividades, grupos sociales y regionales, que si bien se encuentran ubicados geográficamente en Estados naciones diferentes, conforman la parte desarrollada del sistema global y se hallan estrechamente ligados entre sí, transnacionalmente, a través de una variedad de intereses concretos así como por estilos y niveles de vida similares y fuerte afinidades culturales. b) un complejo nacional de actividades, grupos sociales y regiones parcial o totalmente excluidos de la parte nacional desarrollada del sistema global y sin ningún lazo con las actividades, grupos y regiones similares de otras naciones” (Sunkel, 1975).

Hemos analizado los caminos que viene tomando la globalización. Estas transformaciones en el sistema capitalista, insistimos, no son –como dice Samir Amin– la resultante de fuerzas metasociales¹ a las cuales habría que someterse como a leyes de la naturaleza (aceptando con ello que no hay alternativa posibles), sino que son producto de relaciones sociales. En otras palabras, esos caminos son sólo frutos de la correlación de fuerza en el seno de la sociedad actual y por ende se sustentan en decisiones concretas. Este sistema de dominación, como cualquier otro no es una abstracción, se encarna en personas concretas, que son los sujetos, agentes y beneficiarios de sus privilegios. ¿Quiénes son estas personas?, ¿cómo piensan?, ¿cómo se mueven en el tablero globalizado? Es importante responder a estas preguntas para alejar los fantasmas de la naturalización de los sujetos y los canales que aborda el proceso globalizante. Se trata en última instancia de determinar cuál es la fuerza social dominante en la sociedad capitalista contemporánea.

El autor europeo Zygmund Bauman se aproxima a la descripción de los beneficiarios del sistema globalizante con una figura histórica: “la nueva libertad del capital evoca la de los terratenientes absentistas de antaño, tristemente celebres por descuidar las necesidades de las poblaciones que los alimentaban y por el rencor que ello causaba. El único interés que tenía el terrateniente absentista en su tierra era llevarse el producto excedente. Sin duda, existe una similitud, pero la comparación no hace justicia a la liberación de preocupaciones y responsabilidades de las que goza el capital móvil de fines del siglo XX y que el terrateniente absentista jamás pudo adquirir” (Bauman, 2000).

Existe una pequeña porción de la población mundial (medida en relación con el conjunto de la población del globo) que es quien verdaderamente disfruta de los placeres del sistema que para las grandes mayorías genera principalmente sufrimiento². Es imprescindible superar la tentación simplificadora de definirla

¹ Así lo expone el pensador polaco Zygmund Bauman (2005): “no siendo sino una activada suplementaria del progreso económico, la producción de residuos humanos tiene todo el aire de un asunto impersonal y puramente técnico. Los actores principales del drama son “las exigencias de los términos del intercambio”, las “demandas del mercado”, las “presiones de la competencia”, la “productividad” o la “eficiencia”, todos ellos encubriendo o negando explícitamente cualquier conexión con las intenciones, la voluntad, las decisiones y las acciones de humanos reales con nombres y apellidos”.

² “Hay causantes y culpables concretos de los horrores que conjura contra la humanidad.

como burguesía mundializada, pues hacerlo no alcanza a describir con precisión a qué sector de población mundial nos estamos refiriendo. Principalmente porque no es posible definir a esta oligarquía mundial en función de rol que ocupan en el proceso productivo. Es preciso penetrar más en su definición, precisar el alcance concreto del concepto de oligarquía transnacional y referirnos a las prácticas que la determinan, cuestión que trataremos de hacer en el presente capítulo.

Una primera aproximación al concepto de oligarquía mundial nos acerca a la idea de una clase capitalista transnacional –como prefiere denominarla el autor inglés Leslie Sklair (2003)–, que esta integrada por personas tanto en los países imperialistas, como en los periféricos (por supuesto no en la misma proporción), y se compone por quienes están ligados económica y políticamente a las transnacionales, o bien creen que satisfacen mejor sus propios intereses, cuando se identifican con los intereses del sistema capitalista globalizado, en contra, o bien independientemente, de los intereses populares de sus respectivas naciones. “La transnacionalización del monopolio tiende a otorgarle a esta oligarquía un carácter antinacional, aunque, por el momento, esta determinación se vea amortiguada en determinados sectores suyos, en particular, en su sector estadounidense, empeñado en globalizar las prerrogativas de su propio Estado nacional” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Siguiendo con los autores cubanos podemos caracterizar que esta oligarquía, sobre todo a su segmento determinante del manejo del capital. Esta “encarrila su capital por los rieles de la concentración transnacional, para la cual constituye una cuestión de vida o muerte ocupar todos los espacios, cada vez más reducidos en el ámbito planetario, en los cuales puede garantizar la reproducción de sus condiciones materiales y espirituales de existencia. Esa *elite*, que constituye un parásito de pura cepa en el cuerpo orgánico de la división social del trabajo [parásito incluso del propio capitalismo], en lo fundamental realiza su actividad económica en forma especulativa y, en medio de la más enconada contradicción con las burguesías nacionales, los trabajadores y los marginales, ha logrado ir configurando un dominio transnacional, en el que se apropia de la mayor parte de la plusvalía mundial, apoyada en un grado tal de concentración del capital que le permite negar la libre competencia en los eslabones decisivos de su reproducción ampliada” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

“Si esta revolución –y en particular, la informática con la automatización que promueve– se expresa por el hecho de que puede obtenerse una mayor producción material con menos trabajo (poco trabajo, pero en proporciones cada vez mayores de trabajo altamente calificado) y, a la vez, con menos capital (menos inversiones fijas), hay que llegar a la conclusión de que el modo de producción capitalista ha agotado su rol histórico, pues el capitalismo se funda en la dominación que ejerce el capital sobre el trabajo, dominación que ahora va perdiendo consistencia en sus puntos de impacto. Pero esto es muy esquemático, la oligarquía mundial detentadora del gran capital se revoluciona a sí misma. Esto nos permite entender los constantes cambios que se fueron produciendo en el capitalismo a lo largo de su historia y la continuidad de su hegemonía. Lo cierto es que lo único que no cambia es precisamente el sistema de dominación.

Son los cinco mil multimillonarios y los políticos profesionales a su servicio, que son responsables del infierno dantesco que viven miles de millones de seres humanos. Es esa *elite* plutocrática global cuyas decisiones de inversión en búsqueda de la máxima ganancia, determinan las tasas de desempleo, de hambre, de destrucción ecológica, de deuda externa y de los conflictos bélicos” (Heinz Dietrich, 2003).

Sus formas han de cambiar, las condiciones de vida de los dominados pueden cambiar, pero esa pequeña porción de la población mundial que se halla en la cima va a luchar siempre por perpetuar sus privilegios” (Amin, 2003).

Para comenzar, esta oligarquía mundial, detentadora del capital, no nace de la nada. Sin duda que podemos encontrar continuidades de los sujetos beneficiarios del sistema de dominación, más allá de las transformaciones que ésta ha sufrido en los últimos años. Por ejemplo, nadie puede dudar del lugar protagónico que Gran Bretaña y Estados Unidos han tenido en la historia del capitalismo imperialista. Sin duda la existencia de esta oligarquía mundial o clase capitalista transnacional, que las burguesías británicas y estadounidenses han ayudado a configurar, se han constituido históricamente sobre la base de las asimetrías y desigualdades del sistema de dominación imperialista, pero claro que con las particularidades que hoy caracterizan al alcance global del sistema actual. En el proceso globalizante siguen existiendo Estados–Nación imperialistas que imponen intereses (aunque estos pueden estar a veces con contradicciones respecto de sectores de la oligarquía mundial), la existencia misma de estos intereses hegemónicos genera condiciones de recursos económicos, políticos y culturales superiores para el desarrollo de miembros de la clase capitalista transnacional. Los Estados Nacionales periféricos en su relación de dependencia, en cambio, sólo generan las condiciones para que un núcleo reducido de su población (en función de su grado de integración al capitalismo globalizado) sea parte de esa oligarquía mundial (ver esquema del capítulo VI).

Esta clase capitalista transnacional, o simplemente incluidos como la hemos llamado para contraponerlos con los excluidos, no puede ser acabadamente comprendida en su papel histórico, por fuera de las necesidades propias que produce la contradicción de la acumulación capitalista en una escala global y también del fenómeno de financierización del capital, del que hemos dado cuenta en los primeros capítulos.

Esta categoría de oligarquía mundial, que puede –como cualquier otra– ser puesta en duda desde lo teórico, es fácil constatarla desde una visión empírica, desde su actuar concreto. La mera observación de ciertas prácticas nos permite constatar la existencia de una *elite* de alcance global que tienen una cultura similar, un consumo similar, accesos a lugares y beneficios que también son globales, de los que están excluidos las mayorías populares. Ya lo observaba Sunkel al comienzo del desarrollo de esta oligarquía: “Estos sectores comparten una cultura y un estilo de vida comunes, que se expresa en la lectura de los mismos libros, en ver las mismas películas y programas de televisión, en seguir la misma moda en el vestir, en estudiar las mismas cosas con idénticos textos, en organizar la vida familiar y social de manera similar, en amueblar las casas con los mismos estilos, en similares concepciones arquitectónicas de las viviendas y edificios y en el diseño del espacio donde residen” (Sunkel, 1975).

El incluido hoy además “viajará más a menudo en un avión fabricado por una de las pocas cadenas que domina la industria aérea civil; ocupará un cuarto de hotel subcontratado o propiedad de, o administrado por la filial local de una de las pocas cadenas que dominan la industria hotelera global; alquilará un automóvil, en una agencia de una de las firmas internacionales que dominan el negocio del alquiler de autos y pagará por todo con una de las tarjetas de crédito emitidas por las pocas Corporaciones Transnacionales que controlan las finanzas personales globales. En la mayoría de los países, el viajero podrá ver programas de televisión y filmes de origen hegemónico, podrá comprar bienes de marcas hegemónicas y generalmente andará por ahí usando el inglés, el idioma hegemónico. El viajero estará también

expuesto a ser bombardeado con la publicidad de productos de consumo global por las filiales locales de las agencias transnacionales de publicidad” (Sklair, 2003).

Para que esta cofradía oligárquica mundial, que reside en los diferentes países del mundo, tanto centrales como periféricos, pueda sostener patrones de consumo similares, es evidente que debe tener también niveles de ingreso similares. Si tomamos los ingresos medios de los países centrales vemos que son varias veces superiores a los de los periféricos. Es claro que estos promedios son indicadores más que discutibles, sobre todo si tenemos en cuenta que en nuestras sociedades periféricas es donde se verifican los mayores niveles de desigualdad en el ingreso. Por eso es que el ingreso *per capita* no hay que dividirlo por partes iguales, sino que hay que tener en cuenta la diferencia de ingresos entre los sectores acomodados (en general transnacionalizados) y las grandes mayorías excluidas (definitivamente localizadas). Por ejemplo, tomemos un país cuyo ingreso *per capita* es de 900 dólares y una distribución de la renta en la que el 10% de la población tiene alrededor del 40% del ingreso, esto significa que es sector privilegiado de la población, ese décimo al que nos referimos, tiene un ingreso promedio de 3600 dólares por habitante, promedio que lo acerca a los índices de los países centrales. Además debemos considerar que en los países centrales la distribución del ingreso se ha mantenido en los últimos años más o menos constante o ha empeorado sólo un poco. En los países pobres, en cambio, las últimas décadas fueron tiempos de franco retroceso de la justicia en la distribución de la renta, sobre todo entre los extremos de la pirámide social. Lo que en realidad ocurrió es que una economía de dos velocidades produjo que mientras se fue excluyendo a gran parte de la población, los sectores de ingresos medios altos y altos crecieron en sus ingresos a tasas muy superiores a las del conjunto de la economía.

“La amplitud del sectores de elevados ingresos depende, por una parte, de la dimensión de las actividades de elevada productividad y de la capacidad política de aquel sector para obtener una mayor cuota de transferencia de ingresos de esas actividades; por otra parte, depende de su capacidad de extracción de un mayor excedente de los grupos de bajos ingresos, ya sea impidiendo que se transfieran ingreso hacia estos últimos, como por medio de la manutención de una estructura institucional en los mercados de factores y de bienes y servicios que facilite su explotación, es decir, un elevado grado de concentración o monopolización de los medios productivos que permiten el acceso a, y la mantención de, ingreso razonables y estables” (Sunkel, 1975).

Pero el análisis no queda completo si no atendemos a las tres formas de exclusión —económica, política y cultural— que tienen como correlato en la esfera de la acción concreta y determinada a tres prácticas transnacionales. Es preciso comprender a éstas, para abarcar en sistema en su integralidad. Una de las principales fuerzas impulsoras de la globalización entendida como sistema, tal como vimos son los Grupos Económicos Transnacionales. Ellos desarrollan gran parte de su despliegue en relación a ese sector al que podemos llamar oligarquía global, incluidos o clase capitalista transnacional. Estas personas concretas son aquellas que impulsan, protagonizan y alientan lo que llamamos prácticas transnacionales o excluyentes (pues la exclusión de las mayorías es su consecuencia ineludible, más allá de la intencionalidad de sus individuos). Afirmar que los GET son los agentes principales y la institucionalidad clave del sistema económico globalizante no significa negar la existencia de otros actores institucionales del proceso tales como los Estados imperialistas, y también los organismos de crédito internacional como el FMI

y el Banco Mundial, etc. (que se fundan en la lógica de los Estados Nación dominantes, más allá de que están fuertemente imbricados y condicionados por el capital financiero cuya impronta corresponde a los núcleos de poder globalizante). Pero como venimos viendo, todos estos actores se entrelazan en el complejo sistema de dominación, y en relación a la acción de estas instituciones se va dando la configuración de la clase capitalista transnacional. La función específica de los agentes de las prácticas políticas transnacionales es crear y sostener las formas institucionales dentro de las que se produce y reproduce esta penetración y conectarlas orgánicamente con aquellas acciones a nivel nacional que pueden ser incorporadas y movilizadas para satisfacer y alentar los intereses del sistema de dominación globalizante.

Lo que nunca puede perderse de vista es que esta oligarquía global es, claramente, un producto del proceso globalizador. Estos incluidos se configuran a sí mismos como una *elite*, una ciudadanía independiente, globalizada, desprovista de identidades políticas, con alto nivel de información, homogeneidad cultural, con elecciones aparentemente más “libres”. Libres son, en realidad, de los pobres que viven a poca distancia de sus casas, con los que ya no es necesario compartir nada, sin siquiera el hecho de pertenecer a la misma comunidad nacional. Esta “ciudadanía independiente” es fruto de una economía de enclaves más grandes o más pequeños, con la dimensión de megaciudades como es el caso de China, o de círculos que suelen habitar en barrios privados como sucede a veces en Bs. As.; cuyo ingreso es de veinte a cien veces más elevado que el ingreso promedio del conjunto de los habitantes del país, cuya expectativa de vida es en 10 o 20 años superior a la de la media que los circunda. El vínculo entre esta oligarquía transnacional los hace estar —en función del disfrute de todos los adelantos tecnológicos— más cerca entre sí, sin importar las distancias físicas, que respecto de sus vecinos nacionales, “localizados”.

“El capitalismo debe poder producir su propia espacialidad disociada de la Nación: deberá poder amurallarse en “Estados ciudades” y en “villas privadas” como ya se encuentran en Estados Unidos, conducir sus “guerras privadas” contra las poblaciones convertidas en nómades y guerreras tras la descomposición de la sociedad” (Gorz, 1998). Baste por ahora la mención, retomaremos este tema de la segregación territorial de los incluidos más abajo.

La oligarquía mundial no está formada por “capitalistas” en el sentido tradicional del término. La propiedad o el control directo de los medios de producción ya no es el criterio exclusivo de lo que sirve a los intereses del capital, particularmente no a los intereses globales del capital. Por ejemplo es parte de esta oligarquía global una burocracia administrativa de nivel internacional. En realidad los incluidos son una categoría socialmente abarcadora, que incluye la *elite* empresarial, pero que es imposible reducirla a aquellos que son los dueños de los medios de producción.

Analizando el rol histórico de la burguesía un politólogo italiano afirma: “La sociedad civil se basaba en una institución que explicaba el ser y la evolución de la misma: la propiedad. Y a través de esta institución se perfilaba el papel activo que los propietarios han desempeñado a favor de toda la colectividad. Papel activo que contrastaba con la actitud pasiva y, más aún, parasitaria (como diríamos hoy) de la clase aristocrática, que era la beneficiaria del trabajo de la actividad de los demás” (Zampetti, 1990). Hoy ese rol activo ya no se verifica entre los miembros de la oligarquía mundial. No son sectores aislados los que tienen acceso a todos los beneficios de la globalización y que no son propietarios de medios de producción, ni tampoco cumplen un papel fundamental en la reproducción del capital a través del trabajo. Aunque es cierto que “en realidad, la tesis de la acumulación

patrimonial hace referencia a las relaciones propiedad del capital/gestión del capital. La coincidencia entre la propiedad y la gestión, sin haber sido nunca total y perfecta, ya dominaba las estructuras del capitalismo industrial en el siglo XIX. Luego, durante un siglo –desde 1880 hasta 1980–, la tendencia a la separación de las dos funciones puso en tela de juicio esta coincidencia sin llegar a romperla definitivamente” (Amin, 2003), también lo es que esta tendencia se ha exacerbado de manera tal en el último cuarto de siglo pasado y en los primeros años del siglo XXI, que los privilegios que derivan de la gestión del capital se fueron ampliando a una serie de actividades en torno a las cuales se estructura la dirección del la sociedad tanto en lo económico (a través de los GET) como en lo político (a través de la configuración de una burocracia mundializada).

La clase capitalista transnacional puede ser definida como los verdaderamente incluidos en el plano económico, pues tiene pleno y libre acceso al empleo, con los puestos mejores y mejor remunerados. Y esto tiene que ver con su capacidad y formación para la gestión del capital (que obviamente no siempre es propio). No tiene sólo una diferencia cuantitativa con los demás trabajadores, dado que va más allá de su condición de asalariado. Respecto del “trabajo” que desempeña este sector oligárquico, podemos afirmar que abarca una variada gama. Podemos ver que son accionistas, directores, gerentes, banqueros, abogados y contadores de los grandes estudios, consultores de las grandes empresas y profesionales exitosos (con “masters” en las más prestigiosas universidades del mundo) y sus tareas suelen relacionarse con el control, coordinación o apoyo de los GET y de los servicios ligados a ella; o bien asesoramiento de las decisiones del poder institucional, desde el de tipo lobbyista hasta el asesor ministerial, pasando por los poderosos operadores de prensa, etc.

Analizando la pirámide de ingresos norteamericana un autor afirma: “por debajo de los más ricos existe una pequeña clase alta formada por el 4% de la población trabajadora de los Estados Unidos. Principalmente está formada por los nuevos profesionales, los analistas teóricos especializados o los trabajadores con grandes conocimientos que gestionan la nueva información económica basada en la alta tecnología. Este pequeño grupo, constituido por menos de 3,8 millones de individuos, recibe una cantidad equivalente al grupo inferior formado por el 51% de los trabajadores americanos” (Rifkin, 1996). El nivel de ingresos de este sector, la naturaleza de sus empleos y sus costumbres propias, claramente lo desgaja de la lógica del conjunto de los asalariados. “Los directores de las grandes empresas industriales en los países ricos, ganan tanto en un minuto como la gente en los países pobres en toda su vida. Y los ingresos de los propietarios son más altos aun: un propietario de minas en Sudáfrica gana dos mil millones de dólares al año, esto es tres veces el ingreso anual de los cinco millones de habitantes de Chad” (Heinz Dietrich, 2003).

Dentro de los incluidos debemos colocar a los detentadores de grandes fortunas, esas que aparecen en el *ranking* descollante de la revista Forves pero también a los profesionales, consultores, asesores “Señor” que trabajan en las grandes ciudades del mundo, aunque tengan muy poco o prácticamente ningún arraigo con su tierra. “El sitio geográfico en el que trabajan tiene mucha menos importancia que la red internacional para la que se hallan colaborando. En este sentido, representan una nueva fuerza cosmopolita, una tribu nómada fundamentada en la alta tecnología cuyos miembros tienen mucha más en común entre ellos que los ciudadanos de aquellos países con los que pueden realizar algún tipo de negocio. Su experiencia y servicio se venden por todo el mundo” (Rifkin, 1996).

Intentando avanzar en la caracterización de cuales son los sectores que integran a esta oligarquía mundial, el profesor inglés Leslie Sklair define en su libro

“Sociología del sistema global”: “La clase capitalista transnacional incluye los siguientes grupos de personas:

- 1.– Ejecutivos de Corporaciones Transnacionales y sus filiales locales;
- 2.– Funcionarios estatales de la burocracia global;
- 3.– Políticos y profesionales de orientación capitalista y
- 4.– Elites consumistas (comerciantes, medios)” (Sklair, 2003).

Veamos parte por parte. Nadie puede dudar que los ejecutivos de los GET, los llamados CEO que son los detentadores del poder del capital concentrado en las empresas, son los miembros privilegiados de esta oligarquía global. No sólo por las fortunas que ganan (como ya hemos consignado en capítulos anteriores), sino también porque sus puestos son intercambiables tanto en el rubro como en el sitio en donde han de ejercer su administración. El puesto de CEO tiene un *cursus honorum*, que comienza con la aceptación de que su vida tiene sentido sólo en el marco del GET al que pertenece. En la constitución de esta particular “tribu cosmopolita” es práctica común de los GET entrenar al personal clave en las sedes centrales (por lo general norteamericanas y europeas). Este entrenamiento es para muchos el primer paso en una carrera de formación de la conciencia globalizada.

Para no caer en interpretaciones restrictivas, unilaterales y limitadas es preciso aclarar que los sectores vinculados a las empresas transnacionales no agotan el círculo de los incluidos, por ejemplo un importante sector lo constituyen funcionarios con decisión política, que son muchas veces socios con aquellos. Estos sectores están incluidos en razón de su acceso a funciones de poder institucional y no estrictamente al mercado. Muchos autores hablan de una puerta giratoria entre los CEO y los tecnócratas funcionarios, esta metáfora sirve para explicar la alta circulación entre las capas dirigentes empresariales y políticas técnicas. Pero la puerta giratoria implica también mucho más, entre otras cosas la imbricación de los intereses privados y de mercado en los lugares de decisión pública. No se trata de casos aislados, sino más bien de toda una verdadera práctica permanente sobre todo en ámbitos como los organismos internacionales, y en la estructura de los Estados Nacionales tanto en el centro como en la periferia. Infinidad de ejemplos se podría citar al respecto, en todos ellos se puede ver como la lógica del mercado penetra al Estado, sometiéndolo a sus necesidades. No hace falta caer en teorías conspirativas para comprender lo nefasto de este proceso.

La formación mundializada y globalizante de los agentes económicos tiene también su correlato en el funcionariado. Muchos funcionarios tienden a tener proyecciones mundiales tal como analiza García Delgado (1999): “Así como surgen empresas globales y una *elite* de *managers* transnacionalizados, también, para el funcionariado público y para los técnicos el espacio nacional ya no es más el horizonte último de sus expectativas de realización personal... Esta orientación supranacional parece ser una tendencia irreversible que transforma la anterior burocracia nacional en términos de tecnocracia y de *elites* globales”.

Con políticos y profesionales de orientación capitalista creemos entender el hecho de que el servicio del sistema de dominación globalizante se nutre, en términos políticos, ideológicos y económicos de toda una superestructura de profesionales cuya cúspide tiene acceso a los privilegios y vive de la misma forma que aquellos para los que configura la apoyatura necesaria.

Políticos capitalistas, son aquellos que difunden en el ámbito del sistema político el pensamiento único como negación de las alternativas a la globalización. Y los profesionales capitalistas son aquellos que deben la centralidad de su trabajo a los servicios del sistema transnacional en su mayor nivel.

Y en lo que se refiere a las elites consumistas, se hace referencia a los sectores más exitosos en diversas áreas (estén o no vinculadas con la actividad de los GET) que por los ingresos que manejan se insertan de lleno en la ideología cultural del consumismo. La idea de una oligarquía mundial convertida en superconsumidores es sin duda una de las necesidades y las respuestas que tuvo el sistema capitalista a la crisis de sobreproducción. Ésta, como decíamos, transformó la producción, pero aun así requiere para sostenerse de un número considerable, medido no a escala nacional sino mundial, para poder sustentarse. La llamada institucionalización del derroche (producción de bienes inútiles o de corta duración) o incluso la producción de bienes perjudiciales (para el individuo y para la sociedad) son consecuencia de un modelo de desarrollo que ha impuesto su ritmo a la sociedad capitalista actual.

A la pequeña porción (respecto de cada país en particular) de esta oligarquía que se aloja en los países periféricos podemos clasificarla también según los sectores de la economía a los que pertenecen: a) actividades relacionadas con los GET. Generalmente las transnacionales se insertan en sectores de la economía con alta productividad y como requieren de un alto grado de lealtad de sus cuadros superiores no sólo pagan a sus CEO (sean estos locales o extranjeros, lo mismo da) con suculentos sueldos, sino que también remuneran generosamente a una casta gerencial. En general son sectores de capital intensivo; b) actividades de alta productividad nacionales. En efecto los sectores ligados a la alta productividad, dado su dinamismo son sectores con alto grado de concentración cuando no directamente monopolios (ejemplo Aluar con el aluminio, en Argentina). En este grupo debemos ubicar también a las actividades de mayor productividad relativa que han sido tradicionalmente los sectores extractivos de exportación. No estamos diciendo que todos los que trabajan en este tipo de actividad tienen importantes ingresos, pero seguramente sí los tiene la cúpula empresarial de dichos sectores. Y esto es generalmente así porque la masa de ingresos producida es muy considerable y se encuentra concentrada en pocas empresas, y el volumen de empleo es más bien reducido y altamente calificado, en sus estratos superiores. Para completar este sector hay que consignar a aquellos que no pertenecen al mismo, pero en función de su relación con ellos, sea mediante la prestación de servicios (generalmente profesionales) sea mediante la producción de insumos necesarios, es decir, sea como fuere logran apropiarse de parte de la alta renta que produce el sector nacional de alta productividad y también el sector transnacional. También habría que incluir en este “subsector” aquellos que viven del intercambio de recursos de los sectores transnacional y nacional de alta productividad a los funcionarios superiores del Estado. En efecto, el Estado se constituye en el neoliberalismo en una agencia, que a través de los mecanismos tributarios, y otros, capta para sí una parte de los ingresos generados en esos sectores y los transfiere de manera legal y también de la otra a los cuadros superiores sean políticos o tecnócratas. De esta manera se incluyen en la oligarquía global sectores no vinculados directa ni indirectamente en los sectores económicos transnacionales y nacionales monopolísticos; c) sectores vinculados a la explotación monopolística de mercados de productos y/o factores en sectores de baja productividad. Se trata de personas que aun cuando no lleven a cabo actividades de elevada productividad, disfrutan de condiciones tales que pueden captar parte de los ingresos de sus trabajadores, aun cuando estos sean relativamente reducidos. Se trata de casos en que hay un elevado grado de concentración de la propiedad de los factores productivos y/o de situaciones oligopólicas o monopolísticas en los mercados de bienes y servicios.

Finalmente, también podríamos señalar a un último sector, de reducido tamaño pero que existe en casi todos los países dependientes, los cuales obtienen los

ingresos elevados sin vínculo alguno con las actividades de producción y servicios de la economía. Y esto es así en función de que obtienen dichos ingresos por transferencias directas desde el exterior. Es el caso de personas que pertenecen a estructuras economías políticas, culturales, educativas, administrativas o militares de otros países o a organismos internacionales, etc. Como es obvio todas estas formas de obtención de ingresos elevados que se han reseñado brevemente no se dan en forma pura, sino en combinaciones en que todas ellas pueden estar presentes, pero donde predominan una o dos.

Finalmente y para concluir esta primera aproximación a la oligarquía global podemos decir que ésta es transnacional en al menos tres sentidos. En sentido subjetivo: sus miembros tienden a tener perspectivas globales y no nacionales en una variedad de cuestiones; se sienten ciudadanos del mundo, mucho más que ligados con la nacionalidad que figura en su documento de identidad. Por su proveniencia esta clase capitalista también es transnacional en el sentido que si bien la mayoría proviene de Europa y EEUU, también son parte de ella personas provenientes de muchos otros países. Y también es transnacional en sentido cultural, es decir, más allá de ciertas particularidades que vinculan sus costumbres con la de su nacionalidad originaria, sus costumbres, sus modelos de consumo suntuario de productos y servicios, son de carácter global, aunque esto es prácticamente indescrutable en el caso de los oligarcas originarios de los países centrales, sobre todo los yanquis, que son tomados como arquetipo cultural. Dicho esto sin perjuicio de que como apuntamos anteriormente debemos diferenciar norteamericanización de las costumbres de globalización de las mismas.

La clase capitalista transnacional se va formando en la identificación de sus propios intereses con los del sistema capitalista global y, si es necesario está dispuesta a ir en contra de los intereses de sus “propias” sociedades nacionales. Esta es, como decíamos, una de sus notas constitutivas.

PRÁCTICAS TRANSNACIONALES.

Lo que con mayor nitidez define a esta oligarquía global es su propia acción. Esta clase considera que su misión, en función de su sitio privilegiado en la cúspide de la sociedad actual, es la de organizar las condiciones globalizantes, en las cuales se pueden favorecer sus intereses y los intereses del sistema (los cuales usualmente coinciden, pero no necesariamente) dentro de su contexto nacional (pues es aun en este marco territorial nacional en el que aun se desarrollan las prácticas, desde lo económico, político e incluso desde lo jurídico).

¿Cómo podemos definir el núcleo de las prácticas transnacionales que son a su vez las que caracterizan a esa oligarquía mundial? Hemos visto que de un modo general la realidad del sistema globalizante que se pretende imponer a las periferias (incluidos sectores sociales de los propios países centrales) puede ser definida como una sociedad de la exclusión³. A esta exclusión la configura, tal como venimos viendo, una triple dimensión: económica, política y cultural. Acaso pueda aproximarnos a la explicación de las prácticas que le dan forma a los sectores incluidos atender a lo que producen estos en cada una de estas áreas específicas. Los GET, como motor económico, producen las mercancías y servicios, a lo que agregan la desarrollada capacidad de comercialización. Todo esto

³ Así la caracteriza entre otros la autora argentina Maristela Svampa (2006).

lo hacen de un modo particular que apunta hacia las *elites* tal como lo hemos referido en los capítulos precedentes. Desde el diseño y la concepción, pasando por la producción hasta llegar al modo de consumo, son todas prácticas que hacen a la cuestión económica de estos tiempos. La clase capitalista transnacional es la encargada de crear el entorno político en el cual los productos pensados y producidos mundialmente pueden ser exitosamente comercializados en otros países, uniformando el consumo. Los políticos que manejando los resortes de gobierno, han tomado la decisión de responder a los intereses del capital y aceptan mansamente el condicionamiento político de los Estados Nación, constituyen el complemento necesario. El proceso de transculturización que se resume en la ideología cultural del consumismo es el aceite que lubrica el sistema al fomentar valores y actitudes que crean y sustentan la necesidad de esos productos.

La distinción entre estas tres prácticas es más bien teórica antes que empírica. En el mundo real están inextricablemente mezcladas. La ingerencia de las transnacionales directamente sobre la economía, la política, y la cultura de los países dependientes es más que clara; vía directa, mediante presiones ejercidas desembozadamente, vía indirecta como por ejemplo, propugnando la ideología cultural del consumismo.

Si algo caracteriza a la verdadera inclusión o pertenencia a la oligarquía transnacional es precisamente que esta no es parcial o circunscripta a alguna de las áreas en particular. Por el contrario la inclusión es general y alcanza a lo económico, lo político y lo cultural. Esto termina de configurar un cuadro en el que se acortan las distancias y se profundizan los vínculos y la comunicación entre los incluidos que se hacen cada vez más estrechos no sólo a nivel nacional y regional sino también a nivel mundial.

Las *elites* adineradas y poderosas históricamente demostraron siempre inclinaciones más cosmopolitas que el resto de la población de las tierras que habitaban; en todo momento tendieron a crear una cultura desdeñosa de las fronteras. La identificación con la propia tierra es, sobre todo en los países periféricos, una cuestión cuya respuesta se estructuraba estratificada por clases sociales. La oligarquía siempre tuvo lazos de afinidad con las *elites* fuera de sus fronteras, mucho más que respecto del resto de la población dentro de ellas. La admiración de la oligarquía argentina por la cultura francesa, los negocios ingleses y el ejército alemán⁴, se continúa y se proyecta en la identificación de los incluidos con aquellos privilegiados del mundo con los que comparten formas de vida, consumo y comunicaciones comunes. La particularidad de hoy es el nivel que ha alcanzado de homogeneidad la oligarquía de alcance mundial.

Como dice Agnes S  ller refiriéndose claramente a esa oligarquía transnacional y sus costumbres: "Migra constantemente, de un lugar a otro; siempre est   de viaje. Viaja sola, no como miembro de una comunidad, aunque muchos actúan como ella (...) Participa de un tipo de cultura que no es la de un lugar sino la de un tiempo. Es una cultura del presente absoluto. Acompa   mosla en sus viajes constantes entre Singapur, Hong Kong, Londres, Estocolmo, Nueva Hampshire, Tokio, Praga, etc. Se aloja en el mismo hotel Hilton, almuerza el mismo emparedado de atún o si lo desea, pide comida china en Paris o francesa en Hong Kong. Usa el mismo tipo de fax, teléfono y ordenador, mira las mismas películas y discute la misma clase de problemas con la misma clase de personas" Heller (1995).

Ya sea a través del arquetipo social que los medios masivos imponen, ya a través del bombardeo y la deslegitimación permanente sobre las conductas que no se ajustan al consumismo transnacional, las prácticas del sistema de dominación

⁴ Debiéramos decir específicamente prusiano. Pues tal fue la influencia más importante en la conformación de nuestras fuerzas armadas a partir de la generación del 80, influencia en la cual tuvo un peso clave la victoria de los germanos en la guerra franco-prusiana.

penetran cada vez más profundo dentro de áreas que tienen un enorme impacto en su vida cotidiana. En la medida de la vertiginosidad de una economía que se sostiene sólo sobre su propia velocidad de circulación, los incluidos viven en el control más absoluto de sus vidas. La compulsión de la sociedad consumista pesa sobre sus vidas en todo momento. No existe, para ellos, tiempo de reflexión. El "tiempo libre" también está planificado y administrado por la industria del entretenimiento e integrado de este modo al tiempo de consumo. Y esto teniendo en cuenta además que el "discurso de los saciados reconoce un sólo valor humano, al cual reduce la modernidad: la libertad individual. Pagando el precio de ignorar que, en el marco capitalista, esta libertad se convierte en la prerrogativa que les permite a los más fuertes imponer su ley a los demás, que esta libertad es por completo ilusoria para la gran mayoría de la humanidad" (Amin, 2003). La libertad de pensamiento inclusive de la oligarquía mundial se ve seriamente limitada por la uniformización de la que son objeto culturalmente.

Un ejemplo manifiesto de esto es la homogeneidad del pensamiento político de los incluidos. Primero que nada asume un fuerte discurso contra el Estado. Asocian a este a la corrupción que se expande como una mancha de aceite, pocas veces recuerdan que para que haya corrupción estatal también la debe haber del otro lado del mostrador. Es decir, son en general reproductores de la idea de demonización del poder, centrando todos los males en el chivo espiatorio que es siempre la política. Jamás ven una relación entre corrupción y el sistema capitalista. Si este caminase bien –suelen decir– esta tierra sería el para  iso. O sea que, los problemas que tenemos no son consecuencia del sistema, sino de que todavía no se alcanzó a imponer en plenitud porque interfiere sobre él, el corrupto poder político. En su diatriba contra el Estado, los más progresistas entre ellos llegan a admitir que la función del mismo debe ser controlar, aunque nada dicen acerca de que un Estado económicamente débil no puede controlar porque los grupos económicos tienen poder suficiente para someter a su voluntad a los funcionarios. Para esta oligarquía mundial toda acción social debe hacerse en términos individuales, la   tica es absolutamente individual. El mundo no funciona porque los que trabajan no lo hacen a conciencia como ellos. Dan por sentado que la globalización es un camino inexorable y niegan que la acumulación de la riqueza tenga vínculo con la relación entre los países. Reproduciendo la idea de camino único del desarrollismo, creen que el subdesarrollo es la consecuencia de políticas distribucionistas del populismo. "Para repartir primero hay que tener qué repartir" se los escucha decir. Niegan cualquier tipo de responsabilidad empresaria en el proceso de deterioro de los países dependientes. Niegan además los instrumentos concretos y las instituciones que implementaron el proceso excluyente, por ejemplo: "los planes neoliberales que planteó el FMI no funcionaron por sus propios vicios sino porque fueron mal ejecutados o bien ejecutados pero por corruptos". En Latinoamérica, suelen poner el caso del éxito chileno como ejemplo para decir que el modelo funciona. Claro que nada dicen sobre la función represiva que le cupo a la sangrienta dictadura de Pinochet, ni tampoco hacen relación alguna con la polarización social en el país trasandino, ni tampoco de la debilidad de un modelo basado en tres o cuatro productos de exportación que depende en todo del mercado internacional.

LA SEGREGACIÓN TERRITORIAL COMO PRÁCTICA EXCLUYENTE DE LA OLIGARQUÍA MUNDIAL.

Un aspecto que hace a la práctica concreta de esta oligarquía mundial con alto impacto en los sectores populares es el desarrollo de una vida "desconectada" de

sus connacionales. La exclusión se configura con un aspecto espacial que le es propio e intrínseco: la segregación territorial. Existe una marcada tendencia a encerrarse de los incluidos, desarrollando su vida social al margen del resto de sus “compatriotas”, a los cuales no se ven en ligados ni siquiera territorialmente. “Las categorías ocupacionales más beneficiadas por el proceso de globalización, lentamente se están apartando del resto de la sociedad para recluirse en áreas más homogéneas dentro de las cuales sus ingresos no necesitan ser redistribuidos a la gente menos afortunada. Con cada reducción de impuestos retiran parte de sus contribuciones a los espacios públicos compartidos por todos, y dedican esas reservas a los espacios privados que ellos comparten con otros miembros de su misma condición” (Iazzetta, 2007). “Mientras los parques públicos y los campos de deporte se deterioran, proliferan los clubes privados, de golf, tenis y todo tipo de asociación recreativa en la cual los costes se dividen entre los miembros. (...) Si los habitantes de otros barrios o distritos son más pobres, que otros se ocupen de ellos. ¿Por qué tenemos que pagar por sus escuelas?” (Reich, 1993).

Esto, si bien se viene profundizando a pasos agigantados, no es nuevo que la oligarquía se conciba a sí misma como un círculo inexpugnable y que esto tenga consecuencias, hasta ahora estas se venían manifestando en la constitución de ciertos lugares o instituciones exclusivas. Expresan esta tendencia desde el muy tradicional *Jockey Club* hasta los sitios donde se venía practicando deportes para pocos como el Polo o el Golf. En todos estos lugares selectos, a los que se fueron agregando otros, como por ejemplo los primeros *countries*, el control de acceso es la clave de una exclusividad que se funda en lo económico. La exacerbación de la exclusividad quizás la podemos apreciar en la reproducción en una escala degradada de la misma lógica que hacen aquellos que aspiran a quedar separados de los excluidos pues tienen la ficción de la inclusión. Así se fueron formando innumerables cantidades de barrios cerrados⁵ (no hace falta más que ver los suplementos especializados de Clarín y La Nación donde se incluyen mapas que muestran cientos de estos lugares tan sólo en el Gran Buenos Aires) y también es notorio el asalto de los nuevos ricos –verdadero *aggiornamento* del medio pelo jaurechiano– a los campos de golf, como si ejercitar ese deporte los vinculara de modo directo e irreversible con los sectores incluidos.

La tendencia al segregamiento territorial en barrios excluyentes por parte de esta oligarquía mundial no se puede atribuir para nada a una moda. “Recordemos que el impulso mayor de las urbanizaciones privadas ocurrió en un contexto de notorio aumento de las desigualdades sociales: frente a la desertión del Estado y el vaciamiento de las instituciones públicas, se fueron desarrollando modalidades privatizadas de la seguridad y de la integración social, que marcarían nuevas y rotundas formas de diferenciación entre los ganadores y los perdedores del modelo neoliberal. (...) En realidad, la *elite* participó activamente en la (re) creación de nuevos espacios de sociabilidad, producto de la nueva ola privatizadora, en los cuales confluyeron diferentes fracciones, entre ellas, un contingente de nuevos ricos ligados al poder, pero también franjas importantes de las clases medias consolidadas y las clases medias en asenso” (Svampa, 2006).

⁵ “Como consecuencia de ello, la autosegregación urbana, un fenómeno típicamente asociado a las clases altas, se había extensivo a otros sectores sociales. Ciertamente, la difusión de las nuevas urbanizaciones privadas incluyó una variedad de ofertas inmobiliarias, no sólo barrios privados y *countries*, sino también condominios, chacras y megaemprendimientos. En la actualidad, existen más de 600 emprendimientos en todo el país, que incluye los alrededores de las ciudades de Buenos Aires, Córdoba, Rosario (aun si el 90% de ellas se encuentra en la provincia de Buenos Aires)” (Svampa, 2006).

Uno de los impactos directos de la homogenización social que implica la segregación territorial es la transformación del mercado educativo. Cada vez se puede apreciar como crecen con fuerza los colegios primarios y secundarios que se desarrollan plenamente dentro de los barrios cerrados. Muchas universidades de *elite* tienen sus sedes también en el interior de los *countries*⁶. La separación entre excluidos e incluidos tiene a ser tan profunda que hasta les roba el sustento educativo común fruto –positivo– de la educación sarmientina, instaurado por la oligarquía decimonónica.

Siguiendo con la autora argentina podemos afirmar que “el proceso de autosegregación espacial ha llevado a la constitución de una nueva periferia urbana, que se articula en forma de red o archipiélago, cuyo grado de densidad es variable, según las zonas, en la cual aparecen interconectados *countries* y barrios privados, colegios y universidades privadas, con servicios de recreación y comercialización” (Svampa, 2006).

Pero este fenómeno de la segregación territorial no es una particularidad de nuestro país. La tendencia a encerrarse de los incluidos se da en todas partes del mundo, con distintos niveles de velocidad, pero en todos con la misma tendencia hacia la construcción de espacios exclusivos sin vínculo alguno con el resto de los pobladores del lugar. En un estudio con el elocuente título de “*Building Paranoia*”, Steven Flusty describe la asombrosa explosión de ingenio y el frenético *boom* de la construcción en un campo nuevo para las áreas urbanas: el de los “espacios prohibitorios [...], diseñados para interceptar y rechazar o filtrar a los que aspiran a usarlos”. Estos y otros “espacios prohibitorios” no tienen más finalidad que convertir la extraterritorialidad social de la nueva elite supralocal en aislamiento físico, corporal, de la localidad. Asimismo, le dan el último toque a la desintegración de las formas locales de solidaridad y vida comunitaria. Las elites aseguran su extraterritorialidad de la manera más material: la inaccesibilidad física a cualquiera que no esté provisto del permiso de ingreso (Bauman, 2000). Como dice Flusty: “los espacios públicos tradicionales son reemplazados cada vez más por espacios construidos y poseídos por entidades privadas (aunque frecuentemente con subsidios públicos), destinados a la congregación administrada del público, es decir, espacios para el consumo (...) el acceso depende de la capacidad de pagar (...) Aquí reina la exclusividad, que asegura los altos niveles de control necesarios para impedir que la irregularidad, la imprevisibilidad y la ineficiencia entorpezcan el curso pacífico del comercio”⁷.

Los incluidos han optado por el aislamiento, pagan por él generosamente y de buen grado. El resto de la población se encuentra obligada a pagar el fuerte precio cultural, psicológico y político por la segregación. La vida social de la oligarquía transnacional se desarrolla en sus clubes exclusivos, mandando sus hijos a costosos colegios privados, viviendo en sus barrios privados (*countries*), e incluso comprando bajo seguridad privada en sus exclusivos centros comerciales (*shoppings* o *malls*). En cada lugar puede haber un acceso relativo de los excluidos potenciales, pero esto no es más que una forma de inducir la pulsión

⁶ “En el campo educativo, quizás lo más notorio durante los 90 no haya sido solamente la proliferación de colegios privados dentro de la nueva red socio-espacial compuesta por *countries* y barrios privados, sino la creación de un conjunto de universidades privadas, claramente de *elite*, entre las cuales se encuentran, por ejemplo, la Universidad de San Andrés y la Universidad Austral (esta última, situada en Pilar, la zona que concentra la mayor cantidad de urbanizaciones privadas), así como la Universidad Torcuato Di Tella. (...) Estos centros de excelencia desarrollan vínculos con prestigiosas universidades de Estados Unidos, muchas de ellas consideradas como usinas de las ideas, sobre todo en el área de la economía y la administración” (Svampa, 2006).

⁷ Citado por Bauman en “La Globalización, las consecuencias humanas”.

hacia la disputa por la inclusión en la que están sumidos estos sectores. Pero siempre e indefectiblemente estos lugares niegan el acceso a los excluidos entre los excluidos, es decir, a los más humildes de la sociedad.

LA DIFUSIÓN DE LAS PRÁCTICAS TRANSNACIONALES.

Pero sería un error pensar que las prácticas transnacionales sólo las desarrolla ese pequeño núcleo al que llamamos la oligarquía mundial. Como decíamos antes, muchas de estas prácticas transnacionales tienen alto impacto en la vida cotidiana. El sólo hecho de comprar productos que han sido importados y producidos por los GET estamos reproduciendo una típica práctica económica transnacional. Cuando somos influidos para votar o defender una causa por aquellos cuyos intereses son transnacionales, nos entregamos a una típica práctica política transnacional. Cuando experimentamos la necesidad de un producto global nos entregamos a una típica práctica ideológico-cultural transnacional (Sklair, 2003). Es preciso aclarar que al referirnos a desarrollo de prácticas transnacionales que cualquiera pueda realizar no estamos considerando los condicionamientos que la libertad individual que sufren las personas, sobre todo los miembros de un país dependiente. No creemos en la libertad y la soberanía absoluta del consumidor, como suelen creen los pensadores liberales y reproducir con mejores o peores intenciones, las asociaciones de consumidores. Por ejemplo, consumir algo importado puede deberse por un lado a la relación económica con otro producto del mismo estilo pero nacional. Lo que va a determinar para el exiguo bolsillo de un trabajador la elección de un producto u otro va a ser el precio. Es el Estado, a través de sus mecanismos económicos directos e indirectos el que pone finalmente –impuestos mediante– el precio de los artículos extranjeros en relación al consumidor. ¿Es acaso una falta de conciencia política y social elegir un producto más barato? No lo creemos así. Cosa muy distinta es cuando se adquiere algo importado en el mismo precio o aun superior al nacional por *snobismo*, por cuestión de *status* o bien con la convicción ideológica de que todo lo importado es de mejor calidad que lo nacional. Otra de las causas que pueden inducir al consumo de productos que no se relacionan con el ciclo de trabajo de sus connacionales se debe a los monopolios u oligopolios que se dan en la comercialización. No siempre frente al consumidor están los productos nacionales. ¿Es acaso desidia culpable del consumidor no recorrer todos los lugares hasta encontrar un producto nacional? Tampoco lo creemos así.

En definitiva consideramos vinculada en mayor medida a la responsabilidad de quien la consume, cuando la compra de lo importado se funda en razones de índole cultural o ideológica. Por ejemplo, consumir una hamburguesa en McDonalds, en el país de la carne es una consecuencia de la colonización cultural. Sin embargo y más allá de la responsabilidad o la falta de opciones, en todos los casos se trata de una práctica transnacional, fundamentalmente por las consecuencias que implica. Este tipo de actos alimenta el circuito que es la savia del sistema de dominación transnacional, más allá de las intenciones del sujeto que la realiza.

En este sistema de dominación globalizante, las prácticas transnacionales se van convirtiendo en hegemónicas, pues sobre su desarrollo se sostiene la dominación. Es por eso que damos al campo de la cultura un lugar fundamental en este sistema. Tanto las prácticas cotidianas de los sectores que van paulatinamente identificando sus horizontes con los intereses y aspiraciones de la oligarquía mundial, cuanto de

modo general la ideología consumista, son piezas claves de la dominación y por ende son productoras y reproductoras de la exclusión social que le es intrínseca.

El capitalismo globalizante no permite la neutralidad cultural, para eso ha creado un antídoto que es el pensamiento único. La defensa de la identidad nacional es su gran enemigo, la práctica desconectada del consumismo transnacional es su detractor. Ojo que no estamos hablando de actos chovinistas y/o folklóricos. Estos también pueden ser enlatados y debidamente comercializados, asimilándose a los productos con origen transnacional. En este sentido las banderitas y camisetas de un país que se consumen durante, por ejemplo, el transcurso de un mundial de fútbol, son a la vez expresión de una difusa identidad nacional y a la vez parte del negocio mundial relacionado con el evento deportivo. No casualmente los GET que producen indumentaria deportiva gastan pingües sumas para vestir o patrocinar a los seleccionados de los principales equipos del mundo. Esta claro que no se trata de filantropía ni de repentino amor por la camiseta sino de simples negocios.

Todas las prácticas culturales que no pueden ser incorporadas dentro de la ideología cultural del consumismo se convierten en fuerzas contrahegemónicas en lo cultural. Por eso el sistema procura manipularlas o bien marginalizarlas. Pero las comúnmente llamadas contraculturas son generalmente incorporadas y comercializadas con regularidad y no constituyen una amenaza, de hecho a través de proceso de diferenciación (variedad y elección ilusorias), resultan ser una fuente de gran fuerza para el sistema capitalista global (Sklair, 2003). Naomi Klein (2002) pone ejemplos claros de cómo las marcas se apropian del discurso de la tolerancia cultural o la multiétnicidad transformándolas en un pingüe negocio.

Lo fundamental es que, si bien el sólo hecho de desarrollar una práctica transnacional no convierte a la persona mágicamente en un incluido, o cierto es que estas prácticas de un modo u otro llevan harina para el molino de la oligarquía transnacional, fortalecen su dominio, y para sus miembros son fuertemente constitutivas de su identidad como clase.

Estas prácticas transnacionales a las que hacemos referencia, son los ladrillos sobre los cuales se edifica el sistema capitalista globalizante. La centralidad de la disputa está en meter a toda acción humana dentro del marco de las relaciones de mercado. Para lograrlo las fuerzas transnacionales, en las tres esferas (económica, política y cultural), tienen que monopolizar los recursos claves o estratégicos. Los GET luchan por controlar el capital global y los recursos tecnológicos y materias primas; las clases capitalistas transnacionales en lo político luchan por controlar el poder global, sea a través de sus instituciones propias o vía de la subordinación y anulación de los instrumentos del Estado Nacional; finalmente los agentes transnacionales en el área cultural procuran imponer su lógica de mercado a través del consumismo. Como reconoce el profesor inglés Leslie Sklair: “el control efectivo de las Corporaciones Transnacionales de capitales y recursos globales es casi completo. Hay pocos recursos nacionales importantes que estén del todo exentos de las prácticas transnacionales económicas. Las clases capitalistas transnacionales gobiernan directamente a través de partidos políticos capitalistas nacionales o de partidos socialdemócratas que en principio no pueden poner en peligro el proyecto capitalista global, o bien ejercen su autoridad indirectamente en mayor o menor grado considerando esto como precio que han de pagar los Estados no capitalistas como una suerte de derecho de ingreso al sistema capitalista global. En el último caso el control global del capital y el trabajo es el factor decisivo para aquellos que no desean ser excluidos del sistema. El control de las ideas en el interés del consumismo es casi

total. Las ideas que son antagonistas al proyecto capitalista global se pueden reducir a una idea central contraria a la hegemonía el rechazo a la ideología cultural de consumismo en sí. Sin consumismo se disuelve la razón para la continuidad de la acumulación capitalista. El capitalismo global no lucha por las ideas en sí mismas, sino por apropiarse de la capacidad para comercializar y acordar estas ideas y los productos materiales a los cuales se adhieren, en las imágenes de televisión, en los periódicos, la publicidad, los libros, videos, películas etc.” (Sklair, 2003).

UNA VUELTA DE TUERCA EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS SECTORES DE LA OLIGARQUÍA MUNDIAL EN LOS PAÍSES PERIFÉRICOS.

Las características de la inclusión a nivel de los países dependientes tienen sus singularidades. En principio es un error asimilar a todas las llamadas burguesías nacionales con el sector “tercermundista” de la clase capitalista transnacional. Dentro de las burguesías de los países periféricos existen importantes segmentos que se incluyen, por sus intereses y por sus prácticas entre la oligarquía mundial, pero hay otros que definitivamente se quedan afuera. En principio, es de estos últimos, por ejemplo, el sector relacionado con la pequeña y mediana industria, prácticamente integro, que produce y vive del mercado interno.

Entre la oligarquía mundial se encuentran, independientemente de su procedencia aristocrática o no, los dueños de grandes empresas “nacionales” cuyo principal negocio es la exportación. Se trata mayoritariamente de aquellas clases que fundaron sus fortunas muchas veces requiriendo una gran cantidad de mano de obra, pero en la actualidad son expulsoras de trabajo y que tienen una tendencia a expandirse a otros mercados, transnacionalizándose.

Dentro de este grupo minoritario de incluidos existe un amplio sector que se caracteriza por estar su actividad laboral vinculada a el manejo (eventualmente a la propiedad) de empresa, que generalmente se encuentran ligadas a capitales de los países centrales (aunque no excluyentemente), empresas que frecuentemente pertenecen a los sectores económicos más dinámicos, intensivos en tecnología y cuya producción se destina total o parcialmente (aunque no minoritariamente) al mercado mundial. Este tipo de empresas son las que han sido las responsables y las beneficiarias principales de un tipo particular de crecimiento económico que marcan algunas estadísticas (como por ejemplo el crecimiento del 40% de la economía argentina de los '90), crecimiento que particularmente se vio divorciado absolutamente del mejoramiento económico de los sectores populares. El esquema de producción básico de estas empresas es, generalmente, intensivo en capital y tecnología y nivel de generación de trabajo bajo o nulo, lo cual nos permite entender cómo el crecimiento económico en la era de la globalización, se desvincula de la generación de empleo y obviamente de la distribución de la riqueza.

Muchos de los pensadores del Tercer Mundo, por ejemplo Samir Amin entre otros⁸, utilizaban idea de la “burguesía compradora”, pero este concepto no nos sirve para explicar el carácter verdaderamente transnacional de esta oligarquía mundial que puede tener, circunstancialmente, su sede en los países periféricos. El término “comprador” que se usa así sin traducción en inglés y francés para definir el carácter de las burguesías dependientes, viene del portugués y no del cas-

⁸ Andre Ghunder Frank prefiere el término lumpenburguesía. Concepto que desarrolla en su libro “Lumpenburguesía: lumpendesarrollo”.

tellano. Sus orígenes se remontan al colonialismo europeo en Asia. Sirvientes portugueses eran contratados en Asia, para manejar los asuntos domésticos de sus empleadores y actuaban como intermediarios con la población local. Fue en China, las casas comerciales europeas –fundamentalmente inglesas– empezaron a emplear a chinos para actuar como sus agentes desde mediados del siglo XIX, a estos se los siguió llamando “compradores”. Este término “comprador” subsistió en el tiempo y así se fue aplicando a los empleados de los colonialistas que solían servir a los intereses de los extranjeros antes que a los intereses de sus compatriotas.

La integración total, real y efectiva de los segmentos periféricos de la oligarquía mundial a la economía transnacionalizada nos hace entender que estos no pueden ser definidos como burguesía compradora. En efecto sin comprender el desarrollo de alcance mundial, la intercambiabilidad, la homogeneidad cultural, su identificación política, etc. no podemos avanzar en la caracterización de esa clase capitalista transnacional.

A pesar de que la clase “compradora” de una u otra forma ha existido durante siglos, la clase capitalista transnacional en la periferia es un fenómeno relativamente nuevo. Pero si una de las diferencias es la integración no necesariamente subordinada, es decir, la inclusión de pleno derecho de la oligarquía situada en la periferia, no es contradictorio que otra de las diferencias básicas entre las dos sea que, mientras las burguesías compradoras están, por definición, completamente sometidos a la voluntad de los intereses extranjeros, la nueva oligarquía mundial con asiento en la periferia puede convertirse en una clase que, bajo ciertas circunstancias, puede tener sus contradicciones con otros sectores pertenecientes a otros Grupos Económicos pero extranjeros. Esto es así porque las contradicciones entre ellos responden a intereses económicos y no a intereses nacionales. Tomemos como ejemplo a muchos GET que surgieron de los capitales concentrados del Tercer Mundo y que tienen sus sedes e intereses (que no son nacionales) en concurrencia o en contradicción con los intereses de otros grupos económicos o potencias extranjeras. Por lo tanto, el país de residencia de las instituciones económicas o de las clases que las controlan no es la consideración fundamental para explicar cómo funciona el sistema global. “La contraposición de intereses al interior de esta *elite* burguesa no obedece, en esencia, a diferencias nacionales, sino a contradicciones interimperialistas, intermonopólicas, en el proceso de extracción y redistribución de la plusvalía. En este sentido, la Nación es la gran hoja de parra con que se cubre la oligarquía financiera transnacional en cada país imperialista, el escudo con que se defiende de sus rivales y la lanza con que los acomete. Se trata, insistimos, de una casta social de unidad contradictoria que, en medio de las más enconadas batallas internas, se ve obligada a cohesionarse en el enfrentamiento con los otros sectores de la burguesía y con cualquier otra clase, comunidad humana o grupo social que ose obstaculizar su dominación. Ello concierne con fuerza particular a las burguesías de los países neocoloniales” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

La teoría de Sklar (1987)⁹ sobre el posimperialismo hace un intento por resignificar la teoría de la burguesía compradora, identificando una nueva clase, la burguesía gerencial. Esta nueva clase tiene un ala local y un ala corporativa internacional. Los “comparadores”, sostiene se han identificado generalmente con los intereses de las corporaciones, sea que estén directamente empleados por estas o no; cualquiera de los dos casos anima la transformación de los patrones

⁹ Citado por Leslie Sklair en “Sociología del sistema global”.

tradicionales de consumo y la conducta en las sociedades en desarrollo. La burguesía gerencial es una parte importante de la oligarquía mundial en los países periféricos, pero no agota su alcance. El concepto de la oligarquía mundial no se para sobre el carácter de burguesía dependiente de un pequeño sector social de los países periféricos. Por el contrario, la idea de la existencia de una clase capitalista transnacional los incluye en su funcionalidad en una teoría del sistema de dominación global, que opera a través de las prácticas transnacionales.

No cabe duda que, parte de los incluidos en los países periféricos, son la continuidad del fenómeno social denominado como burguesía “compradora”, en tanto grupos que se orientan hacia los intereses de los extranjeros en general y de los GET en particular. Pero es preciso entender íntegramente el papel que desempeña la oligarquía mundial en una triple alianza sobre la que se sustenta la dependencia actual: un Estado dependiente, y el funcionariado que se sirve del mismo y lo “gerencia”; los GET a través de sus empresas localizadas en la periferia y manejadas muchas veces por elementos “nacionales”; y los elementos orientados al exterior, es decir, hacia el mercado mundializado, de la burguesía nativa. La idea acabada de esta triple alianza da una estructura de clase concreta a la dependencia actual dando cuenta de la relación de poder en términos económicos, políticos y culturales de una verdadera clase capitalista transnacional en los países periféricos.

A modo de conclusión podemos afirmar que amplios sectores de lo que antes se entendía por burguesía forman indudablemente parte de los incluidos, pero no siguen la misma suerte otros segmentos de la misma cuyos intereses están en confrontación abierta o solapada con la expansión de los productos que vienen del exterior. Como decíamos la parte de la “burguesía” incluida es aquella vinculada fundamentalmente al mercado global, la que maneja la porción del mercado mundial que le corresponde a un país y las condiciones para la sustentación de este sistema.

Por otra parte este no es un fenómeno coyuntural sino que tiende a cristalizarse. Esto es, las empresas vinculadas al segmento del mercado transnacionalizado son las únicas con capacidad real de subsistir en el largo plazo en la economía globalizada. En tanto no se rompa con esta lógica de dependencia, el resto de las empresas (las que se relacionan solamente con el mercado interno) son inviables o bien deben –para subsistir– reformularse para ponerse al servicio de los GET, fortaleciendo la tendencia al monopolio del sistema.

De todo esto que estamos formulando se desprende un fuerte cuestionamiento a categorías tales como “burguesía”, con tal o cual aditamento, para definir a los incluidos en las naciones periféricas. Preferimos el concepto de oligarquía (gobierno o dominio de pocos en su acepción etimológica) mundial (para explicar su carácter integrado al sistema de dominación global). Este concepto quizás sea más apropiado como denominación del sector de los incluidos, pues sus datos particulares son la concentración del poder que los lleva al manejo indiscriminado y sin límite de la cosa pública, el carácter plutocrático¹⁰, etc. Pero enfrenta sus límites en las connotaciones aristocráticas (y también agrarias) siempre tan vinculadas al término oligarquía.

Asimismo es preciso marcar que, si bien nos referimos a la triple alianza que marca el circuito de dependencia, a las oligarquías periféricas no las caracteriza precisamente el manejo del Estado, por lo menos no al estilo arbitrario del mando de su propia estancia (tal como lo hacia la oligarquía terrateniente). La

¹⁰ Ya Aristóteles en su celebre clasificación de las formas de gobierno hacia referencia entre las formas impuras a la oligarquía (gobierno de pocos en defensa no del interés común sino del propio) y a su tendencia a la plutocracia, es decir, al enriquecimiento vertiginoso de los poderosos en este sistema.

singularidad de estas oligarquías es, fundamentalmente, el manejo del gran capital, al tiempo que refuncionaliza el Estado en su aspecto represivo, para usar en caso de ser necesario. En última instancia, la hegemonía en la globalización como todo sistema de dominación radica en su continuo trabajo de generación de consenso y permanente persuasión a través de cual se presenta a sí mismo como natural, justo y fundamentalmente como sin alternativa posible. Sin duda que, como ya lo sostuvo Gramsci, el verdadero límite de cualquier sistema de dominación es cuando requiere el uso de la fuerza para su sustento. La acción represiva lejos de síntoma de fortaleza, lo es de debilidad, siempre y cuando esa acción represiva no esté dotada de legitimidad o bien de beneplácito mayoritario. Por el contrario cuando estas clases dominantes logran imponer una cultura de la dominación es cuando más fuertes están, aunque cuando ésta se pone en juego, no duden en acudir a la represión en cualquiera de sus formas.

Por eso no exageramos al afirmar que el rostro de la oligarquía mundial se termina de configurar con un piso cultural común. Como por ejemplo, el conocimiento del idioma inglés (como forma imprescindible de comunicación entre sí), el estilo de vida, la adopción de valores, actitudes y costumbres de los países centrales se constituyen de este modo en cuasi requisitos para la interrelación global, lo mismo que para el asenso y promoción dentro de los GET. Y estos son, a su vez, elementos de los arquetipos culturales que presentan a la sociedad en su conjunto.

Más allá de que muchos sectores, sobre todo aquellos que se miran en el espejo de los incluidos, tomen estos parámetros culturales como metas propias, la realidad de hoy es que la estandarización global de valores, costumbres y gustos sólo es global en sentido de clase. Los gustos se unifican en el vínculo de los incluidos, esa clase capitalista transnacional que consume las mismas marcas, y muchas veces los mismos productos con independencia de su lugar de origen. Los GET trabajan para facilitar las condiciones de vida de las *elites* de alto consumo mientras se van desprendiendo cada vez más de la producción destinada hacia las grandes masas de escasos recursos.

Es preciso aclarar que lo que caracteriza a la oligarquía mundial en la periferia no es la identificación con ningún país extranjero en particular (aunque suelen intentar reflejarse en sus socios de la Triada). Se identifican con el sistema mismo en su carácter global. Los incluidos piensan, incluso su particular idea de intereses “nacionales”, en el marco del sistema capitalista mundializado, asumiendo el proyecto político de la globalización como el fin de la historia. Lo que debe o no debe hacer su propio país, ellos lo piensan en este marco.

Por eso es que no dudamos en afirmar que la oligarquía mundial está, también, **situada** en el Tercer Mundo y indudablemente e íntimamente imbricada con el segmento transnacionalizado de la sociedad y la economía. Ya sea que tengan sus propias empresas (muchas veces en condiciones de desafiar a otras transnacionales del ramo) ya sea que pertenezcan al funcionariado de carácter nacional o internacional, y en la medida en que estas personas comparten los intereses del sistema capitalista global y se comprometan cultural, económica y políticamente con sus prácticas, son miembros de la clase capitalista transnacional.

Cabe la pregunta acerca de cuál es el comportamiento de estos sectores periféricos de la oligarquía mundial ante procesos de cambio. O más bien, sobre si existen segmentos de estos que pueden adherir a un modelo diferente del propugnado por el neoliberalismo. Esto nos lleva a recurrir a su vez a la noción de los intereses “objetivos” de la clase capitalista. El interés objetivo de todas las clases capitalistas, sean regionales, nativas, nacionales, extranjeras o transnacionales, es la

acumulación privada de capital. En la medida en que un modelo garantice la continuidad de dicha acumulación existen siempre sectores de esta clase capitalista dispuestos a adaptarse. El camino concreto tomado por estos sectores capitalistas no es de ningún modo un camino inexorable y sin retorno, es decir, lo que nosotros sostenemos es que la observación del modo particular de acumulación concreto que se viene dando desde los últimos años del siglo pasado, en el marco de la globalización neoliberal es el que describimos: sectores claves de la *elite* capitalista que identifican sus intereses con los intereses globales antes que los nacionales.

¿Se puede pensar en un cambio de condiciones, que religue a estos sectores capitalistas sea capitaneado por una “burguesía nacional” conciente de su ligazón con su comunidad? Esta hipótesis parece alejarse cada vez más de la realidad. La propia lógica del capitalismo en su estado actual impulsa en sentido contrario. El sistema capitalista globalizante deja cada vez menos espacio para proyectos comandados por burguesías locales. De no mediar la intervención de una fuerza externa al sistema, no puede configurarse ningún cambio en este sentido. Por ahora la lógica política de la clase capitalista responde con su práctica siguiente argumento: “cualquier sector de las burguesías nacionales que se resista a su incorporación en la clase capitalista transnacional, van a quedar atrapado en una espiral de mercados en declive, bajo nivel tecnológico y falta de competitividad. Es fácil ridiculizar tal argumento llevándolo al límite de lo absurdo. Para evitar esto es necesario distinguir extranjero de transnacional y desarrollo autónomo de desarrollo nacional. No todas las prácticas de la clase capitalista transnacional son transnacionales” (Sklair, 2003). En la realidad actual todavía hay espacio para prácticas económicas, políticas e ideológico culturales genuinamente nacionales, —también en las clases acomodadas— aunque el sistema capitalista global pretenda marginar cada vez más esas prácticas. La vida de la mayoría de la población y también de los empresarios y capitalistas sigue hoy dependiendo en gran medida del desarrollo nacional, aunque ese mercado interno cada vez más se configure como una economía de dos velocidades.

Las empresas transnacionales son la brecha por la cual se va abriendo camino la globalización ejerciendo influencia mediante la manipulación de las contradicciones de clase a través de un empresariado complaciente y de una aristocracia de trabajo desnacionalizada, sectores de alto consumo beneficiarios del sistema excluyente. Hoy la oligarquía transnacional en la periferia actúa como el motor de la transición entre la vigencia del Estado Nación y el sistema globalizante. Y en cuanto más se compromete con las prácticas transnacionales en lo que alguna vez fuera la esfera de lo nacional, con mayor fidelidad satisface los intereses del sistema.

SOBRE CÓMO SE FUE IMPLANTANDO LA GLOBALIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN EN LOS PAÍSES DEPENDIENTES.

“El liberalismo también es una reglamentación de carácter estatal, introducido y mantenido por medio de leyes y de restricciones: es el producto de una voluntad consciente de sus propios fines y no la expresión espontánea, automática, del hecho económico”

Antonio Gramsci.

“Si los pobres de una Nación son castigados por el paro, las naciones pobres, por su parte fueron castigadas por la deuda”

Labarde y Maris.

“En la Argentina, una consecuencia de las múltiples represiones que ejercieron los Videla, Martínez de Hoz y otros, fue que cargaron el dado fuertemente contra buena parte de una sociedad paralizada por el terrorismo de Estado y por una brutal venganza de clase. A partir de entonces no hizo falta (y éste es mi argumento) jugadores particularmente buenos para que ganaran una y otra vez contra los intereses de los sectores populares y medios y, cada vez más, un acto típico —en estas situaciones— contra las fracciones capitalista más débiles, y tanto ganaron algunos que, en varias coyunturas de crisis, ellos pudieron volver a cargar los dados cada vez más a su favor”

Guillermo O'Donnell.

LA CRISIS DEL SISTEMA DE DOMINACIÓN ANTES DEL NEOLIBERALISMO.

Hemos propuesto una lectura del medio siglo posterior guerra interimperialista basada en una interrelación entre los sistemas políticos-sociales, que formaban el mundo de aquel entonces. En este mismo sentido y en relación a la organización interna de las sociedades correspondientes, Samir Amin destaca: “1. el gran consenso social capital-trabajo que caracteriza los centros antiguos (el *Welfare State*, las políticas keynesianas, etc.); 2. los modelos nacionalistas populistas modernizantes del Tercer Mundo; 3. el modelo soviético del socialismo (prefiero decir “del capitalismo sin capitalistas”). Por lo tanto, la mundialización característica de esta tercera fase de la historia moderna es negociada (por los Estados), delimitada y controlada por los consensos que esas negociaciones garantizan (...) En la post Segunda Guerra Mundial el discurso dominante se transforma radicalmente, se califica como social y nacional, actúa en una mundialización controlada. Utilizo social en el sentido que está construido específicamente en la base de consensos sociales históricos que integran (o que se proponen integrar –lo que logran en buena parte) a las clases obreras en el centro, a las clases populares en el este y en el sur. Social no es sinónimo de socialista, aunque se use el calificativo en este sentido varias veces para nombrar los proyectos societarios ya mencionados. Nacional, en el sentido que los compromisos son definidos en el marco de los Estados políticos y aplicados por políticas sistemáticas de los poderes públicos nacionales” (Amin, 1998).

Este mundo que algunos llaman de la “Guerra Fría”, se caracteriza por funcionar sobre la base de equilibrios sociales. Esto es, da un espacio al sector trabajo que no es propio de la lógica del capitalismo, sino al contrario; expresa un compromiso –forzado por la correlación de fuerzas– entre esta lógica y las lógicas populares y nacionales. El crecimiento de los salarios en paralelo al aumento de la productividad, el pleno empleo, la seguridad social, la industrialización promovida desde el Estado, la redistribución del ingreso –vía impuestos o vía aumento de salarios y participación en el reparto de la “torta”–, sin hablar de las grandes reformas agrarias o las colectivizaciones, que se produjeron en algunos países, no se relacionan con la lógica del máximo beneficio que ordena al capitalismo, sino que expresan conquistas de proyectos de sociedad de carácter popular¹. Esta interrelación entre modelos sociales y lógicas distintas que entran en conflicto, condiciona al capital a adaptarse a ciertas reivindicaciones de los trabajadores y de los Pueblos en general. Paradójicamente, fue eso lo que permitió que la economía capitalista tenga un crecimiento fuerte, sin precedentes históricos, en escala mundial.

El período presenta formas de disminución de los efectos polarizantes de la lógica unilateral de la expansión capitalista; disminución que revelaban los ritmos crecientes de industrialización de los países del este y del sur. “En América Latina, la industrialización fue favorecida por las políticas económicas arancelaria y

¹ “Hay un período entre el 45 y el 73 que va a ser clave a nivel internacional. Si bien en las distintas regiones de Asia, África y América Latina hubieron diversos movimientos de resistencia a los dominios coloniales o neocoloniales, a las oligarquías locales, lo nuevo de este período va a ser una etapa de ofensiva de los estos pueblos. Son los movimientos de liberación nacional, la independencia de África y Asia, con Gandhi, Mao Tse Tung, Ho Chi Minh, Su-karno, Lumumba, etcétera, que se unen en América Latina con distintos movimientos que, con diverso grado de radicalidad, cuestionan el poder o la hegemonía de los Estados Unidos” Alcira Argumedo, en Revista Vencer N° 16 año 2000.

cambiaría, que protegieron la expansión de las ramas productoras de bienes de consumo y algunos insumos intermedios. El Estado apoyó la acumulación en la industria a través de varios mecanismos: la transferencia de recursos captados de los sectores exportadores más rentables, la orientación del crédito, el desarrollo de infraestructura física y educativa, y también con la creación de empresas industriales en los sectores básicos. La urbanización y la industrialización permitieron incorporar a importantes grupos sociales al consumo masivo de bienes agrícolas y no agrícolas” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

La etapa en que proyectos nacionales y populares lograron el control del Estado condujeron a logros sociales y económicos notables en toda Latinoamérica. Sólo para tomar algunos ejemplos: se redujo a menos de la mitad la mortalidad infantil, la esperanza de vida al nacer pasó de 51 a 65 años, se aumentó considerablemente los niveles de alfabetización, se duplicó el producto por habitante. En la Argentina, en particular, se quintuplicó la matrícula universitaria, fue así como muchos hijos de obreros accedieron al título profesional.

Los proyectos nacionales en la mayoría de los países de nuestra región marcaron la cancha en la que se desarrolló aquella etapa la política. Desde ahí se situó gran parte de la producción no sólo en términos de práctica económica sino también de pensamiento². Desde el análisis económico y el político fundamentalmente se puso en cuestionamiento la lógica polarizante del propio capitalismo.

Incluso algunos aportes teóricos desde el marco estricto del capitalismo, fueron críticos de parte de la lógica propia del sistema de dominación, en este sentido fue la ya referida teoría de Prebisch y la CEPAL que marca la tendencia al deterioro de los términos de intercambio entre los bienes primarios y los industrializados. Es que, los intentos de recomponer o fortalecer los lazos de dependencia abortando las experiencias autónomas, muchas veces se vieron obligados a plantear también la necesidad del desarrollo industrial. Entre estas nuevas corrientes podemos ubicar a la teoría de la modernización o desarrollismo. Ésta, en América Latina adquirió particulares formas, proponiendo el desarrollo industrial como vía de adaptación de la economía a las nuevas exigencias de la época. El desarrollismo (que en Argentina va a ser expresado con mayor claridad por el gobierno de Arturo Frondizi en 1958–1962) se entronca con el modelo keynesiano y se aplica en el marco de una política del imperialismo norteamericano que se denominó “Alianza para el Progreso”.

No debemos olvidar que las políticas de corte keynesiano no tuvieron los mismos efectos en los Centros Imperiales que en los países periféricos. En nuestro continente hubo consecuencias secundarias como que los términos del intercambio interno desfavorecieron la tecnificación agrícola, y que el fomento de la industrialización para la sustitución de importaciones se vio desalentada por la tasa de cambio sobrevaluada. Pero la idea más objetable de la teoría de la modernización lo constituye el hecho de recurrir para la industrialización al financiamiento externo y la dependencia respecto de la tecnología del Norte. En otras palabras, el desarrollismo de fines del cincuenta y principios de los sesenta tenía sus pies de barro en la dependencia

² En las áreas más diversas se da, en estos tiempos, una rica producción intelectual en todo Latinoamérica antes de la imposición del neoliberalismo mediante dictaduras que sincrónicamente azotaron toda la región. Desde la teología (surgimiento de la teología de la liberación) hasta el análisis económico político mundial (teoría de la dependencia), también la filosofía de la liberación, pasando por muchas otras áreas, los procesos nacionales populares fueron generando su propia expresión intelectual, diversa y heterogénea pero no por ello menos importante y enriquecedora.

para la industrialización de la importación de bienes de capital e insumos, que a su vez era financiada, por lo menos parcialmente, por el crédito externo (Stewart, 1998). El crédito externo tomaba forma de inversión directa, con el mecanismo de apropiación del excedente interno en el largo plazo que la misma conllevaba, según fuera estudiado en la década infame por Raúl Scalabrini Ortiz. En este marco es que se multiplicaron en la región las empresas multinacionales como cabezas de playa de la estrategia de poder económico de los países centrales.

Fueron los teóricos de la dependencia, entre otros, quienes denunciaron que el control del Norte sobre las fuentes de riqueza y la tecnología llevaría inexorablemente al continuo subdesarrollo del Sur. De ese modo, la ruptura de estas cadenas de dependencia, se hacía sólo posible a través del control del Estado, afirmando a este como el único camino para el despegue económico. Por eso es que la lucha central tanto de los revolucionarios como de los reaccionarios, de los reformistas como de los retardatarios, se centró en todo este período en la disputa por el manejo del Estado.

Está claro que el desarrollo y el subdesarrollo fueron –y siguen siendo– dos caras de una misma moneda, es decir, de una complementariedad necesaria³. Y no son, como planteaba el desarrollismo, etapas a recorrer en un único e inexorable camino que se mira en el espejo de las potencias capitalistas “desarrolladas”.

El fracaso en la práctica concreta de los modelos desarrollistas en América Latina lleva a una radicalización de programas económicos y propuestas políticas que deben ser apreciados a partir del marco internacional (procesos de liberación del Tercer Mundo, avance del socialismo, etc.), pero también a la luz de las contradicciones propias, principalmente la crisis de gobernabilidad en la región, que en particular en nuestro país se proyecta en la imposibilidad del régimen instaurado en el 55 de integrar al sistema (domesticar) al movimiento peronista.

El cuestionamiento del poder imperial (a nivel mundial) y de las *élites* gobernantes aliadas a éste, llega a su máxima expresión, a su máxima profundidad, a fines de los '60, y se extiende hasta comienzos de los '70. Esto le hace decir a Alcira Argumedo que: “el año 73 marca un año de alta densidad histórica, similar a la que sería la de 1789 con la Revolución Francesa, porque por primera vez en la historia dos tercios de la humanidad, considerados por las potencias occidentales como seres menos humanos, sometidos a los dominios coloniales cuestionan el poder de las grandes potencias. (...) El cuestionamiento al poder se da en términos militares, con la derrota de Vietnam; en términos económicos, con la actualización de los precios de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), el embargo petrolero, que demuestra la endebles de los países centrales frente a la materia prima del mundo. A partir de la conferencia de Argelia de los países no alineados, se plantea la necesidad de establecer un nuevo orden económico que revierta el histórico flujo de recursos en el sentido Sur–Norte, la explotación histórica a lo largo de los siglos, y un nuevo orden mundial de la información y las comunicaciones que permita –a nivel horizontal– dar a todos y cada uno de los pueblos del mundo su propia versión de la historia, reconocer su propia voz, respetar sus identidades culturales, sus costumbres, sus religiones, etcétera; es una crítica muy fuerte a la cultura occidental como cultura universal, esta idea de “civilización o barbarie” que aparece bajo diversas formas” (Argumedo, 2000).

Toda esta etapa que se inicia después de la Segunda Guerra Interimperial termina con la erosión y el derrumbe de los tres modelos de sociedad, los dos prin-

³ “Desde las colonizaciones en la periferia la dualidad siempre constituyó allí el centro motor del proceso de reproducción del subdesarrollo, entendido este último no como atraso sino como integración subordinada a la economía mundial” (Beinstein, 2000).

cipales y el tercermundista que la fundaban (el deterioro del Estado de Bienestar en Occidente, la implosión de los sistemas soviéticos de “socialismo científico” y la redomesticación de las periferias tercermundistas), y la restauración de una correlación de fuerzas favorable para el capital.

Los modelos societarios que habían impuesto los compromisos a través del Estado se vieron cercados. La recomposición del campo del imperialismo, las contradicciones internas, los límites propios, sumados a otros factores hicieron que perdieran el aliento sin haber creado las condiciones que hubieran permitido a las fuerzas populares dar un paso definitivo más adelante. Entonces, las banderas que fundaban su legitimidad (el Estado de Bienestar y el progreso material permanente, la construcción del socialismo, la afirmación de las Naciones autónomas del Tercer Mundo); aparecieron ante los ojos del mundo como meras utopías. Estas son las condiciones en que se empieza a configurar una nueva ofensiva a gran escala del capital, que se reconstituye para imponer su hegemonía. Después del rechazo del proyecto del nuevo orden económico internacional que proponían los países del Tercer Mundo en 1975 (un proyecto de mundialización controlada, con respeto de las soberanías, que hubiera permitido salir de la crisis con el crecimiento general), el capital concentrado se plantea una nueva vuelta de tuerca en la dominación de los Pueblos. Aunque la caída de este equilibrio inestable no se produce de un día para otro. Como todo proceso que inicia en cuestionamientos y/o proyecciones de los sectores dominantes en este caso ya que se veían a sí mismos como los verdaderos damnificados del sentido que iba adquiriendo esta historia.

Gran parte de la política que se lleva a cabo para la reconversión del sistema de dominación es producto de la usina de pensamiento oligárquico que fue la *Trilateral Comission*⁴. Todos sus componentes eran personas que tomaban decisiones de importancia estratégica para el fortalecimiento del sistema. La Trilateral Comisión nace, en realidad, ante la preocupación del deterioro de la hegemonía del capital, es decir, es una respuesta al cuestionamiento de la asimetría que de modo creciente se daba en esa época en gran parte del mundo, poniendo en riesgo al núcleo del sistema de dominación mismo.

La Trilateral en sus documentos recomienda el disciplinamiento de las burocracias de los Estados Nacionales periféricos y comprende la necesidad de trazar una estrategia a tal fin. Piensa mecanismos de control y de aplicación y plantea, consecuentemente, la necesidad de un sistema de premios y castigos. Como se puede apreciar esta estrategia propuesta es notoriamente distinta de la intervención militar, vigente entonces, pero que ya se vislumbraba como deficiente, costosa y generadora de resistencias. Tengamos en cuenta que esta estrategia se diseña paralelamente y en contraposición a la Guerra de Vietnam.

Las instituciones internacionales del capitalismo surgidas del acuerdo de Bretton Woods van a ser, en definitiva, quienes cumplan con estas recomendaciones de la Trilateral, en tanto necesidad institucional de disciplinamiento, representando los intereses del poder del capital ante los Estados periféricos. A esto se debe sumarse su complemento necesario: una furiosa ofensiva ideológica que generó el terrible peso del *pensamiento único* y que anegó el pensamiento crítico, diluyendo las resistencias ideológicas, sobre todo su impacto en las burocracias nacionales.

⁴ El antecedente inmediato, como ya dijimos, fue la *Comission Bilderberg*, fundada en 1954 con los mismos objetivos. Aunque el economista Walter Graciano afirma que ambas comisiones no son más que meros apéndices del CFR (Council on Foreign Relations) (Graciano, 2005). Adrián Salbuchi en su libro “El cerebro del mundo” plantea que la Trilateral es el brazo multinacional del CFR, pues la gran mayoría de sus miembros norteamericanos pertenecen al mismo.

Pero todo este proceso de reflujo no puede reducirse a una mera maniobra conspirativa. Sin duda que la complejidad de la crisis del capitalismo que se inicia en los 70 crea las condiciones para estas y otras operaciones del Poder Imperial, es decir, los cambios sobre los que operaron diversos núcleos capitalistas tienen su sustento material y a la vez son generadores, de las modificaciones en las condiciones materiales que venimos estudiando. Y también una cuota parte le corresponde a los errores, límites y frustraciones generadas por los proyectos concretos encabezados por sectores populares.

“Hacia principios de los años setenta, se manifestaron crecientes tensiones económicas y sociales, tanto en los países desarrollados como en Latinoamérica. En los primeros, las ganancias de productividad se hicieron más lentas, requiriéndose montos crecientes de inversión para sostener una tasa determinada de crecimiento. Resultó más problemático combinar la mejora constante de los ingresos salariales con los requerimientos de la acumulación. Las nuevas necesidades de financiamiento presionaron a los mercados crediticios, lo cual tendió a aumentar la inflación. (...) También en América Latina la eficiencia de la inversión disminuía, en la medida en que se avanzaba en etapas más complejas de la industrialización y el tamaño de los mercados internos resultaba insuficiente. Al modelo de desarrollo le fue difícil conciliar los intentos de acelerar la incorporación de los excluidos, especialmente de las masas rurales, con la capacidad de acumulación y crecimiento económico. Las políticas públicas que habían apoyado la acumulación (arancelaria, cambiaria, de gasto público) resultaban insuficientes, y en ocasiones favorecían a los procesos inflacionarios y los desequilibrios de balanza de pagos” (A. E. Calcagno y A. F. Calcagno, 1995).

Alcira Argumedo agrega un dato político importante para comprender las formas que asume esta transición: “La retirada norteamericana en Vietnam se va a acompañar con una restauración conservadora que en América Latina se manifiesta con esta ola sincrónica de golpes militares en Uruguay, Bolivia, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, que complementan las dictaduras militares ya existentes en Brasil, Paraguay, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, etcétera, y que prácticamente dejan a todo el continente bajo dictaduras militares dispuestas a utilizar el terrorismo de Estado para liquidar cualquier forma de oposición o cuestionamiento a la hegemonía norteamericana e imponer nuevos modelos económicos que respondan a sus intereses. Yo creo que no es posible ver las transformaciones que se realizaron o se profundizaron en los años 80 y 90, sin tener en cuenta el proceso de desintegración y el trauma social que significó el terrorismo de Estado en la mayoría de nuestras sociedades” (Argumedo, 2000).

Las dictaduras del sur del continente⁵, que aplastaron sangrientamente toda posibilidad de una experiencia autónoma, fueron además –y no casualmente– las encargadas de adoptar las nuevas corrientes del pensamiento de la metrópoli, que había virado hacia fines de los setenta en términos económicos del pensamiento keynesiano al monetarista, con la excusa de que el máximo objetivo de la etapa era el de resolver la crisis provocada por las altas tasas de inflación y la baja tasa de crecimiento. Reagan y Thatcher encabezan en los Centros Imperiales la aplicación del neoliberalismo como modelo particular del desarrollo del capitalismo, así como en el cono Sur de América lo encabezan Pinochet y la dupla Videla–Martínez de Hoz. El objetivo central de esta política fue la restauración del poder económico a través de la instauración del mercado

⁵ Vinculadas entre sí por el nefasto Plan Condor, entre otras cosas, como –por ejemplo– el referido modelo económico.

como medio de organización de las conductas sociales. Fue imprescindible eliminar al Estado como agente económico, cuestionando la legitimidad de todas sus empresas, vaciándolas, eliminándolo paulatinamente en todo, descartarlo como “competidor”. Las medidas que se proponen tienen como objeto reducir el déficit, o bien eliminarlo, con una política monetaria restrictiva (basada en el concepto –transformado en un dogma absoluto– de no emisión “sin respaldo”) orientada fundamentalmente al control de la inflación y concomitantemente una práctica sistemática de vaciamiento y una prolija campaña de deslegitimación. “Achicar el Estado es agrandar la Nación” se leía en calcamónias en los Falcons de más de un funcionario público. Se va, de este modo, reformulando el reparto del poder.

LA DEUDA EXTERNA Y NUEVO SISTEMA DE DOMINACIÓN.

En este punto se hace imprescindible explicar ese impresionante mecanismo de saqueo y de aplicación de las nuevas condiciones de la hegemonía del capital que significa la deuda externa.

Previo al cambio de timón mundial se produce la crisis del petróleo con eje en la consolidación de la OPEP, que analizamos en tanto fenómeno de poder del Tercer Mundo, y que a nivel del llamado Primer Mundo repercutió en lo que se dio en llamar el *boom* de los petrodólares, que se tradujo en una liquidez excesiva en el sistema financiero del Centro Imperial⁶. Esta es la causa verdadera por la cual en los setenta se produjo un cambio clave en el modo de la inversión: el financiamiento externo mutó de inversión directa a deuda externa, es decir, adquirió en su corriente principal de forma de créditos bancarios. El ahorro de los países periféricos (que fueron alentados a endeudarse) ya no sólo se succiona desde adentro –mediante la inversión directa– (con los riesgos que por aquel entonces implicaba en el marco de un proceso emancipatorio antes descripto) sino que se realiza desde afuera mediante el pago de intereses de una deuda que se convierte cada vez más grande e imposible de pagar. Así la deuda externa de las naciones del Tercer Mundo se había multiplicado por ocho entre 1970 y 1980 (Beinstein, 2000). “Si los pobres de una Nación son castigados por el paro, las naciones pobres, por su parte fueron castigadas por la deuda” dicen, con razón, los franceses Labarde y Maris en su libro “Maravillas de la guerra económica” (1999)⁷. Aunque es preciso aclarar que si bien el volumen de endeudamiento externo periférico es sustancial y significativamente menor que el endeudamiento de los

⁶ “En realidad más de las tres cuartas partes de los excedentes obtenidos por la OPEP se reciclaron a los países capitalistas desarrollados. En general esta tendencia se mantuvo en 1981 y 1982. La OCDE estima que los países miembros de la OPEP invirtieron financieramente 13,3 miles de millones de dólares en los Estados Unidos en 1981 (...) La mayoría de los países con grandes excedentes financieros desviaron estos recursos hacia los mercados financieros internacionales y la economía de los países capitalistas más redesarrollados, en busca de altas tasas de ganancia en las esferas más rentables” Fidel Casto Ruz (1983).

⁷ “En junio de 1999 los gobiernos del G-7 anunciaron solemnemente su decisión de perdonar una pequeña porción de la deuda externa de algunos países pobres. Una simple reducción de las sobretasas de interés, llevándolas a los niveles del Primer Mundo, implicaría un alivio muy superior, pero eso significaría quebrar la lógica de explotación que está en la base del actual sistema internacional: sólo en 1998 el total de servicios abonados llegó a los 296 mil millones de dólares (más de cuatro veces el monto “perdonado”) y el pago de intereses alcanzó los 125 mil millones de dólares. Durante el período 1990–1998 el total de la deuda de la periferia pasó de 1,73 billones a 2,46 billones de dólares, es decir un aumento de casi un billón de dólares. Los pagos de los servicios de la misma sumaron 1,947 billones de dólares” (Beinstein, 2000).

países centrales (sobre todo el de EEUU al que nos referiremos posteriormente), su crecimiento e importancia relativa con respecto a la dimensión de las economías dependientes y subdesarrolladas lo convirtieron en un factor desestabilizador decisivo.

En este punto, vamos a aprovechar para agregar que las consecuencias de la crisis del petróleo de los setenta no se restringió a la generación de la deuda de los países periféricos sino que tuvo consecuencias en el desarrollo tecnológico. Se volvió una prioridad utilizar materiales sintéticos para reemplazar las materias primas estratégicas y buscar nuevas formas de producción. Las necesidades del desarrollo del capitalismo son las que generan la particularidad del desarrollo tecnológico en torno a la microelectrónica, posibilitando el aumento de la velocidad y la reducción del costo de la información. Dicho en otros términos, las nuevas formas de producción se fueron construyendo en base al requerimiento de mayor cantidad de información y menor contenido de materias primas, energía y mano de obra (García Delgado, 1999).

Así lo confirma también Alcira Argumedo: “Esta idea de drástica restauración va a ir acompañada, hacia fines de los años 70 y comienzos de los 80, con el despliegue de una revolución tecnológica: esto que estamos viendo de las computadoras, la evolución de las redes informáticas, robótica, y demás. Hay que tener en cuenta que las computadoras, los robots y los satélites ya existían, pero producir con estos instrumentales era muy caro, si se tenía en cuenta el precio inicial del petróleo e incluso el precio de los salarios. El tema es que entre 1973 y 1979 (con la Revolución Iraní), el precio del petróleo crece en un 1.500 por ciento y esto da fin al desarrollo capitalista basado en energía barata y va a favorecer el desarrollo de este nuevo instrumental tecnológico, básicamente a partir de 1980, que es cuando el famoso *chip*, el componente básico de las computadoras, de los robots y demás, se transforma en un componente universal, es decir, está en las computadoras, en los teléfonos, en los satélites, etc., y a su vez tiene un lenguaje digital –a través de una combinación de dígitos– que permite articular instrumentales de avanzada que antes funcionaban independientemente, es decir, conectar la computadora, con el teléfono, con el robot, etc., etc. Éste es un salto cualitativo en términos tecnológicos y al mismo tiempo es una herramienta fundamental para los Centros de poder. (...) Por ejemplo, las nuevas tecnologías requieren menos petróleo y están reemplazando al petróleo como energía; el cobre, en la telefonía, es reemplazado por la fibra óptica, con todo lo que se llaman los nuevos materiales. Da un nuevo instrumental en el campo militar, de alto nivel, que les permite afrontar la guerra de las galaxias, que va a ser uno de los factores desestructurantes del bloque soviético y, sobre todo, es un tipo de tecnología que permite instaurar un nuevo modelo productivo y de administración económica y social, son los famosos sistemas flexibles, basados en robots, computadoras, redes teleinformáticas, etc., una de cuyas características esenciales es que requiere un 75% menos de tiempo de trabajo humano para la producción” (Argumedo, 2000). Esta cuestión del sentido del desarrollo tecnológico, con diversas implicancias, que ya hemos tratado de abordar en los capítulos anteriores, no es de menor importancia al intentar analizar el proceso de recomposición del poder del capitalismo y el camino de implementación de la dependencia globalizante.

Volviendo al tema de la deuda externa, diremos que el fenómeno de endeudamiento arrancó en los años 70 donde se conjugaron –además de la liquidez en los países centrales– grandes déficits fiscales y balances de pagos negativos en los países periféricos. En el primer caso quedó manifiesta la incapacidad del Estado para financiar el sostenimiento de mercados internos que se deterioraban facilitando al mismo tiempo la realización de altos beneficios empresarios (sobre todo de los grandes grupos locales y multinacionales, que habían penetrado en los países dependientes). Esto ponía en crisis el Estado de Bienestar mismo (existente aunque restringido en muchos países latinoamericanos) a partir del cuestionamiento de la posibilidad de continuar realizando inversiones públicas, gastos sociales, etc. Estas condiciones, sumadas a una corrupción creciente, hicieron que se fuera aflojando

la presión impositiva hacia los más ricos, potenciando aun más la desigualdad. La salida inmediata la encontraron las clases dirigentes “re-compradorizadas” en acudir a los créditos fáciles ofrecidos desde el sistema bancario de los países centrales. En el segundo caso (balances de pago negativos) no sólo se patentizaba el referido deterioro de los términos del intercambio, sino que quedaba manifiesta la fragilidad de las estructuras productivas muy dependientes de insumos, equipos y tecnologías importadas y exportadoras de productos primarios o de bienes industriales de bajo nivel técnico (Beinstein, 2000).

Esta conjugación de debilidad periférica y sobreliquidez en los países centrales determinaron un flujo Norte Sur de divisas sobre todo a modo de créditos fáciles, casi podríamos decir –como dice una propaganda de una financiera–, a sola firma. Este flujo se dio sin interrupción desde el segundo lustro de los 70 hasta comienzos de los 80 cuando estalló la “crisis de la deuda”. A partir de allí el flujo se revirtió y se produjo una evasión de capitales hacia los países centrales sumergiendo a las regiones periféricas en una depresión económica general. Sobre este descalabro económico, un terreno bien preparado, se da la aplicación de las políticas neoliberales que liquidaron empresas públicas⁸ y privadas nacionales. Pero, la consecuencia fundamental fue la preponderancia y crecimiento del capital especulativo. O bien como lo expresa Samir Amin: “Las décadas de 1970, 1980, y 1990 se caracterizaron por una continua desaceleración de las tasas de crecimiento y una hipertrofia financiera creciente. Sobre estas cuestiones, el acuerdo es general, pues se trata de datos indiscutibles en sí mismos y no objetados. (...) Las tasas de crecimiento del PBI mundial, que antes de 1970 habían sido superiores al 5% cayeron al 4,5%, luego al 3,4% y después al 2,9% en cada uno de los tres últimos decenios del siglo” (Amin, 2003).

Seguramente la transferencia permanente de montos crecientes de recursos de la periferia a los países centrales fue uno de las razones de por qué se atemperó la caída de las tasas de ganancia globales desde principios de los ochenta (incluso llegando a un principio de recuperación). En otras palabras: primero vino el ciclo en que las grandes masas de petrodólares poseídos formalmente por las economías exportadoras de petróleo fueron reciclados a través de instituciones financieras de los países centrales y convertidos en préstamos a países periféricos. Estos capitales encontraban así lugares de colocación rentable que operaban como “mercados de reemplazo” de los países ricos sumergidos en la crisis. Segundo, cuando el ciclo anterior acabó, los países periféricos se convirtieron netamente en exportadores de capital, al principio como pago de deuda y después también mediante otros mecanismos más complejos como la remesa de utilidades de las transnacionales o bien como pago de *royalties*, etc.

Pese a que se suele creer lo contrario, la deuda externa –sobre todo en Latinoamérica–, no es contraída directamente con el Fondo Monetario Internacional, ni con el Banco Mundial, sino con la banca privada, capital financiero con exceso de liquidez por las causas ya mencionadas. Poco a poco se van armando los clubes (el Club de Roma es el más famoso) que negocian en nombre de los bancos acreedores, para finalmente dejar lugar a que la negociación principal sea encargada a los organismos de crédito internacional mencionados. Más abajo abordaremos cuál ha sido el rol específico de estos últimos en el proceso. Digamos, por ahora, que a los países endeudados (sólo a los periféricos) le fueron exigidos férreos ajustes económicos, y esta fue la base estructural a esas transferencias. La desregulación,

⁸ Los propagandistas del neoliberalismo sostenían a partir de este marco económico que la aplicación de las recetas extranjerizantes permitiría disponer de fondos líquidos producto de las privatizaciones y reducir la deuda externa, al desprenderse el Estado de empresas deficitarias. Así se producirían importantes reducciones en los déficits fiscales lo que haría bajar la necesidad de endeudamiento futuro. Nada de esto se verificó en la realidad, sino más bien al contrario.

apertura comercial y liberalización económica en general, que le fueron impuestos tienen a vez un efecto directo en el acceso a bajo precio a los productos primarios e insumos intermedios requeridos por los países centrales; además de la posibilidad de aprovechamiento de los bajos salarios y la permisividad ecológica para localizar en la periferia cierto tipo de producción, amen de garantizar espacios para la inversión especulativa.

Las consecuencias de estos procesos a nivel latinoamericano fueron similares, variando según los ritmos y procesos sociopolíticos específicos de los distintos países. Hacia fines de los 80 la estructuración de los aparatos estatales (incluidas las empresas públicas), la concentración del ingreso, la declinación de las clases populares urbanas y la reconversión parasitaria de la mayor parte de las clases dirigentes nacionales conformaron un todo coincidente con la euforia financiera a escala global. Al igual que en otras regiones periféricas, no se trató de una convergencia casual sino del resultado de una sucesión prolongada de interacciones entre un centro económico mundial que se financierizaba y unas periferias sumisas, o tibiamente rebeldes, con cierto grado de autonomía, cuyas estructuras defensivas fueron cediendo paulatinamente hasta quedar la mayor parte de ellas sometidas.

El ritmo de endeudamiento fue una progresión creciente en todo el subcontinente. Sin embargo, pasó un breve período entre fines de los 80 y comienzos de los 90 en el cual se desaceleró el crecimiento de la deuda⁹, luego de este período volvió a crecer a gran velocidad (en 1991 sumaba unos 490 mil millones de dólares y supera los 735 mil millones en 1998) impulsada por la combinación (siguiendo diversas variantes nacionales) de déficits fiscales, déficits del comercio exterior, repatriaciones de beneficios y evasiones de capitales hacia los países ricos (Beinstein, 2000)

Deuda externa de América Latina¹⁰

	1979	1990	1999
total deuda	u\$s 191.000	u\$s 480.000	u\$s 750.000

pagos: u\$s 350.000 (79–90) u\$s 815.000 (90–99)

total pagado u\$s 1.165.000
(en millones de dólares)

	deuda 1990	pagos 90–97	deuda 1997
Argentina	54.671	69.403	123.221
Brasil	111.085	130.159	191.084
México	104.430	201.448	149.669
Perú	16.330	13.612	30.136
Venezuela	33.170	34.821	35.264
Colombia	17.193	31.433	31.440

⁹ Lo que produjo una desaceleración en el crecimiento de la deuda fue la conjunción del mentado deterioro de los términos de intercambio, con una tasa de crecimiento negativa y una inflación galopante, que condujeron a un colapso denominado “crisis de la deuda externa”, que tuvo su primera explosión en México (1982). Esta crisis, lo que hace es poner a ésta en tela de juicio como principal forma de expoliación y marcar una alerta en la necesidad de reconvertir el proceso de dependencia.

¹⁰ Fuente documento de la CGT del año 2001.

Está claro que ese verdadero mecanismo de expoliación que fue la deuda externa continuó siendo fundamental en la entrada al siglo XXI. Calificarlo de expoliación no es un exceso de adjetivación. Las cifras superan aun a las buenas intenciones provenientes del progresismo europeo y norteamericano. Las Naciones del Sur han pagado por lo menos cuatro veces más de lo que reciben en ayuda del Norte. Según admite PNUD, en las últimas décadas, los intereses para los países pobres fueron cuatro veces más altos que para los países ricos. Con lo cual la bola de nieve se fue convirtiendo cada vez en más incobrable, no sólo en lo que respecta al capital sino también a los intereses del mismo. La asimetría en las relaciones mundiales se hace más que evidente. Sólo baste recordar que si se eliminaran las trabas arancelarias a las mercancías del Tercer Mundo, estos países ingresarían el doble de lo que reciben en ayuda y tendrían la posibilidad de cancelar sus deudas. Pero la cancelación de deudas jamás estuvo entre los objetivos del sistema, estos se reducen a someter por medio de las mismas a las pautas de adaptación a la globalización, entendida como nueva forma de dominación de los Pueblos.

La evolución del monto de la deuda externa argentina –entre 1990 y 1997– comparada con los pagos realizados en el mismo período bastan para denotar su carácter usurario. Argentina debía en 1990 la cantidad de 54.000 millones de dólares y pagó desde esa fecha hasta 1997 cerca de 70.000 millones de dólares. Sin embargo paradójicamente o por obra y gracia de la magia económica¹¹, la deuda alcanzó ese mismo año la cantidad de 123.000 millones de dólares. Esta progresión, con sus más y sus menos, se mantuvo hasta el final de la convertibilidad alcanzando una cifra que rondaba los 200.000 millones de dólares si agregamos la deuda privada y la pública provincial.

Este fenómeno se repite con ciertos matices a nivel de toda América Latina. Cuando comenzaba la década del 80 la región debía 191.00 millones de dólares. Durante los 20 años posteriores hasta el cambio de siglo, se pagaron un billón ciento sesenta y cinco mil millones. Sin embargo, al cabo de esos 20 años, el monto de la deuda había crecido a 750.000 millones. Esta enorme extracción del excedente de la región se ha traducido, como todos sabemos, en la profundización de la pobreza, la recolonización de los activos de América Latina y, sobre todo, en un instrumento de condicionamiento, y aun de determinación, de las políticas locales por los organismos financieros internacionales.

Pero no debemos creer que el incremento de la deuda se tradujo generalmente beneficios palpables, es decir, que se podría comprobar un aporte siquiera al desarrollo de los países periféricos. Por el contrario, mientras la deuda de los países dependientes se fue incrementando geométricamente, en casi la totalidad de los países nada cambió estructuralmente respecto de la infraestructura y la pobreza en ellos. Esto se explica pues muchas veces el incremento de la deuda fue acompañada de hechos de corrupción flagrantes como por ejemplo la nacionalización de la deuda privada en 1982 en nuestro país (llevada a cabo en la dictadura por funcionarios que volverán a los primeros planos durante el auge del neoliberalismo). Es claro que sobre los alcances, montos, intereses, verdadera llegada a nuestro país, de esta deuda, el Estado jamás tuvo control, aunque sí se hizo cargo de su pago¹². La referida estatización de la deuda privada fue

¹¹ En realidad también tuvo mucho que ver un sistema de convertibilidad –promovido y sostenido por los organismos internacionales de crédito–, que se financiaba en gran medida con préstamos externos.

¹² De la documentación de la causa “Olmos”, que más abajo se cita, surge claramente que no se fue teniendo ningún control fehaciente del incremento de dicha deuda, lo cual impli-

“un verdadero desfalco nacional. En la Argentina, especialmente, esa deuda, ni siquiera pasó por el país. Este va a ser uno de los primeros factores de la quiebra del Estado, porque pasar al Estado 22 mil millones de dólares de deuda privada, en un país cuyo producto bruto interno es de 70 mil millones de dólares, es decir, casi el 30% del PBI, en momentos en que las tasas de interés de esta deuda pasan del 4 al 20%, es una medida capaz de quebrar a cualquier Estado eficiente, al japonés, al alemán o a cualquiera” (Argumedo, 2000).

El carácter delictivo de la complicidad de funcionarios gubernamentales argentinos, particularmente en el período de la dictadura, donde se dio el salto cualitativo de la deuda fue probado en las actuaciones y referido en las conclusiones del histórico fallo pronunciado sobre la investigación judicial iniciada en 1982. Esta causa (“Olmos, Alejandro S/denuncia”) fue iniciada precisamente por un militante histórico de la resistencia peronista¹³. Alejandro Olmos, lamentablemente, murió pocos días antes del fallo del Juez Federal Dr. Ballesteros en que este reconoce el carácter fraudulento e ilegítimo de buena parte de la deuda externa argentina; como por ejemplo la inexistencia de registros contables de la deuda externa, el incumplimiento de la Carta Orgánica del Banco Central de la República Argentina, la modificación de instrumentos legales a fin de prorrogar, a favor de jueces extranjeros, la jurisdicción de los tribunales nacionales, etc. Lamentablemente el mencionado fallo no tuvo ningún tipo de consecuencias jurídicas ni políticas...

Como fenómeno digno de destacar en el devenir de la deuda externa, más allá de su origen espurio es el proceso de “empapelamiento” que se dio de la misma en los últimos años. Nos referimos al festival de bonos que se produjeron desde los noventa y que significaron, en gran medida, la generación de una deuda de enorme cuantía, que muchas veces fue contraída con sectores financieros internos de los propios países periféricos o que operan en estas plazas. Esto no cambió la naturaleza de la función expoliatoria de la deuda, en todo caso siguió constituyendo un mecanismo de apropiación del excedente por parte de sectores financieros concentrados de la economía. Así explica lo sucedido el sociólogo Theotonio Dos Santos: “El proceso de ajuste estructural en América Latina llevó al debilitamiento de sus Estados, que transfirieron sus recursos al sistema económico mundial al mismo tiempo que creaban un gigantesca deuda interna para cuyo pago continúan transfiriendo enormes recursos, con el pago por parte del Estado, de altísimas tasas de interés” (Dos Santos, 2003). Sobre esta deuda, representada en papeles en poder de sectores internos y externos es que Kirchner hizo una importante quita que va desde el 75% nominal a un inferior número real, pero que le permitió a la Argentina reducir considerablemente su deuda y el peso de esta respecto de su PBI.

Ya para la década de los noventa, a la exportación de capitales vía deuda se le sumó –en toda Latinoamérica–, una violenta evasión masiva de fondos de los particulares hacia los países ricos. Las transformaciones estratégicas en las economías centrales le permitieron a absorber porciones crecientes de excedentes financieros a través del crecimiento de la deuda pública y del empapelamiento privado (acciones y derivadas) gracias a la liberalización y también al alza de las tasas reales de interés. Esto se combinó y compensó con la acentuación de las deslocalizaciones productivas que huían de las economías con salarios e impuestos altos hacia las zonas subdesarrolladas donde una relativamente aceptable calificación laboral pagada a precios bajos se combinaba con la debilidad (o corrupción) fiscal (Beinstein, 2000). Por eso

ca por lo menos un incumplimiento de los deberes de los funcionarios de economía durante la dictadura y en los gobiernos posteriores.

¹³ En dicha época Alejandro Olmos fue director del periódico Palabra Argentina.

es que, para los noventa, los llamados países emergentes recibieron avalanchas de préstamos pero también y sobre todo de “inversiones directas”, que lejos de potenciar la economía, en términos de inversión productiva, se destinaron generalmente al proceso de desnacionalización de empresas públicas y privadas ya existentes.

La instalación de empresas transnacionales tuvieron una preminente orientación hacia constituirse con la lógica de enclaves exportadores. Paralelamente las empresas privatizadas que operaban con base en los mercados locales, sometían a estos a precios y tarifas desmesurados en relación con los costos laborales, todo esto para remitir ganancias en dólares a sus casas matrices. La masa de inversiones directas de las transnacionales provocó saltos cualitativos que en plazos cortos causaron importantes transformaciones estructurales. Se instaló de ese modo a lo largo de los 90 una lógica de hiperbeneficios rápidos (financieros, productivos, comerciales, etc.). Una lógica de hiperbeneficios que ni siquiera el capitalismo serio puede soportar, que no puede sino conducir a una profunda crisis.

Los flujos centro–periferia (compensados por exportaciones de manufacturas, pagos de deuda e intereses y remisión de beneficios empresarios en sentido inverso) se combinaron, tal como decíamos, con evasiones de fondos hacia los países centrales desde varias economías periféricas. Así ocurrió en Latinoamérica especialmente después de la crisis mexicana de fines de 1994. Sobre todo a partir de 1997, una tras otra, las regiones emergentes sufrieron los efectos catastróficos de bombas aspiradoras de capitales manipulados por inversores industriales y financieros, locales o extranjeros que embolsaban beneficios y liquidaciones de activos colocándolos en los países ricos o en los paraísos fiscales. El capital financiero, “cortoplacista” para decirlo en términos liberales, había tomado ya su ganancia dejando a la vista sus consecuencias. La seducción de ese capital con medidas neoliberales dejaba al desnudo las verdaderas intenciones del capital especulativo. La copa del derrame, justificación de las medidas neoliberales que favorecían la concentración y extranjerización de la economía, si algo derramó, no fue más que pobreza e injusticia.

Como decíamos, el comienzo de las nuevas pautas de dominio con un rol central en los Grupos Económicos Transnacionales hay que ubicarlo en la crisis mexicana de 1982. Es a partir de esta crisis de la deuda que el Imperio reestructura sus mecanismos de dominación económica¹⁴. En este marco debemos entender la reformulación del Estado como instrumento económico, modificando su rol en los países dependientes (también en cierta medida esto afecta al Centro, pero las causas y los mecanismos de su institucionalización son otros).

ORGANISMOS INTERNACIONALES CONDUCIDOS POR EL GRAN CAPITAL Y SU ROL EN LA IMPLEMENTACIÓN DE LA DEPENDENCIA.

Está claro que a partir de la referida crisis, los organismos de crédito se convierten definitivamente de instrumentos de generación del consenso del capital en implementadores directos del mismo, a través de las mentadas “domestica-

¹⁴ “En América Latina la “crisis de la deuda” desatada en México a comienzos de los 80 constituyó un factor decisivo del proceso de recolonización, las economías de la región sobrecargadas de deudas y con gobiernos proclives a claudicar ante las presiones de los acreedores fueron sometidas a estrategias de privatizaciones y apertura a las importaciones e inversiones externas que las convirtió en objetos pasivos de la especulación” (Beinstein, 2000).

ción” o “compradorización”¹⁵ de las burocracias estatales periféricas, y su ingerencia se hace fundamental en las economías nacionales dependientes. Así, la forma en que se va aplicando el proceso de globalización al interior de los Estados periféricos tiene íntima relación con los condicionamientos que, en función de los pagos de la deuda externa, van aplicando los organismos internacionales, particularmente el FMI y el Banco Mundial. En este punto se hace necesario rebobinar en la historia y hacer una breve y resumida reseña de los mismos.

Cuando ya estaba prácticamente decidida la segunda guerra interimperial, se fijan las reglas del capital a través de una serie de acuerdos que se inician en el año 44 en la ciudad de Bretton Woods.

En la conferencia de Bretton Woods (New Hampshire, Estados Unidos) se crean el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) con el objeto de acordar un sistema monetario y financiero mundial. El FMI tenía como función ofrecer préstamos a corto plazo a países con problemas en la balanza de pagos, lo que les posibilitaría atender al pago de las importaciones y lograr un equilibrio entre éstas y las exportaciones así como también hacer frente al pago de deuda. El objetivo era evitar que los países aplicaran medidas comerciales restrictivas en el intento de preservar un equilibrio entre importación y exportaciones, función que se encaminaba a establecer un proceso de comercialización abierto, pero sobre todo alejar el fantasma de las terribles consecuencias de las crisis cíclicas que fue sufriendo el capitalismo a lo largo de su historia. El BIRF es el punto de arranque de lo que hoy se conoce como Banco Mundial, aunque este, en rigor de verdad, está constituido por un conjunto de instituciones. Tiene cuatro agencias: Asociación Internacional de Fomento, Corporación Financiera Internacional, Centro Internacional para la Resolución de disputas sobre inversiones y la Agencia de garantía de inversiones multilateral. Con posterioridad, en 1992 asume la administración del Fondo Mundial para el Medio Ambiente. Las tres primeras son organismos de préstamo, aunque la AIF ofrece condiciones mucho más favorables que las otras dos instituciones, que se manejan en términos de mercado (Corbalán, 2002).

El FMI y el Banco Mundial se complementan con otras que completan el sistema, cuando poco después se crea el GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio, que después de la Ronda Uruguay se convierte en la Organización Mundial de Comercio) para ir imponiendo el “consenso” de los poderosos en un proceso de liberalización comercial a nivel mundial.

La creación de este sistema de instituciones económicas en la posguerra se da en la época del auge del keynesianismo por eso retoma algunas de las prescripciones keynesianas, en el debate sobre la naturaleza, objetivos e instrumentos del sistema Bretton Woods/GATT, pero en la realidad las propuestas del inglés Keynes son derrotadas en la práctica por el representante norteamericano White, quien verdaderamente marca la impronta de estos organismos internacionales en términos del liberalismo más clásico¹⁶. El plan Keynes proponía un sistema internacional que permitiera reconciliar el pleno empleo y el equilibrio externo mediante la instrumentación de restricciones comerciales y movimientos en el tipo de cambio, todo

¹⁵ Ver referencia al alcance de este concepto en el capítulo anterior.

¹⁶ “La creación del BIRF mostró la puja entre dos proyectos: el Plan White (del Departamento del Tesoro estadounidense) y el Plan Keynes de Gran Bretaña. La clara predominancia de Estados Unidos lograda con el triunfo del primero genera una propuesta a través de la cual esa institución sería “un fondo de monedas internacionales, que funcionaría como un banco mundial, prestando a los países que en él participan” (Corbalán, 2002).

ello apoyado por un sistema de financiamiento extensivo para subsanar los desequilibrios en las balanzas de pagos. White, en cambio, proponía un sistema libre de restricciones comerciales y de tipos de cambio fijos (Flores Olea, 1999).

Veamos ahora como se fueron desarrollando estas instituciones creadas en la posguerra. El GATT fue acordado en 1947 y se convirtió en la herramienta principal para promover el comercio internacional libre de barreras (favoreciendo a los países con mayor grado de desarrollo). Sobre la base del principio de Nación más favorecida, que implica la extensión de cualquier concesión arancelaria al resto de los socios comerciales, se organizaron sucesivas rondas de negociación multilaterales¹⁷ con objeto de disminuir las tarifas arancelarias, de eliminar las restricciones al comercio internacional (principalmente a las importaciones de los países periféricos). Y también se planteó, por lo menos en teoría, suprimir las prácticas “desleales” (como los subsidios a las exportaciones) e incluso también entraron en la discusión aunque sin progresos a la vista los subsidios a determinadas actividades primarias en los países centrales. En definitiva el GATT puede ostentar durante el transcurso de su existencia una particular constancia y algunos éxitos en la estimulación de la globalización de los mercados de productos manufacturados industriales beneficiando a los principales países capitalistas. Mucho más limitados fueron sus logros (por no decir nulos) en la liberalización del comercio de productos no manufacturados, es decir, en ninguna de las rondas se avanzó concretamente sobre los subsidios y las restricciones impuestas por los países ricos respecto de las materias primas que exportan los países pobres. Finalmente “en abril de 1994, 125 gobiernos firmaron un tratado de comercio global en Marruecos para fundar la Organización Mundial de Comercio, la OMC (WTO en inglés), para reemplazar al GATT en 1995. La OMC tiene el propósito de liberalizar el comercio de los servicios y de proteger los derechos de la propiedad intelectual. Pero existe una situación, un hecho concreto y gravitante en términos económicos ante la cual la OMC se paraliza, mostrando su carácter de instrumento imperialista y es el tema de los subsidios a la producción agrícola que tienen los países del primer mundo. El liberalismo y la desregulación son un dogma, siempre y cuando no se afecten intereses concretos de los estados poderosos” (Sklair, 2003).

En general “la expansión del comercio internacional durante la posguerra ha sido un proceso marcado por fuertes asimetrías. En primer lugar, se fundamentó sobre la base de una fuerte y progresiva concentración de los flujos comerciales entre los mismos países desarrollados y entre éstos y los de menor desarrollo, a costa del comercio intraperiférico. En segundo lugar, se ha sustentado en la creciente participación dentro del comercio global de las transacciones intrafirma, que se han extendido en correspondencia con el creciente peso de las grandes corporaciones transnacionales dentro del comercio global” (Flores Olea, 1999). Es este marco en el que se produjo un fenómeno que estudió y denominó la CEPAL como un fuerte y permanente deterioro en los términos del intercambio de la periferia con las principales potencias capitalistas. Un claro ejemplo de cómo el GATT favoreció los intereses de los países centrales fue la Ronda Uruguay, en la cual mediante una estricta protección a la propiedad intelectual, se logró garantizar el monopolio de los países más desarrollados sobre las nuevas tecnologías, lo mismo que los servicios impulsados en los campos de la informática, la información, la prensa y la televisión, incluso llegando a proponer medidas

¹⁷ Durante su existencia el GATT celebró ocho rondas multilaterales de negociación: Ginebra (1947), Annecy (1949), Torquay (1950/1951), Ginebra (1955/1956), la ronda Dillon en Ginebra (1961/1962), la ronda Kennedy (1963/1967), la ronda Tokio (1973/1980) y la ronda Uruguay (1986/1994).

para proteger las inversiones de los GET en contra de las propias leyes nacionales. Consideramos que la cuestión de la propiedad intelectual es uno de los más fuertes mecanismos de transferencias de recursos del sur al norte¹⁸. Se trata de apropiarse comercialmente de una innovación para asegurar sacarle el jugo aun después de pagado sobradamente los costos de investigación y producción. Como lo explica con claridad la autora argentina Corbalán, “una patente lleva implícito el reconocimiento de la propiedad de una nueva idea, garantizando con el registro la legitimación de su autoría y propiedad, por lo cual este proceso tiene connotaciones diferentes y puede ser interpretado también de modos diversos. Desde el punto de vista económico, el registro garantiza las ganancias y los lucros que de ella devienen en el proceso de producción. Desde el punto de vista de las relaciones entre países, se incrementan las interdependencias en relación con la creación y satisfacción de necesidades de los productos que resultan de estas nuevas ideas” (Corbalán, 2002). La propiedad intelectual, puede llegar incluso a ser mucho peor. Por ejemplo, si una empresa transnacional registra las semillas con que ancestralmente cultiva un campesino tercermundista, esto significa no sólo que puede hacer negocios en cualquier parte del mundo con ella, sino también y paradójicamente que aquel hombre humilde debiera pagarle regalías al GET en cuestión por plantar una semilla tal cual lo vienen haciendo sus antepasados desde hace siglos. Alguien podría objetar que un tribunal podría fallar a favor de que el campesino nada deba a la transnacional. Pero cabe preguntar ¿Quién pagaría los costosísimos honorarios del abogado que defienda los derechos del campesino ante los jueces internacionales? ¿Fallarían a favor del campesino los jueces *ad hoc* propuestos por la OMC o a favor del comercio internacional representado por el GET?

En definitiva, la desregulación encarada por el GATT/OMC lo consagra como uno de los principales agentes de la globalización al avanzar sobre todo en la eliminación efectiva de las normas de protección nacional de los participantes más débiles en la lucha competitiva, cuyo resultado es una creciente concentración del poder económico. La OMC tiene como objetivo reconocido, según las propias palabras de Renato Ruggero, el primero de sus Directores Generales, la “constitución de una economía global única”¹⁹. Dicho organismo promueve la desregulación del comercio, no ingerencia de los Estados Nacionales y la libre operación de los monopolios, en materia de comunicaciones, de circulación de capital, de la banca y los seguros, y del mercado de la informática, de productos culturales, etc. Hoy es claro que el horizonte de la OMC es, más que hacia un esquema de libre comercio –tal como cacarea en sus objetivos–, hacia un sistema de comercio administrado por los Grupos Económicos Transnacionales en confluencia con los Estados imperialistas que juegan para proteger sus intereses. “La OMC estuvo concebida precisamente con el propósito de reforzar las ventajas comparativas del capital transnacional y darle legitimidad. Los derechos de propiedad industrial e intelectual fueron formulados de modo tal que eternizaran los monopolios de las empresas transnacionales, garantizaran sus superganancias y crearan obstáculos prácticamente insalvables a todo intento de industrialización autónoma de las periferias. La OMC no es una organización encargada de reglamentar el comercio mundial (es decir, el comercio que se realiza traspasando las fronteras de los Estados), como parecería sugerirlo su nombre. Sus funciones van mucho más allá. La OMC propone unificar las reglas relativas a la gestión de los mercados

¹⁸ “No es casual que, con el desarrollo del capitalismo monopolista transnacional, el tema de la propiedad intelectual, los derechos de autor, las patentes, las licencias, el secreto y el espionaje industrial se hayan convertido en uno de los más controvertidos en las relaciones internacionales, y en fuente de agudas presiones y sanciones por parte de los gobiernos de los países imperialistas sobre otros países” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

¹⁹ Citado por Labarde y Maris (1999), en “Maravillas de la guerra económica”.

internos y al mercado mundial, suprimir toda distinción entre ellas, en nombre de un concepto extremo de libre intercambio como no había habido nunca antes en la historia. El resultado sólo pudo ser una reorganización de los sistemas productivos para mayor ventaja de los más fuertes, es decir, del capital transnacional. La OMC se propone pues organizar la producción a escala mundial (y no solamente el comercio mundial), y organizarla, no en función de las exigencias del desarrollo (es decir, de alcanzar la meta, al menos parcialmente, para los más pobres), sino en función de la maximización de las ganancias de las empresas transnacionales, que, por supuesto, exige un endurecimiento de la asimetría de las estructuras productivas y su desigualdad” (Amin, 2003).

La OMC y otros instrumentos transnacionales no sólo caminan por la cornisa del cuestionamiento del principio de la soberanía de los Pueblos e ignoran las exigencias de la institucionalización de una coexistencia armoniosa entre ese principio y los derechos democráticos, políticos y sociales de las personas y las comunidades nacionales, sino que además le dan prioridad a la elaboración de un derecho internacional de los negocios (*international business law*) al que supuestamente deberían someterse todos los derechos nacionales en todas las esferas. Los proyectos ideados por misteriosos “grupos de estudios” pertenecientes a la OMC y a la OCDE (como el proyecto del Acuerdo Multilateral sobre las Inversiones –AMI–) fueron y son concebidos siguiendo ese espíritu. Más allá de su fracaso transitorio, este tipo de reglamentaciones supranacionales que responden a intereses transnacionales seguro que van a volver a la carga.

En resumen, el proceso de reconversión hacia las nuevas formas de dominación, se desarrolla vehiculizado por la lógica del capital. En lo económico se sustenta en el doble proceso de globalización de los mercados –que tiende a generar una división internacional del trabajo acorde con los intereses de los GET–, a la vez que se contrapone a la satisfacción plena de las necesidades de las sociedades periféricas y de segmentación de los países en esferas regionales de influencia –lo que genera disgregación en todo el mundo. Así se viene cumpliendo lo que en la década del setenta preanunciaba proféticamente uno de los mentores de la Trilateral, Breznezinski: “La paradoja de nuestro tiempo es que la humanidad está cada vez más unificada y la mismo tiempo más fragmentada” (Breznezinski, 1970).

No es de extrañar que el rubro en el que la desregulación ha avanzado de manera más sostenida y sólida es el de los flujos financieros y los mercados de capitales. En las últimas dos décadas, los Estados han removido la mayor parte de los obstáculos hacia los movimientos internacionales de capital. La desregulación financiera ha propiciado la multiplicación de los instrumentos financieros, muchos explícitamente especulativos, tal cual lo hemos estudiado en el capítulo III. Según datos del FMI, se celebran diariamente transacciones financieras por alrededor de 1.3 mil millones de dólares, sin una contraparte de intercambios reales de bienes y servicios; la mayoría es pura especulación financiera, ya que sólo una mínima fracción de estas transacciones se orienta a financiar proyectos de inversión productiva creadores de empleos (Flores Olea, 1999). Los efectos perniciosos del capital especulativo son diversos; al desviar permanentemente fuera de las esferas productivas montos crecientes de recursos, y consiguientemente, contribuir al proceso de exclusión de las clases populares.

La gran volatilidad del capital especulativo, pensado desde las políticas neoliberales han subordinado la economía en los países dependientes a objetivos de “estabilización monetaria y financiera”, pues estos son, como lo han demostrado las sucesivas crisis estalladas en ellos, los más vulnerables a las corridas financieras. Pero las políticas neoliberales demuestran su inutilidad precisamente al producirse dichas crisis aun cuando se cumplían con todas las recetas; es decir,

no obstante mantener incentivos como tasas altas de interés o la exención absoluta de impuestos a las transacciones y a las ganancias bursátiles.

A pesar de la supuesta libertad absoluta de los flujos financieros y los movimientos internacionales de capital, así como del carácter aparentemente aleatorio de sus caóticos resultados, hay un orden cierto e invariable que determina la transferencia sistemática de capitales de las zonas periféricas –y por ende menos desarrolladas– a los países centrales con mayor despliegue tecnológico. Este sistema internacional de extracción y transferencia de excedentes, que es la causa subyacente de los extremos de miseria y riqueza, existentes entre las naciones, se fundamenta en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo asalariada (como por ejemplo los millones de niños que hoy siguen trabajando²⁰) de las regiones periféricas, en la exclusión social y nacional en favor de los centros capitalistas. “La generación de este excedente cada vez mayor, que no se convierte en inversión interna y sí se destina al pago de intereses y otros tributos coloniales, obligó a un aumento de la distribución negativa de la renta. Para generarlo fue necesaria una rebaja brutal de los niveles salariales y de la participación de los salarios en las rentas nacionales” (Dos Santos, 2003).

Es preciso detenernos ahora en el rol protagónico que tuvieron el FMI y el BM en la implementación del nuevo sistema de dominación, pues estos fueron actores de primer orden entre los organismos internacionales. Debemos entender cómo fue dándose la evolución de estos organismos de crédito para que devinieran de prestamistas a auditores y generadores del consenso disciplinario. Disciplinamiento que si bien es siempre coercitivo, en este caso se da una violencia de naturaleza simbólica, configurada por la amenaza del descalabro económico que implicaría caer en cesación de pagos²¹. Significativamente, el país ingresó al Fondo Monetario Internacional en 1956, durante el ejercicio del poder de la dictadura fusiladora autodenominada “Revolución Libertadora”. En 1958, Argentina recibió el primer préstamo *stand by* por 80 millones de dólares bajo el gobierno de Arturo Frondizi, una democracia restringida por la proscripción de las mayorías populares.

El papel específico del FMI, fue el de auditor y verdadero conductor de las economías periféricas endeudadas. No sólo impuso condiciones de “ajuste” para posibilitar –o por lo menos así lo establecía– el pago de la deuda (o más bien de los intereses que esta iba devengando) y equilibrar las cuentas fiscales, sino que además se iba metiendo directamente en las pautas de la política económica en detrimento de la autonomía de la decisión en materia interna de los Estados Nacionales. De esta manera, los agentes del FMI se fueron convirtiendo en reales sujetos de las decisiones de los ministerios de economía bajo la amenaza cuestionar la confiabilidad del país y sus consecuencias: el retiro de capitales y sobre todo el aumento de las tasas que marcaban el interés de la deuda.

La fundamental y determinante importancia de los acuerdos principalmente con el

²⁰ Cada tanto aparece en los países centrales una denuncia sobre como las plantas periféricas de tal o cual marca de primera línea como por ejemplo Nike. Estos ejemplos trascienden con gran escándalo porque ofenden la conciencia pequeñoburguesa de las sociedades opulentas, las empresas involucradas gastan cuantiosas sumas en lavar su imagen y después el sistema sigue como siempre sustentándose sobre la exclusión, el hambre y la pobreza de la mayoría del los niños de mundo, trabajen o no siendo explotados por los Grupos Económicos Transnacionales.

²¹ Lo ocurrido al incurrir en cesación de pagos por ejemplo tanto en Argentina como en Ecuador demuestra irrefutablemente que sólo se trataba de una infundada amenaza, pues ambos países latinoamericanos no sufrieron la debacle económica que los agoreros del imperio les pregonaban. En ambos casos el *default* o cesación de pagos fue consecuencia y no causa de las crisis económicas respectivas generadas por la aplicación estrictas de las recetas neoliberales.

FMI es preciso aclararla. Si bien sólo una parte menor de la deuda de los países como el nuestro era la contraída con el Fondo, los acuerdos con este eran los primeros que se entablaron y servían de marco para el resto de los acuerdos. Es decir, el primer acuerdo que se realizaba con el FMI, establecía las pautas, tanto en lo que hace a tasas, como en cuanto a exigir determinadas reformas estructurales que según el pensamiento neoliberal eran necesarias para el “correcto” desenvolvimiento de nuestra economía. Sin acuerdo con el Fondo, no había acuerdo con el resto de los acreedores externos y se cernía sobre el país la sombra del *default*. La propia experiencia del *default* argentino en el 2001 y posteriormente la cancelación de la deuda con el FMI para evitar cualquier tipo de injerencia económica y política demostraron que, como diría Mao Tse Tung, el FMI era un tigre de papel y nuestra economía no desapareció del planeta por no cumplir a rajatabla los dictados de las usinas de pensamiento neoliberal.

Las recetas del FMI, sus puntuales recomendaciones de “ajustes estructurales” hechos siempre desde la más ortodoxa perspectiva neoliberal, impactaban directa y enérgicamente sobre los Estados Nacionales periféricos, sobre todo los latinoamericanos, y les iban imponiendo condicionamientos a sus endeble economías. Pero también es cierto que, por vía de la asunción del dogma neoliberal, los diferentes gobiernos de la región —elegidos en la mayor parte de los casos por vía democrática— fueron poniendo en una posición de sumisión total a los propios Estados Nacionales, interiorizando y naturalizando (casi sin excepción) las exigencias de la globalización del capital. Es decir, los gobiernos no únicamente se fueron sometiendo a ellas sin más remedio, sino recibéndolas con entusiasmo, convencidos que eran las únicas medidas económicas posibles, en una ceguera política y económica suicida. En realidad, en los últimos años del siglo hemos asistido al triste espectáculo de gobiernos convertidos en una suerte de patea de transmisión de las exigencias de las nuevas formas de la dominación. Esta subordinación creciente de los gobiernos de turno a las exigencias de la economía globalizante ha originado importantes cambios en la estructura del poder y en la organización de los Estados, cambios que llevarán años de ser revertidos.

Debemos recordar que tanto del FMI como el BM —por su lógica de composición— están vinculados a las decisiones políticas de los Estados de la triada imperialista, aunque debemos apreciar que en el marco de las contradicciones internas que se dan en el seno del imperio, generalmente estos organismos se manejaron en la órbita de la hegemonía del capital financiero. De todas maneras, la naturaleza del vínculo de control de los norteamericanos sobre el FMI surge de su propio estatuto interno: el voto ponderado, según las cuotas (aportes a la integración del Fondo) de sus integrantes, le otorgó poder de veto no sólo a los yanquis sino al Grupo de los Siete²². Con un porcentaje alto de aportes al Fondo, muy por encima del que hacen los otros “socios” del FMI, o sea, los países periféricos, la decisión queda siempre en manos de los países centrales. La parcialidad del FMI tiene su principal raíz en el carácter asimétrico que define al sistema económico mundial que emergió en la posguerra, pero se potencia en la globalización al asumir este el interés principal del capital financiero transnacional.

Si en esta película de la dominación, el rol del Fondo Monetario Internacional era del policía “duro”, en cambio, el guión del Banco Mundial le indicaba ser el policía “bueno”, es decir, aquel que aparentemente era el que venía a ayudar. Pero, como pasa en las películas, entre el policía bueno y el policía malo, que siempre actúan coordinadamente, le sacan a la víctima de sus golpes y sus aprietos todo lo que quieren.

Mientras los gobiernos negociaban con el FMI las medidas económicas a aplicar,

²² Referencia a los siete países más industrializados: EE.UU., Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá

el BM hizo particular hincapié en la reformulación (destrucción y eliminación como agente económico) del Estado. Ese proceso se da a través de créditos selectivos para pensar las áreas del Estado a reformular y luego otra serie de préstamos para efectuar concretamente esa adaptación a lo pensado. Y al mismo tiempo, un complejo proceso de condicionamiento de gran parte de la intelectualidad (incluida la progresista) a través de su contratación para realizar esos estudios. De este modo, el BM fue imponiendo su lógica y sus categorías para pensar la realidad a gran parte de la intelectualidad académica fuera y también dentro de las Universidades. Para entender esto es necesaria una digresión sobre el funcionamiento del Banco Mundial.

El Banco Mundial no tiene una estructura fija de tipo burocrática, prácticamente esta es insignificante y se sitúa en Washington recién a partir de 1991 desarrolla la primera experiencia de descentralización estableciendo representaciones en otros países: en los países del este europeo a partir de 1991 (Polonia) y en América Latina (Argentina) desde 1997. Aun hoy sigue funcionando en los países periféricos prácticamente en su totalidad con agentes que son consultores contratados.

Para que nos demos una idea en 1984 en el primer programa de asistencia técnica PRSL, un programa para la reforma del Estado, se hicieron unos 3000 contratos solamente en Argentina. Esta cantidad puede darnos una pauta de la cantidad de intelectuales cooptados por el Banco. Los programas se retroalimentan y los consultores bancan los programas para lograr mantener su *status* de vida, se va formando una tecnocracia, incluso muchos con un barniz progresista dado su origen, que está condicionada por los parámetros que para hacer su trabajo le impone el BM. La infinidad de consultores del BM puestos a la investigación, funcionaron como referíamos a modo consultivo, es decir, como un estado mayor (en términos militares) respecto del Estado Nacional, siempre aportando el criterio del sistema de dominación, para acompañar y orientar las decisiones de los gobernantes.

La estructuración del Banco a través de la instrumentalización de agentes/consultores no obedece a un azar ni a la falta de recursos, por el contrario se debe al conocimiento profundo de la estructura que el Banco está destinado a ir minando: el Estado. Este funciona en base a una articulación inmensa de una serie de microcosmos burocráticos. En estos lugares es donde los agentes del banco se mueven —parafraseando a Mao— como pez en el agua. Trabajan sobre las necesidades presupuestarias de los organismos (recordemos que avanzan mediante préstamos que otorga el BM en aquellas áreas particulares en las que les interesa reprogramar el Estado). Al mismo tiempo que establece el contacto, impregna al agente estatal de una terminología particular, sin la cual ningún proyecto es aprobado y además de una ideología en la está implícito sobre todo un concepto de Estado. Los intereses dominantes —como siempre sucede— van siendo presentados como universales, modernizantes y progresistas, toda oposición a ellos es planteada como un retroceso. De esta forma se completa la transnacionalización ideológica de los agentes estatales. En este contexto es donde se refuerza la idea de que los agentes del Estado tienen que ser “expertos” o “especialistas” en sustitución de los “políticos”, mucho mejor si esta experiencia la adquirió trabajando como consultor del propio BM²³. De este modo se completa el círculo. Esto tampoco es fruto de la causalidad, sino una causalidad pensada y desarrollada sistemáticamente: “Gran parte de los documentos trilateralistas

²³ “En los inicios de los préstamos de ajuste estructural, los técnicos locales son minoritarios, mas con el tiempo comienza a advertirse la configuración de una malla de relaciones entre los funcionarios nacionales que van adquiriendo un determinado perfil de técnicos y especialistas” (Corbalán, 2002).

sostenían que ese representante experto, con un perfil más técnico, estaría en mejores condiciones de adentrarse en las discusiones y negociaciones. La nueva misión otorgada al Banco Mundial a partir de los 80 como órgano –junto con otros organismos financieros– de intermediación en el cobro de la deuda propició la ampliación de sus funciones, intensificó la asistencia técnica y el asesoramiento, y con ellos las atribuciones de sus funcionarios” (Corbalán, 2002).

La tecnocracia ideológicamente transnacionalizada, presentada como portadora de determinadas competencias y específicos saberes²⁴, se va convirtiendo en la designada en áreas estratégicas (y no tanto) de los Estados. Todo esto a medida en que los países dependientes van ingresando en los distintos programas, tanto de refinanciación de deuda como en los préstamos que graciosamente otorga el BM para cuestiones específicas. “El disciplinamiento ejercido por el Banco Mundial está fuertemente asociado con el financiamiento y el otorgamiento de créditos. Una vez acordado un proyecto, resultado de los procesos previos de identificación de necesidades, son formulados los acuerdos que se convierten en las obligaciones legales expresadas en forma de documentos de crédito. La redacción y la negociación de los documentos legales, que formalizan los acuerdos concretados entre el beneficiario y el banco (...). La tarea de supervisión condiciona los desembolsos financieros y es justamente en esta tarea donde el banco ejerce procesos manifiestamente coactivos, en la medida en que puede detener los desembolsos subsecuentes frente a un posible no cumplimiento de ciertas condicionalidades, lo que altera el ejercicio del crédito asumido y acarrea costos adicionales (denominados comisión de compromiso) por la no utilización a término de los créditos pactados” (Corbalán, 2002).

El primer préstamo otorgado por el Banco Mundial a nuestro país fue en 1961. Recordemos que se entró en las instituciones de Bretton Woods después del golpe contrarrevolucionario de 1955, pues el General Perón se opuso sistemáticamente a que nuestro país se asociara a las mismas. En los primeros veinte años de adhesión al BM los financiamientos fueron escasos y esporádicos. “Desde 1983, coincidiendo con el retorno de un gobierno democrático, el nuevo gobierno se replantea su relación con los organismos internacionales de financiamiento, más allá de que en términos financieros las operaciones se redujeron a algunos pocos créditos. Las acciones quedaron enmarcadas en los pasos iniciales de los procesos de ajuste estructural. Desde 1989, en el primer gobierno de Carlos Saúl Menem, se incrementan los créditos y programas de esta naturaleza” (Corbalán, 2002). En un informe de 1994 se sostenía que “desde 1961 el Banco mundial prestó a la Argentina 8.741 millones, de esos préstamos 3.600 fueron concedidos desde 1989”. Esta catarata de préstamos se fue incrementando durante todo el gobierno menemista y continuó durante los tiempos de De la Rúa a ritmo sostenido, pues fueron los años de reforma estructural del Estado para adaptarlo a las condiciones de la dominación globalizante, es decir, instrumentalizarlo en función de los nuevos intereses dominantes.

El Banco Mundial tiene la particularidad histórica de siempre estar estrechamente ligado a la vanguardia de los procesos de dominación, secundando las políticas imperialistas. Por ejemplo, en la etapa desarrollista en varios países del Tercer Mundo, fue la punta de lanza de la penetración de las corporaciones multinacionales, por ejemplo, al impulsar la inserción de las transnacionales en la industria minera, sirviendo de garante sobre eventuales riesgos de nacionali-

²⁴ “Los epígonos del credo fundamentalista son considerados los depositarios de la seriedad científica y este atributo es un requisito para el éxito profesional, sean cual fueren los resultados” (Ferrer, 1998).

zación (Flores Olea, 1999). James Baker, secretario del Tesoro estadounidense en los comienzos del neoliberalismo durante el gobierno de Reagan afirmaba: “el Banco Mundial resulta un aliado estratégico para Estados Unidos, con la ventaja adicional de que los dólares allí depositados rinden muchísimo más que los gastados en la ayuda bilateral” (Corbalán, 2002).

En un libro cuyo título es significativo, “Globalización de la pobreza, el impacto de las reformas del FMI y el BM”, Michel Chossudovsky examina con detalle los procesos de ajuste que han sido impuestos a los países de la periferia por el FMI, el BM y la OMC, especialmente como condiciones de la renegociación de la enorme deuda acumulada durante décadas, y cuyos resultados son claros: un empobrecimiento generalizado, en un incremento dramático de la marginación económica y social, en el desempleo masivo y en la pérdida de viabilidad económica de los países pobres. Chossudovsky destaca el papel de los principales organismos financieros internacionales, que representan los intereses del complejo financiero–corporativo–tecnológico, y que son responsables de las privatizaciones y la transferencia a los particulares de una serie de tradicionales funciones del Estado; además, desregulación de la actividad económica y apertura indiscriminada de los mercados y fronteras tanto a productos como a capitales con posibilidad de transferencias electrónicas instantáneas de capital sin limitación alguna, y con medidas preferenciales en favor de los inversionistas foráneos, discriminatorias para los capitales nativos. Las medidas anteriormente mencionadas, son sólo algunas de las propiciadas por estos organismos, cultores ideológicos de un verdadero “colonialismo de mercado”, que eufemísticamente llaman “ajustes estructurales”, que han afectado los niveles de vida de 80% de la población mundial (Chossudovsky, 1999). En síntesis y como dice el politólogo argentino Atilio Borón (1999) el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional desempeñan en la economía mundial, y especialmente en los capitalismos periféricos, una función “eminentemente disciplinadora”. A la vez puntualiza que esta función sobre todo se ejerció en los países de América Latina, no tanto así en Asia y África. Esto se debe a que los primeros fueron mucho más afectados por la recesión y el endeudamiento, quedando más indefensos y expuestos a los lineamientos de estos organismos.

EL CONSENSO DE WASHINGTON O LA EXPRESIÓN DE LA OMNÍMODA VOLUNTAD DEL CAPITAL.

Como se pregunta la autora argentina Corbalán en su interesantísimo libro sobre la incidencia del Banco Mundial en los países dependientes: “La capacidad que Bourdieu (1996) le reconoce al Estado de ser una “estructura estructurante”, ¿podría, por homologación, ser válida para los organismos financieros internacionales?” (Corbalán, 2002). La respuesta sin lugar a dudas es positiva en el marco del modelo neoliberal. “En la reorganización mundial del sistema imperialista que tuvo lugar bajo la égida ideológica del neoliberalismo los Estados fueron radicalmente debilitados y las economías periféricas sometidas cada vez más abiertamente, y casi sin la mediación estatal, a los flujos de las grandes empresas transnacionales y las políticas de los países desarrollados, principalmente los Estados Unidos. Este proceso no tuvo nada de natural y fue el resultado de iniciativas adoptadas en el centro del imperio: el gobierno de los Estados Unidos, en el papel rector acompañado por sus fieles perros guardianes (el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc.) y respaldado por la militante complicidad de los gobiernos del G7. Fue esta coalición la que forzó (en muchos casos mediante brutales pre-

siones de diverso tipo) a las endeudadas naciones del conjunto del Tercer Mundo a aplicar las políticas conocidas como el Consenso de Washington y a reconvertir sus economías en consonancia con los intereses de la coalición dominante y, muy especialmente, el *primus inter pares*, los Estados Unidos” (Boron, 2002).

En efecto, es, probablemente, el llamado Consenso de Washington²⁵ quien define mejor programáticamente estos condicionamientos, esta propuesta económica del sistema de dominación que se implementaba a través del FMI y el BM. Este “Consenso” consistió en políticas económicas de corte neoliberal cuyo eje fue la asignación de recursos de modo exclusivo por el mercado, atribuyendo un protagonismo clave al sector privado (fundamentalmente al transnacional aunque no se lo mencione) en la organización no sólo de la economía sino también de la sociedad en su conjunto. Su concepción de capitalismo “total” (Bustelo y Minujin, 1998) que se puede dar sólo en un mundo globalizado, supone que el proceso de acumulación en las economías se da por medio de la exportación de bienes y servicios de alta incorporación tecnológica y valor agregado. Con estos supuestos, lo único que queda para los países periféricos es integrarse a la “economía mundial” abriendo sus mercados, desechando el esquema de sustitución de importaciones y garantizando mediante ajustes sucesivos el equilibrio macroeconómico y la estimulación del incentivo de ganancias de las grandes empresas. A estos GET (nombrados por circunloquios tales como iniciativa privada o empresas competitivas), a los que se les asigna superpoderes; son los que tienen como función la reconversión productiva de la economía mediante la innovación y la incorporación de nuevas tecnologías de producción (que se supone le exigirá el propio mercado) aumentando así la productividad y la competitividad de las exportaciones. Uno de estos estímulos para el libre desenvolvimiento de los Grupos Económicos es el desmantelamiento de las conquistas sociales de los trabajadores, es decir, la destrucción de la legislación de las relaciones laborales de producción del trabajador y su reemplazo por un esquema de “flexibilización”. La finalidad supuesta de la mentada flexibilización es aumentar la productividad por medio de una reducción del costo laboral ya sea en cantidad de trabajadores requeridos y/o en el monto de los salarios pagados, todo esto con la justificación de la “eficiencia” necesaria para competir en los mercados externos. Todo esto se complementa con la referida teoría del derrame. Ésta, simplificada, consiste en la ingenua o malintencionada creencia de que es preciso llenar lo suficiente la copa de los ricos para que ésta termine derramándose sobre los sectores populares. Este es supuestamente el modo en que el modelo neoliberal plantea solucionar los problemas sociales que el propio modelo genera.

El Consenso de Washington²⁶ según Williamson se compone de diez elementos determinantes, que funcionan a modo de los 10 mandamientos o reglas sagradas de los mercados emergentes de Latinoamérica:

I) Disciplina fiscal: La reducción del déficit fiscal a partir de la reducción de gastos de los Estados, de modo tal que no sea necesario recurrir a la inflación para financiarlos. Esto en términos de medición se expresaba en un superávit primario (sin contar el pago de la deuda) y un déficit operativo no mayor del 2% del Producto Bruto Interno.

²⁵ El Consenso de Washington consiste en los trabajos presentados y el debate realizado con motivo de la conferencia organizada por el *Institute for International Economics*, precisamente en Washington, en noviembre de 1989.

²⁶ “El Consenso de Washington –elaborado por el economista John Williamson en 1989– recogía la opinión de los principales funcionarios gubernamentales, de los dirigentes de los organismos multilaterales de crédito, del mundo financiero privado y de los académicos del área económica, acerca de las principales recomendaciones a los países de América Latina para superar los efectos adversos de la denominada década perdida” (Chojo Ortiz, 2000)

II) Gasto público orientado a áreas de gran rentabilidad económica y el “potencial de mejorar la distribución del ingreso”. Esto significa desmantelamiento del sistema de subsidio con criterio social y político.

III) Reforma fiscal: ampliación de la base tributaria, recorte de las tarifas marginales del impuesto a la renta, paso de los impuestos directos a impuestos indirectos, etc.

IV) Apertura financiera: Una tasa de interés unificada para todos los propósitos (positiva en términos reales), y un objetivo último lograr tener las tasas determinadas por las fluctuaciones del mercado.

V) Tasas de cambio: El primer paso consistía en unificarlas todas y el segundo en situarlas en un nivel competitivo. Todo ello significó una devaluación real de las monedas latinoamericanas.

VI) Apertura comercial: las restricciones a la importación se debían reemplazar con aranceles, que se irían reduciendo progresivamente hasta llegar a un arancel uniforme cercano al 10%.

VII) Inversión extranjera directa: libre juego a la transnacionales, ningún tipo de restricción para empresas extranjeras. Esto viene de la mano con el corte total de los créditos internacionales para financiar emprendimientos productivos desde el Estado.

VIII) Privatización total: Desguace lizo y llano de todas las empresas del Estado y de toda área sea suitaria o estratégica que esté en condiciones de ser absorbida por el sector privado, en función de ser rentable económicamente.

IX) Desregulación: Consiste en la eliminación de las restricciones a la competencia. Es decir, la instauración del reino absoluto del libre mercado.

X) Derecho a la propiedad: los países debían, mediante una legislación acorde, asegurar el derecho irrestricto al uso y abuso de la propiedad privada.

Resumiendo podríamos acordar con los Calcagno (1995) cuando resumen a este “consenso” en estos términos: “1.– Promover políticas ortodoxas de estabilización orientadas por los mecanismos del mercado. De tal modo se implantan: una disciplina fiscal que elimine los déficits públicos, un cambio de prioridades con respecto a los gastos públicos, eliminando subsidios y aumentando los gastos en salud y educación, una reforma del sistema tributario, tasas de interés positivas en términos reales y determinadas por el mercado, y tipos de cambio real que aseguren la competitividad externa. 2.– Reducir el tamaño del Estado y su grado de intervención en la economía. A este efecto las empresas públicas deben ser privatizadas y las actividades económicas desreguladas, el derecho a la propiedad debe tornarse más seguro, las inversiones extranjeras directas no deben sufrir restricciones y el comercio exterior debe ser liberalizado”.

Sin embargo, hay algunas cuestiones que es preciso agregar al respecto. Los diez mandamientos del Consenso de Washington no sólo establecían la eliminación del Estado como agente económico (y con esto consecuentemente reducían su peso político) sino que, también, reducían hasta la insignificancia cualquier tipo de producción para el mercado interno, es decir, para los consumidores nacionales y regionales. Ninguno de los puntos del Consenso se plantea –muy lejos está de sus preocupaciones– la solución a problemas centrales de la región. Por ejemplo: el de la inequidad que hace de América Latina el lugar del mundo de mayor diferencia en la renta entre el segmento de la población de los que ganan más, respecto del de las personas de menor ingreso.

Una de las consecuencias directas del referido Consenso fue la desindustrialización. A pesar de lo que se predique desde el púlpito neoliberal, la desregularización

de las inversiones productivas directas, una apertura comercial indiscriminada, tiene indefectiblemente un efecto fuertemente desindustrializador²⁷. Bajo condiciones de una creciente división internacional del trabajo –ya sea global o regional– comandada por los Grupos Económicos Transnacionales, cada vez son más escasas las posibilidades de que los países dependientes puedan establecer sistemas industriales integrados que promuevan extensivamente el empleo nacional y el desarrollo del mercado interno. En los países periféricos, las inversiones productivas –tanto de origen interno como extranjero–, se orientan cada vez más a cubrir los limitados segmentos productivos que se integran a los nuevos esquemas de división mundializada del trabajo, o bien los dedicados a producciones restringidas o prohibidas por distintas razones, como por ejemplo ecológicas, en los países desarrollados (Flores Olea, 1999).

Si bien el “Consenso de Washington” es de primer orden en el análisis de la implementación de las nuevas formas de dominación en América Latina, existen en otras partes del Tercer Mundo esos “consensos” con efectos análogos, generados desde las mismas usinas de pensamiento oligárquico imperial.

No fue América Latina el único lugar en donde se aplicaron las recetas recesivas del FMI y el BM. A modo de ejemplo podemos citar lo ocurrido en Mozambique, después de una *cuasi* guerra civil apoyada desde Sudáfrica. Allí se estableció lo que se denominó Programa de Rehabilitación Económica. Esto fue a principios de la década de 1980 con el apoyo, la promoción y las recetas de estos organismos financieros internacionales. El resultado de estas medidas fue el mismo que en el resto del mundo: entre 1981 y 1986 la producción de Mozambique cayó un 30% y el consumo *per capita* un 45%. Este Programa fue un típico ejercicio de reestructuración del Estado propiciado por el Banco Mundial, con recortes del gasto público y reducción de subsidios de precios y aumento de la inversión a expensas del consumo (Sklair, 2003)²⁸.

Los programas económicos neoliberales aplicados en Europa del Este implicaron el descalabro de la economía colectivizada, incluyendo la privatización y venta de bancos del Estado, de empresas de servicios públicos, del sector energético, de tierras colectivizadas, de empresas productivas (incluidas las del complejo militar-industrial) y de las comerciales. La entrada de estos países bajo el sistema de Bretton Woods, fue simultáneo al incremento vertiginoso de la deuda externa, todo siempre acompañado del argumento de que el producto de estas ventas estaba destinado al servicio de la deuda contraída con los acreedores occidentales, entre ellos los grandes bancos comerciales, que financiaron y financian su conversión al capitalismo (Chossudovsky, 1999). El desguace del Estado todopoderoso del modelo soviético no sólo trajo aparejada la transnacionalización de las economías de los países de Europa del Este, sino que también ha facilitado la transferencia de una parte significativa de la propiedad del antiguo Estado al “crimen organizado”²⁹. Las mafias rusas,

²⁷ Esta cuestión de la desindustrialización a la cual sólo hacemos una somera referencia es, sin dudas, una cuestión clave en el proceso de reconfiguración estructural de las sociedades dependientes y particularmente una de las cuestiones más difíciles de redefinir y volver a articular en un proceso de liberación.

²⁸ “Para Mozambique, así como para el resto de África, las palabras de Logan y Mengisteab (1993) suenan verdaderas: “La simple verdad es que una reforma económica que excluye las actividades de un buen 70 a 80% de la población africana no puede esperarse que sea exitosa o sostenible” (Sklair, 2003).

²⁹ “Desde comienzos de los años noventa, los países del antiguo bloque soviético han estado sometidos a un tratamiento económico de caballo por sus acreedores exteriores, con consecuencias devastadoras. La pobreza y la desorganización de la producción favorecen el desarrollo de la economía criminal. En Ucrania, por ejemplo, el FMI patrocinó en octubre de 1994 reformas macroeconómicas que contribuyeron a precipitar una crisis profunda a la agricultura alimen-

por ejemplo, llegaron a controlar no sólo el circuito de capital negro sino también los principales negocios “legales”, constituyéndose en parte importante de la nueva clase de capitalistas rusos y no es sorprendente que hayan sido fervientes partidarios del neoliberalismo, así como un sostén político a las reformas económicas de Yeltsin, probablemente el presidente más corrupto, mafioso y con menos escrúpulos de la historia de la humanidad. Por eso coincidimos plenamente con el economista argentino Jorge Beinstein cuando define: “Lo que fue presentado como la incorporación de países subdesarrollados y ex-socialistas al sistema global de mercado, a las ventajas del Primer Mundo, no fue sino la implantación de un sistema de succión de capitales que desestructuró a esas economías” (Beinstein, 2000).

El proceso de conversión al capitalismo de los países del “socialismo real” fue protagonizado –como decíamos en el capítulo V– por los Grupos Económicos Transnacionales. Estos se fueron apropiando vertiginosamente de las economías socialistas, ya sea mediante las privatizaciones o bien con asociaciones con incipientes capitalistas internos, que no pocas veces provenían de la Nomenklatura. Pero el impacto más fuerte de las transnacionales en los países del Este, no fue esta apropiación de las riquezas, sino precisamente adecuar a una sociedad acostumbrada a la austeridad a las pautas de consumo y a la cultura consumista de las sociedades capitalistas. En esto también jugaron un rol preponderante los GET. En su proceso de instalación trajeron consigo gerentes y técnicos que no sólo aportaron su conocimiento (“*know how*”) y su “*management*” para el funcionamiento de las empresas sino también valores culturales y tendencias ideológicas. Se trataba de parte de la llamada clase capitalista transnacional u oligarquía mundial y su papel fue, sobre todo mediante el ejemplo, organizar y transmitir la ideología consumista en los sectores de mayores recursos económicos entre los países de la ex órbita soviética. Hoy ya a nadie le sorprende que los nuevos ricos rusos gasten fortunas en lujosos automóviles, en despampanantes casas en el extranjero, en educación privada en Rusia o en Europa occidental para sus hijos. Estos y muchos otros de las oligarquías emergentes en los países que eran comunistas, se adaptaron con una facilidad sorprendente a ser agentes del proceso de globalización, lo cual les rindió personalmente suculentos beneficios. En la actualidad, no sorprende a nadie verlos compartir los exóticos destinos turísticos o disfrutar de los adelantos tecnológicos más costosos...

Como veníamos diciendo en América Latina, el condicionamiento de la financiación de la deuda externa fundamentalmente por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial fueron la palanca principal para la instrumentalización y aplicación casi religiosa de los diez mandamientos del Consenso de Washington. Sin embargo, en todo el Tercer Mundo, se requirió para su viabilización a los sacerdotes del culto al Dios Mercado, es decir, a la nueva oleada de tecnócratas formados en los países centrales³⁰, que conforme a su condición de Metrópoli, repitió la historia de sus predecesores de la época colonial que formaban mediante becas y otras facilidades a los jóvenes de las oligarquías de los países dependientes en Oxford, Cambridge y París. El pensamiento económico que rigió los destinos de los países periféricos fue, salvo honrosas –y escasas– excepciones, copia fiel de las usinas del pensamiento capitalismo a nivel mundial: Chicago

taria. Y el Observatorio Geopolítico de las Drogas confirma que, con la caída de la producción de trigo, el cultivo del opio se desarrolla rápidamente” (Chossudovsky, 1999).

³⁰ “En efecto, la visión céntrica, impartida especialmente en algunas universidades de los Estados Unidos, está formando los cuadros de economistas más influyentes en esos países periféricos. Se está así en presencia de un extraordinario proceso de racionalización de la subordinación y la dependencia” (Ferrer, 1998).

(donde estudió por ejemplo Martínez de Hoz), Harvard (donde estudió por ejemplo Cavallo), etc. se convirtieron en “Mecas” de los tecnócratas, que bajo su disfraz aséptico volvieron de su peregrinación a efectos de aplicar la sagrada voluntad del Imperio a las díscolas y desquiciadas economías de la región (Stewart, 1998). Nuevamente referimos el hecho de que la formación en el núcleo del Imperio de los instrumentalizadores de estas nuevas condiciones de dependencia no es una casualidad sino consecuencia de una política deliberada. “En el discurso trilateralista el término disciplinarización (o disciplinamiento) es utilizado en más de una circunstancia. Los documentos hacen referencia a una “disciplinarización de la burocracia” de los Estados Nación, especialmente la de los países subdesarrollados, la cual debía ir acompañada de una voluntad política para concretar junto a un diseño para instrumentarla, la implementación de mecanismos para controlar tal política y ejecutarla y ejercer represalias sobre aquellos países que no se ajustaran a los procesos de concertación” (Corbalán, 2002).

CRISIS DEL NEOLIBERALISMO Y EL DETERIORO DE LOS AGENTES DE IMPLEMENTACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN.

Desde los primeros años del nuevo siglo todo este sistema comienza a ser fuertemente cuestionado. Y este cuestionamiento viene desde dos perspectivas distintas. La primera, funcional al avance de la globalización, hace una crítica que tiene que ver con que estos organismos ya han cumplido todo lo que podían aportar para la instrumentalización de sistema de dominación globalizante. Cuestiona estos agentes desde la perspectiva que su lógica aun está impregnada por la estructura estatal (sobre todo de los países centrales). En este sentido, cabe consignar que, en efecto, estas instituciones no están estructuradas conforme a los parámetros de la mundialización total, sino que en ellos todavía pueden apreciarse resabios del poder de los Estados Nación. Por ejemplo, como ya hemos dicho, el sistema de poder interno del FMI se determina por la formación de los aportes de capital que se configura por los socios de la institución —que son hoy casi todos los países del mundo—. Está claro que el mayor aporte, que hacen los yanquis y los europeos, permite que tengan el control de la decisión (por eso es que siempre designan presidente y vice del Fondo). El propio desarrollo del capital transnacional a partir de su lógica de expansión y una vez utilizado su carácter de destructor de las economías periféricas con “aspiraciones de autonomía” ya le parece costoso e innecesario el mantenimiento de este sistema institucional. Esta modificación del sistema es incipiente, pero es una pauta del nuevo proyecto de dominación que se vienen planteando, promoviendo e implementando desde las usinas ideológicas, políticas y económicas de los GET.

También crítica, aunque desde una perspectiva diametralmente opuesta, es la mirada que cuestiona estas instituciones, sobre todo los organismos de crédito internacional, a partir de los intereses de aquellos países que defienden su autonomía. Consideramos que esta perspectiva es la que adopta el presidente Néstor Kirchner cuando canceló la deuda con el FMI para evitar la continuidad de su ingerencia en las políticas económicas argentinas o cuando cuestionó fuertemente la eficacia de las políticas del Fondo en los foros internacionales como por ejemplo en el 2006 en Nueva York, en la Asamblea de la ONU.

Pero vamos a hacer hincapié en la primera perspectiva crítica (la del propio

sistema) porque aparece, al menos a simple vista, como una contradicción que desde el impulso globalizante se fustigue a los organismos que facilitaron la implementación del sistema de dominación. Lo que realmente ocurre es que, con los resultados de la reformulación sistémica de las economías periféricas y su adecuación a las relaciones y necesidades del capital se fueron abriendo perspectivas de complementar el mecanismo de la deuda con la “inversión directa”, tal como cíclicamente viene realizando el capitalismo en los países dominados. Se trata de una vuelta de tuerca más en el sistema de dominación, mediante la cual se prepara para dar un paso cualitativo, dejando atrás incluso la preponderancia que tenían los Estados Nacionales de carácter imperial, en el marco de las instituciones internacionales de crédito. Después del descalabro sembrado por el FMI y el BM fue el momento de reaparecer en escena del viejo argumento de la necesidad de la atracción de capitales para el desarrollo. La política soberana de los Estados periféricos se fue viendo cada vez más restringida, condicionada, a la adopción de políticas favorables al libre despliegue del capital. Esto funcionó y muchas veces funciona, además, por un lado como acicate de la competencia entre Estados dependientes —en tanto mercados emergentes— y al mismo tiempo como método de aplicación de la voluntad del capital. En este sentido se explican las políticas de los gobiernos como tasas de interés por encima de las internacionales, libertad amplia de remesas al exterior, exenciones de impuestos, subsidios, reducción del costo laboral o bien flexibilización y precarización de trabajo, etc. Las democracias condicionadas que propone el capitalismo globalizado se ven limitadas asimismo por la inmensa capacidad de concentración de la riqueza de los GET y el capital especulativo que determina la aplicación del sistema de exclusión, bajo amenaza constante de la fuga inmediata de inversiones. Fundamentada en el “pensamiento único” esta situación se traduce en su aspecto práctico en la impotencia de los Estados frente a la libertad creciente de la acción que tienen los Grupos Económicos Transnacionales que operan a nivel mundial. ¡Bienvenidos a la Globalización!

No hace falta remarcar que una de las características sobresalientes del sistema de dominación globalizado que se pretende imponer es que, a partir de la concentración económica, no sólo operan como control los organismos de crédito internacional como el FMI y el BM, sino que el poder de los GET distorsiona las economías nacionales condicionando de modo determinante la capacidad de decisión de los Estados. El volumen del capital de los GET y su inserción en la economía mundial y en las economías nacionales hacen que estos conglomerados, inficionados por el capital financiero, incidan en forma decisiva en las políticas interiores o exteriores de los Estados. El pequeño y mediano capital, el que aun se desarrolla en el ámbito nacional y no en el global, carece prácticamente de este nivel de influencia y ascendiente político (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

Concibiendo el desarrollo y el subdesarrollo como dos caras de una misma moneda, es preciso ver las nuevas características de la relación dialéctica entre centro y periferia que fue moldeando el proceso globalizador. Mientras el FMI obligaba a la periferia en los ochenta a comprimir los déficits presupuestarios y frenar el endeudamiento externo, en los países centrales aumentaban los gastos, los déficits y las deudas estatales. El déficit generado en las deficiencias de crecimiento desde los setenta fue colmado “por una expansión de la deuda pública, como lo atestigua la relación del volumen de dicha deuda con el PBI del G7 pasaron del 0,8% en la década 1960–1969 al 6% en el periodo 1980–1989” (Amin, 2003). La deuda pública de los países del G7 alcanzó 2,7 billones de dólares en 1980, y unos 14,5 en 1998, equivalente a poco menos de la mitad del Producto Bruto Mundial ese año y entre

5 y 6 veces la deuda externa periférica. Hacia comienzos de los noventa el enorme peso de la deuda de los Estados ricos comenzó a ser visualizado por sus *élites* dirigentes como un freno al crecimiento y un generador de déficit fiscal. El ciclo de endeudamiento entró entonces en una fase de crecimiento lento en Europa Occidental y EEUU, matizado con tentativas de ajuste de las cuentas públicas. En el caso estadounidense, la prosperidad de los noventa permitió avanzar hacia la reducción del déficit (superávit en 1997 y 1998), pero en Europa el intento se vio frenado por el espectro del estancamiento. Japón, sumergido en una profunda y duradera crisis, aceleró por el contrario su endeudamiento para evitar una recesión mayor. Los ciclos de endeudamiento periféricos han sido asimétricos con relación a los de los países centrales cumpliendo así una función compensatoria para los flujos de fondos en búsqueda de rentabilidad. Durante los setenta, excedentes financieros no ubicables en las economías desarrolladas estancadas se volcaron hacia la periferia, desbordando su capacidad de absorción y generando una profunda crisis que coincidió con la expansión de la deuda pública en los países centrales. Pero cuando en los 90 estos comenzaron a aplicar medidas de contención del endeudamiento, las economías “emergentes” recibieron una avalancha de fondos. A partir de 1997, se produjo una situación que empezó reiterando el vaivén conocido (reflujo de capitales desde la periferia hacia el centro) pero que rápidamente se encontró en los países ricos con Estados muy endeudados empeñados en políticas fiscales restrictivas y con mercados bursátiles demasiado inflados (Beinstein, 2000). Las consecuencias de esta verdadera saturación financiera, hay que encontrarla en las crisis de las economías periféricas llamadas “emergentes” que fueron estallando como burbujas a fines del siglo XX (los tigres asiáticos, México, Rusia, Brasil, Turquía, Argentina, etc.).

La inversión exterior directa, la actividad económica más significativa para la expansión del capitalismo transnacional durante los últimos años creció tres veces más que el comercio y cuatro más que la producción mundial durante el mismo período. Los GET, principales responsables de la inversión directa, han crecido en forma mucho mayor que el conjunto de la economía. Esta inversión directa se ha convertido, en la fase actual del proceso globalizador, en el principal mecanismo de transferencia (de la periferia al centro), sustituyendo claramente a los pagos de la deuda. El capitalismo globalizado de hoy se nutre fundamentalmente de esa remesa de utilidades, que a su vez actúa sobre las *élites* locales imponiendo la ideología del consumismo para los segmentos incluidos en los países periféricos.

Por eso, más que nunca, el gran capital y sus sirvientes políticos están empeñados de destruir todo tipo de nacionalismos y proteccionismos³¹. Es una realidad objetiva que en la “competencia abierta” entre capitales, el intervencionismo del Estado en los países dependientes ha significado un elemento de distorsión y anomalía, de imperfección. Todo esto siempre y cuando nos paremos desde la apreciación de los intereses del capital concentrado. La expoliación y la transferencia de riquezas, sin el Estado o con un Estado debilitado y reducido al mínimo, se

³¹ “En los noventa, una vez liberado del colosal reto que entrañaba la existencia de la Unión Soviética y el sistema de países socialistas europeos que pugnaba por constituirse en una totalidad histórica universal, el imperialismo encuentra condiciones favorables en la arena internacional para hacer avanzar su proyecto de transnacionalización y desnacionalización subordinante. En términos económicos, el capital monopolista se veía tentado a derribar de una vez por todas las barreas de los Estados nacionales que obstaculizaban su reproducción ampliada en el ámbito planetario; en términos políticos, le resultaba imprescindible asumir de forma directa las decisiones fundamentales que facilitarían su concentración transnacional” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

realiza de manera más “libre”... Por un lado, la operación plena de la ley del valor en el ámbito de la competencia internacional —una vez eliminadas las políticas proteccionistas— permite el despliegue absoluto de las relaciones estructurales de dependencia en el plano de la determinación de los flujos básicos de plusvalor (Flores Olea, 1999). Por otro lado, la desregulación generalizada de las actividades económicas, en lo que se refiere al acceso irrestricto a la inversión extranjera directa, profundiza la tendencia a la “maquilización” de dicha inversión; esto es, a la transformación de la industria de los países periféricos en meras terminales de los GET, la limitación al mínimo de la adquisición de insumos producidos en el país receptor, lo mismo que de las transferencias tecnológicas y de *know-how*.

Para los GET la inversión directa en el extranjero, como por ejemplo el establecimiento de una planta de producción para exportar desde un país con bajos salarios, es muchas veces más impulsada por criterio de costos³² que por criterio de ganancias (aun cuando parte de la producción se distribuya en el país en el que estas se sitúan). Las políticas neoliberales de excepción de impuestos a las ganancias representan más una bonificación extra en estos casos, que un incentivo imprescindible para los inversionistas transnacionales.

El mero desarrollo de las transnacionales tiene definitivamente un fuerte impacto sobre el conjunto de la economía nacional de los países periféricos, como por ejemplo en el deterioro de los salarios reales, que es una consecuencia directa de una fuerte presión de los GET para bajar los costos laborales presentados como un requisito *sine quanon* para la inversión directa extranjera. El caso de la industria maquiladora mexicana ilustra muy bien esto. La industria maquilera (fronteriza) fue introducida por la frontera norte de México a mediados de la década de 1960 y se extendió al resto del país en 1972. El gobierno mexicano del PRI, convertido al neoliberalismo, estableció el programa de maquiladoras supuestamente para crear puestos de trabajo, traer dólares e introducir tecnología. Para las empresas de Estados Unidos, la cuestión central para su establecimiento fue que la mano de obra era mucho más barata en México. A principios de la década de 1990, alrededor de 2000 plantas emplearon a medio millón de trabajadores, que producían una gran variedad de mercaderías. Esto produjo un debate, incluso entre los norteamericanos, las maquiladoras habían sido acusadas de causar pérdidas de trabajo en Estados Unidos, debido a que varias compañías se trasladaban a México, donde reducían sus costos salariales. Los estadounidenses partidarios de las maquiladoras afirmaban que estos trabajos estaban destinados a irse de todas maneras y que la ventaja que la industria maquiladora esté en la frontera es que usó siempre una gran proporción de materiales, componentes y servicios estadounidenses. Siendo esto cierto, se puede ver como este tipo de inversión directa extranjera en general (mucho más allá de la proximidad fronteriza que se da sólo en el caso mexicano), lejos de ser perjudicial para los países centrales, lejos destruir puestos de trabajo, lo que hace en realidad es crear otros empleos nuevos. Así la alta tecnología, el conocimiento y los empleos mejor remunerados quedan en manos de las potencias hegemónicas. Puede ser difícil persuadir a un trabajador de ensamblaje de televisores, cuya fábrica en Estados Unidos ha cerrado y que se ha reubicado en México, de que la industria maquiladora crea trabajo en Estados Unidos, pero no es tan difícil conven-

³² “Hasta entonces (y gracias, en buena medida, a los planteos keynesianos), se entendía que era de interés general concebir al salario de los trabajadores no sólo como un costo sino también como un ingreso, del cual dependía la salud del consumo en los mercados domésticos. Ahora, especialmente las grandes empresas se dedicaban a operar a escala global, ponían su mira en mercados que no eran exclusivamente los nacionales y, en aras de la competitividad, trababan al salario sobre todo como un costo —y un costo que había que reducir—” (Nun, 2000).

cer a un trabajador que hace los componentes tecnológicos de los televisores en una fábrica estadounidense que abastece a una planta de ensamblaje en México, de que la industria maquiladora protege los empleos estadounidenses (Sklair, 2003).

Además del modelo de las maquiladoras existe otro tipo de inversión directa extranjera que se relaciona más directamente con el segmento de mercado interno de alto nivel adquisitivo. Este responde más bien al concepto tradicional de multinacional, que se instala y opera apropiándose (en la competencia en el mercado a escala mundial) de un mercado nacional para colocar sus productos —que muchas veces requirieron de una gran inversión tecnológica— que ya vienen amortizados con su venta en los países centrales y son, en estos países periféricos puro proceso de ganancia, y casi siempre con situación monopólica y oligopólica.

Un aspecto del modelo de inserción neoliberal a la economía globalizada para los mercados “periféricos” o “emergentes” es que tiende particularmente a una regresión de la economía de los países dependientes en tanto promueve la producción primaria exportadora, no sólo agraria y de alimentos, sino energética, mineral, aunque también de servicios y de producción del tipo de terminal de una gran empresa transnacional. Muchas veces a esto se le suma —como fue el caso de nuestro país— la gran concentración de las exportaciones en un número reducido de *commodities* (García Delgado, 1998). Todo ello termina de configurar un cuadro de una economía con escasa necesidad de empleo y una alta dependencia del sector financiero.

El ensamblaje de productos, tipo de industria típica que se radica en los países periféricos³³, requiere esfuerzos tecnológicos mínimos, es decir, no provoca necesidades de ningún tipo de desarrollo en este sentido, lo que explica en parte el desfinanciamiento de la investigación. De esta forma, paulatinamente, se va desintegrando el valor agregado local en el intercambio del proceso industrial y el modelo productivo no tiende a incorporar al conjunto de la población (desinteresándose en forma casi absoluta del progresivo desempleo)³⁴. La reconversión tecnológica —de la que diéramos cuenta en los capítulos anteriores— y la reestructuración de la economía —en tanto ajuste como porción del mercado mundial— no hace más que configurar la exclusión de un sector creciente de la población, que es intrínseca al sistema.

Está claro que la nueva economía capitalista no sólo no se perjudica por las altas tasas de desocupación, sino que más bien se funda en esta exclusión creciente. Los GET, los verdaderos sujetos dinámicos de este proceso de dominación, no se ven afectados ni se plantean esta cuestión y la remiten al Estado Nacional al mismo tiempo que producen un proceso de desfinanciación del mismo, sin ningún tipo de preocupación acerca de aquellos que son expulsados del sistema productivo. Sólo les importa que éste garantice una seguridad que permita la continuidad de sus negocios. Así instrumentalizan el Estado Nación dependiente, poniéndolo a su servicio.

El argumento ideológico neoliberal de justificación de la concentración de la riqueza en manos de los GET está construido por la muchas veces mentada “teoría del derrame”. No hace falta ser un revolucionario para constatar sus consecuencias nefastas. En el Panorama Social 1997 de América Latina de la

CEPAL se señala que “durante los años 90 se han mantenido o acentuado la alta concentración de la distribución del ingreso que caracteriza a la mayoría de los países de América Latina” y que “no se verificaron las esperanzas cifradas en que las reformas macroeconómicas e institucionales desatarían un vigoroso proceso de crecimiento que revertiría los efectos de esas mismas reformas en la ocupación”. La teoría del derrame fracasó. La copa de los poderosos es un barril sin fondo, o bien un embudo que va directo a sus bolsillos.

Está claro que la mentada globalización de la economía se basa en la lógica exclusiva del capital, que provoca la exclusión de trabajadores y demás sectores populares. Mientras los gobernantes neoliberales se mantuvieron en el poder los más humildes fueron siempre los que debieron “ajustarse”, adaptarse a las condiciones y necesidades de un mercado Global capitaneado por los GET en su propio beneficio.

El capitalismo globalizante propone que los distintos grupos, clases y regiones compitan entre sí de manera despiadada por el reparto del producto nacional menguante o bien por las migajas de lo queda después de la voracidad de los GET. Esta carrera desesperada es el complemento de la mercantilización de todo y de todos, convirtiendo el éxito económico es el patrón de medida del hombre, en lugar de ser el hombre la medida de la economía. El éxito individual no tiene otro patrón que la riqueza. Se trata de la entronización de la “Revolución de la Riqueza” tal como reza el último libro (2006) de Alvin y Heidi Toffler. En realidad, en este marco se privilegian las actividades improductivas, de intermediación y especulación, al aprovechamiento de oportunidades creadas por la crisis y la corrupción como también el despliegue tecnológico sin consideración alguna por la suerte de los hombres y mujeres que se ven desplazados de su trabajo por el mismo. Esta destrucción de la cultura de la productividad tiene consecuencias terribles en todos los sectores sociales que viven de la producción en los países periféricos. En los trabajadores se destruye la cultura del trabajo. Entre los empresarios, no sólo deteriora o bien anula cualquier tipo de compromiso nacional o social, y termina transformando a algunos sectores del empresariado en pequeñas bandas, que se alimentan de negocios laterales, que en realidad son las sobras del banquete de los GET. Por eso no es de extrañar que con el neoliberalismo, como modelo económico, creció paralelamente la economía informal y el circuito del capital negro o economía delictiva sobre todo a nivel de los sectores populares, como medios de subsistencia³⁵.

Sin embargo, la fragilidad de un sistema sustentado en la volatilidad del capital transnacional tiene en la puntual correlación de fuerzas que la afirma su propio talón de Aquiles. Con la claridad que la caracteriza la socióloga Alcira Argumedo ya advertía en el año 2000: “América Latina que ha sido saqueada como en la primera etapa de la colonización, tiene un potencial para salir adelante. El tema son las relaciones de poder político y social. Lo que sucede es que estos modelos no solamente son inviables por la irracionalidad de destruir los recursos, sino que por la magnitud de la población excedente absoluta se vuelven inviables aún para los privilegiados” (Argumedo, 2000).

³³ “La idea de que la transferencia de infraestructuras productivas hacia países más pobres signifique mayores niveles de empleo local y mayor prosperidad no es necesariamente cierta” (Rifkin, 1996).

³⁴ “México ofrece un buen ejemplo (...) A pesar de que este país está en mejor situación que la mayoría de los países en vías de desarrollo, el 50% de su fuerza laboral sigue estando desempleada o subempleada. Tan sólo con la finalidad de mantener el *status quo*, México necesitará generar más de 900.000 puestos de trabajo por año durante los años que quedan en la actual década para poder absorber los nuevos trabajadores que se incorporen” (Rifkin, 1996).

³⁵ La economía informal “aparece como salida laboral en creciente expansión, la única quizás para los sectores más pobres, en la medida en que la recesión y la exclusión se profundizan. Es un sector constituido por el tráfico de drogas, robos, prostitución y comercios ilegales de todo tipo (contrabando de órganos, organizaciones de contratación de inmigrantes ilegales para hacerlos trabajar en condiciones de superexplotación) y vinculado al surgimiento de mafias que se relaciona a su vez en una zona oscura y ambigua con las fuerzas policiales encargadas de su represión” (García Delgado, 1999).

Los sucesivos ajustes, el colapso de la economía, la crisis institucional y de representación, la deslegitimación de una clase política que adhirió sin reservas al neoliberalismo y que se convirtió en corrupto socio menor de los negocios de los GET, etc. fueron las condiciones que permitieron el advenimiento de una serie de procesos en toda América Latina, sobre todo en Sudamérica que llevaron al gobierno a Presidentes que tienen una mirada crítica sobre el sistema de dominación. Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Paraguay, poco a poco empezaron a ser gobernadas por aquellos que durante el apogeo del neoliberalismo no eran más que personajes o fuerzas marginadas o marginales. Sin embargo, los presidentes nacionales y populares del cono sur, sumados a sus virtudes y límites propios, debieron enfrentar desde el inicio de su gestión una economía descalabrada, y –sobre todo– un Estado estructurado a imagen y semejanza de los intereses de las corporaciones transnacionales. Un nuevo Estatuto Legal del Coloniaje, tan arraigado jurídica y políticamente como el que denunciaba en la década infame don Arturo Jauretche, es imprescindible que sea desmadejado para poder pensar en un cambio profundo. El único camino, el que verdaderamente se está transitando en nuestra tierra latinoamericana, es –como decía más arriba Alcira Argumedo– ir cambiando la correlación de fuerzas del poder. Y eso para el infantilismo de izquierda con su impaciencia contrarrevolucionaria es intolerable. El destino de rompimiento de las cadenas de dependencia y la “desconexión” para usar el término tan criticado de Samir Amin, respecto del sistema de globalización y exclusión, implica un largo cambio que construyendo poder popular las sociedades latinoamericanas deberán transitar en su conjunto, en un proceso de integración que a esta altura se hace imprescindible.

UNA BREVE REFERENCIA A LAS FORMAS QUE LA IMPLEMENTACIÓN QUE EL SISTEMA DE DOMINACIÓN ADQUIRIÓ EN ARGENTINA.

En este punto sólo queremos esbozar un paralelo con esta aplicación del sistema de dominación y opresión que se analizaron a nivel general y las formas concretas que este ha ido adquiriendo en nuestro país. No haremos más que una referencia general, de tipo histórica. Sabemos que dejaremos fuera de este relato sintético muchas cuestiones fundamentales sobre todo desde la perspectiva de aquellos que fueron las víctimas de la destrucción de la cultura del trabajo y la exclusión en un área específica. No obstante, nos parece una tarea necesaria para mostrar un ejemplo concreto de cómo se fue aplicando el sistema.

El año de 1976³⁶ marca en Argentina³⁷ no sólo el inicio de una sangrienta dictadura militar, sino también el punto de inflexión, que incluye a nuestro país en el proceso que paralela y concomitantemente se va produciendo en toda América Latina. A partir de éste, comienza una escalada de la destrucción de

³⁶ Este año es tomado de modo simbólico. Sin duda que puede tomarse como antecedente directo de políticas de ajuste neoliberal las llevadas a cabo por el Ministro de Economía del gobierno de María Estela Martínez de Perón (“Isabelita”), Celestino Rodrigo. Estas políticas fueron diseñadas fundamentalmente por un cuadro del *establishment* liberal que se llamaba Ricardo Zinn.

³⁷ Los Calcagno en su libro “Estrategia nacional para el desarrollo con justicia social”, marcan tres etapas en la estructura económica de nuestro país a partir de fines del siglo XIX. “La Argentina agraria (1880–1945); la Argentina industrial (1946–1975); la de la renta y financiera (1976–2001) (Calcagno, E., A.E. y A.F. 2007).

las conquistas sociales de los sectores populares. Este proceso hay que explicarlo en base a los nuevos sistemas de dominación mundial que venimos estudiando. Se puede llegar a afirmar que, la exclusión en nuestro país comienza con los desaparecidos, es decir, con la eliminación física de aquellos en condiciones, claras, concretas, en tanto voluntad organizada, de ser punta de lanza contra la implementación de estas nuevas formas de dominación y opresión. El genocidio de la Dictadura es parte de un plan de tierra arrasada, para la redomesticación de los Pueblos del Tercer Mundo. No sólo a través del terror engendrado al colectivo, a la comunidad toda, sino también a través de la derrota de sus sectores más dinámicos (desde delegados de fábrica hasta cuadros políticos estratégicos). Sin embargo, el proceso no se agota con la desaparición de luchadores. Existen otros índices de la expresión del incipiente modo de opresión podemos encontrar en una desconcentración territorial urbana por vía represiva (un ejemplo de esto son las tristemente celebres topadoras del Brigadier Cacciatorre –intendente militar de la Capital Federal– que desalojó las villas de la ciudad). Así los sectores populares, en un proceso de centrifugación social (Villareal, 1996) son alejados de los centros de poder, de las plazas públicas (centro de decisión política) y de la “city” (que emerge como centro de la decisión económica, capital de la “Patria Financiera”). Visto desde una perspectiva macro todo este gran proceso que va desde 1976 (o bien desde 1975) al 2002/2003, es una etapa en la cual se consolida el sistema de dominación globalizante y la exclusión e implica también la destrucción de la industria nacional, la desaparición de las grandes fábricas diluyendo el poder de los gremios respectivos, así como de muchas de las instituciones con potencialidad política de masas.

Simultáneamente a esta desconcentración física, comienza un proceso de descentralización administrativa y económica del Estado de sus servicios sociales claves (educación, salud, etc.). Quizás el traspaso del que fueron objeto las escuelas (a lo largo de todo el último cuarto del siglo), de la órbita nacional a la provincial, de esta a la municipal es uno de los más claros ejemplos. En este marco se inscribe también el proceso de privatización –esto es de enajenación– de las empresas públicas, porque las privatizaciones tuvieron como primera etapa el vaciamiento de las mismas como escalón de legitimación. Globalmente todas esas “descentralizaciones” fundamentadas algunas veces por los funcionarios de turno que las aplican en conceptos “progresistas”, “antiburocráticos” (sobre todo a partir de la recuperación de la democracia en 1983), lo que en realidad fueron haciendo es desarticular las instancias de organización del Estado de Bienestar. Un Estado que, es justo decir, se había vuelto un aparato tan burocrático que negaba sus propios objetivos a partir de su funcionamiento, sobre todo a partir del progresivo y sistemático proceso de destrucción y desnaturalización que sufrió desde 1955. Pero lo innegable es que, más allá de la crítica a estos aspectos, esta desarticulación se llevó a cabo por el neoliberalismo sin ninguna intención de plantearse su reconversión en función de los intereses populares, sino practicando las recetas de los poderosos. Estas consistían en ir aplicando sucesivamente su descentralización administrativa, vaciamiento (sobre todo en las empresas rentables), “ajuste” (despidos masivos, retiros voluntarios), enajenación –en el caso de las empresas que podrían ser rentables– o remisión de su problemática al municipio y nuevo “ajuste” (más despidos)...

Para sistematizar en etapas concretas esta implementación y de adscripción de la Argentina al sistema de dominación y opresión nos proponemos explicar escuetamente el siguiente cuadro:

La dictadura eliminación de todo tipo de resistencia posible. deuda externa de 6 a 40* vaciamiento del Estado /Patria financiera Aplicación del monetarismo (Chicago boys) El imperialismo que lo sustentó, después de Malvinas asume su inviabilidad.
El alfonsinismo sustentación ideológica a través de la teoría de los dos demonios y el posibilismo en lo económico. deuda de 40 a 60* Continuación del vaciamiento. Primeros intentos de privatizaciones Patria contratista. Despegue y enriquecimiento del Grupos Económicos Locales planes de ajuste (Primavera, Austral) Los Grupos Económicos lo tiran como después de usarlo, con el golpe económico de 1989, que sirve al mismo tiempo como advertencia de su poder para el gobierno ya electo.
El primer período menemista Desguace del Estado (ruptura del sustento del viejo sistema y potencialización del crecimiento de los grupos económicos (concentración del capital) Expulsión de trabajadores del aparato productivo Convertibilidad (la economía se sujeta al dólar) El capital concentrado, en bloque, sustenta su continuidad Aparecen en primer plano los GET
El segundo período menemista aumento de la concentración del capital y flexibilización y acentuación del proceso de exclusión precarización de las condiciones de trabajo. deuda de 60 a 140* (total del período menemista) Enajenación absoluta de la economía Los GET hegemonizan la economía argentina
La Alianza continuidad del modelo neoliberal. Ortodoxia y ajuste permanente que se profundiza en las provincias. El incremento de la deuda principal medio de financiamiento de la continuidad de la convertibilidad. deuda de 140 a 170* Blindaje y Megacanje. Relaciones Machinea FMI hacen que este financie y proteja una economía al borde del precipicio con suculentos préstamos.
El duhaldismo transición después del descalabro. Abandono de la convertibilidad Devaluación que recae sobre los hombros de los trabajadores. Pesificación de las deudas de muchos de los grupos de capital concentrado (ejemplo Grupo Clarín).

*en miles de millones (cifras aproximadas).

ETAPAS EN LA APLICACIÓN DE LAS NUEVAS FORMAS DE DEPENDENCIA EN ARGENTINA.

LA DICTADURA MILITAR.

No cabe duda que en la madrugada del 24 de marzo de 1976 comienza una etapa distinta del país. Una verdadera ruptura con el proyecto de país que había llegado en el 45, para instalarse por más de treinta años, más allá de las interrupciones y las proscripciones, las marchas y las contramarchas. Una de las funciones principales de la dictadura autodenominada Proceso de Reorganización Nacional fue la eliminación de todo tipo de resistencia posible, como referíamos más arriba. La justificación de este genocidio la daban a partir de lo que se conoció como la Doctrina de la Seguridad Nacional³⁸, en realidad, un ideologismo que planteaba las fronteras ideológicas, encuadrando como “peligro comunista” a cualquier forma de resistencia.

El gobierno militar fue precursor en la apertura indiscriminada de la exportación (la época de la plata dulce) con fundamento en la “modernización”³⁹. Esta apertura significó el ocaso de un modelo de acumulación basado de la industria nacional y el mercado interno. Las medidas proteccionistas del modelo anterior fueron constante, prolija y consecuentemente atacadas. La “batalla de aranceles” empezó con el decreto 3.008 de diciembre de 1976 con una baja considerable de los mismos que se mantuvo durante todo 1977 y gran parte de 1978. La sustitución de exportaciones, que comenzó incluso antes del proyecto nacional y popular del peronismo fue puesta en tela de juicio con argumentos tales como la necesidad de adecuar la industria nacional a la competitividad del mercado internacional. “La decisión, en 1978, de abrir unilateralmente la economía, impulsada por las clases dominantes locales [fue] como un modo de desarticular una estructura social signada por un peso, organización y activación política de los trabajadores industriales que amenazaba su dominación” (Arceo, 2002). En palabras de un economista: “Se debía acallar al sindicalismo combativo y “disciplinar” a los obreros; había que quebrar a la pequeña y mediana empresa (industrial, rural y comercial); todo lo cual equivalía a golpear en el corazón mismo del modelo de “mercado interno”. El plan se completaba con la transformación de la gran empresa nacional en mera ensambladora, en subsidiaria de las casas matrices extranjeras. Tal era, en síntesis, uno de los ejes del Plan” [de Martínez de Hoz] (Muchnik, 2004).

Se pone de moda el monetarismo, y aparecen los llamados “Chicago Boys”⁴⁰ que encuentran como enemigo principal del crecimiento económico a la inflación a la cual se proponen controlar a través del manejo de la masa monetaria. Martínez de Hoz⁴¹, desde su cargo de Ministro de Economía, emprendió un sólido y coherente intento de reestructuración general de la economía nacional, en con-

³⁸ “De la misma manera en que los hombres de Martínez de Hoz aprendieron a “entender” el mundo a través de la óptica monetarista de la Universidad ultra ortodoxa de Chicago, los militares argentinos recibieron instrucción de las academias norteamericanas que pontificaban acerca de la aplicación e la doctrina de la Seguridad Nacional” (Muchnik, 2004)

³⁹ Conf. Libro de José Alfredo Martínez de Hoz, 1981: “Bases para una Argentina moderna. 1976–1980”.

⁴⁰ Se los llama así por haberse formado en la Escuela de Economía de Chicago, en Estados Unidos.

⁴¹ Martínez de Hoz era nieto de su homónimo quien fuera fundador de la Sociedad Rural, es decir, estamos hablando de un individuo de prosapia oligárquica.

sonancia con las expectativas de los sectores del poder económico que ya se configuraban como grupos económicos de carácter local⁴². El contexto internacional muestra como rasgo fundamental el exceso de liquidez producto de la crisis del petróleo. El capital concentrado contaba con los elementos necesarios para desnacionalizar la economía y debilitar las empresas públicas y fundamentalmente de cercenar el poder de sus enemigos políticos y económicos.

En el área de las privatizaciones, la dictadura militar fue también precursora. En efecto, en 1977 hubo una rápida expansión de los empresarios en el área petrolera: más de veinte grupos empresarios que se dedicaban a otras actividades se tentaron con la extracción de petróleo. Gas del Estado, del mismo modo, ofreció negocios periféricos al mundo privado. Ferrocarriles otorgó concesiones para la reparación de material rodante. La Empresa Nacional de Telecomunicaciones (Entel) entregó el mantenimiento de los planteles exteriores. Vialidad Nacional subcontrató el soporte de rutas y hasta hubo inversiones en autopistas por peaje. En la Municipalidad de Buenos Aires se concedió la recolección de residuos a los privados (la famosa empresa Manliba que enriqueció a los Macri). Lo mismo se hizo con el mantenimiento del alumbrado público. Estas privatizaciones no son prácticamente nada, comparadas con la entrega total del patrimonio estatal desarrollada durante el menemismo. Sin embargo, la lógica por la cual se pasan áreas públicas a sectores privados de la economía es exactamente la misma. El proceso del neoliberalismo había comenzado.

Mientras vendían o vaciaban las empresas del Estado para justificar su ineficiencia (un paradigma es el caso YPF, la única empresa petrolera a nivel mundial que daba pérdida) para luego privatizarlas, al mismo tiempo la oligarquía se vendió al Estado sus empresas que deficitarias (como por ejemplo la empresa de aviación Austral que costó más 800 millones de dólares). El juego de siempre la socialización de las pérdidas y la privatización de las ganancias, la corrupción se iba haciendo intrínseca al sistema. Y además se va consolidando la concentración de la riqueza. “En el período comprendido por el régimen militar (1976–1983) los sectores dominantes intentan imponer una nueva forma de acumulación que implicó, entre otras cuestiones, el predominio de cierto tipo de empresa, que ejercían un rol de liderazgo: los grupos económicos, las empresas transnacionales diversificadas y/o integradas. De modo que ello lleva a afirmar a autores como Aspiazú, Basualdo y Khavisse (1989) que, aunque coexisten distintas estrategias de comportamiento empresarial, prevalece la tendencia a la oligopolización” (Corbalán, 2002).

Con el aparato represivo y el genocidio se había conseguido así la tranquilidad absoluta que reclamaban los sectores dominantes, los mismos que exigieron la “apertura de los mercados”, el ingreso de los productos extranjeros y la imposición sin más de la “economía de mercado” o sea el modelo liberal que no pudiera ser ensuciado ni interferido por protestas y reivindicaciones sociales. Los militares en el poder y los empresarios manejando la economía (recorde-

⁴² “Para ello fue respaldado constantemente por la “cumbre” del empresariado ligado a los más altos intereses locales y foráneos. Se llamaba Consejo Empresario, un grupo cerrado, muy elitista, formado en agosto de 1967. Congregaba a los más importantes representantes del sector privado en un proyecto de recrear el *Business Council* de Estados Unidos, una institución esencialmente lobbyista. El 60 por ciento del total de esos representantes participaba de otras entidades empresarias: Cámara Argentina de Sociedades Anónimas; Bolsa de Comercio de Buenos Aires; Instituto de Desarrollo de Ejecutivos (IDEA); Foro de la Libre Empresa; Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa; Rotary Club; Sociedad Rural. Se trataba de figuras con trayectoria, dueños de empresas o directivos decisivos en ellas, jefes de grupos económicos. En la década del noventa el Consejo Empresario volvería a mostrar la cara aprobando todas las reformas del gobierno de Carlos Menem, presentando proyectos de racionalización, siempre inquieto por el gasto” (Muchnik, 2004).

mos que Martínez de Hoz constaba en más de una nómina de directorio empresarial y en el Consejo Empresario) favorecieron la concentración de capitales industriales, financieros, comerciales y agrarios. Sin embargo, conforme al modelo económico neoliberal, la especulación financiera dejaba más ganancias que cualquier otro segmento de la economía, por lo cual se taponó toda reinversión productiva o industrial y se hipertrofió el sector financiero.

El núcleo de la política económica de la dictadura fue favorecer la creación de un mercado de dinero de corto plazo y alta liquidez (fue el comienzo de la llamada Patria Financiera). El desarrollo de la especulación financiera fue acompañado por una permanente voluntad de destruir todas las barreras existentes para el movimiento de capitales hacia y desde el exterior. Puesto que la riqueza no se crea de la nada, estos movimientos se generaron gracias al proceso de reformulación de la distribución del ingreso que reducía los salarios⁴³ librando fondos para la especulación. Se generó así una condición estructural (que excederá la coyuntura) muy particular y novedosa. Las grandes empresas lograban elevados beneficios en la medida en que desplazan sus actividades para aprovechar los sucesivos mecanismos financieros que las autoridades ponían en marcha. El mercado financiero, generado en esta época ha de desempeñar un papel central en la economía argentina de los años posteriores.

Dijo Martínez de Hoz⁴⁴: “los dos pilares básicos de los cuales se derivaron los grandes cursos de acción del programa económico anunciado el 2 de abril de 1976 fueron la función subsidiaria del Estado y la apertura económica” (Martínez de Hoz, 1981). Se trataba de un claro discurso neoliberal que marcó a fuego las prácticas económicas de la Dictadura. La caída de Martínez de Hoz tuvo ver con disputas internas del bloque hegemónico y también con la imposibilidad de controlar la inflación y el mercado cambiario⁴⁵. Empero el cambio de nombres no significó el abandono de las políticas económicas neoliberales.

La deuda externa creció desafortadamente, no sin la complicidad de los bancos extranjeros con los que se contrajo. Una gran parte de ella fue destinada a sostener la especulación financiera que se hipertrofia en esta época, conformando un poderoso sector de la economía al que la imaginaria popular denominó la Patria Financiera. Esto explica, en gran medida, el primer gran salto de 7 a 44 mil millones de dólares de la deuda externa durante el período de la dictadura genocida. Dentro de este cálculo se incluye, como más arriba decimos, uno de los mayores actos de corrupción económica e ideológica: la estatización de la deuda privada.

A la sombra del vaciamiento del Estado y la corrupción, se fue gestando también la

⁴³ En su famosa Carta a la Junta Militar, el escritor y militante revolucionario Rodolfo Walsh daba cuenta, entre otras verdades, de la dura reducción de salarios reales en tan sólo un año de Dictadura.

⁴⁴ “Un asesor de Martínez de Hoz fue el ingeniero Manuel Solanet, especializado en la reforma del Estado. Ligado a la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), con el apoyo del Consejo Empresario, Solanet volvería a la carga cuando integró el gabinete de Ricardo López Murphy, Ministro de Economía de la Alianza por pocos días” (Muchnik, 2004).

⁴⁵ “En diciembre de 1978, en medio del calor que emanaba de las fuerzas en pugna, Martínez de Hoz lanzó un tipo de cambio a aplicarse en 1979. Se trató de un cronograma de devaluaciones graduales, con un esquema original de ocho meses, combinado con la apertura económica sin condiciones a la entrada de capitanes del exterior”. La nueva idea pasó a llamarse “la tablita cambiaria” La autoría intelectual de la “tablita cambiarla”, según detallara el diputado Jesús Rodríguez en una sesión parlamentaria, es atribuida a Carlos Rodríguez, Pedro Pou y Roque Fernández, directivos del Centro de Estudios Monetarios Argentinos (CEMA). Durante el menemato, Fernández ascendería como Ministro de Economía, Rodríguez como su segundo y Pou se encargaría de la conducción del Banco Central” (Muchnik, 2004).

Patria Contratista. Así se llamó fundamentalmente a un grupo de empresas que se enriquecieron a costa de los sobrepagos que pagaba el Estado para su abastecimiento. La pérdida de legitimidad de la dictadura la hizo embarcarse en una guerra por Malvinas esperando reconstruir su deteriorada imagen —recordemos que unos días antes de que la bandera volviera a flamear en nuestras Islas hubo una marcha multitudinaria de resistencia de la CGT el 30 de marzo que fue sangrientamente reprimida—. A través de la recuperación de estas Islas (tan vinculadas a la idea de soberanía para la mayoría de los argentinos), la dictadura creyó, casi podríamos decir ingenuamente, dos cosas prácticamente antagónicas: legitimarse ante el conjunto del Pueblo y al mismo tiempo contar con el apoyo de su Amo Imperial norteamericano, del cual el General Galtieri era uno de sus mejores y más aplicados discípulos, junto con su Ministro de Economía Roberto Alemann que era un conocido representante de los intereses económicos anglosajones. Este acto de insumisión de una dictadura complaciente y genuflexa hizo que la base externa de sustentación se viera fisurada de tal forma que, en conjunción con el descrédito popular (del que ya gozaba ampliamente), hicieron imposible su continuidad. Los militares deben dejar el gobierno en franca retirada, ante el desprecio de la sociedad en su conjunto. En contraposición, en Chile, la dictadura pinochetista logra irse victoriosa, imprimiendo las condiciones de la transición “democrática”, llegando más lejos incluso, en las etapas de implementación de la estrategia neoliberal.

EL ALFONSINISMO.

La victoria del candidato radical Raúl Alfonsín rompe la historia de la invencibilidad electoral del peronismo, o bien expresa la primera muestra clara de la crisis de identidad del peronismo, al tiempo que éste parece entregarse a la hegemonía de sus sectores más conservadores y burocráticos.

El alfonsinismo funda sus pretensiones de “Tercer Movimiento Histórico” en la teoría de los dos demonios, que demoniza todos aquellos que se enfrentaron a la dominación poniéndolos en el mismo plano que los militares ejecutores del plan de exterminio para la dependencia. El posibilismo no sólo caracterizó este gobierno en lo político, también en lo económico. El remanido argumento de estar impedido de hacer lo que realmente se quiere como tradición radical ha de ser un caballito de batalla del presidente Alfonsín y la pesada herencia recibida será el argumento justificatorio de tales afirmaciones.

El reconocimiento de la deuda espuria contraída por la dictadura, el cremiento propio que esta tuvo en ese período (de 40 a 60 mil millones) y el cumplimiento estricto de los acuerdos con el FMI, demuestra como se siguieron afirmando los compromisos con el Poder Central. El FMI continúa y aun más acentúa su papel de ser quien, mediante la presión de sus acuerdos, va a decidir las políticas económicas. Los sucesivos ministros de economía acatan más o menos sumisamente. Los ministros Grispun⁴⁶ y Suruille son los encargados de implementar los primeros planes de ajuste (Primavera y Austral).

Al mismo tiempo el Banco Mundial afina el lápiz del diagnóstico para la reformulación del Estado argentino. La operatoria del BM multiplica y profundiza su influencia con el gobierno radical de Alfonsín. “Surge en el seno del equipo econó-

⁴⁶ “La primera intención del ministro Grispun, asesorado por el líder de la CEPAL Raúl Prebisch fue aferrarse a tibias políticas activas en lo económico, políticas —también es justo decirlo— que se daban en retirada en todo el mundo por el auge del neoliberalismo. Finalmente Grispun tranzó con el FMI y realizó sus recomendaciones ante la necesidad de un nuevo préstamo *stand by* que lo salvara del naufragio económico” (Muchnik, 2004).

mico, la necesidad de contar con el apoyo de asistencia técnica externa. Teniendo en cuenta la situación crítica que presentaba el sector público argentino, hicieron que el gobierno que asumiera en diciembre de 1983 planteara al BIRF [una de las instituciones del Banco Mundial] la necesidad de contar con una asistencia que contribuyera a la solución de estas deficiencias... [Informe final del préstamo. Préstamo BIRF 2712/AR]. “Entre diciembre de 1985 y agosto de 1986 se termina de definir el contenido de la asistencia que se solicitaría al banco en el marco del préstamo (...) En términos generales, el Programa apuntó a sentar las bases de un proceso de Reforma del Estado mediante la elaboración de diagnósticos y estudios —impacto conceptual—, capacitación de personal, diseño e instalación de sistemas de información, desarrollo e implementación de nomás y regulaciones⁴⁷... “El gobierno radical (1983–1989) había acordado dos proyectos: de desregulación y desmonopolización de los servicios públicos, y ellos figuraban como condicionalidad en el pliego acordado con el banco [mundial]. Las negociaciones para la venta parcial de las compañías estatales de teléfono y aviación, si bien no se concretan durante este gobierno, figuran como condicionalidades” (Corbalán, 2002).

El vaciamiento del Estado continúa, y se produce una profundización de la campaña contra el “Estado empresario” —desde los medios, sobre todo la TV recientemente privatizada— y finalmente aparecen los primeros intentos de privatizaciones (Aerolíneas Argentinas) propuestas por el entonces Ministro Terragno. “La segunda empresa con la que Terragno intenta proseguir el proceso privatizador es la telefónica; las primeras negociaciones las inicia con la Telefónica de España vinculada a Techint (perteneciente a grupos económicos argentinos) y los bancos Citi y Chase Manhattan” (Corbalán, 2002). El politólogo José Nun (2002) pone de manifiesto que por aquella época pocos advertían la brecha que se iba abriendo entre la retórica crítica del presidente radical Raúl Alfonsín contra los grupos económicos y los claros gestos de acercamiento hacia ellos, que privilegiaban más los “diálogos a puertas cerradas”.

Algunos pueden considerar que es una injusticia tratar como continuidad de la dictadura en ciertos planos a la recuperada democracia. Pero lo cierto es que, en el plano económico, los números son contundentes, las tendencias del proceso de desindustrialización y concentración de la riqueza no cambian en todo el periodo. “Las cifras de la época son más que elocuentes, como lo refleja la distribución del ingreso *per cápita* de los hogares entre 1974 y 1989. Así el 30% de los hogares de ingresos bajos pasó del 12,4% del ingreso en 1974 al 7,3% en 1989; los ingresos medios, en los cuales se compre el 60% de los hogares pasaron a su vez del 60,7% en 1974 al 51,1 % en 1989; finalmente los hogares con ingresos altos, el 10% del total, pasaron de concentrar el 27% en 1974 al 41,7 % en 1989 (Becaria, 2001). La continuación del vaciamiento, los niveles de ineptitud, corrupción y falta de patriotismo elevan a la llamada “Patria Contratista” a su etapa de apogeo. Varios grupos económicos locales se enriquecen vertiginosamente al calor de esta primavera alfonsinista.

Pese a los planes de ajuste, que prometen “terminar con este flagelo”, la inflación sigue creciendo. En realidad, lo que hace es completar el ciclo de su función como mecanismo de avance sobre la capacidad adquisitiva de los asalariados; o bien, con mayor precisión, actuando como uno de los mecanismos de transmisión de recursos de los sectores trabajadores a los grupos económicos concentrados que comienzan a enriquecerse en progresión geométrica.

Todo esto va a derivar hacia el colapso de la hiperinflación que se produce a fines de los ochenta. La crisis económica se hacía inmanejable para el gobierno

⁴⁷ Esta actividad a su vez financiada por el proyecto del PNUD/AR 84/030 y forma parte de la etapa preparatoria del programa.

radical, inflación de 1987 alcanzaría el 175% y en 1988 el 388% y a esto hay que sumarle una impresionante fuga de capitales.

“En términos experienciales, la hiperinflación confrontó a los individuos con la pérdida súbita de los marcos que rigen los intercambios económicos, a través de la desvalorización –y desaparición– vertiginosa de la moneda nacional. Más aun, la hiperinflación como experiencia de disolución del vínculo social dejaría profundas huellas en la conciencia colectiva, visibles en la fuerte demanda de estabilidad que recorrería la sociedad argentina durante los 90. La demanda no tardaría en transformarse en una suerte de mandato irrevocable, que erigiría al régimen de convertibilidad (mediante la paridad entre el dólar y el peso), implementado en 1991, en base y garantía de una sociedad posinflacionaria” (Svampa, 2006).

Cabe preguntarnos por qué este gobierno de Alfonsín no terminó en un golpe militar. La respuesta es relativamente sencilla. Por un lado ante las asonadas militares en reclamos ante el avance de los juicios por el genocidio (la semana Santa de 1987 fue el primero de ellos) culminaron con la concesión de las leyes de obediencia debida y punto final que garantizaban la impunidad. Y por otro lado, cuestión fundamental, los sectores del *establishment* –tanto local como internacional– le quitaron su apoyo a cualquier intentona golpista, que en todo momento careció casi por completo de apoyo interno. La transformación de los posicionamientos de los sectores oligárquicos respecto de la democracia hay que leerla como una correspondencia con el posicionamiento del imperialismo norteamericano en defensa de los regímenes de democracias formales y restringidas, pero también como la comprensión por parte de los sectores de poder que la democracia, contradiciendo la larga tradición que había tenido en nuestro país, podía ser tan útil en la implementación del régimen de injusticia social y dependencia como cualquier golpe militar. Y además contaba con una legitimación interna de la que estos carecían por completo. Estas son las principales causas de por qué fallaron las insurrecciones militares carapintadas.

Con todo, Alfonsín tiene que entregar el mando antes de la culminación de la totalidad de su período presidencial. Esta cuestión es atribuible a su propio desgobierno, a la creciente falta de legitimidad política, pero también a la acción de los sectores económicos que lo descartan después de usarlo. A esta acción se la denominó el golpe económico de 1989. Se trató de una demostración de fuerza de los grupos económicos, cuyo doble objeto fue, como decíamos la caída del gobierno radical y al mismo tiempo como advertencia de su poder para el gobierno ya electo el 14 de mayo. Éste estaba encabezado por el pequeño gobernador riojano que había crecido políticamente al calor de la llamada Renovación Peronista (un proceso de *aggiornamento* del Partido Justicialista) y de las luchas populares encabezadas por la CGT que tuvieron a su frente a Saul Ubaldini, dirigente cervecero que no atinó a transformar la confrontación con el gobierno radical más que en una puja de acumulación partidaria. La propuesta programática de la C.G.T., los 26 puntos (una propuesta centrada en la reactivación del mercado interno) fue dejada en el olvido al poner en manos de un “alvearizado”⁴⁸ Partido Justicialista (PJ) el resultado del conflicto social.

⁴⁸ Con el concepto de “alvearización” se refiere al proceso sufrido por el radicalismo luego de la muerte de su caudillo don Hipólito Yrigoyen. Este proceso de abandono de las banderas históricas y complicidad con los círculos conservadores fue encabezado por Marcelo T. de Alvear, de allí su nombre.

EL MENEMATO. APOGEO DEL NEOLIBERALISMO EN LA ARGENTINA.

La hiperinflación a la que sometió la incapacidad de gobierno del alfonsinismo a los sectores populares implicó tocar fondo para amplias capas de la población. “El derrumbe de la moneda ya había generado en 1989 un principio de caos social (los asaltos a los supermercados) y fragilizado las instituciones: el presidente Raúl Alfonsín debió ceder prematuramente su investidura. Luego de algunos intentos fallidos de reorganización económica, asumió como ministro de Economía de Carlos Menem, Domingo Felipe Cavallo. Este utilizó los primeros tiempos de su gestión para elaborar e instrumentar una respuesta a esa crisis: la “convertibilidad”, respaldada por una ley para encausar la economía” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003)

No pudo ser sino el gobierno del Partido Justicialista conducido por Carlos Menem, es decir, un gobierno surgido desde el seno del peronismo, el que fue capaz de llegar más allá en las reformas neoliberales que implicaban la destrucción de la estructura y el proyecto de país fundado por el General Juan Domingo Perón. El modelo instaurado por el peronismo en la década del 40 que destruyó el menemismo tuvo vigencia –aun contra la fuerza de sus detractores– claramente hasta el 76 y como una sombra hasta el 89. El vínculo directo del menemismo con los grupos económicos se puso de manifiesto directamente al iniciar su gestión expresándose en la inclusión en el equipo ministerial a grupos económicos como el propio Bunge & Born, y toda una serie de tecnócratas, “expertos” como se los denominaba eufemísticamente a los neoliberales formados en las usinas de pensamiento norteamericano, ya sea en sus universidades⁴⁹ o en los cenáculos intelectuales del liberalismo vernáculo.

El relativo éxito del plan de convertibilidad en la estabilización y en detener la hiperinflación, generó que las expectativas de muchos sectores medios y hasta algunos populares acompañaran con simpatía los planteos neoliberales que defenestraban el rol del Estado en la economía. El acceso a bienes importados como en la época más cruda de la dictadura fue haciendo renacer en muchos el sueño del desenfreno en la posibilidad de un consumismo ilimitado. Esta fue, al menos en parte, la base de sustento consensual sobre la que se sostuvo una década de vertiginosa implementación neoliberal.

Si analizamos lo ocurrido con los ingresos en el período⁵⁰ vemos que una considerable mejora inicial⁵¹ de los sectores de menores ingresos (considerada respecto del caos de la hiperinflación de Alfonsín), lo cual nos permite explicar, en parte el sistema de lealtades (débiles, por cierto, pero indiscutiblemente existentes) de los

⁴⁹ Cavallo “concreta su doctorado en la Universidad de Harvard, que le facilita la vinculación con hombres clave ligados al sector neoliberal del *establishment*, especialmente norteamericano y nuevas inserciones institucionales, entre ellas ser miembro del Comité Asesor del Instituto de Desarrollo Económico del Banco Mundial y del Comité Editorial de su revista *Research Observer* (Corbalán, 2002). Cavallo fue además fundador de la Fundación Mediterránea, que nucleará originariamente a pesados empresarios cordobeses ampliándose luego a empresas transnacionales y bancos beneficiarios de las privatizaciones.

⁵⁰ Ver el trabajo realizado por Bustelo y Minujin en su libro “Todos entran”.

⁵¹ Según las cifras que maneja el economista de la CTA Claudio Lozano el freno a la hiperinflación en los primeros años del Plan de Convertibilidad, posibilitó la recuperación económica y la reducción de la pobreza. Entre 1991 y 1994 la pobreza descendió –del 47,3% registrado en 1989, en pleno periodo hiperinflacionario–, al 19,7% (Lozano, 2005), pero en ningún momento logró superar los niveles de la década del 80

más pobres respecto del menemismo⁵². Pero, también es importante ver que luego de la mejora inicial se produce una caída de los indicadores con un incremento de la desocupación y subocupación jamás antes alcanzados en nuestro país. Estos primeros años del plan de convertibilidad de Cavallo (años 1990/1992) los sectores medios y medios bajos incrementaron su participación en la percepción del ingreso. Aunque entre el 92/94 cuando pasa el efecto de la caída de la inflación, aparece el verdadero beneficiario de este modelo económico: el quinto de la población de más altos ingresos que aumenta exponencialmente su participación, mientras que los quintiles del tercer y cuarto lugar, sobre todo, observan una caída pronunciada.

“Mientras que los grupos pertenecientes a la cúspide de la sociedad aunaron alta rentabilidad económica y confianza de clase al encontrar en su adversario histórico –el peronismo– un aliado inesperado, una gran parte de la sociedad perteneciente a las clases medias y populares, experimentó una drástica reducción de sus oportunidades de vida. Aun así el proceso no fue, de ningún modo, homogéneo, pues si bien es cierto que amplias franjas de las clases medias experimentaron el empobrecimiento y la caída social, otras se acoplaron con mayor éxito al modelo y buscaron afirmar la diferencia por medio del consumo y los nuevos estilos de vida. Por último las clases trabajadoras, cuya identidad político-social se había estructurado desde y a partir del primer peronismo, atravesaron un proceso de descoletivización que arrojó a la situación de marginalidad y exclusión a vastos sectores, por vía del trabajo informal y el desempleo” (Svampa, 2006).

Sin embargo, no es bueno olvidar que la aplicación de la política económica neoliberal fue facilitada por la existencia de una suerte de protoconsenso neoliberal, que se había instalado en vastos sectores de la sociedad. La crítica política y mediática no sólo apuntaba a subrayar el déficit astronómico de las empresas estatales sino las “consecuencias perversas” de un modelo “estadocéntrico” al que no dudaban de calificar de “Elefante Blanco”. En esto contribuyó también “la consolidación de un estereotipo negativo del empleado público, muy difundido en la época. Como recuerdan particularmente los ex empleados de YPF en Neuquén o Tartagal, las marchas y protestas que ellos realizaron a comienzos de los 90 en contra de la privatización no fueron acompañadas por la población, que, por lo general, no vio en ellas sino en reflejo de intereses corporativos, y en casos como el de los trabajadores petroleros, el reclamo de un sector privilegiado dentro del Estado” (Svampa, 2006).

La implementación de la voluntad hegemónica del capital financiero⁵³ en la reestructuración económica se sustentó políticamente en una estructura cada vez más vaciada de política del Partido Justicialista. No obstante, los socios imprescindibles de este modelo económico y político fueron los radicales. La UCR, con varios gobernadores, poder parlamentario y legislativo en todos los niveles; no

⁵² “Desde el punto de vista cultural [debió decir ideológico], para los sectores dominantes, definidos históricamente como liberales en lo económico y antiperonistas en lo político, la alianza con el gobierno de Menem significó una gran oportunidad histórica. Este giro inesperado alentaría una suerte de mimetización cultural de la *elite* con la clase política gobernante, una fascinación por lo plebeyo despojado de su dimensión antagónica y contracultural, en un dinámica en la cual se entremezclaban y confundían ética de la ostentación y sentimiento de impunidad, consumos suntuarios y afán de trasgresión” (Svampa, 2006).

⁵³ “Favorecido por la estabilidad monetaria, el sector financiero logró expandir notoriamente sus servicios, modernizando su oferta y aumentando el volumen de créditos. Al igual que otros sectores, esta expansión fue concretándose en un marco de concentración y consolidación de la posición de los grandes bancos y su creciente internacionalización. Así durante los 90, el total de las entidades financieras pasó de 213 a 1119. Asimismo, en el año 2000, las organizaciones extranjeras controlaban el 50% de los bancos argentinos” (Svampa, 2006).

fue más que el *partener* de la entrega menemista. La democracia restringida funcionaba a pleno por obra y gracia de dos partidos otrora populares, travestidos al neoliberalismo. Acaso el hito fundamental de esta connivencia política entre radicales y pejetistas es el Pacto de Olivos firmado entre Menem y Alfonsín. Allí se repartieron privilegios y prebendas, con el objeto de garantizar –vía reforma constitucional– la reelección y la continuidad del modelo económico neoliberal.

Durante el gobierno de Menem las ingerencias del FMI y el BM se hacen programa de gobierno. Entre estas propuestas programáticas cabe destacar la Ley de Emergencia Económica de agosto de 1989 y la Ley de Reforma del Estado pocos meses después. Estas leyes sientan las bases del proceso de privatización y refuncionalización del Estado argentino en el marco de una desregulación casi absoluta, al mismo tiempo que una concentración económica feroz. Sin embargo, es quizás el Plan de Convertibilidad –puesto en marcha desde 1991– el verdadero pilar de la destrucción del Estado Nacional y su estructuración para servir a los intereses del capitalismo foráneo, expresados en la dominación globalizante y hegemonizada por el capital financiero en particular.

“A partir de 1991 y hasta 1996 el Banco Mundial otorga a la Argentina 24 créditos [cifra insólita en relación a la cantidad otorgada hasta ese momento], los cuales tratan objetivos y destinos diversos. Cabe mencionar que a partir de 1996 otorgó 26 nuevos créditos, de los cuales más del 50% estuvieron destinados a profundizar el programa de reformas estructurales y ampliarlo hacia otros sectores no incluidos” (Corbalán, 2002). Estos préstamos que implican programas concretos que reestructuran el Estado, van desde educación hasta salud, pasando por la privatización de todos los servicios públicos. No hubo casi cuestión en la que no se metiese en la política interna de nuestro país.

Durante los años noventa, el capital especulativo –hegemónico en el modelo neoliberal– fue cumpliendo, en Argentina, con su programa de máxima. Pocas y aisladas eran las voces que discutían injusticia del modelo. Los economistas en los medios de comunicación cantaron loas al modelo neoliberal, o bien callaron cómplicemente sus críticas. Las voces que denunciaban de antemano las consecuencias nefastas del neoliberalismo fueron generalmente silenciadas. Crecimiento del PBI e inflación controlada parecían ser los únicos y más importantes objetivos económicos. La convertibilidad tuvo consecuencias terribles. El creciente déficit de la balanza de pagos se financiaba con el crecimiento de la deuda externa⁵⁴. La coyuntura internacional del capital favorecía este proceso. “En las fases de amplia disponibilidad de crédito internacional y bajas tasas de interés (como sucedió en el curso de la década de 1990 hasta la crisis financiera), los tipos de cambio se apreciaron, la producción doméstica perdió competitividad y se generó un déficit comercial. Esto, sumado al incremento de los servicios de la deuda externa y otros pagos de factores al exterior, aumentó el desequilibrio y reforzó aún más la dependencia del financiamiento externo. En 1997, el déficit de la cuenta corriente del balance de pagos alcanzó a 60 mil millones de dólares” (Ferrer, 2006).

La destrucción del Estado nacional y popular impulsado por el peronismo que ya se vislumbra con el régimen instaurado en 1976, se continúa en el alfonsinismo, va a tener su definitivo despedazamiento en la presidencia de Menem. Podemos distinguir en esta gestión dos etapas.

La primera, sustentada en el consenso social basado en el terror que proponía la hipe-

⁵⁴ “La sobrevaloración cambiaria genera un déficit creciente en la balanza comercial, ya que nuestras exportaciones se hacen muy caras para los extranjeros mientras que las importaciones se hacen muy baratas para los argentinos; en consecuencia la una forma de sostener durante años semejante política ha consistido en un endeudamiento externo también creciente” (Firmenich, 2004).

rinflación. El “padre de la primer criatura” es el Ministro Domingo Cavallo, que adscribe al neoliberalismo más ortodoxo. En esta primera etapa se implementó una “reforma estructural” y dio comienzo en 1991 con la estabilización del tipo de cambio (atando nuestra economía con el dólar), la privatización a precio vil de las principales empresas públicas (atando nuestra economía al poder de los Grupos Económicos locales muchas veces con socios internacionales⁵⁵) y la “desregulación” y la “apertura” de la economía bajo el paradigma del “estado mínimo” (atando nuestra economía doméstica a la voracidad de los Grupos Económicos Transnacionales). Este período estuvo marcado por las privatizaciones, la apertura importadora y otras medidas de liberalización a ultranza. Más allá de manipulaciones estadísticas que inflaron ciertos “éxitos”, el PBI creció, subió la recaudación fiscal, los precios se mantuvieron estables, las clases medias superiores y altas vivieron un frenesí consumista, que las hizo sentirse incluidas. El financiamiento de la etapa de la “fiesta menemista” se debió a que el Estado argentino obtenía fondos gracias a la combinación de ventas de empresas públicas (pese a venderlas a precio de remate) y endeudamiento externo. También hay que decir que durante algunos años (los años dorados del menemismo) parte del crecimiento se debió a la llegada de cuantiosos capitales extranjeros para especular con la bolsa y las tasas de interés, al tiempo que compraban empresas⁵⁶ y aumentaba la deuda pública y privada (A y E Calcagno, 2003).

El menemismo continuó y profundizó un plan de privatización (desguace del Estado, en términos reales⁵⁷) que culminó una transnacionalización creciente de la economía. Este programa de privatizaciones significó una transferencia al sector privado (a las grandes empresas) de los activos de producción de bienes y servicios llevada a cabo a un ritmo vertiginoso, con muy poca prolijidad, y un alto nivel de corrupción. Roberto Dromi, oscuro personaje protagonista del revelador furcio televisivo “todo lo que no deba ser privatizado, será privatizado” fue designado por Menem al frente del estratégico Ministerio de Obras y Servicios Públicos durante su primera presidencia. Este personaje sin escrúpulos fue quien tuvo a su cargo el proceso de privatizaciones a ritmo vertiginoso de enajenación y corrupción. En 18 meses concretó 7 privatizaciones: canales de televisión, radios, Aerolíneas Argentinas, teléfonos, sistemas de peajes, edificios de las Fuerzas Armadas (paralelamente al vaciamiento de Fabricaciones Militares), áreas petroleras de YPF, etc. Su carrera continuó como abogado de los grupos económicos tanto

⁵⁵ Ya para el año 1992 se distinguían con claridad al selecto club de los Grupos Económicos que dominaban todo el escenario nacional (Perez Companc, Techint, Astra, Socma–Macri, etc). Ellos habían aprovechado su momento sin ningún escrúpulo y multiplicado durante el primer gobierno menemista sus ya cuantiosas fortunas. En mayor o menor medida todos habían sido parte de la Patria Contratista, es decir, se alimentaron de la leche del Estado, al que siempre criticaron. Habían apostado contra el Austral y ganaron. Habían puesto dinero en la campaña de Menem y habían recibido a cambio los números ganadores del bingo de las privatizaciones. Incluso algunos, como Bunge y Born habían tendido la oportunidad de manejar la economía a través de sus gerentes disfrazados de Ministros, Miguel Roig y Nestor Rapanelli.

⁵⁶ Los Fondos de Inversión se fueron comprando todo lo comprable, los grupos locales fueron haciéndose cada vez más socios menores o reduciéndose a ser meros gerentes (ejemplo de supermercados Norte, que Gil su dueño lo vendió al Exxel Group y este lo mantuvo como presidente de la compañía con un suculento sueldo).

⁵⁷ El rosarino Osvaldo Iazzetta (2007) afirma con precisión que la imposición o el pasaje de una matriz estado-céntrica a otra mercado-céntrica “fue presentada ampulosamente como una reforma del Estado, en los hechos sólo promovía una reducción indiscriminada del aparato estatal bajo la promesa de que, de ese Estado menor, resultaría un Estado mejor. La colosal transferencia de patrimonio y herramientas de regulación estatal al mercado concretada en esos años distaba de constituir una reforma del Estado”.

de carácter local (grupo Clarín, Astra, etc.) como transnacional. Confirmando así la famosa puerta giratoria existente entre los altos funcionarios ejecutivos y los puestos gerenciales o relevantes de los grupos privados. No obstante, no es este un único y aislado caso. “El modelo argentino [del neoliberalismo] ha encarnado de manera acabada la vinculación orgánica entre *elites* tecnocráticas y mundo empresarial, como lo refleja el caso de la Fundación Mediterránea, financiada por empresas que durante la gestión de Cavallo fueron favorecidas por el proceso de privatizaciones” (Svampa, 2006). No es descabellado afirmar que los funcionarios del período neoliberal trabajaron casi como operadores y agentes de los intereses pertenecientes a los sectores financieros y empresariales muchas veces transnacionales⁵⁸. Un ejemplo de esto es el caso de Daniel Marx al que lo vamos a ver en la negociación de la deuda externa de gobiernos de distinto signo político⁵⁹, de uno u otro lado del mostrador, es decir, supuestamente defendiendo los intereses de la Argentina, o los de los organismos de crédito internacionales, o bien gestionando por los intereses de las transnacionales. A causa de esta puerta giratoria entre funcionarios, empresarios, intereses privados y decisiones estatales no es de extrañar que más allá y paralelamente a la privatización de los servicios públicos se otorgaron subsidios sin tomar en consideración su costo fiscal, sus mecanismos de financiamiento y viabilidad económica (García Delgado, 1999).

La consecuencia directa del proceso de eliminación de las empresas públicas (que antes de las privatizaciones generaban más del 10% del PBI) es “un cambio en la estructura del poder interno. En efecto, los compradores de empresas privatizadas integran la *elite* del poder económico e influyen de modo decisivo en el poder político. Es evidente el valor estratégico y la magnitud de las recaudaciones de los principales servicios públicos (por ejemplo las telecomunicaciones), o la importancia de algunos bancos, la siderurgia, la energía, los ferrocarriles y el petróleo” (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003).

“El proceso de privatizaciones implicó la destrucción de las capacidades estatales, así como constitución de mercados monopólicos, paradójicamente favorecidos por la propia protección estatal, que terminará de asegurar, por medio de condiciones ventajosas de explotación la obtención de una renta diferencial. Una de las claves del período, a saber, la rápida conformación de un nuevo entramado económico, suerte de comunidad de negocios entre grupos económicos nacionales y empresas transnacionales, asociados en la adquisición e empresa estatales privatizadas, fue posible gracias a la corrupción y cooptación de la clase política local –como lo reflejan los grandes escándalos denunciados a los largo de una década–, así como por la fuerte imbricación preexistente ente el equipo económico redactor, con los grupos privados. Por ultimo, no hay que olvidar que durante el proceso de privatizaciones, el Estado generó nuevas normas jurídicas, que favorecieron la implantación de capitales extranjeros, al tiempo que garantizaban la aceptación de la normativa creada en los espacios transnacionales, como el Centro Internacional para el Arreglo de Diferendos

⁵⁸ Dejamos afuera de este concepto los casos en donde incluso van mucho más allá vinculándose a través de la corrupción lisa y llana. Es decir, cuando los favores del Estado se intercambiaron directamente por coimas. En esta época fueron los más resonantes (porque la corrupción se probó judicialmente) los casos de la exportación de oro a Estados Unidos, cobrando reembolsos por 100 millones de dólares y el del escándalo IBM–Banco Nación, por el que la referida empresa transnacional pagó millones de dólares para obtener la licitación por el equipamiento informático de ese banco público.

⁵⁹ “La Alianza puso a negociar la deuda a Daniel Marx que ya lo había hecho con el menemismo y con la dictadura” (Muchnik, 2004).

Relativos a Inversiones (CIADI), dependiente del Banco Mundial” (Svampa, 2006).

Tal como veníamos diciendo, el principal responsable del nuevo modelo económico ortodoxamente neoliberal fue el Ministro Domingo Cavallo. Y su herramienta principal recibió el referido título de Plan de Convertibilidad⁶⁰. Éste aseguró la paridad dólar–peso por ley del Congreso. O sea que, el núcleo del modelo económico contó con el consenso de una clase política que se asume, más allá de matices, como tributaria del pensamiento único. Esta convertibilidad significó una forma de autoatamiento político⁶¹. “Con el famoso 1 a 1, Argentina tenía un sistema monetario propio de los tiempos del patrón oro, con una convertibilidad con el dólar a tasa fijada por ley. Esto significa que el Estado no podía realizar política monetaria para impulsar la reactivación económica. Bajo un régimen monetario de tipo de cambio fijo, para que haya pesos es imprescindible que entren dólares. En contrapartida, si se fugan los dólares, los argentinos se quedan sin pesos. La adopción de un régimen monetario de convertibilidad, implica abandonar absolutamente la soberanía monetaria” (Firmenich, 2004).

En realidad, se trató de eliminar toda forma de refinanciamiento del Estado, restringiendo la emisión de moneda, subvenciones, regímenes de promoción industrial, así como de la consolidación de pasivos. Se facilitó la inversión extranjera (sobre todo la especulativa y de corto plazo⁶²) y se redujeron los gravámenes a la importación, afectando sensiblemente los márgenes de promoción de la producción nacional en función de la invasión de bienes importados. Cumpliendo a rajatabla con los postulados del Consenso de Washington.

Otra de las características de la etapa fue la **descentralización de las políticas sociales**, traspasándose a las provincias por ejemplo escuelas primarias, medias y técnicas, hospitales y programas nutricionales y de vivienda etc.

Es importante mencionar también a la **reforma tributaria** orientada supuestamente al combate de la evasión (de las PyMES y a los autónomos, ya que nada se hizo por perseguir a los grandes contribuyentes), a la imposición de nuevas formas de facturación y ampliación de los regímenes de retención, ampliación de la base imponible, simplificación del sistema y concentración del grueso de la recaudación

⁶⁰ “La Ley de Convertibilidad rige desde el 1/4/91. En sentido estricto, establece un régimen cambiario y monetario en el cual el Banco Central está obligado a comprar y vender sin restricciones los dólares que se ofrezcan y demanden, a una tasa de cambio de 1 peso por 1 dólar, fijada por ley y congelada. Además, hay un compromiso de no emisión de base monetaria más allá de una cierta proporción de las reservas internacionales, cercano a la relación de 1 dólar de base monetaria” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003).

⁶¹ “Para que la convertibilidad funcione, uno de los requisitos políticos más importantes es inutilizar los instrumentos de política económica que puedan esbozar un cambio, por más leve que sea. Esto significa la renuncia a políticas cambiarias, monetaria y financiera; tiene su aplicación a través de la “independencia” del Banco Central de la República Argentina (BCRA). Las comillas obedecen a que el BCRA es en efecto independiente de los demás poderes del Estado, pero no así de los grandes grupos financieros, para quienes es un resguardo y un baluarte: actúa a favor de la concentración y extranjerización del sistema bancario. En la convertibilidad, el BCRA queda reducido a una caja de conversión que emite o absorbe moneda en función de las variaciones de las reservas de divisas. A más divisas, más moneda en circulación, a menos divisas, menos circulante. Así, al responder sólo al mercado, el gobierno pierde un instrumento sustancial de política económica” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003).

⁶² Un ejemplo claro de esta inversión cortoplacista o también llamada capitales golondrinas es la variación que sufrió el panel líder del Mercado de Valores de Buenos Aires, vía índice Mer Val que fue subiendo de 272 puntos (31/7/91) a un máximo histórico de 899 (1/6/92), o sea 230,5% en diez meses. Finalmente cuando estos fondos especulativos retiraron sus ganancias en poco más de siete meses el índice había bajado a 348 puntos (Scavo, 1996).

en el IVA, instaurando uno de los sistemas impositivos más regresivos del universo. El carácter reaccionario de la carga impositiva —es decir, que a medida que ascendemos en la escala de ingresos el impuesto no se hace progresivo, soportando fuertemente la carga en los sectores medios y bajos a través del consumo—, no es una casualidad sino una decisión política basada en uno de los presupuestos del neoliberalismo que aparece formulado de la siguiente manera: se impone una reducción de los impuestos sobre los ingresos más altos, pues el ahorro de los más ricos (personas o empresas) es lo que financia la inversiones indispensables para el desarrollo de la economía. Este razonamiento es el primer paso indispensable de la teoría del derrame. Tomemos como paradigma al IVA. El impuesto sobre el valor agregado (IVA), que se duplicó durante el menemato, tiene una clara naturaleza regresiva. Se trata de un impuesto sobre los productos de consumo que afecta, de forma igualitaria y por ende desproporcionada, a los grupos de mayor y menor poder adquisitivo e ingresos, fundamentalmente porque se aplica sobre todos los productos básicos, como pueden ser los de alimentación, ropa, vivienda y remedios. El IVA centralmente ejerce una mayor presión de carga impositiva sobre los pequeños comercios (y también sobre las PyMES) pues estos sectores son los que no están en condiciones de absorber y amortizar estos impuestos sobre el conjunto de sus costes.

Finalmente hay que hacer referencia a la liberalización (desregulación en el lenguaje globalizador) que alcanzó diversos ámbitos como los mercados agropecuarios, eliminando la Junta Nacional de Granos y la de la Carne, así como organismos descentralizados de la Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca. La cuestión era quitar todo tipo de control o intervención estatal, dejando sin efecto los reglamentos y las disposiciones que suponían ingerencia del Estado en los cotos privados de las corporaciones nacionales o transnacionales mediante subsidios e impuestos implícitos que, “distorsionaban” el funcionamiento del Mercado y la “libre” formación de precios. Dicho de otro modo, liberar de cualquier límite a la libre operación de los Grupos Económicos.

Pero este esquema, hacia mediados de 1994, empezó a agotarse. Aparecieron los problemas, la crisis mexicana de fines de ese año fue el empujón externo que sumergió al país en la profunda recesión de 1995. La segunda etapa comienza con la Crisis del Tequila, y es capitaneada por Roque Fernández que tampoco se aparta un ápice del paradigma del Consenso de Washington.

Esta etapa será una continuidad del Plan de Convertibilidad, pero está orientada a profundizar la precarización laboral (flexibilización) a extender el ajuste empezando a alcanzar a los estados provinciales, y a concluir con el proceso de privatización de todo lo “privatizable”, lo cual significa una profundización de las reformas estructurales requeridas por el FMI para la instauración plena del modelo neoliberal, con una ortodoxia extrema que destaca a nuestro país como uno de los “mejores alumnos⁶³” del nuevo esquema dependiente.

La recesión impactó de lleno en la clase media, ya sea mediante la pérdida de ciertos empleos, como del cierre de los comercios pequeños que no pueden competir con la concentración económica (representada en este rubro por los grandes supermercados y los *shoppings*), el descalabro de las cuentas de los pequeños y medianos emprendimientos económicos con el aumento de los costos fijos y concomitantemente de la presión tributaria y finalmente la falta de créditos blandos para las PyMES. El deterioro de la situación de la clase media con su incorporación a la búsqueda de empleo de sectores con educación media completa

⁶³ Muchas veces el propio FMI felicitó a la gestión económica menemista calificándola de “mejor alumna” y ejemplo para las decisiones económicas de otros países más heterodoxos.

y hasta a veces superior, provocó un efecto dominó, o sea la imposibilidad cada vez mayor de acceso al trabajo de los más humildes cuyas condiciones para la disputa de puestos se encontró cada vez más restringida. Paralelo al desempleo se desarrolla otro fenómeno que es el de sobreempleo: la necesidad creciente de permanecer más horas en la fábrica o en la oficina para cuidar el trabajo, sin que ello signifique en la mayoría de los casos el cobro de horas extras. Según ciertas cifras de esta época los sobreocupados representaban más del 42% de las personas con empleo estable (García Delgado, 1999).

“En 1994 privatizaron la Seguridad Social, a través de la aparición de las AFJP, con el argumento de la ineficiencia de la gestión estatal en la materia. El sistema de capitalización adoptada o se utilizaba entonces en ningún lugar del mundo. El vaciamiento de la Seguridad Social, más la baja de los aportes patronales, justamente en 1994, privó al Estado de ingresos por siete mil millones de dólares anuales” (Muchnik, 2004).

La tibia recuperación de la recesión de la crisis del Tequila fue obtenida gracias a más apertura, más transferencias y reducciones fiscales favorables a los Grupos Económicos Transnacionales, más reducciones de salarios reales y un espectacular aumento de la desocupación, todo esto acompañado de un brutal y acelerado endeudamiento externo público y privado que llegó a niveles críticos hacia comienzos de 1999. Aunque la situación se había estado agravando a lo largo de 1998, cuando en enero de 1999 estalló la crisis brasileña el gobierno atribuyó a la misma los problemas económicos del país (“efecto contagio”, “impacto negativo sobre las exportaciones”, y muchas otras excusas) intentado ignorar los factores endógenos derivados de la estrategia aplicada a lo largo de casi una década.

Un párrafo aparte merece la deuda externa del período menemista. “La deuda externa pasó de 60.000 millones de dólares en 1990 a 140.000 millones en 1999. A este aumento deben sumarse los ingresos por privatizaciones, que fueron de 26.300 millones. En definitiva, se gastaron 106.300 millones de dólares (...). En 1999, los pagos por intereses de la deuda externa ascendieron a 8.663 millones de dólares, el 17% del total de gastos de la administración nacional. De aclararse que los pagos por intereses constituyen pagos corrientes del gobierno que deben ser generados por recursos genuinos y que desde el punto de vista presupuestario tienen la misma naturaleza que los gastos en sueldos, salarios y seguridad social. De tal modo, el 17% de intereses redundará en mayores impuestos, en menores gastos en otros rubros... o en mayor deuda” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003).

Durante el menemato la deuda externa fue potencializada por una arquitectura especial diseñada por los organismos financieros internacionales, llamada Plan Brady. El país refinanciaba casi 22 mil millones de dólares de capitales de la deuda, con un pago de intereses cercanos a los 8.000 millones de dólares. Por cada año de vigencia del Plan Brady, en los hechos, Argentina tenía que desembolsar 2.500 millones de dólares anuales. Pero el Brady no resolvió el problema de la deuda; tan sólo pospuso los vencimientos acuciantes y, eso sí, le insufló más aire a la burbuja especulativa en la que flotaba el Plan de Convertibilidad por lo que aseguró entradas de capital financiero externo y desinfló el empleo y los salarios.

El funcionamiento de la convertibilidad dependía de la entrada continua de capitales en montos brutos cercanos a los 20.000 millones de dólares por año, para cubrir el déficit en la cuenta corriente del balance de pagos y las amortizaciones de la deuda. Cuando los capitales eran insuficientes, se ajustaba por recesión, Tal era el efecto directo de los cortes presupuestarios, así como en el sector externo era necesario reducir las importaciones. En ambos casos, disminuye el producto, la desocupación aumenta, la recesión se profundiza y cae la recaudación fiscal (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003).

Este proceso de destrucción del Estado fue paralelo a la transformación de la economía, creciendo índices de desocupación que fueron hasta límites jamás alcanzados, destruyendo también la industria nacional, promoviendo el predominio del sector servicios. Todo esto en lo social fue marcando el proceso de exclusión económica de gran parte de los trabajadores. En síntesis fue un proceso de reingeniería social, en el cual se corrió el eje del Estado como expresión de síntesis social –en el plano económico y también en el político– y se puso el centro en el “mercado” y en particular en los GET que paulatinamente fueron dominando a la economía.

El atraso del tipo de cambio constituyó una herramienta fundamental de la política económica neoliberal que, entre otros objetivos, mantuvo controlado el aumento de los precios de los bienes de consumo, llegando a tornar menos onerosa para el Estado la adquisición de las divisas necesarias para el pago de los compromisos derivados del endeudamiento externo, pero actuando al mismo tiempo en detrimento de la producción nacional (propensión importadora y debilidad exportadora). El peso equiparado al dólar funcionó como una especie de subsidio implícito, favoreciendo junto con un tipo de apertura económica indiscriminada, la importación de bienes diversos que desplaza la producción local, destruyendo la industria nacional y eliminando numerosos puestos de trabajo.

Los Calcagno nos marcan que: “La economía de la convertibilidad funcionó en los primeros años porque entraron suficientes capitales para financiarla. Primero fueron las privatizaciones y después la inversión directa extranjera, pero cuando se fueron agotando esos recursos empezó a crecer la parte del endeudamiento externo en el financiamiento de la convertibilidad. Ahora, con un tipo de cambio sobrevalorado que actúa como subsidio a las importaciones; con las empresas extranjeras con su fuerte vocación importadora como ejes del aparato productivo y con un déficit estructural en la cuenta corriente de la balanza de pagos (en 1998, de 14.500 millones de dólares)” (Alfredo y Eric Calcagno, 2003).

En definitiva, el cambio sobrevalorado dio el tiro del final a gran parte de la industria argentina. Sobre todo a aquella pequeña y mediana que era fundamental en la creación de empleo. En realidad la industria nacional recibió uno y otro golpe desde el “Rodrigazo” del 75. Pero este proceso de desindustrialización creciente y empobrecimiento de los sectores populares fue traduciendo en profundos cambios dentro del tejido social popular. “Este proceso, que afectó a las clases trabajadoras argentinas, no ocurrió en una secuencia única, sino más bien fue desarrollándose en diferentes fases o momentos. A su vez, la dinámica descolectivizadora tuvo profundas implicancias, tanto en el plano objetivo como en el subjetivo, en el nivel social como en el cultural” (Svampa, 2006).

Para muchos hombres y mujeres de nuestro Pueblo esto significó la pérdida de soportes sociales y materiales que durante décadas habían configurado su identidad. Así definitivamente entraba en decadencia la cultura del trabajo como estructurante social. Por eso tampoco es sorprendente que se debilitara también el movimiento obrero. Esto nos permite explicarnos –por lo menos en parte– que no sólo la cooptación de estructuras sindicales en una complaciente relación con el poder de turno se funda en la traición de dirigentes gremiales, sino también en la propia debilidad creciente de la participación y la fortaleza misma del mundo obrero.

Sin caer en la estigmatización y la demonización de los sindicatos que hacen los sectores liberales y progresistas que prefieren su entierro a su resurrección, no hay que dejar de consignar que la mayoría de los grandes sindicatos nucleados en la CGT, fundamentalmente los denominados “Gordos” no sólo no se opusieron a las reformas estructurales del neoliberalismo que paradójicamente

les iba minando sus bases de afiliación y poder, sino que negociaron con el gobierno menemista en una estrategia suicida de supervivencia de los sindicatos más allá de la suerte de los trabajadores que representaban. El pragmatismo y la facilidad para adaptarse a las nuevas relaciones de poder fue, sin duda, una manera de diluir uno de los escollos insalvables con los cuales la globalización excluyente se esperaba encontrar en estas tierras.

El ciclo económico del menemismo había dejado una consecuencia clara: el desempleo estructural y una debilidad manifiesta: el déficit fiscal financiado con deuda externa. Está claro que esta última cuestión es la que más alarma provocaba. Contra ella que se dirigen las llamadas segunda generación de reformas, por lo menos en lo teórico. En lo real el contenido principal de estas nuevas reformas estructurales fue, como decíamos, instalar las condiciones de precarización del empleo (flexibilización laboral) para “mejorar la competitividad” y “reducir el costo argentino”.

La sanción de la ley 24.013 llamada “Nueva ley de empleo”, fue el principio de la flexibilización y de algún modo fue un punto importante de inflexión al cambiar el posicionamiento del Estado en su intervención en la relación capital-trabajo. Esta es la primera ley de flexibilización laboral (la segunda será del gobierno aliancista con De la Rúa y Chacho Alvarez). Los objetivos de esta legislación son según García Delgado: “Una apuesta por la precarización, por la reducción unilateral de salarios para las empresas, la modificación de la jornada laboral, la negociación a nivel de empresas, el fin del régimen de indemnizaciones y un nuevo régimen de contratación”.

Esta ley redujo asimismo los aportes patronales a la seguridad social, modificó las normas sobre accidentes y enfermedades laborales y creó un seguro de desempleo que cubría sólo ciertos sectores del mercado formal. De esta manera en la década del 90, el llamado costo laboral bajó un 62%, según las estadísticas oficiales del Ministerio de Trabajo. Por otro lado, se observó también un notorio aumento del empleo no registrado que pasó del 26,5% en 1990 al 35% en 1999 y del subempleo que en 2001 alcanzaba el 16,3% (Fuente: Indec).

El modelo económico neoliberal “hizo que se incrementase en forma notoria la desigualdad social, como lo atestigua una distribución del ingreso crecientemente regresiva: si en 1991 el 10% más rico de la población recibía el 34,1% del ingreso y el 30% más pobre, sólo el 8,8%, en 1997 estas cifras se habían modificado para peor: 36,6% y 7,7% respectivamente. Datos oficiales de octubre de 1999 para la Capital federal y el Gran Buenos Aires indican que el decíl más rico gana veinticuatro veces más que el decíl más pobre” (Nun, 2000).

Detrás de todas estas cifras aparentemente impersonales vamos a encontrar el proceso creciente de exclusión social de hombres y mujeres concretos. Y no sólo nos referimos a la desocupación como exclusión económica absoluta sino también y fundamentalmente al deterioro del empleo en todos sus niveles, la precarización, el trabajo en negro, el crecimiento de la economía informal, etc. “En primer lugar, desde un punto de vista objetivo, para un sector de los trabajadores menos calificados de la clase trabajadora formal, el proceso de descolectivización arrancó en 1976, con la última dictadura militar y se fue acentuando a los largo de los primeros gobiernos democráticos. Así, ya en este periodo, no fueron pocos los trabajadores que se vieron excluidos del mercado formal, y que comenzaron a desplazarse hacia actividades propias del sector informal, a partir del trabajo por cuenta propia o en relación de dependencia” (Svampa, 2006).

Así, durante la década del 90, mientras que la Población Económicamente

Activa creció un 28% el desempleo creció el 156,3% y el subempleo 115,4%⁶⁴. La pauta general fue el incremento de la productividad, con escasa generación de empleo y deterioro creciente de las condiciones laborales. Asimismo, el nuevo modelo modificó la inserción de la economía en el mercado mundial, ya que la apertura a las importaciones condujo a una reprimarización de la economía: en este contexto las pequeñas y medianas empresa tuvieron grandes dificultades para afrontar la competencia externa, con lo cual las exportaciones se concentraron ahí donde sus precios se expresaban directamente en dólares (petróleo, producción agrícola, etc.) y donde el valor agregado era débil o casi nulo.

“Hacia abajo el nuevo modelo fue consolidando una matriz asistencial, a partir del desarrollo de estrategias de contención de la pobreza, por la vía de la distribución de planes sociales y de asistencia alimentaria a la poblaciones afectas y movilizadas. La nueva división del trabajo político apuntó también a encapsular el conflicto en los barrios y a despolitizar la figura del militante. En la medida en que la situación social se fue agravando y la política implementada por el Partido Justicialista fue contestado por nuevos actores sociales, el Estado, en sus intancias provincial y nacional, debió intervenir, tanto para desarrollar planes de contención social más vastos como para reforzar el sistema represivo institucional, judicializando y reprimiendo el conflicto social” (Svampa, 2006).

La contracara del proceso de exclusión es el de concentración y transnacionalización de la economía. No cabe duda alguna, pues los datos son inconstrutables, que el menemato favoreció la concentración de la economía y la transferencia de recursos a los GET. Es imprescindible mencionar como parte del proceso de transferencia de poder y de concentración de capitales los importantes subsidios que el Estado continuó efectuado respecto de los distintos activos transferidos: peaje U\$S 110 millones, Ferrocarril U\$S 330, así como también la reducción de los aportes patronales U\$S 3200 millones todos esto por año. Y los fuertes activos que se aportan a la AFJP no menos de U\$S 1700 adicionales (García Delgado, 1999).

A partir de la segunda presidencia de Menem la economía argentina fue insertándose cada vez más en el sistema de dominación globalizante. Los dueños de los grupos económicos locales fueron siendo desplazados por grupos transnacionales, muchos de los cuales fueron sus socios en los procesos de privatización. Algunos apostaron mal y perdieron mucho como Amalita Fortabat, que intentó con algunas privatizaciones (ejemplo en los ferrocarriles) pero el único negocio que le siguió funcionando fue su tradicional monopolio del cemento (Loma Negra). Otros más vivos como Franco Macri compraron en el momento justo y cuando desembarcaron los grupos transnacionales vendieron rápidamente. Otros sencillamente decidieron vender todo e instalarse en un mercado con más rentabilidad, como el caso de Bunge & Born que llegó hasta vender la joya de su otrora corona: Molinos Río de la Plata. Si analizáramos en particular el desarrollo individual durante el menemato, podríamos comprobar el alto grado de adecuación a las condiciones que denominamos propias del sistema globalizante. Como dice el periodista y economista Daniel Muchnik: “La industria mostró desarticulación y la mentada expansión industrial presentó el siguiente panorama: 1) aumentaron las inversiones en consumos suntuarios; 2) hubo un requerimiento

⁶⁴ “Así durante los años 90, un enorme contingente de trabajadores fue expulsado del mercado de trabajo formal, mientras que otro sufrió las consecuencias de la precarización o buscó refugio en las actividades informales, como estrategia de sobrevivencia. En este sentido, tanto los ejemplos de YPF como el de Somisa, reflejan acabadamente el proceso de descolectivización y desincorporación producido por el colapso de los marcos sociales y laborales que acompañaron a la privatización de las empresas públicas” (Svampa, 2006).

llamativo de esos bienes; y 3) la importación masiva y subvencionada junto con el retraso cambiarlo arrinconaron a la empresa nativa por debajo de las grandes”.

Los capitales especulativos también tuvieron cierta preponderancia en el banquete extranjerizador, el caso del Exxel Group es un ejemplo paradigmático. Se trata de un verdadero gigante que creció y se desarrolló en nuestro país en menos de cinco años. Llegó a situarse entre las cinco empresas que más facturan en Argentina y se convirtió en el mayor empleador, en cuanto a cantidad de empleados (más de 30.000) de sus empresas controladas. Sus negocios no tenían un rubro fijo, sólo dividendos para mostrar a los accionistas del fondo de inversión: una tienda casi monopolica —en su momento— del rubro discográfico y equipos de música como Musimundo, una gran cadena de supermercados como Norte y TIA o un negocio de ropa *fashion* como Paula Cahen D Anvers. Su administrador fue Juan Navarro, un CEO uruguayo, que manejaba un fondo de cientos de millones de dólares. Navarro, más allá de su fortuna personal, jamás fue dueño de todo ese dinero, sólo administraba plata de decenas de inversores de las más variadas clases, desde universidades hasta una Iglesia de Hungría, amparado por los conocidos fondos de pensión. Navarro se dedicaba a comprar las empresas y manteniendo el *management*, o bien reemplazando a los directivos cuando los números de las cuentas empezaban a andar mal. Para que se entienda mejor, el patrimonio personal de Navarro es claramente menor que el de Macri, aunque manejaba las decisiones de un grupo empresario sustancialmente mayor. Otro ejemplo lo tenemos en Elszatain, cara visible de IRSA, quien tampoco es Soros, aunque es el hombre que le manejaba sus intereses en Argentina, es decir, administraba los negocios inmobiliarios uno de los hombres que poseía incontables hectáreas de tierra en el país. La operatoria de estos fondos de capital especulativo está más vinculada a los manejos de acciones que al beneficio directo que obtienen de la compra y venta posterior de las empresas. Sólo eso explica que muchas de las empresas compradas por el Exxel fueron a la quiebra de su mano sin que esto afecte centralmente al fondo de inversión.

Junto a estos fondos especulativos puros y los Grupos Económicos Transnacionales (que se quedaron fundamentalmente con las privatizaciones), aparecen para completar el escenario de los noventa algunos grupos “nacionales” que se mantuvieron y nunca dejaron de ubicarse entre los primeros en ganancias y facturación, son los casos de Perez Companc y Techint. El especialista de tubos sin costura para la industria petrolera, particularmente, siguió creciendo en los noventa sin prisa pero sin pausa. También aparecen otros que participan en estos años de los principales puestos en facturación, son los casos de Clarín y Arcor. Durante el año 98 Clarín facturó más de 2 mil millones de dólares y aunque su ganancia no fue espectacular hay que tener en cuenta el poder agregado que implica el nivel de influencia de su diario y demás medios bajo su control. Sin embargo, el desmanejo financiero de este grupo económico lo colocó al borde de la quiebra, de la cual fue virtualmente salvada por Duhalde con la pesificación de su deuda (que fue como regalarle una quita del 66%, porque dividió por tres lo que debía). Lo de Arcor también merece ser nombrado, facturaba 1.300 millones de dólares, siendo uno de los primeros productores de caramelos del mundo, creció desarrollando diferentes productos (desde golosinas hasta el papel para envolver paquetes de cigarrillos). Poco a poco, esta empresa se fue constituyendo con la lógica y la práctica de una transnacional en su rubro a nivel mundial.

Pero los grandes ganadores de los noventa fueron sin duda los Grupos Económicos Transnacionales. El principal rubro de inversión directa extranjera en el menemato fue, sin duda, en lo referente a la apropiación de las empresas del Estado nacional. Si uno se sitúa desde la perspectiva de los países centrales, perspectiva de la que surge el modelo neoliberal, la discusión sobre las privatizaciones puede

ser pensada simplemente como cuestión de política interna. No obstante, donde los compradores son extranjeros —como en los países periféricos—, la privatización de empresas propiedad del Estado a menudo significa desnacionalización: una transferencia de control a inversionistas o empresarios extranjeros (muchas veces los propios Estados de países centrales como por ejemplo el caso de Repsol y Telefónica, uno de cuyos principales accionistas es el propio Estado español).

Las privatizaciones en nuestro país no significaron solamente un traspaso de determinados resortes de la economía del sector público al sector privado. Por un lado constituyeron un proceso de transnacionalización de nuestra economía. Para constatar esto no hay más que analizar el componente predominantemente transnacional de los capitales que se apropian del ahorro nacional concentrado en las empresas, que oportunamente se habían calificado de estratégicas, y en ese marco habían hecho su proceso de acumulación y crecimiento. Por otro lado, es importante entender que este proceso de privatizaciones introdujo un cambio sustancial en las relaciones de poder en la Argentina, reformulando la alianza oligárquica dándole una nueva homogeneidad y fragmentando aún más a los sectores populares. Desde el punto de vista conceptual se puede afirmar que el poder de amenaza, de condicionamiento al poder institucional se desplazó de la clase trabajadora (huelga, toma de fábricas) a los Grupos Económicos (golpes de mercado, fuga de capitales).

Nuestro país, en proceso de adecuación creciente a las condiciones de la globalización, se produjo una redefinición de lo que Gramsci llamaría el bloque de poder hegemónico en el transcurso de los 90, aunque esto no es producto exclusivo del menemismo sino la culminación del mentado proceso que se inicia en el 76 con la aparición de la hipertrofia del sistema bancario y financiero (la patria financiera), a la que se suman los nuevos *holdings* de nivel nacional (la patria contratista), y los futuros multimedia (con origen en el reparto de Papel Prensa). De este modo, se modifican las relaciones de poder hasta entonces hegemónicas por la disputa entre los factores de poder que signaron el período anterior las fuerzas armadas, los sindicatos, las cámaras empresarias y la cúpula de la Iglesia (García Delgado, 1999).

El corazón de las transformaciones económicas que reestructuran el Estado y también el Bloque histórico de poder hegemónico lo constituyen sin duda las privatizaciones, la hipertrofia financiera fundamentalmente expresada en la reforma previsional (privatización de la Seguridad social), la rebaja de los aportes patronales y el incremento desmedido de la deuda externa, a lo que debemos sumar el poder otorgado al FM y el BM que con cada renegociación iban marcando las pautas del programa globalizante. Lo particular es que todas estas medidas fueron tomadas con la excusa de la superación de las crisis que contribuyeron a incrementar. Un modo particular que apagar los incendios con nafta. “El Estado intentó superar la crisis de los setenta y ochenta, transfiriendo nuevos recursos al capital, con la promesa de crear empleos, generando al mismo tiempo un fondo de acumulación —mercado de capitales interno— que resguardara a la Argentina de los *shocks*. El pago de la deuda, por su parte, era la garantía para un permanente flujo internacional de créditos. Sin embargo, apenas despuntó la crisis internacional —sudeste asiático, Rusia, Brasil—, se produjo una fuga de capitales en un contexto de déficit fiscal creciente con los fondos de las AFJP invertidos en bonos del Estado, un suba record de la desocupación y del trabajo en negro, y un crecimiento explosivo del endeudamiento externo, tanto público como privado” (García Delgado, 2002).

Todo este nuevo modelo constituyó en definitiva un eficiente sistema de transferencia de los recursos nacionales de los sectores trabajadores y excluidos hacia los sectores dominantes globalizados. La apropiación de la riqueza que se fue produ-

ciendo en todos estos años, fue consumada con el consentimiento de una democracia vacía, en la que el Pueblo no decidía ni gobernaba. Para darnos una idea de la magnitud de esta transferencia de recursos tomemos el ejemplo de las privatizadas. Entre 92/99 las empresas privatizadas (la mayoría en manos de los GET) ganaron según sus propias declaraciones U\$S 7.535.-Millones. Sólo en el 99, y para tomarlo como ejemplo, se llevaron el 65% de las ganancias de las empresas extranjeras fuera de la Argentina. De ese dinero, U\$S 1.600.- millones reinvirtieron sólo 600 y 1000 millones fueron remitidos al exterior a sus casas matrices. A esto hay que agregarle que a sus grupos dirigenciales (CEO, gerentes, etc.) pagaron aproximadamente 240 millones (de lo cual habría que delimitar cuanto queda realmente en nuestro país). En estos términos van quedando más o menos claras además las causas de la recesión y la crisis económica permanente quedando como única salida de sustento de la convertibilidad como cadena económica el creciente endeudamiento externo.

Ninguno de estos gobiernos neoliberales controló (ni siquiera se lo propuso hacer) los autoprestamos de los GET (vía de bancos e instituciones financieras del extranjero, muchas veces pertenecientes incluso al mismo grupo económico), aun cuando esto repercutió directamente en la recaudación fiscal. Y este fue otro de los mecanismos de expoliación que usaron las corporaciones transnacionales.

Entre 1992 y 1998 la inversión directa extranjera (IDE) creció extraordinariamente en Argentina, sin dar lugar a un proceso de crecimiento sostenido. En este periodo, los aportes de capital sólo fueron el 31% de la inversión externa directa total. El resto fue reinversión de utilidades (13%), deudas con las casas matrices (11%) y cambio de manos de empresas ya existentes (30% en el sector privado y 16% en privatizaciones). Mientras tanto la renta que cobraron fue de 13.083 millones de dólares. En síntesis: los aportes limpios (11.500 millones de dólares) fueron menores que las rentas percibidas (13.083 millones); además, las compras de empresas ya instaladas ascendieron a 17.300 millones de dólares (en esos casos no hubo inversión nueva). La conclusión es obvia: esta inversión extranjera directa no ha generado transferencias positivas de recursos hacia el país, no ha dado lugar a una expansión de exportaciones (netas de importaciones), y en cambio se fueron generando remesas de utilidades que pesan de modo estructural sobre la balanza de pagos (A y E Calcagno, 2003).

Los menemistas suelen jactarse de que, en 1998, el PBI *per capita* aumentó alrededor del 30 por ciento sobre los índices de 1988. Y que el crecimiento promedio del Producto Bruto Interno osciló en el 5,8 por ciento entre 1990 y 1998. Claro que entre 1998 y 2002 el modelo había entrado en un túnel y no tenía salida: lo único que ofreció fue una recesión de una profundidad nunca vista en toda la historia nacional. La concentración de la riqueza mostró ribetes fantásticos. Y la miseria fue descomunal. En 1980, antes del final de Martínez de Hoz, el índice de pobreza incluía al 8 por ciento de la población. En 1998, de 33 millones de habitantes que moraban en las áreas urbanas del país, cerca de 9 millones vivían en la pobreza y 2 millones en la pobreza extrema. El derrumbe de diciembre de 2001 y la devaluación posterior abrazó a 8 millones más, totalizando 17 millones de pobres, de marginados, de no-ciudadanos. En 1998 el desempleo alcanzaba del 12 por ciento de la población activa, a más del 15 por ciento (en 1997 llegó al 18 por ciento) sobre una masa laboral de 14 millones de habitantes. En 2002 más del 40 por ciento de esa mano de obra trabajaba “en negro”, sin protección de ninguna especie, es decir, a la deriva. “Si bien los gobiernos de Menem estuvieron embanderados (abrazados mejor dicho) tras los intereses del pensamiento neoliberal y conservador, la apuesta del Plan de Convertibilidad pasó a ser su máxima, delicada (y perversa, por lo extendida) expresión.

La principal apuesta de la Ley de Convertibilidad fue la deflación de precios, o sea, acabar con la inflación escandalosa que se padecía por arrastre” (Muchnik, 2004). Las consecuencias de este modelo perverso están a la vista...

EL GOBIERNO DE LA ALIANZA COMO CONTINUIDAD. EL DUHALDISMO COMO TRANSICIÓN.

Junto a los más humildes, la clase media fue –quizás– uno de los principales perdedores del modelo del neoliberalismo más ortodoxo encarnado por Menem. Los sectores medios (sobre todos medios bajos) no sólo vieron disminuir sus ingresos y precarizar sus empleos, sino que también muchos fueron colocados en una situación de vulnerabilidad o exclusión potencial, que algunos autores denominan “nuevos pobres” (Bustelo y Minujin). Esto explica en cierta medida su apoyo⁶⁵ a las tibias alternativas socialdemócratas que, sin cuestionar en lo sustancial al modelo económico, se plantearon como reemplazo del más crudo neoliberalismo. Claro que la clase media no es la única afectada, tal como suele pensarse a sí misma. La caída de salarios, el desempleo, la caída del acceso a servicios públicos, atravesó a los más humildes de modo particular. El sustento de la Alianza que expresaba la unidad de los partidos que concentraban la expectativa de la mayoría de los sectores medios fue la ilusión de que sin cambiar el modelo económico⁶⁶, sino dándole un marco de prolijidad y menor corrupción, la situación de estos sectores iba a cambiar. Esta ilusión se estrelló contra la realidad. Una de las primeras medidas de ese gobierno fue la flexibilización laboral que deterioraba a un más a todos aquellos que tenían empleo. Y esta ley fue obtenida mediante un hecho de corrupción tan descarado que pasó a conocerse como la ley “Banelco”, en referencia a la tarjeta de cajeros automáticos de la que sacarían el dinero para comprar a los legisladores, según los propios dichos del Ministro de Trabajo Flamarique. Ajuste sobre ajuste, comprando la voluntad institucional que se le opusiera, el sistema continuó demostrando que la corrupción le era intrínseca. Se hace patentemente cierta la frase del economista Jorge Beinstein: “El funcionario estatal corrupto es una habitante natural de la globalización” (Beinstein, 2000).

La prolongación del sistema de convertibilidad hizo de la política económica una continuidad más allá del cambio de partido en el ejecutivo. El endeudamiento público permitió durante un buen tiempo amortiguar la caída de la demanda (recordemos que durante los últimos años de Menem y el comienzo del gobierno de De La Rúa, la Argentina estuvo endeudándose a razón de unos casi 20.000 millones de dólares anuales para financiar el déficit fiscal y sostener ese régimen monetario), pero llegando a un cierto nivel su peso

⁶⁵ Muchos sectores medios empezaron a tomar conciencia de las consecuencias nefastas del neoliberalismo cuando este los impactó de modo directo. Así surgieron protestas como por ejemplo la instauración de la “carpa blanca” frente al Congreso Nacional por parte del gremio docente en demanda de financiamiento educativo. Esa novedosa forma de protesta más digerible para los sectores medios y los medios masivos de comunicación fue generando simpatías. Pese a los acompañamientos con que contó, luego de un largo período (casi dos años) de desgaste y vanalización, la protesta tuvo una resolución poco afortunada, en la cual desempeñó sin duda un papel importante el contexto de expectativa y apoyo que el propio gremio de docentes (CTE-RA) había depositado en el nuevo gobierno de la Alianza.

⁶⁶ “Recordemos que el mismo Álvarez, antes de devenir vicepresidente de la Nación, se vio en la obligación de realizar una autocrítica, al reconocer que se había equivocado en no votar la Ley de Convertibilidad” (Svampa, 2006).

comenzó a provocar efectos contrarios a los originariamente buscados. Las necesidades de fondos por parte del Estado mantuvo altas las tasas reales de interés frenando así las inversiones, las obligaciones de pago de la deuda se expresaron en cargas tributarias que introducían bloqueos adicionales a la demanda. Sin embargo, una fuerte reducción del ritmo de endeudamiento (bajando el gasto público y/o subiendo la presión fiscal) tendría efectos recesivos lo que afectaría la recaudación impositiva ampliándose así el déficit que se quería combatir y para colmo con menor actividad económica. La deuda externa a mediados de 2.000 ascendía a 200 mil millones de dólares, de los cuales 120 mil correspondían al gobierno nacional, 20 millones a las provincias y 60 mil al sector privado. Era el 66 por ciento del Producto Bruto Interno, o sea, la friolera suma equivalente a ocho años seguidos de exportaciones. “Esta relación superaba con creces la relación de dos años que indicaba el Banco Mundial como “posible”. Los pagos por esa deuda superaban los 18 mil millones de dólares. Las importaciones, por otra parte, aumentaron en un 600 por ciento. La clase dirigente navegaba entre la negligencia y el vaciamiento ideológico. La realidad mostraba una nueva extranjerización avanzada y la subordinación absoluta a las decisiones dictadas por los Estados Unidos, los organismos financieros internacionales o los anteojos de quince o veinte *yuppies* sentados en sus escritorios de *Wall Street*, para quienes la Argentina es *finis terrae*, algo lejano, indudablemente rendidor, pero incomprensible. El gobierno de la Alianza trató empecinadamente de mantener el tipo de cambio fijo cuando en el mundo había dejado de existir desde la crisis mexicana, en 1995. Esa rigidez repercutía en las exportaciones y en la vida cotidiana. En 2000 unas ochocientas personas se quedaban sin trabajo por hora y el índice de mortalidad infantil estaba cercano al 19 por mil. Uno de cada tres argentinos sufría serios problemas de empleo. A ese grupo pertenecen los desempleados, subempleados, trabajadores en negro y los desahuciados que no consiguen o que ya no buscan: los que han perdido toda expectativa” (Muchnik, 2004).

La crisis se cernía sobre una economía cada vez más debilitada y exhausta por la extracción transnacional de la que era objeto. La búsqueda desesperada de un “blindaje” financiero revela la dependencia completa en que se encontraba el modelo respecto de los capitales extranjeros. El denominado blindaje corresponde a la ilusión de que una fuerte inyección de deuda (la que venía sosteniendo la convertibilidad) podía evitar una crisis financiera extrema.

Las buenas relaciones entre el Ministro de Economía de la Alianza (Machinea⁶⁷) y el FMI permitieron un primer blindaje de cerca de 40.000 millones de dólares entre nuevos préstamos y compromisos de renovación de deuda anteriores. Allí se sumaron cosas muy diferentes: el FMI presta en total 13.700 millones de dólares. El gobierno de España (es bueno preguntarse por qué, en defensa de qué intereses) se comprometió a aportar 1.000 millones en condiciones análogas a las del FMI. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) se anotó con 2.500 millones para áreas sociales, vivienda, reformas financieras y aumento de la competitividad. El Banco Mundial se comprometió con 2.500 millones para programas específicos. Por su parte, los principales bancos privados que operaban en la Argentina encararon el refinanciamiento del vencimiento de títulos públicos por 10.000 millones y las AFJP adquirieron títulos de la deuda argentina por 3.000 millones (ambos “en condiciones de mercado”). También se contabilizan otros 7.000 millones por canje de bonos de deuda por otros títulos de vencimiento a plazo mayor (A y E Calcagno, 2003).

Pero, como dice el dicho campero, no se puede tapar el cielo con un arnero. “Ricardo López Murphy no tuvo otra propuesta, al suceder a Machinea, que ofrecer con tono marcial un plan monetarista ortodoxo, pero fue tal la protesta que debió

⁶⁷ “Machinea no sólo tenía muy buena relación con el FMI sino que también había sido gerente de finanzas del Banco Central durante la dictadura” (Muchnik, 2004).

irse a la semana” (Muchnik, 2004). El radicalismo en el gobierno demostró no sólo su espíritu continuista, sino también su ineptitud, llegando incluso a convocar a personajes del menemato, como el propio Ministro Cavallo, con la intención de impedir una crisis que aparecía como inexorable. “Cavallo implementó más impuestos (ni el cheque se salvó), trató de devaluar indirectamente y pergeñó el “megacanje” junto a David Muldford, del Credit Suisse–First Boston, hombre de su confianza y condecorado por Menem. Rescató 65 bonos distintos del mercado internacional, pero emitió otros cinco por 30 millones de dólares. A continuación pidió más socorros al FMI valiéndose incluso de sus contactos en los Estados Unidos; pero todo resultaba en vano y la catástrofe se avecinaba. Con renovados manejos bancarios Cavallo duplicó la deuda porque rescató bonos por 41 mil millones de dólares cuando sólo valían 20 mil millones. Mientras el índice de riesgo país, de más de 3.500 puntos, se escapaba hacia los cielos, impuso el “corralito”, beneficiando a los bancos y a los grandes negocios” (Muchnik, 2004).

Blindaje, megablindaje, la deuda financiando en medida desproporcionada al déficit fiscal, impuestos y tarifazos, “corralito” y después “corralón”, nada pudo detener la debacle, el sistema se desmoronaba y aun con el apoyo total y absoluto del FMI que elogiaba las medidas del Ministro de Economía. Nada se pudo salvar del naufragio. Finalmente el 20 de diciembre una pueblada puso fin al impopular gobierno de la Alianza y abrió un período de alta inestabilidad política y económica.

No nos vamos a extender en esta parte en la caracterización de la naturaleza de la crisis económica del 2001, a cuenta que ya nos hemos referido a ella como a uno de los estallidos de las burbujas periféricas que le permitieron al sistema en su conjunto, sobre todo al centro, comprar tiempo y sustentabilidad. Baste decir que las limitaciones de los mercados desarrollados o centrales empujaron a empresas y grupos financieros a compensar menores beneficios locales con inversiones de corto plazo y elevada rentabilidad en la periferia, justificadas por la inestabilidad y/o pequeñez relativa de esas economías (inestabilidad que se media con un curioso “coeficiente riesgo–país”), los flujos de fondos externos aparecían junto a programas de ajuste y reforma estructural monitoreados por el FMI y el Banco Mundial que prometían estabilizar a esos países eliminando barreras proteccionistas, sistemas de seguridad social, empresas públicas, generando más y más flexibilización laboral. El sistema de hiperganancias periféricas desbordaba más dichas economías, hundía a los mercados internos, y fundía a las empresas privadas locales de menor envergadura en una loca carrera de saqueo potencializada con el desorden. El caos económico aumentaba al mismo ritmo que las ganancias de los negocios especulativos. Es claro que este modelo económico fue conduciendo al desastre.

Vale la pena recordar –como lo hace Svampa– que “en el momento de la crisis de 2001, el monto depositado en el exterior, perteneciente a ciudadanos o empresas argentinas, era casi equivalente al total de la deuda externa (115 mil millones)” (Svampa, 2006). Esto teniendo en cuenta lo dificultoso que es calcular esta cifra, que incluye solamente lo depositado en blanco, pues nada habla de los misterios del secreto bancario que no da cuenta de los depósitos por izquierda, ni tampoco incluye a la succión del ahorro desde el centro mundial, es decir, la transferencias de capitales efectuadas por las empresas transnacionales que actuaban en el país.

La crisis política de 2001 que se llevó puesto al gobierno de la Alianza fue la crónica de una muerte anunciada. Las luces amarillas de advertencia se encendieron en las elecciones legislativas de octubre de 2001 en donde el porcentaje de votos nulos y en blancos fue una avalancha. Pero asimismo, la falta de alternativa política clara hizo que estos votos en blanco no fueran como en otros períodos de democracia

restringida y proscripción no pudieran vislumbrarse como salida. Manifestación de esto fueron propuestas nihilistas como el grupo 501 que proponía trasladarse a más de 500 km de Buenos Aires, para justificar el no ejercicio del voto. La notoria incapacidad y los límites ideológicos de la propuesta aliancista, licuaron rápidamente su capital político y pusieron de manifiesto la verdadera fragilidad de un sistema de dominación político que se mentía creyéndose a sí mismo eterno.

Una sucesión casi diaria de presidentes fue indicador de la profundidad de la crisis institucional. Uno de ellos (Adolfo Rodríguez Saa) ante el aplauso de la Asamblea Parlamentaria, reunida en pleno, decretó el *default*. Finalmente se recurrió a Eduardo Duhalde para transitar la crisis, pues era –sin lugar a dudas– el más poderoso de los personajes institucionales de la vieja política y el único capaz de establecer ciertos acuerdos con los grupos económicos locales y transnacionales para evitar la disolución nacional y el descalabro social. El gobierno de transición de Duhalde hizo concesiones para todos lados. Por ejemplo, la pesificación de las deudas⁶⁸ (con lo que benefició a pequeños deudores pero también y sobre todo a los grandes grupos económicos endeudados en dólares). Pero lo más importante que hizo fue salir del sistema de la convertibilidad rompiendo la ley del 1 a 1. Los costos de esta devaluación cayeron principalmente sobre los hombros de los asalariados, que sin embargo y con el tiempo fueron tímidamente recuperando algo con la reactivación económica que se produjo a partir del fin de las importaciones indiscriminadas. Con Duhalde fueron de la mano apertura política y represión. Recordemos que la convocatoria final a las elecciones fue realizada después de la represión del Puente Pueyrredón en la cual fueron asesinados Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Quien capitaneó la crisis económica fue un personaje con fuertes relaciones con el *establishment* transnacional: el Ministro Roberto Lavagna. Considerado un heterodoxo medido desde los patrones del neoliberalismo, Lavagna consiguió sobre todo a partir de su continuidad después de asumido Néstor Kirchner estabilizar la economía y ponerla en una senda de crecimiento, que durante su gestión casi no llegó a superar el terreno perdido durante la crisis del 2001.

La gestión de Duhalde y Lavagna no hizo cambios estructurales, pero sí realizó ciertos cambios que nos permiten hablar de un cambio de modelo. Así del modelo en que el capital hegemónico era el financiero se pasó a aquel en que los capitales predominantes eran los relacionados con la exportación. Recordemos la magnitud de la crisis que le manifestaba en un proceso de exclusión y pobreza que alcanzaba largamente a más de la mitad de la población. La desocupación que al inicio de las reformas neoliberales (1990–1991) era del 6% en 1990, alcanzó un primer pico en 1996 de 18,8%, después de lo cual se estabilizó en estas cifras altísimas aumentando correlativamente el trabajo en negro y la economía informal, mucho más a partir de 1998, con la entrada de la economía en una recesión profunda que se continuó con el gobierno aliancista. En octubre de 2001, la desocupación pasó a 18,3% y tuvo un segundo pico de 21,5% en mayo de 2002, después del colapso del modelo de convertibilidad. Mientras tanto, la pobreza saltó en 2002 al 54,3% (Svampa, 2006).

El neoliberalismo tenía para los aumentos de pobreza una respuesta de guión. Tal como hemos visto y analizado era la política de focalización. Las primeras expresiones de una política social focalizada se dieron a partir de 1985, durante el gobierno de Alfonsín. Recordemos el Plan Alimentario Nacional (PAN) lanzado con bombos

⁶⁸ La pesificación de deudas se hizo, además, compensando a los bancos. “Con Duhalde no fue la primera vez que el Estado salió al rescate de los bancos. Durante la dictadura militar luego de la intervención del BIR, se generó un pánico en la City porteña que a la que acudió en su ayuda el Banco Central –a través de la famosa circular 1050– por lo cual el Estado tuvo que poner 2.600 millones de dólares” (Muchnik, 2004).

y platillos. La gestión de Antonio Cafiero en la provincia de Buenos Aires potenció esto aunque complementándolas con otras políticas de matriz distinta. Cuando este fue reemplazado por Duhalde las políticas focalizadas se fueron institucionalizando paulatinamente, en paralelo con este proceso que daba Menem en lo nacional. Así se fue forjando una red aprovechando la inserción social del Partido Justicialista que tiene en las “Manzaneras” su expresión más militante, y en los punteros clientelistas su figura complementaria. La política se convertía, aceptada por la focalización de un Estado excluyente, en una cadena de favores. Por eso no es contradictorio que ante el gran estallido y el crecimiento desproporcionado de la pobreza y la desocupación que el presidente Duhalde haya multiplicado a casi dos millones el acceso a planes sociales para hacer frente a la magnitud de la crisis social.

Existe una idea equivocada de que estos planes sociales eran manejados por los grupos piqueteros. No está de más recordar que en su momento de apogeo estas organizaciones de desocupados de orígenes políticos y sociales muy diversos no lograron manejar (consideradas todas juntas) ni siquiera el 5% del conjunto de los planes⁶⁹. El 95% restante fue a parar a las redes de la política tradicional, sobre todo del justicialismo y el radicalismo a través fundamentalmente de las municipalidades y sus “consejos consultivos” creados *ad hoc* para ayudar a afrontar la crisis.

La continuidad de las políticas neoliberales tienen un quiebre desde lo político a partir del 25 de mayo de 2003 en el que asume Kirchner la presidencia de la Nación. La política del Presidente patagónico se fue apartando del libreto del neoliberalismo, siempre partiendo gradualmente en función de la débil correlación de fuerzas mediante la cual asumió el gobierno. Por eso es que aquí detenemos el análisis de la implementación del sistema de dominación globalizante por el modelo neoliberal.

LAS CONSECUENCIAS DE CASI 30 AÑOS DE NEOLIBERALISMO.

Se hace doloroso intentar dar cuenta de las principales consecuencias del neoliberalismo con una muestra de postales de la trágica situación de nuestros Pueblos en la entrada al nuevo siglo. Endeudamiento externo, la pérdida de patrimonio nacional (privatizaciones–desnacionalizaciones), la exclusión social y la extensión de la miseria, el Estado al servicio del Capital, la aparición de *élites* dirigentes depredadoras y desligadas de la vida de sus conciudadanos, cómplices y sirvientes de los GET que dominan la estructura económica, drenando gran parte de la riqueza producida por los trabajadores hacia el centro del Imperio. Todas imágenes de un Mundo, una Sudamérica y una Argentina que nos duele.

Nadie que seria y sistemáticamente estudie cual fue el legado del modelo neoliberal puede afirmar que este fue positivo para los países dependientes en general y para Nuestra América en particular. “Nuestros Estados no sólo han sufrido un desmantelamiento de sus capacidades regulatorias –justamente cuando los desafíos de la globalización las tornaban más necesarias–, sino también han asistido a una erosión de sus capacidades infraestructurales que resiente su presencia y penetración en la sociedad civil” (Iazzetta, 2007). La debilidad y la transnacionalización de la estructura económica latinoamericana han tenido como consecuencia

⁶⁹ “Las tasas de desempleo en aglomerados urbanos, que era de alrededor del 6% en la segunda mitad de los años ochenta, llegó al 14,7% en mayo de 2000” y sólo una ínfima parte accede a planes sociales o seguros de desempleo, pese a que los medios masivos y su difusión de las actividades piqueteras hacían generar una sensación en contrario” (Nun, 2000).

que las políticas neoliberales hayan hecho estragos en los países en los que se las implementó más a fondo. Desindustrialización, desmantelamiento de pequeñas y medianas empresas, gigantesco y condicionante endeudamiento externo, son todas líneas comunes del modelo que impactaron fuertemente en la estructura productiva de nuestros países. Ya lo advertía en su tiempo Salvador Lozada: “En general, la mayor parte de los instrumentos de política gubernamental (política monetaria, política fiscal, política de salarios, etc.) disminuyen en efectividad cuanto más abierta es la economía y mayor el volumen de las inversiones extranjeras” (Lozada, 1974).

Generalmente las teorías producidas por los centros no tienen consecuencias simétricas de uno y otro lado del sistema de dominación y precisamente para favorecer a estos es que han sido pergeñadas. El Consenso de Washington, como expresión del programa concreto del neoliberalismo, ha generado en América Latina la subordinación más absoluta al capital financiero y especulativo que se constituyó en hegemónico en los años 90. Contracara de esto fue la destrucción de las redes de seguridad social, del Estado como agente económico, y el consecuente aumento de la pobreza y la marginación.

Ya sólo quedaban vestigios de aquel modelo de integración social, política y económica de tipo nacional y popular expresado en nuestro país por el peronismo. “Este modelo se caracterizaba por tres rasgos mayores. En primer lugar, en el plano económico, presentaba una concepción del desarrollo vinculada a la etapa de sustitución de importaciones y la estrategia mercado-internista. En segundo lugar, implicaba el reconocimiento del rol del Estado como agente y productor de la cohesión social, principalmente por medio del gasto público social. (...) Por último, una tendencia a la homogeneidad social, visible en la incorporación de una parte importante de la clase trabajadora, así como la expansión de las clases medias asalariadas” (Svampa, 2006).

“Las principales características del modelo [neoliberal] fueron: endeudamiento creciente del Estado, dependencia de Estados Unidos, redistribución de ingresos adversa a los asalariados, liberalización del sistema financiero, apertura externa comercial y financiera, además de una política antiinflacionaria basada en la sobrevaluación de la moneda nacional. Tales medidas fueron eficientes para destruir el esquema de crecimiento de posguerra, pero no para establecer uno nuevo; de allí su naturaleza parasitaria, ya que no podía sobrevivir más que con endeudamiento externo” (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003).

En particular, la enajenación de las empresas del Estado (que estaban, por lo menos una docena de ellas, entre las de mayor facturación nacional) y la inclusión de actores transnacionales no sólo transformó condicionado (desestructuró) la economía nacional, sino que además recompuso a la clase dirigente empresarial. La desestructuración se manifestó no sólo por el peso específico de las empresas privatizadas conservando monopolios surgidos de la protección de empresas estatales, sino también por la creación de montones de empresas subsidiarias nacionales de los grupos transnacionales. Así se fue desarticulando al complejo conjunto de Pequeñas y Medianas Empresas que tenían su razón de ser en su articulación con el mercado interno y no a partir de las necesidades de un mercado globalizado controlado por los grandes monopolios transnacionales.

“Lo destacable, empero, fue el proceso de concentración, ejemplificado de manera paradigmática por las grandes firmas o cadenas en el sector comercial, a partir de la proliferación de hipermercados y *shoppings*, lo cual perjudicó notablemente los pequeños comercios, en gran medida desplazados del mercado. Como señalan Daniel Contartese, Marcelo Gómez y Daniela Rúfalo (2003) mientras en 1984 los negocios tradicionales, tenían una participación en el mercado

de alimentos del 56,6% en 2001 ésta era del 17,2%. En el mismo período, los supermercados pasaron del 26,6% a concentrar el 53,3%. Sin embargo, la dinámica de concentración alcanzó a todos los rubros de la vida social y económica, incluyendo también los medios de comunicación, con la conformación de poderosos multimedia hacia fines de los 90” (Svampa, 2006).

El economista Marcelo Lascano⁷⁰ ya en la década del setenta advertía sobre el poder de las empresas extranjeras en la generación de precios y por lo tanto en el control de la inflación (que no siempre es perjudicial para estas, pues muchas veces lo que hace es licuar el salario entendido como costo). Las corporaciones al manejarse con criterios mundializados y despreocuparse de las consecuencias nacionales de sus maniobras pueden ser muy nocivas para las economías locales, sobre todo en la medida en que controlan un sector o varios de la misma (monopolios u oligopolios), contando con las consecuencias repercusiones en otras áreas de sus determinaciones.

En este marco, el proceso de drenaje de la riqueza nacional hacia los grupos transnacionales fue más que significativo. Algunos números son elocuentes. Por ejemplo, “primero, entre 1992 y 20001 entraron aportes por 21.923 millones de dólares y salieron utilidades y dividendos por una suma mayor: 23.338 millones. Segundo, los aportes reales de capitales fueron el 0,9 % del PBI y el 4,8% de la inversión bruta interna. Con estos porcentajes parece absurdo basar la política económica en la entrada de capital extranjero. La realidad es que vinieron para comprar empresas en funcionamiento y en lo posible monopólicas, de gran rentabilidad, públicas y privadas; pero fuera de esas compras, de reinversión de utilidades y de endeudamiento con sus casas matrices, su aporte de capital al desarrollo nacional fue negativo. La contribución útil puede estar en la cesión de mercados o en aportes tecnológicos y organizativos, pero no es cierto que traigan fondos, además se suelen financiar en los mercados locales de capitales. De allí que surja una pregunta obvia: ¿de qué inversiones extranjeras se está hablando?” (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003)⁷¹.

Por obra de la adaptación a las nuevas condiciones de la dependencia, la economía se fue desvinculando de la vida concreta de las mayorías populares por ejemplo entre 1991 y 1997 el PBI por habitante de América Latina creció un 13%, pero la tasa de desocupación aumentó casi un 30% y la deuda externa subió un 42%, los déficits de los balances de pagos externos corrientes siguieron una tendencia ascendente. Las importaciones crecían más rápido que las exportaciones, los pagos de las dudas a los acreedores extranjeros aumentaban más y más al igual que las remesas de beneficios de los GET (Beinstein, 2000).

Es evidente que el liberalismo económico –sustento ideológico y político del libre mercado– no sólo no ha garantizado la libertad política, sino que tampoco aportó a la solución de los problemas sociales en educación, salud, alimentación y vivienda. El modelo neoliberal nos condujo inexorablemente a la concentración del poder económico y político; con ello, a la subordinación de los derechos humanos y sociales y del principio democrático a los intereses del poder concentrado, esto es, a los intereses de las oligarquías. Cuando el mercado es quien decide la asignación de recursos en el contexto de la apertura total, la desregulación financiera y la marginación del Estado,

⁷⁰ Lascano Marcelo Ramón, “La inflación condicionada por la dependencia” en Cuadernos de Política, editados por el Centro de Estudios Políticos Rodolfo Irazusta N° 4.

⁷¹ Aun hoy los números de las transnacionales en la Argentina son más que significativos. “Si se consideran las 500 mayores empresas del país, las extranjeras son las dos terceras partes en cuanto al número, generan el 83% de la producción, el 85% del valor agregado y el 92% de las utilidades” (Calcagno A. E. y A., 2007). Esta es la verdadera modificación estructural del país que nos legó el neoliberalismo.

es la oligarquía transnacionalizada la que se convierte en la protagonista principal de la acumulación del capital y artífice del sistema de organización social excluyente.

El proceso de desindustrialización iniciado por la dictadura del 76 produjo importantes cambios en la estructura social y económica argentina⁷². Del promedio del 30% del peso que tenía la manufactura sobre el conjunto del PBI se pasó a que en el 2001 este rondara el 15% (datos de la CEPAL). Concomitantemente se fue generando un fuerte deterioro de los salarios reales, que sumado a la baja de la producción produjeron la contracción de la demanda interna. La distribución de la riqueza en la Argentina, después del neoliberalismo se redujo a índices similares a los de la época pre-peronista. Del casi 50 y 50 del 74 se pasó a que la participación de los asalariados en el producto bruto interno no pasaba del 20%.

Debemos aclarar que este nuevo modelo, no es que el trabajo haya perdido absolutamente su importancia como integrador social, mucho menos que la haya perdido definitivamente. Lo que aparece relativizado en el modelo neoliberal es su importancia, y por lo tanto, la posibilidad de dar sentido, de imponer su impronta en el conjunto social, contribuyendo a la definición de un nosotros, es decir, de un proceso de identidad colectiva.

“En un contexto de pleno empleo –y más allá de las asimetrías regionales y los bolsones de marginalidad– la pregnancia del modelo nacional popular fue tal, que durante mucho tiempo se consideró que la Argentina estaba más cerca de las sociedades salariales del Primer Mundo (con quienes compartía índices de distribución de la riqueza, tasas de sindicalización y fuerte desarrollo de las clases medias) que de otros países latinoamericanos, donde la fractura social aparece como una marca de origen, en muchos casos, multiplicada por diferencias étnicas” (Svampa, 2006).

No fue menor el impacto que tuvo en el mundo del trabajo la destrucción del Estado Nacional en la época menemista. “En cifras absolutas, si se consideran sólo las siete empresas más importantes del sector (teléfonos, correos, transporte aéreo, gas, agua, energía y transporte ferroviario), hacia 1985 había 243.354 empleados del sector público. En 1998, se habían reducido a 75.770. Por lo general, los despidos masivos se combinaron con planes de retiro más o menos compulsivos, implementados en un lapso muy breve, durante el período previo a la privatización, cuando las empresas eran declaradas sujetas a privatización. De esta manera, se habilitaban planes draconianos de racionalización, en manos de todopoderoso interventores que respondían directamente al Poder Ejecutivo” (Svampa, 2006). No hace falta más que recordar el rol de María Julia Alzogaray⁷³ como interventora de ENTEL (telecomunicaciones) para ratificar lo afirmado por Svampa.

A mediados del año 2000, sobre una fuerza laboral urbana de 14 millones de trabajadores, algo más de 4 millones tenían problemas de empleo y buscaban

⁷² El proceso de expulsión de mano de obra no sólo se dio en la ciudad y en la industria, también en el agro esto se produjo en términos más o menos similares. Según un estudio de Mora y Araujo citado por Svampa (2006) las técnicas de siembra directa han disminuido entre un 28 y un 37% de la mano de obra. Al mismo tiempo se iba concentrando tanto la propiedad de la tierra como de los negocios, por ejemplo el control de los llamados paquetes agrotecnológicos que están en manos de un puñado de grupos económicos transnacionales. “sólo cinco grandes compañías exportan el 78% del trigo, 79% del maíz, 71% de la harina de soja, 95% de aceite de soja y 99% del girasol”. De aquel monopolio estatal –justificado en los intereses nacionales– que el modelo peronista plasmó en el IAPI, pasamos a un modelo no menos monopolístico, aunque basado en los intereses particulares, intrínsecamente vinculados al proyecto transnacional.

⁷³ Hija del Capitán Ingeniero Álvaro Alzogaray, uno de los popes del liberalismo vernáculo, acérrimo antiperonista y fundador de la UCEDE, partido oficial de la oligarquía derechista que se suma con armas y bagajes al gobierno menemista.

trabajo (sino no entran en la cifra oficial); alrededor de 2 millones directamente desocupados y otros 2,1 millones estaban subempleados en trabajos precarios y ocasionales de pocas horas (Clarín, 25 de junio de 2000). Y a esto debiéramos sumarle que de los ocupados casi la mitad estaban en negro.

En términos económicos, la manera irrefutable de contemplar el terrible impacto del modelo neoliberal es comparar las cifras con su punto de inicio, tal como lo hacen los Calcagno, Nun y Arceo: “Las consecuencias de estos veinticinco años de políticas neoliberales han sido el más largo período de estancamiento en más de ciento cincuenta años (...), niveles sin precedentes de contracción de las remuneraciones (los ingresos medios de los asalariados del Gran Buenos Aires sólo alcanzarán, a fines del 2002, al 35% de los percibidos en 1974), desocupación (más del 20%), deterioro de las condiciones sociales (...), capitales fugados al exterior equivalentes a más de un PBI y un endeudamiento externo que puede llevar a duplicar el PBI una vez contabilizado el endeudamiento incurrido por el Estado como contrapartida de las transferencias efectuadas, en el marco de la crisis al sector financiero y los grandes grupos económicos” (Arceo, 2002). “El Producto Interno Bruto por habitante (a precios constantes) es en 2002 inferior en 12% al existente en 1975, la desocupación abierta, que en 1976 era del 4,5% de la población económicamente activa, ahora llega al 23%; el sector industrial en 1976 generaba el 31,7 % del PBI y en 2000 el 16,1 según el INDEC, en octubre de 2002 había 19,7 millones de pobres (el 57,5% de la población total), de los cuales 9,4 millones son indigentes (no alcanzan a cubrir los gastos de alimentación) [el 24,7% de la población]⁷⁴” (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003). “Como podía esperarse en vista a este panorama, no únicamente aumentaron la desigualdad y la pobreza en la Argentina sino que se hizo mucho más intensa la polarización social. Si se comparan los quintiles superior e inferior de la escala de ingresos entre 1976 y 1996, por ejemplo, se comprueba que en esas dos décadas el índice de polarización simplemente se duplicó, pasando del 6,3 al 12,1” (Nun, 2000).

También es una mentira muy repetida la inserción de Argentina y América Latina en el mundo en esta etapa “la participación de América Latina en las exportaciones mundiales siguió declinando del 6% en 1980 al 5% en la actualidad (2000) (Ferrer, 2006). Todas estas cifras están muy por debajo de las ya referidas del peso de Nuestra América para 1914 que rondaba el 10%.

Pero el deterioro y la exclusión no sólo se manifestaron en el campo económico. En tanto sistema, la globalización excluyente alcanzó también la política y el campo cultural.

“Las naciones del mundo periférico han experimentado la irrupción del capitalismo globalizado como un movimiento de desestructuración en dos direcciones contradictorias entre sí. Por una parte, el proceso de transnacionalización de la economía, que enajena la capacidad de disponer sobre la riqueza generada en orden al aseguramiento del bienestar general. Por la otra, la fragmentación del orden social y la proliferación de intereses particulares que diluye identidades colectivas y debilita la capacidad de gobernabilidad de la sociedad sobre ella misma” (García Delgado, 2002). Consecuencia directa del neoliberalismo de tres décadas en el plano político fue la instauración de una democracia restringida, vaciada de contenido. La misma práctica política se transformó, mercantilizándose y apoyándose en la lógica mediática. Fue así como los grandes partidos históricos como la UCR y el PJ, incluso aquellos que surgieron en esta época como el Frepaso y el ARI, tuvieron su base de sustento más en la importancia o no que le daban los grupos económicos que

⁷⁴ Comparemos con las cifras 1974: había sólo un 4,7% de población pobre y un 2,1% de indigentes.

manejaban los medios masivos de comunicación que en una construcción político organizativa de base. La Plaza símbolo de expresión del Pueblo en la política estuvo simbólicamente vacía. La única excepción fue la protesta, que concurrió a dar disputa a modo de resistencia, pero jamás logró llenarla de modo contundente.

El pensamiento único, la naturalización de las decisiones político-económicas en el marco del neoliberalismo justificadas por la “situación de crisis” y la idea “medidas estructurales” a manera de única vía posible, terminó reconociendo la subordinación absoluta de la política a la economía. Despolitizar las decisiones, restándoles carácter contingente, producto de una situación de conflicto” fue su consecuencia. Y esto no fue sólo un planteo de la gestión menemista sino que se extendió más allá. De algún modo esto se expresaba en la adhesión al Plan de Convertibilidad, transformado nuevo dogma, traducción “técnica” e incuestionable de las medidas necesarias para la economía nacional, programa elaborado por los organismos financieros. La adopción de este programa por el conjunto de la clase política contribuyó notoriamente a desdibujar las identidades y divisiones políticas (Svampa, 2006).

Pero, nadie debe creer que durante la aplicación del modelo neoliberal y la instrumentalización de la globalización en nuestro país no hubo conflictos. La idea de una historia lineal o exenta de conflictos, donde sólo es visible la dominación o la hegemonía, es una lectura liberal del proceso. Si los cambios son posibles hoy, y el fin de la historia no es más que una mera bravuconada del capitalismo globalizante atemorizado ante su inexorable caída, es porque detrás del aparente orden de la dominación se dio un proceso cargado de tensiones y contradicciones. Estas ponen de relieve la emergencia de un nuevo entramado de conflictos sociales y políticos, que, pese a sus detractores, vuelve a poner al Estado Nacional en el centro de la disputa entre los diferentes actores sociales y económicos.

Los cambios en el plano político y social hicieron que los actores de estas luchas no fueran siempre los mismos protagonistas. Como observa con agudeza Svampa: “Durante décadas y gracias a la extensión de la condición de asalariado, en la Argentina hubo una fuerte tendencia a interpretar las transformaciones de los sectores populares urbanos en sintonía con la historia de los sectores sindicales, y éstos, a su vez, a la luz de los avatares del peronismo. Sin embargo, los cambios económicos y sociales que arrancaron en los 70 y se acentuaron en los 90, reconfiguraron el mundo popular urbano, cuya identidad colectiva se había estructurado en torno a la dignidad del trabajador. Marcado por la desindustrialización, la informatización y el deterioro de las condiciones laborales, este conjunto de procesos fue trazando una distancia creciente entre el mundo del trabajo formal y el mundo popular urbano, cuyo corolario fue tanto el quiebre del mundo obrero como la progresiva territorialización y fragmentación de los sectores populares. Este proceso, (...) sintetizado como el pasaje de la fábrica al barrio señala el ocaso del universo de los trabajadores urbanos y la emergencia del mundo comunitario de los pobres urbanos” (Svampa, 2006). En las barriadas profundas del conurbano bonaerense antaño industrializado, después desindustrializado por las políticas económicas neoliberales de 30 años es quizás—como refieren muchos sociólogos— donde reside la verdadera cuestión social argentina. Ese es el verdadero rostro macabro del sistema que condena las mayorías a la exclusión. Allí aun hoy se asiste a la tragedia de la pobreza más extrema y a la desarticulación social y política.

De la mano de estas transformaciones acaecidas en los últimos veinte años fue mutando también el peronismo como fuerza política, tanto en el plano subjetivo como en el organizativo. Sin embargo, la alvearización del peronismo no es fruto exclusivo de contradicciones sociales, sino también producto de las decisiones perso-

nales y concretas de una serie de dirigentes que optaron por adaptarse a las condiciones de la dependencia dejando a un lado las banderas históricas del movimiento, *aggiornándose* con el objetivo de asegurar su ascenso en la escala del régimen⁷⁵.

“La desarticulación del mundo de los trabajadores urbanos, iniciada en los 70 y consumada en los 90, trajo aparejados profundos cambios en la experiencia popular peronista. Recordemos que, básicamente, el peronismo fue el gran lenguaje político que permitió, desde la experiencia popular, desactivar (a veces mediante una cultura plebeya, otra veces mediante las referencias igualitarias) la verticalidad del vínculo social. Desde 1945 pasando por el largo período de proscripción política, y aun durante los 80, con la primera gran derrota electoral del Partido Justicialista, el peronismo continuó siendo en los sectores populares una estructura activa que poseía la capacidad de organizar la experiencia cotidiana, a la vez política y privada. Sin embargo, durante los 90, el peronismo dejó de ser el principio de articulación entre una identidad obrera, un sentimiento nacional y una conciencia popular. Cada uno de estos elementos fue debilitándose y disociándose de los otros: la identidad obrera, relativamente débil en la Argentina, entró en crisis con la transformación del mercado laboral, la precarización y la inestabilidad de las trayectorias laborales. El sentimiento nacional fue diluyéndose, en tanto y en cuanto las demandas populares no encontraron correlato en un programa de políticas públicas, que apuntar a la integración social y nacional. La conciencia popular fue desdibujándose a media que la heterogeneidad social fue multiplicando los registros de desigualdad y las divisiones ideológicas comenzaron a reducirse a diferencias respecto de la implementación de políticas o cuestiones de orden ético en torno de un único modelo socioeconómico” (Svampa, 2006). Pese a todo, aun durante los 90, el peronismo conservó una fuerte infraestructura organizacional, con profundas raíces en el mundo popular, esa es la tesis de Steve Levitsky (2001)⁷⁶. Esto explica, en gran parte, como pudo seguir ganando elecciones.

Ante la institucionalización y domesticación de los principales partidos políticos (que se adecuaron con facilidad al posibilismo y a la subordinación al poder económico hegemónico), la resistencia trasladó su eje, hacia otros planos. Incluso el franco deterioro de las condiciones de trabajo le restaron protagonismo al movimiento obrero que en otras épocas de proscripción y democracias viciadas había tenido un papel descollante. El desgaste de la representación sindical como parte de un proceso de reordenamiento de la cultura misma del trabajo, explica sólo en parte la gran ausencia de gran parte de los sindicatos a la hora de defender los derechos de los trabajadores, y, eventualmente, ir por más. Aunque no sería justo en nuestro país dejar de mencionar en toda esta larga etapa neoliberal en general y en los últimos tres lustros en particular la lucha que han librado gremios enrolados tanto en la CTA (en los tiempos en que era “Congreso” y después como central alternativa) como de la CGT, particularmente los que se nucleaban en torno al MTA (Movimiento de Trabajadores Argentinos) que terminaron ya durante el siglo XXI encaramándose en la Secretaría General de esa central sindical. Ellos fueron también parte de una resistencia, muchas veces convocantes de grandes hechos de la misma, aunque es claro que ellos no agotaron las formas de oponerse a la implementación del sistema de globalización y exclusión.

La realidad política argentina de los años del apogeo y caída del neoliberalismo se va conformando el pasaje a un nuevo tipo de sociedad, al mismo tiempo que se manifiesta

⁷⁵ No es la primera vez en la historia que una serie de dirigentes del justicialismo muestran su voluntad de domesticación al sistema. Recordemos los llamados “neoperonistas” de la década del 60. En todo caso lo novedoso es que estos sectores liberales del peronismo hayan logrado imponer una hegemonía tal que logró subordinar al conjunto del peronismo como fuerza política.

⁷⁶ Citado por Svampa, 2006.

una multiplicidad de acciones colectivas de resistencia. Fueran políticas o meramente reivindicativas, estas van configurando un nuevo escenario. Aunque los cientistas sociales se empeñen en hablar de los “nuevos movimientos sociales” como protagonistas casi exclusivos de la contradicción con el Estado neoliberal, lo cierto es que en un nuevo escenario político y social complejo, la categoría de Pueblo jamás pudo ser arrancada del horizonte. Las organizaciones populares, fueren estas gremiales o de desocupados, si bien muchas veces quedaron en una línea que va de lo testimonial a lo confrontativo, lograron de algún modo generar las condiciones para la pueblada⁷⁷ del 20 de diciembre de 2001.. Los analistas sociales tienden, por influencia de categorías de importación, a no comprender a la acción de movimientos como los desocupados como parte de un proceso de recomposición del Pueblo, es decir, la disputa por el poder central del Estado Nación. Lo característico de los movimientos sociales es el hecho de las reivindicaciones parciales. En todo el mundo los variopintos movimientos sociales han dado causa a luchas tan sublimes como ridículas. De alguna manera, toda organización de los excluidos sea cual fuere el reclamo que plantea es en alguna medida un cuestionamiento del sistema de la sociedad globalizante y excluyente⁷⁸. Pero sólo aquellos planteos que atiendan a la centralidad de la cuestión de la liberación nacional y social como eje articulador en sentido popular de todas las reivindicaciones pueden aportar de modo significativo a romper las cadenas reales que nos dominan. En el caso particular de las organizaciones de desocupados, desde el comienzo de las mismas el centro del reclamo fue al propio Estado de hacerse cargo de la situación de indefensión en la que vivían grandes cantidades de hombres y mujeres. Es cierto que algunos de estos movimientos trabajadores desocupados, en particular aquellos relacionados con recursos que venían del exterior en lo económico y con los pensadores europeos Holloway y Negri en lo ideológico, rechazaron la centralidad del Estado. No obstante, aun aquellos autores como Svampa que abrevan en la idea que la organización de los desocupados podría hacerse de espaldas a la estructura del Estado Nación deben reconocer la relatividad para el caso argentino de estas afirmaciones. “Una de las mayores experiencias de resistencia al neoliberalismo nació en los márgenes, en los límites, en el extremo de la descolectivización masiva. En efecto, fueron los desocupados aquellos que estaban fuera del sistema, los que desde el fondo de la descomposición social fueron gestando nuevas formas de lucha y autoorganización territorial. Sin embargo, una vez dicho esto, es necesario recordar que este proceso tiene como telón de fondo un importante pasado de integración social asociado a la vigencia de los derechos sociales. Por ello mismo, la experiencia argentina termina por ser muy ambivalente, pues si bien es cierto que en la práctica nace en el extremo de una descolectivización acelerada, en los discursos recoge diferentes tradiciones y memorias, sobre todo la asociada a la tradición nacional-popular, que alimenta la esperanza de volver a ser lo que se era, a saber, un pueblo trabajador” (Svampa, 2006)

⁷⁷ Pueblada que trascendió las acciones conspirativas y las maniobras de los dirigentes políticos opositores, que no negamos pero a las que restamos importancia determinante en la caída del presidente De la Rúa.

⁷⁸ “Las demandas de las organizaciones piqueteras surgidas en la última década en la Argentina pueden ser comprendidas como el encabalgamiento y yuxtaposición de ambas dimensiones: por un lado, como una lucha orientada a obtener el reconocimiento, que alude tanto a la invisibilidad inicial de los desocupados, como –más recientemente– a la estigmatización social que padecen; por otro lado, como una lucha que apunta a denunciar la estructura de desigualdad y de privación dentro del actual modelo de acumulación, con lo cual desliza entonces la cuestión de la (re)distribución de los bienes sociales. Aunque con mucha menos visibilidad, en esta dirección puede incluirse también las demandas a favor del reconocimiento por los movimientos campesinos, vecinales e indígenas, así como aquellos reclamos que apuntan a la aceptación e inclusión de la diversidad sexual” (Svampa, 2006).

Hecha la salvedad, podemos afirmar que la disputa de las organizaciones populares pegaba en el centro de aquello que el Estado neoliberal no podía cumplir sin negarse a sí mismo: garantizar el trabajo para todos. De hecho el trabajo genuino para todos fue una de las principales reivindicaciones de todas estas organizaciones.

La necesidad de un proyecto nacional que a diferencia del modelo neoliberal se haga cargo de la cuestión del trabajo digno como un derecho social, se hace más que una necesidad teórica, se hace una búsqueda de los Pueblos en torno a su subsistencia y destino. El fracaso notorio de las corrientes neoliberales para dar respuesta a una cuestión tan básica como el bienestar de las mayorías populares, hace reconsiderar experiencias pasadas que pudieron alcanzar este objetivo. Si el mercado y la supuesta libertad absoluta del capital sólo trajeron desgracias y exclusión, es posible repensar el rol de un Estado activo y planificador en lo económico. Como dice el profesor mexicano Flores Olea “aún queda por demostrarse si la planificación social (como la entendieron las corrientes clásicas del socialismo) puede llevarse a cabo en un esquema democrático que impida la hiperconcentración del poder burocrático y que conduzca a la liberación del individuo” (Flores Olea, 1999).

GLOBALIZACIÓN, ESTADO NACIONAL Y PROCESO DE LIBERACIÓN.

*“yugos os quieren poner
gentes de hierba mala,
yugos que habréis de dejar
rotos sobre sus espaldas”*

Miguel Hernández

*“¿Qué es Roma sino la sangre y el sudor
y el dolor de los esclavos?
Pondremos fin a Roma y haremos un mundo
en que no haya ni amos ni esclavos”*

Espartaco¹

*“En primer plano aparecen indisolublemente unidas
la cuestión nacional y la cuestión social.
Una no puede resolverse sin la otra”*

John William Cooke

¹ Según la famosa novela de Howard Fast.

RESIGNIFICACIÓN DE LOS SUJETOS POLÍTICOS EN EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN.

DEFINICIONES DE ESTADO Y NACIÓN.

La globalización resignifica los actores mundiales y los marcos en los que transita la historia de la humanidad. La irrupción de este nuevo sistema de dominación nos enfrenta a una gran cantidad de interrogantes: ¿cuales son los canales institucionales por los que se impulsa? O bien ¿qué estructuras o cuestiones se ponen en tela de juicio a partir de la globalización? Siendo aun más específicos, en el plano político, nos podemos preguntar: ¿Quedará sepultada definitivamente la Nación como forma de comunidad? ¿Estamos inexorablemente ante lo que muchos autores² llaman el fin de las sociedades nacionales? ¿Es el Estado una institución absolutamente perimida u obsoleta? Para poder pensar los caminos de la liberación es imprescindible meternos a bucear en las claves de los particulares efectos de la globalización en relación a lo comunitario y lo institucional. Pero para comenzar con este tema se hace imperioso aclarar lo que entendemos por algunos conceptos, entre ellos el propio Estado Nación.

Primero hablemos de la Nación. El Diccionario de la Real Academia hace alusión a dos acepciones del término Nación. Primero la define como el “conjunto de habitantes de un país regido por el mismo gobierno”, –en relación obvia con el sentido de Estado Nación–; y luego consigna otra acepción en que la define como el “conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común”. Ambas definiciones son, por lo menos, incompletas, deficientes para explicar el concepto, aunque aportan algunos elementos, que se pueden completar con la definición de otros términos tales como Patria que figura como “Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas”.

Si atendemos a su raíz etimológica vamos a encontrar algunas pautas para distinguir los conceptos de Patria y Nación, aunque esta distinción se difumina si atendemos a su significado en la concepción popular y cotidiana, por lo menos en Nuestra América. Patria etimológicamente quiere decir tierra de los padres. Nación, en cambio, también viene del latín, pero se relaciona con la palabra “natus”, expresa la idea de nacimiento, de filiación. Mientras una hace referencia a la herencia, la otra hace hincapié en los herederos, pone de relieve el carácter viviente de la participación de los herederos en la herencia. Decíamos que en América esta distinción pierde sentido, sobre todo en países como el nuestro, que más allá del carácter mestizo originario de la América en su conjunto, recibió una fuerte inmigración europea –que también fue asimilada– para muchos de los cuales la Patria –más allá de su sentido etimológico– más que la tierra de los padres es la tierra de los hijos.

Está de más decir que, cuando se habla de tierra en el concepto de Patria, no se refiere sólo al territorio, a la tierra física. La Patria no puede ser restringida al paisaje o la geografía, es el suelo donde los padres han marcado su huella, el suelo que cultivaron, sobre el que construyeron su propia historia, que es la nuestra. Patria es, en este sentido, fundamentalmente memoria de lucha.

Don Arturo Jauretche debatiendo con los nacionalistas de derecha les decía que su nacionalismo se parecía más bien al llanto de un hombre frente a la

² como por ejemplo Agulla en Globalización y agonía de la Sociedad Nacional, 1999.

tumba de su padre, y en cambio la reivindicación de lo nacional desde lo popular se parece más a la esperanza de un padre frente a la cuna de su hijo. He ahí la mejor definición de Patria en estas tierras.

En las definiciones de Patria y Nación coexisten elementos objetivos (el mismo gobierno, origen étnico, idioma y tradición) y subjetivos (la sensación de pertenencia, la conciencia del destino común). Poniendo acento en los componentes objetivos o subjetivos se han ensayado diversas definiciones a lo largo de la historia. Entre las definiciones objetivas podemos encuadrar a aquellas que hacen hincapié en cuestiones como la raza o bien un ámbito geográfico específico como formador del carácter de un Pueblo, etc. En contraposición a estas aparecen las definiciones subjetivas, como por ejemplo la de Otto Bauer –discípulo por derecha de Hegel–, que es uno de los que definen a la Nación como comunidad de destino. Pero entre las subjetivas, podemos destacar –en razón de la gran influencia que tuvo– a la de Renan, según el cual “una agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón crea una conciencia moral que se llama una Nación”³.

Sin descartar absolutamente los factores objetivos, nosotros creemos que para aproximarse mejor al concepto de Nación hay que poner énfasis en los factores subjetivos. Sin embargo, no todas las definiciones subjetivas tienen un sustrato filosófico y político común. Conservadores, liberales y nacionalistas suelen recurrir al concepto subjetivo de Nación desde perspectivas diametralmente opuestas. En general podemos decir que los conservadores entienden a la Nación como un legado del pasado. Un mandato que hay que cumplir, pues lo exigen los que ya no están, y que, de algún modo fueron los que ayudaron a construir una determinada identidad nacional. Esta idea se encuentra íntimamente vinculada al ya referido concepto de Patria como tierra de los padres. Así la Nación como unidad cultural forjada en el pasado es la caracterización típica de los conservadores.

Los liberales, en cambio, ponen el centro de la idea de Nación en el presente. Esto es, ésta tiene sentido en la medida en que exista la voluntad de convivencia de un grupo humano. “La Nación como unidad cultural en el presente: la conciencia de pertenecer a una Nación y querer hacerlo voluntariamente (...) con nuestras conductas manifestamos nuestro consenso a la Nación” (Ortiz, 1996). Los liberales para sustentar estas posturas hacen uso de la abstracción del contrato social. En efecto, las teorías contractualistas, sean fundadas en concepciones pesimistas u optimistas de la naturaleza humana, tienden a complementar una idea de Nación como acción de la voluntad presente de quienes la componen.

Los nacionalismos europeos, sobre todo aquellos que se autodefinen como revolucionarios como por ejemplo el fascismo italiano o el falangismo español ven a la Nación como una idea a construir en el futuro, es decir, como un proyecto. La Nación como unidad cultural proyectada hacia el futuro, es propia de este pensamiento. Así, según Ortega y Gasset la Nación sería “un proyecto sugestivo de vida en común”. El filósofo español ejerció una fuerte influencia sobre José Antonio Primo de Rivera y otros miembros del fascismo español.

Nosotros preferimos entender que para definir a la Nación, hay que fusionar las perspectivas de pasado, de presente y de futuro. La Nación será un estado del espíritu que nos hace sentir deudores de aquellos que fueron forjándola, de quienes nos sentimos herederos y cuya herencia aceptamos sin beneficio de inventario, es decir, con sus aciertos y con sus errores, y ante quienes nos sentimos obligados no sólo a no dilapidar el patrimonio material y espiritual recibido, sino también a

³ Ambos autores citados por Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995 en “El Universo Neoliberal”.

conservarlo e incrementarlo. Pero, también esa identidad tiene sentido a partir de aceptar el presente y día a día ratificar nuestro compromiso de convivencia. Compromiso basado en una esperanza: la que un proyecto de futuro en la construcción de la sociedad nacional que queremos, o sea la gran empresa que aglutina voluntades, que sugestióna y atrapa, tal como lo decía Ortega. Así, la idea de Nación, nos habla, de la comunidad de los portadores de una identidad que está impresa en la memoria colectiva, latente o a flor de piel pero siempre vigente, que implica también un presente, que es decisión permanente de vivir en conjunto y no disgregarse, y que es también futuro en el sentido de proyecto común.

El marxismo ha tenido a lo largo del tiempo diversas ideas de Nación. Es claro que no es lo mismo la reivindicación del “Patria o Muerte” como consigna central que hace el Partido Comunista Cubano que la denigración del patriotismo que realizaron los comunistas rusos conducidos por Lenin frente a la Primera Guerra Mundial. Marx mismo parece tener algunos conceptos que se prestan al surgimiento de corrientes que reivindican o que niegan la cuestión nacional⁴ como una cuestión central en el proceso de liberación de los Pueblos.

El propio Lenin tiene al respecto también seguidores que intentan presentarlo como un enemigo de toda forma de reivindicación de lo nacional, mientras que otros recordando, entre otros escritos, las Tesis de Oriente, hacen referencia a que el autor del Imperialismo fase superior del capitalismo no desconoce la importancia del proceso nacional en los países sometidos.

La izquierda nacional, en particular en nuestro país, hace una reivindicación desde el marxismo de la idea de Nación. Así Spilimbergo ha escrito con un título elocuente en este sentido sobre el tema de “la cuestión nacional en Marx”. En el mismo sentido han contribuido desde Abelardo Ramos que es autor de una historia de la Nación Latinoamericana hasta Norberto Galasso y su prolífica obra.

En general, la izquierda dogmática –con especial énfasis la de Argentina– abrevo en más en las fuentes negadoras de la Nación que se entroncan en general con el pensamiento de los marxistas europeos, que mayormente y no por casualidad no es precisamente el de la izquierda que más reivindica la cuestión nacional.

Citemos tan sólo a modo de ejemplo al historiador inglés Hobsbawm. Según éste la Nación empieza como un invento de los sectores intelectuales y después se transforma en una herramienta de la burguesía que agitando el proyecto colectivo logra instaurar su sistema de explotación de la clase trabajadora.

Nosotros no coincidimos con el análisis histórico del autor inglés, por el contrario creemos que: “Las naciones no surgen de un día para otro por voluntad política. Tienen sus raíces en un complejo espiritual-ecológico que abarca un paisaje propio, un lento mestizaje de razas, la formación de un imaginario simbólico, un leguaje propio, un reservorio de mitos y creencias por los cuales se expresa todo un Pueblo en sus diferentes capas sociales” (Azucuy 1996).

En definitiva, es posible entender a la Nación como una serie de vínculos materiales y espirituales establecidos a través del tiempo por una serie de personas, generalmente pertenecientes a un mismo territorio. Entre estos vínculos se incluyen fundamentalmente las relaciones de carácter social, por ejemplo el modo de organización del trabajo (cómo se intercambian los bienes y el esfuerzo para producirlos) y del poder (cómo se organiza, las reglas a respetar, los mecanismos para fijarlas y quién lo hace).

⁴ Para citar los ejemplos más paradigmáticos del tema se suele recurrir a lo manifestado por Marx respecto de la colonización inglesa de la India o bien a lo escrito respecto de la cuestión irlandesa como contraposición.

Se llama comúnmente conciencia nacional a la comprensión de esos vínculos que adquiere el conjunto de personas de un territorio, a partir de la cual se constituyen como Pueblo. La existencia misma de la Nación depende de la conciencia de un “nosotros”. Por eso es que el libro “La formación de la conciencia nacional” del pensador argentino Juan José Hernández Arregui no hace referencia a complejas y abstractas operaciones intelectuales sino a un proceso histórico político en el concretamente se fue generando la conciencia nacional en estas tierras.

No obstante, nuestro repaso de las diferentes perspectivas definen este concepto sería incompleto sino decimos que más allá de las ideas de Nación existe una práctica concreta que le fue dando un contorno real a este concepto. En otras palabras, la noción de Nación tal como la conocemos hoy está directamente vinculada al concepto de Estado-Nación. Este es uno de los productos culturales propios de esta civilización noratlántica que se inicia en el renacimiento europeo (tal como lo vimos en el capítulo V).

Así podemos entender que el Estado Nacional que nace en Europa se monta sobre una realidad concreta de identidad colectiva comunitaria. Ya sea para expresarla, ya sea en otros casos para intentar crearla unificando comunidades, generalmente a partir de la negación de las más débiles. Aunque este proceso de construcción de los Estados Nacionales no es inocuo, sino que por el contrario va trasformando a través de estos siglos a las comunidades de todo el mundo que adoptan esa forma. Se trata de uno de los canales que adopta el proceso de extensión global de la civilización que arranca en el renacimiento, proceso al que hemos dado en llamar en los primeros capítulos globalización en sentido amplio. En resumen, si pensamos a la Nación como la identidad comunitaria de una parte de la humanidad, un grupo más o menos amplio de personas, producto de un conjunto de sentimientos y una voluntad colectiva, como memoria común y destino en lo universal, la vamos a encontrar más allá de sus formas occidentales. Pero al llegar a nuestra época es muy difícil, sino imposible, separar estos sentimientos y esta voluntad de su representación concreta que se da a través del Estado-Nación. Por esto debemos emprender la imprescindible pero dificultosa tarea de comprender a qué se refiere la idea de Estado. En lo general nos remitimos a lo expresado en los capítulos precedentes, en relación al concepto concreto de Estado y su surgimiento. Aquí no haremos más que agregarle algunas notas.

En las definiciones más clásicas se asocia el tema del Estado con la organización de la comunidad, sobre todo la comunidad nacional. En este sentido se pronuncia el profesor titular en la Universidad Nacional de Buenos Aires de la Cátedra de Teoría del Estado, Dr. Tulio Ortiz: “Por Estado se puede entender o la comunidad toda, jurídicamente organizada, o bien el aparato de poder asentado sobre un territorio con pretensiones de ejercer monopolícamente la violencia. Ambos conceptos tienden a confundirse y algunos los confunden ex profeso en la medida en que ello favorece determinada posición doctrinaria. (...) La palabra *stato* en el sentido moderno, comienza a usarse en la Italia del Renacimiento, denotando originariamente, según la opinión de autores como Burchardt y Rumelin, al gobierno y a su Corte, usurpando posteriormente el concepto de dominio territorial y, finalmente, el de la comunidad total. (...) Es en el siglo XVIII cuando se consolida el uso de la palabra para denotar a la comunidad territorial politizada, en donde el segundo término había ya perdido el sentido de dominio personal propio del feudalismo para convertirse en ámbito espacial de poder” (Ortiz, 1996).

El Estado Nación se funda, desde el plano político, en una nueva legitimación de la autoridad, en tanto elemento homogeneizador que en su estructura institucional reclama para sí la encarnación del interés general de la sociedad. Como decíamos en los capítulos precedentes, es fundamental para comprender la razón

de ser del Estado la idea de dotar de orden a una parte del mundo, a un territorio específico, a una población concreta. Este orden adquirió la forma de constituir una estructura jurídico-política, que a su vez contaba con ciertos atributos como por ejemplo la soberanía, elemento indispensable a efectos de realizar su cometido. Esto nos lleva también a la comprensión de la particularidad de ese orden tal como se fue constituyendo el Estado. Orden sobre territorio y sobre las personas que fue concretándose a expensas de otros modelos de organización diferentes, muchas veces rivales de aquél. En este plano, tiene asidero el planteo que afirma que todos los movimientos que cuestionaron el sistema de dominación capitalista en la historia (tanto los partidos revolucionarios comunistas como los de liberación nacional) cometieron el error de considerar que sólo con el control del Estado se podía definir el modelo social⁵. Aunque tampoco sea cierta la afirmación contraria, que pretenden deducir algunos autores en la actualidad. Es decir, no es cierto que se pueda definir las relaciones sociales con prescindencia del control del poder del Estado. No obstante, tampoco es menos verdadero que el sólo hecho de realizar el proceso de transformación en el marco del Estado, implicaba adscribir a un modelo de orden que, nos guste o no tiene su matriz en la civilización noratlántica, en su sistema filosófico, político, social y económico.

El Estado Nación es para los marxistas clásicos la expresión superestructural⁶, en el plano político de la expansión de las fuerzas productivas y su necesidad de consolidación de reglas en un ámbito geográfico superador de los límites de la sociedad feudal. Aunque dentro del pensamiento más lúcido del marxismo esta institución no es vista como un mero reflejo de las condiciones que se dan en la producción. “Dentro de las tesis que toman como eje los mecanismos internos de funcionamiento del Estado figura la de Gramsci, que considera al Estado como el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica, que no sólo justifica el dominio de la clase dirigente, sino que también logra obtener el consenso activo de los gobernados” (Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, 1995).

Por eso es que el politólogo argentino José Nun agrega: “hablar del Estado nunca es hablar de un dato sino de una construcción, de un artefacto cultural que aparece, a la vez, como el producto y la expresión de determinados conflictos y tradiciones, cristalizados en conjuntos históricamente específicos de instituciones y de prácticas”. Por eso es que “en los dos últimos siglos el Estado moderno de Occidente ha sido mucho más que una construcción jurídica llamada a garantizar el monopolio de la violencia legítima sobre un territorio dado y, de este modo, la soberanía. Se

⁵ De esto da cuenta el autor norteamericano Wallerstein, aunque este autor considera que este error es irreversible, fundamentalmente a causa de la decepción que provocaron los fracasos de todos estos movimientos antisistema, negando de esta manera la iniciativa y la acción de los antagonistas del libre desarrollo del capitalismo. Como si la historia de la emancipación humana fuera buscando los caminos sin cometer errores, empezando cada vez de cero, sin aprender nada de ellos.

⁶ Una de las formas más sutiles de pensar Estado como mera superestructura es cuando se confunde adrede con lo que es llamado “estado de situación”, tal como lo hace el francés Alain Badiou. “El poder del Estado. Voy a poner dentro de lo que llamo poder del Estado todos los mecanismos de poder y de dominación. Entonces voy a incluir ahí a la propia economía. Esto es importante. Para mí el estado, el estado de la situación, no es solamente el gobierno, no es simplemente la justicia, la policía y los aparatos represivos, También es el poder dominante, el poder de dominación de la economía. Por eso es que lo importante del Estado es su poder. Y este poder es poder omnipresente. No es un poder que esté solamente en el gobierno o solamente en el aparato represivo. Nosotros sufrimos este poder. Es eso el Estado. Es decir, lo que hay que entender es al Estado como el estado de las cosas, o el estado de la situación” (Badiou, 2000).

ha presentado, a la vez, como el portador de proyectos colectivos que, sobre todo en contextos democráticos, se constituyeron en la clave de la integración social, o sea, de la formación de grupos humanos suficientemente cohesionados” (Nun, 2000).

La tradición liberal moderna también expresa una visión negativa del Estado. Su surgimiento como ideología de la burguesía le fue impulsando para plantear que lo más importante es garantizar la libertad individual limitando el poder político. No dudamos en que muchas de las disputas libradas contra gobiernos despóticos fueron logrando un ensanchamiento sin precedentes en la historia de la humanidad de las libertades de las personas⁷. Aunque también debemos decir que, si bien la libertad moderna se construyó al abrigo de la civilización noratlántica con la disolución de viejos lazos sociales milenarios, tampoco es menos cierto que la expansión de las relaciones de mercado para establecer los vínculos económicos significaron concretamente la construcción de nuevas cadenas, una desprotección de los más humildes, una pérdida por parte de los sectores más desfavorecidos de la protección que proporcionaban los lazos comunitarios tradicionales en la mayoría de los casos.

En su pelea por los derechos, en todo caso lo de progresista que pudo tener el liberalismo, muchas veces no se fue apreciando el carácter contradictorio del Estado, en el sentido que no sólo representó una fuente de limitación para la autonomía individual, sino que también ha sido productor de esa individualidad garantizando un nuevo catálogo de derechos resguardados contra otros individuos y contra el Estado mismo. Según el sociólogo alemán Durkheim el estado se convierte en condición de libertad para los sujetos, siendo la libertad individual en alguna medida producto del mismo Estado (Iazzetta, 2007).

En realidad, tanto las críticas del marxismo clásico⁸ como las del liberalismo parten de un sustrato común –equivocado a nuestro entender– que es la idea de que existe la posibilidad de vida óptima más allá de la organización de una estructuración social. Dicho en otras palabras no creemos que el hombre contemporáneo sea disociable de su socialización en un espacio público, es decir, atravesado por un orden, sea este el Estado Nacional o bien otro de naturaleza más grande o más pequeño⁹.

Hechas algunas notas complementarias sobre la cuestión del Estado tenemos que dar cuenta de la naturaleza de la relación entre Estado y Nación. Cuando leemos que personajes tan significativos de la historia de Europa como el general De Gaulle decía “sin Estado no habría Francia”, nos preguntamos si es posible decir que en América Latina el Estado contiene y define a la Nación. No es casualidad que desde el sitio de donde surge el modelo esta relación sea vista como esencial y constituyente.

La doctrina europea se divide entre aquellos que asimilan el Estado a la Nación, ya

⁷ Recordemos que otras formaciones civilizatorias tanto de la antigüedad europea como en otras partes del mundo no conocían la idea de individualidad. Hasta los griegos (modelo muchas veces de la cultura eurocéntrica) eran extraños al concepto de individuo–persona y la valorización de lo privado como esfera protegida.

⁸ Otros pensadores que replantean cuestiones sin abjurar del marxismo como el egipcio Samir Amin (1988) plantean “Se deduce que el estado es necesariamente opresor. Se olvida que, en la lucha económica real de clases, inclusive en Occidente, la protección del Estado ha podido presentarse y hasta convertirse en el medio eficaz de defensa de los débiles”.

⁹ “Una sociedad de individuos no pudo existir sin un sistema público de regulación que imponga, en nombre de la cohesión social, la preeminencia del interés general sobre los intereses privados. Confiar en que la construcción de un orden puede quedar librada a la racionalidad individual, supone confiar en que las reglas fijadas por cada persona bastaran para organizar la vida en común. Sin embargo, las evidencias indican que la maximización del interés individual, lejos de maximizar el interés colectivo, más bien nos conduce a la ley de la selva” (Iazzetta, 2007).

que lo consideran como la Nación políticamente organizada (doctrina francesa) y los que sostienen que Nación y Estado no sólo son conceptos diferentes, sino que una la Nación no se organiza como Estado (doctrina alemana) (Ortiz, 1996). Entre los intelectuales que siguen la doctrina francesa en nuestro país podemos encontrar al profesor y periodista liberal Mariano Grondona. Este distingue los tres momentos en que se puede producir la vinculación entre Estado y Nación. Así, pudo haber sido el caso de que lo nacional emergiera simultáneamente al Estado, que es lo que les ocurrió a Francia y a Inglaterra hace siglos; que la Nación precediera al Estado nacional, como en el caso de Italia y Alemania; y la tercera posibilidad, que el Estado preceda a la Nación, que para Grondona, es el caso argentino¹⁰. Esta es una muestra clara del pensamiento liberal oligárquico de nuestra América, que desconoce la Nación, como precedente social concreto a las victorias de los sectores vinculados al imperialismo en la estructuración del Estado moderno. Es decir, la Nación termina siendo una creación intelectual devenida de la organización estatal, en nuestro caso particular llevada a cabo después de la constitución del 53/60 y el proyecto de la generación del 80. Estas posturas niegan por un lado la existencia de una Nación hispanoamericana que fue desmembrada después de la independencia por la acción combinada del imperio y las oligarquías locales en desmedro del sueño de los libertadores. Y por el otro lado niega consecuentemente una de las partes en disputa por la estructuración de la Nación: el bando que expresaba los intereses populares y que fue el derrotado. Si bien es cierto que doscientos años de historia por separado de las particularidades de la Nación latinoamericana fueron generando matices nacionales con identidad propia y que la victoria en la estructuración del Estado bajo la matriz oligárquica no deja de tener consecuencias e influencias en la configuración de los Estados Nacionales de la región, aun siguiendo la perspectiva de la doctrina francesa es temerario decir que la Nación fue conformada después del Estado.

En contraposición con la línea de análisis francesa, la denominada doctrina alemana considera que la Nación es un fenómeno social trascendental, que no se organiza ni adquiere personalidad distinta a la de los miembros que la integran. En efecto, el Estado es algo externo a la Nación misma y no un estadio al que esta puede llegar. “La Nación integrada por personas, puede componer dentro de un Estado, el elemento poblacional (...) puede existir un grupo numeroso que compone lo que se denomina una Nación, pero en ningún momento dicho grupo adquiere, cualquiera sea su número, carácter de hegemónico, ni su voluntad se expresa en la voluntad del Estado” (Ortiz, 1996).

“El Estado –dice Castoriadis– es una entidad separada de la colectividad e instituida de manera tal que asegure la permanencia de esa separación”. Es inescindible del Estado la realización de sus fines bajo la forma de aparato estatal, es decir, una burocracia civil, clerical o militar, más compleja en la medida en que el Estado crece, pero siempre desde las más pequeñas con un rasgo distintivo: una organización jerárquica con un área de competencia delimitada. Esa “separación entre poder social y la colectividad” en modo alguno puede ser concebido como un hecho casual, un capricho de la historia, sino como la herramienta necesaria de ese ordenamiento que está en los fines, en la esencia misma del Estado. La tarea de establecer un orden social en una sociedad compleja requiere de esfuerzos constantes para seleccionar, trasladar y condensar el poder social, lo cual a su vez exige recursos tales que sólo el Estado, con la forma de un aparato burocrático jerárquico, puede reunir, concentrar y desplegar.

Según el constitucionalista argentino Arturo Sampay (1994) la doctrina de la

¹⁰ Citado por Ortiz, 1996 en “Política y Estado”.

separación entre Estado y sociedad fue generando tres expresiones concretas, con diferencias claras entre sí. Estas son: la nacional, la social y la combativa. La nacional es la doctrina según la cual el tercer estado o el Pueblo es la Nación que se opone al Estado. Consecuentemente, el Estado es sólo legítimo en la medida en que represente a la Nación. La concepción social considera que siempre va a existir una tensión entre el elemento social y el aparato del Estado. Ahí reside, según Saint Simón, el motor vital de la historia. Finalmente la que Sampay considera la combativa: el Estado no sólo es diferente a la sociedad sino que además deviene necesariamente en su opresor. En este sentido cita la concepción clásica marxista de la historia que se basa en la lucha de clases y el Estado como instrumento de la clase dominante. Por ende, no hay conciliación posible y en última instancia el Estado debe desaparecer. Es particularmente en la definición del Estado en Marx donde más se siente la influencia de las corrientes anarquistas, por aquel entonces muy importantes en el seno del movimiento obrero europeo.

Sin embargo, más allá de las disquisiciones sobre la naturaleza de la relación entre Estado y Nación, lo cierto es que no se puede negar que ambas realidades (o la realidad única que se aborda desde dos lados distintos) vienen cabalgando juntas desde hace más de dos siglos. El Estado termina siendo, entonces, la forma de organización concreta que fueron adquiriendo las comunidades políticamente. Es decir, es la condensación y la expresión de esa condensación del poder político (o por lo menos la expresión principal del poder político) al interior de una sociedad nacional. Entonces, las relaciones de fuerza en su seno, esto es, los intereses sociales (el bloque de histórico para decirlo en términos gramscianos) que detentan el poder van a ser determinantes de la configuración de ese Estado Nación, así como también adquiere en esta configuración un carácter fundamental la relación de esa Nación con el contexto mundial. Nos referimos a las relaciones de dominación y dependencia, a la opresión de unas naciones por otras que es parte de la realidad concreta de nuestro mundo pasado y presente.

EL ORIGEN EUROPEO DE LOS ESTADOS NACIONALES

Las relaciones de dominación tal como se fueron dando concretamente en la historia, son –como decíamos– determinantes en la constitución de la naturaleza de los Estados Nacionales. Por eso no podemos confundir el cómo fue el surgimiento de los Estados Nación en Europa y el surgimiento y el carácter de la relación en los países de la periferia del sistema–mundo.

Muchas veces a partir de la imposición de la Razón imperial, cuando se alude al concepto de Nación, lo que se hace es proyectar la experiencia europea del mismo, como si se tratase de un universal. Esta es una traspolación que niega que los procesos de construcción de los Estados Nacionales en otras latitudes estuvieron ligados a circunstancias, necesidades y contradicciones diferentes de las desarrolladas en las experiencias europeas.

Para no caer en este tipo de universalizaciones abstractas y, por ende, injustas; es preciso analizar someramente las particularidades europeas del surgimiento del Estado Nación para luego poder contrastarlas con las nuestras, lo que puede hacerse a través de tres diferentes planos: el económico, el político y el ideológico, ya que en estos tres registros las diferencias son notables¹¹.

Tal como lo consignamos en el capítulo V, fue fundamental en el origen euro-

peo de los Estados Nacionales, el impulso de la burguesía como clase emergente y su necesidad de expansión y consolidación de un mercado de dimensiones mayores, sin las múltiples barreras que le imponía el feudalismo. Esta cuestión sumada a la necesidad de concentración de la mano de obra y a la de un marco jurídico y político del intercambio económico, fueron fundantes de los Estados Nacionales europeos. Prácticamente no existe ni historiador ni economista serio que no reconozca que el nacimiento de las nacionalidades europeas está indisolublemente unido a la decadencia del feudalismo y su sistema económico–social, es decir, al proceso de nacimiento del sistema capitalista de producción que revolucionó la sociedad y sus instituciones. El Estado Nación europeo es hijo en el plano económico de la sed de riqueza, motor del capitalismo que aplicó sus tendencias polarizantes, al apropiarse de lo que producía la sociedad por un relativamente pequeño núcleo de personas. No es contradictorio entonces que ese Estado se constituya al servicio de las minorías y en defensa de los privilegios de esa clase burguesa. “En Europa el proyecto de la concentración de la riqueza, dio fuerza y sostuvo a los respectivos Estados Nacionales que lo protagonizaron, los cuales contaban además con la exacción colonial como fuente adicional de recursos, cuestión que como ya hemos visto no fue de poca monta” (Casalla, 2003).

En el plano político, el desarrollo de las nacionalidades europeas está indisolublemente unido a dos singulares luchas sociales de tiempos distintos en impulsos sucesivos. Un primer tiempo las nacionalidades europeas tienen en su partida de nacimiento (desde la baja Edad Media hasta el siglo XVII aproximadamente), marcada por las monarquías absolutistas luchando contra el feudalismo, el poder temporal de la Iglesia y el Imperio como idea ecuménica; el segundo impulso lo darán en los siglos XVIII y XIX las burguesías nacionales disputando contra las monarquías.

Estos actores determinantes en el contexto europeo no se repiten en ninguna parte del mundo. Particularmente, quien traslade mecánicamente este mapa genérico de las nacionalidades europeas a la realidad americana, difícilmente comprenda lo que realmente ocurrió con la cuestión nacional en estas tierras. En efecto, la primera etapa en este camino de consolidación de los Estados Nacionales fue el apoyo a la concentración ejercida por el Rey por parte de la burguesía. De este modo, se fue minando los otros poderes feudales, tanto el de los nobles terratenientes cuanto el de la propia Iglesia. Por eso es que en esta primera etapa en el proceso de unificación y concentración territorial no apareció con tanta fuerza la idea de Nación. Es así que muchas veces la concentración de poder fue efectuada por dinastías supranacionales intervincladas por la sangre entre sí en base a los matrimonios de conveniencia.

El impulso de lo nacional, por sobre la idea de la identidad comunitaria encarnada en un monarca, va a adquirir impulso fundamental a partir de la Revolución Francesa. A partir de allí fueron aflorando con fuerza inusitada las naciones que habían estado latiendo tras la máscara de las monarquías. “Hasta mediados del siglo pasado [el s. XIX], lucharon dos principios: el dinástico y el nacional. El primero pareció imponerse netamente a raíz de la derrota napoleónica y sobre todo por la política impuesta a partir del Congreso de Viena, basado en la legitimidad como base de la restauración de los poderes y de la configuración territorial. Con algunas alternativas, el principio dinástico predominó en Europa hasta 1848, en que se produce una serie de revoluciones de tipo nacionalista que dan por tierra con las normas de la Europa de Metternich, provocando incluso su propia caída en Austria” (Ortiz, 1996).

Para decirlo con otras palabras, ese modelo de orden que implica el Estado es implantado en su origen europeo sobre las realidades nacionales europeas por el poder dominante de la sociedad de la época: la emergente clase burguesa.

¹¹ Siguiendo la propuesta de comparación que hace el filósofo argentino Casalla (2003).

“En el nivel ideológico, si nos atenemos a esa última y decisiva etapa política de consolidación de las naciones europeas protagonizadas por aquellas burguesías nacionales (siglos XVIII y XIX), veremos que los acompañamientos ideológicos son el republicanismo, como sistema político y el romanticismo en el orden cultural. Se trataba así de una interesante combinación que amalgamaba los ideales democráticos y humanitarios de la Revolución Francesa, con el logro de sociedades libres de tutelajes autoritarios y el ideal cosmopolita de la realización de la Humanidad en el gran escenario de la vida universal. (...) Y esto es lo que propiamente exporta aquella Europa como modelo de desarrollo para las emergentes nacionales de su periferia: exporta su republicanismo y su romanticismo, pero no la riqueza de origen que los sostenían, ni la experiencia política de su dirigencia en el manejo de los asuntos públicos. Precisamente por esto —¡pequeño detalle!— las numerosas copias que se hacen aquí de su original (a partir del siglo XIX y las independencias criollas), resultarán siempre de una irremediable pobreza e inestabilidad, comparadas con el ideal europeo que buscaban imitar. (...) Es que una cosa era aquel romanticismo y republicanismo metropolitanos (sostenidos en Europa por la riqueza que generaba el sistema capitalista de producción y la experiencia de sus clases en el manejo del Estado) y otra esta imitación de segundo orden que, aun con sus buenas intenciones en muchos casos, de poco serviría al separarse de esa base material y política. Nuestras jóvenes cabezas llenas de ideas, no se asentaban por cierto sobre pies tan firmes como los que la burguesía y la nobleza europea” (Casalla, 2003). No consideramos completo pensar que en el surgimiento de los Estados Nacionales europeos sólo podemos encontrar estas tendencias a las que Casalla refiere como los ideales democráticos y humanitarios de la Revolución Francesa. Sin duda que en el seno de la sociedad europea, incluso cruzando sus revoluciones más “progresistas”¹² existe un pensamiento elitista que no sólo tiene protagonismo en la conformación de los Estados europeos sino que también es un producto de importación ideológica de gran agrado por las oligarquías periféricas de todo el mundo.

Luego de la gran movilización popular que implicó la revolución francesa con su llamado a las masas a apropiarse de la identidad de la Nación (aunque no a ser protagonistas en la construcción del Estado) la burguesía europea aprendió del riesgo que esto implicaba y fue generando transformaciones en la estructura de poder con salidas más negociadas y menos sangrientas. En estos carriles se fueron consolidando las concepciones ideológicas más oligárquicas de lo nacional. Esto lo podemos ver claramente por ejemplo en la constitución tardía del Estado Nación alemán. El discurso de sus precursores es transparente al respecto. “En Fichte ya está presente aquel nacionalismo elitista que luego hará larga carrera cuando en 1807 —en sus celebres Discursos a la Nación Alemana— diferencie entre Pueblo y clases cultas. Al primero le reconoce “haber sido hasta nuestros días el autor de todo desarrollo y adelanto”, sin embargo les recuerda a aquellas clases cultas que “ahora por primera vez (...) deben prepararse para la educación y formación del Pueblo”, ya que “de no ser así el Pueblo lo hará por sí mismo y sin nuestra ayuda y ese día, si llega, las clases letradas descenderán al lugar que actualmente ocupa el Pueblo, mientras que en el nuevo orden jerárquico se convertirán en la nueva aristocracia engrandecida con las formas superiores de la cultura”¹³.

Para concluir coincidimos con las apreciaciones de Casalla: “En síntesis, la Nación en Europa, supone y es inconcebible, al menos, sin los siguientes parámetros históricos: 1) la acumulación de la riqueza y el florecimiento del capitalismo; 2) las luchas

¹² Pensemos, por ejemplo, que las tendencias progresistas francesas si bien se apoyaron en la movilización de las masas populares para la revolución, a la hora de conceder los derechos democráticos estos eran censitarios, es decir, se restringían tan sólo a los propietarios.

¹³ Citado por el mismo Casalla (2003).

victoriosas de las denominadas burguesías nacionales, en contra de las monarquías despóticas; 3) el mantenimiento del sistema colonial como recurso indispensable para su propio desarrollo sostenible; y 4) el republicanismo, en el orden político, y el romanticismo en el cultural, en los que se plasmaban y reproducían los ideales de aquellas prosperas burguesías en ascenso. O sea, esas nacionalidades europeas surgen obedeciendo impulsos endógenos al desenvolvimiento de sus sociedades y suponen transformaciones operadas directamente por sus actores en términos generales. No se trató, por ende, de un acto reflejo, ni estuvieron esencialmente determinadas por centros de decisión que operaban fuera de la misma Europa” (Casalla, 2003).

En la experiencia europea la formación de los Estados Nación fue el lógico coronamiento económico, político y jurídico de la sociedad hegemonizada por la burguesía. El punto de inflexión en la consolidación del poder estatal nacional se va a dar con la revolución francesa (último cuarto del siglo XVIII) y va a darse con disputas hasta la finalización de la unidad alemana (último cuarto del siglo XIX). Cuando Europa tiene consolidado sus procesos nacionales (hacia 1880) vuelve a mirar con fuerza hacia el resto del mundo. Este es el momento del resurgimiento del imperialismo, estudiado por los primeros autores críticos de tal fenómeno.

Desde una lectura de “izquierda nacional” Carpani, afirma: “En Europa al quedar identificada la cuestión nacional con los intereses de la burguesía, la clase trabajadora desarrolla su propia conciencia de clase en antagonismo con ésta”. Nosotros nos preguntamos si el nacionalismo imperialista propio de los países europeos y su continuidad en América que son los EEUU, sólo tiene que ver con la apropiación y la configuración del Estado Nacional a partir de los intereses económicos de la burguesía o si también está íntimamente relacionado con la concepción del Otro en la Civilización Noratlántica. Sin duda que el Estado que organiza, el modelo de orden de los Estados Nación europeos se fundan en la Razón imperial, excluyente y negadora, a la que hacíamos referencia en los primeros capítulos. De todas formas, sea a partir de la apropiación de la burguesía de la cuestión nacional o a partir de los condicionamientos propios de la concepción del Otro de la civilización europea, o bien a partir de ambos surge un nacionalismo burgués, que en lo internacional se muestra como imperialismo y se contrapone fundamentalmente con el nacionalismo de los Pueblos oprimidos, que luchan por liberarse. Siendo esta la causa principal por la cual la misma liberación se transforma en un objetivo estratégico de los trabajadores en los países dependientes.

EL ORIGEN DE LOS ESTADOS COMO CONFRONTACIÓN DE LAS NACIONES PERIFÉRICAS CON EL COLONIALISMO Y EL IMPERIALISMO.

Ricardo Carpani, en su libro “Nacionalismo burgués, nacionalismo revolucionario”, plantea que cuando en Europa la burguesía se apropia de la Nación consustanciándola con el Estado en el surgimiento del capitalismo, impone su concepción a toda la sociedad, que venía luchando por su consolidación. Por este camino concreto es que existe una plena identificación entre clase social dominante, proyecto nacional y Estado. Sin embargo, es importante destacar distintos orígenes entre los Estados Nacionales “centrales” y los “periféricos”. De modo tal que es —por lo menos— un error considerar el surgimiento de los Estados Nacionales como un fenómeno único, aunque tengan una relación directa en el proceso histórico. Muchos Estados Nacionales del Tercer Mundo surgen de la lucha por la autodeterminación frente al colonialismo y el imperialismo, o por lo menos en relación a este tipo de

contradicciones surgen las fuerzas emancipatorias de los Pueblos del mundo.

Si el sujeto histórico social activo de la nacionalidad europea fueron las burguesías locales, clase social entonces hegemónica en las sociedades centrales; es bueno preguntarse en el resto de los países, es decir, en los países y regiones dominadas: ¿Quién fue el sujeto impulsor de los procesos de creación del Estado Nacional? La respuesta no es sencilla, ni en Nuestra América con su particularidad y su proceso incipiente de independencia del colonialismo, ni tampoco en los posteriores procesos de Asia y África. Así podemos ver contradicciones en este proceso de gestación de los Estados periféricos y diferencias nacionales en su constitución más allá de elementos comunes. De este modo, la fuerza y penetración del colonialismo y luego del imperialismo, la específica circunstancia histórica en que se da la creación del Estado, las correlaciones de fuerzas sociales internas son tan sólo algunas de las variables pautas para entender esta compleja y contradictoria realidad.

Por ejemplo, no es lo mismo las modalidades étnicas de la dominación en América que en Asia. El protagonismo en la independencia y la construcción de los Estados Nacionales en la primera la van a desarrollar –incluso con prescindencia de sus contradicciones internas– los grupos criollos apoyándose fuertemente en el conjunto del Pueblo, cuya raíz mestiza era mayoritaria. Estos criollos eran generalmente blancos nacidos en tierras americanas. También tuvieron una participación activa las minorías esclavas negras, que no pocas veces ganaron su libertad participando de los ejércitos libertadores. No fue, en cambio, determinante la participación de los pueblos aborígenes. Si bien en muchos lados como en el Alto Perú tuvieron un rol fundamental en la resistencia a los realistas españoles, en otros lugares esta intervención no fue tan decidida en favor de la independencia y en muchos casos se mantuvieron, incluso al margen del proceso de constitución del nuevo Estado que sucedió a la colonia.

Como ejemplo contrapuesto, en Indochina fueron los Pueblos originarios, sin duda, aquellos que llevaron a cabo la lucha contra la dominación. Las diferencias raciales era parte constitutiva del sistema de dominación perpetrado por los franceses. Bien decía el padre de la Patria vietnamita Ho Chi Ming que “en las colonias si se tiene la piel blanca, se pertenece a la aristocracia: se es de raza superior”. “El europeo (o sus sucedáneos) es en la colonia el burgués dominador, cualquiera sea su inserción en el aparato productivo real, el colonizado es proletario dominado, aun cuando haya alguna vez poseído lo que se denomina el capital o la tierra. La alquimia colonial mezcla las clases y los hombres generando una particularidad vital e histórica (un Pueblo dominado) que requiere nuevas categorías comprensivas para poder ser entendido” (Casalla, 2003).

Con estos ejemplos, lo único que queremos destacar son las particularidades de cada proceso de construcción de los Estados del Tercer Mundo que nunca es idéntico a sí mismo. Sin embargo, lo que podemos consignar, como cruzando a todos estos procesos es que el impulso de construcción de estos Estados Nacionales se funda en por un lado el debilitamiento de las fuerzas de las naciones dominantes y por otro en la fuerzas emancipatorias que intervienen con el objetivo de liberar su tierra, impulsadas por diversos sectores sociales que sufren las consecuencias de la dominación colonial.

Sin embargo, es importante aclarar que sería ahistórico decir que en cualquier proceso constitución de los Estados periféricos sólo intervienen estas fuerzas emancipatorias del Pueblo. Muchas veces son actores importantes los nuevos Estados dominantes que intervienen directamente minando el poder de los viejos Imperios, como por ejemplo lo hizo Gran Bretaña respecto del Imperio español o como lo hizo

EEUU, luego, respecto de los propios ingleses. De algún modo, la construcción de los Estados periféricos es el fruto de la disputa entre estas dos fuerzas que ponen sus intereses en paralelo en un punto, pero que luego tienen intereses contradictorios en la determinación del modelo de Estado, es decir, en como ha de estructurarse en orden de esa sociedad nacional tanto en lo interno como en sus relaciones con el resto de los países del mundo, principalmente con los Estados centrales.

Los Estados Nacionales, entonces, surgen en el marco de estas fuerzas contradictorias. Una, la impulsada por el Pueblo, que transita de la Colonia a la Nación y toma impulso en contra de la integración subordinada a la economía mundial y otra, en cambio, que se desprende de la vieja dominación aunque su rumbo es hacia la integración a las nuevas formas de subordinación política y económica a los emergentes centros de poder mundial, motorizada por la oligarquía. En lo económico esta última fuerza planteaba la integración plena a la división internacional del trabajo y en lo político tuvo en América Latina un discurso librecambista que beneficiaba ampliamente a las potencias industrializadas. Aun con estas fuerzas contradictorias –pero que se conjugan para romper con el hecho colonial–, el proceso que es sustancialmente diferente al proceso del surgimiento de las Naciones europeas, en donde se parte de una Nación generalmente con colonias, para finalmente conformar un nacionalismo imperialista aun más agresivo, avanzando sobre la soberanía de otros Estados. Por ejemplo, la famosa fraternidad, igualdad y libertad, proclamada por la revolución burguesa de 1789 y sus derechos del hombre, no se extendieron hasta las colonias francesas como Haití, en donde la población siguió siendo mayoritariamente esclava, hasta que conquistó por el uso de la fuerza su propia independencia¹⁴. Y tampoco puso fin a las aventuras colonialistas francesas, sino por el contrario, con el tiempo, fue un acicate para ellas, cuando no una justificación de llevar la “civilización” y la “libertad” a otros rincones del planeta.

El concepto de Nación o por lo menos la fuerte idea de Nación del romanticismo fue correlativo del concepto de independencia en el proceso de descolonización latinoamericano. Por eso podemos decir que a partir de allí los Pueblos dominados del mundo (no sólo América sino también en Oceanía, Asia y África) pudieron volver contra el colonizador la idea de Nación que surgió de sus entrañas. Esto forzó a los países dominadores a pensar nuevas formas de dominación en las que pudieran prescindir de la dominación político territorial asentada tan sólo en el poder militar, reservándose éste para ocasiones límite.

Aunque también es cierto que el Estado moderno, incluso en los países periféricos, en tanto vehículo de la globalización (en sentido amplio), muchas veces, incluso en los países dominados –aun en sus versiones autónomas–, significó un modelo monocultural y negador de la diferencia, y no pocas veces actuó como forma de ingreso en el modo de producción capitalista. En la media en que se fue constituyendo en seno del Estado Nacional, conforme al modelo europeo; la cultura única, superior, “la civilización”, en la que no hay respeto por la particularidad.

No hay más que atender a la dicotomía sarmientina de civilización o barbarie para comprender el carácter de la concepción de la oligarquía que estructuró nuestro Estado Nacional. Está ahí la raíz de cierta exclusión propia de muchos Estados Nacionales periféricos. Citemos, a modo de ejemplo, lo que ocurrió con las culturas indígenas u originarias, aún después de la constitución de los Estados independientes en Latinoamérica. La Argentina, en particular, no se carac-

¹⁴ La independencia de Haití se logró en el año 1804, siendo la primera de Latinoamérica.

terizó precisamente por la sutileza en este proceso de integración/sojuzgamiento, baste mencionar el genocidio llamado Campaña del Desierto del General Roca, el modo que encontró la oligarquía para acabar con la resistencia¹⁵. Pero, otros mecanismos más refinados –entre ellos la escolarización– fueron necesarios para aquellas regiones donde la población indígena era más fuerte y mantenía su cultura ancestral y por ende contaba con más elementos para resistirse a la imposición cultural. Una resistencia que a cinco siglos de la colonización aún subsiste, que no es abstracta y tampoco carece de elementos políticos, de disputa de poder. Alcanza con recordar los casos de Guatemala o el Estado mexicano de Chiapas, de mayoría indígena, que fueron capaces de gestar formaciones político militares íntimamente vinculadas a las comunidades originarias.

ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL SURGIMIENTO DEL ESTADO NACIONAL EN AMÉRICA.

La naturaleza de esta disputa inherente a la polarización capitalista centro de la matriz económica, política y cultural de la expansión europea hizo que el surgimiento de los Estados Nacionales periféricos hayan sido sustancialmente distinto a los Estados centrales. Sin embargo, como decíamos antes, esta confrontación entre intereses colonialistas e imperialistas con intereses emancipatorios no se dio en forma lineal¹⁶.

Simplificando podemos hablar de una disputa entre dos modelos de Estado, en el origen de los Estados Nacionales periféricos. Por un lado el proyecto que fue parido mirando hacia adentro y en contraposición con el sistema de dominación vigente. A este adscribieron en general las mayorías populares en tanto pudieron ser protagonistas de la gesta de la independencia y creación de un nuevo Estado Nación. Y por el otro lado un proyecto transitado fundamentalmente por las oligarquías nativas y que fue engendrado mirando hacia afuera como socio menor del imperio de turno, actuando las metrópolis mercantiles como centro colonizador regional respecto del interior, al que generalmente subordinó por la fuerza. Estas tendencias se encuentran patentes desde el proceso de nuestra propia independencia del Imperio Español. Tan clara es la disputa que un europeo –Guizot– informó a la Cámara francesa “hay en los estados de la América del Sur dos grandes partidos, el partido europeo y el partido americano. El europeo, el menos numeroso, comprende los hombres más esclarecidos, los

¹⁵ Ejemplos de esta resistencia podemos considerar a la subsistencia autónoma de las tribus indígenas en el Sur de América del Sur, de los malones como su estrategia de mantenimiento de la frontera con la “civilización” del Hombre Blanco.

¹⁶ “Como en tantas otras oportunidades en la historia latinoamericana, los cambios en las relaciones coloniales iniciados en ultramar, determinaron modificaciones en la estructura de clase criolla, y éstas auspiciaron revisiones en la política del sector dominante de la burguesía local –esta vez la lucha por la independencia–, revisiones que terminaron por fortalecer aun más el viraje hacia las nuevas relaciones coloniales, es decir, que de hecho fortalecieron todavía más los lazos de dependencia económica en función del fortalecimiento de la economía de exportación y la estructura del subdesarrollo. No obstante, ésta no fue una consecuencia automática, sino que fue el resultado de la imposición de su política de clase del sector de la lumpenburguesía latinoamericana que salió vencedor de las guerras civiles mediante las cuales, después de la independencia formal, las diversas fuerzas económicas, sociales políticas e ideológicas, trataron, –cada una en función de su interés e imagen de determinar el futuro de los pueblos latinoamericanos, que en– consecuencia han sufrido el lumpendesarrollo” (Frank, 1972).

más familiarizados con las ideas de la civilización europea. El otro partido, más apegado al suelo¹⁷, impregnado con ideas puramente americanas, es el de los campos. Este partido ha deseado que la sociedad, se desarrollara por sí misma, a su modo, sin préstamos, sin relaciones con Europa...”¹⁸

En rigor de verdad, la primera etapa del proceso emancipatorio latinoamericano en general no tuvo un masivo apoyo popular, y fue protagonizada por los criollos o españoles nacidos en América. En alguna medida esto se debe a que los primeros movimientos revolucionarios pueden enmarcarse en un proceso de guerra civil en el seno del Imperio español, entre los sectores progresistas y liberales enfrentados con los sectores conservadores partidarios de la monarquía absoluta, por ello llamados realistas. Ambos sectores ven en la invasión napoleónica la oportunidad para dirimir la disputa en su favor, después de la tarea común de sacudirse el yugo de la dominación militar francesa. En particular en Nuestra América se da la disputa en torno al reconocimiento del Consejo de Regencia o cualquier autoridad española de dominio de nuestro territorio o bien la recuperación de la soberanía y la decisión política a partir de la caída en desgracia del Rey. En este tema seguimos las tesis de historiadores como Enrique de Gandia o Norberto Galasso que encuentran en esta disputa los orígenes de la independencia americana. Los partidos que se arman entonces son los partidarios del referido Consejo de Regencia (recordemos que este terminó en la isla de León protegido por los ingleses) y los partidarios de las Juntas (es decir, la recuperación de los pueblos del Imperio español de su soberanía originaria en tanto siguiera cautivo Fernando VII).

Las Juntas de gobierno que se fueron formando en casi todas las grandes ciudades de América tuvieron su antecedente directo en España, fueron la forma de organización contra la dominación napoleónica fundadas en antiguas autonomías¹⁹ y en construcciones doctrinarias. La fuente ideológica de estas Juntas fueron doctrinarios de Salamanca²⁰ que sostuvieron que el fundamento de la

¹⁷ [respecto del partido americano se puede decir que] “Su política americana no fue tanto apegada al suelo o al campo, como decía Guizot, sino a los intereses provinciales que incluían la protección de sus industrias contra la competencia ruinosa que la política europea de los exportadores agropecuarios implicaba para ellos” (Frank, 1972).

¹⁸ Citado por Eduardo Astessano (1979).

¹⁹ Los levantamientos en España y la conformación de Juntas se realizaron en torno a los Ayuntamientos. “No es casual que los levantamientos populares surgieron en torno de los Ayuntamientos, ya que en ese momento eran los herederos de la vieja tradición de los Municipios, los cuales habiendo sido la célula básica de la organización social española hasta la Reconquista” (Casalla, 2003). En América se dio en torno de los Cabildos, institución de carácter más democrático en el sistema a colonial que respondía a los vecinos “principales”.

²⁰ La más rica tradición de pensamiento español que influyó decisivamente en América está encabezada por el sacerdote Francisco de Vitoria. Este entre otros aportes interesantes, este plantea que hay más libertad en las repúblicas que en las monarquías (pensamiento sumamente innovador para aquella época) y agrega este pensamiento no menos revolucionario la decisión acerca de las formas de gobierno corresponde a la mayoría. De este modo se convierte en el autor de una verdadera teoría de la mayoría que rechaza la obligación de la unanimidad (imposibilidad que favorece generalmente al *status quo* defendido por ciertas minorías privilegiadas). El otro gran continuador en Salamanca de este pensamiento fue el jesuita Francisco Suárez que sostiene siguiendo a Aristóteles la naturaleza política del hombre y que esa politicidad esencial requiere del Estado para ser desplegada y organizada. Entendiendo el Estado como la comunidad organizada que es la depositaria originaria del poder. Llegando incluso a plantear la resistencia popular como forma de legitimidad para el cambio de monarcas. “Además está denominada Escuela del derecho natural y de gentes, que integran Vitoria, Suárez y Belarmino, mantendrá su originalidad y diferencias al comparársele intelectualmente con el pensamiento político francés del siglo posterior. Respecto del

soberanía reside en el Pueblo una vez que el Rey legítimo no puede gobernar.

Pero esta guerra civil entre reaccionarios conservadores, y los revolucionarios, partidarios de una legislación liberal y de la limitación de los derechos de la monarquía, se fue dirimiendo de tal modo –sobre todo a partir de las políticas absolutistas de Fernando VII una vez restaurado el poder–, que finalmente se convirtió de una disputa democrática en una disputa de carácter nacional como una estrategia para preservar en América los avances logrados. Esto es, los revolucionarios en su lucha americana comprendieron que correrían la suerte de sus correligionarios de la península sino transformaban su lucha en ruptura con el centro imperial. Dicho en otras palabras: la única oportunidad de triunfo de sus ideas que tenían los partidarios de mayor libertad era romper las cadenas que sometían a América a la dependencia con España. Es en este marco cuando aparecen en escena verdaderamente los Pueblos latinoamericanos en la lucha por la independencia. Es ahí cuando las incipientes organizaciones nacionales se atreven con los antiguos privilegios coloniales –como por ejemplo la esclavitud–. La participación de las masas en la guerra contra los realistas se hace necesaria y directa. Sin embargo, los criollos que abrieron el juego a la participación popular no pocas veces fueron defenestrados por los de su clase. “Los criollos que así lo intentaron y se atrevieron a convocarlos –en grandes líneas los caudillos americanos– sufrirían no pocos improperios y difamaciones por parte de sus antiguos socios de clase y de casta, dos andariveles inseparables en aquella realidad colonial. Estos les recordaran que no era para eso que habían hecho una revolución, sino para quedarse con el poder, con el mismo poder (o más si fuere posible) y no para repartirlo con pobres, indios, mestizos y negros” (Casalla 2003). Las figuras de Bolívar, San Martín²¹ y Artigas se agigantan en estas cuestiones. El primero es un paradigma muy claro: proveniente y defensor originario de los privilegios de los mantuanos (*elite* criolla de la Capitanía General de Venezuela) fue viviendo en carne propia la necesidad y la compenetración con los sectores populares en la medida en que descubría que con los mantuanos no podía avanzar mucho más en su proyecto de liberación y construcción de una gran Nación hispanoamericana. Es entonces que la mirada de Bolívar se cruza con los que realmente empuñaban las armas para defender la independencia, los más humildes. Por eso es también que los Libertadores liberaran a los esclavos y los convocarán al ejército independentista. Eso le valió a Bolívar que sus antiguos aliados y socios le cambiaran el título de Libertador, por el ofensivo epíteto de Dictador.

Sin embargo, no debemos creer que en el proceso de independencia sólo actuaron las fuerzas emancipatorias que se encarnaron en los Libertadores. El imperialismo emergente, Gran Bretaña, puso su cola en todo lo que pudo. Ya sea para debilitar a su histórico enemigo español y terminar de darle el tiro de gracia como potencia europea, ya sea para evitar que se conformara una gran Nación hispanoamericana heredera de la mejor tradición española. Los ingleses habían aprendido la lección de la independencia de sus trece colonias de América del Norte. Y para aquellos que vean en esta intervención británica tan sólo una teoría conspirativa, a confesión de parte relevo de prueba. En 1825 Canning le

contractualismo volteriano, dos serán las deferencias fundamentales. En primer lugar, la naturaleza y no su corrupción es la inspiradora del pacto social fundante; en segundo término, las leyes de la moral y de la justicia, son originarias del hombre mismo y no producto de dicho pacto. Por lo tanto, la convención que funda la sociedad no es en absoluto la alienación total de la persona y sus derechos a favor de la comunidad, sino el compromiso de seguir una dirección común, en tanto de ésta se deduzca claramente el bienestar general” (Casalla, 2003).

²¹ No hace falta sino ver la proclama sanmartiniana de 1819 “andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios”.

escribirá a Granville: “Los hechos están ejecutados, la cuña esta impelida. Hispanoamérica es libre y si nosotros sentamos rectamente nuestros negocios ella será inglesa”²². Y Canning no fue un personaje secundario en esta historia, sobre todo desde su puesto como Canciller británico, fue el artífice diplomático de la intervención de la Pérfida Albión en el proceso independentista.

Fue así, como en la disputa entre el Estado como proyecto propio americano y la proliferación de Estados pequeños impulsados por las oligarquías locales intervino claramente a favor de este último la mano del imperialismo británico. Para 1824 Inglaterra era acreedora de América Latina por 18 millones de libras esterlinas siendo los principales países deudores: México, Perú, Colombia y Chile, además de la genéricamente llamada América Central. Característica común de esos empréstitos era que los países acreedores garantizaban la deuda afectando o bien tierras públicas o bien las rentas de la aduana (Ortiz, 2003).

He aquí uno de los principales motivos del hecho que en Nuestra América las repúblicas y los Estados surgen más bien como fragmentos de un todo mayor, una nacionalidad que subyace a todas. Se trató de un proceso de confluencia entre una fuerte injerencia exterior (inglesa primero, después también norteamericana en algunas regiones de Centroamérica), antes que decisiones libres y autónomas de Estados soberanos que van concentrado poder –como lo fue en el caso europeo– y por el otro lado la acción decidida de las oligarquías de las grandes ciudades en defensa de sus privilegios y sus nuevos negocios con las potencias de turno.

Oscar Oszlak en su libro “la formación del Estado Argentino” siguiendo la tradición de la historiografía liberal que invierte los términos, tal como lo hace el mitrismo, planteando que la independencia de Sudamérica es consecuencia del impulso de las grandes capitales americanas (particularmente de Buenos Aires en nuestro caso). Por eso es que llega a la errónea conclusión sobre que “el proceso de emancipación constituye un punto común de arranque en la experiencia nacional de América Latina, pero el acto de ruptura con el poder imperial no significó la automática suplantación del Estado colonial por un Estado Nacional. En parte, ello se debió a que en su origen, la mayoría de los movimientos emancipadores tuvieron un carácter municipal, limitados generalmente a la localidad de residencia de las autoridades coloniales” (Oszlak, 1997).

Lo cierto es que el desmembramiento de las repúblicas hispanoamericanas (dejamos así afuera la independencia del Brasil que participa de otra historia) es el producto de estas fuerzas oligárquicas e imperialistas que las ligan con la dominación imperial. Fuerzas que no detienen su acción con la multiplicación de los países, sino que además dan una feroz lucha en el seno de las nuevas nacionalidades por la imposición de un modelo de orden, es decir, por la constitución de un Estado estructurado en función de sus propios y particulares intereses. Así da cuenta poéticamente de ello el filósofo Casalla. “Desde sus mismos comienzos, la historia de las experiencias nacionales latinoamericanas –como la cabeza de Jano– presenta a un tiempo dos rostros: el de la incipiente y prometida libertad y el de la vieja dominación colonial: cambian los nombres y los protagonistas, pero ese bifrontalismo irresuelto, insiste y exigirá nuevas respuestas” (Casalla, 2003).

Los Estados Nación americanos se fueron construyendo en interacción directa y dialéctica con el despliegue de las potencias imperialistas, fundamentalmente Gran Bretaña. Es decir, las emergentes repúblicas latinoamericanas tuvieron que enfrentarse a desafíos externos que las Naciones europeas no debieron afrontar.

²² Citado por (Casalla, 2003).

“Por otro lado, advirtamos que en América Latina las denominadas Guerras de la Independencia fueron, simultáneamente, luchas sociales por la organización y el sentido de la nacionalidad. No había entre nosotros una burguesía propia con intereses más o menos claros y coincidentes entre sí; al contrario, la libertad política de España abrió de inmediato graves luchas sociales e ideológicas por la consolidación de una clase dirigente capaz de asumir el vacío político dejado por la administración española, tal las diputas entre los liberales españoles residentes en América, la aristocracia criolla y el Pueblo llano. Precisamente la fragmentación nacional posterior de América Latina —su balcanización, casi en tantos países como puertos de exportación existiese— tiene relación directa con las disputas políticas y los intereses locales de las facciones en pugna, cada una de ellas con su particular idea distinta de país y de ubicación en el contexto internacional” (Casalla, 2003).

Es por eso que las guerras por la independencia americana serán continuadas por guerras civiles en la mayoría de las recién constituidas repúblicas. No es bueno concebirlas como un período anárquico de lucha meramente por el poder. Incluso muchas veces las disputas entre centralismo y federalismo, entre liberales y conservadores, esconden en realidad una cambiada y confusa, pero no por ello menos decisiva lucha entre dos proyectos de Estado diferentes. Los sectores nacionales y populares, fuera cual fuese la denominación que estos adoptaran pelearon contra los sectores oligárquicos por imponerle su propio contenido a las organizaciones nacionales en gestación. No obstante, generalmente fracasaron. Acaso el único ejemplo en donde los sectores oligárquicos vinculados directamente con el comercio exterior fueron derrotados fue en la experiencia de Paraguay²³. Esto explica en gran medida el impresionante crecimiento y desarrollo de este país hasta que, en el último tramo del siglo XIX, la infame guerra de la triple alianza (Brasil, Argentina y Uruguay,) impulsada desde atrás por los británicos, exterminó gran parte de su población terminando así con esa experiencia.

“En toda América Latina las luchas entre “europeos” y americanos” resultaron en la victoria definitiva de aquellos (...) la lumpenburguesía de partidarios europeos construyó lumpenestados “nacionales” que nunca alcanzaron una verdadera independencia, pero que eran y son ideados e idóneos como instrumentos de una política lumpenburguesa de lumpendesarrollo. No fue así para los americanos del Norte²⁴.

²³ “La política americana más extrema fue la del Paraguay, que fue el primero en independizarse pero sin adherirse a la República Argentina. “Si el doctor Francia no hubiera conseguido aislar al Paraguay, sin duda este hermoso país sería hoy un miserable anexo de las miserables provincias argentinas” señaló el cónsul francés en Buenos Aires en 1836 (citado en Cardoso 1976). Pero al aislar a su país, no de todas relaciones sino de la dependencia extranjera, los gobiernos del doctor Francia y sus sucesores, los López, lograron un desarrollo nacional estilo bismarkiano o bonapartista como ningún otro país latinoamericano de la época. Construyeron un ferrocarril con capital propio; desarrollaron industrias nacionales contratando técnicos —pero no permitiendo inversiones— extranjeros, como harían los japoneses décadas más tarde; establecieron la educación primaria fiscal y gratuita, casi eliminando —según testimonios cotemporáneos— el analfabetismo; y es más, expropiaron los grandes latifundistas y comerciantes en beneficio del régimen más popular de América con apoyo— de los indígenas guaraníes. Cuando esta política “americana” —que por cierto también devino expansionista a mediados del siglo— tropezó con las ambiciones del “partido— europeo” en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y en la propia Europa, la Triple Alianza venció a la nación paraguaya y diezmó, hasta 6/7 de su población masculina. Luego el Paraguay también se abrió a la “civilización” (Frank, 1972).

²⁴ “Al ganar la guerra contra los — productores de materias primas y librecambistas del Sur, el general victorioso y leugo presidente de los Estados Unidos observó: “Durante siglos Inglaterra ha confiado en la protección, la ha llevado a extremos y ha obtenido resultados satisfactorios de

Entre ellos también se gestó una larga lucha que culminó en la guerra civil de 1861–1865 entre los americanos industriales y nacionalistas del Norte, que reclamaron la protección aduanera y la incorporación del “lejano Oeste” bajo sus instituciones y control, y los americanos “europeizantes” y librecambistas del Sur que, con instituciones esclavistas que querían extender al Oeste, producían algodón para la industria de Europa —que los apoyó igual que a los esclarecidos partidarios europeos de Sudamérica. (...) Pero en toda América Latina, al ganar las guerras civiles y asegurarse el poder del Estado contra los intereses nacionalistas y proteccionistas —es decir “americanos”— el “partido europeo” de la dominante lumpenburguesía minera y agropecuaria productora y exportadora, a diferencia de la norteamericana, acogió la doctrina librecambista con entusiasmo y a menudo se hizo más papista que el papa manchesteriano, adoptando también a su modo, la doctrina de *laissez faire*, dejando hacer a su gobierno lo que la burguesía quería y no dejándole hacer lo que la burguesía no quería. Claudio Véliz explica por ejemplo el caso chileno: “Los exportadores mineros del norte del país eran librecambistas. Esta posición no se debía fundamentalmente a razones de tipo doctrinario —aunque también las hubo—, sino al hecho sencillo de que estos señores estaban dotados de sentido común. Ellos exportaban cobre, plata, salitre y otros minerales de menor importancia, a Europa y los Estados Unidos, donde recibían su pago en libras esterlinas o dólares. Con este dinero adquirían equipos, maquinarias, manufacturas o productos de consumo de buena calidad a precios muy bajos. Es difícil concebir altruismo, elevación de miras o visión profética que hicieran que estos exportadores aceptaran pagar derechos de exportación e importación en aras de una posible industrialización del país. Apegados al ideario liberal de la época, hubieran argumentado que si realmente valía la pena fomentar la industria chilena, ésta debía ser por lo menos lo bastante eficiente como para competir con la europea, que debía pagar un flete elevado antes de llegar a nuestras playas [...] los exportadores agropecuarios del sur del país también eran decididamente librecambistas [...] para estos hacendados pagados en libras esterlinas la idea de gravar la exportación de trigo o de imponer derechos proteccionistas sobre las importaciones era sencillamente digna de un manicomio. Las grandes firmas importadoras con sede en Valparaíso y Santiago también eran librecambistas. ¡Se imaginaria alguien a una firma importadora defendiendo el establecimiento de fuertes derechos de importación para proteger a una industria nacional! [...]. He ahí la poderosa coalición de fuertes intereses que dominó la política económica de Chile durante el siglo pasado y parte del actual. Ninguno de estos tres grupos de presión tenía razones de peso para abogar por una política proteccionista” (Frank, 1972).

De este modo, al menos en la América del Sur, los denominados procesos de organización nacional (o sea, de estructuración de los respectivos aparatos Estatales modernos, resueltas las guerras civiles que siguieron a las luchas por la Independencia) significaron para los sectores populares una nueva expulsión del sistema y un nuevo arrinconamiento en la alteridad crítica de los marginales. No cabe duda de que es a este sistema al cual debe ese país su actual poderío. Después de dos siglos, Inglaterra ha creído conveniente adoptar el libre cambio, porque cree que la protección ya no le puede ofrecer nada. Pues bien, señores, el conocimiento que tengo de mi país me hace creer que dentro de doscientos, años, cuando América haya obtenido todo lo que pueda obtener de la protección, adoptará también el libre cambio» (citado en Santos Martínez). Aunque Grant se equivocó un siglo respecto al futuro, apreció muy bien el pasado y su época que, no por— casualidad, el librecambismo manchesteriano nació en Algodonópolis cuando ella había alcanzado el dominio industrial de su época y —como observó el nacionalista y padre del proteccionismo alemán, Friedrich List—, la, doctrina del libre cambio y del *laissez faire* —más aun que el propio paño de algodón— se convirtió en el principal producto de exportación de Gran Bretaña” (Frank, 1972).

dos. Este va a ser en nuestra tierra el destino de los gauchos que fueron los que pelearon primero por la independencia y después contra el avasallamiento y la prepotencia porteña en las montoneras federales, quedando finalmente como parias en la República oligárquica. Este es el destino que retrata magistralmente el Martín Fierro de José Hernández, a modo de manifiesto político.

Oszlak como muchos otros autores que trasladan las categorías europeas a las realidades de nuestras naciones, no casualmente afirma que no hay verdadero Estado sino hasta después de la batalla de Pavón. Esto es así pues parte de la idea que Estado, como en su original modelo europeo, refiere solamente a un sistema de dominación interno. De este modo, no explica la acción de las oligarquías —generalmente portuarias— en el proceso de desmembramiento de la Nación Latinoamericana. Oszlak en tanto considera al Estado meramente como la consolidación del sistema de dominación²⁵ y el modo de producción capitalista, no ve la presencia del Estado en estas tierras sino hasta que —vencidas las tendencias nacionales y populares— se empieza a consolidar el Estado oligárquico con su inserción en el sistema internacional de división del trabajo del capitalismo con centro en Gran Bretaña. En el caso argentino, entonces, siguiendo a este autor, recién hay Estado cuando se establece el orden agroexportador, es decir, con la llamada generación del 80. La victoria definitiva de los sectores liberales que les permitió imponer su orden político, económico y social, se asienta sobre las batallas de Caseros —que derroca a Rosas— y de Pavón —que marca la integración de Buenos Aires a la Confederación, pero con ésta definitivamente subordinada—.

En otras palabras, la estructura estatal moderna propiamente dicha —es decir, hecha a imagen y semejanza del Estado europeo— fue construida fundamentalmente en el proceso que va de 1853–60 hasta el 80 (o bien desde la batalla de Pavón hasta la crisis de 1890 como sugiere Oszlak). Ésta se constituyó a partir de la hegemonía de una oligarquía vinculada al Imperio Inglés y sobre la derrota de la tendencia de experiencia autónoma que constituyen los caudillos federales, legítimos continuadores de las guerras de independencia nacional.

Es claro que la disputa entre esos dos proyectos, con centro en el Estado, no se agotó con el proceso de independencia, ni con las guerras civiles que terminaron con la configuración por las oligarquías de su proyecto de Estado Nacional. También desde el seno mismo del Estado Nacional y usándolo como herramienta central se dieron los procesos populares de generación de mayor autonomía en todo el siglo XX²⁶, en América Latina. Nos referimos por ejemplo al peronismo en Argentina, a Cárdenas en México, Vargas en Brasil, Arbenz en Guatemala, etc.

La orientación impresa por el modelo triunfante a nuestra economía reforzó algunas de las características de un sistema extractivo. Un sistema productivo artesanal fue prácticamente desmantelado en función del consumo de los productos importados de Europa, y la exportación de materias primas casi sin ningún tipo de elaboración fueron constituyentes un orden social subordinado a los intereses imperialistas y también de la constitución de una lumpemburguesía

²⁵ “Este sistema de dominación —el Estado nacional— fue a la vez determinante y consecuencia del proceso de expansión del capitalismo iniciado con la internacionalización de las economías de la región” (Oszlak, 1997).

²⁶ No compartimos la tesis de Andre Gunder Frank de 1972 cuando encasilla a estos procesos como de nacionalismo de la lumpenburguesía, obligada por las circunstancias económicas a abrir el juego. Más allá de los vicios economicistas de su planteo, consideramos que en este caso el autor alemán no tiene en cuenta al antagonista principal del proceso de dependencia periférica, esto es, a los niveles de organización del Pueblo en su lucha por la liberación.

—como la llama Frank— de la que no se puede esperar ninguna revolución democrática. “Dependiendo principalmente de la naturaleza de los bienes primarios exportables que constituyeron la base de inserción en el mercado internacional, se fueron conformando relaciones de producción e intercambio que condicionaron las modalidades de intervención del Estado. Su actividad y recursos se dirigieron hacia la creación de condiciones que favorecieran la expansión de la economía exportadora y mercantil” (Oszlak, 1997).

También en el plano económico, hallamos una de las diferencias sustanciales respecto del surgimiento de los Estados Nación europeos. Mientras que estos son producto del proceso de florecimiento capitalista de sus naciones, los Estados de Nuestra América surgen muchas veces de la desintegración de una economía colonial, que fue fuente más de atraso que de progreso económico. Como decía John William Cooke el capitalismo en estas tierras está decrepito sin haber pasado jamás por la lozanía. Esto significa, en palabras del teórico de la dependencia Frank, que en los países dependientes se da un lumpendesarrollo, o sea, el desarrollo del subdesarrollo impulsado por una burguesía subordinada a los intereses imperialistas.

“Tampoco se dio en el caso americano la regla de oro de consolidación económica de las nacionalidades europeas: una legislación proteccionista de parte del Estado para el desarrollo sostenido de una economía nacional en ascenso, y el ulterior reclamo de medidas librecambistas, para colocar en el mercado internacional sus excedentes de producción. La debilidad política y la pobreza económica, con las que nacieron como naciones estas ex colonias españolas, tornaron formales sus respectivas soberanías políticas y consolidaron su dependencia económica. El liberalismo político y económico fue aquí la exposición de una debilidad, antes que esa manifestación de fuerza que sí tuvo en la conformación de las nacionalidades europeas. Ese liberalismo que allá operó como ideología emancipadora y justiciera, invocado en América Latina como credo librecambista por las *élites* criollas dominantes, sirvió más a la consolidación de la dependencia económica que al fortalecimiento de la soberanía política nacional y regional. Es que las *élites* económicas criollas fueron liberales en lo económico pero profundamente conservadoras en lo político y social, por lo cual, quien traslade también mecánicamente esas categorías políticas a nuestra realidad latinoamericana, deberá prácticamente invertir el sentido del liberalismo para poder entender algo” (Casalla, 2003).

La obra y consolidación del Estado Argentino fundada en el proyecto de integración dependiente se dirigió claramente a preparar las condiciones de la intervención del capital extranjero, casi excluyentemente inglés. En el último tramo del siglo XIX fue el Estado nacional el que financió de un modo u otro la creación de importantes obras de infraestructura (puertos, ferrocarriles, caminos, sistema de comunicaron postales, etc.) para generar las mejores condiciones para el desarrollo del capital imperialista. En este sentido es cierto lo dicho por el autor argentino Oszlak: “A través de la inversión directa, el crédito oficial, la legislación y la creación de unidades administrativas a cargo de la producción de bienes, regulaciones y servicios, el Estado pudo ofrecer seguridad a personas, bienes y transacciones, facilitó las condiciones para el establecimiento de un mercado interno, extendió los beneficios de la educación y la preservación de la salud y contribuyó a poblar el territorio y a suministrar medios de coacción extraeconómica para asegurar el empleo de una fuerza de trabajo a menudo escasa” (Oszlak, 1997).

La construcción del Estado moderno en estas tierras fue influida sucesivamente por diferentes corrientes ideológicas (nacidas todas en Europa, obviamente). Todas ellas son hijas de la Revolución Francesa de 1789 o de los movimientos

revolucionarios posteriores (1830 y 1848) que no sólo involucraron a Francia sino también a toda Europa occidental. Pero la principal y más influyente de todas fue, sin duda, el positivismo. Al producirse, hacia 1875–1880, la segunda Revolución industrial, esta fue acompañada por un movimiento ideológico acorde con el marco científico positivista. Tales ideas influyeron no solamente en la Argentina (fundamentalmente con Julio Argentino Roca), sino también en el resto de América, principalmente en el México de Porfirio Díaz (porfirato) y en el Brasil imperial de Pedro II, procesos caracterizados por la existencia de una *elite* que monopolizaba el poder y que produjo lo que algunos llaman la modernización del Estado. Esto no es más que el nacimiento del Estado Moderno tipificado por la existencia de un poder exitoso que se ejerce sobre todo el territorio, la existencia de una población definida y un ámbito espacial o territorio más o menos congelado en los mapas.

La continuidad de la disputa por el modelo de orden que implica el Estado Nacional, generó en contraposición con las tendencias subordinadas a la dominación internacional, un nacionalismo completamente diferente del nacionalismo imperialista de los europeos y norteamericanos. Acaso uno de los rasgos particulares de ese nacionalismo en su punto de partida da cierto contenido propio a las tareas que reiteradamente tienen por delante, esto es, la búsqueda de la independencia económica, la profundización de la soberanía política y el ansia de justicia social. Este es el patrón común a pesar de los nombres propios que estas fuerzas adoptaron y adoptan en cada país y circunstancias. Se trata, en general de programas que tienen un fuerte contenido reivindicativo y revolucionario, al menos en su formulación teórica y política, y se trata además de un nacionalismo integracionista y no divisionista. En este sentido, el mandato de construir y consolidar una Nación, de formular lo que suele denominarse un proyecto nacional independiente, atraviesa gran parte del discurso político latinoamericano, aun hasta nuestros días.

LA CUESTIÓN NACIONAL HOY

Hemos visto que hoy aparecen nuevos sujetos en el plano mundial, que son impulsores y beneficiarios directos del sistema de globalización. Se trata de los Grupos Económicos Transnacionales. Pero también vimos en el capítulo V que los Estados Nación no son meras rémoras de la estructura institucional del pasado sino que siguen aun teniendo vigencia, son actores por derecho propio en la escena mundial. Aunque sigan siendo –sobre todo los periféricos– arrinconados por las fuerzas globalizantes. En efecto, en el mundo de hoy las fuerzas y presiones objetivas de la economía globalizada, en manos del capital (predominantemente especulativo), ponen en crisis seriamente la soberanía de los Estados. Nos encontramos frente a una fase del capitalismo que así como se sirvió en su etapa inicial de los Estados, con el mismo impulso pretende en la actualidad romper los límites de los Estados y aspira una integración global sin institucionalización política aparente. En otras palabras, las fuerzas que una vez, en la historia del capitalismo, construyeron al Estado (en Europa originariamente), hoy, en una fase de expansión mayor, tienden a destruirlo. En esa batalla por fractura los límites del Estado –batalla en el sentido antagónico propio del término, porque también existen fuerzas opuestas al desmantelamiento del Estado Nacional– se combinan diversos factores. En primer término los grandes intereses económicos y financieros de las corporaciones transnacionales. No debemos olvidar que “el Estado es por definición una entidad monopólica que logra convertirse en un centro de autoridad autónomo concentrando recursos y competencias

que expropia gradualmente a grupos y asociaciones particulares” (Iazzetta, 2007) entre ellas también a los GET. La violencia simbólica e incluso a veces física que estos intereses aplican en contra de los Estados Nacionales para “abrirlos” y “desregularizarlos”, es decir, hacerlos permeables a la penetración del capital globalizado, destruye los proyectos nacionales y la justicia social en su interior.

Sin embargo, no debemos confundirnos creyendo, como pretenden hacernos creer, que es en vano librar las batallas por la vigencia del Estado Nación, por la justicia en su seno y la autonomía de los Pueblos, porque están perdidas de antemano. Por el contrario, la realidad es que un segmento –muy poderoso por cierto– de “la economía se ha mundializado pero los Estados (siempre en plural) continúan siendo el marco principal del despliegue de la vida política. Nos hallamos aquí ante una contradicción nueva. En la etapas anteriores del capitalismo, el marco nacional definía el campo de principal despliegue simultaneo de la vida economía y de la vida política, aun cuando una u otra de estas dos facetas de la realidad se inscribiera en un sistema económico y político mundializado. La nueva contradicción está destinada, no a atenuarse, sino a acentuarse” (Amin, 2003).

Hay que despejar la paja del trigo, pues metido con el discurso de la aparición de nuevos actores mundiales, que es muy obtuso negar, viene también de contrabando la idea de que la declinación y desaparición de los Estados Nacionales es un hecho consumado y ya irreversible. Y esta última aseveración es cuando menos discutible. El hecho de la existencia de grandes corporaciones transnacionales y su incidencia en la economía mundial es un hecho incontestable de la realidad, pero con esto no hay que caer en la visión del pensamiento único que afirma que ésta es la condición necesaria y suficiente para proclamar el fin del Estado Nacional.

“Hay que diferenciar la retórica de la globalización de la realidad. Según la retórica estamos viviendo bajo el poder del mercado y nuestra única ley es la competitividad. Pero la realidad nos muestra un mundo dividido en Estados–naciones a los que el mercado no pudo hacer desaparecer. Entonces resulta que el mercado no era tan poderoso como decían. ¿Y cuál es la principal función del Estado Nación? Proteger a su población” (Fiotoussi, 2007).

En el discurso anti Estado confluyen alegremente anarquistas y antiguos comunistas desencantados, que se suponen críticos del sistema (por ejemplo Antonio Negri y Emmanuel Wallerstein²⁷) como también los neoliberales. Todos reivindican una supuesta libertad “ciudadana” que nos brindaría el anunciado fin del Estado, pero tras este discurso anti Estado Nacional la libertad reivindicada no es la libertad de todos, es decir, de las mayorías populares del mundo, sino particularmente de los incluidos. Sólo este pequeño segmento de la población mundial puede vivir esta etapa globalizante como una experiencia de libertad. El resto de los mortales lo viven como una pesadilla.

Muchos sectores provenientes de la izquierda resuelven la cuestión del vínculo entre los sectores populares y el Estado, y el fracaso fundamentalmente del llamado “socialismo real”, tirando el chico junto con el agua sucia. Pocos reconocen como los cubanos que la crítica de la globalización y sus actores principales los GET a los Estados Nación, no es un hecho auspicioso, “no se trata sólo de reducir la eficacia de las medidas de

²⁷ Wallerstein plantea en su libro “La decadencia del poder estadounidense” que el gran error de los movimientos antisistema, entre los que incluye tanto a los socialistas como a los nacionalistas, es que plantearon una estrategia de dos pasos, primero la ocupación del Estado, después la construcción de una sociedad distinta. El autor norteamericano deduce de los fracasos de las alternativas al capitalismo que su principal error fue considerar que contar con el Estado era indispensable para cambiar. Estas deducciones en términos absolutos son, por lo menos, discutibles.

regulación monopolista estatal de la economía nacional y de las relaciones económicas internacionales, sino de someter e, incluso, destruir las naciones como comunidades históricas humanas. Estos monopolios son, en esencia, antinacionales, constituyen una potente fuerza desnacionalizadora” (Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya, 2000).

En la misma línea de discurso de proclamación del fin de las sociedades nacionales, pero con un sesgo neoliberal, el norteamericano Peter Drucker escribió a comienzos de los 90 un texto, “la sociedad postcapitalista”, donde en una desordenada maratón futuroológica pasa velozmente por encima de varios siglos de historia, de autores mencionados profusamente (Rousseau, Bodin, Marx...) y de conceptos como los de “voluntad general” o “emancipación social” para concluir afirmando la obsolescencia del Estado-Nación y el nacimiento de una nueva era individualista sin creencias colectivas, basada en la economía global de mercado (Drucker, 1993).

“La teoría y la práctica neoliberales han denigrado el sentido de la Nación. Sus adeptos sostienen que el creciente abandono y desappropriación de funciones del Estado Nacional ha puesto fuera de época a las reivindicaciones nacionales, que los nacionalismos son la expresión de la xenofobia y del racismo. Las naciones –sostienen– han quedado atrapadas entre el localismo de las regiones y la globalización mundial (expresada por las empresas transnacionales, el comercio, las telecomunicaciones, las normas culturales y de consumo, entre otros); así al jerarquizar a la Nación estaríamos en pleno anacronismo, sin chances para sustentar un proyecto. En tales condiciones, el nacionalista es, en el mejor de los casos, un nostálgico ingenuo y, en el peor, un energúmeno. Lo inicuo o dañino del nacionalismo –aseguran los neoliberales– depende de cómo se manifieste. Si lo hace en el terreno económico, traba el progreso que trae consigo la acción de las empresas transnacionales y la apertura de las importaciones, a la tecnología y a los movimientos de capital en general. En el terreno político puede generar tensiones con países vecinos y –lo que acaso es más grave– con los países dominantes, cuyas represalias podrían ser demoledoras. En síntesis –sostienen los neoliberales– en la época de la internacionalización de las sociedades, de la política y de la economía, los nacionalismos son absurdos y además son nocivos, pues se oponen al progreso y pueden desencadenar las peores violencias” (Alfredo Eric y Eric Calcagno, 2003). El pensamiento único se ha ocupado particularmente de negar la subsistencia y continuidad del Estado Nación. No obstante, es mentira que el Estado del neoliberalismo es un Estado inexistente. Difícilmente puede hablarse en el marco del actual sistema globalizante de un Estado sin función alguna. Digámoslo con todas las letras: lo que hace el neoliberalismo es instrumentalizar al Estado como principal garante y agente de la acción libre de la economía y como su principal impulsor activo, en beneficio de quienes detentan la riqueza. Resulta imposible explicar hoy los procesos de apertura económica al exterior, de desregulación de los flujos de capitales, de seguridades al capital financiero y a las inversiones, de facilidades para el avance de la globalización y la incorporación de los países a la economía mundializada, si no es partir de un Estado que milita activa y eficientemente en favor de tales objetivos (Flores Olea, 1999). Y los costos de esa intervención a favor del capital no los pagan los beneficiarios sino que están a cargo de la sociedad entera...

A modo de conclusión, recogiendo también lo expresado en el capítulo sobre Globalización, Estado Nacional y Grupos Económicos Transnacionales, podemos esbozar que el Estado Nación es la estructura política, jurídico-institucional que dominó de modo casi exclusivo los últimos dos siglos de la historia de la vida en comunidad de la humanidad, siendo al mismo tiempo vehículo del proceso de imposición de la Civilización Noratlántica (globalización en el sentido amplio) y núcleo desde el cual se resistió dicho proceso, para el caso de las naciones domi-

nadas. Vale, entonces, la pregunta: ¿ha cambiado esto?

Puede hacerse una lectura de la globalización como un sistema de dominación que plantea el ocaso de los Estados Nacionales como forma de institucionalización y condensación del poder. Estos mismos Estados que fueron vehículo del proceso de globalización en sentido amplio, y que tan funcional le fueran a los intereses del capitalismo en sus etapas anteriores, hoy son pensados para el futuro como herramientas arrumbadas en desuso. Aunque esta idea tiene sus contradicciones. Por ejemplo de ningún modo –y más allá de las contradicciones que esto importa– significa que se vaya a prescindir del Estado Imperialista y sus instrumentos concretos para la aplicación de la voluntad del capital como por ejemplo *cuasi* monopolio del poder militar²⁸.

Pero más allá de ciertas aspiraciones de la globalización, lo que es incontrastable es que ésta, como sistema de dominación impone nuevas condiciones, nuevos desafíos, nuevos modos en la dominación, en la que cambian los principales actores del drama. Aparecen cada vez con más poder los Grupos Económicos Transnacionales en un movimiento coincidente con este impulso que lleva a los sectores predominantes de la oligarquía mundial a la destrucción de ese Estado Nacional o por lo menos su refuncionalización a efectos de convertirse en servidor del capital.

La contradicción irresoluble que hay entre la propuesta social y política del capital y la práctica concreta de la realidad de la economía-mundo es que el Estado, aun cuando aparezca como una traba para el libre despliegue del capital, sigue siendo necesario aun para su reproducción. Aun cuando se han reducido las necesidades sociales globales para garantizar la reproducción del capital, el Estado sigue desempeñando funciones económicas muy específicas; continúa siendo el responsable de definir directrices generales de acatamiento general, so pena de poner en riesgo la supervivencia del sistema en su conjunto.

Hemos visto que la globalización afecta, condicionando, a la capacidad del Estado en su atributo de soberanía, como por ejemplo la potestad de dar y derogar leyes (que configuran un elemento necesario para ordenar la convivencia social), y esto está determinado por el grado de integración a la economía mundial. Este no es un problema meramente formal referido al orden de producción normativa, ni al carácter del Estado en tanto sistema de dominación. Por el contrario, es un problema sustancial, pues en la medida en que la normativa de conductas y de proyectos sociales no sea decidida en un ámbito cruzado por la participación popular y lo sea por ámbitos completamente impermeables a cualquier tipo de lógica democrática, como son las grandes transnacionales, la posibilidad de tienen los Estados de ser estructuras viables condensación de poder se va debilitando cada vez más.

Con todo, el hecho cierto es que los Estados Nacionales siguen siendo los principales actores políticos en el escenario nacional e internacional, con las limitaciones (condicionamientos, “sugerencias” asimiladas, ajustes necesarios en las políticas económicas y sociales que imponen las corrientes globalizantes) provenientes de los ámbitos externos. No debe magnificarse el panorama de la dominación, ni mucho menos creer –como ella misma predica– que la globalización es un camino de ida. Parafraseando al General San Martín, el enemigo sólo se ve como gigante cuando uno está de rodillas.

Aun en el plano económico acaso mucho más globalizado que el cultural y el político, los Estados Nación siguen teniendo en sus manos decisiones fundamen-

²⁸ No hace falta más que ver cómo se ponen las potencias imperialistas cada vez que un país periférico desarrolla tecnología nuclear. La falta de autoridad moral para que los Estados con armas nucleares cuestionen a aquellos que tienen la voluntad de adquirir la calidad de tales, es absoluta. En este sentido fue muy elocuente el discurso del presidente nicaragüense Daniel Ortega en la ONU (2007).

tales que pueden hacer crecer su poder de autonomía respecto de la globalización. Sin meternos en grandes programas revolucionarios (no porque no los consideremos ni posibles ni aun necesarios) y atendiendo a la correlación de fuerzas actual²⁹ y a la práctica cotidiana de los Estados, podemos ver –por ejemplo– cuanto dependen de sus decisiones coyunturales temas clave para la vida de la mayoría de los hombres y mujeres del mundo como la regulación del mercado interno.

También en el plano de financiero, sin duda el más globalizado entre los globalizados, el Estado tiene un considerable margen de maniobra. Por ejemplo, los Estados Nacionales continúan siendo responsables de la estabilidad de la moneda para asegurar una mínima fluidez de los ciclos del capital en el mercado interno. Para ello es que vigilan y regulan –y lo hacen frecuentemente en mayor o menor medida, dependiendo del grado de autonomía monetaria que conserven– los movimientos internacionales del capital por sus potenciales efectos desestabilizadores.

Pero aun si nos parásemos claramente desde los intereses del propio capital, incluso el transnacional, lo real es que aun no existe fuerza o institución alguna que pueda garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo asalariada explotable por el capital, así como las condiciones en las que se lleva a cabo esa explotación, ni quien efectúe inversiones sociales mínimas orientadas a mitigar los efectos más agudos de la pobreza lo mismo que inversiones en infraestructura para apoyar las actividades del capital. Y lo verdaderamente insustituible para el capital es que la organización política estatal sigue siendo responsable del tratamiento y control general del mantenimiento de la estabilidad política adecuada para la valorización del capital en todo el mundo.

Más allá de los globos de la globalización, no nos cansamos de repetir que los segmentos globalizados de la economía coexisten con espacios nacionales en los cuales se realizan la mayor parte de las transacciones económicas. Ignorar la gravitación del mercado y del ahorro internos como bases fundamentales de la expansión de la demanda y de la acumulación de capital implica sacrificar las principales fuentes reales del crecimiento económico (Ferrer, 2006).

Sin perjuicio, del enorme aparato económico que han logrado construir los GET, los Pueblos del mundo organizados en Estados pueden oponer –en la medida en que se lo propongan– su poder contra el poder de las corporaciones transnacionales. Aun los países más pobres y pequeños pueden, al menos teóricamente, frustrar los planes de expansión de los GET gigantes a través del simple recurso de rechazar los permisos para comerciar o fabricar dentro del territorio del país o mediante la nacionalización (expropiación) de la propiedad de una corporación que ya esté allí (Sklair, 2003).

Sin embargo, cualquiera de estas acciones de poder contra el imperio de las transnacionales se hace imposible si se sigue perdiendo por un lado la batalla política y por el otro la batalla ideológica. ¿Puede aspirar siquiera a recuperarse el protagonismo del Estado Nacional si los intelectuales y los políticos

²⁹ Las normas tanto como los programas dependen fundamentalmente de las posibilidades concretas de su ejecución en base a las disputas situadas de las fuerzas sociales. En este sentido, los Calcagno (2007) cuentan la siguiente anécdota suficientemente gráfica: “Transcurría la década de 1960. Dos de los máximos líderes de la Confederación General del Trabajo (CGT), le pidieron a Arturo Sampay –tal vez el politólogo argentino más eminente del siglo XX– que redactara un proyecto de Constitución Nacional. Puesto que Sampay había sido el arquitecto de la Constitución de 1949, querían que actualizara su obra. Sampay les respondió que las constituciones se hacen para institucionalizar revoluciones; y que cuando las fuerzas populares hicieran la revolución, con mucho gusto redactaría la Constitución que la institucionalizara”.

repiten acriticamente las verdades reveladas del pensamiento único? Por supuesto que no. Otro tanto puede decirse respecto de las posibilidades de lo político. La diferencia entre un Estado Nación dependiente (sumiso a las prácticas globalizantes de las transnacionales), que ha renunciado a combatir a las grandes corporaciones, con otro que sí se plantea su liberación, está en la medida en que por medio de la batalla política se vaya ampliando y realizando una democracia participativa que supere a la democracia formal delegativa. Lo que separa a un país periférico independiente, de uno atado de pies y manos ante el poder imperial, no es la competitividad de sus producciones industriales. Tampoco, aunque si incide, el desarrollo de un modelo económico productivista. Lo que es verdaderamente determinante podemos definirlo como un criterio político. Sólo la política puede hacer peligrosas a las sociedades periféricas del capitalismo en la medida en que se supere la exclusión como forma de opresión. En la medida en que las sociedades del Tercer Mundo sean capaces de incluir en un proyecto nacional al conjunto social, necesariamente han de oponerse a los dictados del imperialismo mundialmente dominante y su proyecto globalizante. Del resultado de esta confrontación modelará el mundo de mañana, tal como dice Samir Amin (2003). En efecto, la idea de desarrollo endógeno³⁰ o nacional (pensado desde las mayorías), es, por su naturaleza, una noción que pone en crisis al capitalismo en atención a su naturaleza polarizante. Siempre que el contenido del desarrollo –que no necesariamente debe estar integrado y mucho menos subordinado a la economía mundial tal como fue pensado desde el desarrollismo de los años 50 hasta por el proyecto de enclaves múltiples de los países asiáticos– sea determinado no por la voluntad de la oligarquía mundial de los poderosos, sino por fuerzas sociales populares expresando la comunidad que las cobija. Y esto puede cambiar el mundo en que vivimos. Pues, hay que entender que como ejemplifican Casalla respecto de la conquista de América³¹ y Ortiz, respecto de su independencia, los procesos iniciados en el centro producen modificaciones en la periferia, pero también los cambios que se producen en los países dependientes han producido transformaciones en el centro mismo del Imperio.

Como no creemos que estas posibilidades de transformación sean tan sólo producto de una definición ideológica previa, ni de actos de voluntarismo, debemos ponernos a pensar desde la perspectiva de las naciones sometidas: ¿Cuáles son las fortalezas y debilidades del Estado en el marco actual? ¿Sigue siendo el control del Estado Nacional la llave del proceso de liberación? ¿Tiene herramientas suficientes el Estado Nacional para enfrentar el proceso de dominación globalizante?

Las respuestas a ésta y otras muchas preguntas que podríamos formularnos seguramente no serán sencillas ni lineales. Ya hemos visto la dimensión del poder del capital a la que deben enfrentarse los Pueblos para lograr sustentar un modelo distinto y más justo de apropiación del excedente. Lo primero que hay para decir es que el Estado Nación no es por sí mismo una trinchera contra todo tipo de dominación. Más arriba hemos reseñado como el modelo neoliberal fue capaz de una reingeniería del Estado para ponerlo al servicio del proceso de globalización. Cuando hablamos del Estado Nación como herramienta no podemos caer en la trampa de creer que con cierta estructura formal como el Estado de derecho basta para alcanzar los objetivos planteados. Está claro que ni la ley, ni la democracia³², alcanzan para orientar la conducta política del Estado y la dirección de sus

³⁰ De este modo prefieren llamarlo los venezolanos para diferenciarlo del desarrollo dependiente y concentrado hacia el mercado externo.

³¹ “Así, por la conquista de América, Europa y América cambian” (Casalla, 2003).

³² El ex presidente Alfonsín solía repetir en sus discursos que con la democracia se come, se cura y se educa. Si alguien se lo creyó en su momento, la triste práctica del dirigente

decisiones, sino que es preciso atender a los intereses reales y los fines que persiguen las fuerzas hegemónicas que impulsan ese Estado. Para poder hablar de la orientación del ejercicio de su poder (el poder político) entendido no únicamente como coerción, sino como capacidad de decidir políticas económicas, sociales, culturales, es necesario hacer referencia a la efectiva dirección de la hegemonía y del bloque histórico prevaleciente, para decirlo en términos de Gramsci.

Decidida esta hegemonía, entendida como cambio de las relaciones de poder, es importante, entonces, ver cuántos y cuáles son los instrumentos con que consta el Estado Nación para enfrentarse al poder desestabilizante del capital.

GLOBALIZACIÓN VERSUS UNIVERSALIZACIÓN.

Alguien podría preguntarnos: ¿No es un anacronismo concebir que la globalización se enfrenta desde un nacionalismo económico de tipo tradicional que caracterizó a los movimientos nacionales de liberación? O bien ¿alcanza con este nacionalismo económico para contraponerse a la dominación ejercida con forma de globalización? No es posible sustraerse a un proceso de integración cada vez mayor, ya que la circulación de la información, las mercaderías, los productos culturales han alcanzado una dimensión planetaria de la cual sí es imposible retroceder. Ahora bien, la cuestión es si este proceso de integración a escala mundial es imprescindible que se de en términos de la hegemonía del capital coincidente con un proceso de homogeneización cultural (al que hemos llamado pensamiento único e ideología consumista), económica (la mundialización del mercado con hegemonía de los GET) y política (con las democracias delegativas o de baja intensidad); o bien se puede dar un proceso de diálogo e intercambio entre las particularidades de un todo (el mundo) al que preferimos llamar proceso de universalización. Esto es, pluralidad cultural y respeto mutuo por las diversas culturas, una economía al servicio de las mayorías en la que todos son productores y todos tienen consecuentemente el acceso al consumo para satisfacer sus necesidades y no en una carrera loca de consumismo; y en lo político una democracia participativa que constituya las decisiones colectivamente y no a partir de los intereses de unos pocos.

La Nación como particularidad cultural vinculada a un Pueblo y a un paisaje concreto tiene un aporte indispensable que hacer en el proceso de universalización. Lo contrario es una negación de las diferencias difícilmente sustentable incluso desde el punto de vista teórico. También aquellos que sostienen la necesidad de una globalización alternativa a la neoliberal que se lleve puesta a la realidad del Estado Nación, pero que respete la múltiple variedad de la vida en nuestro planeta –desde la social hasta la biodiversidad–, debieran reconocer que las naciones son realidades culturales y sociales, creaciones de los Pueblos en la construcción de sus propias vidas.

La democracia participativa por su parte es una aspiración de la distribución del poder, que de algún modo es una realidad teórica que le cuesta negar incluso al discurso del sistema. Desde aquellas alusiones de la Comisión Trilateral afirmando que el problema de occidente era el exceso de democracia, que casi nadie se anima a formular afirmaciones tan temerarias desde las usinas ideológicas del propio sistema. Sin embargo, la concreción de este tipo de democracias que impliquen la decisión soberana de los Pueblos tienen como único marco posible el Estado Nacional. Cualquier grupo o institución puede tener formas democráticas que configuren sus

radical de encargó de marcar la deficiencia de tal razonamiento.

decisiones, incluso aquellos que defiendan los intereses más reaccionarios pueden organizarse de tal forma. Pero la democratización del poder, fundada en la participación popular en las decisiones, sólo puede tener un marco institucional que de algún modo exprese el rumbo colectivo. Mientras no exista una especie de Estado Mundial (y el claro que el proyecto globalizante jamás se propuso construirlo) el marco institucional en que se puede expresar este tipo de democratización es el Estado Nacional. La trampa que nos ofrece la globalización es que en tanto no exista el sitio donde se condense el poder, las decisiones en el plano global no se dan a partir de espacios de equilibrio de fuerzas de los Estados Nacionales como en el sistema anterior, sino más bien en instancias globales, como por ejemplo los grupos transnacionales, sin ningún tipo de injerencia popular en su decisión.

Lo más problemático de todo se da en el terreno económico. Este es el ámbito donde el sistema globalizante a avanzado más y consolidado sus posiciones. Una economía transnacionalizada pone permanentemente en jaque al poder de fuego de las economías nacionales. El control de los resortes del Estado, mecanismo propio del nacionalismo económico, ya no genera el poder suficiente para confrontar con las estructuras de la dominación globalizadora en este plano. Es preciso pensar nuevas formas de poder e integración para desconectarse con éxito del capital globalizado y globalizante que se expresa fundamentalmente en los GET y en un capital financiero con intereses absolutamente antagónicos con la vida de las grandes mayorías. Sólo así se podrá pensar en una economía a favor del Hombre.

No obstante, también es cierto que a los Estados no les faltan las palancas económicas para cambiar la orientación y la naturaleza de la globalización. Acaso les falte a cada uno de ellos tomados aisladamente, lo que no es lo mismo. De lo que adolecen, muchas veces, es de la voluntad política común de reconquistar juntos, contra el capital globalizado, una sociedad más justa. Y esto tiene que ver con la debilidad de las fuerzas populares y emancipatorias a nivel mundial y en la mayoría de las sociedades en particular.

A partir de considerar que el aspecto económico de la vigencia del Estado Nacional no se impone por su propia lógica, hay que ponerse a pensar cuales pueden ser las estrategias para contestar de manera eficaz al desafío de esa mundialización económica imperialista. En principio, para ser eficaces debieran ponerse como objetivo la reducción de la potencia de los cinco monopolios económicos transnacionales a los que calificamos como fundamentales en este plano y definir a partir de eso las nuevas opciones de autonomía económica que permita la inclusión de todos y cada uno de los hombres y mujeres, así como también una distribución más justa de la riqueza. Estas estrategias, sólo pueden ser concretas y basadas en la movilización real de las fuerzas políticas nacionales, populares y democráticas, distintas en función de cada país. No obstante, un primer punto en común en este sentido debe ser la constitución de movimientos plurales o frentes que expresen sin sectarismos a la diversidad de las fuerzas sociales que componen una Nación. Esos movimientos, en tanto sean capaces de construir un proyecto colectivo de carácter nacional y continental van a ser necesariamente antiimperialistas y antiglobalizantes en la medida que disputan uno de los poderes que el capitalismo necesita aun en estos tiempos para reproducirse: el Estado Nación.

Algunos plantean que toda la lucha contra el capitalismo globalizante no se puede hacer desde los Estados Nacionales sino desde pensar globalmente y resistir localmente. Es decir, actuar en espejo con el sistema de dominación. Esta es la línea seguida por aquellos que reivindican los movimientos de resistencia antisistema, desde los globalifóbicos hasta los ecologistas pasando por los de género o reivindicación

de las poblaciones originarias. A nosotros nos parecen que todos estos movimientos tienen su propia legitimidad y pueden realizar un aporte fundamental a la construcción de la nueva sociedad, pero descreemos del hecho de que ellos puedan constituirse en la fuerza que haga entrar en crisis al sistema de dominación. La constitución de movimientos sociales no alcanza si estos no tienen una estrategia de poder efectiva, que permita revertir las correlaciones de fuerza en favor de las clases trabajadoras y populares. Cambiar de manos la hegemonía constituye la primera condición para derrotar a las estrategias del capital dominante. Estos movimientos, así en plural, tienen que definir objetivos económicos y sociales por etapas realistas –pensando no sólo el ideal sino también la manera de su cumplimiento–, y además deben considerar la necesidad de poner en tela de juicio las jerarquías en el sistema mundial. Aquí es donde también cobra importancia el marco nacional, pues es más difícil cambiar de un sólo golpe el plano mundial, que ir transformando la hegemonía en cada país. Muchos de los movimientos antisistema de hoy, hijos de innumerables derrotas de los movimientos populares –que no negamos pero que tampoco pretendemos sacar conclusiones apresuradas y definitivas de ellas– tienden a subestimar la importancia de las dimensiones nacionales. En este sentido nosotros creemos fundamental repensar un concepto progresista de la Nación y del nacionalismo, lejos de las formulaciones oscurantistas, etnicistas, religiosas fundamentalistas y chauvinistas. Sabemos que este nacionalismo reaccionario es funcional al sistema y por eso esa xenofobia es muchas veces es impulsada desde las propias estrategias del capital beneficiario y motor del proceso globalizador. El nacionalismo de carácter profundamente popular no busca el enemigo en el Otro. Mucho menos en las otras naciones que se encuentran sojuzgadas y tienen que pelear por su liberación. Por lo contrario, nosotros creemos que desde un nacionalismo popular y revolucionario se puede impulsar a las integraciones regionales y a la cooperación entre los Pueblos del Sur, incitando a la constitución de grandes áreas, como condición para luchar con eficacia contra los monopolios ya mencionados. Estamos hablando de proyectos de cooperación e integración, de modelos de regionalización muy diferentes de los que promueven los poderes dominantes. La integración y cooperación que proponemos que se basa en alianzas sociales populares y democráticas, imponiendo al capital adaptarse a sus exigencias, que vaya formando un mundo auténticamente policéntrico, es decir, el modelo antagónico al de la globalización.

Compatimos la visión de Samir Amin cuando afirma: “la erosión de la eficiencia del Estado Nacional producida por la mundialización capitalista no es un factor determinante irreversible del futuro. Por el contrario, las reacciones nacionales a esta mundialización pueden imprimirle –para bien o para mal según las circunstancias– trayectorias imprevistas a esta expansión mundial” (Amin, 2003). Pero, con la aclaración necesaria de que para que ello sea posible, sobre todo en nuestro caso sudamericano es preciso integrar el inconcluso Estado Nación de dimensión continental, con que soñaron los libertadores y rompieron en fragmentos las oligarquías locales.

EL PROYECTO DE ESTADO NACIÓN SUDAMERICANO.

Vemos en el proceso de **regionalización o continentalización una vía posible, acaso la única viable hacia la universalización**. Los Estados cada vez más débiles son funcionales al proyecto globalizante, por eso frente a las tendencias divisionistas de algunas regiones latinoamericanas, incluso secesionistas, como por ejemplo Santa Cruz de la Sierra en Bolivia –fogoneadas otra

vez por las oligarquías aliadas del Imperio– creemos que hay que oponer la fuerza de la unidad continental. En otras palabras el camino de la liberación está marcado por la construcción en Nuestra América de un Estado único y fuerte, empezando por Sudamérica, es decir, por el proyecto de San Martín y Bolívar.

Como decía el Padre Carlos Maria Galli: “América Latina es una comunidad de Pueblos con un plexo de valores comunes, un carácter afín, una tradición compartida, un estilo expresivo, que dan la conciencia de pertenecer a la misma morada espiritual. Testimonia esta conciencia la idea y el nombre de América Latina, que surgió a mediados del siglo XIX para diferenciarse tanto de la América Sajona, con su política expansionista hacia el Sur, como de la misma Europa, con su tradición occidental y latina. Desde el inicio el nombre afirma la vocación a ser una nacionalidad continental. Esta unidad, frágil, es más fuerte que la de otros continentes, pues hay más unidad cultural entre puntos extremos de América Latina que entre dos países distantes de Europa, África o Asia, cuyas heterogeneidades lingüísticas, raciales históricas y religiosas son enormes” (Galli, 2000).

No nos cansamos de reiterar que la Nación puede entenderse tanto como una identidad concreta desarrollada en el proceso histórico del sistema capitalista, y en tal sentido como un instrumento útil al mismo, pero también puede considerársele como un destino común en lo universal, como la comunidad –en la acepción que le daban los primeros sociólogos alemanes– como una identidad colectiva, es decir, un Pueblo en relación con su tiempo, sus raíces constitutivas, su realidad presente y la construcción de su futuro, que se organiza en Estado, como cristalización de un poder, que le permite enfrentar a las pretensiones de la dominación.

El nacionalismo conservador o reaccionario tantas veces funcional al capitalismo, tiene una concepción de Patria chica, que niega la integración regional y ve enemigos en los países hermanos. Patria es para esta idea igual que patrimonio, su concepción de lo nacional está más pegada al territorio y a la historia que a las personas. No dejamos de notar que, en algún sentido, también ha participado históricamente el nacionalismo revolucionario de algunas de estas concepciones, o por lo menos ha sido permeado por ellas. Si no somos capaces de generar un nuevo nacionalismo que entienda que no existe contradicción alguna en la defensa de nuestra Patria chica y nuestro proyecto de Patria Grande, difícilmente el Estado Nación sea una herramienta de liberación tal como la planteamos.

El nacionalismo de los procesos de liberación nacional y los populismos –como prefieren denominarnos los sociólogos de los países centrales y sus epígonos locales– tuvieron como eje el Estado, pues en el mundo del sistema de dominación imperialista en que actuaban las Naciones del Tercer Mundo quien controlaba el Estado, controlaba soberanía, es decir, el derecho a su autodeterminación. Esto era así porque la operación principal de dominación del imperialismo, esto es, la extracción de la riqueza y el ahorro nacional, se combatía fundamentalmente con evitar el intercambio desigual que transformaba las economías de los países dependientes en meramente extractivas, dejando tan sólo un pequeño margen para la sustitución de importaciones. Esta autonomía económica y política a su vez sólo se podía lograr con manejar desde el aparato del Estado los resortes apropiados de lo que entraba y lo que salía y con ello la producción en el propio territorio. Dicho en otras palabras y más allá de las simplificaciones, quien controlaba la canilla de lo que se importaba y lo que se exportaba era quien determinaba la dependencia o no de un país, lo cual a su vez era base para la distribución de la riqueza, o sea la justicia social. El lugar de la canilla era el Estado, cómo se distribuye el agua recién era una discusión que venía después o bien paralela-

mente, aunque no necesariamente. Por eso también se dieron nacionalismos modernizantes hechos sin la concurrencia efectiva de las masas populares.

Hoy podemos preguntarnos si con las nuevas formas de dominación que implica la globalización no existen nuevas necesidades y herramientas para transitar el camino de la liberación. Para empezar debemos decir que pensar la existencia éstas no significa descartar los caminos anteriores sino repensarlos como condición necesaria pero no suficiente. Esto es, en la medida en que la dominación globalizante está en su etapa de transición y además se monta como continuidad de proceso histórico sobre la dominación imperialista, no podemos ni debemos descartar las herramientas que eran imprescindibles para la liberación en la etapa anterior, es decir, fundamentalmente el control de los resortes estratégicos del Estado Nación. Pero bien, es menester preguntarse también sobre las cosas que han cambiado y que requieren de nuevos esfuerzos teóricos y prácticos para no hacer de la liberación un mero discurso.

Hemos visto en los primeros capítulos que en la actualidad la cuestión principal en el plano económico no es donde se producen las mercancías y como se comercializan, sino quien participa de la decisión de su producción (hacia donde y desde donde ella se orienta), dicho de otro modo, si de la producción del futuro (o sea del trabajo) para transformar la realidad, participa o no el conjunto de la población apropiándose del excedente. En este sentido, no se trata de que el Estado desarrolle un proceso de sustitución de importaciones, sino que además tenga un modelo distinto del hegemónico en cuanto a lo económico y social. Repetimos, creemos que el control del Estado es para el proceso de liberación nacional condición necesaria pero no suficiente. Sin duda se necesita mucho más... Ese mucho más se relaciona directamente con la superación de los tres modos de exclusión que tiene la globalización como forma de opresión, es decir, se relaciona de modo fundamental con la organización económica, cultural y política del Estado Nacional a niveles continentales. Entendemos que la cuestión social y la nacional son inescindibles. "La liberación es pensada por nosotros como un proceso integral (humana y políticamente hablando), pero, teniendo en cuenta esta integralidad, podemos distinguir dos aspectos: uno nacional y otro social. La liberación nacional es el proceso de independencia política, cultural y económica de la "nación" respecto de una o varias potencias extranjeras [o bien respecto de Grupos Económicos Transnacionales]; la liberación social es un proceso interno de la vida nacional por el logro de justicia y la igualdad política para todos los sectores de la comunidad sin distinciones, ni privilegios (la supresión, a nivel interno, de explotados y explotadores). Por supuesto que bajo el término liberación abarcamos a ambas, que la una es correlativa a la otra y que el proceso no se da sin su realización sucesiva o simultánea" (Casalla, 1975).

Para esto es menester pasar de un concepto de Nación distinto del tradicional en el que esta era culturalmente homogénea u homogenizable (necesidad imprescindible de esa estructura jurídica que es el modelo de Estado forjado en Europa). Es preciso construir una Nación entendida como una unidad de la diversidad, una Nación como instancia del universal entendida a partir del respeto por la particularidad. Sin dudas que la aceptación de la pluriculturalidad no obsta a la necesidad del esfuerzo conjunto en la consecución del destino colectivo, sino que le da forma, le da riqueza, le da color.

Esta pluriculturalidad tiene que ser pensada no sólo como una experiencia de libertad para una minoría privilegiada. Participarán de ella las grandes mayorías, siempre y cuando exista un proceso de integración regional-continental, que permita contar con la dimensión necesaria para confrontar con el gran capital. En nuestro

caso sólo un Estado de dimensiones sudamericanas estará en condiciones de oponer al imperialismo, los Grupos Económicos Transnacionales y sus agentes globalizantes, la fuerza suficiente de un proyecto económico distinto del que el capitalismo en su etapa senil nos propone. Creemos que la liberación sólo es posible en el marco de una integración nacional latinoamericana. Por ejemplo no vemos la posibilidad de enfrentar la exclusión económica si no es el en el marco de la reformulación de un mercado interno de dimensiones continentales. Por eso es importante hacer un repaso de las dos propuestas de integración antagónicas que aun disputan la atención en torno al proceso de integración económica. Por un lado la propuesta imperial que tiene un nombre propio: el ALCA (Alianza de Libre Comercio de las Américas). Y por el otro las múltiples propuestas integradoras que podemos sintetizar de algún modo en el nuevo impulso que ha tomado el Mercosur y la propuesta impulsada por Venezuela y Cuba del ALBA (Alternativa Bolivariana de las Américas).

EL PROYECTO DE INTEGRACIÓN IMPERIALISTA ALCA, LOS CAMINOS DE LA INTEGRACIÓN MERCOSUR Y ALBA.

Un nuevo proyecto nacional en el marco de un mundo sometido a la globalización debe reformular el concepto tradicional de Estado restringido a los marcos de un país. La idea de construir espacios continentales, de soberanía compartida por las Repúblicas, que se integran en un proyecto nacional continental es uno de los desafíos imprescindibles para el proceso de liberación. La idea de la integración en una Nación de Repúblicas de todo Hispanoamérica tiene su origen en los constructores del primer proceso de independencia respecto del colonialismo español. El ideal bolivariano plasmado políticamente en el Congreso Anfictiónico de Panamá y el artiguista de la Confederación de los Pueblos Libres³³ se mancha en la disputa contra el imperialismo británico que ve en la disgregación de las antiguas colonias españolas una cuestión estratégica para su expansión económica, alentando así a las oligarquías secesionistas. En este sentido podemos decir con el politólogo García Delgado que las guerras de la independencia, contrapuestas con la conspiración política permanente de las oligarquías con el Imperio Inglés, produjeron un Estado Nacional con autonomía en lo político militar pero no en lo económico y cultural (García Delgado, 1999), agregando que el nuevo proyecto de unidad regional no se puede dar el lujo de repetir las mismas debilidades.

La relación entre los mercados nacionales y los Estados viene siendo reformulada por la conformación de integraciones económicas regionales o continentales cuyo paradigma es la Unión Europea que va avanzando paulatinamente sobre los derechos que antes eran considerados de propiedad inalienable del Estado Nación, por ejemplo, la jurisdicción, la legislación y hasta la experiencia de una moneda común y un Banco Central compartido (aunque al margen de la "política").

Este modelo, que se fue fundando en la unión de mercado y no en la unión de los Pueblos (no nos olvidemos que La Unión Europea, comenzó allá lejos y hace tiempo con acuerdos económicos en torno al carbón que se proyectaron luego hacia una unión aduanera de acuerdos arancelarios y que uno de sus pasos fundamentales fue la constitución de la Comunidad Económica Europea), es el que siguen numerosas integraciones comerciales en todo el globo.

El surgimiento de estos bloques regionales es producto de la adopción por la clase

³³ Explicitado en las instrucciones a los delegados de la Banda Oriental a la Asamblea del año XIII.

política de ciertos patrones planteados como indispensables en el proceso de globalización y por el efecto de los acuerdos empresariales regionales para ampliar su base de sustentación. Los GET impulsan muchas veces también la integración, pues la concentración del mercado les permite por un lado difuminar el poder decisorio del Estado Nacional y por otro aumentar los beneficios en función del ahorro de los costos de inserción en la región en cuestión. También los grupos económicos de carácter local suelen ser favorables a este tipo de uniones económicas, pues encuentran en ellas el beneficio de un mercado ampliado en una región que tiene la ventaja de que no tienen que penetrar rompiendo las barreras proteccionistas sino que ya están adentro.

El MERCOSUR, con escasos años de mercado común (nace en 1991) y con una unión aduanera de arancel único relativamente reciente (1995), está integrado por Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay como miembros plenos con la acelerada incorporación como tal de Venezuela y la petición de Bolivia. Los PBI de estos Estados sumados, es decir, más de un billón de dólares y la cantidad de habitantes, más de 200 millones, lo convierte en uno de los bloques económicos más dinámicos entre estos procesos de integración regional. Sus dimensiones y posibilidades la ubican detrás del NAFTA de América del Norte en primer término, de la Comunidad Europea en segundo y en tercero Japón y su zona de influencia.

Sin embargo, decir que el Mercosur tiene más de 200 millones de habitantes no es afirmar que es un mercado de igual cantidad de consumidores. La coincidencia entre los habitantes y los consumidores se puede afirmar respecto de mercado norteamericano y canadiense o del europeo y el japonés, pero de ningún modo esta identidad se da en los países periféricos. Tomemos en cuenta que el Mercosur es una de las regiones con mayor desigualdad en la distribución de la riqueza a nivel mundial. También una región que carece, por ejemplo, de agua potable para la mayoría de su población (lo cual alcanza a 20 millones de brasileños, 10 millones de argentinos, etc.) pese a estar situada en una de las reservas mundiales de agua potable más grandes del mundo: el acuífero guaraní. Es, además, una región con un alto índice de analfabetismo, y con un gran porcentaje de la población por debajo de lo que los sociólogos califican de la línea de pobreza, a pesar de que su ingreso *per cápita* que supera un 30% al resto de Latinoamérica.

El Mercosur, fortalecido por la iniciativa bolivariana de Venezuela, puede convertirse en una interesante plataforma para avanzar más en la integración real y profunda, que es –para nosotros– la integración de los Pueblos. La cuestión central es qué fuerzas se apropian de este proyecto y lo impulsan. O lo hacen los grupos económicos y la integración va al compás de sus ritmos e intereses, o –por el contrario– la conciencia de la necesidad de la construcción de un gran Estado Sudamericano se hace carne en los gobiernos populares y progresistas de la región.

“Si el sentido de Patria Grande pertenece a nuestro pasado y nos configura desde la memoria histórica, integración futura debe promover una identidad continental como vocación y proyecto para construir con realismo una Nación de naciones (Bolívar) o una Confederación de pueblos libres (Artigas). En este horizonte integrador el Mercosur va a definir el destino de Latinoamérica durante el siglo XXI”. (Galli, 2000)

Pero el camino de la unidad continental no es un lecho sembrado de rosas. Operaciones diversas del imperialismo, tales como los TLC (Tratados de Libre Comercio) con los EEUU actúan como factores disociadores. El imperialismo norteamericano tiene una propuesta concreta y oficial, el ALCA, pero esto no impide que opere por líneas interiores y exteriores contra la unidad continental sudamericana. El ALCA es la propuesta de un mercado común que abarque al conjunto del continente americano desde Alaska a Tierra del Fuego, con la consabida debilidad

de los países de América Latina respecto de la economía yanki.

El circunstancial fracaso del ALCA, que se plasmó en la cumbre de Mar del Plata del 2004 debe inscribirse definitivamente en la instauración de gobiernos populares y progresistas en casi toda América del Sur, pues como bien dice Arceo: “El ALCA constituye, desde la óptica norteamericana, un instrumento decisivo para consolidar la hegemonía de Estados Unidos sobre América Latina y erradicar definitivamente en ella cualquier proyecto de desarrollo autónomo” (Arceo, 2002).

El espejo de este plan de continentalización subordinada es el NAFTA o Tratado de Libre Comercio entre los Estados Unidos, Canadá y México. El NAFTA abre a Canadá y a México a la competencia internacional a través de licitaciones y otros métodos, de un conjunto de servicios –entre los que notoriamente incluye a la educación³⁴–, casi siempre por medio de contratos gubernamentales que otorgan a las transnacionales los mismos derechos que a las compañías nacionales. Inclusive les conceden un papel preeminente, ya que en caso de conflicto pueden recurrir a instancias o arbitrajes de carácter internacional, lo cual está vedado a las empresas nacionales.

¿Cuáles fueron los mayores beneficios prometidos para la Nación más pobre, en este caso México?, pues francamente ninguno, alguna que otra industria maquiladora radicada en la frontera que prácticamente esclaviza a la mano de obra mexicana, y siempre con la amenaza de volar hacia otras tierras más flexibilizadas laboralmente, es decir, más sumisas al capital, más esclavizadas, más beneficiosas en términos económicos para los GET.

Podríamos largamente extendernos sobre los perjuicios que, para las economías latinoamericanas, podría traer subordinarnos a la economía norteamericana, que no es complementaria sino incluso antagónica con la nuestra y estudiar que pasó con los países del Este Europeo cuando se “asociaron” con las más poderosas de Europa Occidental. Aunque probablemente nos quedaríamos cortos con la enumeración de las consecuencias nefastas de este tipo de integración dependiente. Aceptar el destino de ser el patio trasero de los yankis no es de ningún modo un futuro alentador bajo ningún punto de vista.

Nuestra propuesta de integración continental con el objetivo de la conformación de un Estado Nacional sudamericano, es diametralmente opuesta a este camino de sumisión.

En este punto es preciso distinguir la política de integración del mercado, como necesidades de la etapa de la globalización, del proceso político de la necesaria integración de la Nación Latinoamericana. El proceso de la unidad sudamericana, se logrará a partir de la decisión política de ruptura de las cadenas de dominio, mediante procesos de desconexión³⁵ en lo económico, más allá de mercados comunes; que no lo perjudican pero tampoco son determinantes, pese a que pueden ser un camino que aceite las posibilidades de integración. La unidad latinoamericana, verdadera y profunda, para ser posible, ha de darse imprescindiblemente desde abajo, con un fortalecimiento de los lazos políticos y culturales rotos o por lo menos deteriorados significativamente a lo largo de estos dos siglos de historia separadas como Repúblicas escindidas unas de otras.

³⁴ “El tratamiento de los servicios educacionales como mercancías rompe definitivamente con las tradiciones nacionales y representa un peligro para los programas educativos que, sobre dicho fundamento, se han constituido a lo largo del tiempo. Las políticas educativas, que teóricamente siguen dirigidas por cada gobierno, definitivamente tienden a quedar en manos de las corporaciones transnacionales”. (Flores Olea, 1999).

³⁵ Por desconexión entendemos siguiendo a Samir Amin (1988) “que las relaciones con el exterior se encuentran sometidas a la lógica de la acumulación interna y no a la inversa”.

Lo imprescindible de entender es que la integración de los mercados regionales no alcanza para abandonar la naturaleza polarizante intrínseca del capitalismo. La lógica de expansión mundial del capitalismo sigue produciendo en sí misma una desigualdad creciente entre las distintas áreas del planeta. Esto significa que la globalización no deja la oportunidad siquiera de despegue nacional o regional aprovechable o no en función de las condiciones internas de cada país. Las resistencias nacionales que pueden generar los gobiernos populares a este proceso globalizador parten siempre de la aplicación de políticas voluntaristas. Estas tienen como rasgo principal entrar en conflicto con la lógicas unilaterales de la expansión del capitalismo, y de esta manera las podemos calificar como políticas antisistémicas o bien de desconexión. Concepto este elaborado por Samir Amin no como “sinónimo de autarquía y de interés absurdo de salir de la historia. Desconectar es adaptar las relaciones con el exterior a las exigencias prioritarias de su propio desarrollo interno. Entonces este concepto es antinómico al otro pregonado que pide ajustarse a las tendencias dominantes a nivel mundial, porque para los más débiles resulta de este ajuste un agravamiento de su periferización. Desconectar significa transformarse en un agente activo que contribuye a modelar la mundialización, forzándola a ajustarse a las exigencias del desarrollo propio de su sociedad” (Amin, 1998).

Por supuesto, esto sólo se puede hacer enfrentando el aparato ideológico, de difusión y propaganda, combinado con las presiones políticas de los países centrales, que está detrás del éxito de la globalización (éxito para unos pocos, desastre para la mayoría). Existen, por supuesto, razones objetivas que justifican la apertura y el abandono de imposibles autarquías absolutas. Los países hoy no se bastan a sí mismos –probablemente ninguno–, y no pueden ser autosuficientes en todo. Ahora bien, nada dice esta objetividad que la interrelación tenga que darse como forma de subordinación o qué intereses deben prevalecer sobre los otros. Las integraciones regionales, son sin duda una forma de romper los equilibrios de la interrelación internacional basada en la injusticia.

Aunque es imprescindible agregar que la subordinación de los intereses transnacionales a la lógica de acumulación nacional o dicho en otras palabras el fin de la apropiación del excedente social por parte de los agentes transnacionales debe ir necesariamente acompañada de la capacidad política para generar una transformación social profunda de una sociedad inclusiva. Esto implica necesariamente un quiebre con la hegemonía de la oligarquía transnacionalizada de obviamente no tiene interés alguno en el cambio social. Es decir, a estos sectores le debe ser impuesto por la alianza de sectores populares en la medida en que estos se van transformando en hegemónicos al interior del Estado Nación de carácter continental. Un proceso de autonomía política y económica no tiene futuro sino es a partir de completar las reformas profundas que permitan redefinir las relaciones sociales.

CONSTRUYENDO UN MUNDO MULTIPOLAR.

Aun con la agregación sudamericana no alcanza. Es preciso crear un mundo multipolar para que el proyecto sea la universalización y no la globalización dominante. Es decir, es preciso jugar en el tablero mundial procurando arrimar leña al fuego de los conflictos intra triada, y por otro estableciendo un sistema de relaciones con nuevas potencias emergentes como por

ejemplo el caso de China, además de otros países asiáticos³⁶ con gran potencialidad demográfica y productiva³⁷. También es necesario establecer y fortalecer lazos con los países que juegan como contrabalance del imperialismo norteamericano. Pero fundamentalmente hay que construir aquello que siempre fue negado por el propio sistema de dominación tanto en el colonialismo, como en el imperialismo, como ahora en la globalización y esto es fomentar las relaciones intraperiféricas. Las relaciones tanto comerciales como políticas con otros Estados sometidos del mundo tienen la potencialidad para un gran Estado Nación Sudamericano de convertirse en la plataforma de despegue de otras realidades y otra correlación de fuerzas en el plano internacional.

Tenemos que operar fuertemente en contra de la tendencia principal del sistema capitalista que es la polarización entre centro y periferia. El marco necesario para el despliegue de alternativas tanto en el plano social como en el político y el económico que permitan precisamente reducir este contraste exige el esfuerzo por la construcción de un mundo multipolar al que venimos haciendo referencia. En las nuevas condiciones creadas por el desarrollo de las fuerzas de producción sólo Estados Nacionales de alcance continental con una fuerte intervención en la economía que frenen el avance de los GET pueden aportar fehacientemente a la construcción de un mundo multipolar. De modo que las fuerzas nuevas de la liberación –indispensables para la continuidad de la vida de nuestros Pueblos– no pueden concebirse únicamente en la escala nacional, sino que debe complementarse y fortalecerse a escala regional, así como también en la intervención a favor de la multipolaridad a escala internacional en contraposición a las tendencias globalizantes. “Evidentemente, el conjunto de este proyecto no tiene ninguna oportunidad de hacerse progresivamente realidad si antes no se cristalizan, en el nivel de los Estados Naciones, las fuerzas sociales y los proyectos capaces de efectuar las reformas necesarias, imposibles en el marco impuesto por el liberalismo y la mundialización polarizante”. Pero tenemos la ventaja de que “las periferias continúan siendo los eslabones débiles de la cadena del sistema mundial y el Sur es la zona de tormentas. La reconstrucción de un frente común del Sur, que impone una revisión más o menos marcada del sistema mundial, se torna entonces de una posibilidad en una probabilidad real” (Amin, 2003).

Este conflicto que debemos librar, ya no por reposicionarnos como Pueblos sino como realidad vital, por no ser considerados como población supernumeraria del mundo, es decir, como lucha por nuestra propia subsistencia, bien merece llamarse civilizacional. Esto es: ante la decadencia de este capitalismo senil que ya no puede dar respuestas a las mayorías populares, ante el proyecto de dictadura del capital dominante, la única oportunidad de vida digna de las mayorías es ir construyendo el marco de las condiciones para la creación de una nueva civilización que rompa con las reglas injustas de la Civilización Noratlántica ini-

³⁶ En este sentido entendemos la política del presidente Chávez de establecer una alianza con Irán. Esta particular relación que preocupa a los norteamericanos y asombra a los periodistas internacionales y analistas políticos improvisados que suelen preguntarse qué tiene Irán para dar que no sea el petróleo que Venezuela ya tiene. Para responder a estas cuestiones se impone un análisis geopolítico estratégico del que carecen mucho pero nunca el Comandante bolivariano.

³⁷ El acelerado proceso de urbanización de China e India, sumado a sus tasas de crecimiento brutales, van configurando datos de un nuevo escenario mundial que ya empiezan a tener consecuencias inmediatas. Así debemos entender el aumento de la demanda de productos alimentarios y de todas las materias primas en general, pero también su influencia en el abaratamiento de las manufacturas intensivas en mano de obra.

ciada en la Europa del Renacimiento. La convergencia de las luchas sociales en las que se expresan las aspiraciones de los Pueblos y de las clases trabajadoras en particular puede hacer que la nueva civilización no se funde sobre la plataforma de la injusticia. Se trata nada menos que de inventar un sistema que se sitúe deliberadamente más allá del capitalismo. Se trata de la perenne pelea por la vida, en contra de un sistema de muerte. Y de la fuerza que sepamos conseguir en esta pelea dependerá el mundo que podremos construir, pues no creemos en determinismos ni destinos prefijados, sino en las fuerzas de los Pueblos en su lucha contra la dominación y la opresión.

Sabemos que, además, en esta pelea no partimos desde cero. Otros antes, por diversos caminos han dado y siguen dando disputas, con diferentes perspectivas, con disímiles objetivos. Por lo pronto, sabemos que podemos pararnos desde la subjetividad de las comunidades que se niegan a ser fagocitadas por las prácticas transnacionales. Pues, sujetos de la historia son las personas en los Pueblos y los Pueblos formados por personas. Pueblos, como sujetos de sus culturas e historias particulares, que pueden tener mayor o menor gravitación en la comunidad internacional, pero que se pueden potenciar en la medida en que se formen comunidades de intereses con sus naciones vecinas y alianzas estratégicas que vayan generando nuevos polos de poder geopolítico.

La resistencia de los Pueblos a su sumisión y extinción, implica un combate más o menos frontal contra dos aspectos de la dominación globalizante. Una es el culto de lo global a la homogeneidad cultural como unidad en la identidad, que extiende los parámetros de la cultura anglosajona –como cultura de masas contrapuesta a la profunda y enraizada cultura popular–. Esta cultura globalista es reductora, integra por exclusión, absorción o violencia, nivela confundiendo unidad con uniformidad, así como promueve el consumismo y en un mismo movimiento niega el consumo a las grandes mayorías. Así, lo global termina siendo la extensión de una forma particular dominadora: la mercantilización anglosajona. El otro aspecto de la forma en que actúa el mecanismo de dominación globalizante, contradictorio con el anterior pero concurrente, es la hipertrofia de la diferenciación múltiple hasta la fragmentación, que va desde el individualismo consumista que niega toda solidaridad hasta el particularismo exclusivista que rompe toda universalidad. Ese movimiento de pinzas de la dominación requiere de la capacidad abarcadora de las Naciones, para que la solidaridad triunfe sobre la exclusión: Por eso, la fragmentación exhibe un reto al proceso de encarar los caminos de la comunión, es decir, de la común–unión entre aquellos que luchan contra la dominación.

Recapitulando, es indispensable que las fuerzas populares se planteen en su estrategia la importancia de una etapa de reconstrucción de un mundo multipolar, que es la noción indispensable para ofrecer a las fuerzas progresistas espacios de autonomía que les permitan producir cambios sobre las tendencias globalizantes del sistema de dominación. En efecto, en una perspectiva de largo plazo, los progresos que se produzcan gracias a esos espacios de autonomía conquistados serán la condición necesaria para empezar a pensar en la superación de la lógica exclusiva del capital. Es decir, el mundo debe ir transitando un camino de profundización de las formas democráticas reales tanto al nivel de las relaciones internacionales como en el nivel interno. La medida de estos procesos de democratización va a abrir el abanico de posibilidades en la construcción de una sociedad más justa.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE CÓMO PUEDE SER LA SOCIEDAD AL INTERIOR DEL ESTADO–CONTINENTE O LA CUESTIÓN SOCIAL EN LA SUDAMÉRICA QUE SOÑAMOS.

En síntesis, venimos afirmando que la única forma de enfrentar al proceso de globalización es desde la periferia del sistema–mundo y consolidando fuerza y poder en torno a la estructura del Estado Nación, pero para que esta tenga viabilidad debe ser de carácter continental, lo que en nuestro caso significa el desafío de la construcción de un Estado para nuestra Patria Grande. Ahora bien, también dijimos que la construcción de ese Estado Nacional Continental era condición necesaria pero no suficiente para la tarea de la liberación. Pusimos el ejemplo de muchos de los mecanismos de integración económica, como por ejemplo el Mercosur, que a la vez, que son uno de los caminos de unidad son monitoreados, seguidos y hasta a veces controlados y/o obstaculizados por grupos económicos que operan en la región. Es tiempo de plantearnos algunas consideraciones acerca de cómo tienen que ser algunas de las relaciones de poder interno de ese Estado Nacional Continental, para verdaderamente ser un bastión del proceso de emancipación. Porque sin vencer a la lógica interna del capitalismo globalizante, el Estado, cualquier Estado –tenga la dimensión que tenga–, oscila entre ser un obstáculo o bien un servidor para el capital dominante, pero nunca por sí sólo se constituye en su antagonista. La única forma de frenar la lógica expansiva del capital es a partir de la constitución de una fuerza de carácter social que lo obligue a discutir, a plantearse los costos y beneficios de la aplicación de su plan.

Por eso es que debemos hacer algunas consideraciones sobre la cuestión social en la actualidad. Ya hemos descripto a lo largo de los capítulos precedentes la realidad de la globalización como sistema de dominación y de la exclusión como forma particular de opresión que la acompaña. Vimos cómo funciona el sistema, pero también que la imposición del mismo es tan sólo un camino, es decir, una aspiración del capital, que mientras tanto va estructurando la sociedad contemporánea con el impulso de sus fuerzas dominantes.

Sin embargo, el discurso del pensamiento único plantea la globalización y la exclusión como hechos objetivos a los que hay que adaptarse inexorablemente. Pero es claro que ésta no es la única lectura posible. La pregunta del millón es ¿Cómo hacemos para pensar una sociedad nacional incluyente pero justa en el marco de esta sociedad excluyente e injusta a nivel mundial? O mejor ¿Cómo podemos transitar de las contradicciones y antagonismos sociales que nos propone la hegemonía del capital a una sociedad en que la hegemonía la tengan los sectores populares? Esta es la perspectiva que tiene que cruzar no sólo toda propuesta –digamos programática–, sino también todas prácticas sociales. Así éstas últimas adquieren dimensiones diferentes, dejan de ser el peso agobiante de una realidad ajena para ser el teatro de la construcción de la sociedad nueva.

En otras palabras, la exclusión como realidad para las grandes mayorías se ha ido instalando con pretensiones de globalidad en nuestra sociedad a través de lo que llamamos prácticas transnacionales. ¿Existen otros caminos, o bien estos son inexorables? Tenemos algunas ventajas. Por un lado el hecho de que se trate de un capitalismo senil, es decir, la fase descendente no como ciclo económico sino ya como civilización (Wallerstein, 2006). Por otro lado, este régimen de dominación aun no está consolidado, nos referimos a que por ejemplo aun no existe una expresión institucional–política del sistema, o sea, el mundo se

sigue manejando –tanto en el plano político como en el económico– en el marco de expresiones de la sociedad vieja: el Estado Nacional y su mercado, que expresaban los grados de la contradicción de la sociedad capitalista industrial y su sistema internacional imperialista, siguen siendo los ámbitos institucionales en los que se desarrolla la vida. Si bien todo el complejo institucional está en un cuestionamiento que crece en la medida que no es capaz de dar respuestas a una realidad nueva, aun no se han creado los nuevos mecanismos institucionales que lo expresen. Es decir, lo que está aun ausente en el escenario mundial es una traducción institucional de las nuevas condiciones de la dominación. Esta traducción no ha de ser obra de una inteligencia colectiva que se plasma espontáneamente, sino que se tiene ir construyendo en el teatro específico del conflicto social, político, y económico. Aunque no es posible dormirse en las ventajas, pues el tiempo puede jugar en nuestra contra.

Hay que analizar también las desventajas como por ejemplo la ausencia de modelos de una sociedad nueva que funcionen a modo de la utopía según la definición del escritor uruguayo Eduardo Galeano, que nos sirve para caminar hacia el horizonte. Nosotros creemos en la creación de estos modelos (en plural) es la tarea de los Pueblos del mundo. Y en particular en esto tienen una gran responsabilidad los militantes políticos. Estos, “técnicos de saber práctico” como Sartre denominaba a los “intelectuales orgánicos” gramscianos son, en un momento naciente, aquellos capaces de ir descifrando los rumbos. Por supuesto no sin equivocaciones. Son las fuerzas políticas populares (superada la desideologización neoliberal) las que tendrán la tarea de ir discerniendo entre los elementos de la sociedad vieja y los elementos de la sociedad nueva. Capaces de transformar la realidad de las prácticas diversas y complejas de los sectores populares –de los que son parte– a partir de presentar su comprensión crítica, de modo que produzcan una mutación cultural (o bien la construcción de nuevos mitos que actúen como vertebradores de la realidad con connotaciones de valor), de forma tal que el sujeto popular reconozca en el cambio sus propios intereses.

La clave de la superación del sistema de exclusión está en saber leer correctamente y –lo que es más difícil– hilvanar la infinidad de prácticas de resistencia que a lo largo de todo el globo se dan contra la globalización. El conflicto social y político contra la exclusión tiene muchas respuestas encerradas aun por descifrar. Los excluidos a través de su vida social, relacional, de sus acciones y aspiraciones comunes van produciendo una legitimidad distinta (no necesariamente antagónicas en un principio) respecto de la legalidad y legitimidad del poder centralizado que genera la exclusión. Se trata de micropoderes generados a partir de formas de autoorganización (en niveles tanto de interrelación solidaria como de confrontación con el sistema) y que parten de valores, que contienen en sí cualidades transformadoras. Este conflicto se da en su realidad múltiple y contradictoria como lucha pero también (y con menor carácter de trasgresión) se da en incipientes formas de organización tales como emprendimientos solidarios que permiten la subsistencia, la difusión de una religiosidad popular que alimenta la dignidad, las peleas contra la discriminación en cada ámbito por parte de las mujeres, la permanencia de valores culturales negadores del individualismo, etc. Es importante consignar que estas formas no se dan separadas sino mezcladas entre sí, no hay formas buenas ni formas malas de confrontación con la hegemonía sistémica. Incluso a la sombra del aparato asistencialista (que funciona como el policía bueno de la película), se van generando otras tantas formas de organización y de legitimidad (no pocas veces contraria a la legalidad como más arriba referíamos), que sin ser autónoma, pueden llegar a alcanzar este *status* por propia dinámica o por la acción política. Sin embargo, también

es imperioso reconocer que todas estas pequeñas rupturas no alcanzan a conformarse a modo de una alternativa vislumbrable de poder, son generalmente defensivas y carecen de vínculos políticos entre sí, es decir, de una estrategia de poder.

Frente a la dominación los excluidos responden con distintas formas de trasgresión, clandestinidad y rebelión. El sistema para su perpetuación requiere que todas estas formas de trasgresión sigan controlables, dispersas, y “apagables” como focos aislados, al mismo tiempo de fomentar a aquellas formas particulares que le son funcionales, como por ejemplo droga, que además es un succulento negocio; pero siempre en pequeñas proporciones manejables, a través de un complejo sistema de premios y castigos. Fragmentar hasta el infinito los reclamos y escenarios colectivos es el gran aliado y complemento de la exclusión social. Por eso el enemigo principal del sistema es la organización popular, en la medida en que esta supere particularmente los límites y las barreras territoriales e ideológicas que le son impuestas.

La trampa principal del sistema de dominación cultural de la globalización es presentarnos al sistema económico como sin alternativa posible. No obstante, poner fin a la dictadura del mercado no es como a veces se plantea una cuestión meramente económica. Para romper los estrechos marcos de su lógica propia es necesario una voluntad política y un sustento de organización popular que permita al poder del Estado Nacional darse vuelta contra la fuerza mundializante que lo convierte en un servidor de los GET y así transformarse en una trinchera del poder popular contra las fuerzas globalizantes.

Por eso el desafío de un movimiento nacional y popular es constituirse a sí mismo en base a la articulación (con sentido político) de las distintas instancias de organización (por afuera, por adentro y por el costado también) en un proceso creciente de dotarse de su propia legitimación. Este movimiento tiene que ser la expresión de los excluidos en el plano económico, político y cultural. Y es antagónico por definición con el sistema de exclusión, sin embargo también se va construyendo a la sombra, en los márgenes, recogiendo todos los caídos del banquete de los incluidos, para hacerlos confluir con otras fuerzas, otros elementos indispensables para la construcción de la amplia mesa de los que quedan afuera. Esto es lo que hace a la construcción de un Estado Nacional que meta las contradicciones sociales adentro y no que las niegue como hace este mismo Estado cuando está al servicio de los intereses globalizantes. Entendemos por meter las contradicciones seguir el precepto de Evita: “donde hay una necesidad nace un derecho” continuándola con donde existe un derecho tiene que haber una política pública que lo satisfaga como necesidad.

Así como la exclusión –tal como vimos en los capítulos anteriores– tiene su acción concreta en tres planos, el económico, el político y el cultural, nosotros queremos esbozar algunos de los caminos y los desafíos que nos plantea la emancipación.

EN LO ECONÓMICO:

Quien se plantee seriamente dar respuesta a la cuestión económico-social hoy no puede soslayar que estamos ante una transformación que no es producto de una crisis cíclica, ni meramente coyuntural, ni se corresponde de tal o cual política de gobierno, sino que el propio decurso del capitalismo como modo de producción nos va llevando ante el ocaso de los que algunos autores llaman “la sociedad salarial”. El trabajo industrial puso su impronta a la sociedad a escala mundial, pero hoy aparece cada vez más sin la centralidad que tuvo en otros tiempos. Lo que está en crisis

no es el trabajo propiamente dicho, es decir, la relación laboral definida en términos antropológicos, sino el empleo, o sea, la concreta relación de trabajo-explotación que caracterizó al capitalismo desde sus comienzos. El trabajo que desaparece es el trabajo abstracto, el trabajo mensurable, normalizado, separable de la persona que lo ofrece, susceptible de ser vendido en el mercado ante la necesidad del capital de él para reproducirse. Es imprescindible comprender que este trabajo a que denominamos empleo (ver capítulo IV) ha sido una creación y una imposición (por la fuerza) y no sin conflictos a partir del naciente capitalismo industrial.

En una sociedad de estratificación económica piramidal, la distribución es el fundamento de la justicia. En una primera mirada, efectuando un traslado mecánico, se podría afirmar que en una sociedad excluyente el fundamento de la justicia es la inclusión. Así aparece la pregunta clave: ¿inclusión a dónde? ¿A la sociedad consumista? Vemos que no es fácil pensar la superación de la sociedad excluyente respondiendo a sus propios ejes. En última instancia comprendemos que los problemas económicos no tienen solamente soluciones económicas. No obstante, la solución de los grandes problemas en el curso de la historia no se logró buscando nuevas respuestas a viejos interrogantes, sino cambiando el lugar de las preguntas mismas. La superación de la exclusión requiere una ecuación más compleja, donde a la distribución y a la inclusión debe agregársele la tarea de promoción humana de un Pueblo diverso, solidario, activo, participativo, organizado, con sustento en la responsabilidad en lo personal y lo comunitario.

La heterogeneidad tanto de base cultural como de base económica, que es la novedad producto de la ruptura de la homogeneidad social de la sociedad industrial producida a través de la salarización, produce un cúmulo de situaciones y alternativas de vida cualitativamente diferentes. Paradójicamente en un mundo cada vez más empujado por la acción de medios de comunicación, que transforman este universo en términos de las posibilidades de acercamiento, de información, de comunicación entre las personas de este planeta al nivel de las que se podían dar en una pequeña aldea medieval sólo entre sus miembros, existen cada vez más personas cuya vida se desarrolla fuera de la lógica de la aldea global y su idea del absolutismo del mercado. En este sentido, por ejemplo, en los países latinoamericanos, aparece una ancestral cultura indígena que, indemne al bombardeo por siglos y siglos, continúa dando sentido a la vida de una porción importante de personas. Esta multiplicidad del Otro, complica al sistema en tanto se desarrolla más allá de sus intentos de control y represión, lógicas y/o legitimidades alternativas. Pero al mismo tiempo, también dificulta la construcción de un proyecto común desde los excluidos. El concepto de unidad en la diversidad se enfrenta a sus límites prácticos, concretos. De este modo, los excluidos se enfrentan al desafío de encontrar un núcleo fundante que le permita dar una respuesta alternativa a la sociedad excluyente. No sirve la destrucción del sistema, pensar en términos de enemigos, provenientes de la matriz misma de la civilización occidental, que utiliza el “método” (etimológicamente destrucción del enemigo) como respuesta al Otro. No sirve tampoco acabar con la exclusión pidiendo a gritos el regreso de la explotación. La historia jamás vuelve atrás. Las ilusiones keynesianas de muchos bienintencionados críticos del salvaje rostro del capitalismo no son más que pompas de jabón. El capitalismo no sólo tiene un rostro salvaje, ésta es su real naturaleza. En la convicción de que el proceso es mucho más complejo sólo tenemos orientaciones, esbozos fundados en la opción por los Pueblos, la verdad y la justicia. El desafío, en este sentido es grande, no se trata sólo cambiar el rumbo de ciertas políticas económicas –que, al fin y al cabo, es un problema coyuntural de corto plazo–, sino que se trata nada menos que de remover los obstáculos históricos que han frenado el proceso de emancipación del hombre. Tanto sea mediante los mecanismos de dominación como cuanto de los métodos

de opresión. Ningún proyecto económico-político es viable sin romper las cadenas que implican para nuestros países su inserción asimétrica y dependiente en la globalización del orden mundial, y su consecuencia directa la exclusión de las mayorías populares.

Es por eso que no se puede pensar en la construcción de un modelo alternativo sino es a partir del debilitamiento de los reales impulsores y beneficiarios del sistema que son los Grupos Económicos Transnacionales. Tal como hemos visto, estos distorsionan la economía de los países periféricos al mismo tiempo que significan un drenaje fundamental de sus riquezas hacia el Norte. Es parte también de este drenaje el intercambio desigual del sistema comercial internacional actual (que se expresa claramente en el deterioro permanente de los términos del intercambio, más allá de algunas coyunturas favorables que frenan la tendencia pero no la revierten). En su conjunto, los distintos mecanismos del “intercambio desigual” entre países resultan en una transferencia neta de riquezas del mundo subdesarrollado al desarrollado. De hecho, los fenómenos generales del colonialismo y el imperialismo capitalistas han consistido sobre todo en esta explotación de las economías dominadas y dependientes por las economías dominantes o centrales a través de dichos mecanismos, engendrando clases dominantes que vivieron usufructuando la relación asimétrica entre las naciones, enriqueciéndose con las comisiones y/o negocios primarios o secundarios de esa transferencia de excedente de las sociedades periféricas a las centrales. En el tiempo actual –el de la globalización–, los mecanismos de transferencia de plusvalor se han desarrollado de tal manera que, aunque tienen raíz en los métodos del imperialismo clásicos, tienden no sólo a profundizarse y extenderse geográficamente, sino a sofisticarse extraordinariamente. Por ejemplo, las inversiones directas de los países avanzados en países de menor desarrollo buscan aprovechar los menores salarios y las mayores tasas de explotación de la periferia, al mismo tiempo que obtienen ventajas de la determinación en los mercados internacionales de los precios a los que venden su producción (Flores Olea, 1999). Esta sobreexplotación del trabajo “colonizado” que realizan directamente los inversionistas extranjeros, si bien es cierto que en algunos casos generó nuevas fuentes de trabajo (al costo altísimo del condicionamiento de la estructura económica), no es menos cierto que este generalmente se da en condiciones precarias e infrahumanas, tal como lo documenta la canadiense Klein en su libro “No Logo” respecto de los enclaves manufactureros del sudeste asiático.

Las transferencias de riqueza que tienen lugar a través de los pagos a créditos internacionales (deuda externa), de las remesas de utilidades por parte de las empresas transnacionales, e incluso de los movimientos especulativos, se han vuelto un aspecto crónico e irresoluble –en este sentido, estructural– del funcionamiento del capitalismo globalizado. He aquí también una de las claves por las que la disputa del Estado Nacional y su control sobre la economía interna es una cuestión estratégica, aun si se considera de modo defensivo, para poner palos en la rueda del sistema globalizador en el que los centros económicos se apropian del excedente periférico.

Sin embargo, la pregunta de fondo es: a esta altura de la mundialización de la economía ¿pueden redirigirse las corrientes que hacen fluir la riqueza de la periferia al centro del sistema mundo? Lo cierto es que la mayoría de la riqueza sigue siendo producida en el marco de las economías nacionales³⁸, así como

³⁸ A pesar de la mitología sobre la globalización inexorable la realidad económica pasa por otro lugar. “La actividad que transcurre fuera de la atención de la globalización mediática comprende la mayor parte del proceso económico. Las pequeñas y medianas empresas que operan en todos los sectores productivos, los servicios básicos de educación y salud, la inversión pública de mediano porte, buena parte de la investigación y desarrollo realizado en universidades, laboratorios y empresas, la vivienda y la infraestructura constituidas en las

la mayoría de la comercialización de productos, aunque se intente presentar lo contrario. La globalización absoluta del mercado como hemos visto es más una aspiración de los grupos económicos que una realidad concreta. “La mayor parte de las transacciones económicas no se realizan en los mercados globales sino en los nacionales. Más del 80% de la producción mundial se destina a los mercados internos de los países. Las exportaciones representan menos del 20% del producto mundial. Alrededor de 9 de cada 10 de los trabajadores del mundo producen para los mercados de sus respectivos países” (Ferrer, 1998).

La discusión crucial de ayer y de hoy sigue siendo en qué medida una sociedad disfruta del excedente formado por ella misma y, al contrario, en qué medida vive de su excedente procedente otra sociedad o bien una porción muy reducida de sus habitantes. Por otra parte –y a esta altura– se trata de una cuestión de subsistencia, pues sin cortar el chorro hacia afuera ninguna economía nacional puede subsistir en el largo plazo, no hay viabilidad posible sin elegir un camino autónomo en este sentido. Esto no significa pensar una economía absolutamente cerrada. Pero sí una planificación de los intercambios y un control efectivo de cualquier tipo de capital que opera fronteras adentro.

En última instancia el proceso de lucha por la independencia económica es tan antiguo como la dependencia, a la cual va negando dialécticamente. Esta “independencia económica abarca dos aspectos de la máquina original de producción–consumo, con su propio mercado interno, su producción agraria, su comercio interno y su industria nacional. Como todo Pueblo tiene el natural control de sus medios estructurales de supervivencia, de lo que se trata aquí es del control del excedente social, del aparato de acumulación de plusvalía nacional” (Astesano, 1979). Esto nos lleva a la idea de romper el libre juego del mercado que sabemos que sólo lleva agua al molino de las corporaciones transnacionales para volver a pensar la intervención del Estado en la economía. Algo que parece una verdadera herejía para los sacerdotes del dios Mercado, economistas oficiales y oficiosos que tributan al pensamiento único.

La negación absoluta de cualquier estrategia del Estado en materia económica se hace desde el efecto que presuntamente traería sobre la inversión externa. Más allá de poner en duda, si es cierto que el capital huiría de una economía así organizada en la medida en que le permita generar algunos negocios (que son su única razón de ser, pues en ellos la ideología es francamente secundaria), lo que nosotros cuestionamos va mucho más allá. Lo que no creemos es que las inversiones directas extranjeras tengan un impacto positivo en la economía, y mucho menos que sean las “creadoras de trabajo”. En otras palabras, si el efecto de la intervención del Estado en la economía provocase que las transnacionales se retraigan, este sólo hecho ya implicaría empezar a restringir algunos de los principales factores de reproducción de la exclusión.

“El mito de las inversiones extranjeras. El esquema económico del *establishment* postula un axioma: las inversiones directas extranjeras son determinantes y fun-

grandes ciudades y en los pequeños pueblos y otras actividades ignorada por la globalización mediática constituyen el ámbito en el cual nace, crece, ama, trabaja, cría a sus hijos y termina sus días la mayor parte de las personas. Y es allí donde se genera también el grueso de la producción, el empleo, el intercambio, el ahorro y la acumulación del capital. (...) La acumulación del capital, el cambio técnico, el aumento de la productividad y la distribución del ingreso dependen potencialmente, en primer lugar, de decisiones de los agentes privados y públicos nacionales. El desarrollo descansa, antes que nada, en factores endógenos tales como la modernización del Estado, la estabilidad institucional, los equilibrios macroeconómicos, etc.” (Ferrer, 1998).

damentales para el crecimiento. Vale la pena ver si los hechos confirman o desvirtúan esta afirmación. Si la inversión extranjera ha sido o no el motor del desarrollo argentino es tema de una vieja polémica histórica. El hecho real es que abundante en algunos períodos y escasa en otros; en 1913 era el 48% del capital fijo total, se redujo al 20% en 1940, al 15% en 1945 y al 5% en 1954” (Alfredo Eric y Eric Calcano, 2003). Sólo hace falta mirar con atención los años y se puede formular una pregunta ¿no fue durante el peronismo el máximo nivel de desarrollo, sobre todo industrial que tuvo la Argentina? Alguien podría respondernos que fue así en el pasado pero ya no va a ser más en el futuro. En todo caso corresponderá hacer el análisis de lo ocurrido en la década del noventa para darse cuenta que el rol de la inversión extranjera tiene sobre nuestra economía es decisivamente negativo en temas claves como por ejemplo la generación de empleo (conf. Capítulo VII)³⁹.

Mientras que la inversión privada directa extranjera realiza una contribución marginal en el financiamiento de la inversión productiva, los capitales especulativos de corto plazo ni siquiera hacen aporte alguno, es decir, sólo tienen un impacto altamente negativo. Grupos de inversiones que compran empresas para luego venderlas o vaciarlas haciendo especulaciones en el interín con sus cotizaciones en bolsa, terminan siendo nefastos para las economías locales. Recordemos como ejemplo que el grupo Exxel manejado por el CEO uruguayo Navarro llegó a ser el mayor empleador del país, hizo suculentos negocios, terminó desprendiéndose de la mayoría de las empresas y no trepido en mandar a la quiebra a otras tantas. El negocio para ellos, como queda claro no pasaba por la compra y venta, sino en la especulación con las acciones y sus dividendos.

En última instancia y aun desde el punto de vista estrictamente capitalista: “el desarrollo no puede delegarse en el liderazgo de actores transnacionales ni en las fuerzas que operan en el orden global. No existe ninguna experiencia histórica significativa que pruebe lo contrario. (...) Todos los países industriales cuentan con fuertes sectores privados nacionales que conservan una posición dominante en la estructura productiva; la inversión extranjera directa es complementaria, no sustitutiva, de las empresas nacionales” (Ferrer, 2006).

Se dice también que la injerencia del Estado, atenta contra la eficiencia de las empresas privadas. No hace falta más que ver el estrepitoso fracaso de muchas de las empresas privatizadas durante el neoliberalismo, con un Estado complaciente y hasta complementario de los GET, para comprobar lo falso de esta afirmación. En nuestro país el vaciamiento que sufrieron algunas empresas y la deficiencia manifiesta de sus servicios, como por ejemplo Aerolíneas Argentinas y los ferrocarriles, comprueban que el manejo privado es sólo eficiente en la medida en que ser eficiente es mayor negocio⁴⁰.

³⁹ Aun cuando se crea en las cifras del capital transnacional como generador de empleo en los países periféricos, lo que hay que hacer para no caer en la trampa es analizar no la cantidad de trabajo que genera una Inversión Directa Extranjera, sino la calidad de empleo generado, pues como dice Leslie Sklair: “Una de las mayores críticas a las CTN estadounidenses y europeas en Asia, África y América Latina es que sus operaciones surgen de una variedad de proceso de exportación, esto es, empleando trabajadores de bajos salarios (principalmente mujeres y jóvenes) para trabajos monótonos y a menudo de una gran exigencia física, cuyo gasto constituye una muy pequeña proporción del valor agregado de la mercancía final. En tales empresas la tendencia es que el personal de jerarquía y los técnicos sean extranjeros mientras que a los trabajadores locales se les da poco o nada de capacitación” (Sklair, 2003).

⁴⁰ “En el caso de México, el rápido fracaso de numerosas empresas privatizadas –las aerolíneas, los bancos y las carreteras– refuta la supuesta infalibilidad de la iniciativa privada en términos de eficiencia económica y honestidad; es claro que no sólo el Estado puede ser

No estamos hablando acá de estatización de todos los medios de producción, sino simplemente de un Estado que tenga un rol directivo en la economía. Un ejemplo nos lo da el economista radical Aldo Ferrer (insospechable de ser anticapitalista): “El crédito dirigido y los subsidios a las actividades promovidas” o bien “los sistemas nacionales de ciencia y tecnología son una pieza fundamental del andamiaje del desarrollo económico. El cambio técnico se funda en una secuencia importar–copiar–adaptar–innovar que enriquece el acervo propio de conocimientos” (Ferrer, 1998).

La recuperación del Estado como instancia económica supone la restauración del principio de solidaridad social por sobre el principio de responsabilidad individual instaurado por el neoliberalismo. El Estado de Bienestar aseguró, de alguna manera, mediante el ingreso a un sistema de derechos y protecciones más o menos eficaces según el país del que se trate, una ciudadanía social entendida como un sustrato de bienes públicos. La libertad del capitalismo supone que todos los individuos pueden procurarse los recursos suficientes para satisfacer sus propias necesidades de alimentos, vivienda, transportes, etc. Al mismo tiempo la desigualdad que engendra un sistema intrínsecamente polarizante, priva a las mayorías de la posibilidad real de lograrlo en términos aceptables y en condiciones de dignidad. Ahí es donde aparece la necesidad de los bienes públicos que son aquellos que construye el Estado. El Estado en cualquiera de sus instancias (nacional, provincial y municipal) tiene en sus manos decisiones que atentan contra la desigualdad o la consolidan. Un ejemplo muy simple: cuando tiene que decidir si coloca una bombita de iluminación puede elegir hacerlo en los barrios más alejados o en el centro de una ciudad. Esta decisión aparentemente banal significa en el barrio humilde más seguridad, más dignidad, deseos de mejoramiento, etc. Las decisiones estratégicas o insignificantes van constituyendo las políticas públicas, van construyendo una base de sustento para los bienes públicos que contrapesan las desigualdades generadas por la riqueza privada.

Hoy continúa vigente que lo que ocurra en el orden mundial depende de los modelos que se desarrollen en el orden nacional, por lo menos hasta tanto no se genere una institucionalidad capaz de reclamar para sí el monopolio del poder (abarcando tanto la legalidad y la legitimidad como la coerción). Cada país, cada circuito de economía nacional debe enfrentar su propia realidad y reconocer que, en definitiva, es el responsable de su propio destino. Pero esta característica endógena del desarrollo adquiere en la actualidad la imperiosa necesidad de pensarse en términos regionales, en nuestro caso del Cono Sur de América Latina. Creemos esto imprescindible para alcanzar la masa crítica necesaria para el despegue definitivo de nuestra economía.

EL MODELO ECONÓMICO DE TRANSICIÓN

Entendemos que existe un único sistema–mundo en términos económicos que hace la relación entre el desarrollo de los desarrollados y el subdesarrollo de los subdesarrollados. Del mismo modo la oligarquía global es la contracara de los excluidos. Por eso, lo primero que debemos preguntarnos es si es posible desarrollar cambios en el plano nacional (aun cuando sea de alcance continental) sin que ocurran cambios en el plano internacional, o bien del sistema mundo. En este punto nos enfrentamos a una cuestión teórica previa. Esto es ¿Qué es

ineficiente y corrupto” dice el profesor mexicano Flores Olea (1999).

un sistema y cuáles son los cambios profundos que hacen a la distinción de los sistemas para verificar que se haya realizado una transformación real?

Todas las sociedades mediante el trabajo a lo largo de la historia han ido produciendo bienes y generando riqueza (entendiendo por tal al excedente entre lo que la sociedad produce y lo que la misma consume). Entendemos por sistema en términos económicos un modo de apropiación, distribución y uso de estos excedentes. En cuanto a los criterios de clasificación de sistemas ha estado muy extendida la definición marxista en cuanto a que lo que dirime el sentido de un sistema es la propiedad de los medios de producción. No estamos convencidos de que esta formula sea aceptable siempre y en todos los casos. Pero en última instancia, queremos remarcar que toda la disputa económica en términos reales es por la apropiación (sea cual fuere la forma en que esta tenga) de los excedentes. Aquí juega no sólo la propiedad de los medios de producción sino también las relaciones de poder y las prácticas desarrolladas por los Pueblos, etc.

El mismo razonamiento vale para clasificar sectores del conjunto social, o sea, las clases sociales. El criterio de definir las clases sociales en función de la propiedad de los medios de producción es relevante si se piensa que la dinámica histórica evoluciona necesaria e inexorablemente en torno a los sistemas como modos de producción. No obstante, si el criterio clasificatorio de los sistemas es el modo de apropiación y uso de los excedentes, el criterio diferenciador de las clases sociales debe girar también en torno a la dinámica que implica este concepto, que no es determinista ni respecto de los sujetos sociales del cambio ni respecto de la dirección del cambio. Conforme a esta concepción, la clase obrera industrial no está llamada a ser el sujeto histórico por gracia de ninguna ley inexorable. Para pasar de un sistema a otro, el cambio no es ni predeterminado, ni automático, depende de las voluntades políticas y de las correlaciones de fuerza entre los diversos sectores sociales que luchan por la distribución y uso de los excedentes económicos. No habrá una sociedad más justa si no podemos sustituir este sistema actual de apropiación, distribución y uso de los excedentes por otro sistema que posea una dinámica de desarrollo integralmente sustentable, que satisfaga las condiciones de justicia social, eficiencia económica, pluralismo político y sostenibilidad ecológica, en el contexto de una universalización cooperativa, justa y solidaria que respete la diversidad cultural de los Pueblos (Firmenich, 2004).

Pero, en el camino de reemplazo del sistema por otro más justo debemos trazarnos objetivos concretos. Hablamos de modelos económicos que en la transición sean capaces de orientar nuestras sociedades hacia un nuevo sistema. El concepto de modelo económico tiene dos dimensiones. Por una parte supone un esquema de simplificación teórica acerca del correcto funcionamiento de una sociedad (particularmente de una economía). Sin embargo, también significa una propuesta programática concreta, en tanto modelo a seguir. Siempre el modelo económico conlleva un sistema de valores acerca de la sociedad que se intenta construir.

Aclarado este presupuesto y teniendo en cuenta que la centralidad del problema se configura, tal como repetimos hasta el hartazgo en la superación de la globalización y de la exclusión, volvemos a preguntarnos si este camino se puede seguir nacionalmente. La respuesta afirmativa la sustentamos en que el marco real de la disputa por la apropiación de los excedentes tiene un ámbito concreto en el mundo real de hoy (más allá del soñado y prefigurado por los GET): este no es otro que el Estado Nación. Ni existe un aparato institucional mundial, ni los nuevos actores en el plano global tienen ningún tipo de espacio en donde se pueda dar una confrontación entre los intereses populares y los oligárquicos. Más bien al contrario,

la abstracción del espacio mundial suele ser la expresión lisa y llana de las fuerzas mundializantes llevada a la organización económica. Estos actores están modelando el injusto mundo de hoy. Una resistencia ilusoria pretende mundializarse sin “tocar” el poder. Miremos sino el significativo título del pensador europeo Halloway: “Como cambiar el mundo sin tomar el poder”. Consideramos este camino como una vía muerta, cuando no un sendero de complicidades.

Aceptando que el marco de discusión es nacional y que es preciso pensar modelos de transición, y no discutir un modelo abstracto de perfección, vamos a tratar de hacer un repaso por algunas de las propuestas de respuesta económica a las injusticias del sistema que fueron lanzadas desde sectores del campo popular. Por ejemplo la tasa Tobin, la reducción de horas de trabajo, la asignación universal y la llamada economía social. No pretendemos agotar tales propuestas, sino tan sólo haremos un pantallazo por las mismas a modo de ilustración, pero aportando nuestra mirada crítica.

a) El proyecto de Tasa Tobin. La regulación de los flujos financieros internacionales es propuesta tanto por George Soros como por ATTAC, el movimiento de origen francés en apoyo a la tasa Tobin. Pero entre los dos polos, representados por el agente financiero internacional y por la iniciativa desplegada por el periódico *Le Monde Diplomatique* por el otro, existen diferencias de matiz muy importantes.

En los últimos tiempos se ha escuchado mucho hablar del llamado “impuesto Tobin”, por el nombre del economista que obtuvo el Premio Nobel de su especialidad en 1992 y que a principios de la década de los ochenta, propuso el establecimiento de un impuesto del uno por mil a las transacciones financieras internacionales de inversión en bolsa y divisas. Particularmente esta propuesta alcanzó algo de fuerza en Canadá y Francia empujados fuertemente por organizaciones de la sociedad civil en ambos países. El objetivo de Tobin no era tanto una transformación mundial sino más bien buscaría el reordenamiento y la mayor estabilidad de los mercados financieros mundiales. La tasa Tobin sería disuasiva de las inversiones especulativas en el corto plazo, pero no tendría incidencia negativa sobre las inversiones en el mediano y largo plazo. Mientras tanto, proporcionaría a todos los países recursos para el desarrollo, y sobre todo –a través de organismos adecuados que podrían establecerse– a las naciones más pobres del mundo. Este objetivo se lograría a partir de la magnitud espectacular de las cifras de aproximadamente 1,4 millones de dólares diarios, pues los desplazamientos **diarios** de capital financiero hoy en el mundo superan la cifra de 1400 millones de dólares (en tanto que la cifra **anual** del comercio mundial de bienes y servicios asciende apenas a 4300 millones de dólares).

Muchas objeciones se han levantado frente al impuesto Tobin algunas basadas en teorías agriamente defendidas por la mayoría de los economistas liberales, aunque los hechos se encarguen de desmentirlos. Después de la stanflación, el consenso entre los economistas –apoyándose en las tesis del monetarista Milton Fridman– era que el sistema de tipos de cambio flotantes desanimaba la especulación, pues las corrientes reflejarían automáticamente los fundamentos de las economías subyacentes. Cuando se produjo lo contrario, se abrió camino otro axioma: los especuladores no hacen más que representar la voluntad del mercado, que es, por definición, racional y eficiente. Para James Tobin, por el contrario, los especuladores ejercen un efecto autónomo y ampliamente desestabilizador sobre el mercado. Por ejemplo, la jugada que, en 1992, permitió a George Soros ganar mil millones de dólares en un día especulando contra la libra esterlina demuestra que los especuladores pueden enriquecerse desestabilizando los mercados.

Con todo, creemos que la Tasa Tobin no hace más que montarse sobre el mis-

mo fenómeno que genera la exclusión (la hegemonía del capital financiero), a efecto de robarle simplemente las migajas. De este modo difícilmente se puede construir un orden mundial más justo, sino por el contrario atemperar algunos efectos perpetuando las causas de la polarización a escala social y planetaria.

b) El Banco de los Pobres. Otra crítica por el estilo podemos hacerle a la propuesta de otro premio Nobel, Muhammad Yunus. Este hombre, nacido en Bangla Desh, es el creador del Grameen o Banco de los Pobres. Yunus parte de una crítica certera a los mecanismos de ayuda social realmente existentes. En efecto, la mayor parte de los fondos dedicados a los más pobres terminan quedando en los bolsillos de consultores, burócratas y otros sistemas de intermediación como ONG, que se van quedando la parte del león. La solución que da Yunus es la creación de un banco de préstamo sin garantías a los más pobres, sobre todo a las mujeres. Estos préstamos de poco monto le permiten muchos emprendedores un financiamiento del que carecen en los bancos del circuito tradicional. El bengalí comprobó, por su propia experiencia, que la tasa de devolución que tiene este tipo de préstamos es verdaderamente alta (muy por encima de la tasa de devolución de los prestamos para los ricos).

La propuesta del Banco de los Pobres no va a la médula del asunto del sistema de injusticia. En cambio, presupone que cualquiera de los más humildes puede convertirse en un empresario, lo que ocurre es que no tiene capital suficiente. La fe en el capitalismo de Yunus parece no tener límites, parafraseando a aquellos que creen que los males de la democracia se curan con más democracia, él cree que hay que agregar más capitalismo a la crisis profunda que este vive.

Como en la propuesta de la tasa Tobin pueden ser interesantes los avances parciales del Banco de los Pobres. Muchos de los pobres del mundo pueden cruzar la línea de pobreza por este tipo de ayudas pero lo que no va a “cerrar” es la fábrica de excluidos que es el sistema, es más, muchas veces este se consolida al hacer depender de su crecimiento la salvación de algunos pocos.

c) La economía social. Algo similar podemos decir respecto de la llamada economía social. Más allá de las interesantes propuestas de pensadores como José Luis Coraggio, el financiamiento estatal de una economía desarrollada por los sectores más humildes para los humildes conduce a una economía de dos velocidades en donde se estructuran jerárquicamente dos circuitos. Uno en el que los pobres les venden a los pobres y otro el tradicional. Si así se concibe a la economía social, magro es su aporte a la transformación social.

Es cierto que muchas veces el trabajo que genera la economía social es un trabajo que no alcanza a remunerarse bien (generando una especie de flexibilización laboral desde el voluntariado y el voluntarismo) y además es en negro, es decir, no goza de los beneficios sociales (la excepción de esto es la implementación en nuestro país del llamado monotributo social, aunque este alcanza sólo a un pequeño sector de los emprendedores). Sin embargo, no es menos cierto que este tipo de práctica genera hábito laboral, por lo tanto su impacto en una sociedad donde la exclusión ha llegado a niveles tales que junta a dos o tres generaciones que no han participado del trabajo formal, este hábito laboral no es una cuestión menor. El desafío real será entonces hacer de la economía social algo que no sea una economía de subsistencia de los sectores marginados, sino un sistema de relaciones económicas más allá de la estricta lógica capitalista que termine con aquel circuito. Su posibilidad real está aun por verse.

d) Asignación universal. Otra propuesta de muchos autores es la asignación universal, con diversos matices pero con ideas y fundamentos concurrentes.

Desde el intelectual francés Andre Gorz hasta el ex comandante montonero Mario Eduardo Firmenich, pasando por el economista de la CTA Claudio Lozano, muchos son fervientes partidarios de esta asignación.

Con una fuerte batería de argumentos se trata de demostrar la necesidad de una entrada para todos los seres humanos por el sólo hecho de serlo. Frente a la fragante injusticia del sistema de exclusión que confina a importantes contingentes de personas a vivir por debajo de las imaginarias líneas de subsistencia, sin duda que esta propuesta resulta un atractivo acto de justicia. Tal como se pregunta el norteamericano Rifkin en el marco del capitalismo globalizante el camino es el deterioro del factor trabajo/empleo en la composición de la riqueza: “¿Cómo empieza a prepararse la humanidad frente a un futuro en el que la mayor parte del trabajo pasará de los seres humanos a las máquinas? Nuestras instituciones políticas, nuestros pactos sociales y nuestras relaciones económicas están basados en que los seres humanos venden su trabajo como si fuese una mercancía en el mercado. Ahora el valor del trabajo se hace cada vez menos importante en los procesos de producción y de distribución de bienes y servicios, será necesario poner en marcha nuevas formas de proporcionar ingresos y poder adquisitivo” (Rifkin, 1996). Es ahí donde la asignación universal se hace una salida tentadora.

Incluso desde la perspectiva de aquellos que defienden el fortalecimiento de las economías nacionales, y los mercados internos, la asignación universal de algún modo puede ser –aunque sea transitoriamente– un importante aporte a la recomposición del mercado interno. Es claro, los recursos que se ponen en manos de los más pobres, casi en su totalidad son dedicados al consumo. Y esto sería una forma indirecta de fortalecer aquellos que viven de la producción para ese mercado.

No obstante, también en esta propuesta hay que consignar algunos límites. El fundamental es que, si bien la asignación universal puede solucionar los problemas acuciantes de millones de personas, lo que no puede hacer es suplir el carácter estructurante –social y psicológicamente– del trabajo. El trabajo es fuente de dignidad para cada persona, al mismo tiempo que es su forma de participación en la construcción del futuro de la sociedad y también la base de su autoestima en la sociedad contemporánea.

Si bien el ingreso garantizado para toda la población se inscribe en el principio de que cualquier persona por el hecho de ser tal y de pertenecer a una comunidad tiene derecho a participar de la riqueza que esta produce, sin dudas debe ser complementada con otros criterios. Como por ejemplo que nadie pertenece a la comunidad por derechos de nacimiento, sino porque vive y desarrolla su trabajo en ella, es decir, en función de estar integrado a la misma. ¿Cuál debiera ser el criterio para otorgar la asignación? ¿Sólo los nacionales? ¿todos los que vivan en un determinado territorio?

El pago de un sueldo universal, o bien asignaciones familiares universalizadas pueden ser entendidos como un subsidio al consumo. Más allá de que se comparta las consecuencias de este (reactivación de la economía, reactivación del mercado interno) nuestra idea pasa más por repartir con justicia el trabajo y la riqueza. Aunque para hacer esto haya que arremeter contra las bases del sistema. El principio un hombre un trabajo; un trabajo, una remuneración justa, lo que genera es la dignidad del trabajador. Se trata más de cómo se inscribe a todos y cada una de las personas de una comunidad en la producción del futuro, que de darle un subsidio que compense el hecho de estar afuera.

e) La disminución del tiempo de trabajo. Una discusión mucho más interesante nos plantea la propuesta de una disminución de las horas de trabajo legalmente obligatorias. Desde el punto de vista teórico es claro que las ganan-

cias en productividad resultantes de la introducción de nuevas tecnologías –que permiten ahorros en mano de obra y en tiempo de procesamiento– deberían ser compartidas con millones de trabajadores. Si los importantes avances en productividad van a parar tan sólo a los bolsillos del capital, las tendencias polarizantes de la sociedad se acrecientan cada vez más. Para que esto suceda debieran adaptarse la cantidad de horas trabajadas, manteniéndose los regulares crecimientos de los niveles salariales, de este modo –tal como se fue reproduciendo a lo largo de la historia– se va garantizando una distribución un poco más equitativa de los frutos obtenidos de los progresos tecnológicos y del esfuerzo del trabajo⁴¹.

Es posible, al mismo tiempo, reducir el tiempo de trabajo, aumentar la productividad e incrementar la capacidad de compra de los asalariados. Esto tiene fundamento en dos órdenes de consideración: uno de carácter histórico y otro de carecer más inmediatamente político. El argumento histórico invocado alude al hecho de que, a principios de siglo XX, los asalariados tenían jornadas de trabajo mucho más largas que ahora, recibían menos salarios y producían menos. Justamente el amplio progreso durante ese siglo permitió la reducción del tiempo del trabajo al mismo tiempo que aumentaba la productividad y el poder adquisitivo de los trabajadores. ¿Por qué no podría extrapolarse este ejemplo a un futuro previsible? ¿Qué impide que vuelva a registrarse este fenómeno? (Flores Olea, 1999). Por supuesto, en el argumento histórico está implícito el incremento de la eficacia tecnológica que permitiría simultáneamente aumentar la productividad y disminuir el tiempo del trabajo vivo. El argumento político está inevitablemente vinculado a la cuestión de la redistribución del ingreso. En realidad, para mantener socialmente la capacidad adquisitiva de los asalariados en una situación generalizada de reducción del tiempo del trabajo, inevitablemente se exige una distribución más adecuada de los ingresos. Los propietarios de los medios productivos (o de las actividades de servicios, que para nuestro caso es lo mismo) deberían inevitablemente reducir –en el corto plazo– su masa de ganancias y su tasa de rentabilidad, permitiendo que el nuevo valor creado se distribuyera con mayor equidad. El mayor poder adquisitivo de los trabajadores resultante reanimaría al sistema en su conjunto, por lo que tarde o temprano mejoraría la operación de los negocios, y se incrementarían la masa y la tasa de ganancia (compensándose su disminución en el corto plazo).

La lucha por la reducción de las jornadas laborales sin disminución del salario no es nunca una panacea que venga a liberar absolutamente a los trabajadores del yugo de sus patrones. Sin embargo, puede convertirse en un mecanismo indispensable para paliar los efectos más negativos del capitalismo en su etapa globalizante, al permitir una distribución más equitativa del empleo y los salarios. Pero, además, en la medida en que permite fortalecer los vínculos de solidaridad entre distintos segmentos de la clase trabajadora –en particular, entre los empleados y los desempleados–, aparece ciertamente como el fundamento de una política progresiva en un plano de transición. Aunque debe advertirse que la lógica económica del capitalis-

⁴¹ “En 1993 Volkswagen, el mayor fabricante de automóviles de Europa, anunció su intención de adoptar una semana laboral de cuatro días con la finalidad de salvar 31.000 puestos de trabajo que, de otro modo, se hubiesen perdido como consecuencia de la combinación de tres cosas: la creciente competencia global, los efectos de las nuevas tecnologías y los métodos de trabajo que han incrementado la productividad en un 23%. Los trabajadores votaron apoyar la decisión de la Dirección, convirtiendo con ello a Volkswagen en la primera empresa del ámbito global en reducir la semana laboral a 34 horas semanales” (Rifkin, 1996). En este sentido se cumplieron los objetivos parcialmente porque los salarios fueron recortados en un 20%. La clave está en reducir las horas de trabajo sin reducir los salarios.

mo globalizante va en sentido distinto del ejemplo histórico (es decir, aumentando y no reduciendo las horas de trabajo⁴²). Es por eso que la decisión de asumir este camino es una cuestión política —es decir una decisión de poder que avanza sobre las tendencias actuales de la economía de mercado—. Es aquí donde nos preguntamos. Si se tiene el poder suficiente para ello... ¿No es mejor ir más profundo en el cuestionamiento del capitalismo? ¿Sólo es posible pensar en un modelo que atempere las consecuencias del sistema de explotación? ¿Es una utopía ir un poco más allá?

También hay que hacer la aclaración de que si la reducción de la jornada laboral a 36 o 30 horas no está acompañada por un programa económico cuyo objetivo sea la generación de trabajo para los miles de trabajadores que se van a ir incorporando al mundo laboral, y sólo se reparte el trabajo existente, lejos de superarse la crisis se va a ir recomponiendo paulatinamente. No obstante, la reformulación del trabajo/empleo se hace imprescindible en una economía global que aun no ha llegado a su tope de la eliminación del trabajo necesario para su reproducción.

El avance en la distribución del trabajo y la riqueza puede tener también su impacto sobre la misma cuestión política. Tal como dice Heinz Dietrich “Las tecnologías productivas desarrolladas a raíz de las últimas revoluciones científicas (...) han aumentado a tal grado la productividad del trabajo humano que se puede: a) garantizar la satisfacción de las necesidades básicas humanas para todos los miembros de la sociedad global y, b) reducir, simultáneamente, la jornada de trabajo necesario a un nivel que hace posible que todos los ciudadanos participen en los asuntos públicos de sus sociedades respectivas” (Heinz Dietrich, 2003). Sin embargo, en la actual correlación de fuerzas, los poderosos no parecen estar dispuestos a ceder el manejo económico y político de la sociedad.

ESTADO NACIÓN, TRABAJO Y MERCADO INTERNO.

Una cuestión clave es preguntarnos si es posible en el marco nacional—continental la recuperación de la cultura del trabajo y la producción desconectada del sistema globalizante y sus agentes transnacionales. Nosotros creemos que sí es posible. Aunque como condición, debe articularse la conducción estratégica del proceso en un Estado que interviene activamente en su economía.

Hay quienes sostienen que la globalización es ya tan profunda, y se ha extendido tanto, que al afianzarse las redes corporativas mundiales será imposible en el futuro desarrollar políticas nacionales autónomas con eje en el trabajo como articulador social. Nosotros no creemos en determinismos económicos, por lo tanto, consideramos que esto depende de la correlación de las fuerzas a nivel mundial pero también al interior de los propios Estados Nación.

La globalización intenta matar al mercado nacional —en particular los de los países dependientes—, que es uno de los fundamentos del poder del Estado Nación, transformándolo meramente en un segmento del mercado mundializado. Anulando al mercado interno, impactándolo con la lógica del mercado mundial, modifica la lógica propia del capitalismo nacional y disminuye el papel de las empresas locales, pero también de los poderes públicos todos de alcance nacional. Por eso es que el principal enemigo de la globalización es un Estado que utilice medidas para impedir la libre circulación del capital y las mercancías. A

⁴² Ver lo expresado en el capítulo sobre la metamorfosis del trabajo.

la injerencia del Estado en estas cuestiones económicas en beneficio de su propio mercado interno se lo suele llamar tradicionalmente proteccionismo.

Son evidentes, entonces, las razones de los capitales dominantes en el capitalismo global para intentar desbaratar los proteccionismos que, con diferentes niveles y en diferentes épocas, pudieron haber caracterizado a las economías nacionales. En la idea de “libre” competencia entre capitales que propone la globalización, el intervencionismo del Estado en los países dependientes ha significado un elemento de “distorsión” y “anomalía”, de “imperfección”, respecto a los intereses de los capitales nacionales más desarrollados o transnacionales. La polarización y la transferencia de riquezas, sin el Estado o con un Estado debilitado y reducido al mínimo, se realiza de manera más “libre”, casi de forma ilimitada. Por un lado, la operación plena de la ley del valor en el ámbito de la competencia internacional —una vez eliminadas las políticas proteccionistas— permite el despliegue absoluto de las relaciones estructurales de dependencia en el plano de la determinación de los flujos básicos de plusvalor.

En todo caso, vale la pena subrayar que la reducción del tamaño de los Estados y el abandono de los sectores públicos de la economía, la eliminación de cualquier regulación u obstáculo a las inversiones y a los traslados de capital, son prescripciones que los Estados centrales dirigen enérgicamente hacia los estados periféricos. En realidad, se trata de medios idóneos solamente para implantar condiciones favorables a las inversiones (minimizando sus riesgos e intentando eliminar cualquier condición o medida preferencial compatible con el desarrollo nacional, autónomo y social de los países periféricos), pero de ninguna manera son disposiciones y mandatos que ellos cumplan estrictamente. Los Estados centrales, muchas veces, continúan teniendo políticas proteccionistas (como lo son por ejemplo los subsidios a la producción agrícola) para defender sus intereses nacionales cuando así conviene a su economía.

Entonces podemos concluir que las medidas proteccionistas del mercado interno y la intervención directa del Estado en estas y otras materias económicas, no son cuestiones fundamentales para el desarrollo de la economía capitalista, sino en la medida en que benefician ciertos sectores del capital. Ahora bien, es posible discutir cuál ha de ser el sentido de esta intervención proteccionista, o sea, cuáles deben ser los objetivos y los caminos que se trace el Estado, pues estos pueden ser diversos. Por ejemplo cuando el Estado interviene de modo activo en la economía el desarrollo de ciertos segmentos del mercado es posible no sólo hacia el mercado interno sino también hacia el externo. Existen muchos ejemplos de Estados, como los escandinavos, que eligieron un área específica —en este caso la telefonía celular— y que mediante subsidios e inversión intensiva en investigación permitieron a esos países conformarse como de primera línea en esa área de producción.

De hecho muchas veces se plantea que en un mercado globalizado y en base a la necesidad de divisas genuinas la economía se tiene que orientar hacia la producción para el mercado externo⁴³. En este sentido los tigres asiáticos habían sido durante muchos años uno de los mitos decisivos de la “economía de mercado”, herederos directos del “milagro japonés”. Después de la profunda crisis económica que los arrastró en los últimos años del siglo XX, cayeron en desgracia, aunque

⁴³ Y estamos hablando aquí de cualquier tipo de exportación y no sólo de materias primas. Respecto de estas ya advertía Sunkel en la década del 70: “Los sectores de producción primaria para la exportación, generalmente bajo control o propiedad de subsidiarias extranjeras, tienden a convertirse en actividades de tipo enclave, con escasa relación o influencia positiva sobre la economía local” (Sunkel, 1975).

con el tiempo vuelven a ser rescatados como modelos. Salarios bajos, intensas y largas jornadas laborales, poca o ninguna protesta social, regímenes políticos dictatoriales o con “democracia restringida”, eran presentados como los sacrificios necesarios del desarrollo genuino, competitivo y en consecuencia del bienestar futuro de la población (empezando por los propios trabajadores). Esta combinación de autoritarismo, desigualdad social, industrialismo y expansión comercial era opuesta a otras experiencias de desarrollo, por lo general fracasadas, que habían puesto el énfasis en el mercado interno, el consumo de las clases bajas, la extensión de los derechos sociales, el protagonismo popular legitimado por valores colectivos de igualdad, justicia social, independencia nacional (Beinstein, 2000).

En el pasado –desconocido o desacreditado por los economistas liberales–, el motor de crecimiento no fue el comercio exterior, pues el crecimiento de este último era el producto adicional de la expansión de los mercados internos. Se pretende hacer de la expansión de las exportaciones el motor del crecimiento y se termina por provocar la desaceleración de este último. ¿En qué sentido esta elección de principio es mejor que su contraria? “La inserción activa y controlada en la mundialización es una opción por completo diferente de la estrategia económica basada en la prioridad de las exportaciones: una y otra se fundan en bloques sociales hegemónicos internos diferentes” (Amin, 2003).

La priorización del mercado interno en lo que hace a la producción no significa para nada la negación de cualquier tipo de exportaciones. Ni tampoco de elegir ciertos segmentos del mercado mundial para especializar a la producción local. Por el contrario, lo que estamos proponiendo es someter las relaciones comerciales exteriores a las exigencias de su desarrollo interno, es decir, la negación del ajuste a las tendencias dominantes a escala mundial. Todo ello en función de los intereses de desarrollo popular. De hecho, no son pocas las oportunidades de comercialización de productos tanto primarios como manufacturados en el exterior a nuestra Sudamérica (a la que consideramos nuestro natural mercado interno). La impronta que China le da a la economía internacional con sus tasas de crecimiento enormes sostenidas en el tiempo se manifiesta, precisamente, en la necesidad de alimentos. Nosotros tenemos condiciones inmejorables para ser sus socios comerciales en lo que a este rubro respecta. No obstante, esto no puede hacerse a expensas del consumo interno. En particular en lo que hace a alimentos nuestro país exporta grandes cantidades por ejemplo de carne, pero muchas veces esta (o bien ciertos cortes) se mezquinan del mercado interno, pues en el externo tienen precios más convenientes, o bien forman una tendencia fuerte hacia la internacionalización de los precios internos aumentándolos desmedidamente. Creemos sumamente injusto el modelo de país de los noventa, en el cual se producía alimentos para 300 millones de personas y en el que muchos de sus treinta y pico pasaban hambre.

En última instancia, de lo que se trata es de hablar de la viabilidad de un proyecto de país productivo y solidario, que hace eje en un mercado interno de dimensiones sudamericanas⁴⁴ y que por tanto responde a las necesidades de trabajo del conjunto de la sociedad con equidad en la distribución de la riqueza. Cuando hablamos de un modelo de país productivo hay que tener cuidado de no dejarse arrastrar por la tentación de la tradición económica desarrollista. Ésta, entre otras cuestiones que no compartimos, privilegia la política de crecimiento económico como etapa y relega a una segunda instancia la redistribución de la riqueza. Sin

⁴⁴ Entre otras cosas para que esto sea posible se debe implementar como hicieron los europeos con su Comunidad, desde el desarancelamiento interno hasta una moneda única, para que el intercambio no se base en divisa extranjera.

ser la copa del derrame del neoliberalismo, sin duda que postergar el proceso de socialización de la riqueza producida es una trampa, pues ya sabemos que la idea del efecto “necesario” de la acumulación capitalista sobre los sectores trabajados es sin duda una gran mentira. Esto se ve más que nunca en estos tiempos de la globalización, en donde el crecimiento macroeconómico con frecuencia está divorciado de las mejoras en la calidad de vida de las personas. En otras palabras, cuando hablamos del desarrollo de un proyecto productivo no hablamos de cómo incrementa solamente el producto bruto interno, sino más bien de cómo acompaña a este crecimiento una distribución cada vez más justa de la riqueza y del trabajo.

En definitiva, lo que afirmamos es que el desarrollo sigue siendo un proceso de transformación de cada espacio nacional (rompiendo con la relación de dominación internacional – esto nos diferencia fundamentalmente del planteo desarrollista–) que incluye: la estabilidad de las instituciones y la existencia de un sistema político capaz de resolver los conflictos sociales a favor de las clases populares. Es decir, la construcción de un Estado que sea capaz de armonizar los intereses parciales en función del interés común de la comunidad teniendo en cuenta sobre todo la defensa de las mayorías humildes frente a las minorías poderosas económicamente.

¿Cuáles son las pautas en que debe basarse un proyecto de país productivo y solidario que garantice la transición hacia un sistema más justo?

Uno de los objetivos claves de este proyecto estratégico “es el aumento del consumo de los sectores de ingresos bajos y medios, para lo cual el procedimiento natural consiste en el crecimiento global de la economía, del empleo y de los ingresos reales de los sectores populares. Dada la gran desigualdad actual, sería además posible mejorar fuertemente el consumo de los estratos más pobres mediante una predistribución progresiva del ingreso. (...) Los mecanismos pueden ser diversos: desalentar los créditos de consumo de bienes suntuarios, mientras se alienta el crédito para el acceso a la vivienda popular, etc. (...) Si se redistribuyera el consumo, el aumento del de los más pobres y la moderación del de los más ricos tendrían importantes consecuencias económicas, además de las sociales. En efecto, el consumo de los sectores de menores ingresos consiste principalmente en bienes y servicios de producción nacional poco intensivos en insumos importados; en cambio, la demanda de los grupos de mayor poder adquisitivo tienen alto contenido de importación, incluyendo el turismo en el extranjero” (Calcagno A. E. y A., 2007). En síntesis, la redistribución de la riqueza a favor de los sectores populares no sólo responde a un imperativo ético, sino que, también, es fundamental para el crecimiento económico y el desarrollo nacional.

Además, queremos poner énfasis en la propuesta más controvertida en estos tiempos de preponderancia ideológica liberal y que cruza casi todos los planos de lo que creemos que hay que hacer en esta transición para la superación de la sociedad excluyente: el rol activo del Estado en la economía. El Estado no sólo tiene potestades para mitigar el proceso de extracción del excedente por parte de las transnacionales y los sectores oligárquicos. De hecho, un ejemplo concreto de esto es lo que los economistas llaman salario indirecto. En este rubro podemos ubicar toda una gama de servicios públicos sin fines de lucro que van desde la salud hasta la seguridad social. Este salario indirecto (que no suele medirse en términos concretos a la hora de medir la evolución de la economía oficial) es el rubro que más se halla deteriorado durante el neoliberalismo, acaso más que los salarios reales.

En definitiva, nosotros creemos que es indispensable repensar el tema de la intervención del Estado en la economía, pues se trata de una de las herramientas claves de la subordinación de la política a la economía. Para empezar esto

implica revisar presupuestos culturales –en realidad mitos neoliberales– muy difundidos. Como por ejemplo el que lleva a negar la necesidad del Estado para el funcionamiento de la economía, dando falsamente por sentado que hay una economía anterior e independiente del Estado. El Estado siempre interviene en la economía, lo que debe discutirse es el tipo de intervención que se desea. “Quienes tratan de impedir esta discusión apelan a dos tipos de argumentos discordantes. Uno levanta el fantasma de un Estado todopoderoso que ahogaría a la iniciativa privada, como si el extremismo fuese la única opción que puede oponerse a lo que existe. El otro agita, en cambio, un fantasma de fabricación más reciente, el de la globalización, para que nos resignemos a aceptar que el Estado no pudo intervenir aunque quiera y que, por lo tanto no hay alternativas. Son recursos retóricos muy frágiles que les han dado hasta ahora un resultado sorprendente... Porque Estados sociales como los de los países escandinavos no han impedido ni impiden que se desarrolle allí el capitalismo y en cuanto a la globalización–sólo paraliza la acción política de quienes se pliegan en los hechos a la estrategia de algunos de estos grupos y prefieren dar por perdida la batalla antes de entablarla” (Nun, 2000). Y como dicen las Madres de Plaza de Mayo: “la única lucha que se pierde es la que se abandona”.

“La situación de vaciamiento y retiro del Estado requiere de una tarea de recuperación–reconstrucción del mismo. Se trata de recrear el Estado para un proyecto de país, más que considerarlo sólo en su dimensión burocrática, remitiéndose tan sólo a problemas de presupuesto y déficit. Se trata de repensar su rol de actor decisivo para garantizar la cohesión social, la identidad y el bien común, y no sólo el de garante de reglas de juego y proveedor de seguridad jurídica para el capital y de contención social para los pobres” (García Delgado, De Piero y Molina, 2000).

En la actualidad, y a pesar de la hegemonía del discurso ideológico neoliberal, la participación del Estado en materia económica sigue siendo de suma importancia en los países capitalistas más desarrollados. El ejemplo claro e irrefutable en este tema es el peso del complejo industrial–militar de Estados Unidos, que una y otra vez fue la locomotora para salir de cada crisis económica incluso en la post Guerra Fría.

Aunque está claro que cuando hablamos de la intervención del Estado en la economía, no nos restringimos a la restauración de las potestades perdidas por el Estado en los países dependientes, sino que nos referimos a la posibilidad de pensar la cuestión de un nuevo Estado Nacional de alcance continental en función de un proyecto emancipatorio, con nuevas funciones para cumplir sus objetivos en esta etapa.

El debilitamiento del Estado, favoreciendo los intereses del capital, se manifiesta más que en el debilitamiento de su poder de oprimir (como festejan los postmodernos) en el deterioro de su capacidad de posibilitar, como dice Bauman, o mejor dicho, de su capacidad de creación de bienes públicos que sean soporte de la justicia social. “Toda liberación verdadera demanda más y no menos “esfera pública y poder público” (Bauman, 2002). Aunque esta revalorización del Estado no es una exaltación y ensanchamiento del Estado existente, burocrático, ineficaz en la ejecución, carente de un proyecto común y de jerarquización de sus agentes. Por el contrario se trata de ir pensando el Estado necesario partiendo de las infinitas limitaciones del actual.

Es imprescindible decir que, desde nuestra perspectiva, el objetivo fundante y estratégico que el Estado debe plantearse en estos tiempos es garantizar el trabajo digno para todos. Eso es ir verdaderamente contra el sistema de dominación. Por eso en su planificación y su obra, creando marcos o mediante la intervención directa, debe procurar un proyecto productivo que emplee la mayor mano de obra, en contraposición al proyecto excluyente que utiliza cada vez

menor mano de obra para generar mayor beneficio para el capital transnacionalizado y su producción y consumo elitizado y mundializado.

El paso de una sociedad basada en la exclusión y el consumo de *elites* a una sociedad basada en el trabajo para todos garantizado por el Estado (y con eso el consumo habilitado para las mayorías) requiere no de una enorme estructura burocrática que apague la iniciativa individual tal como se dio en los llamados socialismos reales, sino de una completa y compleja activación de toda la comunidad. La participación exige y provoca la liberación de las energías que a su vez despierten las fuerzas adormecidas de una sociedad excluida de la producción de su futuro. La iniciativa, canal de la renovación de la sociedad, puede ser promovida y desarrollada en un contexto social capaz de fomentar no solamente que prospere sino que no se vea atada a límite de los monopolios.

El Estado de Bienestar Keynesiano tuvo su basamento en la precedencia del consumo sobre la producción. En este sentido el propio Keynes, postula “el Estado como dador de consumo” (un Estado que no es ciertamente asistencial, pero que puede hacerse tal en un momento de crisis aguda). Nosotros tenemos que invertir los términos y poner en marcha una sociedad productiva, donde las mayorías tengan protagonismo también en lo económico. En esta tarea debe apuntar el Estado todos sus cañones. “Gobernar es crear trabajo” decía el General Perón. Lo que se trata, para decirlo en términos “modernos”, es de un nuevo concepto de ciudadanía basado en el trabajo como derecho humano esencial.

Sin embargo, si en términos concretos queremos asegurar el derecho al trabajo, no podemos dejar de remarcar la presencia del Estado en la economía. Se trata de recuperar la idea de planificación, de programación general por parte del Estado, de la solución a las necesidades básicas de la comunidad –esas que el mercado necesariamente descuida por su tendencia a la exclusión–. Y todo esto sin matar la iniciativa particular que es un fuerte motor económico y social.

EL PAPEL DE LA BURGUESÍA NACIONAL Y EL DE LOS TRABAJADORES.

Un párrafo de consideración aparte merece el rol de la burguesía “nacional” en este proceso. Una cuestión clave es si la burguesía de los países dependientes puede o no transformarse en hegemónica y conducir un proceso de desarrollo real, asumiendo los intereses nacionales o si la verdadera opción de las burguesías periféricas es convertirse en una *lumpen* burguesía protagonista de un *lumpen* desarrollo como afirma Andre Gunder Frank⁴⁵. Si nos atenemos al ejemplo de Argentina, la

⁴⁵ Seguimos a Frank cuando habla de los caminos de esta dialéctica entre una burguesía dependiente (*lumpen*burguesías según sus palabras) y el subdesarrollo. “1.– La conquista colocó a toda Latinoamérica en una posición de creciente subordinación y dependencia colonial –y neo–colonial con respecto al sistema mundial único del capitalismo comercial en expansión. 2.– Esta relación colonial o neo–colonial con la metrópoli capitalista ha formado y, transformado la estructura económica– y de clases, e inclusive la cultura en el seno de la sociedad latinoamericana, haciendo que esta estructura nacional se transforme como consecuencia de periódicos cambios de las formas de dependencia colonial. 3.– Esta estructura colonial y de clases determina intereses muy directos de clase para el sector de la burguesía que, a menudo valiéndose de los gabinetes gubernamentales y demás instrumentos del Estado, genera políticas del subdesarrollo en lo económico, social, cultural y político para el Pueblo latinoamericano” (Frank, 1972).

burguesía nunca se pudo poner al hombro un proceso político por sus propias limitaciones⁴⁶ y alternativamente fue jugando detrás de los intereses de los segmentos dominantes del capital como socio menor o medrando con un rol secundario detrás del Estado (Patria contratista). Jamás pudo constituirse como sujeto protagónico de la economía, mucho menos en términos políticos donde casi siempre apostó en contra de una alianza con los sectores populares⁴⁷. Sea como fuere, la opción de las burguesías periféricas suele no ser otra que hacerse lugar entre las grietas de un protagonismo que le es ajeno⁴⁸. También es cierto que en algunos países de la región como Brasil la burguesía juega un papel más activo. Nos preguntamos entonces si la burguesía nacional puede ser “creada” por un acto de voluntad o en aquellos lugares en donde esta no existe ese rol dirigente de la economía debe ser asumido directamente por el propio Estado. En todo caso, no creemos que sea un pecado la presencia de una burguesía nacional entendida como grupos sociales dirigentes y empresarios con vocación y capacidad de acumular a través del desarrollo y el dominio de los recursos de su espacio nacional. Esto es que tengan un predominio de visiones nacionales sobre el desarrollo y la inserción en el orden mundial. Y que además procuren la incorporación de la mayor parte de la fuerza de trabajo a la producción porque se alimentan fundamentalmente del mercado interno nacional. Pero acaso, estos grupos sean una especie en extinción. La característica propia de la economía mundial en esta etapa globalizante es que el mayor beneficio (y esta es la lógica primordial que sigue el capital cualquiera sea el carácter de este) lo obtengan los empresarios que dirigen sus esfuerzos hacia los negocios mundializados, aun en un rol subordinado o subsidiario. El desarrollo dependiente ha generado y genera hoy también una burguesía subordinada y subordinante.

Más allá de la posibilidad o no de la existencia de una burguesía nacional definida en los términos antedichos, en todos los casos, la presencia del Estado en la economía es esencial como ámbito de articulación del poder de decisión nacional, resolución de los conflictos de intereses a favor de las mayorías populares.

No obstante, si queremos hacer una discusión seria en torno, no sólo a la transición hacia la superación de la sociedad de la exclusión, sino también en relación

⁴⁶ Repetimos que no compartimos la idea de Andre Gunder Frank calificando de nacionalismo llevados a cabo por la burguesía a los procesos nacionales y populares de Nuestra América, desde el cardenismo en México hasta el peronismo en Argentina.

⁴⁷ Como dice Samir Amin (1988) las burguesías del Tercer Mundo no lograron superar los límites de la diferenciación entre centro y periferia del sistema. “¿Podemos decir que, aparte de la burguesía, otras alianzas sociales (populares) serían capaces de hacerlo? Esta es nuestra tesis. Pero entonces las formas necesarias para llevarla a cabo implican lo que llamamos desconexión y se inscriben dentro de una problemática que ya no es la de la simple expansión capitalista, sino, por el contrario, la de una posible transición –aunque contradictoria– hacia otra sociedad (¿socialista?)”.

⁴⁸ Celso Furtado (citado por Sunkel, 1975): “La penetración del CONTRA (conglomerado transnacional) en la industria latinoamericana comenzó después de la Gran Depresión. Tras la Segunda Guerra esta penetración se hizo más intensa, muy particularmente en los países que ya habían alcanzado cierto desarrollo industrial (principalmente Argentina, México y Brasil). En esta forma (...) el proceso de formación de una clase nacional de empresarios industriales se vio interrumpida. Dada su posición financiera poderosa, el CONTRA fue extendiendo paulatinamente su control sobre los sectores más dinámicos de la actividad industrial. Los mejores talentos que salieron de la industria local fueron absorbidos en la nueva clase gerencial. La clase empresarial nacional e independiente se encontró, durante este proceso, restringida a actividades secundarias o a empresas de carácter pionero, las cuales, a largo plazo, abrieron nuevos campos para la futura expansión del CONTRA (...) La eliminación de la clase empresarial nacional consiguientemente excluye la posibilidad de un desarrollo nacional autosostenido de acuerdo con el desarrollo capitalista clásico”.

a las posibilidades de fundación de una nueva civilización, lo fundamental no es discutir acerca de la existencia o no de una burguesía nacional, sino el rol que en esta sociedad les cabe a los trabajadores.

Aquí surge una cuestión esencial: la superación de la sociedad del trabajo abstracto y su tránsito a una sociedad emancipada. Entendemos por tal aquella fundada en el trabajo concreto. Esta discusión supera la reducción de la jornada de trabajo y la ampliación del tiempo libre. Su eje es la una transformación profunda del trabajo extrañado en un trabajo social que sea fuente y base para la emancipación humana, para la dignidad humana en la que debe fundarse una sociedad verdaderamente justa. En otras palabras, hablar del ocaso o la metamorfosis radical del trabajo abstracto (al que históricamente se ha criticado como alienante) no debe llevar a negar la posibilidad de concebir el trabajo concreto como dimensión primaria, originaria, punto de partida para la realización de las necesidades humanas y sociales (Atunes, 1999).

Gorz plantea, en este sentido, dos cuestiones indispensables: la importancia de que los trabajadores determinen las condiciones de su propio trabajo, esto es, de su participación en el trabajo del conjunto a través de la autogestión; y que, a medida que se desarrolla la capacidad productiva tecnológica, pueda limitarse socialmente el tiempo necesario para que el conjunto de la clase trabajadora pueda satisfacer efectivamente sus necesidades básicas, a fin de que en el tiempo “liberado” la persona tenga la más amplia oportunidad de desarrollar sus propias facultades. Este doble desarrollo es una condición indispensable para que se desplieguen efectivamente las posibilidades de autorrealización individual y colectiva.

En realidad, el trabajo liberador (el trabajo vivo de Düssel como positividad) sería aquel que se elige autónomamente y que contiene la verdadera autorrealización a través de la actividad concreta que es libremente elegida. Lo relevante en esta perspectiva sería la personal autonomía y la soberana elección de cada uno respecto a la dirección y características que se imprimen al propio trabajo y, finalmente, a la propia vida (Flores Olea, 1999).

Pero además, es fundamental el grado de decisión que tiene el hombre sobre el destino de lo que produce. La solución al tema del trabajo es poder pensarlo en términos no capitalistas. De poder crear las bases de otro trabajo quizás sin la necesidad de producir mercancías (productos intercambiables en el mercado), o bien de que si esta se produce que no sea apropiada por otro. El desafío está en encontrar un trabajo que se universalice contemplando la función socializadora, o sea dar ocupación y a la vez sentido a la vida, esto es dignidad. Pues el hombre sólo se siente digno cuando con su trabajo contribuye a la construcción del futuro.

Desde el marxismo clásico se ha planteado que el trabajo no puede dejar de ser alienado si de lo que produce no es posible establecer la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso. “El matemático alemán Arno Peters ha planteado la necesidad –y la posibilidad– de un sistema de economía basada en la lógica de valor de uso y no valor de cambio. Una teoría donde el salario equivaldría al tiempo de trabajo invertido, independientemente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, del esfuerzo físico, de la preparación escolar, del desgaste, de la habilidad, de la experiencia profesional, de la entrega personal al trabajo; independiente también de la pesadez del trabajo y de los peligros que implique para la salud. En este cálculo cada ser humano recibe el valor completo que él agrega a los bienes a los servicios. Analizado el tiempo invertido en consecuencia se puede determinar el valor de cada bien” (Heinz Dietrich, 2003).

Sin embargo, más allá de la posibilidad efectiva de un trabajo emancipado y

de condiciones que permitan el verdadero desarrollo de la humanidad que es nuestro objetivo en última instancia, lo cierto es que hay que luchar en el aquí y ahora por imponer mejores condiciones para el trabajo realmente existente. Concientes, incluso, de que como afirma el egipcio Samir Amin: “El capitalismo tiene esta particularidad: sólo funciona “bien” cuando sus adversarios son poderosos y el capital está obligado entonces a ajustarse a reivindicaciones que no surgen de su lógica unilateral exclusiva” (Amin, 2003).

EN LO POLÍTICO:

Respecto de las cuestiones políticas de la superación de exclusión ponemos énfasis en la democracia participativa como sustento necesario del Estado Nación Continental. Y además en la interacción entre el Estado y las Organizaciones Libres del Pueblo.

La democracia formal o de baja intensidad funciona como un *corcet* a las legítimas aspiraciones populares. Si las formas de intervención popular en la decisión son restringidas al voto corremos el riesgo que el sistema se haga lo menos democrático, en el sentido más profundo del término.

No obstante, somos de los que creemos que partir de las democracias formales que se extienden por todo el mundo pero para romper sus límites estrechos, llenando de Pueblo las decisiones, transformando las democracias delegativas en democracias participativas. La funcionalidad para el sistema que han tenido las democracias de baja intensidad consiste fundamentalmente en la mercantilización del voto. Cuando esto sucede, cuando el voto cada vez más se encuentra cruzado por la influencia del marketing, la definición mediática y la cuestión individual de la imagen, este va perdiendo su carácter fundamentalmente político. Es preciso aclarar que nunca pierde del todo su carácter político, pero es posible diferenciarlo de un acto político en sentido específico pues pierde su carácter de acto libre de la voluntad. Reducido a un acto procedimental obligatorio no es un verdadero momento de libertad, de decisión. Es una especie de comprobación. En las elecciones lo que se hace es comprobar que las cosas siguen su curso. Y nosotros participamos en esta comprobación, tal como una fotografía retrata un instante de la realidad que es dinámica como una película. Además, también igual que una fotografía es unidireccional, es decir, dirige su mirada hacia un sólo lado. Y ese lado generalmente no lo elegimos tampoco. Un acto verdaderamente político es aquel acto de la voluntad dispuesto a transformar la realidad, a crearla o por lo menos a contribuir a la creación de la misma como acto colectivo.

El acto político para ser realmente transformador tiene que ser libre en su forma y en su contenido. Cuando el voto es mero ejercicio de la opción no se trata de un acto de este tipo. El voto, como cualquier otro acto, es realmente político en la medida en que verdaderamente decide. Cuando nos preguntamos ¿Es posible no seguir siendo excluidos por el capital y el mercado? Estamos ante una discusión eminentemente política. Pero si nos preguntamos si es mejor la sonrisa del candidato tal o si el candidato cual se acuesta con mengano, no estamos ante una discusión política, aunque tenga consecuencias directas en el plano político. Si la política tiene un real valor es para pensar la posibilidad de un mundo más justo, para la resignación y la aceptación del mundo tal cual es no hace falta la política. Basta con meros juegos electorales que fortalezcan el sistema. “¿Qué

es la política? Actualmente la pregunta sobre lo que es la política es parte de ella, de la política. No siempre es así. Hay períodos en los que se sabe qué es la política, y se intenta hacer la mejor política posible. Actualmente la situación es más complicada, porque al mismo tiempo que intentamos hacer política, nos vemos obligados a preguntarnos qué es la política. Y nos vemos obligados a inventar algo nuevo sobre la política. Cuando nos preguntamos qué es la política, de alguna manera estamos haciendo política en las condiciones de hoy, que son ciertamente, las condiciones de una crisis de ideas políticas” (Badiou, 2000).

El neoliberalismo por medio del pensamiento único negó la posibilidad de la política. La idea de que no hay alternativa económica posible es profundamente antipolítica. La globalización va contra la política desde la mundialización de las democracias de baja intensidad y también, aunque no menos importante, desde el vaciamiento del sentido del Estado Nacional como marco histórico de la política.

Superar la exclusión política es un acto de afirmación; es decir sí a la política como herramienta de transformación de la realidad. Esta es la única herramienta que tienen las mayorías populares para cambiar su propia realidad. Lo cual nos lleva a la necesidad de una mirada crítica sobre la economía y sobre la política de representación misma, buscando otros canales de construcción de una democracia participativa.

La política revolucionaria consiste fundamentalmente en actuar sobre esa relación que es el poder e ir produciendo otras relaciones. La política transformadora es aquella que es capaz de crear tiempo y espacio para nuevas relaciones. Por eso la política más que una técnica es un arte. El artista es un creador, en este sentido su acción es fundamentalmente puro presente. Pero hay algo de la historia del arte que se expresa en su obra. Su creación es también una continuación. Así funciona también la política de liberación. Debemos crear las decisiones emancipatorias en las condiciones y relaciones de poder de hoy. Aunque también en nuestras decisiones somos continuación de algo. Continuadores de la larga marcha de nuestro Pueblo por su emancipación. Cuando encontramos esos caminos, somos San Martín, Bolívar, Artigas, y también el ejército patriota que conquistó la independencia contra todos los agoreros y refutadores de leyendas que también existían en aquellas épocas, que aconsejaban prudencia y creían imposible que dejáramos de ser una colonia española, o bien que querían cambiar de collar sin dejar de ser perros.

Para la reconstrucción de la política es necesario un esfuerzo permanente y prolongado. Se podrá ponernos la objeción de la impaciencia: a aquellos que trabajan con míseros sueldos, los desocupados y subocupados, no se les puede decir que tengan paciencia, que están inmersos en la necesidad inmediata de que se arreglen sus problemas. Pero la política no es el resolver inmediatamente los problemas de la gente. Hay que tener el valor para decir eso. La política no es prometerle a la gente que les vamos a resolver los problemas, como sucesivamente hemos escuchado en estas democracias inmediatistas de baja intensidad. Esas mentiras sólo generan más frustración y descrédito de la política. Política del campo popular y nacional es comprometerse en una estrategia de liberación, en un camino colectivo que es largo siempre, aun cuando en algunos momentos pueda haber aceleraciones. Y hay que decir que es desinteresado, la política es desinteresada, del mismo modo que la creación artística (aunque haya quien venda y mercatilice su arte). Un arte sencillo y todo de ejecución como solía decir el General Perón.

Si estamos realmente convencidos de que la política puede ser, en este senti-

do, una herramienta de liberación, podemos decir que una organización política es revolucionaria en la medida en que es capaz de ser creadora, en el sentido de romper con el *status quo*. Y esta pista no es menor en estos tiempos para repensar, para reinventar la política, el arte de la política, y la alegría colectiva (que siempre conlleva), en este tiempo que nos propone la globalización que la política se presenta como triste, mediocre y genuflexa.

Para pensar la idea de una fuerza política como fuerza de creación y recreación de la política, es preciso pensar las estructuras organizativas que se ha dado la política en los últimos tiempos, centralmente reflexionar sobre la crisis de los partidos políticos y sus límites. El pensamiento único intenta instalar que lo que está en crisis es toda idea de cambio. Nosotros creemos que lo que está en crisis es fundamentalmente una forma de hacer política. Una forma concreta en que los partidos políticos liberales han bastardeado a la idea de representación. No es de extrañar que, con la mercantilización de la política, haya decrecido el entusiasmo popular por la participación. Cuando los candidatos se venden en el mercado de la imagen y son individuos provistos de atrayentes sonrisas pero desprovistos de estructuras de construcción política, de valores, del más mínimo sentimiento de patriotismo y de proyecto estratégico, no logran enamorar a las masas que saben que más allá de ejercer su derecho de sufragio sus vidas no han de cambiar gobierno uno u otro. Los partidos políticos, en la medida en que se convierten en pura representación sin intervención popular en la decisiones, tienen un mensaje claro “no hay ninguna otra política posible”. Los partidos mismos se vacían y se transforman en estructuras clientelísticas o en agencias de empleo para sus adherentes. La ley de hierro de la oligarquía de los partidos políticos de Mitchel se profundiza dejando afuera de la decisión a la estructura media, concentrando todo el poder en la cúpula. Así el ejercicio fundamental en la práctica política de la línea de cuadros medios de los partidos, la política se reduce a tres variables o habilidades. La primera es la habilidad para elegir el bando ganador, si se fracasa en esto, la segunda es la habilidad de apartarse del lado perdedor y la tercera variable consiste en no hacerse nunca de enemigos, para poder transitar sin problemas de un bando a otro.

Los adherentes al partido (es demasiado llamarlos militantes) se enteran de las decisiones fundamentales del partido por los medios masivos de comunicación. No existen los debates en serio en la estructura y las convocatorias a congresos, actos u otras cuestiones por el estilo no son más que una puesta en escena. Vaciada la democracia de contenido, los partidos políticos terminan siendo una cáscara vacía en donde sólo subsiste la voluntad de poder. Cuando los partidos están vaciados de ideología y de práctica política y sólo son encuentro de notables o mediáticos, de su aparición en los medios masivos depende su continuidad e importancia. Esto subordina aun más las decisiones políticas a las operaciones tanto de los grandes medios concentrados como de las empresas que son los grandes auspiciantes de los mismos. En una sociedad donde el oligopolio de los multimedios es muy fuerte aquellos que no estén dispuestos a *aggiornar* su discurso a los requerimientos del sistema son frecuentemente raleados. Con estas condiciones no es de extrañar que la publicidad reemplace a la propaganda. Y para aquella se necesitan cada vez mayores recursos económicos con lo cual se redobra también la dependencia de los partidos respecto de aquellos que financian su accionar, entre ellos no sólo las empresas sino también la corrupción en el Estado.

Nosotros no somos de los que creen que es tiempo de hacer política sin partidos. Aunque creemos firmemente que la política no se restringe a estos. Los

partidos deben recuperar su rol de representación de la opinión social, pero para eso deben fortalecerse como estructuras ideológicas y no mediáticas. Los partidos políticos deberían ser el instrumento de la transformación de la voluntad popular en la voluntad del Estado.

Lo central del concepto de partido es la idea de representación. Sea de la opinión, de la clase o de la Nación, el partido siempre funciona en su propia lógica en la medida en que se convierte en intermediador. Acaso lo más cuestionado de hoy es precisamente su representatividad, en la medida en que ésta no cumplió acabadamente con los intereses de lo que dijo representar. La pregunta central es entonces: ¿Si los partidos políticos están en crisis cómo concebir una organización política capaz de transformar la realidad sin ceñirse al límite de ellos, aunque sin negarlos?

En este punto, queremos rescatar la importancia del movimiento como estructura política. En primer lugar un movimiento es una dinámica contra el orden establecido. En este primer sentido cualquier movimiento es profundamente político tal cual definimos la política en sentido general. Vamos a referenciar al movimiento con la acción colectiva que obedece una condición imprescindible: para ser popular debe ir contra la dominación y/o la opresión. Es decir, como movimiento se constituye en la acción colectiva ordenada a la construcción de una sociedad menos injusta. Entonces un movimiento, grande o pequeño, es algo que interrumpe el curso común de las cosas, y es algo que propone que vayamos hacia la justicia. Sabemos que, con esta definición, dejamos afuera de la misma a muchos grupos u organizaciones que se definen como tales. Pero esto es insoslayable a la hora de ordenar la discusión. Nos resistimos a hablar de movimiento cuando existe una simple defensa egoísta de un interés particular. Las reivindicaciones colectivas en defensa de intereses sí son movimientos aunque no sean movimientos políticos. Los movimientos sociales tan de moda en los últimos tiempos son, algunas veces, un ejemplo claro de esto.

En la concepción tradicional heredada de Europa el movimiento era social y el partido era político. El partido político representaba en la política al movimiento social, en el mejor de los casos, cuando no, sencillamente lo instrumentalizaba. Pero, han existido numerosas experiencias de cambio de relación entre movimiento y política. El ejemplo claro fueron los movimientos de liberación del Tercer Mundo⁴⁹. Sin embargo, es fundamental para que hablemos de un movimiento estrictamente político tener en cuenta que este tiene que estar dotado de una estrategia, la cual se relaciona directamente con el tema del poder. No obstante, es un error considerar que el poder se restringe a la cuestión del Estado. Tenemos que hablar directamente de la capacidad política del Pueblo en tanto se organiza. Y estas cuestiones que no son de representatividad dentro del Estado quedan afuera de los estrechos límites del partido. La especificidad y la riqueza del movimiento político es precisamente abarcar la disputa por ambas dimensiones del poder en una sola estrategia.

Si el partido político restringe su acción a la representación dentro del Estado, el movimiento tiene por particularidad expresar su fuerza no sólo en relación a este sino también más allá de este como organización del Pueblo. La cuestión es la siguiente: ¿cómo hacemos para que dure una posición de debilidad es decir la perdurabilidad de un movimiento por afuera de los canales del Estado? Esto se logra empapándose de la organización del Pueblo, siendo su vehículo y canal.

⁴⁹ [El frente de liberación nacional] “Busca la toma del poder para iniciar el proceso de emancipación nacional frente al imperialismo y la sustitución del régimen social por otras estructuras, donde la clase trabajadora tenga participación directa en las decisiones del gobierno” (Cooke, 2007).

Un ejemplo en nuestro país de la perdurabilidad de un movimiento después de ser despojado de todo poder estatal fue el peronismo en su etapa de proscripción y persecución de 1955 a 1973.

En toda fuerza que pugna por el poder un momento clave es cuando se dota a la política de la fuerza del Estado. Ahora bien, si este objetivo se agota en sí mismo, en realidad no se trata de una fuerza colectiva de transformación de la realidad sino más bien un trampolín para la llegada a instancias de poder de un grupo de individuos. Muchas veces la política partidaria se ha agotado en estas prácticas en los últimos años.

De alguno modo, el partido político como tal, expresa una idea restringida de la política. Al centrarse en la disputa por el poder del Estado, deja de lado otras disputas. En toda política parlamentaria, o de democracia en su sentido más amplio, tenemos que no sólo los que detentan el gobierno tienen el poder del Estado sino también la oposición, que tiene algunos resortes del mismo, aunque esto no alcance para cambiar la realidad. En la sociedad esa relación que es el poder, se va construyendo en diversas dimensiones. Para quienes definan que sus intereses son nacionales y populares su fuente principal de poder debiera ser la organización popular. En este sentido es claro que para cualquier partido o movimiento popular alcanzar el gobierno no es alcanzar el poder. Podríamos definir a esta mirada restringida del partido político en relación al poder como la tentación de la impaciencia. Pensar que el poder es una cosa que puede ser apropiada es un error.

Escaparle a la lógica de la dominación es también no pensar la realidad desde el tiempo de la información periodística, es decir, desde la relación mediática. El partido político cuando se vacía de sentido lo único importante es su figuración mediática, lo único importante es se hable de sus figuras. Su fuerza se mide por lo que se dice de sus “referentes”. Si no se habla de ellos, entonces no existen. La gran clave de la constatación de la existencia del movimiento como construcción política de carácter popular es cuando empieza a existir inclusive en el silencio, es porque se constituye en una realidad insoslayablemente arraigada en el Pueblo. El tiempo de la información es en sí mismo un tiempo comercial. La política de emancipación no puede circunscribirse al tiempo comercial. Esta construcción de su propio lugar, como realidad popular que no puede ser obviada, esta construcción colectiva del tiempo, es una determinación esencial de la constitución del sujeto político en la superación de la exclusión política.

La base fundamental de todo movimiento son sus militantes. Ellos son los constructores de su tiempo y su lugar. Si el movimiento se transforma en una estructura absolutamente rentada pierde todo su sentido. La verdadera política no es interesada sino que es una pasión que mueve al militante más allá de sus necesidades. No puede haber un movimiento transformador si no es capaz de superar la lógica prevaleciente de la sociedad globalizante que extiende la lógica de mercado a todas las relaciones.

Éste es precisamente el núcleo de la idea de movimiento político. Organización colectiva en función de intereses comunes donde el poder juega un papel funcional pero que no es un objetivo en sí mismo. El movimiento político a diferencia del partido no es un grupo representativo. No pretende representar intereses o grupos sociales en particular. Lo que hace es organizar la afirmación política, organizar mientras transita el camino hacia la liberación. El movimiento político hace encarnar ideas que van contra la dominación, ata esas ideas a formas concretas de organización para darles cuerpo, consistencia. Este es su

modo principal de intervención en la política. Independientemente que después tenga un partido o un frente electoral para solidificar sus posiciones en el gobierno, el movimiento político va más allá del Estado.

En todo caso, nosotros no estamos renegando en absoluto de la idea y la estructura del partido. Lo único que afirmamos es que esta es insuficiente para el proceso de liberación. La cuestión fundamental es que **el movimiento político, en tanto contiene organización popular es realmente capaz de darle dirección al poder del Estado.** El Estado es un espacio de poder, y como relación está condicionado por diversos factores. Por ejemplo los poderes económicos influyen fuertemente en el Estado. Otro poder en el seno del Estado lo constituye la burocracia y su voluntad de continuarse, de no alterar el *status quo*. “El problema de la rehabilitación del Estado es complejo, porque se trata de la herramienta fundamental para la instrumentación de la estrategia y el funcionamiento de la República. Para empezar, el Estado carece de sentido como objetivo en sí mismo. Si se toma como un fin en sí, aparecen el fenómeno de la burocracia, cuya sola finalidad es su reproducción en el tiempo; o el totalitarismo, si se confunde al Estado con el conjunto de la colectividad nacional” (Calcagno, A., F. y E, 2007). La pregunta es entonces ¿cómo puede influir fuertemente en el Estado el poder que implica la organización popular? La respuesta es simple: sólo en la medida en que el movimiento dirija el Estado apropiándose de su poder pero dándole sentido. La posibilidad del movimiento es, en todo caso, incidir en función de qué intereses juega el poder del Estado. Dicho de otro modo, un movimiento en la medida en que expresa organización popular tiene la posibilidad de fijar una medida del poder del Estado, potenciándose con éste.

Finalmente, creemos que el problema central de la liberación en la actualidad sigue siendo la determinación del poder del Estado. Eso es sin duda la tarea fundamental, además de difícil, porque el neoliberalismo estructuró un Estado a su imagen y semejanza. Las tendencias de una economía mundializada y la fuerza de sus agentes, una política vaciada y viciada, una oligarquía cada vez con menos arraigo nacional, etc., son todos obstáculos fundamentales a la hora de hacer jugar el Estado a favor del Pueblo.

Por eso es que creemos que un nuevo Estado, estructurado en función de los intereses nacionales y populares no puede surgir de la fantasía de los intelectuales, como en la mitología griega la diosa Minerva nacía del cerebro de Júpiter. Lo que sí es posible, es que cada pensador haga un aporte en la medida que se comprometa con las luchas concretas de su Pueblo, en la medida en que lo que su discurso exprese síntesis de experiencias concretas vividas y sufridas por hombres y mujeres concretos. Los sistemas políticos se transforman desde la práctica, y no de la mera opinión. La palanca fundamental de la construcción de ese nuevo Estado es la democracia participativa. Sobre ella se puede asentar con firmeza un proyecto político de liberación. Hacemos propia, en este sentido, la definición del profesor Strasser: “Directa quiere decir inmediata, sin intermediaciones ni intermediarios, autogobierno en acto, empíricamente dado, existente, ejercitado. Indirecta, lo contrario, gobierno en representación, por intermediarios. Participativa significa básicamente indirecta con todo lo más directa que en el resto se pueda, que la (compleja) realidad permita, que las condiciones y las prácticas sociales, económicas, políticas, legales, institucionales, culturales, etc., hagan posible respecto de la mayor cantidad también posible de gente/grupos/asociaciones” (Strasser, 1995). “El concepto de democracia participativa se refiere a la capacidad real de la mayoría ciudadana de decidir sobre los principales asuntos públicos de la Nación. En este sentido se trata de una aplicación cualitativa de la democracia formal, en la cual el único poder de decisión política reside en el sufragio periódico por los partidos-per-

sonajes políticos” (Heinz Dietrich, 2003). Una democracia participativa es aquella en que el Pueblo es realmente soberano, pues no se limita a delegar el poder sino que se propone ejercerlo. La participación popular es la medida del ejercicio de la soberanía política. “El representante en el sistema participativo tiene una función totalmente diferente. No administra el poder en nombre del Pueblo, como sucede en el sistema representativo, recibiendo su legitimación de las decisiones de los electores; y tampoco por el Pueblo, el cual es siempre ajeno al ejercicio del poder, al que ni siquiera proporciona la fuente de legitimación. Actúa de común acuerdo con el Pueblo, del que más que representante es exponente” (Zampetti, 1990).

Para la democracia participativa, a diferencia de la democracia formal, el derecho político del Pueblo no termina con el derecho de voto. Un régimen político de democracia social postula que el condicionamiento y vínculo continuo se da entre electores y elegidos y no entre elegidos y grupos de poder económico, tal como se da en la democracia condicionada. La soberanía, tal como decía el ginebrino Rousseau no puede ser representada porque no puede ser enajenada. Soberanía popular y representación partidocrática no son términos equivalentes ni mucho menos. Así el principio de soberanía popular establecido en la mayoría de las constituciones debe pasar del mero papel, a una práctica concreta que recién comienza en el ejercicio del derecho político del voto.

Representar, en tanto ser espejo de, requiere de mecanismo de participación popular que no permitan que se escatime la voluntad popular y que permitan transformar a ésta en voluntad del Estado. La libertad no es el permiso para hacer las cosas, sino el poder para hacerlas realmente. En este sentido la versión socioeconómica de la Libertad liberal es la libertad del que el zorro se coma a la gallina o que la gallina se coma al zorro.

Perón (1986) en “El modelo argentino para el proyecto nacional” decía: “la configuración política de la Comunidad organizada implica la creación de un sistema de instituciones políticas y sociales que garanticen la presencia del Pueblo en la elaboración de las decisiones y en el cumplimiento de las mismas”.

La formación de la voluntad popular y su transformación en voluntad del Estado es el verdadero problema, que debe ser resuelto en el plano político e institucional. En principio hay que establecer que las decisiones no pueden quedar sólo en manos de los representantes o gobernantes, es preciso avanzar en la integración a la toma de decisiones al conjunto del Pueblo. Esto significa una completa superación del concepto de delegación de poderes y el comienzo de una nueva manera de gestión del poder, una manera en la que se atiende a la voluntad de los titulares reales de la soberanía.

“¿Cómo pueden los electores ejercer el poder sin delegarlo? El poder se ejerce a través de momentos diversos, como diversos son los modos y grados de ejercicio (no delegación) del poder. El propio derecho de voto es uno de estos momentos, no el único. El poder se ejerce también desarrollando la propia actividad de cada día en el sentido más amplio del término, que no puede reducirse a la mera actividad de trabajo, sino que comprende también toda actividad desplegada por el individuo (recreativa, cultural, etc.)” (Zampetti, 1990)

Uno de los ejes de superación de la representación como delegación podemos encontrarlo en la historia misma del sistema de representación. De hecho cuando esta institución surgió la representación estaba más vinculada a la idea de mandato imperativo que a la de autonomía del representante. En este sentido los representantes de los distintos estamentos feudales ante el rey en las llamadas Cortes tenían un mandato del cual no se podían apartar. De esta idea se puede inducir la institu-

cionalización de la revocatoria del mandato (quién no cumple con lo que su mandante ordenó no es justo que siga ocupando el puesto para el que se lo instituyó).

Por otra parte, creemos que el único camino de resolución concreta y definitiva de la crisis de representatividad de la crisis política y al mismo tiempo mecanismo de superación de la exclusión política es no sólo que se abran canales de participación popular en la toma de decisiones, sino que además se pueda ejercer por el mismo Pueblo el control sobre el desempeño efectivo de sus representantes. Para esto, en los últimos tiempos, se han creado infinidad de instituciones tales como la ya referida revocatoria de mandato, el presupuesto participativo, la consulta popular, etc. Todos estos mecanismos constitucionales son una vuelta más en la institucionalización de la democracia participativa, siempre en la medida en que permitan y fomenten efectivamente la participación del Pueblo en las decisiones, y no sean meros institutos distractivos, cuyo espíritu es desvirtuado con sus formas de implementación. Aunque, es preciso aclarar que no es posible el paso de la democracia condicionada a la democracia participativa, cambiando la organización jurídica política del Estado, sino a partir de cambios consecuente y dialécticamente operando en la estructura económica de la sociedad para ser sustentable.

Es importante aclarar que el hecho de la construcción de una democracia participativa no significa que deba construirse un Estado débil, como superficialmente alguien podría pensar. Una vez que se han formado las decisiones, democráticamente, con la participación del Pueblo en la conformación de estas, entonces estas deben ser aplicadas con firmeza. Se precisa, por lo tanto, un ejecutivo fuerte y popular al mismo tiempo. Las decisiones políticas más democráticas de la experiencia latinoamericana así fueron. Contraponer un Estado fuerte con una participación democrática fuerte es un error así como también es un error el pensar que una democracia fuerte y participativa requiere de un Estado débil⁵⁰.

Nos parece conveniente hacer la aclaración acerca de qué referimos cuando decimos un Estado fuerte. Políticos y economistas suelen equiparar Estado fuerte con Estado grande o bien con Estado despótico. Mezclar el tamaño del aparato estatal y el grado de arbitrariedad en su trato con la sociedad civil con la fortaleza del Estado es una confusión o un ardid. Conviene distinguir entre el tamaño (esto es, la magnitud de su personal, reparticiones públicas, incluso dimensión cuantitativa del gasto público, etc.) respecto de la capacidad del Estado de decidir y hacer cumplir sus decisiones soberanas. “Un Estado puede ser grande y al mismo tiempo estar capturado (o colonizado) por grupos privados que logran imponer sus intereses en la fijación de las políticas públicas. El tamaño de un Estado tampoco nos revela cuál es su capacidad de penetración en la sociedad civil, esto es, su presencia efectiva en la experiencia social de los miembros de una comunidad” (Iazzetta, 2007). El Estado débil que aquel que no logra aplicar sus decisiones y es siempre una tentación para los agentes privados (léase fundamentalmente GET) para utilizar el espacio público en beneficio de sus anhelos particulares. En contraposición, un Estado es fuerte cuando establece con determinación sus intereses y estos son defendidos por el conjunto de la comunidad en función de que son sus propios intereses. Respecto del despotismo, debemos distinguir entre aquellos Estados en los cuales su dirigencia elitizada toma decisiones sin ejercicio ni voluntad de contemplación de la voluntad del Pueblo, respecto de aquellos Estados en los que se sostiene con firmeza los intereses populares frente a las presiones de los grupos de poder y presión, sea de intereses de sectores económicos, políticos o incluso étnicos.

⁵⁰ “La democracia necesita tanto de un Estado fuerte como de una sociedad civil activa. (...) ellos se requieren y se refuerzan mutuamente” (Iazzetta, 2007).

Para terminar, es imprescindible remarcar que el proceso de exclusión política descrito en los capítulos precedentes, no es el único proceso político social hoy en curso. Además se dan, en todas partes del planeta, verdaderos signos de los tiempos e indicadores de posibilidades reales de mejores tiempos. Entre ellos se pueden enumerar los siguientes: el movimiento de las conciencias y las instituciones hacia una cada vez mayor democratización, la reacción activa del Pueblo frente a la instrumentalización del Estado por las corporaciones, etc. No podemos dejar de referirnos que frente a la absolutización del mercado se ha parado fuertemente el nuevo imaginario cultural y el *ethos* de los derechos humanos que actúa fundamentalmente como freno ante los atropellos. También procesos incipientes de apropiación de las estructuras del Estado por parte de los Pueblos, procesos de nacionalización de intereses económicos y políticos que constituyen una gran promesa... Pero aun en las peores condiciones como en el apogeo del neoliberalismo de fin de siglo “el Pueblo no pocas veces reacciona en forma comunitaria y autogestionaria ante la situación creada por políticas neoliberales: microemprendimientos comunitarios, pequeñas empresas de trabajadores, pre-cooperativas, huertas comunitarias, “comprando juntos”, distintos comités de desocupados, etc. Algunos científicos sociales, como el chileno Luis Razeto, detectan en dichas organización populares no sólo una estrategia de subsistencia para los pobres sino también una base para formar un sector de la macroeconomía y aun para replantear –a partir del facto “C” o factor comunitario– la praxis y aun la misma ciencia económica” (Scannone, 2000). Ya nos hemos referido a la idea de la economía social como propuesta marcando alguno de sus límites pero lo que es inobjetable es que toda la acción de estas organizaciones libres del pueblo, como son las sociedades barriales de fomento, las cooperadoras escolares, los comedores comunitarios, los centros de alfabetización y educación popular formales e informales, radios barriales y populares de frecuencia modulada, etc. constituyen diversas formas de organización democrática del Pueblo. Y en este sentido son una raíz política de la democracia participativa, aun cuando en sus discursos partan de la negación tanto de la política cuanto del Estado.

“Podría parecer que tales cambios en las actitudes y organizaciones populares religiosas, económicas, sociales y culturales no tienen nada que ver con la refundación de lo político. Sin embargo, lo cierto es que ahí se está dando el germen de una nueva actitud –crítica, solidaria, comunicativa, participativa, autogestionaria–, transferible también a la vida política en sentido estricto y a las organizaciones políticas, si éstas quieren enraizarse en la sociedad civil” (Scannone, 2000). Estos son algunos de los lineamientos políticos de la democracia participativa de se dan en germen en la práctica concreta de los sectores populares. La democracia, que en estas condiciones sólo permanece en estado embrionario, puede y debe transformarse en el fundamento de una socialización completamente diferente. Una socialización capaz de restituirle al ser humano total su plena responsabilidad en la gestión del conjunto de los aspectos de la vida social, económica y política.

EN LO CULTURAL.

Hemos visto que la exclusión cultural consiste en un proceso mediante el cual se escatima la propia identidad popular. No podemos desligar este fenómeno de convergentes crisis políticas y económicas –auge transnacional, repliegue del Estado y el círculo desocupación/empobrecimiento/marginalidad–. La crisis cultural se

opera desde dos planos que parecen no cruzarse entre sí, pero que de hecho lo hacen. En uno, situamos la denominada globalización cultural de aquellos que pertenecen a la oligarquía incluida. También con un impacto fuerte en aquellos sectores que se miran en el espejo de estos para acrecentar su sensación de inclusión. En el otro plano, debemos agregar la descomposición cultural de vastos sectores sociales que incluye la declinación de creencias colectivas igualitarias, solidarias, de identidades nacionales, no reemplazadas por fenómenos superadores sino por diversas formas de anomia y egoísmo disociador. En suma, tanto uno como otro plano están cruzados por un individualismo feroz, por el culto al ganador (paralelo al desprecio por el perdedor), determinado por la ideología globalizante.

“El neoliberalismo ha logrado imponer una hegemonía cultural que podrá ser breve o prolongada, porque su duración como hegemonía sólo será cuestionada cuando se establezcan en la política nuevos paradigmas programáticos de progreso social alternativos. Esos paradigmas serán sólidos en tanto productos de la generalización teórica de prácticas sociales de los Pueblos, es decir, como guías para la acción de resistencia socio-política al neoliberalismo. Este proceso de resistencia socio política al neoliberalismo ya ha comenzado, pero todavía carga en sus mochilas con el descrédito de las experiencias fallidas de los socialismo real o de los límites de los socialismos democráticos parlamentarios, también las mochilas de los pueblos del ex Tercer Mundo cargan con el peso de haber experimentado la inviabilidad a largo plazo de las construcciones nacional estatales autárquicas luego de la descolonización (o en América Latina, cuyos países en su mayoría ya resuelven la cuestión nacional estatal entre principios y mediados del siglo XIX, pero sin dejar de ser países dependientes)” (Godio, 2000).

No creemos que haya transformación político cultural sin un papel protagónico de las periferias del sistema mundo. Estas constituyen un conjunto heterogéneo de experiencias históricas, tentativas fracasadas de desarrollo, resistencias viejas y recientes, círculos modernos de alto consumo y amplias zonas sumergidas. A la pasada idealización progresista de los años sesenta y setenta que las presentaba como la esperanza en un mundo más justo, le ha sucedido una visión de origen oligárquico donde aparece como una pesadilla, un universo horroroso y sin salida, desbordado por la corrupción y la miseria. La imagen del Tercer Mundo revolucionario exportador de salud moral y humanismo fue reemplazada por la de un suburbio caótico reproductor de podredumbre (Beinstein, 2000). Pero, sin embargo, es en estos países menospreciados por los centros intelectuales tanto como los de poder mundial, donde se hallan muchas de las respuestas y los pilares de la construcción de una universalidad más justa. Para que este protagonismo cultural de los Pueblos periféricos del sistema-mundo sea una realidad es preciso romper en primera instancia con los condicionamientos de la matriz europea⁵¹, que mediante un largo proceso de colonización pedagógica (Jaureche, 1975) fue imponiendo un modelo único y excluyente de pensar la realidad universal.

Es en el eurocentrismo donde se ha parido el paradigma de la modernidad, con sus implicaciones ideológicas, sus modelos políticos, sus referencias y valo-

⁵¹ Este pesa muy en particular sobre Nuestra América. Nuestra identidad mestiza hace que tengamos el pensamiento del enemigo adentro, que seamos en parte, partícipes de su pensamiento. Por no es desacertado cuando apunta con agudeza Amin (1988) “la aspiración europea de América Latina, limita en su caso los efectos del contraste cultural que hallamos en Asia y África, donde la expansión capitalista ha estado y sigue estando asociada a la expansión de una cultura (ayer de una dominación directa) extranjera”. Eso hace a nuestra liberación en el plano cultural mucho más compleja.

res éticos, su avance científico y el tipo del desarrollo de su civilización y cultura. Se trata tal como ya hemos hecho referencia de un modo homogenizador que niega al Otro y a sus diferencias. Incluso el culto de las diferencias aprendidas como segmentos de mercado que hacen los grupos económicos transnacionales tienen un efecto uniformizador a escala mundial.

Hoy la condición de la prosperidad parece ser la rendición incondicional de las culturas y su adaptación al paradigma de la Civilización Noratlántica. Sin embargo, ésta no alcanza a ver su senilidad, fundada en su incapacidad de dar respuestas a la vida de las grandes mayorías. Todo se mide con su rasero, pareciera no haber otra forma de apreciar el grado de avance o atraso de una sociedad. En la visión eurocentrista no existen otras alternativas: los países “periféricos” están condenados a la subordinación y al fracaso, en el caso de que se alejen o desvíen del modelo “central”. La civilización nacida en el renacimiento es una locomotora alimentada por la ciencia y la tecnología que aun no ha dado cuenta que, más allá de conducir al abismo, la mayoría de sus vagones están llenos de gente muriéndose. ¿Acaso no pueden ver que no hay forma de salvar a los vagones de lujo en donde se sienta cómodamente la oligarquía global? Desenganchar cada vez más vagones apiñados de pobres claramente no va a ser la solución.

Nuestro mundo no puede salvarse a sí mismo sino es a través de una integración universal armoniosa no sólo entre todos los hombres y mujeres, sino también entre éstos y la naturaleza. En este sentido las culturas de miles de Pueblos que a lo largo de los años han sido silenciadas tienen mucho para decirnos.

Nosotros consideramos que el fundamento de una nueva civilización tiene que tener al humanismo como matriz de integración universal. Esto es un proyecto de integración justo entre las civilizaciones y no choque de civilizaciones y perpetuación de la polarización que nos propone el Imperio. Esta integración universal en armonía no puede realizarse mediante la definitiva unifomización que nos propone la globalización, sino a partir de la recuperación de las identidades de los Pueblos del mundo en base a una autovaloración, terminando con la negación de otras culturas que difieran de aquella con la cual el Norte viene moldeando el mundo en los últimos cinco siglos.

“El planteo humanista sigue vigente. ¿Hasta qué punto y en qué dimensión la tecnología es capaz de adaptarse al hombre o, acaso, termina por producir un hombre a su medida? (...) Más aun, no todos los progresos de la ciencia son automáticamente progresos de la humanidad. El progreso de la humanidad no se da sólo por el progreso científico-técnico, sino que su perfección viene por la respuesta que da la libertad de los hombres en la construcción de nuevas formas de convivencia que permitan que tal progreso sea valido para cada hombre y para todos los hombres. Por eso, esta realidad nos pone, como latinoamericanos, ante dos desafíos importantes: el de elaborar éticamente el impacto tecnológico sobre nuestra cultura y el de discernir los valores que, como argentinos, creemos que pueden vivirse en una universalización respetuosa del multiculturalismo” (Farrell, 2000).

¿Es compatible nuestra defensa de la pluralidad cultural con la defensa del Estado Nacional? La sociedad compleja de nuestros días no tolera ya un Estado con vocación homogénea cerrada (tal como fue la matriz europea) y pugna más bien por un Estado que reconozca la heterogeneidad de la sociedad contemporánea. La diversidad y diferenciación que es signo distintivo de la situación actual. La noción homogenizadora y única del Estado liberal se encuentra desbordada por el carácter crecientemente heterogéneo de la sociedad de nuestros días. La

pregunta es si la crisis del Estado en su forma europea de los dos últimos siglos afecta también e inexorablemente a los Estados Nación de la periferia. O bien podemos formularla así ¿es posible crear un Estado Nacional en base a la matriz del humanismo tolerante de la diferencia al que hacíamos referencia en el párrafo anterior? En todo caso, la respuesta puede ser positiva en la medida en que se puedan ir generando proyectos nacionales que sean capaces de superar los límites infranqueables del modelo de Estado liberal: sus dificultades para procesar las demandas de la compleja sociedad de nuestros días, y su pretensión homogeneizadora. Ésta, inherente a la Razón Imperial, choca con la tremenda dificultad de expresar, y menos aun de satisfacer, las demandas, con frecuencia contradictorias, de la sociedad actual, perdiendo entonces legitimidad y, por tanto, gobernabilidad y capacidad para ordenar las relaciones sociales.

Sinteticemos: nosotros creemos que en los Pueblos existen las fuerzas que se oponen a las tendencias homogeneizadoras, a la penetración económica y al establecimiento de mercados mundiales estandarizados. En la medida en que estas fuerzas se condensan institucional y sobre todo políticamente en los Estados Nacionales se va a estar en condiciones de plantear un orden internacional más justo. Se observan grandes reservas de resistencia en todo el mundo, se constituyen núcleos políticos que militan en contra de una visión mercantilista y de una realidad del mundo definida por la ampliación de los mercados y la acumulación concentrada de los capitales. Pero, muchas de estas fuerzas –debe igualmente decirse– tienden a debilitar y a trascender el carácter unitario y compacto del Estado Nación, que es lo que hace a su fuerza. La fragmentación de la sociedad contemporánea atenta contra las rígidas unidades políticas tradicionales y tienden a disolver el poder del Estado en la sociedad civil. Esto ocurre siempre y cuando no exista un proyecto nacional que las contenga y exprese, es decir, que logre conformar su unidad a partir de la diversidad y no en contra de la misma.

El Estado continental que pensamos deberá constituirse frente a dos tensiones. Desde el lado internacional por los grandes núcleos económicos –con un poder concentrado sin precedentes– cuya vanguardia (los GET) opera directamente desde el propio territorio, impulsando la mercantilización de la cultura mediante el impulso del consumismo restringido a las *élites* aunque con un fuerte impacto en las masas. También desde el interior, ese Estado se ve presionado –muchas veces con contundentes razones– por las reivindicaciones particulares tales como las de los pueblos originarios, las corrientes de opinión, grupos internacionales con sedes en el país, clases sociales postergadas, luchas de genero, asociaciones que ya no reconocen en él una real representación de sus intereses y necesidades. El lema “piensa globalmente actúa localmente” ha sido adoptado tanto por los GET como por aquellos que se pretenden su oposición más acérrima: los llamados globalifóbicos. Herederos de un internacionalismo vacío, muchos de estos grupos terminan siendo funcionales a los intereses del sistema, pero todos son incapaces de articular una perspectiva propositiva, de construcción de un proyecto alternativo al capitalismo globalizante. Pensar nacionalmente para una integración universal en condiciones de justicia es, en cambio, nuestra propuesta.

Creemos que la constitución de un Estado superador del Estado neoliberal ha de fundarse no en el voluntarismo sino en la emergencia de una estructura de poder que supere las tensiones entre las tendencias centrífugas encarnadas en el proceso transnacionalizador y las centrípetas como la necesidad de los movimientos y sus reclamos de la democracia radical que sólo se pueden condensar en una instancia de poder. El acceso al Estado es aquello que, en definitiva, va a permitir generar

las condiciones para un nuevo modelo de Estado Nación. Desde otro punto de vista, proscribir ideológicamente al nacionalismo cultural es condenar a los excluidos, a los “localizados”, a no tener identidad ni defensa contra el poder concentrado de las fuerzas globalizantes. Un Estado Nación continental puede tener vigencia si su condición necesaria es que sea capaz de sostener una multiculturalidad que rompa con la matriz europea, excluyente del viejo Estado. “Sólo un humanismo tolerante, histórico y poético, mítico y racional, intuitivo y conceptual, puede amalgamar los rostros de la Nación inconclusa. Sólo la reactivación de símbolos comunes, la comprensión global de nuestra historia, la puesta en marcha de una clara conciencia cultural puede sumar al disidente, el negador” (Azucuy 1996).

El autor argentino Ameigeiras propone un término muy interesante: interculturalidad, para la relación dialógica entre culturas. “Así, la concepción de interculturalidad posibilita dar un paso más allá de la noción de multiculturalidad. No se trata sólo de la aceptación, del respeto o de la tolerancia. No se restringe a posibilitar un espacio de convivencia sin fricciones, sino que apunta fundamentalmente a habilitar un cambio para el intercambio, la interacción, la interpelación y el diálogo. La interculturalidad concretiza la posibilidad de porosidad de las fronteras culturales, de traspasamiento, de diálogo, sin agotar o excluir, supone la oportunidad tanto de enriquecimiento como de contraste de perspectivas y apreciaciones(...) El verdadero desafío pasa no por la eliminación de las diferencias y la búsqueda de los elementos unificadores sino, justamente, por el reconocimiento de lo diverso y la búsqueda de canales adecuados de comunicación y diálogo en trono a intereses convergentes. Donde no se trata de disolver las diferencias con lo Diferente para que deje de serlo, sino que descubrir al Otro y comprender que lo extraño no siempre es reductible a lo conocido. Y donde, por otro lado, la necesidad de reconocer al Otro como tal no puede abstraerse del reconocimiento de sus condiciones materiales de existencia, de sus luchas y esfuerzos por vivir con dignidad, de sus angustias y esperanzas ante el sentido cuestionado de la vida” (Ameigeiras, 2000).

Podemos reducir nuestra propuesta, que es construir la unidad en la diversidad, del siguiente modo y parafraseando a Paulo Freire: caminemos al encuentro de los diferentes para confrontar sólo con los antagónicos, con aquellos cuyo proyecto se funda en la exclusión y la muerte de las mayorías populares. Porque en definitiva “sólo podremos vivir juntos con nuestras diferencias si nos reconocemos mutuamente como sujetos”, como dice el francés Alain Turaine (1997). Creemos que la clave de esa unidad en la diversidad hay que leerla en la propia constitución de la inconclusa Nación Latinoamericana. Ya, de algún modo, lo decía el Libertador Simón Bolívar en la Carta de Jamaica: “Somos un pequeño género humano(...) poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de las sociedad civil”.

“En América Latina, la búsqueda de la identidad, la autodeterminación política y económica, la justicia social, el equilibrio ecológico y la integración regional, no constituyen un sistema ideal de pensamiento, sino un conjunto de valores y aspiraciones inherentes al *ethos* cultural de los pueblos. Son ideas-fuerza latinoamericanas que al estructurarse en un proyecto diseñan un ideario subcontinental, un fondo de pensamiento” (Azucuy 1996)

No es que hagamos propio el decálogo de virtudes de la humanidad, sino que encontramos en la disputa concreta por la vida contra la dominación en nuestra tierra, algunos de los elementos para construir el mundo que queremos, en definitiva encontramos allí “la piedra que desecharon los constructores”... De este modo lo sintetiza el filósofo Casalla: “Podríamos ya señalar algunas notas que

aparecen como distintivas en esta progresiva construcción de lo iberoamericano. En primer lugar, la existencia de una tradición propia (anterior a la conquista), que es violentamente puesta entre paréntesis por ésta. Memoria histórica –más o menos lejana o intensa, según las zonas– que permanecerá luego soterrada y actuará también de diferentes maneras, en el período colonial y neocolonial. En segundo lugar, una redefinición acelerada de aquella personalidad cultural, por la cual nuestro nuevo ser (el americano) se dará de aquí en más en dependencia de otro (el europeo) que le servirá como modelo. Esto supondrá, a su vez, nuestra incorporación –en calidad de periferia– a un orden mundial que no hemos fundado ni gobernado, pero que de allí en más será también, a su manera, el nuestro. Por último aparecerá –a partir de las dos notas anteriores– esa búsqueda permanente (y no pocas veces fallida) de nuestra identidad, dispersada en medio de todos esos avatares históricos, económicos, políticos y sociales. Vivir en medio de una permanente superposición y entrecruzamiento cultural, de un verdadero mestizaje donde todo (lo propio y lo ajeno) se da de una manera inédita y peculiar, esto caracterizará el ulterior desarrollo iberoamericano. Su extrañamiento, pero también su posibilidad de recuperación” (Casalla, 2003).

La liberación –siguiendo a Dussel– resulta así una necesidad ética, una exigencia no únicamente compatible sino imprescindible para la expresión y el pleno desarrollo del hombre y de sus facultades –y de su vida en sociedad– en completa e íntegra libertad. La transformación del sistema resulta entonces condición imprescindible para el pleno desarrollo de las facultades humanas y, en definitiva, para la plena expresión de la libertad personal y social.

RECUPERACIÓN DEL CONCEPTO DE PUEBLO COMO SUSTRATO DE LA LIBERACIÓN.

Hemos hecho mucha referencia al Estado Nación, pero este no es más que uno de los componentes en un esquema básico de enfrentamiento con las formas de dominación y opresión. Su *partener* indispensable, según nuestra concepción, es el Pueblo. Sin un Pueblo organizado ninguna estructura político institucional por más sólida y bien pensada que esté puede resistir a los embates de los sujetos de la dominación.

Immanuel Wallerstein (2006) plantea que respecto de los movimientos transformadores “la pieza central de la estrategia global fue el concepto de los dos pasos: primero obtener el poder del Estado, transformar el mundo después. Esta secuencia tenía sentido en la medida que el control de la maquinaria estatal parecía el único camino para superar el acumulado poder económico y cultural de los estratos privilegiados, y la única forma de asegurar las construcción –y la conservación frente a los contraataques– del nuevo tipo de instituciones”. El autor norteamericano sostiene que esta estrategia estuvo vigente, sobre todo, entre 1848 y 1968, como fechas simbólicas, consignando además que “1) tal vez fuera la única posible en ese momento, toda vez que los movimientos con cualquier otra estrategia podían ser aplastados por el uso del poder estatal. 2) fue una estrategia que adoptaron **todos** los grandes movimientos: las dos ramas del movimiento socialista internacional, los socialdemócratas y los comunistas, así como los movimientos de liberación nacional. 3) La estrategia fracasó debido a su éxito. Los tres tipos de movimientos llegaron al poder en casi todas partes en el período que va de 1945 a 1970 y ninguno de ellos fue capaz de cambiar el

mundo, lo que llevó a un profundo desencanto que causa actualmente esta estrategia y al serio antiestatismo que es su resultado sociopsicológico” (Wallerstein, 2006). Nosotros creemos que esta es una verdad a medias y por lo tanto tiene algo de erróneo la conclusión a la cual ese razonamiento arriba.

En todo caso, no nos parece un error esta estrategia, sobre todo en lo que hace al primer punto esbozado por Wallerstein, que sigue teniendo plena vigencia. Lo que en todo caso compartimos es el hecho de pensar como un límite la concepción de que la única llave de la revolución es el Estado. Hoy más que nunca el fortalecimiento de la organización del Pueblo en relación o por fuera del propio Estado es una cuestión fundamental e insoslayable. En síntesis, lo que nos parece es que la estrategia no tiene que negar el primer paso (ocupación del poder del Estado) sino en todo caso plantear su simultaneidad con el segundo, es decir, la transformación social profunda de las relaciones entre los hombres. Sin esta confluencia se hace cada vez más dificultoso el logro de los objetivos de liberación verdadera. Respecto del antiestatismo y el supuesto desprestigio de la estrategia, creemos que es transitoria, debida a las profundas derrotas políticas de último cuarto de siglo, en un proceso de reflujo mundial. Las victorias de procesos populares en Latinoamérica ya van revirtiendo muchas de estas posturas por lo menos en nuestras tierras. Creemos que el ejemplo, el testimonio, tracciona la mirada de los revolucionarios, por eso consideramos que en esta encrucijada latinoamericana se juega mucho más que el futuro de Nuestra América, se juega, además, una de las cartas fuertes de la humanidad.

Igualmente nos parece necio sostener las estrategias del pasado sin dar cuenta de los cambios profundos que conlleva el mundo de la dominación globalizante. Estamos asistiendo a una etapa histórica en que la crisis del capitalismo senil intenta su salida por el lado de una transición del desplazamiento del poder desde las sociedades nacionales y su estructura estatal hacia las organizaciones empresariales. El cambio de etapa histórica lleva necesariamente a un replanteo estratégico respecto al que venían razonando políticamente las principales corrientes revolucionarias: tanto el nacionalismo, como el marxismo y el anarquismo vinieron poniendo en su punto de mira al Estado, como centro neurálgico del poder, ya fuera con intenciones de utilizarlo o de combatirlo. El otrora indiscutido poder del Estado se ve socavado, sin necesidad de revoluciones ni levantamientos, pero lejos de evoluciones a paraísos sin autoritarismo, el eje se desplaza hacia esas otras organizaciones igualmente centralizadas, burocráticas, pero mucho más antidemocráticas, que son los GET.

La vida de los Pueblos, sus luchas políticas, siguen desarrollándose en el marco de los Estados Nacionales aunque su legitimidad antes no cuestionaba (podía cuestionarse la de un gobierno, pero no la del Estado), hoy se encuentra en la picota. Detrás del Estado y junto de él, caen en el cuestionamiento los partidos políticos, los sindicatos, algunas grandes instituciones, es decir, el esqueleto principal del sistema en el cual se expresaban los movimientos políticos, las luchas sociales y las corrientes ideológicas. No sólo las que hacen a la estructura de dominación, sino también las que hacen al proceso de democratización y liberación. Este descrédito del Estado y sus ámbitos de disputa por una sociedad más justa vienen siendo defenestrados. Este es el motivo por el cual pululan “movimientos” de naturalezas diversas, reunidos alrededor de las reivindicaciones de los ecologistas, de las mujeres, a favor de la democracia, que afirman identidades comunitarias (en general, étnicas o religiosas), etc. El desafío es cómo sin negar estos movimientos, incluirlos en una estrategia común que tenga en la consolidación del poder del Estado una estación

más, cuyo destino final sea una transformación profunda de las relaciones sociales. La fragmentación extrema de reivindicaciones caracteriza pues esta nueva vida política (y esto muchas veces es utilizado por la oligarquía transnacional para dividir o meramente para hacer negocios con las distintas tribus). La articulación de las reivindicaciones sectoriales y movimientos diversos con la crítica radical, política y económica de la sociedad (es decir, del capitalismo globalizante realmente existente), debe pensarse concretamente. Sin esta confluencia el camino de la liberación se hace mucho más complicado, sino imposible. “Algunos de esos movimientos se inscriben –donde pueden hacerlo– en el repudio consciente del proyecto social de los poderes dominantes; otros, por el contrario, no reparan en él ni lo combaten. Los poderes dominantes saben hacer esta distinción y la hacen. La manipulación y el apoyo abierto u oculto a unos, el resuelto combate contra los otros son la regla en esta nueva vida política caótica y agitada” (Amin, 2003).

En el marco de esta situación política, con una fragmentación social que se refleja en un mosaico de reivindicaciones, vemos con frecuencia que los actores actuales prefieren hablar de sociedad civil⁵² y no de Pueblo. Nosotros, en cambio, por sus connotaciones políticas, preferimos la palabra Pueblo pues ésta se relaciona de modo directo con los dos enfrentamientos principales la lucha contra la dominación y la opresión. En efecto, la idea de Pueblo está directamente emparentada con la idea de Nación. Muchos autores incluso llegan a hablar que Pueblo no es más que la Nación en presente histórico⁵³.

La otra nota distintiva del concepto de Pueblo, es que el Pueblo es siempre la mayoría de una sociedad y que, precisamente por eso, es en él en quien se sustenta y quien anhela, aun con todas sus contradicciones inmanentes, el bien común de esa comunidad, su capacidad de autodeterminación, en definitiva, su liberación. En este sentido, nos parece que la idea de coherencia y unidad relacionadas con este concepto son un punto de apoyo para ir contra la exclusión como sistema. El término sociedad civil nos acerca más a la idea de un conglomerado heterogéneo e indiferenciado, salvo claro está del propio Estado y eventualmente del mercado. Pueblo, en cambio, es un concepto que hace referencia a las mayorías en contraposición con las minorías detentadoras del poder social y económico.

En la definición de Pueblo vamos a seguir a Casalla: “definimos entonces la comunidad como un agrupamiento de voluntades individuales que, trascendiéndose en parte como tales, organizan un modo común de convivencia y gobierno. (...) cuando una comunidad produce su agrupamiento sobre bases multitudinarias que recogen una ancestral memoria común y el anhelo de un destino también común, nos hallamos en presencia de un Pueblo. Este no es otra cosa que una memoria y un destino común, elementos que organizados comunitariamente, dan forma a una Nación y al desarrollo de una cultura. (...) Pueblo es antes que nada un concepto histórico, diferenciándose así del carácter jurídico formal del concepto de individuo y del económico que en buena media estructura al de clase social” (Casalla, 2003).

Entonces, no se puede hablar de Pueblo en abstracto, pues se trata de una

⁵² Incluso algunos intelectuales de países centrales han acuñado el término “multitud” (ver Negri) para hacer la conjunción que une a los hombres y mujeres del Pueblo más azarosa.

⁵³ “La idea de nación está estrechamente vinculada a la de pueblo; incluso en algunos idiomas se hace difícil la distinción. La realidad humana común a cada uno de esos términos, explica la identidad; pero hoy otro factor, y es el tiempo. En realidad, el factor temporal es el que permite distinguir a la nación del pueblo, pues mientras este concepto denota la significación temporal del presente, la nación se refiere a una sucesión de pueblos a través del tipo, vale decir, que es la sumatoria del Pueblo del pasado, del presente y del futuro” (Ortiz, 1996).

categoría histórica. El Pueblo es, ante todo, una historia determinada, un relato que se construye tanto en el tiempo como en el espacio. Esta es la razón por la cual la memoria y destino común sean esenciales a su definición y constitución. Sin Memoria y sin Destino no hay Pueblo posible. A partir de esta base histórica (no exenta de conflicto, por cierto) que opera como originaria, en él se producen diferenciaciones (por ejemplo de individuos y clases sociales).

Sin los elementos contradictorios, que significan luchas en el seno del propio Pueblo, este puede ser pensando como una entidad metafísica, un puro espíritu siempre fiel a sí mismo. Nada más alejado de la realidad. Al contrario el conflicto lo atraviesa siempre y necesariamente, es a través del conflicto como operan sus movimientos que terminan convirtiéndolo en un sujeto clave de la transformación social. Al mismo tiempo lo convierten en un río que no es nunca igual a sí mismo, pero que sin embargo tiene un nacimiento, un cause y una desembocadura. Se trata de un nosotros plural y abierto que a su vez va construyendo su identidad a partir de la memoria de ese mandato, aunque también –y he aquí una de las génesis básicas de la libertad política– a partir de una cierta voluntad de destino común (Casalla, 2003). Es en el marco de esta práctica histórica del Pueblo donde cada individuo, cada clase social juega su diferencia, confunde su proyecto con el de la totalidad y busca, también históricamente, su viabilización y triunfo.

“Lo importante que recogemos de esa primera aproximación son dos cuestiones: en primer lugar, el sentido histórico del término Pueblo (un Pueblo se hace, se amalgama y se realiza en el tiempo común de la historicidad); en segundo lugar, el carácter conflictivo de su ser histórico ya que, sobre la base de ese destino y esa memoria en común, un Pueblo siempre recrea pluralmente ese ser histórico y busca concretarlo en instituciones, las que a su vez expresan la situación concreta del poder en un determinado momento. Sus mitos, su héroes, sus artes no son sino la expresión comunitaria de este conflicto básico y permanente” (Casalla, 2003).

Sin embargo, Pueblo es no sólo conflicto y disputa en su interior, también es conflicto antagónico respecto del proyecto oligárquico. En este sentido, es exterior del sistema de dominación, en tanto es dominado. Y como alteridad crítica con el sistema es potencial o efectivamente revolucionario, por cierto que en diferentes grados y estilos, según las circunstancias. Pueblo como unidad histórica que hace síntesis es, a la vez espacio, conflictivo y complejo. Producto de su composición múltiple y plural, en el término “Pueblo” englobamos la conflictividad liberadora de una sociedad en un momento dado. Pero en su seno, en realidad, se dan grandezas y miserias, lealtades y traiciones. Su dinámica tiene un sentido, aunque no se puede entender desde la simplificación maniquea o hollywoodense donde los buenos de la película se enfrentan a los villanos, venciendo los inexorablemente.

En la doctrina peronista tradicional el Pueblo era la masa (conjunto de la población) más la doctrina (este término extraído de lo militar se refiere a lo que justifica la acción, es decir, al conjunto teórico de fundamentos no en el plano de la abstracción sino en el de la práctica concreta). La forma de organización de esta relación es a través de las Organizaciones Libres del Pueblo, que operan otorgándole a la masa los dos elementos esenciales: la memoria y el sentido de misión común.

A partir de entender al concepto de Pueblo como categoría central de peronismo, la expresión clase trabajadora y su adquisición de su conciencia de clase se dio –como afirma Svampa (2006) citando a Torre y Sigal– más en la “Plaza” que en la “Fábrica”, pues “en nuestro país la noción de Pueblo adoptó un registro político, vertebrada desde el Estado, sobre todo por medio de la fuerte articulación entre los sectores sindicales y los sectores urbanos. Es necesario tener en cuenta

que el modelo del peronismo histórico presentaba dos vías heterogéneas, pero en gran parte complementarias, de integración social: la primera se apoyaba sobre la figura del trabajador, mediante la afirmación de los sectores obreros como fuerza social nacional y de la consolidación de valores como la justicia social y la dignidad el trabajo; la segunda apuntaba a la figura del pobre, históricamente desposeído, por medio de las políticas sociales compensatorias” (Svampa, 2006). Esta última tarea fue llevada a cabo desde la famosa Fundación Eva Perón.

El concepto de Pueblo así como en nuestro país ha sido fundamental en toda América Latina⁵⁴. Aunque siempre fue sumamente resistido por la filosofía política y las ciencias sociales europeas, basadas en su propia experiencia autoritaria. Por eso, aquellas mismas disciplinas teóricas al trasladarse a nuestro continente han producido dos caminos dicotómicos: o han producido resignificaciones fructíferas del concepto de Pueblo, o lo han negado sistemáticamente descalificando incluso las prácticas nacionales y populares con el mote de “populistas”.

El concepto de Pueblo no es una exclusividad latinoamericana, tanto en Ho Chi Minh como en Mao Tse Tung el concepto de Pueblo como unidad de lucha contra la dominación aparece claramente. No son el único caso en que los movimientos de liberación nacional recurren a esta idea de Pueblo, aunque es interesante señalarlos pues se manejan sin abdicar de una ideología marxista que se mueve con un concepto diferente y mucho más específico como es el de clase social.

La categoría de Pueblo es menos lineal y su carácter multidimensional permite dar cuenta de la unidad y la dispersión de las distintas luchas reivindicativas de los multifacéticos sectores que lo componen, pero que están de un modo u otro todos relacionados con las disputas liberadoras en un país dependiente. Por eso no es casualidad que se halla utilizado en todas las luchas del Tercer Mundo por la emancipación.

El Pueblo como unidad conflictiva y su historia como lenta conformación de la nacionalidad es una categoría fundamental no sólo para comprender los sucesos de Nuestra América, sino también, porque nos permite definir al sujeto a fortalecer más allá de la institucionalidad del Estado Nación. Es decir, designa una realidad histórico política que si bien es un error contraponerla con el Estado, al ser una cosa distinta de este, permite pensar en forma autónoma los niveles de organización de la misma.

Acaso nada sea tan claro en la relación que creemos debe existir entre Estado Nación y Pueblo como esta anécdota contada por Floreal Ferrara (en la inauguración de una salita médica en La Matanza): “allá en el año 1952 o 53, yo tenía una larga conversación con Ramón Carrillo, con el que tuve la suerte de conversar muchas horas. Ramón Carrillo, quizás el hombre más importante que tuvo la salud del país, sin dudas el más importante, me contaba que solía tener disputas muy fuertes con Eva. Entonces yo lo miraba y le preguntaba – ¿Como, se peleaba con Eva? – Sí. Si,

⁵⁴ “No fueron pocos los autores que se embarcaron en la tarea de desarrollar nuevas conceptualizaciones y paradigmas, subrayando el carácter plural de las luchas sociales y culturales y cuestionando la perspectiva historicista y esencialista de la matriz marxista, que concluía tanto en la inevitable centralidad de la clase obrera como en una supuesta predeterminación de los sujetos desde lo social. Ahora bien, como hemos dicho, en América Latina el referente empírico del movimiento social no fue propiamente hablando la clase obrera, sino más bien “las clases populares”, en plural, y en un sentido amplio. En efecto, recordemos que en estas latitudes históricamente hablando lo popular ha designado desde el principio, un conglomerado que reúne mundos heterogéneos, entre los que se cuentan indígenas, campesinos, trabajadores informales y clase obrera urbana. Por ello mismo, la acción colectiva ha estado marcada desde el inicio por una multiplicidad de dimensiones y llamados, en nombre de la clase, la nación y el antiimperialismo, sin que ninguno de ellos lograra un primado estructural sobre los otros” (Svampa, 2006).

nos peleábamos. El era un santiagueño mofletudo, panzón, feo hasta la gran puta. Cabecita negra de punta a punta, te miraba con unos ojos que te taladraban, y me contaba: acabábamos de inaugurar un hospital y yo en esas conversaciones con Eva, le decía: es el Estado el que tiene que gobernar la salud. Eva me miraba con esa cara de ángel que tenía, y me decía: está equivocado Ministro, el que debe manejar la salud, el que debe manejar el hospital es el Pueblo. – No, no, ¿cómo el pueblo? ¿y para que esta el Estado? –El Estado esta para obedecer– le decía Eva. ¡Qué pedazo de mina carajo! Entonces Carrillo –me miraba fijo y me decía: –¿Usted qué opina? Yo lo miraba medio achicado, yo era médico recién recibido, estaba frente al Ministro de Salud...y mire – le digo – me parece que Evita tenía razón. – No ve, no ve, son todos unos revolucionarios la gran puta. Pero tienen razón...”

Pensar desde la historicidad específica de nuestro Pueblo latinoamericano y sus conflictos nos permite poner en claro los conflictos que siguen siendo fundamentales en estos tiempos de globalización. Dos notas distintivas hay en su partida de nacimiento: un corte violento de su peculiar historicidad y el menoscabo de su humanidad originaria. “A estas dos notas es necesario agregar, como una tercera matriz básica, la permanente resistencia a la opresión (voluntad de liberación) que el latinoamericano ha ejercido desde siempre y bajo diferentes vidas y proyectos históricos. De manera tal que América Latina es simultáneamente las dos cosas: tierra de la opresión y la dominación, por un lado, pero también de la consecuente voluntad liberadora, por el otro. Y es precisamente a partir de esta dialéctica básica (dependencia/liberación) desde donde debemos pensar el proyecto de Pueblo y su rica dinámica histórica en situación latinoamericana” (Casalla, 2003).

El análisis histórico nos conduce también a marcar los caminos de la liberación. En Nuestra América el Pueblo (una mayoría ligada a los intereses nacionales) ha confrontado su proyecto casi siempre una *elite* local⁵⁵ (una minoría oligárquica) que interpreta el pasado y el destino de la comunidad de acuerdo con sus intereses de sector privilegiado y vinculada generalmente con el sistema de dominación. Por eso el proceso de liberación entendido como la imposición de la hegemonía popular en el manejo del Estado se resume en el enfrentamiento con esta oligarquía que hoy no tiene como antes carácter nacional sino que es tan sólo un segmento de una clase capitalista transnacional. Sin embargo, es imprescindible distinguir en el proceso de liberación dos aspectos: uno nacional (vencer a la globalización) y otro social (vencer a la exclusión), que si bien están relacionados íntimamente requieren tanto teórica como prácticamente de esfuerzos y particulares atenciones que no siempre son idénticos.

LA ALTERNATIVA ENTRE GLOBALIZACIÓN Y LIBERACIÓN NACIONAL Y SOCIAL.

Hablar del protagonismo del Pueblo en la organización del Estado nos lleva a rozar el tema tan mentado del sujeto de la transformación. No queremos caer en la tenta-

⁵⁵ Esta minoría, que en los comienzos coloniales coincidió con el invasor extranjero, en general a partir del siglo XIX fue asumida por cierta porción de la misma población americana, negando los intereses de las mayorías, para lo cual invocan casi siempre diferentes y loables causas (atraso–progreso, civilización–barbarie, etc.). A partir de esta posición de poder, terminó erigiéndose en despreciadora y dominadora de sus propios connacionales, a la vez que una suerte de guardia pretoriana de esos intereses imperiales (Casalla, 2003).

ción de hacer traslados mecánicos y así como en otros tiempos se ponía en la clase trabajadora el motor central del cambio situarlo hoy en los excluidos. Es cierto que, de alguna manera, los excluidos van conformando desde la particularidad su identidad colectiva, en un proceso de formación de lo que en términos marxistas se define como conciencia de clase (o conciencia de sí de la clase). Pero este proceso no se da como identidad única y excluyente. En este camino, aparentemente contradictorio, en el que las particularidades parecen alejarse en busca de la resolución de sus propios problemas, sin embargo se van afirmando la identidad de los que quedan al margen del poder (exclusión política) los que quedan afuera –o en el margen– del aparato productivo (exclusión económica) y los que quedan sin posibilidades de la producción de su propia cultura (exclusión cultural). Aunque el nucleamiento en torno a intereses parciales o marginaciones específicas se mezcla con el refugio en el afuera, o en las trasgresión sin sentido (o funcional) o quizás en el mero olvido. Así se va construyendo entre luchas y defecciones el lugar de los Otros, los sin rostro, el lugar del afuera, abajo, el sitio de la oscuridad, al que por suerte la Razón (siempre imperial) no llega con su cono de luz.

Recurrimos a la idea de Pueblo, con las notas explicatorias del apartado anterior, para significar la confluencia de esta identidad de los excluidos con muchas de las otras identidades que genera la heterogénea sociedad actual. Sin embargo, aun así debemos decir que esa realidad histórica y conflictiva que definimos como Pueblo para convertirse en sujeto deberá desarrollar un proceso que no está ni escrito ni determinado de antemano. Los sujetos de cambio se construyen a sí mismos, no piden ni reclaman por los cambios, tampoco esperan pasivamente que la sociedad les asigne el “papel” social que han de desempeñar. Por eso asumen su proceso de transformación con la producción de sociabilidad que ellos crean en sus relaciones de poder, en el ámbito comunitario pero también en lo cotidiano. Así se van conformando como colectivo, desechando la idea del individuo aislado, a partir de la puesta en común de lo que tienen o pueden poner en común. Este sujeto habrá de estar constituido por los excluidos que en lugar de conformarse con la agobiante situación que los sitúa del lado de afuera, son capaces de autoafirmarse en un proceso de resignificación de vida en contraposición a la muerte que les ofrece el sistema; con los trabajadores que en lugar de pelearse entre ellos por un mísero puesto laboral mal pago y acostumbrarse mansamente a pésimas condiciones de trabajo de la flexibilización laboral, se organicen y peleen por su salario, por lograr fuentes de trabajo digno, por ponerle su impronta al conjunto social; con los jóvenes que en vez de entregarse al consumismo sin sentido, abracen una causa justa que justifique sus vidas; con las mujeres que no se resignen a la invisibilidad que les asigna el machismo del sistema y salgan a disputar el poder; con los marginados de cualquier especie que no aceptan más que se los discrimine. Y así podríamos nombrar a tantos otros. En definitiva, con aquellos capaces de fundar sobre un eje propio el sistema de integración, fundando desde su práctica cotidiana la nueva sociedad al tiempo que la posibilidad de liberarse mediante la creación de un movimiento para sí mismo, cuyas consecuencias abarque mucho más aspectos que las reivindicaciones que lo motorizan. Un movimiento que va por el poder, para transformar incluso al Estado en una herramienta a su servicio. En síntesis, con los capaces del éxodo de la sociedad que agoniza hacia el futuro, los que construyen un poder que no es el poder de los poderosos, los que pueden soñar y poner las manos y el corazón al servicio de esos sueños.

No es muy difícil suponer que el camino de la superación de la sociedad de la exclusión transita por oponer a su fuerza centrífuga una fuerza centrípeta, inclusiva. Pero la discusión, que de ninguno modo es secundaria, es acerca de cual debe ser el centro de gravedad de esa fuerza centrípeta, si debe ser el mismo o no que el centro de la fuerza centrífuga. De cualquier modo hay un largo tramo de estas dos concepciones

que pueden ir en paralelo, dado que el trabajo sobre la convergencia, la articulación, la reconstrucción de tejido social, los objetivos de participación social, etc., pueden ser útiles a uno como a otro camino. En principio se trata de construir un nivel de respuestas colectivas del Pueblo que vaya reconfigurando a sí mismo como motor de la liberación, recreando la solidaridad personal y familiar que sigue vigente muchas veces en lo micro en un proyecto de alcance primero nacional, luego universal. Estas respuestas colectivas a problemas colectivos van a ir operando en el sentido de la articulación social contraviniendo la tendencia contraria de la sociedad actual.

Uno de los caminos posibles es el de la integración de los excluidos, limando las aristas opresivas del sistema. Al capitalismo salvaje se lo enfrentaría desde esta concepción con un capitalismo moderado, con la esperanza de una sociedad más equitativa que se forme a partir de la integración de intereses y valores diferentes que se vayan incluyendo progresivamente, deconstruyendo la exclusión, incorporando las diferencias. Particularmente creemos que estas visiones, más bien restauradoras, están llamadas a chocar con la nueva realidad económica y cultural que el sistema capitalista actual ha ido engendrando. La polarización internacional y social no es una consecuencia no deseada del sistema de dominación, sino su centro neurálgico. Es por lo menos ingenuo pensar que la fuerza voraz y depredadora de los poderosos, económica y políticamente hablando, va a consentir el avance popular. Los privilegiados tienden a defender sus privilegios, no están dispuestos a compartir con nadie su situación y mucho menos con alguien que no tenga el poder suficiente para imponerle reglas de juego que lo determinen a cambiar las decisiones.

Una variante menos ingenua del camino de la profundización de la democracia es la que afirma que pelear por la inclusión, o bien afirmar el poder en el Estado Nacional (no continental aun) es forzar al sistema hasta el colapso. Pues en su naturaleza misma está la exclusión y la dominación. O sea, la ruptura abrupta o una transformación más o menos acelerada del sistema en función de sus propias contradicciones. Así el saldo organizativo de la pelea por la inclusión es la base de la construcción de la sociedad nueva. Esta vía tiene la ventaja de su pragmatismo para utilizar las grietas o fisuras del sistema, fundamentalmente los beneficios materiales concretos que pueden llegar a proporcionar a los excluidos en su proceso reivindicativo. Su desventaja aparece también como obvia: la correlación de fuerzas entre los países dominantes y los GET y los Estados considerados individualmente es tan beneficiosa para los primeros como la diferencia entre el poder de la oligarquía respecto del Pueblo en la situación actual.

En definitiva, creemos que se trata de ir transitando los caminos de la liberación nacional –en un necesario plano continental– y la liberación social entendiéndola como un proyecto incluyente de los sectores populares con trabajo para todos, sin distinciones ni privilegio, en condiciones de justicia. Sería mucho más fácil si estos caminos se encontraran señalizados, pero volviendo a la poesía con Antonio Machado, “Caminante, son tus huellas el camino y nada más/caminante no hay caminos/se hace camino al andar”.

Sobra decir también que este camino no empieza de cero. Es más, creemos que los Pueblos de Nuestra América tienen en esta coyuntura histórica una oportunidad inmejorable. Aunque también es cierto que, a pesar de los avances obtenidos, las asignaturas pendientes son formidables. Y es lógico que así sea, ya que resulta muy difícil, cuando no imposible, el logro de la justicia social y de la igualdad política, en naciones dependientes y empobrecidas. Así como también resulta arduo obtener espacios de autonomía en un mundo cada vez más unipolar.

En definitiva, queremos insistir en que las transformaciones en un sistema de

dominación, cualquiera fuere este, no son la resultante de fuerzas ni más allá de la historia ni más allá de la sociedad a las cuales habría que someterse como a leyes de la naturaleza (aceptando con ello que no hay alternativa posible), sino que son producto de relaciones sociales. De modo que siempre hay diferentes opciones posibles que corresponden a desequilibrios sociales diferentes entre las fuerzas que expresan intereses oligárquicos o populares. “Dicho de otro modo: existe el riesgo para unos (el capital) y la posibilidad para otros (los trabajadores-ciudadanos) de que el mercado se regule por otros medios diferentes, ajenos al despliegue de su estricta lógica unilateral (...) El capitalismo no es el fin de la historia, ni siquiera el horizonte insuperable de la visión del futuro. Hasta podríamos decir, antes bien, que es un paréntesis en la historia abierto alrededor del año 1500 y que hoy urge cerrar. Basado en la sumisión de todos los aspectos de la vida social a la lógica exclusiva de la acumulación –en la versión vulgar, el triunfo de los mercados–, permitió dar un salto cualitativo en el progreso sostenido, no sólo comercial sino también político y cultural, de los ritmos de crecimiento, sin igual hasta entonces en la historia de la humanidad. El capitalismo creó todos los medios que permitirían resolver los grandes problemas de todos los Pueblos a escala mundial; pero simultáneamente la lógica que lo gobierna imposibilitó que ese potencial se utilizara de tal manera” (Amin, 2003).

Hemos descripto en los capítulos anteriores el escenario que requiere el sistema para asentarse y perpetuarse. En lo económico: el empleo flexibilizado y precario, la subocupación y la desocupación. En lo político: la indiferencia política y desorganización popular. En lo cultural la uniformización bajo parámetros anglosajones, pero sobre todo el consumismo como ideología. Ahora vamos a esbozar también de un modo simplificado cómo se puede superar este sistema: **Frente a la precariedad y desocupación, articulación de la sociedad mediante el trabajo. Instrumentando éste como derecho social y político, con retribución digna. Esto es fundamental a la hora de la recuperación de la cultura del trabajo, es decir, del orgullo de ser parte en la construcción del futuro de la comunidad. Esto nos enfrenta también al desafío de pensar la relación del trabajo fuera de la relación salarial capitalista.**

Es claro que mientras los aparatos de gestión de la crisis hablan de “política social” cuando se refieren a la superación de los problemas de la pobreza, nosotros en cambio creemos que no puede existir otra forma de superación que no parta de la reformulación del trabajo y la redistribución de la riqueza que se produce. Esto es el objetivo social fundante de toda política económica y social: todas las personas tienen que tener la posibilidad de sustento material para sus familias y la posibilidad de emanciparse, en primera instancia, de toda forma de asistencialismo. La emancipación consiste a nivel social en liberarse no sólo de la pobreza y la exclusión, sino también de la dominación por la lógica de la riqueza, el individualismo y el consumismo, es decir liberarse de la lógica alienante del capitalismo.

El propio capitalismo parece estar dispuesto a dar por muerto al trabajo/empleo tal y como el mismo había definido la relación (dependiente del capital). Y esto de algún modo prueba que esta relación laboral, como creación cultural que es redefinible. Ahora bien, es preciso reformular el trabajo, no en función de los intereses del capital, para lo cual es imprescindible el poder necesario para el cambio.

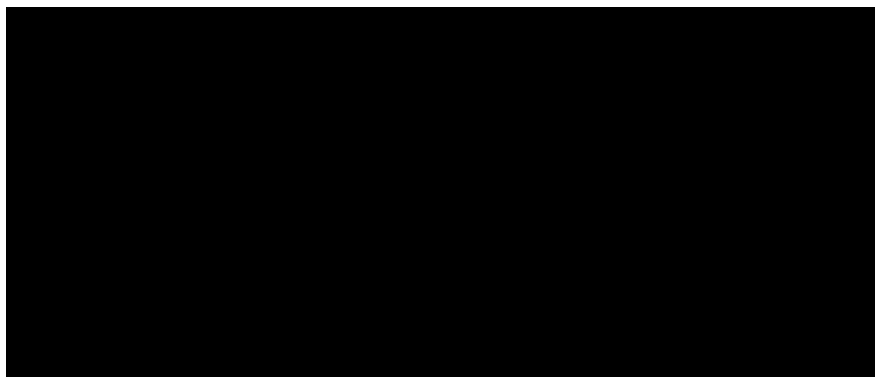
Frente a la indiferencia y desorganización popular, proponemos el compromiso de la construcción de una sociedad más democrática y participativa. En la medida en que se aumenta la participación se descomercializa la política. El compromiso con la realidad social parte del

orgullo de ser parte de la decisión del destino colectivo como forma de reconstrucción del hombre como sujeto. Aquí el paso de la democracia delegativa a una forma más social, orgánica y directa de la democracia participativa es fundamental. Allí nos enfrentamos al desafío de pensar nuevos mecanismos para no escamotear la voluntad popular.

En esta etapa globalizante se da una ruptura del centro de articulación en base al trabajo/empleo, propia de la sociedad industrial. Esto nos enfrenta a un desafío que es político; encontrar, sin repeticiones mecánicas ni transpolaciones atemporales, los nuevos ejes centrípetos de articulación social. Los trabajadores y su relación directa con el Estado Nación como estructura institucional de articulación por excelencia, son puestos en crisis. Esto nos enfrenta a la necesidad de pensar en los canales políticos de articulación de una sociedad no homogénea. Es decir, pensar tanto el trabajo como relación no explotada, como el Estado como estructura no justificante de la opresión.

Y finalmente frente a la alienación y la cultura del consumismo, le oponemos el respeto de la identidad propia entendida como una obra en construcción. Esto implica la valoración de la propia cultural local, regional, nacional y continental, fundada en el orgullo de pertenecer a un colectivo, necesidad básica del hombre y al mismo tiempo camino de construcción de una fuente de legitimación distinta del mero poseer cosas como goce efímero que nos propone el consumismo.

En última instancia se trata de ir esbozando una respuesta a partir de un sistema de valores que surgen del trabajo común, la participación y el compromiso comunitario y la autovaloración de la identidad cultural. Así frente al triángulo que representaba la opresión le oponemos otro que exprese la liberación en términos sociales.



El trabajo y el compromiso se unen a través de la dignidad. El compromiso y la identidad se logran con la organización. La identidad y el trabajo se construyen en la solidaridad. La alegría y lo afectivo lo situamos como corazón de la reconstrucción del hombre. El espacio central de lo festivo como encuentro. Lo afectivo como motor de la transformación.

Sentimos que la propuesta de liberación es mucho más que una utopía, en el sentido de un no-lugar... Hemos dicho que el más importante invento de la dominación es la invisibilidad de las cadenas. Pero el fatalismo del pensamiento único se viene resquebrajando velozmente. La sensación de eternidad de la dominación se va perdiendo a pasos agigantados. En efecto, si sólo vemos la perfección del sistema de dominación, no podremos más que pensar que es inevitable. Sin

embargo, en la medida en que aparecen sus fisuras entonces se hace un poco de luz sobre los caminos que nos permiten salir de un destino supuestamente inexorable. Siempre la brutal fuerza de la dominación produce contrafuerzas que portan en sí elementos liberadores. Así, por ejemplo la necesidad del capital en su reproducción produjo a los trabajadores que lo enfrentaron. Las primeras reacciones ante un nuevo sistema de opresión generalmente son de retraimiento y repliegue hacia los lugares de libertad del individuo, de su familia, de los lugares en que la persona escamotea su cuerpo al absolutismo del dominador. Así se da una especie de refugio una de cuyas expresiones es la alegría popular, que aparece a primera vista como incomprensible ante el terrible peso de la presión del sistema. Pero estos lugares de repliegue, al mismo tiempo que aparecen como un abandono del escenario, también han de constituirse en la base a partir de la cual el sujeto ha de ponerse de pie, es decir, constituirse como tal.

No es posible pensar un sistema de negación de la vida, como el que nos propone la sociedad globalizada y excluyente, sin la existencia de conflicto. En tanto la vida exista habrá lucha, existirán diversas formas de contradicción con la pasividad ante el destino inexorable que propone el sistema. Los Pueblos del mundo ya vienen dando peleas, en varios lugares como por ejemplo en Sudamérica muchas veces han alcanzado el gobierno aunque no todavía el poder. Y lentamente se van desandando las estructuras de un Estado construido a imagen y semejanza de las necesidades y los intereses del imperialismo y los GET.

La propia historia de los últimos siglos puede ser leída en su integralidad como una sucesión de tentativas de rebeliones periféricas contra la dominación propuesta por la civilización noratlántica, en buena medida rebeliones fracasadas, lo cual no les quita ni valor ni mérito. Pero también, esa historia aparece como la extensión de formas parasitarias centradas en el capitalismo financiero que han ido fragilizando, debilitando el mismo poder de los países centrales. Los ciclos recurrentes de crisis y la forma de resolución de las mismas fueron conduciendo al sistema capitalista a un camino sin salida. Por eso es que compartimos las miradas que dicen que este sistema si bien no se ha derrumbado, “va decayendo de manera irregular, con depresiones y recuperaciones efímeras, viviendo su etapa senil, mientras tanto conserva una hegemonía declinante a largo plazo pero que le sirve para frustrar numerosas experiencias de modernización independiente” (Beinstein, 2000).

Para pensar la situación actual del sistema, la historia del fin de algunos imperios resulta extremadamente útil, por ejemplo Roma que ha servido como modelo para el estudio de los procesos de decadencia. El Imperio llegó a su máximo de dominación territorial posible: aproximadamente 3 millones de kilómetros cuadrados. Un territorio inmenso dadas las condiciones técnicas de la época (velocidad de las comunicaciones, de los transportes, etc.). Sin embargo, ante la presencia de zonas de frontera (Armenia al este, Mauritania al sur, Escocia al norte, etc.) insalvables, demasiado pobres, carentes de riquezas necesarias, se hizo prácticamente imposible proseguir la expansión. En ese momento, que los historiadores localizan a comienzos del siglo segundo bajo el reinado de Trajano, la máquina depredadora no pudo seguir creciendo y como su característica fundamental era la fuga hacia adelante alimentando al aparato burocrático-militar-esclavista y generando nuevas “necesidades” que a su vez empujaban hacia nuevas expansiones, empezó entonces a desarrollar procesos de degeneración parasitaria en el seno del sistema con centro en la megaciudad imperial debilitando su hegemonía territorial (que se reducía gradualmente). Así llegó la decadencia de la Roma Imperial. Es decir, la caída del Imperio hay que atribuir-

la, principalmente, a la degradación misma de la propia Roma.

El sistema capitalista no se fue alimentando sólo de conquista territorial sino también y fundamentalmente de incorporación de lugares del mundo al mercado, es decir, al intercambio de mercancías y por lo tanto de producción de valor. La expansión del capitalismo encontró su “frontera” en un mercado mundial cuya tasa de crecimiento no le podría seguir el ritmo al complejo industrial, espina dorsal de su sistema de dominación. Así sobreacumulación, sobreproducción, subconsumo relativo y en consecuencia degeneración financiera, militar, etc., irrupción de formas parasitarias que ayudaron a prolongar su reproducción pero en condiciones cada vez más desfavorables, decadente. Una de las consecuencias de ese proceso fue la aparición del fenómeno de “sobre-dimensionamiento estratégico”, presente en otros casos históricos de declinación imperial: el imperio necesita dominar espacios, mercados, poblaciones, pero dicho objetivo excede su capacidad operativa, su degradación es —entre otras cosas— la de sus mecanismos indirectos de control, cuya voracidad ha deteriorado, lo que lo obliga a intervenir de manera directa en una sucesión interminable, agotadora de conflictos (Beinstein, 2000). Esta es la correcta lectura que debemos hacer de las invasiones norteamericanas de los últimos tiempos.

Nunca faltaran aquellos que dicen que el sistema de dominación nunca va a caer y por eso sólo hay que conformarse con maquillar al sistema, porque la construcción de un nuevo modo de relación entre los hombres es una utopía. Como respuesta, podemos dar una vuelta sobre este mismo concepto planteando como Paul Ricour la utopía necesaria, es decir, un objetivo no prefijado en el tiempo, pero que sintetiza las aspiraciones colectivas. En este enfoque, utopía no es sinónimo de irrealizable.

Sin embargo, la construcción fundante y civilizacional de otro mundo posible no debe ser una elaboración teórica, sino que debe enmarcarse en las prácticas concretas de los Pueblos. De modo que las masas puedan abrazarla definitivamente frente al camino de exclusión y muerte que les propone una oligarquía senil aferrada a sus privilegios, aunque poderosa económica, cultural y políticamente. Para que cada práctica sea realmente artifice de la construcción de una alternativa sistémica, no basta que sus intenciones sean ir contra la dominación o la opresión. Es necesario que se inscriba en un conjunto más amplio, un proyecto que tiene como objetivo último la plena emancipación humana. Este proyecto debe ir actuando inteligentemente consolidando su poder en términos de fuerza de Estado, pensado como trinchera contra el sistema de dominación. Lo contrario es someterse al riesgo que conlleva la amplia capacidad del sistema de transformar rápidamente a cualquier respuesta antisistémica en engranajes de su motor, pues si hay algo que reconocerle al capitalismo es que posee una facilidad enorme de adaptación y absorción. “La necesidad de superar el capitalismo, supone, por lo tanto, una ética previa a la búsqueda de alternativas. Sólo en la medida en que se puede deslegitimar el capitalismo será posible movilizar la opinión pública y hacer converger acciones. Ahora bien, en la perspectiva post-capitalista, este caminar va mucho más allá de una simple condena de los abusos. Para reproducirse a largo plazo, todo sistema, y especialmente el sistema capitalista, necesita de instancias críticas que le permitan corregir sus disfuncionamientos. Por eso, reacciones, aun radicales, que no pongan en tela de juicio las bases teóricas de su construcción, terminan siéndole útiles” (Houtart, 2000).

Con todo, el proceso de deslegitimación del estadio capitalismo globalizante ya ha comenzado fuertemente desde el mismo momento en que no puede responder al proyecto vital de las mayorías populares. Por eso, cualquier proyecto de superación de esta sociedad profundamente injusta debe apoyarse en la respuesta a las necesidades de los hombres y mujeres que habitan este mundo poniendo a la economía

a su servicio, rompiendo la lógica perversa del capitalismo actual. Las alternativas concretas sólo serán creíbles en la medida en que se inscriban en un reemplazo progresivo del sistema capitalista, es decir, concebidas como etapas de una transición inevitablemente larga. Después de todo ¿el capitalismo no necesitó, acaso, casi cuatro siglos para construir las bases materiales de su reproducción?

En resumen, creemos firmemente que para pensar la liberación de las cadenas que nos propone la dominación es preciso librar tres batallas fundamentales:

La primera es cultural. La construcción de nuevos proyectos es el fruto del accionar de actores sociales, pero para que estos se desplieguen la condición necesaria es la gradual deslegitimación del sistema existente. Dicho de otra manera, es imprescindible destruir la idea de que no existen alternativas, arremeter contra el llamado pensamiento único hasta arrinconarlo en los núcleos más reaccionarios de la propia oligarquía⁵⁶, haciendo pensar incluso al resto de la misma la inexorabilidad del cambio⁵⁷.

La segunda tiene carácter político. Sin la consolidación del poder construido en una sociedad concreta la fuerza democrática tiene el riesgo de diluirse. La capacidad del sistema de reciclar las buenas intenciones en su beneficio es enorme. Sin la institucionalización toda conquista se hace efímera. Debemos ir poniendo mojoneros que marquen hasta donde hemos llegado en la pelea. En este sentido consideramos que estructurar la sociedad desde el Estado Nación se hace imprescindible incluso en un proyecto mucho más ambicioso como es cambiar el mundo.

La tercera es una batalla económica. Nunca debemos olvidar que el mercado es una relación social y que, particularmente en el marco de la globalización, su transformación sólo podrá llegarse a cabo en el seno de un nuevo equilibrio, que exige una convergencia de las resistencias y de las luchas en ese mismo nivel. No se trata solamente de la utilización de simples técnicas económicas o gestionarias para cambiar el sistema económico y sus repercusiones sociales, políticas y culturales. Estamos hablando de la disputa por la apropiación del excedente social.

Actualmente el conjunto de la población mundial está implicada directa o indi-

⁵⁶ No es bueno menospreciar las críticas que se hacen, aun dentro del mismo sistema, a la globalización en los términos actuales, como por ejemplo las que hacen Stiglitz, Krugman etc. incluso el mismo Soros. La crítica al paradigma ortodoxo, al que se ciñe al pensamiento único, puede contribuir al debilitamiento del neoliberalismo como modelo y generar nuevas oportunidades para poner en jaque a la globalización como sistema de dominación. Si los paradigmas dependientes son cuestionados en el centro merman su vasta influencia en aquellos que tienen el pensamiento de los países centrales como faro. Aunque está claro que no debemos esperar del pensamiento de los países centrales ningún tipo de solución para nuestros problemas del Tercer Mundo.

⁵⁷ “La hegemonía evolucionista y la transición relativamente pacífica es posible cuando el bloque revolucionario manifiesta tal voluntad y fuerza política que llega a incorporar a su causa a una parte sustancial de la antigua clase dominante. Entonces el proceso de ruptura con el viejo orden político puede ser violento o pacífico, pero sin necesidad de instalar regímenes políticos absolutamente excluyentes del *establishment* conservador. Pero si este último trata de impedir, durante el período que gobierna en decadencia, la formación de una cultura de renovación intelectual y su ejercicio, como prácticas sociales y políticas populares, entonces se desarrollan dos tipos de comportamiento políticos en el bloque opositor: a) las fracciones opositoras moderadas, en vez de construir una cultura política subversionista y de cambios radicales han asimilando lentamente el modo de hacer política del bloque dominante. Pero por eso mismo, en el momento de la ruptura, son incapaces de representar los anhelos social-milenaristas de las clases populares oprimidas; b) las fracciones políticas maximalistas que asumen la tarea de barrer el viejo orden, subsumen en su discurso los anhelos social-milenaristas de las clases populares; y se enfrentan y derrotan a las fracciones “revolucionarias moderadas” (Godio, 2000).

rectamente en las relaciones sociales del capitalismo globalizante: directamente por la relación capital trabajo o el asalariado, indirectamente por una cantidad enorme de mecanismos como, por ejemplo, la fijación de precios de los productos agrícolas de exportación o de materias primas, los mecanismos de la deuda externa, la apertura de los mercados, la flotación de las monedas o la especulación financiera. Pero esta vinculación global hace también al sistema interdependiente. Aunque jamás simétrica, no obstante los centros de poder tienen una vinculación necesaria con las periferias. Esto nos permite suponer las posibilidades de acelerar su caída, frente a los procesos emancipatorios que se den las naciones periféricas. Por eso coincidimos con Francois Houtart cuando dice: “El primer objetivo de una alternativa a mediano plazo en el campo económico es una modulación diferente de los intercambios globalizados⁵⁸. En efecto, la oposición a la globalización no se refiere a la universalización de las transacciones, sino a la forma en que ellas se realizan en el mercado capitalista” (Houtart, 2000).

Por eso es que “en los documentos internos de planificación de Estados Unidos, como norma general, se ha considerado que la mayor amenaza para los intereses estadounidenses son los regímenes nacionalistas radicales, sensibles a presiones populares a favor de una mejora inmediata de los niveles de vida bajos de las masas y de la satisfacción de las necesidades nacionales, tendencias que chocan con la exigencia de “un clima político y económico favorable a la inversión privada”, una repatriación de beneficios adecuada y “protección de nuestras materias primas”. Un régimen nacionalista radical es peligroso en especial si parece que triunfa en términos que pudiesen ser significativos para otras personas pobres y oprimidas. En ese caso, es una “amenaza a la estabilidad”. Se califica de “manzana podrida” que podría echar a perder toda la cesta” (Chomsky, 1995). Lo concreto es que pese a los muchos autores que decretan su prematuro fallecimiento o bien su obsolescencia, el nacionalismo es todavía la más poderosa fuente de energía social. Pocas ideas como la idea de Nación con capaces de concitar el coraje, la habilidad y el espíritu de un Pueblo para convocarlas en la tarea de la liberación.

En líneas generales y en el marco de estos jalones fundamentales para ir rompiendo los equilibrios del sistema, consideramos fundamental pensar, definir, construir y desarrollar el proyecto nacional sudamericano en el marco de un mundo multipolar. Este proyecto debe ir articulándose en torno a cuestiones centrales que funcionan como obstáculos frente a la posibilidad de unidad y autonomía. Las formas de emancipación de las mayorías populares implican una definición fuerte frente a temas tales como: a) las cuestiones propias de la liberación en el plano nacional –la cuestión de la independencia respecto de los poderes dominantes– y social –la inclusión o la conformación de una comunidad sin excluidos–. b) La relación con el Otro en los planos general y personal, como proceso de integración universal y de respeto por la diferencia. c) La relación con el poder o cuestión democrática. d) La relación con la mujer (el problema del sexismo o la superación de la sociedad machista). e) La relación con la naturaleza o cuestión ecológica y f)

⁵⁸ Si queremos ir más allá en esta cuestión de los intercambios, “la acumulación de la riqueza y la acumulación de la pobreza, también en su polarización, son procesos que dependen uno del otro, por lo cual sólo pueden resolverse juntos. Si todas las mercancías en el mundo se intercambiaban con base en el tiempo laborado contenido en ellas, esta nueva relación de precios entre los productos naturales y los productos industriales, traería consigo la necesidad de igualdad de derechos económicos de los puestos entre sí. Terminaría tanto la sobresaturación en los países industrializados, como el hambre en los países en vías de desarrollo” (Heinz Dietrich, 2003).

La relación con otros grupos étnicos al interior de la propia Nación o el problema de racismo. Sin embargo, estas no son más que algunas problematizaciones de cuestiones que consideramos muy importantes. Repetimos que no creemos útil formular las recetas que permitirán modelar el futuro. El futuro será el producto de las transformaciones que experimenten las relaciones de fuerzas sociales y políticas, producidas –a su vez– por luchas cuyos resultados tampoco pueden conocerse de antemano. Con todo, nos parece que estas reflexiones no son ociosas en tanto nos permiten arrimarnos a cierta temática con el propósito de contribuir a la cristalización de proyectos coherentes y posibles y, con ello, ayudar al despliegue de movimientos políticos de carácter nacional y popular y que estos no se empantanen en los falsos dilemas. En definitiva creemos que la cuestión central para la construcción de otro sistema –que no dudamos en calificarlo de fundante en el plano civilizacional–, es el cambio de la correlación del poder.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PODER

“Hay que saber desobedecer. Atreverse a decir que las empresas no tienen el monopolio de la riqueza ni de la creación y menos aun el de la estética, que crean más fealdad que riqueza, que la enseñanza nada tiene que ver con su actividad y la investigación aun menos, que la eficacia es una palabra hueca que llena las ciudades de coches y los pulmones de partículas, que el crecimiento no tiene sentido alguno cuando no se sabe adónde va y destruye más que produce, que una sociedad que no sabe integrar a más de tres millones de parados y el doble de pobres es indigna del nombre de civilizada, que la servidumbre comienza con la sumisión a la competitividad, a la productividad, que la robotización, que podría ser la mejor de las cosas, se ha convertido en la peor, que sorbe el seso de los hombres y transforma a los individuos en prótesis de máquinas” (Labarde y Maris, 1999).

Hay que volver a abrir la interrogación por el hombre y su relación con la naturaleza, replantear el significado del trabajo en la vida individual y social, redefinir los criterios de progreso y desarrollo, establecer una escala de prioridades, promover nuevos vínculos ético sociales y nuevos horizontes culturales, superar el estrecho espacio de la racionalidad reduccionista y lineal. Estamos hablando de una tarea enorme que no se puede hacer en un par de días. Para que todo esto sea realmente posible y no un devaneo intelectual es preciso construir una nueva correlación de fuerzas favorables a los Pueblos. Y esta no se construye tan sólo en el mundo de platónicas ideas, sino en la disputa concreta de intereses, enfrentando a una oligarquía mundial dispuesta a perpetuarse, valiéndose de todas las herramientas disponibles. En esta disputa se hace lícito recurrir a todos los medios, pero que fundamentalmente no signifiquen una claudicación del proyecto emancipatorio desde el punto de vista ético.

Esto nos devuelve al tema del Estado Nación. La matriz histórica del peronismo supuso un fuerte vínculo entre Estado y Pueblo, es más, su doctrina planteaba casi implícitamente la fusión de sus componentes, en donde cada uno de ellos dependía fuertemente del otro. El Estado cumplía un rol referencial para todas las acciones colectivas, llegando según algunos de sus críticos más allá del límite paternalista que aplacaba la iniciativa social. En los últimos tiempos ya no se escuchan discursos que levanten la necesidad de ese vínculo. Aparecen en cambio como mucho más delimitado el campo de autonomía de la sociedad civil respecto del Estado. Pero esta

autonomía, desanudando Estado y Pueblo, terminó por desnudar la debilidad de la sociedad civil frente al mercado, que terminó imponiéndole su lógica. Debemos ponernos a pensar como puede construirse un Estado que vuelva a convertirse en una herramienta para la protección y promoción de los intereses populares.

De alguna manera, está era una de las más interesantes discusiones de la militancia de los años noventa. El poder se debía tomar o por el contrario se debía construir. Esto es: partir del fortalecimiento de la organización popular entendida esta nuestra forma de poder. Acaso quien más claramente haya zanjado esta discusión fue el profesor Ruben Dri, quien justo en el momento de apogeo del asambleismo y el piqueterismo después del 2001, reivindicó la importancia disputa por el Estado como forma de condensación del poder, sin negar la organización popular y su interrelación dialéctica con la primera. Por eso, el desafío que creemos debe plantearse es cómo se construye el poder del Pueblo paralelamente y concurrentemente a cómo se toma el poder del Estado que permita fortalecerlo y proyectarlo en el tiempo.

Al revés de lo que planteaba la dictadura militar (“achicar el Estado es agrandar la Nación”) nosotros decimos que fortalecer el Estado es fortalecer la Nación, siempre y cuando el Pueblo se organice consolidando en aquel su proyecto histórico. Creemos imprescindible fortalecer el lazo Estado – Pueblo, pues la comprobación empírica es que si el Estado se retrae y en el horizonte sólo aparece el vínculo sociedad civil–mercado, la que sale fuertemente perdiendo es la primera. Esta discusión no es ociosa pues gran parte del activismo social y político está ganado por una particular visión negadora del poder institucional⁵⁹. Esto tiene consecuencias concretas. Nosotros creemos una vía muerta, es decir, sin perspectiva estratégica, a la matriz europea de la idea de movimientos sociales como salvación de la humanidad sin relación con el anclaje nacional de poder. Esta concepción teórica se expresa en razonamientos tales como; “sólo el voluntarismo universalista de un movimiento social capaz de superar los límites de las organizaciones tradicionales, en especial integrando plenamente el movimiento de desocupados, estaría en condiciones de combatir y contrarrestar los poderes económicos y financieros sobre el lugar mismo, de ahora en más internacional, de su ejercicio” Pierre Bourdieu (2001)⁶⁰. Estas corrientes tributan en la concepción acerca de la identidad entre Estado y autoritarismo. Esto produjo un discurso sobre la sociedad civil en la cual el legítimo impulso antiautoritario terminó constituyéndose en una cruzada antiestatal, en coincidencia con los intereses transnacionales.

Sin negar el aporte que los movimientos sociales y las reivindicaciones parciales, reafirmamos que el destino de los movimientos populares (como preferimos llamarlos) está atado a la posibilidad de materializar sus sueños, atándolos con fuerza al anclaje de una estructura que permita desarrollarlos. Compartimos con el pensador egipcio Samir Amin cuando afirma: “para ver con claridad en la jungla de las reivindicaciones de identidad, yo propondría un criterio que me parece esencial. Son progresistas las reivindicaciones que se articulan alrededor del combate contra la explotación social y a favor de una mayor democracia desplegada en todas sus dimensiones. En cambio, todas las reivindicaciones que se presenten sin panorama social (porque supuestamente, esto carecería de importancia), no hostiles a la mundialización (porque tampoco eso tendría importancia) y con mayor razón, si se declaran ajenas al concepto de democracia (acusado de ser occidental) son francamente reaccionarias

⁵⁹ Los llamados situacionistas planteaban la idea de un doble poder en el mejor de los casos cuando no, instaban a “mantenernos lejos de la tentación del poder” (Badiou, 2000).

⁶⁰ Citado por Svampa (2006).

y sirven perfectamente a los objetivos del capital dominante” (Amin, 2003)⁶¹. Y aun más, en la medida en que estas últimas carezcan de una estrategia de poder, si bien no son necesariamente funcionales al sistema, por lo menos son inofensivas.

Creemos que la práctica de la democracia es la única manera de responder gradualmente al desafío que afrontamos. Y ésta se da hoy claramente, y no de modo abstracto, en el seno del Estado Nación. “Sin un Estado efectivo no puede haber democracia (...) el régimen político democrático descansa sobre la estructura del Estado” (Iazzetta, 2007). La democratización es un elemento indispensable para llevar en larga marcha necesaria hacia un futuro mejor. Por democratización entendemos no sólo las reglas formales de gestión de la vida política por los medios que corresponden a un Estado de derecho, respetuoso del pluripartidismo, sino también, y más allá, la construcción de relaciones democráticas en todos los ámbitos de la vida social (distribución de la riqueza, igualdad de los sexos, no discriminación de ningún tipo, respeto por las minorías, etc.). Asimismo, es evidente que, si tal construcción no se acompaña de políticas públicas económicas y sociales que aseguren la inclusión de todos en el mundo del trabajo y una creciente igualdad real en el acceso a los medios materiales que ofrece el desarrollo tecnológico de hoy, la democracia continuará siendo no mucho más que una consigna en el mejor de los casos, o bien una fórmula vulnerable hasta tal punto que su concepto mismo terminará desvalorizándose. A esto y no a otra cosa contribuyen las prácticas liberales globalizadas conocidas como “democracias de baja intensidad”.

Para que esto no pase, como dice el politólogo José Nun “hace falta que la viabilidad democrática se vuelva verdaderamente atractiva para las mayorías; y la única manera de lograrlo es apostando fuerte a una democracia de alta intensidad, que no figura en los planes de las grandes burguesías vernáculas y extranjeras. Pero eso exige que la lucha contra la desigualdad sea asumida como primordial y que inventemos entre todos nuevas formas institucionales que complementen, transformen y amplíen a las existentes, pues de lo contrario la experiencia enseña que éstas son un plano inclinado que lleva al mantenimiento del *statu quo* o a algo peor” (Nun, 2000).

Dicho en otras palabras, la condición necesaria para corregir el actual sistema de dominación transnacional depende sobre todo de una transformación de la relación de fuerzas políticas, de un nuevo proyecto local, nacional y universal que asuma específicamente la realización de justicia social y el desarrollo humano sustentable (social y ecológicamente) e independiente (de toda dominación extraña). Esto no se logra sino a través de la profundización de la democracia, en países que no se conformen con el cumplimiento de las formas de la democracia liberal (pero sin disminuirlas un ápice, antes bien conservando el compromiso de su vigencia). Se trata de construir una democracia participativa, en donde interactúen partidos políticos, Organizaciones Libres del Pueblo (movimientos y organizaciones populares) y cualquier forma de reivindicación en tanto esta no sea contraria, precisamente, a los intereses comunitarios. El resultado de esta democracia es un Estado Nación refundado sobre otras bases, en que el Pueblo no sólo esté resguardado por las reglas y los procedimientos sino por la sustancia de las decisiones, en que se afirmen las libertades, pero también la justicia social que es el sustrato imprescindible de la misma. Pensamos un Estado que exprese una especie voluntad general roussoniana pero de modo menos absoluto, pues

⁶¹ Este parámetro es tan incontrastable que hasta algunos de los principales cultores de la negación del poder, tales como Negri y Holloway tuvieron que escribir nuevos libros para explicar los groseros errores a los que condujeron sus originales “Imperio” y “Como cambiar el mundo sin tomar el poder” respectivamente. En el caso del escocés el título de su nuevo libro es gráfico en este sentido: “Contra y más allá del Capital”.

tiene que tomar en cuenta las voluntades particulares (los intereses privados no antagónicos con el Pueblo), pero trascendiéndolos de tal suerte que no prevalezcan contra el interés general de la sociedad en su conjunto. Para ello es imprescindible articular en tres planos de la funcionalidad del Estado. La dimensión administrativa, dándole un proyecto y una formación a una burocracia capaz de cumplir con sus funciones, superando la máquina de impedir que es hoy esa burocracia tecnocratizada y supuestamente a-ideológica. La dimensión jurídica expresada en un sistema de leyes que por un lado desanude el actual “estatuto legal del coloniaje”. Y por el otro garantice los derechos humanos incluso ante las arbitrariedades del propio Estado. La dimensión doctrinaria o ideológica, mediante la cual el Estado contribuye a que se refuercen los sentimientos de pertenencia y solidaridad social mediante la producción simbólica y la apropiación-constitución por el conjunto del Pueblo de sus intereses nacionales.

En definitiva es claro que el escenario institucional donde se condensa la cuestión democrática sigue siendo el Estado Nacional. Esto lo reconocen incluso muchos autores que pese a estar seducidos por el situacionismo son intelectualmente honestos, como Maristela Svampa: “más allá del carácter local, regional y global de los procesos, el Estado Nacional constituye todavía el espacio de la participación democrática de los diferentes actores sociales, sobre todo en lo que respecta a demandas de ciudadanía” (Svampa, 2006)

Nuestra intención es afirmar que también la conquista del poder estatal, incluso la más débil y dependiente es parte y objetivo de las luchas populares. No sólo de los gobiernos nacionales, sino también de los provinciales, departamentales, municipales, también en los barrios, y hasta en las universidades, escuelas, hospitales, etc. Todos estos lugares han de convertirse en instrumentos en una guerra de posiciones del Pueblo contra esa oligarquía mundial en su lucha por afirmar su propia identidad, independencia y soberanía nacional, único camino para desandar el camino globalizante que nos proponen los poderes transnacionales. El Estado es, entre otras cosas, el lugar desde donde promover e impulsar la integración y cooperación entre los Estados Nacionales en pie de igualdad y armonía, sin ningún tipo de prepotencia imperialista. La acción en, desde y dentro del Estado, como todas las formas de lucha, pueden ser revolucionarias si se utilizan como momentos para la acumulación de fuerzas para la construcción del poder político y la constitución de un Estado del Pueblo, por el Pueblo y para el Pueblo. Para concluir debemos decir que creemos que los escenarios del futuro siempre continuarán dependiendo en gran medida de la visión que se tenga de las relaciones entre, por una parte, las tendencias objetivas pesadas del poder del capital y, por la otra, las respuestas que los Pueblos vayan dando a los desafíos que representan las primeras. Esa respuesta a los desafíos no tiene que ser meramente táctica y coyuntural, sino que se tiene que enmarcar en un nuevo Proyecto Histórico de las mayorías populares. “La razón de ser de un Proyecto Histórico es la lucha por la apropiación del plusproducto. Esta lucha se lleva a cabo no sólo entre dos clases, sino entre Bloques Históricos de distintas fuerzas sociales, nucleadas en torno a los principales protagonistas de ambos lados” (Heinz Dietrich, 2003). Quién pueda fijar el destino del excedente será quien, en última instancia, va a determinar el rumbo de la sociedad.

En América Latina la tarea de reconstrucción un Proyecto Histórico del campo popular encuentra su mayor adversario en las fuerzas conservadoras y reaccionarias, vinculadas de un modo directo o indirecto con los Grupos Económicos Transnacionales y el imperialismo, que fueron generando un Estado neoliberal dócil a sus necesidades. Sólo la reformulación del Estado Nacional continental por parte del este nuevo Proyecto Histórico tiene la capacidad de disputar con

el Proyecto de la Globalización. Esto es así porque los retos y de las presiones de todo tipo, especialmente procedentes de sectores económicos se han mundializado. Pese a todo, la reformulación más profunda de ese Estado Nación continental se hace imprescindible para asumir los compromisos de esta etapa.

En este sentido es preciso formar una nueva militancia política, que ha de tener un rol fundamental en este proceso⁶². Esta debe ser capaz de pensar en términos de la Patria Grande Sudamericana y no sólo desde nuestras Repúblicas. La tarea de la militancia es discernir la realidad histórica actual de las relaciones mundiales, pensando en las posibilidades reales de la construcción de una sociedad más justa. No alcanza con negar al sistema de dominación, es preciso plasmar una propuesta social, económica, política y cultural original y al mismo tiempo arraigada en lo profundo de la identidad nacional inconclusa de Nuestra América. Podemos sintetizar nuestra tarea en una consigna que resume nuestra esperanza: **Reconstruir Nuestra América COMBTIENDO EL CAPITAL**. Compartimos la mirada del pedagogo Paulo Freire cuando dice: “pensar que la esperanza sola transforma el mundo y actuar movido por esa ingenuidad es un modo excelente de caer en la desesperanza, en el pesimismo, en el fatalismo. Pero prescindir de la esperanza en la lucha por mejorar el mundo, como si la lucha pudiera reducirse exclusivamente a actos calculados, a la pura científicidad, es frívola ilusión. Prescindir de la esperanza que se funda no sólo en la verdad sino en la calidad ética de la lucha es negarle uno de sus soportes fundamentales”⁶³.

Para terminar desde el orgullo de ser parte de ese Pueblo maravilloso de Latinoamérica y en función de la esperanza que nos genera el proceso político abierto en ella, queremos hacerlo desde una frase del patriota cubano José Martí: “¿En qué Patria pude tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América?”

⁶² “La voz del otro es exigencia, perentorio llamado a un trabajo liberador. Para poder servir bajando es necesario antes convivir para poder comunicarse. La incomunicación del cara-a-cara, relación irrespectiva inicial, debe ser vivida en la comunicación, en la convivialidad. La comunicación es ante todo asumir la opresión del oprimido, vivir-con para padecer-con. Es aquí donde se forma el maestro futuro. La superación de la teoría aprendida e irreal y la teoría que nace del seno del Pueblo y la historia, la teoría real, se lleva a cabo en la militancia” (Dussel, 1975).

⁶³ Paulo Freire citado por Jorge Luis Cerletti (2003) en “Políticas emancipatorias”.

ÍNDICE

UN PROLOGO ACADEMICO. <i>Por el Dr. Tulio Ortiz</i>	7
UN PROLOGO POLÍTICO <i>Por Ernesto Jaureche</i>	9
TRAZANDO EL MAPA CONCEPTUAL DE LA GLOBALIZACIÓN	25
BREVE RELACIÓN DE LA HISTORIA DE LA DOMINACIÓN O LA GLOBALIZACIÓN COMO ÚLTIMA ETAPA DEL CAPITALISMO	57
REFLEXIONES Y CONJETURAS EN TORNO A LA PRETENSIÓN DE EMANCIPACIÓN DEL CAPITAL	123
PENSAR LA METAMORFOSIS DEL TRABAJO	153
GRUPOS ECONÓMICOS TRANSNACIONALES Y ESTADO NACIONAL COMO SUJETOS POLÍTICOS EN LOS TIEMPOS DE LA GLOBALIZACIÓN	195
SOBRE LA RELACIÓN ENTRE GLOBALIZACIÓN Y EXCLUSIÓN	257
APUNTES PARA ENTENDER EL NUEVO SISTEMA DE OPRESIÓN O CÓMO PENSAR LOS MODOS CONCRETOS DE LA EXCLUSIÓN DESDE LA REPRESENTACIÓN GRÁFICA	293

SOBRE LA EXCLUSIÓN ECONÓMICA O CÓMO
EL PUEBLO QUEDA AFUERA DE LA
PRODUCCIÓN MATERIAL DE LA SOCIEDAD 307

LA EXCLUSIÓN POLÍTICA (EL PUEBLO NO DECIDE SOBRE
SU DESTINO, AUNQUE SEA TENIDO EN CUENTA
–COMO FICCIÓN– PARA DECIDIR ACERCA
DE SU PRESENTE) 327

LA EXCLUSIÓN CULTURAL O COMO SE ESCAMOTEA
LA IDENTIDAD DE LOS PUEBLOS 383

UNA MIRADA SOBRE LA OLIGARQUÍA MUNDIAL Y LAS
PRÁCTICAS TRANSNACIONALES 417

SOBRE CÓMO SE FUE IMPLANTANDO LA
GLOBALIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN EN LOS
PAÍSES DEPENDIENTES 439

GLOBALIZACIÓN, ESTADO NACIONAL
Y PROCESO DE LIBERACIÓN 509